This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

VIAJE PINTORESCO

AL

REDEDOR DEL MUNDO.

Dumont d'Urville

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

Louis Antoine Bougainville
Né en 1729.

James Cook
Né en 1728.

Jean François Galaup de la Pérouse
Né en 1741.

Nicolas Baudin
Né en 1750.

COLECCION DE VIAJES.

Viaje Pintoresco

AL

REDEDOR DEL MUNDO,

á las

DOS AMÉRICAS, ASIA Y ÁFRICA.

TOMO I.

BARCELONA.

1842.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE J. OLIVERES
EDITOR,
Calle de Escudellers, N. 53.

Spanish Ed.

VIAJE

PINTORESCO

AL

REDEDOR DEL MUNDO.

RESUMEN JENERAL DE LOS VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

de Magallanes, Tasman, Dampier, Anson, Byron, Wallis, Carteret, Bougainville, Cook, Lapérouse, G. Bligh, Vancouver, D'Entrecasteaux, Wilson, Baudin, Flinders, Krusenstern, Porter, Kotzebue, Freycinet, Bellinghausen, Basil Hall, Duperrey, Paulding, Beechey, Dumont D'Urville, Lutke, Dillon, Laplace, B. Morrell, etc.

Publicado en francés bajo la direccion de

ules Sebastian César

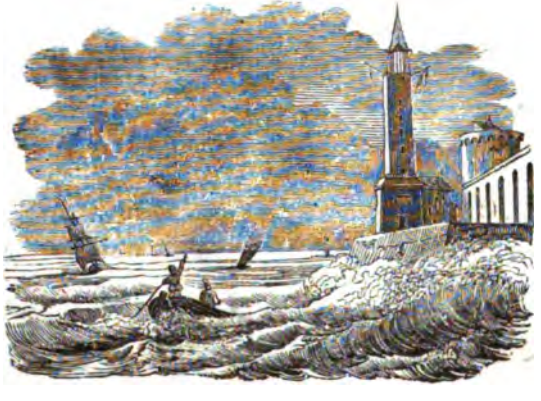
M. DUMONT D'URVILLE,

CAPITAN DE NAVÍO.

Adornado con mapas jeográficos, varios retratos y SEISCIENTAS láminas finas dibujadas por M. DE SAINSON *y grabadas sobre acero por los mejores artistas franceses.*

Segunda Edicion.

TOMO I.



BARCELONA.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE JUAN OLIVERES,

CALLE DE ESCUDELLERS, NÚM. 53.

1841.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
93089A
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
R 1923 L

INTRODUCCION

AL

VIAJE PINTORESCO

AL REDEDOR DEL MUNDO.

Un viaje al rededor del mundo!.... dar vuelta entera al globo que habitamos, recorrer sus diferentes comarcas, visitar las diversas ramificaciones de la raza humana y contemplar sucesivamente las variadas escenas que la naturaleza en sus tres reinos presenta á la vista del observador!... Quién una sola vez en su vida no se ha conmovido á esta idea, y no ha deseado con vehemencia tener un buque á su disposicion para ir á disfrutar de este espectáculo? Quién no ha esperimentado un vivo sentimiento de interés al oir las costumbres de los salvajes, errantes por las innumerables islas de un Océano sin límites, y al escuchar la narracion de sus acciones y de sus ceremonias? todo en ellos interesa; su ignorancia, sus locuras, y hasta los mas groseros absurdos de sus monstruosas creencias. Tal fué la causa que popularizara en tanto grado los nombres de Cook y de Bougainville. Empero los descubrimientos y aventuras de los demas navegantes permanecen jeneralmente envueltos en la ignorancia; y sin embargo los trabajos de los Vancouver, d' Entrecasteaux, Baudin, Flinders, etc. han producido resultados tan interesantes como satisfactorios. En estos últimos tiempos aquellos grandes maestros han tenido dignos imitadores, pues aun sin hablar de los Hall, King y Beechey entre los Ingleses; y de los Krusenstern, Kotzebue y Lütke entre los Rusos; acaso en el seno de nuestra misma patria no ha pagado la Restauracion un glorioso tributo á las ciencias por medio de la ejecucion y la publicacion de las campañas científicas de *la Urania*, *la Coquille* y *el Astrolabio?* No obstante, estas grandes y atrevidas empresas, estas nobles conquistas del espíritu humano son actualmente muy poco conocidas y no obtienen toda la publicidad de que son susceptibles; pero fuerza es confesar que este inconveniente depende principalmente del lujo de sus publicaciones; pues al propio tiempo que este lujo las pone fuera del alcance del público, sobreviene un nuevo accidente que retarda muchas veces su conclusion. Así es que en nuestro concepto, la primera publicacion de aquellas espediciones hubiera debido hacerse en ediciones populares, dando el tiempo necesario á la publicacion de las ediciones suntuosas.

Sin embargo, aun prescindiendo de estas dos causas, hay ademas dos obstáculos que se opondrian á que la jeneralidad de los lectores pudiese venir en conocimiento de todos estos viajes. En efecto: los navegantes ecsactos han consignado en sus relaciones las principales indicaciones náuticas y meteorolójicas, que aunque, dan mas autenticidad á sus empresas y dejan documentos útiles á sus sucesores, fastidian ordinariamente á la mayor parte de los lectores, por no comprender cabalmente toda su utilidad. Ademas, como estos navegantes muchas veces no hacen mas que seguir las huellas de sus predecesores, están espuestos á no repetir mas que lo que estos han descrito, y de aquí nace nuevo objeto de disgusto ó alomenos de una fria indiferencia. Este es en efecto el escollo habitual contra el que se estrellan los estractos mas verídicos y mas apreciables de los viajes y descubrimientos, porque al paso que son insuficientes para los sabios y los jeógrafos, son igualmente demasiado prolijos y difusos para la clase ordinaria de los lectores.

Deseando obviar tan diversos inconvenientes y popularizar en lo posible el conocimiento de las grandes espediciones y descubrimientos ejecutados hasta el dia; hemos concebido la publicacion del *Viaje pintoresco al rededor del mundo.* Nuestro viajero, especie de Anacharsis circum-navegante, es un personaje ficticio y por esencia imparcial é independiente, y solo figura en nuestra obra para dar mas interés y naturalidad á su narracion. Toda individualidad que no tuviese relacion alguna con el objeto que nos hemos propuesto, esto es, con el conocimiento de los países que se describen, únicamente se permitirá á nuestro viajero cuando sea necesario para enlazar los acontecimientos. Mas feliz que los verdaderos navegantes, en todas partes se aprovechará de su esperiencia, y cojerá para sí solo en cada estacion la mayor parte de los frutos recojidos por aque-

llos gradualmente y con mucha dificultad; y siempre dirijirá el rumbo á los sitios mas interesantes, y donde pueda prometerse recojer mas ricas cosechas. Para él no habrá jamas zaborda ni naufrajio alguno, y si alguna vez esperimenta semejantes desastres, será únicamente para verificar nuevas conquistas; pues nos hemos propuesto hacerle salir felizmente de todas sus adversidades paraque pueda regresar á su patria y referir todas sus aventuras. Esto supuesto, fácilmente se comprenderán todas las ventajas que nos ofrecia semejante plan, pero tambien es muy justo considerar las dificultades que teníamos que superar. Dos eran los principales obstáculos que se nos presentaban, á saber: el primero consistia en la verosimilitud que debíamos conservar en todas las escursiones marítimas de nuestro viajero; y el segundo en los documentos auténticos que únicamente debíamos hacerle presentar, colocándolos en lo posible al nivel de nuestros conocimientos en las diversas partes del mundo.

Antes de lanzarse en la inmensidad de los mares para seguir las huellas de nuestro viajero, creemos que mas de un lector deseará tener algunos conocimientos preliminares acerca los célebres navegantes que han surcado sucesivamente las aguas del Océano Pacífico, teatro principal de nuestras descripciones, y cuyo conocimiento han perfeccionado con sus grandes y atrevidas empresas. Un rápido bosquejo que manifieste la época y los resultados de sus navegaciones, tendrá en efecto, cuando menos, el mérito de familiarizar al lector con algunos nombres que encontrará muy á menudo en el discurso de nuestra narracion.

Gracias á los prodijiosos esfuerzos de los navegantes españoles hácia el Occidente, la mayor parte del continente americano era ya conocida, cuando los Portugueses penetraban en el Oriente hasta las islas del archipiélago Indio y las costas de la China. Sin embargo permanecia aun desconocida una estension de mas de 160° en lonjitud, es decir, cerca la mitad de la superficie del globo, sin que pudiese saberse que es lo que ocupaba tan inmenso espacio. Los eruditos de aquel tiempo estaban divididos por las mas encontradas conjeturas; unos aseguraban la ecsistencia de un tercer continente, otros juzgaban que el Asia y la América unian sus brazos por la parte del N. y se prolongaban hácia el S. formando una punta como la del África, y muchos por fin creían ocupado el resto de nuestro planeta por la vasta estension de un Océano sin límites.

El intrépido Magallanes fué el primero que en 1520 se internó en las aguas del Océano Pacífico, despues de haber pasado el estrecho que recibió su nombre; y aunque al principio no encontró mas que tres ó cuatro islotes, sin embargo al acercarse á las costas del Asia descubrió los archipiélagos de las islas Marianas y de las Filipinas. Su espedicion manifestó desde aquella época que en aquella estension del globo no podia ecsistir continente alguno al N. del ecuador.

Garcia de Loysa en 1525, Sebastian del Cano y Alonso de Salazar recorrieron la estension de este Océano, pero sin hacer descubrimientos muy importantes. El año siguiente, Alvaro de Saavedra se dirije de Méjico á las Molucas; y créese jeneralmente que visitó por primera vez la Nueva Guinea al volver de Tidor á Méjico.

Siete años despues se ejecutó otra espedicion en el mismo Océano, pero solo se han conservado de ella los nombres de los capitanes Hurtado y Grijalva. Es muy sensible sobre todo que no ecsista algun documento auténtico de los numerosos descubrimientos hechos por Juan Gaetan, en 1542, y del reconocimiento sucesivo que debió hacer probablemente de la Nueva Guinea.

En 1587, Mendana visitó por primera vez estas famosas islas de Salomon que ecsaminó tan cuidadosamente, y cuya posicion fué por largo tiempo un enigma para los jeógrafos. Diez años despues, el atrevido Drake emprendió de nuevo la circum-navegacion de Magallanes, pero fué mas feliz que este, pues logró regresar á su patria. Los descubrimientos de este capitan, en sí muy insignificantes, han quedado envueltos en el denso velo del misterio. En 1587, su compatriota Candish se trasladó de las costas de la California á las islas Marianas, pero sin descubrir nada.

En un segundo viaje verificado en 1595, Alvaro de Mendana no pudo encontrar sus islas de Salomon, pero en cambio descubrió las islas Marquesas ó Nonka-Hiva, algunos islotes, y por fin la hermosa isla de Santa Cruz, donde se esforzó vanamente en fundar una colonia. Sus navegaciones señalaron límites aun mas estrechos á á la ecsistencia del continente austral.

De Cordes y Van-Noort atraviesan el mar del Sur en 1600, pero sin hacer descubrimiento alguno. Empero en 1608 Fernando Quiros, piloto de Paz de Torres, cuya navegacion dirijia, verificó descubrimientos importantes al S. del ecuador, entre los cuales puede mencionarse el de Taïti y el de las islas del Espíritu Santo ó Cicladas de Bougainville. Asimismo parece positivo que la nave de Torres regresó al archipiélago Indio pasando por el estrecho que separa la Nueva Guinea de la Nueva Holanda, y que tomó el nombre de aquel navegante.

El viaje de Spielberg, verificado en 1615 y 1616, no produjo utilidad alguna para la jeo-

grafía; pero no debe decirse lo mismo del que ejecutaron Schouten y Lemaire hácia la misma época, pues á mas de descubrir muchas nuevas islas, ecsaminaron casi enteramente la costa septentrional de la Nueva Guinea, y trazaron su configuracion con alguna ecsactitud.

Desde 1619 á 1629 hubo varios navegantes, Hertog, Edels, Nuïtz, Witt, Carpenter y Pelsart, todos Holandeses, que reconocieron sucesivamente diversos puntos del continente que habia recibido el nombre de Nueva Holanda. En 1624 Diego Hermite pasó de Acapulco á Gonaham, pero sin descubrir nada.

Tasman, uno de los navegantes mas distinguidos de su siglo, en 1642 y 1643, descubre la Nueva Zelanda, muchas de las islas Tonga y Viti, y ecsamina una parte de la costa septentrional de la Nueva Guinea. Este viaje tuvo el mérito especial de fijar un límite á las comarcas orientales de la Nueva Holanda; y aunque en un segundo viaje que verificó, Tasman debió de hacer descubrimientos útiles en la costa meridional de la Nueva Guinea, sin embargo sus documentos quedaron sepultados en los archivos de la Compañía holandesa.

En 1683, Cowley reconoce con ecsactitud las islas Gallapagos, apenas conocidas hasta entonces. En 1696, los Españoles descubren asimismo las islas Palaos ó Pelew por medio de algunos habitantes de este grupo, arrojados por el temporal á la costa de Samar, una de las islas Filipinas.

Dampier, el mas asíduo y juicioso de los navegantes de aquella época, despues de haber recorrido por largo tiempo el Océano Pacífico como un simple aventurero, fué encargado por su gobierno de una mision especial para hacer descubrimientos, en cuya espedicion señaló muchas nuevas islas situadas al N. de la Nueva Guinea y de la Nueva Bretaña, y fué el primero que pasó el estrecho que separa estas dos islas. Sus relaciones ofrecen una preciosa coleccion de observaciones interesantes y verídicas. Ocho años despues, servia en clase de piloto al capitan Rogers, en una espedicion verificada en los mismos mares que no produjo resultado alguno.

En 1710, Padilla empieza á reconocer las islas Pelew, pero no puede terminar su reconocimiento. La Barbinais atraviesa en 1716 el Océano Pacífico, pero sin hacer ningun descubrimiento. Mas feliz fué el Holandés Roggewein, que en 1722 descubrió muchas islas, algunas de las cuales han vuelto á quedar desconocidas.

El almirante Anson atravesó en 1741 este mismo Océano, y aunque no descubrió ninguna tierra nueva, no obstante, la relacion de su viaje, escrita con todo esmero, suministra las mas útiles noticias acerca los diferentes parajes que visitó.

Hasta entonces la ambicion habia sido el único norte de aquellas grandes y atrevidas espediciones, y los que las dirijian eran guiados únicamente por el deseo de hallar oro ú otras producciones preciosas: pero en la ejecucion de las que vamos á mencionar, presidian unos sentimientos mas jenerosos. El amor de la gloria y el deseo de completar el conocimiento del globo ensancharon gradualmente el círculo de las ciencias y de las artes.

En efecto: las instrucciones dadas á Byron estaban ya concebidas bajo este aspecto, pero aunque este navegante recorrió el mar del Sur en 1764 y 1765, su viaje fué casi infructuoso, y solo proporcionó á la jeografía el conocimiento de algunos islotes. Siguióle de cerca Wallis que habiendo verificado mas numerosos descubrimientos, fué el primero que tuvo el honor de suministrarnos noticias ecsactas acerca la deliciosa Taïti, cuyo nombre se ha familiarizado tanto entre todos los aficionados á los viajes. En el propio año de 1767 su camarada Carteret, casi sin el menor recurso ejecutó las mas nobles empresas, aumentando considerablemente la lista de los países conocidos en la Oceania.

A imitacion de la Inglaterra, la Francia encargó á Bougainville á que esplorase aquellos mares. Su campaña fué muy fecunda en importantes descubrimientos; señaló por primera vez muchas islas del archipiélago Peligroso (hoy Pomotou), las islas de los Navegantes, de la Luisiada y de los Anacoretas; y encontró las tierras del Espíritu Santo y las islas de Salomon, perdidas casi enteramente para la jeografía desde el viaje de Mendana. Una relacion amena é interesante dió mucha celebridad á este viaje.

Apareció finalmente Cook, y este grande hombre en sus tres viajes consecutivos, desde 1769 hasta 1779, tuvo la gloria de completar casi por sí solo el conocimiento jeneral de la Oceania; y todos sus trabajos fueron constantemente presididos por la mayor ecsactitud de que eran susceptibles los métodos que se usaban en su tiempo, por cuya causa todos sus descubrimientos han sido reputados siempre como auténticos, á escepcion de algunos pormenores rectificados por los navegantes que han seguido sus huellas. El descubrimiento de la Nueva Caledonia, de las Nuevas Hébridas, de las islas Sandwich, y sus apreciables reconocimientos de la Nueva Zelanda, de la costa oriental de la Nueva Holanda, de las islas de Taïti, de Tonga, de Nouka-Hiva, de los estrechos de Torres, de Cook y de Bebring son títulos imprescriptibles que Cook ofrecerá á la eterna admiracion de los navegantes y de los

jeógrafos. Sin embargo, sin dejar de hacer justicia al jefe, tampoco es preciso olvidar los trabajos de Banks, Solander, Anderson, y en especial de los dos Forster, y aun debe asegurarse que las observaciones de estos sabios naturalistas constituyen el principal mérito y han asegurado la brillante aceptacion de las publicaciones que nos dieron á conocer los viajes de Cook.

Mientras ejecutaba Cook tan importantes operaciones, Surville, en 1769, visitaba de nuevo las islas de Salomon y descubria la bahía de Oudoudou en la parte N. E. de la Nueva Zelanda; en Marion, 1771, ecsaminaba una gran parte de la costa de la Nueva Zelanda, y encontraba la muerte en la bahía de las Islas, donde sus camaradas recojieron los mas preciosos documentos acerca los naturales y las producciones de aquella tierra austral; el Español Boenecho, en 1772 y 1773, visitaba Taïti, y señalaba algunas islas nuevas en los parajes vecinos; finalmente Perez descubria en 1774 la entrada de Nootka.

Maurelle fué sin duda un navegante poco instruido y muy incorrecto en sus determinaciones; pero su nombre debe ser conservado por haber descubierto en 1781 muchas islas de la Oceania, especialmente el grupo de Vavao.

Deseando rivalizar de nuevo con la Inglaterra, el gobierno francés preparó la espedicion dirijida por Lapérouse en 1785, 1786, 1787 y 1788. La muerte arrebató á este navegante antes de regresar á su patria, y las ciencias han sufrido una grave pérdida con el desastre que les ha privado del fruto de sus investigaciones. Se sabe únicamente que habia descubierto dos grandes islas en el archipiélago de los Navegantes ó Hamoa, y que habia practicado los mas atrevidos reconocimientos en la Mancha de Tartaria, y en la costa N. O. de América, y antes de perderse para siempre en los tristes escollos de Vanikoro, nadie duda que debia haber verificado importantes operaciones en su travesía desde Botany-Bay hasta aquella isla de funesta memoria.

Hácia esta misma época, Portlock y Dixon recorrieron el Océano Pacífico, y recojieron algunos documentos sobre las islas Hawaii, especialmente sobre la costa N. O de América. G. Bligh, encargado en 1788 de ir á buscar en Taïti algunos plantones de árbol del pan, cañas dulces y otros vejetales útiles, descubrió á su paso el pequeño grupo Bounty y Whytoutaki. Pero, habiendo sublevado por su conducta contra su autoridad una parte de su tripulacion, fué arrojado por los rebeldes en 1789 á su chalupa, en cuya débil embarcacion tuvo que regresar á Timor descubriendo en tan prolongada travesía algunas islas, entre ellas el grupo de Banks.

Edwards, enviado en 1790 en persecucion de los rebeldes del *Bounty*, añadió al año siguiente otras muchas islas á las que se conocian ya en este Océano. El capitan de comercio Marchand reconoció en 1791 una parte de las islas Nouka-Hiva, y la narracion de su viaje, publicada por Fleurieu, le dió una celebridad que jamas hubiera tenido sin esta feliz circunstancia.

Vancouver, en 1791, descubre ademas algunas isletas, y practica los mas felices reconocimientos sobre la costa N. O. de América. El conocimiento de las islas Chatham y Vavitou se debe á su camarada Broughton; y los resultados de esta espedicion se publicaron en una vasta escala, en cuya narracion solamente se observa una prolijidad muchas veces minuciosa.

Por este mismo tiempo, d'Entrecasteaux recorria el Océano Pacífico para descubrir las huellas del infortunado Lapérouse, y practicar nuevas investigaciones, pero aunque no pudo alcanzar el primer objeto de su viaje, sin embargo verificó los trabajos mas apreciables por su estension y precision, los mas importantes de los cuales fueron el reconocimiento de la costa meridional de la Nueva Holanda, de la costa occidental de la Nueva Caledonia, de las islas del Almirantazgo, de Santa Cruz ó Nitendi, muchas islas de la Luisiada, una pequeña parte de la Nueva Guinea, y una porcion considerable de las Molucas. A todas estas operaciones debe añadirse el descubrimiento de muchas islas ó islotes hasta entonces desconocidos. MM. de Rossel y Labillardière han publicado cada cual una relacion de este viaje.

Poco despues de aquellos dos navegantes, el Español Malespina verificó las mas apreciables operaciones en este mar; pero por desgracia la insigne ingratitud de su patria le impidió publicar su resultado, y aun en la actualidad no hay mucha facilidad de apreciar su verdadero mérito.

En 1792, Bligh hizo un segundo viaje al mar del Sur, y descubrió aun nuevas islas, especialmente en el archipiélago Viti; pero este viaje no ha visto la luz pública y los resultados han quedado desconocidos. En 1796, Wilson encargado de trasladar misioneros á las islas de la Oceania, descubrió muchas nuevas islas, y su narracion es muy fecunda en documentos de la mayor ecsactitud acerca los usos, los trajes y las opiniones de los isleños. Turnbull, simple encomendero de un buque mercante, recojió tambien, desde 1800 á 1804, materiales dignos de interés, particularmente acerca los acontecimientos ocurridos en Taïti, desde la última visita de Cook hasta la época en que él mismo se encontraba en ella.

Hácia la misma época, la Francia y la In-

glaterra, cada una por su parte, resolvieron completar la esploracion de la Australia, para lo cual Baudin fué encargado por la primera potencia, y Flinders por la segunda. Los trabajos hidrográficos del navegante inglés fueron mucho mas ecsactos que los de Baudin; pero las observaciones de los naturalistas franceses, consignadas en la narracion de Péron, dieron mucha luz acerca la constitucion física del continente austral.

Deseosa la Rusia de enarbolar igualmente su pabellon en este mar, encargó en 1804 y 1805 á Krusenstern de una espedicion á la vez diplomática y científica; y aunque no se descubrió ninguna tierra nueva, no obstante, se recojieron documentos útiles á la jeografía. Esta espedicion fué ademas el primer oríjen de las escelentes Memorias que Krusenstern ha publicado recientemente sobre la Oceania.

La espedicion del Americano Porter en estos mares, en 1813 y 1814, fué puramente militar, y acarreó inmensas pérdidas al comercio inglés. Sin embargo, es preciso observar que Porter consignó en su diario los documentos mas minuciosos y amenos acerca los isleños de Nouka-Hiva, aun en la actualidad muy poco conocidos.

Poco tiempo despues, Kotzebue condujo á estos parajes al brick *el Rurick*, equipado á espensas de un simple particular, tal era, Romanzoff; y el descubrimiento de algunas islas, especialmente en las Carolinas orientales, coronó los esfuerzos de Kotzebue en 1816. Las observaciones del sabio Chamisso añadieron el mas vivo interés á la relacion del capitan.

En 1819, M. Freycinet mandaba *la Urania* en su navegacion al través de este Océano, cuyos resultados se limitaron al reconocimiento de dos ó tres islotes en las Carolinas, y de las islas Marianas, y al descubrimiento del escollo Rose. Esta espedicion produjo los mas ricos materiales en historia natural. Ademas, la narracion de M. Freycinet ofrece una vasta compilacion de documentos concernientes á cada uno de los sitios que visitó, pero habiendo sido empezada en 1821, parece no deber terminarse por ahora.

Casi en la misma época, el Ruso Billinghausen recorria la Oceania, donde hizo muchos descubrimientos, entre los cuales debe mencionarse el de la isla Ono, situada al S. del archipiélago Viti, pero su relacion nos es desconocida. Desde 1818 á 1822, King completó felizmente la esploracion de las partes de la Australia, vagamente descritas hasta entonces. Su trabajo es un modelo de paciencia y de valor, y su narracion nos ofrece los mas curiosos pormenores acerca los moradores de la Australia y la naturaleza de este país.

En 1823 y 1824, M. Duperrey recorrió el mar del Sur con *la Coquille*; señaló cierto número de islas nuevas, particularmente en las Carolinas, é hizo algunos reconocimientos parciales, los mas importantes de los cuales son los de las islas Mulgrave, el grupo de Hogoleu y las islas Schouten en la costa de la Nueva Guinea. Esta espedicion aventajó á la de *la Urania* por lo tocante á los objetos de historia natural que nos dió á conocer; y como nosotros hacíamos parte de este viaje, podremos en consecuencia estractar de nuestro diario particular algunos fragmentos inéditos para enriquecer con ellos el *Viaje pintoresco*.

El Americano Paulding ha compendiado la narracion del viaje hecho por el schooner *el Dolphin*, enviado en 1825 y 1826 en persecucion de los revoltosos de un buque que iba á la pesca de la ballena, y que parecian haber debido establecerse en las islas Mulgrave. Esta relacion no indica otro descubrimiento que el de la pequeña isla Hull; pero contiene algunos detalles nuevos sobre las islas Mulgrave.

El Inglés Beechey, en 1825, 1826 y 1827, atravesó el Océano Pacífico en *el Blossom*; descubrió muchas islas en el archipiélago Pomotou, del cual se conocian ya un gran número; y ejecutó los mas apreciables trabajos en la parte mas distante de la América, hácia el N. O. Su obra es muy fecunda en documentos del mayor interés sobre la constitucion jeolójica de las islas de la Oceania, y sobre las costumbres de sus habitantes.

En 1826, 1827 y 1828, *el Astrolabio* surcó las aguas de la Oceania bajo nuestra direccion. Los resultados de aquella espedicion, en cuanto á la jeografía, consisten en la esploracion de 400 leguas de las costas de la Nueva Zelanda, del archipiélago Viti, de las islas Loyalty, de la parte meridional de la Nueva Bretaña, de la parte septentrional de la Nueva Guinea, en una estension de 350 leguas, y de las islas Vanikoro, Hogoleu y Pelew. Estos reconocimientos han dado á conocer á la navegacion unas sesenta islas, islotes ó escollos desconocidos, y el gran número de objetos de historia natural con que adornó el Museo, llegó á embarazar los salones de este establecimiento, segun atestigua la relacion de Cuvier. Los Franceses que fueron á esta espedicion, tuvieron ademas la satisfaccion de elevar un monumento á los manes de Lapérouse y sus compañeros de infortunio en el sitio mismo donde perecieron, despues de haber procurado demostrar la verdad de aquel funesto acontecimiento por todos los medios posibles. La relacion de esta espedicion larga y penosa está ya casi terminada, pero su juicio no nos pertenece, y únicamente podemos ad-

vertir que suministrará numerosos documentos á nuestro viajero.

Por aquel mismo tiempo, el Ruso Lütke ejecutó trabajos de navegacion muy apreciables en la Oceania, especialmente en el archipiélago de las Carolinas que esploró con todo esmero; pero únicamente conocemos los trabajos hidrográficos, y aun no hemos podido obtener la narracion del viaje que tan vivamente deseamos.

El Inglés Dillon obtuvo, en 1826, en Tikopia, las primeras noticias sobre el naufrajio de Lapérouse. La compañía de las Indias le confió *el Research* paraque fuese á investigar las circunstancias de aquella catástrofe, y ejecutó esta mision en 1827 y 1828, cuyos resultados publicó á su regreso á Europa; pero su obra, á escepcion de ciertos detalles sobre la Nueva Zelanda y Vanikoro, ofrece pocos hechos positivos. Es muy sensible que en vez de entregarse á digresiones insignificantes sobre sus discusiones con el naturalista Tytler, M. Dillon no nos haya dado mas amplios pormenores sobre los naturales de la Nueva Zelanda y de las islas Viti, con los cuales ha vivido por largo tiempo.

No podemos menos de mencionar igualmente el viaje de M. Laplace, verificado en 1830 y 1831; pues aunque esta espedicion no tuvo objeto alguno científico, sin embargo ejecutó trabajos muy útiles en los mares de la China. La relacion de M. Laplace que actualmente se está imprimiendo, contiene noticias muy estensas sobre los diversos países que visitó.

Finalmente, citaremos los viajes del Americano Morrell, que acaban de publicarse, el último de los cuales ha tenido por teatro la Oceania. Este navegante parece muy poco ecsacto en cuanto á las posiciones náuticas, y muy inclinado á toda suerte de ecsajeracion; sin embargo no deja asimismo de presentar numerosos detalles, curiosos no pocas veces, y poco conocidos en ciertos puntos.

Aquí termina la revista que nos habíamos propuesto hacer de los viajes ejecutados en la Oceania hasta el dia. Es verdad que hemos dejado de citar algunas espediciones, pero el cuadro que acabamos de trazar es suficiente para el objeto que nos hemos propuesto, á saber; el de iniciar al lector en el conocimiento de los nombres que tendremos que citar muchas veces, é indicarle sumariamente los trabajos ejecutados en diversas épocas en toda la estension del Océano Pacífico.

Ahora resta solamente dar alguna ilustracion acerca los mapas jeográficos que acompañarán al *Viaje pintoresco*. Estos mapas serán seis, á saber: el mapa jeneral del Viaje, el mapa jeneral de la Oceania, y cuatro mapas particulares de los mas notables archipiélagos.

La ejecucion del mapa jeneral del Viaje era realmente muy sencilla, pues debia consistir en un mapa jeneral del globo con la suficiente ecsactitud; y que indicase las principales estaciones de nuestro viajero, á fin de que el lector pueda seguir todo el curso de su circum-navegacion.

Pero en la ejecucion de los mapas particulares de la Oceania nos vimos indecisos acerca dos puntos principales, á saber; cuales divisiones debíamos adoptar, y que nomenclatura debíamos seguir. En cuanto al primer punto, no hemos titubeado en adoptar las divisiones que propusimos por primera vez en nuestra Memoria leida á la Sociedad de Jeografía en la sesion de 27 de diciembre de 1831, y en la cual proponíamos la division de la Oceania en cuatro partes principales, á saber: Polinesia, Micronesia, Malasia y Melanesia. Vamos á reproducir aquí sucintamente los motivos en que apoyábamos nuestro aserto.

Al principio, todos los viajeros sin escepcion que han recorrido el Océano Pacífico, han observado en él dos variedades de la raza humana muy diferentes una de otra, y segun los rasgos numerosos y esenciales que caracterizan á cada una de ambas variedades, las han separado en dos razas distintas.

La primera ofrece hombres de una talle regular, con un tinte amarillento mas ó menos claro, cabellos lisos comunmente pardos ó negros, formas bastante regulares y miembros bien proporcionados; jeneralmente reunidos en cuerpo de nacion, y organizados algunas veces en monarquía.

La otra raza se compone de hombres de un pardo muy obscuro, á veces fulijinoso, y otras veces casi tan negro como el de los Cafres, cabellos rizados y flotantes, pero muy rara vez vellosos, facciones desagradables, formas irregulares, y las estremidades jeneralmente cenceñas y desproporcionadas. Estos hombres acostumbran vivir en tribus poco numerosas; muy rara vez constituyen un cuerpo de nacion, y su estado va dejenerando hácia la barbarie.

Entre los hombres de la primera raza se observan al primer golpe de vista dos secciones bien pronunciadas. Por una parte se vé que todos los pueblos que habitan las islas mas orientales del Océano Pacífico, desde las islas Hawaii hasta las de Nueva Zelanda en un sentido, y en otro desde las islas Tonga y Hamoa hasta la isla Waïhou proceden todos de un mismo tronco, y no forman mas que una misma familia, pues su color, sus facciones, sus formas y su idioma son los mismos. Todos estos pueblos reconocian el *tapou;* todos hacian uso del *kava* ó *ava;* y érales igualmente desconocido el empleo del arco y de las flechas como instrumentos de guerra. Por fin, todos habian llegado á un gra-

do de civilizacion mas ó menos notable, y aun entre algunos las leyes de la etiqueta habian tomado un desarrollo admirable.

La segunda seccion de la raza bronceada comprende las tribus diseminadas en esta cadena de islotes que han recibido de los navegantes los nombres de Gilbert, Marshall, Carolinas, Marianas, hasta las islas Pelew inclusive. Estos isleños difieren jeneralmente de los del Oriente por un color mas obscuro, un rostro mas delicado y formas mas esbeltas. El *tapou* les es desconocido y su idioma que varía sensiblemente en sus dialectos de un archipiélago á otro, difiere mucho del que es comun á los hombres de la seccion precedente. En la parte oriental de esta seccion se usa el *kava* bajo otros nombres; pero en la parte occidental es reemplazado por el betel y el areca.

Desde largo tiempo se habia formado ya entre los pueblos bronceados una tercera division bajo el nombre de *Archipiélago Indio* ó *grande archipiélago de Asia*, que comprendia las islas conocidas bajo el nombre de Filipinas, Molucas é islas de la Sonda, ocupadas casi en su totalidad, alomenos en cuanto al litoral, por el pueblo malayo.

Estas consideraciones fundadas en los carácteres morales y físicos de los pueblos, nos han conducido naturalmente á dividir al principio la Oceania en cuatro partes principales y fundamentales, á saber:

1.° Oceania oriental, á la cual conservamos el nombre de *Polinesia*, adoptado ya por varios jeógrafos en sentido mas lato. Nosotros limitaremos su aplicacion á los pueblos atezados que reconocen el *tapou*, hablan el mismo idioma, y ocupan toda la parte oriental del Océano Pacífico. Esta division comprende los archipiélagos Havaii, Nouka-Hiva, Pomotou, Taïti, Hamoa, Tonga, las islas de la Nueva Zelanda, las islas Chatham, y otras muchas que se hallan esparcidas entre estos grupos.

2.° Oceania boreal, que llamaremos *Micronesia*, porque solamente comprende islas pequeñas, de las cuales Gouaham en las Marianas, Pounipet en las Carolinas, y Bauhelthouap en las islas Pelew, son las principales. Allí se encuentran las poblaciones, cuyos grupos difieren unos de otros por los usos, el gobierno y el lenguaje. La inmensa mayoría de estos pueblos es simplemente bronceada; sin embargo el capitan Lütke ha encontrado recientemente algunos negros en la isla de Pounipet, y si hemos de dar crédito á Morrell, esta raza se encuentra tambien en el grupo de Hogoleu.

3.° Oceania occidental, ó *Malasia* que contiene las islas Filipinas, Molucas y de la Sonda, ocupadas por unos pueblos de orijen malayo sin duda, alomenos en la orilla del mar, porque en el interior de la mayor parte de estas grandes tierras, ecsisten todavía unos pueblos que se asemejan mucho á los que ocupan la division siguiente.

4.° Oceania meridional, que comprende todos los pueblos oceánicos de piel mas ó menos negra, cabellos crespos, y miembros jeneralmente delgados y diformes, á la cual llamamos *Melanesia*. Allí los usos, las costumbres y el lenguaje varían al infinito, y los hombres han permanecido casi siempre en el estado de barbarie. Los moradores carecen de gobierno, leyes y ceremonias regulares, y todos profesan una aversion constante hácia los Europeos. El observador mas filantrópico se ve obligado á reconocer una diferencia inmensa entre la intelijencia de estos hombres, y la de los pueblos simplemente amarillos ó bronceados. La Australia ó Nueva Holanda, especie de continente austral, forma el centro de esta vasta division, que comprende ademas las grandes islas de la Tasmania, de la Nueva Guinea, la Laisiada, Nueva Bretaña, Nueva Irlanda, Nueva Caledonia, Nuevas Hébridas, islas Loyalty, Nitendi y Viti.

Nuestro sistema de division nos parece tener, sobre cuantos se han publicado hasta el dia, la ventaja de no ser arbitrario; pues está fundado sobre consideraciones positivas y sobre relaciones naturales bien establecidas y casi siempre constantes entre los pueblos que componen cada division. En nuestro concepto la memoria puede así contar con el poderoso recurso de una designacion importante que recuerda por sí misma uno de los principales carácteres de los objetos ó de los seres á que debe aplicarse.

Resueltas ya por fin las cuatro grandes divisiones de la Oceania, faltaba aun establecer la nomenclatura. En efecto: en la designacion de las islas de la Oceania empieza á reinar una confusion la mas intrincada, y aun podríamos citar algunas islas que han recibido ya cuatro ó cinco nombres diversos, sin que alguno de ellos haya definitivamente prevalecido. En un principio este abuso resultó de la ignorancia de los primeros navegantes y de la imperfeccion de los medios de que podian disponer para determinar de un modo satisfactorio las tierras que reconocian. Así es que muchas veces han considerado estos como un descubrimiento una tierra visitada ya por sus predecesores, y la han impuesto un nombre que ha figurado en los mapas trazados segun sus datos. Cook era ciertamente muy ilustrado y verificaba sus empresas con harto juicio y precision para alucinarse acerca el valor real de sus descubrimientos; y hubiera establecido una nomenclatura regular apoyada con el inmenso peso de su autoridad, si no hubiese tenido la debilidad, deplorable en

tan grande hombre, de no respetar casi nunca los derechos de los primeros descubridores; por cuya causa quiso imponer nombres nuevos á las tierras ya conocidas, nombres que algunas veces no carecen de mal gusto. Este ejemplo ha sido imitado mas de una vez por los sucesores de Cook. Aun en nuestros dias no pasa año sin que algunos buques mercantes que cruzan este Océano no anuncien como descubrimientos las noticias de islas ya conocidas. Por otra parte, es fuerza confesar que estos errores eran escusables hasta cierto punto, atendido que desde largo tiempo no se habia publicado mapa alguno correcto y completo sobre esta porcion del globo.

Estas circunstancias nos impulsaron á trazar el mapa jeneral de la Oceania que acompaña nuestro atlas del *Astrolabio*. Nuestro objeto se reducia á manifestar por medio de este documento el estado preciso de nuestros conocimientos sobre la Oceania á principios de 1830, época en que se publicó. El fin que nos habíamos propuesto fué llenado de un modo satisfactorio, porque en solo el decurso de un año que transcurrió desde la publicacion de aquel mapa, varios navegantes señalaron como nuevas mas de veinte islas que estaban descritas ya en nuestro mapa; y aun es muy probable, despues de un maduro ecsámen y mas recientes investigaciones, que algunas de las que habíamos indicado deberian ser borradas. Esta opinion que acabamos de emitir es la misma que ya teníamos al indicar tales islas en nuestro mapa; por cuyo motivo las acompañábamos con un signo de duda, á fin de llamar la atencion de los viajeros sobre aquellas pretendidas tierras y averiguar la falsedad de su ecsistencia.

Las limitadas dimensiones del cuadro impuesto á nuestro mapa no nos permitian la sinonimia que se observa en los mapas de Arrowsmith y aun en los de Krusenstern; pero como debíamos adoptar un partido definitivo para la nomenclatura, nos decidimos por el método siguiente, como el mas conveniente y razonable á la vez. Siempre que pudimos procurarnos el nombre adoptado por los naturales, no hemos titubeado en sustituirlo á todos los que se habian propuesto, cualquiera que fuese el navegante de que se derivasen. Pero cuando nos ha sido imposible conocer los nombres de los indíjenas, hemos conservado relijiosamente el nombre del primer descubridor, con tal que sus derechos á este título fuesen ecsactamente averiguados. Este mismo es el método que observámos en el curso de nuestro viaje del *Astrolabio*, y nunca hemos querido imponer denominaciones personales mas que á los sitios cuyos nombres primitivos nos eran desconocidos ó que no habian recibido ninguno de los navegantes precedentes; y aun hemos siempre considerado nuestras designaciones como puramente provisionales, y dispuestas á ser sustituidas por las de los indíjenas, cuando nos sean conocidas. Los nombres indíjenas son venerables recuerdos de la poblacion primitiva, y tal vez de aquí á uno ó dos siglos, serán el único vestijio que quedará de ella, cuando la civilizacion europea haya invadido y rejenerado todos los países.

A imitacion de los misioneros, hemos designado tambien ciertos archipiélagos por el nombre de la isla principal; y así es que nos hemos espresado con los nombres de islas Hawaii, islas Taïti, islas Tonga, islas Nouka-Hiva, en lugar de islas Sandwich, islas de la Sociedad, islas de los Amigos, islas Marquesas. Las primeras designaciones son mas sencillas, y tienen la ventaja de ser comprendidas por los naturales. Los nombres de Nueva Holanda y de tierra de Van-Diemen serán reemplazados por los de Australia y de Tasmania, jeneralmente adoptados por los colonos de estas dos islas. Sin embargo, hemos conservado los de Nueva Zelanda, Nueva Caledonia, Nuevas Hébridas, islas de Salomon, Nueva Irlanda, Nueva Bretaña, Luisiada y Nueva Guinea, por la sencilla razon de no tener designacion mas conveniente con que sustituirlos.

Por lo demas, estas innovaciones embarazarán muy poco al lector, porque en cada isla ó grupo de islas que visitaremos, indicaremos en el testo los nombres impuestos por los mas acreditados navegantes, teniendo de esta suerte la ventaja de poder encontrar al momento la misma tierra en otro mapa cualquiera. Este trabajo es enteramente nuevo, y su necesidad será mas manifiesta cada dia, sobre todo si no se adopta nuestro sistema de nomenclatura ú otro semejante de un modo definitivo.

Ademas, la narracion de nuestro viajero irá acompañada de numerosas láminas abiertas en acero, que representarán con toda la ecsactitud que pueda desearse, *los lugares descritos*, *escenas marítimas*, *retratos*, *trajes*, *animales*, *plantas y curiosidades naturales*. Anunciar que estos dibujos serán de M. Sainson es espresar con bastante claridad todo el talento, el interés y la verdad que los caracterizarán.

En una palabra, mis colaboradores y yo, haremos lo posible paraque la lectura de nuestro *Viaje pintoresco al rededor del mundo* sea á la vez instructiva y deleitosa, objeto esencial á que debe encaminarse una obra destinada para un número considerable de lectores.

J. Dumont d'Urville.

Paris, 2 de enero de 1834.

VIAJE PINTORESCO

AL

PUEBLOS DEL MUNDO.

CAPITULO I.

TOLON.—ISLAS BALEARES.

El aventurero que lanzándose al azar de los acontecimientos, se halla al punto de hacerse á la vela para emprender un largo viaje, dirije hácia su patria una postrer mirada para consagrarla sus últimos suspiros. En la incertidumbre de poder verificar su regreso al pais natal, un profundo pesar participa de todas sus resoluciones, y la imájen de su familia viene mezclada en su fantasía con los sensibles recuerdos de su edad infantil. Con esta disposicion de ánimo me encontraba yo en Tolon á fines de julio de 1829, en cuya época el aspecto de aquella plaza ofrecia al observador un conjunto de actividad sorprendente, á causa de los preparativos del contra-almirante La Bretonnière para ir á formar el bloqueo de Argel. En la rada, en el puerto, en el carenero, en el arsenal, en la cordelería, millares de brazos organizaban los primeros elementos de una conquista si bien calculada muy lentamente, pero que, cual súbito relámpago, descargó un golpe terrible sobre los estados berberiscos. Habia llegado ya el tiempo de vengar á la Europa de la audacia y temeridad de aquellos piratas, por mas que en Paris y no menos en Tolon, se dudase aun de la guerra que se iba á emprender. Tan imponentes preparativos me inspiraron la idea de sustraerme á mis preocupaciones, y abandonar el proyecto de recorrer los diferentes puntos del globo, para inscribirme como voluntario é ir á grabar mi nombre con la punta de la bayoneta en las moles gigantescas del Atlas; pero el recuerdo de varios encargos que habia recibido de diversas familias y casas de comercio, calmó fácilmente la efervescencia de aquel entusiasmo irreflecsivo. El buque inglés á cuyo bordo debia trasladarme para aportar á la isla de la Madera dentro de poco tiempo, me dejaba todavía algun tiempo libre, que empleé en visitar por menor á Tolon y sus contornos. De esta fecha datan pues las primeras noticias de mi viaje.

Edificada en forma de anfiteatro, sobre uno de los mejores puertos del Mediterráneo, la ciudad de Tolon puede en algun modo considerarse como el centinela avanzado de la Francia; y de consiguiente su historia no puede menos de ser fecunda en revoluciones. El oríjen de su fundacion se pierde en la noche de las suposiciones fabulosas, y los etimolojistas de la Provenza no han hecho mas que complicar el problema que debian resolver. Con todo, es positivo que Tolon era ya célebre por su industria bajo el reinado del emperador Arcadio, hijo de Teodosio el Grande, en cuyo testimonio se me permitirá alegar algunas lamentaciones del santoral de san Cipriano, patron de los Toloneses, contemporáneo de Cesario y víctima de su acrisolado patriotismo. La invasion de los árabes pasó como un huracan por esta parte de la Provenza, que poco despues floreció de nuevo bajo la proteccion de los condes de Marsella. Dos veces los Sarracenos penetraron en ella á sangre y fuego,

y otras tantas el jenio de sus moradores volvió aparecer sobre los escombros de su patria. El emperador Cárlos Quinto dejó tambien en ella el recuerdo de su poder y de su espada (1); despues del cual el duque de Saboya, ausiliado por las flotas de Holanda y de Inglaterra, puso sitio á Tolon, pero se vió precisado á levantarlo. Desde aquella época, esta fortaleza, que puede considerarse la llave del mediodia, se ha visto entregada por una sola vez á las fuerzas reunidas de España é Inglaterra, por medio de la corrupcion y de la intriga. Este acontecimiento, verificado en 1793, prestó ocasion favorable al jóven oficial de artillería, que despues orló sus sienes con la diadema imperial, para anunciar de antemano á la Europa el guerrero, cuyos triunfos militares, despues de haber propagado la revolucion francesa por todos los puntos del continente, debian terminar completamente en el desastre de Monte-San-Juan y el peñon aislado de Santa Elena.

Considerada como plaza marítima, Tolon puede abrigar en su puerto á millares de embarcaciones; así es que la vista del observador se pierde en esa multitud de navíos, fragatas, corbetas, goletas, fustas, gabarras, avisos, etc., amarrados en la rada y en la concha del puerto con una simetría pintoresca, y que forman una selva de mástiles y jarcias que impide en parte la vista de la costa. La ciudad está dominada por una montaña que la defiende de los vientos del Norte. A lo largo de los flancos de esta montaña, al través de las amenas campiñas, y entre grupos de olivos, naranjos y árboles esportados del África y de Italia, percíbense á manera de palomares y hasta cuanto puede alcanzar la vista, las casas de campo y las pequeñas quintas enyesadas, donde los Toloneses van en pequeñas carabanas para celebrar las fiestas y meriendas campestres. Entre los setos de lentiscos y rocines de España que serpean por la pendiente, se ve un ejemplo palpable de la coquetería de los Toloneses: un vestido que nunca llega al tobillo pone de manifiesto la pierna mas bien formada y el pie mas fino. Un sombrero de paja ó de castor, cuyas anchas faldas se balancean al paso sofrenado de la cabalgadura, preserva su rostro de los rayos del sol. A la caida del rocío vespertino, estos numerosos destacamentos vuelven á emprender la marcha con el mismo órden y alegría encaminándose hácia la ciudad.

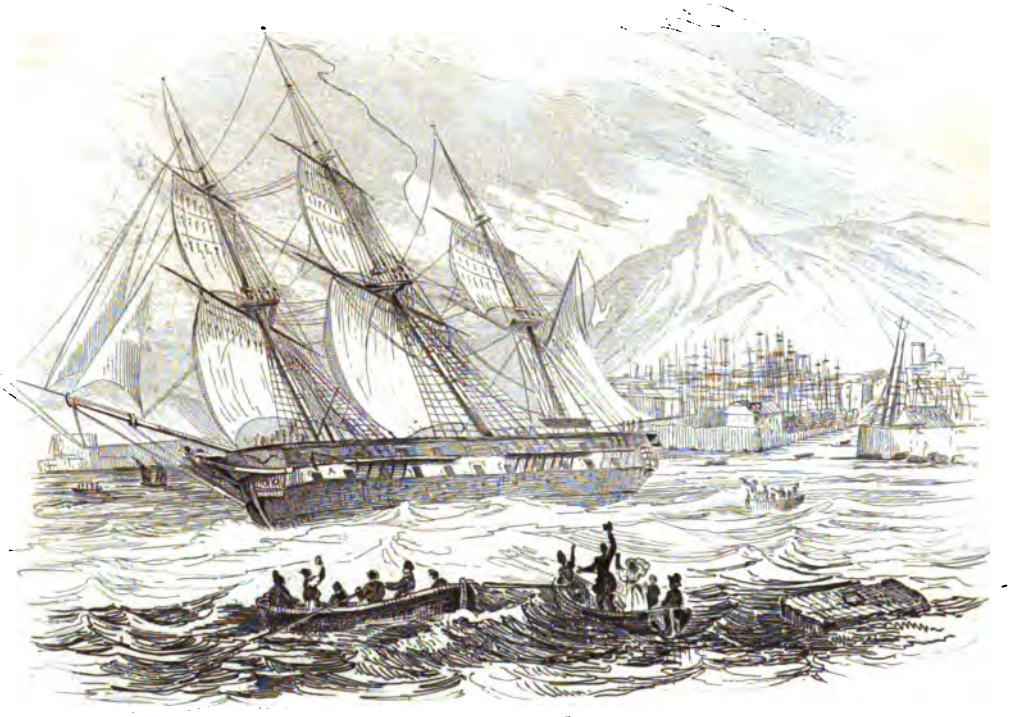
Tolon presenta á primera vista un aspecto confuso. Las calles son estrechas y las plazas irregulares, aunque decoradas con fuentes que mitigan el calor del verano: la profusion de los trabajos hidráulicos constituye una de las riquezas de la ciudad. Muchos vasos de piedra cubiertos de musgo y de vejetacion que, á manera de un nuevo jénero de poesía, son respetados del buen gusto del pueblo como un objeto de natural ornato, esparcen sin cesar por la atmósfera una saludable frescura. Sus habitaciones son muy sanas, los paseos de la tarde muy frecuentados, y los edificios en jeneral están revestidos de cierto aire de elegancia. La plaza del Campo-de-Marte, teatro un dia de sangrientas represalias, cuando los convencionales recobraron la ciudad de las tropas del almirante Hood y sir Sidney Smith, es bella, espaciosa y plantada con una doble hilera de árboles. Tampoco es preciso olvidar las colosales cariátides (1) que en el *Pretil de los comerciantes* sostienen el balcon de las Casas Consistoriales, y que serán un testimonio eterno de la delicadeza del célebre escultor Puget, que para vengarse del altercado de dos prohombres, los consagró á la risa de sus compatriotas. La catedral merece muy poca atencion, pues no presenta objeto alguno que escite la curiosidad del artista. Lo que mas particularmente absorve el interés del viajero, del militar y del marino, es el puerto con sus accesorios, el cual se divide en dos partes: la una construida bajo el reinado de Enrique IV, y reservada esclusivamente á los buques de guerra, es el puerto Viejo; la otra, empezada y terminada por Luis XIV, es el puerto Nuevo. Ambos se comunican por medio de un canal; algunos fuertes y parapetos armados con cañones defienden la rada, y sus fuegos están dispuestos con tal acierto, que por confesion de los mismos estranjeros no tiene rival que pueda sostener su concurrencia. Los pontones, que al mismo tiempo sirven de baño (2), se ven en el puerto Nuevo. Los condenados están encerrados y organizados allí en número de unos cuatro mil, cuya mayor parte, á fin de que no participe de la corrupcion de la chusma, está empleada por brigadas para estraer el fango del fondeadero, y para el servicio de los astilleros, de los arsenales y del puerto. Los mismos son los que trasportan las inmundicias y limpian todos los dias las calles de la ciudad. Algunas veces se oye en boca del filántropo el nombre de Vicente de Paul, cuyo presidio de Tolon recuerda el entusiasmo evanjélico de aquella época, como una crítica de nuestro sistema penitenciario. El arsenal llama aun mas la atencion de los que han visitado los de Rochefort, de Brest y de Cherbourgo. Las granadas, las balas enramadas, y las bombas dis-

(1) En 1556 fué cuando el condestable de Borbon se apoderó de ella á la cabeza del ejército imperial.

(1) Ornamento de arquitectura que en figura de hombre ó de mujer, y á manera de coluna sirve para sostener el arquitrabe.

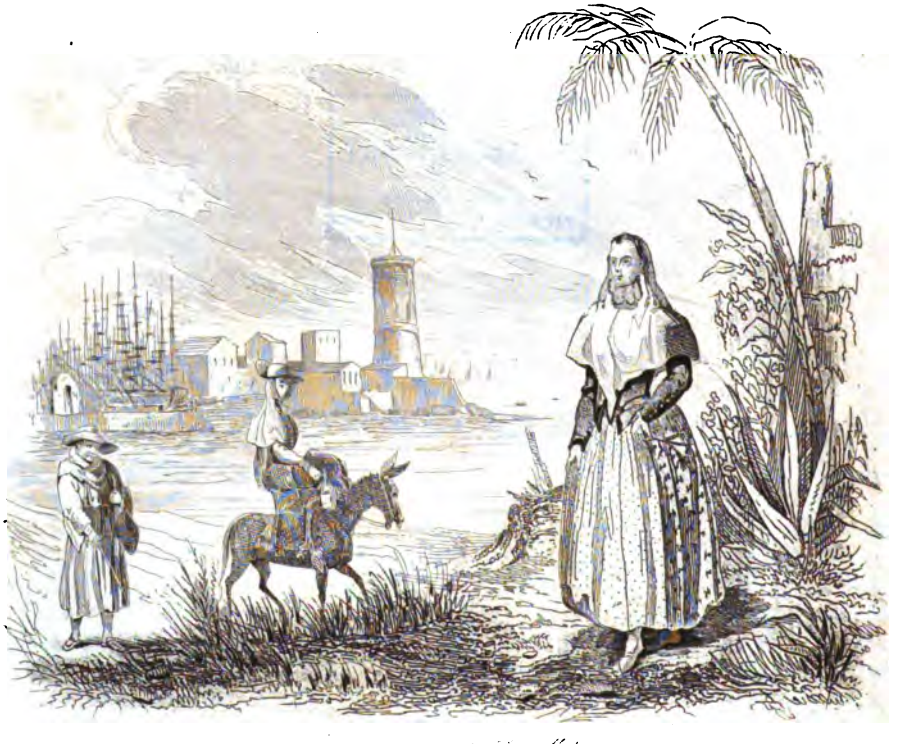
(2) Llámase *baño* propiamente la mazmorra que en Turquía y Berbería está destinada para encerrar los esclavos. Por estension se dice de un presidio cualquiera.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



1. Départ d'une Frégate.

1. Salida de una Fragata.



2. Costume d'une Dame de Port Mahon.

2 Traje de una Senora de Mahon

de Rainson del.

VOYAGE
VIAJE

puestas en pirámides, forman muchas hileras, separadas por morteros de bronce macizo, cañones y obuses. El espacioso y vasto almacen de armas presenta veinte mil fusiles que cubren sus paredes; las picas, las alabardas y pistolas están colocadas simétricamente en líneas paralelas; los sables, estrechamente unidos, reflejan sobre el techo la luz que da en sus hojas diverjentes, formando soles y rosetones relucientes, y el fuste de cada coluna está erizada de un conjunto de bayonetas, desde el capitel hasta la base. El anticuario se detiene con emocion ante una cronolojía militar que ofrece á su vista, colocada por órden de siglos, la mas selecta coleccion de armaduras de nuestros mayores, desde la maza de hierro de los guerreros galos y las relucientes corazas de los tiempos de caballería, hasta el fusil moderno de doble percusion. Al renovar en la fantasía las sangrientas escenas que recuerdan tales armas, no puede menos de admirar que aun existan hombres sobre la tierra. Desde este arsenal se pasa á la cordelería, la cual consiste en un taller de cerca de mil seiscientos pies de lonjitud, y cuya bóveda es un esfuerzo de arquitectura usual; en ella pueden fabricarse hasta seis cables á la vez, y no hay dia en que la solicitud de los marinos hácia esta clase de industria, que puede considerarse de primera necesidad para la navegacion, no ponga en práctica nuevos ensayos sobre materias filamentosas, ó nuevas máquinas para abreviar y perfeccionar el trabajo. Despues de la cordelería se pasa á visitar la carpintería, la tonelería, la fundicion de cañones, las fraguas en donde cien martillos caen sobre el ayunque para trabajar ardientes masas de hierro, la panadería siempre en actividad, y la sala de modelos donde están de manifiesto las formas de toda clase de embarcaciones. Numerosos guerreros de amartelado pecho salen todos los dias de estos salones para las peligrosas espediciones que, bajo el amparo de nuestro pabellon, llevarán algun dia el comercio de la Francia hasta unos pueblos remotos y desconocidos. En el puerto Viejo ó militar hay la cuenca interior para el reparo en seco de los navíos, construida en nuestros tiempos por Mr. Grognard, de trescientos pies de lonjitud sobre ciento de anchura. Las puertas de esta cuenca se cierran por medio de un batel en forma de cono truncado: todo el mecanismo consiste en un enorme peso de sobrecarga que hace caer perpendicularmente toda la masa en un encaje con la fuerza necesaria para vencer la resistencia de las aguas del mar; y como en esta rada nunca se ha esperimentado el flujo y reflujo tan conocido en los puertos del Océano, la empresa se ha verificado con mayor audacia y facilidad.

Sin embargo, mientras que en todas estas escursiones iba tomando gradualmente los conocimientos preliminares que exije siempre un largo viaje marítimo, no por eso dejaba de visitar la pequeña ciudad y jardines de Hyères, patria de Massillon. Los jazmines reales, la cañafístola de Levante, los naranjos friolentos de Portugal que en este delicioso pais confunden sus ramas para embalsamar el ambiente, me ofrecieron, dos dias despues, el mas feliz contraste con las bellezas que presentan las gargantas de Ollioules, agreste vallecillo en cuyo seno se ven impresas las señales de las convulsiones de la naturaleza y de las erupciones de un volcan, puesto que aun parecen distinguirse los vestijios de anchurosas corrientes de lava en los profundos hoyos abiertos en sus flancos. La aridez de esta soledad en que el artista puede perfilar las caprichosas formas que presenta, al parecer como ruinas de pirámides ó como murallas derribadas á impulsos de algun terremoto, no pudo menos de embelesarme: viajero novicio todavía, solo debia presenciar mas tarde el asombroso espectáculo que ofrecen al observador las magnificencias del pico de Tenerife.

Llegado el dia de partir, me despedí, no sin sentimiento, de los amigos que me rodeáran durante los dias que estuve aguardando para hacerme á la vela. A medida que íbamos avanzando, parecia que la ciudad, el puerto, las montañas se hundian sucesivamente en el horizonte; y mientras que favorecidos de un viento norte que empezó á soplar á la salida del puerto, íbamos navegando á velas desplegadas, dejamos á la izquierda las islas Hyères, antiguamente tan risueñas y pintorescas, como en la actualidad estériles y desoladas. Al mismo tiempo que nosotros, emprendió la marcha una fragata de línea para ir á reunirse con la escuadra de bloqueo que se hallaba á la vista de Arjel (Pl. I.—1.) Por espacio de algunos instantes no pude menos de admirar el imponente espectáculo que ofrecia á mi vista aquella fragata surcando la superficie del mar; ladeada un poco hácia uno de sus flancos deslizábase con gracia sobre las olas, mientras que la blanca línea de su batería, interrumpida por numerosas portañolas, reflejaba los rayos del sol. Es verdad que los mas viejos marinos esperimentan un vivo sentimiento de interés á vista de un navío que hiende las olas; y si se considera que mis sentidos no estaban aun acostumbrados á espectáculos de esta naturaleza, fácilmente podrá concebirse el efecto que produjo en ellos la marcha majestuosa de una fragata de guerra, navegando á velas desplegadas en una direccion paralela á la nuestra. Con todo, por su mayor velocidad nos aventajó de tal suerte, que al caer la noche habian ya des-

aparecido sucesivamente á nuestra vista su popa, sus jarcias y sus mástiles bajo el nivel del Mediterráneo.

Despues de una travesía de mas de noventa leguas, verificada en el espacio de tres dias, durante los cuales solo debe mencionarse el contínuo mareo que esperimentamos los pasajeros á causa del balance y de la arfada del buque, empezamos á divisar en el horizonte la isla de Menorca, la primera de las Baleares. Era el 8 de agosto, y los flancos del monte Toro empezaron á presentársenos á la vista con su telégrafo en la cima. Pero, por lo que hace á la impresion que causó en mis sentidos la vista de la ciudad de Mahon, únicamente debo advertir que en ningun término corresponde á la idea que de ella me habia formado, conforme á la relacion del cardenal de Retz que la compara seriamente á las decoraciones de la ópera. Sin embargo, á instancias del capitan inglés, no pude menos de notar la comodidad que presentan las circunstancias locales del puerto, al que la naturaleza se ha esmerado en convertir en un arsenal de primer órden, haciéndolo mucho mas preferible al puerto de Cartajena. Este punto seria muy ventajoso para la España, si esta supiese sacar partido de los recursos que abriga en su seno; pues en caso de guerra con la Francia, ó con los estados del Africa y de Italia, podria infestar súbitamente el Mediterráneo por medio de corsarios intrépidos, salidos de improviso de los puertos de Ibiza y de Palma, ó de las ensenadas ó bahías de Menorca, con tal que, en caso de un encuentro con fuerzas superiores, encontrasen un pronto y seguro asilo entre las rocas que, situadas á flor de agua, erizan esta posicion avanzada, al parecer como obstáculos ó escollos para la aproximacion de los buques de mayor porte; y de esta suerte las islas Baleares podrian considerarse como el escudo y broquel de la Península. La importancia de estos puntos militares es de tal naturaleza, que la Inglaterra, no satisfecha con la posesion de Gibraltar, nunca los ha cedido sin mucho pesar en virtud de los tratados ó á impulsos de la victoria enemiga: así es que en todos los casos en que se ha visto forzada á abandonarlos, ha mandado demoler las fortificaciones y enclavar la artillería, si no ha podido llevársela consigo. Atribúyese al célebre Andres Doria, rival de Hariadan Barbaroja y libertador de Génova el dicho siguiente que ha llegado á ser proverbial:

Junio, Julio, Agosto y Puerto Mahon,
Los mejores puertos del Mediterráneo son.

El descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza dió un golpe terrible al comercio de esta ciudad, que antes del viaje de Vasco de Gama podia considerarse como el depósito de las mercancías y productos de la India; y la espulsion total de los moros, verificada bajo el reinado de Felipe III, fué un segundo golpe igualmente perjudicial á su industria. El hospital, el Lazareto, la cuarentena y el arsenal ocupan los cuatro islotes inclusos en el puerto, cuya boca consiste en un pequeño espacio que separa dos promontorios, y cuyo muelle nada absolutamente debe á la industria humana. Este puerto tiene ademas la ventaja de no poder ser cegado por las arenas, porque no hay rio alguno que desagüe en él.

La salubridad del ambiente de que disfruta la ciudad de Mahon se debe á la elevacion del terreno sobre que está planteada, pues es muy superior á la de las rocas que dominan el puerto. Su existencia sin embargo no deja de parecer precaria y milagrosa, si se considera la frajilidad de su piso, que algunas veces se va desmoronando en la orilla del mar. Las casas están superadas por unas azoteas, y aunque en el interior están muy mal distribuidas, en el esterior sin embargo no carecen absolutamente de coquetería y buen gusto. Los tejados del interior de los edificios están inclinados y dispuestos en goteras para conducir las aguas pluviales á los aljibes abiertos en la roca. Los monasterios, las casas consistoriales y el palacio del gobierno pertenecen á un jénero muy mezquino. La autoridad de la metrópoli solo se conoce en esta ciudad por el mal estado de las calles empedradas con guijarros pequeños, incómodos y estrechos; un paseo planteado de árboles inclinados á impulsos del viento, y del que los mahoneses se envanecen en sumo grado, no sé por qué; una plaza de armas bastante hermosa, pero muy mal murada: tal es en resúmen la ciudad de que el Coadjutor hace tan bella descripcion en sus Memorias.

Las islas Baleares son cuatro: Ibiza, Formentera, Mallorca y Menorca, cuyas costas están circundadas de varios islotes. Al rededor de Ibiza se ve Conejera-Grande (la grande isla de los conejos), Esparto, Breba, Espalmador, Espardell y Fagam; cerca de Mallorca hay un grupo de islas formado de la Dragonera (isla de los dragones), Conejera (isla de los conejos) y Cabrera (isla de las cabras). La isla de Ayre está tambien á corta distancia de las costas meridionales de Menorca. Entre las islas principales, Formentera, la *Pithiusa minor* de los antiguos, y cuyo nombre moderno caracteriza su riqueza agrícola, tiene cinco leguas de lonjitud en su mayor estension: Ibiza tiene veinte y dos de circumferencia, Mallorca cincuenta, y Menorca treinta y ocho.

Los dos puntos mas culminantes de estas islas montuosas son el *puig de Torcello* y el *puig Major* de Mallorca. Algunas fuentes minerales y diversos guijos de cobre que se ven en esta isla, manifiestan su natural riqueza, de la que nunca se ha sabido sacar el partido que era de esperar. La historia natural de este archipiélago varía por el declive del terreno; en las escabrosas cimas de Mallorca no asoma mas que una especie de líquen, y á medida que se va bajando, se ven vejetar la encina y el pino de Arjel, el olivo y el algarrobo. En los collados marítimos abunda la palmera enana, á cuya sombra florecen los ciclaminos, las onónidas y las elegantes antílides; en las pendientes mas pedregosas crecen tambien el mirto, el alfónsigo lentisco, y la espinosa alcaparra: las colinas se ven igualmente cubiertas de hermosos viñedos, y el algodon se cultiva asimismo en los terrenos mas bajos y mas abundantes de regadío. La ciudad de Palma, capital de este archipiélago, tiene una poblacion de 34.000 habitantes, segun el Sr. Miñano; pero Mahon é Ibiza son mucho menos importantes (1), especialmente la última que no presenta otra cosa notable que las ricas salinas de que abunda.

La etimolojía del nombre de Baleares (*Balearides*) que los Griegos aplicaron á estos isleños, se deriva de la palabra *fronde*, arma de que usaban los naturales con mucha destreza y habilidad. Para ejercitar ya desde la infancia la vista de sus hijos, los habitantes de estas islas no les concedian otro alimento que aquel que tocasen con una piedra tirada desde cierta distancia. Diodoro refiere ademas una costumbre singular que se veia en sus matrimonios. «La ceremonia del himeneo, dice este escritor, termina con un festin; pero el novio no puede disfrutar de la compañía de su esposa hasta que esta haya dispensado sus gracias á cada uno de los convidados.»

Estrabon ha descrito á los Baleares de su tiempo, como muy pacíficos y bravos á la vez; pero la poblacion primitiva parece haberse confundido enteramente con la raza ibérica que se refujió en estas islas para sustraerse á las persecuciones de los Suevos y de los Vándalos que invadieron la Península. Yo he visitado uno de los mas curiosos monetarios enriquecido de piezas de oro, de plata y de bronce; y si hemos de creer á los eruditos, podria hacerse, al estilo homérico, un cómputo exacto de todos los pueblos que, para salvar sus tesoros, los ocultaron en varios puntos de esta isla. Algunos incrédulos sin embargo atribuyen tales escondrijos á la avaricia de los piratas del Mediterráneo, ó á la industria de algunos judíos que hacian especulaciones sobre antigüedades. Los Fenicios, los Cartajineses, los Romanos, los Moros, los Catalanes y todos los pueblos del universo han venido tambien al parecer á deponer su tributo en las entrañas de Menorca. El idioma de estos isleños parece apoyar tales tradiciones, pues es un dialecto tan mezclado de palabras siríacas, griegas, romanas, árabes, catalanas y godas, que es muy difícil averiguar su pronunciacion jenuina. Empero, prescindiendo de esta complicada mezcla de pueblos, la mayor parte de los viajeros están acordes en manifestar la indolencia de estos isleños; y aunque esteriormente no dejan de parecer muy comedidos, sin embargo en sus modales se nota ya un fondo de frialdad y reserva que no se desvanece sino cuando se trata de agruparse al rededor de un fandango al son de una guitarra rasgueada sin órden ni concierto por alguno de ellos, á manera de un desesperado, particularmente en la festividad de san Juan, en la que se celebran corridas de asnos, ó en la de san Pedro, en la que los marineros celebran sus justas en el puerto.

Los pastores conservan aun el mismo traje de sus antepasados, y su vestido ordinario consiste en un sombrero ó gorra que cubre sus cortos cabellos, unas bragas de piel de cabra, una casaca que, á manera del *sagum* de los Romanos, cae sobre sus bragas, y unos zapatos groseros y toscos. En las fiestas mas solemnes llevan un gaban negro, una lechuguilla que les llega al pecho y á los hombros; y un sombrero de anchas faldas realzadas á derecha é izquierda. Las mujeres, de cualquiera condicion que sean, usan indistintamente el rebozillo, el cual solo varía por el mayor ó menor lujo de las estofas, desde el mas rico y precioso encaje hasta el tejido mas ordinario y comun. Este rebozillo consiste en una especie de capotillo con sus correspondientes festones y falbalás, que cubre la cabeza, y está anudado debajo de la barba con algunas cintas para recaer en seguida por detras, y formar en el pecho dos puntas de chal que se cruzan (Pl. I.—2). La hermosa cabellera que en algunas mujeres les flota hasta los lomos, no es mas que un ornamento postizo, y aun me han asegurado que en las islas Pithiusas (1), las pobres aldeanas que la tienen corta, se atan con ella la cola de una vaca. Del ribete del rebozillo cuelgan algunos rosarios ó medallas con el retrato de los padres ó de las santas imájenes; y el adorno predilecto de la mayor parte de las mujeres consiste en abalorios, collares y pequeños objetos de platería, mas ó menos bien

(1) La poblacion de Mahon es de 19.171 habitantes y la de Ibiza de unos 6.000.

(1) Las islas Pithiusas son tres: Ibiza, Formentera y Conejera; y las Baleares son: Mallorca, Menorca y Cabrera. Las primeras se llaman Pithiusas, de una palabra griega que significa piña, á causa de los dilatados pinares que contienen.

trabajados. Con todo, nada hay mas afectado como el vestido de gala que les aprieta la garganta, y pone de manifiesto jeneralmente unos brazos muy delgados y desagradables á la vista.

En la educacion de los baleares se observan todavía aquellos antiguos métodos, abandonados ya enteramente en Francia desde largo tiempo, y que dilatan infinitamente una educacion pedantesca y monástica, por cuya causa puede deducirse que estos isleños están casi absolutamente destituidos de educacion (1). La oracion es aun el non-plus-ultra de la enseñanza que se da en las capitales de las islas Baleares, Palma, Ibiza y Mahon, en cuyos puntos se conservan sin embargo algunos preciosos recuerdos de la ciencia árabe, á causa de haber sido dominados por la Inglaterra, durante algun tiempo. Toda la ciencia de las señoritas consiste en la lectura de las Horas, coser y hacer calceta. Cuando los realistas de Tolon, atronados por el cañon de la república francesa, buscaron su salvacion en la fuga, aquellos infortunados proscritos de la Convencion que hallaron un asilo en España, creyeron poder procurarse una honrosa subsistencia por medio de la propagacion de sus talentos y luces; pero sus planes quedaron frustrados, porque el gobierno de Madrid, creyendo ver en la infusion de las máximas de nuestros emigrados un manantial inagotable de peligros políticos, procuró limitar por todos los medios posibles los resultados que debian esperarse. La agricultura de estas islas, como tambien su comercio, están muy atrasados todavía; y toda su industria se reduce á algunas manufacturas de lana, algunas obras de carpintería fina con embutidos, otras de vidriería que no son para esportacion, y algunos destilatorios que han ido prosperando gradualmente, especialmente para la destilacion de las rosas y de los azabares.

El 11 de agosto partimos de Mahon, dejando á la derecha la isla de Cabrera que apenas cuenta cuatro millas de estension (dos leguas con corta diferencia). Este islote, formado de montecillos pelados, entre los cuales se estienden algunos terrenos incultos, será para siempre célebre en los ominosos dias de nuestros anales marítimos por el ejemplo de una barbarie política proseguida á la faz de la Europa por un espacio no interrumpido de seis años. No podemos menos de continuar algunos detalles relativos á aquel trájico acontecimiento, sacados de la narracion que hizo de él Mr. Duperrey. En 1814 habiendo cesado las hostilidades que ajitaban la Europa, este oficial secundaba al capitan encargado de arreglar con la España algunas formalidades concernientes á la vuelta á Francia de nuestros infelices compatriotas.

«Anclamos, dice este oficial, en un pequeño puerto al norte de la isla, en el cual habia una fragata española muy maltratada que guardaba los prisioneros, á manera de un simulacro de fortaleza, en donde apenas habia cuarenta soldados. A vista de un pabellon que les anunciaba el suspirado dia de su libertad, los prisioneros, á manera de cadáveres ambulantes, se arrastraron gateando por entre las rocas, y no pudiendo apenas salir de ellas, prorumpieron en gritos de alegría. Algunos de ellos, sorprendidos de una especie de enerjía á la imájen de su libertad, llegaron á nado hasta el pié de nuestro buque, donde fueron acojidos con una compasion que solo es comparable á la viva indignacion de que nos sentimos poseidos simultáneamente contra los autores de tan deplorable catástrofe. El duro trato que han sufrido los prisioneros de Cabrera será para siempre un borron indeleble para la nacion española, que en esta circunstancia ha desmentido abiertamente la reputacion de jenerosidad que se adquiriéra entre las naciones civilizadas. De diez y nueve mil franceses arrojados á estas áridas playas á consecuencia de la desastrosa capitulacion de Bailen, diez y seis mil habian sucumbido ya á los tormentos y privaciones de todo jénero. Los horrores del hambre y de la sed arrastraron mas de una vez á estas víctimas del fanatismo á cometer los escesos de los caribes de la Oceania: la narracion de las penalidades á que estuvieron sujetos durante tan prolongado cautiverio, causaba un sudor frio en la frente de nuestros marinos, y nosotros nos empujábamos todos al rededor de los prisioneros para escuchar sus desgracias, sumidos en un tétrico y profundo silencio. En la época en que desembarcamos, doscientos de aquellos desgraciados acometidos de alienacion mental andaban errantes por las rocas inaccesibles, sin otro abrigo que algunas cavernas, donde sus compañeros de infortunio, cuyo ánimo lograra ya hacerse superior á la desgracia, les llevaban la corta racion que los españoles les suministraban sin la menor regularidad. Este sistema de neglijencia y el estado de desnudez en que se abandonaba á nuestros infortunados compatriotas, manifiestan con bastante claridad el calculado proyecto de esterminarlos lentamente. Cuando les noticiamos que por órden del rey de Francia veníamos á tomar los necesarios informes, á fin de despachar algunos buques para restituirlos á su patria, apoderóse de ellos un júbilo inesplicable, y al momento se difundieron por la isla incendiando las pajizas cabañas que hasta entonces les sir-

(1) La educacion de las Baleares que algunos años atrás se hallaba ciertamente en un estado muy deplorable, ha hecho, de algun tiempo á esta parte, los progresos mas satisfactorios. Creemos de nuestro deber oponer esta breve noticia á la narracion del autor francés para satisfaccion de los amantes de la ilustracion.

vieran de asilo, como si tuvieran que partir en aquel mismo instante. La inesperada noticia de su próxima libertad los habia acometido en algun modo de una súbita alienacion. Sobrevino la noche, y nos vimos detenidos, á pesar nuestro, en el puerto de Cabrera por los vientos contrarios que dominaban; pero no pudiendo permanecer pasivos espectadores de un regocijo tan estraordinario y tan interesante por el lugar de la escena y el estado de sus actores, lo celebramos con una iluminacion por medio de faroles colgados de lo alto de las vergas, y con salvas de artillería que contestaron á sus aclamaciones de reconocimiento. La tripulacion de la fragata española, hasta entonces simple espectadora, no pudiendo resistir á aquellas demostraciones, imitó nuestro ejemplo.... Por fin, el 16 de mayo de 1814, los prisioneros de Cabrera fueron conducidos á Marsella.»

Despues de haber abandonado las funestas rocas de Cabrera, á poca distancia del estrecho canal que separa los muros de Ibiza, capital de las islas Pithiusas (1), de la isla que se ve en frente llamada Formentera á causa de las ricas cosechas que produce, los vientos contrarios de oeste nos obligaron á bordear por espacio de muchos dias. Habia en nuestra embarcacion un naturalista que recojió en la misma superficie del mar algunos de estos estraños moluscos cuyas formas y colores se apresuró á dibujar, á causa de la flojedad y de la frajilidad de su carne. Contínuamente éramos detenidos por la bocina de los diversos buques de la escuadra que formaba el bloqueo de Arjel. Por su forma triangular, y por el color blanquecino de sus edificios, la ciudad berberisca parece una vela de perroquete colocada sobre un campo de verdura.

CAPÍTULO II.

COSTA DE ESPAÑA.—GIBRALTAR.

De repente cambió la direccion del viento, y á las cinco empezó á soplar un levante que nos arrojó rápidamente al cabo de Palos que en los confines marítimos del reino de Murcia domina la elevada cordillera de Granada. El capitan me dió acerca de este delicioso pais, llamado justamente el jardin de España, algunos detalles que manifiestan el doble carácter de la industria y del protestantismo inglés. «La supersticion, me dijo, paraliza en esta rejion toda idea de progreso, y lo vereis claramente en el caso siguiente. Unos quince años atras, tratóse de establecer reverberos en las principales ciudades, en Murcia, Cartajena, Málaga, para iluminar las calles. La devocion de los moradores de la provincia, escitada seguramente por el interés de algunos mercaderes, creyó ver en este proyecto una tentativa de la impiedad para amortiguar el zelo de los que en todas las noches iban á comprar un cirio á fin de iluminar las pequeñas imájenes de santos que se encuentran á cada paso. Partiendo de este falso principio, hízose tan jeneral la indignacion, que en la primera noche se rompieron todos los reberveros que habian empezado á plantearse. A este escesivo zelo contra todo lo que parece atentar á su modo de entender el culto, el murciano lleva hasta el esceso la indolencia española. A pesar de sus deliciosos paseos, cuya fertilidad está mantenida constantemente por riegos artificiales, ningun atractivo es suficiente para hacerle salir de casa; en ella come, bebe y duerme, fuma su cigarro; y si algunas veces sale de ella, es únicamente para ir á hacer una visita á su confesor ó á su abogado. Esta pereza se estiende á todas las acciones de la vida, y ella sola es la que ha proscrito la música y el baile, las artes de la imajinacion y los estudios serios. Las corridas de toros y las disputas sobre el dogma de la inmaculada Concepcion orijinado en los monasterios de la provincia, ocupan esclusivamente toda su atencion. En ninguna otra parte mas que en Cartajena se encuentran escuelas, y aun en esta son únicamente para los alumnos de la marina real. El ocio, la comida regalada y la siesta constituyen la primera trinidad de los murcianos. La mayor parte de los comerciantes son estranjeros, franceses é ingleses, y aun mas napolitanos, los cuales van á Cartajena para recibir lanas, seda, papel y la tan celebrada sosa, en cambio de quincallería, especería y encajes. La dominacion árabe ha dejado en este pais algunos recuerdos entre los escombros. Un acto de venganza nacional que debe calificarse de falta, la total espulsion de los moros, ha destruido el jenio manufacturero que iba prosperando á la sombra de la tolerancia. Los antiguos fundadores de la bella Granada no se habian ocupado solamente de artes industriales, sino que el gusto de las ciencias y bellas letras, protejido por los Califas, habia erijido en ella algunos colejios, escuelas y bibliotecas. Pero el Escorial, aprovechándose de los libros de la Alhambra, ha dejado decaer á esta, cuya arquitectura española es ciertamente muy inferior á sus maravillas. Con todo, esta rejion solo tiene necesidad de una fuerte sacudida ó del jenio de un grande hombre para recobrar, entre los pueblos de nuestro hemisferio, el rango distinguido que ocupaba antes del reinado de la

(1) El autor parece cometer una equivocacion, tomando á Ibiza unas veces por una de las Baleares, como puede verse en la pág. 4, y otras veces por una de las Pithiusas, como se verifica en este pasaje; por cuyo motivo debemos advertir que la isla de Ibiza es capital de las Pithiusas, y que no pertenece á las Baleares, segun notamos ya en la nota anterior.

inquisicion y el oro de Méjico y del Perú.»

Despues de habernos engolfado en alta mar, alejándonos del puerto de Cartajena, atravesamos una vasta estension de mar cubierta de pajas y plantas gramíneas. Este fenómeno indica la ecsistencia de una corriente que se dirije de este á oeste. Divisamos por fin el cabo de Gata, y al dia siguiente pasamos á tres millas del islote de Alboran, cuyo bajo suelo ofrece únicamente vejetaciones rastreras. Pasaban chillando encima de nuestras cabezas numerosas bandadas de gaviotas á las que nadie disputa la posesion de este desierto. En este punto los vientos del oeste vinieron á contrariar los progresos de nuestra marcha, de suerte que por espacio de muchos dias nos vimos reducidos á bordear entre las costas de Andalucía y las de Marruecos, esperando con impaciencia alguna favorable brisa para salvar la barrera del Estrecho. Los vientos de oeste impiden no pocas veces su entrada á los buques durante seis semanas, y la ciencia ha procurado establecer inútilmente suposiciones contradictorias sobre las dificultades que el Estrecho presenta. A pesar del concurso de los mares, de los rios y de los arroyos que deponen sus tributos en el seno del Mediterráneo, varios jeógrafos han emitido el aserto que esta cuenca recibia tambien las aguas del Océano Atlántico, en cuyo testimonio citan la corriente de oeste á este que visiblemente se ostenta en medio del Estrecho, mientras que de este á oeste no pueden mencionarse mas que dos débiles corrientes laterales. El convencional Patrin que defiende esta hipótesis, supone la intervencion del sol para evaporar las aguas supérfluas del Mediterráneo, y la no menos activa de los volcanes para estraer del fondo las partículas salinas que esta supuesta evaporacion deberia depositar en él. Pero, por otra parte, segun Malte-Brun, la corriente que produce la masa del Atlántico esplica esta reaccion de un modo satisfactorio. Esta esplicacion consiste en que la reaccion es solo aparente, y segun aquel jeógrafo, varias observaciones han dado á conocer la ecsistencia de una corriente inferior que determina un movimiento profundo y sub-marino del Atlántico al Mediterráneo (1).

(1) Esta corriente del Atlántico al Mediterráneo se siente hasta Málaga, y segun otros, hasta el cabo de Gata, distante 70 millas marítimas de Gibraltar. Rennel observa que todas las aguas del Océano desde el paralelo 45 S. hasta el 30 N. y á una distancia de 130 millas al O. de las costas de Europa y Africa, se dirijen hácia las colunas de Hércules precipitándose hasta el cabo san Vicente y el cabo Cantin. Pero en cuanto á la contra corriente inferior que algunos viajeros han observado, ha sido recientemente confirmada por los restos de una nave que, habiendo naufragado al E. del Estrecho, fueron arrojados por el mar al O., cuyo fenómeno habia llamado ya antes la atencion. La opinion de que existen dos corrientes opuestas, parece confirmada, porque tambien se ha observado lo mismo en los Dardanelos y otros estrechos.

El 17 de agosto, á las cuatro de la mañana, se levantó una brisa bastante lijera, y divisamos por fin las cimas del monte de Gibraltar y del monte de los Monos, antiguas colunas de Hércules que terminaban el mundo de los antiguos. Este acontecimiento nos infundió la esperanza de salir del Mediterráneo, pero tuvimos que abatir bajo esta muralla de rocas, llamada la Puerta de Europa, y cuyas cumbres se remontan por los aires hasta 1500 pies de elevacion. Hácia el mediodía, y como por la espansion de un vasto arenal, estas rocas forman una especie de escotadura, cuyos restos se han desmoronado hasta el mar. En el último límite de estas ruinas, está situada una hermosa aldea y una granja perteneciente al gobernador. La enorme masa del Gibraltar se eleva perpendicularmente sobre estas habitaciones esparcidas por su pie, y desde sus mil troneras que apenas pueden percibirse al través de las grietas de la roca, puede vomitar el plomo y la muerte sobre las escuadras que se atreviesen á amenazarlo. (Pl. I. — 3.) Protejidos por la brisa pasamos el Estrecho, dejando á Gibraltar á las espaldas. Otras embarcaciones siguieron nuestras huellas, y surjimos á veinte brazas en el abra de Getarez, dentro de la punta del Carnero, no lejos del lazareto. La punta de San García, superada de una torre, nos ocultaba la vista de Aljeciras. Impacientes por llegar á tierra, intentamos dar un paseo hácia la Casa-Marcelo, que se distinguia por su blancura en medio del verde obscuro de las alturas, y pronto se desarrolló á nuestra vista el magnífico aspecto de la bahía.

Esta bahía merece fijar la atencion del observador á causa de su vasta estension, cuyo ámbito está formado de una cortina de montañas. Por la parte del E. está terminada por Gibraltar y el Estrecho; por la del N. por las campiñas situadas bajo la aldea de San-Roque, en el término de una bella colina cubierta de bosquecillos de rosas y jazmines, á cuya sombra florecen millares de violetas. El surjidero es aquí muy delicioso, y al O. están situadas Aljeciras y la punta del Carnero.

Algunos jenoveses refujiados, vestidos como los habitantes de la costa, nos salieron al encuentro espresándose en francés. En aquella punta cultivaban algunas viñas bastante dilatadas. Estos colonos nos dieron un guia para ir á la cumbre de la colina mas prócsima. Despues de haber atravesado algunas viñas bastante bien cultivadas, por medio de unos senderos orillados de pequeños palmitos y aloes que hayen la pendiente de la colina, llegamos por fin á la mayor altura de aquellos contornos. Una vista magnífica nos hizo olvidar nuestras fatigas. El guia nos señaló, entre el escollo de la isla Verde y la torre de Villa-

Vieja, el teatro del sangriento combate que empeñára el contra-almirante Linois, casi sorprendido en una rada no resguardada del viento E. que protejia á sus enemigos, y que carecia de la eleccion de los medios de accion y de la retirada segura bajo el cañon de Gibraltar que favorecia á los últimos, sosteniendo con enerjía el honor del pabellon nacional. Ancló ante Aljeciras de modo que pudiese resistir á la escuadra inglesa que los vijias de Gibraltar habian llamado del bloqueo de Cádiz. La division francesa compuesta de tres navíos y una fragata, fué atacada al momento por siete navíos de línea, desarboló tres de ellos, mató ó hizo prisioneros 1500 hombres, y obligó á sir James Saumarez á retirarse bajo las murallas de la ciudadela inglesa, abandonando el *Anibal*, navío de 74 cañones. Apesar de los desastres que siguieron á aquella jornada, la gloria de esta breve y memorable campaña pertenece enteramente á nuestro pabellon.

La ciudad de Aljeciras debe su fundacion á los árabes; y aun se conservan restos de la primera ciudadela que edificaron estos en la orilla. Esta ciudad está muy mal construida, es pobre y de un aspecto triste. Sus casas blancas forman un conjunto de líneas muy confusas, y sus fuentes están provistas por un acueducto que atraviesa algunos barrancos. Al rededor de la pelada cima de los montes que la dominan, se ven muchas águilas de un tamaño enorme que habitan las zonas superiores y se elevan hasta perderse de vista. El dia que llegámos aquí, encontrámos algunos labradores que despedregaban los campos para sembrar; y como aquel era dia festivo, hicelo observar á uno de estos portadores de rosarios: — Somos tan pobres! me respondió. El guia jenovés nos esplicó en esto que Aljeciras no era mas que una guarida de contrabandistas que reclutaban sin mucho trabajo los holgazanes de los alrededores, por la facilidad que hay de sustraerse á la jurisdiccion española. Entrámos luego en una lancha para ir á Gibraltar.

Gibraltar se eleva en forma de anfiteatro en la parte del N. O. de una península que se interna en medio del Estrecho. A lo largo del mar se estienden vastos jardines hasta el estremo meridional, donde se eleva una multitud de edificios de construccion mas moderna y que forman como una segunda ciudad. El capitan del puerto nos salió al encuentro, y nos dirijió las preguntas sanitarias de costumbre; pero esta formalidad nunca es observada perfectamente por parte de los ingleses. Desembarcámos en el muelle nuevo, lleno de manobres é instrumentos para el servicio de los buques estacionados en la rada. En el pretil hay de trecho en trecho cabrias de hierro de elegante construccion, destinadas para levantar los mas enormes fardos.

La vista de este formidable límite del continente europeo recuerda los diversos nombres impuestos sucesivamente á esta roca, y que escitan la memoria de un gran número de vicisitudes históricas. Bajo el antiguo nombre de Calpe, parece atestiguar la ecsistencia de Hércules y los trabajos del semidios que, haciendo retroceder el monte Abyla, hizo fraternizar ambos mares. Igualmente parece recordar el viaje, que refiere la Odisea, de Ulises, que en el preciso término de un dia pasó de la isla de Calipso situada en los umbrales del Atlántico al terrible estrecho de Messina entre Syla y Charybdis, para cuya prodijiosa travesía, que aun en línea recta no comprende menos de 21°, no era suficiente por cierto la poderosa proteccion de Minerva. Pero, abandonando nuestra imajinacion estas narraciones mitolójicas, vemos á la raza conquistadora de los árabes, dirijidos por el intrépido Tarykh en 712, penetrar por primera vez en el territorio español. Dueños de la inespugnable ciudadela que les entregára traidoramente la venganza del conde D. Julian, irritado por el abuso del último rey de los Godos Rodrigo, cometido en su hija Florinda tan célebre en los romances españoles, los vencedores impusieron á la roca el nombre de su jeneral *Gebel-Tarikh* (monte de Tarykh), y de aquí ha tomado el nombre de Gibraltar. Pero algun tiempo despues, la inquisicion vengadora arroja de su pais á los hijos del Profeta, y la España vuelve á entrar en la posesion de su patrimonio. Gibraltar permaneció bajo el dominio español hasta la guerra de sucesion, en 1704, en cuya época, mientras que Jorge Rooke con las escuadras combinadas de Inglaterra y de Holanda hizo arrojar inútilmente 15.000 balas á la inespugnable ciudadela, los marineros de una miserable chalupa, intentaron penetrar en ella, y aunque su temeridad pareció escitar mas la compasion que el furor de los españoles, alcanzaron el muelle viejo y lo escalaron. En la doble borrachera del grog y del buen éxito, se atrincheraron en él, é hicieron con un pañuelo rojo una bandera para llamar á sus compatriotas á derribar los estandartes de Castilla y de Leon. Lejitimado este golpe de mano por el tratado de Utrecht, el pabellon británico ha arrostrado constantemente los esfuerzos de la Francia y de la España. Durante la guerra de la independencia americana, unos jigantescos proyectos y absurdos consejos nos hicieron gastar muchos millones para una empresa inúti. En efecto, nuestros marinos y soldados lucharon con enerjía, pero en vano, contra el jenio del general Elliot; y desde entonces, la Inglaterra puede envanecerse de guardar para siem-

pre esta llave del Mediterráneo, apesar de los zelos que escita su posesion á todas las naciones europeas.

El aspecto de Gibraltar hace nacer la idea de la riqueza de sus moradores y del órden que reina en el recinto de sus murallas. Algunos granaderos ingleses con su brillante uniforme nacional montan la guardia de las puertas de la ciudad. Las casas están construidas con piedras y guijarros, y no carecen de un aire de elegancia y aseo; las calles están guarnecidas de aceras y animadas por el concurso de los mercaderes de diversas naciones.

Los hombres de la plebe, la mayor parte españoles, con su traje característico, se ocupan principalmente en el servicio de los carruajes. Multitud de judíos vestidos en traje oriental, con las piernas desnudas, y afectando esteriormente miseria, desembarcan tejidos que muestran á los pasajeros, haciendo de ellos un elojio enfático con toda la volubilidad de su acento nasal. Las mujeres llevan una capa de paño escarlata ribeteada de terciopelo negro y terminada con un capuz, y fácilmente se observa la coquetería con que ajusta, y el habitual desaseo que disimula. Los jenoveses se distinguen fácilmente por su limpieza, y los ingleses se reconocen en Gibraltar del mismo modo que en Londres y en todos los paises; en su continente se observa una elegancia afectada, y aun bajo el sol africano, observan todas las leyes del tocador británico.

La aglomeracion de tan diversos pueblos hace ascender la poblacion de Gibraltar á 28.000 almas, cuya tercera parte con corta diferencia se compone enteramente de judíos. El gobierno de esta colonia era al principio puramente militar, pero actualmente su administracion civil es independiente de aquel. El espíritu de tolerancia relijiosa, que desde algun tiempo constituye la base de toda la política inglesa, ha convertido á la ciudad de Gibraltar en un pais neutral, donde el culto reformado vive en perfecta union con la relijion católica; y aunque algun tanto impregnado de los usos de la metrópoli, el protestantismo tolera pacíficamente la existencia de las sinagogas. Entre los cementerios de estos tres cultos, el de los papistas es el mas descuidado; pero el de los judíos se distingue al contrario por su órden y aseo. Un injenioso viajero francés, M. A. Delaborde ha predicho que con el tiempo Gibraltar llegaria á ser una colonia de judíos, pues la mayor parte se establecen en ella con toda su fortuna, para sustraerse al espíritu de la intolerancia española. No se ven allí mendigos por las calles, ni ninguno de estos charlatanes que recorren sin cesar las cercanías de Granada y de Sevilla; pues todos los habitantes se ocupan en el comercio, especialmente en el de contrabando. Únicamente se ven en Gibraltar algunos jitanos ó bohemios, charlatanes nómados, cuya patria es todo el mundo, y cuyo Dios no está en parte alguna, pero que se aprovechan de la fácil caridad con que algunos devotos y ricos católicos les remuneran el servicio de sostener los niños recien nacidos en las fuentes bautismales. Los jitanos se dedican al arte de la quiromancia (1) y de la albeitería (2); encuentran los efectos robados, curan las vacas, y por una moneda cualquiera se entregan á danzas mas lascivas que el célebre fandango. Estas danzas que ejecutan en los paseos públicos constituyen la única diversion de la ciudad. Sin embargo el teatro que recientemente han establecido los ingleses ha dado alguna emulacion á la colonia.

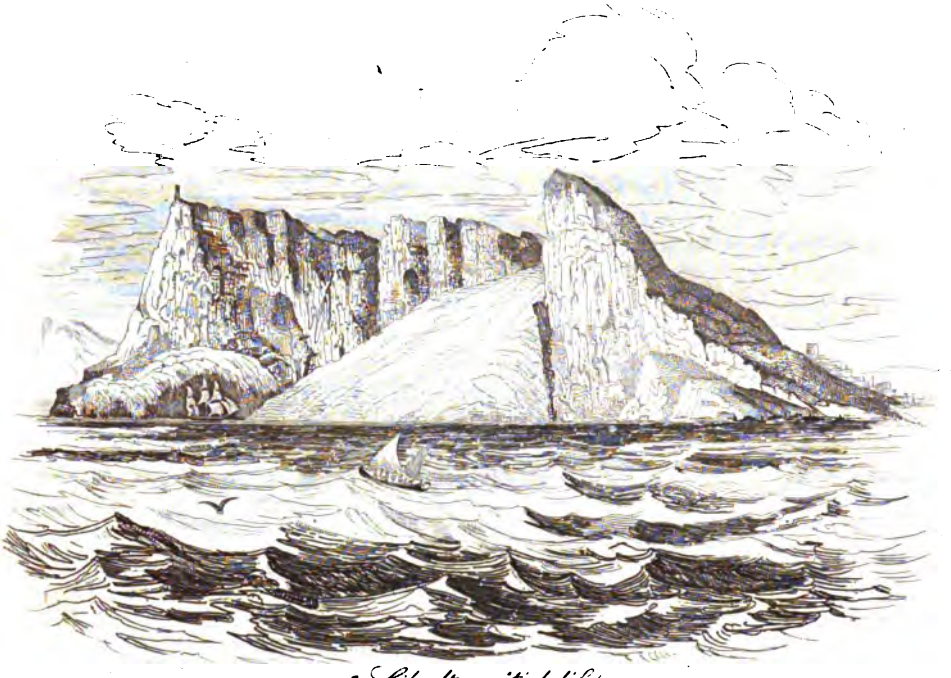
Durante nuestra mansion en Gibraltar, los vientos del O. que nos habian detenido tan largo tiempo en el Estrecho, ocasionaron muchas fiebres. Un cirujano inglés me manifestó que de los seis mil hombres que componen la guarnicion (número que se dobla en tiempo de guerra), la cuarta parte á poca diferencia padecia esta enfermedad. Zeloso de manifestar lo que honra mas al órden é industria de su nacion, este cirujano me ofreció visitar al dia siguiente, la fortaleza con todos sus pormenores. Tenia aun cuarenta y ocho horas de tiempo, y de consiguiente acepté la oferta. Por la tarde me presentó en casa el gobernador, donde los oficiales de la guarnicion se entregaban á un juego ruinoso.

Al dia siguiente, fuí presentado con otros pasajeros en casa el mayor de plaza: este oficial superior nos acojió con mucho comedimiento y nos dió por guia un sarjento de artillería, vestido con su brillante uniforme. Nuestro ciceroni iba delante nosotros para indicarnos los caminos, con la gravedad de un soldado en faccion. Hácia el N. y en la parte opuesta que mira á la España y al Mediterráneo, se han reunido todos los elementos que la prudencia ha podido combinar para rechazar un ataque así por parte de tierra como de mar. La cima del Peñon que se eleva perpendicularmente se halla á 1300 pies de su base. Despues de una media hora de marcha por una rampa de suave declive, practicada por medio de la pólvora, el sarjento nos abrió un subterráneo que se estiende por largos corredores en los flancos del Peñon. Estas bóvedas dan innumerables vueltas, serpentean, descienden y suben por fin; los pisos sobrepuestos comunican entre sí por medio de escaleras de caracol construidas

(1) La quiromancia es el arte que los jitanos llaman buena ventura, y consiste en la adivinacion supersticiosa por las rayas de la palma de la mano.

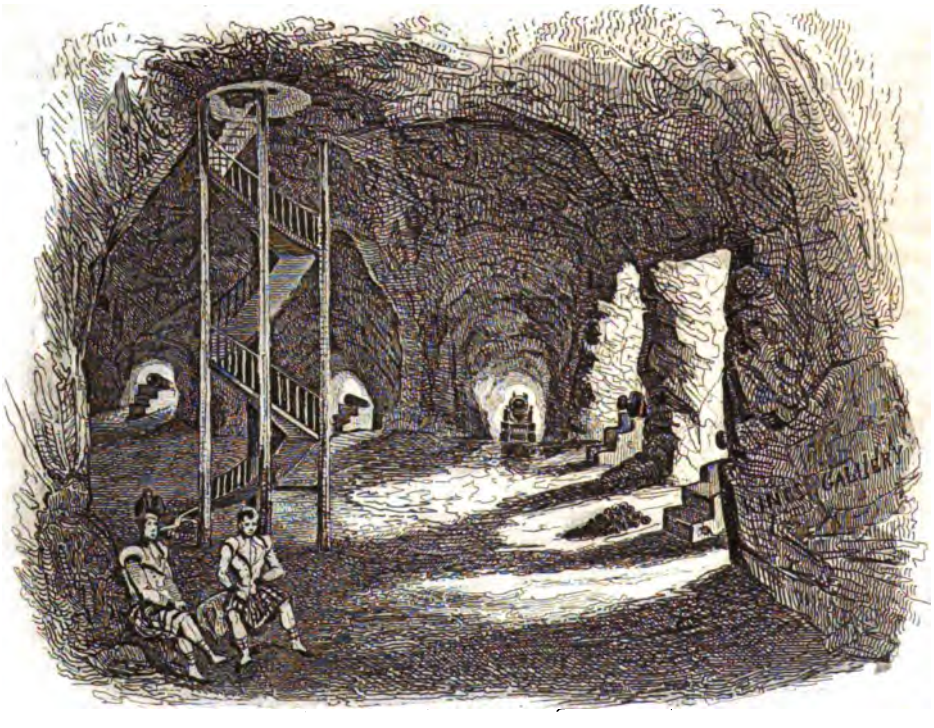
(2) La albeitería ó arte veterinaria es el arte de curar las enfermedades de las bestias.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



3. Gibraltar, côté de l'Est.

3 Gibraltar, lado del Este.



4. Batterie souterraine à Gibraltar.

4 Batería subterránea en Gibraltar

de madera. En estos pisos estrechos y apiñados, á poca distancia uno de otro, hay algunas troneras abiertas con el escoplo, y ofrecen libre tránsito á la boca de los obuses y á la de un cañon de grueso calibre. Cuando la vista penetra por estas especies de portañolas, es muy admirable el ver tan lejos la playa y el mar bajo los pies. Si se distingue desde la parte esterior alguna de estas troneras entre las desigualdades del Peñon, no puede menos de admirar que en los enormes flancos de esta masa se hayan podido practicar estos mortíferos laberintos, y transportar á fuerza de brazos, hasta el fondo de estos nidos de águilas, mas de 500 piezas de artillería (Pl. I.—4.) Estas galerías llevan la fecha de su construccion, y recuerdan nombres históricos. La monotonía que presentan está interrumpida de trecho en trecho por algunos vastos salones destinados para el depósito de víveres y municiones. Una hora entera transcurrió hasta que llegamos al mas espacioso de todos llamado *Galería de San Jorge*, en el cual el gobernador de la fortaleza, pocos dias antes de nuestra llegada, habia dado un baile á la alta sociedad de Gibraltar y de los alrededores. Los cochos de las autoridades de Gibraltar, las literas de los alcaldes de las cercanías, y los caballos ingleses de frente con las mulas españolas, al estampido del cañon bajaron la rampa que conduce á estos corredores. Habia allí soldados escalonados con antorchas en la manos, que parecian formar una doble hilera de candelabros. Finalmente, despues de haber caminado por encima de tapices por espacio de media legua, llegábase al salon donde se celebraba el baile. El cirujano inglés me esplicó detalladamente los incidentes de aquella fiesta orijinal, cuyo teatro situado á mil pies de elevacion sobre el nivel del Mediterráneo, sostenia aun encima una enorme peña de cuatrocientos pies de densidad. La cena correspondió al brillo de la fiesta; pero de todo el fausto que prodigára la vanidad británica, solo se veian en aquel momento botellas y porcelanas rotas, cuyos fragmentos quebrábamos en el suelo de aquellas vastas soledades.

Sin embargo, estas cavernas jigantescas no solamente están destinadas para servir de waux-hall, sino que tienen un objeto mas útil y mas político; pues forman unas sólidas casamatas, capaces de contener á toda la guarnicion, poniéndola en tiempo de sitio al abrigo de un bombardeo; y al propio tiempo sirve de almacenes en donde se depositan las numerosas provisiones procedentes de la costas de Berbería y de los puertos de Inglaterra para resistir á los apuros de un bloqueo (1).

Salimos por fin por una puerta situada á dos terceras partes de la altura del Peñon con corta diferencia, la cual nos restituyó á la luz, y continuámos descendiendo por la pendiente occidental del Gibraltar, teniendo que sufrir los rayos de un sol ardiente que caían á Este mo sobre nuestras cabezas (Pl. II.—1). plopromontorio está por esta parte erizado de baterías, armadas con cañones de grueso calibre, y montadas sobre cureñas de hierro de construccion muy sólida, que están situadas de trecho en trecho sobre terraplenes de mazonería fortificados con parapetos; y las cuales fuímos visitando sucesivamente por medio de caminos muy transitables. Puestos en aquel sitio pudimos juzgar de la estension de la ciudad, que no nos pareció muy considerable, y de las fortificaciones del lado del mar que ocupan una parte considerable del terreno. Un jardin público, de bastante estension, une las casas de Gibraltar á una especie de segunda ciudad, situada hácia la parte del S., á medio camino del paraje llamado la punta de Europa, y que parece especialmente destinada para reunir los establecimientos públicos. En seguida tuvimos que subir á la cresta oriental de la montaña, desde cuya inmensa elevacion vimos al Mediterráneo ensancharse entre las costas de ambos continentes. Desde este punto, las desigualdades de las olas se disminuian sucesivamente, y aun pudimos percibir las montañas del África, cuyas cimas están erizadas de nieve, y cuyos pies descansan sobre abrasados arenales.

El guia nos manifestó la existencia en este sitio de una tribu de monos que se cree particular de Gibraltar y del monte Abyla, en los respectivos límites del Estrecho. «Estos animales son los únicos que hay de su raza en Europa, nos dijo con un amor propio involuntario; y se alimentan con los renuevos de la pequeña palmera y los botones de la cerraja. Nuestras rocas son su domicilio predilecto, y en ellas encuentran la abundancia y la paz. El gobernador está tan zeloso por la seguridad de esta pequeña familia, que prohibió formalmente tenderles lazos y aun domesticarlos. Un aldeano creyendo lisonjear al gobernador, apoderóse de uno de estos pobres animales, y se apresuró á ofrecérselo. Enfurecióse el gobernador, y el aldeano con peligro de la vida, vióse obligado á volver su presa al mismo sitio de donde la habia sacado. La pequeña poblacion, á favor de este privilejio, vive libre y muere en paz.» La anécdota del guia me pareció muy chocante, y especialmente muy británica; pero en cuanto á su tribu de monos desconocida en Europa, es preci-

(1) Estas fortificaciones que por su grandeza pasman la imajinacion del observador, se deben al jeneral O'Hara que las hizo levantar en el siglo último.

samente el *Macacus inuus* llamado vulgarmente mono grande (magot), especie muy asquerosa que nuestros titiriteros traen á toda suerte de ejercicios para los espectáculos de la féria. Sin embargo en ningun término pude desengañar al crédulo sarjento. Me chocó mucho el prodijioso número de perdices que volaban sobre nuestras cabezas; se las veia, á medida que íbamos avanzando, dispersarse precipitadamente, y poco despues de nuestro paso, el canto con que volvian á llamarse, nos advertia que la bandada atemorizada saltaba libremente de nuevo de roca en roca. El cirujano me notició que esta caza tampoco era permitida, no porque los fusilazos pudiesen alarmar á la guarnicion inglesa, sino porque los soldados familiarizados con este ruido, llegarian insensiblemente á permanecer indiferentes á una detonacion que no siempre seria una señal. Así es que los oficiales de la ciudadela, para el saludable ejercicio de la caza tienen que ir á las montañas de Tarifa, situadas á tres leguas de distancia en territorio español. Tampoco es preciso olvidar los centinelas escoceses que sin cesar están mirando el mar, pero sin dejar de hacer los honores militares á los oficiales.

Las rocas, de las cuales quebraba algunos pedazos en nuestra escursion á las alturas, son de un calcáreo gris, dividido por hendeduras perpendiculares, llenas casi uniformemente por concreciones ferrujinosas de un rojo muy vivo. Con estas concreciones están amalgamadas algunas conchas terrestres y osamentas procedentes de una raza de ciervos diferentes de los de Europa. Hácia la punta del S. se encuentra la maravillosa gruta de San Miguel, abierta á media cuesta en el flanco occidental del promontorio. Su piso está sumamente inclinado, de su bóveda cuelgan algunas estalácticas blanquecinas, y del suelo salen estalácmitas de las mas caprichosas formas. Arrojámos algunos guijarros en sus grietas, y según el retintin prolongado que produjeron, pudimos calcular que caían á una inmensa profundidad.

Por medio de una rápida pendiente, y por un bello camino que pasa oblícuamente del S. al N. llegámos sobre las habitaciones de la punta de Europa. Allí ví algunos pequeños edificios de muy buen gusto rodeados de jardines, y mas léjos percibí las casernas, el hospital militar, el almacen de víveres y el taller jeneral que son de una elegante sencillez. Igualmente vímos algunas tiendas destinadas en parte para cuartel de las tropas. Al dirijirnos hácia el N., entramos en el jardin público, en donde se veían árboles de las mas variadas especies y una profusion de bellas flores que forman un risueño contraste con la aridez del monte. Sobre una coluna de mármol usurpada á los restos de Cartago, se ha colocado el bronce del duque de Wellington. Un broquel de cobre trae una inscripcion latina que prodiga el incienso á este jeneral que la posteridad no reconocerá mas que por un ilustre adversario. Tambien se ha erijido otra estátua al bravo Elliot que inmortaliza su bella defensa de Gibraltar en 1782. El jeneral adornado con un sombrero apuntado conserva un continente afectado con una llave dorada en la mano, que parece ofrecer al cielo. Una pieza de artillería y un bornillo de sitio que sobrecargan el pedestal, completan esta obra ridícula del estatuario inglés.

Entrando en las calles de Gibraltar, encontrámos un gran número de Majas mirando libremente con un traje que les ajusta maravillosamente. Tienen un pie bien formado y siempre bien calzado; ponen rosas en sus cabellos, y parecen envanecerse con este adorno sencillo y afectado á la vez. En resolucion, puede decirse que en Gibraltar se pasa una vida muy deliciosa. Situado bajo una zona templada, donde abundan las producciones del suelo meridional, este peñon puede considerarse como el depósito de las riquezas industriales del Norte, pues antes de desembarcar en Italia, Sicilia, Malta y Levante los variados cargamentos procedentes de Lóndres, Manchester y Liverpool; Gibraltar retiene para sus opulentos ciudadanos todo lo que el lujo inglés ha creado mas rico y mas interesante. Como puerto comercial, como estacion marítima, y como posicion militar, ningun punto del globo puede sostener la concurrencia de Gibraltar, y en consecuencia puede deducirse que es uno de los mas bellos florones de la corona de Inglaterra.

CAPÍTULO III.

TARIFA. — TÁNGER. — MADERA.

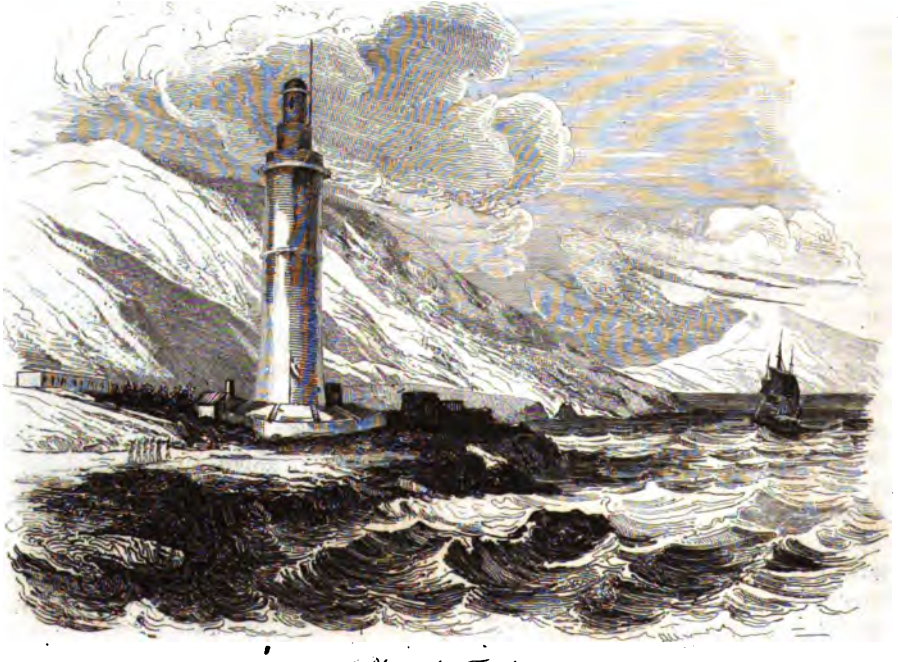
Favorecidos por una lijera brisa que se levantó del N. E., el 25 de agosto nos hicímos á la vela juntamente con otras embarcaciones. Nuestro buque dobló Tarifa que en 1811 fué inútilmente sitiada por el duque de Beluno. Esta ciudad está situada en el estremo mas meridional de la Península española, y defendida por importantes fortificaciones. Varias veces se ha formado el proyecto de desecar un canal de cerca cien pies que separa la ciudad del islote del mismo nombre, cuyo fanal jiratorio está colocado en la cima de una torre de una grande altura y de elegante construccion (1). La rotacion de estos fuegos impide á las embarcaciones el confundirlo con la luz de las estrellas, y las preserva de

(1) Este fanal está colocado á 135 pies de elevacion sobre el nivel del mar, y se distingue muy bien á once leguas de distancia.

NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1. Gibraltar, côté de l'Ouest.

1. Gibraltar, lado del Oeste



2. Phare de Tarifa.

2. Faro de Tarifa

de Sainson del.

caer en los arrecifes situados á flor de agua de Cabezas (Pl. II.—2).

Pronto vímos ensancharse el Estrecho, pero fuímos obligados á acercarnos á la costa para encontrar una corriente menos rápida, y luego descubrímos, frente el cabo Trafalgar, las aguas en donde se dió, el 21 octubre de 1805, aquel memorable combate que acabó con la marina imperial. Qué tristes y graves reflexiones inspira su vista! Problemática es aun la causa de este desastre, cuya noticia recibió Napoleon, como una escepcion de los favores que le prodigára la fortuna, en medio de sus rápidas conquistas de Alemania. La larga inaccion del almirante francés en el puerto de Cádiz, su brusca resolucion y rara imprevision, la incuria de nuestros ausiliares que tan débil parte tomaron en la accion (1), y por fin el suicidio de Villeneuve, apesar de haber vuelto de Inglaterra á Francia para justificarse en presencia del Emperador; son otros tantos enigmas cuyas diversas esplicaciones han hecho aun su obscuridad mas impenetrable. Una especial fatalidad distingue el combate de Trafalgar: Nelson murió en el combate; Gravina sucumbió á la gravedad de sus heridas; y en consecuencia la Francia, la España y la Inglaterra perdieron de esta suerte su almirante.

Al anochecer nos vímos súbitamente precisados á dirijirnos hácia la costa de Tánger, ciudad berberisca, de la que fueron arrojados los ingleses en 1662, los cuales la arruinaron en su retirada. Está situada en un corto trecho y en una eminencia á la orilla del mar: sus casas son bajas y malsanas, con unos techos bajos; su esterior está blanqueado con una capa de cal, y ofrecen un aspecto confuso y miserable en un doble recinto de paredes arruinadas. El despreciable fuerte construido sobre los escombros de las antiguas demoliciones, y la batería del interior de la bahía no serían suficientes para intimidar á la mas débil de las potencias marítimas de Europa, si se le antojase castigar los latrocinios y los insultos de los piratas. El horizonte está terminado por la parte del N. con arenales y montañas áridas. Nuestro capitan se detuvo el tiempo precisamente necesario para mandar algunos despachos al consul inglés que habita en Tánger. Los judíos de esta ciudad, me parecieron en bastante número y tratados con mucho rigor, pues se les obliga á pasar descalzos ante las mezquitas y los lugares santos de la ciudad. El viajero que pretenda penetrar en el interior del África, autorizado por el emperador de Marruecos busca un intérprete, y el gobernador bajo la demanda del cónsul, da la contraseña á tres ó cuatro estaferos que se arrojan sobre el israelita que se les designa, tanto si es dia de sábado, como en medio de su familia, lo prenden, lo maltratan y lo conducen, mas muerto que vivo, al consulado; si el estranjero, mas escrupuloso, encuentra demasiada brutalidad en semejante proceder, debe indemnizar jenerosamente á su intérprete. Apesar de tales afrentas, los judíos están obstinados en habitar en Tánger, y son los intermediarios del comercio entre esta costa y la de España. La procsimidad del continente permitiría aumentar las permutas de arroz, cebada, trigo, cueros de Marruecos, goma y cera, contra las chucherías, tales como tabaqueras, espejos, quincallería, relojes de faltriquera, y cuchillos. Los judíos poseen las mas grandes fortunas. Sus vestidos, sus bonetes y sus sandalias son todos negros; se rapan la cabeza y traen una barba larga. Ninguno de ellos trae armas, y no pueden servirse mas que de mulas, á causa del respeto que tienen los moros á sus caballos. Yo he visto algunos jóvenes moros ejercitar sus caballos por un método particular. En un corto espacio los sueltan á toda brida y se cree que van á estrellarse contra las paredes, pero se detienen sin obstáculo en el punto determinado. Es un acto de urbanidad, segun me han asegurado, disparar la carabina casi en el rostro del estranjero que presencia estas especies de evoluciones. Durante nuestra mansion, no encontrámos en la calle mas que

(1) Muchos argumentos podríamos presentar al público para manifestar la parcialidad del autor acerca un combate naval que destruyó de todo punto la escuadra mas respetable y brillante de la marina española. Sin embargo, para evitar toda prolijidad nos limitarémos á decir que de los treinta y tres navíos que componian la escuadra combinada que combatió en Trafalgar contra la armada del almirante Nelson; pertenecian á la marina española quince navíos de línea, cuya mayor parte quedaron destruidos de tal suerte, que solo con mucho trabajo pudieron entrar tres navíos á remolque en el puerto de Cádiz, pues todos los demas fueron echados á pique, ó cayeron en poder del enemigo. Entre los navíos que perdió la España en aquel memorable combate, no podemos menos de mencionar el célebre navío de cuatro puentes con 130 cañones «la Trinidad» que sostuvo por babor un fuego contínuo con el navío «la Victoria» montado por el almirante Horacio Nelson. Durante toda la accion los españoles mantuvieron su línea combatiendo heróicamente á boca de cañon, cuando dos fragatas inglesas se arrojaron sobre el ala izquierda mandada por el almirante francés Villeneuve, el cual arriando pabellon por medio de una maniobra inesperada, abandonó cobardemente la línea de batalla, y comprometió en gran manera á los españoles. La escuadra inglesa formando tres cuerpos, rompió enteramente la línea enemiga, y en este momento se hizo mas sangriento el combate. Los navíos ingleses sin embargo quedaron muy maltratados á causa de la heróica resistencia de los españoles, pero estos tuvieron que lamentar la muerte de su almirante Carlos duque de Gravina, reputado por los mismos ingleses como un buen marino. Tal fué el desgraciado éxito del combate empeñado en las aguas de Trafalgar el 21 de octubre de 1805 entre las escuadras mas bellas que jamás hubiesen surcado el Océano. Creemos haber dicho lo suficiente para deshacer la calumnia con que el autor pretende encubrir la cobarde conducta del almirante francés, y demostrar la *incuria de sus aliados, que tan débil parte tomaron en la accion.*

mujeres judías, vijiladas hasta el estremo, pues los zelos pertenecen á todas las rejiones del globo, del mismo modo que la coquetería; sin embargo pudimos observar fácilmente que al sentimiento de sus gracias unian el instinto del rencor.

Habian desaparecido ya del horizonte Gibraltar, Tânger, el continente de Europa y del África: y favorecidos por una fresca brisa del N. N. E. navegábamos cinco dias ha en las aguas del Atlántico, cuando el vijía esclamó de nuevo: *tierra!* al momento corrimos todos en la parte delantera de la embarcacion, y en efecto ví una niebla en que se dibujaban unos contornos vagos é irregulares. Era Porto-Santo, pequeña isla situada al N. de la Madera, la que no pudimos divisar hasta un cuarto de hora despues, apesar de ser mas elevada y mas considerable, á causa de estar cubierta de una niebla mas densa. Al momento mandó el capitan anclar en la bahía de Funchal situada al S. E. de la isla.

A medida que íbamos avanzando, parecia que Madera se iba engrandeciendo; hubiérase dicho que se iba aprocsimando á nuestro buque. Cada hora iba variando su perspectiva; desde lejos se detenia al principio la vista en los dos puntos culminantes de la isla, el pico Ruivo y la Cima de Torinhas, el primero de 965 toesas, y el segundo de 914 de elevacion; pero despues cuando el bordo nos dirijió mas directamente á la bahía, ciertamente fué un imponente espectáculo ver á aquellos promontorios volcánicos encerrando entre sí un mar mas tranquilo, esta ciudad de Funchal al parecer recostada en la tanjente del semicírculo, Funchal con sus blancas casas arrimadas á un muro de basalto negro que se eleva á 3000 pies de elevacion. En seguida, cuando se venia á detallar las maravillas de este anfiteatro cuyo pie baña el Oceáno, qué aspecto tan pintoresco y tan sorprendente! qué naturaleza tan nueva! qué bellos contrastes! aquí al lado de un surco de lava paseos plantados de robustos y verdes árboles que están situados en una caprichosa pendiente; allí casas de campo, iglesias, oratorios, conventos situados en la montaña, y que vistos en toda su latitud parecen escalones para subirla; en todas partes, en un terreno volcanizado se ven jardines, sotos y largas avenidas de castaños.

Apenas hubimos doblado el cabo de Ilheo ó de Loo cuya aprocsimacion está erizada de baterías, anclamos en la parte meridional de la iglesia, enfrente del convento de Nossa-Senhora-do-Monte que corona admirablemente aquella cresta. Como no teníamos mas que dos dias de tiempo para visitar á Madera, patria de vinos tan jenerosos, y bodega de las Grandes-Indias, nos apresurámos á ver los objetos mas interesantes que contiene.

La isla de Madera perteneciente á los portugueses, está situada á los 32º 38' de lat. N. y 19º 16' de long. O. de Paris, á 146 leguas de la costa occidental del África, á 256 de Lisboa y de las islas Azores, y á 60 de las Canarias; su estension es de 66 leguas cuadradas, y su poblacion asciende actualmente á 100.000 almas. La isla se divide en dos capitanías, la de Funchal y la de Maxico que toman el nombre de sus capitales; Funchal cuenta 20.000 habitantes, y Maxico solamente 2000 Despues de estas dos ciudades no hay mas que aldeas, entre las cuales solo puede citarse Santa-Cruz que cuenta 1200 almas de poblacion.

Apenas habíamos anclado, cuando saltamos en tierra. Desembarcámos en una ensenada en donde se estrellaba el mar con violencia, y entramos en Funchal, ciudad enteramente portuguesa en su construccion, é irregular, mezquina, estrecha, tortuosa y desaseada: su empedrado y sus pequeños guijarros agudos, maltratan el calzado y fatiga los pies de los que se pasean. Algunas corrientes que descienden de las montañas serian muy saludables para la ciudad si los habitantes no la hiciesen servir para cloacas, donde lanzan las inmundicias de sus domicilios.

El corto número de casas ecsistentes en Funchal, pertenece á algunos ingleses, y como yo iba recomendado para uno de ellos que era comerciante de vinos, encontré en su casa la acojida mas cordial y hospitalaria. — «Venid, me dijo, y os haré visitar las mas notables curiosidades de nuestra isla.» Y calándose su ancho sombrero de paja, me condujo al palacio del Gobierno, en el *passao público* sombreado de naranjos, limoneros, álamos y sauces; luego fuimos al teatro que casi siempre está cerrado; en seguida al hospital, y por fin á la iglesia metropolitana. — «Ya lo veis, me dijo el buen Smith, mostrándome la desnuda viguería de este edificio, esto es de madera de cedro; actualmente en Madera se encuentra muy poca de esta especie, pero antiguamente la isla estaba enteramente cubierta de ella, en grado tal que parecia un Líbano, un bosque estenso y casi impenetrable. Pero, quien ha convertido á Madera en una roca tersa y pelada? por ventura ha sido algun volcan, como pretenden unos, un incendio, como dicen otros, ó solamente la mano del hombre que insensiblemente destruye mas de lo que creára la naturaleza? esta proposicion es aun problemática, aun para vuestros sabios franceses que todo lo saben,» añadió con una sonrisa sardónica.

Ocupado de los objetos que presentaba á mi

vista aquel clima ya africano, y aquella vejetacion de los trópicos enteramente nueva para mí, escuchaba á mi huesped sin interrumpirle, pues no tenia tiempo ni voluntad para reasumir mis impresiones y someterlas á un ecsámen metódico. Poseido de esta especie de éstasis, dejéme conducir sin resistencia á un convento de franciscanos, en donde M. Smith me preparaba una sorpresa. Saliónos al encuentro uno de los hermanos, y nos encaminó directamente hácia una de las alas del convento, en donde abrió una puerta que daba entrada á una sala de bóveda abocinada. Pero, que horror! en todas partes no se veian mas que huesos humanos dispuestos en ángulos obtusos con un cráneo en el vértice, y que, segun el hermano, eran reliquias de los santos de la isla, lo cual supone que Madera ha producido tres mil santos alomenos. Esta sala era llamada la *Capilla de los Cráneos*, sitio mas propio ciertamente para elaboratorio de un frenolojista que para asilo de recojimiento y de oracion. Despues de una segunda visita á un convento de relijiosas menos reclusas que en Europa, volvimos á internarnos en la ciudad.

La poblacion indíjena de Funchal es alta, flaca y enfermiza, pero los aldeanos de las montañas circumvecinas forman una raza robusta, sana y vigorosa. Los hombres se ocupan en el cultivo de la vid; y terminada la vendimia, bajan de sus escarpados senderos con su camisa de lienzo, calzones albigarrados, y gorro rojo ú azul, llevando suspendidas de un palo *borrachas* (odres) llenas del vino que han cojido. Las mujeres ejercen otras faenas; ocúpanse en cortar retama, citisos ú otras plantas fructíferas que atan en fajinas para calentarse. Su traje consiste en una camisa sencilla, enaguas y un pañuelo para cubrir la cabeza. Sin embargo, en la clase comercial que puebla las ciudades hay mucho mas lujo; en ellas domina el traje portugués, á saber: sombreros, zapatos, medias, largos vestidos negros, enaguas de paño negro y anchurosas mantillas que cubren la cabeza de las mujeres.

El edificio mas notable de Funchal es la casa del gobernador, en donde son agasajados y admitidos á su mesa todos los ricos de la isla, como son ingleses domiciliados, europeos viajeros, negociantes indíjenas, y frailes cosmopolitas. Su renta bastante considerable para él solo, se aumenta con la cantidad que le paga la factoría inglesa. La defensa de la isla consiste en el castillo del Pic, que domina Funchal; las baterías de la roca Ilheo; el fuerte de Santiago y de doce á quince mil milicianos.

Cuando pasámos por Funchal, S. E. estaba ausente, pues acostumbraba ir á una quinta (casa de recreo) de los alrededores para arreglar sus negocios, y cabalmente en ninguna otra estacion la campiña de Madera era mas amena y atractiva. Era entonces la época de la vendimia; las colinas estaban atestadas de jente, y por do quiera no se oia mas que el cencerro de las mulas y los acentos del montañés. Yo no quise abandonar Funchal sin gozar de aquel curioso espectáculo, y de consiguiente al amanecer del siguiente dia me encontraba ya en el camino de Machico con un guia y las necesarias cabalgaduras.

Los caminos del interior están en muy mal estado, pues están abiertos en cuestas perpendiculares y espantosos precipicios; aquí se estienden espesos matorrales; allí lagunas sumamente peligrosas. En las cercanías de la ciudad se ven rocas de lava azul compacta; pero, á medida que se va avanzando hácia la cima del monte, desaparecen todos los accidentes volcánicos, y abundan mas el cuarzo y el esquita. La primera operacion que en esta escursion practiqué sobre historia natural fué investigar si podria descubrir alguno de aquellos cedros de que me hablára M. Smith, pero no ví ni uno, y esto me induce á creer con el sabio Forster que la tradicion ha tomado por cedros algunos cipreses y alerces. Pero, lo que mas me chocó fueron dos magníficos árboles que vejetan en la rejion mas elevada de aquellos montes, llamados en el pais *Virmulano y Pao branco;* segun Banks, el árbol que produce la preciosa madera designada por los ingleses bajo el nombre de anacardo de Madera, es el *Laurus indica.* Al lado de estos árboles crecian algunos arbustos como el cactus, el euforbio y el olivo silvestre; algunas flores y plantas gramíneas: la sensitiva, la menta silvestre y la dedalera purpurina.

Por fin, despues de una larga visita en el Coural y al pie del pico de Ruivo, llegué al sitio mejor cultivado de la isla. Allí, en una meseta que dominaba la pequeña ciudad de Machico, se agrupaban todos los árboles frutales de nuestra Europa mezclados con el limon, el naranjo, el banano y el guayabo; sobre enrejados de mambú estendíanse vastos majuelos, cargados de racimos, por cuyo medio el cepo enlaza sus hojas, y el fruto va madurando á la sombra. El terreno mas conveniente á la vid es el que se compone de toba roja y amarilla, y para preservarlo mejor de los derrumbamientos, se forman á su alrededor en algunas partes unos muros de piedra.

Cuando yo llegué á la meseta, iba á ponerse el sol, y seguí á la turba de vendimiarios que se encaminaban al lagar. Todos los interesados estaban allí: el propietario, el arrendador, y el perceptor de los derechos de la corona, que despues de haber cobrado el diezmo del mosto, dividia el escedente en dos porciones iguales en-

tre el dueño del terreno y el cultivador. Toda la riqueza de la isla consiste en la esportacion de quince mil pipas de vino, cuyo producto asciende á diez millones de francos. Su calidad varía segun el terruño y el esmero aplicado en su fabricacion. El de primera calidad es la Malvasía-Madera, vino muy jeneroso ciertamente, y muy raro al mismo tiempo; en segunda calidad debe colocarse el *London particular* ó *Tinto*, y en seguida una multitud de calidades secundarias. Un hecho debe observarse que no podrá menos de parecer muy singular, y es, que de las quince mil pipas esportadas de Madera, la Europa consume apenas de tres á cuatrocientas, pues las demas van todas á América ó á la India. Los vinos, y algunos otros productos tales como el trigo, el arroz y el azúcar completan la esportacion de Madera.

Cerrada la noche, descendí á Machico, cuyo nombre, segun se dice, procede del inglés Machim, primer navegante que descubrió la isla de Madera, de un modo muy singular. En efecto, si debemos creer la crónica portuguesa, bajo el reinado de Eduardo III, el jóven Machim robó á su amante Ana de Arfet, y habiéndose embarcado con ella sin piloto en direccion á las costas de Francia, se levantó una furiosa tempestad que los arrojó á la isla de Madera, y como á la sazon estaba desierta, perecieron de necesidad. En el lugar que la tradicion señala haber acaecido el naufrajio, se vé todavía una pequeña cruz, cerca del *porto Machico* ó *porto dos ingleses* si debemos aceptar el nombre que le impuso Gonzalez, el primero de los navegantes portugueses que visitaron Madera.

Desde Machico se distingue claramente Porto-Santo, abundante de vinos jenerosos como Madera, bien cultivada en todo su ámbito de veinte leguas, y poblada de 6000 habitantes.

Satisfecha completamente mi curiosidad, despues de haber atravesado Madera en toda su estension, me hice á la vela para Funchal en una chalupa costanera. Estábame aguardando en el muelle mi buen inglés que, conforme á mi demanda, se habia ajustado con una corbeta que pasaba al Senegal, haciendo escala en las Canarias. Mi equipaje estaba ya á bordo; y como el buque iba á partir, no tenia que perder un instante; en consecuencia le apreté la mano y salté al momento en el bote.

CAPÍTULO IV.

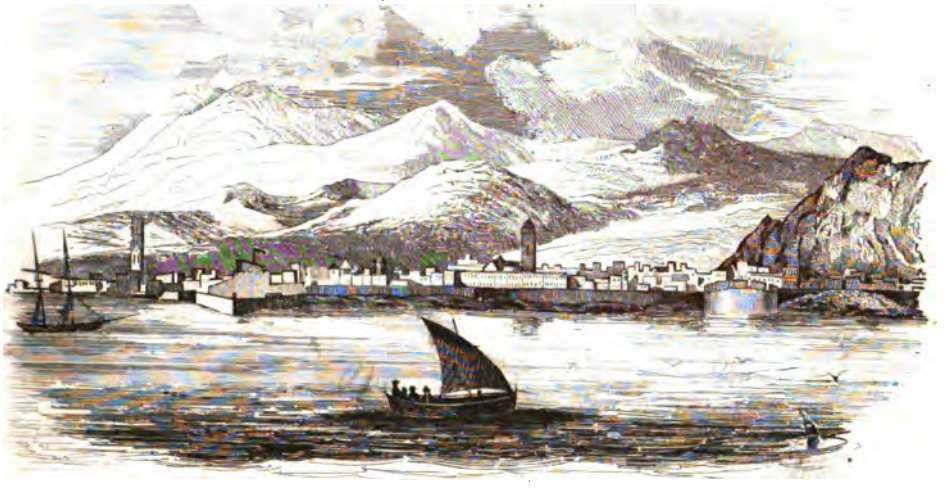
ISLAS CANARIAS.

El 6 de setiembre, á favor de un viento N. E., la corbeta se hizo á la vela para el Senegal. El tiempo nos fué favorable en todo el camino; y dos dias despues de haber salido de la bahía de Funchal, vímos aparecer sobre la superficie del mar la mayor parte de las islas Salvajes, formada de rocas de unos 300 pies de elevacion, y de cerca dos leguas de circumferencia. Al mismo tiempo vímos algunos fragmentos que desprendiéndose de aquellas rocas parecen aguardar una sola sacudida para sepultarse en el fondo del mar. Esta isla no ofrece playa alguna ni abra practicable, y las olas se estrellan furiosamente contra los escarpados peñascos de sus orillas. En ella se distinguen algunos espacios incultos de color de arcilla, y algunas malezas que cubren las alturas. Las aves que moran en esta soledad son tan numerosas que muchas veces llegan á obscurecer el aire á manera de una densa nube.

Al dia siguiente, á las cuatro de la mañana, apareció Tenerife envuelta enteramente en una niebla, en cuyas ondulaciones se mostraba y desaparecia alternativamente el famoso Pico, apesar de estar todavía á quince leguas de distancia de nosotros; y no faltan viajeros que aseguran haberlo visto desde cuarenta leguas. El mar era mecido suavemente por el soplo de un viento N. N. E. que hinchaba nuestras velas. Doblámos la punta de Anaga y las tres rocas de Nago dejándolas á la derecha, y al cabo de una hora estábamos ya á la vista de Santa Cruz y de su bahía dispuesta en forma de un semicírculo que no puede contener mas que doce navíos de línea. La corbeta tiró el cañonazo de costumbre, y á las cinco vino un barquichuelo montado por cinco hombres, que nos condujo al fondeadero.

Algunos patronos nos recibieron en sus lanchas, y mientras bogaban hácia la orilla, me ocupé en ecsaminar la situacion de la ciudad. Santa-Cruz está situada en una hondonada al pie de una pendiente rápida: sus habitaciones forman una línea uniforme interrumpida únicamente por algunos campanarios y *miradores* ó atalayas. Al rededor de la ciudad y de la rada, hay un conjunto de masas basálticas, que forman una especie de muralla cuyos flancos están enteramente desnudos de verdura. (Pl. II.—3.) Estos fragmentos volcanizados causan un calor muy vivo y sofocante.

Entrámos por fin en Santa-Cruz por una puerta de madera. La ciudad nos pareció grande y agradable; sus calles rectas, anchas y ventiladas tienen aceras enlosadas con piedras redondas y desiguales, y orilladas por baldosas de lava; los edificios presentan el mas bello aspecto; y jeneralmente un espacioso patio rodeado de columnatas que sostienen las galerías, sirve á un tiempo de vestíbulo y de almacen. En el centro hay algunas cisternas que reciben las aguas pluviales, que se hacen fil-



3. Santa Cruz de Tenerife.

4. Paysanne de Tenerife.

4 Aldeana de Tenerife

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

trar en seguida en pequeños estanques de una piedra porosa, cuyo fondo superior, sostenido por algunos ornamentos de un gusto arabesco, está orillado de plantas acuátiles. La escalera, situada á un lado del patio, sube á un edificio que no tiene mas que dos pisos á lo mas. Los aposentos, cuyo techo pone de manifiesto largas viguerías, presentan un aspecto triste á causa de su grandeza desproporcionada, por cuyo motivo se encuentra en ellos una frescura que el ardor del clima hace desear mucho. La pared, enyesada muy sencillamente, está entapizada de cuadros de devocion, miserables dibujos y espejos de pequeñas dimensiones.

En una plaza que se encuentra á corta distancia del desembarcadero, llamó nuestra atencion una fuente que solo durante el verano mana agua en horas periódicas. La estatua de Nuestra Señora de la Candelaria supera un obelisco de mármol blanco, y en cada uno de los cuatro ángulos del pedestal se ven los cuatro últimos reyes de la nacion Guanche que dominara antiguamente en la isla de Tenerife, con las sienes ceñidas de laurel, y en actitud de arrobamiento, elevando hácia el cielo el hueso de un muslo humano. Una inscripcion española atribuye á la intervencion de la Virjen María la destruccion de aquel pueblo labrador y guerrero al mismo tiempo. Esta fuente, cuyo pilon construído con lava negra hace resaltar mas la blancura de los grupos, está alimentada por una corriente que corre hasta la ciudad á través de varios barrancos, por medio de conductos de madera añadidos sucesivamente uno á otro, sostenidos por algunos andamios. En esta misma plaza, la mas bella sin duda de las tres que hay en Santa Cruz, se ejecutan las grandes maniobras militares de la guarnicion y la milicia. Las iglesias que visité son espaciosas y de mal gusto; sus columnas y capillas están llenas de ex-votos, cuadros medianos y una ridícula profusion de dorados. Las bóvedas y obras de escultura están ennegrecidas por el humo de los trozos de cirio que arden á millares en todos los altares de las sagradas imájenes. La tumbas ecsalan un hedor pestilente, merced á la costumbre de sepultar allí los muertos, y sus losas están cubiertas de epitafios.

Situada en la misma zona que la China, el Mogol y la Persia, la isla de Tenerife reune todos los jéneros de temperatura, gracias á sus valles, las mesetas de los montes, y sus costas, á ecepcion del invierno. Es verdad que algunos aconsejan á los enfermos el embalsamado ambiente de Orotava, pero los Ingleses prefieren el clima de Tenerife al de Italia, por cuya causa en esta ciudad hay mucha concurrencia. Los estranjeros y los comerciantes de las diversas naciones de Europa se distinguen por la variedad del traje nacional. Por las calles se ven algunos Africanos atezados, procedentes del cabo Mogador que fácilmente se reconocen por su turbante encarnado y sus borceguíes de cuero. Los mendigos pululan en Santa Cruz, y á su desverguenza y atrevimiento unen el colmo del desaseo. A cada paso se ven niños andrajosos que salen al encuentro del pasajero pidiendo un cuartillo. Los Españoles se pasean con munha gravedad con una capa de paño que llevan indistintamente así en verano como en invierno. Las calles son muy concurridas por sacerdotes, hermitaños y frailes que á cada paso son detenidos por los devotos que vienen á besar su hábito. Los comerciantes que quieren obtener la sagrada proteccion de Nuestra Señora de la Candelaria, ofrecen pequeñas dádivas á aquellos reverendos padres. En Santa Cruz hay un inquisidor, pero el zelo del Santo Oficio está limitado por los usos comerciales; de suerte que bajo la influencia de la política metropolitana, se reduce á proscribir nominalmente las obras perniciosas y filosóficas, y á declamar contra los fracmasones. En las iglesias se esponen los carteles de los libros prohibidos, que forman un catálogo para satisfacer á los ánimos amantes de la novedad. El edicto de prohibicion confunde en un mismo anatema las mas obscenas con las mas graves producciones del espíritu humano, pero algunas equivocaciones escusan en parte semejante amalgama; así es que la inquisicion prohibió, algunos años ha, una escelente obra de matemáticas, cuyo título *De las Superficies de Revolucion*, pareció aludir á las divisiones intestinas que trabajaban la Europa. Por lo demas, estas precauciones solo se dirijen á la clase acomodada, pues la plebe no toma en ello parte alguna. Ocupados continuamente en cánticos, y con el rosario en la cintura, el artesano, el vinador y el cultivador, calzados con alpargatas, atraviesan las calles salmodiando; y asimismo los carromateros, los buhoneros y los aldeanos que vuelven al campo con sus camellos, están siempre cantando un sagrado versículo ó un oremus.

Muchos han criticado el traje de las mujeres de Tenerife, pero en mi concepto esta crítica es muy injusta, porque su corto guardapies de lana amarilla con anchos ribetes negros no carece de gracia; y aunque su velo parece formar un contraste desagradable con el sombrero redondo sin embargo este contraste desaparece por el aire que saben darle en su porte (Pl. II.—4). Las mujeres ricas no llevan sombrero redondo, porque no van mas que por la ciudad ó á la sombra; y el tejido de su manto es jeneralmente de seda ó de muselina adornada de largos encajes. Las modas francesas han hecho aquí algunas lindas prosélitas, pero el ascendiente de las costumbres

españolas imprime en su marcha un no sé qué de grave y de uniforme. Su paso es lento, su actitud flemática; por medio de su abanico ocultan en parte su rostro, y nunca lo vuelven por cumplimiento alguno. Jeneralmente son morenas y no muy gordas, su nariz es aguileña, su boca grande, pero con muy buena dentadura, sus ojos vivos, y las cejas negras.

En el alta sociedad de la ciudad se da muy buena acojida á los estranjeros. Cuando entra uno de estos se acostumbra ofrecerle *cigarritos* ó vino de Madera añejo. Estos cigarritos ó *chiroutes* se forman con tabaco desmenuzado que se envuelve en papel muy delgado. En Tenerife, del mismo modo que en todas las colonias comerciales, se reciben con mucha avidez los periódicos y noticias de Europa; así es que los recien desembarcados son importunados con incesantes preguntas; pero en cambio aquellos isleños ofrecen su territorio con indecible placer, esplican detalladamente sus producciones, sus maravillas y antiguedades; ofrecen ademas su concurso para todas las investigaciones y esperiencias, y debo añadir que la mayor parte de las noticias que he recojido en menos de una semana acerca Tenerife y las demas Canarias, las debo á muchas personas que honran ciertamente los nombres de su familia y las distinciones de que están revestidas.

El archipiélago Canario está situado entre los 27° 39' y los 29° 26' lat. N. y entre los 15° 40' y los 20° 30' de lonj. al O. de Paris. Las islas que lo componen son las siete siguientes: Lanzarote, Fuerte Ventura, la Gran Canaria, Tenerife, Gomera, Palma y la de Hierro (1); y aunque hay ademas algunas rocas desprendidas, como son: Alegranza, Clara, Graciosa y Lobos, estos islotes sin embargo merecen apenas mencionarse.

La historia de este archipiélago está enteramente llena de maravillas, y si se nos permitiese internarnos en el vasto campo de las hipótesis, y estuviéramos dotados de la credulidad inherente á la fantasía del poeta, encontraríamos en él sin duda la famosa Atlántida de los antiguos, rejion sumerjida para siempre á impulsos del terrible cataclismo que abrió libre comunicacion entre el Océano y el Mediterraneo. Quién sabe sin embargo si desde las Azores al Cabo Verde se estendia antiguamente aquella comarca tan fértil, tan poblada, tan deliciosa, de la cual hablando Platon en su diálogo de Tyméo, decia: «O Solon, Solon, vosotros Griegos todos, no sois mas que unos niños!» aquella comarca de que nos han hablado sucesivamente Homero, Dionisio de Halicarnaso, Diodoro de Sicilia, Estrabon, Plinio y tantos otros escritores; el Atlántida, patria de tantas hadas, celebrada por los mitolojistas griegos, visitada por Atlas, Hércules, Perseo, las Amazonas y las Gorgonas, morada por los Titanes; aquella Atlántida, vasto y poético continente, donde florecieron los deliciosos verjeles de la Hesperia con sus manzanas de oro, y convertido tal vez actualmente en una rejion submarina!

En tiempos mas recientes, el archipiélago Canario fué conocido con el nombre de islas Fortunatas, situadas por Ptolomeo entre los 14° y 16° lat. N. Los Cartajineses penetraron en ellas, y Juba, rey de Mauritania, hizo en ellas un reconocimiento especial, llamándolas *Junonia major* y *Junonia minor*, que algunos sabios creen ser Lanzarote y Fuerte Ventura; *Canaria*, nombre derivado de su preciosa raza de perros; *Nivaria*, Tenerife, á causa de las nieves de su Pico; *Capraria*, que se juzga ser Palma por su abundancia de cabras: *Pluvialia*, donde se encuentra la isla de Hierro falta de manantiales y provista de agua pluvial; y por fin, *Purpuraria*, que d'Anville toma por Lanzarote.

Desde aquella espedicion del rey de Mauritania, seguramente habrá habido varias embarcaciones procedentes del África arrojadas mas de una vez á impulsos de alguna violenta tempestad á las costas de este archipiélago. Es de creer que estas islas fueron conocidas de los Árabes, cuando el mahometismo los condujo al Occidente, y aun Dapper asegura que estos le impusieron el nombre de *él-Bard* (frio) á causa de los hielos del Pico; pero otros juzgan que lo apellidaron *Gezayr él-Khaledât* (islas felices) derivado del nombre de *Fortunatas*. Prescindiendo sin embargo de todas estas inecsactitudes, lo cierto es que era tal la incertidumbre en que se estaba acerca de estas islas cuando el papa Clemente VI las cedió al infante D. Luís de la Cerda en 1344, que en su rescripto las designaba en número de once con los nombres siguientes: *Canaria*, *Nigraria*, *Pluvialia*, *Capraria*, *Junonia*, *Embronea*, *Atlántica*, *Hesperia*, *Cernent*, *Gorgonas y Gauleta*; siendo así que no son mas que siete, segun hemos dicho ya; pero don Luís no vió aun el principado de que se le habia hecho donacion. Algun tiempo despues, cuando la marina de las naciones occidentales fué tomando mayor estension, el archipiélago Canario sirvió de asilo á algunos náufragos. Los historiadores españoles citan algunos Sicilianos, Mallorquines y Aragoneses que sucesivamente

(1) Los jeógrafos del antigüedad suponian que esta isla era el punto mas occidental del globo, y bajo este supuesto la empleaban como primer meridiano. Actualmente los Alemanes son los únicos que siguen esta práctica, pues cada nacion toma por primer meridiano el de su capital. Así en España los grados de lonjitud se cuentan desde el meridiano que pasa por el seminario de Nobles de Madrid; los Ingleses desde el de Lóndres; los Franceses desde el de Paris, etc.

aportaron á Canaria, pero el episodio seguramente mas digno de una novela es el de un Vizcaíno, llamado Martin Ruiz de Avendano, que arrojado por la tempestad á las playas de Lanzarote, segun el autor español Clavijo, encontró la isla poblada de una robusta y gallarda raza de hombres que fueron apellidados Guanches. Sus facciones estaban dotadas de gracia, su talle era jigantesca, y su fuerza muscular prodigiosa. El Español y sus compañeros de infortunio recibieron la mas grata acojida, y Ruiz fué hospedado en el palacio del rey, cuya esposa Fayna, se prendó de tal suerte de él, que nueve meses despues nació de ambos una linda niña con los hermosos ojos negros y la nariz aguileña del estranjero.

La historia positiva de este archipiélago empieza hácia el año 1402, en que Juan de Béthencourt, aventurero del país de Caux, y Gadifer de la Salle, noble Gascon, desembarcaron en Lanzarote, donde edificaron un fuerte al que llamaron *Rubicon*. Esta invasion fué la precursora de las rápidas conquistas que se verificaron despues por medio de nuevos refuerzos, hasta que la España quiso unir las Canarias á su corona. En 1464, D. Diego García de Herrera, señor de Fuerte Ventura y Lanzarote, desembarcó en Tenerife; pero esta isla no pudo ser sometida hasta treinta y dos años despues por Alonso Fernandez de Lugo, llamado el Adelantado, y antes que se verificase este acontecimiento, Palma habia caído ya en su poder, y Pedro de Vera habia sometido á Canaria.

La capitulacion de Tenerife, último acto de poder de los Guanches, se verificó entre el mencey Benchomo y su vencedor el Adelantado, pero este tratado no tardó en ser violado indignamente. El rey vencido fué embarcado conducido á España como un objeto curioso, y de allí á Roma y Venecia, donde murió, para enseñarlo al papa y al dux. Los restos del pueblo Guanche fueron esterminados por el hierro de los Españoles y la peste, en tal grado, que poco tiempo despues de la conquista, no ecsistia en el mundo un solo natural de las antiguas Canarias.

Este pueblo sin embargo era digno de mejor suerte; intrépido, grave, virtuoso, leal, humano, seria de desear que hubiese vivido para dar á los pueblos europeos la norma de una civilizacion mas sabia que la suya. Entre mil rasgos que caracterizan los Guanches, citarémos solamente dos, estractados de una obra inédita de Mr. Berthelot, Francés muy instruído, á quien ví en Tenerife, donde habia dirijido un colejio por espacio de mucho tiempo. Mr. Berthelot no ocultaba sus simpatías para con los primitivos indíjenas de las Canarias; conocia sus costumbres, y procuraba manifestarlas en todas sus narraciones pintorescas. Poco tiempo despues de haber yo adquirido su amistad, las persecuciones monacales le hicieron trasladarse á Francia; y es muy de desear que reuna en cuerpo completo de obra sus investigaciones sobre las Canarias. Hé aqui un fracmento textual del manuscrito que me confió entonces, reasumido ya en los hechos anteriores, y que nos dará noticias sobre los Guanches, mas ecsactas que las mas largas narraciones.

« Cuando la segunda invasion de la isla de Canaria, dice, el capitan Diego de Silva penetra con 200 soldados en el distrito de Galdar, lleva la desolacion por todo el país y se apodera de los rebaños y de las mujeres. Uno de los guanartemes (reyes) de la isla, Temesor Semidan, reune todos sus guerreros, ataca á Silva con fuerzas superiores, y le obliga á retirarse á un edificio cuadrado que, segun se dice, era el local destinado para las ejecuciones de la justicia. Viéndose el Español atacado por todas partes, procura defenderse por espacio de dos dias; pero hallándose absolutamente falto de todo socorro, pide capitulacion, y reclama la jenerosidad de Semidan. Adelántase este príncipe seguido de sus guayres (nobles), los hace detener en la parte esterior de los atrincheramientos, y se presenta solo á su enemigo. Conmovido al verlo reducido á estado tan deplorable, le dirije las siguientes palabras: « Te compadezco por cierto, porque mis tropas están decididas á no conceder cuartel. Has venido á hacernos una guerra injusta, á asolar nuestro país, y usurpar nuestros bienes; pero Alcorac (Dios) nos venga, pues que tu mismo te has encerrado en el lugar destinado á los criminales; sin embargo, júrame abandonar tu empresa, y tal vez podré salvarte. » Reconocido Silva abraza sus rodillas, y promete retirarse sin titubear. Al momento el buen guanarteme manda llamar á sus principales jefes, y les anuncia desde lo alto de los atrincheramientos que los Españoles lo han preso en una emboscada, y que su vida depende de la capitulacion en que se convengan. Irritados los guayres, quisieron asaltar el edificio, pero los Galdarienses amaban á Semidan, y animados del deseo de salvarle propusieron hacerlo por medio de capitulacion. Prevaleció el sistema de estos últimos; Silva quedó libre, y el príncipe de Galdar le prodigó al momento todo jénero de socorros. Quedó acordado que los Castellanos serian conducidos hasta un paraje de la costa, en donde estaban todavía ancladas las carabelas (1) á cuyo bordo habian venido. Llegados cerca del sitio designado, que aun conserva el

(1) Embarcaciones largas y angostas de una cubierta, con un espolon á la proa.

nombre de *la Cuesta de Silva*, Silva y sus soldados, seguidos siempre del guanarteme y sus tropas, perciben unos peñascos de estraordinaria altura, á su vista se apodera de ellos un terror pánico, y creen tener ya la muerte encima, imajinándose van á ser precipitados de lo alto de aquellas rocas escarpadas. Semidan lee en sus facciones el terror que les ajita, y volviéndose á Silva con un aire de compasion, le dice: « No temas, pues conocemos perfectamente los senderos que conducen á la orilla del mar... Dame la mano y te ayudaré á bajar...» Cada Galderiense imita el ejemplo de su príncipe, y los Españoles llegan sin novedad al pie de los peñascos. Silva abraza á su libertador, le entrega su espada como prenda de sus juramentos, y se embarca de nuevo penetrado de gratitud y de reconocimiento.

«El Adelantado Fernandez de Lugo, en 1493, desembarca en Tenerife á la cabeza de 1000 combatientes, y despues de mil tentativas infructuosas levanta su campo de Anaza (Santa Cruz) y se adelanta hasta las montañas que circundan el distrito de Taoro para reconocer el país. Instruído de su movimiento, el mencey Benchomo parte de *Orotopala* (Orotava), y coloca á su hermano Tinguaro en emboscada junto al barranco de Acentejo, paso difícil en que se metieron los Españoles con la mayor imprudencia. El príncipe toma hábiles disposiciones, todo lo vijila por sí mismo, y con un cuerpo de reserva se oculta en los vecinos bosques para acabar de decidir la victoria en el momento mas oportuno. Atraviesa Lugo el desfiladero con la mayor tranquilidad, sin distinguir el menor indicio de sorpresa... Los Guanches querian atacar al enemigo, cuando este retrocediera. El Adelantado no pudo menos de quedar sorprendido al observar la profunda soledad que reinaba á medida que iba avanzando; y entrando naturalmente en sospechas de alguna emboscada da la órden de retirada llevando consigo los rebaños que al efecto se habian abandonado para embarazar mas su marcha. No bien habian los Españoles entrado de nuevo en el fatal barranco, muéstranse las tropas de Tinguaro en todas las rocas del contorno, y prorumpiendo en horribles alaridos, hacen rodar enormes piedras que los derrotan completamente. Al mismo tiempo los Guanches que permanecieran ocultos en los bosques se precipitan sobre ellos, mientras que Benchomo se dispone para cortarles la retirada. Viéndose los Españoles en un terreno en que les era imposible desplegarse, solo combaten ya para salvar su vida, y mueren implorando el socorro de Santiago. Procura Lugo reanimar sus tropas dándoles ejemplo de valor; pero viéndose obligados á ceder á la superioridad numérica y á las ventajas de la posicion, solo puede salir del barranco al través de cien peligros con un centenar de los suyos. Si hemos de dar crédito á los historiadores, en medio del accion llega Benchomo al campo de batalla, y encuentra á su hermano herido de un lanzazo sentado en las orillas del barranco. « Qué! le dice el mencey, tu descansas, mientras que tus soldados están combatiendo! — He vencido ya, le contesta tranquilamente el guerrero; como jeneral he cumplido con mi deber, ahora mis soldados cumplen el suyo.... están matando.

« Pero la batalla de Acentejo fué el último dia de gloria de aquel pueblo digno de mejor suerte; los mas inauditos desastres se siguieron á aquella victoria; la fortuna abandonó á los Guanches, y su patria invadida fué sometida al yugo español. Desde aquella época estas islas deliciosas perdieron hasta el nombre mismo que las hiciera célebres; sus infortunados moradores fueron perseguidos hasta en sus mas inaccesibles retiros; unos se precipitaron de lo alto de las rocas pereciendo mártires de una causa imposible de defender; otros quisieron morir con las armas en la mano, y todos los que sobrevivieron fueron vendidos del mismo modo que las reses de un ganado. En aquella época de barbarie, los vencedores solo pensaron en disfrutar los frutos de su rapiña, sin cuidar solamente de recojer cuanto podia interesar á la historia, hasta ochenta años despues, en que un fraile, llamado Alonso Espinosa, tomó la pluma para transmitir á la posteridad las violencias de aquellos aventureros llamados conquistadores; y obligado por la autenticidad de los datos á hacer justicia á estos isleños, defendió sin temor su causa, vituperando altamente la conducta de aquellos usurpadores. »

Tal era el pueblo Guanche, aun en sentir de los Españoles. A estos interesantes episodios se podrian añadir muchos detalles dignos ciertamente de un drama, tales son: la obstinada lucha de Doramas, príncipe de Canaria, la heroica muerte del bravo Tinguaro, hermano del guanarteme de Tenerife, verificada sobre diez y nueve cadáveres españoles, y á la par de un valor caballeresco y un profundo desprecio de la muerte encontraríamos siempre unas virtudes dulces y pastoriles, elocuencia varonil y sentenciosa, ciega confianza en la santidad de las promesas, una hospitalidad sin límites y una tendencia natural al bien antes que al mal.

Pero, quiénes eran estos Guanches? de donde traian su oríjen? quién los lanzara á estas islas? eran acaso los restos de aquellos Atlantes, cuya patria se sumerjió en el Océano, y que se aglomeraron en los mas encumbrados picos de su continente, á manera de náufragos en la

cima de los mástiles? podrá llamárseles, como un autor moderno, *los patagones de la jeografía clásica?* serían tal vez algunos aventureros fenicios, ó una tribu Árabe, Bereberes ó Shillouks del Atlas arrojados á las playas de este archipiélago por el azar ó una tempestad? cuestiones son estas á las cuales no ha dado todavía la ciencia una solucion definitiva, y que probablemente no podrá darla jamas.

La conquista de estas islas fué tan brutal y violenta, que todo pereció á impulsos de su brazo, hombres, tradiciones, monumentos, todo por fin; hasta el idioma mismo se ha perdido.

El dialecto de los Guanches sin embargo se deriva del árabe ó de primitivos idiomas, si hemos de juzgar por algunos términos que han sobrevivido á su ruína. Hay ademas otros indicios que parecen denotar que los Guanches pertenecian á ciertos pueblos de la antigüedad, entre los cuales sobresale la construccion de *grandes paredes* para circumvalar sus estados, y aun mas, el uso de embalsamar los cadáveres que practicaban del mismo modo que los Ejipcios. En efecto: en las grutas sepulcrales de Tenerife, de Gomera y de Canaria se han encontrado momias de Guanches perfectamente conservadas, y, gracias á estos preciosos restos, ha podido averiguarse, aun mejor que por la historia, que los Guanches eran de alta estatura, que sus cabellos lisos y finos y algunas veces castaños, no guardaban analojía alguna con el crespo vello de los negros, y aun se ha reconocido que la cavidad humeral quedaba abierta en el esqueleto, del mismo modo que entre algunos moradores del Cabo. Las sepulcrales grutas de Palma, Canaria y Tenerife ofrecian el mismo aspecto que los hypojeos de Syouth y de Elethya; las momias estaban colocadas tambien por el mismo órden, y como nueva prueba de esta semejanza, se han encontrado recientemente en Canarias pequeños monumentos de forma piramidal, elevados sin duda á muertos de distincion.

Se sabe que los Guanches tenian reyes ó guanartemes, con un gobierno á la vez aristocrático y teocrático, jeroglíficos, festividades solemnes y la creencia de un Dios que rije los destinos del mundo. Pasaban su vida tranquila entre el cuidado de sus rebaños y la agricultura; alimentabrnse, de frutos legumbres, pescado y carne ahumada, pero no tenian conocimiento alguno de las bebidas fermentadas. El citado fraile D. Alonso Espinosa ecsajeró sin duda la estatura de los hombres al decir que un rey de Guimar tenia catorce pies de altura y ochenta dientes. Las mujeres tenian un rostro dulce y regular, un talle esbelto y formas graciosas. « Llevaban hermosas túnicas, dice Mr. Bory de Saint-Vincent, ceñidas en medio del cuerpo que ponian de manifiesto su talle, y llegaban hasta la rodilla, dejando descubierto un lado del cuello. Su tocado consistia en una tira de piel muy fina entrelazada de cabellos y colocada al rededor de la cabeza. » Tal era el adorno de las mujeres de Lanzarote, pero las de Tenerife usaban mucha mas coquetería, y se servian del afeite. « Las mujeres de Tenerife, dice el mismo autor, solo encubrian una débil parte de su cuerpo; sus espaldas, su hermoso cuello, y, para decirlo en una palabra, la parte superior de su cuerpo, solo estaba cubierta por su crespa y flotante cabellera, trenzada alguna vez con desaliño; una estrecha basquiña de piel engamuzada descendia con gracia hasta cerca del talon, y por su flecsibilidad dibujaba las mas graciosas formas. »

Este cuadro de una fantasía poética y jóven esplica bastante la causa del ascendiente de que disfrutan las mujeres en el archipiélago Canario, en donde se permitia la proligamia, y llama la atencion acerca de las fabulosas Amazonas cuya raza está enteramente estinguida; y cuya patria es absolutamente desconocida. El traje de los hombres producia asimismo un efecto muy singular, pues con sus borceguíes y sus sandalias semejantes á los antiguos coturnos de la Grecia, sus sólidos broqueles de corcho de drago, sus anchos *tamarcos* ó capas de piel de cabra, y sus grandes gorros de pelo adornados de plumas, tenian un aire á la vez belicoso y salvaje que armonizaba con su talle jigantesco y sus formas atléticas.

En su oríjen los Guanches eran troglodytas; y aunque moraban en los flancos de sus montañas, sin embargo el arte de construir edificios no era del todo ignorado en las Canarias, puesto que se veian en ellas algunas casas de piedra. En su tiempo el archipiélago abundaba en dilatados bosques, las lluvias eran mas abundantes, los manantiales menos raros, y la isla de Hierro era la única que carecia de agua. Los primeros Europeos, que en 1406 aportaron á esta isla, se encontraron pronto absolutamente faltos de agua, é iban ya á perecer de sed, cuando una mujer del país les reveló la ecsistencia de un árbol prodijioso, designado con el nombre de *Garoë*, que destilaba una cantidad de agua suficiente para subvenir á las necesidades de toda la isla. Relativamente á este árbol, Bontier y Leverrier, capellanes de Béthencourt é historiógrafos de la conquista, dicen lo siguiente: « en la parte mas elevada del país hay unos árboles que destilan incesantemente un agua pura y cristalina que cae en los hoyos abiertos junto al propio arbol. Esta agua es tan buena de beber, que puede asegurarse es la mejor que ecsiste tal vez en todo el globo. » Cardan añade que se recojian de dicha agua setenta libras diariamente; Cairasco, Mercator, Dapper, Feijó,

y Clavijo atestiguan sin escepcion la ecsistencia de este mismo árbol, y aun citan algunos ancianos que bebieron del agua que destilaba. Abreu Galindo es aun mas esplícito; al hacer la narracion de su visita á la isla de Hierro, dice que vió el Garoë junto á un muro de rocas; su tronco tenia doce palmos de circumferencia y treinta ó cuarenta de altura; su copa constaba de cien pies de circuito, y el ramaje era frondoso, lozano, y siempre verde como el laurel, aunque algo mas corpulento. Al rededor de este árbol, añade Galindo, habia algunos aljibes al objeto de recojer las aguas que destilaban. Cuando el viento E. por la mañana arrojaba las nubes contra la roca, condensábanse estas al rededor de las ramas, y se resolvian en gotas sobre sus hojas. En 1625 se levantó un huracan que destruyó de raíz el Garoë (1).

Los Guanches eran naturalmente poetas, músicos y sumamente apasionados al baile; y todas sus prácticas de relijion se reducian al culto de un Sér Supremo, para cuya adoracion se dirijian á las mas elevadas cumbres de su país. Habia tambien entre ellos unas magas, especie de vírjenes vestales que hacian voto de castidad, y una secta de bautizantes encargados de bautizar á los recien nacidos; lo que indujo á creer á los Españoles que estos pueblos habian conocido el cristianismo. Sus leyes políticas y civiles son actualmente incomprensibles, pero la forma de su gobierno parece haber consistido en un feudalismo relijioso. Los sacerdotes decian al pueblo: «el grande espíritu, Achamas, creó en primer lugar á los nobles, los Achymenceys, á los cuales distribuyó todas las cabras de la tierra; en seguida creó á los plebeyos, los Achicaynas; pero esta raza mas reciente, habiendo tenido el atrevimiento de pedir cabras al Sér Supremo, contestóle este que el pueblo estaba destinado á servir á los nobles, y que no tenia necesidad de propiedad alguna.» El faycas ó el príncipe de los sacerdotes estaba revestido de la facultad de ennoblecer; y por una ley establecida, cualquier Achymencey que se envileciese hasta el punto de ordeñar una cabra con sus propias manos, debia perder sus títulos de nobleza. En medio de un aristocracia tan enemiga del trabajo, el rey no debia ni podia ser mas que el primer vagamundo del estado. Al advenimiento del rey al trono, el nuevo jefe de la familia Guanche recibia de manos de un anciano, de un Achymencey, el fémur de un rey célebre por su justicia, y juraba sobre aquella reliquia reinar con prudencia y sabiduría.

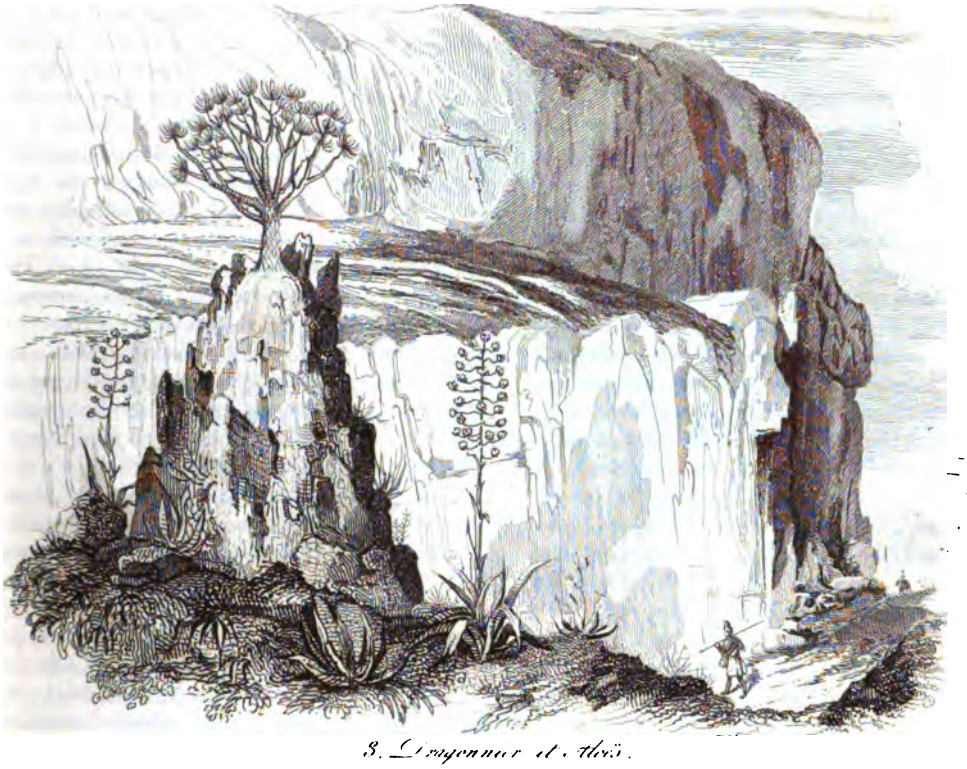
Las leyes civiles no formaban un código regular, y solamente se fundaban en las costumbres. Una mujer, segun se ha observado, podia tener muchos maridos á la vez; y en Lanzarote cada mujer tenia tres maridos, de los cuales uno solo la disfrutaba por espacio de un mes, durante el cual los otros dos maridos tenian que servirla en clase de criados hasta que les llegase su turno. Treinta dias antes de su casamiento, la novia se ponia como al engordadero, alimentábase de comidas suculentas, no se le permitia ningun jénero de trabajo; y si al fin del tiempo señalado, el novio no la encontraba suficientemente gorda, podia repudiarla, y buscar otra.

El arte de edificar habia hecho mayores progresos en la isla de Lanzarote que en las demas; pues cuando Béthencourt y sus compañeros de armas la invadieron, encontraron al rey Zonzamas que habitaba en un castillo fuerte, cuyas proporciones les causaron suma admiracion. La prolongada muralla que dividia en dos partes la isla de Fuerte Ventura, y de la cual se ven aun algunas ruinas, se componia de enormes piedras superpuestas, conforme se ha observado en todas las construcciones ciclopeas.

Tal es en resúmen lo que se sabe de positivo acerca los antiguos Guanches, prescindiendo de toda ecsajeracion. En Tenerife, en el sitio en donde vivieron, es preciso desconfiar de la preocupacion que se refiere á su recuerdo. En el camino que va de Santa Cruz á Orotava, no hay localidad alguna que no conserve algun vestijio de su ecsistencia; aquí se ve Matanza, donde perecieron tantos Españoles; allí Vitoria, testigo de la derrota del mencey Benchomo; en seguida Acentejo, Taoro, etc. Todos tienen alguna noticia del estinguido pueblo, y aun, mas de un guia de Orotava pretende ser uno de los Guanches, bien que mas de cien años ha que no ecsiste en todo el archipiélago un solo indíjena de raza pura.

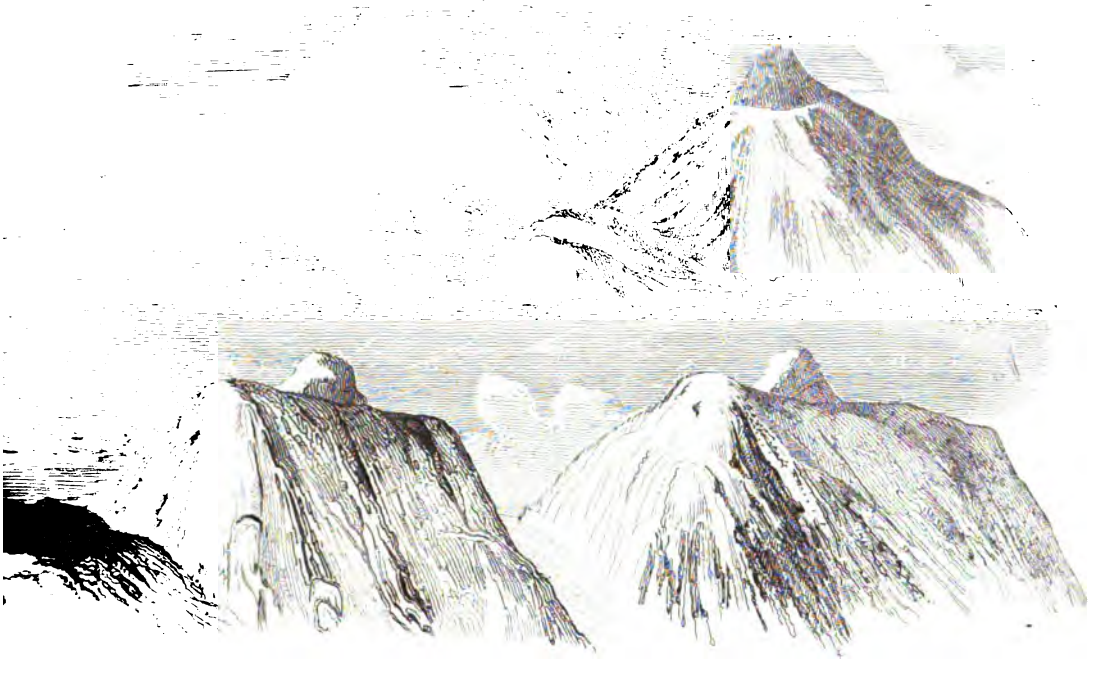
En nuestro viaje al Pico especialmente, fué cuando encontrámos muchos de estos guias oficiosos. Habíase arreglado con los oficiales de la corbeta una partida que debia ser á la vez seria y alegre, científica y pintoresca. Concluídos estaban ya los preparativos; cada uno de nosotros tenia dispuesto ya un caballo, y una comun cabalgadura llevaba nuestros víveres y nuestras capas. Al salir de Santa Cruz nos dirijimos en primer lugar á las alturas vecinas, hácia Laguna. Desde un camino lleno de cascajos de basalto, veíamos la campiña sembrada de escorias, cuyos trigos brotaban delgados ta-

(1) No obstante cuanto dice el autor acerca este árbol que algunos autores designan con el nombre de *laurus indica*, su ecsistencia parece no haberse investigado aun con bastante certidumbre, y aun hay muchos autores que la niegan abiertamente, entre los cuales pueden mencionarse el P. Tallandier, Tomás Cornelio y últimamente el sabio Feijoo, Ilustr. Apolojét. al Teatr. Crit. páj. 115, 116. Sin embargo, en caso de ser cierta, la destilacion de este árbol debe atribuirse á la licuacion de los vapores condensados sobre las hojas.



3. Dragonnier et Aloës.

3 Dragonero y Aloes



4. Sommets du Pic à différentes distances.

4 Picos de la Cumbre á varias distancias

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

llos, y delante de miserables chozas algunos niños medio desnudos que nos daban los buenos dias tendiendo la mano. Por acá y acullá se veían vejetar algunas plantas del cactus y del euforbio de las Canarias. Al llegar frente de Laguna, el terreno presentaba mejor aspecto; á nuestra derecha se prolongaba un verde y frondoso bosque, y en frente campos de maíz, trigo y mijo que terminaban al pie de la ciudad. Este corto espacio de terreno cultivado estaba antiguamente cubierto de agua.

Nos detuvímos un poco en Laguna, antigua capital de la isla, que ha ido sucesivamente en decadencia, desde que la erupcion de 1706, destruyendo á Guarachico, el mejor puerto de la isla, determinó la fundacion de Santa Cruz. Desde aquella época, esta última ciudad le ha ido usurpando su poblacion mercantil; y Laguna, residencia de los tribunales y de los nobles ociosos, solo rivaliza ya, con mucho trabajo, con aquella activa concurrencia. Sus casas son espaciosas y muy bien construídas; y las calles, aunque anchas, están llenas enteramente de yerba. No nos detuvímos allí mas que una hora, y al salir de ella entrámos en una vasta y amena llanura, fertilizada por varios arroyos. A la derecha, por la parte del mar, veíanse algunas cabañas interrumpidas por casas de campo, verjeles, viñedos y sembrados: y á la izquierda se escalonaban algunas prominencias y colinas coronadas de alerces y de pinos. En este camino vímos el *Melissa fruticosa*, la *Euphorbia mauritanica*, el *Saccharum Teneriffæ*, la Doradilla de anchas hojas, el *Chrysantemum frutescens*; y especialmente el hermoso árbol conocido bajo el nombre de Ponciana, *Poinciana pulcherrima*; en seguida el Madroño de hojas de laurel, el *Mocan*, el *Geranium vitifolium* y el *Scabrum*, y en ambos lados del camino abundaba la grande Pita americana. Al fin llegámos á la hermosa ciudad de Orotava para pernoctar en ella.

Orotava, antigua *Oratopola* de los Guanches, está situada en los arranques septentrionales del Pico, y en el interior del país. Su puerto, situado á tres millas de distancia, lleva el título de Puerto de Orotava ó Puerto de la Paz, y consiste en una caleta mal abrigada y abierta á las olas del mar.

Orotava tiene un jardin botánico bastante provisto de plantas raras, y un colejio que por largo tiempo dirijiera Mr. Berthelot. En el terreno inherente á este local se encuentra el enorme pie de *Dracæna draco* (ó dragonero), árbol de sangre de drago, tantas veces citado por los viajeros. Quisímos medir la circumferencia de su base, y encontrámos que constaba de cuarenta y ocho pies, y que su altura era de setenta pies, aunque reducida á la mitad por el huracan que se levantó en 1819. La tradicion añade que en la época de la invasion de los Normandos en Lanzarote, verificada en 1406, este árbol era tan grueso y tan hueco como en la actualidad. Muchos naturalistas sin embargo han negado que el dragonero fuese indíjena en Canarias: pero Mr. Berthelot ha ilustrado completamente este hecho por medio de un descubrimiento reciente, reconociendo muchos dragoneros en algunos sitios inaccesibles á la importacion del cultivo esterior, y aun ha dibujado uno de estos árboles, que, á manera de un penacho, salia de una roca cónica, en cuya base vejetaban dos aloës (Pl. III. — 3). El dragonero, *Dracæna draco*, ó *draco arbor*, es el árbol propio de Canarias, de cuya madera los Guanches hacian sus escudos. De aquí ha tomado orijen la hipótesis de algunos sabios que consiste en que el dragon, guardian de las Hespérides, debia de ser precisamente el dragonero. Sea como fuere, este árbol posee virtudes medicinales que hacen muy apreciable el jugo que de él se recoje; y las relijiosas de Laguna lo preparan como droga dentífrica.

Al dia siguiente, emprendímos la marcha hácia el Pico por un camino rápido y cubierto de lavas resbaladizas. Por espacio de tres cuartos de hora costeámos un terreno bien cultivado, hasta llegar á la rejion de los castaños que ocupa una zona de media legua de anchura sobre doscientas toesas poco mas ó menos de continuado declive. La rejion de las nubes empieza en los últimos castaños, y en ella se encuentran los árboles de hojas densas y consistentes, *Laurôles*, *Ardisiéas*, *Mocanera*, *Ilex perado*, *Olea excelsa*, y *Myrica faya*, y á su sombra las plantas estranjeras propias de esta isla, las francesillas, las dorónicas, las jaras, las dedaleras, etc. Despues de esta rejion y la de los pinares, se entra en la rejion de los brezos, que tiene 300 toesas de profundidad sobre 2000 de estension. Estos brezos tienen de seis á doce pies de altura, y se hallan mezclados con el *Hypericum canariense*, con el tomillo encorvado y con otros muchos arbustos y plantas herbaceas.

A medida que íbamos subiendo, se despejaba la atmósfera, y desaparecian la niebla y el rocío que nos rodeaban; insensiblemente veíamos desaparecer la verdura y los brezos, y mostrarse el *Cytisus foliosus*, que aunque al principio era muy raro y encorvado, aparecia mas robusto y frondoso á medida que el terreno mostrábase mas árido y mas estéril. Hácia el medio de esta rejion desapareció la niebla como un velo, y al momento se nos presentó muy bien dibujado sobre el azul celeste el Pico que veníamos á visitar desde tan lejos. Detras de nosotros veíamos las nubes siempre condensadas

sobre el bosque, formando como un mar á nuestras plantas, ó como uno de los mas bellos ventisqueros de los Alpes. Arrobados por aquel espectáculo, nos detuvímos para disfrutar de él, y dibujámos el Pico bajo todos aspectos (Pl. III. —4). Envuelta hasta entonces entre las nubes ó encubierta por las montañas de su base, la cima del Pico que desde el mar parecia encumbrarse en forma de aguja, empezaba á formar un cono macizo é imponente. La pendiente era menos rápida en aquella meseta, al principio sembrada de trozos de lava, y tapizada en seguida de piedras pomez y obsidianas. El *Spartium supra nubium* es el único arbusto que interrumpia la uniformidad de aquellas vastas soledades, llamadas *Cañadas* por los Españoles.

Despues de habernos detenido de nuevo en la *Cueva del Pino*, continuámos subiendo al través de los trozos de basalto que, dispuestos al rededor del Pico, representan la circumferencia del cráter. El *Spartium* es el único vejetal leñoso que crece allí, y desde los trozos de piedra pomez hasta el pie del Pico se ve aquella hermosa violeta de flores amarillas, publicada recientemente por Mr. Berthelot, bajo el nombre de *Viola Teydensis*, de la palabra *Teyde*, ó Pico, en idioma Guanche, que, como último esfuerzo del reino vejetal, no se encuentra mas allá del límite prescrito por las piedras pomez, donde empieza la lava pura.

El sol se iba acercando al ocaso, y de consiguiente tuvímos que pernoctar en la *Estancia de los Ingleses*. Al dia siguiente subímos hácia el cono por su parte lateral, caminando sobre trozos de piedras pomez entre dos corrientes de lava; pero despues de la pequeña esplanada de *Alta-Vista*, sobrevino la lava pura hasta el pie del *Pan de Azúcar*, cuya altura vertical es de 60 toesas, al paso que la del Pico es de 600. Aquí es donde era preciso hacer el último esfuerzo: debíamos subir una pendiente muy ardua sobre piedras pomez móviles que cedian al pie y triplicaban el camino. Por fin, despues de tres cuartos de hora de la mas penosa subida, llegámos al punto mas culminante del Pico.

Delicioso por cierto fué el espectáculo de que disfrutámos; á media altura del monte, estaba este circundado como por un ceñidor de nubes, de tal suerte que algunas cumbres de Tenerife, como el Monte-Verde, el Monte-Caborra, el Monte-Trigo, y el Monte-Caravella se bañaban en la niebla, á manera de isletas, y á lo léjos las cumbres de Lanzarote, Fuerte Ventura y un resto del grupo canario parecian la continuacion de este archipiélago.

La cima del Pico es un cráter medio cegado ya, cuya mayor profundidad es de 60 á 80 pies, y cuya superficie está sembrada de fragmentos de obsidianas, piedras pomez y trozos de lava. De sus bordes se ecsalan vapores sulfurosos que forman como una coronilla de humo; al paso que en el fondo reina un frio glacial. Desde la cumbre del monte es muy fácil ecsaminar toda la parte del Pico que se eleva desde las nubes, y el pensamiento se dirije naturalmente hácia las causas de aquel gran fenómeno jeolójico.

El volcan actual, como dice Mr. Dumont d'Urville, sin duda no es mas que el centro de las vastas bocas ignívomas que antiguamente arrojaron las inmensas corrientes de lava que forman el actual volcan de la isla. Este centro, á causa de sus erupciones graduales, fué el único que quedó en actividad, y tomó propiamente el nombre de Pico. El primitivo cráter sin embargo, que debió de ser de mucha profundidad, se fué cegando insensiblemente, así por las materias vomitadas por los volcanes secundarios, como por las arenas arrastradas por las lluvias en perjuicio de sus moles, y acabó por formar estas vastas llanuras llamadas *Cañadas* por los Españoles, segun hemos ya mencionado, actualmente casi al nivel del antiguo volcan. Mientras el accion de los fuegos subterraneos permitió al Pico lanzar materias, continuó elevándose hasta el punto donde empieza el *Pan de Azúcar*. Llegado á este punto, hubo seguramente una gran intermitencia, ó al menos una considerable disminucion en el accion de los fuegos, hasta el momento en que, encendido de nuevo, elevaron gradualmente el Pan de Azúcar. Por fin, estos fuegos están estinguidos ya enteramente, y del prodijioso poder que tuvieron seguramente para causar tan graves efectos, solo restan ya en el cráter principal las débiles humaredas que coronan los bordes del Pan de Azúcar.

El trabajo interior sin embargo prosigue sin cesar, y aunque algun tanto oprimido bajo el peso de las masas que ha vomitado, el fuego subterraneo se abre paso de cuando en cuando, y como el Pico no puede ofrecerle salida alguna, abre otros cráteres. Así es que, para no hablar mas que de accidentes contemporaneos, en la noche del 8 al 9 de junio de 1789, el monte Caborra estalla con el retumbo del trueno, y abre quince cráteres que arrojan rocas y derraman abundante lava. Estos cráteres se redujeron á doce, despues á cuatro, y por fin á tres (Pl. III.—1). El mayor estaba á corta distancia de la cumbre de la montaña; de él salia una humareda negra y densa, llamas, piedras y otras sustancias enrojecidas y reducidas á escoria. Mas abajo habia una segunda abertura; pero la tercera, mas distante aun, tenia apariencia de una fragua, y vomitaba, al través de una incesante humareda, un arroyo de materias fundidas, dividido al principio en tres

1. Éruption de Cahorra à Ténériffe.

1 Erupcion de Cahorra en Tenerife

2. Costumes d'Habitans des Canaries.

2 Trajes de naturales de las Canarias

d. Simson del.

VOYAGE
VIAJE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

partes que se reunian en seguida en una sola. Este arroyo serpenteaba en todas direcciones sobre una legua del país, con corta diferencia.

Al subir al Pico, no habíamos encontrado aquellos insuperables obstáculos de que han hablado con tanta ecsajeracion muchos viajeros, entre los cuales se pueden citar Verdun y de la Crenne. Llegados á la cima, nos encontrámos en bastante disposicion de tomar un frugal desayuno, á 1.904 toesas de elevacion sobre el nivel del mar, segun MM. Borda y Pingré, ó á 1.858, segun el reciente cálculo de M. A. Balbi. Despues de haber permanecido allí por espacio de una hora, bajámos de aquella elevada cumbre, y por todas partes observámos respiraderos elípticos que ecsalaban materias sulfurosas.

Despues de haber visitado la *cueva de nieve*, gruta formada por montones de lava y llena de hielo, nos pusímos de nuevo en marcha y atravesámos los bosques en donde abunda el *Pinus canariensis*. En estos bosques revoloteaba una multitud de estas aves de plumas verdes mezcladas con amarillas, conocidas en Europa bajo el nombre de *Canarios*.

El descenso se verificó con la rapidez del rayo. En pocas horas llegámos á Orotava, y al dia siguiente entrámos en Santa Cruz, tres dias despues de haber salido de ella. Esta nueva escursion á la rejion mediterranea de Tenerife, nos proporcionó algunos objetos de historia natural, y tambien observámos algunos euforbios de dos especies, el uno *canariensis* y el otro *balsamifera*, ambos muy notables por el abundante leche que derraman. La leche del primero, ó *cardon*, es cáustica, agria y ardiente; la del *tahayba* es tan suave y dulce, que los moradores la condensan, y la consideran como un artículo de boca. Serían acaso estos dos vejetales los dos que cita Plinio, de los cuales el uno daba un jugo comparable á la leche, y el otro un jugo amargo? ó tal vez serán las dos maravillosas fuentes de Pomponio Mela, de las cuales la una daba la muerte en medio de una risa inestinguible, sino se bebia al momento de las aguas de la otra? ademas recojímos tambien el *Rumex lunaria*, el *Carduus marina* en el camino que domina Tacoronte; el *Ilex perado* y el *Viburnum glutinosum*, que orillan los acirates del bosque de Agua García; el *Blechum radicans*, y el *Asplenium trichomanes*. Completámos esta coleccion con una planta muy útil para la tintorería, de la cual se hace gran comercio entre las Canarias y los puertos de Europa. Antes que se jeneralizase el uso de la cochinilla, las Canarias esportaban anualmente cerca de tres mil quintales de este líquen. A algunos minutos de Santa Cruz pasámos por frente de una de las baterías que dominan la bahía, en las cuales habia un artillero que estaba de centinela para velar las piezas (Pl. III. — 2). El traje de estos milicianos consiste en una especie de casaca de lana ó lienzo con un ceñidor del cual pende un sable-puñal. Su cabeza está cubierta con una especie de capuchon ó *gaban* de lana con dos viseras, terminado como un gorro frijio, y caído sobre las espaldas. Este capuchon es usado indistintamente por el ciudadano y el aldeano, y la única diferencia que ecsiste entre estos, consiste en que, durante el invierno, el primero se emboza el cuerpo con un ancho redingote y cubre sus piernas con polaina; al paso que el segundo va en manga de camisa y con un simple justillo de festoneados ribetes. El aldeano trae ademas unas bragas cortas, pero hinchadas en la rodilla. Tenerife cuenta en sus sesenta leguas de circumferencia, á mas de sus ciudades principales Santa Cruz, Laguna y Orotava, otras muchas ciudades, lugares y aldeas, cuya poblacion total asciende á unos 80.000 habitantes. Aunque muy abundante en granos, en los años de escasez sin embargo tiene que proveerse de los de Lanzarote y Fuerte Ventura; pero en cambio sus viñedos solamente producen mas que los de todas las demas islas del archipiélago, de suerte que todos los años esporta de veinte á veinte y cinco mil pipas de vinos conocidos con el nombre de malvasía y vidueña. En ella se sala tambien el pescado de sus costas, y de la venta de esta pesca salada saca un producto considerable. La isla tiene muy pocos rebaños; en sus colinas pacen únicamente algunas cabras y ovejas, y entre el número de bestias de carga se nota el camello, que transportado del continente africano, se ha aclimatado por fin en el archipiélago canario (1). Ademas del vino y orchilla, Tenerife cosecha frutos secos, aceite de olivo, lino y seda.

Tenerife, la Gran Canaria, Gomera y Palma forman una cordillera de altas montañas que se dirije del E. al O.; pero Canaria, Palma y Tenerife son las tres únicas que se titulan: *islas reales*.

Canaria tiene una forma casi redonda, de quince á diez y seis leguas de diámetro y cincuenta y cinco de circumferencia total. Aunque algo volcánica y poco fértil por la parte septentrional, en otras comarcas sin embargo tiene algunas mesetas fecundas que producen maiz, trigo, cebada, vino y azúcar. La poblacion de esta isla asciende á 55.000 habitantes. Su capi-

(1) Hay en Tenerife una especie de cabras, cuyo tipo no se halla en parte alguna, y son los únicos animales grandes que ecsisten en la isla y que han conservado al parecer su primitivo carácter. Estas cabras habitan las partes mas elevadas de la isla, y nunca bajan á los valles, á menos que se vean obligadas á ello por los habitantes que han llegado en parte á domesticarlas.

tal es la ciudad de *las Palmas*, sede de un obispado cuya diócesis comprende todas las Canarias, y cuyas rentas suben á 240.000 francos. La aldea de Gualdar se compone de grutas abiertas en la roca por los antiguos moradores.

Palma tiene casi la forma de un cono, y veinte y ocho leguas de circunferencia. En el interior es montuosa y cubierta de bosques, pero su litoral produce algunos cereales, vino, azúcar y almendras. Uno de sus picos, formado de prismas basálticos, parece figurar á lo léjos un grupo de niños, por cuya causa lleva el nombre de *Roca de los Muchachos*. La poblacion de esta isla se compone de 45.000 habitantes.

La circunferencia de Gomera es de diez y ocho leguas, y su poblacion de 13.000 almas. Su superficie está cortada por montes sombríos y valles amenos, y produce en abundancia granos, frutos, vino y miel. Segun Milbert, Gomera es la única isla de este archipiélago que mantiene ciervos y machos de cabrío silvestres. Su capital, San Sebastian, tiene un buen puerto en que Cristóbal Colon hizo reparar sus naves en 1492, cuando su viaje para descubrir el Nuevo Mundo. Si hemos de dar crédito á los frailes españoles domiciliados en Gomera, esta isla fué ya colonizada por Gomer, hijo de Jafet, del cual habla el Paralipómenon; pero este sistema es puramente efecto de la manía de convertir en historicos los meros caprichos etimolójicos.

La isla de Hierro es la mas pequeña de todas las Canarias, de suerte que sus siete leguas cuadradas de superficie y 5.000 habitantes no hubieran sido sin duda suficientes para darle una importancia europea, si Ptolomeo no la hubiese elejido como oríjen de los grados de lonjitud terrestre, y como su primer meridiano. Despues de aquel jeógrafo, varios monarcas quisieron usar el propio dato, para lo cual Luis XIII de Francia decretó en 1634 que los jeógrafos franceses fundasen sus cálculos sobre este mismo principio; pero la costumbre ha prevalecido á todas estas medidas, y aun actualmente tenemos que lamentar la discordancia de los pueblos civilizados en tomar un punto comun para las medidas terrestres. Riccioli ha hecho pasar por Palma el primer meridiano, bajo el falso supuesto de ser aun mas occidental que la isla de Hierro; los Holandeses lo hacen pasar por el pico de Tenerife, los Ingleses por Greenwich; los Franceses de este siglo por el observatorio de Paris; otros por San Petersburgó, otros por Berlin, otros por Madrid, etc., y probablemente no habrá al fin pueblo alguno navegante que no quiera tener su meridiano, su lonjitud y sus mapas especiales. ¡Funesto enredo que solamente sirve para confundir la tecnolojía marítima, tan complicada ya y tan diversa.

Las dos islas restantes del archipiélago canario son: Lanzarote y Fuerte Ventura. La primera cuenta 13.000 habitantes y veinte y cinco leguas cuadradas de superficie; la segunda 12.000 habitantes y 63 leguas cuadradas; y ambas son muy fértiles en cebada, trigo, algodon y sosa.

Tal es el archipiélago canario que bajo la administracion de un gobierno libre se convertiria en una posesion rica y productiva; pero el mayor defecto de la administracion española consiste en no haber establecido una buena ordenanza acerca de las cortas de los bosques, que en estas islas pueden considerarse como el inmenso alambique de la destilacion pluvial. En una comarca que corre hácia el mar, y en un suelo ardiente que no permite ó absorve las filtraciones, aquellas elevadas copas de árboles tenian las nubes siempre condensadas y proporcionaban incesantes recursos á los manantiales y arroyos formados en la rejion atmosférica, lo cual era antiguamente una causa permanente de abundancia y riqueza para las Canarias. Pero la desaparicion gradual de los bosques ha producido la ruina de este fenómeno; y actualmente es tal la tersura de este suelo pelado, que las nubes pasan sobre estas islas sin la menor detencion; de suerte que, asi como una temperatura mas baja produciria en ellas mayor humedad, la altura á que se encuentra hoy es causa de la gran sequedad que la absorve y neutraliza.

Si se ha de creer á algunas tradiciones españolas, existia en otro tiempo al O. del archipiélago y en un punto indeterminado otra isla, una octava Canaria, llamada San Brandon ó Borodon, la cual, segun mil rumores que han corrido en el archipiélago acerca de esta tierra fabulosa, fué visitada en 1500 por un marino canario, y costeada en toda su circunferencia por Pedro Vello en 1700. La existencia de esta isla ha estado muy en boga; y aun se aseguraba que en dias serenos se percibia muy distintamente desde las alturas de Palma y de Hierro. Un santo obispo, prosigue la crónica, habia conducido á aquel pais una colonia de cristianos, que bautizaron y convirtieron á los naturales. Prescindiendo sin embargo de estas noticias inciertas, desde 1759 nadie ha hablado de esta isla. Tal vez era aquello una ilusion de óptica, una de aquellas visiones tan comunes en el mar, en que las nubes toman muchas veces la configuracion de una costa, ó una isla de cenizas y lava arrojada sobre el nivel del Océano á impulsos de un volcan submarino, y sumerjida finalmente, á manera del islote aparecido recientemente en la superficie del Mediterráneo.

Ningun motivo me retenia ya en las Canarias, pues todo lo habia ya visitado ó esplorado en persona, ó por algunos de mis camaradas. Embarquéme de nuevo en aquel muelle en que Nelson espió su temeraria tentativa, por la cual creyendo apoderarse de la isla, desembarcó en ella con un millar de soldados, pero el cañon y la mosquetería le obligaron pronto á reembarcarse en sus chalupas con pérdida de quinientos hombres. En esta accion, aquel bizarro marino perdió un brazo.

CAPÍTULO V.

SENEGAMBIA Y SENEGAL.

A las seis de la tarde nos hicimos á la vela; y habiendo salido de la bahía de Santa Cruz, dirijimos el rumbo en direccion al Cabo Blanco. Habiendo empero sobrevenido la noche, me complací en examinar el fenómeno de la fosforescencia sumamente característico en aquellos parajes. «Hacíase muy sensible este fenómeno, dice Mr. Dumont d'Urville en su diario inédito del viaje de *la Coquille*, en las olas estrelladas contra el espolon de la nave (1); anchurosas cascadas bastante parecidas á ciertas brillantes porciones de via lactea por el fondo del color y los reflejos de la luz, variaban de color á cada instante sobre el tinte sombrío de las olas. Reflejaban en todas direcciones en la superficie del mar algunos rayos de luz parecidos al brillo de las velas romanas en los fuegos artificiales, que costeaban la orilla en forma de globulillos inflamados, cuyo diámetro constaba al parecer de unas seis líneas alomenos con corta diferencia.

«Sumamente persuadido de que aquellos globulillos que llamaron particularmente mi atencion, eran causados por algun insecto, armé una red para cojer algunos: pero no bien sacaba la red del agua, el luminoso globo quedaba reducido á un punto y desaparecia al momento sin poder averiguar la causa que lo producia. Despues de muchas investigaciones pude por fin descubrir que el punto luminoso procedia de un átomo animado, semejante á un grano de polvo; y con el ausilio de un microscopio reconocí que aquel animalillo era un crustaceo infinitamente pequeño y casi diáfano. La viva luz que despiden estos átamos animados debe atribuirse sin duda á la propiedad refrinjente en sumo grado de las gotitas de agua que los circundan; pues es muy de notar que esta luz es tanto mas intensa, cuanto mas próximo está el insecto á la superficie, de suerte que á cierta profundidad no forma ya mas que una luz blanca y confusa.»

Al dia siguiente, á nuestra primera aparicion en el puente ofrecia el mar un aspecto muy diferente, pero no por eso menos singular; aunque no era ya luminoso, era no obstante verde, y hubiérase dicho que el buque surcaba un vasto berrizal ó una pradera flotante. Ocupaban toda la superficie del Océano densas capas de ovas (1) de un verde sombrío que tiraba á amarillo, y ajitadas por la oscilacion de las olas mecíanse sobre su nivel. Estas plantas formadas en forma de racimo, y llamadas por nuestros marinos *Racimos del trópico*, se estienden bajo esta latitud hasta el 25° paralelo, y se ven tambien al S. de las Azores, aunque con menos abundancia. Los navegantes antiguos conocieron igualmente estas capas de yerbas marinas, pues Aristóteles se espresa en los términos siguientes: «algunos buques fenicios impelidos por el viento E., despues de una navegacion de treinta dias, llegaron á un paraje en que el mar estaba cubierto de cañas.» Asimismo se lee en el Périplo de Seylax: «Mas allá de Cerna (2) el mar no es navegable á causa de su poca profundidad, sus aguazales y su multitud de ovas. Estas ovas tienen un codo de densidad, y su estremidad superior es puntiaguda y áspera.» En efecto: á primera vista parece que los navegan-

(1) El espolon de la nave es la punta de hierro en que remata comunmente la proa.

(1) Yerba que se cria en los pozos, estanques, rios y mar, que por su lijereza nada sobre el agua.

(2) La situacion de la antigua isla de *Cerna* que llegó á ser el principal apostadero de los Cartajineses, parece no haberse aun averiguado con toda certeza. Se sabe únicamente por el Périplo de Hannon, que este almirante que por órden de la república de Cartago emprendió su famosa navegacion hácia el S. con una pequeña flota equipada á espensas del Público para examinar las costas occidentales del Africa, llegó á la isla de Cerna doce dias despues de su salida de Gades; y que habiendo salido de esta isla, continuó navegando á lo largo de la costa hasta llegar á un promontorio que se cree ser el Cabo de las Tres Puntas, situado á unos cinco grados al N. del ecuador. Los detalles de su narracion han inducido á creer que la isla de Cerna de los antiguos es la isla de Arguin de los modernos, situada á diez leguas del Cabo Blanco, y descubierta en 1452 por los navegantes portugueses enviados á esplorar la costa de Africa; y esta opinion, que parece confirmada por las observaciones de los modernos viajeros, es asimismo la mas jeneralmente admitida, y la mas acreditada en el dia. Bougainville pretendió aun reconocer en las cisternas que se ven en esta isla un efecto de la industria cartajinesa; y todas las circunstancias referidas en dicho Périplo comparadas con las mas recientes noticias, asi en lo concerniente á la forma de las costas, como á los usos y costumbres de los moradores y al fenómeno que presentan durante la noche las aguas del mar de sus inmediaciones, prueban con bastante evidencia que la isla antigua de Cerna no es otra que la de Arguin que se halla situada cerca de la costa de Sahara. Es verdad que el sabio Dowell ha pretendido probar que el Périplo de Hannon no es otra cosa que una obra finjida por algun Griego, pero Montesquieu ha probado mas recientemente en su *Espíritu de las Leyes*, *lib. XXI, cap. 8*, la autenticidad de aquel curioso diario con argumentos muy sólidos y convincentes.

tes debieron detenerse por temor de encontrar poca profundidad, al aspecto de estas praderas oceánicas. Cuando Cristóbal Colon atravesó estos mares en 1492, las tripulaciones de sus buques no pudieron menos de esperimentar un sentimiento de horror á vista de semejantes vejetales, y llamaron á esta parte del Atlántico *mar sargoso*, cuyo último nombre se ha aplicado igualmente á todos los vejetales flotantes. Algunos eruditos han pretendido sacar de esta abundancia de ovas un nuevo argumento en pro de un continente sumerjido; pero parece menos novelesco y mas racional creer que es una aglomeracion de fucaceos que se desprenden de la costa africana, arrojados y mantenidos en esta zona por la constancia de los vientos alisios (1).

En nuestro rumbo hácia el Cabo Blanco y Gorea, debíamos disfrutar de algunas de aquellas raras distracciones que amenizan el aspecto monótono de una travesía. A medida que nos aprocsimábamos á las costas de África, el mar abundaba mas en pesca, y nuestros sedales, que nada nos habian sacado hasta la sazon, nos cojieron dos hermosos bonitos (2), azulados de espalda, y arjentados de vientre. Estos admirables pescados pertenecian á la clase de los chicharros; su lonjitud total era de dos pies, y su cuerpo estaba atravesado por cinco listas negras que en el agua tomaban un brillo y un tinte de diferentes colores. Su cola y nadaderas eran tambien negras; y el mismo dia fueron presentados á la mesa del capitan. Al dia siguiente los marineros recojieron en el puente y en la batería un gran número de peces voladores de un banco que habia venido á chocar contra la corbeta, é hicieron de ellos otro presente al capitan. Nuestros naturalistas llaman *exocets* á estos animales, cuyo vuelo les facilitan las escesivas dimensiones de sus pectorales. Su cuerpo está cubierto de escamas, como tambien su cabeza, chata en la parte superior y los lados. Estos pescados, sumamente sabrosos y delicados, tienen unas doce pulgadas de lonjitud, y su forma es algo parecida á la del arenque. La naturaleza parece haber dado á estos animales esa especie de alas para facilitarles la fuga, á fin de ejercer un acto de justicia y compensacion, pues no hay animal alguno cuya vida esté mas llena de congojas y de peligros que la de los exocets. En efecto, estos pescados son perseguidos activamente por los de medianas dimensiones, como los bonitos y los dorados, y cuando el pez volador pone toda su confianza en sus alas para engañar á su enemigo, arrójanse sobre él el rabihorcado (1), el pájaro bobo (2), y otras aves marinas que gustan con vehemencia de su carne. Los peces voladores pueden sostenerse fuera del agua mientras conservan la humedad de sus alas, y aun variar de rumbo muchas veces entre dos inmersiones, y cuando son perseguidos, en sus somorgujos (3) intermitentes representan muy bien el salto que hacen en el agua los guijarros lanzados con fuerza.

Las aguas del Cabo Blanco por donde navegábamos abundaban sumamente en peces voladores, los que en esta misma costa salvaron un dia los últimos náufragos del armadía de *la Medusa*. La Medusa! Encontrábamonos á la sazon á algunas leguas de distancia del famoso banco de Arguin en que naufragó, y en consecuencia no pudímos menos de recordar aquel episodio tan doloroso para la marina francesa. Era en 1816, en aquella época de demencia reaccionaria en que los Borbones metieron en el ejército, así de tierra como naval, tantos oficiales ineptos pero presuntuosos y obstinados. Uno de estos hombres, conocidos por nuestros marineros con el apodo de *los Entretantes*, llamado Chaumareyx, ascendido á capitan bajo el gobierno de la Restauracion, obtuvo un mando

(1) Estas yerbas marinas tienen de 15 á 20 pulgadas de diámetro, y cubren toda la superficie del Océano Atlántico, desde los 11.° lat. N. hasta el S. de las islas Azores. Muchos marinos han llegado á suponer que estas yerbas son desprendidas de las rocas del golfo de Méjico por el embate de las olas, y conducidas á este sitio por las corrientes del mismo Océano; pero este sistema no nos parece muy bien fundado, atendida la deterioracion que deberian sufrir al salvar una distancia de 1.200 leguas. Otros por la misma razon han sido de parecer que no son arrancadas de la costa de América ni de la del África, sino que nacen en el mismo Océano á muy grandes profundidades cerca del sitio donde se encuentran, y que por su gran lijereza fluctúan en la superficie de las aguas. Sin embargo, las observaciones han manifestado que las yerbas que se hallan mas inmediatas al S. son mas lozanas y vigorosas, y que á medida que se va adelantando hácia el O. aparecen mas lánguidas y mustias; cuya circunstancia nos induce á seguir en esta parte la opinion del autor como la mas probable, y la que en nuestro pobre concepto ofrece mayor grado de verosimilitud.

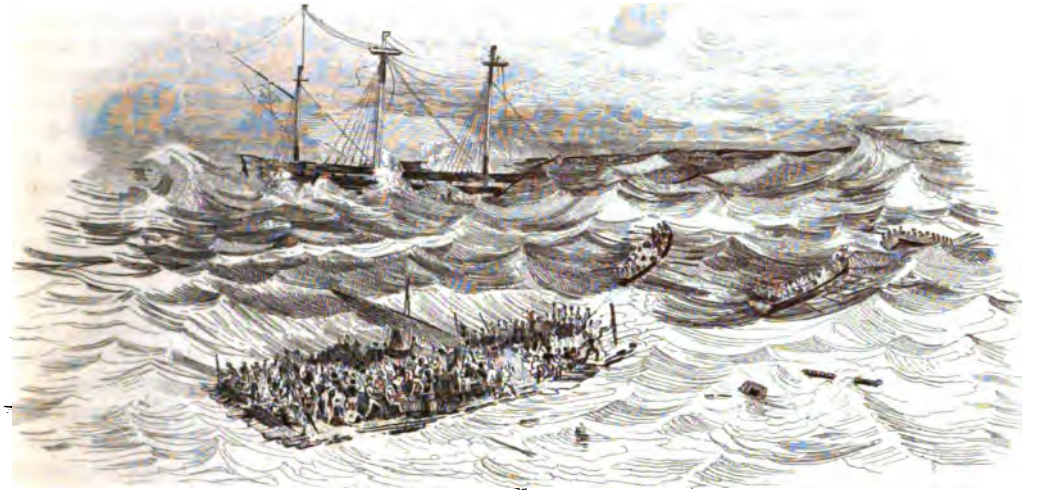
El abundancia de estos manojos de yerbas marinas en algunos puntos es tan grande, que cuando Cristóbal Colon atravesó por primera vez esos mares para verificar el asombroso descubrimiento del Nuevo Mundo, llegaron muchas veces á embarazar la marcha de sus naves, y sus marineros se alarmaron de tal suerte, que prorumpieron altamente contra el gran Colon por haberlos llevado á unos mares desconocidos, imajinándose que habian llegado ya á los límites del Océano, ó que aquella praderia fluctuante ocultaba escollos peligrosos que les opondrian un obstáculo insuperable para pasar adelante, ó una grande estension de tierras sumerjidas. Véanse las *Obras escojidas de William Robertson, tom.* 5, *páj.* 91, 92.

(2) Peces de un pie á pie y medio de largo, muy comunes en las aguas de España.

(1) Ave indíjena de las costas de los mares templados. Su cuerpo tiene tres pies de lonjitud; su cola es arpada; y sus alas tan prolongadas, que estendidas ocupan un espacio de catorce pies.

(2) Ave de pie y medio de lonjitud. Su lomo es negro, pero su pecho, su vientre y la estremidad de las remeras son blancos.

(3) Se dice de las aves acuátiles que tienen la propiedad de zambullirse.



2. Naufrage de la Méduse.

2 Naufragio de la Medusa.

4. Une Signarre — Un Marabout.

4 Una Signarra — Un Morabito.

PITTORESQUE.
PINTORESCO

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

en la espedicion destinada para el Senegal. Una fragata y cuatrocientos hombres fueron puestos bajo la direccion de este oficial que tal vez iba á hacer entonces su primera campaña, segun manifestaron los resultados. El improvisado capitan encontró el medio de hacer encallar su fragata sin temporal alguno, en un mar tranquilo, y en la zona de los vientos alisios, donde el navegante puede dirijir el rumbo á su arbitrio. Apesar de todos los consejos y de las predicciones de algunos oficiales Mr. de Chaumareyx fué á dar contra un banco muy conocido, señalado en todos los mapas, y aun indicado en las instrucciones especiales que llevaba; á cuya violenta sacudida un movimiento de terror acometió súbitamente á los oficiales, tripulacion, soldados y pasajeros que se consideraron perdidos sin recurso. En efecto, poco despues se vieron precisados á saltar en las chalupas y en un armadía improvisada, cuya operacion se verificó con tal desórden, que si durante la navegacion habia faltado un comandante hábil y esperimentado, en el momento del naufrajio faltó un hombre dotado de aquel carácter que infunde valor con su ejemplo, desprecia el peligro con su enerjía, y mantiene la disciplina aun en el borde de la tumba. Embarcáronse precipitada y desordenadamente, cargando de hombres las chalupas y el armadía de tal suerte, que fué preciso arrojar todas las provisiones al mar (Pl. IV.—2).

Quién ignora la historia de aquellos infortunados, tan popularizada en el dia, y descrita en un lienzo de Géricault! MM. Savigny y Coudin han sobrevivido para referirnos la prolongada agonía de aquellos ciento cuarenta y ocho hombres amontonados en un armadía, y abandonados cobardemente en medio del Océano con algunas barricas de vino y una corta cantidad de harina mojada. Al principio aquellos desgraciados fluctúan en la superficie del mar con agua hasta el pecho; pero enseguida se arma una terrible lucha entre los oficiales y los soldados en un terreno barrido por las olas, y en un campo de batalla de treinta pies cuadrados de superficie, rodeado por todas partes de un insondable abismo; combate inaudito que durante noche y dia hace resonar los golpes de los sables, los cuchillos y las segures, y en el cual los combatientes, no pudiendo ya al fin empuñar las armas, se empujan unos á otros hasta la última viga del pavimento, hundiéndose las uñas hasta los ojos, despedazándose, mordiéndose y procurando ahogarse entre sus brazos con el mas loco frenesí! Pero cuando se ha establecido el órden por muerte de los facciosos, cuando en el armadía hay ya algun espacio desocupado; horror! llega el hambre; el hambre, consejera pérfida; el hambre, que empuja hácia los cadáveres las sesenta bocas que aun restan. Doce dias transcurren de esta suerte; doce dias enteros con un poco de vino, algunos pescados y los arrapiezos de carne humana! Sin embargo, cuán poderoso es en el hombre el instinto conservador! los quince náufragos que restaban de los ciento cuarenta y ocho prefirieron esperar la muerte á prevenirla; mataron á sus enfermos, bebieron agua del mar y hasta su mismo orin, sin esperimentar la menor repugnancia, para prolongar un dia ó una sola hora su ecsistencia: hubiérase dicho que presentian el porvenir. Desde el 5 al 17 de julio resistieron constantemente al hambre, á la sed, al viento y al abismo del mar. Pero, qué súbita sorpresa, cuando el 17 por la mañana, un hombre del armadía se levanta con los ojos fijos y los brazos tendidos hácia el horizonte, jadeando y pudiendo articular apenas: «Una nave, una nave.... allí, allí!....» Todos miran al momento en la direccion que les designaba, y en efecto, era el brick *el Argos*, enviado del Senegal para descubrir á los náufragos, á los cuales desesperaba ya de encontrar. Júzguese cuál sería el transporte que causaria la vista del brick salvador en unos desgraciados que iban á perecer. Abrazábanse mutuamente, ataban sus pañuelos uno á otro para hacer señal de su reconocimiento, lloraban, palmoteaban, y gritaban con toda la fuerza de sus pulmones. Aprocsimóse *el Argos*, y sus marineros, colocados en el filarete, respondieron á las aclamaciones de los náufragos con gritos, y ajitando sus sombreros al aire. Entonces fué cuando se ofreció el indecible espectáculo de quince vivientes desfigurados, medio desnudos, tostados por los rayos de un sol ardiente, macilentos y estenuados, izados uno por uno á bordo del brick. Sin embargo, apesar de los cuidados de que se les prodigaron, murieron seis despues de algunos dias de sufrimientos, y solamente nueve pudieron sobrevivir. Mas felices fueron los náufragos de las chalupas, pues se salvaron casi todos, apesar de los Moros y el desierto de Sahara. Por lo que hace á los diez y siete marineros que no habian querido abandonar la fragata, *el Argos*, enviado de nuevo á su encuentro, halló tres casi moribundos en el casco de *la Medusa*, 52 dias despues de su encalladura. Mr. de Chaumareyx no habia tenido que sufrir ninguna de estas penalidades, porque habiendo sido de los primeros en embarcarse, saltó en tierra al cabo de tres dias. No obstante, á su regreso, por una tardía espiacion de la muerte de ciento sesenta hombres, un consejo de guerra lo degradó, y lo declaró *incapaz* de servir al Estado. Incapaz! Mejor hubiera sido decirlo antes que despues.

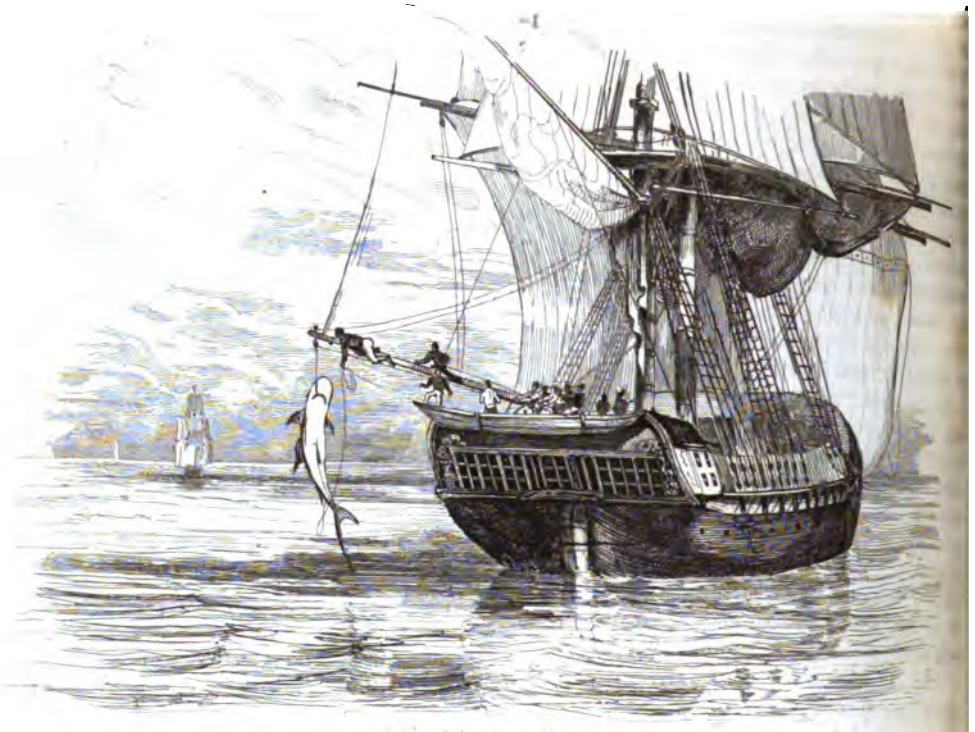
Estábamos refiriéndonos mutuamente esta

lamentable historia, y cada uno añadia algunos pormenores ó reflecsiones, cuando repentinamente oímos un *houra* que interrumpió nuestra relacion. Preocupados con la idea de escollos y naufrajios, creímos que el vijía habia señalado algun peligro; pero léjos de eso, era un tiburon que acababa de morder el garabato lanzado á corta distancia de la embarcacion, atraído por la gran cantidad de lardo que los marineros habian puesto por cebo, engulliéndose el lardo, el garabato y hasta quince pulgadas de la cadena en que estaba atado. Este monstruoso animal (tenia 16 pies de lonjitud) dió una violenta sacudida que hizo temblar el castillo de popa, y para probar la fuerza de su lazo hizo por largo tiempo las mas estratéjicas evoluciones en todos sentidos. Agotadas por fin algun tanto sus fuerzas, izáronlo los marineros, y de esta suerte suspendido en el aire (Pl. IV. — 1), nuestro tiburon hizo otra suerte de ejercicio, sacudiendo su cola, torciendo su cuerpo, despidiendo una sangre negra, y dejando ver al través de sus quijadas cuatro órdenes de dientes. Despues de dos horas de sacudirse á su arbitrio, los marineros quisieron aventurarse á echarlo al puente, lo cual fué ciertamente una imprudencia, porque apenas el tiburon hubo encontrado un punto de apoyo, empezó de nuevo sus corcovos, azotando con su cola las jaulas de gallinas que estaban á su alcance. Esta fué la última hazaña del heroe, pues poco despues murió, y al momento se procedió á la auptosia de su cadáver. Nuestro tiburon era uno de los mas bellos *Carcharias* que pueblan el Océano; un hocico deprimido le obligaba á inclinarse hácia la espalda para engullir su presa, y las aberturas de las agallas se estendian hasta los pectorales. Aun despues de muerto, tenia un aspecto diforme y voraz, y para ecsaminar sin peligro sus quijadas, habíase introducido en ella una palanca; pero era tal aun la fuerza de sus dientes que hicieron en aquel mismo pedazo de madera un tajo profundo. Algunos horribles ejemplos han dado á conocer la enerjía de estos dientes aun despues de la muerte del animal. Un oficial de la corbeta nos refirió, entre otras anécdotas, la del capitan Gautier que en 1823 mandaba *el Hijo de Francia* de Nantes. Este jóven oficial habia sacado un tiburon, que despues de muchos esfuerzos convulsivos espiró. El capitan al momento le cortó la cola; veinte minutos despues le abrió el vientre; arrancóle el corazon y las entrañas, y para enseñar á algunos pasajeros la conformacion de los dientes del animal, introdujo la mano entre sus quijadas. Pero, quién lo creyera! por una contraccion galvánica cerróse súbitamente el hocico, y cortó la muñeca del capitan Gautier.

El instinto voráz del tiburon ha gozado en todos tiempos de una celebridad proverbial, y su solo nombre, derivado de *requiem*, manifiesta con bastante evidencia que á su vista el hombre debe prepararse para la muerte (1). Ningun viajero acostumbra llegar de los trópicos sin haber pasado por la triste aventura de algun marinero cortado en dos partes, amputado por estos monstruos del mismo modo que por el mas hábil cirujano. Si hemos de dar crédito á estas relaciones, un hombre puede ser alcanzado y devorado fuera del agua, pero este aserto ha sufrido muchas contradicciones. En el diario de Mr. Gaimard, naturalista que viajó á bordo de *la Uranie*, se lee lo siguiente: «Los tiburones, dice este naturalista, no pueden engullir su presa sin revolverse hácia los lados ó la espalda. Pues bien, resta á saber ahora si en una posicion tan incómoda, este animal puede abalanzarse, levantando una considerable masa de agua que pesa no solamente sobre su cuerpo, sino tambien sobre sus inmensas nadaderas pectorales constantemente horizontales, cuya direccion es uno de los mayores obstáculos para la facultad que se le atribuye de saltar fuera del agua. Prescidiendo de todo raciocinio, hemos recurrido diferentes veces á la esperiencia, é inútilmente le presentábamos un cebo á solas seis pulgadas de altura sobre el nivel del mar, pues no hacia la menor tentativa para cojerlo. Estos peces nunca han tenido el cuerpo y la cabeza fuera del agua, y todo lo mas que pueden hacer es mostrar la estremidad de su nadadera dorsal, y algunas pero muy raras veces, el lóbulo superior de la cola, á cuyo primer signo, cuando hay calma en el mar, se puede reconocerlos de léjos.» La preocupacion pretende todavía que el tiburon está dotado de un olfato muy delicado, y, segun el parecer de los marinos, siente el olor de un enfermo desde muchas leguas de distancia, y una embarcacion cualquiera á cuyo bordo haya alguna persona atacada de alguna enfermedad grave, es perseguida necesariamente por algun tiburon. Sin embargo, lo que parece cierto es el admirable sagacidad del tiburon en escojer los parajes y las circunstancias mas favorables para satisfacer su glotonería. Así es que no se sabe por qué instinto persigue con preferencia las embarcaciones que hacen el comercio de Negros, en las cuales se esperimenta una incesante mortalidad á causa de la acumulacion de séres humanos hacinados en el fondo de las naves, por cuya causa en los dias tempestuosos se le ve holgarse en la peligrosa barra del Senegal, donde se pierden tantas piraguas y chalupas. Los tiburo-

(1) Tiburon en francés es *requin*, y de consiguiente no es de admirar que el autor emita la idea de la semejanza de estos dos nombres, aunque tan diferentes en la lengua castellana.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



1. La pêche d'un Requin.

1. La pesca de un Marrajo

3. Gorée, côté de l'Est.

3 Gorea, lado del Este

de Jacinson del.

VOYAGE
VIAJE

se acostumbran ir reunidos en gran número, a que por eso sus habitudes dejen de ser solo rias; bien que esta misantropía tal vez no es, as que el resultado de sus gustos poco socia- es. En efecto, todos los demas peces huyen presuradamente de la vista del tiburon, y úni- mente hay dos especies que no participan del rror jeneral; la de los *Rémoras*, y la de los *ilotos*, pequeños animales de medio pie de ngitud, y que parecen vivir en una especie de mpañía con el tiburon, pues cada uno de es- s tiene jeneralmente á su alrededor dos, es, cuatro y hasta seis de estos pilotos que en l espacio de una hora pasan veinte veces junto sus quijadas, y juguetean sobre su espalda, ajo su vientre, en su cabeza ó en su cola. Pe- o, por qué instinto el tiburon respeta estos ani- nales? qué utilidad le produce su asistencia? son caso sus confidentes, dotados de vista mas pers- picaz que la suya, y encargados de advertirle el peligro? todas estas proposiciones son proble- máticas, aun para los que han escrito la histo- ria de las razas submarinas. Lo único que la observacion ha dado á conocer es que cuando el tiburon prendido en el garabato está lu- chando con la muerte, estos pilotos no le aban- donan un momento, y cuando aquel es arro- jado á bordo del buque, huyen al momento, y sino encuentran algun otro protector, siguen por espacio de algunos dias consecutivos la em- barcacion que ha sido sepulcro de su primer amo. Los tiburones son vivíparos, y aunque su carne es dura é indijesta, gusta mucho á las tripulaciones. Los marineros de nuestra corbe- ta se alimentaron de nuestro gran tiburon de diez y seis pies de lonjitud por algunos dias.

En medio de estas escenas marítimas había- mos andado bastante, de suerte que seis dias despues de nuestra salida de Tenerife, nos en- contrámos en la rada de Gorea, donde anclá- mos á 20 de setiembre.

Gorea es un islote volcánico de una media legua de circunferencia, y su lonjitud es ma- yor que su anchura. Está situada á los 14° 40' lat. N. y á los 16° 45' lonj. O. (1), y separa- do del continente por un canal de 1.500 toesas. La isla de Gorea puede dividirse en dos par- tes; el alta que desde el continente presenta el punto de vista mas pintoresco con su fuerte que la domina, con sus columnas basálticas de 300 pies de altura y encajadas unas sobre otras como la Calzada de los Jigantes en Irlanda (Pl. IV.—3); y la parte baja unida á la me- seta volcánica por medio de un rápido declive. Los establecimientos públicos de la isla consis- ten en una hermosa fábrica de pólvora, el pa- lacio del gobierno, una iglesia, un cuartel pa- ra la tropa, y un hospital bien situado, pero poco espacioso. Las casas son construidas de ba- salto, cimentadas con argamasa, y edificadas al estilo italiano. La ciudad carece de agua po- table, y únicamente hay dos pequeños manantia- les que corren al pie del peñon, de suerte que es preciso acudir á un aguada que se encuen- tra en el Cabo Verde.

Descubierta en el siglo décimoquinto por los Portugueses, Gorea se encontraba ya en 1670 bajo el dominio de la Francia, que habia esta- blecido en ella una factoría para el comercio de los esclavos. En 1785, bajo el gobierno de Mr. de Boufflers, era residencia de todos los es- tablecimientos franceces del Senegal, y su po- blacion ascendia á 5.000 habitantes. Empero, desde aquella época el establecimiento inglés de Santa María, en la embocadura del Gambia, ha usurpado gradualmente á Gorea la importancia de que disfrutaba. En el dia el número de sus habitantes se halla reducido á 4.000, y aun esta poblacion está compuesta casi en su totalidad de mulatos y negros, la mayor parte esclavos, que monopolizan el comercio de Gorea. Algu- nos mulatos poseen unas goletas construídas por carpinteros negros, y mandadas por patronos negros, que se dedican á un activo cabotaje en- tre la costa de África y las islas del Cabo Ver- de. Las mujeres de los mulatos son el alma de este negocio, y como son mas intelijentes y mas astutas que los hombres de su raza, muchas veces con su tráfico hacen grandes fortunas. Algunas veces sin embargo se enriquecen de otra suerte, pues si sus madres las venden á algun Europeo, se valen de todo el ascendiente de sus gracias para engañar á su amo, del cual procuran sacar una tasa casi diaria. Esta avidez, que constituye su pasion dominante, no escluye el deseo de la venganza. El tocador de una siñarra, aunque muy sencillo, es muy dis- pendioso: su frente está cubierta por una ven- da bordada de oro; á la altura de los lomos y sobre su blanca camisa se anuda un paño de coton ó de lana, cuyo tejido no cede en finura á los mejores casimiros; en sus espaldas flota otro paño; y en sus brazos, pies y orejas bri- llan hermosos brazaletes, anillos y pendientes de oro macizo, cincelado primorosamente. Su collar, segun el gusto morisco, se compone de monedas de oro, enfiladas por el medio, de suerte que hay muchas de ellas que traen una pesada carga de cequíes, luíses y varias mone- das de oro (Pl. IV.—4.)

La poblacion negra de Gorea, aunque algo

(1) Al hablar de los grados de lonjitud debe tenerse presente que el autor, á manera de todos los jeógrafos franceses, forma sus cálculos tomando por primer meridiano el que pasa por Paris, á diferencia de los Españoles que calculan desde el semicírculo que pasa por el seminario de Nobles de Madrid, distante 6° 2' 11" al O. del observatorio de Paris.

mezclada con los Europeos, ha conservado sus preocupaciones de casta, la mas inveterada de las cuales es la ciega obediencia á los morabitos ó sacerdotes negros mahometanos (Pl. IV.—4). Una órden del morabito es sagrada para un negro; como pontífice, como hechicero y como médico, el morabito es la autoridad que goza de mas influencia en esta parte del Africa. El santuario de las sentencias secretas está en una selva situada á algunas leguas de la orilla del mar, y al pie de un enorme baobab, el jigante de los vejetales, que cubre con sus ramas el habitacion del gran morabito. El único recurso contra estos terribles arrestos consiste en un fuerte rescate echado á la caja comun de estos sacerdotes.

Tal es el terror por medio del cual los morabitos imperan sobre los demas hombres. Empero, para dominar á las mujeres han imajinado otro jénero de espantajo, tal es el *Mama-combo*, que consiste en un maniquin colosal hecho de corcho, pintado groseramente, y con un largo vestido manchado, y un gorro puntiagudo adornado de figuras májicas. Este maniquin permanece jeneralmente colgado de un árbol poco distante del aldea, pero cuando suena la hora de una ejecucion, llega *Mama-combo* á la plaza rodeado de morabitos. A su vista las jóvenes y las mujeres todas se desordenan temblando de miedo, y sin saber cuál de ellas sufrirá la suerte fatal; pero por fin *Mama-combo* nombra la culpable; llega esta sumamente avergonzada, y en presencia de sus compañeras, y en medio de su gritería es azotada por una falta jeneralmente desconocida. Terminada la ejecucion, *Mama-combo* desaparece, y al dia siguiente vuelve á colgarse de su árbol donde permanece inerte hasta nueva órden.

Toda la costa que se prolonga en la península del Cabo Verde, y que se estiende frente á Gorea, está habitada por los Oualofs (llamados mas vulgarmente Yolofs), que la presencia de los Europeos ha hecho mas belicosos y temibles que las demas tribus africanas. A principios del siglo actual, los habitantes de la península de Dakard, que formaban parte de los dominios del damel (rey) de Cayor, se sublevaron contra este poderoso monarca, y sostuvieron su independencia por la fuerza de las armas. En el dia viven con libertad al mando de un jefe elejido á su arbitrio, llamado Moctar que reside casi siempre en Gorea, y sus estados, formados de tierras altas, negruzcas y fértiles, pueden considerarse como el jardin de la colonia; los Negros se alimentan allí con el harina sacada del *Dougoub-nioul* ó *Penicillaria spicata*, y con ella mezclan muchas veces pescado fresco ó seco, y carne de buey ó de carnero. El agricultura está muy adelantada y el país está circuído por la pequeña bahía de Ben, que por su grande abundancia de peces de todo jénero parece un estanque de peces. En sus orillas está situada el aldea de *Ham*, que puede considerarse como el sitio de recreo de Gorea, y en donde todas las familias ricas de los Europeos tienen su casa correspondiente en la orilla del mar. Allí es donde fatigada la vista por el reflejo de los basaltos se recrea con el aspecto de los viejos baobabs *(Adansonia)* con su tronco corto y ancho, y sus ramas jigantescas y frondosas que traen el fruto llamado *pan de mono*, y con el de aquellas palmeras *(Elais quineensis)* de 80 pies de elevacion que produce esta bebida fresca, blanquecina, azucarada y espesa, llamada vino de Palma. Bebido al instante, este licor es inofensivo, pero despues de algunas horas, fermenta y embriaga. En los alrededores se cria el café, el anana, el *Detarium senegalense*, el *Detarium* de los elefantes, el *Dialium nitidum*, la *Uvaria æthiopica* (pimiento de Guinea); y, entre los productos agrícolas, la patata dulce, la sandía, la seta y el pepino. Por desgracia el clima de esta costa solo es sano durante el invierno, pero desde junio á noviembre es tan maligno, que la fiebre lleva al sepulcro dentro el término de doce horas.

Cuando nosotros hicímos escala en Gorea, oí hablar mucho de un naturalista francés que acababa de hacer largas escursiones científicas en el continente africano. Desde San Luís habia remontado hasta Podor por el Senegal, habia visitado el lago de N'gher en Senegambia, y esplorado detalladamente la península del Cabo Verde, Albreda en el Gambia y el rio de Casamance en el país de los Felous-Yolas. Este sabio era M. Perrottet que últimamente ha publicado el resultado de sus investigaciones en los *Anales de los Viajes* y en su *Flora de Senegambia*.

En el interior de las tierras y cerca el aldea de Kounoun se estienden algunas selvas vírjenes, ó mas bien vastos oasis, en los cuales abunda el *Khaya senegalensis* (llamado vulgarmente *Cail-cedra* ó anacardo del Senegal) cuya copa se eleva á un altura de 120 pies, y de cuya madera hacen los Negros algunos enseres para su uso. A 15 leguas S. E. de Gorea y en la playa del mar, se ve la pequeña aldea de Joal, dominada por algunos bosques donde crece el *Nédé* ó *Parkia africana*, hermoso árbol cuyo nombre recuerda al infortunado Mungo-Park, y cuyas ramas se estienden horizontalmente á gran distancia del tronco. Joal es un aldea muy populosa, y suministra á Gorea escelentes ostras. Los habitantes son muy inclinados al robo, y sin embargo el país es rico, bien cultivado, y abundante de caza, bueyes, carneros y toda clase de volatería.

Desde Joal á Santa Maria, ó mas bien *Mary Bathurst*, situada en una isla á la entrada del Gambia, solo hay un dia de navegacion. Aunque pequeña y malsana, la ciudad inglesa se ha convertido en una factoría importante donde se permutan el hierro, la pólvora, el ámbar, los lienzos de Guinea, el vino, el coral y los abalorios, en cuyos artículos disputa la ventaja á Albreda, apostadero francés establecido á ocho leguas de distancia en la ribera derecha del Gambia. Este establecimiento consiste en algunas casas europeas situadas cerca la aldea de Gilfré, á unas 300 toesas de distancia del rio. Es residencia de un ajente francés que solo puede defenderse de la brutal rapacidad de los indíjenas por medio de continuos sacrificios. Los negros de los alrededores pertenecen á la tribu de los Mandingas ó Sosés; su idioma es el bambara corrompido, mezclado con el seracolet y su traje consiste en un taparabo de coton teñido de azul ó sin teñir. Las mujeres se cubren la cabeza con un pañuelo, traen algunos abalorios en su cintura y collares de ámbar y de coral en el cuello. Sus cabellos, del mismo modo que los de los hombres, están trenzados y untados con manteca fresca. El cultivo principal de los Mandingas es el arroz, y los accesorios son el coton, el añil y el tabaco. Los pastos de las riberas del rio están cubiertos de numerosos rebaños de bueyes, vacas, cabras, carneros y cerdos. Ademas crecen en esta zona el Benten (*Eriodendron anfractuosum*), el *Bombax buonopozense* y el Mampata (*Parinarium excelsum*), cuyas flores ecsalan un olor suave.

La última factoría francesa que se halla en esta parte es la de Casamance, situada en la embocadura del rio de este nombre y á 30 leguas del Gambia. Es residencia de un ajente que vive en armonía con los Felous-Yolas cuyas costumbres son dulces y sociales. Estos indíjenas habitan en chozas de greda, como las de los Mandingas, y viven en ellas juntamente con sus rebaños. Las jóvenes van siempre desnudas hasta la edad de diez y seis años; las mujeres se cubren apenas con un pedazo de coton azul, ribeteado de pequeños mariscos, y los hombres traen una especie de griñon de tela ú hojas de palmera que entre ellos hacen el mismo oficio que los pámpanos de nuestros estatuarios. Los Felous-Yolas no profesan esteriormente relijion alguna, y la única ceremonia de que hacen uso consiste en una especie de fiesta fúnebre, en la que el cadáver, adornado con sus mejores vestidos y sentado en medio de su domicilio, está sujeto, de parte de los concurrentes, á una especie de interrogatorio sobre las causas que le han inducido á salir del mundo. Un pariente oficioso, colocado detras del difunto, responde en nombre de este y acaba por reclamar la sepultura. Al momento empiezan á resonar las mas dolorosas esclamaciones que despues de la inhumacion se convierten en el mas vivo júbilo, canciones, danzas y festines.

Los Europeos visitan muchas aldeas que se hallan situadas en los contornos de Casamance, á saber: Bering, Samatite, Cagnout, Maloumb, que se hallan en las riberas del rio; Montsor y Cagna-Cay, que se encuentran mas en el interior; Wagran, recostada en un terreno circuido de arrozales y finalmente Zinghinchor, apostadero portugués de ninguna importancia.

Tales son los establecimientos franceses en el Gambia, pobres, precarios aun y destinados á perecer de necesidad. Pero los del Senegal se mantienen en un estado mas próspero, de suerte que la ciudad de San Luís, capital de nuestras posesiones de África, podria aspirar á ser una colonia muy interesante si la barra del Senegal no ofreciera tantos peligros á la navegacion. En efecto: apesar de toda la habilidad de los pilotos, el paso de la barra ofrece cada dia nuevos desastres, pero las embarcaciones que pueden verificarlo, remontan fácilmente su curso con la Berbería á su derecha, llana, desnuda, estéril y la Guinea á su izquierda, verde, risueña, erizada de palmeras y de baobabs. A dos leguas de la embocadura del rio se encuentra San Luís (*N'dar* en idioma negro), situada en una isla de 1.200 toesas de N. á S., y 100 de E. á O. El fuerte es residencia del gobernador, y está situado en el centro de la ciudad, flanqueado de casas por ambos lados, pero sus murallas y las baterías que defienden el rio apenas son suficientes contra los Moros. San Luís tiene una poblacion de 8 á 10.000 habitantes entre mulatos, negros, libres y esclavos. Allí, del propio modo que en Gorea, las mulatas contratan con los Europeos algunas alianzas que, aunque no tienen fuerza legal, tienen sin embargo cierto valor convencional. A 60 leguas de la isla de San Luís está la isla de Morphil en la que se halla construido el fuerte de Podor, y á 240 leguas mas distante el fuerte de san José de Galam, ambos construidos para protejer el comercio de la goma. A los dos tercios del camino de Podor se halla el establecimiento de Richard-Tol y en toda la lonjitud de este rumbo manifiéstase la naturaleza africana en las razas de animales que pueblan el rio y sus dos riberas, como son: las grullas coronadas, el ibis, el flamenco por una parte, y por otra el leon, la hiena, la pantera y el chacal. Por encima de los cañaverales situados en las riberas del rio asoma el cocodrilo con su espalda huesosa y escamada tomando el sol y aguardando, medio adormecido, la llegada de algun hombre ó gacela que venga á apagar su sed en las aguas del Senegal. En otra parte se

ve serpentear una boa que cojiendo su presa, la chupa la sangre y la engulle en seguida. Hácia la isla de Kouma estacionan algunos hipopótamos que de cuando en cuando levantan su monstruosa cabeza á flor de agua y relinchan como el caballo. Estos animales solo saltan en tierra á media noche, y aun únicamente para buscar su alimento que consiste en yerbas, raíces y ramas.

Por lo que hace á la vejetacion de esta zona, en toda la lonjitud del rio se manifiesta con el aspecto mas rico, pues espone las mejores variedades de las producciones inter-tropicales, entre las cuales pueden mencionarse el *Tamarix*, muchas especies de *Acacia*, el *Nitraria*, el *Phelipea africana* cargado de flores amarillas, el *Sesbania punctata*, el *Bauhinia reticulata*, el *Palmito*, el *Nioutoutt (Heudelotia africana)*, arbusto de la familia de los terebintaceos, de donde se saca la goma resina, conocida en Europa bajo el nombre de *Bdellium*; y por fin el *Kelelé* ó *Salix ægyptiaca*, el *Mertensia* y el *Tamarendus indica*. En esta larga distancia fluvial que va de San Luís á Podor, se ven despues de Richard-Tol, el establecimiento militar de Danaga, la escala de Gabé, pequeño mercado de gomas, y la escala del Coq, gran factoría destinada al comercio de esta sustancia resinosa. Allí, concluida su cosecha, llegan varias carabanas de Moros Braknats con gomas de la selva de Afataë; levantan en la ribera algunas tiendas de piel de cabra donde embalan sus mercancías; y mas cerca de la barga y frente sus naves, acampan los comerciantes de san Luís, europeos ó mulatos, que llegan en clase de compradores. La duracion del tiempo en que se saca la goma, es de cuatro meses, á saber: desde abril hasta julio inclusive, época de la segunda cosecha. Durante todo este tiempo, la escala del Coq se convierte en un bazar muy concurrido de hombres, camellos, bueyes, cabras y carneros. En la rada se ven cruzar las piraguas de Peulhs, llenas de Moros atezados; chalupas con remeros negros y vellosos, canoas elegantes con sus mulatos recostados sobre sus cojines. La misma mezcla se ve en tierra; en todas partes circulan las mujeres encargadas del cuidado de nutrir esta flotante colonia, las Peulhes con su cabeza untada con una capa de manteca, las neglijentes Moras con sus trenzadas cabelleras adornadas con anillos de marfil, coral, cobre, hierro, y santos amuletos, y las negras del Oualo y de San Luís, cargadas de granos de ámbar y costalillos llenos de talismanes. Por la tarde, pasada la hora de los negocios, la poblacion se dirije á la plaza de la escala, donde el tam-tam invita á los negros á una danza acompañada de jestos, visajes y movimientos lascivos.

Estas gomas que constituyen el principal comercio del África proceden de tres grandes selvas de *Acacia Verek*: la de Sahel, esplotada por los Moros Trarzats, y las de El-Hiebar y de Al-Fatak, pertenecientes á los Braknats y á los Darmankouts. La goma es una especie de enfermedad del árbol que la produce, pues no es otra cosa que una secrecion forzada que le arranca el viento del desierto; podria decirse que encojido por la sequedad, el árbol se abre y llora, y que sus lágrimas forman los globulillos de la goma. En el mes de noviembre, los Moros salen de sus oasis, y van á estas selvas á hacer la cosecha de la goma, la cual embalan en grandes odres de cuero y la hacen conducir á las escalas por camellos y bueyes. Ademas de la escala del Coq, hay otras muchas, tales como la de Portendick, la de Galam, la de Gaé, etc., en cuyos bazares los Moros desplegan toda su astucia mercantil y toda la habilidad de los trocadores: embustes, amenazas, retractaciones, de todo hacen uso para encarecer su *quantar* de goma.

A alguna distancia de Richard-Tol, en el interior de las tierras y en el límite de Guiolof, especialmente en el seno de los bosques que se hallan en las inmediaciones del lago N'gher; ecsiste una multitud de monstruosos elefantes, los mas salvajes sin duda y los mas numerosos de toda el África. Durante el silencio de la noche, descienden en cuadrillas á su abrevadero en la orilla del lago situado cerca la aldea de Serr, en donde se reunen á centenares, pacen y se revuelcan en el agua con tal estruendo, que interrumpen el sueño de los negros en un radio de muchas toesas de distancia. Léjos de combatirlos los naturales, se creen sumamente felices de que estos animales les dejen vivir tranquilamente; pues en los desiertos africanos, el hombre no ha llegado todavía á ser el Rey de la creacion. Mas fuertes y poderosos que él, viven allí, con el elefante, el leon, la pantera, la hiena, el gato-tigre, el lobo-tigre, el chacal el jabalí; y desgraciado el que pretenda turbar su espantosa y agreste soledad!

No siendo pues otra cosa el continente africano que una inmensa casa de fieras, fácilmente puede concebirse que una escursion á los países del interior es mas fecunda en dramas que en poesía. Para poder aventurar semejantes viajes, es preciso estar dotado de toda la intrepidez entusiasta del naturalista y de aquella avidez inherente al especulador que sobrepuja al mismo miedo; pero como yo no me sentia con ninguna de estas dos cualidades, preferí recojer en Gorea las noticias mas recientes y auténticas acerca la Guinea y la Senegambia. Teníase ya allí conocimiento de los trabajos de M. Caillié, y las últimas y positivas investigaciones de M. Perrottet, cuyo resúmen, que fué un botin bas-

tante precioso para mí, me ecsimió de una esperiencia personal.

De esta suerte pasé cuatro dias en Gorea, ya en la ciudad, ya en la bahía, ya tambien en la península del Cabo Verde. La corbeta que me condujera á su bordo, debia estacionar allí, por cuyo motivo aguardé una ocasion propicia para trasladarme á Rio Janeiro, y despues de algunos dias ancló en la bahía una galeota holandesa de 250 toneladas. Esta galeota se llamaba *Cornelia;* su capitan Van-Peter, y habiendo partido de Rotterdam para Rio con un abundante cargamento de queso, contaba ya veinte y cuatro dias de viaje, cuando hizo escala en Gorea para hacer aguada y proveerse de víveres, cuyas noticias me hicieron titubear de tal suerte, que habiéndome embarcado cinco veces para ir á contratar con el capitan Van-Peter, retrocedí otras tantas al aspecto de aquella popa redonda y grosera, y aquellos caperoles rectos como una pared, y mas especialmente al contemplar la arboladura baja y delgada; para aguardar mejor proporcion. Sin embargo desesperado al fin me revestí de valor, subí al puente y arreglé un convenio, por el cual M. Van-Peter se comprometió á conducirme á Rio, comido y bebido, por 80 pesos fuertes. En consecuencia me instalé, bien ó mal, en una pequeña cámara de seis pies de lonjitud sobre cuatro de anchura, circuida de una atmósfera dominada por resalaciones caseosas.

CAPÍTULO VI.

ISLAS DEL CABO VERDE. — PASO DE LA LINEA. — ROCAS DE MARTIN-VAZ. — ISLA DE LA TRINIDAD.

A 25 de setiembre, mi digna galeota se hizo á la vela, no lijeramente como una coqueta, sino lentamente, con gravedad y á manera de juiciosa matrona. Dirijió el rumbo hácia el O. para reconocer las islas del Cabo Verde; á los cinco dias pasamos por el S. de Santiago, y aunque podíamos visitar el resto de este archipiélago portugués, pero su aspecto es árido y desolado, y sus tierras son abrasadas en tanto grado, que parecen salidas de un horno. Sus rocas son peladas, esparcidas en desórden, recortadas caprichosamente, y se dirijen al cielo con angulosas formas. Hay sin embargo algunos valles interiores que ofrecen los mas ricos cultivos, y la poblacion aunque se jacta de oríjen portugués, ha tomado bajo esta latitud el color bronceado de los mulatos africanos. El clero se compone de individuos de todos colores y aun de negros. Las principales producciones de estas islas consisten en la sal que se esporta al Brasil, los cocoteros, papayos, bananos y tamarindos. Asimismo se cosechan en ellas naranjas, limones, higos y sandias de escelente calidad. En muchos puntos prosperan igualmente la viña, la caña dulce, el añil y el algodon, y en los años lluviosos el arroz y el maiz, pero en tiempo de sequía abortan calcinados por el sol, pues el termómetro de Farenhecio jeneralmente no baja de los 80°, y sube muchas veces á los 90. En estos tiempos de esterilidad sobrevienen horribles carestías, por cuya espantosa calamidad ha sido recientemente asolado el archipiélago del Cabo Verde.

La residencia de las autoridades portuguesas es la isla de Santiago, en la cual se encuentra la ciudad de Puerto-Praya, lugar de recalo para los navegantes europeos, Santiago antigua capital, y Ribeira-Grande que contiene algunos edificios. La ciudad de la Praya está situada en una altura donde solo puede llegarse por medio de caminos rápidos y escarpados: su desembarcadero se halla frente una colina cubierta de palmas y de lataneros. Las demas islas de este archipiélago son: Mayo, rica en ganados y en coton; Fuego, teatro de un volcan muy activo; Brava ó San Juan, que produce vinos y salitre; Boa-Vista, menos elevada, pero muy fértil; Sal, así llamada á causa de sus salinas; San Nicolás, una de las mas considerables y florecientes del grupo á causa de su ciudad manufacturera; Santa Lucía; San Vicente, muy notable por su puerto; y San Antonio, la mas populosa del archipiélago y dominada por un encumbrado pico.

Concluido este reconocimiento, dirijimos el rumbo hácia el ecuador. Nuestra impasible *Cornelia* fué empujada hasta allí por los vientos alisios del N. E., pero cuando estos calmaron, la embarcacion quedó parada completamente, como si hubiese encallado, y aunque algunas débiles oleadas venian de vez en cuando á sacudir la galeota, esta no hacia mas que dar vueltas sin adelantar un paso. Sin embargo, si esta estacion forzada hubiese sobrevenido en tierra firme, en un sitio de recreo, en alguna soledad agreste y pintoresca, á la sombra de un árbol, ó al murmullo de una cascada; ó bien en una ciudad populosa donde puede pasarse una vida deliciosa y asistirse á una mesa ricamente provista, una ciudad de vistosos monumentos, de fiestas, de espectáculos: nos hubiéramos conformado á la voluntad de Dios; pero á los cinco grados de latitud, entre el trópico y el ecuador, teniendo que sufrir los rayos perpendiculares del sol, con un agua fétida y aun limitada, con un paseo de veinte pies cuadrados, comida salada ó merluza que constituia el manjar mas delicado, bizcocho en lugar de pan, con el único y monótono espectáculo del mar y del cielo y con la sola compañía de un capitan holandés con su tripulacion! fuerza es confesar que estas cir-

cunstancias eran suficientes para apurar la paciencia de un santo!

Felizmente, despues de ocho dias de calma, el mar se puso súbitamente embravecido, haciéndonos pasar de una vida monótona á otra de incesantes alarmas y á las alternativas de calma y de ráfagas que se estrellan contra las embarcaciones con la rapidez del rayo sin que les preceda nube alguna. Crujian los mástiles y las vergas á impulsos del sacudimiento repentino; silvaba el viento en la jarcia y las velas se rasgaban haciéndose pedazos enteramente. Otras veces se manifestaba la borrasca por medio de negras y estensas nubes que caian en festones sobre el azul celeste y otras nubes lijeras y blanquecinas que flotaban á manera de copos de nieve en una atmósfera inferior, mientras que el grupo principal se remontaba lentamente hácia el zenit. Por un momento aparecia algunas veces en el decurso de esta escena meteórica el firmamento azulado por una parte, y por otra matizado de cobre, violado y un verde sombrío sobre un fondo de hollin. Serpenteaban los rayos al través de estas moles flotantes y se mezclaba con ellos el estallido del trueno, no prolongado como se verifica en tierra á causa de la repercusion, sino como sofrenado á causa de la tersura de la superficie en la cual no podia hallar eco. Seguida de todos estos preludios llegaba pronto la tempestad; rasgadas las nubes se resolvian en enormes gotas; el mar desarrollaba gradualmente sus montañas de agua y el viento obraba sobre la jarcia con tanto furor, que las maromas parecian producir una nota ó un sonido cada una, de lo cual resultaba una especie de música infernal que se mezclaba con las bocinas del capitan, los gritos de los marineros, el crujido de los mástiles, el rimbombo de las olas, y el rechino de las garruchas. Declarada de esta suerte la tempestad, al cabo de una hora tomaba ya nuevas formas; la lluvia caía á chorros, densa, fria y horizontal, descargando su furia sobre el puente, batido ya por las olas y barrido por la espuma del mar azotado por el viento. Veíanse en el cielo surcos luminosos, pero ya muchos menos rayos, pues el fluido eléctrico habia establecido su conductor en lo alto de los palos de la nave, cuya cresta iluminaba el fuego de San Telmo del mismo modo que un candil aplicado al espíritu de vino.

Durante estas escenas convulsivas y en medio del retumbante estampido del cielo, del mar y del viento, nuestra *Cornelia* era admirable. A los primeros síntomas, el metódico Van-Peter mandaba la capa y ya quedaba tranquilo, el buen capitan! dejaba en el puente un hombre y un perro, hacia cerrar cuidadosamente las portañolas y los escotillones, consignaba su jente en el entrepuente y se metia en su cámara hasta que se calmase el temporal, rodeado de todas las dulzuras de la vida neerlandesa, con el té y el queso, la pipa y los licores. Y era que conocia á fondo á su *Cornelia*, nuestro Van-Peter! conocia la robustez y lealtad de la galeota tan poco coqueta y lijera aunque la brisa viniera á acariciarla! en una palabra, estaba seguro de ella ante el furor del Océano, del mismo modo que un Español de su mula catalana al borde de un precipicio.

Solo á duras penas pude obtener del flemático marino el permiso de permanecer en el castillo de proa para admirar por algunos momentos los maravillosos efectos del temporal, cuyo rigor ecsajeraba mi fantasía. «Dejad, dejad, me decia, que la *Cornelia* saldrá felizmente de este lance, pues es como una roca en medio del mar que el agua no hace mas que lamer, sin que jamás pueda penetrar una gota en su interior.» Pero como yo insistia con una especie de jactancia fanfarrona, me contestó: «Vos sois aun novicio y no teneis el pie marino.» Yo quise defenderme, él se obstinó y en este momento atravesó el puente una ola que me hubiera arrastrado consigo sin la maroma que me retenia al cabrestante. Esta esperiencia me bastó y en consecuencia imploré la hospitalidad del camarote.

Pasados algunos dias, el viento habia calmado ya, el mar se habia apaciguado algun tanto y el cielo, transparente y luminoso, ostentaba unas nubes matizadas de púrpura y de plata. A las siete de la noche, el sol, ya prócsimo al ocaso, parecia ocultarse tras una cortina de seda escarlata abigarrada de franjas de oro: hubiérase dicho que presentaba al observador el cuadro poético del inmortal autor de Pablo y Virjinia. «Una tarde, dice este escritor, se apiñaron las nubes hácia el occidente en forma de una vasta redecilla muy semejante á las de seda blanca. Cuando el sol se ocultó tras esta redecilla, cada malla parecia bordada de un hilito de oro. El oro se cambió en seguida en color de fuego y de amapola, y el fondo del cielo se tiñó con unos tintes lijeros, de púrpura, de verde y de azul celeste.» El espectáculo que presentaba el horizonte en aquel breve crepúsculo es imposible de describir. Matizábanlo prolongados segmentos de un tinte gradualmente rojo, violado y finalmente gris. Las nubes, amontonándose ó separándose unas de otras, formaban jigantescos grupos, representaban al parecer escenas alegóricas, agrupábanse en forma de vastos continentes, ó se prolongaban formando una especie de promontorios. Móvil panorama, tan pronto representaba alguna de las luchas de Homero, como los combates de las bestias feroces; tan

pronto tomaba la forma de árboles ó de rocas, como de toda clase de plantas que pasaban sucesivamente de un color á otro hasta agotar enteramente los matices del prisma. Pero cuando la noche tendió sobre el horizonte su manto negro y monótono, el mar poblado de luminosos molluscos apareció esmaltado de chispas fosfóricas. La galeota hendia gravemente las olas trazando vastos surcos de plata, y á su alrededor jugueteaban incesantemente varios peces que marcaban en el agua sus vestijios de fuego: los mas enormes se hallaban á gran profundidad, al paso que los otros se deslizaban blandamente en la superficie.

Transcurridos los tiempos de ráfagas y borrascas, levantáronse los vientos jenerales del S. E., que encontraron á los 2.° N. á la galeota que con su ausilio siguió su rumbo felizmente y cortó la línea á los 21.° long. O. Pero, quién lo creyera! nuestros marineros holandeses dejaron este dia su acostumbrada gravedad y celebraron la fiesta del buen hombre *la Linea* del mismo modo que hubiera podido hacerse á bordo de un brick del Hâvre ó de Nantes. Ya desde la víspera por la tarde, los marineros, los patronos y toda la tripulacion habian dejado las pipas y lavádose las manos, cuya novedad presajiaba ya algun notable acontecimiento. Cuando el sol se hubo ocultado ya detras del horizonte, se oyó en lo alto de los mástiles un gran ruido de cascabillos, acompañado de una lluvia de habas y judías que caían zumbando sobre el puente como el granizo sobre la pizarra. Era esto el padre la Linea, este gran déspota del Ecuador que, apesar de estar cubierto con pieles de bestia como un Lapon, siempre tiene frio, el pobre hombre! Atencion! hé aquí que llega un correo de su parte con el látigo en la mano, entrega un parte al grave Van-Peter que lo recibe sin fruncir las cejas, lo lee sin echar carcajada alguna, y replica con un «Bravo, bravo» en holandés, que significa: «Mañana debe celebrarse la fiesta.» Para patentizar mejor los derechos del soberano del Ecuador, aparece un astrónomo en las flechastes con su barba y su sombrero puntiagudo y calculando con el ausilio de un cuadrante de madera la altura del sol (á las nueve de la noche), viene gravemente á comparar su punto con el del capitan. El buen hombre tiene razon; la *Cornelia* se encuentra ya en estos parajes.

Al dia siguiente todo se halla dispuesto ya; en un local reservado, guarnecido de velas tendidas, se ve un gran pozal lleno de agua que aparece solitario y al parecer destinado á grandes sucesos. En efecto: este pozal puede considerarse como la pila bautismal; los sacerdotes, montados en un viejo afuste transformado en carro, se adelantan teniendo á su cabeza al buen hombre la Linea y su respetable esposa. El pobre anciano se ha preparado ya para resistir al sol por medio de doce pieles de carnero que cubren su cuerpo y una peluca de cáñamo en la cabeza superada de una brillante diadema de pequeñas plancha de plata. Su esposa presentaria un aspecto no despreciable á no ser sus escandalosas protuberancias y sus manos escamadas como la piel de un rinoceronte. Pero no importa; SS. MM. sudando, sufocándose y con una gota de sudor en cada pelo, permanecen sobre su carro con dignidad y gloria, y contemplan con cierto aire de compasion los dos osos-marineros que arrastran su carro y los personajes alegóricos que les rodean. Sin embargo estos cuatro personajes no dejan de merecer alguna atencion, pues representan la Europa con un sombrero adornado de vistosos penachos, un vestido recamado y unas viejas charreteras de coronel; el Asia, la América y el África con unas vendas de tafetan amarillo adornadas con plumas de ánade, todas tres atezadas ó dadas de negro por medio de una decoccion combinada de hollin y alquitran.

Llegada la comitiva al punto determinado, se verificó la ceremonia del bautismo. Un jarro de agua sobre la cabeza, otro en la manga y un abrazo de las dos majestades ecuatoriales; he aquí á que se reducia todo el ceremonial para los marineros que por primera vez cortaban la linea. Sin embargo, pronto comprendimos los pasajeros que no podríamos escaparnos de esta suerte; y efectivamente poco despues nos vímos precisados á dar algunos pesos que nos valieron un pasaporte para el hemisferio austral, cuyo tributo cerró el bautismo amigablemente. Pero no bien creíamos encontrarnos fuera de litijio, cuando dió la señal de la gran refriega, de la aspersion horizontal y perpendicular. Treinta cubos de agua que se tenian reservados en las gavias cayeron en cataratas sobre el puente inundando á los pasajeros, á los oficiales y á los marineros; la lucha se hizo jeneral, el agua cortaba el aire en todas direcciones y desde la proa á la popa parecia un diluvio. Solamente entre los marinos tomaba este juego formas mas brutales; aquí una cubeta, escapada de las manos de algun insensato, quebraba la cabeza de algun camarada; allí un novicio, queriendo sustraerse al chorro de las cofas, caía por una escotilla abierta y se levantaba en la sentina; aquí un hombre empujado con fuerza hácia el mar, apenas podia contenerse en los obenques; allí un grumete caía en una marmita de pez hirviendo y en medio de esta saturnal, se veian chorreando por el puente los oropeles de la

fiesta. Los espolios del buen hombre la Linea, su barba, su cetro, su diadema, y aun los mismos atractivos de su esposa se traqueaban de una parte á otra; los osos corrian por las vergas con la mitad de sus pieles; y las tres partes de la tripulacion habian esperimentado los efectos de tan amargo jarope.

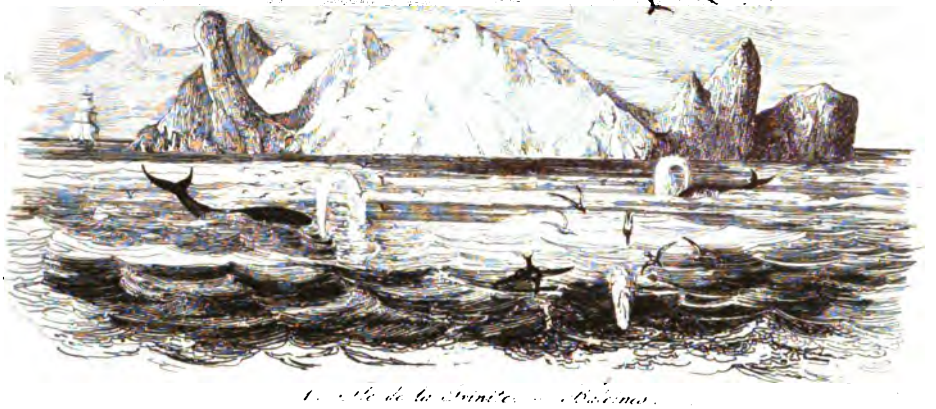
Gracias á estas breves diversiones, habia empezado á acostumbrarme y aun á gustar algun tanto de la vida marítima. Por lo demas, el cielo parecia haberse ya declarado en favor de la galeota, pues con el ausilio de una brisa fresca y constante que soplaba del S. E. vimos aparecer en el horizonte á 1.° de noviembre y á algunas leguas de distancia, las rocas de Martin Vaz y la isla de la Trinidad. Martin-Vaz nos pareció casi inaccesible á causa de los rompientes que lo circundan, y sus islotes volcánicos son habitados únicamente por algunas aves marinas, como las goletas blancas y negras, los pájaros bobos y los rabihorcados.

La isla de la Trinidad es mayor, pero no menos bravía, y su parte occidental ofrece un aspecto bastante notable. Esta isla ofrece solamente dos surjideros, si es que merezcan este nombre. En una de estas playas se hallaba establecida la colonia portuguesa visitada en 1785 por el almirante M. de la Pérouse, y como la brisa continuaba soplando, costeámos la parte meridional de la isla, en cuyas aguas ví por primera vez una bandada de ballenas, ó mas bien de ballenópteros que soplaban el agua levantándola á una grande altura. Los que seguian á nuestra embarcacion me parecieron unos ballenatos pertenecientes á la clase de los *Gibbar*, y permanecieron por largo tiempo á nuestra vista ofreciéndonos el singular espectáculo de unos pequeños surtidores que describian una línea espiral (Pl. V—1). Este admirable incidente de organizacion de este cetáceo no corresponde, como podria creerse, al tiempo de la respiracion, sino al de la deglucicion, pues cuando abre su boca para cojer la presa, se llena de una cantidad de agua de la cual se desembaraza arrojándola por las narices. Cuvier ha sido el primero que ha descrito con sagacidad este doble émbolo hácia donde se dirije el agua por medio de la contraccion de los músculos orbiculares del pharinx. Este émbolo de compresion consiste en dos buches, reductibles por medio de la contraccion de sus ternillas musculares, y provistos en la parte inferior de las correspondientes válvulas para impedir el reflujo del agua hácia la garganta; y de esta suerte, segun han observado Quoy y Gaimard, se impide la salida del agua en la espiracion. Por largo tiempo procuré averiguar cual es el pez que estos ballenópteros perseguian al parecer con tanto encarnizamiento, pero nunca ví salir alguno fuera del agua, y despues de haber transcurrido algunas horas, los cetáceos habian ya desaparecido enteramente por la parte del N. E.

CAPÍTULO VII.

RIO JANEIRO.—ISLA DE TRISTAN D'ACUNHA.

Habiendo continuado soplando la misma brisa, descubrímos á 9 de noviembre, al O. S. O. del Cabo Frio, el pilon de azúcar que sirve de faro al fondeadero de Rio Janeiro. Al amanecer del dia siguiente, *la Cornelia* se encontraba ya frente la barra, al N. de un islote guarnecido de numerosas baterías y bajo el cañon del fuerte de Santa Cruz que domina aquel boquete; y mientras estábamos aguardando la llegada del piloto, nos ocupámos en disfrutar del mas hermoso punto de vista que jamas pueda ofrecerse. En efecto: concíbase un vasto lago salobre que se dilata y ensancha en forma de un trapecio en una estension de cien millas almenos, animado por varias islas desiguales, verdes, odoríferas; orillado de arboladas colinas que se levantan en forma de anfiteatro; dentado en sus orillas; lamiendo en sus desiertas ensenadas los mas deliciosos vallecillos que puedan imajinarse: idéese con el ausilio de lo maravilloso la campiña mas pintoresca, la bahía mas segura, la mas fuerte estacion militar, bajo un cielo siempre azulado, sembrada de árboles siempre frondosos; y se formará una idea del magnífico cuadro que tenia á la vista (Pl. V—2). Estaba todavía estasiado ante tan sublime espectáculo, cuando el piloto subió á bordo, y mi admiracion no pudo cesar sin cuando llegámos al surjidero. En el fondo del cuadro, y á 20 leguas de distancia encumbrábanse las montañas de los Orgues á 1000 toesas de elevacion sobre el nivel del mar; á la derecha veíase sobre una altura Nuestra Señora de Buen Viaje, situada frente los fuertes de Villegagnon y Santa Teodosia; la isla de las Cabras y la ciudad de Rio edificada en la orilla izquierda de la bahía y circuida de tres alturas fortificadas que la dominan. En cada una de las cimas de las prominencias que cubren aquel terreno se ve una iglesia, un convento, una quinta, ó bien una batería que dibuja en negro sus bocas de fuego al través de los espacillos. Al ver aquella línea de defensa, aquella prolongada serie de cañones cuyos fuegos converjen en la rada, creyérase fabulosa la victoria que alcanzara en 1711 Duguay-Trouin, que sin embargo está acreditada por la historia. Apesar de la concurrencia de una flota portuguesa tan numerosa como la suya, y toda la artillería de los fuertes; aquel intrépido marino



1. Isle de la Trinité — Baleines.

1. Isla de la Trinidad — Ballenas

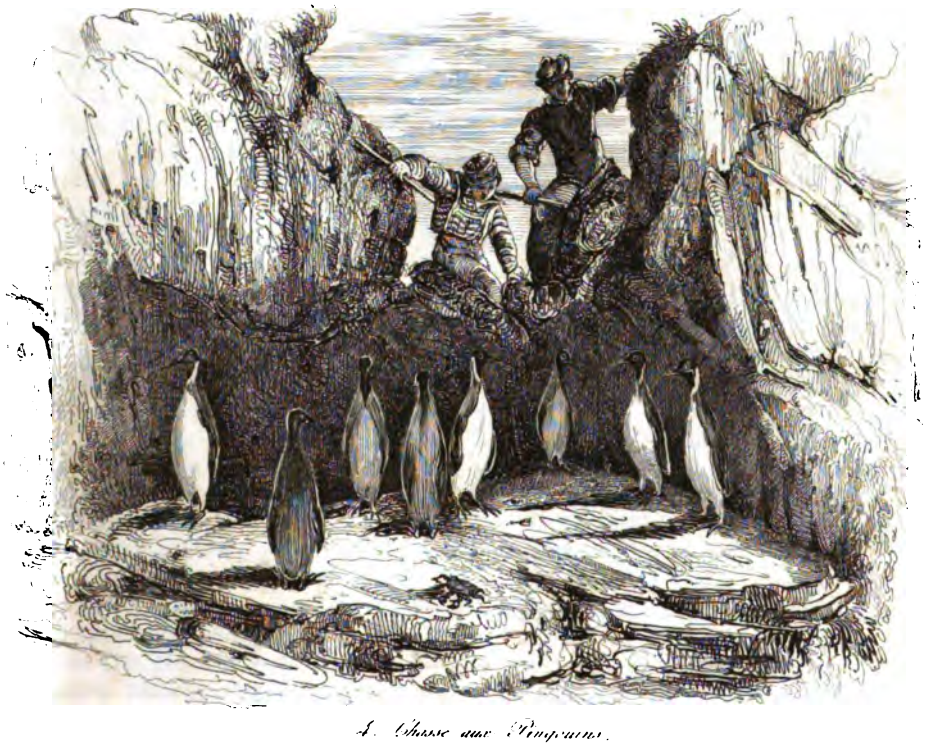
3. Chasse au Cheval sauvage.

3 Caza al Caballo bravío

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

3. Rade de Rio Janeiro.

a Rada de Rio Janeiro



4. Chasse aux Pingouins.

4 Caza á los Bobos

penetró en la rada, bombardeó la ciudad, apoderóse de ella y no la restituyó sino por medio de un rescate considerable. Este admirable golpe de mano se verificó con un corto número de navíos y 3000 soldados solamente.

Estos balagüeños recuerdos de nuestra gloria marítima me tenian sumido en una especie de transporte, cuando mi capitan neerlandés vino á advertirme que habia ya dispuesto una lancha para conducirme á tierra, y media hora despues entraba efectivamente en un meson de Rio. La ciudad de Rio Janeiro ó de San Sebastian, una de las mas importantes de la América, está situada en un promontorio irregular bañado por la bahía por tres lados y sembrado en el otro de elevadas y verdes colinas. Fué fundada en 1567 por el gobernador jeneral Mem de Sa, erijida en obispado en 1676, y en capital del Brasil en 1763. El muelle forma una vasta plaza cuadrada en la cual se eleva un obelisco de granito que arroja agua por los cuatro ángulos de su base, y en frente se ve uno de los palacios imperiales cuya arquitectura es de un jénero bastante mezquino.

La calle recta es el barrio mas animado de Rio, la ciudad de los comerciantes y de varios aduaneros y el bazar de todas las mercancías. En todas las horas del dia es transitada por los negros que corren por ella cantando con su fardo al hombro.

La ciudad está cortada en dos partes por un vasto paralelógramo llamado el campo de Santa Ana; al O. se halla la ciudad nueva, y al E. la ciudad vieja. Rio se divide en siete parroquias, cuyas mejores iglesias son San Sebastian, capilla imperial servida por canónigos; Nuestra Señora de la Candelaria, cuya fachada es rica y majestuosa, y la catedral cuya arquitectura es por cierto muy insignificante. Entre las sufraganeas debe mencionarse Santa Cruz con su elegante frontispicio, y Nuestra Señora de la Gloria cuya base se halla frente la de San Benito situado en la orilla opuesta de la rada. Esta ciudad portuguesa pulula en establecimientos relijiosos, pues ademas de las iglesias se ve gran muchedumbre de conventos y seminarios. Las bibliotecas son mas raras y aun menos ricamente dotadas. La ciudad carece casi enteramente de fuentes, pues las del palacio de la plaza Moura y de la plaza Carioca que son las únicas que pueden nombrarse, proceden de un acueducto compuesto de dos órdenes de arcos que parecen á lo léjos un efecto de la industria romana. Desde el convento de Santa Teresa este acueducto se une á un macizo menos elevado, provisto de atabes de trecho en trecho para orear el agua, y se prolonga á una legua y media en el flanco de las montañas hasta á una pequeña cascada que de esta suerte subviene á todas las necesidades de la ciudad. Esta fontanería sirve de paseo á los habitantes de Rio, y lleva el título de *Mai d'agoas (Madre de aguas)*.

Entre los monumentos mas notables de la ciudad y de sus alrededores, debe mencionarse el palacio de San Cristóbal, residencia del emperador, situado á alguna distancia de Rio, adornado de un pórtico y dos galerías sostenidas por columnatas, el teatro, la fábrica de moneda, el arsenal, la aduana, la bolsa, el jardin botánico y el *passeo público* (paseo público) plantado de mangles y adelfas. El terraplen que se halla situado á lo largo de este paseo por la parte de la rada, ofrece al observador un hermosísimo punto de vista (PL. V—2). Dos pabellones forman una especie de alas de ese paseo, y en ellas se ven algunas pinturas emblemáticas que representan el comercio de Rio y su historia natural bajo todos aspectos.

La poblacion de esta ciudad escede de 140.000 habitantes, pero solamente una parte de este número es brasileña, pues el resto se compone de Portugueses, comerciantes europeos, mulatos y negros libres ó esclavos. Los principales almacenes de artículos de lujo pertenecen á algunos negociantes franceses, pues la reputacion que estos han adquirido de gusto y elegancia ha puesto en sus manos los destinos de todas las clases de industria relativas al tocador ó al mueblaje. Por lo que hace á los demas jéneros de industria, se hallan divididos entre los Ingleses, los Italianos y los Americanos de los Estados Unidos. Los colonos portugueses y los Brasileños se ocupan del comercio, bien que con mucha tibieza, pues su instinto les arrastra á una vida indolente y vergonzosa. La locomocion es para ellos un trabajo, y el paseo una tarea penosa, por cuya causa se abstienen de este recreo tanto como les es posible. Las Brasileñas no son menos neglijentes y perezosas: estendidas sobre sus canapés y cubiertas con algunas sábanas se entretienen en jugar con una flor ó con un pájaro; todas las ocupaciones domésticas de nuestras Europeas les parecen indignas de ellas, y si alguna vez las practican, es solo con repugnancia y disgusto; de suerte que raramente se sustraen á esta neglijencia para dedicarse á las artes de recreo y á los adornos del tocador. Las modas francesas han prevalecido en Rio desde largo tiempo, pero han sido algo templadas por el gusto portugués; las mujeres se cubren de tal suerte de piedras preciosas, que puede decirse mas bien que están cargadas de ellas que adornadas. Morenas, vivas, atolondradas y coquetas, algunos pretenden que hacen cumplimientos demasiado familiares con los estranjeros, y Cook asegura que en su tiempo les daban citas por

medio de algunas flores que dejaban caer sobre su cabeza desde el balcon. Actualmente no ecsiste ya esta costumbre, y en este sentido las formas brasileñas se han afrancesado en algun modo.

Los habitantes de Rio se alimentan en gran parte de pescado, frutos y vejetales, pero todas sus comidas van siempre acompañadas con el inevitable plato de harina de mañioc *(farina del pao)*. Los bueyes son flacos y detestables, los carneros son muy raros y vendidos á precios ecsorbitantes, la volatería mediana y la caza escelente. El candeal es de un gusto perfecto, y los frutos son de un sabor esquisito. Rio está situada á los 22° 54' de lat. S. y los 45° 5' de long. O. (1); su temperatura es dulce y poco variable, y durante los mas fuertes calores, cuando el sol llega al trópico de Capricornio, se levanta una fresca brisa que modera el ardor de sus rayos perpendiculares. La mayor altura á que asciende comunmente el termómetro en esta época, es de 28° centigrados, pero en los demas meses, esto es, desde abril hasta diciembre, se mantiene jeneralmente entre los 18° y 22°.

Los alrededores de Rio Janeiro ofrecen una belleza atractiva y un aspecto pintoresco y seductor. Sin embargo estos atractivos nada absolutamente deben á la mano del hombre, pues este no ha sabido nunca sacar partido del cielo mas bello, de las aguas mas límpidas y cristalinas y del suelo mas feraz que ecsisten alrededor del globo; el hombre ha sido siempre enteramente inútil en aquellos célicos paisajes y únicamente la naturaleza se ha esmerado en desplegar todo el lujo de sus recursos. La naturaleza prodiga á manos llenos su vejetacion lozana y vírjen; y da tan brillante y tan vigoroso color á sus verdes y plácidos bosquecillos, tan bella disposicion á sus árboles y tan copioso raudal á sus zarcos y nítidos arroyos, que la vista mas displicente queda arrobada en un delicioso éstasis, y la fantasía se humilla sorprendida ante esa admirable obra de la creacion. A vista de tantas maravillas, no podia menos de permanecer estático y enajenado, y solo con mucha dificultad pudiera ocuparme de los mas curiosos pormenores ante un conjunto tan majestuoso. Transportado de esta suerte fuí á los flancos del Corcovado, donde se vé todavía la pajiza choza de un jeneral francés, del bravo Hogendorp, á la cúspide de Boa-Vista, á la Praya-Grande y á la pintoresca cascada de Trijouka. En todas estas escursiones descubria sucesivamente bellezas de un órden nuevo: impotente para dibujarlas, limitábame á disfrutarlas y aun en la actualidad tendria que reducirme á sus fujitivos recuerdos, si los naturalistas Quoy y Gaimard no hubiesen esplorado minuciosamente todas sus partes en su campaña de *la Urania*. Creemos que el lector podrá formarse una idea de las riquezas de ese bello país por medio del fracmento siguiente que vamos á estractar de la relacion de M. Gaimard.

«No puede darse un paso absolutamente en las cercanías de la inmensa bahía de Rio Janeiro y en las numerosas isletas que contiene, sin encontrar magníficas avecillas que constituyen el ornato de nuestras colecciones. Los insectos mas numerosos aun, revolotean, saltan y zumban en todos sentidos; las mariposas presentan una belleza muy rara, y su número es superior á cuanto pueda imajinarse. Pero el fenómeno de los topos y lampiros fosfóricos, cuya luz fujitiva brilla y desaparece sucesivamente, es lo que mas llama la atencion del estranjero, cuando en una noche obscura y en medio de un soto, se halla rodeado de millares de estos insectos.

«Si recorremos los alrededores de Rio Janeiro, los verémos poblados de avecillas matizadas con los colores mas bellos y variados. Cada familia tiene sus localidades preferentes: los contornos de la bahía donde son menos elevadas las montañas, menos frondosos los bosques, cultivado el terreno y donde se ven varias granjas esparcidas por acá y acullá; son moradas por los hermosos guit-guits azules, los pipita verdes, los tangaras, cuyo plumaje de un hermoso encarnado forma el mas bello contraste con la sombría verdura del follaje; los conocidos bajo el nombre de *obispos* y *arzobispos* no menos brillantes, las pequeñas tortolillas, y alrededor de los bananos y de las anoméas que hay en los jardines revolotean hermosos pájaros moscas, entre los cuales descuella la abubilla que por la pequeñez de su volúmen podria reputarse como un insecto.

«En los rasos ecsiste el cuclillo guiracantara muy raro en los contornos de Rio; el cuchillo piaya, al que los negros atribuyen actos supersticiosos, y que es tan poco medroso que no teme la aprocsimacion del hombre. Lo propio dirémos de las nidadas de anis que viven en familia, y se esponen juntos en una misma rama á los tiros del cazador. La pega reborda es mas tímida, y se mantiene siempre en los matorrales bajos y espesos, desde donde hace oir su grito fuerte y agudo, al paso que el jacarini de un negro bronceado, encaramado en la cima de las mimosas, se ejercita en dar saltos verticales que ejecuta aceleradamente cayendo siempre en el mismo punto.

(1) Por lo que hace á los grados de longitud debe siempre tenerse presente la advertencia que hicimos en la nota de la pág. 31.

«Allá donde los bosques son mas frondosos, ajítanse con rapidez el manakin que hace un ruido muy semejante á las mas fuertes pedorreras de asno. El toucan, devastador de los bananos, frecuenta los llanos cultivados; los vangas y los tiranos concurren asimismo muy á menudo en las riberas praderosas.

«Cuando, en cualquiera de nuestras incursiones, llegábamos á algunas pozas cubiertas de plantas acuátiles, no nos cabia duda de encontrar en ellas algunos jacanas, como tambien, en los vallados de los contornos, algunos tinamous que son como las perdices del Brasil. A lo largo de las riberas de los arroyatos sorprendíamos los árvelas placiéndose en empingorotarse sobre los torrentes, y dó quier encontrábamos al percnóptero urubu, animal medroso y voraz, ecsalando la hediondez infectiva de los cadáveres que apresa. En la rada se lo ve volar en crecidas bandadas, cernerse por espacio de horas enteras allá donde mas puede alcanzar la vista, ó bien revolotear con cierto recelo en torno las inmundicias arrojadas á la playa por el embate de las olas del mar.

«Hay ademas otra ave de rapiña que habita en la llanada; tal es el gavilan anómalo *(falco degener)*, cuyo grito es áspero y muy prolongado, y cuyas costumbres parecen destituidas de aquella ferocidad que distingue la familia á que pertenece. Camarada parásita de los ganados permanece incesantemente en el cerro de los bueyes, librándolos de los insectos incómodos que les chupan la sangre; sumamente meticuloso, huye de la vista del hombre desde mucha distancia, y solo con mucha dificultad y destreza nuestro compañero de viaje, M. Rolland, pudo proporcionarnos dos de ellos, en cuyo buche encontrámos en abundancia de esos animales que acabamos de mencionar. Todas estas aves buscan con ahinco los sitios cultivados por el hombre y modificados por su industria, puesto que en ellos encuentran fácilmente los alimentos necesarios para nutrirse y sustentar á sus hijuelos. Así es que concurren en dichos puntos en número muy crecido.

«A medida que el viajero abandona la llanura y las pequeñas montañas de los alrededores de Rio, y se remonta á la cordillera dos Orgaos; varía gradualmente la escena. A los majestuosos efectos que producen los encumbrados cúspides, los derrumbaderos, los precipicios y los torrentes que se despeñan por sus profundidades, agrégase el esplendente lujo de vejetacion perpetua tanto mas fresca y lasciva, cuanto mas humedecida está por los nublos que por sí misma enjendra y acarrea.

«Allí las aves son ya menos numerosas y pertenecen á especies distintas de las que acabamos de citar. El cotinga amarillo, el casico jupuba, notable por su ovispillo encarnado, el picogordo ceniciento, el picuculo de cuello blanco y el de pico singularmente ahorquillado á manera de falce, constituyen todas las variedades que se encuentran. El garrido manakin de prolongados cuchillos gorjea tambien una suerte de amorosos arrullos. En los bordes de los torrentes, donde está menos apiñada la vejetacion, manifiéstase el colibrí remendado, ser aereo, que por la vivacidad de sus movimientos parece reproducirse en mil puntos á la vez. En el opuesto declivio y en el sitio donde se ha fundado recientemente una colonia de Suizos, guarécese el tominejo, cuyo nombre de *Rubí-esmeralda* indica la viveza de sus colores. En estos mismos parajes viven en pequeñas manadas los tangaras variados de diversos matices, lindas avecillas que parecen preferir la mansion de los humedales y la sombra de los dilatados bosques, si se atiende á la frecuencia con que veíamos allá entre los nublados, con particularidad, las especies conocidas bajo los nombres de tricolor y septicolor. Plácense asimismo los tamatias en la soledad; pero el bruno, á mas de ser poco medroso, se distingue por la facultad especial de imprimir en su cola movimientos laterales tan fuertes como los que ejecutan la mayor parte de las aves verticalmente.

«Si en esos parajes se encontrare alguna granja aislada que haya estendido su cultivo á los alrededores, veránse sin falta concurrir á ella casicos moñudos, pega rebordas y varias lejiones de aras, amazonas y otros papagayos que son el azote de las plantaciones.

«Finalmente, llegado el viajero al punto mas culminante de las montañas, hácia el segundo *registo* ó cuerpo de guardia de las aduanas, establecido en el único punto transitable para penetrar en el distrito de Canto-Gallo, no puede menos de quedar sorprendido al observar la profunda soledad que reina en su derredor.

«Allí es donde se verifica la division de las aguas que, no siendo al principio mas que simples chorritos que se deslizan en la superficie de las rocas, engruésanse prontamente por medio de su reunion, despéñanse en cataratas, braman cual torrentes y, apenas se hallan libres de todo obstáculo, corren apaciblemente en forma de rios caudalosos. Por la parte del N. descienden los manantiales do Ribeiro, de Sant-Antonio, de Rio do Conego, formando la corriente das Bengalas que engruesa las aguas de Rio Grande; y por la parte del S. las fuentes de Rio-Macacu cuya embocadura se ve en la estensa bahía de Rio Janeiro.

«En esas alturas las aves son mas raras aun, de modo que es forzoso correr grandes trechos para encontrar la picaza de cuello sanguineo de Azzara, el elegante trogon, ó bien algunos pe-

nelopes. De vez en cuando se oye, en el fondo de los bosques, al pico solitario herir con su pico la corteza de los árboles; mientras que el azor moñudo y el rey de los buitres se ciernen sobre los obeliscos de granito que, por su similitud con inmensos cañones de órgano, han acarreado este nombre á tan encumbrados montes. Estos sitios son tambien la mansion de los monos, que, por medio de las selváticas copas solamente, pueden salvar distancias considerables sin necesidad de tocar en tierra. Los que se encuentran mas comunmente son el atela arachnoida, otra especie negra, el jentil tamarin, el sajou y, en las rejiones mas inferiores y cálidas, el dorado marikina, que sirven de alimento al Brasileño. Algunas veces oímos tambien al anochecer los terroríficos ahullidos de la alondra que, repetidos y acrecentados por el eco, serian suficientes sin duda para amedrentar al mas intrépido viajero, si no tuviese conocimiento del animal que los produce.

«En esos mismos sitios viven igualmente el hormiguero, tan notable por sus costumbres; el asqueroso cuati, cuyo aspecto singularizan la pequeñez de sus ojos y la escesiva prolongacion de su nariz; y el perezoso ó bradype-aï, el mas estúpido é informe de los mamíferos: verdadera paradoja de organizacion en una comarca donde todos los seres rebosan superabundante vida, donde la ajilidad se halla á la par del mas brillante colorido, y la movilidad á la elegancia de las formas».

El recuesto dos Orgaos es poblado de robustos indíjenas que parecen oriundos de los Ouctacazes, y que, á manera de los Gauchos, viven casi siempre á caballo. Desde la edad de quince años el Brasileño cabalga un corcel, y persigue con el *lasso* en la mano al avestruz, al gama y al caballo montés. (Pl. V—3). Este *lasso* consiste en una cuerda de treinta ó treinta y cinco pies de lonjitud, terminada en forma de disciplina de dos, tres, cuatro ó cinco cordeles, de cuyas estremidades penden unos globulillos de hierro ó de madera. Es muy curioso ver alguno de aquellos naturales, encajado en su cabalgadura, lanzándose con altiva frente en persecucion de un caballo montés y hostigándolo sin descanso al través de las peñas, los bosques y los marjales. Cuando se cree llegado á su alcance, ajita rápidamente los globulillos formando una especie de diadema sobre su cabeza, y los sacude sobre su presa con admirable precision. Crúzanse los globulillos al hender los aires y se enroscan en su caída alrededor de las piernas del fugitivo animal, ó bien, agarrotando su cabeza, lo detienen en medio de su curso. Esta arma no es usada únicamente para la caza del caballo; el avestruz, el gamo, la pantera y aun el tigre caen muchas veces víctimas del *lasso*. La fuerza de este proyectil es de tal naturaleza que no pocas veces quebranta las piernas del animal perseguido.

En medio de la actual mescolanza de poblaciones no seria fácil investigar los pueblos orijinarios de esta zona americana, determinar sus tradiciones y reconocer su tipo. Es muy probable que durante sus marchas nómadas las primitivas tribus deambularon mas de una vez sus tiendas desde el rio de las Amazonas hasta el estrecho de Magallanes, por cuyo motivo fuera puerilidad en nuestros dias designar una circunscripcion fija á las antiguas tierras de los Tapuyas, Tupinambas, Ouctacazes, Botocoudos, Tupis, Guaycouros, Guaranis y otras sesenta variedades conocidas desde los 4° lat. N. hasta los 35° lat. S. Por otra parte esa nomenclatura seria no menos incierta que fastidiosa, al paso que el nombre jenérico de Brasileños, mas ecsacto y verdadero, es suficiente en la actualidad para caracterizar las tribus habitantes de esta rejion.

El imperio del Brasil está dividido en provincias que se subdividen igualmente en comarcas ó jurisdicciones. Las provincias en que está dividido el imperio son las siguientes: Rio Janeiro, San-Paulo, Santa-Catharina, San-Pedro, Matto-Grosso, Goyaz, Minas-Geraës, Espirito-Santo, Bahia, Sergippe, Alagoa, Pernambuco, Parahyba, Rio-Grande, Ceara, Piauhy, Maranhao y Para.

Las provincias meridionales del Brasil, San-Pedro y Rio-Grande deben considerarse como el granero de todo el imperio. En ellas se crian en abundancia los caballos y el ganado vacuno, cabrío y lanar: Rio Grande hace un comercio en cueros secos no menos floreciente que el de Buenos Aires, y su capital es elegante y populosa. Santa-Catharina, cuya capital es Nossa-Senhora del Destero, al parecer recostada en una isleta al N. E. de Rio Grande, es tambien notable por su pesca de la ballena.

La ciudad de San Pablo (San-Paulo) de la cual ha tomado el nombre el resto de la provincia, está situada en una eminencia ceñida de praderías bajas y fertilizadas por abundante riego. Esta ciudad, enriquecida por los lavados del oro (1), es muy deliciosa, y la prosperidad parece haberla infundido el gusto del lujo y de la elegancia. Las mujeres de San Pablo gozan de cierta celebridad en toda la estension del continente

(1) Estos lavados consisten en la esplotacion de las tierras de aluvion, pues como los rios de este pais arrastran en su corriente muchas pepitas de oro y de diamantes, los depositan en las tierras invadidas con tal abundancia, que los Brasileños las benefician fácilmente sacando un producto considerable. Segun M. de Humbolt, el producto anual de los lavados es de 30.000 marcos equivalentes á 4,303.300 pesos fuertes cuyo valor constituye mas de la tercera parte del producto total del Nuevo Mundo.

americano; su belleza, sus gracias y la nobleza de sus maneras han pasado igualmente á ser proverbiales. Los hombres están dotados de un jenio activo, emprendedor y tenaz. Antiguamente los jesuitas portugueses habian acreditado la noticia de que la colonia de San Pablo era el resultado de una aglomeracion de aventureros españoles, portugueses, mestizos y mulatos, y que habiendo sido fundada por el latrocinio, solo podia sostenerse por este medio. Sin embargo, estas calumniosas narraciones han sido victoriosamente refutadas en nuestros dias por un miembro de la Real Academia de Lisboa. Se sabe que los Paulistas son en jeneral hombres de honor, dotados asimismo de intrepidez, delicadeza, probidad, industria, franqueza y civilidad; pero si sus habitudes no son las mismas que las de las provincias vecinas, es por efecto de la enerjía y actividad que les ha hecho descubrir la mayor parte de las minas de oro y plata de las montañas brasileñas, y nadie duda ya que sin su poderosa intervencion el desenlace de la guerra colonial de 1770 hubiera sido fatal al Brasil.

El gobierno de Rio Janeiro está situado un poco al N. del de San-Paulo; y en seguida viene el de Espirito-Santo tras el que se estienden las ricas é interesantes provincias de Minas-Geraës y de Goyaz en las cuales se han descubierto varias minas de oro, de plata y de diamantes. La capital de la primera es la Ciudade-do-Ouro-Preto, llamada primitivamente Villa-Rica, situada en el declive de una montaña y en las cercanías del Itacolumi, punto el mas culminante de todo el Brasil. Minas-Geraës cuenta una poblacion de 360.000 habitantes, entre ellos 200.000 negros. La Villa-do-Principe, situada en los confines del Cerro-do-Frio ó distrito de los Diamantes, contiene una Casa-Moneda y una fundicion reales, y una aduana destinada á rejistrar los fardos. M. Mawe, á quien debemos un escelente viaje en el interior del Brasil, refiere que un acemilero que se encaminaba á Rio Janeiro fué detenido á su presencia, y habiéndose encontrado en uno de sus maletones 300 quilates de diamantes, fué arrestado y condenado á la deportacion, no obstante sus esfuerzos en protestar de su inocencia. El distrito de Goyaz es célebre únicamente por haberse encontrado en Agoaquente la famosa masa de oro de 43 libras de peso. En las provincias restantes debe mencionarse Bahia, cuya capital Bahia ó San Salvador es la segunda ciudad mas importante del Brasil por su poblacion de mas de 120.000 habitantes, y la primera por la belleza de sus edificios; Pernambuco (1) célebre por sus cotones y su palo tinte con su poblacion actual de 60.000 almas; Marambao, distrito comerciante con su capital de 30.000 habitantes, y finalmente Para cuya poblacion é importancia acrecen gradualmente todos los dias.

Sin embargo á estos datos jeográficos debe añadirse la incertidumbre de los verdaderos confines del imperio que, en medio de las revoluciones sucesivas, han sido siempre inconstantes y variables. Este imperio confina al N. con la Colombia y las Guyanas; al E. con el Oceáno Atlántico, al S. con el Uruguay y el Paraguay; al N. con la confederacion del Rio de la Plata, las repúblicas del Perú, de Bolivia y de Colombia; y está situado entre los 4° de lat. N. y 35° lat. S. y entre los 37° y los 75° lonj. O. Como esta inmensa estension de terreno está entrecortada de montañas y vallecillos, fácilmente podrá concebirse que reune todo jénero de climas y todos los grados de temperatura. En ella puede aclimatarse toda clase de producciones, y su historia natural ofrece una de las mas ricas colecciones que se conozcan.

En primer lugar deben mencionarse las minas y los lavados de diamantes que jeneralmente producen de 20 á 25.000 quilates anuales, las de topacios y de turmalinas; las minas y lavados de oro cuyo valor anual asciende á mas de 20 millones, y finalmente las de hierro, cobre y otros varios minerales. No es menos fecundo el reino vejetal; en él se encuentran el cocotero brasileño, mas grueso y elevado que el de las Indias, el croton, el mirto, el *Bignonia leucoxylon*, el jacaranda y el *pekia* cuyo fruto es algo parecido á una bala de cañon. Las maderas de construccion se ven asimismo en abundancia, y de ellas se encuentran especies magníficas; el tapinboam, el perola, el guindo, el pino del Brasil y el cedro que crecen á considerables alturas y cuyas maderas ofrecen las cualidades mas robustas. M. de La Condamine embarcóse en el rio de las Amazonas en una canóa construida de un solo árbol de 90 palmos de lonjitud. No es menos robusto ni abundante el palo tinte: el árbol de Pernambuco, cuyas propiedades tintoriales son bien conocidas, vejeta hasta la altura de nuestrás encinas.

El alimento de los Brasileños consiste en batatas, arroz, maíz, candeal, pero mas principalmente en mañioc. Los melones, las cidras cayotas, los plátanos, abundan en las hondonadas; los limoneros, los naranjos y los guayabos son muy comunes en la costa. En las provincias de Rio Janeiro y de Bahia se ven igualmente las higueras de Surinam, el mangaba y el ibipitanga á la par de los árboles frutales de nuestra Europa. La cosecha de los productos coloniales, tales como el azúcar, el café, el algodon, el añil, el tabaco, el cacao, la vainica y la pimienta, es tan rica y abundante que, de

(1) Por corrupcion se dice en español, Fernambuco.

ellos se esportan á Europa cantidades incalculables.

El reino animal no es menos variado en el resto del Brasil que en los alrededores de Rio Janeiro. En todas sus vastas soledades abundan los jaguares, los cuguares, los tapires, los tajasúes y los cuatis. Encuéntrase ademas una multitud de monos y de armadillos-bollas, especie de erizos particulares del país, como tambien la marmosa, los *Cavia-paca*, el *Sciurus æstuans* (ardilla del Brasil) y el tapeti, especie de liebre sin cola.

En medio de tan diversas producciones el comercio del Brasil tiende naturalmente á un acrecimiento progresivo. Aunque la poblacion negra esté sujeta en el Brasil, del propio modo que en las demas colonias, al capricho de la brutalidad individual, ecsisten sin embargo algunas leyes bastante justas que protejen al esclavo contra su dueño, y no raras veces se ha visto un negro reunir á fuerza de trabajo y de sudores el peculio necesario para rescatarse. Un decreto espedido por Juan VI habia estipulado que la duracion de la esclavitud no escediera de diez años, pero esta medida dictada por la humanidad ha encontrado en los colonos una resistencia que la hace casi completamente ilusoria.

El prodijioso número de negros esclavos, ecsistentes en Rio Janeiro, aun mas que en Gorea, no pudo menos de causarme una estraña impresion, pues como no estaba acostumbrado todavía á esa llaga colonial, esperimentaba apesar mio cierto sentimiento de piedad al aspecto de aquellos hombres medio desnudos destinados á llevar palanquetas ó arrastrar carruajes. Muchas veces tenia que presenciar las angustias de aquellos infortunados que espiaban con el palo santo una falta jeneralmente leve. Las mujeres, no menos que los hombres, estaban igualmente sujetas al rigor de esas duras correcciones. En Rio se ven todavía algunos de esos bazares donde se hallan de manifiesto los negros del Benguela, Mozambique, Madagascar y Guinea acurrucados, embrutecidos, sucios y espuestos en pública subasta cual las reses de un ganado en nuestras ferias. La calle Vallonga en especial se halla llena de esos mercados de negros.

Es verdad que hubiera deseado permanecer por mas tiempo en Rio Janeiro, pero mi itinerario no me permitia ya mas dilacion, y por otra parte entraba en mi plan esplorar con oportunidad la parte meridional de la América del Sur, del Paraguay en la Patagonia. Montevideo, Buenos Aires y toda aquella rejion tan fecunda en objetos nuevos y dignos de atencion, parecíanme deber reservarlos para cuando verificase mi regreso por el cabo de Hornos, por cuyo motivo suspendí hasta aquella época satisfacer mi curiosidad. Deseoso de llegar cuanto antes á la Isla de Francia me presenté á un corredor de cambios, el cual me proporcionó la ocasion de un sloop (1) velero americano que á la sazon se hallada de recalo en la isla de las Cabras. En consecuencia salí de Rio enajenado por los objetos que habia visto y sin haber esperimentado otra molestia que la de los músicos y de los aduaneros. A 20 de noviembre desembocámos en el piélago y dirijímos el rumbo al S. S. E. para ir á buscar en las altas latitudes la rejion de los vientos del O. Nuestro sloop era el *Corporal Trim* de Nueva York, mandado por el capitan Dikson, el mejor buque mercante que ecsista tal vez, que parecia deslizarse lijeramente, cual pájaro, por la superficie del mar. En las horas libres, dedicábase la tripulacion á la pesca y á la caza, en cuyos ejercicios ningun marino, que yo sepa, era mas feliz que el contra-maestre Tom Mill que ejerciera la profesion de marino desde el primer año de la independencia. Su primera hazaña consistió en una bella y sabrosa doradilla, la maravillosa Coryphæne de los sabios, con su dorsal cortada en lineas oblicuas, y revestida al parecer de un magnífico manto azul de graduados tintes; su cabeza de un hermoso pardo que toma en el lomo algunos tintes de esmeralda; sus nadaderas amarillas y arjentado vientre; y sus lados y cola haciendo visos, cual oro, con algunos reflejos de mezclilla. La doradilla es muy abundante en esas latitudes; varias bandadas de ella convoyaban nuestra nave, y debo confesar que me complacia mas observarlas en las olas con su gracia y vivacidad y coloradas con los matices del diamante, del topacio, del rubí y de la esmeralda, que verlas morder el emplumado andrajo que figuraba un pez volador, bregar y terminar en el puente su ecsistencia, deslucidas y destituidas de su brillo prismático. La coryphæne es un pez voraz, ájil y poco medroso; á menudo se lanza sobre un cebo grosero que le despedaza las mandíbulas, y lo engulle sin mascarlo. Muchas veces se han encontrado en su estómago exocets enteros y en su vientre clavos de hierro. La pesca de la marsopla ó del delfin fué mas curiosa todavía. Esos cetaceos, llamados en inglés *porpoise* del *porcus piscis* latino á causa de la analojía de su cabeza con el hocico del gocho, andan siempre á centenares y algunas veces por miriadas (2); y cuando el mar está levemente ajitado por lijeras ondulaciones, se les ve alineados en prolongados ringles, ejecutar fuera del agua un movimiento de rotacion con una ecsactitud y regularidad admirables.

(1) Voz inglesa que se aplica á cualquiera embarcacion de menos de 20 cañones.

(2) Voz usada entre los anticuarios que equivale á diez mil.

Esta maniobra pelajiana tiene algo de singular é inesplicable por su simultaneidad. En el momento en que se verifica, el cetaceo describe muellemente una comba y su cola no sale del agua antes de haberse rehundido en ella su cabeza: diríase á lo lejos que estos movimientos son verdaderas evoluciones militares. Con todo ninguna raza de peces, así entre los mayores como entre los medianos, tiene habitudes mas caracterizadas de coalicion y compañonaje que la de los delfines. Al rededor de las embarcaciones se los ve rivalizar en lijereza y retar á este madero que surca los mares, venciéndole cien veces al dia; pero cuando este juego no es suficiente para atraerlos, los marineros se meten á chiflar del propio modo que se verifica con los pájaros, y aun pretenden seriamente que el delfin es sensible á ese reclamo. Tal vez sea esto un resto de creencia tradicional, una traduccion libre y trivial de la antigua y poética fábula de Amfion.

Muchos dias habia que nuestra nave era perseguida por algunas bandadas de esos delfines que desfilando á lo largo del *Corporal Trim*, lo aventajaban á veces ó iban á cruzarse bajo el bauprés, cual esos veloces daneses que preceden á los carruajes. Impacientábase nuestro Tom Mill al verse burlado de esta suerte; armado de una fisga permanecia en el tajamar del sloop, y no pocas veces se viera precisado, apesar suyo, á retirar del agua su tridente, para enderezar sus dientes y aguzar sus puntas. En consecuencia pestañeaba y juraba, cuando en un postrer acceso de rabia coje un delfin que corria como un rayo! Victoria! ha mordido ya el hierro; el cetaceo tiene seis pulgadas de él dentro su cuerpo! Bravo! bravo! la pesca es segura, Tom Mill ha sentido resistir el hierro; cierto ya de su presa está loco de contento. En efecto: pronto tuvímos á bordo el delfin cuya lonjitud era de cuatro pies y cuyo aspecto nada ofrecia de sorprendente. Bruno era su cuerpo, terso el epidermis, puntiagudo y elevado el dorso. Yo no sé determinar lo que orijinaba mi repugnancia; pero cuando la tripulacion descuartizó al animal para comer, acometióme un disgusto involuntario y por todo lo del mundo no hubiera osado á gustar de aquella marsopla.

Cuando la pesca no daba nada, la tripulacion se dedicaba á la caza á bordo del mismo *Corporal Trim*; pero esta caza no tanto era útil á la cocina como á nuestras colecciones de aves pajosas, pues toda se reducia á algunos palmipedos, cuya carne no es buena de comer. Tales eran el pájaro bobo de plumaje blanco ó bruno, de grandes cuchillos negros y sumamente hábil en cojer los peces en la superficie del agua; el rabihorcado, mas corpulento y robusto que roza siempre las olas; hermoso palmipedo caracterizado por su cola ahorquillada y su plumaje blanco matizado de azul, ave ictiofaga (1) que no pudiendo cojer la presa por sí misma á causa de la amplitud de sus alas, tiene á sus órdenes algunos pescadores, tales como el filocrócoras y el pájaro bobo. De vez en cuando los oficiales del *Corporal Trim* disparaban algunos fusilazos contra aquellas lijerísimas aves, tan solo con la mira de vencer la dificultad del blanco.

De esta suerte habíamos llegado á los 37° lat. S. cuando el vijia selañó un grupo compuesto de tres islas, la mas considerable de las cuales era Tristan d'Acunha, que fácilmente puede reconocerse por la elevacion de su pico, el que muchos viajeros no han titubeado en comparar al de Tenerife. Aseguran que esta isla se percibe en el mar desde 25 leguas de distancia, lo que no seria estraño atendidas las 15 leguas á que calculámos hallarnos de ella al acto de descubrirla. Las tres islas de este grupo forman entre sí un triángulo; el vértice N. E. es ocupado por la isla denominada Tristan, y los del O. y del S. por la *Inaccesible* y la *isla de los Ruiseñores* cuya denominacion les impusieron los Franceses en 1767. Procurábamos cargar la vela hácia Tristan d'Acunha por la parte del N, y despues de haber transcurrido algunas horas nos encontrámos ya á una distancia de media legua á lo mas. En esa situacion la isla presenta en su parte septentrional una mole de roquedos que se eleva á mas de 1000 pies de altura perpendicular, en cuya elevacion empieza una meseta que prolongándose en direccion al centro de la isla remata en el pico de Tristan, cuya frente está coronada de nieve la mayor parte del año. Este pico consiste en una montaña cónica circundada hasta la mitad de su elevacion por un cinto de selvas cuya copa permanece casi siempre envuelta bajo un manto nubloso. Como la costa de Tristan es acantilada en la mayor parte de su circumferencia y destituida de escollos, proseguímos navegando á lo largo de su muralla de rocas; sorprendidos empero por la calma, nos fué forzoso procurar internarnos en la bahía que se halla situada en la parte N. O. de la isla. Con el ausilio de algunas brisas juguetonas el *Corporal Trim* surjió en ella con un fondo arenisco de diez y ocho brazas (1), proporcionándonos la ocasion de recrear nuestra vista por medio de dos cascadas

(1) Término que se aplica al que se mantiene de pescado.

(2) Medida de seis pies de lonjitud que es la que comunmente forma la estension de los dos brazos abiertos.

que se despeñaban ante nosotros en medio de un paisaje risueño y variado.

Tristan d'Acunha está situada á los 37° 5' lat. S. y á los 15° lonj. O. y su circumferencia aprocsimada es de circuenta millas. *La isla de los Ruiseñores* ofrece un aspecto irregular y en su centro presenta una especie de hoquedad con un escollo en su punta meridional. *La Inaccesible* es la mas occidental del triángulo, consiste en un macizo fragoso, árido, sembrado de arbustos achaparrados, y su acceso no presenta peligro alguno si se esceptúa un escollo que hay en el S. en forma de góndola. En este escollo se perdió el capitan Greig del navío *Blenden-Hall* procedente de Londres para Bombay, á 23 de julio de 1821, con ocho hombres de su tripulacion que perecieron al querer aportar á Tristan en un esquife de su construccion.

Los Portugueses descubrieron por primera vez el grupo de Tristan d'Acunha en sus primeras navegaciones á los mares australes; los Holandeses lo visitaron y describieron en 1643 y los Franceses en 1767. Sus costas son frecuentadas por los bueyes marinos, los leones marinos, los elefantes marinos, los pájaros niños y los albatros, y á alguna distancia mas adentro del mar se ven igualmente ballenas y espadartes.

El capitan Patten, del buque americano *Industry*, fué el primero que en el siglo pasado visitó estas islas, supliendo por medio de mas ecsactas noticias la vaguedad de las relaciones que iban en boga sobre las mismas. Siete meses permaneció en Tristan d'Acunha con objeto de dedicarse á la caza de los bueyes marinos, á saber: desde agosto de 1790 hasta abril de 1791, durante los cuales pudo recojer 5.600 pieles destinadas á los mercados de la China, sin perjuicio de una cantidad de aceite que reuniera en menos de tres meses, suficiente para cargar un buque del mayor porte. El capitan Patten acampó no lejos de las cascadas de la bahía cuyos alrededores están sombreados por ramosas arboledas. Los árboles, dice en su relacion, no se elevan á muy considerable altura, pero sus ramas, verdes y frondosas, se estienden á bastante distancia. La variedad mas abundante consiste en una especie algo semejante al tejo por lo que hace al follaje, y al arce en cuanto á la calidad de su madera. El capitan Patten no encontró en la isla cuadrúpedo alguno en 1791, á escepcion de algunas cabras que habiendo sido abandonadas en ella por los navegantes se habian hecho monteses en el transcurso del tiempo. La isla solo era morada á la sazon por algunas aves, y la superficie interior ofrecia algunos terrenos labrantíos sin que en parte alguna se observasen vestijios de animales venenosos.

Desde aquella época Tristan d'Acunha ha sido visitada diferentes veces, acrecentando gradualmente su riqueza en todo jénero de productos. El capitan Colquhoun, del brick americano *Betzy*, aclimató en ella batatas, cebollas y otras muchas simientes. Cuando el capitan Heywood tocó en la bahía en 1811, encontró tres Americanos establecidos en ella por algunos años con objeto de recojer pieles de bueyes marinos y venderlas á las embarcaciones que llegasen. Uno de esos aventureros, llamado Lambert, concibió la idea de publicar un edicto que le declaraba soberano propietario de las tres islas, y despues de esta singular investidura, desmontó 50 acres (1) de tierra y los sembró de diversos productos, entre los cuales habia el café y el azúcar, cuyas semillas le suministrara el cónsul americano de Rio Janeiro. Toda esta cosecha tuvo el mejor ésito, empero apesar de la felicidad de este ensayo y acaso por falta de salida, la isla fué abandonada por sus colonos y ocupada en seguida por un destacamento de soldados enviados del Cabo de Buena Esperanza. El almirantazgo de Lóndres mantuvo en ella guarnicion hasta 1820, en cuya época la hizo abandonár por ese piquete militar compuesto de ocho hombres y un cabo; mas como este último se hubiese creado en la isla un pequeño señorío, pidió que se le dejara permanecer en ella como á dueño y señor en nombre del rey de Inglaterra, lo que no huvo inconveniente en otorgarle. Este nuevo Robinson ha prestado varias veces algunos servicios á las embarcaciones suministrándolas víveres, y á los infortunados náufragos arrojados á esta costa bravía á impulsos del furor de las tempestades. Empero ninguna de las aventuras de esta naturaleza es mas romancesca y sorprendente que el siguiente lance, ocurrido con un jóven artista inglés mencionado por M. de Sainson en su diario inédito de *el Astrolabio:*

A fines de 1824 M. Earle se hallaba como pasajero á bordo de un pequeño sloop inglés que debia aportar á Bengala. Era este un artista distinguido que, siendo compatriota del gobernador jeneral, esperaba hacer su carrera bajo la proteccion de este, que permanece allá festejado de una corte realmente digna de un príncipe.

« Pequeño era el sloop, y ya desde su partida tuvo que padecer mucho en los borrascosos mares australes que tenia que atravesar. Por otra parte habian sido tan mal celadas las provisiones, que al segundo dia de navegacion faltó ya á bordo todo lo mas necesario, de suerte que al llegar á las altas latitudes fué forzo-

(1) Medida comun en Francia equivalente á 160 perchas ó 436.560 pies cuadrados.

so buscar Tristan d'Acunha para proveer de leña y hacer aguada. Habiendo al fin descubierto bajo nebuloso cielo esta isla roqueña, se botaron las chalupas al mar y M. Earle, armado con su album, quiso acompañar á los hombres que se hallaban de servicio, deseando delinear en el papel un bosquejo de los sitios agrestes de esa tierra que pintor alguno hollara hasta entonces. En consecuencia dejó en la playa á los trabajadores, y trepando por negros pedruscos descubrió profundas simas y, siempre mas curioso y mas entusiasta, pasó de un punto de vista á otro, cuando al llegar á una triste soledad, sobrecojióle un temblor involuntario y se apoderó de todos sus miembros un vago pensamiento de abandono. Espeluznóse el artista, y corriendo hasta perder el hálito, bañado en un sudor frio, precipitóse hácia un elevado pico desde el que se descubrian la playa y la bahía. Mas, ó desesperacion! la playa que animada un momento antes resonaba con voces humanas, es ya desierta y muda; la bahía permanece igualmente solitaria y abandonada! ya no se ve en ella chalupa ni embarcacion alguna; muéstrase solamente, encrespado y borrascoso, el mar, poco ha tan bonancible, y allá á lo lejos el pequeño sloop luchando contra las olas, despidiéndose al parecer con su pabellon inglés é implorando á la vez su perdon al desgraciado que abandona.

« Inmóvil permanece el artista por largo tiempo con la vista fija y esquiva, erizado el cabello, desafiando al cielo y al mar y resignado á perecer. No obstante sobreviene la noche y á consecuencia tiene que descender de allí con objeto de buscar un asilo, cuando en el vertiente de un collado, si no le engaña la vista, percibe una cabaña, una choza inglesa con su correspondiente cercado y su barrera blanca. En un banco que hay junto á la puerta se ven brillar varios tarros de leche; y á los ladridos de un perro comparece un hombre dirijiendo la palabra en inglés á aquel ser que se presenta á su vista cual súbita aparicion. Basta! no sueña ya el artista; es un compatriota, es el cabo inglés, dueño y señor de Tristan d'Acunha en nombre de S. M. británica. Los dos camaradas se hablan, se esplican, se abrazan, y M. Earle es acojido bajo el techo hospitalario de su huésped. Poco despues llegan un niño y una niña que constituyen el complemento de la colonia, y el artista ve toda una familia morar en una isla que creía desierta.

« Catorce meses vivió allí asistido, consolado, nutrido. Estaban ya habituados sus huéspedes á su vida solitaria y habian encontrado en ella la felicidad. Algunos rebaños bien apacentados que hacian las veces del bizcocho y del té, un menaje pobre pero aseado, una casita murada y abrigada; tales eran los recursos de esa pequeña colonia. Largas eran las noches y tristes las veladas, pero el recien venido supo hallar ocupacion bajo aquel pobre techo. Poseía su album; nada le faltaba ya! M. Earle enseñó al niño á leer en retribucion de hospitalidad tan jenerosa, y para enseñarle á escribir sacrificó el reverso de las pájinas de su album.

« Yo he visto ese precioso libro tan fecundo en bellezas silvestres y grandiosas de esta isla singular; diríase que la desesperacion del pintor imprimiera en todas aquellas escenas un tinte particular de terror. Obsérvase en todas sus hojas un carácter marcado y un no sé que de sorprendente, y en las vueltas de aquellos importantes dibujos los informes garrapatos que trazara el niño y que constituían una parte no menos interesante de esa compilacion singular.

« En la época en que me referia en persona estos detalles, M. Earle conservaba todavía un recuerdo doloroso de su largo infortunio; su relacion me representaba Tristan d'Acunha como una escena desolada, solemne, espantosa, donde la naturaleza reuniera todos sus mas sublimes horrores. Referíame sus incursiones, siempre peligrosas, al través de ese caos de roquedos; sus cacerías de focas y leones marinos en las que desplegaba el cabo prodijios de habilidad; y en fin la guerra mas fácil que hacian entrambos, tal era la de los pájaros niños, cuando estas aves singulares se reunían como en consejo bajo una peña aislada dejándose matar á garrotazos, inmóviles y graves cual senadores romanos en sus sillas curules (Pl. V — 4). Tal vez la construccion de esos palmípedos les impide tomar vivamente su remonte á la vista del peligro, y su aparente estupidez no es mas que un efecto de la disposicion de sus alas. Habitantes de las rejiones polares, por otra parte los pájaros niños solo vienen á esas latitudes cuando están acosados por la tempestad y fatigados de luchar contra el viento, en cuyo caso es bien comprensible que los cazadores, colándose al través de las rocas, hagan de ellos abundante cosecha, y los cojan uno á uno desde el primero al último.

« Finalmente despues de catorce meses de espatriacion, una embarcacion tocó en Tristan d'Acunha y envió una canóa á tierra. M. Earle fué admitido á bordo por el capitan, y abandonó la isla despues de haber abrazado á sus hospitalarios moradores. »

Treinta y un años antes, por una analojía bastante estraña, Tristan d'Acunha habia sido teatro de una escena muy semejante á la que acabamos de relatar. Del mismo modo que M. Earle, el sabio botánico Du Petit-Thouars, de recalo en la isla en 1793, olvidóse de la investigacion de algunas plantas y, perdido en-

tre las tierras, pasó una noche entera bajo un árbol. Al dia siguiente, creyéndose abandonado, empezaba á reconocer ya que recursos podria ofrecer aquella tierra, cuando se destacó una embarcacion de su nave con objeto de ir á buscarlo. El botánico salió de ella impelido por el miedo.

Desde la aventura de M. Earle, Tristan d' Acunha ha recibido un refuerzo de colonos. El capitan Jeffery, del brick inglés *Berwick* la visitó en su viaje á la tierra de Van-Diemen y á su regreso á Inglaterra habló del soberano de la isla, el cabo Glass, refirió el partido que habia sacado por sí solo de ese pequeño Eden, encomió en gran manera los productos de la caza de los bueyes marinos y acabó por promover una suerte de cruzada á Tristan d' Acunha.

Cuando desembarcámos con algunos oficiales del *Corporal Trim*, contaba la colonia siete familias sujetas al gobierno paternal de Glass, y poseía abundantes provisiones de bueyes, vacas, carneros, cerdos, cabras y volatería, de cuyos artículos nos proveyó, como tambien de hortalizas frescas, huevos y manteca, no menos sabrosos que en Europa. Dos horas enteras pasámos bajo el techo de esas buenas jentes trocando contra algunas viejas noticias del otro hemisferio la relacion de su ecsistencia monótona, hasta que al soplar una fresca brisa, nos apresurámos por consejo de las mismas á zarpar el ancla y salir de aquella desierta rada.

No era el capitan del *Corporal Trim* uno de esos marinos mercantes que consideran únicamente al mar como un largo sendero y que reputan mas interesante economizar algunas horas de travesía que cien observaciones útiles; era un hombre instruido, apasionado á su noble profesion, y á la vez jefe y propietario de su nave. Cuando se halló á la vista de Diego-Alvares no quiso dar bordada hácia el cabo sin reconocer esta isla; en consecuencia siguió el derrotero del S. E. Dos dias despues, el vijia trinquete señalaba una tierra; era Diego-Alvares ó Gough, del nombre del capitan Gough del *Richmond* que la visitó en 1713 en su viaje á la China.

Diego-Alvares ó Gough fué descubierta por los Portugueses y está situada á los 49° 19' lat. S. y á los 12° 2' lonj. O. si debemos dar crédito al capitan Heywood del *Nereus* que aportó en ella en 1811.

El punto culminante de la isla se halla á 4.400 pies de elevacion sobre el nivel del mar, segun los cálculos del capitan Heywood. Todos sus peñados son cubiertos de yerbas mohosas y chaparros. La montaña se eleva perpendicularmente, y al través de sus grietas percíbense sobervias cascadas que se despeñan al mar. Al N. de la isla y algo al E. de los islotes que la terminan por ese lado, hay una pequeña anconada al abrigo de los vientos del S., del N. O. y del E. en la que puede hacerse aguada con toda seguridad, fondeando en su centro con doce ó catorce brazas. Entre los islotes y la isla principal ecsiste un boquete con quince brazas de agua sobre un fondo peñascoso.

En la punta N. E. de Diego-Alvares elévase un peñol que figura ecsactamente una iglesia con su correspondiente campanario en el lado occidental, que ha recibido el nombre de Roca de la Iglesia. Al S. de esta aguja, al E. de la isla y cerca la orilla se estiende una pequeña ensenada donde puede verificarse sin riesgo el desembarque, á causa de una especie de promontorio que la proteje contra la marejada y los vientos del N. Este punto ha sido tambien habitado recientemente por algunos Americanos, pero su mansion en la isla fué infructuosa, por haberla abandonado á su acceso los bueyes marinos, y aunque encontraron en cambio algunas aves y un gran número de peces, sin embargo esos animales no eran suficientes para indemnizarles de un largo destierro á esta costa bravía.

Despues de un corto arrufo, despareció Diego-Alvares por la parte del O. S. O. y á consecuencia volvímos á seguir nuestro derrotero. Muchos dias habia que se manifestaban algunas bandadas de una nueva ave marina, el petrelodamero, y para pescarlas con el anzuelo tendiéronse al rededor de la nave varios sedales cebados en un momento de calma. A vista de aquellos preparativos no pude menos de criticar tan singular caza, pero no bien apareciera el cebo á flor de agua, cuando los dameros lanzáronse á competencia á su alcance disputándose con incesantes chirridos la gloria de ser los primeros en morder. En menos de una hora tuvímos á bordo ocho ó diez de esas aves. Cuando se veían libres en el puente, espelian un oleo encarnado y fétido, y aunque sus vuelos sean en el mar de los mas rápidos, al momento permanecian como aturdidos y sin poder volar. El damero ha recibido este nombre á causa de su plumaje salpicado de negro y de blanco muy parecido á los escaques de un tablero de damas; su volúmen se asemeja al del pichon. Mas curiosa es aun otra ave marina, que vímos en los mismos parajes, á causa de su enorme corpulencia y la lonjitud de sus alas; tal es el albatros (*Diomedea exulans*) llamado por los marineros *carnero del Cabo* por la uniforme blancura que presenta su costado inferior. La lonjitud de las alas de esta ave es de 8 á 10 pies, y cuando hiende los aires, forma como una masa opaca que lanza á lo lejos su sombra en la superficie del mar. A mas de estas dos especies de palmipedos vímos otros petrelos blancos ó ferrujinosos y al-

ciones de esterior salvaje y de vuelo rápido y caprichoso.

«La naturaleza, dice M. Laplace en su Viaje de *la Favorita*, la naturaleza, al paso que destinara estos diversos jéneros de aves á vivir en comarcas cubiertas de eterna nieve y en medio de los hielos, les otorgó lo necesario para arrostrar el rigor del clima y las tempestades casi contínuas que en él reinan. Su volúmen, pequeño en comparacion de su corpulencia aparente, es cubierto de un plumion muy tupido y escesivamente denso, cuya superficie es barnizada de una sustancia oleosa que el ave renueva constantemente por instinto á espensas de la cantidad de aceite contenida en su estómago. Esta cantidad de aceite le presta igualmente esa admirable facilidad de sobrenadar aun en medio de las mayores oleadas, que parece van á engullirlo á cada momento. La estremidad posterior, formada de plumas cortas y consistentes, no está dotada de mucho desarrollo, mas sus alas, sumamente prolongadas, abarquilladas, poco fornidas, pero movidas por músculos de una fuerza prodijiosa, facultan á estas aves curiosas para salvar con rapidez distancias inmensas sin posar un instante. Su estructura parece destituída de todo ornato; y su cuello grueso y corto es superado de una cabeza sin gracia, bien que armada de un pico fuerte y muy duro, capaz de romper la piel de los grandes cetaceos, cuyos cadáveres se encuentran á menudo abandonados á la discrecion de las olas.

«Algunas veces venia á distraer nuestra fatigada imajinacion la vista de esas aves de variadas especies que, jugueteando en la estela de la nave, procuraban con admirable celeridad asir los pedazos de bizcocho ó comida salada, únicos que otorgaba á nuestra jenerosidad la escasez de los comestibles. Escitaba sin cesar mi admiracion la buena armonía que reinaba entre ellas; la pequeña y lijera paviota blanca venia revoloteando á arrebatar impunemente al albatros una parte de la presa que sustrajera este en su vuelo majestuoso al petrelo mucho menos corpulento pero mas voraz que él. Durante la calma veíanse á menudo posadas en gran número junto á la corbeta en la superficie del mar, distribuyéndose fraternalmente los alimentos que les arrojaran los marineros, y sin que las mas fuertes ejerciesen opresion alguna sobre las débiles. Muchas veces venian revoloteando los albatros y los petrelos en el interior mismo de nuestras bajas vergas, pero nunca fueron heridos al parecer por el plomo, aunque pesado, de los fusiles; el estruendo de la esplosion parecia espalmarlos, y alejándose en consecuencia regresaban un momento despues. Yo no puedo asegurar si la poca destreza de los tiradores ó la densidad de sus plumas las preservaban del riesgo, pero no podia menos de esperimentar por ello cierto sentimiento de satisfaccion, y debo confesar que hubiera visto con pena á alguna de esas pobres avecillas con un ala rota, abandonada viva al capricho de un piélago que la habria tragado sin remedio.»

Nuestros cazadores del *Corporal Trim* probaron asimismo á matar algunos albatros; mas, diríase que el plomo solamente rozaba sus anchurosas alas, sin que se hiciese mas que perder pólvora y tiempo. Por otra parte la vida de bordo es en esas latitudes muy incómoda y sobre todo muy ocupada, merced á los vientos mas furiosos que se conozcan y á los mas procelosos mares de cuantos circundan nuestro globo. A 10 de diciembre, veinte dias despues de nuestra leva de Rio Janeiro, observámos algunos lios flotantes de fucaceas (*Laminaria pyrifera*) y una mutacion sensible en el color y en el movimiento de las aguas, cuyas circunstancias nos indicaban los berilos del Banco de las Agujas. El mar no era ya zarco y límpido, sino que verdegueaba sensiblemente, pareciendo como cargado de una arena tenue, y no oscilaba ya en prolongadas undulaciones, sino en una resaca súbita y bronca.

Por la parte del N. estendíase una vasta cerrazon que indicaba la situacion de las costas africanas. Como entraba en el plan del capitan Dikson montar el cabo sin aterrarse á él, llevó directamente el rumbo hácia el E. y, durante algunas horas, el *Corporal Trim* corrió sobre el banco con sus gavias y sus velas bajas. Empero al mediodia, en medio de un espantoso chubasco, pasó el viento del N. O. al S. E. con inaudita violencia, de suerte que las velas del brick en vez de hincharse hácia la proa, quedaban prendidas en el mástil obrando en direccion retroactiva. Al principio nos creímos perdidos sin recurso, como en efecto se habria verificado si el *Corporal Trim* se hubiese mostrado menos ájil; pero el intelijente brick dió algunas volteretas sobre sí mismo, hizo relingar todas sus velas, dió el tiempo suficiente para cargarlas, y apenas estuvo libre, cuando se puso en fuga ante un mar proceloso y embravecido. En medio de esta faena, — erízanse mis cabellos al referirlo! — un bravo y atrevido marinero, uno de los primeros en ascender á las vergas, fué sacudido súbitamente por aquel lienzo flotante y precipitado al mar. Infortunado! nosotros le veíamos bregar y le oíamos vociferar á algunos pasos de distancia! por espacio de algunos minutos pudímos seguirle, ya perpendicularmente sobre una oleada, ya rehundido de nuevo en el abismo! Admirable fué por cierto el primer movimiento de la tripulacion; hubiérase dicho que todos indistintamente iban á

lanzarse tras la víctima para salvarse ó perecer con ella: era el impulso de la naturaleza que nos obliga á ser jenerosos y hacer toda clase de sacrificios. Con todo, un minuto despues recobraran ya su ascendiente la reflecsion y el instinto del peligro; huía la nave á palo seco ante unas olas de 60 pies de altura, y el viento no silvaba, susurraba ni bramaba, sino que aullaba horriblemente en los aparejos. La inclinacion del sloop llegaba en los balances á los 33°, mientras que en las arfadas el *Corporal Trim* levantábase verticalmente de proa á popa, ejerciendo realmente las mismas funciones de un columpio (Pl. VI—4). Bien se puede echar de ver que en semejantes circunstancias era imposible salvar un hombre, pues para ello hubiera perecido sin resultado la tripulacion entera, y el sloop se hubiese abismado infructuosamente, por cuya causa no se hizo mas que arrojar al agua algunos alcahaces con el objeto de que tal vez el desgraciado podria asir uno, establecerse en él y aguardar sobre aquel débil madero que el viento lo lanzara á la costa, ó la llegada de algun buque que lo recojiera. En todos estos casos pueden reputarse los alcahaces como una especie de remedio *in extremis*, ó un viático administrado al infortunado que va á perecer. Es en efecto muy raro que este logre alcanzarlos, mas raro aun que pueda sostenerse en ellos largo tiempo, y casi inaudito que alguna vez haya por este medio obtenido su salvacion.

Lacerado mi pecho y humedecidos mis ojos por las lágrimas, obstinábame en seguir en las olas al triste náufrago del *Corporal Trim*, cuando repentinamente me ví en presencia de un muro de agua perpendicular; hubiérase dicho que el mar habia roto el equilibrio, puesto que su nivel escedia á la sazon la cresta misma de los mástiles. A su vista no pude menos de prorumpir en un alarido involuntario, y cejando ante aquella mole líquida que amagaba desplomarse sobre mi cabeza, me engarabité á la verga de la botabara. Verificóse entonces un choque terrorífico: precipitóse el mar sobre el puente cual sobre un escollo, y al dejarlo en seco desaparecieran la yola que pendia en la popa y parte del alcázar; estaba enteramente descalandrajado el filarete en toda su lonjitud; el sloop entero ofrecia una lúgubre escena de riza y de devastacion. A este fracaso sucedió un silencio de un minuto, y en seguida se oyó un grito procedente de la popa, y otro de la proa mas imperativo aun que decia: «A las tombas! á las bombas! el barco hace quince pulgadas de agua!» Ah! tétrico y solemne fué ciertamente aquel instante. Presentábase la muerte bajo su mas horrífico aspecto; veíamonos sujetos á ser tragados por una segunda oleada; las costuras del sloop, desgarradas ya, podian cansancharse mucho mas todavía, y sin embargo en todo el decurso de la travesía nunca fueron espedidas con mayor sangre fria las órdenes del capitan Dikson, ni obedecidas con mayor union y confraternidad. Y era que en su horrible duelo contra la naturaleza, aquella multitud de hombres desplegara todas sus fuerzas y recursos. En presencia de la desordenada conjuracion de los elementos habia encontrado para vencerlos un armonía y un concierto de esfuerzos prodijiosos; oficiales, pasajeros, marineros y grumetes, todos sin distincion trabajaron asiduamente en las bombas hasta poner á flote la via de agua.

Diez y seis horas habia que el *Corporal Trim* fugábase ante el temporal, cuando se gritó *tierra!* en frente de la serviola; eran la montaña de la Table y la grupa del Leon que se hallaban todavía á quince leguas de distancia. A vista de la tempestad y al momento de virar de bordo, decidiera el capitan amarrar el ancla en la bahía de Table, ante la ciudad del Cabo, pero desde entonces mayores averías hicieron aun mas indispensable ese recalo. En consecuencia el timonel llevó el rumbo de manera que pudiese costearse de cerca la punta occidental de la bahía de False, evitando los escollos que la circundan, y algunas horas despues entrábamos en la rada del Cabo abrigados contra las olas y deslizándonos con algunas bajas velas en un mar mas terso y mas unido (Pl. VI—1). Desarrollábase á nuestra vista en forma de semicírculo aquella playa en cuyo centro se alza la ciudad del Cabo y que remata en la Grupa-del-Leon. Marcaba el fondeadero una erizada selva de mástiles, al paso que sobre mas elevado plano la montaña de la Table trazaba en un cielo nebuloso su prolongada linea horizontal.

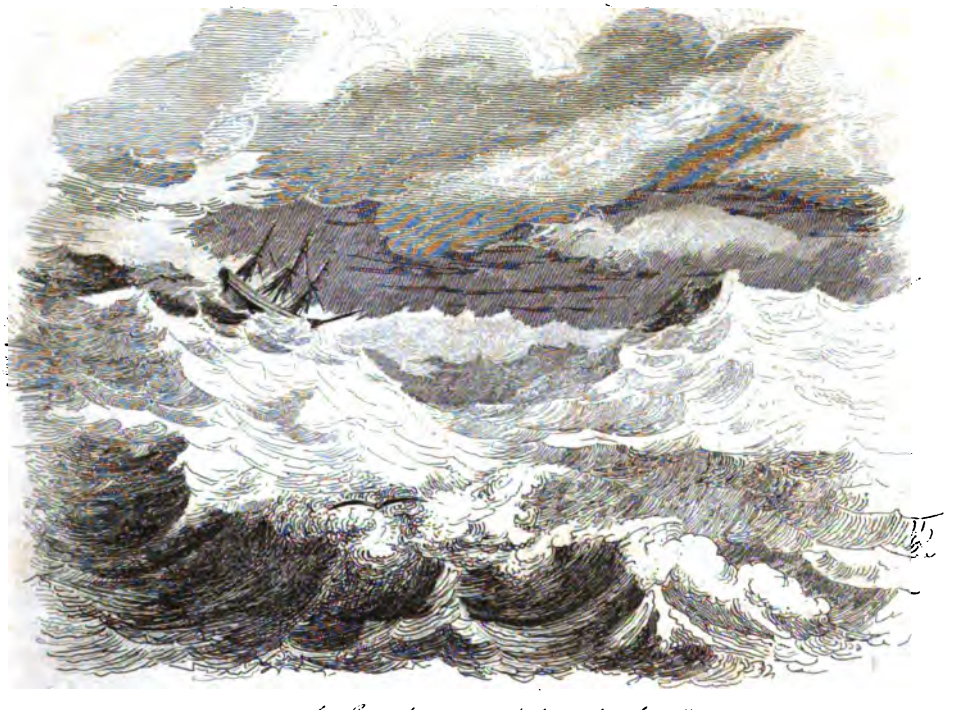
CAPITULO VIII.

CABO DE BUENA ESPERANZA.

El *Corporal Trim* ancló en la bahía de Table, á algunos cables de distancia de los demas buques. Continuaba aun el temporal, silvando en los mástiles por ráfagas intermitentes, de suerte que, aunque el mar se habia apaciguado algun tanto, un desembarque inmediato era peligroso todavía. Sin embargo, era tal nuestro júbilo por haber escapado del furor de las olas, y tal nuestro deseo de saltar en tierra; que solicitámos como una gracia ir á pernoctar aquella noche en el Cabo. No tuvo reparo alguno el capitan, y en consecuencia se armó la yola de cuatro viradores y partimos al momento en número de

1. — La Table et la Ville du Cap.

1. La Mesa y la Ciudad del Cabo



4. Coup de vent sur le banc des Aiguilles.

4. Ráfaga en el banco de las Ajujas.

de Sainson del.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN

cinco, á saber, dos oficiales del sloop y tres pasajeros. Al principio llevámos el rumbo hácia la ciudad que á lo lejos parecia blanquear algun tanto, pero el viento nos era tan sumamente contrario, que tuvímos que renunciar á este proyecto. Por otra parte nos hallábamos á tal distancia del desembarcadero, que nuestros remeros hubieran agotado sus fuerzas antes de llegar á él. Pero este obstáculo no pudo desalentarnos, y cambiando el rumbo para sustraernos á la furia del temporal, llegámos á una pequeña caleta situada al N. O. de la rada, donde desembarcámos. Era aquel un sitio agreste y escabroso, y no obstante lo saludámos como una tierra de promision. En frente de nosotros vímos algunas chozas esparcidas que indicaban al parecer una poblacion de Hotentotes; y en efecto, algunos minutos despues de nuestra llegada, salieron á la puerta de su choza dos de estos naturales, hombre y mujer. El traje del primero consistia en una capa hecha de pieles de carnero, y un taparabo (1) que le cubria el abdómen, otro que le rodeaba el cuello y un gorro de piel que adornaba su cabeza. Llevaba una pica en la mano, y parecia ecsaminarnos con mas curiosidad que desconfianza. La mujer llevaba una capa con cierto aire de elegancia, y una toca que afectaba formas ficticias. En su seno desnudo y grasiento llevaba pendientes muchas filas de abalorios, y el taparabo que le ceñia los lomos se redondeaba en sus salientes caderas, terminando despues en punta en cada uno de sus muslos (Pl. VI—3). Los Hotentotes, habitantes orijinarios de toda esta rejion, parecen una raza distinta de los Negros y de los Cafres á la vez. Todo su cuerpo está cubierto de un bruno muy vivo, á escepcion de sus ojos que son de un blanco muy puro. Su cabeza es pequeña, su rostro, ancho en la parte superior, termina en punta; sus carrillos son muy prominentes, sus ojos hundidos, la nariz chata, los labios gruesos, los dientes muy blancos, las manos y pies pequeños, y los cabellos rizados y lanosos. Los hombres carecen casi enteramente de barba, y, por mas que se haya dicho lo contrario, las mujeres parecen sujetas á la deformidad designada por algunos viajeros y conocida bajo el nombre de *delantal*. Algunos de estos rasgos hacen á los Hotentotes muy semejantes á la raza mogola; Grandpré y Barrow les han reconocido este carácter, y el último ha colejido de él, tal vez con harta anticipacion que esta parte meridional del África era poblada por los descendientes de una colonia china.

(1) Pedazo de tela de algodon con que los negros se ciñen el cuerpo desde la cintura hasta las rodillas.

No bien habímos desembarcado, cuando nos vímos rodeados de unos veinte de aquellos naturales, que vinieron á ofrecernos carne de búfalo, leche cuajada y una especie de higo que crece en el borde de los caminos. El sol estaba ya bastante adelantado en su carrera, y aun teníamos que caminar unas cuatro leguas por un terreno pedregoso para llegar á la ciudad del Cabo, por cuya causa, no pudiendo detenernos por mas tiempo en aquellas chozas, ofrecímos algunas monedas á uno de aquellos naturales paraque nos hiciera de guia, y partímos al momento, apesar de la violencia del viento que nos azotaba de frente con un arena penetrante mezclada de pequeños guijarros. Caminando de esta suerte entrámos en un vallecillo abrigado y cubierto de una lozana vejetacion. Abundaba en él el *Protea* de hojas arjentadas, que con sus ramas frondosas y metálicas parecia desafiar la tempestad: la tulipa del Cabo tapizaba la pendiente del peñon, de cuyas hendeduras salian algunos brezos, y en su base crecia la hermosa planta conocida de los botánicos bajo el nombre de *Stœbe gnaphaloides*. A lo largo del camino se escalonaban algunos falsos aloés (*Agave vivipara*) cargados de suïmangas negros que enlazados entre sus ramas aspiraban el zumo de sus corolas.

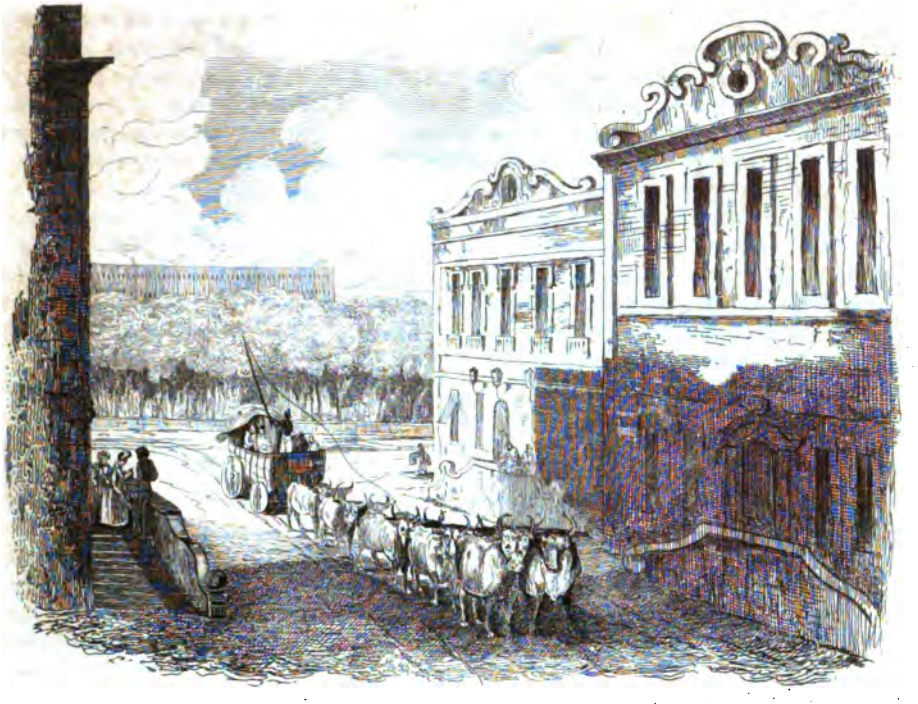
Llegámos por fin á la ciudad del Cabo, donde nos aguardaba la mas franca hospitalidad. En efecto, uno de nuestros oficiales tenia allí establecido un pariente suyo, comerciante honrado cuya casa visitaban todos los capitanes americanos que hacian escala en la bahía de Table. Habiendo pues entrado en esta casa, no se nos permitió irnos á alojar en otra parte, y en aquella misma noche fuímos admitidos al té de familia: algunos vecinos convidados, graves Holandeses seguidos de sus mujeres é hijos, completaron la reunion. Los hombres se reunieron á parte, los mas viejos para fumar la pipa y hablar de sus especulaciones, y los jóvenes para encomiar las proezas de sus caballos ó referir las hazañas de sus partidas de caza. En cuanto á mí, formé parte del corto círculo de damas, y no me cansé de admirar sus hermosos ojos azules, su tinte rosado, las madejas de su blonda y sedosa cabellera. Entre los primitivos colonos se ha perpetuado el mas bello tipo de nuestra Europa septentrional. Las jóvenes de diez y seis á veinte años son anjélicas criaturas, pero despues de casadas, pierden en gracia y en esbeltez cuanto ganan en gordura.

Al dia siguiente salí solo de la casa de mi huésped para ecsaminar y recorrer la ciudad. Todas las calles están cortadas á angulos rectos, y las casas son esteriormente tan blancas y aseadas, que parecen recien construídas. Los techos son bajos y dispuestos en forma de azoteas,

y cada casa tiene ademas un espacioso patio, donde se reunen las señoras vestidas de rigurosa etiqueta. Despues de haber recorrido algunas calles al azar, llegué al Campo de Batalla, planteado de una doble hilera de pinos. En frente se ve la caserna que consiste en un verdadero palacio, donde el soldado británico es tratado con un lujo colonial. En una de las calles vecinas ví uno de estos largos y pesados carruajes destinados á los transportes de los alrededores, arrastrado por diez bueyes, y cuyo conductor, encaramado sobre las mercancías, dirijia por medio de un fuerte látigo esas robustas bestias de tiro (Pl. VI. — 2). Corriendo y recorriendo calles, llegué al Gran Mercado donde se veían estacionados mas de cien carros cargados de provisiones que, habiendo pagado el acostumbrado derecho á la entrada de la ciudad, debian pagar un segundo derecho que pesaba sobre los jéneros. En este mercado se veían numerosas y abundantes mesas de carnicero, pero pronto se observaba que la colonia era inglesa. En el decurso de aquella mañana, aun tuve tiempo suficiente para ir á visitar el jardin de la Compañía, cuya antigua celebridad ha ido gradualmente en decadencia, las casas consistoriales, el coliseo, la biblioteca, vacía casi enteramente de libros y aun mas de lectores; y finalmente los templos protestantes que son los edificios mas notables y los mas concurridos de la ciudad. En el principal de ellos se observa un gran número de escudos de armas en relieve y en pintura, suspendidos en las columnas. No pude menos de quedar sorprendido á su aspecto, y en consecuencia quise enterarme de la significacion de aquellos emblemas heráldicos puestos en tal sitio, y supe que á la muerte de cada vecino, se suspendian las armas de su linaje y su enmohecida espada en una columna del templo. Así es que en todas aquellas paredes hay un gran número de lujosos trofeos, cotas de malla, fasces y cascos; emblemas ciertamente muy estraños para un pueblo comerciante. Edificada en 1652 por Van-Riebeck, la ciudad del Cabo fué poblada al principio únicamente por algunos desterrados de Holanda, soldados que habian ya obtenido su licencia, y varios marineros. Cuando la revocacion del edicto de Nantes lanzó del suelo francés á los protestantes que lo habitaban, estableciose en el Cabo una multitud de aquellos proscritos, que fundaron en el interior una especie de canton francés que apellidaron *Fransche-Hoek*. Labillardière fué á visitarlo en 1792, en cuya época solamente sus nombres atestiguaban su oríjen. Llamábanse De Villiers, Hugo, Lombard, Faure, Duplessis, Du Buisson, etc., pero su idioma, sus costumbres, sus recuerdos; todo habia adquirido entre ellos una tendencia holandesa, y únicamente habia una anciana octojenaria que poseyese un poco el francés. Desde aquella época, el Cabo ha variado de nuevo de soberano, y es muy probable que tarde ó temprano la influencia de la dominacion inglesa hará prevalecer los usos y costumbres de la Gran Bretaña, pues ya en el actualidad el comercio se halla monopolizado por tres ó cuatro comerciantes ingleses.

La colonia del Cabo contiene una poblacion de 40.000 blancos y 50.000 esclavos, entre mestizos y Hotentotes. La ciudad del Cabo tiene de 12.000 á 15.000 habitantes. Los blancos descienden de Alemanes, de Ingleses, de Franceses, y mas principalmente de Holandeses. Las divisiones topográficas varían á la par de los progresos de la poblacion y del agricultura. El distrito del Cabo es el menos estenso; al N. se halla el de Tulbagh; al E. el populoso de Stellenbosch; al S. la Holanda Hotentota, fértil en trigo y en vinos; y por fin, al N. E. el Graaf-Reynet, del cual se ha separado la colonia inglesa de Albany, y el distrito de Vitenhague con el establecimiento de Bethelsdorp, cuyo canton está habitado por colonos holandeses, todos pescadores y cazadores, que constituyen una raza robusta y bien formada que se conserva con las formas mas majestuosas, y cuyas mujeres son muy agradables por su frescura. A corta distancia de estos colonos, el gobernador acaba de fundar un establecimiento inglés á fin de enseñar los progresos de la industria agrícola. El grande objeto de los hermanos moravos consiste en civilizar las poblaciones hotentotas de las cercanías, pero las incursiones de los Cafres han paralizado hasta el dia todos sus esfuerzos. Todos los alrededores del Cabo están sembrados de granjas aisladas que suministran los víveres que consume la ciudad.

En mis primeras escursiones quise visitar la montaña de la Table, que disfruta de una celebridad europea. Acompañóme á esta escursion un negro, que me hizo subir por un rápido declivio sembrado de rocas, que nada ofrece saliente al esplorador. Veíanse algunos *Thesium strictum* y *Hermas purpurata* que salian de varios cascajos de blanco cuarzo, cuyas masas sirven de base á una mole de esquita, dispuesta por capas muy delgadas. Estas montañas son el asilo de los esclavos fujitivos, de suerte que es muy peligroso aventurarse á ir solo y sin armas. Desde la cumbre de la montaña de la Table se descubre toda la estension de la bahía de *False* que sirve de rada al Cabo desde abril hasta setiembre, al paso que la de *Table* desde setiembre hasta abril. El primero de estos dos surjideros ofrece un seguro abrigo contra los vientos de O., y el segundo



2. Une rue du Cap.

2 Una calle del Cabo.

3. Hottentots.

3. Hotentotes

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

contra los del E.; de manera que aunque se halla situada entre dos abras, la colonia puede considerarse sin verdadero puerto.

Sentado sobre un fracmento de roca en la cima de la Table, me consagré á admirar el vasto panorama que se desarrollaba á mi vista. Desde aquella altura la ciudad parece un jaquelado, y los buques anclados, pequeños bateles; al N. y al E. se prolongan vastas ondulaciones de montañas á distancias incalculables, mientras que de los arranques de la Table parte por un lado el monte del Diablo, y por otro la Grupa-del-Leon que terminan en la orilla del mar, el uno en el S. E. y el otro en el N. O.

Dos dias despues de nuestra llegada, nuestro escelente huésped quiso de todos modos que acompañase á sus compatriotas á una partida que habia dispuesto para Constanza. Partimos todos á caballo, y en los primeros viñedos que se encuentran, vimos algunas de aquellas hermosas avecillas que se alimentan con el licor azucarado de las proteas melíferas ó las flores de virijilias en las que meten su lengua retractil y plumosa, de todos jéneros y matices. A su lado revoloteaban algunos promerops elegantes y astutos del mismo modo, que reunidos siempre en bandadas de cuatro ó cinco, se alimentan de plantas. De esta suerte llegámos al Gran-Constanza, propiedad de M. Cloëte, que se reconoce fácilmente por una hilera de corpulentos árboles y por una enseña que se ve escrita en la puerta: *Groot Constancia*. Seguímos adelante, y una prolongada hilera de encinas nos condujo al Pequeño-Constancia, propiedad de M. Colyn, donde hicímos alto para visitar sus viñedos. Las cepas plantadas á cuatro pies de distancia unas de otras, no están sostenidas por rodrigones, sino que brotan todas como en la Francia meridional, y el solo trabajo que ecsijen se reduce á podarlas cada año, y azadonar el terreno arenoso donde se crian. Las diversas calidades de vino consisten en el Constancia propiamente dicho, blanco y rojo, los vinos de Pontac, de Pierre y de Frontignac, y ademas otra calidad mas comun que lleva el nombre jenérico de vino del Cabo. En la colonia se prefiere ordinariamente el Frontignac á todos los demas, pero no obstante el Constancia es el que goza de mejores calidades. Para preparar el Constancia se descobajan las uvas sacudiéndolas con una especie de zarzo; los granos caen en una cubeta y se llevan en seguida á una tina donde hay cuatro hombres que los pisan con sus pies. El mosto, de un sabor agradable y azucarado, es puesto luego en un tonel donde permanece por espacio de unos quince dias, transcurridos los cuales se traslada á unas barricas donde fermenta por igual espacio de tiempo con corta diferencia, para ser trasegado en seguida tres ó cuatro veces. En los años mas abundantes, la cosecha del Grande y del Pequeño-Constancia produce unos 800 alferames de vino. M. Colyn nos hizo gustar con mucho comedimiento en su terreno clásico estas diversas cualidades del Constancia, cuyo solo nombre llega á Europa para tender un lazo á nuestra credulidad. Aquella misma tarde entrámos de regreso al Cabo.

Al rededor de la ciudad se agrupan numerosos verjeles, donde maduran todos los frutos de Europa y Asia, el castaño y el manzano de nuestras latitudes, al lado del banano de la zona tórrida. Asimismo crecen muy fácilmente los legumbres de todo jénero, el trigo, la cebada, el avena y el cáñamo; el lino produce igualmente dos cosechas anuales. La flora del país no es menos rica ni curiosa, y en todos tiempos ha escitado el entusiasmo de los botánicos. En efecto, nuestras sierras y jardines han pedido al Cabo sus mas bellas plantas ecsóticas, y de él nos han venido las ixias, los magníficos iris, las flores de la sangre (1), las siemprevivas, los olorosos jeranios, la mesembryantema, la crasula y las estapelias. Algunas de estas plantas alcanzan el altura de los árboles, y mezcladas con los sauces y las sensitivas sombrean las riberas de los torrentes. Al E. de la bahía de False elévanse frondosos bosques de robles, de guayacos de flores escarlatas, y otros varios, y crece tambien el *Strelitzia reginæ*, cuya belleza no tiene rival que pueda entrar en competencia con él.

En todas las comarcas cultivadas de esta zona africana no se encuentran animales feroces, pues estos se retiran constante y sucesivamente del dominio del hombre; los leones no se hallan mas allá de Dimanche, pero en cambio se ven algunos lobos é hienas que habitan las estepas de las cercanías del Cabo. El chacal y el gato-tigre son muy comunes, y en la parte oriental abundan asimismo el tejon, el icneumon, el antílope muy comun en estas selvas; la pigarga, la mas hermosa de todas, va jeneralmente en manadas de 2.000 individuos cerca del rio del Poison. De todas las gacelas, el azul es la única que solo se encuentra muy raras veces. El niú y otros varios cuadrúpedos habitan el N. O.; las cebras y los quagas, que son los mas robustos, han desaparecido casi enteramente, como tambien el elefante, la jirafa y el rinoceronte bicornio. El orycteropo (*Myrmecophaga capensis* de Gmelin) es un animal peculiar á estas comarcas, y se alimenta de hormigas, pero como es mas corpulento que el hormiguero de América, constituye un jénero diferente. Empero el animal que abunda mas en estas comarcas es el búfalo silvestre, á cuya caza

(1) Especie de narciso muy hermoso.

se dedican activamente los Cafres y los Hotentotes en los países muy pobres de ganado; los búfalos domesticados constituyen su mayor riqueza. El búfalo es el *Bos cafer* de Sparmann, el cual es de parecer que esta especie pulula en el continente africano, y se distingue de las demas por la enormidad de sus cuernos, su cabeza pequeña y su natural ferocidad, cuyos caractéres la hacen algo semejante con los toros carnívoros de escesivos cuernos que todos los antiguos, desde Agatharcide, creían habitar en la Abisinia. Herodoto y Alejandro de Myndus citan asimismo algunos bueyes de Garamantes que ofrecen algun analojía con el búfalo de los Cafres. Ademas debe mencionarse el avestruz que recorre los lindes del desierto para devastar los campos de trigo; el gran condor que Barrow asegura haber visto en su escursion á los Bothuanas; los flamingos de pluma escarlata, los loxias que despliegan un arte admirable en la construccion de sus nidos, y los cuclillos que se dedican á investigar y sorprender las colmenas de abejas.

Ademas de las siete ú ocho tribus de Hotentotes, hay en esta zona una multitud de otros pueblos que han sido visitados y descritos por Patterson, Lichtenstein, Levaillant, Kolbe, Sparmann y Barrow. Las mesetas superiores ó *Karroús* están habitadas por las tribus, y en ellas hay algunas praderías naturales donde van los pastores en una estacion propicia en busca de sus pastos. Estos pastores viven allí á manera de los antiguos patriarcas, sin que haya jamas entre ellos pendencia alguna, pues no hacen mas que ausiliarse mutuamente. Esta raza frecuenta los alrededores del Cabo en la parte llana de los acantilados que descienden perpendicularmente hácia el mar. Hay igualmente otra raza de indíjenas mas feroz y temible, conocida bajo el nombre de Boschismen ó Saabs. El Saab puede considerarse como el monstruo de la especie humana; una mirada feroz é incierta, facciones desagradables, insidiosas y afeminadas; una flaqueza propia de los esqueletos y un tinte amarillento: son los caractéres inherentes á los hombres; pero las mujeres son mas feas todavía con su seno desmazalado y largo, su espalda cóncava que contrasta sensiblemente con sus caderas prominentes en las que parece haberse amasado toda la grasa del cuerpo. Esta raza indijente, inclinada al pillaje, cobarde y cruel, sin domicilio y sin gobierno, es el azote de estas comarcas, pues hay entre ellas incesantemente una necesidad famélica que las ha reducido á la condicion de los brutos. Armados con un arco y un aljaba, vestidos con pieles de cabra, divagan en cuadrillas ó solos por el interior de los desiertos áridos, y se mantienen de raíces, bayas, langostas, sapos, ratones, lagartos, ó de los desperdicios de la caza de los colonos. Solo, entre las tribus del África austral, el Saab se sirve de flechas emponzoñadas, ocúltase detras de las rocas ferrujinosas, dispara desde allí contra los pasajeros, y, de la misma suerte que la hiena, se deleita con el aspecto de la sangre y el olor de los cadáveres. Así es que los Hotentotes y Cafres los persiguen con todo el odio de que son susceptibles, y matan sin compasion á cuantos encuentran por el camino. Un Cafre que se encontraba en 1804 en el Cabo, diputado por una pequeña horda, observó en el palacio del gobierno, entre los demas criados, á un Saab de unos once años de edad, y no pudiendo contener su cólera lo atravesó de parte á parte. Los colonos europeos, aislados en estas tierras, se ven obligados mas de una vez á comprar la paz de los Saabs por medio de algun donativo de víveres ó abalorios. Aun en nuestros dias los arrendadores septentrionales se convinieron para distribuir á una sola pandilla de Saabs 30 cabezas de ganado mayor y 1.600 ovejas. Pero apenas se hubo difundido por la comarca la noticia de tan importante presa, una multitud de aquellas hordas hambrientas se arrojó sobre ella en partidas de diez mil, á manera de una bandada de cuervos sobre un campo de batalla; no bien habian trascurrido tres dias, cuando todo lo habian devorado ya enteramente.

La moneda corriente en la comarca y en la ciudad del Cabo, es el risdale que en 1775 tenia el valor de mas de cuatro libras tornesas, pero actualmente solo el de dos francos. Todas las ventas en el Cabo se hacen en pública subasta; el derecho de aduana es de seis por ciento para los Ingleses, y quince por ciento para los cargamentos de las demas naciones. Por lo demas, esta colonia, como estacion intermediaria, aumenta diariamente su importancia, y para darla mas vigoroso impulso seria suficiente dejar corriente el camino del África central, y poner en contacto con los conductos europeos las riquezas agrícolas de las montañas interiores.

Estas incursiones me habian hecho olvidar enteramente al *Corporal Trim*, y aun proyectaba hacer una visita á los colonos de Albany y Fransché-Hoek, cuando el sloop dió la señal de marcha. La órden era terminante é imperiosa, y en consecuencia tuve que pasar á bordo. A las ocho de la mañana partimos del Cabo en un tiempo de calma, pero apenas saltámos á la cubierta del sloop, el viento pasó á un fresco N. E. y S. E. No tardámos en ver la cima de la Table cubrirse de nubes blancas cortadas por franjas negras que se deslizaban de las cumbres del monte hasta su base. Sin embargo, por un fenómeno muy singular, estas nubes inconsistentes parecian disolverse en humo desde que habian pasado mas allá de los bordes de la mesa. En es-

te conflicto atmosférico, las ráfagas se limitaron por largo tiempo á la parte oriental de la bahía, pero fueron gradualmente redoblando su furia, y acabaron por fatigar á las embarcaciones ancladas. En vano procuró el sloop amarrar todas las áncoras para hacerles frente, pues las áncoras cejaron y nos vímos precisados á decidirnos por el aparejo. Fuímos arrojados entre Green-Point y la isla de Robben, y creíamos poder engolfarnos de nuevo en alta mar, cuando sobrevino una completa calma que sucedió á la mas furiosa borrasca. Algunos buques, desanclados por el viento, salian aun del surjidero, pero nosotros estábamos imposibilitados así de recobrar nuestro puesto, como de dar bordada en el Océano. Sin embargo, parece positivo que semejantes incidentes, al parecer inesplicables, no son raros en la bahía de Table, y cuando Mr. Dumont d'Urville se hallaba de recalo en el Cabo con *el Astrolabio* en diciembre de 1828, se vió asimismo en una situacion tan crítica como la nuestra. Arrojado del fondeadero y sorprendido por la calma bajo la isla de Robben, solo pudo salir de su inercia con el ausilio de una lijera brisa de N. N. O. que le permitió regresar á su puesto en la rada.

« Aunque no fué de las mas furiosas, dice este navegante, la borrasca fué muy violenta, y confieso que el movimiento y las evoluciones de las nubes que la precedieron y la acompañaron, es uno de los espectáculos mas curiosos que puedan ofrecerse. En lo mas recio de la tempestad, las nubes agrupándose en masas enormes y compactas hácia la costa oriental de la Table, se dividian en este punto en dos falanjes; la una se precipitaba en vedijas rápidos hácia la rada que desaparecian completamente hácia el centro de la montaña al parecer únicamente para dejar salir torbellinos de un viento impetuoso; la otra falanje se escapaba de la otra costa de la Table, y descendia hácia el mar entre la Cabeza-del-Leon y las montañas situadas mas al S. En toda la superficie del mar, comprendida entre Green-Point y la Cola-del-Leon, y á lo largo de la costa, apenas soplaba el viento, y no pocas veces reinaban en ella algunas brisas inciertas del N. y del N. O.

« Este fenómeno puede fácilmente esplicarse por causas físicas. La montaña de la Table es una especie de límite natural entre dos rejiones atmosféricas muy diferentes una de otra. Toda la parte situada al S., compuesta de montañas mas ó menos elevadas, conserva una temperatura moderada, y aun jeneralmente bastante baja; toda la parte situada al N., esto es, la que comprende la ciudad del Cabo, los alrededores de la rada, y aun la misma rada está convertida, por decirlo así, en una especie de horno inmenso, ó centro de un calor muy activo y permanente, á causa de la reflecsion y la concentracion de los rayos solares en verano, sobre los arenales de que abunda. Las nieblas densas y húmedas, impelidas por los vientos del S. y S. S. E. llegan hasta las montañas del Cabo sin encontrar obstáculo alguno en la vasta estension de las olas; allí se escapan por dos salidas, pero apenas llegan á la atmósfera abrasada del Cabo, la humedad que contienen se evapora inmediatamente, y el aire produce estas ráfagas que se hacen sentir en la direccion que hubieran seguido las nubes si no se hubiesen disipado. No hay duda que si estas tormentas pudiesen durar muchos dias seguidos, la parte del atmósfera situada al N. de la Table se cargaria de nieblas húmedas, y estas estrañas evoluciones de las nubes dejarian de verificarse á la vista del observador. Cualquiera que en semejantes ocasiones se encuentre en la cima de la Table, únicamente ve á su alrededor una niebla densa y penetrante, acompañada de ráfagas furiosas y casi continuas. »

De esta suerte pasámos la noche en las mayores zozobras, viendo emblanquecer á algunas millas de distancia algunos arrecifes contra los cuales nos arrastraba la corriente. Al amanecer del dia siguiente se levantó una brisa del N. O. con cuyo ausilio emprendímos el rumbo hácia el banco de las Agujas, pero este banco tan temible no fué á la sazon muy severo contra nosotros. El *Corporal Trim* lo pasó en tres dias sin nuevo obstáculo, y el resto de la travesía fué muy estéril en incidentes. Algunos ventarrones tempestuosos saludaron nuestro paso por el canal de Mozambique, y despues de haber batallado en las altas latitudes hasta el 57° de lonj. E., nos dirijímos hácia el N. para ir á visitar la Isla de Francia, que por la parte de sus baraderos nos señaló el rabo de junco, cuya ave es así llamada á causa de dos hilitos largos y delgados que terminan su cola; cerniéndose á una altura considerable, el apagado blanco de su cuerpo resalta sobre el azul celeste.

A 15 de enero de 1830 el vijía señaló una tierra á sotavento. Era la isla Rodrigue, antiguamente desierta, pero en el actualidad poblada por unos cien colonos. Dos dias despues, á 17 de enero, al amanecer, apareció en el horizonte el pico de la Isla de Francia en la direccion del bauprés. Poco despues pudímos distinguir el Peter-Bott, cuya cumbre es puntiaguda é inclinada, la montaña del Rempart de formas muy agrestes y caprichosas; las dos Tetas, la isla Redonda y la isla Plana. Por fin, montando el *Coin-de-mire*, nuestro *Corporal Trim* dió en los canalizos de Puerto Luís y se hizo halar hasta el Trou-Fanfaron.

CAPITULO IX.

ISLA DE FRANCIA.

Puerto Luís, visto desde la rada, ofrece al observador los aspectos mas risueños y variados. En el fondo del cuadro se eleva el alta montaña del Pouce que con sus flancos nemorosos, sus blancas cascadas y su cresta sombría parece afectar tintes menos austeros á medida que va inclinándose hácia Puerto Luís, donde termina en suave declive sobre una verde alfombra de una media legua cuadrada. Hay ademas otras cordilleras de rocas sembradas de bosques que á la derecha ciñen el radio del Gran Rio, reputado como el verjel de la isla de Francia, pequeño Eden cortado por varias corrientes de agua, amenizado por los campos de verdura, y animado por las piraguas de negros y barcos costeños; y terminan á la izquierda en el Coin-de-mire sobre una playa baja, cubierta de cañaverales y orillada por una prolongada serie de arrecifes. En otro plano mas prócsimo varía enteramente la escena; á un lado se ve la punta de los Artilleros, batería situada á flor de agua que parece nacida de las olas con los sotillos de cocoteros que la flanquean; en la misma direccion se observan las obras de la isla de los Toneleros y del Fuerte Blanco, y en frente se ven millares de mástiles y de vergas dispuestas en lineas horizontales ó verticales, tan negras, tan unidas, que solamente puede comprenderse la ecsistencia de la ciudad que hay tras ellas por medio de los fracmentos de casas, árboles y tejados (Pl. VII. — 1).

Cuando el *Corporal Trim* hubo anclado en el Trou-Fanfaron, me despedí finalmente del sloop, de su capitan, de sus oficiales y del bravo Tom Mill que quiso en persona acompañarme á tierra. La Isla de Francia era para mí un país compatriota, pues los Ingleses quisieron en vano arrebatar la nacionalidad de esta tierra variándole el nombre. Bien que conquistada desde 1810 Mauritius es francesa todavía, porque lejos de capitular con sus nuevos amos, parece que cada dia lo rehusa mas vigorosamente. Puerto Luís debe ser reputado como el pequeño Paris, pues el lujo, las modas, los espectáculos, el avidez de noticias, las emociones políticas; todo llega á esta ciudad procedente de los puertos de Francia, pero nada absolutamente de Lóndres ni de Liverpool, y en cambio del gravámen del 15 por ciento, los productos de las manufacturas francesas son preferidos á todos los demas.

Los recuerdos históricos de la Isla de Francia ocupan un lugar distinguido en los anales de la República y del Imperio. En efecto, en el decurso de aquella guerra marítima que en un espacio de veinte y seis años no ofreció mas que breves intermitencias, cuando nuestras escuadras, diezmadas en las aguas europeas, dejaban sin proteccion alguna á nuestras posesiones coloniales; la Isla de Francia se defendió por sí sola durante una serie no interrumpida de veinte años, llegando aun á tomar la ofensiva por medio de sus corsarios y arruinar la opulenta Compañía de las Indias. Todavía recuerda Puerto Luís las presas de *la Bellone* que no pocas veces saludó, de regreso, á sus fuertes con muchos galeones á remolque de mil doscientas y aun mil quinientas toneladas, y mientras en los demas puntos del Océano éramos tributarios del pabellon británico, la Isla de Francia recibia de este relijiosamente los derechos establecidos para pasar libremente á los puertos del Océano Indio. Así es que para sustraerse al yugo de este mar sucursal de la Mancha, los Ingleses se esforzaron con vehemencia en atacar á nuestros corsarios en el centro de su imperio, y se presentaron á la vista de Puerto Luís en tanto número y con armamento tan imponente y formidable, que le obligaron á capitular. La paz de 1814 lejitimó esta conquista; porque los Borbones vendieron en pública subasta toda la estension del territorio francés.

Sin embargo, los Ingleses poseen aun la rada y los fuertes de la Isla de Francia que era todo lo que de esta pretendian, pero mientras el corazon de sus moradores permanezca adicto á la Francia, qué importa á su política! en efecto; puede decirse que únicamente la poseen para mudar de vez en cuando á los gobernadores; para reemplazar á M. Farguhar por M. Hall, y á este por M. Colleville, los unos mas inflecsibles y severos, y los otros mas sociales y comedidos. Imponiendo á los colonos la jurisdiccion inglesa, han privilejiado en esta factoría el comercio inglés, y han fundado un punto de recalo entre la India y el Cabo. Qué pueden desear mas? algun insultante consuelo para los vencidos, y el placer de arrastrar y morder su cadena para los cautivos, cuyas circunstancias dispensan ciertamente á los nuevos amos del renombre de justos. No obstante, hay en estos actos un motivo de escusa para el despotismo fiscal, que se complace en vender á peso de oro su tolerancia para los Franceses.

No era yo enteramente estranjero en Puerto Luís, pues tenia un amigo domiciliado en la isla desde 1817 con un establecimiento de especulaciones lucrativas. Llamábase Verger, y me acojió con un grito de sorpresa echándose á mis brazos. Era un muchacho muy de bien, con sus treinta años de vida nómada, que habiendo visto arruinada en Francia su fortuna, empezara á organizarla de nuevo en Puerto Luís. Habíase instalado en el cuartel del Rempart, en

una casa muy deliciosa, gobernada por una linda mulata, llamada Clara y á la cual habia tomado por capricho y conservado por amor. Este único lazo que ecsistia entre ellos tenia ya el valor de un matrimonio legal, pues las preocupaciones coloniales no ecsijian para poder ejercer sus actos otra circunstancia alguna. Blanca casi tanto como una Europea, alta, bien formada y de esbeltos contornos, habiase creado ademas algunos recursos de educacion; sabia tocar el piano, dedicábase al dibujo y hablaba de literatura y de novelas cual si fuera instruída Parisiense.

Hospedéme en la casa de mi amigo, quien me ofreció un pabellon en el fondo del jardin, puso un negro á mi disposicion, y una Malabara para guardar mi maleta, de suerte que á la sazon no hubiera trocado mi suerte por la del mismo sultan. El ama de la casa me envió ademas su palanqueta que consistia en una especie de litera guarnecida de almohadas donde puede uno acostarse á los acentos de los negros que la llevan. Sin embargo era yo demasiado Europeo para poner en práctica este uso característico del sibaritismo criollo; por otra parte queria ir con comodidad, marchar y estacionarme á mi placer, y mis visitas viajeras no hubieran podido acomodarse á esta especie de transporte, aun cuando no sintiera repugnancia alguna en ser llevado sobre espaldas de hombres.

En todo el decurso de aquel mes en que nos hallábamos, el calor es sumamente escesivo en la Isla de Francia, y en consecuencia me ví en la precision de renunciar á mis vestidos de paño. Encargóse mi amigo para los primeros dias del nuevo traje que debia adoptar; chupas, pantalones, chaleco de percala blanca, renovados dos ó tres veces diariamente; un ancho sombrero de fieltro gris, corbata flotante: tal es el uniforme criollo, aseado sin duda, cómodo y elegante á la vez. Acostumbréme fácilmente á este traje enteramente nuevo para mí, y hubiérase dicho, cuando salí de mi alojamiento en compañía de mi amigo, que habitaba la colonia desde largo tiempo.

Puerto Luís se divide en dos partes; la ciudad propiamente dicha, y los arrabales ó campos, de los cuales el campo malabaro está poblado de Indios, y el campo libre de mulatas. Los únicos monumentos de la ciudad que merecen alguna atencion, consisten en la caserna, construída por los Franceses, y el acueducto que conduce las aguas desde el Gran Rio hasta la ciudad, obra construída de piedra y ladrillo, debida al gobernador de la Bourdonnais. El palacio del gobierno parece destinado á ser arruinado á impulsos de algun temporal; edificado en herradura y formado de armaduras que todos los dias van desuniéndose, húmedo, incómodo, mal amueblado, es ciertamente el mas detestable alojamiento que pueda imponerse á un funcionario. Así es que el jeneral Colleville, á la sazon administrador de la colonia en nombre del gobierno inglés, preferia habitar en su deliciosa *villa* del Reducto, fresca y adornada de parterres de flores, cascadas, bolingrines y tresbolillos.

En aquel solo dia recorrímos toda la ciudad. En primer lugar fuímos á visitar el cuartel que fué devorado en 1816 por un incendio, y que por su riqueza y hermosura ocupaba el primer lugar entre todos los de Puerto Luís. Los almacenes mas bien provistos, los mas bellos estudios de notarios, los palacios mas suntuosos, una magnífica biblioteca pública, todo fué consumido por la voracidad de las llamas en una sola noche, apesar del concurso de las bombas y los ausilios de los colonos, de suerte que en el actualidad solo ecsisten algunos fracmentos ennegrecidos. La sola casa de comercio de Mr. Bonhomme perdió 30.000 barricas de vino: los cargamento de arroz y de azúcar, los depósitos de sederías de Europa y de los chales de la India, las masas de añil y de té, todo quedó reducido á un monton de cenizas. Aun actualmente apenas se hallan reparadas tan inmensas pérdidas, y la calle que se encuentra á orillas del rio es la única que ha recobrado cierto aire de fiesta y de opulencia. Sus pequeñas casas de un solo piso, pintadas de diversos colores, con sus celosías verdes y sus sotillos de cocoteros, forman todavía uno de los mas bellos alineamientos que puedan ofrecerse. A mayor distancia é igualmente en el borde del agua, se agrupan algunas habitaciones de mejor apariencia, con sus correspondientes avenidas y provistas de jardines, cuya mayor parte ofrece un lugar de descanso y de retiro, donde el negociante respira por la tarde la brisa acariciadora, y descansa de los negocios mercantiles.

Desde el cuartel incendiado, me condujo mi huésped al cuartel del Aduana donde se verificaba el desembarco de las mercancías. Este cuartel consiste en una plaza bastante estrecha, cubierta de algunas barracas de empleados y envuelta incesantemente en una nube de polvo, en la cual habia entonces unos dos ó trescientos negros que descargaban los jéneros de las chalupas. Estos esclavos, la mayor parte Malgaches ó Mozambiques, manifestaban en sus espaldas los cardenales que les hicieran los azotes: unos recientes todavía, otros cicatrizados ó supurantes manifestaban con bastante evidencia las cotidianas correcciones á que se veían sujetos aquellos desgraciados. Yo mismo tuve que presenciar el triste espectáculo de aquel suplicio; un negro, tentado por la ocasion propicia que

se le ofrecia, acababa de tomar furtivamente un puñado de higos secos de un cajon entreabierto, en cuyo castigo debia sufrir treinta latigazos. El delincuente resignado se sujetó al látigo del comendador, especie de jefe seccionario y esclavo como sus subordinados, bien que revestido con toda la confianza de su amo. Un negro trae siempre el traje de los delincuentes, pues esceptuando únicamente un *langouti*, especie de vendaje que le encubre las partes secsuales, va completamente desnudo y solo puede defenderse de los rayos del sol abrasador por medio de su piel grasienta y bronceada. En consecuencia el culpable presentó al comendador sus anchas y musculosas espaldas y el verdugo empezó la ejecucion. A cada uno de los sendos azotes que le sacudia hacia el delincuente las mas horribles contorsiones, y cuando se hallaba ya al fin de su castigo, el junquillo *(rotin)* heria ya las carnes vivas, y en consecuencia el negro no pudo menos de prorumpir en los mas sensibles alaridos. Este bárbaro espectáculo me inspiró la mayor indignacion, y para tranquilizarme Verger me hizo salir de allí diciéndome:

« Vamos, tambien serias tu como el otro filántropo que algunos dias ha quiso sublevar la colonia? Vosotros quereis ser todos de los Wilberforce; todos quereis hacer esperiencia sobre nuestra piel, infortunados colonos que al fin serémos quemados vivos, como en Santo Domingo, el dia en que se pongan en práctica vuestros proyectos! todo nuestro negocio se reduce á cuatro palabras y dos acsiomas, querido amigo. Sin los negros no ecsistirian colonias, y sin el látigo no ecsistiria negro alguno, y no podemos salir de aquí. — Escucha, amigo, ni tu ni yo podrémos resolver el problema. Yo quisiera únicamente que los pueblos europeos llegasen á comprender cuan ridículo es querer sostener á fuerza de armas y metálico unas posesiones cuyos gastos no llegan á cubrir las rentas que reditúan. Abandonados á vosotros mismos, os formaríais vuestros códigos negros; pero veríais los funestos resultados que súbitamente produciria. Tu has hecho mencion de Santo Domingo, pues bien! dígame quien lo posee actualmente. Invocais en vuestro ausilio el derecho del mas fuerte, pero quien sabe si mañana se invocará este mismo derecho contra vosotros! — Bah, verias los resultados, sino estuviésemos sujetos á vuestras leyes nacidas en Lóndres ó en Paris, y que se nos encajan como un vestido azul en la espalda de un Malgache. Este diablo de Colleville, por ejemplo, debe considerarse como el hombre de los mulatos, y ya ves que los mulatos para nosotros son peores aun que los negros, pues como están protejidos por los Ingleses, se han britanizado en algun modo y nosotros los odiamos como hombres de color y secuaces de nuestros amos, de manera que entre ellos y nosotros ecsiste una guerra mortal. Los ganapanes son tambien causa que tratemos á nuestros negros con mas rigor que antes. Pobres negros! su condicion es cien veces peor desque están bajo la proteccion de los Ingleses, pues aunque en Puerto Luís no sucede nada de eso, es muy diferente en las rancherías del S. O. en donde los plantadores son mas rigurosos. — Si ellos argumentan únicamente á latigazos como en la plaza de la Aduana, hay ya razon suficiente para hacer salir de las entrañas de la tierra á los Cristóbal y á los Toussaint. — Imposible, amigo, imposible! de los 100.000 habitantes á que asciende la poblacion de la isla, los 80.000 son esclavos, pero esta poblacion se compone de infinitas castas divididas entre sí por la diversidad de idioma y de intereses. Así es que nunca será capaz el comun sentimiento de la libertad de avasallar los mutuos odios de tribu á tribu y de pueblo á pueblo que dividen esta variedad de hombres. Dificilmente el Moro y el Yolof podrán simpatizar con el Cafre, el Malgache y el Mozambique, si se considera el insondable abismo que media entre estas razas africanas y las razas indianas, el Malayo, el Malabaro, el Talinga, el Bengali, el Marata, etc., pues antes de formar una comun alianza dirijida al esterminio de los blancos, es fuerza que estos diversos esclavos apaguen la animosidad que les divide; pero esto, como te he dicho ya, es absolutamente imposible. El criollo está circuido de cierto prestijio á la vista de los negros, y con el ausilio de alguna fuerza armada, podria verse terminada felizmente la revolucion. — La fuerza, siempre tiene que recurrirse á la fuerza! no le atribuyais tanto valor, pues tarde ó temprano presta su adhesion á la mayoría. No seria preferible, mayormente para vosotros que aprovechais el sudor de estos hombres, que procuraseis convertirlos en instrumentos mas útiles haciéndoles marchar por la senda de la civilizacion? — Así se verifica, noble filántropo; este es nuestro interés, y nadie falta á él. En pocas lecciones, los negros salen hábiles oficiales, y has de saber que los que trabajan en los arsenales producen á su amo un beneficio de siete ú ocho pesos diarios. Los negros bastos cuestan trescientos pesos de compra, y en un año dan á su amo esta cantidad triplicada; pero el precio aumenta segun su industria, y Mr. Monneron algunas veces ha poseido esclavos que no los hubiera dado por cuatro mil pesos cada uno. — De esta suerte pues, parece que si estos desgraciados pudiesen y quisiesen rescatarse, no tendrian mas que hacer sino cortarse el brazo. — No hay duda que así podria suceder, pero este caso está ya previsto, diablo! Así es que casi siempre despues de algunos años de

trabajo, el negro industrioso recobra su libertad, é igual recompensa se da á los que han prestado servicios muy largos y á los que observan una conducta irreprensible. Sin embargo es tan poderosa la costumbre en estos hombres, que la mayor parte de ellos solo aceptan su libertad con la mayor repugnancia, y no pocas veces se les ha visto pedir con las mas reiteradas instancias que les dejen continuar á las órdenes de los amos. En efecto, todos los negocios de la casa del blanco, como el trabajo, el alimento y el descanso, todo es dirijido por ellos; pero cuando son libres, tienen el cuidado de procurarse ocupacion, de subvenir á sus necesidades, y buscarse un techo bajo el cual puedan recojerse; por cuya causa prefieren continuar el método de vida observado hasta entonces, y yo solamente sé ya mas de treinta rancherías, cuyos negros son mas dichosos y mas bien tratados por sus amos, que los proletarios de Europa por los capitalistas. — Voto á Dios! pues si es así, Verger, tu esclavitud es una edad de oro, y pardiez casi trocaria mi baston de viajero por el langouti de tus negros! no tienes algun empleo vacante de portador de palanquetas? quieres nombrarme gran comendador de tu casa? segun lo que dices, debe entenderse que tus esclavos son mas felices que tu! no has encontrado jamas entre ellos alguno que haya sentido la necesidad de vivir libre sin ser sacudido á cada instante por la trailla de su amo? — Como! no faltan algunos intratables entre estos valentones. En las compras de los negros bastos se cuenta jeneralmente un menoscabo de 20 por ciento en el primer año, ya á causa de la nostaljía, ya por la mudanza de clima, ya por los primeros ensayos del trabajo. Otras veces si se les presenta ocasion de sustraerse al yugo de la esclavitud, procuran aprovecharla y encuentran un asilo en las montañas; en cuyo caso son designados con el apodo de negros cimarrones. Algunas gavillas de estos desertores andan errantes por las montañas de la isla, donde son perseguidos como bestias feroces, y no titubean en conservar su independencia á costa del incendio, del robo y del pillaje. Cuando están de merode se embadurnan el cuerpo con una capa de aceite de coco, y su piel se hace con ella tan resbaladiza, que logran fácilmente escurrirse de entre los dedos, y casi son imposibles de cojer. La raza de los Malgaches es la mas amante de la libertad y de la patria; cualquier castigo corporal les escita á sublevarse y no dudan abandonarse á las mas atrevidas tentativas prefiriendo la muerte á la esclavitud. Algunas veces se les ha visto aventurarse decididamente en alta mar y apoderarse de una chalupa, y otros han llevado su perseverancia hasta ahondar el tronco de un árbol para formar una piragua, arrastrarla despues hasta la playa del mar, botarla al agua, y hacer en tan débil madero una travesía de cien leguas. Acontecia algunas veces que la piragua no podia contenerlos á todos, y en este caso una parte de ellos seguia á nado la piragua henchida de negros, y alternaba con los que se embarcaran primeros. — Hé aquí pues los hombres á quienes tratais como brutos, Verger, siendo así que debieran ser respetados como heroes. Aquellos de vuestros negros que permanecen sumisos y dóciles á vuestras órdenes, son para mí los mas cobardes y los mas viles de sus tribus; pero los que se resisten á obedeceros, los que prefieren sujetarse á los rigores del hambre y de la sed antes que al oprobio de los azotes, los que anteponen la muerte y las mas furiosas borrascas del Océano á la esclavitud; estos son los que constituyen la parte mas sana, la mas noble y la mas virtuosa de los pueblos negros. Pero vosotros os dejais arrastrar del mas vil egoismo, midiendo las virtudes y vicios en la escala de vuestros intereses! En parte alguna del globo querré vivir largo tiempo con vosotros, ni menos adoptar vuestras preocupaciones coloniales, — bien que tal vez son una verdadera necesidad, — porque aflijen demasiado á un corazon sensible y degradan á la humanidad. En efecto, este método es el ilotismo aplicado al mayor número por los privilejios de la piel, cual un dia se aplicara en Europa por los privilejios del nacimiento; y una eterna opresion ejercida contra las masas ignorantes de sus propias fuerzas, por las castas cuya union estrecha y compacta las constituye fuertes y poderosas. »

Preocupados con esta tésis filosófica habíamos llegado ya á bastante distancia de la ejecucion consabida, y ecsaminado sucesivamente los astilleros y la deliciosa fuente del puerto, encontrándonos á la sazon ante un café situado frente el coliseo. « Entremos, me dijo Verger, pues ya es tiempo de poner fin á una discusion interminable. » Entrámos, en efecto, y vímos una multitud de jóvenes criollos, fumando unos, jugando al villar otros, y todos con una gracia seductora, maneras neglijentes, y con un traje cuyo mayor lujo consistia en el aseo. Divertímonos mucho hablando de la Francia, y especialmente de Paris, centro de la mas activa impulsion que goza de tan poderoso influjo desde tanta distancia, y como era preciso que yo refiriese el estado en que se encontraba nuestra capital cuando salí de ella, hablé de la misma, y en particular de los Italianos y de la Opera, de madama Malibran y de la señorita Taglioni. Unos me hacian preguntas relativas á las modas, otros sobre la Cámara de diputados y la gran peripecia política verificada á 8 del anterior agosto. Dos meses habia que los habitantes de la Isla de Francia

tenian conocimiento de los sucesos ocurridos con el ministerio Polignac, y yo los ignoraba enteramente, por cuya causa, lejos de poder dar noticias, me ví reducido á adquirirlas; y así puede muy bien decir que en un café de Puerto Luís supe por primera vez las temerarias medidas de Cárlos X y la ruína completa de su dinastía.

No bien transcurrieran dos horas que me encontraba allí, y ya contaba en la Isla de Francia unos treinta amigos que hubiesen sido para mí otros tantos huéspedes, si hubiese admitido sus ofertas; de suerte que el mismo Verger tuvo que defenderme con mucho empeño contra sus reiteradas instancias. El uno queria que fuese á comer en su casa, el otro que asistiese al baile; este tenia dispuesta ya una palanqueta á la puerta para conducirme á su domicilio, aquel una yola con sus correspondientes remeros para ir á dar un paseo por la rada, era aquello una confusion. Finalmente mi huésped tuvo que resolverse á tomar un partido definitivo, y calándome el sombrero me empujó haciéndome salir fuera del café.

Era ya al anochecer, y Puerto Luís presentaba un aspecto muy diferente. Habia cesado ya el canto monótono de los negros trabajadores, que agrupados en corros por las encrucijadas terminaban los unos su cena frugal compuesta jeneralmente de maíz ó casabe, al paso que los otros se empujaban hácia la puerta de los vendedores de tafia para beber su vasito de este líquido. Esta bebida es el rom de los negros, y procede de la fermentacion de la caña dulce. En un ángulo del Campo de Marte habia un corro de esclavos, y habiéndonos acercado á ellos, me dijo Verger: — «Esto es una *Chega* ó baile mozambique, pues como mañana es domingo, nuestros negros del puerto se entregan á sus diversiones favoritas.» Efectivamente empezóse la fiesta. Elevado sobre una especie de cerro, un viejo Cafre de cabellos grís y ojos sanguinolentos, encajó entre sus piernas una especie de tambor, *tamtam* al cual golpeaba con sus propios puños. Cerca de este se veía un segundo músico que tocaba un singular *harmonica*, compuesto de un simple hilo de alambre tendido en un palo, con el cual producia un sonido desagradable por medio de una varilla. Al propio tiempo cinco ó seis voces diferentes entonaron un canto africano, dulce, atractivo y melancólico. A los acentos de esta orquesta lanzáronse al medio un negro y una negra medio desnudos; sus primeros pasos fueron sin carácter alguno, aprocsimábase uno á otro con un aire de indolencia, y en seguida se alejaban haciendo piruetas. Empero sus facciones tiernas y afeminadas cual si un magnetismo gradual hubiese obrado sobre sus sentidos, se revestian de cierto aire de espresion y carácter. Al principio era la primera fase de una pasion, un desmadejamiento, un jesto tímido é insinuante, y un continente gazmoño y carantoñero; pero cuando las graeias y los atractivos habian ya producido sus efectos, desaparecia gradualmente toda especie de pudor, el actitud era ya menos decente, los movimientos mas lascivos, y los jestos mas licenciosos. La misma progresion observaba la música; cuando en el último paraísmo la pareja danzante se habia aprocsimádo hasta unir sus rodillas y confundir sus hálitos, aquella multitud de esclavos prorumpió en un alborozo convulsivo, pataleos, gritos y contorsiones. El contajio de aquellos movimientos acometiera á los espectadores; diríase que estábamos presenciando las saturuales de los antiguos.

Por fin, ya no se podia aguantar allí; partimos, y al entrar de nuevo en la ciudad, vimos iluminadas todas las calles mercantiles. Los almacenes de sederías y joyería, los cafés y las tiendas de confiteros y licoristas desplegaban sus brillantes paradas en las calles que se hallan situadas en las cercanías del puerto. Este aparato era aun mas vistoso que en nuestras ciudades de provincia; aquel barrio no hubiera sido ciertamente indigno de una capital.

Al dia siguente asistí por primera vez á una comida preparada con todo el lujo criollo, y dispuesta por madama Verger con el amor propio que caracteriza á las mulatas. Este banquete ostentó una gran profusion de vajilla de plata, todo jénero de vinos esquisitos, desde el madera hasta el champaña, y todo el lujo de los negros y negras, prontos á ahorrar á los convidados hasta la fatiga de un jesto. Todos estos esclavos, hombres y mujeres, eran de una presencia tan agradable, que parecia que el ama de la casa los habia escojido uno á uno. La mesa estaba dominada por una especie de abanico compuesto de hojas de latanero, que movido de una manera constante y uniforme, mantenia la frescura del aire y ahuyentaba los insectos incómodos, de suerte que cualquiera se hubiera dejado alhagar apesar suyo de una vida tan suntuosa y sibarita. Al través de los enrejados soplaba una brisa templada por los sotillos de acacias y palmeras, el agua depositada en las alcarrazas refrijerantes salia límpida y fresca, y alrededor de una mesa adornada de flores y manjares, algunos convidados, amigos de Verger, y algunas mulatas encantadoras completaban el gracioso conjunto del cuadro. Habiendo nuestra huéspeda querido ensayarme en la cocina criolla, hizo comparecer en primer lugar un plato de bredas, especie de morelas guisadas con saladillo; en seguida el kary clásico de las colonias que nuestros restauradores parisien-

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

2. Eglise des Pamplemousses.

2 Iglesia de las Pamplemusas.

4. Une Sucrerie.

4 Una Fabrica de Azúcar

ses han profanado en una especie de justo medio cocinero. El verdadero *kary* tiene al principio un gusto acerbo para los que nunca lo han probado, y si es fabricado con todas las circunstancias necesarias, cualquier Europeo que lo guste, no podrá menos de creerse envenenado, pues enciende el cielo de la boca y arranca la epidermis, pero fácilmente puede habituarse á él, y el uso de semejante tónico es eficaz bajo un cielo donde las fibras, siempre muelles y flojas, necesitan un reactivo contra la transpiracion. En seguida vino lo mejor del festin con un servicio tan lujoso, tal abuso de confituras, y tal prodigalidad de ramillete, que con dificultad se puede concebir. Gusté los frutos suculentos tan abundantes en la Isla de Francia, el plátano, el palto, el ananas, el atero y el mangle mezclados con las mejores variedades de nuestra Europa. Con los vapores del champaña se cantaron algunas coplas que aun se usan en las colonias, y al levantarnos de la mesa fuímos inmediatamente al teatro, donde teníamos un palco ya dispuesto.

Construído de madera, el coliseo de Puerto Luís pertenece á un órden bastante sencillo. Los cómicos franceses que lo dirijen se dividen entre la Isla de Francia y la Isla Borbon. Cuando desembarqué, este coliseo se habia convertido en un arena política, donde los colonos se alimentaban de alusiones contra la nacion inglesa. Era tambien el punto de reunion de toda la juventud criolla, así para aplaudir con furor las escenas en que se halagaba nuestro orgullo nacional, como para provocar é insultar á los oficiales de la guarnicion. En aquella noche se representaba el *Burgomaestre de Saardam*, y siempre que el actor articulaba su frase familiar, *relativamente á la Inglaterra* se prorumpia en un ruído capaz de conmover las mismas bóvedas, gritos, pateamientos, houras, silvidos, amenazas é insultos de todo jénero. Cayó el telon, y aquella batahola continuó hasta el fin de la funcion.

Durante mi breve mansion en Puerto Luís, debia pasar de una fiesta á otra. Al principio asistí á un convite de albañiles, despues á un academia de música vocal, y por fin á un baile que se celebró en el palacio del gobierno cuyos honores hizo lady Colleville con una rara afabilidad. Veíanse allí espaciosos salones que pululaban en elegantes bailarinas vestidas todas de blanco, raso, muselina, ó gasa con flores ó diamantes en sus hermosos cabellos. Aquellas mujeres tenian jeneralmente facciones regulares y espresivas, talle esbelto y gracioso, y un continente lleno de majestuosa neglijencia. Las jóvenes de doce á trece años eran tan vivas y graciosas como nuestras Europeas á los diez y ocho, pero pasada ya esta primera juventud, la edad deja profundas huellas en sus facciones. Los jóvenes no se hallan al abrigo de esta senectud precoz, y, sea por efecto de las influencias del clima, sea por los desbarros de la indolencia, con mucha dificultad puede el criollo pasar una vida activa y laboriosa.

No obstante mis deseos de prorogar mi mansion en esta ciudad tan francesa, tan parisiense, no me quedaban ya mas qne dos dias, los cuales destiné para visitar las habitaciones. Ademas de su ciudad de Puerto Luís, la Isla de Francia, en todo su ámbito de cuarenta y cinco leguas, cuenta otros once arrabales, las Pamplenusas, la Pólvora de Oro, Flac, el rio des Remparts, los Tres Islotes, el Gran Puerto, la Savana, el cuartel Militar, Moka, los llanos Wilhems, y los de San Pedro. Como no tenia tiempo suficiente para visitar todos estos puntos, me decidí á ecsaminar los mas curiosos; y Verger, dejando todos sus negocios, quiso acompañarme.

Al amanecer del dia siguiente nos encaminámos hácia las Pamplenusas, montados yo en un asno vigoroso, y él en su palanqueta. Las Pamplenusas! cuanta poesía encierra esta palabra para un Europeo! Yo iba allí lleno de mis jóvenes ideas literarias, cual creyente á la Meca, ansioso por encontrar todo mi Bernardino de Saint-Pierre, mi Pablo y mi Virjinia por los cuales derramara un dia tantas y tan abundosas lágrimas, reconocer los torrentes que aquellos niños habian cruzado, dar un afectuoso abrazo á su buen anciano negro, hablar de ellos con el pastor. Sonreíase Verger, pues preveía ya el desenlace, y cuando los negros se detuvieron, le dije: «Y bien! que es lo que te pasa? — Ya hemos llegado, me contestó, yo desciendo. — Ya hemos llegado!» A esta palabra se disipó toda la fantasmagoría, y solamente vímos algunas malas chozas de negros, un suelo árido, tres ó cuatro manojitos de cocoteros, y una casucha en el fondo. «Aquí está la iglesia de las Pamplenusas, añadió Verger señalándomela (Pl. VII. — 2). Esta es la iglesia de las Pamplenusas, el templo tan novelesco, tan bello, tan querido del inmortal Bernardino? pero, donde están sus avenidas de bambúes? donde están sus oteros vestidos de verdura? y sus sombras? y sus aguas? Tu quieres mistificarme, Verger!» Yo estaba casi encolerizado. «Esto es palabra de honor.» Deseaba retroceder; pero él me calmó, y guiándome por un sendero, me condujo al jardin del Gobierno, en el cual se han reunido, bien que con enormes gastos, todos los vejetales mas raros de la India y de todos los países intertropicales. Este jardin está cortado por prolongadas filas de palmeras en todos sentidos, y animado por varias corrientes canalizadas; sus cercados son compues-

tas de bambúes que se mecen suavemente al soplo de la brisa, y otros árboles ecsóticos. En este propio jardin fué donde Mr. Poivre, tan célebre administrador como sabio naturalista, organizó varias almácigas de pimientos, jiraflores y moscadieros. Algun tiempo despues Mr. Céré cultivó un prodijioso número de árboles y arbustos arrancados los unos de las abrasadoras playas del África, y los otros de las húmedas riberas de Madagascar. Hay ademas otros varios procedentes de China ó del Pégu, otros de las riberas del Indo y del Ganjes, otros de los amenos valles de Cachemire, y otros por fin de las cumbres de los Gattes, ó del litoral del golfo Pérsico. El Asia, Java, Sumatra, Taïti, las Canarias, las Azores, la América y la Arabia, han enviado sus representantes á este congreso de vejetales. Una de las mas útiles conquistas en este jénero fué la naturalizacion del árbol de pan que se debe tambien á Mr. Céré. En este mismo recinto crecen tambien el atero, el ananas, el tamarindo, el mangle, el guayavo, el papayo, el bananno, y entre las plantas y arbustos, la acacia vera, la ponciana, el benjuí, el nagas y el sándalo.

Mi segundo viaje, mas penoso todavía, me condujo á los llanos de Moka y de Wilhems por medio de la rampa del Pouce. A la salida del sol atravesábamos el prado del Campo de Marte y saludábamos mas allá de un pequeño bosquecillo un monumento elevado á la memoria del jeneral Malartic, antiguo gobernador de la isla. La montaña del Pouce observada desde su base permite ecsaminar las diversas partes que la componen, en cuyo centro se eleva el pico que le diera el nombre. Empezámos luego á subir por un sendero abierto en la peña viva por el injeniero Phéline, y descansando de codo en codo para admirar la imponente escena que se iba desarrollando á nuestra vista, veíamos á nuestras plantas las calles de Puerto Luís, á la derecha el arrabal de las Pamplenusas, á la izquierda el gran rio, y ademas, mil y un pormenores que escapan al mas detallado análisis; los mástiles que parecian salir del agua cual un manojo de picas, las elevadas palmeras, y cerca de nosotros varios arroyos presurosos que parecian ir á entremezclarse con aquel magnífico paisaje (Pl. VII.—1). A mayor altura se percibe otro jénero de bellezas: todo el sistema jeográfico de la isla, todas las desigualdades de su suelo, la montaña Larga cuya cumbre es la mas elevada de este sistema por el lado del N. N. E.; el morro de la Descubierta, el de los Dos-Pechos, Peter-Bot, el Pico, la montaña del Rempart, la del Cuerpo-de-Guardia y otra multitud de prominencias que parecen respaldarse unas contra otras, ofrecen materia suficiente para numerosas alturas.

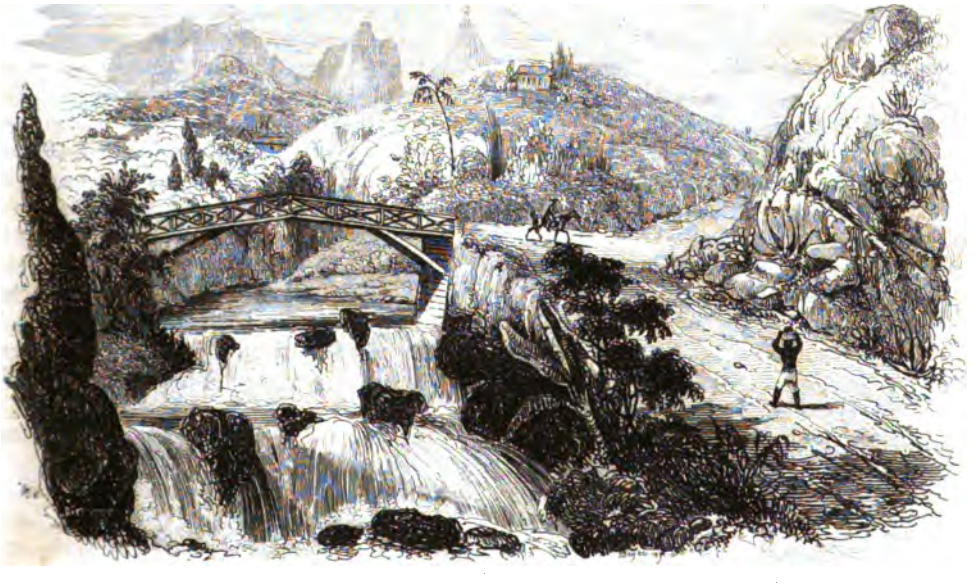
Encima de nuestras cabezas y en nuestro alrededor veíanse algunas selvas de árboles entrelazados de enredaderas sarmentosas, que producen los mas estraños efectos. Unas se elevaban desde la base del tronco y formaban una linea espiral representando al parecer enormes serpientes; otras descendian de las ramas dirijiéndose cual maromas hácia el suelo donde echaban raíces, remontándose luego en cantimploras y formando arcos de verdura. En estas alturas poco frecuentadas abunda mucho la especie de monos llamados verdes, con su cola rastrera y su voluminosa cabeza cabelluda. Los unos sentados gravemente en la punta de una roca nos miraban desde cierta distancia; los otros columpiándose en los troncos de las enredaderas, ejecutaban las evoluciones mas admirables. Sin embargo no dejaban de observar sin alguna desconfianza un fusil de dos cañones de que me habia armado. A vista de esta banda de animales, nuestros negros se pusieron á remedarlos jesticulando horriblemente. El que tenia á mi lado me dijo tirándome del faldon de mi chupa: « *Mosié, mosié*, dijo, *ça petit di monde lá n'a pas voulé palé pour n'a pas travail.* — Esta pequeña familia no quiere hablar á fin de no verse obligada á trabajar. »

Los plantadores, para los cuales son los monos un terrible azote, les hacen una guerra eterna; pero estos merodeadores satisfacen su venganza asolando campos enteros de maiz y bananos. Cuando se ven sorprendidos, no por eso sueltan su presa, pues se ponen en fuga llevándola bajo cada brazo, y las hembras cargan ademas con sus hijuelos á los que nunca abandonan. En estos dias de espedicion aventurera, los monos no andan aislados, sino en cuadrillas y apostan algunos centinelas en las alturas. Estos centinelas espían á lo lejos, y les participan el peligro por medio de un grito muy agudo, á cuya señal toda la multitud se refujia en el interior del bosque y se guarece en impenetrables cavernas. Algunas veces el campo de batalla guarda alguna víctima, y el plomo de los plantadores alcanza algun individuo de la banda; pero la vida de estos animales es tan consistente que muy raras veces se les ve caer en el suelo, pues si se sienten heridos, se agazapan en un soto, de donde los retiran sus camaradas cuando ya creen haberse alejado el cazador.

Como no me encontraba á la sazon con humor guerrero, hubiera dejado en paz á aquellos monos si uno de ellos no hubiese empezado á hostilizarnos arrojándonos un fracmento de roca y no hubiesen los demas imitado su ejemplo haciendo llover sobre nosotros una lluvia de piedras. Animado yo por mi lejítimo derecho de de-

1. Port Louis.

1 Puerto Luis



3. Rivière du Mesnil.

3. Rio del Mesnil

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

THE NE
PUBLIC L
ASTOR
TILDE

fensa, apunté al mas prócsimo de nuestros agresores, y sin duda fué herido por el plomo, pues me respondió con el mas horrible jesto, frotándose convulsivamente los muslos, mostrando sus dientes hasta las encías, y dentellando con una vibracion acelerada. A esta convulsiva detonacion, los monos que se hallaban agrupados en los árboles vecinos se levantaron sobre sus dos pies, cruzaron sus brazos sobre el pecho, y despues de algunos momentos de inmovilidad, pusiéronse á correr súbitamente, y saltaron de rama en rama hasta que pudieron sustraerse enteramente al alcance de nuestra vista.

Pronto percibimos á lo lejos al través de un raso los llanos de Wilhems terminados por el rio de Moka que culebreaba representando una franja de plata. Despues de haber caminado por espacio de algunas horas llegámos á aquella magnífica meseta cubierta de ricas plantaciones y elegantes fábricas. El bambú es allí muy abundante, y los colonos de la Isla de Francia varían infinitamente el uso de esta caña jigantesca que crece hasta unos 60 pies de elevacion. Del mismo tronco salen una multitud de vástagos, su tallo es hueco y reluciente esteriormente, y su fuerza es tal que dos tajos de bambú de 10 pies de lonjitud sobre 3 pulgadas de diámetro podrian sostener un peso de 1.500 libras, si hemos de dar crédito á muchos viajeros.

El barrio de Moka es el arrabal de la isla mas abrigado contra la violencia de los vientos. La vejetacion es allí mas lozana que en todos los demas puntos, y la cosecha es asimismo la mas segura. En esta misma parte se encuentra la quinta del gobernador, á la cual se llega por medio de un pintoresco sendero que cruza el rio du Mesnil, sobre el cual se ha construido recientemente un puente (Pl. VII.—3). A corta distancia se ve la gran cascada del Reducto, cuya agua se precipita en un vasto despeñadero desde una altura perpendicular de 120 pies. Al contemplar aquella masa espumosa al través de los rayos del sol, se ven reflejar todos los colores del arco íris. Encajada entre dos montañas, esta cascada cae en un profundo barranco, donde el torrente vuelve á seguir su curso. El paisaje que circunda esta admirable cascada ofrece un aspecto sorprendente; en medio de los helechos, de los nopales y los robustos aloes, crecen varios árboles jigantescos, tales como el tacamaca y el vaquois; de trecho en trecho es detenido el curso del rio por un monton de rocas, y en este caso forma anchurosos estanques hasta que superando el nivel del obstáculo corre de nuevo para pagar su tributo al gran rio.

La quinta del gobernador, el Reducto, está situada en una península de rocas volcánicas, en una meseta estrecha y elevada, y en la confluencia de dos torrentes que mas bien se precipitan que descienden de lo alto de la montaña. El aspecto silvestre de aquel sitio le ha comunicado el título de *Cabo del mundo*. En aquella base de lava hay algunos pies de tierra rojiza tan fértil, que son suficientes para nutrir la mas lozana vejetacion. La quinta es de forma prolongada, de un solo piso, y está construida de madera como todas las demas de la colonia. En el piso bajo hay varias salas de recepcion, y los cuartos superiores son destinados para recibir á los estranjeros que son acojidos por el jeneral Colleville con una hospitalidad enteramente colonial. Los muebles no demuestran mucha suntuosidad, pero ofrecen mucha comodidad contra la intension de los calores y casi todos son construidos del bambú procedente de la China, pues los muebles que se usan en Europa, con dificultad podrian resistir al viento seco que reina allí desde mayo á setiembre, y aun mas á la humedad cálida inherente á la estacion de las lluvias. Apenas supo lady Colleville que el objeto de nuestra visita era de recorrer el Reducto, nos convidó á comer, pero nos vimos imposibilitados de acceder á su demanda, pues habíamos prometido asistir en casa un habitante de las cercanías.

De regreso pasamos al través de unos campos plantados de cañaverales y sembrados de enormes pedruscos. Todo el terreno de la isla presenta los mismos accidentes, pues los plantadores aseguran que no les produciria ventaja alguna el desembárazarlo de estas masas basálticas que contienen el terreno y sirven de antemural contra la furia de los huracanes. Sin detenernos un momento matámos algunos pajarillos, el calafate, especie de verderon cuyas partes superiores son de un ceniciento azulado, la coronilla de la cabeza y la garganta negros, el pecho y el vientre poso de vino, el pico y los pies rosados; el cardenal (*Loxia madagascariensis*) cuya cabeza y cuerpo son de color de fuego: ambos pájaros son destructores como nuestros gorriones y son llamados por los negros *comedores de arroz*; las tórtolas cenicientas mas pequeñas que las de Europa y de una carne muy delicada, las perdices, meleagras y cotorras. Asimismo observámos algunas liebres de forro leonado y orejas largas, y los tandrecs, especie de erizo. Verger me habia persuadido que encontraríamos algunos ciervos, pero esta especie desde algunos años á esta parte es sacrificada á las diversiones de los colonos, y en consecuencia es actualmente muy rara.

De esta suerte, caminando á trechos á pie ó montados en las cabalgaduras, llegámos ante el domicilio de Mr. L*** rico plantador que por sí mismo hacia valer su propiedad de los llanos de Wilhems. Una vasta estension de terreno, trescientos negros, y una de las mejores fábricas de

azúcar de la isla; tal era el capital de Mr. L***, bien que solamente habian discurrido diez años desde su establecimiento en Puerto Luís. Recibiónos con los brazos abiertos é hizo disponer para nuestro alojamiento sus dos mejores *bancalangs* (pabellones). Sirviónos en primer lugar un buen refresco, y en seguida nos instó con aquella especie de vanidad que distingue á un propietario, á que le visitásemos toda su posesion. En efecto, en primer lugar fuímos á ecsaminar su casa señorial, el campo de los negros, donde están clasificados bajo el yugo de la verga de un comendador, los talleres, los almacenes donde se guarda la cosecha, las cocinas, el hospital y la lencería. La fábrica de azúcar, que á la sazon se hallaba en actividad, nos interesó mucho; varios negros regresaban del campo cargados de enormes haces de cañas y las depositaban cerca una muela movida por una corriente de agua. El jugo esprimido corria á unos reservatorios, de donde se trasegaba á unas enormes calderas calentadas por medio de grande fuego para la coaccion. Transcurrido un tiempo calculado, la clara se colaba en grandes formas destinadas á la cristalizacion del azúcar, y cuando la materia se hallaba ya coagulada, se echaban en un terraplen bien llano donde el accion del aire y del sol la blanquecia y granaba. Delante la fábrica veíanse amontonados los *bagasses*, esto es: el residuo de las cañas que habian pasado ya bajo la muela, destinados á la fabricacion del cachaza (1) (Pl. VII. — 4). L. Mr.*** nos esplicó todos los procedimientos para clarificarlo con mucho gusto, y parecia no querer ocultar su receta, que por otra parte le valiera ser citado entre los mejores fabricantes de la isla. Desde su fábrica de azúcar, nos hizo visitar su jardinito de cafés que solamente le redituaba un corto producto, sus campos de maíz y casabe, y sus plantíos de jirofles y los árboles que producen las moscadas. Finalmente la cena nos estaba aguardando, y de consiguiente tuvímos que volver á casa atravesando de nuevo el campo de los negros, á los que vímos acurrucados en el umbral de sus chozas devorando sus raciones de yuca. Estos esclavos eran robustos y muy ájiles; las mujeres iban medio desnudas, como los hombres, poniendo de manifiesto sus contornos mas vigorosos que elegantes. Toda aquella poblacion habitaba y se acostaba allí mezclada y desordenadamente, de suerte que aunque entre los negros ecsistia el matrimonio en la forma esterior, sin embargo durante la noche ocurrian los mas estraños acontecimientos, ya en trueques voluntarios, ya en innumerables infidelidades, de lo cual resultaban escenas mas bien cómicas que serias. Las razas negras con su sangre abrasada por los rayos de un sol ardiente, son jeneralmente fogosas y apasionadas, pero el abuso del placer se apodera así de los hombres como de las mujeres, y los enerva prematuramente arrastrándolos á una caducidad precoz; por cuya causa así los negros como las negras no viven jeneralmente mas allá de los cincuenta años.

Todos cuantos objetos me habia presentado la Isla de Francia me gustaran en gran manera, así el clima como las costumbres y los moradores, y solo habia encontrado hasta entonces dos enemigos, los kakerlats y los músticos. El kakerlat ó kankrelat (*Blatta americana*) es un insecto voraz y fétido que se reproduce infinitamente, y que sin ser peligroso, todo lo roe y descantilla, penetra en los fardos de cañas, pulula en los almacenes y en los muebles de las casas de la Isla de Francia. Nada puede sustraerse á su voracidad, muebles, lienzos, vestidos, víveres, de manera que su ecsistencia puede reputarse como un verdadero azote. Los músticos, aunque menos feos y asquerosos, son mas incómodos á causa de sus dolorosas picaduras. Los recien desembarcados constituyen el objeto preferente de estos mosquitos, pues zumban á su alrededor, los inquietan, los pican y su herida produce algunas veces llagas en el rostro ó en las manos. Su persecucion es tan incesante y encarnizada, que en toda la noche no permitirian dormir un momento, si no se preservaran las camas por medio de anchas cortinas de muselina, pues aun de esta suerte se oye incesantemente un sordo zumbido que amenaza continuamente las orejas del Europeo. Los criollos son menos sensibles á los ataques de los músticos.

«Tu quieres ir á Madagascar pasando por la isla Borbon, me habia dicho á mi llegada Verger al cual comunicara mi itinerario. Está muy bien; dentro pocos dias te traigo á bordo como una bala de azúcar; no debes inquietarte por eso; puedes descansar sin cuidado.» Desde entonces yo no habia dicho palabra, pero á nuestro regreso á la habitacion de Mr. L*** rompí aquel profundo silencio. «Ven conmigo, me dijo mi huésped;» y me condujo al café, donde encontrámos un jóven de gallarda presencia con una espresion inefable de enerjía y dulzura. Pálido era su tinte, y solamente un poco tostado por el sol, negros y tersos sus cabellos y azules sus ojos. Su fisonomía me inspiró al principio mayor repugnancia que simpatía, pero Verger se acercó á él y le dijo: «Capitan Jorje, aquí teneis un pasajero para Tamatava. — Ah! ah! replicó el jóven clavando sus ojos en mí; y bien! mañana por la mañana, á las cuatro *el Sol* se hace á la vela. — Pues ya estarémos dispuestos, capitan.» Y despues de esta breve entrevista, Verger me empujó. «Ven, me dijo, no teme-

(1) Aguardiente de azúcar.

mos que perder minuto; pues debes hacer tus preparativos y disponer tu equipaje para mañana. Ven. — Verger, quien es este capitan Jorje? — Un escelente y famoso marino, » y se sonrió de suerte que me hizo sospechar mas todavía. « Y que comercio hace este famoso costeño? — Ah! qué comercio? Pardiez! toda clase de comercio, comercio de ganado lanar, comercio de reses vacunas. — Verger, Verger, tienes un tono muy chocarrero. — Y no! amigo, él se hace á la vela para Madagascar con objeto de comprar bueyes y ganado para venderlo despues aquí, pues este comercio le rinde algun producto, y yo soy tambien parte interesada en su negocio; y me parece que no podia ponerte en mejores manos que en las de un asociado. » Callé yo, pero todo esto me pareció ambiguo. Las facciones fantásticas del capitan Jorje cuadraban muy mal con un cargamento de bueyes. Entretanto seguí á Verger maquinalmente.

Verger me hizo visitar los vastos almacenes del Entrepôt que contenian los cargamentos de la Europa y de la India, treinta ó cuarenta mil barricas de vino, pirámides de sederías y montañas de añil, té y mahon. Aquí se hacian rodar toneles, allí se pesaban fardos, y en todas partes se arreglaban facturas ya con pesos fuertes, ya con papel moneda que tiene curso en la colonia.

« Hé aquí un comercio floreciente, dije á Verger. — Menos de lo que pudiera creerse, amigo. Bajo estas pepitas de oro ecsisten algunos andrajos. Ya has visto que Puerto Luís es esplotado por una raza de zacarratines que traen por sobrenombre *banianos*, pequeños comerciantes, defraudadores de mercancías y de los recien desembarcados que no saben defenderse. A la llegada de una embarcacion se representa la gran comedia, pues nadie quiere de lo que lleva, sino de lo que no lleva. Por lo que hace al comercio, amigo, aquí no hay mas que baturrillo. En los primeros años de la paz, la Isla de Francia fué *el-Dorado* de los que andan en busca de fortuna; vinieron jentes de los cuatro puntos cardinales, pacotillas de mercancías y de hombres. En los primeros años, las permutas fueron muy ventajosas á causa de la escasez que habia de toda clase de jéneros, pero despues se abundó gradualmente de jente y de jéneros. Viéronse mas especuladores que especulaciones y llegó la reaccion. De todas las producciones de la isla el azúcar era la mas lucrativa, de manera que se arrancaron los cafés para plantar cañas, y entonces el precio del azúcar fué disminuyendo gradualmente hasta llegar á no cubrir los gastos de manutencion, y fué preciso dedicarse á otra clase de cultivo. En Puerto Luís se apoderaba de los espíritus otro vértigo, pues los primeros beneficios habian prohijado el gusto del lujo: en lugar de las antiguas habitaciones sencillas pero cómodas, se construyeron suntuosos palacios; en lugar de modestas palanquetas se planteó el uso de los coches y de los caballos. Los bailes, las tertulias, los lujosos tés, prevalecieron sobre las sencillas habitudes de los criollos. Celebrábanse muchas festividades y festines, puesto que se acostumbraba entonces juzgar del crédito y de la fortuna de un hombre por el tren de su casa; pero, que resultó de tantas locuras? quiebras, pérdidas irreparables para los comerciantes honrados, y villanos pretestos para el bribon. Desde aquellas ocurrencias apenas ha podido la colonia recobrar su crédito en el esterior. Los armadores estranjeros han sido víctimas de todas las mudanzas, por la baja de los precios, las bancarrotas, la ecsajeracion de los jéneros y trabajo. Una embarcacion que permanezca tres meses en Puerto Luís sufre una ruina completa, y no hay beneficio de armamento que pueda hacerla frente, ni precios de flete que la compensen. Lo peor es que nuestro comercio no tiene carácter preciso; es francés por las simpatías y los recuerdos, y solamente inglés por la fuerza. Nuestros criollos piden únicamente artículos parisienses, y la ecsajeracion de las tarifas nos impide suministrarlos. Es preciso engañar, truchimanear ó arruinarse, pero para los comerciantes la eleccion no es dudosa.

« Sin embargo es de creer que algun dia nuestros negocios recobrarán una marcha mas decidida; pues la situacion de la Isla de Francia, su admirable puerto, y la fertilidad de su suelo prevalecerán sobre las necedades de los hombres. La naturaleza nada ha ahorrado en beneficio nuestro; ahora se trata solamente de no desperdiciar sus obras. Aquí pueden tocar los juncos chinos, las embarcaciones de Manila, los *ships* de la compañía de las Indias, los caïques de la Arabia, que vendrian á permutar los jéneros asiáticos contra los cargamentos europeos. El arroz, el mahon, el té, el azúcar, el coton, la pimienta, el cacao, el café, el jirofle, el añil serian suficientes para permutar con los productos manufactureros y territoriales de la Europa; por cuya causa si se hiciera de la Isla de Francia un puerto habilitado ó un bazar neutral, restableciérase el equilibrio y nacería la edad de oro comercial en un pequeño puerto del Océano Indio. »

Como yo no habia querido interrumpir el discurso de Verger, este hombre se habia enardecido gradualmente y acalorado hasta el entusiasmo. Habiendo entrado en mi pabellon copié este discurso. Pobre Verger! aun tendrá que pasar mucho tiempo sin ver realizada su utopia de puerto franco! En efecto, este proyecto es demasiado bueno paraque llame la atencion de la

diplomacia. Por la noche, me despedí de este escelente amigo, que llenó mi cartera de cartas de recomendacion, abrazé á mi amable huéspeda que casi derramaba lágrimas de ternura, y maté la noche haciendo los preparativos necesarios para el viaje. Á las tres de la mañana me hallaba ya á bordo.

Reinaba en todas partes el mas profundo silencio. Un grumete y un marinero izaron mi maleton, y me hicieron descender á la cámara donde me dormí sobre un canapé de bambú. A las nueve me desperté, y con la oscilacion de la nave conocí que estábamos navegando ya. La pequeña cámara en que á la sazon me encontraba era guarnecida por varias armas de toda especie, cuyo aparato, por cierto demasiado marcial para un transporte de bueyes, escitó naturalmente toda mi desconfianza. Habiendo subido al puente las ví aun en mayor número; la embarcacion era una goleta esbelta cargada de lienzo que surcaba las olas como un corsario: el capitan Jorje con el cigarro en la boca y su sombrero de paja bajado hasta los ojos parecia acechar la ocasion propicia de encolerizarse. «Diablo de Verger!» decia en mis adentros, cuando el jóven se dirijió hácia mí con la mas agradable sonrisa: «Señor, puede V. disponer como si estuviese en su casa, los pilotinos, los grumetes, el cocinero todo está á su disposicion. Permítame V. que le deje solo; los cuidados de la maniobra.....» Era aquello un mero pretesto, porque el buque estaba orientado; la brisa soplaba favorablemente, y de consiguiente no tenia que hacerse mas que dejar al buque andar á discrecion. Comprendí yo que aquel hombre queria evitarme preguntas, y me conformé. «Que diantre! añadí yo para asegurarme, no es posible que Verger me hubiese puesto en poder de un bandido. Durante estos cortos incidentes, la nave iba adelantando; la isla de Francia se iba ocultando insensiblemente en el horizonte y los elevados volcanes de Borbon íbanse engrandeciendo á nuestra vista. A las siete de la tarde anclámos en la rada de San Dionisio. A lo largo de la costa de Santa Susana viéramos desarrollarse los bosquecillos de jirofles y de cafés, campos de cañas dulces, y aun podíamos contar en la playa los negros que regresaban al seno de sus hogares despues de haber trabajado todo el dia.

CAPÍTULO X.

ISLA BORBON.

El viajero que observe San Dionisio desde la rada, lo verá sobre un anfiteatro de rocas, flanqueado en su derecha por la costa que va hácia Santa Susana, y en su izquierda por una alta y prolongada muralla basáltica bañada por el mar y terminada ante el golfo de San Pablo. Las casas de San Dionisio diseminadas en una meseta blanquean en medio de grupos de cocoteros, y á mayor distancia se ve una vasta anfractuosidad que determina el curso de la rambla llamada rio de San Dionisio, cuya embocadura está señalada por un lecho de morrillos (Pl. VIII. — 1).

Tres dias de tiempo me concedió el capitan Jorje para visitar la isla, que sin duda aprovecharia él tambien para dedicarse á sus impenetrables negocios. Al dia siguiente por la mañana me estaba ya aguardando una piragua con dos negros; en consecuencia salté en ella, y cuando me ví prócsimo á la playa á vista de aquel mar que se estrellaba contra los morrillos, y de aquel oleo bravío no sabia que hacer para desembarcar sin mojarme. Observé con sorpresa una especie de desembarcadero en el cual iban á colocarse las chalupas. Allí ajitadas por las olas confiaban sus mercancías y sus pasajeros al azar de una grua que les izaba á un puente volante construido con estacas y aventurado á unas veinte toesas del mar (Pl. VIII. — 2).

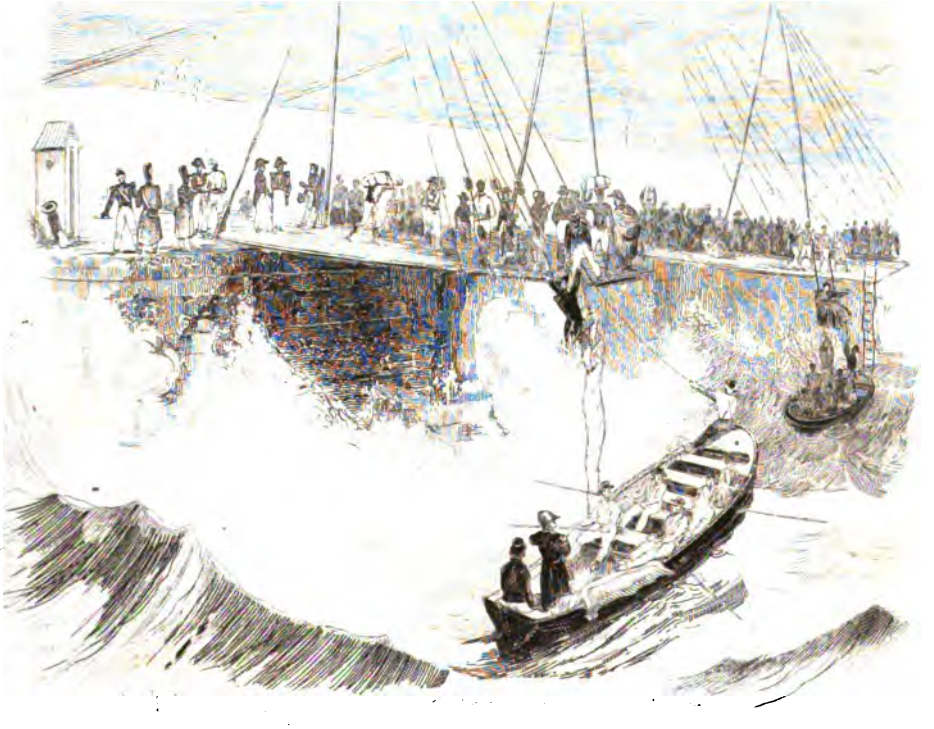
Varias veces se ha querido mejorar la rada abierta de San Dionisio por medio de un muelle. El Gobernador de la Bourdonnais fué el primero que mandó ejecutar grandes trabajos que arruinaron las primera mareas, y aun mas recientemente se habia construido un muelle al parecer muy fuerte que encajaba un ancon artificial; pero la obra de nuestro siglo no ha tenido mas consistencia que la del siglo anterior. Habituado á moverse sin obstáculo al rededor de las costas redondeadas de Borbon, arrastró el mar en el siguiente huracan al muelle y todas las embarcaciones que se fiaran á su proteccion. Desde entonces el movimiento convulsivo de las aguas ha arrancado hasta la base de aquel dique, y solo ha resultado otra línea de arrecifes en las aprocsimaciones del desembarcadero.

A medida que iba ecsaminando esta ingrata costa, aprocsimábame á ella sacudido por las olas, y obligado á engarabitarme al bordaje de mi piragua. Unas veces parecia que las aguas querian empujarnos hácia la playa con la rapidez del rayo, pero el reflujo nos hacia internar de nuevo en alta mar. Finalmente mis dos negros saltaron al agua, empujaron su embarcacion contra los morrillos, y uno de ellos cargándome sobre sus hombros me trasladó á la playa.

A primera vista y por medio de una simple aprocsimacion comprendí el motivo que impulsara á los Ingleses á conservar con tanto esmero la Isla de Francia, al paso que no aplicaban tanto conato en guardar la de Borbon, la que hubieran podido adjudicarse igualmente en el escandaloso

1. St. Denis, Ile Bourbon

1. S. Dionisio, Isla Borbon.



2. Débarcadère de St. Denis

2. Desembarcadero de S Dionisio.

de Sainson del.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

pillaje de 1814. La Isla de Francia escotada por pequeños golfos, con su Puerto Luís, y su Gran Puerto que podria suplir la falta de aquel en caso de necesidad, era una estacion segura y un punto de recalo propicio á las embarcaciones; pero Borbon no era mas que una costa abierta, batida por las olas, devastada por el viento, y únicamente célebre por siniestros acontecimientos, de suerte que aun cuando en la actualidad, despues de una paz de diez y ocho años, se pesaran por una parte todas las ventajas de esta posesion y por otra las pérdidas á que nos espone, es de creer que la balanza no se inclinaria en pro de mas largo patronazgo.

La isla Borbon y la Isla de Francia con los islotes de Rodrigue y de Corgados, forman el archipiélago de los Mascareñas, del nombre del Portugués *Mascarenhas* que fué su descubridor.

«La Isla Borbon, dice Mr. Bory de Saint-Vincent, parece enteramente compuesta de dos montañas volcánicas, cuyo oríjen se remonta sin duda á dos épocas sumamente distantes una de otra. En la parte meridional que es la mas pequeña, los fuegos subterráneos ejercen todavía algunos estragos; pero la del N. es mucho mas estensa; las erupciones volcánicas que antiguamente la trastornaran no se conocen ya en ella. Algunas hondonadas ó vallecillos, rápidas corrientes limitadas por malecones perpendiculares, montecillos al parecer lanzados en estos valles á cuyo curso son un obstáculo, prismas basálticos dispuestos muchas veces en columnas regulares, cual en la isla de Staffa, capas de lavas muy variadas, profundas hendeduras, indicios de un trastorno jeneral; todo parece manifestar las mas antiguas y terribles revoluciones físicas. La playa estrecha, interrumpida en algunos puntos, se compone solamente, como en Tenerife, de algunas lavas desprendidas ó de morrillos basálticos arrastrados por las lluvias á la orilla del mar. En ningun punto se encuentra verdadera arena, pues lo que impropiamente se designa con este nombre se compone de fracmentos calcareos y cuerpos marinos arrojados por las olas á la playa donde presentan en pequeño la coleccion de todas las lavas de la isla que el movimiento de las olas ha reducido en partículas redondas muy pequeñas, de un aspecto azulado y pizarreños.»

Los habitantes de la isla Borbon la han dividido en dos partes distintas, á saber: la parte de *barlovento* y la de *sotavento*. La primera que parte de la derecha de San Dionisio, contornea al E. comprendiendo los arrabales de Santa María, Santa Susana, San Andrés, San Benito y Santa Rosa; la segunda, á la izquierda de San Dionisio, comprende los arrabales situados al O.; San Pablo, San Leu, San Luis, San Felipe, San Pedro y San José. Entre estas dos rejiones litorales elévase el País-Quemado, que es la parte mas elevada y volcánica de la isla, rejion fria y menos productiva señalada por el Pico-de-las-Nieves, el morro des Salazes, el llano des Chicots y una multitud de picos y mesetas secundarias. La parte de barlovento es la mas risueña de Borbon, pero la de sotavento pasa jeneralmente por la mas rica, aunque menos abundante de riego. La primera se eleva en suave declive desde la orilla del mar hasta el centro de la isla, es templada por las perpetuas brisas y cultivada con esmero, y su aspecto es algo parecido al de nuestras provincias meridionales. El paisaje, rico y fecundo á la vez, es variado por algunos campos de espigas mecidas por el viento, pimpollos de odoríferos jirofles, bosques de cafés, y llanuras de cañas dulces. Sin embargo, en toda esta parte del litoral de la isla batido muchas veces por el furor de las tempestades que lo riegan por medio de una lluvia salobre, se ha observado que los productos, como el azúcar y el café, adquieren un sabor alcalino que no se reproduce en los jéneros situados á sotavento. San Pablo y San Leu suministran cafés superiores á los de San Dionisio y Santa María. En San Leu se encuentra el gran depósito donde los propietarios de las tierras situadas á sotavento almacenan sus cosechas.

Al visitar el País-Quemado se reconoce fácilmente que la isla es un producto volcánico. A primera vista se ven ya dos cráteres principales; el de la montaña del Grueso-Morro situado al N. estinguido desde largo tiempo, y el de Pico-de-Hornaza situado al S. E. que arde todavía. Varias veces ha habido jeólogos y naturalistas que han esplorado estos ignívomas cúspides: Mr. Bory de Saint-Vincent los ha visitado por tres veces, y la ciencia le debe su descripcion completa. En el Pico-de-las-Nieves, solitario y árido, percibió entre los fracmentos areniformes de las lavas la huella de un pie humano, que probablemente seria de algun negro fujitivo que viniera á recobrar la libertad en los últimos límites de nuestra atmósfera. Al dejar el llano por los terrenos elevados, se ven el café, el moscadiero, el jirofle reemplazados por el vaquois, árbol precioso cuyas hojas sirven para la fabricacion de las esteras de embalaje, y por el sagú cuyo fruto es muy estimado en las mesas criollas. A seiscientas toesas empieza la rejion de los Calumets, especie de bambú de majestuoso aspecto, que se eleva á una altura de sesenta pies á manera de lechuga. En toda la lonjitud de su rastrojo flecsible se ven verticilos continuamente ajitados por la brisa. El único árbol importante que se encuentra ademas es una mimosa ho-

terocia, cuyas hojas muy semejantes á las del sauce, están mezcladas con otras recortadas como las de las mas elegantes acacias. En la rejion mas superior inmediata, la naturaleza varía enteramente su aspecto; las rocas anfractuosas están cubiertas solamente de algunos matorrales, y en su base vejetan únicamente ríjidas gramineas, verdeantes brezos y algunos musgos humildes. Al través de todas esas producciones descuellan fracmentos de lava azules, grís y encarnados que indican con bastante evidencia que la raíz de esta verdura se nutre en un horno.

La superficie de la isla Borbon se evalúa jeneralmente en unos 170.794 héctares. Su lonjitud de N. á S. es de catorce leguas, su latitud es de nueve á diez, y su circumferencia de cuarenta y ocho aprocsimativamente. La isla tiene forma elíptica y henchida de una concha de tortuga. Los cúspides de sus montañas mas altas son cubiertos de nieve durante una parte del año: el Pico-de-las-Nieves tiene 1600 toesas de elevacion. Un tropel de riachuelos, vadeables en el verano pero furiosos en la estacion de las lluvias, descienden de las montañas encajados al parecer en las rocas. Esta isla permaneció desierta por mucho tiempo, aun despues de haberla descubierto los Portugueses. De Pronis, y despues Flacourt tomaron posesion de ella en 1653 en nombre de los reyes de Francia, que la cedieron á la compañía de las Indias en 1767. Conquistada en 1610 por los Ingleses, volvió á nuestro poder por la paz de 1814. La introduccion del café en Borbon data de 1718; los primeros plantíos fueron transportados de Arabia y prosperaron en este suelo vírjen y fecundo; pero en 1806 se levantó un violento huracan que destruyó una gran parte de ellos, y en consecuencia fueron substituídos en varios puntos por las cañas dulces, las cuales han hecho desde aquella época tan considerables progresos, que actualmente cosecha la colonia 18,000.000. kilógramos de azúcar por 700.000. kilógramos de café. Por lo comun fondean anualmente en las radas de la isla de doscientas á doscientas cincuenta embarcaciones, la mayor parte francesas, y segun el cálculo mas reciente las importaciones ascienden á 7,000.000 de francos, al paso que las esportaciones á mas de 10,000.000. El mando superior reside en un gobernador ausiliado por tres jefes de administracion enviados todos de la metrópoli; un consejo privado y otro colonial estan encargados de deliberar y votar el presupuesto interior. La justicia es administrada por tribunales de paz, un tribunal de primera instancia, un juzgado real, y dos de assises (1). Segun datos muy ecsactos, la poblacion consiste en 1000.000 individuos, de los cuales los 28.000 son libres y los 72.000 esclavos.

No bien hube desembarcado en San Dionisio, cuando me presenté en casa de uno de los corresponsales de Verger, el cual no viéndome en disposicion de hacer allí muy larga mansion, quiso servirme él mismo de *ciceroni* en un ecsámen rápido y snmario. Partímos del muelle para ir á la ciudad alta, caminando por algunos momentos á lo largo del rio, cuyas riberas presentaban al observador curiosos puntos de vista. (Pl. VIII.—3). San Dionisío es una verdadera aldea cuyo aspecto es triste, árido y despreciable. Sus muelles, tan animados en todas las colonias, son desiertos, y la única construccion que ecsiste en ellos es un gran tinglado llamado *Bancassal*. Hácia el propio lado, y á alguna distancia de una batería se halla el palacio del gobernador, cuya parte inferior es de piedra y el resto de madera. La antesala y las dos alas del edificio le dan una apariencia muy superior á su realidad. Hácia el centro de la ciudad se encuentran, entre una multitud de casas mezquinas, algunas de madera, aseadas y bastante agradables cuyas calles estan sin empedrar. A la izquierda de la altura se ve una prolongada hilera de árboles que indica el mas bello arrabal de San Dionisio, cuya avenida, guarnecida en ambos lados de elegantes habitaciones, termina en el Jardin-del-Rey, reputado por los habitantes como una de las maravillas de su isla. El colejio, la audiencia y la iglesia completan la lista de los monumentos públicos de San Dionisio.

Con unos establecimientos tan poco imponentes y por otra parte tan mal situados, no es estraño que la capital de la isla Borbon vea su supremacía disputada todos los dias. Su rival mas encardizada, San Pablo, tiene abierto siempre el pleito, y hace prevalecer sobre San Dionisio la superioridad de su fondeadero, su situacion llana y su posicion al abrigo de los huracanes. Por una de esas fluctuaciones habituales en todos los objetos contestados, habia llegado recientemente una órden de la metrópoli para terminar la diferencia por medio de un armisticio que atribuía á San Pablo la residencia de los tribunales judiciales, y á San Dionisio la residencia de las autoridades civiles y militares; pero las representaciones de la localidad desposeída han sido tan vivas, y sus recriminaciones tan amargas, que ha sido presiso restablecer las antiguas disposiciones.

Para ir de San Dionisio á San Pablo, se sigue un camino ó mas bien una rampa situada

(1) Término que no tiene equivalencia propia en nuestra lengua, y que corresponde á los tribunales estraordinarios que se convocaban en Francia para sentenciar ocasas criminales.

3. Pont de la Rivière des Galets.

3 Puente del Rio de los Morrillos

4. Madécasses en 1656.

Pl. VIII.

PITTORESQUE
PINTORESCO

4 Naturales de Madagascar en 1656

NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

en la pendiente de unas montañas elevadas y entellada casi enteramente en la peña viva, cuya construccion es tal vez demasiado magnífica y costosa para una colonia que tiene necesidad de tantas creaciones mucho mas útiles. San Pablo tiene ciertamente algunas razones para envanecerse de ser mas agradable á la vista que la capital; pues desde la rada, lejos de ofrecer aquel cuadro salvaje y árido que presentan los montes volcánicos de San Dionisio, ofrece un anfiteatro de arboladas prominencias, de las que se despeñan algunas cascadas, á cuyo pie se estiende la ciudad con su canal orillado de árboles y sus lindos edificios alineados en la playa, de suerte que, aun prescindiendo de toda prevencion local, no hay duda que á primera vista el Europeo preferirá la mansion de San Pablo á la de San Dionisio.

En la isla Borbon las concesiones territoriales están muy mal determinadas, pues en vez de fijar la estension del terreno por medio de una medida constante, solo especifican vagamente que las tierras situadas entre estas y aquellas torrenteras, ó bien entre tal punto de la montaña y el mar, constituyen la propiedad de fulano. Pero semejantes lineas de demarcacion son ciertamente muy instables, porque los rios que en la estacion lluviosa están sujetos á variar su curso, arruínan muchas veces una parte de las tierras por medio de sus inundaciones, y causan una despreciacion considerable en las propiedades sin contar los interminables litijios que de ahí resultan. Para hacer apreciar la utilidad de una ecsacta limitacion, basta decir que las haciendas mesuradas y circundadas de mojones tienen un valor doble del que tenian antes de esta operacion.

El cultivo de las tierras de la isla Borbon, del propio modo que en la isla de Francia, pesa enteramente sobre los negros esclavos. De esta suerte se distinguen con facilidad las diversas razas que pueblan la isla vecina, el Yolof con su talle esbelto y gracioso, el intelijente Malache y el robusto Mozambique; pero desde algunos años á esta parte la vijilancia de la estacion marina ha paralizado el tráfico y se ha temido que las rancherías no tuviesen que sentir la falta de brazos. Privados los colonos de negros africanos pidieron brazos libres en la península de la India, cuya tentativa produjo unos resultados de los cuales da cuenta Laplase en estos términos:

«En los establecimientos franceses de esta costa, encontráronse algunos Indios que, por medio de una suma mensual bastante módica, se obligaron á trabajar por espacio de algunos años en las haciendas de Borbon. Bien que animados por la decidida proteccion del gobierno, los primeros ensayos no fueron muy felices, porque los reclutamientos eran poco numerosos entre hombres de diferente religion; esclavos de preocupaciones y enemigos del trabajo y de la espatriacion. Sin embargo no eran estos los únicos obstáculos que se presentaban en la colonia; pero la prudencia y la sagacidad de las autoridades los fueron superando gradualmente. Los pobres emigrados se vieron convertidos en objeto de una activa solicitud, bien tratados, pagados con ecsactitud por sus nuevos amos, y su porvenir puesto al abrigo de las continjencias y vicisitudes tan comunes en todos los negocios y que obligan á las rancherías y esclavos cambiar de propietario; finalmente estos Indios se hallaron en estado de transmitir á sus familias algunas noticias, juntamente con el fruto de sus sudores.

«Tantos cuidados y tanta ecsactitud en las promesas eran por cierto acreedores á la confianza de los nuevos cultivadores. En efecto, presentáronse estos en gran número en los edificios espedidos de la colonia, y los mercaderes hicieron con ellos sus especulaciones. Indio alguno pudo ser embarcado sin la certificacion del gobernador del establecimiento francés donde viviera hasta la sazon.

«Yo he encontrado á los colonos muy satisfechos de sus trabajadores; y aunque estos no son tan fuertes y tan robustos como los negros, pero en cambio son muchos mas dulces, solo beben agua, jamás se ausentan de sus ocupaciones, y tampoco son inclinados al hurto; al paso que los negros son jeneralmente borrachones, perezosos, disolutos y andariegos.

«Hasta el dia ha sido casi imposible decidir á los Indios á conducir sus mujeres consigo, de suerte que solo regresan á su patria con el dinero que han ganado al llegar el término de la contrata; pero como muchos de ellos son llegados de nuevo, es de esperar que al fin se podrá superar esta repugnancia, y que acabarán por establecerse en la colonia.»

Los usos, las costumbres, el alimento de los criollos de la isla Borbon conservan sobrada analojía con los de los criollos de la Isla de Francia paraque haya alguna utilidad en hacer abolir algunas cosas que los separan y son siempre costumbres francesas con mas abandono en la isla de Francia, con mas reserva en la isla Borbon. Se ve que en esta última posesion, el roce con la Europa no ha podido todavía civilizar todas las asperezas del carácter criollo; los plantadores son en jeneral ásperos como sus montañas y sombríos como sus huracanes. Pero estos defectos solo ecsisten en la corteza, pues el fondo de ese áustero esterior entraña virtudes dulces y hospitalarias.

Iba á espirar ya el término fijado á mi permanencia. y el capitan Jorje no era hombre con

el cual pudiesen gastarse chanzas. En consecuencia despedíme de mi huésped y llegué al desembarcadero en un momento en que soplaba un viento fresco. Ya se iba á izar el fatal pabellon azul, signo prohibitivo que indica que debe cesar la comunicacion entre la rada y la ciudad. Los puentes volantes estaban enteramente llenos de jentío, tres ó cuatro chalupas se apresuraban á desembarcar sus pasajeros, aquí se izaban señoras en un sillon, allí se encaramaban oficiales de marina por una escalera de cuerda que el peso de su cuerpo hacia vacilar (PL. VIII.—2). Temiendo zozobrar en la rada, aterréme por una cuerda y caí en una piragua que se internó en el mar. Varias veces metióse este en nuestro débil batel, y no sin alguna pena pude alcanzar el bordo del *Sol*. « Ah! héos acá, díjome el misterioso capitan; á nadie aguardábamos mas que á V. » Al momento mismo dispuso la maniobra del aparejo. Mojado enteramente de pies á cabeza, descendí á la cámara.

Dos horas despues, cuando subí al castillo de popa, un viento S. E. nos impelia reciamente hácia Madagascar. Aunque el tiempo era caprichoso y sofrenado, sin embargo el capitan del *Sol* recibia los chubascos con todo su velámen. Los perroquetes estaban afuera y caminábamos doce nudos (cuatro leguas) por hora. Yo no osaba hablar, pero al ver los altos mástiles encorvarse á manera de cañas, al aspecto del cataviento que se ponia tieso amenazando al cielo, *in petto* hacia votos paraque nuestro capitan se encasquetase ir mas despacio. Con todo parecia que no pensaba mucho en su buque; sentado en un banco de guardia jugaba con un perro de caza, cuando le ví levantarse súbitamente cual sorprendido por alguna aparicion, tomar su anteojo de larga vista y encararlo al mar. « Maestro Leroux! esclamó con voz de trueno. — Ay, ay! » respondieron desde la proa. — Bueno, decia yo allá en mis adentros, seguramente no le gusta el tiempo. — Maestro Leroux! haz izar las barrederas por babor! — Haz izar las barrederas! — Misericordia! las barrederas por tal brisa! Diablo de Verger en haberme confiado á semejante corta-pescuezos! Indigno! » Yo no pude contenerme y aprocsiméme al capitan Jorje. « Capitan, el viento sopla con mucha fuerza, dije, no sabiendo con que empezar. — Aun no lo suficiente, caballero, es preciso que continúe hasta la noche. » Y continuaba mirando con su anteojo hácia el horizonte. Yo estaba turbado por aquella sangre fria, y no encontrando espresion alguna para mis temores, tendí solamente sobre el velámen, el mar, el cataviento una mirada piadosa y significativa, mas él llegó á comprenderme. « Caballero, me dijo con una seriedad amigable, mire V. en frente; allí, allí (pasábame su anteojo) Ve. V.! — Sí, como una punta de alfiler. — Es una embarcacion, caballero, una corbeta de la estacion, un buque del Estado. — Y! qué importa? — Mucho, quizás todo, de él pende mi fortuna, mi vida, mi honor. Escuche V., prefiero confiarme á su lealtad que esponerme despues en Tamatava á indiscreciones involuntarias. La goleta en que navega V. es un negrero. *El Sol* nunca se ha dedicado á otro jénero de comercio. » Yo me espeluzné. « Puede V. estar descansado, á estas horas vamos con toda seguridad, pues tenemos patente para correr esos mares y somos una embarcacion honrada y respetable con escelentes papeles de bordo y matrículas rubricadas cual corresponde. — Pues en este caso, á qué fugarse con riesgo de desarbolar? — Paraque pierda nuestros vestijios. No bien salidos de San Dionisio, he hecho un recoveco que ha burlado al crucero, de modo que cree que mi rumbo es hácia el fuerte Delfin. Si él marcase un nuevo rumbo, lo tendríamos en persecucion nuestra hasta los atracaderos donde haria frustrar mi tráfico: con veinte y cuatro horas delante de mí solamente, salgo garante de este viaje. » Continuaba interrogando á aquella línea negra que despuntaba casi imperceptible sobre el nivel del Océano. — Nosotros somos mas bajos que él, no nos ha percibido y su derrótero lo va alejando. Despues de estas palabras proferidas entre paréntesis, continuó con mas tranquilidad sus confidencias. « Vamos; caballero, mas bien debemos compadecernos que vituperarnos, puesto que es muy triste y miserable nuestra vida. » Insensiblemente su tono era mas grave, y continuó: Yo habia nacido para obrar mejor, y para esto bastaba únicamente haber venido veinte años mas pronto. La guerra marítima, hé aquí mi pasion; la vida de corsario, cuando este papel era tan bello, tan heróico para nosotros; cuando en veinte lances teníamos diez y nueve de naufrajios, de prision ó de muerte; la vida de corsario cuando el Inglés reinaba en los Océanos, cuando dejábamos corromper nuestros bellos cascos de navíos; oh! ojalá lo hubiese apreciado, comprendido, idealizado! Hubiérase hablado de mi pequeño *Sol*; oh! sí, se hubiera hablado de él. Hubiérase asido en los flancos de un grueso Inglés cual espadarte en el vientre de la ballena, cual insecto en la grupa del leon, lo hubiera mordido para meterle el dardo. Pero el oficio ha parecido; y hacerse capitan mercante, con un armador á su alcance, con un mal esqueleto bajo los pies; disputar algunos liares (1) sobre el precio del flete, sobre la compra de los azúcares ó sobre la venta de los vinos, firmar conocimientos, rotular facturas, arrimar sacos, fardos,

(1) Moneda de las mas pequeñas de Francia, aun menor que un ochavo castellano.

balones y barricas, todo esto me causaba suma repugnancia; todo lo hubiera preferido á esa ecsistencia trivial, todo: mas vale ser negro marron que capitan mercante. No pudiendo ser corsario, me he hecho negrero, vaya el uno por el otro. Es una vida muy dura, se lo repito.» Estaba yo impresionado; percibiólo él, y sin aguardar mi réplica, dijo: «Algunos años ha, el tráfico nos producia montones de oro, los gobiernos nos dejaban casi tranquilos, y las colonias se hallaban por ello en muy buen estado. Actualmente todo se vuelve contra nosotros; cruceros, ajentes coloniales, espionaje, alta y baja policía. El comercio de los negros, casi tolerado en otros tiempos, solo puede hacerse en medio de peligros innúmeros. El contajio filantrópico ha alcanzado hasta las razas africanas; el último soberano de Madagascar, Radama, jefe de los Hovas, ha prohibido el tráfico. Pues bien! desde que se ha hecho tan dificultosa, esta vida me gusta; tengo mucha aficion á luchar, combatir, saberme conducir á la vista de un peligro; prefiero la tempestad en el mar, en los surjideros deseo los cañones asestados y las balas que silvan. Mi destino es de fallecer jóven, y cuento en ello. Entretanto nada paso por alto; emociones de mujeres, juegos, mesa, todo lo ecsajero á fin de cansarme de ello y no causarme una desazon.» Despues de esta salida, el semblante del capitan, hasta entonces animado, recuperó su espresion desdeñosa y sardónica. «Despues de esto yo no soy para lamentar. Vea V., nosotros vamos en algunos dias á informarnos; mi corredor de negros estará allá con su contraseña y una cita en una ensenada de la costa inaccesible á los cruceros. Allí encontraré yo cien esclavos de ciento cincuenta á ciento veinte piastras cada uno. Desembarcaré por la noche, los contaré, los visitaré, los pagaré, los embarcaré, y al dia siguiente por la mañana, nos hallarémos en alta mar cubiertos de velas y cargados de botin. Es muy glorioso el instante en que se puede arrojar el guante al crucero y hacerle quebrar un alto mástil en una caza inútil. Despues vendrá el momento mas crítico aun del baradero con cargamento de carne humana. En cada morro, en cada pico, hay ojos que nos están acechando, y para burlarlos es forzoso calcular de antemano cual será la noche mas obscura, cual la caleta mas desierta, cual la habitacion mas propicia. Todo esto solo se consigue con un instinto seguro y una ojeada de águila. Cuantas veces, á dos leguas de una distancia de corbeta que venia á mis alcances á toda vela, he calculado tener tiempo suficiente para vaciar mi sentina y dejarla sin pruebas de un hecho consumado á su vista! cuantas mas he arrojado al agua mi lastre de hombres para salvar la nave, no pudiendo salvar las mercancías? En nuestro oficio, caballero, lo imprevisto es quien domina; la esperiencia es lo que menos aprovecha, porque no hay hora alguna que se parezca, ningun viaje tiene semejantes incidentes y el jenio del jefe debe ser enteramente de inspiracion.»

Esta conversacion me familiarizó con el capitan. Desde entonces comprendia cuanto se me presentara envuelto bajo el velo del misterio, y sus confidencias provocaron las mias. Así que dentro los pocos dias que me hallaba á bordo del *Sol* nació entre nosotros una intimidad cuya imájen me es siempre sumamente grata. A 3 de febrero por la tarde, casi con cierto pesar vi dibujada la vasta cordillera que indica la situacion de las costas de Madagascar.

CAPÍTULO XI.

ISLA DE MADAGASCAR.

A 4 de febrero, fondeó *el Sol* en Foulepointe. No bien hubo amarrado el áncora, cuando el capitan Jorje saltó en el bote y bogó hácia la *Punta de los Bueyes*. La playa que se estendia ante nosotros con arenales negros y un tinte casi metálico terminaba en una aldea de cuatro á quinientas casas de agradable aspecto. Elevábase á la derecha una pequeña batería, y á la izquierda un brazo de mar bastante angosto detrás del fuerte principal. Las piezas de esa fortificacion dirijidas sobre la rada podrian en caso de necisidad dirijirse contra la aldea. A mayor distancia habia el fuerte defendido por un triple recinto de bosques y conteniendo en sus troneras algunas piezas de artillería ó mas bien pedreros de una libra de calibre, con corta diferencia.

El capitan solo permaneció en tierra por espacio de una hora, y apenas hubo saltado de nuevo á bordo, mandó el aparejo. Cuando *el Sol* se hubo hecho á la vela, se me acercó y me dijo: «Los Franceses se han estrellado en este bicoque. Tres fragatas no han podido conquistarla, mas yo con mi goleta sola la hubiera tomado.» Narróme sumariamente la campaña de la *Terpsícore*, *Nièvre* y *la Cheurette*, acerca la cual tenia yo mas noticia. Durante su relacion, íbamos adelantando camino, y reconociendo la Isla-de-las-Ciruelas antes de echar el ancla ante Tamatava. Esta aldea ofrecia entonces un aspecto inaudito de devastacion. El fuerte que la domina está arado en todos sentidos, cual obra batida en brecha por largo tiempo; era un vestijio de la reciente guerra de los Franceses contra los Hovas. A 18 de octubre, Tamatava habia sido ocupada á viva fuerza por la division naval y el incendio del almacen de pólvora habia hecho saltar sus atrincheramientos.

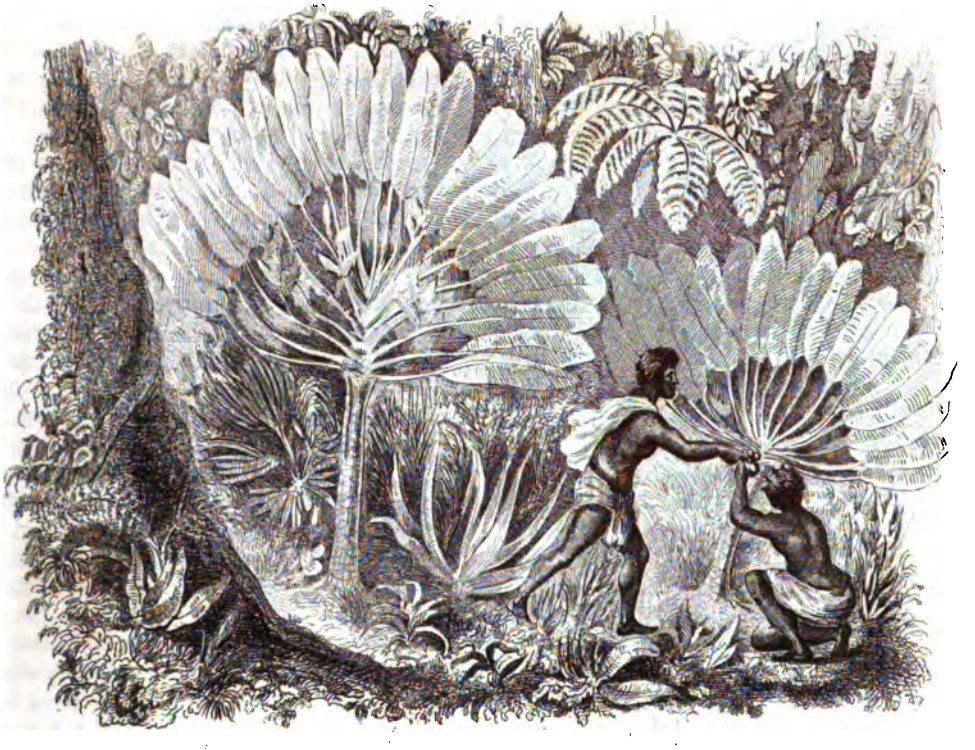
La yola del capitan Jorje me condujo á la orilla donde nos despedímos, pues él debia volver-

se aquella misma tarde. Confióme á un tal Mr. Bellemine mulato de la Isla de Francia y grande ajente comercial de los buques costeños de Puerto Luís. Este hombre no hizo mas que cambiar algunas palabras con el capitan, pero comprendí que eran decisivas. Cuando Jorje se hubo ya hecho á la vela, nos dirijimos á su casa adonde llegámos escoltados de algunos naturales, unos negros, otros aceitunados y un corto número casi blancos. El traje de los negros consiste en un *sadik* ó pieza de tela blanca destinada á cubrir la parte inferior del cuerpo y la que fijan en torno los muslos figurando una suerte de pantalon; y un *seimbouc*, otra pieza de tela azul con la que se cubren casi á la romana. El rostro de aquellos naturales está dotado de todos los caractéres del tipo africano; los ojos vetados de sangre, los labios anchos y entumecidos, la nariz chata, los carrillos salientes, los cabellos cortos y lanosos bien que divididos en seis trenzas que caen desde la frente hasta la nuca (Pl. IX.—4). Al pasar por frente el campo árabe, vímos muchas familias de Seclavos, indíjenas de descendencia asiática, establecidas en Madagascar desde tiempo inmemorial y dedicados con preferencia al comercio. Los hombres van vestidos á poca diferencia como los negros; su tinte es solamente bronceado, sus facciones tienen aquella finura y regularidad árabes, y sus cabellos son tersos y largos. Las mujeres se los trenzan á lo oriental por medio de prolongadas madejas que flotan hasta sus lomos, y todo su vestido se reduce á un pedazo de guinea (Pl. IX.—3).

En poco tiempo visité el país, y consulté mi huésped para saber de que modo podria proseguir mi camino hácia la India. Una proporcion para la India era casi un azar en Tamatava, y así Mr. Bellemine me aconsejó fuese á Santa María donde podria hallarla con mas facilidad, y como al dia siguiente por la mañana debia partir un barco costeño para Pointe-Larrée, me embarqué en él como pasajero. Desembarcado en ese punto á la sazon gobernado por Corollaire, príncipe de los Betanimenes, mulato nacido de una Málgacha y un oficial superior de la artillería francesa, aconsejóme el ajente francés que no permaneciese allí por mucho tiempo, á causa de las hostilidades siempre pendientes entre las tropas francesas y Ranavala, reina de los Hovas. Aprovechando pues un armisticio que reinaba todavía, resolví ir por tierra á Tintinga donde formáramos recientemente un establecimiento militar. Dos guias negros de mucha confianza me acompañaron en este camino entrecortado de anchurosos arroyatos y profundas marismas en la que nos llegaba el agua hasta el pecho. De trecho en trecho mostrábanse algunas oasis de tierra firme cubiertos de árboles y malezas muy abundantes de caza. Veíanse á millares las meleagras, las tórtolas, las codornices, las mirlas, los pichones verdes y azules. Los estanques abundaban igualmente en patos de todo jénero, garzas reales y gallinetas, de suerte que hubiera podido hacerse una caza prodijiosa. Hácia el mediodia, mis dos guias hicieron alto en un soto de palmeras donde tomámos una cena frugal compuesta de algunas provisiones y algunos frutos cojidos de los árboles. Reducido á beber agua, iba á buscarla en el vecino lago, cuando uno de mis negros me detuvo. « No es buena, Mosié, me dijo, aguárdese V. un poquito. » En seguida miró á nuestro derredor ecsaminando los árboles de las cercanías. Algunos minutos despues me hizo la señal de que fuese á él, pues habia encontrado un ravenala llamado tambien el árbol del viajero; arrancó una hoja á la que dió forma de copa y por medio de una profunda muesca hizo nacer del tronco un agua límpida y fresca que saboreé con una especie de sensualidad. El manantial era tan abundante que mis dos negros bebieron asimismo de él sin agotarlo (Pl. IX.—2).

A algunas millas de distancia entrámos en una selva prodijiosa cuyos árboles colosales lanzaban al aire una cúpula de verdura, mientras por debajo los grupos de cocoteros formaban una segunda bóveda festoneada de bejucos que echaban de una á otra rama sus guirnaldas de hojas y de flores. En la espesura de esa selva tuvímos una viva alarma; atravesábala una partida de Hovas, cuyo oficial iba á su frente con uniforme encarnado y charreteras hechas al estilo inglés. Chapurreaba algunas voces francesas, y todo lo que pude comprender de él, se redujo á aconsejarme que acelerase mi viaje por cuanto iba á espirar el armisticio. Algunas horas despues atravesé el riachuelo Fandrase y tomé asilo en nuestro establecimiento militar de Tintinga. Era esta una lengua de tierra que se internaba en el mar, defendida por una empalizada de bastiones sostenida por un grueso zarzo de césped y ramas de árboles. Cinco bastiones flanqueaban el reducto principal; algunos fosos circundaban el recinto, un puente levadizo aseguraba las comunicaciones con el interior, y varios caballos de frisa, muy consistentes y acerados defendian el acceso de los muros. El espacio incluido entre el mar y el atrincheramiento era cubierto de casas en que estaba alojada una guarnicion francesa de unos 400 hombres (Pl. IX.—5).

En su recinto enteramente militar, Tantinga solo podia ofrecerme una corta hospitalidad. Al dia siguiente embarquéme para Santa María en un aviso de guerra, y aquel mismo dia fondeámos bajo el islote fortificado que domina la bahía. En Santa María, actualmente capital de los



2. Arbre du Voyageur.

2 Árbol del Viajante.

3. Vue de Tintingue.

5 Vista de Tintingo

Y K
LIBRARY
ATION

establecimientos franceses en Madagascar, resumí mis impresiones acerca de esta isla completándolas con todas las nociones históricas recojidas sobre cada uno de sus puntos y en especial los preciosos trabajos de Mr. Ackerman, cirujano en jefe de nuestra marina militar en estas posesiones. En primer lugar quise visitar en persona los dos establecimientos agrícolas fundados por MM. Albran y Carayon, el uno en la estremidad meridional de la isla en Ancarenne plantado de cafés y jirofles, el otro en Tsaraac situado en el N. de la isla, destinado con especialidad al cultivo de la caña dulce, vasta hacienda, con hermosos edificios y almacenes, con algunos canales y un molino en actividad en la corriente de un rio. Estos dos ensayos podian determinar el partido que la Francia sacaria de Madagascar si practicase su colonizacion con un plan seguido y suficientes medios de realizacion. Empero, durante dos siglos hemos despreciado nuestros derechos sobre algunos puntos de esta isla, y fundámos en ellos, á mucha costa, algunas escalas de comercio y de navegacion para abandonarlas en seguida. Seria ya de desear que la esperiencia de lo pasado aprovechase para las tentativas futuras, y no será inútil narrar tan gran número de abortos, si la relacion determina para el porvenir algun resultado mas duradero y fructífero.

En 1642, es decir, ciento treinta y seis años despues de su descubrimiento verificado por el Portugués Lorenzo Almeida, fué ocupada Madagascar por el señor de Pronis, ajente de la Compañía francesa de las Indias en virtud de una concesion otorgada por Luís XIII. Sin embargo los antiguos habian ya tenido conocimiento y frecuentado esta isla, antes que la navegacion por el Cabo de Buena Esperanza revelara á los Europeos la ecsistencia de la misma. Ella puede reclamar su parte correspondiente en las tradiciones llegadas á los Griegos y Romanos sobre esta inmensa Taprobana, « tan remota en el mediodia, dicen las antiguas relaciones, que no se observaban en ella y la Osa ni las Pléyades, y en la que parecia salir el sol por el lado izquierdo. » Estos rasgos, no menos que las dimensiones y el gran lago situado en el centro de la isla, convienen á Madagascar; al paso que las latitudes indicadas por Ptolomeo se aplican á Sumatra, y todas las demas circunstancias nos conducen á Ceylan. Nadie duda ya que desde aquellos tiempos en que los datos jeográficos llevaban el sello de la incertidumbre, los Árabes han visitado Madagascar antes y despues de Mahomet. La raza de los Seclavos, que puebla el N. de la isla, es evidentemente oriundo de Árabes, y todas las tribus blancas deben de haber venido del continente de Asia. La historia de los Califas sucesores del Profeta habla tambien de una guerra de unos catorce años, sostenida hácia los 880 de nuestra era, contra los pueblos de Zanguebar, desembarcados á millares en el Irak y el Yemen. El Zanguebar se halla frente de Madagascar y paraque las tribus africanas pudiesen venir de tan lejos á atacar los pueblos del Islamismo, era preciso que algunas relaciones hubiesen causado esta obstinada lucha.

Sea como fuere, cuando de Pronis despues de haber esplorado toda la costa, desembarcó cerca Manghefia ó puerto de Santa Lucía; Madagascar se fraccionaba en provincias independientes unas de otras, pobladas por distintas tribus y sujetas á diversos jefes. Manghefia, donde se ensayó aquel primer establecimiento, ofrecia algunas ventajas; un puerto abrigado contra los vientos marinos por la pequeña isla de Santa Lucía, un anchuroso riachuelo que corria entre praderías y arrozales, en fin las cercanías de altos bosques llenos de madera de construccion. Pero un grave inconveniente anuló pronto todas esas ventajas; la fiebre diezmó las filas de los colonizadores, y cada refuerzo de hombres que llegaba de Francia ofrecia un nuevo pasto á este azote. Entonces fué cuando se decidió trasladar el local francés á la Península de Tholangar situada á los 36° 6' S. Fundóse en aquel punto el fuerte Delfin, y en una meseta que dominaba la rada se erijió un fuerte en forma de paralelógramo. En seguida se procuró entablar algunas relaciones con los naturales: el rey de la comarca, Dian-Ramasch, prestóse á la nueva colonizacion, pero las violencias de los Europeos indispusieron á los Malgaches y nos crearon obstáculos para el porvenir. Ocupóse de Pronis de los medios de realizar una rápida fortuna mas bien que asegurar al establecimiento sucesos prósperos y duraderos. En vez de canalizar el rio Fanshere que corria á dos leguas de allí y unirlo con el vasto lago de Ambula, prefirió hacinar negros á viva fuerza para venderlos á Vandermester, gobernador de la isla Mauricio. A estas causas de desavenencia con los indíjenas mezcláronse divisiones intestinas entre Franceses que acabaron por la deportacion de algunos soldados amotinados á la isla Borbon.

Por este mismo tiempo (1648) la Compañía francesa de las Indias envió á Flacourt á Madagascar. Este hombre cuyo carácter en parte era bueno y en parte malo, altanero unas veces y otras cruel, con su conducta devota, entusiasta, apasionada é inflecsible; mas bien puede decirse que gastó los negocios lejos de mejorarlos. Las cuestiones de forma eran mucho para él; el piadoso abate Nacquart que lo acompañara no queria fuese infructuosa su campaña en lo tocante á la gran cuestion de proselitismo, resultando de ahí muy á menudo actos de polí-

tica bárbara y mal dirijida. En la obra que publicó á su regreso á Francia acerca sus ocho años de administracion colonial, libro ciertamente precioso aun en nuestros dias y atestado de hechos no desmentidos por las modernas relaciones; Flacourt narró minuciosamente los sucesos de etiqueta, los triunfos de deferencia, las victorias de relijion que alcanzó sobre los Malgaches. Tan pronto conquista un alma al Señor, como un pueblo á Luís XIV; aquí figuran dos jefes de aldea ó Lohavohits, hombre y mujer que vienen á pedirle ausilio contra sus vecinos de la comarca de Fanshere (Pl. VIII.—4); allí sentado en un escabel y empuñando su baston de mando, el gobernador recibe el juramento de obediencia de los moradores de la provincia de Carcanossi, y contempla con orgullo esos pobres diablos medio desnudos que se prosternan á sus plantas (Pl. IX—1). Sin embargo varias veces espió Flacourt aquellas horas de ceño y de fanfarronadas, por el fuerte Delfin se vió bloqueado y amenazado por los naturales en 1652, y solo pudo salvarlo del incendio y de una ruína completa el bello continente de su corta guarnicion. Con todo, es preciso hacer justicia á Flacourt por haber sido el primero que compiló algunas nociones positivas relativamente á Madagascar, nombrando sus pueblos y describiendo sus costumbres.

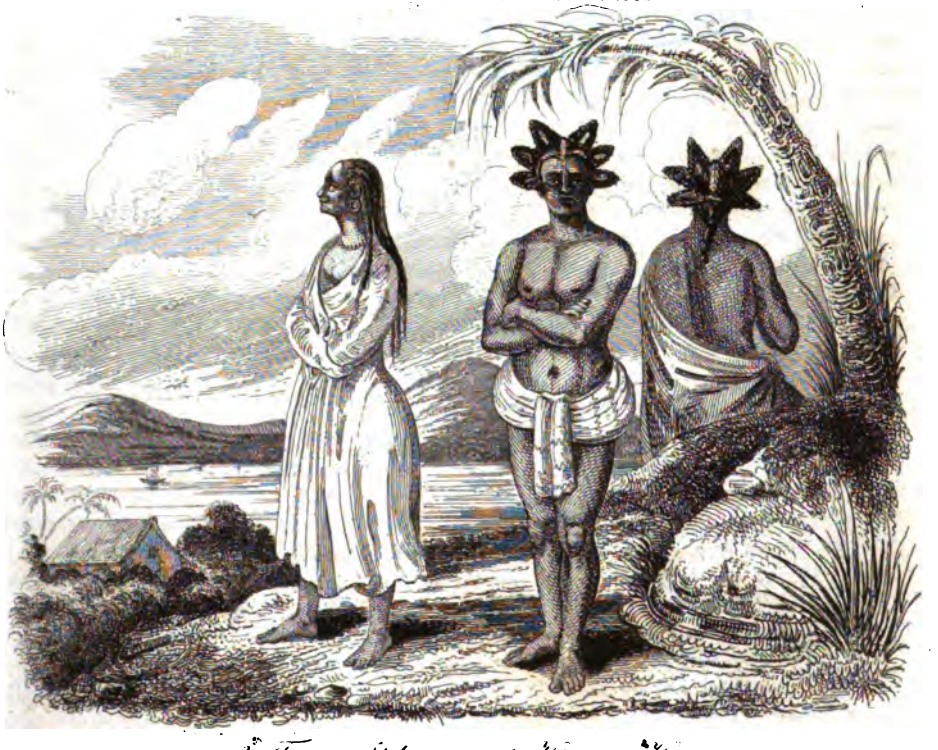
Despues de él, la Compañía francesa de las Indias envió un tercer convoy á las órdenes de Chamargou. Del mismo modo que Flacourt, el nuevo jefe llevaba tras sí su correspondiente partida de misioneros entre los cuales iba un tal P. Estévan, sacerdote de un fanatismo intolerante y furibundo. Chamargou carecia de la necesaria capacidad y vigor para neutralizar la feroz demencia de aquellos apóstoles; obstinado é insolente para con sus subalternos y los naturales, humillábase ante la voluntad de los Padres de la mision, por cuyo motivo cayeron á la vez desastres innúmeros sobre una colonia gobernada de esta suerte. Al principio creyera Chamargou deber destacar, para reconocer el país de los Matatanas, á un simple soldado, Levacher, de la Rochela, mas conocido bajo el nombre de Lacase. Este hombre, esperto é intelijente, se amistó en breve con los naturales, mezclóse con su política, ausilióles en algunas guerras y recibió el victorioso sobrenombre de Dian-Poussi. La primera idea que concibió Lacase fué de utilizar su influjo adquirido en favor de sus compatriotas, empero sea que la conciencia de sus servicios le hubiese hecho mas altivo para con sus jefes, sea que Chamargou no fuese inaccesible á un sentimiento de envidia hácia el simple soldado; lo cierto es que Lacase solo encontró ya en el fuerte Delfin injusticia é ingratitud. Disgustado en consecuencia, desertó de sus banderas y se pasó á los Malgaches con cinco de sus camaradas. Acojióle Dian-Rasitate, soberano de Ambula, y le dió la mano de su hija Dian-Nonga. A la muerte del padre, reinó en sus dominios la esposa de Lacase, y por lo tanto se encontró este casi soberano Malgache.

Durante este tiempo, el jefe del fuerte Delfin espiaba cruelmente su injusticia; el hambre y las enfermedades habian reducido su guarnicion á 80 hombres, y ningun convoy debia esperarse mientras durase la impolítica guerra declarada al soberano de Mandarey, Dian-Mananga. Empeorábanse diariamente los negocios, cuando apareció en la rada el comandante Kercadio, el cual humilló el intratable orgullo de Chamargou y determinó una transaccion entre él y Lacase; empero no tardó en atraer nuevos peligros sobre la colonia la intolerancia de los misioneros. Habia el padre Estévan obtenido unos cincuenta soldados para convertir ó someter la comarca; y como en todas las aldeas que visitara sucesivamente, el fogoso apóstol fusilaba á todos los que no querian dejarse bautizar, los pueblos inofensivos de las cercanías se avasallaron á la banda del sacerdote sin oponer resistencia alguna, bien que entre los Matatanos encontró á un cuerpo de indíjenas que le asesinó á él juntamente con su tropa.

Esta venganza fué la señal de una guerra jeneral. Salido Chamargou del fuerte con cuarenta Franceses, encontró á Dian-Mananga y su cuñado Lavatanga atrincherados en el rio Mandrarey con diez mil hombres. A vista de su enemigo, el jefe malgache para insultarle vistióse el sobrepelliz del P. Estévan, colocó gravemente el bonete sobre su cabeza y vino con este traje caprichoso á provocar á los Franceses al combate. Empero, aventurarlo contra fuerzas tan desiguales hubiera sido un acto de locura; Chamargou humilló su orgullo, y recurrió á Lacase, el cual batió á Dian-Mananga con tres mil Androfaces súbditos de su mujer. Este primer servicio fué seguido de otros muchos; por espacio de tres años, el fuerte Delfin resistió á fuerzas inmensas con el concurso de la soberana de Ambula y solo pudo sustentarse por medio de los ganados de bueyes y de los sacos de arroz que la misma le suministró. Manifestóse Lacase tan reconocido y tan activo, que la Compañía creyó de su deber mandarle el diploma de teniente con una espada de honor. Mondevergue, que sobrevino en 1667 con una flota de diez buques, empleó asimismo al esposo de Dian-Nonga en la pacificacion de la comarca, y el fuerte Delfin gozó de cierta tranquilidad hasta 1670 en que Mondevergue fué reemplazado por Delahaye. El orgullo pueril del nuevo comandante concitó una guerra que terminó con una matanza jeneral de Franceses, en la que perecieron Chamargou!

1. Soumission des Malgaches a Flacourt en 1652.

1 Sumision de los Malgaches á Flacourt en 1652



3. Femme Esclave. 4. Hommes Hovas.

de Sainson del. 3 Mujer Séclava. 4 Hombres Hovas

VOYAGE
VIAJE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

Lacase. Desde aquella época transcurrieron noventa años sin que se tratara de Madagascar.

En 1768, bajo el ministerio del duque de Praslin, tentóse un nuevo ensayo de colonizacion: Mr. Demodave partió para ir á tomar posesion del fuerte Delfin en nombre del rey de Francia. Sus instrucciones trazaban una marcha mas pacífica que belijera; debia conciliarse el afecto de los pueblos malgaches sin violentarlos. Habíanse embarcado agricultores en vez de misioneros, y sin duda que esta tentativa hubiera producido felices resultados si se le hubiesen otorgado fondos mas considerables combinándola en mas elevada escala. Por otra parte hácia la misma época, el aventurero Beniowski vino á atravesar los proyectos de Demodave. Escapado milagrosamente de las estepas de Siberia, habia venido aquel Polaco á buscar fortuna en aquella costa remota. Su jenio osado y sus maravillosos planes burlaron al ministerio francés; malbarató dos millones en el establecimiento de la bahía de Antongil, mientras que solamente se habian puesto sesenta y tantos mil francos á disposicion de Mr. Demodave. Algun tiempo despues, el gobierno abrió los ojos á vista de los partes de Mr. Poivre, y en consecuencia Beniowski viéndose forzado á retirarse, marchó á los Estados Unidos, donde hizo otras burlas, determinando una espedicion para Madagascar y estableciéndose de nuevo en Antongil, hasta que cansado de su turbulencia, el comandante Souillac mandó contra él un pequeño cuerpo francés en 1776. En el primer encuentro el aventurero falleció de un balazo.

Mientras en la parte meridional se reformaba en nombre del rey de Francia un apostadero militar y comercial, determinaba el azar otro establecimiento europeo en Santa María, en un islote adyacente á la costa oriental de Madagascar. Santa María, denominada por los naturales *Nossi-Ibrahim*, está morada por una raza mas bien árabe que negra, raza que mantiene tradiciones de Noé, de Abraham ó Ibrahim, de Moisés y de David. Desde medio siglo antes, las bahías de esta isla servian de guarida á los piratas del Océano Indio, donde se habian naturalizado, contratando alianzas entre los isleños; y por su medio el tráfico de hombres, desconocido hasta entonces en estas comarcas, habia llegado á ser comun y lucrativo. La prosperidad siempre creciente de Santa María brindó finalmente á la Compañía francesa de las Indias á dirijir á ella una espedicion, y aunque la isla fuese reputada como el cementerio de los Europeos, partió no obstante un tropel de emigrantes al mando de un tal Gosse, empero á causa de algunas medidas mal tomadas, al fin del mismo año, toda la colonia perecia víctima de una insurreccion de los naturales. Sangrientas represalias satisficieron la venganza de los Franceses, y el establecimiento reorganizóse bajo la influencia de un simple soldado de la Compañía de las Indias, Labigorne, que se enlazara en himeneo con Betie, hija de un rey de Nossi-Ibrahim y hermana de Juan Harre, soberano de Foulepointe. Este hombre convertido de esta suerte en intermediario entre aquellos isleños y los Franceses, fué de utilidad decisiva á la renaciente colonia. Estableciéronse relaciones comerciales con el litoral del N. y del N. E. y aquella nueva direccion llevó el postrer golpe á la precaria colonia del fuerte Delfin.

Desde aquella época hasta la paz de 1814, el único acontecimiento decisivo que ocurrió en esas comarcas, fué la intervencion de una escuadra francesa á las órdenes de Mr. Hamelin, en un debate entre el soberano de Foulepointe y el de Tamatava. Aliados de este último, nuestros buques anclaron ante Foulepointe, y despues de un vivo y breve cañoneo, conquistaron la ciudad y el fuerte por medio de algunas tropas de desembarque. El resultado de esta guerra solo aprovechó á los intermediarios: Foulepointe y Tamatava recibieron guarnicion francesa.

Este período fué enteramente próspero: reinaba la abundancia en los puntos ocupados, fluían en ellos los artículos de comercio, la goma copal, el arroz y los negros. Los mas hermosos de los últimos eran estraídos de una provincia interior, mansion de aquellos Hovas que debian ser despues los dueños de la Gran-Tierra. Su soberano Dian-Ampointe meditaba entonces una conquista cuyo cumplimiento legó á su nieto Radama.

El tratado de 1815 no estipuló nada acerca de Madagascar, y no hizo mas que complicar el reconocimiento de nuestras factorías en esta isla. Los Ingleses fueron los únicos que probaron la creacion de algunos apostaderos que pudiesen equilibrar á los nuestros y colonizaron el puerto de Louqez, ensayo desgraciado que solo pudo terminar con el asesinato de los hombres desembarcados. Batidos en aquel punto los ajentes británicos, fueron á establecerse en otro. Por este mismo tiempo Radama, soberano de los Hovas, revelaba ya sus proyectos de engrandecimiento. No pueden determinarse los medios ó emisarios por los que el almirantazgo de Londres llegó á fundar su preponderancia en la corte del soberano malgache, mas cuando algun tiempo despues se vió á aquel conquistador marchar hácia la sumision de las naciones litorales, con un ejército uniformado á la inglesa, manejando el fusil á la inglesa y con oficiales vestidos con uniforme encarnado; pudo ya preverse la política que pasara por allá y reconocer la mano de Mr. Farquhar, gobernador de la Isla de Francia.

Esta revolucion que se operaba á la vista de nuestra marina y de nuestras guarniciones, nos halló impasibles y neutrales. En la tendencia que iba tomando podíamos esperimentar muchas pérdidas; y sin embargo asistimos con el arma al brazo. En el término de los cinco años siguientes Radama derrotó sucesivamente á los jefes de los Bombetocs, Seclavos, Antavaros, Betimsaras de los Betanimenes, y muchos otros mas obscuros y menos temibles. El jefe hova llegó á tocar los umbrales de nuestros establecimientos, y sin embargo, no concebimos la idea de unir á la causa francesa á aquel hombre que se nos hubiera entregado con tanto gusto. Para todo ánimo observador era visiblemente una completa transformacion de aquella isla inmensa: Radama realizaba en Madagascar lo que Mohammed-Aly realizara en Egipto, Tameamea en Sandwich y Finau I en Tonga-Tabou. Anticipábase á la civilizacion por medio de la conquista; la dominacion militar debia conducirlo á la unidad política. Su éjercito era fuerte ya, compacto, disciplinado á la europea, los jefes montaban caballos procedentes del esterior, los soldados estaban provistos de fusiles y de cartuchos. Ningun obstáculo mas serio podia oponérsele.

Asi es que en breve se desarrolló en todos sentidos el reino de los Hovas; el interior de la isla, desde el 14° hasta el 18° paralelo, quedó sujeto al jóven conquistador; Tananariva ó Emirna llegó á ser una ciudad poderosa y desde entonces pudo ya preverse que las fértiles provincias de las costas orientales no permanecerian al abrigo de esta vasta usurpacion militar.

Con todo, en 1819, el gobierno de los Borbones volvió de nuevo la vista hácia Madagascar. En consecuencia aparecieron en el fuerte Delfin y en Santa María un puñado de soldados y algunos especuladores; el primero de aquellos dos apostaderos recibió una guarnicion que los naturales saludaron con entusiasmo, al paso que en el segundo se establecieron el comandante Carayon con un corto número de hombres para la guardia del estandarte, y Mr. Albran, jóven marsellés de ideas grandes y atrevidas, que concibiera el plan de creaciones agrícolas y las que hubiera ciertamente realizado sin una muerte precoz. En aquel mismo tiempo nuestras antiguas factorías de la Gran-Tierra eran esploradas por un oficial de la marina francesa Mr. Sylvain Roux, comisionado para resucitar en favor nuestro las antiguas simpatías de los pueblos. Este fué quien determinó el embarque á bordo del *Golo* de los jóvenes príncipes malgaches, Berora, nieto de Juan René, soberano de Tamatava y de Foulepointe, y Mandi-Tsara nieto del célebre Tsi-Fanin, posesor de Tintinga. Estos dos isleños estaban colocados por sus padres bajo la tutela de Mr. Sylvain Roux que debia confiar su educacion á los colejios de nuestra capital. Los servicios de este oficial fueron apreciados en Paris y recompesados quizás mucho mas de su justo valor. Con el grado de capitan de navío se le dió el título de comandante de los establecimientos franceses en Madagascar. Púsose á su disposicion la corbeta de carga *la Normanda* con 100.000 francos por primeros fondos y doscientos operarios se embarcaron juntamente con él para contribuir á la nueva colonizacion.

Esta espedicion produjo el écsito mas fatal. Despues de una larga navegacion costanera, la *Normanda* ancló en la bahía de Santa María en donde se persistia en querer fundar una capital. En el decurso de las primeras faenas de desembarque, arrebató la fiebre á trescientos hombres, y el resto dedicado á una ecsistencia valetudinaria, fué atacado de nostalgía y de desaliento.

Tal es el estado en que nos hallábamos en 1822, cuando los Hovas emprendieron la marcha para combatir á los Betimsaras y á los Betanimenes. Apareció Radama en Foulepointe y se estableció en la misma piedra que testificaba la soberanía de la Francia, ocupó en seguida Pointe-Larrée, apoderóse de Tintinga, sometió todos los jefes aliados nuestros, tomó los convoyes destinados á la guarnicion de Santa María, sin que tantos actos evidentemente hostiles produjeran otro resultado que protestaciones impotentes y tímidas. El soberano malgache tomó la iniciativa de un rompimiento apoderándose del fuerte Delfin cuyo pabellon fué derribado con ultraje, y cuando de esta suerte fuímos lanzados de toda la Gran-Tierra, meditó un proyecto sobre Santa María que solamente se estrelló á falta de transportes. Tan directas afrentas hallaron insensible á nuestro gobierno, y en vano una insurreccion de los pueblos litorales pareció á mediados de 1825 tender la mano á una intervencion francesa. En lugar de ausiliar á los jefes escisionarios, algunos de los cuales habian enarbolado nuestros colores, al bravo Tsi-Fanin, soberano de Tintinga que murió acribillado de lanzazos, á los Seclavos, á los Betimsaras, á los Betanimenes, se les dejó esterminar en detall por los Hovas, dando tiempo á Radama á consolidarse por medio de nuevas victorias. No menos en Francia que en Borbon se pensaba al parecer muy poco sobre Madagascar, de suerte que los colonos de Santa María reducidos á sus propias fuerzas, aislados de la Gran-Tierra, solo podian sostenerse con mucho trabajo. La muerte no concedia tregua á aquella poblacion europea, y hacia tanto á los jefes como á los soldados. En primer lugar falleció Mr. Sylvain Roux, y en seguida Mr. Albran nombrado comandante provisional. Mr. Blevec solo pudo escapar cediendo á

puesto; Mr. Giraud lo ocupó en 1826 y Mr. Carayon en 1827.

Durante este tiempo Radama, de regreso á Tananariva, granjeábase, por medio de la clemencia y las gracias á los que sometieran sus armas. En este número se contó el guerrero seclavo Rafarla que habiendo hecho frente en la reciente lucha á las tropas del soberano hova, mientras se lo permitieron las municiones; habíale enviado la plata de su dinero fundido, no encontrando ya á mano hierro ni plomo. Habiendo agotado este último recurso, se arrojara en medio de los batallones enemigos, acuchillando cuanto hallaba á su presencia hasta que sucumbió á impulsos de la fatiga cayendo moribundo sobre un monton de cadáveres. Presentado á Radama, le dijo: « Nada encontrarás aquí, puesto que te he remitido hasta mi dinero. » Radama supo apreciar este noble carácter. Rafarla llegó á ser su cuñado, su amigo y uno de sus principales oficiales.

Mas la corte de Tananariva presenció en esta época una fortuna mucho mas rápida y singular. La estrella de la Francia disponia que en aquella misma hora en que desertábamos al parecer de nuestra propia causa, un incidente fortuíto nos conservara cabe el soberano malgache algunos recursos de influencia privada. Era aquella una época en la que en los consejos de Radama prevalecia la accion inglesa: los ministros protestantes, Jones y Griffiths establecidos en su capital, dirijian el movimiento civilizador en todo el país, predicando una suerte de curso de historia para el uso del príncipe y de los grandes en el que se sacrificaba nuestra nacion á la nacion británica. Pues bien! apesar de esta influencia tan directa y constante, apesar de nuestra impolítica indiferencia, cuando se trató de nombrar un dignatario superior á todos los demás, un Francés fué á quien escojió Radama, un tal Robin, antiguo sub-oficial del Imperio. La historia de este hombre es verdaderamente una novela.

Aposentador mayor del ejército del Norte en 1813, pasó Robin en 1814 en clase de sarjento á los batallones destinados á las colonias, y de consiguiente vino á Borbon. Encarcelado allí por algunos actos de insubordinacion sujetos á un riguroso código, halló insoportable la idea de una pena degradante, y así es que combinó, encontró medios de evasion, alcanzó la Isla de Francia, y despues la de Madagascar en 1819. Con la competente autorizacion de Radama fuése desde Tamatava á Tananariva, á cuyos habitantes reportó alguna utilidad por medio de sus recursos de educacion. Dedicóse á dar lecciones de leer, escribir y contar, y se granjeó el particular afecto de uno de los naturales, el señor Jolicœur. Era este un Malgache que enriquecido por el cabotaje entre Madagascar y Mauricio, habia casado en esta última colonia con una Malabara en cuya compañía vivia retirado á la sazon en Tananariva. Tenia este hombre muchos hijos cuya educacion encargó á Robin, quien, habiéndose enamorado de una de sus discípulas, despejada Malgache de quince años, pidió su mano y la obtuvo en 1825. Hé aquí pues á Robin formando parte de la familia, y á su negro Jolicœur muy presuroso en referirlo á Radama de quien recibió muy buena acojida. Deseó Radama ver al preceptor francés, y preguntándole en primer lugar si habia servido á Napoleon, contestóle aquel afirmativamente y el semblante negro animóse súbitamente con espresion inefable. « Fué un grande hombre, dijo, grande hombre....grande hombre.» Y mostrándole el retrato del emperador que pendia del tabique: « He aquí mi modelo; he aquí el ejemplo que me he propuesto seguir. » Al lado de aquel cuadro veíanse tambien los retratos de muchos jeneralas de Francia y de Inglaterra. En seguida recayó la conversacion sobre el arte militar y sobre la política francesa; y las miras del rey de los Hovas en tan lejanas preguntas no estaban destituidas de ecsactitud ni sagacidad. Desde entónces Radama fué gustando de las conversaciones de Robin: hubiérase dicho que buscaba en él un punto de resistencia contra su cerquillo de emisarios ingleses. A fin de encontrar un motivo para mas frecuentes y útiles conversaciones, convínose que el jefe hova tomaria del ex-soldado del Imperio lecciones de lectura y de idioma francés, en las que el real discípulo hizo algunos progresos, retribuyéndolos despues con el empleo de secratario íntimo, y en seguida con el grado de coronel ó décimo honor, porque los Hovas calculan los grados de uno á doce, subiendo desde el tambor hasta llegar á mariscal. Las diarias relaciones con el rey valieron á Robin ser su confidente y su consejero secreto. Algunos nublos sin embargo percibiéronse al través de esta amistad, porque el Francés no economizaba sus críticas, y el jefe hova, entero y susceptible, no las apreciaba mucho. Pero el buen natural de Radama le conducia hácia Robin, y todas sus querellas terminaban pronto por medio de una reconciliacion. Cuando la sublevacion de los Seclavos, el coronel francés fué puesto al frente del cuerpo espedicionario enviado contra ellos, siguió al rey malgache en las guerras del Oeste y de regreso de esta campaña, se le confirió el título de mariscal, duodécimo y último honor que le concedió su protector no menos para recompensar los servicios del militar como para hacer honor á su calidad de Francés. Un segundo acto no menos característico fué el nombramiento de Robin al mando superior de la costa del E., en cuyo empleo reemplazaba al princi-

pe Corollaire, mulato de la Isla de Francia ó hijo de un oficial superior del artillería francesa. Sucesor del rey Juan René, Corollaire, aunque Francés de oríjen, se habia mostrado poco bienhechor hácia nuestra nacion, y los colonos de Santa María habian tenido mas motivos de odiarlo que de ensalzarlo. Muy diferente fué el escelente Robin; desde el dia en que gobernó aquella costa, sus compatriotas fueron acojidos en ella y protejidos. Los costeños de Santa María pudieron venir á provisionarse en los mercados de la Gran-Tierra; renació la abundancia en nuestra corta guarnicion, y sin perjudicar al servicio de su soberano, encontró Robin los medios de socorrer á nuestros infortunados colonos.

En 1828 apareció en aquellas costas la corbeta de carga *el Sena* con la mision de visitar sucesivamente Santa María, Foulepointe y Tamatava. En Foulepointe encontró por gobernador al Seclavo Rafarla del cual se ha tratado ya antes, y que recibió en audiencia solemne al comandante de la corbeta con su estado mayor. Nuestros oficiales, despues de haber atravesado una doble fila de soldados negros vestidos á la inglesa, llegaron junto á ese dignatario, hombre de alta estatura, rostro regular, y de miradas vivas é intelijentes. Las primeras visitas de etiqueta fueron seguidas de una cena y de una fiesta pública. En la cena las mujeres de Rafarla sentáronse cabe nuestros marinos; una de ellas, la mas jóven y apenas de diez y siete años, era la hermana del rey Radama, que acababa de casar con el Gobernador de Foulepointe. Aquellas señoras tenian un pequeño tinte de educacion europea y hablaban casi todas el inglés. En los postres brindóse al rey de Francia y al rey de los Hovas, y las salvas de la corbeta respondieron al artillería del fuerte.

La cena fué seguida de un *ralouba*, ó fiesta malgache á la cual asistieron mil quinientos naturales, la mitad hombres y la otra mitad mujeres; los primeros se hallaban á un lado y las segundas á otro. La fiesta fué precedida de un concierto; la orquesta consistia en una especie de violin de una cuerda, cuyas notas vocingleras se mezclaban con el ruído de pequeñas baquetas que batian gruesos bambúes, y con los frenéticos palmoteos de la multitud. Escitadas por aquella estravagante música, algunas bailarinas formaban entre sí voluptosos pasos y enroscaban sus brazos, con objeto de comunicar á sus jestos, á su continente, á sus miradas este abandono lascivo que caracteriza todas las danzas negras. El arac que colaban aquellas comparsas á grandes vasos, del mismo modo que los espectadores, terminó con dar á esta fiesta un aspecto poco edificante. Terminado el *ralouba*, condujo Rafarla los convidados á sus cuartos particulares, en cuyo centro habia una especie de atalaya que dominaba el mar y á la cual llamaba su pabellon de *Flora*. Un lecho de descanso, algunas almohadas, esteras y varios muebles de Europa adornaban aquel misterioso reducto.

En el decurso de aquella visita, quiso la ocasion que nuestros marinos presenciasen una sentencia dada por el gran juez llamado Enrique Senec en un debate entre dos naturales. Como los derechos de ambas partes no parecian apreciables, declaró el juez que se recurriese al antigua moda malgache, al *Tanguin*, especie de juicio de Dios. El tanguin consiste en una especie de violento tósigo que antiguamente se suministraba á los acusados; pero desde el reinado de Radama se abolió esta bárbara costumbre. Dispuso el gran juez que cada una de las dos partes suministrase una gallina y que á ambas se les hiciese tragar igual dosis de tósigo. La mas débil é irritable fué la primera en morir, y su propietario perdió el pleito.

La corbeta partió de Foulepointe para Tamatava, residencia de Robin, y esta visita colmó de júbilo al mariscal de Radama á quien eran siempre gratos los recuerdos de la patria. Él mismo bajó en persona á la playa para recibir al comandante y sus oficiales: llevaba Robin un vestido azul á la inglesa, con tisúes de oro, cuello, vueltas de terciopelo negro y franjas de oro; su pantalon azul tenia un ancho galon de oro en las costuras, sus charreteras eran á la francesa, de oro, con una especie de placa atravesada por dos listas rojas en forma de cruz; su sombrero de uniforme francés, y del cinturon de su sable caian varias franjas de oro. Sus ayudantes de campo llevaban el uniforme de coronel inglés; sus vestidos eran encarnados y las insignias de sus grados eran los mismos, sin otra diferencia que el coronel tenia dos charreteras de oro, y el mayor las charreteras de plata.

Durante el corto número de dias que estacionó la corbeta en la rada de Tamatava, sucediéronse sin interrupcion los placeres y las fiestas entre la tierra y el bordo. Quiso Robin conducir á sus compatriotas á una partida de caza en los bosques de los alrededores muy abundantes de ella, y los colmó de tanta urbanidad y festines como el comandante creyó deber tratarlo á bordo á él y á las mujeres de su casa, esto es, su esposa, sus dos cuñadas y una señorita de compañía, todas cuatro mulatas, que habian sido educadas en la Isla de Francia y hablaban el francés con bastante perfeccion. *El Sena* hallábase empavesado para recibir á los convidados, la tripulacion estaba alineada en el alcázar y la cena dispuesta con lujo. Pero la marejada lo echó á perder todo, pues la sociedad de Malgaches y la guardia de Hovas que

siguiera al mariscal, fueron acometidos de mareo, y desde entonces se convirtió la fiesta en náuseas y vómitos. Los filaretes estaban orillados de naturales que jesteaban horriblemente al percibir aquel piso vacilando bajo sus pies. En la cámara hubo mayor serenidad, y la jornada terminó todavía con toasts y salvas de artillería. Para fin de fiesta, el comandante remitió al mariscal cartas de gracia que lo ecsoneraban de su juicio y purgaban su contumacia. Robin acojió aquel acto como un precioso favor: tal era el sentimiento que tenia el oficial superior de Radama de su vida pasada, tan obscura y tan poco deseable.

Despues de tan fausta visita, las relaciones de Borbon y de Santa María con la Gran-Tierra fueron mas fáciles y animadas. El nuevo comandante, Mr. Schœll, se presentó al frente de 200 soldados yolofs y organizó á Santa María bajo una nueva planta. En Tamatava y en Foulepointe obteníanse y cargábanse bueyes y arroz; Robin y Rafarla rivalizaban en protejer á los Franceses, y apesar de los manejos del pastor Jones, el rey de Radama parecia alejarse diariamente de la política inglesa y aprocsimarse á la nuestra. Por desgracia aquel príncipe, todavía joven, era atacado de una enfermedad incurable, y murió en setiembre de 1828 de una fístula, segun unos, y segun otros de un veneno que le suministró la reina Ranavala-Manjoka. Sea cual fuere la causa de aquel acontecimiento, lo cierto es que los ajentes ingleses estaban prevenidos y lo hicieron esplotar en beneficio suyo. Merced á las insinuaciones de un jóven Hova su amante, Ranavala-Manjoka usurpó el trono. Era Ándimiasa, que este era el nombre del favorito, discípulo del ministro Jones, nutrido con sus ideas y formado en su escuela: jóven, gallardo, entusiasta, iba ya á tomar sobre la soberana del reino un ascendiente que debia aprovechar á sus instigadores. En efecto, la muerte de Radama fué una reaccion contra la Francia; apenas coronada, Ranavala hizo justicia con el hierro á todos los contrarios, desgració á los dignatarios del difunto rey, y mandó á Robin á Tananariva acusado de malversacion. Compareció el mariscal á la corte, justificóse é hizo dimision de su grado, y apesar de las instancias de la reina, no quiso permanecer á su servicio, sucediéndole el mismo Corollaire á quien reemplazara. Rafarla, el bravo Rafarla, el amigo, el cuñado del soberano difunto, no se halló menos al abrigo de la comun proscripcion. El coronel Rakeli fué enviado á Foulepointe, pero para tomar posesion de su nuevo destino, fué preciso que Rafarla, atraído á una emboscada, pereciese bajo veinte estocadas. Desesperados por estas medidas reaccionarias, los pueblos tomaron las armas contra la reina y contra Andimiasa. En toda la Gran-Tierra corrió la sangre en abundancia y una multitud de proscritos buscaron un asilo en la isla Santa María gobernada por Mr. Schœll. A estas subversiones sucedió la mayor frialdad en nuestras autoridades y los nuevos jefes de las provincias litorales, estaba paralisado el comercio, anuladas todas las relaciones políticas, cuando fondeó en la bahía una division naval compuesta de la fragata *la Terpsicore* de 74 cañones, la corbeta *la Infatigable* de 16, el transporte *el Madagascar* de 6, y la goleta aviso *el Colibri*. Catorce dias despues aparecieron igualmente la corbeta *la Nievre* de 26 y la corbeta *la Chevrette* de 16: este último convoy llevaba á bordo algunas tropas de infantería y artillería. En uno de los buques de la division se encontraban los dos jóvenes príncipes malgaches Berora y Mandi-Tsara que regresaban á Tamatava por haber terminado ya sus estudios en el instituto Morin. Al aparicion de esas fuerzas navales se abrieron conferencias con los jefes de la costa, empero sea que las órdenes de la reina de los Hovas lo hubiesen dispuesto de este modo, sea que sus delegados fuesen mal intencionados para con los Franceses, las negociaciones no tuvieron resultado alguno. Si se hacian valer con Corollaire nuestros derechos sobre los puntos contestados de la Gran-Tierra, declinaba su competencia, y si se insistia en pedir una entrevista directa con Ranavala, oponia instrucciones formales que no le permitian dejar penetrar á ningun Francés á Tananariva.

Cuando el jefe de la estacion vió que sus medidas pacíficas serian inútiles, hizo una demostracion mas seria; operó un desembarque en Tintinga y empezó en aquella península el establecimiento de un apostadero militar. Ausiliados por los naturales, nuestros soldados improvisaron en veinte dias una fortificacion atrincherada y bastionada, una fábrica de pólvora, un almacen de armas y alojamientos abrigados. Agrupáronse entonces á su alrededor y como por encanto algunas tribus malgaches que sufrian con impaciencia el yugo de los Hovas, organizáronse por campos empalizados, de que se cubrió en breve el circuito de la bahía de Tintinga. La sola aldea de los Mahompas contaba dos mil almas, y, merced al tropel de emigrantes, reinaba la abundancia en la península: pescado, buey, arroz, volatería, todo iba allí á precios muy cómodos.

A este primer acto decisivo la reina Ranavala solo respondió con una protesta contra la invasion de la costa, pero algun tiempo despues nombró embajadores que se abocaron á Fandarase con una diputacion francesa, sin que por ninguna de ambas partes se pudiesen asentar solamente los términos del debate. Entonces

nuestros jefes militares pasaron adelante; la divison naval ancló ante Tamatava á 18 de octubre, bombardeó el fuerte, hizo saltar la fábrica de pólvora y conquistó la aldea. El príncipe Corollaire y el gran juez malgache Philibert apenas tuvieron tiempo para escapar, uno con la barba medio hecha y el otro casi desnudo. Una segunda victoria en Ambatou-Malouina despejó los contornos y completó nuestra entrada triunfal en Tamatava.

El plan de campaña impelió entonces á la division sobre Foulepointe, pero el esplendor del triunfo hizo abortar aquel nuevo ataque. Despues de un prolongado é infructuoso cañoneo, nuestras tropas de vanguardia marcharon contra las palizadas del fuerte, pero este era abandonado ya, pues el coronel Rakeli despues de una descarga de metralla lo evacuara con sus cuatrocientos Hovas, retirándose hácia el llano en medio de un pequeño reducto de césped, respaldado por una multitud de sacos llenos de tierra. Allí, fuera del alcance de nuestra escuadra no habia mas que sufrir el fuego de nuestra mosquetería. La vanguardia, fuerte de doscientos Franceses á lo mas, no temió aventurarse á lo lejos, pues creía ser sostenida por el grueso de nuestras fuerzas, pero el comandante Schœll fué el único que comprendió y secundó aquel movimiento. «Vivan los hombres de buena voluntad!» esclamó. Cuarenta y cinco voluntarios partieron, y con este refuerzo marchó Mr. Schœll al ataque del reducto. Por su parte el coronel hova que no carecia de sangre fria ni jenio militar vislumbró que el destacamento comprometido no estaba apoyado por reserva alguna; dejóle pues llegar y lanzó contra él buena parte de sus soldados. Entonces fué cuando se apoderó de los Franceses un terror súbito y, mirando en su derredor, viéronse aislados en aquella vasta llanura, en presencia de un enemigo intrépido, fuerte por su número y por el conocimiento del terreno; en consecuencia se desbandaron, y sin atender á la voz de los jefes huyeron en desórden hácia la orilla. Este *campe quien pueda* dió lugar á algunos rasgos de heroísmo individual. Un cuartel maestre de *la Terpsícore* herido en la pierna y no pudiendo sostenerse en pie, resistió sentado en el suelo á numerosos agresores. Cuatro Hovas cayeron sobre él antes de sucumbir. El subteniente La Revauchere que estaba en posesion del fuerte evacuado, reunió en buen órden sus veinte ó treinta hombres, y cubrió con ellos la retirada de la vanguardia desbandada. En el desórden que acompañó á este momento, el comandante Schœll cayó herido en poder de los Hovas que lo decapitaron, é insultaron á la escuadra haciéndose un trofeo de sus insignias. Era tal la desmoralizacion de los vencidos, que ninguno hubiera escapado sin la presencia de ánimo del alumno Demarseau que hizo jugar contra los agresores la pequeña pieza de campaña que armaba su chalupa.

La accion de Pointe-Larrée á cuatro dias de allí, fué una brillante represalia de aquella derrota. Esta vez se rodeó de algunas precauciones y el resultado no quedó abandonado al azar. Amedrentóse á los naturales por medio de un bien nutrido cañoneo y por el empleo de obuses que araron su fuerte; en solo el término de tres horas cayeron 1.800 proyectiles sobre las posesiones enemigas. Tras la impresion de esta formidable entrada marcharon dos columnas de ataque que, apoyadas por un cuerpo de reserva, penetraron en los atrincheramientos al través de una lluvia de balas y una selva de dardos, mataron á los artilleros hovas sobre sus mismas piezas y arrojaron del fuerte á la guarnicion. Todos los que no pudieron salvarse al través del campo, cayeron prisioneros.

A estas hostilidades sucedió entre las partes belijerantes una tregua y un armisticio, que aun reinaban cuando pasé á Tintinga y á Santa María. El príncipe Corollaire, despues ajente preferido de la reina, habia pasado en clase de negociador á bordo de *la Terpsícore*, no tanto para tratar como para protestar. Sin embargo, confiados en nuestra presencia los pueblos malgaches se ponian bajo nuestra proteccion, creyendo haber encontrado en nuestro concurso una fuerza permanente contra los Hovas y apoyándose en nuestro patronazgo para rehusar la obediencia á la reina. Las aldeas que estaban situadas en los alrededores de Tintinga se poblaban cada dia de nuevos emigrados, y el porvenir se presentaba bajo mas risueño aspecto.

Tal es la impresion con que visité nuestras posesiones de Madagascar. Desde entonces y mientras verificaba mi larga romería marítima, la posicion varió enteramente. La reina de los Hovas tomó nuestros establecimientos por medio del hambre, cortó todas las comunicaciones, hambreó á nuestros partidarios malgaches y bloqueó á nuestras guarniciones en un radío de algunas leguas. Metióse la zizaña entre nuestros jefes militares, desdeñáronse y despreciáronse los servicios de Robin, único que hubiera podido determinar poderosas diversiones en la isla; el espíritu de intriga y de imprevision prevaleció en las medidas mas esenciales, y el resultado de tantas faltas fué la evacuacion de Tintinga, despues del incendio voluntario del fuerte y de todos los bastimentos. En la actualidad, del mismo modo que en 1819, no poseemos ya mas que Santa María, porque está resguardada por la barrera del mar, apesar de todos los errores de nuestra política. Para es-

cusar esa multitud de faltas que tantas veces y en tan diversas épocas han sufrido nuestros colonizadores de Madagascar, se ha pretestado la insalubridad del clima y se ha ecsajerado esta causa de mal écsito para atenuar las demas. Sin embargo, por mas nocivo que sea el litoral, es de creer que las condiciones atmosféricas podrian mejorarse en muy breve tiempo con el esfuerzo de trabajos bien combinados y dirijidos. Por otra parte es imposible que en su inmensa estension no ofrezcan las costas de Madagascar algunas partes fértiles y saludables. Una ojeada sumaria sobre esta vasta rejion es suficiente para convencerse de este aserto.

La lonjitud de esta isla es de mas de 340 leguas, su anchura en algunos puntos de 120, y su superficie de unas 28.000 leguas cuadradas. Una doble cadena de montañas de 1.200 toesas de elevacion, con corta diferencia, forma en ella una meseta central que separa dos partes marítimas casi iguales. De esta meseta descienden una multitud de rios anchurosos y abundantes de pesca, el Mourandava, el Mananzari, el Manangara, el Andevourante y el Mangourou que sale del lago de Antsianake de 25 leguas de circumferencia. Hay ademas otros cuatro grandes lagos que se enlazan con este y lo continuan, y de toda esta masa de aguas estancadas procede la insalubridad del clima.

Esta grande isla, en la que la dinastía de los soberanos hovas ha paseado recientemente su nivel militar, está fraccionada en provincias ó países. El de los Antavaras, ó pueblos del Trueno, se estiende del Cabo de Ambar al cabo de Foulepointe y comprende la isla de Santa María. Los Betimsaras, ó pueblos unidos, son una aglomeracion de pequeñas tribus industriosas que habitan las costas de Foulepointe y de Tamatava, los cuales, antes de ser conquistados por los Hovas, eran tributarios de los Malatas. A mayor distancia se encuentran los Betanimenes ó pueblos de la Tierra-Roja, cuya capital. Andevourante, se halla situada sobre el rio de este nombre. Esta provincia es la mas hermosa, mas fecunda y mas populosa de las litorales y sus moradores son los mas sociables de la isla. Los Antaximas ó pueblos del Sur son pobres, groseros, bribones, destituídos de industria y de comercio. Negros y vellosos son los únicos entre los Malgaches que se sirven de la adarga. En seguida hay los Antambassas, grandes y robustos, joviales y dulces, pero perezosos. En su costa se halla la ensenada Delfina, bahía del fuerte Delfin y el valle de Ambula abundante de riego y fértil en pastos, ofreceria inmensos recursos á un pueblo mas activo. Los Antanossas al S. y los Taissambas al O. terminan la parte austral de Madagascar, y todavía obedecen á la misma familia árabe que antiguamente poseía toda esta rejion. Los Antanossas ó país de Carcanossi, donde reinan aun Rabi-Fagnian, Raava, hija del viejo Ramalifois, y Bedouk jefe de los montañeses, han sabido resistir y sostener su independencia contra las armas de Radama, y se titulan siempre amigos de los Franceses. Despues de los Taissambas se escalonan, remontando la costa, los Ampatris, los Mabafallas y los Carembulas que habitan tierras poco cultivadas pero abundantes de bosques y pastos. Sus vecinos del interior son los Machicoras. La provincia de la bahía de los Agustinos, aun muy poco conocida, está habitada por el pueblo mas hospitalario de toda la isla, pero su suelo es poco fértil. Los alrededores de la bahía de Mouroundava ofrecen ensenadas mas ricas donde viven muchas naciones conocidas, entre las cuales pueden citarse los Erindranous. Desde Mouroundava hasta Ancuala se estiende el país de los Seclavos, pueblo árabe, y el mas poderoso de la isla antes que el reino de los Hovas hubiese realizado sus usurpaciones. Antiguamente esta provincia era gobernada por una reina que residia en Bombetoc, ciudad de una poblacion considerable, aunque la capital está en Mouzangaya, á la cual se atribuyen 30.000 almas. Los puertos de Mouzangaya y de Bombetoc hacen un comercio regular con los reinos de Mozambique y de Zanguebar. Ambos son dominados por los Árabes, mas activos é industriosos que todos los demas isleños, y en ellos se ven algunas tiendas, establecimientos de educacion y mezquitas. El puerto de Louqez, donde los Ingleses se han estrellado recientemente con respecto á sus proyectos de establecimiento, está situado en la circunscripcion del país seclavo.

Tales son los pueblos que habitan el prolongado circuito elíptico formado por las costas de Madagascar. Las tribus del interior, todas encajadas actualmente en el reino de los Hovas, consisten en los Antambanivulas ó Ambanivulas, pueblos del país de los bambúes, los Antsianakas, los Andratsayas, los Bezonzons, los Antacayas, y por fin los naturales del país de Ancova ú Hovas, cuyo reino, antes de Radama, era ya de los mas comerciantes y populosos de la isla. Las llanuras y las montañas estaban cubiertas de aldeas: el arroz, el mañioc, las patatas, las batatas, el viñedo daban abundantes productos. En ninguna otra provincia era mas activo y conveniente el tráfico de esclavos, antes que lo prohibiese el soberano, á causa de la belleza de los individuos. Varias fábricas de vidriado, telas de calin y otros tejidos de algodon, difundian la comodidad por toda aquella rejion montañosa. Desde el reinado del conquistador hova, esta prosperidad fuerte de tantos elementos ha adquirido un desarrollo incalculable. Tananariva

(Tanana-Arrivou ó Emirna), capital del reino, cuenta en la actualidad cincuenta mil habitantes, y consiste en la reunion de pequeños burgos situados en una meseta verdeante y en un paisaje encantador. Las proporciones jigantescas de la vejetacion, dice M. Fontmichel que la ha visitado, ofrecen un singular contraste con la mezquindad y pequeñez de las habitaciones humanas, que únicamente llaman la atencion por el atractivo de la novedad. Radama que gustaba mucho de las construcciones duraderas, y que proporcionalmente á sus recursos de ejecucion desplegara tanto jenio en Madagascar como Pedro I en Rusia; Radama mandó erijir un templo, á Jankar cuyas paredes y bóvedas son de un arquitecto venido de la Isla de Francia. El interior de aquel edificio está casi enteramente vacío; aparece en el fondo una suerte de altar en el cual se queman perfumes en honor del buen jenio. En una de las paredes y pintado al fresco figura Jankar, el buen jenio, luchando contra Agathic, el mal jenio. El palacio de Tranouvala, el de Bessakana, mas espacioso todavía, y el mausoleo de Radama han sido construídos igualmente segun las reglas de nuestra arquitectura. Entre los demas establecimientos de aquel rey, deben mencionarse el colejio fundado bajo la influencia de los dos pastores ingleses Jones y Griffiths, las escuelas inferiores y el ateneo tipográfico, donde se imprime á estas horas una Biblia malgache.

La poblacion total de Madagascar asciende, segun se dice, á mas de 4,000.000 de almas. A mas de la division por pueblos y provincias, ecsiste tambien una division de razas, observada por Flacourt y perpetuada posteriormente. Algunas castas son de pura sangre árabe, como los Zaffe-Ramini que aseguran descender de Imina, madre de Mahomet. Los Roandrianos, sus descendientes mas prócsimos, proceden de ellos sin mezcla alguna. Los Anacandrianos y los Ondzassis provienen de una mezcla con los indíjenas negros, y sin embargo son llamados *Malatas* ó blancos. Los Zaffe-Ibrahim descienden de Judíos ó de Árabes emigrados antes de la héjira. Los Kassi-Mambou parecen orijinarios de los países moros ó de la costa de Zanguebar. Pero las tribus mas considerables tienen un tinte atezado y los cabellos lisos de los Indios, ó la piel negra y los cabellos crespos de los Cafres. El dialecto jeneral del país parece aprocsimarse á las lenguas malayas, especialmente al javanés y al timoriano.

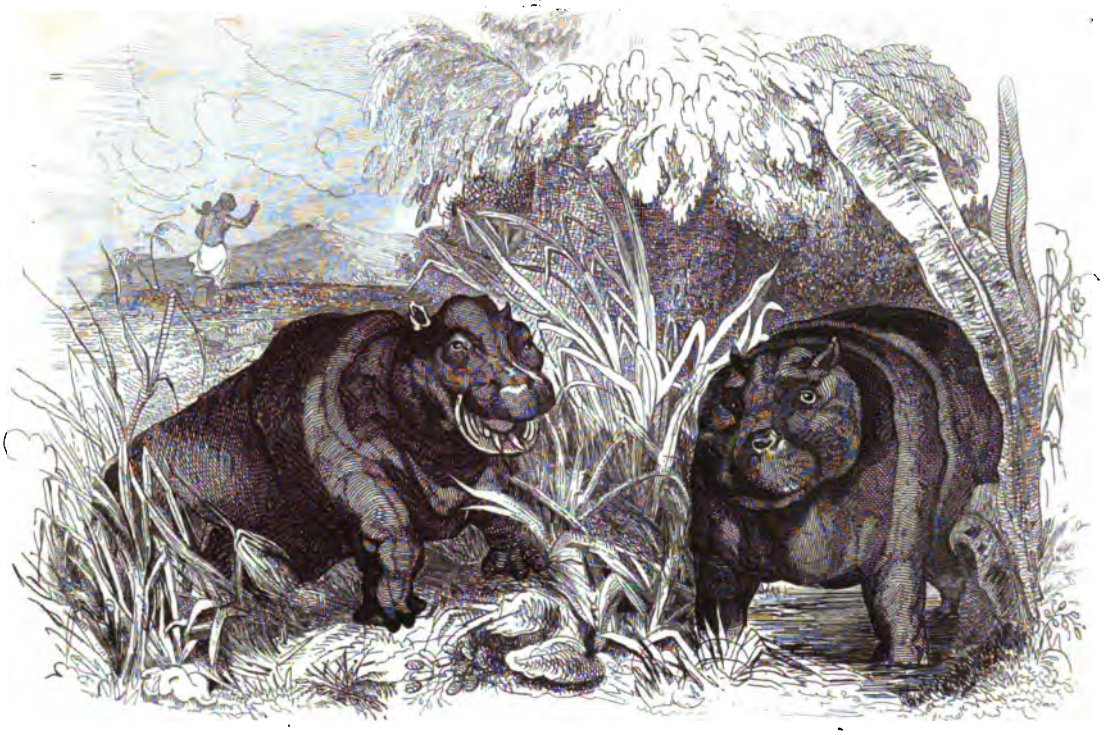
Desde la reciente transformacion del país, los antiguos usos malgaches, las viejas distinciones nobiliarias, han esperimentado crudos detrimentos La autoridad de los voadsiris, ó señores feudales, la de los lohavohitz, ó señores de aldeas, la influencia de los ombias, ó sacerdotes, han sido vivamente comprometidas por el movimiento civilizador, y es imposible que el poder de tantos privilejios deprimidos no determine una prócsima reaccion.

Entre las antiguas costumbres malgaches hay una que se ha perpetuado hasta nosotros, y que merece ser citada por ejemplo á las naciones civilizadas. Tal es el juramento de la sangre ó la alianza solemne contratada entre los individuos que se fraternizan y se comprometen á ausiliarse mutuamente. La ceremonia se verifica en presencia de los jefes del distrito; los dos amigos se hacen una incision en el estómago, se chupan dos pedazos de jenjibre con la sangre que mana, y cada uno come el bocado teñido con la sangre del otro. El maestro de ceremonia mezcla entonces contratantes en un vaso agua dulce, agua salada, arroz, plata y pólvora; templa dos dardos en esta miscelanea é hiere á los contratantes con el arma que ha producido la herida, profiriendo en seguida la fórmula siguiente: «Gran Dios! rey de los hombres y de la tierra; os tomamos por testigo de este juramento: que el primero de nosotros que lo quebrante sea herido por el rayo; que la madre que lo ha enjendrado sea devorada por los perros.» Despues de este juramento é imprecaciones, los dos hermanos lanzan sus dardos en direccion á los cuatro puntos cardinales para conjurar los malos jenios. Entonces toman por testigos la tierra, el sol y la luna, y bebe cada uno igual porcion del brebaje preparado suplicando á todas aquellas potencias que la hagan convertir en veneno para el que no pronunciase el juramento de buena fé.

En su vasta estension Madagascar ofrece á la historia natural inmensa nomenclatura, pero aun muy poco conocida. El reino vejetal comprende al tanoma, árbol resinoso, el sagutier que produce la sustancia alimenticia y pectoral conocida bajo el nombre de sagu, y cuyas hojas se tejen cual estofas; el badamier piramidal, el aromático bachi-bachi, la ravine-sara ó canela-aleli, cuya nuez y hojas producen esquisitos perfumes; el voae, arbusto sarmentoso que da la goma elástica, y en fin el sanga-fanga que guarda mucha analojía con el papyrus de los antiguos.

El reino animal no es tan rico. El antamba pertenece al parecer á la familia de los leopardos, y la farassa es algo parecido al chacal. Asimismo se ve el hipopótamo en las riberas de los rios y en las orillas de los lagos y de las marismas. Este pachyderme se acerca á la especie observada en el Cabo de Buena Esperanza; con sus piernas gruesas y cortas, su piel negra, lisa y grasienta, su mole obesa y mal formada parece observar una vida enteramente

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



1. *Hippopotames.*

1 Hipopotamos

2. *Rade de Mahé.*

2 Rada de Mahe

de Sabaou del. VOYAGE

sedentaria, y aunque se halla provisto de dientes caninos no es carnívoro, pues solo se alimenta de yerbas, cañas, arroz y mijo que engulle á enormes montones (PL. X—1). Su carne gorda es buena de comer. Creíase antiguamente que el hipopótamo devoraba hasta los hombres; pero Dampier, que ha estudiado estos animales en la bahía de Natal en Cafrería, ha rectificado esta fábula. Lejos de atacar á los hombres, este anfibio los evita y á su acceso se arroja al agua, donde se zambulle hasta el fondo marchando por él cual en terreno enjujuto. En Loango el viajero inglés vió á uno de ellos levantar con su cerro el bote de una embarcacion, volcarlo con seis hombres que se encontraban en él y dejarlos bregar en seguida sin causarles algun daño. El hipopótamo, dice Delalande, permanece largo tiempo bajo el agua, y vuelve á manifestarse á perder de vista del sitio en que se sumerjiera. El capitan Covent asegura haber visto uno permanecer en el fondo del rio por espacio de una media hora. Cuando está tranquilo, nada con la cabeza á flor de agua sin sacar sobre el nivel mas que las ventanas de la nariz, los ojos y las orejas. Su grito es tan parecido al relincho del caballo, que por ello se le ha impuesto este nombre. Los bueyes de Madagascar son zebus ó bueyes de jiba de grasa; algunos de ellos pesan de siete á ochocientas libras, otros están destituídos de astas y otros las tienen móviles y pendientes. Los demas animales notables son los asnos silvestres de orejas enormes, los javalíes provistos de cuernos, segun se dice, los carneros con un una cola enorme, los sandrecs especie de erizo, y el maquí especie de mono particular de la isla. Flacourt añade á todos estos animales el *bréh* ó cabra unicornia. La caza abunda en todos los bosques de Madagascar; los loros, los ánsares, los patos, las gallinas, las pintadas, las palomas zoritas vuelan á miriadas. Flacourt enumera mas de sesenta aves poco conocidas.

Detenido en Santa María durante el peor mes de invierno, por falta de proporcion, veía descaecer mi salud diariamente, y algunos síntomas de afeccion de fiebre me inducian á temer una grave enfermedad, cuando el brick inglés *Victory*, procedente de la Isla de Francia, echó el ancla en la rada. Debia hacer escala en Tamatava para dirijirse en seguida á Calcuta por Mahé y Trincomalay. Este era tambien en parte mi itinerario, pero toda direccion era igualmente buena para mí á causa del estado enfermizo en que me hallaba. El capitan, hábil fisonomista, acertó mi idea, y especulando acerca la misma, me sujeté á condiciones bastante desventajosas. Con todo, es preciso hacerle justicia, puesto que despues de haber judaizado un poco sobre los términos de mi pasaje, procuró hacérmelo lo mas agradable posible. Era efectivamente en el fondo un hombre de bien M. Jonathan Lewis de Bristol. Al contratarme no hacia mas que obedecer al instinto del oficio, á la necesidad de establecer una comun entre las acciones buenas y malas. Si en vez de vivir pacíficamente con su familia en una hacienda del Gloucestershire, recorria las factorías del archipiélago indio, no era ciertamente por el solo placer de aglomerar en su derrotero algunos pobres diablos descarriados como yo en los pantanos de Madagascar. Una circunstancia suya me gustó en especial, y es que hacia justicia á los Franceses. Antiguo oficial de la marina militar, asistiera á muchos combates donde nuestro pabellon se habia defendido bizarramente: su memoria sabia todos los pormenores y gustaba mucho de mencionarlos. Cuando nos hallámos á vista de Tamatava, acercóseme y me dijo: «Señor Francés, hacia mucho calor aquí en 1812. —Como es eso, capitan?— Sí, cuando nosotros nos batímos contra vuestra enfurecida *Nereida* que hizo frente á tres hermosas y muy buenas fragatas de Portsmouth. Héos aquí donde empezó la accion. Encontrábase *la Nereida* á sotavento, y yo me hallaba aquí, á bordo del *Sirio*. Al principio de la batalla estaban equilibradas las fuerzas, tres fragatas contra tres fragatas; mas dos de las vuestras se portaron muy mal, no hablemos de ellas. Quedaba sola *la Nereida* que las valia todas, recibió nuestros fuegos todo el tiempo que le fué posible, y llegó en seguida ante Tamatava en cuya rada ancló contra el viento, precisamente en la direccion de este grupo de árboles. Nosotros la atacámos á un cuarto de distancia y la cañoneámos. Pobre *Nereida!* transcurrida una hora, estaba enteramente acribillada y destruida en su bordo. Habia caído ya su comandante al grito de *Viva el Emperador!* y antes de morir dijera al teniente que lo reemplazaba:— Ponée, juradme por vuestra cruz de honor que no rendireis mi fragata sino bajo honrosas condiciones.—Os lo juro, comandante Marestier.—En este caso muero contento, abrazadme.—Hombre intrépido! Yo hubiera amado á aquel oficial como un inglés. Bravo Marestier! Algun tiempo despues, cuando los marinos de *la Nereida* nos refirieron su heroica muerte, nadie de los que se hallaban á bordo del *Sirio* hubiera querido asestar el cañon que le mató.—Bien! bien! capitan Lewis: y cual fué el fin del combate? — Digno y honroso, señor Francés. El teniente Ponée nos envió aun una lluvia de balas, bien que una de nuestras fragatas se vió forzada á abandonar la linea para reparar sus averías. Apenas vió esta accion nuestro comandante, se abocó con aquellos rabiosos una chalupa parlamentaria. Era muy compasible el estado en que se

hallaban, de modo que se creía que se rendirian á discrecion. Y bueno! — Yo he prometido á mi comandante, contestó vuestro bravo Ponée, que no rendiria la fragata sino bajo honrosas condiciones; estas condiciones son las siguientes: la tripulacion abandonará *la Nereida* con armas y bagajes, y será mantenida á espensas de la Inglaterra hasta que el Almirantazgo la haga trasladar á los puertos de Brest. Decid sí ó no, pues en este último caso, vuelve á comenzar el combate de aquí á una media hora.— Pues señor, lo hubiera ejecutado aquel diablo de Ponée, si nuestro comandante no se hubiese mostrado menos testarudo que él. Otorgósele cuanto quiso, pues hubiera sido muy horrible efectivamente matar tantos nobles é intrépidos marinos. Héos aquí, caballero. Trasladámoslos á bordo del *Sirio*, bebimos con ellos buenos vasos de *grog*, brindando ellos por su emperador y nosotros por el rey Jorje, y los conducímos á Mauricio. Aquella pobre *Nereida* era tan poco valiente despues del combate, que fué preciso hacerla llevar á remolque por dos fragatas.» Dijo, y mi capitan volvió á dedicarse á sus negocios de bordo, y debo confesar que puesta en boca de un Inglés, esta relacion tan gloriosa para nuestra marina me conmovió mas que cien partes oficiales. Desde aquel dia sentí ya menos los cuarenta ó cincuenta pesos á que M. Lewis de Bristol tarifara mi pasaje.

CAPÍTULO XII.

ARCHIPIÉLAGO DE SEYCHELAS. — ISLAS MALDIVAS.

A 25 de febrero de 1830 hicímonos á la vela para las Seychelas. A escepcion de algunas borrascas, nada caracterizó nuestra travesía que fué lenta y tímida, en medio de una multitud de escollos y archipiélagos mal conocidos situados al S. de las Seychelas. El capitan Lewis veía siempre la tierra bajo el espolon de su brick, ora la isla de Sable situada, segun M. Laplace, á los 15° 33' lat. S. y á los 52° 11' lonj. E., ora el islote Juan de Nova, cuya lonjitud, dudosa hasta el dia, debe restablecerse, segun el capitan Owen, á los 48° 49' E., ora la Galega, la Providencia, San Pedro, San Lorenzo y otros bancos á flor de agua, á los cuales los jeógrafos no han impuesto nombre solamente. La práctica solamente de estos parajes habia hecho muy desconfiado al capitan inglés, pues sabia todos los naufrajios que presenciaran, entre otros el del fuste francés *la Útil* que se perdió en ellos en 1767 con su tripulecion y ochenta esclavos negros. Era aquella ciertamente una historia horrible. Despues de haber encallado el buque, nuestros marinos se arrojpron á varias embarcaciones y habian podido alcanzar de nuevo á Madagascar, empero era tal el terror causado por aquel misterioso escollo que se prefirió dejar perecer á los negros náufragos que correr los peligros de un reconocimiento. Quince años despues, el intrépido capitan Tromelin se ofreció sin embargo á verificarlo y encontró el islote en que vivian todavía cinco mujeres, residuo de los ochenta negros que matara la miseria uno á uno. Un poco de agua somera, algunas tortugas y varias ostras los habian alimentado hasta entonces.

Gracias á la esperiencia de nuestro piloto, llegámos á vista de las Seychelas, pasando sucesivamente por frente la isla Larga, la Mediana, la Redonda, la isla de los Ciervos y la isla de Mahé, donde fondeámos á corta distancia de la orilla. Mahé ó Santa Ana, nos pareció árida en algunos puntos, fértil y cultivada en otros. En medio del semicírculo que formaba la rada, asomaban algunas casas entrecortadas de jardines y como recostadas á un muro basáltico que iba declinando gradualmente hácia el mar (Pl. X — 2).

Comprendidos en otro tiempo bajo la denominacion jeneral de Amirantés, esos grupos de islas esparcidos entre los 4° y 6° lat. S. y entre los 50° y 55° lonj. E., han sido clasificados por nuestros navegantes modernos en dos archipiélagos distintos, el uno de los cuales ha conservado el nombre de Amirantés y el otro ha tomado el de Seychelas. El primero comprende once islotes inhabitados y adonde van, solamente en ciertas épocas, los pescadores de tortugas. El otro no consta de menos de treinta islotes, los mas importantes de los cuales los hemos ya mencionado.

Este archipiélago, conocido de los Árabes y de los navegantes del siglo décimosesto, fué colonizado, por los años 1741, por unos costeños franceses que le dieron el nombre del gobernador á la sazon residente en la Isla de Francia. Al principio la pesca de la tortuga fué la única industria del país, pero despues la desaparicion de los bosques verificada por el hacha ó por el incendio descubrió algunos terrenos labrantíos y en consecuencia se establecieron en las Seychelas una multitud de criollos de la Isla de Francia atraídos por algunas concesiones. El coton llegó allí en tanta cantidad como pudiera desearse, y la calidad obtenida fué clasificada al primer rango en el comercio por su seda y su blancura. Bajo este nuevo impulso, Mahé contó en breve tiempo una poblacion de 500 blancos y 5000 esclavos. Las Seychelas fueron una sucursal de las islas de Francia y de Borbon: organizóse entre ellos un cabotaje importante que dió salida á los productos de su territorio. Algun tiempo despues las largas guerras marítimas de la república y del

imperio causaron alguna perturbacion en la prosperidad naciente de este archipiélago: la toma de la Isla de Francia por los Ingleses acabó de desorganizar sus relaciones. Restablecióronse por la paz de 1814, pero por cuenta de la Gran Bretaña que pidió las Seychelas como complemento de Mauricio. Desde entonces el Almirantazgo mantiene en ellas una guarnicion con un gobernador.

Como punto de recalo sobre el derrotero de las Indias, Mahé se ha convertido en una estacion ventajosa. La pequeña navegacion se ha vigorizado y se permutan volatería, carneros, tortugas y algunos bueyes; varias embarcaciones de mayor porte llegan hasta á la India con maderas de ebanistería y á Mauricio con cargamentos de azúcar. Las señoras de Mahé han encontrado un comercio muy reciente, tal es el tejido de las hojas de este árbol singular llamado cocotero de las Seychelas ó cocotero de mar (*Lodoicea Sechellarum*). Con estas hojas, anchas y puntiagudas, fuertes y lisas, hacen obras graciosas y delicadas, abanicos y sombreros que imitan los de paja de Italia. El cocotero llamado de las Seychelas solo se ha encontrado indíjena hasta el dia en Praslin, una de estas islas. Sonnerat lo ha transportado posteriormente á la Isla de Francia, los Ingleses lo han naturalizado en la India, pero en parte alguna se ha reproducido con tanta belleza como en el suelo orijinario. Antes que se esplorara el archipiélago que lo produce, conocíase ya el fruto sin conocerse el árbol. Arrancado por su propio peso, caía sin duda en las playas en cuyos bordes crece, y el mar lo hacia rodar en seguida sobre sus olas hasta que la lontananza lo hubiese arrojado á otra playa. Como las Maldivas eran el sitio privilejiado donde aportaban, los sabios llamaron á este producto «coco de las Maldivas» sin saber de do procedia, y Rumphio creía ver en él el resultado de una vejetacion submarina. El cocotero de las Seychelas es mas pequeño que el cocotero ordinario, su tronco derecho y cilíndrico puede esceder de la altura de cuarenta pies, crece lentamente y aseguran que no produce hasta despues de transcurrido un siglo. Su madera muelle y esponjosa no es buena para nada, y por lo que hace al fruto, su estraña configuracion lo ha constituído en objeto de curiosidad, de suerte que no hay gabinete de historia natural que carezca de su coco maldivo ó nuez maldiva. En su tegumento el fruto es esférico, y solo cuando está desnudo adquiere esta forma cuyos dos lóbulos salientes son separados por una abertura oblonga, guarnecida de fibras filamentosas. Tal es el estado en que comunmente se ve en Europa. Cortado en su latitud, el tegumento se divide en dos partes casi circulares, mientras que su lonjitud afecta casi la forma de dos hongos enlazados por el tallo (Pl. X — 4). La almendra interior es un alimento bastante mediano, y antes que se conociese, se le atribuía una gran virtud aphrodisíaca, de suerte que el emperador Rodolfo quiso procurarse una de ellas por cuatro mil florines. En nuestros dias se ha estinguido ya esta misteriosa nombradía, y la nuez maldiva ó mas bien, el coco de las Seychelas no escita ya la fastuosa lujuria de los príncipes desde que se ha convertido en objeto tan comun y despreciado. La cáscara, dura y negruzca, es la única que sirve para fabricar algunos vasos para usos domésticos.

Las familias que moran en Mahé son aun en la actualidad francesas por su oríjen y por sus sentimientos. Un compatriota es siempre para ellas el bien venido, y como á tal fuí objeto de la mas cordial y franca hospitalidad. Se me obligó á asistir á todas las fiestas, se me hizo pasear de una parte á otra de la isla; en primer lugar recorrí la ciudad, ó mas bien la aldea que se compone de pequeñas casas de madera, esparcidas por un piso roqueño, y de un arsenal donde se construyen embarcaciones de mediano porte en número bastante considerable. Desde allí me fué forzoso recorrer las rancherías donde se me preparaban muchas veces pequeñas sorpresas, bailes y refacciones campestres. En una de ellas ví una pesca de la tortuga: los pescadores acechan el instante en que viene esta por la noche á depositar sus huevos en la arena, la vuelven de espaldas y la transportan al rayar el alba á bordo de sus bateles; otras veces se aprocsiman al animal dormido sobre el agua, lo cojen en una red de fuertes mallas ó lo traspasan por medio de su costra. La carne de la tortuga es comestible bien que delicada, y cuando está cocida toma un tinte negruzco. Los huevos son buenos y la sangre, si se bebe caliente, aseguran que es un específico escelente contra el escorbuto. Estos animales tienen en las Seychelas dimensiones enormes, y muchas pesan hasta veinte libras; su concha tiene muchas veces cuatro pies de lonjitud sobre tres y medio de anchura, pero es comun y sin valor. La tortuga llamada el *caray* es la única que suministra la concha que sirve para las obras del arte. El gran consumo de las grucsas tortugas de las Seychelas está en la Isla de Francia y en Borbon, donde se consumen anualmente cerca doce mil.

En todas las haciendas que visité reinaba la mas uniforme sencillez; una casa de madera con un solo piso, ventilado pero con salas espaciosas y muebles aseados; al rededor algunas chozas para los negros cubiertas de hojas de cocotero de las Seychelas y una especie de patio en el centro; tal es todo lo que se reproducia en

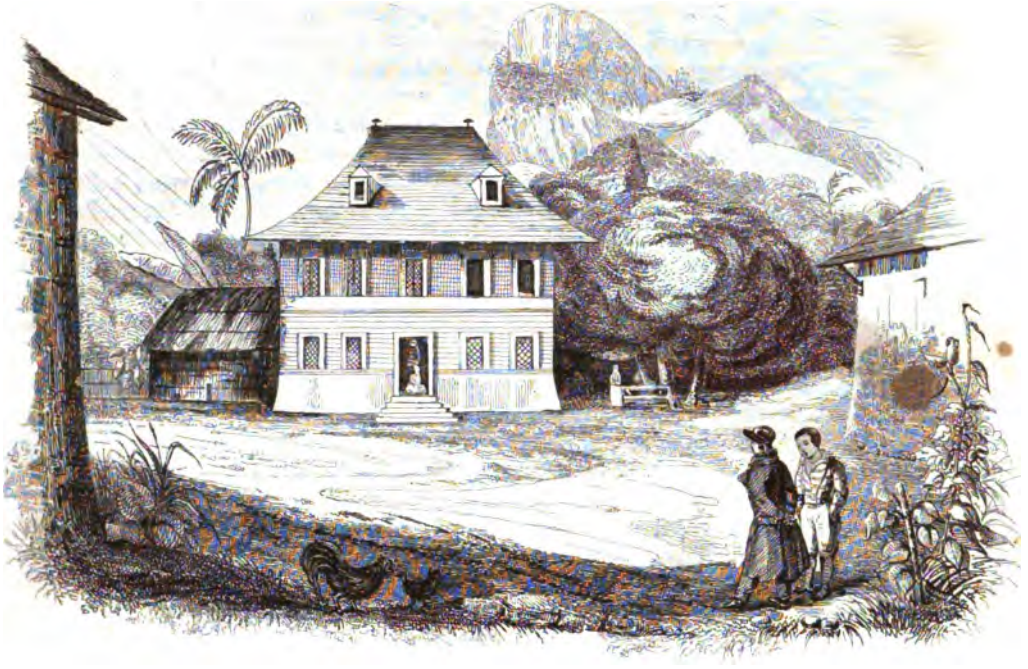
todas aquellas propiedades coloniales (Pl. X—3). Bien que situado á poca distancia del Ecuador, el archipiélago de las Seychelas goza de un clima uniforme y sano, y no se esperimentan en él esas bruscas variaciones atmosféricas que afligen á las colonias mas vecinas del trópico, ni los huracanes que las devastan, sino solamente algunos chubascos en la estacion del invierno en que reinan los vientos de S. E.

Una semana de vida nómada, al través de las haciendas de Mahé, restableciera completamente mi salud, mejorada ya en el mar. Cuando regresé á la rada encontré en el muelle á mi capitan Lewis que venia de hacer regularizar sus papeles en casa del gobernador inglés M. Harrisson y que se disponia ya para hacerse á la vela. Fuímos á bordo juntamente, y en aquella misma tarde *el Victory* se engolfaba en alta mar. Pasámos por frente de Praslin, isla la mayor del grupo despues de Mahé, de la cual dista siete leguas N. E. Esta isla es alta, nemorosa y poblada de algunos habitantes que pacen algunos bueyes ó se dedican á la pesca de las tortugas. Una espaciosa y buena rada presenta á su entrada dos pequeños islotes el uno de los cuales llamado Curioso ha sido transformado por los Ingleses en hospital adonde se deportan los leprosos de la Isla de Francia.

El resto del archipiélago por la parte del N. se compone de escollos ó arrecifes de coral desiertos casi todos. Cuando tuvímos el último al O. el capitan Lewis llevó el rumbo hácia el canal de las Maldivas, empero á medida que íbamos adelantando hácia el ecuador, abandonábannos las brisas inconstantes del S. E., S. y S. O. cayendo en la rejion de las calmas. Por otra parte reinaba á la sazon en aquellos parajes del Océano Indio una época de interregno entre ambos monzones. Con todo, en los diez y siete dias que estuvímos para alcanzar la altura de las Maldivas, las fuertes corrientes que dirijen al E. nos prestaron casi el mismo servicio que brisas muelles y juguetonas. En fin á 31 de marzo reconocímos el canal de los Andumatis, el mas ancho y seguro de todas las Maldivas, situado en su parte S. á un grado y medio de latitud boreal. En linea directa del 8.° lat. N. al 4.° lat. S. escalonábanse los catorce arrecifes de coral ó escollos que componen este archipiélago. Con unos atracaderos poco seguros y un territorio avaro de productos, las Maldivas no acostumbran ser muy visitadas por las embarcaciones de comercio, y casi todas las noticias que tenemos acerca las mismas proceden de esploraciones especiales ó de aventureros arrojados á ellas por los naufrajios. El comandante de *la Favorita* que las visitó en 1830, acaba de presentar al público una apreciacion jeneral de este grupo.

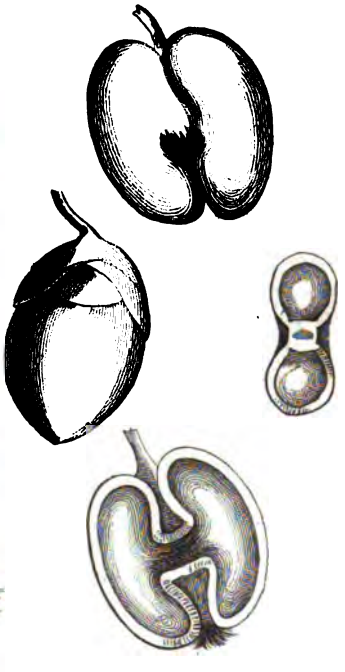
«El archipiélago de las Maldivas se compone de catorce arrecifes de coral ó escollos, todos de forma circular y separados entre sí por algunos canalizos mas ó menos anchos y mas ó menos peligrosos, cuyo fondo no puede encontrar el escandallo. Cada escollo es formado separadamente por una masa enorme de corales que se elevan desde el fondo del mar hasta su superficie; y, sean resultado del trabajo de una muchedumbre de insectos todavía invisibles ó de una vejetacion marina, no es menos grande la admiracion del observador al ver aquellas murallas ya en lineas rectas, ya curvas, encumbrarse sin apoyo alguno desde inmensa profundidad y formar finalmente islas apesar de los redoblados esfuerzos de un Océano embravecido no pocas veces al ímpetu de terribles huracanes. Qué serie de tiempo ha sido precisa para terminar con tan débiles recursos semejante obra, y paraque el coral elevado á la superficie del mar y destituído de vida por el contacto del aire, pulverizándose sucesivamente, haya compuesto el suelo de las islas que le deben su formacion! Qué sorprendente serie de circunstancias ha conducido sobre esta nueva tierra, nacida, por decirlo así, en medio de los mares, los frutos del cocotero arrancados de remotas costas á impulsos de los vientos y de las corrientes! El árbol ha echado raíz en la arena para la que parece haberlo destinado naturaleza; el terruño, enriquecido por sus despojos, protejido por su sombra, se ha cubierto de plantas cuyas semillas sin duda han sido igualmente transportadas por el embate de las olas.

«Tal fué, según todas las apariencias, la primera formacion de las Maldivas, todas las cuales se hallan situadas á flor de agua. En el interior de la ensenada formada por el cordon de coral, y que en algunos escollos puede tener hasta ocho leguas de diámetro, hay algunas islas pequeñas, bajas y cubiertas, del mismo modo que la cintura, de una multitud de cocoteros. Ignórase la época en que se poblaron las Maldivas, y únicamente se sabe que desde tiempo muy remoto hacen el comercio con la costa malabara, situada á cien leguas de distancia. Los primeros Europeos arrojados por los naufrajios á este archipiélago, encontraron en él establecido el mahometismo, moradores activos, industriosos, dedicados á la navegacion en una multitud de embarcaciones que recorrian las islas y aun llegaban á la costa de la India de donde regresaban protejidos por el favorable monzon. Habian llevado allí pescado seco, maromas hechas con la corteza del cocotero y aceite estraído de su fruto. El cauris, pequeña concha adoptada en la India como moneda inferior, se encuentra en abundancia en los arrecifes, y constituye un ramo lucrativo de esplotacion.



3. Habitation près de Mahé.

3 Estancia cerca de Mahe



Cocotier des Sechelles.

Coco de la Secheles

détails du Coco.

Fruto del Coco

Pl. X

PITTORESQUE

THE NEW YOR
PUBLIC LIBRA
ASTOR, LENOX
TILD

«Nunca ha sido juzgado con ecsactitud el carácter de aquella poblacion: cada náufrago lo ha pintado conforme la acojida que ha recibido. La mayor parte sin embargo lo presentan como bueno y hospitalario, pero que teme mucho la visita de los Europeos de que la han garantido hasta el dia peligrosos arrecifes y su pobreza. Con todo, este país desgraciado, rodeado del mar por todas partes, y cuyos moradores arrancan difícilmente su subsistencia á una naturaleza ingrata, ha tenido tambien sus revoluciones, sus guerras civiles y sus ambiciosos. Hácia el medio del archipiélago hay un escollo, á cuya estremidad meridional está situada la pequeña isla del Rey, mas favorecida de la naturaleza que las demas, que posee una rada donde pueden fondear con toda seguridad los bastimentos, conducidos por los pilotos del país, ante la aldea residencia del soberano de los Maldivas, título que un jefe se ha arrogado y hecho reconocer sucesivamente de todos los escollos por la fuerza de las armas. Si hubiese limitado allá su ambicion, sin duda que su nombre seria aun ignorado de los Europeos, pero ha querido ademas unir el producto de la piratería al del comercio que centralizara en su isla para someterlo á derechos, y armó grandes chalupas, apoderándose al principio de los bastimentos indios y osando despues atacar las embarcaciones de Europa armadas débilmente que pasaban en medio de sus posesiones, y cuyas tripulaciones eran privadas de su libertad. Denunciados al gobierno inglés de Bombay tales actos de piratería fueron reprimidos en breve por el suplicio de los piratas capturados, y por la amenaza que se dirijió al soberano de hacerle sufrir el mismo trato si no se conducia en lo sucesivo con mas circunspeccion. Desde aquella época las travesías entre las Maldivas pueden verificarse con bastante seguridad, y los costeños de los establecimientos ingleses empiezan á frecuentar la isla del Rey donde hacen un comercio no menos ventajoso para ellos que para los habitantes.»

Aunque los viajeros modernos, Horsburg, Owen y otros han esplorado las Maldivas, el mejor documento que ecsiste sobre este archipiélago es del siglo XVII° y pertenece á un Francés, Pyrard de Laval, que naufragó en 1602 y permaneció en él hasta 1607. Empero es tal en Francia nuestra indolencia para con los mas vastos trabajos de nuestros jeógrafos y viajeros, que cuanto entre nosotros se ejecuta de útil, grave y ecsacto en este jénero, solo se aprecia por el retintin que nuestras publicaciones producen en Inglaterra. Así es que en el año anterior, hízose á la sociedad jeográfica de Lóndres un público elojio del libro de Pyrard, apenas conocido de nuestros lectores franceses. Pyrard hace autoridad en lo concerniente á las Maldivas.

El nombre de este archipiélago proviene de Malé, isla principal del grupo. Los isleños, que parecen una raza india mezclada con árabe, son bien formados y tienen el tinte aceitunado, con el cuerpo velloso y la barba espesa. Mujeres se ven tan blancas como las de Europa. Los Maldivos hablan un idioma particular; su relijion es el mahometismo, pero mezclado con antiguas creencias sacadas del paganismo. En efecto, para calmar al dios de los vientos, lanzan al mar barcos henchidos de ámbar y madera odorífera al que ponen fuego de antemano, y estos altares batidos por las olas, van á pasear á lo lejos sus nubes aromáticas. Los mas sabios entre los Maldivos hablan el árabe y esplican el Koran. Pyrard dice que los escollos obedecian á un rey árabe; Jhon de Barros los hace depender actualmente de un príncipe indo, pero añade que todos los otros dignatarios son Árabes. Los sacerdotes son todopoderosos en el país, y el cargo de jeneral en jefe ó *Pandiar* va acompañado de grandes poderes. En las Maldivas no se ven ciudades propiamente dichas, pues solo consisten en grupos de casas esparramadas en medio de bosques de cocoteros. Estas casas son casi todas de madera, pero el palacio del rey y algunas habitaciones de comerciantes ricos tienen frontispicio de piedra. El comercio de estas islas consiste en pescado salado del cual se esportan grandes cantidades para toda la costa de la India; se pescan el coral, el ámbar y los cauris; se fabrican tejidos de seda y de algodon, traje habitual de los isleños. Entre los vejetales debe distinguirse el candu, árbol cuya madera es lijera como el corcho. Los ratones y las hormigas ejercen en todo ese territorio espantosos estragos; los bueyes son raros, pero las gallinas son muy abundantes.

Al salir del canal de los Andumatis y hácia los 73° lonj. E. sobrevinieron algunas fuertes ráfagas del Sur y una espantosa marejada que nos revelaron alguna grande perturbacion lejana. Era efectivamente la cola del desastroso huracan que obró con tanta fuerza contra las islas de Francia y de Borbon desde 27 de marzo al 5 de abril. La corbeta del Estado *la Favorita*, que se encontraba á la sazon en los parajes batidos por el viento, solo pudo salir del peligro con el ausilio de las prudentes maniobras de su comandante y la fuerza de su construccion. La mayor parte de los buques mercantes anclados en la rada de San Dionisio fueron arrastrados apesar de sus anclas y se perdieron en alta mar, todos los campos fueron devastados, perdidas las cosechas, y las habitaciones mismas zozobraron en muchos puntos, batidas por la violencia del temporal. En las latitudes en que á la sazon nos hallábamos, la brisa soplaba amortiguada é impotente, y solo

nos sirvió para seguir el rumbo. A 12 de abril percibímos las montañas meridionales de la isla de Ceylan entre las cuales descuella el pico de Adam. En aquella misma tarde montámos la punta de Dondres, y despues de haber costeado por espacio de dos dias la parte occidental de la isla, desde cuyo punto impelia la brisa hácia nosotros el perfume de los canelos, echámos el ancla á 14 de abril en la magnífica rada de Trincomalay.

CAPÍTULO XIII.

ISLA DE CEYLAN.

La isla de Ceylan, llamada *Lakka* por los naturales, llevaba antiguamente el nombre de *Lakdiva* y *Sinhala*, de la raíz sanscrita *Sinhal* (leon). Situada en el trópico de Cáncer se prolonga desde el sesto al décimo grado lat. N. y del 77° al 80° lonj. E. Por la parte del N. toca el estrecho de Manar, canalizo impracticable para las embarcaciones que la separa de la península de Dekkan, y de esta suerte ocupa una de las avenidas del golfo de Bengala. Su perímetro es de trescientas leguas y su superficie de unas setecientas leguas cuadradas. Su forma es á poca diferencia como la de una pera cuyo cabo puede considerarse la isla de Jafna-Patnam. Sus costas llanas, bajas, interrumpidas por bajíos, son bastante peligrosas, pero este inconveniente está compensado por puertos escelentes y abras numerosas. En Ceylan los monzones corresponden con los de las costas de Coromandel y Malabar, y consisten en unos vientos periódicos que soplan en el mar de las Indias del S. O. desde abril hasta setiembre, y del N. E. desde setiembre hasta abril. En el monzon del S. O. la costa malabara que tiene el viento en frente, está sujeta á frecuentes desastres, mientras que la costa de Coromandel, abrigada por la tierra indiana, goza de una temperatura igual y de un mar magnífico. Durante los seis meses en que sopla el monzon del N. E. se verifica lo contrario; borrascas en Coromandel y brisas templadas en Malabar. Situada en el límite de estas dos zonas, Ceylan ofrece en menor estension el mismo incidente atmosférico. En el decurso de los meses de mayo, junio y julio, cuando su playa occidental es batida por las olas é inundada por la lluvia, al E. y al N., el cielo es azul y el mar unido, pero en octubre y noviembre cuando el N. y el E. son acometidos, el O. y el S. están calmados y tranquilos. Sin embargo este contraste solo es muy sensible en las costas, puesto que las montañas y los bosques del interior modifican la direccion de la brisa y atenuan su violencia. La estacion lluviosa tiene lugar en marzo y en abril. Bien que mas prócsima al Ecuador que la península indiana, Ceylan no se halla abrasada, como esta última, por el sol: las brisas del Océano que circulan y juguetean en torno de sus costas mantienen su atmósfera siempre fresca. En el interior, donde no se esperimenta el soplo del monzon, hay altos bosques que suplen su influencia.

Ceylan abunda en minerales y fosiles. El hierro se encuentra en todas las combinaciones de que es susceptible, como tambien la magnesia. Compuesta de masas graníticas, casi en todas partes homojeneas y de primera formacion, ofrece la isla algunos cuarzos, mica y capas calcareas llenas de conchas petrificadas. En los peñascos, en las madres de los rios y en los terrenos de aluvion se encuentran una muchedumbre de piedras preciosas, los zafires azules y verdes, los amatistas, el rubí, el topacio, una especie de ópalo y piedras cornerinas. Abunda asimismo el cristal de roca: la estatua de Bouddha en el templo de Kadddy no es otra cosa que un monolito de esta materia.

El Mahavilla, el Kalay, el Kalou y el Waleway constituyen los principales rios de la isla, y todos toman su oríjen en el pico de Adam: sobrado rápidos para navegables son inútiles al comercio interior, paralizado tambien por el mal estado de los caminos. Por parte de los reyes de Kandy, posesores orijinarios de Ceylan, era un cálculo político dejar impracticables las avenidas de su reino central. Circundados de selvas densas, con una guardia de elefantes y bestias feroces, podian creer que los Europeos, dueños de las costas, les dejarian al menos la soberanía de Kandy, último floron de la diadema chingulesa. Esta ilusion ha subsistido hasta fines del siglo precedente, época en que los Ingleses, conquistadores de las factorías litorales, completaron la sumision de las tribus interiores.

La historia primitiva de Ceylan está atestada de esas maravillosas alegorías que caracterizan las tradiciones asiáticas. Refiere la crónica chingulesa que los habitantes de Tannasserin situados en las riberas del Ganjes vieron cierto dia salir del sol naciente un ser de prodijiosa catadura que les mandó abandonasen sus chozas salvajes y se edificasen casas. Reinó sobre ellos y le sucedieron sus descendientes bajo el título de *Souriavas* (hijos del sol). Uno de estos souriavas, Vidja-Radjah, fué el primer emperador de Ceylan; habiendo desembarcado en esta isla con setecientos hombres sometió la comarca que tambien adoraba al sol bajo el nombre de Isouara. Despues de él reinaron Singa-Bahou y Vidja-Comara, que casó con la hija del rey de Mathourah (Maduré) cuya dote consistió en un gran número de vasallos y de artífices, buér-

fanos, albañiles, carpinteros, etc. Sucediéronse diversos príncipes hasta el año 379 de nuestra era, época en que el culto de Bouddha fué introducido en la isla por el sacerdote Mihidouma que llegó espresamente de Maddadisay. «Atravesó los aires, dice la version chingulesa, y paró en una roca de Anouradapoura, en el momento mismo en que el rey Deveni-Petissa pasaba por aquel sitio de regreso de la caza. Sorprendido al ver aquel hombre con anchurosos vestidos amarillos, el príncipe no pudo menos de detenerse, y el misionero, en vez de aguardar que el monarca le interrogase, se apresuró á verificarlo. Satisfecho de su intelijencia, predicóle el bouddhismo y le convirtió no menos á él que á sus vasallos.»

Desde entonces Ceylan perteneció mas bien á los sacerdotes que á los reyes, y todos los desastres que sobrevinieron desde aquella época hasta la invasion europea provienen solamente de venganzas sacerdotales. Aquí por la muerte de un sacerdote ha tenido lugar un diluvio y se han destruido cuatrocientas setenta aldeas, siendo el rey herido por un rayo y precipitado á las simas del averno; allí una sequía y horrible hambre pesan sobre el país, porque á otro príncipe le sabe mal que un Bracman corteje á la reina. A escepcion de esas catástrofes consignadas minuciosamente, la historia chingulesa se limita á incidentes tan graves como la construccion de pagodas, el descubrimiento de un diente de Bouddha, ó el suicidio de un rey que se arroja á la hoguera de un poeta á quien apreciaba.

La llegada de Lorenzo de Almeida, verificada á mediados del siglo décimosesto, mezcló un poco de drama europeo á los anales indijenas. Bajo el reinado de Darma-Praccaram el almirante portugués buscó en la punta de Galle un abrigo contra la tempestad. A vista de los recien desembarcados, corrieron apresuradamente los naturales á Cotta, capital de la isla, y refirieron al rey que acababan de llegar hombres blancos y formados con toda perfeccion, cubiertos con vestidos y sombreros de hierro, que bebian sangre (vino), comian piedras (vizcocho) iban armados con instrumentos que producian rayos y lanzaban balas que derruían las paredes.

El rey mandó á su hermano á los Portugueses y recibió estos en su corte. Duró la buena armonía mientras vivió Darma-Praccaram, pero al entronizamiento de su sucesor Bouwanika, sobrevino una guerra civil que dió ocasion á los Portugueses para intervenir en los negocios del país. En consecuencia inundaron la isla de tropas y se fortificaron en el puerto de Colombo.

En breve tiempo nació una guerra entre los naturales y los Europeos, guerra que, á escepcion de algunas intermitencias, debia prolongarse por espacio de dos siglos, pasando de los Portugueses á los Holandeses y de estos á los Ingleses. Por los años 1634, Simon Correa, jefe de los Portugueses, conquistó por dos veces á viva fuerza Kandy, nueva residencia de la corte chingulesa, pero Radjah-Singha se alió con los Holandeses y arrojó de Colombo y de la isla entera á todos los soldados y colonos portugueses.

Entonces fué cuando empezó en esta isla el reinado de la Holanda. La Francia quiso probar igualmente, hácia 1672, la organizacion de una factoría y un apostadero militar. Habiendo pues Delabaye anclado en el puerto de Cottiar con catorce buques, obtuvo de Radjah-Singha el permiso de levantar un fuerte para cuya construccion coadyuvaron con sus servicios los naturales mismos. Obligado á hacerse de nuevo á la vela, aquel almirante dejó un encargado de negocios, Lainé de Nanclars de Lannerole, prometiéndole que apoyaria la fundacion naciente por medio de refuerzos franceses; pero habiendo faltado á esta palabra, nuestro encargado de negocios vejetó sin consideracion en la corte de Kandy, y nuestro fuerte pasó á poder de los Holandeses.

Prosiguiéronse las guerras entre estos últimos y los naturales por espacio de unos cien años con una alternativa de victorias y reveses. El resultado demostró á los unos la imposibilidad de ocupar el centro de la isla, y á los otros la inutilidad de un ataque contra los establecimientos litorales. En 1782, bajo el reinado de Radjahi-Radjah-Singha, apareció en la bahía de Trincomalay una escuadra inglesa mandada por sir Hector Munroe, desembarcó sin oposicion y tomó la ciudad por medio de un osado golpe de mano; empero habiendo el almirante inglés abandonado la bahía para ir á reparar su flota en Madras, M. de Suffren fondeó á su vez ante Trincomalay é hizo ondear en su fuerte la bandera francesa. No obstante, en 1796, tuvo lugar en Negoumbo un nuevo desembarque de tropas inglesas. Desde este puerto el jeneral Stewart se dirijió sobre Colombo, capital de las posesiones europeas de Ceylan, y la ciudad se rindió casi sin la menor resistencia. Aunque la guarnicion holandesa fuese tan numerosa como el cuerpo sitiador, la traicion abrió á los Ingleses las puertas de Colombo, pues el gobernador Van Anglebeck firmó una capitulacion sin participarlo á sus oficiales. El solo hecho de armas que señaló esta lucha pertenece á un coronel francés, llamado Raymond, que se precipitó sobre los enemigos á la cabeza de algunas tropas malayas, y no pudiendo vencer por sí solo, murió almenos como valiente.

Tras aquel pacto tan poco honroso, las tropas inglesas ocuparon á Colombo, sometiendo en

seguida el litoral poseído sucesivamente por los Portugueses y por los Holandeses, y desde aquella época ninguna potencia europea ha querido contestar su derecho de ocupantes. Entonces no hubo ya mas que guerras interiores contra los reyes de Kandy, guerras por lo comun funestas á los Ingleses. En 1804, despues de la toma de la capital chingulesa por el coronel Johnston, concluyóse un armisticio que duró hasta 1814, en que empezó de nuevo el conflicto. Un destacamento, puesto á las órdenes del mayor Hook, partió de Colombo sobre Haugwaly, y muchos otros cuerpos, en número de tres mil hombres, debian servirle de reserva. Con tales fuerzas el gefe inglés marchó sobre la capital chingulesa, y se apoderó de ella á 6 de marzo de 1815, haciendo prisionero al príncipe reinante Wikrimi-Radjah-Singha. Los tesoros de los antiguos reyes de Kandy cayeron en poder de los vencedores; y finalmente, una proclama del teniente jeneral Roberto Brownrigg anunció á los isleños que S. M. Jorje III tomaba posesion de Ceylan. En nuestros dias han tenido lugar algunas revoluciones interiores, pero las bayonetas de los nuevos amos han hecho justicia.

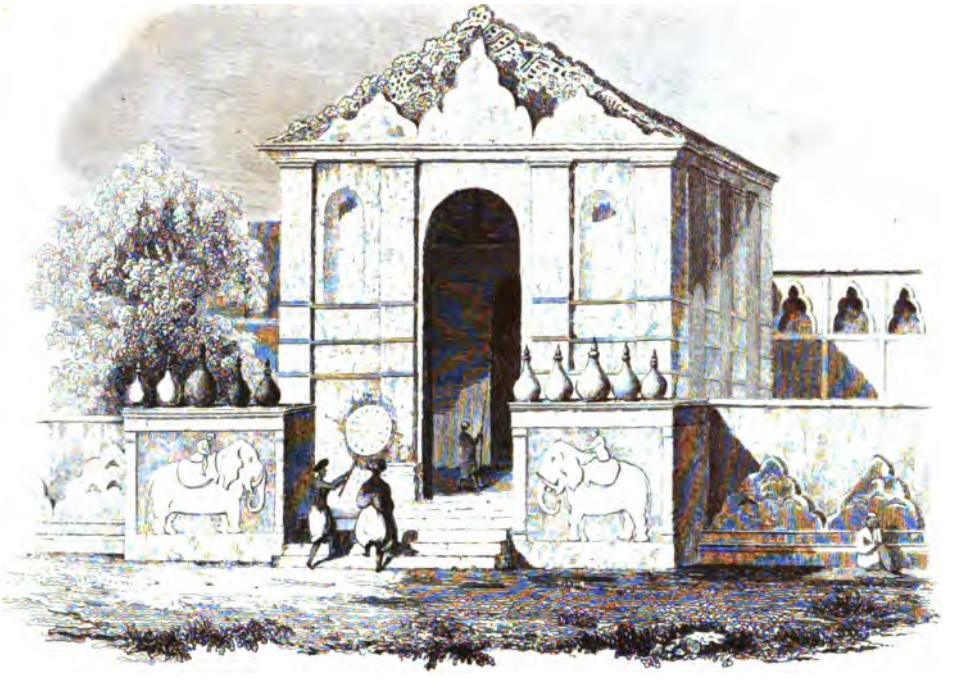
Tal es la historia de Ceylan. Esta isla, por mas que esté britanizada en toda su estension, puede considerarse dividida en dos partes, á saber: el reino de Kandy y las colonias europeas, las cuales ocupan la orilla y circundan, cual anillo elíptico, las provincias interiores.

Divídese el reino de Kandy en provincias que se subdividen en distritos, tales son: al N. las de Nour-Calava y de Hot-Corla, al E. la de Matouly, al S. E. la de Ouvah, y al O. las de Cœtmale y de Houtera-Corla. En el centro encuéntranse los distritos de Oudanour y de Tatanour, cuyas capitales son, á mas de Kandy, las principales ciudades del reino, pero toda esta parte interior de la isla, inaccesible á los Europeos antes de su conquista, solo ha sido visitada en sus pormenores en época muy reciente. El único viajero á quien debemos noticias ecsactas relativamente al reino de Kandy es el médico inglés M. Davy que, en 1817, pasó de Colombo á Kandy, donde permaneció largo tiempo. En la actualidad el libro del doctor inglés es, aun para los colonos mismos de Trincomalay, la mas segura norma por lo que hace á aquellas comarcas apenas subyugadas.

Desde Colombo á Kandy se encuentran las ciudades de Sittawaka, de Rouwenwillet, de King y de Anoura-Pourah, situadas en un sendero entrecortado de montañas y valles y cubierto de selvas de un aspecto imponente y silvestre.

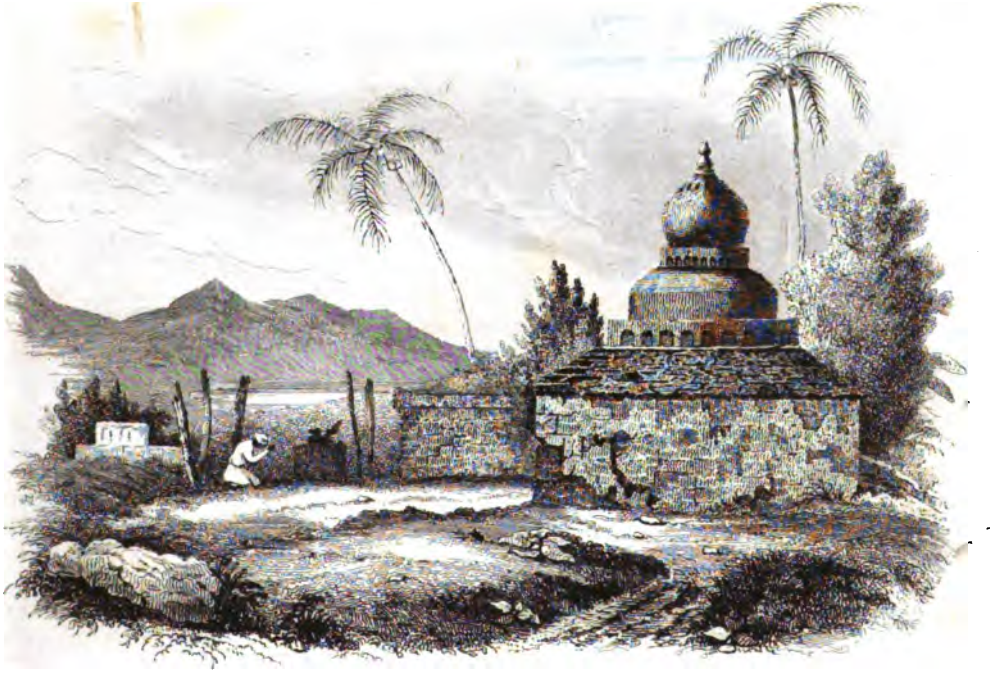
La ciudad de Kandy, capital de Ceylan, está situada á orillas de un lago artificial y en medio de un estenso valle: las casas son de tapia, y los techos son compuestos con bálago, á escepcion de las casas de los jefes que son cubiertas con tejas. El palacio real y el templo de Bouddha son los dos edificios principales; el primero tiene un frontispicio de seiscientos pies de lonjitud. Dos pabellones hexágonos terminan aquel monumento; el uno está destinado para manifestarse el rey á sus súbditos en los dias festivos, y el otro para departamento de mujeres. Entre dos macizos, en que hay esculpidos varios elefantes, se ve una escalera de algunos tramos que sirve de avenida al palacio y termina en una especie de peristilo de frontis triangular que conduce á unas vastas galerías laterales (Pl. XI — 2). Allí es donde se encuentran los cuartos de palacio, bien que solo uno de ellos está decorado de columnas de madera, tal es el salon de embajadores. Kandy contiene un gran número de templos; no ecsiste palacio real que carezca de su templo correspondiente, por cuanto la constitucion chingulesa colocara el Estado en la Iglesia, pero uno solo de esos templos merece mencionarse, tal es el de Dalada-Malegava, capilla particular del rey. La catedral de Ceylan es el lugar santo por escelencia, porque encierra en sí el diente de Bouddha, reliquia del mas alto precio. El templo es pequeño, obscuro, misterioso, pero reluciente de oro, de piedras preciosas y ricos brocados; su ambiente es aromatizado por odoríferas flores, y en todas partes se ven varios surtidores de un agua límpida y cristalina. En el fondo hay una especie de altar que contiene dos imájenes de Bouddha, una de cristal y otra de plata maciza sobredorada, á cuyo lado se ven dos karandouas ó relicarios. El mayor de esos karandouas es el de plata, embutido de piedras preciosas, cuya circumferencia es de diez pies con corta diferencia. Al rededor del cofre reina un feston de cadenillas de oro esplendoroso, realzadas de pedrerías, y en su interior se conserva el diente de Bouddha, amarillento y sucio, pero envuelto en una hoja de oro puro y colocado en una caja tambien de oro metida en otras tres ó cuatro sucesivamente mayores, á mas del gran cofre ó karandoua. Los Ingleses, dueños de Kandy, no respetaron por ningun estilo un diente tan ricamente alojado; cofre y reliquia fueron igualmente arrebatados por ellos, dando márjen á la espresion que usaban despues los Chinguleses:

« Ahora sí que son dueños absolutos del país, porque el poseedor del diente de Bouddha está facultado para administrar el gobierno de cuatro reinos. »



2. Entrada del Palacio de Candy.

2. Entrada del Palacio de Candy



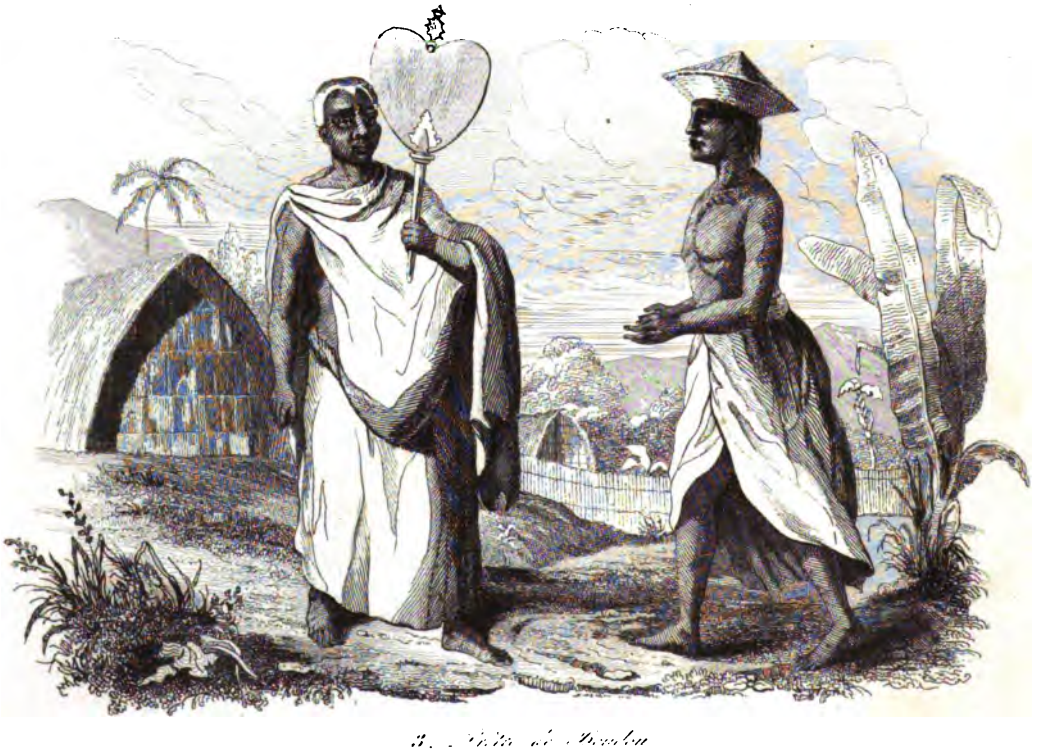
4. Capilla cerca de Trincomalay.

4 Capilla cerca de Trincomalay

THE NEW YO
PUBLIC LIBRA
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUND

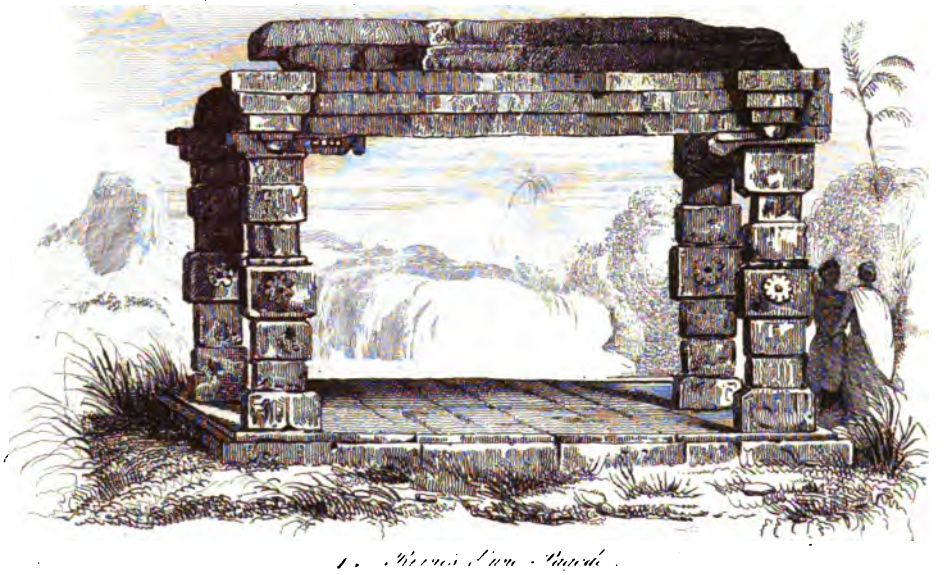
THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX

1. Dagoba. Capilla de las Reliquias.



3. Sacerdote de Budou

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



1. Ruines d'une Pagode.

1. Ruinas de una Pagoda

3. Grand-Prêtre.

de Saisson del.

3 Sumo Pontifice

VOYAGE
VIAJE

La isla de Ceylan está sembrada enteramente de monumentos del Bouddhismo, cuyos principales son los hypojeos de Damboulou y los wiharés de Malvatté y de Asghiri. El Malvatté consiste en un pequeño convento morado por unos cuarenta sacerdotes sujetos al reglamento y dedicados á la oracion y á la enseñanza. Dos pequeños templos dependen del Malvatté, y á poca distancia se halla una poega ó sala de reunion, con una columnata de diez y seis fustes de piedra de una sola pieza cada uno, con veinte y cinco pies de elevacion. El Asghiri, mas pequeño, no es mas que la repeticion del Malvatté, en donde se ve una estatua de Bouddha de treinta pies de altura. En las cercanías de Kandy y en todo el resto de la isla deben mencionarse una Dagobah ó capilla de reliquias (Pl. XI — 1); otra capilla que se ve cerca Tincomalay (Pl. XI — 4); las ruínas de una pagoda que se hallan en los alrededores de Rouwenwillet y que parecen pertenecer á una época mas remota (Pl. XII — 1); y por fin los devalés (templos de los Brahmanes) de Nata y de Patiné, inaccesibles al profano, y cuya entrada está reservada únicamente á los sacerdotes. Todas estas casas sacrosantas están circundadas de sotillos de cocoteros é higueras inmensas, árboles solitarios y venerados por la piedad chingulesa.

Los curas de esos templos salen todos de dos colejios establecidos en Kandy. Dos órdenes de sacerdotes salen de aquellos seminarios bouddhicos; el primero comprende á los que, permaneciendo todavía en una suerte de noviciado, solo tienen el grado de Samerero (hijo de sacerdote). Estos titulares traen vestido amarillo, hácense rapar la cabeza y las cejas, y pueden ser empleados en algunas ceremonias (Pl. XI — 3). A los veinte años de edad, el Samerero deja este traje, cúbrese con la túnica blanca y se presenta á un colejio de veinte doctores que le sujetan á un ecsámen. Si queda mal, permanece en el grado inferior; pero si sale airoso de este ensayo se le otorga una pública investidura. Con toda solemnidad es adornado con el vestido de Oupasanpada (lleno de relijion), y cubierto con las insignias de su nuevo título es paseado por todas las calles de la ciudad (Pl. XII — 3). El sacerdocio es uno de los mas altos puntos de mira del Chingulés; esta dignidad ejerce una grande influencia sobre el pueblo y reditua alguna renta arrancada á la credulidad piadosa. En las aldeas pobres el diezmo que se paga al párroco se satisface por lo comun en especie, y no pocas veces se ve un doctor entrar en su wiharé ó templo de Bouddha con una docena de pavos pendientes de su cintura.

Los deberes y prácticas sacerdotales están sujetos á un reglamento bastante austero, cuya observancia se cumple escrupulosamente, y cuyas infracciones son asimismo castigadas. La conducta de los sacerdotes, moral é inofensiva, coopera mucho al profundo respeto que se profesa no menos á su persona que á su carácter. Los reyes mismos se abstienen de sentarse en presencia de un ministro del culto de Bouddha.

Por lo demas, este culto no es mas que una mistura informe de tradiciones y ritos estravagantes que propenden al parecer al materialismo. El bouddhista cree que todos los seres ecsistentes en la naturaleza, dioses, demonios, hombres, animales, todo trae su orijen del aire, del fuego, del agua y de la tierra, en punto de contacto con Pranè é Hitta, la vida y la intelijencia. Un hombre puede llegar á ser dios, un dios puede dejenerar hasta ser demonio, hombre ó animal, segun la diversidad de la materia que predomine en su organizacion. La muerte no es mas que una mutacion de la forma; la aniquilacion del pensamiento constituye el estado mas perfecto, cuya creencia se conoce fácilmente procede del pitagorismo, únicamente con lijeras variedades en algunos puntos. Despues de la eternidad de la materia viene la pluralidad de mundos. El universo no ha tenido principio, dicen los bouddhistas, ni menos tendrá fin alguno. Veinte y seis cielos ecsisten, cuyos veinte primeros constituyen la morada de los Brachmi-Lochès, séres superiores á nosotros, cuya beldad inefable acrece gradualmente á medida que van alejándose de nuestro planeta, todos sin distincion pertenecientes al secso masculino y ecsentos de pasiones carnales. Los seis cielos inferiores son poblados por especies análogas á la nuestra con algunas perfecciones progresivas. Por lo demás, estas creencias consisten únicamente en una variedad evidente de las doctrinas brahmánicas.

Cuatro Bouddhas se han manifestado ya al mundo, dicen los sacerdotes; un quinto debe venir en siglos muy posteriores al nuestro. El dios actual es el cuarto Bouddha, llamado Goutama, cuya historia es harto singular paraque no merezca relatarse. «Goutama viniera al mundo tantas veces y bajo tan diversas formas, que la reunion de todos estos cuerpos ocuparia un espacio tan grande como el globo terrestre. No tuvo inconveniente en ser Bouddha, y de consiguiente la reina Sadoden lo puso al mundo. En la época de su nacimiento, el rey Kaladiwella, domiciliado en el Hiemané, fué á visitar á la reina, y vió al niño que andaba solo y que tuvo la irreverencia de ponerle los pies sobre la cabeza. Ecsaminólo el rey, reconoció en la planta de sus pies

los doscientos diez y seis signos requeridos, en su cuerpo los treinta y dos señales de belleza, y por fin las veinte y cuatro indicaciones. Al momento vaticinó que el hijo de la reina seria Bouddha.

« Desposóse Goutama, vadeó á caballo y de un solo salto el rio Ganga, y deponiendo despues las vestiduras reales, hízose sacerdote, se sujetó á duraderos ensayos y acabó por sentarse en un trono de diamantes de catorce codos de altitud, desde cuyo punto venció todos los ataques de los demonios. Al punto conoció lo presente, lo pasado y el porvenir, predicó á los hombres y aun á los dioses mismos. Habitó el templo de Ojeta-Wanaramay, en la ciudad de Sra-Wasti-Nioura. Subió al pico de Adam y dejó su pie impreso en él. Bouddha se hallaba revestido de la facultad de multiplicarse al infinito y tomar todas las formas que queria, encontrábase en todas partes, aparecia súbitamente en cuantos puntos era útil su presencia, y convertia á una nacion sucesivamente despues de otra. Murió á los ochenta y seis años de edad, en cuya época seguia ya su doctrina gran parte del universo. Bouddha, añaden los sacerdotes, se halla actualmente en el Nivané, sin dar esplicacion alguna acerca la naturaleza de esta mansion, pero cuya traduccion seria tal vez la señal de la nada. »

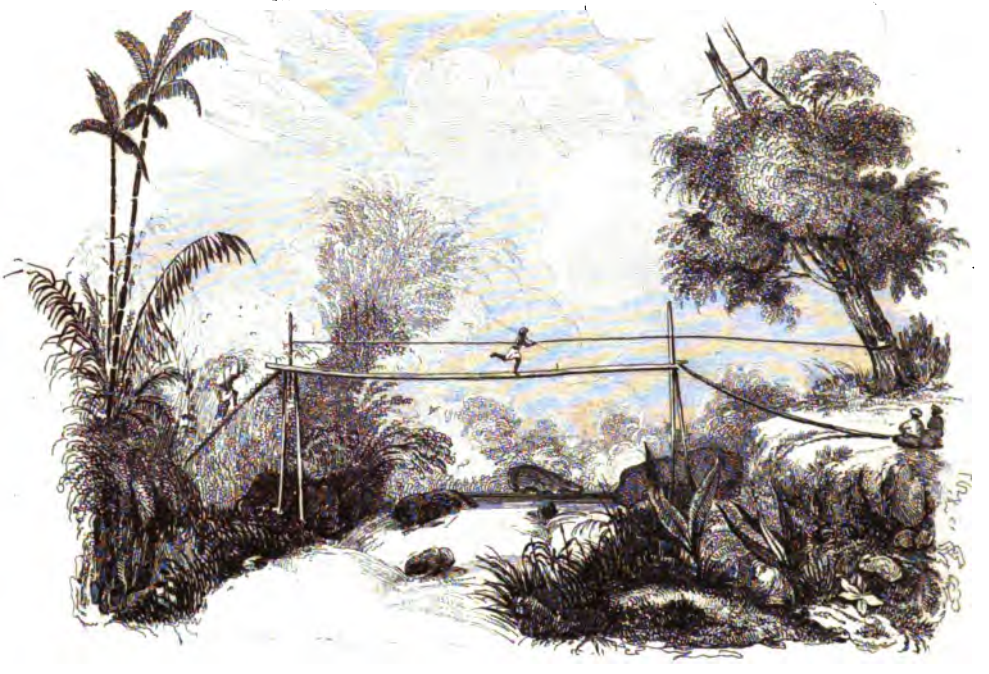
Todo el resto de la moral del Bouddhismo es pura, sencilla y práctica. En ella se ecsorta al pueblo á pedir limosna, meditar acerca la instabilidad de las fortunas humanas, vivir de un modo útil y provechoso no menos á los demas que á sí mismo, y apreciar al prójimo tanto como á sí propio. Las predicaciones de los bouddhistas no son mas que el desarrollo de todas estas mácsimas. En los templos, el pueblo ofrece pimpollos de flores y adora á la vez, y mientras dirije sus súplicas á Bouddha, el vicario dispone los ramilletes ante su imájen. Las mujeres de Ceylan, como en los demas países, son las mas fervientes devotas de los wiharés. Ademas, se acostumbra invocar otros dioses, tales son los custodios de la isla que tienen asimismo sus sacerdotes correspondientes, entresacados de los bouddhistas, y apellidados Kapourales. El dios Kaltragan es el mas temible de todos; su templo, situado en la isla de Ceylan, es objeto de una romería á la que concurren varios pueblos de la península Indiana. A mas de las capillas y los wiharés de que está sembrado el suelo chingulés, ecsisten otros templos subterraneos, visitados y descritos por M. Davy, como son los de Damboulou abiertos en la roca, santuarios de prodijiosa antiguedad y conservacion; el Alout-Wiharé, atestado de imájenes de Bouddha de todo jénero de formas y dimensiones; y en fin el Maha-Radja, el mas espacioso y bello de todos los templos bouddhistas, de ciento noventa pies de lonjitud sobre noventa de anchura. En este último templo se hallan cincuenta y tres ídolos y una linda dagobah de diez y ocho pies de elevacion, en cuyo pedestal se ven cuatro imájenes de Bouddha en relieve, sentadas en el pescuezo de una serpiente. A mas de cuarenta y seis imájenes de Bouddha, se encuentran asimismo la de Mitré-Deo-Radjourouvo que vendrá despues de Bouddha á rejenerar el mundo, y una imájen de cada uno de los tres dioses Wichnou, Samen y Nata, la primera azul, la segunda gualda y la tercera blanca.

Los pueblos aborijenes (1) de Ceylan son los Bedahs y los Chinguleses: los primeros componen una raza semi-salvaje que se oculta en la frondosidad de las selvas, especialmente en la provincia de Bantam. Mas bien formados y menos morenos que los Chinguleses, viven independientes en estado de naturaleza, sin reconocer rey alguno y alimentándose con el producto de su caza. Carecen de ciudades y aldeas, no menos que de las mas simples cabañas y su cama está al pie de un árbol circundado de una tapia de ramas espinosas, donde se acurrucan hasta el amanecer, á menos que el peligro les incite á encaramarse al tronco. Se ha dicho que estos pueblos son los orijinarios de la isla, pero la entidad del dialecto parece manifestar con mayor evidencia en los Bedahs la porcion de los aborijenes que se sustrajo á las conquistas de la civilizacion. Cuando los Bedahs tienen necesidad de algun objeto manufacturado, como por ejemplo, de hierro y de tejidos, acércanse á las ciudades, deponen en un punto convenido una porcion de miel, cera ó marfil, y escriben en una hoja de árbol lo que en cambio desean. Estas permutas siguen una especie de regla adoptada por los salvajes y en la cual están conformes.

Los Chinguleses son jeneralmente altos, bien formados y musculosos, pero su ángulo facial, como el de las razas mogolas y malayas, no es tan obtuso como el de los Europeos. Las mujeres son lindas casi en su totalidad, y muchas de ellas hermosas. Cuéntanse en Ceylan, así como en la India, muchas castas cuyas subdivisiones llegan al infinito; entre las castas superiores se comprenden los reyes, los jefes guerreros y los sacerdotes; la casta intermediaria se dedica á los trabajos mercantiles, y la inferior al servicio. Esta última va casi desnuda, con solo un pedazo de lienzo al rededor de los lomos, mas ancho en las mujeres que en los hom-

(1) Llámanse así los habitantes orijinarios de un país cualquiera, á diferencia de los que han ido á establecerse en él, que se llaman colonos.

PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX



3. [illegible]

3 Puente de Bambúes

4. [illegible]

4 Suplicio de un Eco

bres. Las mujeres de esta casta no pueden cubrirse el pecho, ni traer quitasol ni hacerse seguir de esclavos, pues todas estas atribuciones son las que caracterizan á las Chingulesas de alto bordo.

El traje de los hombres de distincion ofrece una estraña mescolanza de antigua moda chingulesa y de vestidos europeos, pues consiste en un ancho ropaje blanco, bordado en el ribete, que cae cruzándose hasta media pierna á manera de toga romana, y encima, un chaleco y un vestido á la francesa de rico tejido y ornados con botones de oro, plata ó piedras preciosas. Añádase á esto un sable empuñado con la mano derecha, pantuflos encarnados y puntiagudos, cabellos trenzados y espesos, contenidos por un ancho peine de oro, y se tendrá la idea ecsacta de un grande de Ceylan. Detras de este va un criado con su gorro y un quitasol formado de una sola hoja de talipot, especie de palmera, mas los hombres de mayor distincion tienen hasta cinco ó seis de esos portadores de quitasoles. El uniforme de los jefes del ejército es algo parecido al de un jenízaro vestido á la europea; pero por lo demas, los tejidos son tan raros en la isla, que en los dias de alguna fiesta estraordinaria se tiene que prestar vestidos ajenos.

Las habitaciones de los Chinguleses son lijeras y sencillas; sus paredes de madera ó de bambú se enlazan con ataduras de hebras de cocotero; y solo constan de un piso y aun algunas veces de un solo cuarto con uno ó dos lechos, algunas esteras, un mortero para moler el arroz, varios platos terreos y un rollo de nuez índica. Todos los miembros de la familia se acuestan revueltos y mezclados confusamente unos con otros, de lo cual resulta un libertinaje precoz que los padres no ponen conato alguno en impedir. Las alianzas se verifican de casta á casta, y cuando un jóven ha cumplido sus diez y ocho años, su padre le procura una compañera, trata del dote y cuando se ha decidido todo, un astrólogo señala el dia del himeneo. Toda la ceremonia se reduce á dos cenas tomadas en comun, en las cuales, contra las costumbres de la delicadeza, las familias á que pertenecen los novios cojen el arroz á manos llenas en un rimero colocado sobre hojas de palmera. Despues de esta prenda de intimidad acércase la futura y trueca con el futuro bolillas compuestas de arroz y de nuez de coco, completando la ceremonia con un presente de tela blanca. Entre los ricos estas prácticas están sujetas á algunas vicisitudes, pues los consortes pueden separarse despues de quince dias de cohabitacion, y aun parece, segun algunas observaciones recientes, que la poligamia es, cuando menos, tolerada entre los Chinguleses. Mujeres se han visto que tenian hasta siete maridos, y por el contrario, algunos hombres con mas de siete mujeres. Los niños que nacen de estos matrimonios son amamantados por la madre y sujetos en seguida á la discrecion del padre que los educa y mantiene. En el decurso de la infancia se les impone un nombre, y desde la edad de veinte años ellos mismos toman el que se acomoda mas á su gusto, por donde se ve que tienen dos nombres diferentes.

Los Chinguleses se acuestan siempre con la cabeza inclinada hácia el oriente, por cuanto Bouddha vino de aquel punto del globo. Unicamente cuando mueren, se les inclina el rostro hácia el occidente; en seguida se lava el cadáver, se cubre con sus mejores vestidos y se coloca en una hoguera envuelto en nueces de coco. Un muerto de distincion es llevado en una palanqueta al ruído de los tam-tams y en medio de una escolta de sacerdotes.

El idioma chingulés es un dialecto peculiar á este pueblo, en el que se encuentran voces desnaturalizadas cuyas radicales corresponden al árabe, al sanscrito ó al pali. Los Chinguleses escriben con un punzon de hierro en hojas de talipot, cuyos caractéres coloran en seguida con una tinta compuesta de carbon y aceite. Sus libros no son otra cosa que una coleccion de estas hojas unidas por medio de una soga, cuyo contenido trata solamente de historia, teolojía, medicina y astrolojía, aunque tambien se tiene conocimiento de algunos poemas chinguleses. Las ciencias y las artes no están muy adelantadas entre estos isleños; la astrolojía es en su concepto la sola ciencia honorífica, y la que determina todas las funciones mas vitales de su ecsistencia, consultando los planetas y las constelaciones para deducir el horoscopo de un nacimiento, de un himeneo ó de una enfermedad. Con todo, no puede menos de mencionarse un hecho singular en medio de esas puerilidades supersticiosas, y es que en todos sus cálculos se encuentra el número 432 como la espresion de los diversos movimientos combinados de los cuerpos celestes, número ecsactamente igual al de los Bracmanes y (lo que es mas característico todavía,) con los cálculos de Newton. La medicina, la química, la arquitectura, la pintura se hallan aun en su infancia; algunas recetas de drogas indíjenas, la fabricacion del arac, algunos monumentos de estilo indo ó chino, varios dibujos sin colorido y sin perspectiva: hé aquí á que se reducen estas diversas ramificaciones del arte en la isla de Ceylan.

La capital de la isla, Kandy, situada al pie del pico de Adam, ofrece en sus contornos paisajes pintorescos y variados. Sobre los arroyos ó torrentes que los vivifican se han echado li-

jeros puentes construídos con simples troncos de bambúes y apoyados sobre cuatro estacas, pero cuando se anda sobre esos atrevidos caminos, se sienten oscilar bajo los pies con la elasticidad de una soga (Pl. XII — 2). La campiña en todo ese lado está cubierta de arrozales, no menos que el recuesto de los collados á que la industria chingulesa ha sabido procurar el riego necesario. El arroz constituye el principal producto agrícola de Ceylan, y su cosecha no se verifica sin dar lugar á algunas ceremonias relijiosas. Cúbrese la era de cenizas sobre las cuales se bosquejan varias flores y arabescos; en seguida se ostentan obras conchiles y cada uno arroja su gavilla de arroz sobre la era consagrada de esta suerte. Coséchase en Ceylan, á mas del arroz, el tanna, el monning, grano parecido á las algarrobas, el omb que tiene la propiedad de embriagar, el minera, el boumas y el tolla.

Uno de los productos mas ricos y celebrados de la isla es la canela, especie odorífera cuyo uso es muy restrinjido en el dia, pero que antiguamente formaba un importante ramo de comercio. Diez especies hay de canelas, de las cuales la mas estimada es el *Laurus-cinnamomum* llamado por los naturales Couroundou. La corpulencia de este árbol es regular, sus hojas son como las del naranjo, su flor es fragante y blanca, y su fruto es amarillento y grueso como una oliva del cual se estrae un aceite propio para diversos usos. La segunda corteza de este árbol, que puede apellidarse su epidermis, es la canela, que secada al sol toma la forma de rollo con que la recibimos en Europa y se transporta en fardos de veinte y cinco libras que se envuelven en una tela hecha con fibras de cocotero. Entre los demas productos vejetales de Ceylan debe citarse el árbol de pan que goza de mucha celebridad en el sistema cocinero de los naturales, el vouren ó árbol fétido, el godagandou ó árbol de las serpientes, y en fin el talipot, uno de los árboles mas elevados que se conocen.

El reino animal de esta isla ofrece, en primer lugar, sus razas de elefantes sumamente apreciados en toda la India no menos por su fuerza que por su intelijencia. Estos elefantes son empleados ya para el servicio doméstico, en el que manifiestan una docilidad y aptitud sorprendentes, ya para la guerra, en cuyo último caso se les embriaga de opio, á fin de que con el furor y la suerte de demencia que les infunde se lanzen con bravura sobre los batallones enemigos. Algunos de esos pachydermes son amaestrados para ejercer el oficio de verdugo y saben representar este papel con tanta perfeccion, que muy raras veces se equivocan acerca la progresion de los suplicios. Cuando un reo debe sujetarse á la tortura antes de morir, los elefantes le arrancan el brazo uno á uno (Pl. XII — 4), y lo destruyen en seguida; pero cuando el delincuente debe sufrir la muerte sin otro tormento alguno, lo cojen con su trompa, lo arrojan al aire, lo reciben en sus colmillos y lo traspasan: en fin, cuando la sentencia lo condena á una aventura aleatoria, arrojan al paciente en el espacio y lo dejan caer azarosamente. Algunas veces se ecsimen por el miedo, pero jeneralmente sale de este ensayo ó manco ó cojo.

A mas de estos elefantes que el hombre ha domesticado y amansado para su uso, la isla de Ceylan contiene otros á millares que andan errantes por la fragosidad de sus selvas y que pueden considerarse mas bien como adversarios que como amigos del hombre. Sin embargo ningun peligro ofrece su presencia cuando andan en manadas, de modo que los viajeros encuentran varios grupos de ellos no solo en las sendas del interior, sino aun en los caminos litorales que unen las factorías entre sí. Únicamente hay peligro cuando uno se halla al paso de un elefante aislado (*out-cast*) y destacado, segun se dice, de su grupo á causa de su natural feroz, ó bien obligado á abandonarlo en cierta época del año á causa del número impar. Cuando el animal entra en furor, penetra en las aldeas, maltrata á sus moradores, destruye las chozas y arranca los árboles de cuajo. En estos últimos tiempos uno de estos elefantes perdidos encontró á un mayor inglés que iba en palanqueta con su familia de Trincomalay á Batticola; á su vista los portadores se pusieron en fuga, y el animal acometiendo la palanqueta, la pisoteó, despanzurró los viajeros, y temiendo dejar vivo á alguno de ellos, cojióles uno á uno en su trompa y acabó por estrellarlos contra los vecinos árboles.

Lejos de defender á capa y espada á los elefantes silvestres, dedícanse á su caza los domésticos por cuenta del hombre, y Percival nos ha transmitido la descripcion de esas singulares espediciones.

« Uno ó dos meses antes de acometer la caza del elefante, dice, hacen los naturales un cercado en torno de un vasto terruño que escojen siempre en medio de un bosque de cocoteros que circunde un estanque. Este cercado se forma por medio de postes muy consistentes, enlazados entre sí con gruesas sogas en las que se enmarañan las ramas de un árbol vecino, de suerte que se sustraiga á las sensaciones de la vista.

« Terminada esta cerca, los principales reunen los aldeanos de todas partes con sus mujeres é hijos con tambores ú otros instrumentos estrepitosos. Dirijese la multitud al través del

bosque, y cuando le falta la luz del dia, se sirve de hachones. Todos los cazadores traen armas de fuego para defenderse de los ataques de las bestias feroces que pueblan en gran número todos los bosques de la isla. Algunos dias antes se procura ya hacer rodear todas las balsas de agua, donde suelen los elefantes apagar su sed, de hombres encargados de rechazar á estos animales, haciéndoles cobrar miedo. En consecuencia, acosados de sed y con objeto de evitar los gritos que oyen en todos sentidos, se dirijen á la parte del bosque que juzgan mas segura y donde creen encontrar agua; mas cuando llegan á la entrada del sendero que conduce á la cerca, su instinto natural les hace observar el cambio verificado en esta parte del bosque. La vista de aquellas abovedadas palizadas en las que solo pueden revolverse con dificultad, les hace presumir el peligro que les amenaza, y en este caso siéntense sobrecojidos del pavor y la consternacion, bien que los gritos de los cazadores que van en su persecucion no les dan campo al retroceso.

« Acosados por la necesidad, estos animales caminan adelante y alcanzan finalmente la cerca. Cuando se los ve ya metidos en el garlito, se mandan en su persecucion algunos elefantes domésticos, cerrando todas las avenidas. Al momento se adelantan de todas partes los cazadores sin perdonar medio de separarlos y atraerlos á alguna de las pequeñas divisiones del gran circuito, y apenas se ha logrado este objeto se echan sogas al rededor de su cuello, tomando á su cargo parte de esta tarea los mismos elefantes domésticos.

« Muchas veces sucede que el furor acomete á los elefantes silvestres al ver perdida su libertad, y en este caso se recurre á la inteligencia de los elefantes domésticos, que no bien llegan á columbrar la braveza de alguno de los cautivos, empújanse contra él batiéndole con su trompa hasta amansarlo y someterlo. Del propio modo vijilan todos sus movimientos con sumo esmero impidiéndole acometer á sus guardas. »

Estos elefantes, tan fuertes y terroríficos, tienen por enemigo un pequeño reptil que, penetrando en el interior de su trompa, se interna hasta su cabeza y los hace morir en medio de tormentos horribles.

Ceylan encierra ademas una multitud de otros animales que le son menos peculiares, tales como el leon, el gato-tigre, la hiena, el oso, el puerco-espin, el chacal, el zorro volador (enorme murciélago), el cocodrilo y otras muchas serpientes cuyas variedades describiera M. Davy con toda perfeccion. Como médico hizo este sujeto algunas esperiencias muy curiosas sobre su ponzoña, ateniéndose especialmente á combatir temores ecsajerados y procurándose de ellas mas de veinte especies, de las cuales cuatro solamente eran venenosas. Vió el pimbera ó serpiente de las rocas perteneciente al jénero python de Cuvier, reptil cuya lonjitud escede de veinte y cinco pies sobre dos de circumferencia, capaz de devorar á un hombre. Encontró tambien el *Cobra di Capello* tan célebre en la teolojía de los Brahmanes: el carawilla, el tii polonga y otra especie que parece ser la misma que el bodroupam del doctor Russell. En Ceylan, como en el continente del Asia y África, se hallan psylles ó conjuradores de serpientes, que manejan los mas venenosos de esos reptiles con una terrorífica osadía, y pretenden tener maleficios contra sus mordeduras, bien que su único hechizo consiste en la habitud de este peligroso ejercicio, estraordinaria ajilidad en los jestos y perfecto conocimiento de las menores acciones de la serpiente.

La historia natural de estos reptiles no es el único trabajo que debemos al infatigable doctor Davy. Él es el primer Europeo que subió al pico de Adam, monte reputado sacro así para los adoradores de Bouddha como para los de Brahma, y su relacion no carece de algunos pasajes curiosos.

Habia pasado allá desde Colombo transitando por Panteura y Ratnapoura, en el Saffragan. Este último punto es un apostadero militar situado en una colina dominada por majestuosas montañas, en cuyo sitio fué forzoso reemplazar las palanquetas por unas sillas atadas á dos bambúes llevados por hombres sobre sus espaldas. Desde entonces el camino solo ofreció una sucesion de montañas y de valles con algunos senderos trillados al través de angulosos roquedos ó en el seno de copados djongles. Ghillemallé es la primera aldea que se presenta en este camino, recostada en un llano risueño y circuído de un cinto de palmeras y árboles frutales. Todo este canton es infestado de sangradores, muy comunes en la isla, que se pegan á las piernas desnudas de los naturales, colándose aun debajo los vestidos mismos de los Europeos. Soldados ingleses se han visto morir de estenuacion á impulsos de sus reiteradas mordeduras.

El último lugar morado que se halla en el camino del pico es Palabatoula, que contiene un wiharé donde se da alojamiento á los peregrinos. Desde este punto debe subirse el monte á pie por medio de un estrecho sendero abierto al través de unos bosques impenetrables á los rayos del sol. Esta senda pulula en devotos que van á dirijir sus oraciones á las plantas de Bouddha; cabe los numerosos torrentes que atraviesan el pico detiénen-

se un momento y toman una cena frugal para refrijerarse. Junto á una de esas corrientes, la Satagongola, empieza el declivio sobre peña viva y resbaladiza, pero este camino seria impracticable sin los peldaños entallados en la piedra por los reyes chinguleses. Las tres primeras escaleras solo constan de treinta y siete tramos entre todas, pero la última sola cuenta hasta noventa. Encima de esta escalera empieza con el cono del pico la única parte peligrosa del camino, y no transcurre mes alguno sin que un pasajero sobrecojido de vértigo no caiga, hecho pedazos, en el fondo de algun despeñadero; de modo que sin unas fuertes cadenas de hierro, afianzadas en la roca, que sirven de rampa cerca del cúspide, la romería en honor de Bouddha contaria aun mayor número de víctimas.

Desde la cumbre del pico percíbense en toda la isla de Ceylan sus cordilleras de montañas festoneándose en el N. y el E., y sus mesetas mas prócsimas que se presentan cual alfombra abigarrada de verde, pardo y encarnado. De todo este cuadro tan vasto, cuando uno busca al rededor de sí el objeto de tantas ascensiones fatigosas, encuéntra en el recinto de un pequeño muro de piedras el sri-pada, ó sea la huella del pie de Bouddha. Esta huella no es otra cosa que un hueco poco profundo, de cinco pies y tres pulgadas de lonjitud sobre dos pies y siete pulgadas de anchura. Un ribete de cobre guarnecido de piedras preciosas, un techo asentado en la peña por medio de cuatro cadenas de hierro, sostenido por cuatro columnas y circuído de un muro, completan el todo de este monumento. El techo es forrado de telas barajadas, cuyos bordes están ornados de flores y guirnaldas, y todas las circunstancias inducen á creer que esta huella, que guarda alguna analojía con un pie humano, ha sido entallado fuera de tiempo. Los únicos abrigos que presenta la cima del pico son un bosquecillo de rhododendrons, reputado santo por los naturales, y una casucha para el vicario. Al llegar al pico las caravanas, empieza la ceremonia relijiosa. El sacerdote, vestido en traje amarillo, permanece al lado de la huella con el rostro dirijido hácia los fieles alineados, unos de hinojos y tendiendo las manos al aire, otros inclinado el cuerpo y unidas las manos. En seguida el vicario recita frase por frase los artículos del símbolo y el concurso los va repitiendo sucesivamente. Terminada la oracion, se retira el sacerdote, los peregrinos lanzan un grito y la empiezan de nuevo bajo la direccion del mas anciano de los suyos, y al fin se saludan respetuosamente unos á otros empezando por los viejos, abrázanse y cambian mutuamente hojas de betel. La ceremonia se consuma con algunas ofrendas al pie de Bouddha y con la bendicion del sacerdote que aprovecha aquellos dones.

El pico de Adam, cuya elevacion se ecsajerara antiguamente, está situado á poco mas de mil toesas sobre el nivel del mar. No puede asegurarse de fijo el orijen del título que lleva y que parece proceder mas bien del hebreo que de tradicion inda. Los Musulmanes de Ceylan llaman Malay al pico de Adam, y suponen que al salir Adam del paraíso terrestre, su primera mansion fué en esta montaña en la cual permaneció de un solo pie hasta que Dios le otorgó el perdon. De aquí proviene que esta huella permanezca indeleble en da roca.

Uno de los últimos títulos de celebridad de Ceylan es la pesca de las perlas que se hace en la costa occidental á corta distancia de la isla de Manar. Esta pesca tiene lugar hácia el mes de febrero, y cuando el comisario inglés ha determinado el dia de la apertura y los parajes en que se hará, vense llegar de diferentes puntos muchos millares de individuos de diversas costumbres, nacion, creencia y lenguaje, que convierten la bahía de Condatchy en un vasto bazar. Sus prolongados bateles con un mástil y una vela no calan mas que diez y ocho pulgadas de agua. La pesca se hace por adjudicacion, y muy raras veces se ve á los Chinguleses pretender obtenerla. Su poltronería les hace permanecer pasivos; creyéraseles desinteresados en un comercio que se esplota en sus dominios. Los adjudicadores habituales son comunmente negros que hacen zambullir á sus dependientes, procedentes la mayor parte de la península de Dekkan. Por espacio de dos meses tienen el privilejio de esta pesca, y á fin de interesar á sus buzos á una pronta y abundante cosecha, les pagan en especie en una proporcion calculada sobre los productos de la pesca. Cada barco es montado por veinte hombres, diez de los cuales son buzos. El buzo toma entre sus pies ó ata al rededor de su cintura una piedra de granito que le arrastra al fondo del agua algunas veces hasta diez brazas. Los cables de amarra le retienen en el barco y á ciertas indicaciones le izan á bordo. Con una mano tiene un saco en forma de red y tapando sus narices con la otra, reune el mayor número de ostras que le es posible durante su permanencia en aquel fondo, despues le suben á flor de agua y en seguida hacen lo propio con la piedra que dejara en el fondo. Muchas veces en este peligroso trabajo, el pescador despide sangre por las orejas y narices, empero no es la asfixia (1) el

(1) Privacion súbita de los sentidos y del pulso.

mayor peligro que corren estos desgraciados. Bajo estas latitudes ecuatoriales muéstranse los tiburones ó marrajos en manadas y como la pesca en especial les ofrece una presa cotidiana, procuran no faltar á la fiesta. Contra tales agresores no tienen otro recurso los pescadores malayos que el ecsorcismo, de modo que á bordo de cada batel hay un hechicero que conjura los voraces cetaceos y suministra á los buzos amuletos y preservativos. No obstante, en otras ocasiones estos hombres atrevidos llegan á constituirse agresores, y buscando la presencia de algun tiburon lo combaten y lo matan. En 1823, un buzo de perlas, robusto Malayo de cuarenta y cinco años, concurrió á la pesca con su hijo, jóven ya adulto. En una de esas inmersiones, un enorme tiburon atacó al último y le arrebató una pierna: á vista de la sangre que teñia el agua, al aspecto del rostro convulsivo de su hijo, nada dijo el Malayo, sino que permaneciendo sin derramar lágrima alguna, fijó la vista á flor de agua hasta que reapareció el dorso del cetaceo. Al momento tomó un cuchillo entre sus dientes y lo sepultó en el cuerpo del animal. Por espacio de algunos minutos se le buscó vanamente, pero un violento remolino y algunos rastros de sangre indicaron pronto que acababa de empeñarse un combate submarino. Mas de un cuarto de hora duró este; el Malayo se remontaba de vez en cuando á la superficie para cobrar aliento, esquivaba á su montruoso adversario, hostigábale haciéndole profundas muescas en las agallas, en el vientre, en los flancos y en todas las partes de su cuerpo. Un postrer golpe acabó con el animal; enrojecióse el mar, cesaron las ondulaciones y flotó el cadáver sobre el agua. El Malayo vencedor empujaba á nado su trofeo hácia el barco con cierto aire de altivez por haber vengado á su hijo.

El número de conchas perleras que se encuentran en los bancos varía segun las estaciones y el movimiento de las arenas. El acrecimiento de estas conchas dura siete ú ocho años, y su naturaleza es tan delicada, que no son en ningun término susceptibles de transporte. Las perlas se encuentran en la parte mas profunda de la ostra, y las de los bancos de Ceylan son mas preciosas que las de los otros bancos. Terminada la cosecha es preciso dejar corromper las conchas en los pozos á fin de no correr el riesgo de romper la perla al abrirlas vivas. Nada es mas instable que el resultado de una pesca, pues al paso que una canoa reunirá solamente trescientas ostras en un dia, otra canoa recojerá mas de treinta mil. Los bancos de ostras son como las vetas de las minas, esto es, mas ó menos ricas, mas ó menos productivas.

Estas riquezas del litoral de Ceylan conducen á la nomenclatura de las factorías europeas que lo pueblan. En el estremo septentrional de la grande isla se encuentra la isla de Jafna-Patnam, separada de la primera por un pequeño canal. Entre esta isla y la península, y en un estrecho de doce leguas de anchura, se halla el portazgo llamado por los Europeos *el puente de Adam*, portazgo singular que no parece ser otra cosa que el antiguo punto que unia la isla de Ceylan al continente asiático. Este portazgo impide la navegacion del canal á los mas pequeños barcos costeños. En nuestros dias la Compañía de las Indias ha enviado algunos injenieros é hidrógrafos ingleses para ecsaminar si los esfuerzos del arte podrian ser suficientes para superar este obstáculo de la naturaleza, y como su contestacion ha sido favorable al proyecto, se han emprendido trabajos jigantescos con objeto de facilitar la canalizacion de este brazo de mar.

La isla de Jafna-Patnam es rica en pastos y ganados. Su capital Jafna está situada á corta distancia de la orilla defendida por un fuerte; su poblacion se compone de Holandeses, Moros y Malabares, y de consiguiente su comercio de tejidos no carece de importancia. Desde este punto, remontando la costa occidental de Ceylan, no se encuentra objeto alguno notable hasta el golfo de Manar, donde se alza una obra fortificada; en seguida aparece Arippo, donde acampa el batallon inglés destinado á protejer la pesca de las perlas; y á mayor distancia se ve Negumbo, deliciosa aldea rodeada de praderas y bosques de canelos.

En la parte meridional, á algunas leguas de distancia, se encuentra Colombo, capital de las posesiones inglesas en la isla de Ceylan, ciudad importante y bien defendida. Las casas están construídas medianamente, pero mal cubiertas y asoladas por las nubes de cuervos y las lejiones de monos que destruyen sus tejados. El puerto, ó mas bien la rada, solo está abrigado en algunos meses del año, á causa de las fuertes brisas del S. O. que embravecen el mar. Apesar de este inconveniente, Colombo es una de las ciudades mas populosas de la India, y su poblacion es una mescolanza de Moros, Indos, Chinos, Árabes, Persas, Turcos, Malayos y Ejipcios, prescindiendo de los colonos europeos que descuellan sobre todas esas poblaciones de Asia y África. El número de individuos que componen esta poblacion, puede asegurarse, sin temor de cometer ecsajeracion alguna, que asciende á 60.000 almas. El dialecto habitual de Colombo y de las demas factorías de Ceylan es el portugués corrompido. Todo el comercio de este puerto versa sobre los productos de la isla y principal-

mente sobre la canela. En la actualidad se publica un periódico bajo el título de *Ceylon-Gazette* (1).

Los Holandeses son en el dia los que de la familia europea dominan en Colombo. Las costumbres de estos criollos son muelles y perezosas; pasan la vida en beber, fumar y visitarse mutuamente. El traje de las mujeres es una mezcla de europeo y de chingulés que absolutamente no carece de elegancia. Las viejas Holandesas mascan incesantemente una composicion de hojas de betel, nuez de arec y chinam, especie de cal hecha con mariscos quemados y amasados en un mortero.

Desde Colombo á Caltoura la campiña ofrece un continuo pensil, entrecortado de riachuelos, pastos y florestas, y abundante de todo jénero de caza. En seguida se muestra Punta-de-Agalla, puerto el mas comercial y populoso de la isla despues del de Colombo. La ciudad negra morada por los Malayos y los Indos es muy importante. En el estremo meridional de Ceylan y á treinta millas de distancia de la punta de Agalla está situada Matourah, aldea defendida por un pequeño fuerte, cuyos alrededores son célebres por las bellas cacerías de elefantes que en ellos tienen lugar. En una sola espedicion de esta naturaleza, verificada en 1797, se tomaron setenta y seis. Remontando la costa oriental desde Matourah recórrense bosques poblados solamente de bestias feroces, y en todo el tránsito hasta Trincomalay, solo puede hacerse alto en Batticola, pequeño fuerte construído para protejer la navegacion de los barcos costeños. Considerada como factoría comercial, la ciudad de Trincomalay no es tan considerable como Colombo y Punta-de-Agalla, pero como su ancha y profunda bahía ofrece la única abra de esta isla que pueda ser fondeada por navíos de alto bordo, en cambio es la capital de la marina militar de Ceylan. Sus contornos son estériles, el clima cálido y malsano, pero sus inconvenientes son compensados por la seguridad del surjidero, por sus arsenales, muy bien provistos, y por sus bellas atarazanas. El último apostadero que se encuentra remontando al N. E. es Malativoe, pequeño fuerte levantado en una posicion pintoresca y en medio de una campiña fecunda. Los bosques que lo circundan son muy abundantes de caza, y es tal la lealtad de los indíjenas de esta comarca, que con un poco de pólvora y plomo que se les dé, traerán, pocas horas despues, las piezas de caza que se les designen sin ecsijir el menor salario.

Tal es la isla de Ceylan, ciertamente mas importante en la época en que el mundo entero era tributario de sus especias. En nuestros dias su comercio va decreciendo anualmente, y sus perlas, sus cueros, sus canelas están sujetas á la rebaja del precio corriente en Europa. Sus esportaciones, que en la paz de 1814 ascendian á cerca tres millones de libras esterlinas, no suben ya actualmente á este número; los rejistros de las aduanas de Trincomalay justifican diariamente nuevos déficits, y nadie duda que este resultado sea aun mas característico en los puertos de la isla donde está mas desarrollado el comercio.

Aunque deseaba yo visitar el interior de Ceylan, el camino de Trincomalay á Kandy era á la sazon demasiado peligroso para aventurarse en él. Iba á hacerse á la vela para Pondichery un barco malayo sin alcázar, y en consecuencia pasé á su bordo, aunque solo poseía un mal dialecto portugués para darme á entender al patron. Confiado en mi estrella, no dudé sin embargo en aventurarme sobre un frájil madero, partiendo de Trincomalay á 22 de abril de 1830.

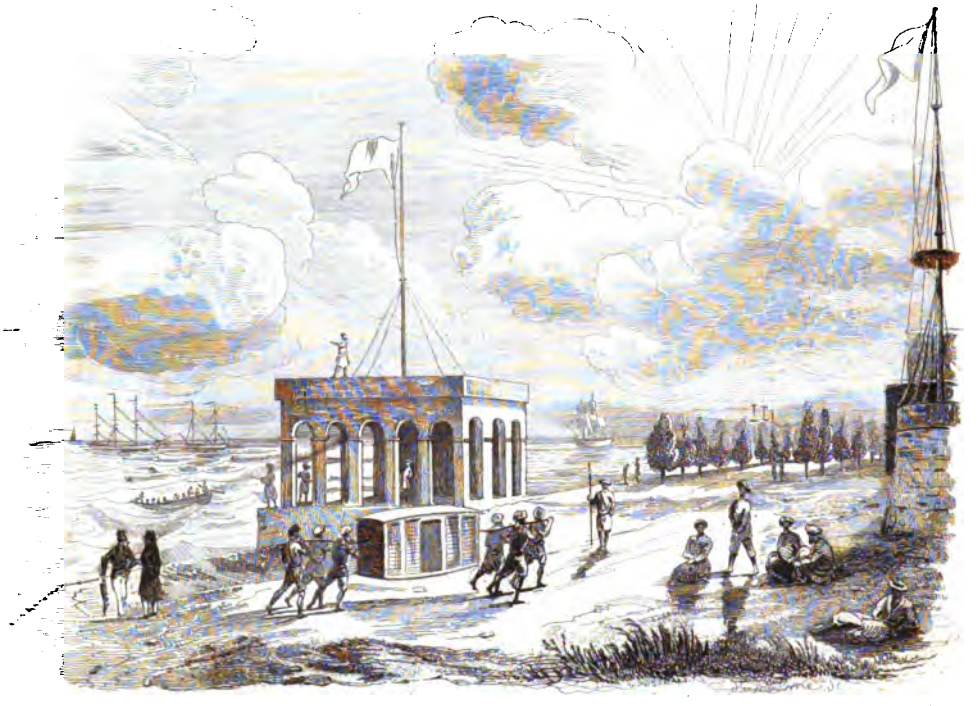
CAPÍTULO XIV.

PENÍNSULA DE LA INDIA. — PONDICHERY.

La costa que separa Trincomalay de la punta N. de Ceylan, es llana, baja y peligrosa, de modo que no pueden sin riesgo aprocsimarse á ella los buques de gran porte, á causa de sus numerosos bajíos, que únicamente pueden reconocerse por medio de la sonda. Sin embargo merced á la práctica de estos parajes, mi patron malayo llegó á corta distancia de tierra, con lo que pude tener conocimiento de todos los accidentes que presenta el terreno en esta parte de la isla. Por la noche despareció Ceylan, y al amanecer del dia siguiente apareció la costa de Coromandel. Protejidos por la brisa sondámos el litoral de Tandjaore y del Karnatic, el cabo de Caliemara, las factorías de Negapatnam, de Karikal, de Tranquebar, despues Porto-Novo, Goudelour y el fuerte San David, á cuyo N. se mostró la rada de Pondichery. Toda esta playa, bañada por el mar, apenas puede percibirse desde algunas leguas de distancia en alta mar; los pabellones de los diversos apostaderos comerciales son sus puntos mas distintos. Hasta á la cadena de Gattes, donde empieza la rejion montuosa, ofrece tan poca inclinacion, que los rios apenas pueden seguir su curso; así es que en su desembocadura se hallan sin fuerza suficiente para vencer la presion del Océano, y de aquí nace casi siempre un concurso de arenas que infiltran las aguas fluviales en tiempo ordinario, y que sobrepujan con violencia en los meses de fuertes crecidas.

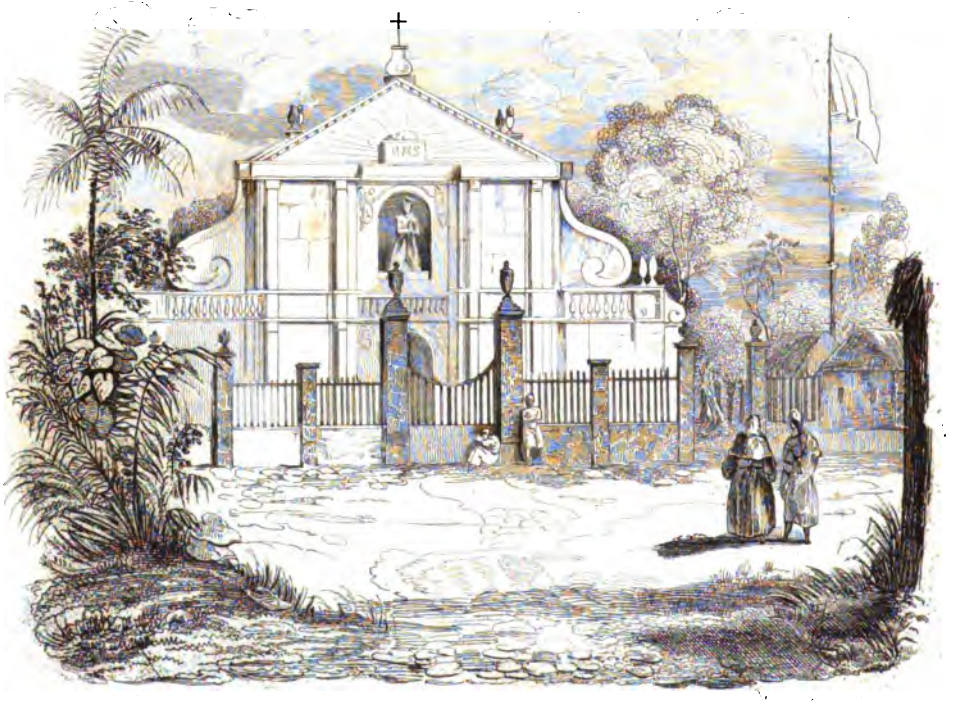
(1) Gaceta de Ceylan.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



1. Débarcadère à Pondichéry.

1. Desembarcadero en Pondicheri



2 Eglise des Jésuites.

2 Iglesia de los Jesuitas

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

Desde el golfo de Manar hasta á Balassor, en esta larga estension que forma todo un lado del golfo de Bengala, la playa ofrece el propio accidente; en todas partes se reconoce un terreno de aluvion que diariamente va usurpando el dominio del mar, y que en vez de abras profundas y seguras, solo determina bahías sin abrigo, únicamente practicables durante uno solo de los dos monzones. De aquí proviene tambien esta prolongada cresta de arenales sobre los que se despliegan las aguas del golfo en todos tiempos, de manera que cortan la tierra á las menores chalupas europeas.

Con efecto, el movimiento del fondo submarino provoca en las aguas que lamen la orilla un juego de tal naturaleza, una resaca tan brusca y violenta; que solo pueden atracar el desembarcadero de Pondichery, así como de Madras, las chelingas, barcos del país, llanos, sin viguetas, y cuyas tablas son enlazadas con maromas y sin clavar. Mas elásticas que las canoas de bordajes, llanas hasta el punto de no calar mas que seis pulgadas, de cuatro pies de altura para evitar las oleadas; estas chelingas son montadas por nueve negros en los dias bellos y por once en los procelosos. Cada negro tiene un virador, á escepcion del conductor ó *tandel*, que permanece de pie en la popa con un largo botador (vichero). La rada tiene ordinariamente tres rompientes, y el talento del tandel es de recibirlas de proa á popa. Cuando la chelinga se encuentra á espaldas del primero, detiénense los remeros, calculan el momento oportuno para atravesar el segundo, y de esta suerte van gobernándose hasta que el último los lance á la costa. No obstante la habilidad de las tripulaciones, zozobran á veces esos barcos, y en este caso es forzoso salir del peligro á nado. A remolque de cada chelinga se tiene como medio de salvamento un catimaron, suerte de armadía insumerjible, formado de tres ó cuatro albitanas juntos. En ellos hay dos negros, arrodillados ó acurrucados en estilo oriental, que hacen adelantar el catimaron con sus ramales, remos lijeros y en forma de badilas que hacen maniobrar con ambas manos, sin fijarlos en toletes. Una tercera especie de embarcacion, usitada tambien en esta costa, es el massouli, batel de cargamento, construido con corteza de árbol, que dirijen los naturales con mucha destreza.

Mi entrada en la India fué pues el paso de la barra de Pondichery, cuyo écsito no podia ciertamente ser mas feliz. En efecto, esceptuando una impolítica oleada que se estrelló contra la popa de mi chelinga, ningun incidente ocurrió, ni menos algun peligro que merezca citarse. Aporté cerca de un pabellon cuadrangular en cuyo centro flotaba la bandera de la Francia (Pl. XIII — 1). Allí se encontraban los ajentes de la aduana colonial y en su derredor una multitud de hombres tan solícitos y tan singularmente oficiosos, que se disputaban mis maletas y mis bagajes; hubiérase dicho ser aquello la distribucion de un botin. Felizmente estaba ya prevenido por mi patron malayo, segun el cual debia yo escojer entre aquellos mismos hombres un protector, un dubash ó daubachi, especie de *factotum*, un guia responsable, un ciceroni á mis espensas, intendente, intérprete, medianero, ajente de negocios, corredor de cambios y todo lo que se quiera. Un daubachi es para el Europeo recien llegado y aun para el Europeo sedentario, el mueble absolutamente necesario, no solo en Pondichery, sino tambien en las demas factorías, pues debe tenerse un daubachi del propio modo que se tiene una cama para dormir ó un vestido para cubrirse. Desde que uno se ha entregado á él, el daubachi se apodera de sus efectos, los vijila y los arregla, custodia su bolsillo y se constituye su tesorero, compra y vende lo necesario, organiza su casa, toma criados, le alquila una palanqueta, arregla su comida, ordena sus pasos, cuida su guardaropa, todo lo dispone, demanda, acepta, rehusa á costa de su dinero, le sigue á todas partes, inmóvil y silencioso cuando el estranjero nada tiene que decir, mas gazmoñero y locuaz si á aquel le gusta hacerle desgañitar. En una palabra, ni un momento le abandonará, el verdugo! es verdad que uno le diese diez veces mas de lo que él se queda para tomarse el trabajo de molestarle, pero él está encargado de responder de su conducta á costa de su salario, bien que por ningun término quiere robarlo, sino adquirirlo relijiosamente. Si uno habla de negocios, ahí está el daubachi que le aconseja; si de diversiones, ahí está el mismo que las arregla; si de intrigas, ahí está tambien él, y siempre él; á su lado cuando come, á su lado cuando va á paseo, al través de su puerta cuando duerme, y si acaso uno hiciera algun signo, pondríase él bajo su lecho. Qué seria un pobre Europeo sin un daubachi, sin un franco y candoroso daubachi? novicio y de buena fé, en medio de los zacarratines indios tan bellacos y fraudulentos; de que modo podria distinguir lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso? como pudiera tarifar los jéneros, discernir, escojer, estimar? Bajo este supuesto, un daubachi toma todo esto á su cargo, y por sí solo le vale diez años de esperiencia personal. Y cuanto le dais por tantos servicios, si os gusta? un corto salario mensual y una rebaja de parte de los vendedores sobre los artículos comprados, rebaja invariable y fijada por el uso. Realmente es esto muy poca cosa!

Faltábame pues un daubachi, mas en medio de aquellas cataduras que me devoraban, procuré distinguir la mas agradable y honesta. Mi eleccion fué una especie de lance teatral; envanecióse mi protector por su investidura, agrupó en su derredor cuatro ó cinco servidores subalternos, abrióse paso con el junquillo al través de la multitud que me rodeaba, apartóla, libertóme de ella, llevó sobre mis efectos un brazo dominador, elevóme á una palanqueta, dispuso de mí cual de un alma dedicada en ofrenda, ordenó la marcha y me alojó donde mas le acomodó. El alojamiento era limpio y aseado, mueblado sin lujo pero segun el clima, y superado de una *algamace* ó terrado que dominaba la rada. No bien me instalara en aquel sitio bajo la tutela de mi daubachi, cuando me ví asaltado por una multitud de criados. Cada uno de estos ejercia su correspondiente empleo; este decia ser zapatero, aquel ofrecia sus servicios en calidad de barbero, esotro como portador de quitasol. Tenia yo uno para cortar las uñas, otro para limpiar las orejas, y aunque me quejaba por ello á mi daubachi, contestábame este que era preciso conformarme con la costumbre, y ni tan solo de un peon quiso hacerme gracia el pobrecico. Un peon en la India hace las veces de un jenízaro doméstico en el Levante, puesto que no es mas que un soldado moro, bravo algunas veces pero siempre mohino y orgulloso. Su traje consiste en un turbante y el holgado vestido oriental, pantalon y camisa de cotonada blanca retenidos por un simple tahalí. Reconócese el peon por una bandolera en donde está comunmente grabado, sobre una placa arjentina, el nombre de aquel á quien sirve. El jefe de los peones tiene en la mano una caña con puño de oro ó de plata, bastante parecida á la de nuestros tambores mayores (Pl. XIII — 4). El peon está destinado á preceder á su amo cuando sale á ejecutar sus comisiones, y á correr delante de la palanqueta gritando trapa. La importancia y la riqueza de un hombre se calculan en Pondichery por el número de sus peones: el gobernador tiene los suyos correspondientes, pero en este caso no es únicamente para objeto de lujo, pues los peones del gobernador están encargados de la policía, vijilan la percepcion de los impuestos y están disciplinados bajo la obediencia de un jefe que se halla á las órdenes del gobernador de la plaza y del perceptor. Tambien se distribuyen algunos de esos peones en los lugares y aldeas de los alrededores, de suerte que pueden considerarse como los jendarmes de la comarca.

Tenia de consiguiente un daubachi, tenia criados, tenia un peon; y aunque todos decian estar puestos bajo mis órdenes, era yo verdaderamente quien me hallaba bajo las suyas. Al principio creía ecsimirme de ellos por medio del módico salario á que los tarifara mi intendente, y aun me imajinaba que estarian sumamente contentos de ser pagados sin tener nada que hacer. En esto contara yo sin mis Indos, criaturas ciertamente las mas formales que pueden ecsistir: así es que, el primer dia, por ejemplo, sabiendo que el palacio del gobernador se hallaba á algunos pasos de distancia de mi alojamiento, quise dirijirme á él á pie y sin mover ruído. Pues bien! esto casi movió un alarma en la casa; escandalizóse el daubachi y por su órden mandó venir mi palanqueta, kiosko portátil en la que me fué forzoso estenderme sobre unos cojines, y mis seis portadores ó *boès*, robustos Telingas, me llevaron al trote en aquella singular hamaca, cuyos albardones eran de oro y las cortinas de seda escarlata. De esta suerte llegué ante el palacio, donde residia M. de Melay, edificio con cuerpo y alas y en cuyo frontispicio corre una cornisa de un gusto bastante mediano (Pl. XIII — 3). Un vasto jardin circunda esa residencia. Recibióme el gobernador con amable afabilidad, y despues de esta visita hice otras muchas, para las que iba eficazmente recomendado. Observé de paso la iglesia de las Misiones, edificio de arquitectura severa y bastante correcta; en su frontis triangular se ostenta en relieve una Gloria con la figuracion del símbolo pascual; á media altura del edificio, entre la puerta y el roseton, encuéntrase la imájen de un santo situada en un nicho, y en la plaza de la iglesia circulaban algunos padres embozados con sus largos hábitos y cubierta la cabeza con sus cogullas (Pl. XIII — 2). Desde la plaza de la iglesia anduve á derecha é izquierda para recojer á mi modo algunas noticias históricas ó científicas, pues me importaba mucho observar y conocer este último apadero francés, este Pondichery que con las sucursales de Yanaon, Karikal, Mahé y Chandernagor, constituye todo nuestro haber colonial en un país donde los Ingleses se han tomado tanta parte; este Pondichery tan fecundo en recuerdos, que presenció á los Dupleix, los Labourdonnais, los Suffren disputar la posesion de la India á las flotas británicas.

Para encontrar el primer armamento francés que llevó el rumbo hácia el Océano Indio, es preciso retroceder al año 1503. Un capitan Gonneville, marino intrépido é instruído á proporcion de los de su tiempo, salió del HÁvre con una sola embarcacion y navegó en direccion al Cabo de Buena Esperanza, pero habiéndole sorprendido algunas borrascas despues de montarlo, hizo escala en desconocidas costas, corrió mil peligros y solo pudo regresar á Europa despues de una larga navegacion costanera. Este abortado ensayo desalentó

3. Palais du Gouverneur à Pondichéry.

3. Palacio del Gobernador en Pondicheri.

4. Peons, gardes du Gouverneur.

4. Peones, guardias del Gobernador.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

á los mas audaces marinos, de suerte que hasta en 1601 ningun documento nos presentan nuestros anales marítimos relativo á aquellos remotos países. En esa época parece que algunos armadores bretones mandaron dos naves colocadas bajo la direccion de Pyrard, el cual habiendo barado en las Maldivas, vivió largos años en aquellos escollos y no volvió á Francia hasta mucho tiempo despues. Mas tarde Girard el Flamenco equipó, en 1616 y 1619, algunas embarcaciones para la isla de Java de donde regresaron con muy pobres cargamentos. Apesar de tan precarios resultados, organizóse hacia la misma época una compañía bajo el título de *Compañía de las Molucas*, pero fué disuelta sin haber acometido empresa alguna. En 1633 tuvo lugar un nuevo ensayo aislado por parte de unos negociantes diepeses: hízose á la vela el capitan Reginon para los mares de la India, visitó el golfo de Bengala, tocó en la península del Dekkan, hizo escala en Madagascar y regresó á Francia preocupado por esta última comarca. Entonces fué cuando circularon sobre ella las mas pomposas relaciones; Madagascar, segun aquellos navegantes, era mucho mas preferible á la India; su terruño era mas fértil, y mas ricos sus productos. Llegó á tal punto la cosa, que el cardenal de Richelieu creó, en 1641, la Compañía francesa de las Indias con el objeto principal de someter y colonizar Madagascar. Con todo, nosotros hemos visto el resultado de esta falsa combinacion; De Pronis y Flacourt ocuparon la isla, pero fué igualmente evacuada veinte años despues.

Desde aquella época no se pensó ya mas en la India hasta que Colbert constituyó de nuevo sobre mas amplias bases la Compañía francesa. Otorgáransele algunos ausilios pecuniarios y un privilejio de diez años, pero sus preludios produjeron desgraciado écsito. Como ecsistia aun la colonia de Madagascar, absorvió el dinero de las subvenciones reales y restó muy poco cuando debió tentarse un establecimiento comercial en el continente asiático. Por otra parte los Portugueses nos tomaran la delantera apoderándose de los puntos mas propicios, de suerte que la Francia solo debia encontrar en la India sus desperdicios. Apareció sin embargo Caron en el golfo Pérsico con algunos navíos, aterróse á la península de Guzurate y quiso escojer Surate para centro de sus operaciones. Este creador de establecimientos era un Francés encanecido al servicio de la Compañía holandesa de las Indias, que por una larga permanencia en Sumatra adquiriera la esperiencia de aquellos remotos mercados. Así es que no tardó en comprender la poca conveniencia que ofrecia un puerto donde concurrian á traficar con nosotros otras naciones mas ricas, mas mercantiles y mas acreditadas. En consecuencia buscó un punto central y conveniente, y se resolvió por Trincomalay en la isla de Ceylan. Una escuadra, puesta bajo el mando de Delabaie, fué á reunírsele en la bahía chingulesa, bien que esta segunda escala no fué ciertamente mas feliz que la primera, pues como esta parte de la isla ofrece pocos recursos territoriales, pronto se hallaron los nuevos colonos en vísperas de perecer de necesidad. Habiendo enviado á buscar víveres á la costa de Coromandel, y no habiéndolos encontrado entre los Daneses de Tranquebar ni aun en otra parte alguna; retiráronse, acosados de la desesperacion, al establecimiento de Santo Tomas, del que tenian noticia de estar abastecido en abundancia. Este apostadero de la costa de Coromandel, fundado por los Portugueses cien años antes, habia sido conquistado en 1662 por el rey de Golconda, y en 1672 cayó en poder de los Franceses que lo tomaron por asalto. Instalóse allí Caron permaneciendo en él unos seis años; pero en 1678 los Holandeses, de concierto con los naturales, pusieron sitio á Santo Tomas, forzando á este punto ceder á la superioridad numérica. Reuniéronse á los últimos colonos de Trincomalay los restos de la guarnicion francesa, y se establecieron bajo las órdenes de un tal Martin en la pequeña poblacion de Pondichery que les cediera el rajah de Gingi. Poco despues se elevó en aquel mismo punto nuestra factoría de Pondichery.

Gracias á la actividad é intelijencia de Martin, la nueva colonia fué prosperando, ceñida de murallas y hermoseada con algunos edificios. Bajo tan felices auspicios podia preverse fácilmente que aguardaba á la ciudad naciente un bello porvenir, cuando se vió súbitamente atacada por los Holandeses, á la sazon omnipotentes en la India. La primera idea de los agresores habia consistido en hacerla atacar por fuerzas indíjenas, mas cuando significaron este proyecto al príncipe indio: « No, contestó este, no; los Franceses han pagado la plaza, y de consiguiente les pertenece. » Entonces los Holandeses resolvieron apoderarse de ella por sí mismos, y su ocupacion duró hasta 1697, en que la paz de Riswick estipuló su devolucion á la Francia, reintegrando á Martin en el cargo de gobernador. Político hábil y negociante ilustrado, este ajente de la Compañía francesa mejoró algun tanto sus negocios en el continente indio, y bajo su influencia Pondichery llegó á ser una hermosa posesion comercial y un mercado preferido á todos los demas por los pueblos del interior. En una época en que el fanatismo afectaba tan

comunmente á los naturales, Martin se mostró tolerante y justo hácia ellos; trató con los rajahs vecinos como de igual á igual, tuvo embajadores junto á ellos y obtuvo muchas cesiones útiles. Bajo su mando perdieron los Franceses esa turbulencia fanfarrona y esa lijereza imprevisora que prohijara tantos desastres, adquiriendo al propio tiempo un carácter dulce, modesto y activo. Merced á este concurso de esfuerzos, Pondichery pudo considerarse en breve tiempo como la capital de las factorías francesas en la India; insensiblemente fueron declinando todos los demas establecimientos ensayados en Madagascar, Surate, Bantan, Rajapour, Tisseri, Mazulipatnam, Bender-Abassi, Siam, al paso que Pondichery les sobrevivió y fué engrandeciéndose sucesivamente: hubiérase dicho que absorvia todos los demás. Pondichery solo suministraba á la Compañía de las Indias algunos resarcimientos que compensaban en parte sus desastrosas pérdidas, y ofrecia considerables rentas, al paso que los demas le costaban muchos millones anuales.

Martin fué sucedido por Lenoir, y este por Dumas que obtuvo de la corte de Delhy el privilejio de acuñar moneda y la cesion formal del territorio de Karikal. Digna é imponente era á la sazon la actitud de los colonos. Habiendo sido vencido y muerto el nabab de Arcata en una guerra que sobrevino entre él y los Maratas, no tuvo otro asilo su familia que la ciudad neutral de Pondichery. Acojióla Dumas bondadosamente, y cuando el jeneral victorioso Ragogi Boussola le mandó un espreso para reclamar aquellos proscritos: « La hospitalidad de la Francia, contestó el gobernador, nunca ha sido una mentira, ni menos una traicion; la familia del nabab se halla bajo la salvaguardia de los colonos de Pondichery, y de consiguiente fuerza será sacrificar hasta al último de estos para alcanzar á aquella. » Tan enérjico lenguaje produjo su efecto, pues los Maratas desistieron de su primer objeto.

Despues de Dumas gobernaron dos hombres que debian elevar á un grado esplendoroso nuestras posesiones indias; jenios por cierto de tendencia enteramente diversa; el uno mas bien apto para lo civil, el otro dedicado en cuerpo y alma á la ciencia militar; este hábil y profundo, aquel vigoroso é independiente: ambos modelados con fuerza y enerjía y destinados á conquistar toda la India para la Francia, si en vez de combatirse mutuamente, hubiesen podido combinar sus esfuerzos. Estos dos hombres eran Dupleix y Labourdonnais. El primero de simple comerciante ascendiera al cargo de gobernador de la factoría de Chandernagor, fundada sobre las riberas del Ganjes, que, antes de su aparicion, iba declinando, apesar de su situacion en la comarca mas rica del universo. Desde que apareció Dupleix, recibió este apostadero un impulso fecundo, circularon en abundancia el oro y la plata, y desembocaron en él las mercancías de todo el Mogol y aun del Tibet. A su entrada en el gobierno, Dupleix no habia encontrado una simple chalupa, pero un año despues Chandernagor tenia ya quince navíos que surcaban los mares de India á India: el Mar Rojo, el golfo Pérsico, Goa, Surate, las Maldivas, Manila, eran tributarias del apostadero del Ganjes, y aun hubiera este sobrepujado á Pondichery, si la Compañía no hubiese llamado, en 1742, á Dupleix para el gobierno de esta última posesion.

En aquella propia época, prestaba Labourdonnais otros servicios en los mismos parajes. Embarcado ya desde la edad de catorce años, este marino recorriera todos los mares de las Indias: para salvar una nave de la Compañía habíase aventurado á hacer la travesía de la Isla de Francia á la isla Borbon en una simple chalupa, habia tomado parte en el sitio de Mahé y manifestádose como mediador en Moka entre los Árabes y los Portugueses. Habiendo la Compañía francesa vislumbrado el mérito de Labourdonnais, acababa tambien de emplearlo en organizar las islas de Francia y de Borbon, cuando un error lo condujo á Francia. Tratábase de una guerra con los Ingleses, á cuyo objeto habiendo Labourdonnais ofrecido sus servicios, confiriósele el mando de cinco navíos, pero como este armamento habia tenido lugar por órden del Estado y á espensas de la Compañía, un choque de poderes anuló la primera determinacion. Llegado á 30 de setiembre de 1741 ante Pondichery, donde gobernaba todavía Dumas, apenas tuvo Labourdonnais el tiempo suficiente para ir á socorrer á Mahé, sitiada por los pueblos de la península, y á su regreso recibió órden de la Compañía para restituir todos sus navíos. Las instrucciones eran formales, y así se vió en la precision de obedecer, volviéndose á la Isla de Francia. La guerra de 1744 confirmó todos sus planes y sus predicciones, por cuya causa se tuvo que arrepentirse de no haberle dado crédito. Acababan de llegar á la India con una flota inglesa el comodoro Barnett y el capitan Peyton, reinaba un terror jeneral en las factorías de la península, y el nuevo gobernador de Pondichery, M. Dupleix, clamaba ausilio á todo trance. No titubeó un momento Labourdonnais; armó, bien ó mal, cinco navíos que se hallaban en Puerto Luís, recibió algunos refuerzos de Francia y partió á 24

de marzo de 1746 para Madagascar y Pondichery. En los atracaderos de la costa de Coromandel apareció la escuadra inglesa compuesta de seis velas bajo las órdenes del capitan Peyton, y empeñóse un combate entre ambas fuerzas navales que terminó con la retirada del Inglés. Despues de este combate fondeó Labourdonnais en la rada de Pondichery, pero su jenio impaciente y belíjero no le permitió permanecer por mucho tiempo en inaccion. Varias veces buscó la escuadra inglesa para combatirla, mas viendo que rehusaba la accion, dirijióse hácia una de las principales factorías británicas, sitió Madras y se apoderó de ella por capitulacion. La ciudad obtuviera de él el permiso de rescatarse, pero intervino Dupleix como tercero, é impidió que se cumpliera la palabra de Labourdonnais. Violando los artículos de la capitulacion conservó á Madras y asoló hasta en sus cimientos la Ciudad-Negra que encerraba las riquezas mas importantes del establecimiento. No contento con violar la palabra empeñada, sujetó Dupleix á Labourdonnais en la esfera de sus atribuciones, concitando toda la cólera de este jenio sensible y fogoso. Llegaron las cosas á tal punto, que se manifestó una incompatibilidad declarada entre el jefe de la escuadra y el gobernador, pero la Compañía otorgó la razon á Dupleix, llamando al vencedor de Madras, Labourdonnais, encarcelándole y sujetándole al fallo de un consejo. Tras una instruccion de tres años se proclamó su libertad, pero la melancolía infundiera en su interior un jérmen mortal que no le permitió sobrevivir por mucho tiempo á esta sentencia.

Espiaba sin embargo Dupleix esta funesta desavenencia. En aquellos combates de preferencia pereciera una escuadra entera y los Ingleses quedaban dueños del mar de la India. Pondichery fué atacado á su vez, y probablemente hubiera debido de sucumbir sin la intervencion de los heroicos esfuerzos de Dupleix; cuarenta y dos dias permaneció abierta la trinchera sin que fuese posible á los Ingleses apoderarse de la plaza, hasta que sobrevino la paz y la salvó. Libre algun tanto ya de cuidados el gobernador dirijió á la sazon su jenio activo y emprendedor á las mejoras comerciales; habia concebido llegar á ser el árbitro del Indostan, asegurar á la Francia un reino ultramarino y anticiparse de esta suerte en aquellas comarcas á la intervencion inglesa. Nadie poseía, como él, los recursos necesarios para realizar esta idea, tenia un profundo conocimiento del país, comprendia toda la política, y no habia rajah, nabab ni soubab cuyos secretos designios no hubiese acertado, ni menos division local é intereses relijiosos de los cuales no hubiese venido en conocimiento. Hallábase vacante á la sazon la vasta soubabia de Dekkan, y en consecuencia hizo dar su investidura á Salabetzinga, partidario de los Franceses, en parte por intrigas y en parte por medio de la violencia, al paso que otro príncipe, igualmente adicto á los mismos, fué colocado al frente de la nababia del Karnatic. Estos medios sucesivos de influencia indujeron pronto á creer que nuestro poder reinaria sin igual en el triángulo que se prolonga entre Mazulipatnam, Goa y Comorin. Habituábanse gradualmente los pueblos de las cercanías á nuestra supremacía, y los rajahs habian conferido pomposamente á Dupleix el honorífico título de nabab. El mismo Alto Indostan, el reino de los Cuatro-Circars, el principado de Golconda, los países situados allende y aquende del Ganjes reconocian entonces el poder francés. El joven Bussy, á la cabeza de un puñado de osados aventureros, dictaba la ley á toda la comarca, disponia de los tronos indios, imponia tributos á los naturales y trillaba de este modo á Dupleix la senda para una conquista final.

Empero á estos dias de bienandanza sucedieron pronto los de reveses y desastres. Aparecieron sucesivamente en el N. de la península los Seiks y los Maratas, pueblos numerosos y guerreros que rechazaron á los Indos y amenazaron las factorías europeas; al propio tiempo los Ingleses fomentaban en el Karnatic divisiones intestinas y procuraban restablecer su estinguida influencia. Dupleix por una parte, y Saunders por otra luchaban con todo el poderío de una voluntad no menos fuerte que hábil. «No podia preverse quien acabaria por dictar la ley; pero no cabia duda alguna, dice el abate Reynal, que ninguno la recibiria mientras dispusiese de un soldado ó de una rupia (1). Esta completa aniquilacion sin embargo parecia aun remota, puesto que todos encontraban en su encono y en su jenio recursos que los mas hábiles no podian sospechar.» Las dos Compañías rivales transijieron por medio de un tratado condicional, hasta que la guerra de la emancipacion americana determinase una contrarevolucion en la India. Entonces fué cuando dió principio á las hostilidades la toma de la factoría de Chandernagor seguida de la conquista de todos los demas apostaderos secundarios. Dupleix en aquel intérvalo habia sido calumniado en el ministerio francés, atribuyéndole proyectos de independencia y sospechando acerca aquella profunda política que le hacia árbitro soberano de los príncipes Indos. Los ra-

(1) Moneda del Indostan equivalente á unos ocho reales vn.

jahs le habian conferido recientemente la nababia del Karnatic, pero el gabinete de Versalles, mal aconsejado, en vez de darle la autorizacion competente paraque la aceptase, lo separó de su cargo.

Sucedióle Lally, que siendo Inglés de oríjen, creíase podria alcanzar una transaccion permanente con la Gran Bretaña. Pero Lally era un loco, un loco peligroso, incapaz de mandar é indigno de ser obedecido. Su administracion fué acompañada de demencia; dominado por un espíritu sombrío é impetuoso, llevó en la lid contra los Ingleses todo el desórden é inconsecuencia que podian esperarse de sus ideas. Habiendo partido con el vice-almirante d'Aché, llegó á Pondichery á fines de abril de 1758, y sus primeras operaciones tuvieron un écsito feliz. La batalla de Goudelour, la toma de este apostadero, verificada por el conde d'Estaing, y la rendicion del fuerte San David señalaron el principio de la campaña; empero cansada de acciones sin resultado y despues de tres combates casi sucesivos, la escuadra francesa partió de estos parajes, perdiéndose sucesivamente la isla de Scheringan, las provincias del N. y Mazulipatnam. Algun tiempo despues, tras una inútil y fanfarrona demostracion contra Madras, le fué forzoso pensar en defenderse en Pondichery, sitiada por los Ingleses. Bloqueada por todas partes y diezmada por el hambre, la ciudad se vió precisada á rendirse á 15 de enero de 1761. Firmóse una capitulacion que fué despues anulada, de suerte que los Ingleses pudieron vengar completamente á Madras de la ruinosa afrenta de 1746. La guarnicion y los habitantes fueron enviados á Europa, y Pondichery fué derribada hasta en sus cimientos. Al grito herido de tantos colonos arrojados sobre el suelo de Francia sin pan ni recursos, respondió el parlamento con el juicio y la condena de Lally, cuya sentencia Voltaire ha caracterizado tan bien. « Todo el mundo, dice, tenia el derecho de matar á Lally, á escepcion del verdugo.» Son ya sabidos los horribles incidentes que acompañaron el suplicio del infortunado gobernador.

El tratado de 1763 volvió Pondichery al gabinete de Versalles, y se suprimió para esta posesion, no menos que para las demas colonias del Océano Indio, el privilejio de la Compañía, abandonando al comercio libre el cuidado de reedificar y poblar de nuevo Pondichery. Desde 1764, volvieron á aparecer allí una multitud de colonos franceses que solo con mucha dificultad podian reconocer los cimientos de sus antiguos domicilios bajo el césped que los cubria. A la llegada de aquellos dueños del terreno, concurrieron los Indos á millares y Pondichery fué levantado gradualmente de sus ruinas. Necesitábase sin embargo algun tiempo para reconstruir una ciudad destruída enteramente por lord Pigot, y el nuevo gobernador Law de Lauriston cooperó por su parte á ello por medio de una administracion sabia y paternal.

Con todo, estendian los Ingleses diariamente su fuerza y su preponderancia en torno del rejenerado establecimiento. La Gran Bretaña iba avasallando toda la península, especialmente su litoral; aparecieron sus flotas sobre la costa de Malabar, en Surate, Cochin, Mahé, Calicut, y en toda la costa de Coromandel, desde el reino de Tandjaore hasta el Ganjes. Un nuevo jefe, Bellecombe, habia reemplazado á Law de Lauriston en Pondichery y proseguia su gobierno reparador; cada dia iban á establecerse algunas casas de comercio, y una nueva actividad parecia reanimar las transacciones, cuando los Ingleses, sin advertencia alguna y sin declaracion de guerra preliminar, se lanzaron bruscamente sobre nuestras factorías, tomáronnos sucesivamente Chandernagor y Karikal, hicieron prisioneros los jefes de las bolsas de Mazulipatnam, Yanaon y Surate, y se dirijieron sobre Pondichery en 1778. Durante los quince años de reciente posesion, pocas operaciones se practicaron para poner la ciudad al abrigo de un golpe de mano; intrigas locales ó remotas habian determinado muchas mutaciones en la ordenanza ó direccion de los trabajos, y aunque los injenieros Bourcet y Desclaisons habian ejecutado algunos revestimientos, sin embargo faltaba todavía mucho para terminarse el recinto de Pondichery, cuando se vió amenazada por las fuerzas británicas. A los primeros síntomas de hostilidades, M. Bellecombe sacó incalculables recursos de su activa enerjía; la plaza fué provista de víveres y cinco mil operarios trabajaron noche y dia en las fortificaciones. En solo el término de un mes se abondaron algunos fosos y las murallas fueron puestas en estado de defensa. Por su parte una escuadra que se hallaba en rada, se dispuso para recibir al enemigo

Tal era el estado de los negocios cuando á 8 de agosto de 1778 dejóse ver ante Pondichery el ejército inglés, fuerte de veinte y cuatro mil combatientes, al mando del jeneral Munroe. Al propio tiempo apareció una escuadra inglesa que contaba cinco navíos como la nuestra. Empeñóse un combate naval que dió la ventaja á los Franceses, y es indubitable que si el comandante Tronjoly hubiese seguido la pista al enemigo, el comodoro Vernon se habria visto obligado á arriar pabellon. Quince dias despues le habia vuelto la espalda la fortuna, habian llegado dos navíos de refuerzo á los Ingleses; una de nuestras fragatas, *la Sartine*, habia

sido tomada por medio de falsas maniobras; de modo que cuando á 20 de agosto el Comodoro volvió á la carga, nuestros buques no osaron defenderse, y habiendo podido salvarse á favor de las tinieblas de la noche, llevaron el rumbo hácia la Isla de Francia, dejando á Pondichery á merced de las fuerzas inglesas combinadas.

Abandonado de esta suerte, Bellecombe persistió en la defensa; reducido á una corta guarnicion multiplicóla en tanto grado que pudo tentar algunas salidas y arruinar varias veces los trabajos de los sitiadores. Por fin, despues de dos meses de trinchera, donde perdieron los Ingleres hasta cinco mil hombres, bloqueado por tierra y por mar y desesperanzado de recibir ausilio, rindióse Bellecombe por capitulacion.

Dueños de Pondichery, los Ingleses reinaron en él sin oposicion de rivales europeos, pero en cambio se reanimó la enerjía de los pueblos indíjenas. Hyder-Alí, rey de Mysora, llevó sus armas hasta los muros de Madras, y los Maratas del O. acamparon á las puertas de Bombay. Por desgracia los Franceses no se mezclaron con bastante oportunidad en la lucha. Enviados á la India con un armada, á cuyo bordo iban algunas tropas de desembarque, el baile de Suffren y Bussy solamente llegaron cuando el célebre Hastings comenzara la organizacion sistemática del poder anglo-indio en Bengala. Hyder-Alí fué atacado por sir Eyre-Coote que lo aisló de sus ausiliares hostigándole incesantemente en el decurso de dos campañas. Transcurrido algun tiempo, y despues de la defeccion de los Maratas del E. y del O. que transijieron sucesivamente con los Ingleses, aquel príncipe, que hiciera frente á todo el poderío británico, se vió forzado á humillarse á él, falleciendo despues víctima de su despecho. Sucedióle su hijo Tippoo-Saeb, heredero del odio y de las simpatías paternas. Este jóven príncipe acababa de emprender una nueva campaña en el Karnatic, cuando una diversion lo llamó á sus estados de Mysora; encontróse con los Ingleses, derrotólos y puso sitio á Bangalora sobre la costa de Malabar, donde se le reunieron la escuadra de Suffren y las tropas de Bussy. Iban á obrar de concierto ambos ejércitos, cuando la paz de 1783 hizo caer las armas de las manos de los Franceses. Privado de todo aliado, Tippoo juzgó deber transijir tambien por su parte, firmando un tratado en Bangalora en marzo de 1784. Conocida es ya la historia de este desgraciado sultan que habiendo empuñado de nuevo las armas en 1790, pereció en 1799, derrotado por los Ingleses en el momento en que la espedicion francesa á Ejipto le infundiera esperanzas de una poderosa diversion. Hasta su último momento tendió la mano á los Franceses, creyendo en su fuerza y aguardando sus socorros. Dos años antes de su imponente caída, bajo el directorio, presentáronse algunos embajadores á la Isla de Francia reclamando un cuerpo ausiliar, pero el brillo de este paso no fué por cierto uno de los motivos menos urjentes que impulsaron la sangrienta catástrofe.

Antes de aquella época, nuestras factorías de la India no eran ya mas que simples plazas de comercio destituídas de toda importancia militar. En 1789 se retiró una pequeña guarnicion que se habia enviado á Pondichery en 1785, y fué conducida á la Isla de Francia.

Hácia 1791, envió la Francia algunas tropas por la inminencia que parecia haber de una guerra; la gabarra la *Bienvenue* y *la Chancelière de Brabant* desembarcaron sucesivamente un corto número de tropas. Ochocientos Europeos con otros tantos soldados cipayos formaron el efectivo de la nueva guarnicion que, si unida no hubiera podido oponer muy larga resistencia, puede conjeturarse la suerte que le cupo cuando se reprodujeron en la remota colonia todos los matices de los partidos formados en la metrópoli, y cuando tuvo tambien sus sesiones de clubs y sus conmociones populares. El antiguo réjimen era representado por el cuerpo de oficiales, y la revolucion por la masa de los soldados, pero no obstante estas funestas disensiones, cuando el coronel Braidwaidh puso sitio á Pondichery con ocho mil hombres, todos se encontraron en su lugar correspondiente y olvidaron sus querellas ante el enemigo comun. Mil seiscientos hombres, cuya mitad se componia de soldados europeos, defendiéronse por espacio de trece dias contra un ejército, sin otras fortificaciones que una tapia y un foso. En la factoría de Yanoun, el sabio Sonnerat aventuró mas estraña resistencia: viéndose jefe de una plaza meramente comercial se habia obstinado en que se le enviaran de Pondichery ocho Cipayos, y con este ridículo cuerpo de tropas y dos malos cañones que conprara, habló de capitulacion y obtuvo una del coronel Yeats que consideró el negocio de buena fé. Los comerciantes de esta pequeña factoría debieron la salvacion de sus fortunas á Sonnerat.

Desde aquella época hasta el dia, nuestra historia en aquella rejion corresponde á la actitud que tomó en ella nuestra marina, actitud enérjica y digna ciertamente de mejor écsito. Sobrado ocupada en sus fronteras, no pudo la República dedicarse mucho á esos mares lejanos hasta en 1796 y bajo el ministerio Truguet. Con todo, antes de aquel tiempo la Isla de Francia tomara ya la iniciativa de los cruceros; un simple capitan mercante, Ro-

berto Surcouf, tan célebre algun tiempo despues, fué el primero que acometió á los navíos británicos. Con su *Emilio*, buque mercante, tomó dos naves cargadas de arroz y un schooner armado, y despues con su schooner marinó un navío de la Compañía de las Indias *el Triton* y volvió á la Isla de Francia seguido de cuatro presas estimadas en dos millones. El Directorio mandó al vencedor un voto de gracias, á causa de haber emprendido la campaña sin órden alguna.

Nuestra marina militar no permanecia pasiva ante este espontaneo rasgo. Habiendo una escuadra inglesa bloqueado la Isla de Francia, dos fragatas, *la Cybeles* y *la Prudente* y el brick *le Coureur*, empeñáronse en una lucha desigual contra dos navíos *el Centurion* y *el Diomedes*. El comandante Renaud aparejó de Puerto Luís al grito de: *Viva la República!* Era su objeto maltratar tanto como posible fuese los buques enemigos, á fin de que no pudiesen defender su posicion, y estaba decidido á morir ó lograr su proyecto. Así es que en vez de asestar las piezas contra los hombres, los artilleros las apuntaron, unos contra las vergas y mástiles, otros casi á flor de agua. Esta maniobra fué seguida de un écsito completo, y si bien, á causa de una falsa maniobra, encontróse la *Cybeles* comprometida por un momento, pudo sin embargo alcanzar el puerto con su conserva *la Prudente*, y el pequeño *Coureur*, que durante la accion hiciera prodijios. Al dia siguiente la isla era desbloqueada ya, y de todas partes llegaron provisiones. En el combate habian muerto unos cuarenta hombres, y para pagar á las víctimas un tributo de admiracion y agradecimiento, los comerciantes de la isla abrieron en favor de sus familias una suscripcion que produjo en pocos dias doscientos sesenta y cinco mil francos. El bravo Renaud fué llevado casi en triunfo por el muelle.

El ministro Truguet empezara sin embargo á dedicarse á los asuntos de la India, y el contra-almirante Sercey partia de los puertos de Bretaña con tres fragatas y dos corbetas. No tardó en aportar á la Isla de Francia llevando á remolque algunas presas que habia hecho en su travesía. Las dos fragatas, *la Cibeles* y *la Prudente*, se hallaban un tanto maltratadas á consecuencia de la última accion, mas él mandó repararlas y se hizo á la mar con seis fragatas: *la Fuerte*, *el Sena*, *la Regenerada*, *la Virtud* y las dos citadas. La goleta-corsaria *l' Alerte* completaba la escuadra. A la cabeza de estas fuerzas navales, hízose á la vela el contra-almirante en direccion al Océano Indio.

Casi á la entrada del crucero, la goleta fué apresada y la escuadra no tuvo ya quien fuese á la descubierta. El contra-almirante fué engañado por medio de partes falsos, y mientras hubiera podido talar toda la costa de Coromandel, se le hizo reconocer el estrecho de Malaca, donde se encontró con dos navíos ingleses de 74, el *Arrogante* y *el Victorioso*. Seis fragatas contra dos navíos, hacian las partes á poca diferencia iguales. Al principio quiso el almirante evitar el combate, pero perseguido á su vez, formó su linea de batalla. Las primeras fragatas empeñadas fueron *la Virtud* y *el Sena* que al principio sostuvieron por sí solas el fuego de los navíos, pero habiendo sobrevenido la calma se encontraron en una posicion que les hubiera sido fatal si el resto de la escuadra no las coadyuvara con tiempo. Entonces fué cuando se jeneralizó la accion; los dos navíos, no obstante la superioridad de su calibre, se vieron forzados á huir, el uno con el fuego á bordo, y el otro con los aparejos enteramente destruídos. Durante la accion, nuestros bisoños marinos dieron pruebas de un valor prodijioso; veíase acá el moribundo Bautista de *la Fuerte*, casi cortado en dos por un balazo, esclamando antes de espirar: « Vamos, camaradas, mi carrera está concluída; arrojadme al mar. Viva la República! » Allá un marinero de la *Cybeles*, herido del brazo en un penol, caía en el agua é iba á perecer cuando el cuartel maestre Poulain buceó y logró salvarlo. En otra parte Gauvin, de *la Virtud*, herido por un casco de granada y por algunas astillas de madera al servir su pieza, arrancaba de su llaga madera é hierro y continuaba su servicio hásta el fin de la accion. Despues de esta, encontróse tan sumamente maltratada la escuadra de Sercey, que tuvo que ir á fondear en la isla del Rey. Prosiguió su crucero el contra-almirante, apareció á la vista de Batavia en el momento en que los Ingleses se hallaban á punto de apoderarse de ella, salvó la colonia de sus manos, navegó de nuevo por espacio de muchos meses y regresó á la Isla de Francia donde le precedieran desde largo tiempo algunas presas ricamente cargadas. En 1799, á consecuencia de un nuevo crucero verificado solamente con una fragata y una corbeta, pasó bajo el fuego de dos navíos y cuatro fragatas inglesas antes que alcanzase los canalizos de Puerto Luís. Esta fué su campaña postrera.

Entonces recorrieron solamente el mar indio los corsarios con audacia y felicidad. Con todo, despues de la paz de Amiens salió de Brest una pequeña escuadra con objeto de dar fuerza de ejecucion á uno de sus artículos que nos restituía Pondichery y las demas factorías nuestras del Asia. Este armamento, compuesto del navío *el Marengo* de 74 cañones, las tres fragatas *la Belle Poule* de 40, *la Atalanta* de 40, *la Vivaracha* de 36 y los dos transportes la *Costade*

Oro y *la Maria-Francesa*, dió la vela á 6 de marzo de 1803 á las órdenes del almirante Linois y llevando á bordo al jeneral de division Decaen, nombrado capitan jeneral de los establecimientos franceses en la India con mil seiscientos soldados puesto bajo su mando. Mil cuatrocientos pasajeros siguieron la suerte de esta espedicion. La *Belle-Poule* tomó la delantera de la escuadra, haciendo en el espacio de noventa dias aquella travesía de cuatro mil leguas, mientras que el resto del convoy no llegó hasta veinte y dos dias despues.

En los atracaderos de Pondichery, el almirante Linois y el jeneral Decaen no pudieron menos de quedar sorprendidos al ver el pabellon británico flotando en el muelle. No embargante todas las estipulaciones concluídas, el comisario inglés Cullen rehusara efectivamente hasta entonces restituir la plaza, permaneciendo anclada en la bahía una escuadra de dos navíos y cinco fragatas, al parecer únicamente para apoyar la resistencia de aquel ajente, en caso de necesidad. A la llegada de las fuerzas francesas, saltaron en tierra algunas compañías de soldados y todos los pasajeros, pero aunque Cullen insistió en persuadir al jeneral Decaen paraque desembarcara igualmente, este oficial contestóle que sus órdenes no le permitian descender mas que en país francés. No fué mala esta resolucion, porque en aquella misma noche el *Belier* amarró el ancla en sus costas y entregó algunos partes al capitan jeneral que incluían una contra-órden formal que mandaba al jeneral Decaen abandonar sin demora alguna Pondichery para ir á reemplazar en las islas de Francia y de Borbon al actual gobernador Magallon. Al amanecer del dia siguiente no ecsistia ya en la rada un solo buque francés.

Para esplicar este acontecimiento es preciso recordar cuan precaria y desastrosa fué aquella tregua, aquel plazo de algunos meses llamado la paz de Amiens. Fué quizás de parte de los políticos que gobernaban á la sazon la Gran-Bretaña, un añagaza ofrecida adrede á la marina francesa, así mercante como militar, para arrojarse en seguida á un tiempo convenido, sobre todos nuestros buques esparcidos por la estension de ambos Océanos? Acaso no encerraba ya aquella paz, recibida al parecer con tanto gusto, una especie de juego concertado, una premeditacion formal contra nuestro renacimiento marítimo? La conducta del ajente inglés en Pondichery parece ser un nuevo argumento en apoyo de esta acusacion cuya insistencia no pertenece ciertamente á este lugar.

Fuerza es sin embargo hacer justicia á las autoridades de Madras por haber hecho ocar los dos transportes *la Costa de Oro* y *la Maria Francesa*, llegados posteriormente á la rada de Pondichery. Únicamente cuando se declaró la guerra de nuevo y positivamente entre la Francia y la Gran Bretaña, opusieron algun obstáculo los doscientos Franceses de la 109ª semibrigada acantonados en Pondichery en la fábrica de moneda, y sitiados por ochocientos soldados ingleses con cuatro piezas de artillería, para hacerles rendir las armas y entregarse á discrecion. La sola respuesta del ayudante-comandante Binot se redujo á una negativa formal á su demanda. Escribióse á Madras, parlamentóse, se circuyó al pequeño campo francés de fuerzas todavía mas imponentes, pero nada pudo obligar al bravo oficial á rendirse sin algunas condiciones. Doscientos hombres sitiados por mil quinientos pudieron aun obtener el permiso de ser enviados á Francia bajo su palabra de no hacer armas contra la Inglaterra en el espacio de un año y un dia. Sin duda que en esta accion, si algun mérito se contrajo por parte de Binot en sostenerse en una situacion desesperada; por parte del teniente coronel y del comisario Cullen fué un acto de prudente humanidad respetar la escrupulosidad de aquellos valientes otorgándoles los honores de una capitulacion. Probablemente serian sus órdenes mucho mas severas, puesto que el almirantazgo de Lóndres recriminó fuertemente no menos al uno que al otro.

Habia entrado ya de nuevo en la Isla de Francia la escuadra de Linois, desembarcando á su nuevo gobernador el jeneral Decaen, y desde entonces podia libremente escojer el papel que le conviniese, pues que estaba evacuada su mision especial. La guerra marítima indicaba naturalmente un crucero, por lo que el almirante se decidió por él, resolviendo ir á inquietar al comercio inglés en los parajes indios. Salió pues Linois de Puerto Luís á 8 de octubre de 1803 con *el Marengo*, *la Vivaracha*, *la Belle Poule* y la corbeta *la Cuna*, llegada últimamente. En el decurso de la travesía, la escuadra capturó algunos navíos de la Compañía, despachólos para la Isla de Francia y se aterró á Bencoolen antes de dar en el estrecho de la Sonda. Todas las embarcaciones inglesas ecsistentes en aquella rada ó en el pequeño puerto de Sellabar fueron incendiadas ó marinadas. El resultado de esta espedicion fué una pérdida de doce millones para el comercio británico, pero las propiedades de los naturales fueron respetadas.

Desde Bencoolen, Linois, llevó el rumbo hácia Batavia, donde echó el ancla á 1 de diciembre de 1803. En el espacio de un mes que permaneció en esta colonia malsana, todas sus tripulaciones fueron acometidas de fiebres, y cuando volvió á hacerse á la vela, reforzado con el brick holandés *el Aventurero*, contaban

sus naves un gran número de enfermos. A fines de enero de 1804 habia pasado ya el estrecho de Gaspard y se hallaba á vista de la isla de Pulo-Aor situada en los umbrales de los mares de la China. Salia en aquel entonces de Canton para Inglaterra el convoy de la Compañía, al que contaba sorprender, recojiendo por este medio una bella cosecha de presas.

En efecto, á 14 de febrero por la mañana, señaláronse veinte velas; mas engañado por los avisos de los neutrales y haciéndose ilusion acerca la fuerza de los buques que se tenian á la vista, atacólos débilmente Linois y cuando contestaron aquellos por medio de cañonazos, imajinóse tener que haberlas con embarcaciones de guerra. No obstante, todo se reuniera para probar que la sola escolta del convoy se componia de navíos de la Compañía (*countriships*) armados de una simple batería. Sea lo que fuere, lo cierto es que despues de una pequeña accion el almirante francés dejó el combate. A fin de sostenerle en sus preocupaciones de inferioridad, algunos buques del convoy fueron hasta llegar á darle caza, mas no se prolongó por mucho tiempo esta ironía de buen gusto. El regreso de esta interesante flota, que mas osadas inspiraciones hubieran entregado á la Francia, causó la mas viva alegría en Inglaterra, de suerte que una victoria decisiva no hubiera producido por cierto mayor retintin. El capitan inglés recibió de manos del mismo rey la cruz de la órden del Baño, y las tripulaciones obtuvieron por lo mismo de la Compañía muchos millones de gratificacion.

De regreso á la Isla de Francia, Linois se preparó para un nuevo crucero con *el Marengo*, *la Atalanta* y *la Vivaracha*. Hízose á la vela el almirante, fué á visitar la bahía de San Agustin en el canal de Mozambique, remontó en seguida el Océano, donde hizo dos presas de muy alto valor, llegó hasta el golfo de Bengala, esploró las radas de Mazulipatnam y Consanguay y apareció por fin ante las factorías inglesas de Visigapatnam. Encontrábanse ancladas allí tres embarcaciones, una de las cuales el *Centurion* y las baterías de tierra abrieron el fuego, entrando despues en linea *el Marengo*, en el cual Linois tenia su pabellon. Al cabo de una hora de cañoneo, *el Centurion* habia cortado su cable y se habia dejado drivar hácia la costa, y de los dos buques mercantes bajo su escolta, uno era marinado y otro estrellado en la playa. No quiso Linois completar su victoria, y los partes ingleses se la disputaron algun tiempo despues. El resto de su larga navegacion en el Océano Indio ofrece pocos episodios interesantes; bastante dichoso en evitar el encuentro de fuerzas superiores, hizo una nueva campaña, capturó buques mercantes, cruzó hácia la entrada del Mar Rojo, combatió al comodoro Townbridge en los atracaderos de Ceylan, echó el ancla en el Cabo, visitó todas las bahías de la costa de África, y despues por falta de víveres y aparejos, decidióse á llevar el rumbo hácia nuestros puertos de Francia, cortando el ecuador por duodécima vez desde su salida de Brest. Hallábase ya en nuestros surjideros con *el Marengo* y *la Belle Poule* cuando á 14 de marzo de 1806 cayó en medio de una escuadra inglesa de siete navíos, dos fragatas y una corbeta. Al principio Linois tentó la fuga, pero viéndose cercado, fuéle preciso combatir para sostener el honor del pabellon; la *Belle-Poule* y *el Marengo* sostuvieron el choque de nueve embarcaciones de guerra y no se rindieron hasta despues de una vigorosa resistencia.

Hácia este mismo tiempo, el Océano Indio, abandonado por Linois, presenciaba uno de los combates mas gloriosos que presenten nuestros fastos marítimos. La fragata francesa *la Cañonera* de 40 cañones, daba el flanco á un navio inglés de 74, *el Tremendous* que escoltaba en la India á doce navíos de gran porte, armados de la Compañía. No obstante la desigualdad de fuerzas, Bourayne, comandante de *la Cañonera*, no titubeó en establecerse á dos cables de distancia á sotavento del *Tremendous*, aventurándose al fuego de sus andanadas. Jamas fragata alguna se presentara con tanta majestad para sostener el fuego de un navío; conocia Bourayne á su tripulacion, la sangre fria y la destreza de sus artilleros le infundian la esperanza de salvar su nave. Efectivamente, los tiros del *Tremendous* mal dirijidos perdiánse en el espacio, al paso que todas las balas de la *Cañonera* daban en la arboladura ó en los aparejos del enemigo. Despues de una hora de combate, decidióse visiblemente la ventaja por la fragata; todo estaba casi intacto en su bordo, al paso que las jarcias del navío ofrecian el aspecto del mayor desórden. La ventaja de la marcha que era para el último al principio de la accion, pasó desde entonces á *la Cañonera* que pudo desembarazarse de su formidable antagonista. Vanamente pretendieron intervenir los bastimentos del convoy, pues el comandante Bourayne desdeñóse de contestar á sus impotentes descargas. En esta gloriosa accion hubo un momento en que la tripulacion de la fragata pidió abordar al navío, y la prudente enerjía del comandante solo con dificultad pudo luchar contra este arrebato de entusiasmo. Era ya un hecho de armas bastante maravilloso para un buque de 40 cañones haber vencido á un navío de 74, de porte superior y que podia apoyarse, en caso de necesidad, sobre

doce embarcaciones de comercio armadas.

Desde aquella época hasta la paz de 1814, concentró la Gran Bretaña en el golfo de Bengala fuerzas navales tan considerables, que suspenden la historia de nuestras factorías indias bajo su doble aspecto colonial y marítimo. La toma de las islas de Francia y de Borbon no dejó pronto un solo puerto de apoyo ni aun para nuestros corsarios. Sabidos son los esfuerzos de gloriosa resistencia á que dió lugar la toma de Puerto Luís por los Ingleses, y la bella actitud de nuestra marina en los años que precedieron á aquella catástrofe. El comandante Duperré que montaba á la sazon la fragata *la Belona* llegó hasta las bocas del Ganjes en 1809 y apresó la corbeta inglesa *el Victor* y la fragata *la Minerva* de 48 cañones, y habiéndose reunido en seguida con la fragata francesa *la Manga*, su capitan Dornal de Guy, volvió á entrar en la Isla de Francia, apesar del crucero británico. Desde entonces, en vez de atacar, fué forzoso pensar en concentrarse y defenderse. Sin embargo, la caída de nuestro poder marítimo en esos parajes fué señalada por el esplendor y retintin que produjeron el combate del puerto Imperial, hoy puerto Sud-Este, en el cual cuatro fragatas inglesas *el Sirio*, *la Nereida*, *la Ifijenia* y *la Mójica* fueron marinadas ó incendiadas por el comandante Duperré, secundado por MM. Bouvet y Morice con dos fragatas y una corbeta de guerra solamente; el apresamiento de la fragata *la Africana* verificado por el capitan Bouvet, y en fin una multitud de acciones secundarias. A la par de los Surcouf, Tréhouart, Lhermite, Bergeret y Malroux, la Isla de Francia recordará con gloria los nombres de MM. Hamelin, Duperré, Dornal de Guy, Morice, Lemarant, Moulac, Le Breton, René, Decaen, etc., y tantos otros que lucharon con todo su denuedo contra la ocupacion inglesa, disputando hasta el último momento el único apostadero indio donde ondeara todavía nuestra bandera.

Entre las varias factorías que en la paz de 1814 nos restituyera la sola jenerosidad de la Inglaterra, debe mencionarse Pondichery. La ciudad se ha restablecido algun tanto en el decurso de diez y ocho años de paz, pero ya no es una plaza de guerra, sino una simple escala comercial, con sus correspondientes almacenes en lugar de fuertes, y con calles de arboles en vez de murallas. Escatimosos en sus dones, los Ingleses le agregaron solamente una legua cuadrada de territorio, que constituye toda la dependencia del apostadero cedido; de suerte que á la primera señal de guerra podrian invadir esta comarca, en cuyo caso nosotros la hubiéramos esplotado y embellecido para su uso. No obstante, es de esperar, atendidas las ideas mas sanas que se propagan en el dia, que aun en caso de hostilidades crearíase para las colonias un derecho internacional, una posicion neutral que los dejaria desinteresados en un conflicto entre ambas metrópolis. Tal vez seria este el primer paso hácia una cuestion mas remota quizás pero igualmente inevitable, la emancipacion de las factorías lejanas, entregadas á sus fuerzas productivas y á sus medios de trueque. Las maravillosas esperiencias verificadas en Cuba y en Sincapour, deben indicar bastante el inmenso porvenir que aguarda á este sistema.

Las cercanías de Pondichery, ornadas de largas avenidas de árboles y cortadas de magníficos verjeles, presentan una multitud de pueblecitos indos llamados Aldeas, en los cuales se fabrican los lienzos azules ó *guineas*, de los que se hacen pañuelos que disfrutan de mucho crédito así en Pondichery como en Madras. Mi palanqueta me condujo á muchas de esas aldeas, donde cada familia tiene sus chozas con su correspondiente obrador. El tejedor permanece allá ante un telar de estrema sencillez que consiste en dos rodillos colocados sobre cuatro maderos que atraviesan la cadena, y sostenidos en cada una de sus estremidades, el uno por medio de dos sogas atadas al techo y algunas veces á un árbol, y el otro con dos sogas atadas al pie del laborante. Al lado de este hombre se ve el que anuda los hilos del taparabo, la hiladora de coton con su torno, la devanadora, despues el batidor de telas, el tintorero, el pintador; todo dispuesto por castas de tal modo que cada jénero de trabajo tiene un personal circunscrito y limitado. Aunque llegado solamente de la víspera, habia ya podido reconocer esta metódica division de castas fundada en un sistema político y relijioso á la vez. Semejante modo de designar los hombres por categorías, desde el paria hasta el bracma, é imponerles una jerarquía rigurosa á la que se agregan algunos derechos y deberes; se remonta en la historia inda á una época muy antigua, y debia hacer impresion en mis sentidos antes de hablar á mi entendimiento. Solamente en Calcuta y en Benares, este santuario del culto indo, era donde debia reasumir esas impresiones y darles la forma de una apreciacion filosófica. Hasta entonces anduve siempre en clase de curioso ó recien desembarcado que todo lo quiere visitar, para dar ancho campo á la meditacion. Huésped de Pondichery, procuré investigar á que grado de esplendor pudiera llegar bajo la administracion de Dupleix su riqueza y su movimiento. En sus aldeas, en sus calles, procuraba averiguar nuestro desacreditado patronazgo, de modo que mi situacion era casi la mis-

ma que la del melancólico Haafner, viajero holandés, por mucho tiempo colono del pequeño apostadero de Sadras, al N. de Pondichery, y al que halló demolido por los Ingleses, devastado, incendiado, despoblado. El pobre comerciante lloró en un patético libro sobre su ciudad industrial, y es de citar el pasaje entero; atendido que la poblacion manufacturera de la India nunca será descrita con mayor ecsactitud y elocuencia.

« Allí es, dice Haafner, donde ecsistian los lavaderos; allí, en aquel campo, permanecia yo observando los jóvenes como rociaban, cantando, los lienzos tendidos. A alguna distancia, en aquella cerca, veíase la fábrica de añil cubierta enteramente de vasos donde hervia la planta que debia teñir los lienzos. Esta calle era ocupada por los curadores; aquí, al lado de esos cocoteros, trabajaban los tejedores, y allí, bajo esas chozas derruídas, los pintadores de chitas.

« Heos aquí la casa que contenia la escuela, bien que al oir el ruído que causaban los niños malabaros, quedaba sorprendido que hubiese quien habitara al lado de aquella casa. Los muchachos aullaban su *arandsheel wiedombou* (verso aprendido de memoria); los niños el *ata-chowrie* (abecedario); estos formaban un cálculo en alta voz; aquellos entonaban sus *pouranas* (estractos de los libros santos). Veíanse ante la puerta un gran número de muchachos que sentados en tierra y con las piernas cruzadas bajo el cuerpo, trazaban con el dedo en la arena las letras que pronunciaban al propio tiempo en alta voz. Toda esta multitud gritaba y aullaba de tal suerte que ahogaba las atronadoras admoniciones del *gourou* (maestro de escuela).

« Detuvíme ante una calle larga y ancha que era el bazar. Esta plaza desierta fué cubierta antiguamente de un hervidero de Indos. Por la mañana, cuando me dirijia á ella, la veía con una doble hilera de comerciantes agachados en tierra que pregonaban sus jéneros ofreciéndolos al pasajero con palabras carantoñeras.

« Los dias de feria ofrecian un espectáculo, un murmullo y un movimiento sin par: llegaban los habitantes de Sadras y de los alrededores con sus mercancías; las jóvenes Indas, así mozas como casadas, con sus cestas henchidas de frutas y legumbres, los hombres cargados con pipas de arroz, tinné, natchenia y otros granos; las viejas matronas con sus vidriados y esteras, los mercaderes con sus especerías, tabaco, *ollas*, hojas de palmera en las cuales escriben los Malabaros con un punzon de hierro; en fin los vendedores de palo de sándalo, azúcar de palmera y otros artículos.

« A corta distancia de los mercaderes, veíanse los titiriteros (*biké-haien*) cuyos juegos ceden á cuantos vemos en Europa; los decidores de la buena ventura (*janiams*); las mujeres que imprimen figuras y emblemas en los brazos y en las demas partes del cuerpo (*pouttou-keretjes*); las revendedoras de brazaletes, las cesteras, las que se dedican á hacer cendales con harina de arroz (*agapés*).

« Al amanecer se abren las tiendas, y al instante aparecen los banianos (mercaderes) con su piedra de toque, su pesillo y algunos sacos henchidos de casches, fanams y rupías; en otra parte hacen ostension de sus telas y de sus mercancías. Los frailes mendicantes permanecen cabe el templo ó en frente el domicilio de algun brahma, al paso que circulan algunos alfaquíes enteramente desnudos, solicitando la piedad de la multitud.

« A las nueve, con corta diferencia, llegan los marchantes y los curiosos; llénase el mercado, auméntase el jentío, y la espaciosa calle retumba con mil vociferaciones; *Mangaï paluta mangaï!* (mangles maduros!) *Piti* (tamarindos)! *Valeipatam* (plátanos amarillos)! *Tayer, venema tayer* (leche cuajada, quien quiere leche cuajada)! *Ourga* (frutas almibaradas)! *Ney veney* (manteca fresca)! *Kira* (legumbres)! *Pacou vetelie* (arec y betel)! *Tenga elenar* (nueces índicas)! *Longa* (frutas de palmera)! *Venjagam* (cebollas)! en seguida las voces de los cantores y los refranes de los *saniassis* con sus estrepitosos címbalos, el tamboril de los *joghis*, la aguda campanilla de los *poutchari*, y aun mas que todo, los graznidos de miriadas de grajos, que en medio de aquella confusion de mercaderes y compradores acechan un momento favorable para robar un objeto de su gusto; todo este conjunto de ruídos mezclados y distintos enjendraba una batahola inconcebible.

« Al través de esta muchedumbre el *beriosocherg*, toro destinado á servicios relijiosos, se abre una calle y se pasea dignándose aceptar de vez en cuando un bocado de víveres. Se le ofrecen los mejores legumbres, cada uno procura atraerlo hácia sí, y se tiene á mucha honra su visita. Este toro es encendido; un tridente impreso por medio de un hierro encendido en su vientre, indica que pertenece á un templo. Nunca trabaja, anda libremente á do quiere, y toma lo que mas le gusta, sean granos, sean legumbres, sin que nadie ose impedírselo: por la noche se retira á la pagoda. Cuando los Mahometanos y los Europeos logran atraerlo á algun despoblado, no se abstienen de matarlo. Comunmente está gordo y bien nutrido.

« A las cuatro levantábase la brisa, y todos

corríamos al bosque para refrijerarnos por medio de *callou* ó vino de palmera; sobrevenida la noche íbamos á tomar nuestra cena de *carry secco*, *de aros potcherie* (arroz fino), volatería asada, *karwaat* (pescado muy sabroso) y frutas secas. Nunca nos servíamos de cucharas ni tenedores para el *carry*, pues este plato es mas sabroso cuando se come con los dedos.

« A la cena sucedia la cerbeza, el ponche, la limonada, el té; mascábase betel, se fumaban cigarros, se cantaban *chicotties* (cuartetas), *chakras* (especie de arias), acompañados de cimbalos y guitarra, ó bien se bailaba el fandango ó cuatrillos.

« Al comparar aquella aldea desolada y silenciosa á esas escenas de satisfaccion, de actividad y de abundancia; pobre Haafner! echaba á maldecir los destructores de Sadras. Estos campos vestidos de la verdura cambiante de renuevos de arroz, solo ostentaban un color gris y monótono; en lugar de nuestros verjeles y de nuestros pensiles, no se veía mas que zarzas é yerbas silvestres. Donde están los frescos bosquecillos de cocoteros en que oía la *caldeira* espinosa, y en que la *trimontea* lanzábase al aire libre! suculentos *lonjas* caen actualmente sin ser cojidos, y los amarillos *pangays* se resquebrajan y se corrompen por tierra.

« No, no cantará ya el *poutchari* al pueblo los hazañosos y rememorativos hechos de los Dioses indos; no narrará ya el fraile mendicante los amores de Chiva, dios de la destruccion, ni las guerras de los *deitti* y de los *deuottas*; no paseará ya con ceremonia procesional la imájen de una divinidad, al retumbo del *taré* y por debajo los arcos de flores. Las colosales figuras de carton con hombres en su interior no se abalanzarán ya á la multitud para amedrentarla y divertirla á la vez. No, las ceremonias indas han fallecido ya en Sadras; los templos están desiertos, y pueden ya entrar en ellos el profano Europeo y el indigno paria.

« Ah! yo contemplaba á estas horas, recostadas y desemparadas, esas imájenes de Wichnou, de Brama, de Chiva, enteramente mugrientas de manteca y cargadas de festones. Ecsistian allí sin culto, sin sacerdotes, y solitarias cual príncipes destronados. Ya no se ven aquellos millares de hombres que sacudian con sus rostros el polvo de las paredes; ya no se ven aquellos mártires que se columpiaban con un garabato en las carnes, que caminaban sobre ascuas, ó se lanzaban bajo las ruedas de un carro; aquellas *devedassis* que retrocedian y rasgaban sus vestidos ante los monstruosos ídolos; ni menos aquellos monos familiares, comensales de la pagoda, que se encaramaban y jesteaban á lo largo de sus techados, pues como no se les alimentaba ya, han vuelto de nuevo al campo. »

Este cuadro del buen Haafner nos transporta á los mas felices tiempos de nuestra mansion en la India. Lo propio que en Sadras ha acontecido en Pondichery; Pondichery ha tenido sus bazares animados, sus fiestas locales, sus pagodas, en fin todo aquel aspecto indíjeno, tan poético y estraño; pero de la misma suerte que en Sadras ha sido mutilada por la sangre y el fuego, cuyos vestijios conserva todavía.

En una incursion verificada al través de las aldeas, tuve tiempo oportuno para ecsaminar y aun discernir los usos y costumbres de esas poblaciones indíjenas que viven juntas sin mezclarse jamás. Al lado de las distintas castas de Indos, reconocíanse los Musulmanes, los unos sectarios de Aly, los otros de Mahomet, por medio de sus facciones regulares y nobles, sus miembros musculares, su grave y compuesto semblante, su turbante blanco y sus anchos pantalones. Los adoradores de Wichnou traen ademas en medio de la frente dos rayas blancas separadas por una raya amarilla. Estas señales hechas con la boñiga de vaca se renuevan todas las mañanas. Los bonzos, especie de flajelantes indos, ecsajeran este signo esterior de devocion unjiéndose el cuerpo con este polvo blanquecino. El traje de los Indos consiste en un pantalon de tela blanca tupido por medio, los plebeyos tienen los hombros desnudos, y los ricos traen camisa de coton. Mas variado es aun el traje de las mujeres; unas traen una basquiña de guinea azul, de cotonada blanca ó listada que desciende hasta media pierna; un taparabo al través del seno y que recae sobre la espalda; otras traen un vestido con mangas de talle, y otras en fin una vasta pieza de tela retenida por medio de un cinto.

Las aldeas de Pondichery ofrecen cierto aspecto de comodidad; sus casas son construídas de paja y divididas en dos partes; la una destinada á los hombres y la otra á las mujeres. Los muebles de una casa se reducen á algunas esteras tendidas en el suelo, algunas pieles de bestias ó tapices de lana, varias piezas de tela y un cofre que contiene todos los vestidos de la familia. Las costas inferiores, los que viven en la domesticidad ó que únicamente ejercen oficios impuros, como los parias, alójanse en miserables cabañas con un simple taparabo que les deja desnudo el tronco y desciende hasta un poquito mas abajo de medio muslo.

En una aldea pueden fácilmente reconocerse los domicilios de las diversas castas. Los de los bramas se distinguen por su estension, por la forma de su construccion y por la numerosa domesticidad que los puebla. Las mujeres habi-

tan la parte superior, reclusas, condenadas á sus trabajos caseros y tímidas esclavas de sus maridos. La costumbre ha establecido en estas comarcas una inmensa linea de demarcacion entre el hombre y la mujer. El bracma se distingue con facilidad por su vestido blanco dispuesto artificiosamente en sus hombros, por sus miembros henchidos de gordura, por su andar grave, altivo y desdeñoso (Pl. XIV — 3). Sus esposas, á quienes nada obliga á trabajos penosos, son jeneralmente bien formadas y hermosas; sus dientes son blancos, sus hermosos ojos negros circuídos de un círculo azul, sus senos bien hechos, sus pies pequeños y sus manos delicadas. Sumamente apasionadas á los adornos, cargan sus brazos y piernas con anillos de oro, de los cuales se circundan igualmente el cuello y se cubren la frente y los cabellos. Un ancho pantalon cubierto de una camisa y un taparabo cortado en su seno, en su cabeza y en sus hombros, constituyen su traje habitual (Pl. XIV — 3). Hay muchas que traen un anillo de oro en su nariz hendida, ornato desagradable al que solo con dificultad la vista puede habituarse.

Despues de haber permanecido por espacio de algunas horas en aquellas aldeas, mis portadores ó *boes* volviéron á tomar el camino de la ciudad, en el cual se cruzaban algunos carruajes cargados de jéneros, coches europeos, calesas venidas á muy alto precio de Calcuta ó de Lóndres, palanquetas cubiertas de adornos, y notables por la elegante uniformidad de sus boes, en fin *gadis* ó coches malabaros, especie de lijeras atalayas, arrastrados por dos bueyes de maneras briosas cual las de los caballos. Este singular equipaje es uno de los mas usitados entre los naturales ricos; cómodo, rápido, lijero contiene un increible lujo de tapices y dorados. Los dos bueyes del tiro traen las astas ornadas de círculos ó cadenas de oro macizo, y aun algunas veces se les pinta el pecho, las piernas y el cuerpo (Pl. XIV — 2).

Antes de entrar de nuevo en la ciudad, pasámos por frente una chauderia ó *chaultrie*. Una chauderia indiana, como la caravanera turca, es un piadoso meson abierto á todos los viajeros, donde se admite á cualquier casta en un país de esclusion, y donde cada relijion tiene bajo un mismo techo su lugar correspondiente. Allí hay destinados algunos alojamientos aun para el paria, arrojado de los demas puntos cual bestia inmunda, al Europeo, á los Musulmanes, á los Armenios, á los Chinos, etc. Es una hospitalidad cosmopolita, es la caridad relijiosa en su acepcion mas lata y mas noble.

La chauderia se compone ordinariamente de un vasto edificio que se subdivide en infinito número de aposentos muy sencillos. En cada uno de estos se recibe á uno ó mas pasajeros, al paso que las castas reprobadas se abrigan en una galería esterior. En aquella confusa mezcla de viajeros reinan la tolerancia mas estensa y la mas escrupulosa moralidad, y es muy raro que acontezca en las chauderias alguna pendencia ó hurto. Nuestro buen Haafner, ya citado, habla de ella con cierto pesar, mezclado de enternecimiento. «La chauderia de Mutecarren, dice, tenia muchas comodidades, y estaba situada lejos del camino en un bosque magnífico, cortado por un arroyato. Recien construída, brillaba á lo lejos con sus paredes enhiesadas y se manifestaba por medio de una galería de columnas, bajo la cual se acostaba en tiempos de calor. A corta distancia se encontraba un límpido y espacioso estanque, donde reflejaban cual en espejo los altos cocoteros, y á mayor trecho, al lado del templo de *Parvati* (Palas de los Indos) y del pagodin de *Polear* se agrupaban algunos planteles cargados de sabrosos frutos. Estas chauderias erijidas con el ausilio de piadosas dádivas, algunas veces están provistas de una renta que les permite mas eficaz hospitalidad. En vez de agua de arroz, ofrecida por los bracmanes, encuentra á menudo el viajero distribuciones gratuitas de arroz, raíces, leña y paja para las caballerías.

El establecimiento de esas chauderias es algunas veces un medio de espiacion. Un rico manchado de algun crímen, un concusionario, un malhechor opulento, borran por este medio sus faltas cometidas. Toda la rejion indiana está sembrada de semejantes edificios; casi todas las chauderias son adornadas en el interior de bajos relieves, cuyas esculturas son las representaciones mas obscenas que puedan imajinarse. Acaso la ley relijiosa que determina tales fundaciones, les impone asimismo tan indecente decoracion?

Al entrar en Pondichery, ví un concurso de naturales que escitó mi curiosidad. En consecuencia quise detenerme un momento: eran juglares (Pl. XIV — 4), casi desnudos con un simple pedazo de tela en torno los lomos, que ejecutaban los mas sorprendentes juegos de manos. En frente de ellos habia algunas bolas y cubiletes que manejaban con asombradora rapidez, sin tener, como nuestros titiriteros europeos, el recurso de una cacerina. Un saco, colocado á alguna distancia, contenia todos los arreos del oficio. Los dos Indianos empezaron por las bagatelas de costumbre, los juegos de cubiletes, de bolas, las transformaciones de objetos, toda la lista de la prestidijitacion; en seguida vinieron la introduccion del sable en el esófago, los mechones de cabellos engullidos y vueltos á sacar, el columpio de la cuerda floja, con el acompañamiento necesario de juegos de equilibrista, de espadas sostenidas en la na-

2. *Voiture à Malabare.*

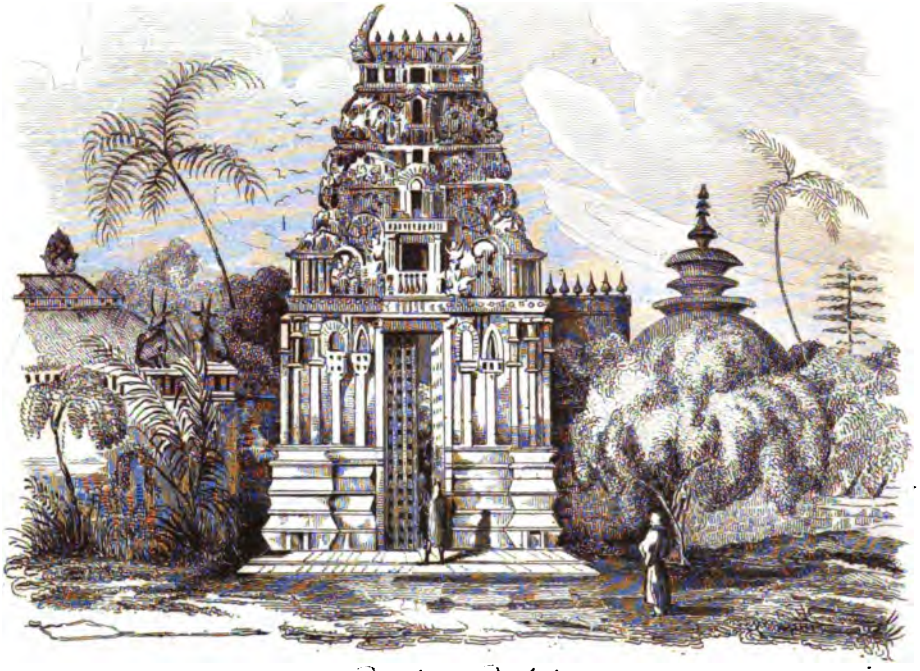
2. Coche Malabar.

4. *Jongleurs.*

4. Juglares.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



1. Pagode à Pondichéry.

1 Pagoda en Pondicheri

3. Fakir, Femme Bramine, Prêtre.

3 Fakir, Mujer Bracmana, Sacerdote

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

riz, en la barba, en el craneo y en otra parte cualquiera. Todos estos juegos hacian con prodijiosa destreza, sin esfuerzo alguno ni besitacion; empero aunque estos titiriteros indos nos hubiesen precedido en el arte de los juegos de manos, fuerza es decir que sus alumnos de Paris y de Lóndres han escedido ya á los mismos maestros. No obstante, dos juegos bastante singulares menciona el reverendo M. Caunter en su Anuario.

« Una mujer jóven y hermosa que formaba parte del concurso, fijó en su cabeza una venda tiesa y consistente, de la que partian, á distancias iguales, veinte cordones de la misma lonjitud con un nudo en la estremidad de cada uno. Bajo su brazo llevaba una cesta en la que habia veinte huevos de pavo dispuestos con esmero. La cesta, la venda, los huevos, todo pasó á nuestra vista; allí no habia triquiñuela alguna. Encontrábamonos á la sazon en medio del dia; cada uno de los concurrentes pudo ecsaminar y tocar la cesta, los huevos y los cordones. Colocóse pues ella á algunos pasos de distancia de nosotros y echó á jirar sobre sí misma en un espacio de diez y ocho pulgadas de diámetro y con tal movimiento de rotacion, que me causó vahidos; hubiérase dicho ser aquello un juego de trompo.

« Cuando se halló en el mas eminente grado de velocidad, tomó uno de los cordones que formaban cual auréola en su derredor y colocó en él un huevo dejándolo escapar. Sucesivamente fué guarneciendo los nudos de esta misma suerte sin que se relajase el movimiento de rotacion; en seguida tomó uno á uno todos sus cordones, los deslió y los puso en la cesta. Terminada esta operacion, se detuvo sin mover miembro alguno, sin hacer jugar algun músculo, inmóvil, cual si se hubiese transformado en mármol. Firme era su continente, y sin aparente emocion no obstante tan singular ejercicio.

« Despues de esta vuelta de los huevos, vino en medio del concurso un hombre robusto y de mirar feroz, llevando una cesta que nos suplicó visitásemos. Nosotros la reconocimos por una simple cesta de mimbre como las que se fabrican en el país, muy lijera y que dejaba pasar la luz por medio de muchas aberturas. Bajo esta frájil cubierta hizo colocar una jóven de ocho años, desnuda, un anjelito en fin, morena á lo mas como un hijo del mediodía de Francia. Cuando se halló colocada en aquella posicion, el hombre tomó un aire siniestro, le hizo una pregunta, ella respondió, y su voz parecia salir de la cesta: la ilusion fué completa. Este coloquio duró por algunos momentos, despues de los cuales, fingiendo el juglar entrar en cólera, amenazó matar á la niña. Clamaba esta, piedad! con un acento tal, que hacia estremecer. Súbitamente el Indo se abalanzó á una espada, contuvo con el pie la cesta donde cada uno de nosotros creía oir la víctima, y á impulsos de un movimiento infernal de rabia, internó su arma en ella varias veces. Ah! terrible fué por cierto aquel momento! el semblante del verdugo manifestaba una ferocidad espantosa, al paso que los clamores de la víctima tenian una verdad compasible. Yo estaba á punto de arrojarme sobre aquel hombre y derribarle; todos mis camaradas estaban igualmente espeluznados, escuálidos y fuera de sí. Bien podia echarse de ver que aquel titiritero no hubiera podido ni osado perpetrar en medio del dia y á la vista de tantos testigos, un asesinato inútil; mas no importa, la escena era sorprendente y terrorífica. Este sentimiento llegó á su colmo al ver la sangre fluir á borbotones de la cesta, al oir jemidos gradualmente mas débiles y al seguir en el temblor de la cesta cierta agonía convulsiva. Los estertores fueron sucesivamente mas sordos; en seguida se oyó un suspiro.... el postrer sin duda. Creíamos ya muerta la niña, cuando con grande sorpresa nuestra y despues de algunas palabras místicas, el juglar levantó la cesta. Nada habia debajo de ella; el suelo estaba sanguineo, pero en parte alguna se veía huella de cuerpo humano. Despues de algunos segundos de espasmo, la niña se presentó á nosotros como si se hubiese deslizado del medio de la multitud, saludónos y tendió la mano á nuestra jenerosidad. Con muchísimo gusto nos ejecutámos; admirada de nuestra liberalidad, articuló la niña un gracioso *salam*, y toda la multitud desfiló. Lo que hacia mas completa la ilusion es que, durante toda aquella escena, el juglar permaneció constantemente apartado de la concurrencia. A muchos pies de distancia de su alrededor, no habia un solo individuo sin esceptuar un compadre. »

La escena de juglares que presenciara, verificábase á costa distancia de la principal pagoda de Pondichery, la que fuí á visitar. En la avenida permanecia debajo de un árbol un *fakir*, sucio y diforme mendigo, que, apesar del cumplimiento de una espiacion votiva, no podia olvidar el cuidado de su colecta (Pl. XIV — 3). Llegado ante la pagoda, ví un monumento de arquitectura maciza, construído de una piedra dura semejante al granito (Pl. XIV — 1). La fachada estaba adornada de algunas esculturas, entre las cuales se hallaba la representacion de una fiesta en la que se adelantaba procesionalmente un buey escoltado de músicos y de bayaderas. En una sala interior del templo percibí por primera vez algunas de

esas mujeres llamadas por los Indos *devedassis* ó *devalliales*, es decir, en sanscrito, sacerdotisas de la divinidad. El nombre de bayaderas que nos ha llegado á Europa con tal perfume de gracia y de placer, se deriva de la palabra portuguesa *balleideras* ó danzantes que les dieron los primeros Portugueses. Las poéticas ecsajeraciones de Raynal dieron á estas mujeres, á fines del último siglo, una reputacion que las modernas relaciones apenas han podido borrar. En vez de aquellas criaturas encantadoras que el grave abate describe tan minuciosamente, solo ofrece la casta de las bayaderas, comparadas con las matronas encanecidas en el servicio de los sacerdotes, bellezas precozmente marchitadas. Esa danza tan lasciva, esos pasos tan provocadores redúcense casi enteramente á jestos forzados, contorsiones y movimientos destituídos de gracia.

Las *devedassis* ó bayaderas son estraídas de todas las castas, á escepcion de la de los parias. Esta vocacion es algunas veces obligatoria, pero otras veces es facultativa. Una jóven destinada al estado de bayadera debe dedicarse antes de ser núbil al servicio del templo, donde es ecsaminada y analizada; obsérvase si su talle es bien formado, su semblante agraciado, su constitucion sana; en seguida se la coloca entre sus compañeras que la bañan en el estanque de la pagoda, la cubren con vestidos nuevos y la adornan con alhajas. Arreglada en estos términos, va á casa del gran sacerdote, que la sujeta á algunas formalidades de iniciacion y la marca en seguida con un hierro ardiente del zello del templo, al cual pertenece para lo sucesivo. Entonces es ya bayadera. Aprende á leer, escribir, cantar y sobre todo bailar. Para los neófitos se ha resumido una especie de curso de carantoñas, una coleccion de los secretos del tocador. Todo esto lo aprende la bayadera para seducir, para agradar, porque es su oficio, porque es preciso que agrade, en primer lugar, á los bracmanes, sus poseedores de derecho, y despues al público, al cual venderá sus favores en provecho de los bracmanes. Cuando baile en presencia del ídolo medio desnuda, con ese traje prendido en las nalgas por medio de un cinto de plata, con ese largo taparabo listado, tan transparente que ninguna forma se sustrae á la vista, con esos largos pendientes, esos cascabeles de plata y oro que marcan la cadencia, esa profusion de sortijas, bucles, botones y sonoras campanillas; cuando manifieste al rico Indo esos contornos frescos aun, con cierto fuego en sus miradas y cierto abandono en su actitud: será preciso que la lujuria hable al mas avaro, y que la pagoda saque su diezmo sobre las gracias de sus sacerdotisas. Así lo quieren los dioses, así lo quieren los bracmanes, y así lo quieren las bayaderas aun mas que los dioses y los bracmanes.

La danza de las bayaderas se compone de figuras en las que saltan cara á cara: una música monótona de instrumentos de viento, acompañados de cajas y címbalos, arregla la medida de su paso. En las pagodas las bayaderas entonan, con lentos y lúgubres acentos, las alabanzas y encarnaciones de Wichnou.

Entre estas mujeres, hay algunas dedicadas esclusivamente al servicio de los templos, pero otras muchas se hallan libres y pueden ejercer fuera de su recinto. El rico Indo no da fiesta alguna sin tener algunas bayaderas que comunmente paga á muy alto precio: cantatrices ó bailarinas, todas se encuentran allá para distraer á los convidados.

Fácilmente puede concebirse que con una vida tan disoluta las bayaderas desfloran en breve sus gracias y su juventud. En efecto, á los diez y ocho ó veinte años empieza ya para ellas una senectud precoz, en cuyo caso son despedidas por los sacerdotes, vuelven á entrar en sus castas, y se enlazan en himeneo sin que para ello oponga el menor obstáculo su ecsistencia anterior.

Casi todas viejas y serias, las bayaderas de la pagoda de Pondichery estaban ocupadas en lavar los ropajes de los sacerdotes en el patio interior donde habia la fuente. En este límite empezaba el segundo recinto cuyo acceso no era permitido al profano; mi guia me detuvo en el momento en que yo iba á penetrar en él, y aun actualmente no tendria conocimiento alguno de lo que contiene, si M. Laplace no hubiese tenido mas osadía que yo. « El segundo recinto es vasto y cuadrado; la galería de piedra que lo circunda interiormente está respaldada por un muro espeso y sostenida del otro lado por una serie de columnas. Debajo de ella vímos un gran número de altares en los cuales figuraban pequeños ídolos de piedra, muy tiesos, esculpidos groseramente y colocados de un modo caprichoso. El primer objeto que se presentó á mi vista consistió en una columna de unos treinta pies de altura, pintada de diversos colores; en su cumbre habia una viga puesta al sesgo cual horca, que sostenia en cada una de sus estremidades gruesas bolas encarnadas; detras de la columna y siempre en medio del patio, en frente de la entrada, ví una especie de templete, construído de enormes piedras recortadas cubiertas de esculturas que representaban varios animales de caprichosas formas. Entre las cuatro columnas que sostenian una cúpula puntiaguda, superada de una bola, habia la imájen de un buey de natural corpulencia sacada de un solo trozo

de piedra grís y perfectamente esculpida; el animal permanecia en pie, colocado sobre un pedestal, con la cabeza inclinada hácia el fondo del recinto por el lado de la puerta estrecha y baja de un monumento. Entré en una sala cuyas paredes estaban cubiertas de pinturas groseras que representaban ídolos; en frente de ellos ardia en lámparas ferreas el aceite que esparcia un olor infecto; el piso estaba sembrado de follaje ofrecido probablemente por los fieles; mas como no se habian quitado aun las ofrendas de los dias anteriores salian de esta aglomeracion de basura ecsalaciones verdaderamente metíficas. En el fondo habian otro aposento igualmente sin otra abertura que la puerta; aprocsiméme y pude entrever un ídolo de figura terrorífica, chafarrinado de encarnado y grasa; la multitud de las lámparas que ardian en frente de él, aumentaba la horrible hediondez que ecsalaba aquel antro, pero en esta ocasion me ví rodeado de sacerdotes muy malcontentos, por haberme yo atrevido á penetrar tan lejos. Prudentemente emprendí mi retirada y, obligado á abandonar aquel recinto, sentí mucho no haber podido visitar los monumentos singulares que columbré en el fondo.»

Esta pagoda de Pondichery, cuyo esterior ofrecia algunos curiosos pormenores, no podia sin embargo compararse á las maravillas de esta clase que me aguardaban en mi peregrinacion indiana. Los mismos contornos de la factoría francesa poseian templos muy bellos, ricos y de una antiguedad incontestable. Tales eran las pagodas de Wilnour y de Trikiwaret.

En el decurso de mi breve permanencia en Pondichery, fiesta alguna relijiosa me ofreció sus episodios tan estraños y tan característicos. Mas feliz, M. Laplace, que llegó dos meses despues, tuvo proporcion para seguir en sus dias de pompa y de aparato los tres cultos que viven en este punto con visos de buena armonía y de tolerancia. Harto ostentoso es el incidente para omitido.

«Asistimos á tres fiestas, dice el comandante: á la *del fuego*, celebrada por los Indos, al *Aniversario fúnebre de un gran santo mahometano*, y en fin al *Corpus Cristi* de los cristianos. En aquel país las distracciones son necesarias y buscadas con furor; la tolerancia relijiosa es tan lata que los moradores, cualquiera que sea su relijion, no tienen escrúpulo alguno en dejar sus faenas y abandonarse al placer en honor de la *cruz* ó del *creciente*, ó por fin del *lingam* de Brahma.

«La *fiesta del fuego* me pareció mas bien una ocasion de paseo que una ceremonia relijiosa. En el arenoso llano que se halla á lo largo de la costa por la parte septentrional de la ciudad, encontré por la tarde una muchedumbre de Indios que nuestras palanquetas solo pudieron atravesar con mucha dificultad; aquellos semblantes tan humildes, aquellas fisonomías tan tiernas por la mañana, habíanse revestido de cierto aire de jovialidad y contento que no pudo menos de escitar mi sorpresa. El silencio que observara en las aldeas habia sido reemplazado por un ruído confuso, que ensordecia cuando el ronco son y discordantes acentos de los instrumentos indios y las aclamaciones de la multitud anunciaron la llegada de la procesion, conducida por los bracmanes y compuesta de devotos que debian espiar sus pecados por la prueba del fuego. En un terreno bastante unido, tendiérase una capa de lijeros fogotes que cubrian un trecho de unos treinta pies de lonjitud sobre la mitad de anchura. Mucho tiempo antes que se presentasen los pacientes se habia ya consumido el fuego y la leña; sin embargo los carbones estaban todavía semi-incandescentes, y, no obstante una rápida carrera, dudo mucho que aquellas pobres víctimas del fanatismo, ó aquellos cómplices de la bribonería de los bracmanes hubiesen podido impunemente pasar por las ascuas, como verificaron á mi presencia, si de antemano no fueran unjidos sus pies con una preparacion, ó quizas endurecidos por la habitud que tienen los Indos de ir siempre descalzos. Presentáronse sobre unos cuarenta: algunos, intimidados abandonaron la fiesta y sufrieron la mengua de los silvidos de la multitud; otros, animados sin duda por las jenerales aclamaciones, se sujetaron á la prueba con aire resuelto y fueron recibidos al estremo del brasero por sus parientes y amigos. En el decurso de la pequeña carrera y aun despues de ella, los pacientes no manifestaban dolor alguno y marchaban con facilidad, de donde colejí que habria seguramente alguna tramoya oculta á los ojos de aquel buen pueblo. Por lo demas este estuvo muy jovial, y parecia concurrir mas bien á un espectáculo dado para su recreo, que á una ceremonia relijiosa destinada á despertar su zelo y á edificarle.

«Eran las nueve de la noche cuando fuímos á ver la fiesta del gran santo musulman: jamas podré describir el espectáculo con las circunstancias tan estraordinarias como se presentaron á mi vista. Sombrío estaba el cielo; numerosos relámpagos testificaban la intensidad del calor que reinara en aquel dia; nuestras palanquetas se detuvieron en una de las grandes avenidas orilladas de aldeas, y fuerza me es confesar que por de pronto me creí llegado al infierno. Encontrámonos en medio de una muchedumbre de hombres con antorchas y rescaldos llenos de estopas imprecnadas de aceite de coco, cuya luz amarillenta y ajitada por las

contorsiones de los portadores les comunicaba cierto aire de verdaderos demonios.

« Solo con mucha dificultad y con riesgo de ser veinte veces asfisiados, llegámos á la capilla del santo: pequeño monumento de piedras labradas, sin otra abertura que una puerta estrecha y baja, condenada para todo el resto del año antes y despues de la ceremonia. Al través del denso humo causado por una docena de sucias lámparas que iluminaban aquel breve recinto, única pieza del edificio, vislumbré una especie de catafalco situado en el suelo y cubierto de un mal tapiz, cuya antiguedad constituía todo su precio. Ofreciónos el sacerdote pequeños pedazos inflamados de una madera odorífera, cuyo socorro creo que sintió fuese absolutamente necesario; cada concurrente recibió tambien de sus manos una cadena de flores blancas y encarnadas que fué forzoso colocar en torno del cuello: mas esta atencion fué recompensada con la gran satisfaccion del morabito. Por fin llevámos á cabo nuestra visita con la mayor prontitud posible, con objeto de ir á ver los detalles de la procesion que se preparaba á algunos pasos de la capilla.

« La pieza principal era de vidrio y de papel pintado de diversos colores; la parte inferior ofrecia la forma de un cuadrado de cuatro pies sobre tres de altura; sostenia una cúpula dos veces mas elevada, cuyo movimiento continuo de rotacion, comunicado por un hombre que se hallaba oculto en el interior, era del todo independiente. Un gran número de caprichosos adornos, brillantes y dispuestos con simetría, cubrian la máquina iluminada por diez filas de bujías desde su base hasta el cúspide, superado de un hogar de do escapábase esplendorosa luz. Todo el edificio, iluminado de esta suerte, ofrecia un golpe de vista tan agradable como singular: descansaba sobre enorme camilla en cuyo derredor se hallaban colocados veinte robustos portadores.

«Detrás del *sandana* colono (que tal es el nombre indio de la máquina iluminada), encontrábase un carruaje arrastrado por un par de bueyes, que llevaba una enorme caja de guerra tocada sin cesar por dos hombres. Al frente de la comitiva iba un morabito de venerable aspecto, vestido de blanco, con la cabeza cubierta de un ancho turbante del propio color, teniendo á sus lados dos hombres con banderas sobre las cuales se distinguian signos particulares; articulaba con escesiva calma su oracion en alta voz, sin que el estruendo y las contorsiones de un juglar, armado con un sable con el cual daba terribles vueltas, ni la batahola de otros muchos actores tocando cajas, al parecer le estorbasen. Empero su gravedad tuvo que sufrir mas fuerte prueba, cuando la procesion emprendió la marcha, puesto que entonces empezó una espantosa mojiganga; el mujido de las cornetas de escesivo tamaño, los gritos agudos de las flautas, el redoble de las gruesas cajas, en fin el ronco son de las trompetas encorvadas, instrumentos que se ven representados en los cuadros de las batallas de Alejandro; causaron una batahola á la cual nuestros oídos no pudieron resistir. Huímos apresuradamente, cegados por el humo y rechazados por la fetidez que ecsalaba la muchedumbre, cuyo estruendo á las cinco de la mañana me perseguia aun en mi lecho. Nada puede darse mas inofensivo que la alegría de los Indios; nunca hay entre ellos pendencia alguna, y como los parias son escluídos de todas las fiestas, el hombre embriagado seria ciertamente una monstruosidad horrible en medio de aquella poblacion que se abstiene de vino y de licores fuertes con relijiosa severidad.

« Acercábase sin embargo la fiesta del Corpus, y en toda la ciudad se hacian ya los preparativos para los..... El calor hiciera aguardar que se verificase la procesion hasta las seis de la tarde; yo asistí á ella acompañado del estado mayor de *la Favorita*. Las banderas, las imájenes y especialmente los ánjeles, los santos y las santas, representados por pequeños niños cuyos semblantes encantadores podian apenas hacer cerrar los ojos sobre el ridículo de sus movimientos, no se habian olvidado. Veía yo á la poblacion indiana aglomerada sobre nuestro paso, sonreir de piedad á todas aquellas imitaciones que el brillo no podia ocultar á sus ojos. Yo volví los mios hácia las señoras que acompañaban la procesion con un aire poco devoto á la verdad; observé muchas lindas mujeres con sus vivaces ojos y fisonomía espiritual, pero en jeneral eran pálidas y vestidas con poco gusto.

« En esta circunstancia tuve ocasion propicia para ver el séquito del gobernador en las grandes ceremonias, y aunque solo fuese un recuerdo muy débil de la pompa imponente que circundaba á la primera autoridad de Pondichery en tiempo del poderío francés en la península, no está sin embargo destituído de cierta dignidad. Ocho Indos, vestidos de blanco, pantalon y turbante encarnados, con un tahalí azul, ecsornado con las armas de la Francia de plata, abren la marcha en dos filas. Estos Indos son llamados peones, traen las órdenes del gobernador, y su persona es sagrada. Tras ellos vienen ocho Musulmanes vestidos de la propia suerte, con sus correspondientes mostachos, traen prolongadas cañas de plata superadas de una manzana: llega despues la palanqueta del gobernador, seguida

de las de las autoridades de la colonia, y acompañada igualmente de numerosa servidumbre.

« En medio de poblacion tan pacífica y de costumbres tan dulces, son inútiles las guardias armadas; así que, toda la policía de la ciudad y de sus alrededores se reduce sin trabajo alguno á una sola compañía de Cipayos indios que componen toda la guarnicion.

« Cuando al anochecer entra el gobernador á su casa de regreso, todos sus guardias forman como un seto, inclinan la cabeza hasta el suelo, estienden la mano derecha sobre el pecho y articulan juntamente una serie de palabras en idioma indo. Los aduladores han pretendido que significaban, segun el uso que observaban los pueblos del Asia para con sus soberanos, cumplimientos ecsajerados, tales como *vencedores de leones*, *destructores de tigres* y otros títulos tan modestos; pero todo se limita, segun parece, á algunos votos para la noche y el dia siguiente. »

Divídese Pondichery en ciudad blanca y ciudad negra. La primera se estiende á orillas del mar; la segunda, limitada por un vasto foso, se prolonga hácia atras hasta el terraplen. La poblacion jeneral de ambas ciudades, sin comprender su bstro de aldeas, asciende aun actualmente á cuarenta mil almas, y va aumentando todos los dias. Las calles no empedradas están cuajadas de arena. Hácia el mediodía es muy incómodo el recorrerlas, á causa de la reverberacion que fatiga la vista por sus reflejos. Las casas de la ciudad Blanca son espaciosas, ventiladas, elegantes, adornadas todas de columnas de estuco blanco tan hermoso como el mármol mismo. La superficie de las paredes interiores están untadas deese estuco que las mantiene siempre brillantes y aseadas. Este estuco se compone de cal, clara de huevo y azúcar, y se necesita por cierto toda la paciencia india para aplicarlo en el grado conveniente. Llegado á este punto da á las paredes el brillo del albatro y la tersura de un espejo. Las casas de la ciudad negra están apiñadas por islas tiradas á cordel: cada una de esas islas sirve para alojar una casta.

Los muebles de las habitaciones europeas se componen allá, como en todas las colonias del Océano Indio, de sillas, canapés y camas procedentes de China y construídos de bambú y de junquillo. Cada casa tiene su correspondiente terrado. En la ciudad Blanca se notan algunos monumentos de utilidad pública: mercados cubiertos donde afluyen los indios y almacenes donde se aglomera una reserva de arroz para los años de carestía testifican la solicitud de las autoridades europeas en favor de las poblaciones indias. En jeneral, los víveres son abundantes y no muy caros en Pondichery, pero su calidad es inferior y su número muy limitado. La carne, de la que se abstienen todos los naturales, justifica por su calidad el horror que muestran por ella. Lo volatería es pequeña y flaca, los frutos son saludables y sabrosos, los legumbres escelentes.

La sociedad europea de Pondichery se reduciria á algunas cabezas solamente si se designasen bajo este nombre las solas familias cuya sangre no se ha mezclado con las razas indíjenas. En los primeros tiempos de la colonizacion, con sus mujeres todas de oríjen francés, Pondichery era citada en la India como una residencia privilejiada bajo este aspecto. Los ricos Ingleses, los Holandeses, los Portugueses venian de las factorías vecinas para participar de los placeres de esta ciudad. Habia en ella relaciones establecidas bajo un pie de etiqueta ignorado en otras partes; habíanse connaturalizado el gusto y el buen tono de Europa. No reinaba ya la seriedad de los apostaderos británicos, ni el flemático desmadejamiento de las colonias holandesas: la jovialidad francesa, esta calidad tan feliz y tan tenaz, que resiste á todos los climas y á todas las influencias de las cercanías, este amor á las distracciones, á las fiestas, al bullicio que nos sigue á ultramar, esta necesidad de entablar conversaciones, este trueque de visitas, todo esto trasplantado en Pondichery habia echado raíces en aquel nuevo suelo. Empero la decadencia sucedió á los sucesivos desastres, y la pérdida de las tradiciones de la alta compañía á la desparicion de las mas ricas casas. Únicamente quedaron en pie los matices reflejados sobre las familias menos acomodadas y sobre la sociedad mista procedente de varias alianzas entre Europeos y mujeres del país. Sobre veinte casas de Pondichery, hay actualmente diez y nueve de esta raza mista. Las jóvenes de oríjen puramente francés son buscadas en himeneo por las autoridades y los ricos negociantes de Madras, y cada dia va decreciendo su número. El resto forma lo que por un abuso de palabras se llama la parte portuguesa de la poblacion procedente de una mezcla de sangre europea é indíjena, la cual puede reconocerse con facilidad por su bronceado tinte, por su tipo misto y por sus formas poco elegantes. La mayor parte de esas mujeres mestizas tienen el talle grueso y cuadrado, la fisonomía poco graciosa, y afectan llevar encima todo lo que poseen de chucherías y adornos de oro y de plata. Las mismas son ó las queridas de los blancos ó las mujeres de los mulatos y de los Armenios. Lo que mas descuella entre ellas consiste en la costumbre de untar sus cabellos con aceite de coco, insoportable al olfato cuando es algo rancio, y aun mas el uso del

betel, comun á los Indios de ambos secsos. La hoja del betel, especie de pimiento, tiene la misma forma del moral y á corta diferencia el tejido de la yedra, terso y de un verde muy subido. Su perfume es fuerte y aromático, su gusto áspero y violento; así que, para poder mascarlo, los Indos le hacen sufrir una preparacion en la que entran un poco de cal y algunas nueces de arec. Esta especie de mascada tiene por resultado el hacer salivar prodijiosamente, lo cual obliga á tener algunos escupideros en todos los puntos de las casas y aun sobre las mismas mesas. Esta cal descarna los dientes y los corroe, al paso que el arec, dotado de una gran propiedad tintorial, da á las encías un color rojizo. Nada puede darse mas feo y repugnante que una boca devastada por el betel.

Diez y seis años de paz no habian sido aun suficientes para elevar á Pondichery, en el momento en que lo ví, al estado en que se hallaban, bajo el aspecto comercial, las factorías rivales y vecinas. Bien que su rada era la mas segura de la costa de Coromandel, y no obstante la presencia de un gobernador jeneral de todas nuestras posesiones asiáticas; todavía no era mas que un punto de muy mediana importancia cuyo tráfico consistia en el trueque de un corto número de telas fabricadas contra los desperdicios de los cargamentos europeos Habíase organizado un tráfico de contrabando poco tiempo hacia, sobre la sal cuyo monopolio se ha atribuído la compañía inglesa de las Indias; pero algunas reclamaciones del gabinete de San James han bastado para hacer impedir á nuestros colonos este ramo de especulacion. Por lo demas, esta medida no debe ser tomada por un incidente aislado, antes deriva de un sistema jeneral que se remonta á 1814. La misma idea que nos ha valido Borbon destituído de rada, nos ha hecho entrar igualmente de nuevo en los apostaderos de Pondichery, de Yanaon, de Karikal, de Mabé, desheredados de todo comercio. Entraba en la política de Castlereagh que nuestra marina militar careciese de un solo punto de estacion en la India, y que nuestros buques mercantes no tuviesen en ella un solo mercado floreciente. Era una esclusion completa disfrazada bajo una apariencia de concesiones, mas bien ruinosas que útiles. Así que, siempre que el azar ó la industria reñícola desmientan las previsiones rivales, habrá de parte de la compañía inglesa hostilidad á toda emancipacion, habrá reclamaciones urjentes, obstáculos diplomáticos, astucia y violencia si es preciso, para anular los resultados que pudiesen perjudicar á sus miras de absolutismo comercial. En efecto, la India es para aquel cuerpo ávido una hacienda á su disposicion. La Compañía ha fundado en ella una potencia que la metrópoli misma será tal vez impotente para derrocar, cuando el progreso de las ideas le infunda el deseo de verificarlo.

Las telas ó guineas que se fabrican en Pondichery se venden por trozos de veinte piezas. Los demas tejidos consisten en pañuelos de viñetas, beatillas, bombasís y cambayes ordinarias para las Manilas. Entre las monedas que están en uso se cuentan las pagodas de la estrella, las rupias, los fanons y los casches.

Una semana habia transcurrido desde mi llegada á Pondichery, y ya tuviera tiempo suficiente para compilar todo lo mas notable que ofrecia nuestra pobre factoría. Fijé mi partida á 3 de mayo de 1830, por mas sensible que fuese á mi daubachi, y me decidí á ir por tierra de Pondichery á Madras. Una palanqueta de viaje, un juego de *boès* ó portadores telingas, un pasaporte en tres lenguas para cerrar la boca á los *peones*, jendarmes del Karnatic; tales fueron los últimos cuidados de mi intendente. Bien que no le dí considerables beneficios, á todo proveyó, y todo lo organizó con admirable zelo. Cuando me hallé al punto de salir de la ciudad, toda mi casa se alineó en mi derrotero; mi daubachi al frente, mi peon, mi cocinero, mi mastarji ó ayudante de cocinero, mi maenate ó lavandero, en seguida los Tanigarchis ó Totis, parias dedicados á los servicios impuros. A cada uno de estos individuos dí un mes de paga, esto es, un total de sesenta francos.

Partieron mis boès prorumpiendo en su grito lamentable, y yo, muellemente tendido con la cabeza apoyada sobre un almohada elástica, podia leer, fumar ó dormir á mi guisa. La jornada ordinaria de una palanqueta de viaje varía de doce á quince leguas. Los boès hacen á poca diferencia dos leguas por hora, mas bien corren que caminan, y se reemplazan sin que por eso la palanqueta tenga que detenerse un momento. El camino de Pondichery á Madras corre á poca distancia del mar, al pie de las montañas de Gates. Por el lado de Gingi, á siete leguas de Pondichery, se ve la cadena de Trikiwaret, notable por sus petrificaciones. Toda esta costa, bien observada por Sonnerat, está habitada por los Tamouls, cuyo nombre hemos alterado por el de Malabares.

Estos pueblos son negros, bastante altos y bien formados, pero taciturnos y cobardes. Su humor llega hasta la jovialidad; son inclinados al juego, la música y el baile. Sobrios, solo viven de arroz, legumbres, yerbas y frutos. La práctica hijiénica de los jimnosofistas ha sido formulada en este país por los bracmanes en artículos de fé. Igualmente está prohibido á los naturales el uso de los licores fuertes. Su traje en las aldeas del interior difiere muy poco del

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1. Débarquement à Madras.

1. Desembarco en Madrás

3. Parias bateliers.

3. Parias barqueros

de Jainson del.

VOYAGE
VIAJE

de las costas; una pieza de tela que parte de los lomos para caer sobre las rodillas, otro taparabo con que se cubren, y un turbante de muselina, constituyen el vestido mas comun en la comarca. Otras veces los Malabares se visten como los Mogoles, con la sola diferencia que las piezas de los primeros se cruzan por el lado izquierdo, y las de los segundos por el lado derecho. Cuando no van con los pies desnudos, los Malabares traen sandalias ó pantuflos con punta encorvada. Sus orejas están cargadas de anillos de oro. Por lo que hace á las mujeres, neglijentes por lo comun, las de la clase media se cubren con un taparabo, y las de elevada alcurnia con ropas del Tibet. «La mayor parte de esas mujeres, dice Sonnerat, traen en cada brazo, en cada torillo, de diez á doce anillos de oro, de plata, de marfil ó de coral, juegan en la pierna y producen, cuando caminan, un ruído que les gusta mucho; sus dedos así de las manos como de los pies, son ordinariamente guarnecidos de gruesas sortijas; dan un tinte negro al contorno de los ojos para hacer resaltar mas su vivacidad, y asimismo tiñen de encarnado la palma de la mano y la planta de los pies con la infusion de las hojas del *mindi*, henneh de los Árabes (*Lawsonia*).... En ciertas castas las mujeres se frotan la cara y el cuerpo con azafran; en el estómago les penden collares de oro y de plata; sus orejas son agujereadas en muchos puntos y cargadas de joyería, y gustan tanto de esas bagatelas, que hasta se atan algunas en las ventanas de la nariz. Las viudas dejan sus joyas y solo traen una tela blanca al rededor del cuerpo, y con uno de sus cabos que pasa de derecha á izquierda se cubren el seno, lo pasan sobre la cabeza y cae sobre el hombro derecho.»

Tales eran los pueblos entre los cuales viajaba. En el decurso de la jornada mis boès hicieron muchos altos en las chauderias mas bien provistas y mas frecuentadas. Cerca de ellas encontrábamos siempre una tienda donde se nos vendia arroz y legumbres. Una de las chauderias mas notables es la de Candapa, á una legua y media de Pondichery. Toda la costa hasta Madras está sembrada de habitaciones malabaras que asoman entre manojos de cocoteros, palmeras, tamarindos y bambúes. Algunos torrentes, que descienden de la cordillera de Gates, cortan el camino á cada paso.

Aquella misma tarde llegámos á Sadras, pequeña factoría sobre la que derramara tan abundosas lágrimas el Holandés Haafner. Los Ingleses de Madras volaron el fuerte en 1781. Actualmente solo consiste en una grande aldea, pues los comerciantes malabares han llevado su industria á Madras. A corta distancia de Sadras encuéntrase el sitio llamado las *Siete Pagodas*, algunas de las cuales se hallan en la actualidad en medio del mar. Estas ruinas se ven en Mahabalipouram, en el dia aldea desierta, pero que parece haber sido una gran ciudad, abismada por un cataclismo ó sumerjida gradualmente. En 1776 veíase en ella una pagoda construída de bricas, cuyo solo cúspide con su flecha de cobre dorado asomaba sobre el nivel de las aguas. En la actualidad se distinguen todavía muchos escombros de templos cuyo órden no tiene nada comun con el estilo indo, aun el conocido mas antiguamente. Entre los arqueólogos, unos pretenden ver en ellos el resultado de una colonizacion estranjera, otros la prueba de una civilizacion indiana, anterior á aquella cuyos vestijios subsisten en cualquiera otra parte. Sea como fuere, la arquitectura de las Siete Pagodas es un admirable mescolanza de estilo adornado y estilo sencillo. En el lado opuesto de la montaña que domina Mahabalipouram se ven otros monumentos no menos característicos, á saber, escavaciones en el granito con paredes interiores cargadas de esculturas mitolójicas como las de Elora, en cuyos bajos relieves el traje de las mujeres y de los hombres, los anillos, los pendientes, todo, hasta la forma de los vasos coincide con los mismos objetos actualmente en uso en la costa de Malabar. A mayor distancia ecsisten otros templos con esculturas y estatuas de hombres, elefantes, toros: en uno de aquellos edificios se encuentra la estatua colosal de Ganesa. Bien que de la mas remota antiguedad, estos vestijios se hallan todavía en un estado perfecto de conservacion.

Desde Sadras á Madras media una distancia de quince leguas, la cual recorrí en el espacio de trece horas, atravesando sucesivamente las bellas aldeas de Tripatour, Tirupolour y Trivantour en medio de pagodas magníficas y sobervias chauderias.

CAPÍTULO XV.

POSESIONES INGLESAS. — MADRAS.

Al aprocsimarme á Madras desarrollóse á mi presencia una playa batida por el mar, que en uno de sus recodos formaba la rada de Madras, rada foranea y menos abrigada aun que la de Pondichery (Pl. XV — 1). Del propio modo que en este último apostadero, veíanse unas chelingas pasar la barra y otras encalladas en la orilla. A lo lejos se dibujaban ya los altos balcones ó verandas de la ciudad, las algamasas ó terrados, la torre del muelle, el campanario puntiagudo del templo y el elevado mástil que llevaba en su punta el pabellon británico. A medida que adelantaba, reconocia á poca diferencia la misma poblacion que la que aban-

donara últimamente, plebeyas llevando unas calabazas ó sacos, otras sus alimentos (Pl. XV — 2); á mayor distancia parias ó maquois que son sucesivamente canoteros, pescadores, conductores de chelingas y catimarones (Pl. XV — 3).

La ciudad de Madras comienza de hecho en Santo Tomas, ciudad sucesivamente portuguesa, inda, francesa y en fin inglesa. Sin embargo, la mayor parte de la poblacion se compone de descendientes mezclados de Portugueses, llamados *Topas*, y que podrian confundirse con los Malabares, á no ser su traje europeo. Profesan una relijion católica tan alterada como su sangre, y se envanecen por tener un obispo que se les manda de Goa. Este último funcionario eclesiástico no es siempre europeo, y Grandpré halló en 1789 un negro obispo de Santo Tomas, que habia introducido en el culto católico todas las monadas de la idolatría indiana. El oficial francés vió en Santo Tomas, durante la semana santa, representar en la iglesia la trajedia de la muerte de Jesucristo y del descenso de la cruz. Unos hombres en traje turco iban por medio de prolongadas escalas á descender un cadáver bien esculpido, cuyas articulaciones eran como las de las rodillas, lo que les hacia mover de suerte que la ilusion era completa. Acompañábanlo en seguida los negros al sepulcro con el mismo ruido, los mismos instrumentos de que se sirven los Indios en sus pagodas. Quizas sean estas ceremonias un medio de predicacion mas eficaz que los otros, puesto que Santo Tomas cuenta una muchedumbre de parias convertidos al cristianismo: los sacerdotes católicos no perdonan medio para la propaganda. Por lo demas, rivalizan en zelo con un colejio protestante que envia tambien sus misioneros á la India. Una sociedad de misiones, cuya residencia está en Lóndres, recoje y testifica diariamente los sucesos de sus predicadores. Algun tiempo despues tuve proporcion de ver uno en Madras, tal fué el reverendo Rhenio que acababa de verificar en los reinos circumvecinos un largo paseo apostólico. Era verdaderamente un hombre de fé sincera, convencido de la importancia de su mision y cuyos pensamientos tenian todos por objeto el proselitismo. Acababa de conquistar á Dios y á Lutero un pueblo que habitaba los alrededores de Kallastri, al N. de Madras. Aquellos idólatras daban culto á Kannappen (Pl. XV — 4), simple cazador malabaro que acostumbraba deponer todos los dias el producto de su caza á las plantas de la estatua de Chiva, y al que los curas habian sin duda deificado, á fin de que el buen ejemplo no cayera en perpetuo olvido.

Llegado al centro de Madras, cesó en mí toda idea de comparacion con Pondichery, pues era una ciudad de cerca quinientas mil almas, la segunda presidencia de la India, rica por sus manufacturas y por su tráfico marítimo. Híceme conducir á una casa para la cual se me habia recomendado en Pondichery, y en donde debia encontrar una hospitalidad franca, bien que retribuída. Esta casa estaba gobernada por una señora inglesa, viuda de un oficial muerto al servicio civil de la Compañía de las Indias. En ella encontré una sociedad de tono escelente, aunque frio, y yo fuí el objeto de la mas viva consideracion y de estos cumplidos de detalle que los Ingleses entienden mejor que nosotros. Aquella misma noche adquirí en la mesa la amistad de un jóven criollo de Calcuta, hijo de millonario llegado de Europa hacia un mes, y que debia partir de nuevo para Bengala dentro pocos dias. Leal, afable, lleno de saber y espíritu, M. Wilmot me convino y yo le convine igualmente. Al amanecer del dia siguiente llamaba á la puerta de mi cuarto, muy feliz, decia, por ser mi guia en país inglés. Salimos para ir al muelle que se prolonga por espacio de una media legua con una magnífica hilera de casas y edificios, entre los cuales se ven el palacio de la aduana y el arsenal de la marina, vastas é imponentes construcciones. Mecíanse muellemente á lo lejos en la rada millares de embarcaciones de toda clase de formas y toneladas. Calmada estaba la mar, y un prolongado cordon de espuma marcaba la barra del atracadero. « Qué punto de vista tan hermoso! dije á mi nuevo amigo. — Oh! caballero, no siempre ofrece el mismo aspecto. Hace ya algunos años que me encontraba yo en Madras á mediados de octubre, en la época de la mudanza del monzon. Abrasada estaba la atmósfera, y era el calor sufocante. Ni el mas pequeño soplo daba movimiento al aire, y sin embargo aparecieran en el N. E. algunos nublos al parecer como rasgados. Ascendia sobre las aguas una niebla que se condensaba gradualmente, bien que sin poder vencer la masa de los rayos solares que pesaban sobre ella. Por la tarde los nublos y la niebla adquirieron la preponderancia, ocultóse el sol tras un lienzo encarnado y negro, acrecentábanse los nublosos grupos y lanzaban un sordo retumbo al parecer como preludio y amenaza. Entonces fué cuando empezaron el viento y la lluvia, al principio por ráfagas intermitentes y en seguida con la violencia mas sostenida. Los troncos de esos cocoteros que veis tan tiesos y altivos, formaban puntualmente arcos de puente, describiendo una comba de tal naturaleza que sus hojas cubrian el suelo. La arena de la playa, levantada al principio por montones, fué fijada por la lluvia y por la lama, formando una masa inmóvil y compacta. Los rayos sulcaban el cielo en

2. Femmes du peuple.

2 Mujeres del pueblo

4. Idole Kannappen.

4. Idolo Kanapen

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

toda su estension con matices de encarnado mas ó menos vivo, y el rimbombo de los truenos encontraban ecos tan enérjicos que producian en los oídos un doloroso retintin. La marea que sobrevino arrojó en la playa moles de agua férvida lanzándolas á muchos centenares de metros de la orilla. Durante la borrasca, los peces — qué risa! — sí señor, los peces venian á visitarnos en los tejados de Madras. Yo mismo encontré dos de ellos de unos tres pies de lonjitud, transportados allí sin duda por alguna ráfaga de viento y de agua. No es esto aun lo mas precioso: los insectos de cien especies que viven en estos cálidos climas, salian todos de sus retiros como amedrentados por aquella gran convulsion de la naturaleza; el agua que los ahogaba, el estruendo, la conmocion llevaban á las casas hormigas, lagartos, escorpiones, cancrelats, myriapodes y aun serpientes, todos los cuales se hallaban dueños de nuestros cuartos mas que nosotros.»

Esta narracion no podia ciertamente inspirar el deseo de morar en Madras durante el monzon del N. E. que reina desde octubre hasta diciembre, en cuyo tiempo no puede permanecerse en la rada, cuyo fondo es ademas menos seguro á causa de los centenares de áncoras que en ella se han perdido. Para advertir á los bastimentos procedentes de alta mar, se iza, en aquella época, lo que se llama *el pabellon del mal tiempo*, y mientras permanece desplegado, cesa toda comunicacion con la tierra. Los catimarones y los massulis son los únicos que osan aventurarse en la rada.

Desde el muelle fuímos al fuerte San Jorje, de una vasta estension y bastante bien fortificado. Levantado en diferentes épocas, es de una grande irregularidad, no en cuanto al polígono, sino con respecto á los frontis casi todos diferentes unos de otros. Algunos bastiones tienen flancos retirados, otros no: los flancos de los del N. son casamatas. Todas las fortificaciones están revestidas de ladrillos, el camino cubierto es palizado, las plazas de armas son espaciosas. El lado de tierra solo tiene una simple muralla y un foso. Antiguamente la ciudad blanca estaba contenida en el recinto del fuerte y en ella se veían las casas y almacenes de la Compañía, los alojamientos del gobernador y las factorías de los comerciantes europeos. Empero, desde que se ha consolidado en la India la supremacía británica, todas estas clases se han considerado en sobrada estrechez permaneciendo en la linea fortificada. El calor producido por la reverberacion, el polvo, y demas, han parecido insoportables á una poblacion que la fortuna hiciera mas difícil. Las factorías y las cajas de pago han conservado su domicilio en el fuerte, mas fuera de los muros, los criollos han hecho construir vastas y frescas habitaciones á las cuales se retiran despues de la hora de los negocios y en donde viven constantemente sus familias. El mismo gobernador ocupa actualmente un palacio espacioso cuya columnata se prolonga hasta la puerta del mar. Al N. de las murallas de la fortaleza empieza la Ciudad Negra, habitada por los Indos, los comerciantes armenios y portugueses y algunas familias europeas.

Apesar de su activa fabricacion de pañuelos y de telas, Madras á los ojos de la Gran Bretaña es mas bien un apostadero militar que una escala comercial. Sesenta rejimientos componen el cuerpo armado que guarda esa presidencia; parte de ellos ocupa el fuerte San Jorje, parte se halla á poca distancia de la ciudad para vijilar los parques de la artillería, y el resto, que forma un efectivo de veinte mil hombres á corta diferencia, permanece en Bangalora, ciudad de Mysora, situada á sesenta leguas en el interior, ciudad montañosa y sana á la cual conducen buenos caminos, y que sirve de residencia, durante los mas fuertes calores, á las primeras autoridades de Madras.

Estos sesenta rejimientos no se componen todos de personal europeo, como comunmente se cree. La mayor parte consisten en batallones cipayos, nombre jenérico bajo el cual se designa toda la milicia indíjena á sueldo de los Ingleses. Sobre doscientos mil soldados que constituyen el ejército indio, apenas se cuentan veinte y cinco mil blancos, diezmados sin cesar por el clima y por la molicie de las costumbres de la vida colonial; los demas son todos cipayos. Los Cipayos, disciplinados á la inglesa, traen uniforme y cobran sueldo. Este sueldo consiste en dos pagodas y media mensuales. El uniforme es encarnado como el uniforme británico. Los jinetes traen vueltas amarillas, galones blancos sin cuello, y vestidos encarnados con botones de metal blanco que llevan el número del rejimiento y las iniciales N. C. (*Native Cavalry*). Un gorro de carton rodeado de un turbante azul cubre su cabeza, y sus armas consisten en un sable encorvado, carabina y pistolas. Los infantes traen vestido encarnado con brandeburgos blancos, el tahalí azul y el pantalon caído hasta las rodillas: en sus botones se leen las iniciales N. I. (*Native Infantry*). El fusil y la bayoneta son las armas de la infantería. Cada rejimiento de caballería cuenta quinientos hombres, cada batallon de infantería ochocientos, divididos en ocho compañías, entre las cuales hay una de granaderos y otra de tiradores. Entre los naturales se elijen capitanes, tenientes, sarjentos y cabos; los oficiales de caballería son sacados de entre los Europeos ó los Moros mas diestros en manejar un caballo; los oficiales de

infantería se elijen entre los Indos de las castas mas distinguidas, y especialmente entre la de los Rajahpoutres que nacen todos soldados.

Es imposible formarse idea de las enormes sumas que cuesta á la Compañía la manutencion de los menores cuerpos de caballería. Cada caballo, á mas del jinete, debe tener dos hombres de servicio; el uno, el *caballario*, está encargado de dar pienso al caballo, de cocer y darle su *coulon* (especie de lenteja), mientras que el otro, el *herbario* no tiene mas cuidados que el de buscar su yerba, que es preciso arrancar una á una. Del mismo modo que el jinete, *el caballario* y *el hervario* ordinariamente son casados, de donde resultan seis individuos por caballo, sin contar los hijos que sobrevienen. De semejante aparato para el simple soldado, puede colejirse el embarazo que acompaña á un oficial. Cada uno de estos debe tener precisamente su palanqueta, caballos de silla, calesas, cocina, etc. Diez mil combatientes en un ejército cipayo implican una muchedumbre de cincuenta mil hombres.

Los Cipayos de Madras son celebrados por su ajilidad y bravura; los de Bengala por su talle y su vigor. Otros batallones indos son los de Lascars, adictos por costumbre á los cuerpos del jenio y de la artillería, y sirven asimismo como tripulacion de marina. Estos Lascars, cuyo nombre entraña en la India cierta idea de abyeccion é inferioridad, son marineros bastante buenos para la navegacion de India á India. Sobrios, veloces, intelijentes, muéstranse ademas mucho mas ájiles que las tripulaciones árabes del golfo Pérsico.

Esta organizacion militar, apoyada casi enteramente en los naturales, ofrece algunos peligros que se van manifestando mas y mas. A medida que los Cipayos van adiestrándose en la disciplina y adquieren este espíritu de cuerpo que suple al valor, recobran el sentimiento de su fuerza y de los servicios que prestan. Los rejimientos de Madras han dado pruebas de valor en la reciente guerra de los Birmanes, y no deben considerarse inferiores á los mejores batallones procedentes de Europa. Es acaso imposible que estos ciento cincuenta mil á doscientos mil Indos, disciplinados por cuenta de la Gran Bretaña, se subleven un dia con la idea de dar este vasto imperio á un hombre de su color? Hace pocos años que los oficiales blancos, mantenidos á su frente y á tanta costa por la Compañía, les suministró un antecedente de insubordinacion: una reduccion en su sueldo concitó una revuelta en la que los Cipayos siguieron á sus jefes sin proyecto personal y solo por obediencia. Las autoridades de Madras fueron despreciadas, conquistados los parques de artillería, y para apaciguar el movimiento fué forzoso no solo prometer la impunidad á los rebeldes, sino tambien sujetarse á algunas de sus condiciones. La tropa indijena era sin duda en todo esto puramente pasiva, pero el resultado obtenido debió darle la medida de su influencia y de su fuerza para el dia en que quiera usarlas en algun interés nacional.

Dejando el fuerte San Jorje, nos dirijímos hácia los bellos y espaciosos cuarteles de Madras. Servíame de guia mi amigo Wilmot; lentamente se fué manifestando á nuestra vista la ciudad europea, con su prolongado séquito de palacios y casas de recreo. Cada habitacion tenia su prado en frente y detras un delicioso verjel. En aquellas prolongadas avenidas, planteadas de árboles magníficos, las casas edificadas en cada lado mostraban sus columnatas griegas, sus fachadas adornadas, sus peristidos elegantes y sus lijeras galerías. Los pabellones erijidos á derecha é izquierda completaban el conjunto de aquellos deliciosos edificios. Fácilmente puede concebirse cual estension ocupa una ciudad de quinientos mil habitantes que toma tanto aire, espacio y sombra para sus afortunados moradores. Así que, cada visita en Madras es un viaje fatigoso aun en palanqueta.

El interior de esos palacios corresponde perfectamente á su esterior. En ellos se ven salones vastos y suntuosos, guarnecidos de muebles de Europa y China; en todas partes se manifiestan espejos y cuadros costosos, relojes, estatuas eneas, muebles, pinturas admirables, y, en medio de toda esta riqueza, una infinidad de criados indios que pueden reconocerse con facilidad por la librea del amo.

Todo este lujo es el resultado del gran monopolio comercial de la Compañía de las Indias. Los altos funcionarios, llamados *civiles*, para distinguirlos de los militares, prodigan sus enormes emolumentos. A manos llenas derraman, cual ricos dispendiosos, el oro que arrebata su administracion pródiga: mas en medio de todo este brillo y de todas estas fiestas, en el seno de fiestas prodijiosas y festines espléndidos reina un no sé que de fria melancolía, de seriedad acompasada y brusco ceremonial. En esas reuniones todo se ha previsto ya de antemano y dispuesto como por un programa; las emociones son calculadas, la hora de llegar y la de partir son fijas é invariables; se sabe que habrá baile y juego, sin que un momento de descanso ó un poco de jovialidad interrumpan todas estas escenas. Al ver aquellos semblantes absorvidos en sus corbatas, aquellos cuerpos tiesos, aquellas fisonomías tiernas, aquellas miradas serias; diríase que todas aquellas personas solo se reunen por penitencia y mortificacion. Las únicas fiestas que salen de

esta linea de monótona etiqueta, son las que da el gobernador en el bello y espacioso salon que hizo construir lord Clive en 1802, en conmemoracion de la derrota de Tippoo-Saeb. Este salon puede contener hasta mil personas, segun aseguran; en el interior está ecsornado de una vasta galería con columnas de treinta pies de altura, revestidas de ese estuco blanco mas brillante que el mármol; y al rededor del edificio corre otra galería descubierta con verrinas de trecho en trecho. Renouad de Sainte-Croix asegura que está construído segun el modelo descrito por M. Choiseul-Gouffier bajo el nombre de *Casa de Atenas*.

Esta sala de baile está contigua al palacio del gobernador, que es espacioso, macizo y mas bien grandioso que elegante. El templo protestante se distingue por un arquitectura correcta y severa, y las demas fundaciones europeas que merezcan mencionarse son el colejio, el observatorio, la sociedad asiática y el jardin botánico.

La Ciudad-Negra se estiende en forma de semicírculo á tiro de cañon del fuerte, y ocupa tres piezas de terreno. En ella habitan los Malabares, entre los cuales hay ricos mercaderes, y aun se citan muchos cuya fortuna les permite tener un cuerpo de Cipayos á su servicio y un harem de muchos centenares de mujeres. Crúzanse en esta ciudad individuos de toda casta y relijion, Malabares de diversas sectas, Mahometanos, Armenios, Católicos, Luteranos y aun Chinos. Quizas sea este el solo país donde se pueda encontrar un iman, un bracman, un pastor y un sacerdote en plena paz. Es imposible determinar el número de pagodas, mezquitas, iglesias y templos que se hallan aglomerados en lo que se llama Madras, pero puede presumirse que asciende á 1000. Vastos paseos y magníficas avenidas cortan en todos sentidos la Ciudad-Negra.

En ella se encuentra un cuartel entero reservado á los Musulmanes, al cual se va por medio del puente armenio construído sobre el rio Meilapour. Este puente tiene trescientos setenta y cinco metros de lonjitud en su calzada, y en él se cuentan veinte y nueve arcos de diversas magnitudes. El cuartel de los Musulmanes lleva el nombre de Tirrevoulay-Cany, y es habitado por la mas hermosa raza de hombres de esta parte de la India, cuyos naturales siguen casi todos la secta de Aly. Mantienen con el mayor esmero sus cementerios, y cada familia se arruína al fallecimiento de su jefe para erijirle un mausoleo conveniente. Cuando está terminado el monumento vienen algunos imanes, pagados á muy alto precio, á atestarlo de flores, cubrirlo de tapices y quemar perfumes en honor del difunto.

No embargante los ensayos del Inglés Popham y otras tentativas mas recientes, Madras no tiene todavía productos territoriales; la poblacion de la ciudad y de los alrededores subsiste de industria manufacturera. El comercio de los pañuelos teñidos, antiguamente fijado en Paliakat, se halla centralizado actualmente en Madras que astutamente ha vencido á los obradores vecinos. Cuando el mas alto grado de prosperidad del tejido holandés, la Compañía inglesa de las Indias supo resignarse á vender con enorme pérdida productos análogos, esperando recobrar su compensacion cuando hubiese arruinado la concurrencia estranjera. Este maquiavélico cálculo le ha dado el écsito deseado, actualmente tiene Madras el monopolio de esos bellos pañuelos de grandes cuadros, cuyos colores son tan vivos y sólidos, y asimismo fabrica taparabos y cambayes rojos muy estimados.

La vida es muy deliciosa en Madras á causa de esta tendencia mas industrial que agrícola, y en ella se usan pagodas, como rupias en Pondichery. Una casa de campo cuesta hasta doscientas pagodas mensuales, y todos los objetos de Europa están á precios muy altos. La presencia de los ricos delegados de la Compañía de las Indias, la permanencia de un gobernador y de una guarnicion enorme, cuya paga escede á toda apreciacion europea, contribuyen á mantener los productos á una tasa ecsajerada. Como toda esta riqueza parte de otro oríjen, á mas del suelo ó industria local; se sigue que los cargamentos de Europa no hallan en Madras suficientes resacas y que es preciso ganar sobre el beneficio de las importaciones lo que las esportaciones presentan de desventaja. Así que, lo que se llama el cargamento de entrada suporta la contrariedad de una salida sobre lastre ó las pérdidas esperimentadas en malas resacas. Tan cierto es que el comercio se compone en el fondo de dobles permutas y que la riqueza monetaria es cosa estéril en sí cuando no se fecunda por medio de su aplicacion á productos naturales ó manufactureros.

Por espacio de muchos dias continuaba mis incursiones en Madras bajo la tutela de Wilmot. Presentóme este en las primeras casas inglesas, y yo ecsaminé de cerca en todos sus pormenores aquella sociedad tan melancólica y fastuosa. Aquella vida de cenas magníficas pero tristes, de fiestas brillantes pero monótonas, no me convino mucho tiempo. En consecuencia quise partir, pues yo no habia ido á la India para buscar en ella la Europa. Así que, por mas que Wilmot insistió en gran manera para hacerme aceptar un pasaje gratuito en una embarcacion de su padre, á la carga para Calcuta, preferí embarcarme en un costeño malaba-

ro que debia hacer escala repetidas veces en muchos puntos de la peligrosa costa de Golconda. Ajustéme con el patron, y á los 8 de mayo por la mañana entré en el cuarto de mi amigo para despedirme de él; mas, cual fué mi sorpresa al verlo salir á mi encuentro en traje de viajador! « Parto con V., me dijo, no le dejo, no. Mi maleta se halla ya á bordo de la pequeña goleta malabara. Vaya al diablo el gran ship!» Apretéle la mano y partímos al momento.

CAPÍTULO XVI.

CORINGUI. — YANAOUN. — JAGGERNAUT.

Con una embarcacion de mayor porte, hubiéramos podido ya desde el principio llevar el rumbo hácia alta mar para evitar las bondonadas de una costa cuya hidrografía es poco conocida. Pero nuestro costeño permaneció siempre de tal modo á vista de tierra, que con facilidad podíamos distinguir todas las cúpulas de las pagodas, que son los únicos edificios indos de alguna elevacion. Sin embargo, hácia Negapatnam abandonámos la costa para tirar hácia la punta de Divy y las bocas del Krisna. Allí es donde debia acontecer, dos meses despues, un grave accidente á *la Favorita*, magnífica corbeta francesa que permaneció encallada desde el 1° al 5 de julio en un lecho bajo y en medio de un borrascoso piélago. Pero la corbeta se vió libre por algunas insignificantes averías, merced á la actividad del comandante y al ardor y zelo de toda la tripulacion.

En cuanto á nosotros, á quienes eran suficientes ocho pies de agua para navegar, no teníamos que temer semejantes incidentes, y por otra parte nuestro patron malabare, habituado desde su infancia á correr aquellos mares, podia sin temor rozar todo el limo. Algunas veces pasámos cabe varios rompientes sin que pareciese temer mucho aquel funesto vecino. De esta suerte fuímos costeando sucesivamente la costa pantanosa del Krisna, la punta de Divy, y amarrámos el áncora en el golfo de Masulipatnam. Esta factoría, por largo tiempo francesa, enlaza su nombre con algunos bellos recuerdos de nuestra historia en esas comarcas. Actualmente es ocupada por los Ingleses, los cuales dejan en ella algunos soldados para defender el fuerte que nosotros edificámos. Cuando el reino de Golconda se hallaba en el apojeo de su prosperidad, Masulipatnam era el depósito de sus ricos productos y su puerto habilitado. Sus telas pintadas, sus pañuelos encarnados tan celebrados, sus tejidos de algodon permutábanse en Masulipatnam contra los cargamentos de Europa. Aquella gloria y aquel comercio han decaído enteramente, y aunque un jeógrafo moderno hace ascender su poblacion á 75.000 almas, solo cuenta realmente un poco mas del tercio de este número, diezmado aun diariamente por la insalubridad de la llanura pantanosa en que se halla situada la ciudad. El nabab, gobernador nominal de esta provincia, reside en Hyder-Abad situado á 50 leguas en el interior. Una renta anual, estipulada por la Compañía de las Indias, lo indemniza de sus posesiones esplotadas por esta, y un cuerpo de ejército mantiene subyugados pueblos revoltosos é inquietos. Si bien Masulipatnam es la capital de la provincia de Golconda, esta ciudad contiene muy pocas casas europeas.

Desde Masulipatnam á Yanaoun, pequeño establecimiento francés, hay unas 30 leguas, las que hicímos en un dia. Yanaoun está situado sobre el rio de Godavery, algo mas allá de una ciudad inda, Coringui, que ocupa su embocadura. Los Ingleses tienen en Coringui un capitan de puerto para protejer sus embarcaciones que se hallen de recalo en este golfo. Antiguamente comerciante y populosa, Coringui se vió destruída en 1789 por un espantoso fenómeno. En el mes de diciembre, época de la mas alta marea, y á impulsos de un huracan del N. E., levantáronse contra la ciudad tres furiosas oleadas; la primera penetró en ella cual precursora de la catástrofe y se retiró dejando tres pies de agua; la segunda la cubrió en seguida, y la tercera, obrando con mayor enerjía, inundó y derribó todo cuanto se le oponia, anegó 20.000 Indos, sumerjió la ciudad, y llevó los buques anclados hasta la península que forma el Godavery. Algun tiempo despues, cuando el mar se hubo retirado ya, quedó sobre el terreno tal monton de arenas y cieno, que no asomaba en su superficie ninguna de las antiguas habitaciones. Los Indos que se sustrajeran al desastre no formaron proyecto alguno para libertar al nuevo Herculano, sino que edificaron á alguna distancia varias chozas que formaron la Coringui actual. Empero, habiéndose formado en las bocas del Godavery un bajío tras aquella catástrofe, desparecieron de la península las factorías europeas: los millares de embarcaciones inglesas, españolas, francesas, portuguesas que frecuentaban los celebrados astilleros de Coringui, fueron á repararse y abastecerse de víveres en otros puntos. Perdióse para aquella ciudad toda la ventaja de una posicion marítima en la confluencia de un rio navegable; incesantemente llegaron del interior maderas de teck, pero sin encontrar despacho con harta facilidad. Solo el trabajo personal, descendido á bajo precio, atrajo aun algunas embarcaciones.

Por lo demas, Coringui, situada en medio de los pantanos de la península, es una residencia insalubre por espacio de medio año. En la época de las fiebres, los Europeos que la habitan se retiran á Yanaoun, que en todo tiempo disfruta de clima sano y de una temperatura igual. Los campos que circundan nuestra factoría son plantados de arroz, añil y cañas dulces; y están cubiertos de búfalos, bueyes y carneros. En tiempo de Sonnerat, este pequeño apostadero era muy celebrado por la fabricacion de sus lienzos crudos, llamados telas de Conjons, mas en la actualidad aquella industria se halla estinguida. Algunas maderas de teck, descendidas por el Godavery, son casi el único artículo de permuta: las casas de comercio han desertado en gran parte del establecimiento, y el cargo del gobernador que nosotros sostenemos allí, no es en realidad mas que una prebenda. Sin embargo un singular comercio acaba de vivificar algun tanto esta rejion desamparada. Todos los brazos que recientemente ha pedido la isla Borbon á la península indiana, son procedentes del territorio de Yanaoun, y los ahorros de aquellos trabajadores, relijiosamente mandados á sus pobres familias, han sido suficientes para comunicar á las aldeas circumvecinas cierto aire de comodidad y bienestar. La cosa ha llegado ya al punto de escitar la envidia británica, y últimamente se ha tratado de intervenir para impedir ó limitar esta especie de reclutamiento.

Nuestro proyecto de desembarcar en Coringui era para visitar Yanaoun. Wilmot habia ajustado un barco, y debíamos partir al dia siguiente, cuando caí enfermo, sobrecojiéndome por la noche un violento acceso de fiebre. Como á la sazon se encontraba doctor alguno en aquel apostadero, hízose venir el mejor médico malabare de toda la comarca. Era un hombre entrado ya en años, de una fisonomía inteligente y despejada. Aprocsimóse á mí, miróme de fijo, paseó su mano por todas las partes de mi cuerpo, y ordenó despues una especie de tisana de ambrosía de la cual apuré algunos vasos. Esta pocion determinó una transpiracion abundante y despues de algunas horas me encontraba verdaderamente en mejor estado. Los doctores malabares solo tienen conocimiento de tres clases de enfermedades; las unas, dicen, provienen del calor, las otras del frio, y las terceras del viento. Para remediar las del frio tienen la ambrosía y el kali ó leche del árbol sin hojas. Para las del calor, observando un proceder semejante al estilo homeopático, usan los mas activos corroborantes, aun en las crisis mas agudas. Por lo que hace á las enfermedades causadas por el viento, combátenlas por medio de ventosas y masaje. Las enfermedades de los ojos son frecuentes en la costa de Coromandel y tratadas medianamente, á cuya curacion contribuye mucho el zumo de limon. En este país, como en toda la estension de la India, la práctica del parto se halla sujeta á ciertas reglas relijiosas que la funestizan. Los sagrados libros prohiben á una recien parida comer y beber hasta el quinto dia. Bajo un clima tan cálido se designan algunas bebidas refrijerantes y algo nutritivas como paliativo á un estado de irritacion y de atonía. Sin embargo, vanamente podria la desgraciada pedir un vaso de agua ó un bocado de arroz: sus amigas, sus parientas que la circundan, su madre, su hermana permanecerán inexorables, y aunque se hallase moribunda, nada se le otorgaria. Así que, el número de mujeres que mueren parteras está en la proporcion de una á siete.

Merced á la ordenanza de mi doctor malabare, al dia siguiente podia ir ya á bordo de nuestra goleta, y despues de algunas horas de navegacion, recobrara perfectamente mi salud y mis fuerzas. Costeábamos á la sazon la playa baja, arenosa y desierta de los Cuatro-Circars que continua la de Orissa, cuyas dos juntas abrazan una estension total de unas 90 leguas del N. E. al S. O. A 15 de mayo fondeámos en una playa que se dibujaba en el horizonte, cual delgado cinto, y encumbrábase á lo lejos como una confusa conjerie de edificios elevados y grandiosos. Wilmot se me acercó en el momento en que me hallaba en el banco de popa como arrobado en éstasis ante aquel espectáculo. « Vamos á saltar en tierra, díjome; no puede pasarse por delante de Jaggernaut y su prodijiosa pagoda, sin permanecer en ella por algun tiempo. Es el objeto de romería de todos los devotos indos; es la Meca de los sectarios de Brama; un papista y un luterano no pueden menos de edificarse en semejante escuela. Venga V, pues el patron nos concede un dia de tiempo.—Con mucho gusto, » respondí. Y descendímos al bote que bogó hácia tierra. Para llegar á la playa, fué preciso que nuestros Indos saltasen al agua y arrastrasen su embarcacion por la arena. Verificado esto, uno de ellos se quedó para guardarla y los demas nos sirvieron de guias para ir á Jaggernaut ó Jaggernaut-Pouri (ciudad de Jaggernaut). Llegámos á ella una hora despues. La ciudad en sí no es gran cosa, aunque se le haya presumido una poblacion de 40.000 almas, mas en ciertas épocas del año, las fiestas de la pagoda atraen tal concurrencia de indijenas, que toda la llanura circumvecina está cubierta de ellos. Llegámos frente del templo por medio de una calle de árboles que nos dejaban ver, de trecho en

trecho, una gran porcion de sus vastos edificios (Pl. XVI — 3).

Jaggernaut-Pouri está situada en el distrito de Cattak, en la costa de Orissa. Su templo está dedicado al ídolo indo Jagatnatha (Dios del mundo), llamado vulgarmente Jaggernaut. Toda la tierra en un radio de 8 á 10 leguas es reputada como santa; pero la porcion mas sagrada, el santuario misterioso, se encuentran rodeados de un muro que forma casi un cuadro, teniendo dos de sus lados 612 pies, y los otros dos 584. En este recinto se hallan unos cincuenta templos, consistiendo el mas notable en una suerte de torre de piedra de 172 pies de altura, redondeada en forma de curva en cada lado, y superada de una cúpula caprichosa é indescriptible. Los edificios vecinos, menos elevados, tienen una forma piramidal, y sus techos suben gradualmente por gradas (Pl. XVI — 3). El ídolo Jaggernaut, su padre Boloram, su hermana Shabudra, ocupan la torre. Contigua á la torre, se halla la primera fábrica piramidal, que tiene 37 pies en cada lado interior. Allí es donde se adora al ídolo durante la fiesta de los baños. En frente del templo se prolonga un edificio mas bajo, cuyo techo está sostenido por pilastras superadas de imájenes de animales fabulosos ó naturales. Este edificio sirve como de vestíbulo, tras él viene una pieza análoga donde se coloca todos los dias el alimento destinado á los peregrinos.

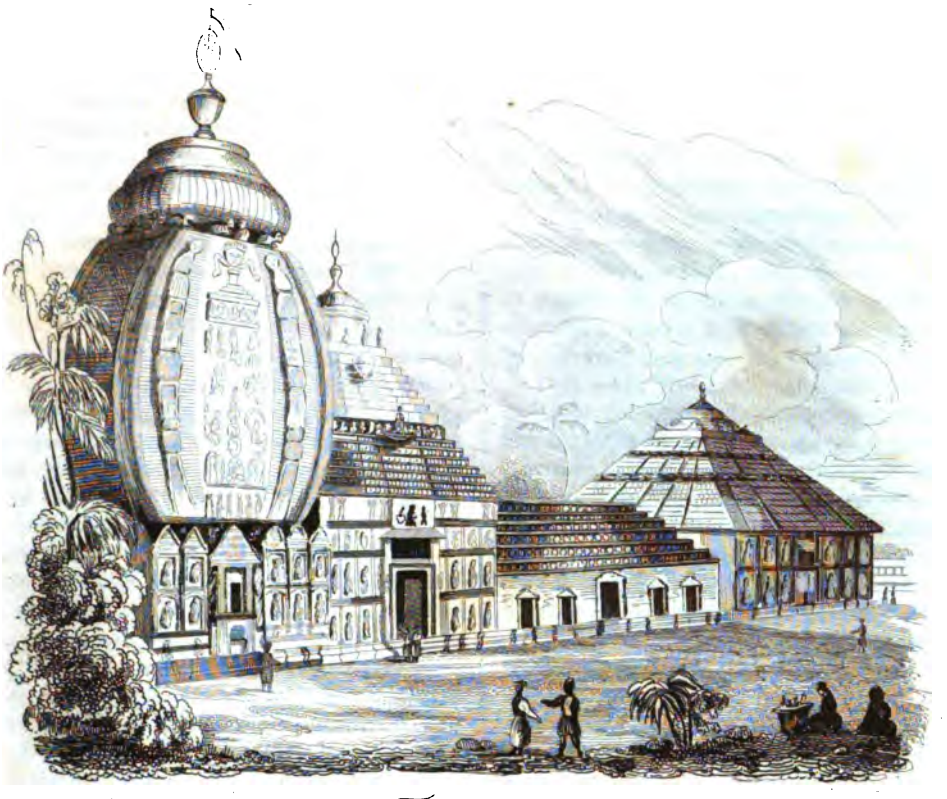
El templo de Jaggernaut, empezado por Rajah-Anung-Dhearn-Deo, fué terminado en 1298. Los techos están ecsornados de imájenes monstruosas de caprichoso estilo, y en las paredes de la pagoda se ostentan en relieve estatuas de piedra en la actitud mas indecente. Cada lado del muro tiene un ancha puerta que sirve de entrada, bien que la principal está en el lado oriental. En el interior corre un segundo recinto, sobre un piso de quince pies de mayor elevacion. Cerca de la pared esterior obsérvase una columna basáltica muy elegante, con un pedestal ricamente esculpido. Su fuste, de una sola piedra, tiene diez y seis lados, y en su cima lleva la estatua, de treinta y cinco pies de altura, de Hounouman, divididad inda con cabeza de mono. Este gracioso pilar estaba colocado antiguamente ante la puerta principal del templo del Sol en Kaneruck, ó pagoda negra, y fué trasladado á Jaggernaut cuando Kaneruck cayó arruinada.

No lejos del ángulo N. E. de la pared esterior del templo, se halla un alta arcada en *pot-stone*, que sirve á los Indos, durante la fiesta de Dole-Jatra, para columpiar ídolos de oro y de plata. El mecedor está enlazado con el arco de piedra con cadenas eneas. Como este local se halla en una elevada plataforma, los fieles pueden ver desde lejos al ídolo, rociado con agua de rosas y cubierto de polvo rojo.

Este ídolo de Jaggernaut, á cuyas plantas acuden los devotos de los mas remotos países, no es ciertamente rememorativo por su elegancia ni por su majestad. Jamas labor mas grosera salió del cincel de un escultor. La estatua no llega mas allá de los lomos, carece de dedos y de manos, con unos maderos en vez de brazos, pero los sacerdotes unen á estas maderas algunas veces manos de oro. Para esplicar esta deformidad, los sacerdotes han inventado una leyenda. « Hace algunos años, dicen, que un príncipe se presentó á un célebre fabricante de dioses para encargarle un nuevo ídolo. No tuvo inconveniente el escultor en acceder á su demanda, pero con la condicion que se contendria, y que no querria ver su labor antes de acabarla. Por desgracia, el príncipe no cumplió con su promesa; quiso ver la obra santa antes que estuviese terminada y quedó de aquella suerte. Despues de aquella violacion, á nadie era dada la facultad de tocarlo. »

El templo de Jaggernaut está servido por 4.000 familias, en las cuales se comprenden los cocineros encargados de preparar el alimento sagrado. Un viajero inglés ha conseguido poder procurarse el estado del consumo diario. Para el ídolo y sus servidores se necesitan cada mañana doscientas veinte libras de arroz, noventa y siete de kully (especie de legumbre), veinte y cuatro de moong (especie de grano), ciento ochenta y ocho de manteca, ochenta de melote, treinta y dos de vejetales, diez de leche aceda, dos y media de alcanfor, dos de sándalo, dos tolahs de alcanfor, veinte libras de sal, cuatro rupias (unos 11 francos) de leña, y mas de veinte y dos libras de aceite para quemar por la noche. Tres veces se ofrece al ídolo el sagrado alimento; mientras dura la cena, las puertas están cerradas á los profanos, y nadie penetra en el santuario, á escepcion de algunos servidores íntimos: solo en el esterior, en el edificio de las pilastras, es dado bailar á las bayaderas de la pagoda. Transcurrida una hora, ábrense las puertas al son de una campana y se sacan los alimentos. La porcion de víveres destinada á los habitantes no se traslada á la torre principal, sino que se distribuye en el edificio de techo piramidal, y el ídolo que puede verlos, los bendice de lejos y los santifica.

Semejante manipulacion y comercio de víveres ascienden á sumas considerables, cuando la solemnidad de alguna fiesta atrae á Jaggernaut masas de fieles. En apoyo de su especulacion,



3. Temple de Jaggernaut.

3. Templo de Jagrenat

4. Dévotions des Hindous.

4. Devociones de los Indúes

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

decidieron los sacerdotes de la pagoda que los víveres consagrados de esta suerte se hallaban al abrigo de todo hurto, y que el contacto de un Musulman ó de un Cristiano no los profanaba. Este privilejio atribuído á los alimentos del templo con esculusion de los que se preparan en otra parte, ha determinado en favor de los primeros una celebridad y preferencia lucrativas. Durante la fiesta de Ruth-Jattra, en la cual acampan en los alrededores de Jaggernaut 200.000 peregrinos, los cuatrocientos cocineros de la pagoda están de permanencia, como ya puede creerse. Sus criados han preparado de antemano los vasos necesarios para recibir el alimento, y esta actividad solo cesa cuando el ídolo viaja en su carro para ir á visitar el paraje en que se ha fabricado.

Celébranse anualmente en Jaggernaut doce fiestas, siendo la mas importante la de Ruth-Jattra, que tiene lugar en el mes de junio ó de julio. El número de los peregrinos que concurren á ella varía, conforme al estado de la estacion, de 100 á 200.000. Por esta misma época, las lluvias periódicas hacen á la comarca malsana, y diezman á los concurrentes obligados á acampar al aire libre.

Algunos otros Indos emprenden la peregrinacion en la estacion seca y en la ocasion de la fiesta llamada Chundmon-Jattra. Jaggernaut despacha entonces muchos ídolos que van á tomar un baño en su estanque perfumado con agua de sándalo y que forma parte de un templo de las cercanías. Estos pequeños ídolos dan muchas veces la vuelta al estanque en armadías, y el rajah de Khourdah, príncipe hereditario de los sacerdotes, dirije la ceremonia.

La policía de todas estas fiestas es tambien de la competencia de los bracmanes, los cuales proceden en ellas por medio de cañas y bastones de que usan á sus anchuras. Llega esto á tal punto que muchas veces los peregrinos se enojan, desarman á los sacerdotes y les vuelven con usura los latigazos que de ellos recibieran. Por lo demas, la muchedumbre es en jeneral poco reverente cuando habla de los sacerdotes del ídolo; no hay vicio de que no les acuse, ni maldad que no les impute. La causa principal de este odio procede de los pechos á que el colejio sujeta los peregrinos. En cada fiesta de Jaggernaut impone una contribucion á la bolsa de los concurrentes, ora de diez rupias, ora de cinco, segun la tarifa. Los que se quedan algun tiempo para cumplir con todas, obtienen solamente una corta rebaja.

El ídolo de Jaggernaut renuévase siempre que se encuentran dos lunas nuevas en el mes Assan, lo cual acontece por lo comun cada diez y siete años, en cuyo caso se escoje en las selvas un árbol al cual no se haya jamas encaramado cuervo alguno ó pájaro comiendo caroño. Los iniciados reconocen este árbol por ciertos indicios; cuando está derribado el tronco, lo desbastan algunos carpinteros, y lo entregan á los sacerdotes que acaban la obra con el mas profundo misterio. El espíritu de Jaggernaut, retirado del viejo ídolo, es transferido al nuevo por un hombre que no sobrevive mucho á la solemne operacion. Antes de acabar el año, ha dejado ya este mundo.

A la fiesta de Chundmon-Jattra sucede la ceremonia del Chund-Jattra que se reduce á llevar el ídolo fuera de la torre, sobre una plataforma elevada en el interior del muro. Por espacio de un dia permanece visible en el esterior, pero despues Jaggernaut se hace vijilar de nuevo, y los sacerdotes dicen que está enfermo. A fines de junio, vuelve á parecer para la grande Ruth-Jattra. Prepáranse tres ruths ó carros de madera para la ceremonia; el mayor tiene diez y seis ruedas de seis pulgadas de diámetro cada una. El espacio donde debe colocarse el ídolo tiene veinte y un pies en cada lado, y el carro entero tiene treinta y cinco pies de altura. Formado de madera pintada y decorada, el carro es superado de una cúpula cubierta por paños ingleses escarlatas ó azules; en la delantera, á guisa de conductor, hay una imájen esculpida como la proa de una embarcacion, y cuya mano parece dirijir muchos caballos de madera suspendidos ante el carro.

Cuando, en el primer dia de la fiesta, se abre á esta nube de adoradores el templo de Jaggernaut, precipítanse aquellos con tan ferviente enerjía, que comunmente se cuentan todos los años, entre aquella muchedumbre de hombres y mujeres, unas diez víctimas: los cadáveres se arrojan fuera del templo por medio de garfios de hierro, y la fiesta continua. Un gran grito de sorpresa en que prorumpe la multitud, anuncia la venida del Dios. Manifiéstase este arrastrado por los sacerdotes que hacen adelantar al macizo ídolo hasta las gradas donde le sale al encuentro el carro solemne. En los otros dos carros mas pequeños se hallan los ídolos Boloram y Shabudra: al ponerse el sol llega el príncipe de los sacerdotes, tal es el rajah de Khourdah procedente de sus dominios en una palanqueta, seguido de un prodijioso elefante con sus ricos caparazones. Tras su comitiva, montada en otros elefantes, vienen en seguida las autoridades inglesas, y por fin una negra recrua de hombres que termina con el horizonte. Ese muro viviente de animales impasibles, esas atalayas plantadas sobre su cerro, ese carro monstruoso donde se elevan los ídolos, esos bracmanes salidos á millares de su santuario, esa turba que se desgañita y adora,

ese ruído de campanillas y voces, ese aspecto relijioso tan estraño y variado, ese movimiento, esa confusion y densidad, ese cuadro de mil escenas cuyo último plan forma el templo de Jaggernaut; todo constituye la mas estraña fantasmagoría que pueda concebir la imajinacion.

A su llegada, el rajah vestido de muselina y con los pies descalzos, se apea cerca del carro de Boloram. Para ayudarle en su camino, un robusto sacerdote le sostiene del brazo, mientras que otros abren paso al través de la multitud por medio del palo santo. Silencio: hé aquí que el rajah sube al carro de Boloram al son de las trompetas indianas y á las aclamaciones del populacho. Ha tocado ya la cima, acaba de rendir sus homenajes al ídolo y limpiar el sitio en que ha arrojado agua de sándalo. Desciende en seguida con una guirnalda de flores que los sacerdotes han quitado á la estatua para colgarla del cuello del príncipe de los sacerdotes; de esta suerte pasa sucesivamente y con las propias ceremonias del ídolo Boloram al de Jaggernaut y de este al de Shubudra, y cada nueva adoracion ha concitado en la multitud las mas frenéticas esplosiones y ásperos aullidos de parte de la orquesta de trompetas de plata. En fin, por última formalidad, el rajah da un espaldazo al carro, como si quisiera empujarlo hácia adelante. Sin esta demostracion, los sacerdotes no osaran jamas ponerlo en movimiento.

Entonces la escena varía y se vivifica. Dispuestos en filas regulares, muchos millares de hombres, armados con ramos verdes, se abren paso al través de las masas compactas; llegan de esta suerte saltando y cantando hasta el pie de los carros, tocan sus paredes con los ramos, levantan las plataformas, las enlazan con largos cables, y con la cabeza inclinada hácia el ídolo empiezan á hacerlo adelantar. Marcha Boloram á la cabeza, tras él viene Jaggernaut haciendo traquear los ejes de su carro, y en fin Shubudra. Este movimiento no tiene lugar sin conmover la multitud entusiasta: los peregrinos se precipitan sobre las enormes ruedas de los carros, solicitan un puesto de favor á los cables que los arrastran, se enlazan con los ejes, y procuran de cualquier modo dar su parte de impulsion á las vastas máquinas rodadas. A medida que los carros van trillando una senda, los adoradores arrojan hácia el ídolo varias piezas de oro y de plata con nueces de cacao. Los bracmanes vuelven las nueces benditas y guardan las pagodas de la estrella y las rupías sicca. Durante el curso de la procesion, los jóvenes bramines, aullando en medio de la multitud, estimulan con sus vergas ora á los que tiran el ruth, ora á los que se empujan al rededor. Algunos ricos Indos tienden la mano para tocar los cables en testimonio de su concurso á la ceremonia; las mujeres procuran besar el carro y las ruedas, y elevan á sus hijos sobre el nivel de su cabeza paraque el ídolo los vea y los bendiga. Nadie arrostra ya en la actualidad, como antiguamente, el honor de ser mutilado; con todo muchas veces acontece que, en medio de este flujo y reflujo de hombres un cable roto, un paso falso, una caída, determinen algunos accidentes y cuesten la vida á algunas víctimas. Si alguna vez el carro bambolea en su paseo procesional, no se detiene para nadie, sino que va machacando y continua su curso.

Este peligro de muerte no es por lo demas el único á que se halla espuesto el peregrino de Jaggernaut; las enfermedades y el hambre suelen causar igualmente muchos estragos en aquella poblacion nómada. La senda que conduce á la ciudad santa se halla en cualesquiera ocasiones sembrada de cadáveres, y de esta suerte los chacales de las cercanías participan con los bracmanes de los beneficios de estas solemnidades.

Tal es el culto del dios Jaggernaut, tan célebre en toda la estension de la India. Un mes mas tarde, Wilmot y yo hubiéramos podido asistir en persona á la fiesta capital del país. Con todo, fué preciso contentarnos con algunas ceremonias preliminares, y dar crédito por lo demas á los pormenores que nos dió un oficial inglés, pormenores ecsactos y precisos. En el camino percibímos, ora en la ciudad, ora en los alrededores, un tropel de devotos haciendo sus oraciones en las posturas mas afectadas y estravagantes. Aquí, sobre pieles de tigre hallábanse acurrucados dos fakires medio desnudos, el uno con las manos juntas y las rodillas en cueros sobre el suelo, el otro con los muslos y las piernas atravesadas por una banda horizontal (Pl. XVI — 4); en otra parte otros dos de esos monomanes permanecian, el primero en equilibrio sobre su cabeza y los pies al aire, el segundo derecho sobre una pierna y con la otra formando un ángulo recto á la altura de la rodilla (Pl. XVI — 2). Wilmot se sintió sobrecojido de piedad hácia aquellos pobres locos, y en consecuencia les dirijió algunas palabras en bengalí que no pudieron comprender. Estaban entregados en cuerpo y alma á su rosario, y parecian sumidos en ideas contemplativas. Encontrámos á nuestros guias que aprovecharan la ocasion para cumplir con sus deberes piadosos, recobrámos el camino de la playa, y la embarcacion nos condujo en breve á bordo de la goleta.

CAPÍTULO XVII.

CALCUTA.

Dos dias despues, llegados en frente de Balassor, percibimos una mutacion en el color de las aguas que nos señaló las bocas del Hougly, brazo del Ganjes, en cuyas riberas se levanta Calcuta. El azul del Océano pasó á un verde sombrío y sucio. A esta distancia es adonde vienen los bateles costeños encargados de zampear las embarcaciones en medio de los canalizos del rio. El tribunal de marina de Calcuta ha organizado un servicio de doce buques de este jénero, de ciento cincuenta toneladas, en cuyo bordo hay un piloto, dos maestres, cuatro marineros y cuatro voluntarios. El precio del pilotaje del mar es en Calcuta para los Ingleses de cien rupias por un buque que cale nueve pies de agua; y se eleva hasta seiscientas rupias por un buque de veinte y tres pies de cala. La tasa es doble para los pabellones estranjeros. Cuando hay necesidad de un piloto, se despide un cañonazo para llamarlo, enarbolando un gallardete en la cima del pequeño mástil de perroquete, y finalmente llega. Si la embarcacion es pequeña, solo se deja á bordo un maestre; pero si es grande, embárcase el piloto por sí mismo y su goleta singla ante el buque para indicarle los canalizos. La navegacion del Hougly, peligrosa y variable, ecsije todas estas precauciones. La altura y la rapidez de las mareas, la situacion de los bancos, las dificultades del canal, la accion de los vientos casi siempre preligrosos, sea que sigan la propia direccion de la corriente, sea que la contraríen, ofrecen un conjunto de obstáculos del cual puede triunfar solamente una práctica diaria.

En las bocas del Hougly se estienden los *Sand-Heads* (cabezas de arena), especie de delta submarino de cincuenta millas de diámetro que se obstruye todos los años de terromonteros graduales producidos por las inundaciones. Nuestra pequeña goleta dió osadamente en esos canalizos, costeó la isla de Sangor, baja y pantanosa, y remontó el mismo dia hasta á Kadjery. En aquel punto se cruzaban en el rio una multitud de bateles, de yachts, bholiahs, panchways, embarcaciones grandes y pequeñas, de toda clase de formas y dimensiones. De todas las ensenadas llegaban barcos cargados de provisiones, y sus tripulaciones nos instaban sin cesar hasta habernos obligado á comprar algo. Estos barcos diferian muy poco de las chelingas de Madras y de Pondichery, y los naturales ofrecian siempre el mismo tipo de fisonomía; cabellos lisos, cortados caprichosamente, una chachara aturdidora, jestos animados y una desnudez enteramente primitiva.

En Kadjery se encuentra en la ribera derecha del rio el fango que termina la punta meridional de los bosques de Sundry famoso por sus bellas especies de tigres. Sobrevenida la noche, oímos sus rujidos, cual si se hallasen á algunos pasos de distancia de nosotros. Al dia siguiente debíamos verlos mas de cerca: despues de una media jornada de buena navegacion fondeámos á corta distancia de la orilla derecha, y aguardábamos allí que se retirase la marea, cuando dos hombres de nuestra tripulacion se aventuraron á desembarcar para cojer algunos frutos. No bien habian puesto el pie en tierra, cuando arremetió sobre ellos un tigre enorme, animal prodijioso, corpulento como un pequeño buey, horrífico y hermoso por su color leonado y negro. Arrebatar á uno de los Indos y llevárselo entre dientes, fué asunto de un abrir y cerrar de ojos. En vez de amedrentarse por semejante catástrofe, el otro marinero volvió tranquilamente al árbol, arrancó algunos mangles y volvió á bordo con toda impasibilidad. «Está pagada ya la parte correspondiente á los tigres, decia, nadie se halla ya en riesgo ahora.» Esta preocupacion es tan arraigada entre los Indos, que se resignan á pagar un diezmo en especie á esas bestias feroces, sin combatirlas, ni practicar medio alguno para destruirlas. Así que, desde la aldea de Koulpy hasta las islas de Clives se ven correr manadas de ellas por la orilla. Cuando se desmontaron estas islas, solamente eran pobladas por tigres. Era aquel el momento oportuno para preservarse de ellos; pues bien! los quinientos naturales empleados en esta faena, prefirieron dejarse diezmar que prepararse para la defensa. A vista del tigre ponianse en fuga, y cuando el animal habia cojido á uno de ellos, regresaban tranquilamente á su trabajo; de suerte que, á no ser por algunos Europeos bien armados, ni uno solo de aquellos animales hubiera muerto. La desaparicion de los bosques de aquellas islas ha terminado sin embargo con hacer desterrar los tigres á los bosques del continente, donde ecsisten aun en número considerable y temible. Su audacia llega á tanto, que algunas chalupas europeas han visto á varios de ellos arrojarse á nado para ir á atacarlas en el rio. Aquella enorme cabeza que asomaba á flor de agua, aquellos dos grandes ojos sanguinolentos erizados de una selva de pelos, aquella boca jadeante y hendida, aquella lengua de color de poso de vino; llenaban de terror á los mas intrépidos. Era preciso cortar á hachazos aquellas enormes patas que plantaban sus zarpas en los bordajes de la embarcacion.

A corto trecho mas arriba de Koulpy y en

las cercanías del abra del Diamante, vímos un cadáver que flotaba á flor de agua. Era el de un Indo inhumado segun la relijiosa costumbre del país. Cuando un natural está moribundo, es trasladado á la ribera del rio, y estendido sobre la arena, donde se le llenan de lodo las ventanas de la nariz y la boca. Apenas ha fallecido, lo arrojan al agua donde flota con la marea hasta que llega un cocodrilo que lo devore, ó que la misma corriente lo transporte á tierra como una presa ofrecida á los buitres y á los chacales. Este espectáculo de cadáveres flotantes es muy comun en los rios de Bengala; este jénero de inhumacion es provechoso á las aves de rapiña y á las bestias carnívoras que frecuentan sus riberas.

El abra del Diamante es una especie de recalo para los buques de la Compañía; en ella encuentran víveres y medicamentos, y en la misma se han establecido cuerpos muertos con los cuales una embarcacion puede apoyarse mejor que con un áncora; una corriente, que á véces alcanza á diez nudos, hace indispensable esta garantía de seguridad. Despues del abra del Diamente aparece Fulta, antigua posesion holandesa; Mayapour, en otro tiempo perteneciente á los Franceses; y en fin, á algunas leguas mas adentro, la rica y espléndida Calcuta, metrópoli del imperio anglo-indio, ciudad vasta y pomposa, designada ya á lo lejos por las agujas de sus monumentos, la linea de sus casas blancas y un cinto de deliciosos verjeles.

En uno de los últimos recodos del rio manifiéstase al principio el fuerte William, y detras de su esplanada la primera fila de habitaciones que pueden considerárse como una verdadera serie de palacios, algunos de los cuales tienen en el peristilo hasta veinte y cuatro columnas. Todos aquellos edificios, que forman una linea curva de mas de una legua de lonjitud, ofrecen el punto de vista mas noble é imponente.

De todos los establecimientos europeos fundados sucesivamente en el Hougly, Calcuta es el único que ha escojido su ribera izquierda, pero esta eleccion no parece muy feliz. El terreno tiene en Calcuta tan poca elevacion sobre el nivel de las aguas, que la esplanada que separa la ciudadela de la ciudad algunas veces ha sido sumerjida, y aun el mismo puerto no se halla completamente seguro. La barra ó *bore* es tan fuerte, que las embarcaciones estraen á veces sus anclas. En ciertos momentos de la marea hay un conflicto en las evoluciones del agua que determina una lama gruesa y á menudo peligrosa. El fondeadero de Calcuta se presenta de suerte que se hace sentir la barra, y á veces es muy dura, especialmente en los sicijias, de lo que resultan varios accidentes y una confusion de buques que se empujan y se destruyen. Un solo barco costeño, arrastrado esteriormente por la violencia de la corriente, es suficiente para meter la confusion en todo el puerto. La prevision inglesa, para superar este inconveniente de situacion, ha hecho construir recientemente un muelle en el cual pueden fondear los buques de mayor porte en un punto determinado.

El fuerte William, ciudadela de Calcuta, es de figura octógona con cinco lados regulares y los otros tres dispuestos irregularmente para dominar el rio con mayor comodidad. Este fuerte está situado enteramente al S. de la ciudad, y al O. de Chowringi. Su apariencia esterior es poco imponente, mas cuando se han pasado ya los puentes levadizos no puede menos de sorprender la estension y conjunto de las fortificaciones. La guarnicion del fuerte se compone en gran parte de Europeos, y todos los rejimientos recien desembarcados pagan un tributo al clima insalubre de la capital anglo-india. Fiebres biliosas y afecciones de hígado, acompañadas de disenterias persistentes, arrebatan un gran número de soldados. El uso inmoderado de los licores espiritosos agrava aun mas esas primeras causas de ecsorbitante mortalidad.

Wilmot y yo desembarcámos junto al fuerte, á 20 de mayo de 1830. Encontrábanse á la sazon en la esplanada muchos centenares de palanquetas estacionadas como sus portadores, cual nuestros carros de plaza, y aguardando que se presentara algun alquilador para la locacion, tasada á una rupia (dos francos y medio) por dia. Cada palanqueta cuenta cuatro hombres á su servicio, y ademas un portador de quitasol. Al lado de esos transportes de alquiler, habia un tropel de Indos que se precipitaron ante nuestro barco: eran otros daubachis ó mas bien sircares, nombre que se aplica en Calcuta á aquellos factotums indijenas. Algunas palabras de Wilmot fueron suficientes para ahuyentarlos, pues el escelente jóven decidiera la órden que alojase en casa de su padre. Empujóme hácia una palanqueta: «Casa Wilmot» esclamó, y los portadores emprendieron la marcha á los acentos de su voz.

Detuvímonos á la puerta de un palacio, señalado á lo lejos por un vasto peristilo de columnas y una galería superior ecsornada de estatuas. Era la casa Wilmot situada en el arrabal de Chowringi. Reinaban al rededor del palacio algunas balaustradas sostenidas por una columnata de órden jónico. Un Bengali que precedia las palanquetas anunciara la llegada del jóven Inglés. Toda la casa paterna permanecia de pie; el sircar á la cabeza, con sus vestidos de muselina blanca; los peones con sus varas de plata; el kansaman (mesonero), el abdar (escan-

ciador), el scherabdar (sumiller), los khitmutgars (lacayos), el sirdar (ayuda de cámara), los portadores y la servidumbre inferior, todos los cuales formaban un total de sesenta personas almenos.

Cuando Wilmot se apeó de su palanqueta, todos procuraban tocar el borde de su vestido, y le prodigaban las mas espresivas demostraciones de alegría. No hizo caso el Inglés; corrió hácia la sala donde le aguardaba su familia, y abrazó á su viejo padre y á sus jóvenes hermanas. Mucho tiempo hacia que ya no tenia madre. En medio de aquella escena doméstica, estaba yo completamente eclipsado, mas al fin Wilmot se acordó de mí. «Ah! disimule V.! me dijo, y presentóme en seguida á su padre y á sus hermanas. Era M. Wilmot un anciano gallardo y robusto todavía con un ojo gris lleno de penetracion y sagacidad, una frente saliente y descubierta, y cejas pobladas que caian sobre sus párpados. Las dos jóvenes, miss Ana y Harriet, la una de veinte años y la otra de diez y siete, eran dos criaturas frescas y suaves; su tez rosada y blanca contrastaba vivamente con el cielo indio y el bronceado tinte de su circuito. No pude menos de quedar arrobado al caer yo, peregrino nómado, en medio de aquel lujo asiático, de aquellos buscados regocijos, de aquella profusion de nababs: vivir bajo el mismo techo de aquellos ánjeles de Europa tan lindos, aunque trasladados de un país á otro; encontrar, cual oasis en mi sendero, un amistad castiza y adolescente, los cuidados de semejantes huéspedes y su afeccion; todo esto llenaba mi alma y obligaba á sumirla en los mas deliciosos sueños del porvenir. Una cordial acojida do respiraban la franqueza y el abandono, completó mi ilusion; así que, por la tarde me creía ya ser un miembro de la familia. Tenia yo un cuarto y una numerosa servidumbre bajo mis órdenes; en las espaciosas ventanas que ventilaban mi cuarto adaptábanse esteras hechas con las raíces del kouskous (*Andropogon muricatus*) que, manteniéndose húmedas, refrescan la atmósfera y ecsalan agradable perfume. A mas de esta precaucion, de lo alto del artesonado descendian *punkas*, abanicos jigantescos formados de una tela tendida sobre un catre lijero. Aquellas máquinas, puestas en movimiento por un criado, determinan un ajitacion constante en el aire que circula.

Al dia siguiente, dejé á Wilmot á sus faenas domésticas, y recorrí la capital con el sircar de la casa, Indo muy instruído, que poseía perfectamente el bengalí, el inglés y el francés. Al avanzarnos en la esplanada, el primer objeto que se presentó á mi vista fué una lejion de pájaros de jigantesca talle, que se paseaban por los oteros ó estaban encaramados al glacis de la ciudadela. Este pájaro era una especie de cigueña (*ardea argala*) llamada en el país *hurgila* (comedor de huesos), ó *ayudante* á causa de la gravedad particular de su marcha. El altura de esta ave llega hasta cinco pies, su pico triangular, puntiagudo, tiene 18 pulgadas de lonjitud y casi no puede tocarse por la esfoliacion de su sustancia; sus ojos pequeños son de un hermoso zarco; en vez de plumas, su cabeza y su cerviz tienen pelos raros y negros; el pecho, el vientre, la parte superior de las alas y algunas plumas de la cola son gris; el resto de un azul subido; sus patas blancas son prolongadas y singularmente sutiles. Empero, lo que los distingue de todos los demas pájaros es un buche membranoso cilíndrico que pende de la base del cuello, mientras que la parte superior parece cual redoma entre las espaldas. El animal puede hinchar ó disminuir este saco á su capricho; en el primer caso se desenvuelven hasta una lonjitud de diez pulgadas sobre cuatro de diámetro. La utilidad de este singular apéndice no está todavía bien definida, y créese jeneralmente que es el almacen donde los huesos, que constituyen en gran parte los alimentos del animal, son macerados y conservados. Con todo, algunas observaciones bastante ecsactas contradicen este dato popular.

Los ayudantes van por las calles y plazas de Calcuta de un modo digno y procesional. Lejos de temer á la multitud, no se apartan por ella, antes van á embarazar las piernas de los hombres y de los caballos. Su mansion predilecta es el fuerte William, donde los despojos del matadero militar les suministran una presa segura y cotidiana. Todos los dias y á un tiempo se dirijen juntamente ante las casernas y se disputan á picotazos los enormes huesos que les arrojan los soldados. A veces los soldados de la guarnicion imajinan contra ellos diversiones mas ó menos permitidas, mas ó menos inocentes. Recientemente se habia arrojado en medio de la tropa famélica un hueso cargado de pólvora y provisto de un cohete encendido. Devorólo un desgraciado ayudante y saltó al aire como un hornillo de mina. Castigóse á la inglesa al autor de aquel lance, y pasó á las vergas.

Fuera de las horas de comer, estos pájaros permanecen inmóviles sobre el glacis del fuerte William con ese aire de estúpida apatía que caracteriza á los individuos de la propia familia. De esta suerte están allí cosa de medio dia unos sobre una pierna, otros sobre dos, ó bien tendidos de vientre ó de lado.

Calcuta está situada sobre un terreno de aluvion producido por inundaciones casi contemporaneas. Desde que la Compañía de las Indias ha centralizado en este punto su administracion po-

lítica y comercial, la ciudad ha tomado un desarrollo fabuloso. Allí, donde millares de hombres vivientes se acuerdan de haber presenciado una miserable aldea inda, construída de junco, y perdida entre lodazales, estiéndese actualmente una capital de mas de 600.000 almas. En ella se han elevado, al par de edificios europeos monumentos de arquitectura indíjena. En la parte occidental se encuentra la Ciudad-Negra ó arrabal indo, en el cual, por lo que hace á monumentos, solo se ven algunas pagodas y mezquitas de bastante mal gusto, en medio de calles sucias y tortuosas. Las únicas construcciones que merezcan mencionarse consisten en un vasto bazar arruinado, situado en los lindes de Chowringi, y las moradas de ricos *babous* ó nobles indios que, por su estension y órden, con sus techos bajos y sus ventanas estrechas, recuerdan algun tanto la arquitectura de nuestros antiguos conventos. Esta Ciudad-Negra ocupa un trecho inmenso, y es poblada de Bengalís, Maratas, Malabares, Birmanes, Chinos, Árabes, Persas, isleños del archipiélago malayo, Judíos y mercaderes procedentes de todas las comarcas del Asia. Es una verdadera Babilonia por su confusion de lenguas.

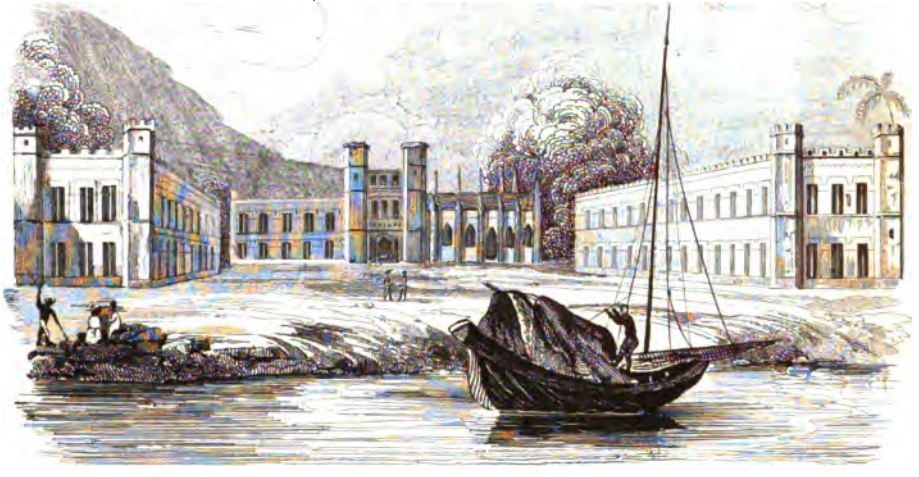
Por el contrario Chowringi es la Europa, la Europa elegante; es Lóndres con su Hyde-Park; Paris con sus Campos Eliseos. A la caída del sol, cuando el agua del Ganjes ha refrescado el paseo de Chowringi, se ven cruzar, correr, estacionar landaus, tilburys, boghehys, cargados de mujeres elegantes, y graves oficiales de la Compañía, comerciantes ingleses, Armenios con gorro puntiagudo, ó babous con turbante chato, unos y otros amantes de afectar un poco de lujo europeo. Sin embargo, aquella imitacion de nuestras modas fastuosas no es tan ecsacta que no puedan columbrarse sus diferencias al primer golpe de vista. En lugar de las magníficas yuntas ingleses, los coches de Calcuta solo ofrecen caballos del país de raza inferior, y los conductores indos, con sus vestidos de muselina y sus piernas desnudas y negras, no se encuentran en muy buen estado de sostener el parangon con los cocheros y grooms de Lóndres.

Tras la esplanada solo se encuentra Tank-Square y algunas otras calles habitadas por los Europeos. El Durumtollah y el Cossitollah tienen una poblacion mezclada. Entre los edificios de Chowringi deben citarse las casas consistoriales, el palacio del gobierno, el tribunal de justicia, las dos iglesias anglicanas, las de los presbiterianos y algunos t mplos dedicados á los demas cultos. Los establecimientos públicos consisten en el colejio sanscrito del gobierno, el colejio episcopal *(bishop's college)*, el *medresseh* ó colejio mahometano, el jimnasio de Calcuta, la academia armenia, la escuela de comercio. la escuela de las jóvenes indianas, la sociedad asiática, la sociedad de medicina y de frenelojía, el teatro, el jardin botánico y muchas tipografías. Segun M. Hamilton, publicábanse en 1826 once diarios en Calcuta, de los cuales cuatro eran en bengalí y dos en persa. De todos los edificios enumerados, el mas notable es sin contradiccion el palacio del gobierno: consiste en dos galerías semicirculares opuestas por su cima y reunidas en el centro por medio de un inmenso vestíbulo. No obstante, la fachada esterior, cargada de una triple columnata, es de un efecto sobrado grosero. Dos altos, en vez de tres, hubiesen bastado, y el palacio hubiera ofrecido mejor aspecto. El colejio episcopal es tambien muy notable, con dos grandes cascos que rematan en una espaciosa capilla (Pl. XVI—1). La catedral protestante no está destituída de faltas: su torre es maciza, y su disposicion poco regular, pero el conjunto jeneralmente agrada.

Al E. de Calcuta hay un vasto estanque de agua salobre que forma el límite de los Sounderbunds. En el espacio que se prolonga entre este lago y la ciudad, agrúpanse millares de casas indianas entrecortadas de jardines. Es un arrabal insalubre donde no penetran jamas los Europeos; á mayor distancia y hácia el S. corre el *Nullah-Tolly* (rio de Tolly), pequeño brazo del Hougly, en el que pretenden los Indos ver al verdadero Ganjes. Así es que hacen todas sus devociones en aquel brazo de rio, y no en el rio que surcan las embarcaciones europeas. Cada mañana, un poco antes de salir el sol, vense descender á él muchos millares de naturales que, despues de las supuestas abluciones, se frotan las mejillas y la frente con tierra blanca, amarilla y encarnada, y esclaman en alta voz: *Ram! Ram!* Algunos bracmanes, recostados en la arena, cuentan los granos de sus rosarios y revuelven las pájinas de sus libros de hojas de talipot ó de banano.

En la ribera occidental del Hougly dibújase la importante poblacion de Howrah, habitada por arquitectos navales. El camino principal que corre á lo largo de Calcuta y de Chowringi lleva el título de *Camino redondo*, y sigue á poca diferencia una linea trazada por zanjas hechas en la época de la guerra contra los Maratas. En aquel punto detiénese el límite de las inmunidades inglesas y de la jurisdiccion de Calcuta. Todos los delitos cometidos aquende de esa barrera son juzgados por el *Sudder Adawlut*, ó Tribunal supremo; allende majistrado del lugar. En caso de apelacion, el asunto es llevado ante el *Sudder-Dewani*, ó Tribunal del pueblo en Chowringi para vaciar la postrera instancia segun las reglas del Koran ó segun las leyes de Menou.

El jardin botánico de Calcuta que, en sus



1 Collége de l'Evêque à Calcutta.

1 Colegio del Obispo en Calcuta

2. Dévotions des Hindous.

2. Devociones de los Indúes

de Jainson del.

VOYAGE
VIAJE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

treinta años de ecsistencia, ha podido formar ya un catálogo de cuatro mil plantas, está situado en la ribera derecha del Hougly á algunas millas de distancia de la ciudad; su ámbito cuenta cerca dos leguas. Fundado por el doctor Roxburg, este jardin sufrió algun tanto en la época en que este hábil botánico partió para Europa; pero el doctor Wallich, Danés de oríjen, hombre lleno de saber y de actividad, continuó el movimiento de impulsion dado por su predecesor. Merced á su zelo, este local ha venido á ser un pequeño Eden, donde todas las plantas del globo vejetan y se desenvuelven con todo su lujo de vejetacion orijinaria. A las preciosas colecciones de las plantas del Bengala, del Silhet, de Garrow, de las montañas del Népaul, ha agregado individuos de todas las especies raras que crecen en el Cabo, en el Brasil, en el Australia y la Oceania. La mayor riqueza del jardin consiste en palmeras, á causa de la proporcion que ofreciera el comercio de India á India, de reunir un gran múmero de especies de esta elegante familia. Un bello bosquecillo de *Sagus-Rumphii* es lo mas precioso que se ve en este jénero: es verdaderamente, como se ha dicho, el tipo primordial de la columna y del arco gótico; el tallo y las ramas de este sotillo reproducen todos sus accidentes. Los árboles están plantados en él en forma de avenidas regulares, que se cruzan á ángulos rectos, y la altura de los tallos es tan igual, el arco de las ramas tan regular; que con dificultad puede creerse que sea una simetría natural. Si á esto se añade un follaje denso é impenetrable, una desnudez absoluta de vejetacion al rededor de sus árboles, comprenderáse el modo como una calle de *Sagus Rumphii* puede representar al artista y al poeta todas las grandezas de una catedral gótica.

Entre los demas tesoros de este jardin, deben citarse algunos *Borassus flabelliformis* ó palmyra. Este palmyra y el cocotero producen el licor llamado toddy, especie de aguardiente que lleva el nombre de *el arac de los parias*. Este licor puede obtenerse cortando el asta floral y atando en su lugar una botella ó una calabaza para recibir el zumo que destila. Tambien se encuentran en el jardin hermosos bejucos de la América del Sur, plantíos del archipiélago malayo de un altura y de un aspecto maravilloso. No obstante la bondad del clima y del suelo, hay algunas especies que han abortado en este terreno; tales son, entre otras, el pino de Nueva Caledonia y el adansonia del Senegal. A mas del jardin botánico de Calcuta, el doctor Wallich dirije otro en Titty-Ghur, cerca Barrackpour, bien que ese establecimiento está destinado con mas especialidad á las plantas útiles que se quieran aclimatar en Bengala.

Barrackpour, situado á diez y seis millas al N. de Calcuta, es al propio tiempo un acantonamiento militar y una residencia favorita del gobernador jeneral que posee en él una hermosa quinta. Por lo que hace á las riberas del Hougly, Barrackpour se halla frente del establecimiento danés de Serampour, que se alza allende una vasta cascada con sus habitaciones blancas, su pabellon nacional y su pequeña cúpula al parecer lanzada al aire. Durante mi permanencia en Calcuta, lord Bentinck, gobernador jeneral del imperio anglo-indio, moraba en Barrackpour. Su alojamiento es cómodo y espacioso, circundado de *bungalows* ó pabellones, destinados á los visitadores y á los ayudantes de campo que se hallan de servicio. Un parque de trescientos acres, dependiente de este palacio, reune los mas bellos macizos de árboles, y las praderas mas ricas que puedan concebirse. En él se conservan muchos animales raros, entre ellos el ghyal, animal orijinario del Tibet y del Népaul, mas corpulento que el búfalo y armado de escesivas astas; una especie de zebra, linces, tigres y leopardos, osos de Bengala y de Serampour, puerco-espines y kangourous. A veces se manifiestan en esos contornos aquellas peligrosas serpientes conocidas bajo el nombre de *Cobra di Capello*, las cuales frecuentan las ruínas desiertas, los parajes secos y las pagodas abandonadas. Las serpientes acuátiles son menos raras; á todas horas salen del rio enormes cocodrilos que se estienden al sol en la ribera. Dos especies se cuentan de estas serpientes; la una, parecida al cocodrilo del Nilo, tiene el hocico muy prolongado, y jamas ataca, á menos que sea provocado: la otra, mas pequeña y de cabeza redonda, se abalanza á los animales y á los imprudentes que van á bañarse. Muchos viajeros aseguran que á veces roban jóvenes Indas cuando van al Ganjes á sacar agua, y si se debe dar crédito á mi sircar, cierto dia un cocodrilo se apoderó de una jóven de quince años, y la paseó por el agua, apesar de sus gritos lamentables, por espacio de diez minutos almenos; y en el momento en que un barco iba á libertarla, zambullióse con su presa, dejando á toda aquella multitud sobrecojida de terror y de piedad.

A mas de su campo de Barrackpour que encierra alojamientos ventilados y sanos para la tropa, Calcuta tiene una segunda aldea militar, la de Dum-Dum, que contiene el parque mas magnífico de artillería de todo el imperio anglo-indio. Las casernas consisten en pequeñas construcciones bajas y adornadas de balaustradas al estilo del país. En aquel sitio reside un jeneral en una deliciosa casa situada sobre un montecillo de escombros y circundado de verjeles encantadores. Lord Clive embelleció aquel

local que constituía su morada casi habitual.

Como en todas las incursiones de las cercanías deseaba visitar cuanto escitase nuestros recuerdos franceses en aquel punto del Indostan, fuí hasta á Chandernagor en un buggero, batel del Ganjes. M. Cordier, el mismo que antiguamente sostuvo el honor de nuestro pabellon con 32 Cipayos, gobernaba á la sazon en nombre de la Francia aquel miserable é insignificante apostadero. Cuando yo pasé á Chandernagor, hablábase mucho de un jóven naturalista, arrebatado despues á la ciencia, Victor Jacquemont, que, cinco meses antes, atravesara la comarca para verificar una vasta esploracion en el interior del Asia. Pobre Jacquemont! tan deseado y tan lleno del porvenir! A los treinta y un años de edad, regresaba ya con muchos hechos ersactamente averiguados, cargado de cascajos de todo jénero. Habia sucesivamente visitado Benares Delhi, las cumbres del Hymalaya, las fuentes del Jumma y del Ganjes; habia avanzado hasta el reino de Lahore y el fabuloso valle de Kachemyr, y despues de tres años de viaje llegaba de allí con tan precioso tesoro de observaciones inteligentes, con tan rico botin de sabias anotaciones! Pues bien! ha muerto! ha muerto á fines de 1832 en Bombay, cuando tenia ya un pie en el navío que debia conducirlo de nuevo á Francia; ha muerto de una enfermedad de hígado, en el término de pocas semanas, en el momento en que el reposo del bordo y el aire sano del alta mar iban á militar contra la fatiga y la influencia de una atmósfera insalubre. Fuerza es llorar, mas que á los sabios encanecidos, á estas jóvenes ilustraciones que nos abandonan sin haber espresado sus últimos conceptos; fuerza es lamentar con especialidad esos trabajos tomados bajo el punto de vista de jóven, esta ciencia tierna y vírjen que no tiene compromiso alguno con lo pasado, que no es sistemática, aborrecible ni envidiosa, que comunica vida á la inspiracion y no procede con el partido tomado de ser árido y fatigoso. Sí, fuerza es derramar lágrimas sobre todo esto, porque semejantes hombres son raros, sea á causa de su escentricidad, sea por la rareza de las condiciones bajo las que deben producirse.

En todos los ángulos de Chandernagor se hablaba de Victor Jacquemont: en aquella escala, donde hay algunos Franceses que saben resistir contra la innavegabilidad del rio, contra el gran monopolio inglés y los lances comerciales de dia en dia mas desesperados, conservábase mas fresca que en Calcuta, ciudad de tráfico y de bullicio, la memoria del viajero compatriota. No que no se hubiese hablado tambien en la metrópoli inglesa de Jacquemont; al contrario, el gobernador jeneral de la India, lord Bentinck, habia distinguido al jóven naturalista; habíalo acojido con la mas franca cordialidad; sir Cárlos Grey, el caballero Ryam, M. Pearson habíanse disputado el placer de tenerlo; los modales vivos y naturales del Francés, su entusiasmo, su amor á los asuntos científicos habian determinado en su favor una ecsaltacion de que se resentia la misma flema británica. Pero en Chandernagor, en medio de un puñado de compatriotas, el efecto habia sido aun mayor y mas duradero. El escelente M. Cordier no podia hablar de Jacquemont sin enternecerse; seguíalo cual padre á su regreso del Hymalaya, injeniábase para hacerle á manos todas sus cartas, y colocábase entre él y la Francia como intermediario activo y desinteresado.

Por lo demas, aquel gobernador no se alucinaba acerca del porvenir de nuestro pequeño apostadero comercial; confesaba aun que su presencia no producia utilidad alguna real. Algunas calles desiertas, varias casas bajas é inhabitadas, un puerto vacío de embarcaciones, un muelle sin mercancías; tal es el desoládo aspecto que ofrecia Chandernagor. El establecimiento danés de Serampour, bien que decaído, no presentaba tan triste esterior. Situado cerca de Calcuta, en una comarca bastante salubre, recluta una poblacion de Europeos que la carestía de víveres aleja de la metrópoli. Es una ciudad muy hermosa y perfectamente construída: el coronel Kref ting, que la administró por largo tiempo, organizó en ella una policía y un órden admirable, con 30 Cipayos ó peones armados bajo su direccion, Por los años 1823, unos piratas del Ganjes atacaron la plaza; pero el bravo coronel, anciano de canas, se puso al frente de sus dos docenas de malos soldados del país, atacó á los malhechores, mató muchos con su propia mano, é hizo prisioneros algunos otros que fueron ahorcados para castigo ejemplar. Desde aquella osada represion, no ha tenido lugar alguna nueva tentativa contra Serampour. Empero, si esta factoría no tiene nada que temer de las violencias de los indíjenas, otros jérmenes de destruccion ecsisten á su lado, en esta concurrencia inglesa que la absorve y estenua. Su importancia comercial va declinando diariamente, y en breves años Serampour se verá reducida á solicitar una naturalizacion inglesa.

Al través de estas pequeñas escursiones, pretendí por repetidas veces penetrar en la morada de los indíjenas, mas siempre que acometia una tentativa de semejante naturaleza, deteníame mi sircar con una espresion de pavor, y yo reconocia en el actitud de los propietarios que no hubiera sido un proceder prudente persistir en mi objeto. A los ojos de los

Indos, la presencia de un Europeo en su domicilio es efectivamente una mancha indeleble, y de ningun modo puede penetrarse en las piezas interiores mas que á la violencia. Menos delicados son los Mahometanos, pues esceptuando el alojamiento de las mujeres que permanece vedado, las puertas de su casa son abiertas á los visitadores. La raza de los Musulmanes es visiblemente mas bella que todas las demas razas orijinarias; la regularidad de las facciones, el tinte menos obscuro de la piel, la proporcion y robustez de los miembros, la nobleza de sus maneras, todos estos caractéres no cooperan menos á distinguirlos que la elegante sencillez de sus trajes.

En Chandernagor, en Serampour, en Barrackpour, ví pagodas cuya arquitectura dejaba muy atras la de los templos mezquinos de Calcuta. Allí encontré algunas de las magnificencias de Jaggernaut, situadas como un primer gusto sobre el camino de Benares. Asimismo ví por primera vez elefantes cargados de *houdhas*, que consisten en sitios ó pabellones cubiertos que se sujetan sobre el cerro de aquellas cabalgaduras, y que sirven á los viajeros. Los houdahs para uso de los Europeos son muy parecidos á un birlocho: los de los babous indos son menos altos, pero mas ecsornados. Un elefante así cubierto de mantillas de oro y caparazones galancetes presenta uno de los cuadros asiáticos mas familiares en Europa y al propio tiempo los mas característicos. Aunque el elefante indio pasa por inferior en talle á las especies que se encuentran en África central, tiene maneras de una nobleza imponente, y conserva aun en el estado de domesticidad algo de su altivez nativa y salvaje. Sobrado se ha hablado ya de la portentosa intelijencia de estos animales, para recordar una multitud de anécdotas verdaderas ó falsas sobre el mismo objeto. Al ver al elefante tan monstruoso y tan fuerte, obedecer á un jesto imperceptible del mahout ó cornac montado sobre su cerviz, es imposible no reconocer un instinto de obediencia agregado á la sagacidad mas sutil. Cuando un elefante marcha con los viajeros hay, ademas del mahout que lo dirije, un portador de quitasol colocado sobre su grupa, á sus lados un guia que anda á pie y conversa con él, para indicarle el mejor lado del camino: « Cuidado.... hé aquí una ornera.... Guarda, el sendero es resbaladizo.... por acá, por acá!... » Este monólogo dura á veces todo el transcurso del viaje. Por el contrario, el mahout no abre boca jamas; si quiere variar la direccion, advierte á su elefante batiendo con la pierna uno de los lados del cuello: si quiere apretar el paso, le pica con su aguja ó bien le detiene dándole un golpe en la nariz. El imperio que ejercen esos cornacs sobre la bestia que dirijen, es un hecho demostrado por mil ejemplos. El obispo Haber refiere que, poco tiempo antes de su llegada á Bengala, en 1822, acababa de condenarse á muerte á uno de esos mahouts. Replicado ú ofendido por una mujer, aquel hombre hiciera un pequeño signo á su elefante, el cual, cojiendo con su trompa á la víctima designada, la destrozara bajo sus pies. Así que, sea para evitar tales accidentes, sea á causa del miedo que tienen los caballos al elefante, está prohibido hacerlos circular en Calcuta y á un radio de cinco millas. Estos elefantes domésticos prestan en la India todo jénero de servicios; animales de parada, de viaje ó de combate, deben considerarse ademas como los mas seguros ausiliares del hombre en la caza de las bestias feroces. El tigre, á cuya presencia tiembla el caballo de pies á cabeza, escita todo el valor del noble elefante. Reúnese cierto número de estos, montan en ellos los mahouts y los cazadores armados con fusiles, pieles, arcos y flechas; y cuando el bruto se halla fatigado, desea luchar contra sus adversarios, bien que esta lucha desigual no dura por largo tiempo; los elefantes meten sus colmillos en el cuerpo del tigre ó lo destrozan hollándolo con sus pies (Pl. XIX — 2).

De esta suerte empleé los primeros dias que transcurrieron desde mi llegada. Instado paraque fuese á visitarlo todo, solo concedia pocas horas á mis huéspedes siempre afectuosos, siempre escelentes conmigo. Por otra parte un objeto mas personal impeliame á buscar en el esterior distracciones de placeres ó negocios. La jóven hermana de Wilmot, miss Harriett, me ocupaba sobrado al vivo paraque contemporizase con aquella preocupacion naciente. Queria rara vez la ocasion que me encontrase solo con ella: el padre Wilmot era una especie de puritano, de moral austera y prácticas severas. Una regla harto dura administraba su casa: Ana y Harriett, educadas por él, estaban imbuídas en doctrinas metodistas, y yo comprendí que las hijas del rico industrial solo habian ido creciendo para la futura beatificacion de algunos jóvenes pastores anglicanos: de voz melífera y formas delicadas. Un misionero procedente del Tibet, un predicador de encumbrada nombradía, un obispo quizás, eran los destinados para formar parte de aquella piadosa familia, por cuya causa no podia yo, indigno católico, buscar partido mas seguro que el de curarme de una primera impresion. Púselo en práctica, no obstante mi amigo Wilmot que visiblemente me protejia contra todos juntos; hícelo, y con razon.

Sin embargo, cierto dia mi estoicismo se halló sujeto á una cruda tentacion: la mas hermosa de las dos hermanas, miss Harriett, vino

á encontrarme en mi propio cuarto, en donde me hallaba solo fumando un *houkah* (pipa persa). « Caballero, me dijo, hoy debo ir á la escuela de las jóvenes indas; hoy es dia de ecsámen; mistriss Wilson, su directora, debe interrogarlas. Si quiere V. venir conmigo.... » No podia yo menos de aceptar la oferta, y en consecuencia partímos todos dos sin otros vijilantes que un esaim de criados. Aquella escuela de jóvenes habia sido fundada diez años antes por mistriss Wilson, mujer de un misionero inglés; antes de ella no se sabia de mujer inda que supiese leer, escribir y coser. Estaba reservado á mistriss Wilson realizar este prodijio; de seis á siete niñas ó adultas, habíase elevado ya el número de sus discípulas á ochocientas. Familia alguna de indíjenas, inda ó musulmana, pusiera obstáculo á que se enseñase el catecismo á los niños, y la única restriccion que habia á una completa condescendencia era que no se ecsijiese de ellos nada que alterase sus castas. Los mismos bracmanes parecian prestarse á esta innovacion, puesto que, á nuestra llegada al salon, vímos un gran número de ellos colocados entre los espectadores. Lady William Bentinck, esposa del gobernador jeneral, lady Grey, mistriss Ryan y una multitud de otras notabilidades inglesas, asistian á la sesion. Empezó el ecsámen, y debo confesar que fué un espectáculo lleno de interés. Era preciso ver á aquellas niñas de bronceada tez pero con semblante espresivo é intelijente, medio desnudas, con sus cabellos trenzados, y su frente dada de encarnado y de blanco, cubiertas con un velo de muselina echado sobre su cabeza, venir en medio del círculo para decorar sus lecciones. En honor de la ceremonia, sus padres las habian cargado de todas las sortijas y de todos los brazaletes que habian podido procurarse (Pl. XVIII—4). Durante la sesion, miss Harriett Wilmot conversó alegramente conmigo; todas las autoridades de la ciudad que se hallaban allí fueron revistadas, y, apesar de su reserva, la jóven metodista no pudo menos de referirme anécdotas poco edificantes por cuenta de algunas señoras de la asamblea.

Algunos dias despues, presentósome el espectáculo de un *durbar* ó gran madrugamiento del gobernador jeneral, al que asistí con Wilmot. El durbar consiste en una suerte de audiencia solemne que da lord Bentinck en ciertas épocas á los ricos baubous de Calcuta ó á los *wakils* ó enviados de los príncipes indios. A nuestra llegada, observámos una multitud de notables indos colocados en la galería en forma de un doble seto. Algunos sabios indíjenas, viajeros orientales, rajahs y otros naturales, aguardaban la llegada del verdadero monarca del Indostan. Probablemente era una cosa muy repugnante para lord Bentink, viejo soldado de la guerra de España, hombre de radicalismo, filósofo en sus sencillas maneras, representar en su palacio una comedia asiática; pero era indispensable á la política. A los ojos de los Orientales, el poderío está en la representacion, y no hubieran consentido sin duda en la supremacía inglesa en las formas ordinarias de nuestros gobiernos europeos; era precisa mayor pompa, mayor fausto en el de Calcuta que en el de San James, por cuyo motivo no bien hubo entrado en la sala lord Bentinck, revistió á un rajah de un *khelat* ó manto de brocado. A los unos les dió pendientes de diamantes, á los otros collares de perlas, y á todos derramó por los pañuelos muchos chorros de *attar* ó agua de rosas. Los wakils de Oude, de Nagpour y del Népaul, khans persas, emyres árabes, rajahs y nababs pasaron á mi vista sucesivamente, en medio de una comitiva de oficiales ingleses; aquellos trajes de muselina blanca, bordados de oro y piedras preciosas de los khelats, aquellos uniformes británicos sembrados de bordaduras, aquellas cimeras que ondeaban sobre los sombreros; todo formaba un contraste imposible de describir.

Lanzado ya en la carrera de los espectáculos, no quise pasar ninguno por alto. Fuí á los raouts de la ciudad, á las tertulias, al coliseo, y por fin á una fiesta indíjena, á un *natche* que daba un rico babou. Llegámos ante la fachada de su palacio brillantemente iluminada y concurrida de curiosos. Vímonos introducidos en un espacioso salon, en cuyo interior corrian dos galerías, la superior estaba destinada á las mujeres del babou que disfrutaban del espectáculo ocultas tras una persiana, la segunda era libre para los concurrentes. Aquellas dos galerías estaban sostenidas por columnas de estuco, y aquella inmensa sala, iluminada por candelabros de cristal, ofrecia una escena ciertamente májica. En el momento en que entrámos, cantaba la célebre Nickia, Catalani del Oriente, modulando arias indas acompañadas por una orquesta muy poco melodiosa. Terminada el aria, empezó el natche. Llámase natche un baile enteramente indo, que nada tiene de comun con los que ejecutan las bayaderas, *devedassis*, *canceni* y otras sacerdotisas de las pagodas. Los que ejecutan el natcha son *rum-djenies*, que se agrupan de tres en tres, y en vez de afectar las actitudes lascivas de las bayaderas, acompañan en todos sus movimientos no menos reserva que gracia. El traje corresponde al estilo del baile; en vez del lijero taparabo que pone de manifiesto contornos semidesnudos, las rum-djenies traen anchos vestidos bordados de oro y plata: el vestido inferior es muy lato, hínchase cual globo aerostático cuando jiran con rapidez; so-

. F NEW YOR
BLIC LIBRA
ASTOR LENOX
LDEN FOUND

1. *Natche, danse hindoue.*

1. Nache, danza Indúa.

2. *Chasse au Tigre.*

2. Caza al Tigre.

J. Janson del.

VOYAGE
VIAJE

bre sus tovillos caen anchos pantalones, y sus pies, guarnecidos de cascabeles, sirven para marcar la cadencia. A veces las bailarinas del natche se reducen á ondulaciones y pasos destituídos de carácter preciso, pero comunmente ejecutan pantomimas con una gran verdad de continente y de jestos (Pl. XIX — 1).

La orquesta de los Indos se compone de una multitud de instrumentos entre los cuales descuella el tambor que se reproduce bajo todas las variedades; cuéntanse ademas el *hauk*, tambor enorme y tan sumamente ruidoso, que para tocarlo se necesita el permiso de las autoridades del distrito; el *ourni*, guitarra grosera formada de una nuez de cocotero rasgada por medio, y sobre la que se zangarrea con un palo de mambú, instrumento que no produce mas que dos sonidos, el uno parecido al maullido de un gato, el otro al aullo de una bestia feroz; el *kôle*, tambor de los penitentes devotos; el *djourg'hadje*, doble tambor formado de dos grandes cajas desiguales, una especie de trompa semejante á nuestros cañones de órgano; el *sarenguy*, algo parecido al violoncelo y produce algunos sonidos bastante dulces; el *nagassaram*, especie de oboé; los timbales maratas mas usitados en una marcha y destinados para ser puestos sobre el cerro de un camello; el *pani cavané*, suerte de flauta que se usa en los dias de luto; la trompeta marata, instrumento militar; el *djongo*, especie de tambor con dos baquetas; el *combou*, corneta usado en las pagodas; el *song*, ó bocio en el cual sopla un bracman; el *tourti*, gaita que funciona en todas las pagodas y acompaña los movimientos de las bayaderas (Pl. XIX — 1); el *nagur*, ó timbal; el *vina*, especie de guitarra; el *pennak*; el *sarindah*; el *sourmongolah*; el *dôle*; el *sitar*; la flauta de cidra cayota; el *hoeïrah*; el *tabla*, y en fin el *nagabotte*, grueso tambor que se lleva sobre un elefante ante los príncipes mogoles ó indos.

Tales son los instrumentos asiáticos que reunidos formarian sin duda un aturdidora orquesta, pero nunca ha podido conseguirse fuesen tocados todos juntos. Los natches se contentan con una reunion de siete ú ocho músicos, mas que suficiente para despellejar orejas europeas.

Aunque los babous de Calcuta se placen en cortejar á sus correlijionarios y los visitadores ingleses en cualquier tiempo del año, con todo hay un mes en que el uso de los natches es mas frecuente y contajioso. Esto acontece á 9, 10 y 11 de octubre, cuando la fiesta de Dourga-Poujah, en cuya época la Calcuta india se halla en el carnaval. De dia se verifican las procesiones, y por la noche, el domicilio de los mas ricos babous está abierto á todas las personas decentemente vestidas. En la sala del natche se halla la imájen de la divinidad, recostada, esculpida en madera y ricamente ecsornada. Al entrar los visitadores, se les alinea cabe Dourga y se les rocía con agua de rosa. En aquellos dias de fiesta estraordinaria, se han visto ricos Indos gastar hasta 100.000 rupias ya por devocion, ya por vanidad.

Una fiesta que en nada cede á la de Dourga es la fiesta de Churruck-Poujah, en honor de la diosa Kali, que tiene lugar á 10 de abril. Ya desde la víspera por la tarde, reúnese la multitud en las riberas del rio, y los devotos, montados en una especie de percha de mambú, se arrojan en tierra sobre unos colchones que amortiguan el golpe de su caída. El dia 10, antes de amanecer, recorre las calles la música indíjena, y convoca los fieles al meïdan. Allí es donde se reunen y se empujan trescientos mil Indios; en todas partes flotan pabellones de cien colores, en todas partes se erijen teatros para las danzas relijiosas. Aquella multitud vestida de blanco, aquel rimbombo de agudos instrumentos, aquel movimiento, aquel tumulto, solo son el preludio de la marcha procesional. Hé aquí la devota comitiva. Sus actores y gran parte de los concurrentes traen el rostro, el cuerpo y los vestidos pintorreados de encarnado: creyéraseles salidos de un baño de vermellon. Coronas, ceñidores y guirnaldas de flores completan los trajes festivos. La comitiva va precedida y seguida de trofeos y teatros ambulantes arrastrados por caballos ó bueyes; en primer lugar van los símbolos y representaciones mitolójicas, y en seguida imitaciones de soldados, naves y armas de los Europeos. Tras esto llegan los penitentes armados de hierros incandescentes que se aplican á los costados, ó pequeños puñales con los que se atraviesan la lengua ó el brazo. Desnudos hasta la cintura, con el cuerpo cubierto de flores y dado de vermellon, con sus prolongadas y grasientas cabelleras, esfuérzanse en mostrarse joviales, pero la sonrisa no asoma mas que en sus labios, pues se ve manifiestamente que padecen y que combaten contra el dolor. En todo el tiempo que desfila la comitiva, reina entre aquella inmensa multitud el órden mas admirable.

Por la tarde se dirije á Boitaconnah, arrabal de Calcuta habitado por el populacho indo, y en el cual se elevan los *árboles jiratorios*; tales son una máquina destinada á la espiacion, que consiste en un mástil de unos doce pies de altura clavado fuertemente en tierra y superado de una percha que, jirando sobre su centro, tiene al propio tiempo un movimiento de columpio sobre aquel eje. A cada estremidad de esta percha hay una cuerda, la una con garabatos de hierro para el paciente, la otra para los

sacerdotes que deben levantarlo. Apenas comparece en la plaza de Boitaconnah la benévola víctima cobijada de flores y escoltada por el colejio de bracmanes, todos los concurrentes prorumpen en un grito de alegría. Detiénese el paciente al pie del árbol, contempla con indiferencia aquellos preparativos y dirije el suplicio por sí mismo. Entonces es cuando los bracmanes le sepultan en sus caderas dos enormes garabatos que penetran en la masa de los músculos lonjitudinales, y que se sujetan por medio de un ancha banda de lienzo colocada al rededor de los lomos. Terminada esta operacion, algunos hombres se abalanzan al otro estremo de la percha y levantan al infortunado á diez pies del suelo, en cuya altura se imprime á la máquina un movimiento de rotacion, al paso que el paciente difunde por la multitud manojos de flores ó nueces de coco. Algunos fanáticos se han visto, al punto en que les iban á clavar los garabatos, pedir por sí mismos con instancia una prolongacion del suplicio.

Todas estas ceremonias que recojiera yo en Jaggernaut ó en los alrededores de Calcuta, me habian inspirado el deseo de conocer á fondo aquel culto indio tan lleno de esteriores pompas, tan rijido, tan bárbaro, tan esclusivo, tan profundamente arraigado en aquellas poblaciones indolentes. Algun tiempo antes, me habia prometido remontar el Ganjes hasta á Benares, esta Roma inda, como la llama el obispo Haber que la describió con ecsactitud; pero en la víspera de verificar esta peregrinacion del interior, cuando ví palpablemente las realidades que frustraban todos mis cálculos, cuando me amenazaron con sesenta dias de viaje para llegar á la ciudad santa; sentí desfallecer todo mi fervor de curioso viajero, y busqué otros medios de conciliar las ecsijencias de mi itinerario con mi propósito de conocerlo todo y cerciorarme de todo. Consultélo con Wilmot. « Gran Dios! díjome, yo llevo entre manos su negocio de V.; irémos juntos á casa de Ramaswani Pundit, único bracman en su especie, mas sabio que un Europeo, tolerante, ilustrado, que comprende nuestras preocupaciones porque está dotado de la fuerza necesaria para hacerse superior á las suyas; antiguo profesor de doctrinas bracmánicas, y que se las esplicará á V. conforme le gusten mas, en bengalí, en indostani, en sanscrito, en pali, en portugués, en inglés ó en francés, puesto que posee el don de lenguas. — Es que V. quiere adularme, Wilmot. — Le digo á V. que no, palabra de honor! — Pues bien! lléveme V. á casa de este bracman Pundit. Diez minutos despues nos hallábamos ya en casa de Ramaswani, y durante los diez dias que permanecí en Calcuta, fuí todas las mañanas á matar cuatro horas con mi teólogo indo.

CAPÍTULO XVIII.

CALCUTA. — RELIJION INDIANA.

El Indostan, tal como lo ha arreglado la dominacion inglesa, es el país del globo que ofrece mayor variedad de cultos. El judaísmo, el mahometismo en todos sus matices, el nanekismo, el majismo, el catolicismo, la iglesia del rito griego, la iglesia armenia, las iglesias luterana, anglicana y presbiteriana, la relijion de Confucio, la del Sinto, viven allí en paz y en armonía con los dos cultos indijenas, el bouddhismo y el bracmanismo.

Al hablar de Ceylan hemos visto en que consiste el bouddhismo; el bracmanismo es mucho mas vasto y complicado. Si debemos juzgar las cosas bajo el aspecto mas racional, no pocos sabios habian colejido que el bracmanismo era el antigua relijion del Indostan, y que Bouddha solo habia intervenido como reformador. Algunos autores modernos han combatido esta opinion: habiendo encontrado el bouddhismo en toda su sencillez entre algunas poblaciones de los Alpes Tibetanos, han deducido que allí era donde se encontraba el verdadero culto, el culto primitivo de la India, del cual el bracmanismo solo era una dejeneracion. Si debe admitirse este dato, la parte moral y metafísica de los dogmas indios seria de tradicion inmemorial; mientras que todo su sistema de prácticas atroces é ineptas sujeciones seria una obra mas reciente, arreglada conforme á los intereses y ambiciones de los sacerdotes.

Esta disidencia no es la única que haya concitado la relijion indiana. Toda esa teogonía, tan obscura y complecsa, ha tenido mas comentadores que intérpretes. En un país en que cada casta solo tiene un derecho circunscrito de apreciacion y ecsámen, fácilmente se concibe que las noticias comunicadas á algunos Europeos variaban segun la posicion del natural que las participaba. Así que, un braeman de tercer órden, aun concediéndole la buena fé de decirlo todo, no podia manifestar la verdad final que poseía esclusivamente el bracman Pundit. De lo dicho se deduce que siempre que el viajero curioso se dirijiese á castas diversas de las que dominan en la jerarquía indiana, solo recojeria datos vulgares, cosas de práctica y no de dogma, fútiles pormenores, y jamas el conjunto de un sistema relijioso. De todos los hombres que han procedido por azar, pocos hay que no hayan reunido falsedades, no viendo en el culto de Brama mas que idolatría y politeísmo. Es lo mismo que si de la adoracion de los

santos y de la Vírjen se dedujese la misma consecuencia contra el cristianismo.

El culto indo, como el nuestro, reconoce un Sér Supremo, eterno, infinito, omnipotente, creador de todos los seres ecsistentes. Para-Brama se ha asociado tres seres inferiores á sus perfecciones, á saber, Brama, Wichnou y Chiva, que son tres y uno, y forman la Trinidad indiana conocida bajo el nombre de Trimourti, compuesta del triple atributo creador, conservador y destructor. Despues de ellos, Para-Brama creó á Maissassour con una lejion de ánjeles, á los cuales prescribió el adoracion del Altísimo. Empero habiendo transcurrido algun tiempo, Maissassour se sublevó arrastrando en su defeccion á una parte del ejército celeste, y en consecuencia fué indispensable un castigo y una espiacion. Entonces fué cuando, á peticion de la Trinidad divina, Para-Brama creó un mundo visible, compuesto de quince globos de purificacion, cuyo centro ocupa el nuestro. Los siete globos inferiores están destinados á la penitencia, y los siete superiores á la purificacion de los ánjeles penitentes. Para alojar á aquellos espíritus rebeldes procedentes de lo alto, creó Dios ochenta y nueve formas de cuerpos mortales, siendo los mas nobles la vaca y el hombre. Cuando bajo esta última forma haya un espíritu merecido bien de Dios, regresará al cielo, despues de haber atravesado sus quince globos; por el contrario, el que añada á su rebelion nuevos casos de desobediencia, será rehundido en el *Onderah*, ó último globo, para comenzar una nueva espiacion.

Para ayudar á sus hermanos á ejercer el bien, los ánjeles fieles han obtenido de Para-Brama el permiso de confundirse con ellos en su mansion de penitencia, donde se encuentran bajo toda clase de formas y en todos los elementos: los Indos los adoran bajo el nombre de *Deva* ó *Deouta* (buenos jenios), encargados por Dios para protejerlos contra las inspiraciones de los *Deitti* (malos jenios), ajentes secretos de Maissassour, jefe de los ánjeles rebeldes. Los Indos ven en todas partes á estos buenos ó malos jenios, en las estrellas, en el aire, en el mar, en los bosques, en los rios. Los *Deouta* están en guerra en su mayor parte con los *Deitti*; los primeros, en número de trescientos millones, son adictos á Wichnou, pero los segundos, fieles á Chiva, ascienden á ochocientos millones.

Pueblo alguno pretende ser mas antiguo que el pueblo indo. Su tradicion fija la purificacion de los espíritus caídos á una prueba de cuatro edades ó *yougs*. Nosotros nos hallamos en la cuarta. La primera edad, *satia*, ó edad de oro, duró tres millones doscientos mil años, y fué una edad de inocencia y de prosperidad segun los Vedas, porque reinaban los bracmanes. La vida del hombre llegaba á cien mil años. La edad *treta*, ó de plata, duró dos millones cuatrocientos años: la segunda casta, los Xattryas, tuvieron entonces el imperio y compusieron un Estado donde los vicios eran por una cuarta parte, y las virtudes por tres cuartas. En la tercera edad, *duapara*, ó de cobre, gobernaron los Vaiscias (tercera casta): entonces la suma de los vicios igualó á la de las virtudes, y la vida humana fué reducida á mil años. Este nuevo período duró un millon seiscientos mil años. Actualmente estamos en la cuarta edad, *cali-youg*, ó edad de hierro, en que dominan los Soudras, cuarta casta. La proporcion de los vicios sobre las virtudes es de tres cuartos á un cuarto, y la vida humana no escede mucho del *maximum* de cien años. Esta edad de hierro debe durar cien mil años, de los cuales llevamos ya corridos cerca cinco mil. Fácilmente puede verse cuantas relaciones y similitud ecsisten entre esta cosmogonía y los mitos del paganismo griego y romano. Estas diversas edades de oro, plata, cobre é hierro, no son una coincidencia menos sorprendente con las tradiciones paganas de lo que lo es con nuestro símbolo cristiano la Trinidad indiana.

Los Indos llaman *edad divina* á la reunion de sus cuatro edades; mil edades divinas forman un dia de Brama, y durante las mismas, esta divinidad concede la investidura de la soberanía de la tierra á catorce *Menous* (espíritus santos). En la actualidad corre el año quincuajésimo primo de Brama, lo cual eleva á un número enorme la edad del mundo, acerca la cual no están acordes los bracmanes mismos. Pero la diverjencia de sus cálculos no llega á entrar en los datos que nos imponen los testos hebreos. Siempre cuentan por millones, y cuando se les habla de nuestra cronolojía de seis mil años, se sonrien con cierto aire satírico. «El anciano de canas nació ayer,» dicen con ironía.

El primer Menou parece haber escrito las leyes y los institutos que rijen actualmente á las poblaciones indas. Los cinco que le sucedieron, trabajaron muy poco; mas bajo el séptimo Menou tuvo lugar un diluvio al que aquel príncipe fué el único que sobrevivió, merced á un arca en que se refujió él con siete *Richis* (semidioses) y sus esposas. El séptimo Menou pobló de nuevo el mundo, y tuvo una posteridad que fué dividida en hijos del sol é hijos de la luna. Segun los *Pouranas*, libros santos, que hablan de la creacion, Menou gobernó por sí solo durante la edad de oro: la edad de plata contó cincuenta y cinco príncipes de la raza solar y cuarenta y cinco de la raza lunar; la edad de cobre veinte y nueve de los primeros

y veinte y cuatro de los segundos. Por fin treinta jeneraciones de cada una de ambas familias se han sucedido en los mil primeros años de la edad actual. Desde aquella época ha podido establecerse y continuarse una cronolojía mas regular y menos vaga.

Todo esto, como puede verse con facilidad, no se presenta bajo formas ecsactas y matemáticas. La controversia ha comprendido tambien esta inconcebible medida de años y estas ecsajeraciones orientales. Finalmente, ha llegado á dudarse de todo dato y de todo aserto, cuando se ve el cálculo, segun el cual cuentan los bracmanes 131»400.007,205.000 años transcurridos desde el nacimiento de Brama.

Brama, una de las tres personas de la divinidad indiana, es el espíritu creador; tenia cinco cabezas antes que Vairevert, hijo de Chiva, le hubiese cortado una. En el instante de nuestro nacimiento, Brama imprime en nuestro cérebro lo que debe acontecernos, y él es quien dividió los Indos en cuatro castas. Habiéndose sucitado algunas discusiones entre Brama y Wichnou, resultó un conflicto en que intervino el Sér Supremo, por cuyo hecho Chiva condenó á Brama á no tener jamas templos sobre la faz de la tierra.

Brama, ó sus hijos los Menous, redactaron las leyes relijiosas de la India. De sus cuatro bocas han salido los Vedas que el filósofo y el poeta Vyasa solo ha reunido y ordenado 1400 años antes de Jesucristo. Brama pasa entre los Indos por un ser identificado con el sol. Bajo estos dos puntos de vista, se aprocsima mucho á Júpiter, padre de Minos, y se titula como él, padre de los dioses y rey de los hombres, siendo representado, como él mismo, por la imájen de un hombre con cuatro cabezas y cuatro manos. La mujer de Brama es Sarassouady, diosa de las letras y de las artes.

Chiva es la divinidad cuyo culto parece aglomerar la mayor parte de adoradores entre las poblaciones indas. En sus atributos de destructor y reparador, parece ofrecer cierta analojía con las operaciones de la naturaleza que únicamente aniquila para transformar. Se invoca á Chiva bajo un gran numero de nombres, cuyos principales son Rudra, Iswaa y Mahadeva. Bajo el primero es cruel; bajo el segundo, dueño de todo; y grande bajo el tercero. Chiva es la divinidad favorita del pueblo, el cual supone que todas las demas le están subordinadas. Los *sanyassis*, relijiosos indios, le tributan un culto particular bajo el nombre de Dorghati. Rara vez lo representan con muchas cabezas, pero el número de sus manos varía de cuatro á treinta y dos. Cada mano empuña un arma, hacha, espada, maza, etc., y en torno de su cuello figura un rosario de craneos humanos.

Parvati, mujer de Chiva, es célebre en las leyendas indas, y ya antiguamente se le sacrificaban víctimas vivientes, desde el hombre hasta la tortuga. En sus atribuciones vengativas, responde con bastante ecsactitud á Proserpina, á Diana de la Taurida, ó á la triple Hecate. Bajo otro carácter, Parvati pasa á ser Dourga ó la Virtud activa, y revestida de esta calidad, venció al ánjel faccioso Maissassour. Tambien toma los nombres de Padmala y Camala, natural del Lotos, y con estos nombres observa un analojía completa con la Venus de los mitólogos occidentales. Del propio modo que esta diosa, salió de la espuma del Océano, que arrojó á su desposada á las plantas de Chiva. Su jeneracion divina es casi incalculable. Es la madre de Mammadin, Cupido de los Indos, de Karticeya, su Marte ó dios del ejército celeste, que marcha sobre un pavon con una cuádruple cabeza circuída de un aureola (PL. XVII—4); y ademas ha puesto al mundo á Ganesa, dios de la sabiduría. Es muy difícil de trazar el límite de sus atribuciones, porque do quiera es influyente y adorada. Con Saras, sonady, proteje las ciencias, preside á la estraccion de los minerales, y comunica tono á los instrumentos músicos. Así que, Parvati, sea por sí sola ó por mujer de Chiva, es muy venerada en toda la India. Su hijo Ganesa, como dios de la sabiduría, participa de este favor popular. Con el dios mono Hanouman, es el único que disfruta, como los lares paganos, de los honores del hogar; al frente de cada libro indo se halla la invocacion: Salud á Ganesa! Este Dios es pintado con cabeza de elefante, y algunas veces es adorado bajo el nombre de Polear.

Los otros hijos de Chiva son Soupramanier y Vairevert; este trae en forma de collar cabezas enfiladas unas en otras, tiene cuatro brazos, tres ojos y dos dientes salidos en forma de creciente.

El último dios de la Trinidad indiana es Wichnou que solo se revela á la humanidad por medio de una benéfica influencia; le pintan con cuatro brazos y algunas veces mas; tiene una presencia noble y graciosa; su cabeza va adornada de una triple trenza que representa, segun dicen, los tres grandes rios del Ganjes, Jumma y Saresouati. Muchas veces está recostado sobre la serpiente Adissesben que lo mece en un mar de leche, divan habitual de su *Vaïcondom* ó paraíso. Los mitógrafos indios atribuyen á Wichnou esta serie de encarnaciones ó *avatars* que parecen otras tantas alegorías relativas á la historia de la comarca. En la primera Wichnou se transforma en pez para salvar de un diluvio universal, segun estos, á un rey; segun aquellos, á los libros santos. En la segunda se transforma en tortuga para sostener una montaña que se hallaba prócsima á caer al mar; en

la tercera en jabalí, bajo cuya forma lleva en sus entrañas al jigante Paladas; vuelve ademas á encarnarse sucesivamente en hombre-leon, bracman enano, simple mortal, bajo los nombres de Rama, Balapatren y Parassourama, y finalmente en pastor que adquiere nombradía bajo el nombre de Kishna. La décima encarnacion de Wichnou debe verificarse á fines del cali-young, dentro noventa mil años.

A mas de estas tres divinidades principales que se transforman al infinito, ecsisten en el culto indiano miríadas de dioses y diosas con su destino y sus atributos. Tales son: Tehandra, la luna; Yama, dios de la muerte; Couvera, dios de las riquezas; Lacshmi, diosa de la fortuna; Agni, dios del fuego; Wiswacarman, dios de los proletarios; Pavan, dios de los vientos y de la música, padre de Hanouman, con figura de mono; Indra, dios de los meteoros, el mas grande despues de la soberana Trinidad indiana; Mariatta, adorada solamente por la ínfima plebe; y por fin el Lingam que no tanto es un dios como una obscenidad simbólica que corresponde al *phallus* de los Romanos.

Tal es en resúmen el politeísmo indiano. Por lo que hace á los dogmas accesorios, pueden reducirse à una metempsícosis universal. Cierta cantidad de espíritu y de materia, ambas inmortales, se encuentra, segun ellos, en juego constante de transmigracion; la punicion de los espíritus consiste en decaer de su vestido material; así que, del cuerpo del hombre, descienden al de la bestia, siguiendo la progresion de los animales mas ó menos nobles, de suerte que corren riesgo de habitar hasta en las mismas piedras. En esta parte conminatoria de sus dogmas, los bracmanes no han llegado á concebir la idea de amenazar á los hombres con un infierno perpetuo, puesto que cuando les hablan de esto, se escandalizan, y dicen que es injuriar á Dios, limitar su derecho de clemencia, juzgar mal su justicia, y darle pasiones odiosas incompatibles con su esencia. Por grande que sea una maldad, dicen, mayor es todavía la divina bondad.

Esta creencia en la metempsícosis les sirve para esplicar el contraste de las condiciones humanas y la desigualdad de nuestros destinos. Segun ellos la compensacion no ecsiste enteramente en mejor vida, sino que se halla en este mundo transitorio. Si un mortal, amante de la condicion humilde, acaba una vida meritoria y piadosa, su recompensa es de renacer rico, honrado, en medio de todos los placeres del lujo y del bienestar. De esta suerte, la metempsícosis indiana está algo mezclada de predestinacion y de fatalismo. El libre alvedrío no llega á tanto que pueda borrar una palabra de las que escribe Brama en la cabeza de un hombre, mas ciertas prácticas, ciertas espiaciones pueden contarle en la balanza de sus buenas y malas acciones.

La creencia en la metempsícosis ha sido ciertamente la razon suficiente del horror de los Indos hácia todo alimento animal, horror llevado hasta el ridículo entre ciertas castas. Entre los fundadores de la relijion, esta ley ha tenido sin duda algun fin de hyjiene ó conservacion de las especies útiles al hombre; empero desde los tiempos de la antiguedad, han sobrevenido en nuestro globo tales modificaciones, que este sistema alimenticio es un anomalía y una causa de dejeneracion. A mas de la abstinencia jeneral de toda carne, ecsiste entre las castas indas una veneracion para con ciertos animales, tales como la vaca, el mono, el pez, el elefante, el cisne, la oca, el buey, el buitre y otros muchos, cada uno de los cuales tiene sus devotos, sin perjuicio de una benevolencia jeneral para con todas las especies.

El bracmanismo, como todas las demas relijiones, ha tenido sus cismas, siendo el mas famoso el bouddhismo, que hemos esplicado ya en el capítulo de Ceylan, donde domina. Los sectarios de Bouddha son numerosos en el Tibet y en los reinos de Siam y de Pegou, de suerte que ha sido indispensable toda la perseverancia de los bracmanes para estirparlo de la península de Dekkan donde echara profundas raíces. Los sacerdotes de Bouddha se titulan talapuinos ó rahans en el continente asiático, y se asemejan á los clérigos regulares de los países católicos, viviendo como estos en sus conventos. A mas de los bouddhistas, el Indostan cuenta las sectas de la mano derecha y de la izquierda, que consideran impura una de las dos manos, y se disputan la preeminencia desde tiempo inmemorial; la relijion de los Sykes, ó nanekismo, del nombre de su fundador Nanek, que acometió la empresa de constituir un culto fusionario entre los Indos y los Mogoles, los Vedas y el Koran; en fin la secta de los Banianos que en el órden jerárquico pertenece á la casta de los Vaiscias y se compone de comerciantes, cambistas, revendedores, ajiotistas y banqueros. El único rasgo distintivo de esta secta es una meticulosa ecsajeracion del respeto hácia los animales, y su estravagancia ha llegado al punto de hacer construir en Surate un hospicio para las bestias enfermas ó estropeadas, viejas ó vagabundas. En él se admiten todas las especies, á escepcion de las carniceras, y la caridad para los pensionarios es tan grande, que de vez en cuando se sacrifica un pobre diablo, un mendigo pagado á peso de oro, al apetito de los insectos ponzoñosos nutridos en el hospicio. Por lo demas, nada es mas curioso de ver que esos ba-

nianos preocupados con el temor de pisar algun animalito; este trae en su boca un tamiz de tela lijera para no estorbar una mosca que vuele; y aquel tiene un cepillo para barrer el sitio en que se quede, á fin de que ninguna hormiga se halle espuesta á perecer; los unos van con la vista baja para no hollar á ningun ser viviente; los otros traen continuamente azúcar en la mano, harina ó miel para ofrecerla á cualquiera bestia que se encuentre á su paso. Muchas veces se ha visto comprar la vida de un animal que los marineros y soldados europeos iban á matar.

Al considerar esta amalgama de creencias y prácticas que constituyen la relijion indiana, se siente uno inclinado á ver en ellas con muchos sabios el orijen de casi todas las relijiones conocidas. En efecto, al analizarlas, no se encuentra ninguna que no esté enlazada en algun punto con el bracmanismo; el judaísmo por sus estipulaciones hyjiénicas; el mahometismo por su sistema de fatalidad y por sus prácticas de abluciones; el paganismo por sus cuatro edades y por muchas otras analojías y concordancias; ya en las tradiciones cosmogónicas, ya en la tendencia politeísta; el culto de los Ejipcios por la adoracion de los animales; y por fin el pitagorismo por este gran sistema de metempsícosis y transmigracion que se mezclaba en muchas relijiones antiguas. A vista de semejante concurso, no parece mas racional creer que todas estas sectas son otros tantos destellos del bracmanismo, que suponer en este culto tan estacionario por su naturaleza, una serie de estractos hechos sucesivamente á los demas cultos? La prueba histórica de la inmutabilidad de la India relativamente á creencia, y el mismo sistema de castas y de adoracion que Diodoro, Arriano, Estrabon, y antes de ellos Megastenes y Clitarco, aseguraron en los siglos de Alejandro y Ptolomeo; ecsisten en nuestros dias con sus inflecsibles categorías y sus prácticas inmemoriales. Las bayaderas, los fakirs, los *suttis* ú hogueras de viudas, todas estas distinciones, todas estas atrocidades supersticiosas contra las cuales se estrellará al fin la supremacía inglesa, han sobrevivido al tiempo y á la conquista. Mientras que el Ejipto entero ha perecido con su relijion y sus costumbres, la India ha permanecido firme con sus costumbres y su relijion. No ha resistido, sino que ha accedido, ha alzádose despues como una caña, y la astucia, la condescendencia, el poder del habitud han podidido mas que la fuerza. Los templos de Memfis y de Tebas han sido arrasados, mientras que las viejas pagodas de Benares solo han tenido que vencer la brutalidad de las edades.

El gran código relijioso de los Indos consiste principalmente en los Vedas, que son en número de cuatro, á saber: el Rhish-Veda, el Jagiour-Veda, el Samah-Veda y el Atarvana-Veda. Estos cuatro libros que comprenden todos los ramos del saber humano, salieron de la boca de Brama al principio del mundo; sus hijos que son *richis* ó semidioses, los difundieron por toda la tierra. Los bracmanes son los únicos que tienen derecho de leerlos y comunicar una porcion á los xattryas, pero su lectura está prohibida á las demas castas bajo las mas severas penas. A mas de esos Vedas, los Indos tienen muchos otros libros, los Upavedas, comentarios de los Vedas, los Vedangas, los Sastras, y en fin los Pouranas, que son unos poemas sacros en número de diez y ocho.

La division de los Indos en cuatro castas es, como hemos dicho ya, un hecho de la mas remota antiguedad, y los sagrados libros aseguran que el mismo Brama presidió á esa clasificacion imprescriptible. Segun unos, sacó á los bracmanes de su cabeza, y segun otros, de su boca; á los xattryas de sus brazos; á los vaiscias de su vientre; á los soudras de sus pies. A mas de esas grandes categorías, ecsiste una multitud de otras castas indias que ascienden á cerca ciento; pero seria difícil á un Europeo seguir de un modo preciso los diversos grados de esta prolongada escala. Todo lo que se ve es una gran repugnancia por parte de los Indos á salir del oficio especial á que los destina su nacimiento. Un *couli* ó costalero que carga con un fardo sobre la cabeza, no quisiera aceptarlo sobre los hombros; el que vende granos, no puede vender aceite; el que cuida una casa no sacaria una poza de agua; el cocinero no plumaria su volatería. Individuos hay que nacen cordoneros, sastres, barberos, cornacs, portadores de sombrillas, boticarios, huérfanos, pescadores, etc. De grado ó por fuerza deben sufrir la vocacion impuesta; todas las demas les están prohibidas, á menos que consientan en ser parias ó poulias, es decir, á ponerse fuera de toda casta, á desclasificarse, porque los parias no forman casta, como se ha dicho muchas veces, sino que se designan con este nombre los desperdicios de todos los demas; son los individuos que voluntariamente ó por una serie de faltas han merecido ser puestos fuera de la ley comun. Un bracman, un xattrya, un vaiscia pueden, como el soudra, ser parias. Entre las diversas clases, toda alianza, toda mezcla de sangre, están prohibidas por una costumbre civil y relijiosa á la vez. La degradacion y el acto de poner fuera de casta son inherentes á toda infraccion de esta naturaleza; esta pena está destinada para otros diversos casos, tales como el olvido de prácticas relijiosas, el uso de alimentos prohibidos, y aun el contacto de un individuo de castas ré-

probas. Esta sentencia es irrevocable, y nada es suficiente para espiarla.

Merced á esta espantosa ley de esclusion y tortura moral, la relijion inda ha podido ahorrarse un arma de que han usado y abusado todos los cultos, ora para atacar, ora para defenderse: hablo de la intolerancia. Despues de haber dividido de esta suerte á las poblaciones, de modo que la apostasía fuese no solamente una mengua, sino tambien una ruína; despues de haber marcado en la frente y reducido á un papel inmundo á los que pretendian saltar la valla de su condicion social: ha podido abrir sus puertas, dejar su frontera sin gran muralla y temer muy poco algun derrubio de estranjeros, porque esos recien venidos estaban puestos de antemano fuera de su esfera de actividad, eran estranjeros á toda clase y menos que parias. Con semejante fuerza de inercia, es evidente que la relijion indiana podia ser tolerante sin peligro, como lo ha sido en todos tiempos. Las mismas causas la constituyeron igualmente enemiga del proselitismo, puesto que no podia ofrecer á un neófito clasificacion alguna ni menos estado civil sin derogar su privilegio fundamental de nacimiento. Se nace bracman, xattria ó vaiscia; nadie en el mundo os ha calificado para haceros vaiscia, xattrya ó bracman. Las consecuencias de este sistema relijioso han sido que ningun Europeo ha podido iniciarse en los misterios del bracmanismo, como tampoco un Indo de elevada alcurnia se ha hecho cristiano ó musulman. La conquista mogola ha sido impotente para obtener este resultado, y las recientes predicaciones de algunos misioneros católicos ó luteranos apenas han encontrado algunas cabezas crédulas entre los parias, hombres desclasificados y despreciables á los ojos de los Indos.

Los bracmanes, cuya casta se subdivide al infinito, se reconocen por la señal que marca sus frentes; deben ir con la cabeza y pecho desnudos, raparse los cabellos y la barba, y solo pueden dejarse un pequeño mechon en la coronilla de la cabeza. Sin embargo, cuando no se dedican al sacerdocio, pueden llevar el turbante y el vestido largo. Las mujeres tienen la señal distintiva del marido: un ancha pieza de tela y un canesú componen su vestido. Los mas instruídos de los bracmanes son los que hacen almanaques, los cuales saben un poco de astronomía; conocen el gnómon y se sirven de él para calcular el meridiano y orientar sus pagodas. Distínguense tambien los *Pandidapapans*, bracmanes al servicio de un príncipe del país, que dejeneran hasta servir de cajeros á los comerciantes de Madras y de Calcuta; los *Tatoidipapans*, sectarios de Chiva, que deben vivir de limosnas y rezongar constantemente algunas oraciones; los *Papan-Vaichenavens*, sacerdotes de Wichnou, encargados del servicio de sus pagodas. En la jerarquía sacerdotal hay cuatro escalas ó grados; las dos primeras son la recompensa de un dilatado ejercicio; la de *vanaprastra* solo se obtiene á la edad de cuarenta años, y para aspirar al grado de *saniassi* es preciso haber vivido veinte y dos años sin interrupcion en la soledad y la contemplacion.

Por lo demas, se sabe ya cuán inclinados son los Indos á estas espiaciones antinaturales, y ningun país del globo contiene mas bella coleccion de penitentes y mártires voluntarios. En él hay fakires, joghis, fadines, pandarones de la secta de Chiva, especie de peregrinos limosneros; pontcharis, relijiosos de la secta de Mariatta, divinidad de los parias; por fin, un tropel de otros haraganes, cuyo oficio consiste en esplotar la caridad y la conmiseracion públicas. Los fakires y los joghis, los unos mas bien Musulmanes, los otros Indos, se hallan en primer órden entre aquellas hordas sucias y desidiosas. Con su aspecto horrible, su falta de verguenza y su casi completa desnudez, hacen momerías y estravagancias á fin de conmover á las almas devotas; reunidos á veces en cuadrillas de diez mil cambian en actitud amenazadora sus asquerosas formas. La credulidad popular tiene mucha fé en los fakires y en los joghis; asegura que viven muchos años sin comer ni beber; les supone poderes sobrenaturales, y las mujeres en especial, nada absolutamente niegan á aquella robusta canalla. El número de esos vagabundos, entre fakires y joghis, asciende, segun un autor inglés, á cerca de ochocientos mil.

Los joghis pertenecen en su mayor parte á las dos primeras castas: los penitentes de las castas inferiores toman el nombre de tadins, y, no pudiendo por su nacimiento pretender los homenajes y respetos reservados á los bracmanes, han procurado adquirirse cierta reputacion ecsajerando los tormentos que se imponen. El único fruto que sacan de tantos esfuerzos es el glorioso título de *richis*, semidioses; pero sus sufrimientos, aunque no lleguen á tan alto grado, esceden á toda creencia. Unos viven cuarenta años en una jaula de hierro; otros se cargan de pesadas cadenas; este debe tener constantemente los puños cerrados paraque las uñas, al paso que vayan creciendo, penetren sus carnes y acaben por atravesar la mano de parte á parte; aquellos permanecen colgados de un árbol hasta que sus brazos, destituídos de vida, se desequen y pierdan su juego de articulacion: los unos hacen voto de permanecer incesantemente en pie, los otros de acostarse en un lecho de puntas de hierro. Algunos hay que tienen la vista clavada en el sol hasta hacerse ciegos, y otros de estos miserables se hacen enterrar con la cabeza dentro de la tierra;

de suerte que únicamente queden descubiertos los pies, al paso que otros, teniendo insepulta sola la cabeza, no tenian mas que el juego de los párpados para defenderse contra las aves de rapiña. Muchos se han amputado por sí mismos el brazo ó la mano, ó bien se han cortado la lengua. Uno de estos fanáticos midió la distancia de Benares á Jaggernaut, tendiéndose en tierra, y levantándose constantemente á lo largo del camino. Otras veces llevaban la demencia aun mas allá; Thiefenthaler refiere que en Ghazipour se veía una especie de hacha suspendida, bajo la que se hacian cortar la cabeza algunos penitentes entusiastas en honor de la divinidad. Debemos decir sin embargo que el fervor de los tadines va amortiguándose diariamente; sus espiaciones son menos rigurosas y crudas, y solamente se abandonan á riesgos serios en épocas solemnes y á vista de un gran concurso de jente, porque el fanatismo tiene igualmente su vanidad. La una de estas espiaciones es la de la fiesta del fuego, en la cual los penitentes caminan con los pies desnudos sobre las ascuas; la otra es la llamada *djampe*, y tiene lugar por medio de un catafalco de dos ó tres altos, desde cuya altura se precipitan los devotos sobre colchones de paja ó de algodon, guarnecidos de puñales, sables, cuchillos y otros instrumentos afilados. Los bracmanes que sostienen el colchon procuran atenuar el peligro de la caída, porque lo que importa es, no que la herida sea mortal, sino que haya abundancia de sangre derramada. En las fiestas de Kaly, una de las mas solemnes que se celebran en Calcuta y en los alrededores, refiere Solvins que los pies se bañaban en sangre. Terminado el djampe, el concurso vuelve á la pagoda al son de aturdidora orquesta, mientras que los penitentes juegan por el camino con el hierro y el fuego, ora atravesándose la lengua con un alfiler, ora haciéndose en el cuerpo ciento veinte heridas, número cabalístico, número de rigor. Algunos hay que practican en la parte superior de las nalgas aberturas por las cuales hacen pasar sogas, cañones de pipa y cañas. Con todo, si esos fanáticos obrasen por algun objeto personal, si esas mutilaciones, esas anchas muescas que despedazan sus carnes fuesen efecto de propia intencion, podria compadecerse su monomanía relijiosa, pero lo mas singular de tales públicas escenas, es que los penitentes no son en su mayor parte mas que pobres diablos que se martirizan de esta suerte por cuenta de los ricos y mediante cierto salario.

La segunda casta primitiva de los Indos, la de los Xattryas, está dedicada al servicio de las armas: comprende los rajahs y los guerreros. Así es que se compone de la sangre mas robusta y hermosa de toda la India, no solo en hombres, sino tambien en mujeres. Los rajahs son príncipes indos, como los nababs príncipes musulmanes; el lujo de sus casas consiste en mujeres, elefantes, camellos y caballos. Sus mujeres van vestidas de los mas ricos y mas hermosos tejidos. Entre los demas guerreros de la casta de Xattryas, debe hacerse mencion de los Rajapouts, los Sykes y los Maratas, tribus militares muy notables en la historia de la India. Los Naires, que habitan la costa de Malabar, constituyen una casta particular que se aproxima á la de los Xattryas, y entre ellos parece estar en uso la comunidad de las mujeres.

La casta de los Vaiscias, como ya se ha visto, es la tercera del órden relijioso, y se compone de agricultores, jardineros y de todos los negociantes así por mayor como por menor. Esta casta es rica, bien vestida, y posesora de todas las comodidades de la vida, y se divide en tribus de la mano derecha y tribus de la mano izquierda; los banianos forman parte de ella. El uso de la carne, prohibido á los banianos, es tolerado al resto de los Vaiscias. La cuarta casta, la de los Soudras, comprende los artesanos, los proletarios y los criados. A mas de esta grande clasificacion, hay otras que dedican un número de familias al ejercicio de cada profesion paterna sin correr el horrible riesgo de una degradacion civil. Así es que quien nace blanqueador, muere blanqueador; quien nace cerrajero, muere cerrajero. En medio de este tropel de estados distribuídos de tal suerte, hay uno que merece citarse, tal es el de ollero ó *cossever*. Los olleros son todos sectarios de Chiva, y no entran en las divisiones de la mano derecha y de la mano izquierda. Este honor les proviene á la vez por estar encargados de curar las fracturaciones y de la importancia que dan los Indos á la pureza de sus vasos. Cosseveres se han visto ascender á rajahs; otros, situados en el interior de las pagodas para la confeccion de los sagrados utensilios, adquieren una importancia relativa á su empleo. Nada tiene el ollero que lo caracterize positivamente de todas las demas castas indas; una rueda horizontal jirando sobre un eje, le sirve para dar la forma que desea á un arcilla ductil (Pl. XIX — 4). Su mujer lleva un vestido muy notable, tal es un inmenso taparabo de tela goteada que le deja en descubierto el seno y parte del vientre. La lijereza de los vasos fabricados le permite llevar de ellos siete ú ocho en la cabeza (Pl. XIX — 4).

Despues de los Soudras solo hay castas mistas y despreciadas, procedentes de enlaces ilejítimos entre castas diversas, y viviendo al abrigo de una suerte de amnistía legal. Tras ellas vienen los parias, cuyo nombre significa lo que hay mas malo y mas ruin. A los ojos de los

Indos ortodoxos, los Europeos y los Musulmanes no son mas que parias, porque comen carne. Los parias ejercen los oficios mas rastreros, desollan los animales muertos de alguna enfermedad, se nutren con su carne y curten sus pieles. Nada de lo que ellos tocan puede servir á otra casta; no les es permitido el uso del pozo comun, sino que tienen sus fuentes particulares, y para distinguirlas las circundan de huesos de animales. En las ciudades están obligados á acampar fuera del recinto comun, y en los campos deben habitar los sitios mas ingratos y solitarios. Educados de esta suerte bajo indeleble oprobio los parias son realmente lo que semejante ley quiere que sean, esto es, sucios, impudentes, groseros, feroces; miembros por otra parte útiles á la sociedad indiana, tienen privilejio para ejercer los empleos mas penosos y rastreros; son criados, palafreneros, cocineros, pescadores, portadores de palanquetas, etc. Los poulias son aun mas inferiores que los parias, puesto que viven en el postrer grado de abyeccion y miseria: únicamente en la costa de Malabar se hallan algunos de estos desgraciados: esclavos de los Naïrs, acampados en medio de arrozales malsanos, alójanse confusamente en infectas chozas y no tienen derecho alguno para mirar de frente á un Indo de las castas superiores. Algunos hay que andan errantes por las montañas, encarámanse á los árboles y aullan si tienen hambre, batiéndose el vientre.

En medio de esa variedad de condiciones que ha creado y mantenido el código bracmánico, es muy difícil asignar al pueblo indo usos y costumbres jenerales. Cada casta tiene su tipo como ella sus derechos; sin embargo puede decirse que en globo el carácter indo es apacible, grave, frio, tolerante, nada de zumbon, paciente y poco propenso á la barbarie, á menos que se trate de materias relijiosas. Por el contrario, encuéntranse en esos naturales la molicie, la neglijencia y una impudente habitud al embuste. Las mujeres no observan entre ellos, como entre los Musulmanes, una vida recatada; si los zelos de los bracmanes han hecho adoptar á algunos de entre ellos el réjimen de los harems para sus esposas, las demas castas dejan á las suyas en una libertad bastante lata, y vense á muchas ejercer las mismas profesiones de sus maridos.

El punto en que se manifiesta el Indo mas formalista, es la composicion de sus cenas y el modo de tomarlas. Cuando se halla dispuesto su plato de kary, se lava los pies y las manos, se arroja en la boca un poco de agua, siéntase ante su plato colocado en un terreno que debe tener la forma de un cuadrado para un bracman, de un triángulo para un xattrya, de un círculo para un vaiscia, de un creciente para un soudra. En esta cena, los Indos no se sirven de sillas, ni mesas, ni cuchillos, ni tenedores, ni servilletas, pues se sientan sobre pieles, esteras, almohadas ó tapices, y toman el arroz con todos los dedos de la mano derecha.

A escepcion del obscuro tinte de su tez, los Indos de ambos secsos se parecen bastante á los Europeos por las facciones y la estatura. Entre ellos se tolera la poligamia, pero casi solo ecsiste entre los ricos. Los pobres solo tienen una esposa, que se ocupa de los cuidados domésticos. Dícese del Karnatic que contiene una tribu, donde las mujeres, invisibles á todos los hombres, solo reciben á sus maridos en tinieblas. En la misma provincia, país de singularidades, ecsiste otra secta que ayuna todos los dias en que el sol no ha flechado un solo rayo sobre ella.

Los himeneos se contratan entre los Indos para las mozas entre siete y nueve años, y para los mozos entre doce y catorce. Despues de una larga ceremonia nupcial, presidida por un bracman, se conduce á la novia á la casa paterna, y en ella debe permanecer hasta que sea núbil, en cuya época se celebra nueva fiesta seguida de otras formalidades. Una mujer no cohabita con su marido hasta ser madre, y hasta entonces debe permanecer en su cuarto sin ser vista, y casi á hurtadillas.

Los funerales de los Indos tienen igualmente su ceremonial, graduado segun las castas. Cuando fallece un Indo rico, se construye su hoguera en despoblado, adonde lo trasladan cuatro parias al son de una orquesta lúgubre en la que descuella el tam-tam. En las cercanías de la hoguera, tijeretéase la nariz del difunto, se le empuja fuertemente el estómago, se le rocía el rostro, y se toca ruidosamente la trompeta: todo esto para cerciorarse de que no está dormido solamente, y en seguida los parientes estienden el cuerpo sobre la hoguera (Pl. XVIII — 2). Evacuado este piadoso deber, depositan en la hoguera arroz, frutos, betel y boñiga de vaca, y el jefe de la familia le aplica el fuego. En vez de quemar los cadáveres, los arrojan por lo comun á los rios santos, tales como el Ganjes, el Kishna, el Jumma, etc. Las clases ínfimas no queman el cuerpo, sino que lo entierran.

El uso indiano, que prescribe á las mujeres precipitarse á la hoguera de sus maridos difuntos, ha adquirido en Europa una celebridad ecsajerada. Algunos episodios accidentales han pasado de tal suerte por una regla jeneral, que comunmente se imajina al Indostan como sembrado en toda su estension de hogueras de viudas. Sin embargo los *suttis* (tal es el título que llevan estos sacrificios) no son ya tolerados

en la actualidad. En 1829, el gobernador jeneral lord Bentinck, con escándalo de los pundits de Benares y de algunos babous de Calcuta, declaró que el gobierno británico no toleraria por ningun estilo estas atrocidades repugnantes á los sentimientos de la naturaleza. Antes de aquella época, ya habia limitado su número una restriccion impuesta por las autoridades inglesas, y siempre que alguna viuda queria seguir á su marido en la hoguera, era preciso que hiciese espontaneamente esta declaracion ante el majistrado del país. Despues de las mas reiteradas instancias para hacerla desistir de su proyecto, cometíase á un delegado europeo el cuidado de vijilar el sacrificio, á fin de que si la presencia de la muerte y el temor de la agonía arrancaban una retractacion á la víctima, no pudiesen los bracmanes hacerle violencia alguna. Con todo, esas retractaciones á vista de la hoguera eran muy raras, porque los sacerdotes habian procurado prevenir el resultado. Ora la embriagaban con opio ó licores espiritosos, ora la fanatizaban con todos los pormenores de las recompensas inherentes á este grande holocausto. Por otra parte la desgraciada no ignoraba que si llegaba á faltarle valor, tendria que sujetarse á la mengua y á la miseria. Lanzada de su casta, no solo quedaba difamada, sino que atraía sobre su país la peste, la guerra, el hambre, y por fin todos los males. Fácilmente se concibe que con semejantes ilusiones por una parte, y por otra el amor profundo que profesaban al marido que acababan de perder, las suttias podian encaminarse á la hoguera con la vista tranquila, serena la frente, firme y radioso su rostro. Pero esas mujeres son escepciones; sobre veinte criaturas inmoladas de esta suerte, diez y nueve almenos cedian á las importunas instancias de los bracmanes, y hasta el último momento luchaban contra la violencia de aquellos verdugos.

Entre otros hechos hay dos que presentarán la medida del papel que representaban en aquellas escenas los sacerdotes y parientes que aprovechaban los espolios de la víctima. En 1822, cerca de Bombay, fué conducida con gran pompa la viuda de un bracman al son de numerosos instrumentos en direccion á la hoguera en que se encontraba ya el cadáver de su esposo. Firme era su andar y tranquilo su continente, y cuando los oficiales ingleses le preguntaron si iba á morir voluntariamente, respondió: «Sí, voluntariamente.» Podia vislumbrarse que afectaba cierto orgullo en confundir de esta suerte á unos cristianos que parecian dudar de ella, en el momento en que los acentos de los bracmanes ecsaltaban su heroismo. A una señal convenida, la suttia se aprocsimó al fuego que empezaba á culebrear, abrazó á sus parientes, despidióse del pueblo, distribuyó á sus amigas sus alhajas y adornos, y se arrojó al fuego, medio desnuda, animada y casi impelida por los bracmanes (Pl. XVII—3). Intenso fué al parecer el dolor, porque en aquel momento mismo hizo un movimiento para salir. En vano le arrojaron encima el haz de leña, pues se desprendió de ella, saltó fuera de las llamas, y encojida por el sufrimiento, lanzóse hácia el rio. Siguiéronla los bracmanes, y, apesar de la resistencia de los Ingleses que se hallaban presentes, la condujeron de nuevo al hogar que centelleaba con violencia. Empeñóse una especie de lucha entre la víctima y los verdugos, vociferaba la multitud, y los Europeos clamaban que se concediese tregua al sacrificio hasta aguardar el fallo del majistrado. Entonces para poner fin al conflicto, tres robustos sacerdotes tomaron la viuda en brazos, y la precipitaron á aquel brasero ardiente. Resistió ella de nuevo con la fuerza de la desesperacion y se levantó para huir; pero á medida que iba saliendo de aquel círculo de fuego, los bracmanes la precipitaban de nuevo á él, arrojándole sobre la cabeza enormes y flamíjeros leños. Un momento de espera le permitió por segunda vez escaparse y correr hácia el rio. Ah! á esta segunda fuga subió de punto la rabia de los sacerdotes; cuatro de ellos lanzáronse á su persecucion, y sumerjiéndole violentamente la cabeza al fondo del agua, procuraron anegarla, de suerte que para salvarla se necesitó una partida de soldados. Los principales culpables fueron encarcelados; pero la desgraciada Inda no pudo sobrevivir á este horrible drama; al dia siguiente sucumbió á sus heridas, despreciada de su famimilia y maldita como infame por todo el pueblo escandalizado.

Otra suttia, niña de catorce años, pereció aun mas cruelmente. El dolor la impeliera igualmente fuera de la hoguera y se habia refujiado en un vecino arroyato. Vino su tio á predicarla y mostrándole un paño, le decia: «Te envolveré en este paño y te llevaré á tu casa. — No, esclamaba la infortunada, quiere V. arrojarme al fuego! Tio mio! en nombre del cielo, tenga V. piedad de mí! Abandonaré la familia, viviré como una maldita, andaré mendigando, haré todo lo que se quiera. Piedad! oh! piedad! Aseguróle el tio, y juróle por las aguas del Ganjes que la llevaria á su casa. Entonces ella se acostó sobre el paño, y no bien acababa de estenderse en él, cuando el fanático Indo lo anudó en forma de saco, y precipitó á su sobrina á las llamas. Gritó, se revolvió, se esforzó en salvarse de nuevo, pero un sablazo, dirijido por un Mahometano, terminó aquella escena terrorífica.

3. Veuve Hindoue se jetant dans le bûcher.

1. Viuda India echándose en la hoguera.

4. Kârticeya, Dieu des Armées célestes.

4. Karuceya, Dios de los ejércitos celestiales

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1. Procession sur l'eau de la Déesse Kaly.

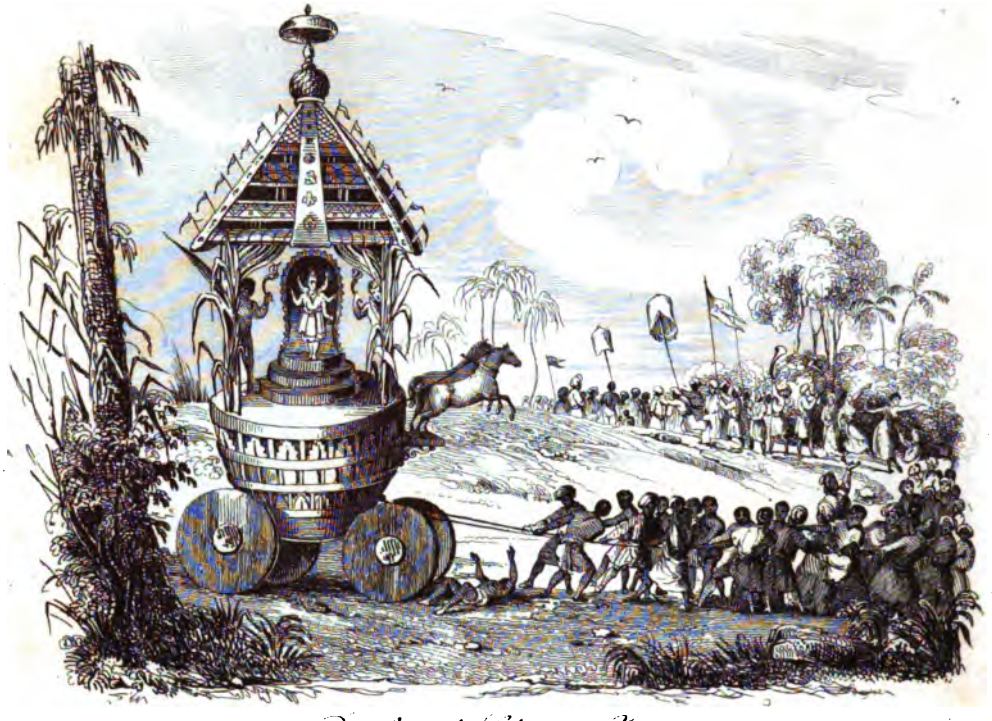
1. Procesion sobre el agua de la Diosa Kaly.

2. Peinture représentant le Dieu Kishna.

2 Pintura que representa el Dios Kishna.

de Saimson del.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



1. Procession du Char à Jaggernaut.

1 Procesion del Carro en Jagrenal

2. Funérailles d'un sectateur de Vichnou.

2. Funerales de un sectario de Vichnú.

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

Y no se crea que esta costumbre bárbara sea prescrita por las leyes de Menou, no: del propio modo que un corto número de otras, es solamente el resultado de algunas combinaciones sacerdotales. Habiendo los bracmanes observado en los pueblos indos cierta tendencia á devociones fanáticas, han procurado nutrir y esplotartales supersticiones á su favor. De ahí nacen estos sacrificios de los cuales ofrecen numerosos ejemplos los anteriores siglos; estos muertos de devotos que se ahogaban voluntariamente en el Ganjes ó que en Jaggernaut, ó en otra parte cualquiera, en las fiestas de Ruth, cuando el carro procesional marchaba por la ciudad, hacíanse maltratar á centenares bajo sus ruedas con objeto de obtener una espiacion y una recompensa celestial (Pl. XVIII—1).

Este carácter de estupidez feroz no acompaña á todas las prácticas del culto bracmánico; en vez de ecsijir sacrificios humanos, los códigos relijiosos rechazan hasta los holocaustos de animales, y solo ecsisten algunas castas inferiores que hayan conservado la costumbre de inmolar becerros, cabras y algunas gallinas. El resto de las prácticas impuestas consiste en ofrendas de leche, miel, granos, manteca y flores; romerías á los rios sacrosantos, á las pagodas de Benares, Jaggernaut, Konjeveram, Tritchinopoli y Tandjaour, ó bien á las montañas del Tibet; ayunos que jeneralmente preceden á una fiesta solemne; rogativas, y abluciones con agua de los rios sagrados.

Celébranse tambien algunas fiestas que no ensangrientan los horribles accesorios de los mártires indos; la que se solemniza en las costas, á la entrada del monzon, consiste en arrojar pomposamente al mar nueces de cocotero. Entre las castas belicosas, ecsiste en ciertas épocas la costumbre de rociarse con agua encarnada para representar un guerrero cubierto de sangre. En el mes de marzo se celebra la fiesta del obsceno *lingam;* tras ella vienen las procesiones de los ídolos de las cuales la fiesta de Jaggernaut no es mas que un episodio. En los demas puntos del Indostan, varían segun las localidades. Casi siempre los fieles, congregados al estruendo de las trompetas, empiezan con una serie de prácticas devotas. Los unos se sumerjen hasta la cintura en el sagrado estanque, los otros se embadurnan con aceite sus cabezas. Por la noche el ídolo se pone en movimiento en medio de un doble seto de bracmanes y adoradores que ajitan enormes teas de boñiga de vaca seca y chupada en aceite; á veces la divinidad es llevada en una simple camilla, en cuyo caso la sustraen á la vista de los prófanos anchas piezas de muselina. La mas singular de tales procesiones es la que los Indos llaman *boussodjeng* en honor de la diosa Kaly, esposa de Chiva, que consiste en una estatua colosal con la cabeza cubierta con una especie de tiara, con uno de sus cuatro brazos armado con una cimitarra y otro que tiene por los cabellos una cabeza cortada, y con un collar de cabezas humanas que le desciende hasta las rodillas: saca la lengua porque le ha cojido el enojo, dicen los Indos (Pl. XVII — 1). Acostumbran pasear esa estatua durante algunos dias, y en seguida la colocan sobre dos góndolas, de suerte que se apoye igualmente en el borde de cada una. Colocada ya la estatua y llegada de esta suerte en medio del rio, suceden al respeto y á las adoraciones que se le han prodigado hasta entonces, los mas groseros sarcasmos y las mas violentas imprecaciones. Los mismos bracmanes se muestran en esta ocasion insultantes energúmenos, luchan entre sí para ver quien prodigará mas invectivas á Kaly, y el vencedor en ese estravagante asalto pasa por santo hasta la siguiente fiesta. Al fin de esta escena, se separan las dos góndolas, cae el ídolo y desparece en el rio entre las aclamaciones de la multitud.

La India no encierra otros edificios notables mas que sus pagodas, á causa de la naturaleza teocrática de su gobierno. Estas pagodas son por lo comun de forma cuadrada, bien orientadas, sin techos y flanqueadas de infinidad de capillas. Delante de la puerta corre un peristilo ecsornado de estatuas de los *deouttas* y de los *deitti*. Las estatuas de los dioses situadas en el interior deben ser de madera, de piedra, de cobre ó de oro, pero no de plata ni de otros metales.

Las pagodas mas magníficas son dedicadas á Wichnou y á Chiva: las de Chalembroun, de Jaggernaut, de Benares, de Maduré, de Siringam llaman la atencion por su aspecto grandioso y sus sólidas columnatas: cítase la pagoda de Siringam, cerca de Tritchinopoli, como el templo mas espacioso de toda el Asia. Aseguran que cuenta cuatro millas de perímetro, y las piedras de su terrado esterior tienen treinta y dos pies de lonjitud sobre seis de latitud. Por lo demas, nada hay en esas construcciones uniforme y seguido; algunas veces no es mas que un sistema de torres altas ó bajas, regulares ó irregulares; ora son cuadrados, ora paralelógramos ó trapezios, con fachadas esculpidas y atrios decorados con estatuas, terminando en cúpulas ó plataformas que llevan en cada uno de sus ángulos un asta de vaca, ó bien rematando en obeliscos piramidales, y muy rara vez en frontis triangular. Por lo que hace al interior de esos monumentos, el único carácter que le es propio, es una gran profusion de columnas sin proporciones fijas, las unas, gruesas en la parte inferior, disminuyen gradualmente de diámetro hasta tomar la forma cónica; otras, al

contrario, delgadas en su base y gruesas en su parte superior. Estos sombríos y sólidos santuarios no están destituídos de cierta majestad, y es de creer que sus paredes estaban antiguamente adornadas de algunas pinturas, arte cuyas nociones elementares poseían los Indos. Muchas pagodas ofrecen todavía algunas de esas decoraciones; los misioneros ingleses han hablado recientemente de un cuadro sumamente apreciado de los Indos, cuadro de un carácter chocante y nuevo, que se refiere á uno de los cuentos de las orjias de Kishna y de sus queridas. Khisna es el nombre de Wichnou cuando su encarnacion en pastor; y dice la tradicion que cierto número de mozas, habiéndose dedicado á su servicio desde la niñez, nueve de ellas llegaron á serle compañeras, las cuales para agradarle se divertian en formar grupos que representaban ora un objeto, ora otro diferente. En la pintura de que se trata, están dispuestas de suerte que forman un elefante montado por el dios (Pl. XVII — 2). Semejantes obscenidades acerca Khisna y sus mujeres gozan de mucha distincion entre los Indos y constituyen el testo ordinario de sus conversaciones.

Desaparecieron ya los tiempos de opulencia y de grandeza para los lugares santos del bracmanismo, y el monopolio inglés ha continuado la era de decadencia consecuente á la conquista mogola. Con todo, antes de esta época, las riquezas de las pagodas realizaban las tradiciones mas maravillosas de los cuentos orientales. Asegura la historia que en la toma del castillo de Soumenat en el Guzurate, Mahmoud I, no obstante las reclamaciones de los sacerdotes que ofrecian un rescate de diez millones, hizo destruir el ídolo de una pagoda, y que en un escondite interior se encontraron varios diamantes, perlas y rubíes por valor de mas de cien millones. Debemos decir que la pagoda de Soumenat era á la sazon una de las mas célebres y mas ricamente dotadas. Estaba servida por dos mil bracmanes y quinientas bayaderas, trescientos músicos y trescientos barberos que trasquilaban á los devotos antes de ser admitidos á la presencia del dios. A mas del grande ídolo de maravillosos flancos, contábanse en los santuarios muchos millares de pequeñas estatuas de oro, y las cincuenta y seis columnas que sostenian el cimborio de la nave estaban guarnecidas todas de piedras preciosas. Prescindiendo de esas alhajas de todo jénero, las dotaciones del templo ascendian en bienes raíces á dos mil aldeas con sus distritos correspondientes.

La conservacion de los templos está confiada á las bayaderas, las cuales deben mantener en ellos el aseo, vijilar las lámparas y ocuparse ademas del menaje de los bracmanes. Cada pagoda tiene su correspondiente estanque para las abluciones, y su peristilo es una especie de chauderia destinada á dar abrigo á los viajeros.

A mas de los libros santos de que hemos hablado, los Indos tienen libros de moral, piezas de teatro, algunas de las cuales han sido traducidas por MM. Wilson y Colebrooke; poemas, colecciones de apólogos, notables por sus mezquinas doctrinas. Entre estos últimos el mas notable es el de Hotopadesa que ha obtenido una mencion europea bajo el título de Fábulas de Pilpai. Por lo que hace á las leyes, han sido reunidas en forma de tratado desde tiempo inmemorial por un tal Raghunandam, llamado por los Ingleses el Triboniano de la India, y consiste en una compilacion en veinte y siete tomos de todos los libros de los *mounis* (santos), libros desconocidos del vulgo y destinados esclusivamente al uso de los bracmanes. Es imposible entrar ahora en los pormenores de estas leyes civiles; pero su atentivo ecsámen hace resaltar la evidente prueba de una civilizacion muy adelantada. Si nuestros códigos europeos han estraído tantas leyes del derecho romano bajo el punto de vista fundamental ó reglamentario, los Institutos han debido copiar á su vez las leyes anteriores de la Grecia, del Ejipto ó de la India. No es estraño pues que se encuentre en gran parte en los Vedas la idea de nuestros códigos, ni que su moralidad, sus definiciones y sus fórmulas mismas se hallen igualmente en cada linea de aquellos. Las leyes de Menou tratan del juramento y de la recusacion de los testigos; hablan de las cualidades requeridas á un juez con términos que darian mucho que hacer á nuestros majistrados modernos. Entre otras condiciones hay una que casi produciria entre ellos una revolucion, tal es una esclusion formal de todo juez de mas de sesenta años, por cuanto, dice Menou, á esta edad el espíritu siempre se debilita. Los Indos conocen los juicios por pruebas ú ordalias; estos juicios dependen de nueve suertes, la balanza, el fuego, el agua, el veneno, el agua bendita, el arroz, el aceite hirviente, el hierro incandescente y las imájenes. Con todo, la fama de las ordalias ha pasado ya, y en nuestros dias la parte criminal de las leyes indas ofrece aplicaciones menos frecuentes que su parte civil, pues los naturales tienen mas bien el instinto quisquilloso que el humor civil.

El Indostan posee una gran variedad de dialectos que se hallan en uso entre sus diversos pueblos. En primer lugar debe mencionarse el sanscrito, lengua primitiva de la India, lengua sagrada, de perfeccion maravillosa, con su órden gramatical y su regularidad etimolójica, idioma que parece haber dejenerado en el pelwi en Persia y el griego á orillas del Mediter-

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

3. Promenade d'un Nabab.

3 Paseo de un Nabab

4. Ecole chrétienne de jeunes filles à Calcutta.

4 Escuela cristiana de jovenes doncellas en Calcuta

raneo. Antiguamente lengua viva y vulgar de toda la India, el sanscrito es actualmente una lengua muerta, poseída á fondo por algunos pundits del país y abandonada, hace medio siglo, á las curiosas investigaciones de nuestros orientalistas. En seguida vienen el pracrit ó lengua hablada que, en los dramas es la de las mujeres y la de los buenos jenios; el païsachi, lengua de los demonios cuando se introducen en la escena; por fin el magadhi que parece ser la misma lengua que el pali ó el bali de los Chinguleses y de los Birmanes. A estas dos últimas lengua-madres, substitúyese algunas veces el apabhransa ó jargon, y el misra ó lengua mista.

Las derivaciones vulgares de estas lenguas primitivas son el pracrit, hablado en las riberas del Saravati; el canyacubja ó indostani, raiz del moderno indo; el gaura ó bengali; el maithila ó tirbuctya, usado en el circar del Tyrhuc; el ouriga que se habla en la costa de Orissa; el gourgera, usado en el Guzurate; el tamoul ó malabar, dialecto de la península de Dekkan; el marata, el carnata, por fin el telinga, cultivado por los poetas y hablado en el país de este nombre. En la corte de los príncipes musulmanes se habla la lengua mogola mezclada de árabe, tártaro-mogol y persa.

En esta última lengua se tratan los negocios diplomáticos entre los Ingleses, posesores de hecho de toda la comarca, y los emperadores mogoles, sus posesores nominales residentes en Delhi. Lo hablan y escriben igualmente los nababs, príncipes feudatarios del emperador. Estos nababs son unas autoridades mogolas, como los rajahs autoridades indas, y la diferencia de sus costumbres procede de la diferencia de relijiones. Llevan mucho mas allá que los aborijenes el lujo de los hábitos, armas, mujeres, caballos y elefantes. Corte de nabab hay en la India que afecta mayor representacion que la corte de Austria ó la de Prusia. Cuando un nabab sale en palanqueta, no da jamas su paseo sin hacerse escoltar por una lejion de peones que le preceden ó le siguen (PL. XVIII — 3). Por lo demas, la parte musulmana de la poblacion no ha conservado en la India este fanatismo que caracteriza ordinariamente á los sectarios del Koran. Sin atraer ni rechazar á sus vencedores, los Indos han sabido reducirlos á una posicion inofensiva; una obediencia meramente política, en una comarca donde la accion relijiosa se antepone á todas, debia en lo sucesivo ser mas ficticia que real. Sin dejar pretesto á la persecucion ni presa á la usurpacion, propendia á dar el imperio al mayor número contra el mas corto, es decir, á los Indos contra los Mogoles, y nadie duda ya que sin la intervencion de los Ingleses, como posesores comunes, este resultado hubiera con el tiempo llegado á realizarse.

Por lo demas, los Musulmanes no forman en el Indostan una sola y misma familia, sino que son clasificados en Belloutchis, Afghans, Zinganes, que se creen ser el orijen de estas hordas de Bohemios (1) que divagan por Europa, y despues en una serie de otras variedades menos importantes. Al lado de estas diversas razas, deben citarse los Parsis ó Guebres oriundos de los antiguos Persas, emigrados á consecuencia de las irrupciones mogolas. Pretenden ser los únicos que han conservado las instituciones de Zoroastro; el fuego sagrado que arde todavía en el mas santo de sus templos es el mismo, segun los sacerdotes, que el que llevaron consigo de la patria persa. Estos Parsis ó Guebres habitan mas particularmente el Guzurate, Surate y Bombay. Dedicados al comercio, como los Judíos de la dispersion, profesan una moralidad menos sospechosa. Han fundado un gran número de manufacturas que van prosperando, arman una multitud de bajeles destinados á la navegacion de los mares indianos, y poseen casas, palacios, deliciosos jardines, tierras y lugares. Del mismo modo que todas las sectas trasplantadas, los Parsis se ausilian y sostienen mutamente, no sufren entre sí mendigo alguno, y son ecsijentes, buenos, activos é industriosos. Su talle es bello, su tinte blanco, sus facciones regulares y nobles, sus ojos negros y hermosos. El culto del fuego que ecsiste entre ellos en toda su fuerza no es el majismo puro, pues una larga sucesion de años ha alterado sus dogmas y sus prácticas. Con todo, es un espectáculo curioso ver en la esplanada de Bombay á los adoradores del sol, con su traje blanco y flotante y sus turbantes de color, acechar el instante en que vibre el astro su primer rayo. No bien empieza á despuntar en el horizonte, prorumpen los fieles en un agudo grito de alegría: por la tarde van al propio sitio y permanecen prosternados hasta que haya ocultado bajo el occidente su último reflejo de púrpura. Cada casa de Parsis es un templo para su dios; un hogar encendido le sirve de altar, y unas maderas preciosas ú odoríferas lo alimentan sin cesar. Los sacerdotes de los Parsis se titulan *mobebs*, y sus patriarcas *desturs*. La práctica ordena á los fieles no estinguir jamas fuego alguno ni tampoco ninguna lámpara. Cuando un criado parsis tiene que apagar una luz, ruega á un Indo que lo haga por él. En caso de incendio no lo combaten de otro modo que aislando la casa que se abrasa y circunscribiendo el hogar.

Las variedades mas salientes de la familia inda son las razas militares de los Maratas, Ra-

(1) Véase la historia de los jinatos.

jahpouts y Seyks. Las dos primeras profesan el bracmanismo, la tercera el nanekismo, culto misto introducido en el N. del Indostan por Nanek, príncipe de la provincia de Lahore, á mediados del siglo décimo quinto. El dogma fundamental del nanekismo es el deísmo puro; admite á un tiempo el Koran y los Vedas, y únicamente modifica sus prácticas, rechaza la division de las castas y no impone mas que la vocacion de las armas. Gorou Govine, que reformó este culto en 1707, es reputado por sus adherentes como santo y profeta.

Los Seyks, los Rajahpouts y los Maratas ofrecen entre sí analojías de costumbres que resultan de la semejanza de su vida guerrera. Los primeros, formados en estado del todo independiente, habitan los reinos de Lahore, de Kachemyr, de Moultan, como tambien las provincias de Peïchaouet, de Tchotch, de Hasareh y de Tchikaspour. Son sobrios, sufridos, animosos y amantes de su independencia. Los Rajahpouts, situados al S. de los Seyks, bien que de la segunda casta bracmánica, comen carne de carnero, de cabra y de otros animales. Andan casi siempre á caballo y traen un vestido llamado *caballa;* un pañuelo de muselina les ciñe el cuerpo, traen unos pantalones y babuchas moriscas y una especie de gorro terminado en copete, muy semejante al gorro griego. Los Maratas, pueblos aun mas meridionales, se estienden por todo el Dekkan: rejidas por pequeños príncipes que mutuamente se combaten, estas tribus reconocen un *peichwa* ó jefe supremo reputado como el primer ministro del rey de Satara. Los Maratas pueden ser divididos en dos grandes clases, una que comprende los bracmanes y los xattryas, y otra las castas inferiores. Los primeros se distinguen por sus turbantes blancos, plegados de un modo singular, por sus largos pantalones de muselina y sus bandas flotantes; los segundos traen el pantalon mas corto y mas breve, y el turbante achatado. De todas las razas indas esta es la mas ájil y rapaz. Los jinetes maratos, llamados pandarias, viven de botin en la guerra y de tropelías en la paz, de suerte que deben considerarse como los Beduínos del Asia. No tienen ciudad alguna, sino únicamente campos. Lo que distingue la relijion de los Maratas de la de los demas Indos es una diferencia en los signos esteriores, en el traje y en las prácticas, pero sobre todo una tolerancia desconocida á las sectas puritanas del bracmanismo, tolerancia llevada hasta la admision de los individuos de diversa creencia.

Tal es en resúmen el aspecto relijioso del Indostan. Para formar un juicio ecsacto acerca el culto dominante de esta comarca, debe mirarse de esta suerte, por cuanto sus pormenores absorven y desesperan. Piérdese uno al investigar la razon de cien prácticas ridículas ó atroces, al coordinar en completas series esas miríadas de dioses y diosas subalternas que entregan los sacerdotes al pueblo á modo de juguete; y se pasaria la vida entera en definir sus atributos, clasificar sus adoradores, y aun para colejir la demostracion de que la relijion bracmánica, manantial de casi todas las demas, culto moral, intelijible y serio en su síntesis, es absurdo, obsceno, incomprensible en su análisis. En el bracmanismo y el bouddhismo, no puedo menos de admirarse en especial todo este jenio del primer inventor que ha entretejido los lazos de los pueblos indos tan fuertemente, que aun en la actualidad se mueven en las delimitaciones trazadas en los tiempos primitivos. Este sistema de infrájiles categorías que esteriliza en nuestros dias y estingue las nociones de pequeño fuego, fué sin duda una ventaja al principio, y debia ser por ventaja largo tiempo en el concepto del que lo creó. Algun tiempo despues, cuando otras condiciones de vecindaje ecsijieron una reforma relijiosa, el reformador no llegó al punto á que llegara el primitivo lejislador. La obra antigua pudo resistir, y encastillóse bien ó mal en un nuevo órden político que no pudiera aceptar ni prever. Lo que constituía una relijion mudó la forma y dejeneró en una nacionalidad. La nacionalidad inda es el culto de Brama y el de Bouddha, y no cederá mas á la tolerancia inglesa de lo que ha cedido á la persecucion mogola.

CAPÍTULO XIX.

CALCUTA. — HISTORIA DEL INDOSTAN.—COMPAÑIA INGLESA DE LAS INDIAS.

Entre la época de Alejandro y la era de Mahomet, el Indostan, gobernado por dinastias orijinarias, pasó al través de muchos siglos sin sacudida ni revolucion alguna. Empero, hácia el año 93 de la héjira (1) (711 años despues de J. C.) y bajo el califato de Walid, los Árabes desembocaron por la Persia á la rejion indiana y continuaron su marcha hasta á Delhi.

Aquellos primeros invasores de la India, llamados por los Persas Afghans (destructores), y por los vencidos Indos Patanes, sostuviéronse en la rejion central por espacio de cerca setecientos años, sin poder ganar terreno hácia el Ganjes, ni aun establecerse en la porcion conquistada de un modo definitivo é incontestado. Bajo Mahmoud-le-Gasnevide transcurrió un período de victorias y aumento de territo-

(1) Era de los mahometanos, que empieza desde el 16 de julio del año 622 de la era cristiana.

rio; mas los esfuerzos constantes de los Rajahpouts que se atrincheraran en las montañas de Gattes, habian anulado sus resultados, cuando en 1398 apareció en el Jumma y el Ganjes el célebre Tamerlan (Tymour-Lenk) á la cabeza de cien mil jinetes. Marchó sobre Delhi, tomóla por asalto, entrególa al saqueo y persiguió en seguida á los Patanes hasta á las montañas de Kandahar. Sucedióle Geham-Guir que vivió poco, y fué reemplazado por Mirza-Miram-Cha, jefe de la dinastía mogola que aun reina. Aquellos nuevos amos tuvieron que defender sus tronos contra los Patanes y contra los Rajahpouts. Los primeros fueron derrotados por Mohammed-Baber en la batalla de Maltia; los segundos fueron arrojados del Guzurate en 1535 y de Bengala en 1540. Algunos años despues, tuvo lugar una nueva reaccion en favor de los Patanes; su sultan Tchir-Khan arrebató Delhi á Mohammed-Hemaïoun que se refujió á Persia é imploró el socorro de Sophi-Cha-Tamas, hijo del célebre Cha-Ismaïl. Despues de un destierro de cinco años, recobró sus estados indianos, merced á sus ausiliares, y su hijo Mohammed-Akbar, que vino despues de él, consolidó la autoridad mogola hasta entonces vacilante.

Geham-Guir y Cha-Geham ascendieron en seguida al trono de Delhi sin que aconteciese algun hecho memorable que caracterizase sus reinados; pero Aureng-Zeb que subió al poder usurpándolo violentamente á su padre Cha-Geham, marcó su época con una serie de victorias y la organizacion política del Indostan. Él mismo fué quien subyugó en parte la península del Dekkan haciéndola dependiente de la corona mogola. Bajo su reinado este imperio contó diez y ocho provincias; Delhi, Agra, Ajmir, Gorrah, Panjab, Audi, Moultan, Caboul, Kachemyr, Guzurate, Bahar, Sindh, Boulatabah, Malva, Berhar, Kandich, Beder, Benga, Orissa, Golconda y Visapour. En idioma mogol llamábanse estas provincias Soubas; su poblacion ascendia á 64,000.000 de habitantes, y su renta pasaba de 860,000.000 de francos. Cada provincia tenia su soubab, cuya dignidad era equivalente al árabe de emir, y se calificaba de nabab ó señor.

En la época de Aureng-Zeb la autoridad mogola determinó mejor su carácter á vista de las poblaciones vencidas; en vez de adoptar como los Patanes un sistema de violencia para con las creencias relijiosas y las habitudes domésticas de los naturales, los emperadores de Delhi establecieron como principio, del propio modo que los Tártaros Mantchoux lo hicieran en China, el respeto de los usos establecidos; dejaron subsistir las antiguas distinciones de castas, toleraron las prácticas esteriores del culto, y sostuvieron la organizacion de las propiedades y los códigos de Menou que dominaban hacia ya tantos años.

Despues de la muerte de Aureng-Zeb, acaecida en 1707, estalló entre sus tres hijos una guerra de sucesion, y desde entonces quedaron abiertas las puertas á la invasion estranjera. Cada uno de los competidores se puso en campaña con un ejército de 300.000 hombres, y la victoria se decidió á favor del primojénito Bahader-Cha. Despues de él, los emires, ya omnipotentes, depusieron sucesivamente á tres emperadores y acabaron por sentar en el trono á Mohammed-Cha, destinado á sufrir las mas terribles desgracias. En efecto, bajo su reinado apareció en el Indostan, á manera de sangriento meteoro, aquel célebre Nadir-Cha, mas conocido bajo el nombre de Thamas Kouli-Khan. Llamado por la traicion del emir él-Moulouk, este aventurero persa penetró en el territorio mogol en 1739, batió con 160.000 soldados á Mohammed-Cha que contaba 200.000 y 5.000 piezas de artillería, marchó sobre Delhi, entrególa á sangre y fuego, saqueó las casas, las mezquitas y las pagodas, pasó á cuchillo á 150 mil habitantes, entre hombres, mujeres, niños y ancianos, impuso á los vencidos un rescate de cerca 3.000,000.000, hízose ceder todo el país situado al O. del rio Altock, y recobró en seguida el camino de la Persia con 1.000 elefantes, 7.000 caballos y 10.000 camellos cargados todos de botin y de bagajes; despues, como si aun no fuesen suficientes tantos tributos de oro y sangre, impuso contribuciones á todas las ciudades de su rumbo, y pasó á degüello otros 20.000 naturales. Pasado ya este huracan, llegaron nuevas tormentas. Fortalecidos con la estenuacion de los Mogoles, los Patanes y los Rajahpouts tomaron las armas. Pero el heredero presuntivo del trono de Delhi, Ahmet-Cha manifestó ser un heroe adolescente, atacó á los Patanes, derrotólos, lanzólos del imperio y vengó con aquella gloriosa campaña la muerte de su padre, asesinado por los emires. Por desgracia los placeres del harem enervaron el brazo del jóven emperador; cansado ya de una victoria detuvo su marcha, dejó á los Patanes y los Rajahpouts disputarse la influencia de la comarca, creyendo no deber detener el curso de sus escursiones, mientras no relinchasen sus caballos bajo los muros de Delhi. En el estado de debilidad á que cayera, cada uno de los partidos militares en que consistia la fuerza, hubiera podido arrojarlo del trono; pero derrotándose uno á otro, conservaban á Ahmed-Cha como un poder neutral que dejaba siempre indecisa entre ellos la cuestion de superioridad. Este estado de cosas duró muchos años, durante los

cuales sobrevinieron en Delhi algunas revoluciones de palacio que conservaron intactas aquella ponderacion de influencia y aquella necesidad de un término medio entre dos ambiciones rivales. Los Patanes solamente se estendieron por el N., y los Rajahpouts por la comarca central, mientras que los soubahs del Dekkan, del Bengala y del Guzurate, se creaban por su parte un pequeño centro de accion independiente. Sin embargo aquellos síntomas interiores de mortalidad debian estinguirse en breve ante la invasion rápida y gradual de la preponderancia inglesa.

Desde el dia en que Vasco de Gama abriera el camino de la India á las naves europeas, todas las naciones dirijiéronse sucesivamente á aquellos remotos mares. Los Portugueses fueron los primeros que desembarcaron en territorio mogol y contrataron alianza con el rey de Delhi, Akbar. Tras ellos vinieron los Venecianos, en seguida los Holandeses que permanecieron omnipotentes por espacio de medio siglo, y despues los Franceses, los Daneses y los Ingleses. Estos últimos, llegados casi de la víspera, no tardaron en conquistarse los mejores puntos.

Tras las tentativas de Drake, de Stephens, de Cavendish, y por los años 1600, se fundó bajo el reinado de Isabel la Compañía inglesa de las Indias. En una época en que los principios de libertad de comercio se hallaban mas bien en las costumbres que en las leyes, causó una profunda sensacion en los miembros de los comunes un privilejio de esplotacion otorgado á un comité de negociantes con esclusion de todos los demas, siendo absolutamente preciso que el decreto de Isabel limitase aquella concesion á quince años, en cuyo término cesaria el privilejio, caso de ser considerado nocivo á la prosperidad pública. Así que, el monopolio indio debia espirar al principio en 1615; pero fué tal la tenacidad de los contratantes que en la actualidad (1834) este monopolio subsiste aun, sin que pueda preverse como y cuando llegará á cesar.

Las primeras tentativas de la Compañía redujéronse á mandar cuatro buques que partieron en 1601 á las órdenes de Lancaster y regresaron felizmente cargados de especias y pemienta. De esta suerte fué continuando en pequeño, y fundó algunas factorías cuyos ajentes observaban una conducta arreglada ó irreprensible que formaba cierto contraste con el fanatismo portugués y la frajilidad francesa. No pudiendo entresacar ausilio alguno de los soberanos que gobernaban á la sazon la Gran Bretaña, procuró la Compañía bastarse á sí misma, perseveró sola, suplió á todo por medio de escelentes elecciones y aumentó gradualmente la lista de sus factorías. Habíase constituído con un capital de cuatrocientas mil libras esterlinas solamente, y con acciones de cincuenta libras esterlinas cada una. En breve tales valores ascendieron á una cantidad nominal fuera de toda apreciacion. Realizábanse beneficios enormes; establecíase en Surate Tomas Best en 1612, apesar de los Portugueses; el mercado de Bender-Assi encumbrábase floreciente y rival del de Goa. Mas este primer esplendor de la Compañía no fué permanente: en 1655 suprimió Cromwell su privilejio para restablecerlo dos años despues. Constituído de nuevo en 1676 corrió una fase de turbulencias y decaimiento; las brutales depredaciones de Juan Child, hermano del director, atrajeron sobre ella todas las fuerzas del emperador Aureng-Zeb, y humillada y decaída de su importancia comercial, la Compañía llevó una ecsistencia precaria hasta en 1702, en cuya época reunióse una nueva sociedad de comerciantes de Lóndres á los antiguos co-privilejiados del comercio indio. De esta fusion nació la Compañía inglesa que ha ecsistido hasta nuestros dias, y fundada bajo el título de *Compañía reunida de mercaderes para el comercio de las Indias Orientales.* Los estatutos de la Compañía, deliberados y firmados en aquella época, solo han esperimentado desde entonces lijeras modificaciones. En las asambleas jenerales, todo posesor anual de un accion de mil libras esterlinas se halla revestido del derecho de votar. Estos portadores de acciones concurren por medio del escrutinio á la eleccion de los treinta y cuatro directores, incluso el presidente y los secretarios. No se puede ser director sino se poseen unas veinte mil libras esterlinas de acciones. Tres mil libras esterlinas dan dos votos; seis mil, tres; diez mil, cuatro. Los directores deben reunirse una vez almenos cada semana, pero á mas de esta reunion ecsisten muchos otros comités especiales para las compras, la correspondencia, la contaduría, el flete y el equipo de las embarcaciones, y en fin para los asuntos contenciosos.

De esta organizacion dató para la Compañía un período de prosperidad gradual. Su privilejio, fijado en 1750 para una duracion de treinta y cuatro años, fué renovado despues á cada espiracion por un voto del parlamento.

Mientras tales ocurrencias, todas las naciones europeas de alguna importancia marítima trazaron su situacion en la India. Los Franceses ocupaban Pondichery y Chandernagor, los Holandeses Chinsura, los Daneses Tranquebar y Serampour. La Compañía inglesa dirijió sus esfuerzos sobre tres puntos, Calcuta, Madras y Bombay.

El establecimiento de Calcuta fué fundado con la autorizacion del nabab de Bengala que al

morir decia aun á su sucesor: « Considerad las factorías de los Europeos como otros tantos panales de abejas cuya miel recojereis; pero si turbais su trabajo, temed sus picaduras. » La tolerancia de los Mogoles y de sus dignatarios provinciales llegó hasta el punto de permitir la construccion de algunas fortificaciones para defender á Calcuta contra las depredaciones de los pueblos circumvecinos. Al propio tiempo y alrededor del apostadero principal, elevábanse algunas factorías de menor importancia y sucursales fundadas en Kassem-Bazar, Dakka, Patna, Balassore y otros puntos. El armonía entre las autoridades indíjenas y los nuevos colonos duró hasta la muerte del soubab Aly-Ver-di-Kan; pero Chiragi-él-Doulad, que le sucedió, manifestóse menos condescendiente. Un Mogol, oficial de su corte, culpable de peculado, habia escapado del castigo con la fuga, y por medio de ricos indíjenas comprara la proteccion inglesa, viviendo en Calcuta y desafiando la justicia de su amo. Repetidas veces el soubab reclamó al culpable, mas viendo que se le negaba redondamente su demanda ó se le dirijian respuestas evasivas, marchó hácia la factoría británica con sesenta mil hombres, obligó á su gobernador á huir vergonzosamente, tomó el fuerte y entregó la ciudad al saqueo á 19 de julio de 1756. Los ciento cuarenta y seis soldados que componian la guarnicion fueron metidos en una mazmorra tan sumamente estrecha y falta de ambiente, que por la noche fallecieron ciento veinte y tres. Uno de los veinte y tres que sobrevivieron, llamado Holwell, hizo erijir despues un cenotafio en honor de las víctimas en el sitio mismo do perecieran. A consecuencia de aquel desastre cesó entre los Europeos de Bengala toda consideracion de rivalidad: los Franceses de Chandernagor y los Holandeses de Chinsura vinieron al ausilio de los infortunados colonos de Calcuta que se hallaban hacinados en algunos buques surtos en el Ganjes.

Sin embargo aparecieron pronto ante Calcuta el coronel Clive y el almirante Watson para vengar el afrenta de las armas inglesas. La ciudad fué reconquistada sobre los Mogoles á principios de 1757 y el soubab se vió á su vez amenazado en sus posesiones; Hougly se rindió al coronel Clive y espió por medio de sangrientas represalias los asesinatos cometidos en Calcuta. Desde aquella época el dignatario mogol se vió puesto á discrecion de los Ingleses, firmando con ellos un tratado desastroso y viéndose precisado á asistir, bien que sin intervencion alguna, á la toma de la factoría francesa de Chandernagor, cuyos trabajos derribaron los Ingleses deportando igualmente á sus moradores. La ruina de esta capital de nuestros establecimientos en el Ganjes fué seguida del abandono de todos los apostaderos secundarios.

Mientras de esta suerte obraban á fuerza de armas, reportaban los jefes ingleses otras ventajas entablando algunas connivencias en el campo enemigo. El jeneral y pariente del soubab, Jaffer-Aly-Khan, vino á ser su criatura favorita, de suerte que en la batalla de Plassy, dada á 7 de junio de 1757, parte del ejército mogol desertó de sus banderas, y el desgraciado soubab, aprendido por sus mismos oficiales, fué ahogado y arrastrado en seguida desnudo sobre un elefante. De esta suerte se realizaba el plan favorito del coronel Clive, de dar la investidura de la soubabia del Bengala á su partidario Jaffer-Aly. Resignóse la corte de Delhi á un hecho consumado, y aun llevó su bondad hasta enviar al coronel inglés el título de emyr del imperio con el sobrenombre de *Sabet-Zing* (guerrero intrépido). Despues de esta decisiva campaña empezaron las fortificaciones del fuerte William en Calcuta: el Bengala era ya por tales actos poseído por los Ingleses.

En efecto, los resultados pueden ya considerarse como el corolario de ese primer acto de autoridad. Revestido del poder, Jaffer-Aly-Khan procuró sacudir este yugo británico tan difícil de soportar; mas habíanse ya urdido en su corte las mismas tramas que determinaran su anticipacion. Rodeado á su vez Jaffer-Aly de confidentes ingleses, quiso en vano tratar secretamente con las autoridades holandesas, pues el coronel Clive descubrió sus proyectos, detuvo un armamento holandés que remontaba el rio, batió las tropas desembarcadas y las forzó á una honrosa capitulacion. Despues de esa última hazaña, aquel hábil oficial regresó á Inglaterra, y el rey lo creó lord Plassy. Aunque las brillantes calidades de Clive eran empañadas por algunos defectos, es innegable que se le debe en gran parte la seguridad de los Ingleses en la India. Habia contribuído á sustraer á la influencia francesa el Karnatic en el cual se halla situada Madras; habia fundado en el Bengala la supremacía inglesa con esclusion de todas las demas, y la consolidó algunos años despues por medio de su tratado definitivo con Allun-Cha, á la sazon emperador mogol. El interregno que separó esas dos épocas fué señalado por el gobierno de Vansittart que continuó, bien ó mal, la política de Clive. Habiendo sido reintegrado algun tiempo despues en la soubabia del Bengala, Jaffer-Aly-Khan que fuera reemplazado por Kassem-Aly-Khan, alarmóse la Compañía inglesa y se dirijió de nuevo á lord Clive como á su salvador. Antes de partir, ecsijió este una reforma completa en el personal de los directores; hízose asignar una renta de 30.000 libras esterlinas y solo se em-

barcó para la India como mayor-jeneral decorado con la órden del Baño. Durante su ausencia, habian tenido lugar en la India diversos combates entre las tropas del soubab y los soldados ingleses. Sucesivamente perdiera la Compañía sus factorías del *Alto-Ganjes* y solo le quedaba ya Calcuta, defendida por un pequeño ejército. Las batallas de Mourchidabab y de Nonkanulla, la reconquista de Patnah, y en fin la accion de Botchar en que los Ingleses derrotaron á los soldados del soubab reunidos á las tropas mogolas; solo habian mejorado medianamente los negocios, cuando lord Clive apareció de nuevo en Calcuta á 3 de mayo de 1765.

De una sola ojeada reconoció los elementos sobre los cuales era preciso fundar la paz y la prosperidad del nuevo imperio. Aislando al soubab Kassem-Aly de sus ausiliares mogoles, forzóle á buscar un asilo entre los Seyks, al paso que entablara negociaciones directas con el soberano de Delhi, obteniendo de él la formal cesion del Bengala, del Bahar y de Orissa. Por este tratado todos los derechos de los emperadores mogoles sobre estas provincias entraron en las atribuciones del consejo de Calcuta y del gobernador jeneral de las posesiones indias, pero en cambio la Compañía inglesa concedió al monarca desposeído una renta de 430.000 libras esterlinas (10,000.000 de francos á poca diferencia, ó 46 lagos de rupias) renta que ha sido gradualmente disminuída en tiempos posteriores.

De esta suerte se mutiló por medio de una transaccion vergonzosa el vasto imperio de Aureng-Zeb, cuyas rentas anuales habian ascendido á 300,000.000, y si en aquella hubiese lord Clive pretendido estender sus conquistas hasta el país de Benares, no hay duda que lo hubiera conseguido; empero sea por efecto de moderacion, sea por un acto de prudencia, contentóse con estraer de él ocho millones de contribuciones de guerra.

De este tratado data la organizacion de los privilejios comerciales de la Compañía, privilejios que con tanta rapidez debian arruinar al país y rendir tan corto provecho á los esplotantes. Estableciéronse monopolios sobre los principales productos, sobre el té, la sal, el tabaco, el betel, el algodon y aun el arroz, pero como semejantes innovaciones eran incompatibles con las habitudes é intereses de los naturales, muchas veces debióse de proceder con el ausilio de las bayonetas. Tan odiosas medidas fueron acompañadas en breve por la escasez de cosechas, y el hambre diezmó á las poblaciones que respetara la guerra. Algunos autores contemporaneos hacen ascender á cinco millones el número de Indos fallecidos á impulsos del hambre en el solo año de 1770. «Veíaseles, dice Raynal, á lo largo de los caminos, en medio de nuestras colonias europeas, pálidos, descarnados, estenuados y moribundos de hambre; unos recostados en el suelo y aguardando la muerte, otros arrastrándose con mucho trabajo para buscar algunos alimentos en su derredor, abrazando las rodillas de los Europeos, y suplicándoles que los recibieran por esclavos.» El Ganjes fué cubierto de cadáveres, y los caminos estaban enteramente sembrados de los mismos! Y sin embargo ningun síntoma de sublevacion asomó entre aquellos pueblos indolentes; nunca concibieron la idea, aun en vísperas de espirar de necesidad, de un pillaje de almacenes, de un saqueo, de una matanza de Europeos, de una insurreccion jeneral.

Aquel año de desastres dirijió un golpe mortal á la Compañía; cubrióse esta de deudas, y aun se trató en 1773 de suspender sus pagos, cuando el Parlamento vino á su socorro despues de una solemne sumaria.

Embarazos políticos complicaron en breve esos embarazos financieros. Habiendo estallado una guerra entre la Francia y la Gran Bretaña, fué forzoso atacar ó defenderse en las posesiones de la costa de Coromandel. Vencida la Francia, presentóse un nuevo enemigo, tal fué Hyder-Aly, rey de Misora, que sostuvo por mucho tiempo el choque de todas las fuerzas inglesas; en seguida vinieron los Maratas que por un lado amenazaban á Bombay, y por otro á Madras y Calcuta. Pero Hyder-Aly-Khan fué batido, los Maratas fueron detenidos ya por medio de negociaciones, ya por ejércitos de Cipayos, y en vano procuró despues el gabinete de Versalles sostener con mano fuerte esas sublevaciones de Indos contra los Ingleses, pues en todas partes fué prevenido ó ahuyentado.

Por un momento se presentó, á la muerte de Hyder-Aly, una ocasion propicia á nuestro renacimiento en la India. Tal fué cuando el hijo de aquel rey, Tippoo-Saeb, Tippoo, cuyo odio hácia el nombre inglés fué tan arraigado y profundo; sí, cuando Tippoo empuñó las armas y esclamó: «¡Viva la Francia!» entonces fué cuando hubiera podido operarse con eficacia, justificar la confianza de un aliado fiel, vengar á Pondichery de un reciente saqueo, y realizar en la península indiana la potente organizacion que meditara el jenio de Dupleix; empero los ministros de Luís XV y de Luís XVI no fueron felices en su golpe de vista, y todas sus empresas se redujeron á semi-medidas y fanfarronas demostraciones. Por este motivo abortó la mision de Suffren, esa mision tan cacareada y absolutamente nula en resultados. El desenlace de aquellos ruinosos ensayos fué que los Ingleses no perdieron en la India una

sola pulgada de terreno, un solo grado de influencia; combatiéndose mutuamente sus adversarios, Tippoo con los Maratas, y estos con el nizam del Dekkan, rechazaron gradualmente al rey de Mysora hasta sus últimas posiciones, redujéronle á pedir un armisticio en 1784, le arrebataron por el tratado de 1792 todo el país situado al O. de Gattes desde las fronteras de Travancor hasta el rio Rawar; en fin, cuando, en 1798 creyendo Tippoo en la fortuna del jeneral francés que habia conquistado el Ejipto en el término de quince dias, quiso crearle una diversion en el seno del Asia, reuniendo aceleradamente todas sus fuerzas; los Ingleses, unidos á los nababs y á los nizams de la península, marcharon hácia el Mysora central de las dos costas de Malabar y de Coromandel, derrotaron completamente á las tropas enviadas á su encuentro, sitiaron á Seringapatnam, capital del reino, mataron en un asalto decisivo á Tippoo y á sus mas fieles oficiales, penetraron en la ciudad á viva fuerza y encontraron en ella al real erario, estimado en ochenta millones de francos. De este modo falleció uno de los mas tenaces adversarios que jamas hubiese encontrado en la India el poderío inglés. En la distribucion del territorio conquistado, arrogóse el vencedor la parte mas bella, conservó los distritos de Bangalora y de Seringapatnam y dividió el resto entre el descendiente directo de Tippoo y el nizam, su aliado en esta guerra.

Este engrandecimiento de terreno y el botin en especial fué un lance de fortuna para la Compañía. Desde aquella época se verificaron guerras interiores, sublevaciones parciales, ataques de poblaciones, pero no fueron mas que llamaradas sufocadas en su principio mismo. En 1781, el gobernador jeneral Hastings tuvo que reprimir en Benares una revolucion que terminó con la fuga del zemindar Chein-Sing y por la formacion del campo armado al rededor de la ciudad santa. Esta accion, en la que el mayor Popham, jefe de las tropas inglesas, desplegó la mas viva enerjía, puso toda la comarca bajo la dependencia inmediata de Calcuta. El jefe marata Mahadje-Sundia dió á los gobernadores inquietudes mas duraderas y serias: ya permaneciendo neutral, ya levantándose como enemigo, organizara una lucha de escaramuzas y sorpresas, invadiendo una provincia para talarla y retirándose luego á sus montañas. Al principio toda la fuerza de sus pueblos belíjeros consistia únicamente en caballería, empero habiendo el azar conducido á la corte de Scindia, á fines del último siglo, al oficial de Boigne, natural de Saboya, decidióse aquel príncipe á adoptar su parecer formando un cuerpo de infantería y disciplinándolo á la europea. Organizóse una confederacion marata, cuya capital fué Agra, en la que estableció Scindia fundiciones de armas y cañones. En breve se compuso su ejército de 50.000 jinetes y 20.000 infantes provistos del material suficiente. A imitacion de Scindia, los demas jefes maratas formaron su efectivo de guerra, y la confederacion se vió en poco tiempo con unos 250.000 combatientes entre infantería y caballería. Tal es por lo menos el cálculo verificado en 1801.

Los primeros años de este siglo fueron señalados por nuevas lides entre los Maratas y los Ingleses. El sucesor y sobrino de Scindia, llamado Dolut-Rao, dió, entre otras acciones, la de Assaya, en la cual el ejército británico se hallaba al mando del duque de Wellington.

Sobrado prolijo seria por cierto seguir esas resistencias con todos sus pormenores que por tanto tiempo ocuparon la prudencia y longanimidad inglesas. Mas progresos hizo la Compañía con un actitud de observacion que con ataques bruscos y aventurados; y lo que tan bien prepararan la sangre fria y enerjía de Clive, el maquiavelismo de un Hastings, la audacia de un Wellesley, la lealtad de un Cornwallis, y la intelijente administracion de Duncan en Bombay y de Colebrooke en Calcuta lo prosiguieron y coronaron. Esos espíritus de diverso temple lograron fijar los pueblos movedizos en un terreno que no pudo franquearles su turbulencia; agruparon felizmente sobre sus fronteras pueblos inofensivos que oponian una fuerza de inercia á las invasiones de aquellos terribles caballeros, y organizaron algun tiempo despues en el interior campos armados, escalonándolos de tal suerte que formaban como un cordon entre los Indos belicosos y los Indos apacibles. Con semejante conducta los gobernadores de Calcuta han anulado y casi desarmado á los Maratas; vencidas en 1818 en Pounah, aquellas tribus guerreras se hallan en la actualidad reducidas á clasificarse como las demas. Los únicos pueblos verdaderamente independientes del poder inglés son los Seyks, que por su situacion en la rejion septentrional se hallan al abrigo de cualquier ataque, pero en cambio esta misma distancia les impide ser para la Compañía inglesa un peligro directo é inmediato. El actual rey de los Seyks es Runjet-Sing que ha conquistado recientemente sobre los Afghans y agregado á sus estados el reino de Kachmyr; reside en Lahore, donde fué á visitarlo Jacquemont en 1831. Un oficial francés, M. Allar, al servicio de este príncipe diez años ha, y jeneral en jefe de sus ejércitos, recibió á nuestro viajero con una de las mas alhagueñas acojidas. Ofrecióle Runjet-Sing una infinidad de sacos de rupias y chales preciosos; alojóle en un palacio magnífico, dióle una numerosa servidumbre y le hizo escoltar hasta

Kachmyr mandando que en todos sus Estados se le tributasen los mas grandes honores. Vamos á trasladar el retrato de aquel príncipe tal como lo ha descrito en sus cartas nuestro injenioso viajero: «Runjet-Sing es quizas el primer Indio curioso que haya yo visto, é indemniza con su curiosidad el apatía de toda su nacion. Hízome cien mil preguntas sobre la India, los Ingleses, la Europa, Bonaparte, esta vida en jeneral y la otra, el infierno y el paraíso, el alma, Dios, el diablo, y cien otras cosas. Puede decirse que, á manera de todas las personas de distincion en el Oriente, es un enfermo imajinario; y como mantiene una numerosa multitud de las mas hermosas jóvenes de Kachmyr y posee recursos para pagar la mejor comida que pueda celebrarse en este país; siente infinito no poder beber como un pez sin embriagarse y comer como un elefante sin ahogarse. Este rey asiático no es un pequeño santo, pues no reconoce fé ni ley, cuando su interés no le ordena ser fiel y justo, pero tampoco es cruel. A los mas grandes criminales, les hace cortar la nariz, las orejas, un puño, mas nunca quita la vida á nadie. A los caballos les profesa una pasion que raya á locura, de suerte que ha hecho las guerras mas mortíferas y dispendiosas para apoderarse, en un estado vecino, de un caballo que no querian otorgarle ó venderle. Su valor es grande, circunstancia bastante rara entre los príncipes del Oriente, y si bien en todas sus empresas militares ha sido siempre feliz, con todo solamente ha ascendido de simple jentil-hombre de campaña á rey absoluto de todo el Punjaub, del Kachmyr, etc., por medio de tratados y negociaciones pérfidas, obedecido mas rigurosamente por sus súbditos que los emperadores mogoles en tiempo de su mas escelso poderío.»

Runjet-Sing es pues un potentado que trata de igual á igual con el gobernador jeneral de la India. Lord Bentinck lo tolera, porque una guerra contra aquel príncipe podria ser peligrosa sin ofrecer la perspectiva de ser útil. En sus viajes al Hymalaya, el lord inglés no falta en mandar una embajada á Runjet, quien le vuelve cortesía por cortesía, diplomacía por diplomacía.

Así que, la Gran Bretaña ha seguido por una parte un sistema de observacion armada á vista de los Maratas, y por otra una linea de reserva inofensiva á vista de los Seyks; empero por estos últimos años se ha manifestado en el emperador de los Birmanes un nuevo adversario, un vecino mas temible todavía al cual no han podido reducir las negociaciones ni las amenazas, habiendo sido por consiguiente forzoso recurrir al argumento del cañon. Como esta guerra merece ser referida con algunos pormenores, harémosla figurar en uno de los capítulos siguientes.

Tales son los elementos de resistencia armada que la Compañía ha tenido que vencer en el discurso de un siglo. Hasta el dia ha esperimentado feliz écsito, pues los Rajahpouts, los Maratas, los Seyks, los Birmanes han sido vencidos ó neutralizados; las posiciones que no podia conquistar de frente, ha sabido dirijirlas con habilidad. Pero esta paz que ha conquistado no es mas que una tregua; el poder inglés no está bien afianzado en la India, sino solamente acampado sin porvenir alguno.

En efecto, al considerar la situacion únicamente bajo el aspecto europeo, podria preguntarse: quién es el conquistador y el dueño de las riberas del Ganjes? Es acaso la Inglaterra ó la Compañía inglesa? Hasta el dia es solamente la Compañía quien las posee de hecho y de derecho. A su costa se ha sometido la India, sus ajentes son los que la han organizado; ella es quien ha creado su marina, quien ha puesto en planta una fuerza militar, y constituído un inmenso personal de empleados civiles; la misma es la que ha hecho de la India un gobierno aparte, un gobierno con sus rentas y su deuda, con sus fortalezas y sus campamentos, con sus influencias locales y sus alianzas limítrofes, en una palabra, ella es la que ha realizado un imperio mercante en un imperio real.

Todo esto estaba muy bien mientras á cada renovacion de privilejio, los Comunes se limitaban á desinteresar el derecho soberano de la nacion por un voto de investidura. Empero, diariamente se aclara y robustece la opinion sobre el porvenir del monstruoso edificio erijido sobre la esclusion, la violencia y el monopolio. Con cálculos á la vista, se procura juzgar la obra por sus efectos; se pregunta á los villanos de la Compañía cuales son sus recursos actuales; á los estadísticos comerciales cuales son los resultados de los errores consecutivos á la enumeracion de las poblaciones, si este sistema ha sido para ellos una utilidad ó una ruína; al estado de la comarca si la administracion privilejiada ha impelido á la India en una senda de progreso ó retrogradacion, de opulencia ó de miseria. Los hechos, fuerza es decirlo, todos militan contra la Compañía y ninguno en su favor. La ecsajeracion de un sistema prohibitivo, el abuso de fiscalidades odiosas, el lujo indolente de sus empleados civiles y militares, la enormidad de sus emolumentos, la superfetacion de un personal ocioso, empujan gradualmente á los directores hácia la mas horrenda bancarrota. Todo el mundo lo preve, pero nadie osa declararlo. En el decurso de algunos años, y cuando se hayan agravado mas estas causas de decrescencia; presentaráse ante

los Comunes, abatidos por la última reforma electoral la cuestion de la renovacion de la Carta. Allí es donde se empeñará el debate al principio en lo concerniente á una cuestion vital para la Compañía, la del monopolio de los tés de la China, que constituye el mas bello apéndice de su comercio indio. Aun cuando el voto del Parlamento legalizase la situacion normal del reino anglo-indio, separaria en todos casos el comercio de los puertos ingleses con la China que disminuye ya algun tanto la libre concurrencia de los Estados-Unidos.

Pues bien! esta sola reforma será una sentencia de muerte para la Compañía inglesa. Hace ochenta años que subsiste prócsima á perecer en diversos lances y solo debe la vida al azar y no á su constitucion, puesto que es tal la naturaleza de un sistema comercial edificado sobre la esclusion, que solo se sostiene por medio de condiciones que ecsisten fuera de su esfera de actividad. Así es que en los primeros tiempos, la conquista y los tesoros de los reyes vencidos, los ahorros del soubab de Benares y del rey de Mysora, el pillaje, las contribuciones onerosas, le comunicaron cierto aire de opulencia y de prosperidad; mas esta prosperidad y opulencia eran compuestos de capitales que se destruían sin reproducirse, que pasaban de las manos de los tesoreros indos á las de los zarracatines británicos, sin dejar vestijios útiles al país y sin fundar nada para el porvenir. Despues de este primer medio sobrevinieron la escasez de los jéneros, el derecho esclusivo de comprar y vender, la esplotacion sin concurrencia de todos los productos del país, añil, salitre, algodon, azúcar de Benares, betel, como tambien el privilejio de los objetos manufacturados de Europa, todo lo que podia procurar una gordura facticia, que llenaban las cajas de los asociados de oro mal adquirido y peor empleado, no menos que todos los objetos que debian terminar con la miseria del país y la ruina de los esplotantes. Por fin, cuando se agotó esta veta de beneficios, cuando los pabellones estranjeros encontraron la senda de mercados libres y obtenido ademas mejores productos á mejor cuenta, entonces la Compañía se encaramó al monopolio de los tés como á su áncora de salvacion, recurrió de nuevo á la ley de las armas contra el derecho comun, armó pendencias por su inmenso material, por su ejército de empleados, por el reino inglés que acababa de fundar en Asia. Las palabras tenian todavía mas valor que los hechos, cuando los hombres de los lugarejos condescendieron á esos lamentos y legalizaron sus demandas.

Qué sucederá en la actualidad si los comunes niegan ó comercian los derechos de los monopolizadores? esta prevision es horrible é imposible de determinar. Acaso los ricos dignatarios que ecsisten en el ejército y en la administracion, obedecerán en el Bengala á un decreto lejano que será mortal para los mismos? Diez años hace que, por algunos millares de francos anuales que se quisó rebajar de su sueldo ecsorbitante, los oficiales europeos que mandaban los cuerpos cipayos llegaron hasta la insubordinacion y la revuelta. Qué se verificará cuando se hable de licenciamiento ó de porcion congrua? Resultará acaso una vasta sublevacion militar ó bien un movimiento análogo al que emancipó de la metrópoli inglesa, á fines del siglo pasado, las colonias de la América septentrional? Qué se hará en las Indias contra los Comunes si proclaman la libertad del comercio indio? Nadie lo sabe.

Aun suponiendo que el gobierno inglés tenga pretestos para resistir á la Compañía, no habrán desparecido todos los obstáculos el dia en que se encuentre investido de su herencia, sea de libre voluntad, sea á viva fuerza. La Compañía ha gobernado su territorio asiático como un pacha su provincia, cortando el árbol para recojer el fruto; ha agotado el suelo, ha destruído y reducido al hambre á las poblaciones. Entre sus ajentes y los Indos no ha habido fusion alguna, solo ha habido opresion por una parte y obediencia por otra. La Compañía cuenta cerca cincuenta millones de súbditos directos; posee una renta nominal de cuatrocientos millones; pero estos cincuenta millones de súbditos serian adversarios mañana mismo, y estos cuatrocientos millones de rentas aun no bastan para cubrir los gastos ó por los enormes intereses de la deuda cuajada de misterios; y si á esto se añade la necesidad de mantener fuerzas inmensas en el país, el peligro infalible de una sublevacion de los Cipayos, á quienes debe quedar sujeta tarde ó temprano, la imposibilidad de una reforma radical, ya entre los ajentes civiles, ya entre los jefes militares, el actitud siempre hostil de los Seyks, de los Maratas y de los Birmanes, las preocupaciones de los naturales, el decremento gradual de los productos territoriales, las usurpaciones de los mestizos, razas cruzadas de Europeos é Indos, que reunen á la vez la arrogancia de los primeros con la desafeccion de los segundos; se colejirá fácilmente que los hombres de estado de la Gran Bretaña tendrán mucho que hacer cuando se trate de tomar un partido definitivo sobre este reino anglo-indio que actualmente no es mas que una jaula dorada. Algunos políticos á vuelo de pájaro han creído presentir la ruina deestе imperio en una invasion rusa, y esta idea maravillosa ha adquirido despues cierto crédito bajo los estratéjicos desarrollos de sus comentadores. Seria tiempo ya de reducir á su justo valor es-

tas singulares combinaciones, en que se meceu las almas débiles hace algunos años. Por largo tiempo subsistiria todavía el poderío inglés si únicamente se viese amenazado de San Petersburgo, pero felizmente los jérmenes de muerte que abriga ejercen una accion mas segura y mas funesta á su futura permanencia en la India.

Un país de comercio libre, sea cual fuere su patronazgo europeo ó bien sin patronazgo alguno, una rejion accesible á todos los industriales, una suerte de terreno neutral para todos los pabellones, sin esclusion ni preferencia para alguno de ellos; tal deberia ser la India para ostentar de nuevo sus dias de antigua y fabulosa prosperidad; tal es lo que será tarde ó temprano, apesar de los Ingleses, ó aun con los Ingleses mismos.

CAPÍTULO XX.

CALCUTA. — JEOGRÁFÍA, ESTADÍSTICA, HISTORIA NATURAL DEL INDOSTAN.

El Indostan, en la época primitiva de su historia, fué llamado por sus naturales Djambou-Wypa (árbol de Djambou) y Barathak-Handa (el país de Baratha), quienes lo dividian en país septentrional, central y meridional. Por lo que hace á su apelacion moderna, los sabios no están acordes acerca su valor etimolójico: el oríjen mas probable parece hallarse en el nombre del rio Sindh ó Hind que corre por la parte O. del país.

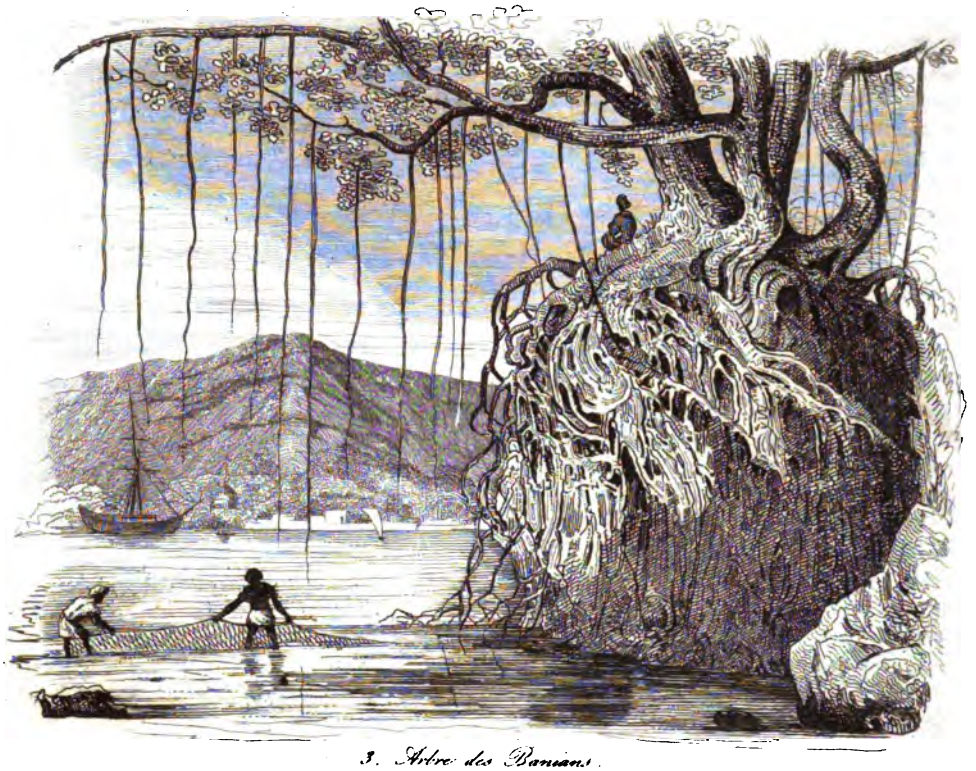
Sea como fuere, la comarca llamada actualmente Indostan está enclavada entre el Hymalaya al N., el Khamti al E., el Khaboul, el Moultan y el Sindh al O., en fin el mar de las Indias al S. Este país se halla situado entre los 8° y 35° lat. N. y entre los 65° y 90° lonj. E. La cordillera del Hymalaya, que lo termina en toda la frontera septentrional, ofrece las cumbres mas elevadas de todo el globo conocido. Mientras que el punto culminante del continente europeo apenas alcanza la altura de 2.460 toesas sobre el nivel del mar, el Asia nos presenta su pico de Tchamoulari, situado en los confines del Boutan, de 4.400 toesas de elevacion, el Dhowalgiry y el Djawahir en el Nepaul con 4.390 toesas el primero, y 4.026 el segundo.

Esta comarca está fertilizada por rios muy bellos é importantes; el Indo ó Sindh que desemboca en el golfo de Oman; el Nerbuddah que desagua en el golfo de Cambaya; el Kavery, el Kishna, el Godavery, y finalmente el Ganjes y sus afluentes que descienden todos hácia el golfo de Bengala. Este último rio es para la India lo que el Nilo para el Ejipto, sagrado como él, y como él fecundante por sus crecidas periódicas.

Situado casi en toda su estension en la zona tórrida, pero limítrofe de una rejion de alpes y de yelos, el Indostan goza de una temperatura dulce, bien que inconstante. Los huracanes silvan en él con una violencia desconocida en todos los demas países; en parte alguna rimbomba el trueno con mas estruendo, y en ninguna otra rejion cae el granizo con mas rapidez y densidad. Sin embargo tales fenómenos no son jenerales ni uniformes, sino que varían segun las localidades: la cordillera de Gates que cruza la península del Dekkan de N. á S. determina casi siempre contrastes atmosféricos en sus dos cuencas de E. y de O.; la costa de Malabar es el sitio mas nocivo y el mas inundado de lluvias; lo propio debe decirse en segundo lugar de la costa de Coromandel y despues del Bengala, donde caen por lo comun veinte y dos pulgadas de agua mensualmente. Las partes mas sanas de la comarca son las mesetas interiores entre los Gates, las provincias situadas entre el Jumma, el Ganjes y el Sutledje, el Penjaub, el Lahore, el Kachmyr, el Népaul, cuyo clima se aproxima algun tanto al de la Europa central. Allí es donde los antiguos viajeros colocaban portentosos ejemplos de lonjevidad; allí donde vivian los *Cyrni*, un gran número de los cuales, insiguiendo sus relaciones, llegaban á la edad de ciento cincuenta años; allí donde encaneció ese pretendido fakir que vivió tres siglos, segun el historiador Faria. En nuestros dias, que todo se observa de mas cerca, los habitantes de este país no esceden los límites de una ecsistencia regular, y aun puede decirse que en jeneral ofrece el Indostan mas bien precoces senectudes que sorprendentes lonjevidades. En él son comunes é intensas todas las enfermedades de la piel, especialmente la lepra: las fiebres, las hidropesias, la elefancia (1), las disenterias arrastran todos los años un gran número de naturales. Los Europeos mismos vejetan en esas rejiones húmedas y cálidas, y ninguno conserva su tinte vivo y colorado de Europa, pues la piel pasa en breve á ser pálida y el ojo pierde algun tanto su vivacidad. La medianía de la vida es mucho menos elevada que en Inglaterra y en Francia.

(1) La elefancia es uno de los males mas terribles que se conozcan, y principia por la pérdida de todo el pelo del cuerpo, dejenerando en un cáncer universal. La medicina no ha llegado todavía á acertar con un remedio verdadero á su curacion. Muchos naturalistas atribuyen esta enfermedad al uso del pescado, al paso que muchos sabios filósofos de la antiguedad la reputaron efecto de la contravencion á la ley de Orfeo que disponia la abstinencia de toda carne. Tal fué la causa que motivó la dieta pitagórica, y la que dió márjen á muchos sabios para abstenerse rigurosamente de la carne de los animales.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



3. Arbre des Banians.

3 Arbol de los Banianes.

4. Potier

4 Alfarero.

El suelo de la India con sus numerosos accidentes y sus mesetas ofrece casi todas las variedades de las producciones terrestres. Cójense dos cosechas anualmente, pero la principal es la del arroz que es el pan de los Indios y de la que se cuentan hasta veinte y cinco especies. Los demas artículos harinosos peculiares al país son el moung, el murrhus, cuyos granos son parecidos á los de la mustaza; el tanna, grano que produce mucho y que crece casi sin cultivo; el toll, que produce una especie de alimento favorito de los marinos; el katchil, negro por el lado esterior, pero interiormente blanco, que reemplaza á nuestra patata; el moughpoully; en fin, la batata que comunmente pesa muchas libras.

La flora indiana es una de las mas ricas que ecsistan en el globo. Las rosas de Delhi y de Gazipour, de la cual se estrae el *attar* ó esencia, gozan de una celebridad que han transmitido hasta nosotros las poesías de los Orientales. Al lado de estas debe colocarse el kadsumaliga, jazmin de grandes flores, el atimuca, el tschambaga con el cual los Indos se adornan el pelo; el lotus, que vibra en el agua con sus hojas encarnadas; el ixora con sus pimpollos de púrpura sobre unos tallos de seis pies; el sindrimal que se abre por la tarde y se cierra al rayar del alba; el nagatally, cuyo follaje ahuyenta las serpientes. Por lo demas, toda esta nomenclatura no es mas que un mezquino specimen de esta flora estudiada sucesivamente por Burmann, contemporaneo de Linné, como tambien por Roxbourgh, Hamilton, Carrey y Wallich.

Entre las plantas útiles á la industria deben mencionarse el añil, el tabaco, el cáñamo, el lino, la zarzaparrilla, el algodon, el betel, el opio y muchas especies tintoriales. Las provincias de Gates y de Aoud producen pimienta en abundancia. La caña dulce prospera en todo el Bengala y especialmente en los contornos de Benares.

La India contiene bosques de mambúes y palmeras de toda clase. Entre los árboles frutales es preciso distinguir la higuera ó árbol de los Banianos, llamado todavía árbol de Bouddha ó higuera de las pagodas (*ficus religiosa*), el cual es sagrado en la India, y cada establecimiento relijioso, templo ó chauderia, tiene ordinariamente su árbol de Banianos. Las ramas salen del tronco horizontalmente y llegan de esta suerte á distancias tales, que sensiblemente van propendiendo hácia la tierra, y cuando tocan á esta, se transforman en la misma, de tallos salen raíces, se ujieren, toman apoyo en el suelo y suministran nuevos jugos á la rama que las impeliera á tanta distancia (Pl. XIX—3). Esta reproduccion espontanea se multiplica al infinito, de suerte que un solo árbol es suficiente á veces para crear en su derredor una especie de pequeña selva. Estos vástagos perpendiculares no suministran renuevos, sino que solamente se engruesan, y su circumferencia, que empieza por algunas pulgadas, llega comunmente á un desarrollo de diez pies. El mas célebre de toda la India es el *cobir-bar*, en el Guzurate. En la actualidad hay dos mil pies de circumferencia al rededor de sus principales troncos, todos mas gruesos que los de nuestras hayas. Entre los naturales ecsiste la tradicion de que este árbol tiene tres mil años de ecsistencia. Las hojas del árbol de los Banianos son alternas, elípticas, tersas y lustrosas. Su fruto insípido y grueso como un avellana carece de pedúnculo. Teofrasto, Estrabon y Plinio han hecho mencion de este árbol que es conocido bajo diversos títulos. Los demas árboles frutales de la India son, en las provincias septentrionales, nuestras variedades de Europa, y en el Dekkan y el Bengala, las especies que vienen entre los trópicos. La mas curiosa es el mahwah que crece en el Bahar; sus frutos producen una suerte de aceite consistente, y sus flores secadas sirven para sazonar el kary.

En los bosques que cubren las montañas se encuentran árboles desconocidos en nuestras latitudes; el teck ó leño duro incorruptible á la polilla, mejor, bien que mas pesado, para las construcciones navales; el ponna, especie de melesia que da muy buenos mástiles; el nagassa ó palo hierro; diversos robineros, el azedarach y otras especies menos conocidas. En los hermosos bosques de la India los árboles tienen una elevacion tal, que un arquero no puede alcanzar la copa con su flecha. Para completar esta nomenclatura sumaria de los vejetales, seria preciso citar una multitud de cañas y de amomos; los cañacorros, el jenjibre, el cúrcuma, la pimienta negra; algunas notables gramineas y elegantes monocotyledones, como son el *crinum asiáticum*, el *polyanthes tuberosa*, el *methonica superba*, muchos *amarilis*, *pancratium*, *aloés*, etc., los laureles que suministran la cánfora y la canela, el tamarindo, el azafran, el árbol que produce el aceite de behen (1), por fin, muchas especies de cañafístola y de bauhinia.

Bien que se hayan ecsajerado las riquezas minerales de la India, esta comarca ofrece sin embargo minas de toda especie, de suerte que si sus altas cordilleras de montañas fuesen esploradas, encontrarianse sin duda en ellas tesoros nuevos é inapreciables. Ccontienen en efecto el oro, cobre, estaño, hierro, sal, sin que estos artículos se hayan utilizado por es-

(1) Planta cardíaca que se halla en el monte Líbano.

plotacion alguna. Las minas de diamantes de Golconda que han pasado por todas nuestras jeografías acompañadas de las maravillosas relaciones de algunos aventureros; estas minas que por largo tiempo han escitado nuestra credulidad; pues bien! es positivo que, cuando mas, han ecsistido en imajinaciones novelescas. Algunos mineralojistas ingleses han cruzado esta provincia en todos sentidos, ecsaminado el suelo, estudiado su jeognosia; han interrogado á las tradiciones indíjenas, consultado los archivos de Seringapatnam, y el resultado de tantas investigaciones consiste en que Golconda no tiene mina alguna de diamantes. Pero en cambio se encuentran piedras preciosas en el Nirzham y el Balaghar. Igualmente se recojen rubíes, zafires, amatistas, cornerina y hermoso cristal de roca.

Mas todas estas bellezas son muy inferiores á las del reino animal, pues en parte alguna se mostró la creacion mas pródiga y graciosa en este ramo. En el número de los mamíferos, el que mas pulula son los monos que van por millares á las ciudades, encarámanse á los techos de las casas, se constituyen los comenzales de las pagodas, y viven casi en estado de domesticidad. Entre ellos se ven jibbons, macacas kaau, de nariz jigantesca, y ademas el mono douc, (1) vestido de todos colores como un suizo de catedral; maudis de larga cola; vella-kurangas ó monos blancos; koringurangas, grandes monos negros, y tambien, segun se dice, algunos raros orang-outangs. Por lo demas, esta abundancia de monos ecsistia ya en la mas remota antiguedad. Cuando el ejército de Alejandro llegó desde la Persia al Penjaub, vió venir á su encuentro un número tal de seres vivientes, que creyó tener á la vista al ejército indio; en consecuencia se disponia á combatir cuando reconoció que eran lejiones de monos.

En la parte septentrional del Indostan corren antilopes y ciervos de todo jénero. Los bosques del Bengala son habitados por axis colorados de blanco cual nuestros gamos en verano; los de Orissa ocultan el jungly-gau ó ghyal, especie salvaje de los bueyes domésticos de la India. El delta del Ganjes nutre las sobervias razas de tigres de listas negras. En otras partes se encuentra el búfalo de piel negra y astas proclivias; la oveja de lana sedosa, la cabra maykay, de largas piernas; la cabra del Nepaul, cuya cola es tan fornida y undosa, que adaptada á mangas de plata maciza, figura, bajo el nombre de *chouries*, en todos los patios de los nabats de la India; las ardillas, los pavones, los faisanes, los gallos silvestres, naturalizados posteriormente en todos los países; varias especies de osos, una de las cuales, cuyo pelaje era de un pie de largo, fué tomada durante largo tiempo por un bradypo. El elefante, el rinoceronte, el lobo-tigre, el chacal pueblan las selvas, al paso que los rios ofrecen mas de doscientas cincuenta especies de peces autochtones, á cuya frente se hallan los cocodrilos del Ganjes, monstruosos pitones que devoran las especies mas pequeñas. En seguida vienen esos inmensos reptiles, esas culebras, esas serpientes ponzoñosas; la boa cuya lonjitud alcanza á ochenta pies, el naya de los barqueros, el oularlimpé, el anfisbena, llamado por los Portugueses *cobra de duas cabeças*.

La misma variedad reina entre las aves; tales son el loris de plumaje carmesí, el cacatoè de librea blanca, los psitáculos esmaltados; en seguida los cuclillos de plumaje de oro y vermellon, los malcobas de grueso pico, los coucales de plumas ríjidas, los boubous, los tacoidas, los edolios, los eudynamis, los surnicous, los barbus, los picos y otros pàjaros voladores; en fin las magníficas especies de drongo, cuyo azul es tan vivo, de calyptomene de cuerpo esmeralda, de eurylaines y myophones metalizados. Tras estos deben añadirse los mas brillantes insectos; las abejas, casi todas silvestres, que suministran una miel aromática, las mariposas de todos colores, los gusanos de seda, las hormigas negras y blancas, enormes langostas que vuelan formando nubes.

Es fuerza detenerse en este cuadro de riquezas del Indostan, porque tampoco podrian espresarse todas. Mucho ha creado la naturaleza en esta comarca, mas el hombre ha hecho muy poco, pues lo que se llama industria indíjena se reduce á algunas manufacturas de telas de algodon que de tiempo inmemorial han formado una de las principales esportaciones de la comarca. El arte de tejer y teñir el algodon, de trabajar sus calidades, de suerte que se pueda llegar desde el fuerte cañamazo á la percala y á la muselina diáfana, es un secreto tradicional transmitido de padres á hijos entre ciertas castas indas. No se cuentan menos de ciento veinte y cuatro especies de tejidos de algodon, trabajados en la India, y que cada una tiene sus cualidades y sus destinos especiales. Las aldeas en que se fabrican, ecsisten en mayor número en los alrededores de Madras, de Pondichery, de Paliakat, de Mazulipatnam, de Visigapatnam y algunas ciudades de Orissa y del Bengala. A mas de estos tejidos de algodon, se estiman aun las sederías finas de Surate, los tejidos de seda de Mourchidabab, los paños y chales de Kachmyr, los tapices de Patnah, las sábanas de Benares, las armas

(1) Mono grande que no tiene callosidades en las nalgas.

blancas de Delhi y las obras afiligranadas del Bengala. Tras estos artículos manufacturados se hallan los productos del terreno que completan la nomenclatura de las esportaciones, tales como el algodon, el arroz, el opio, el azúcar, el nitro, la pimienta, el palo sapan, el palo de teck, el sándalo, goma laca, añil, canela, seda, cochinilla, diamantes y otras piedras preciosas, perlas, peces y pieles de tigre. Por lo que hace á las importaciones, la lista es mas prolongada todavía; compónese de todos los objetos manufacturados de la Europa, paños, terciopelos, armas de fuego, aguardiente, vinos, hilos de oro, quincallería, etc. El Arabia envia al Bengala sus cafés, su incienso y sus caballos; la China sus tés; la Birmania sus palos de teck; las Molucas sus clavos de jirofles y sus nueces moscadas.

Fraccionado por sucesivas conquistas, poblado de tribus militares que mas bien puede decirse que acampan que habitan el país, el Indostan no ofrece divisiones territoriales ecsactas y determinadas. El punto de partida actual no ecsiste ya en la nomenclatura orijinaria, sino en la organizacion inglesa impuesta al país. Dos jéneros de divisiones pueden adoptarse, el uno meramente jeográfico que lo divide en Indostan y en Dekkan, uno y otro septentrional y meridional; el segundo político que divide la comarca en imperio anglo-indio, en confederacion de los Seyks, principado del Sindhy, reinos de Scindia y de Népaul, por fin en factorías europeas.

El imperio anglo-indio propiamente dicho se divide en tres presidencias. Calcuta, Madras y Bombay, gobernadas por directores de la Compañía y subdivididas en distritos donde residen un juez, un receptor jeneral y algunos otros empleados. Hemos tratado ya de Madras y de Calcuta; la capital de la tercera presidencia, Bombay, es una ciudad grande y hermosa de 200.000 almas de poblacion con poca diferencia, situada en la isla de este nombre, sobre la costa de Malabar. Sus principales monumentos consisten en la iglesia anglicana, el palacio del gobernador, el bazar, las casernas, las ensenadas, el arsenal y el magnífico templo guebro que acaba de inaugurarse, á las aclamaciones de una muchedumbre de Parsis llegados de todos los ángulos del Asia. Despues de Calcuta, Bombay es la ciudad mas comerciante de la India y es en aquellos parajes el primer puerto militar de la Gran Bretaña. Sus astilleros han construído lindas fragatas y muchas escelentes embarcaciones mercantes. A mas de las casas europeas que esplotan esa factoría, se observan un tropel de Guebros y Armenios dedicados al ajiotaje y posesores de fortunas enormes. Así es que el cabotaje es mas activo en este punto que en todos los demas puertos del Indostan. Bombay es el depósito de las mercancías de la Malasia, de la Persia, del Arabia y del Abisinia. Se publica un periódico en idioma indíjena y muchas gacetas en inglés.

En la presidencia de Bombay ecsisten notables: Mahim, ciudad de 15.000 almas; Elephanta, isla del grupo de Bombay; Tanna, en la isla de Salsette, la mayor del grupo, notable por las escavaciones hechas en la peña; Poonah, de 100.000 almas y residencia del Peichwa ó jefe de la confederacion marata hasta 1818, época en que lord Hastings la ocupó con fuerzas inglesas; Surate, ese célebre mercado del Oriente, que, bien que algun tanto decaído, contiene aun una poblacion de 170.000 habitantes; Ahmedabad, antigua capital del Guzurate, una de las mas ricas ciudades del Asia en tiempo del viajero Thévenot, ciudad mas bien mogola que inda, que ha conservado 100.000 habitantes y magníficas mezquitas; Cambaya, que ha dado su nombre al golfo de este título; Bidjapour ó Visapour, capital de un imperio célebre y actualmente tan decaída, que de Mackintosn la ha llamado la *Palmira del Dekkan;* Bisnagar, ciudad de prodijiosas ruínas, reina de la India por los escombros de sus monumentos que remontan á los mas gloriosos dias del culto bracmánico y del arquitectura inda.

La presidencia de Calcuta ofrece, á mas de las ciudades ya mencionadas, Dakka, situada sobre el viejo Ganjes, ciudad manufacturera de 200.000 almas, antigua capital del Indostan; Mourchidabad, capital de los Mogoles desde 1704 hasta 1771, en el dia residencia de un tribunal de apelacion con 160.000 habitantes, y residencia del nabab pensionado por la Compañía; Gour, Radjemal, ambas capitales alternativamente, la primera con una poblacion fabulosa de dos millones de almas almenos, segun el *Ayen-Akbary* (espejo de Akbar), libro mogol escrito por los años 1598; la segunda menos célebre y populosa; Berhampour, una de las seis grandes estaciones militares de la India, establecimiento enteramente moderno, cuyas casernas y edificios alinéanse con elegancia y simetría á lo largo de las riberas del Ganjes; Patnah, capital del Bahar, con 300.000 almas; Mandji, célebre por su árbol de los Banianos, cuya sombra meridiana tiene 1.116 pies ingleses de circumferencia; Monghir, el Birmingham de la India por sus fábricas de armas y de acero; Boglipour, que teje la seda y el algodon; Benares, metrópoli del bracmanismo, ciudad santa donde los rajahs indos tienen su vakil ó representante relijioso. Benares que actualmente contiene mas de 600.000 almas, está bastante mal construída; sus casas decora-

das de balaustradas y de muchos pisos de altura, se estienden á lo largo del Ganjes y contienen una poblacion de proletarios, peregrinos, fakires, poblacion permanente ó flotante, pero deprimida siempre por la muchedumbre de bracmanes que moran este centro de la supremacía relijiosa. Por las calles circulan libremente toros consagrados á Chiva, monos protejidos por su dios Hanouman y mendigos que hostigan al estranjero con sus lamentaciones y súplicas. Los monumentos mas vistosos de Benares son la mezquita de Aureng-Zeb, el templo de Visvischa y el observatorio del rajah Djeïsing. Benares posee ademas muchas escuelas indas y mahometanas, entre las cuales debe mencionarse la universidad bracmánica fundada por el gobierno inglés bajo el nombre de Vidalaya. El comercio de Benares consiste en jéneros del norte, tejidos de seda, algodon y lana, mercancías inglesas procedentes de Calcuta, diamantes y piedras preciosas. En los contornos se encuentra Ghazipour, donde estaciona un campo inglés desde la sublevacion de Benares en 1781, ciudad hermosa y floreciente, célebre por su delicioso clima y sus campos de rosales. En Ghazipour es donde falleció lord Cornwallis, al cual se ha erijido una especie de monumento sepulcral en forma de cúpula, de una arquitectura caprichosa é incorrecta. Los campos de rosales de Ghazipour, en una estension de muchos centenares de acres, ofrecen un golpe de vista encantador. El attar, ó esencia de rosas, estráese del agua de rosas esponiendo esta al aire libre durante la noche, en grandes vasos descubiertos. Al amanecer se quita con todo esmero el aceite esencial que nada en la superficie, y este aceite es el attar. Para obtener en attar el peso de una rupia (pieza de plata de 2 fr. 50 c.) se necesitan doscientas mil rosas ya ajadas. El campo de Ghazipour es el mas sano de toda la India; ordinariamente se envian á él los rejimientos que esperimentan mas el influjo de los puntos nocivos. El aspecto de una ciudad inda con guarnicion europea ofrece los mas curiosos contrastes. Lanzados allá jeneralmente con sus mujeres é hijos para diez, quince ó veinte años, los soldados y suboficiales procuran crearse recursos y placeres que les recuerdan á su patria. Al objeto organizan teatros, juegan á su manera, ya por medio de paradas burlescas, ya con trajedias de Shakespeare, dispuestas á su guisa. Conforme al uso establecido en la India, cada soldado puede tener un Indo á su servicio, y mas de una vez se ha observado, bajo la tienda de un sarjento, á su gruesa y robusta mitad entregándose á las dulzuras de la siesta, mientras que los esclavos ajitaban en su alrededor anchurosos abanicos.

Fuera del distrito de Benares, treinta y cuatro millas mas distante en el O. y en al confluencia del Jumma y del Ganjes; se halla situado Allahabad, reputada santa entre los Indos y objeto de piadosa romería. Álzase en seguida Agra sobre el Jumma, antigua residencia del Gran-Mogol Akbar, pero en la actualidad enteramente llena de ruínas. Los jeógrafos le atribuían, aun en época reciente, fundados en el testimonio del viajero Legoux de Flaix, 800.000 almas, número ecsorbitante que Hamilton acaba de reducir á 60.000 en un viaje fecundo en semejantes rectificaciones: el palacio imperial de Akbar, el Moti-Mesjid, mezquita construída de mármol, el Tadj-Mahal, monumento funerario erijido por Cha-Djinnam á su esposa favorita; atestiguan por sus suntuosos escombros, la pasada magnificencia de aquella residencia imperial. Cerca de Agra se ven Secandra, célebre por sus mausoleos de Akbar y de su ministro Aboul-Fazel, autor del Ayen-Akbary; Fattipour, la fortaleza de Bhartpour, Bindraband, do se observa la gran pagoda cruciforme, reputada por Hamilton como uno de los mas bellos monumentos del bracmanismo.

La última y principal ciudad de esta comarca es Delhi, residencia del emperador mogol que puede considerarse como prisionero y pensionario de la Compañía de las Indias. Habita el palacio, edificio magnífico que el obispo Haber considera como superior al famoso Kremlin de Moscow. Consiste en una vasta aglomeracion de edificios de granito rojo, circuído de elevadas murallas y de un foso profundo con un ámbito de una milla poco mas ó menos. Allí es do vejeta el actual titular del imperio, Cha-Mohammet-Akbar, con sus durbars (corte) tan regularmente como si en realidad fuese el verdadero dueño de la India. Cuando Jacquemont pasó á Delhi, S. M. Mogola quiso vestirlo con un khelat (traje de honor) á todo trance, y despues le preguntó si habia un rey en Francia y si se hablaba allí el inglés: en seguida se despidió de nuestro viajero dándole el título de Sabeb-bahadour (señor victorioso en la guerra), título eminentemente apropiado á su calidad de naturalista. Por lo demas, este Akbar es un lindo anciano de venerable catadura y barba blanca que cae como una cascada sobre su pecho.

Siendo por largo tiempo residencia de los emperadores, Delhi manifiesta esta circunstancia por la grandeza y el fausto de los monumentos que le quedan. En todas partes se ostentan palacios y mezquitas, la mas hermosa de las cuales es el Djenia-Mesjid que contiene una columnata de granito rojo embutida de mármol. La lonjitud del edificio es de 240 pies; sus dos minaretes tienen 120 de elevacion. Las cúpulas,

los interiores decoros, la capilla de la Kiblah, oratorio, son de una riqueza que escede á toda creencia. Antes de la invasion de Thamas-Kouly-Khan, era Delhi una vasta conjerie de tesoros reunidos por los soberanos mogoles; mas esta catástrofe la ha arruinado, de suerte que su poblacion, que bajo Aureng-Zeb ascendia á 2,000.000 de habitantes, solo llega actualmente á pocos mas de 200.000. Permanece constantemente en Delhi un residente inglés con objeto de vijilar al titular mogol.

A mas de estas ciudades de primer órden, la presidencia de Calcuta cuenta todavía á Tchilmary, célebre por una romería; Dinadpour y Parniah, ciudades manufactureras; Farrakabad, á la que se atribuyen 70.000 almas; Bareily, Chadjanpour; Rampour, capital de un principado; Rohillah, con 50.000 almas; Hardwar, pequeña ciudad situada sobre las riberas del Ganjes, donde acuden todos los años mas de un millon de Indos con objeto de verificar abluciones devotas; Kattak, capital de la provincia de Orissa; Jaggernaut, de la que se ha tratado ya; en fin Balassora, ciudad decaída, pero importante todavía por sus arsenales y salinas.

En la presidencia de Madras se encuentran Kondjeveran, notable por sus pagodas; Arcot, antigua capital del Karnatic meridional; Vellora, estacion militar; Tripetty, célebre por su templo: á alguna mayor distancia en el Karnatic, Trinomali con una pagoda de cuatro torres, una de las cuales tiene doscientos pies de altura y doce pisos; Tchillambaram, que contiene tambien muchas pagodas de construccion piramidal, en una de las cuales se encuentra el *Nerta-Chabei* ó capilla de la eternidad, compuesta de mil columnas que agrupándose en quinconce forman un paralelógramo en medio del cual se halla el *naos* ó santuario. Estas columnas, de treinta pies de altura, son de granito y cubiertas de esculturas relijiosas. Esta pagoda parece ser uno de los mas antiguos templos indianos. A mayor distancia se encuentra Tandjaora, vecina del Kavery, con 30.000 almas de poblacion. Allí se halla tambien una pagoda que lord Valentia considera como uno de los mas bellos edificios piramidales del Indostan; vienen en seguida Tritchinopoli, ciudad de 80.000 almas y Seringham, ambas notables por sus templos; Ramisseram, cuya guardia se perpetua en la familia de los *Pandarams*; Madourah, en otro tiempo muy importante y muy fuerte; Kotchin, Kalikut, comerciantes y marítimas; en fin, Mangalora, cuyos habitantes, en número de 30.000, ocúpanse de cabotaje y de navegacion.

A mas de estas ciudades que son del inmediato resorte de la Compañía inglesa, la India cuenta algunas otras que dependen de la misma de una suerte menos directa. Tales son: en el reino de Aoud, Lucknow con su poblacion de 300.000 almas, y en la que hay un nabab con una corte magnífica; en el reino del Dekkan, Hyder-Abab, residencia del nizam y poblada de 200.000 Indos; Ellora, notable por sus escavaciones en la peña ecsornadas de esculturas como los hipojeos ejipcios; Nagpour, en el reino de este nombre; Baroda, en el Guzurate; Djeypour y Djoupour en la provincia de Adjmir, ambas dependientes de los Rajahpouts; Indour, en el Malwa, antigua capital de los Maratas; Mysora, en el reino de este nombre desde el cual resistieron por largo tiempo á los Ingleses Hyder-Aly y su hijo Tippoo.

Los Estados indos, independientes de la Compañía, son los reinos de Scindia y de Népaul, la confederacion de los Seyks y el principado del Sindhy. Potente bajo Daoulet-Rau, treinta años hace, el reino de Scindia se halla actualmente empujado por todas partes por el imperio anglo-indio. Compónese de distritos segregados de las provincias de Agra, Malwa y Kandeich. Sus ciudades principales son: Goualior, fuerte de 80.000 almas, y célebre por su ciudadela, abierta en la peña; Oudjein, capital del reino de Scindia hasta 1810; Bourhampour sobre el Tapty, una de las ciudades mejor construídas y mas regulares de toda la India.

La confederacion de los Seyks, que podria llamarse el reino de Lahora desde que Runjet-Sing ha tomado ascendiente sobre los demas jefes, ocupa todo el país situado al N. de las posesiones inglesas hasta el pequeño Tibet y la provincia de Kaboul. Divídese en alto y bajo Lahora ó Penjaub, Kachmyr, Afghanistan y Moultan. En ella descuellan Lahora, ciudad de agradable aspecto, situada sobre el Ravi en medio de una fértil campiña; Amretsir, residencia principal del culto de Nanek, ciudad industriosa y manufacturera; Kachmyr ó en indo Seringanar (mansion de la dicha), ciudad importante cuyo nombre aplicado á los chales que en ella se fabrican, ha adquirido tanta popularidad en el mundo; Moultan, defendida no sin dificultad por altos muros y una ciudadela contra las depredaciones de los Afghans.

El reino del Népaul se enclava entre el Kaly al O., el Kouki al E., las posesiones inglesas al S. y el Tibet chino al N. Sus solas ciudades notables consisten en Katmandou su capital, residencia del rajah, y Lalita-patan mas regular y populosa.

El principado del Sindhy solo es un desmembramiento del reino de Kaboul al cual estaba antiguamente avasallado. Hyder-Abab su capital está situada en una isla formada por el Indo y el Foulaïli. Esta ciudad es notable por sus fábricas de armas; un fuerte bien armado donde residen ordinariamente los soberanos del

país que toman el nombre de *oumirs*, alteracion evidente del título mogol de emir. «Allí, dice Burnes, se hallan aglomerados tesoros incalculables en rubíes, diamantes, perlas, esmeraldas, rieles de oro, plata amonedada, etc. Estos príncipes, añade aquel autor, poseen la mas rica coleccion de armas que ecsista en el orbe.»

Entre el corto número de factorías europeas toleradas aun por la Gran Bretaña en el Indostan, se han mencionado y descrito los cinco apostaderos franceses, y Serampour perteneciente á los Daneses. Estos últimos poseen ademas Tranquebar sobre la costa de Coromandel, en donde se hallan establecidos desde 1616. Tranquebar es una linda ciudad á la europea con hermosas calles y casas con pórticos. Los Portugueses poseen tambien en la India un vireinato compuesto de algunas ciudades decaídas, la mas célebre de las cuales es Goa que consiste en un desierto sembrado de iglesias y palacios de inquisidores. Algunos frailes, unas treinta monjas y un centenar de Indos convertidos constituyen toda la poblacion de aquella ciudad, á la cual aplican todavía los jeógrafos los epitetos esteriotipados de *floreciente* y *populosa*. A cinco millas mas abajo de Goa se halla Pandjim ó Villa-Nova de Goa, construída sobre la isleta de este nombre, apostadero marítimo donde parecen resucitar las antiguas tradiciones de la prosperidad de Goa. En esta misma ciudad residen igualmente el arzobispo y el virey que la corte de Lisboa mantiene á grandes gastos en sus posesiones de la India.

CAPÍTULO XX.

CALCUTA. — GUERRA DE LOS INGLESES CONTRA LOS BIRMANES.—IMPERIO DE LOS BIRMANES.

En el número de las posesiones anejas adquiridas mas recientemente al imperio anglo-indio y designadas bajo el nombre de India-Transganjética, hay una que ha sido pagada por la Compañía mucho mas de su valor real. Hablo de las recientes conquistas hechas sobre la Birmania, donde los resultados obtenidos no guardan proporcion alguna con los medios empleados.

Este imperio de los Birmanes, cuya lucha ha interesado á la Europa y alarmado con tanta vehemencia á la Inglaterra, solo es conocida actualmente con harta imperfeccion. Dícese que antiguamente sus pueblos aborijenes, los Birmanes ó Braghmans, reinaron sobre toda la India allende del Ganjes, mas insiguiendo las vicisitudes de las armas, ensancháronse y restrinjiéronse las fronteras de su país. Segun datos bastante ecsactos, podria sin embargo enclavarse entre los 6° y 27° lat. N. y los 90° y 99° lonj. E.; su lonjitud en su mayor estension es de 525 leguas, su mayor latitud de 180, y su superficie de 40.000 leguas cuadradas. Por lo que hace á su poblacion, las nociones son todavía mas vagas y mas conjeturales; el coronel Symes la evaluó en 1795 á cerca 15,000.000 de almas, al paso que M. Crawfurd no la estimó en 1826 en 4,000.000.

En el siglo décimo sesto, cuando aparecieron en la India los Portugueses, era la Birmania un poderoso imperio conquistado por un ejército mogol sobre el rey de *Mien*, antiguo nombre de la comarca. Algun tiempo despues, añadieron los Birmanes el Pegou, y un aventurero portugués, Mendez-Pinto, tomó parte en aquella campaña. Transcurrido un siglo, tuvo lugar una reaccion en favor de los Pegouanes, dejaron en armas sus provincias de Dalla, Martaban, Tongho y Prono, hiciéronse ausiliar por algunos Europeos, batieron á los Birmanes en varios encuentros, y acabaron por apoderarse de su capital Ava, en 1752. Pero al año siguiente, levantóse un vengador de los Birmanes; tal fué un cazador de profesion, Alompra, jefe de una pequeña aldea: con 100 hombres, resistió al ejército victorioso, reforzóse con algunos partidarios, atacó y derrotó en detall todos los cuerpos dirijidos contra él, y acabó por sentar su dinastía en el trono de Ava, donde se mantuvo apesar de todos los ataques de los Pegouanes y no obstante las disidencias interiores. Constituyóse tan fuertemente su poder, que algunos años despues salió para conquistar el reino de Siam. La muerte sola pudo oponer obstáculo á sus vastos proyectos. Por lo demas, este Alompra no fué solamente el conquistador, sino tambien el lejislador de la Birmania. En el decurso de su reinado breve pero vigoroso, comunicó al país una impulsion fecunda y civilizadora; reformó la justicia y organizó un sistema de contribuciones regulares. Por este mismo tiempo ecsistian en un puerto de Pegou dos factorías, la una francesa y la otra inglesa: en vez de mantenerse en una prudente neutralidad, los jefes de aquellos dos apostaderos operaron el uno en pro de los Pegouanes y el otro de los Birmanes, resultando de ahí que dos navíos, enviados por Dupleix con algunas tropas ausiliares, fueron sorprendidos por Alompra. Espidióse la órden de una matanza jeneral, no menos de soldados que de tripulaciones francesas.

El fundador de la nueva dinastía birmana fué sucedido, en 1761, por su hijo primojénito Mendragée-Praw que se vió precisado á defender sus derechos contra algunas sublevaciones y complots. Muerto este, proclamóse rey á su hijo todavía de tierna edad, mas este príncipe fué en breve destronado por su tio y tutor

Schambuan. Este nuevo emperador, hijo de Alompra, conquistó el reino de Siam, el que solo pudo conservar pocos años, y rechazó un ejército de 50.000 Chinos que habian bajado á las llanuras regadas por el Irrawaddy. Incidente alguno político marcó el reinado de los monarcas siguientes: Schenguza, príncipe cobarde y cruel, fué destronado por una revolucion de palacio; Momien, que le sucedió, pereció de muerte violenta é hizo lugar á Mendragée-Praw que fundó la ciudad de Amarapoura convertida entonces en capital de la Birmania. Este soberano conquistó el reino de Arrakan é hízose ceder una parte del territorio siamés, de suerte que todos los puertos de la península hasta Merguy estuviesen sujetos al imperio de su autoridad.

Estas diferentes guerras fueron seguidas de un período de mayor calma. Sin embargo poco faltó que no tuviese lugar un conflicto por este mismo tiempo entre los Birmanes y un nuevo antagonista mas temible que los demas. Algunos piratas malayos abandonábanse á depredaciones bajo el patronazgo de la factoría inglesa de Chittagong. Vino en conocimiento del emperador; irritóse por esta falta marina, y mandó un ejército para pedir que se aplicase justicia á los culpables. Felizmente el apostadero inglés era mandado á la sazon por un entendido y valiente oficial, el mayor Erskine, el cual obtuvo del jeneral birman que permaneciese en las lineas hasta que llegara una contestacion de Calcuta. Conducido de esta suerte, arreglóse el negocio amistosamente. Tras este tratado de Chittagong, sir John Sobre, despues lord Teignmouth, creyó útil enviar una embajada oficial á la corte del emperador birman. Confió su conducta al capitan Symes que escribió la relacion de su viaje y fué el primero que dió una reseña verídica sobre este imperio vagamente descrito hasta entonces.

La buena armonía entre el emperador Mendragée-Praw y los Ingleses duró diez y siete años desde la embajada de 1795. Hácia el año 1811, un señor birman, llamado Kinberrin, poderoso en el reino de Arrakan, tomó asilo en territorio inglés de Chittagong de resultas de algunas diferencias con el gobierno de Amarapoura. Si se hubiese limitado á permanecer pasivo, tal vez este incidente no hubiese tenido mayores resultados, mas este proscrito formó reuniones en la frontera, organizó las tribus guerreras de los Mugs y marchó al Arrakan que sometió enteramente, escepto la capital. Es de creer que los Ingleses llevaban algun objeto en este movimiento: sin embargo Kinberrin fué altamente desairado, y el mayor Canning tuvo la mision de ir á la corte de Ava para poner en este debate fuera de causa á la Compañía. En el decurso de unos cuatro años y hasta á la muerte de Kinberrin, ocurrida en 1815, el actitud de los Birmanes para con la factoría inglesa fué enteramente de desconfianza y de observacion. Este estado de cosas se prolongó mucho mas tiempo todavía, porque los Mugs persistian en sostener la campaña, y se refujiaban, siendo batidos, al terreno neutral que les garantizaba la impunidad. Hubo un momento en que los Birmanes quisieron tender la mano á los Maratas, sublevados á la sazon, cuyo proyecto solo pudo estrellar por la sumision de esos pueblos en 1818. La muerte del emperador Mendragée-Praw en 1819 reanimó las rencillas siempre crecientes.

Uno de los primeros actos de su sucesor fué un cambio de residencia; dejando Amarapoura, fijó su capital en Ava. Desde 1819 hasta 1824, sucediéronse incidentes asaz graves para determinar un rompimiento abierto, que estalló cuando la conquista del reino de Assam, limítrofe de la Birmania y de las posesiones inglesas á la vez. Despues de haber encendido en este pais una guerra civil, acabó el emperador por agregar el Assam á sus Estados, y de esta suerte se halló vecino de la Compañía, y vecino turbulento. El Brahmapoutra formaba la frontera de ambos territorios. En aquel rio ecsistia una isla llamada Chapury ocupada por un apostadero inglés. El emperador pretendió que formaba una dependencia del Assam; en consecuencia se apoderó de él en el mes de enero de 1824 sin declaracion de guerra preliminar, capturando al propio tiempo un schooner inglés. A las representaciones de la Compañía contestó el emperador con algunas recriminaciones; quejóse altamente que los Ingleses protejiesen ocultamente á los rebeldes del Assam y del Katchar. Con todo, restituyó el schooner, y conservó la isla que era objeto del litijio.

Entonces comprendió el gobernador jeneral, lord Amherst, que absolutamente nada podria sacar del emperador á no ser por medio de la fuerza. Empezó la lucha en la provincia de Katchar, donde los soldados ingleses encontraron algunas tropas birmanas encargadas de realizar una segunda invasion. En Boodpatty y Buddapoura tuvieran lugar acciones serias, cuando apareció en Calcuta, á 5 de marzo, la declaracion oficial de la guerra.

Continuó al principio sobre el primitivo campo de batalla. La capital del Assam fué tomada por asalto, y la provincia entera hubiese cedido al brigadier jeneral Morine, si la estacion de las lluvias no hubiese suspendido sus operaciones.

En el decurso de este armisticio forzado fué cuando el gobernador jeneral varió su plan de campaña. En vez de continuar las hostilida-

des en las provincias contestadas, resolvió llevarlas á otro punto y obrar una diversion. Dispúsose y preparóse un descenso á Rangoun, puerto de mar situado en la embocadura del Irrawaddy, por cuyo medio las fuerzas navales podian, en caso de necesidad, apoyar al ejército de tierra.

Lord Amherst destinó diez mil hombres á esta espedicion. Los 13°, 38° y 41° rejimientos de infantería inglesa, un rejimiento de caballería, cuatro ó cinco batallones de Cipayos de Madras, dos compañías de artillería con diez y seis piezas, y muchas compañías de peones, partieron de Madras y de Calcuta, bajo la escolta de muchos buques de guerra mandados por el comodoro Grant. El mando de este ejército fué conferido á sir Archibald Campbell, coronel del 38° que recibió el título de brigadier jeneral. Despues de una breve permanencia en la isla de los Andamans, en el puerto Cornwallis, centro de reunion de la escuadra; entraron los navíos á 10 de mayo en el rio de Rangoun. Allí fué donde el buque de vapor *Diana* bastó para dispersar una escuadrilla de barcos birmanes, embarcaciones lindas, elegantes y doradas, algunas de las cuales tenian hasta ochenta pies de lonjitud, cincuenta y dos remeros y ciento cincuenta combatientes. Merced á este osado ataque, verificóse el descenso al dia siguiente 11; algunas descargas de los navíos aterraron al *wongee* (gobernador), que abandonó con la guarnicion los malos atrincheramientos de Rangoun, llevando consigo, en clase de rehenes, algunos comerciantes ingleses que se encontraban en sus dominios, y dejando su ciudad á discrecion de las fuerzas invasoras.

A la noticia de esta súbita irrupcion, el emperador birman hizo un llamamiento á sus pueblos que contestaron á su voz con un zelo entusiasta. Habiendo sobrevenido á la sazon la estacion de las lluvias, hubo el tiempo necesario para reconocer el interior y organizar la resistencia. Por su parte, los Ingleses no permanecieron en inaccion: dueños de Rangoun comprendieron la importancia de este punto litoral y decidieron sostenerlo hasta que se hubiese hecho posible y ventajosa una invasion en la Birmania central. En consecuencia prolongaron sus lineas desde la ciudad á la gran pagoda de Dagon, situada á dos millas de distancia por la parte del N. O.

Esta pagoda, llamada en el país la *pagoda dorada*, consiste en un magnífico templo bouddhico, dedicado á Goutama. Al llegar á ella por el camino de Rangoun, es preciso subir al principio un centenar de tramos en cuyo término se presenta á pie llano la avenida que conduce á la gran capilla del Dios. Esta capilla está construída en forma de pirámide cónica, cuya asimilacion mas ecsacta es la de una gran campana posada en asientos desiguales y superada de una torre aguda (Pl. XX — 1); la pirámide, alta de 338 pies ingleses, es dorada, y reluce con el sol reverberando sus rayos á lo lejos. En torno del gran templo álzanse en forma de agujas una multitud de praws ó pequeñas pagodas, flanqueadas de monstruosas figuras, parecidas á los esfinjes de Ejipto, ora con cabezas de hombres, ora de animales. Cuando uno de esos praws dedicados á Goutama empieza á arruinarse, en vez de repararlo, se erije inmediatamente otro á su lado, de suerte que el avenida de la gran pagoda está enteramente orillada de esos graciosos monumentos.

Este conjunto de torres y pequeños edificios donde se abrigan los fieles, estas diversas construcciones, cargadas de dorados y mosaicos casi simétricos en su irregularidad, sorprenden la vista y escitan la admiracion. No lejos del santuario, hay una campana enorme de siete codos de altura, cinco de diámetro y doce pulgadas de densidad. Una inscripcion en idioma pali, grabada en el bronce de la campana, indica que fué inaugurada, por los años 1780, por un príncipe del país.

El aspecto de la comarca, vista desde aquella elevada plataforma, es imponente. Serpentean á lo lejos el Irrawaddy y el rio de Pegou que limitan en su confluencia una comarca de junglos, bosques impenetrables; en los llanos mas prócsimos vense fracmentos de terreno destinado al cultivo y vestido de diversas mieses (Pl. XX — 3). Al llegar de Rangoun por la parte del E., cambia otra vez el punto de vista y se transforma en ese juego de pirámides agudas: todo el llano queda cubierto por un macizo de verdura, bien que con mas facilidad se analiza la belleza de los pormenores que tanto abundan en el sacro recinto (Pl. XXI — 1).

Vencedores y únicos huéspedes de Rangoun, los Ingleses, no teniendo ya que respetar las susceptibilidades relijiosas, penetraron en el interior de la pagoda. Este edificio está abierto de todos lados, y en una especie de jaula de hierro pintada de color de oro y de un encarnado muy subido, se ve el busto de Goutama, el dios del templo (Pl. XX — 2). Regularmente este santuario solo se abre para los rahans, sacerdotes de Bouddha; mas, ora por curiosidad, ora con objeto de descubrir tesoros que se decian ocultos allí, los jefes ingleses quisieron esplorarlo detalladamente. Sin embargo esta operacion solo les produjo una satisfaccion infructuosa; algunos boyos, abiertos á una gran profundidad, apenas suminis-

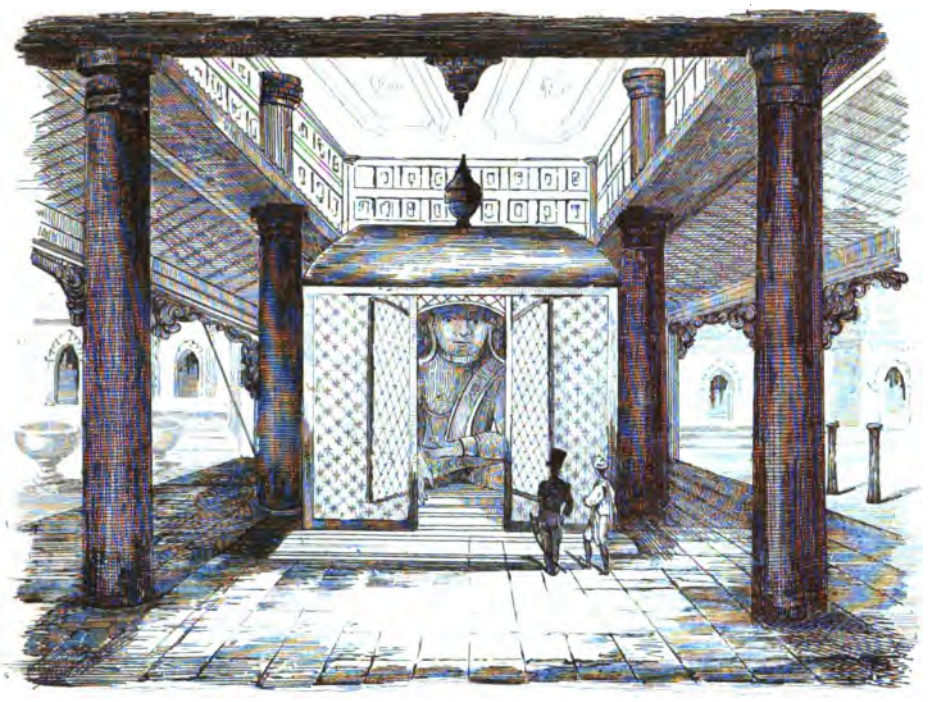
1. Rangoun, côté de l'Est.

1 Rangun, lado del Este

2. Attaque de la pointe de la Pagode.

2 Ataque de la punta de la Pagoda.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY



2. *Intérieur de la Pagode.*

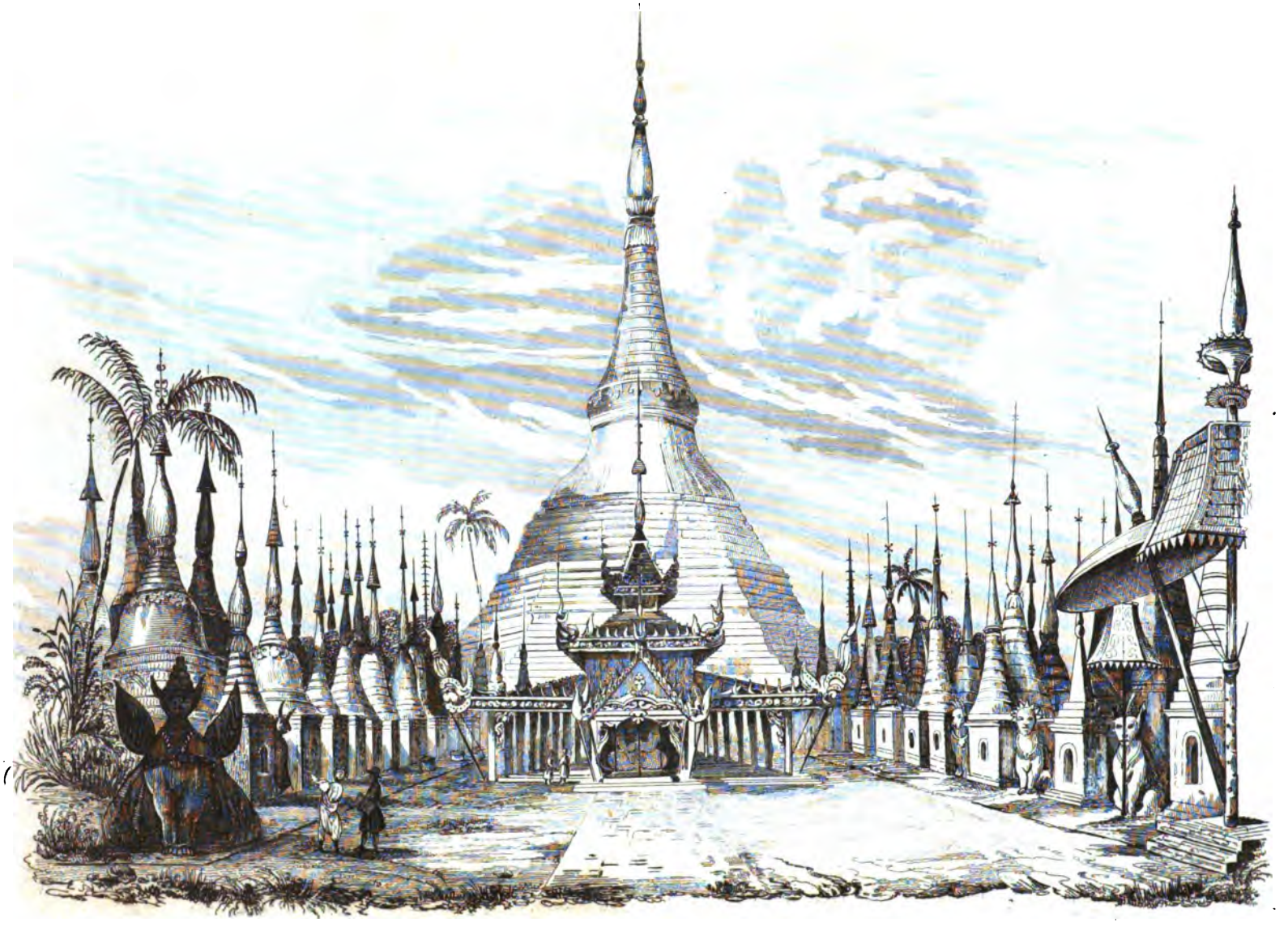
2. Interior de la Pagoda

3. *Vue de Rangoun, côté du Sud.*

5 Vista de Rangun, lado del Sur

de Jansen del.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



1. Entrée de la grande Pagode de Rangoun.

1 Entrada de la gran Pagoda de Rangun

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

traron algunas pequeñas estatuas de metal cuya venta sirvió para pagar á los mineros empleados en aquel trabajo, y si es verdad que la pagoda de Dagon ocultase antiguamente tesoros, parece indudable que hubiesen seguido á sus fujitivos párrocos en el interior del reino.

Con todo, la toma de Rangoun por el ejército inglés no producia écsito alguno decisivo: transcurridos quince dias, la escena variara de tal suerte, que Campbell se veía sitiado á su vez en sus propias lineas. Destacamentos considerables de Birmanes ocupaban ambas riberas del Irrawaddy, metian el hambre en el campamento británico y construían en todos los senderos fortificaciones volantes, especie de blockhaus cuadrados palizados de estacas de bambúes y formados de maderas de teck. Estos blockhaus ó estacadas (*stockades*) no carecian de fuerza ni regularidad; muchas veces un foso esterior y otro interior dificultaban su acceso, y en algunos habia tambien baterías de cañones que defendian las avenidas. Por otra parte los Birmanes eran en jeneral soldados intrépidos, que marchaban al combate con furor y entusiasmo y se dejaban matar en su puesto antes que retroceder. Ya en los primeros encuentros sintieron los Ingleses que nada podrian aventurar con semejantes Indos.

Apenas vió Campbell que los enemigos le atacaban demasiado cerca, espidió la órden al brigadier jeneral Mac-Creagh paraque despejase los contornos de la ciudad; y combinando en seguida un ataque mas decisivo, destacó al 13° rejimiento, á las órdenes del mayor Sale, contra las estacadas de Kemendine, á dos millas de Rangoun, mientras que él se dirijia en persona á tres millas mas arriba, en el sitio llamado la *Punta de la Pagoda*. Este doble combate produjo un écsito feliz: el mayor Sale atacó al atrincheramiento enemigo con la mayor enerjía, fué uno de los primeros en escalarlo y, apesar del mas nutrido fuego, llegó á penetrar en aquel campo palizado. Viva fué la resistencia; aquellos naturales, medio desnudos y con un simple taparabo al rededor de los lomos, armados los unos con fusiles, los otros con sables ó picas, recibian la mosquetería inglesa á quemaropa y se abalanzaban á las mismas bayonetas. El oficial Mylne mató muchos de ellos con su propia mano, pero en el interior de aquella fortificacion, los sitiados do elevaran sus hutas, la matanza duró muchas horas. Perdieron los Ingleses un centenar de hombres y los Birmanes quinientos. Los demas pudieron saltar por los maderos y alcanzaron el campo (Pl. XXI — 3).

Mientras ocurrian estos acontecimientos á 8 de julio de 1824 en Kemendine, la Punta de la Pagoda era atacada por Campbell en persona. Los buques de guerra, el *Thetis*, el *Teignmouth* y el *Satellite* hicieron por medio del cañon el grueso de la accion; las riberas del rio estaban erizadas de estacadas que sucesivamente fueron abandonadas y reducidas, y las tropas de desembarque no tuvieron mas que desalojar y perseguir á sus defensores (Pl. XXI — 2).

Tales hostilidades fueron el preludio de mas serias operaciones. A 4 de agosto, la ciudad y la pagoda de Syriam fueron tomadas por el brigadier Smelt, pero estas marchas verificadas en el interior del país, disminuían las filas del ejército inglés. En un ataque que tuvo lugar á 5 de octubre contra la pagoda de Kilaloo, fué tan vivo el fuego de los Birmanes, que los Cipayos se tendieron en el suelo, y los mismos oficiales ingleses confesaban que jamas oyeran silvar en sus oídos una mosquetería mas bien nutrida. Así que, para conquistar aquel miserable puesto, fué forzoso ir por dos veces á la carga.

A mediados de octubre, el brigadier jeneral estendió el círculo de sus operaciones. Dueño de Rangoun, de Syriam y de la isla de Cheduba, mandó una division contra Martaban, Tavay y Merguy; los oficiales encargados de esta mision tenian órden de escitar á los Siameses á que se sublevasen contra el emperador de los Birmanes y se los hiciesen ausiliares. Esta parte del plan abortó, mas Martaban con su rica pagoda fué tomada por asalto á 30 de octubre, mientras que Tavay, Merguy, las provincias de Tennasserim y de Yeah se sometian á las tropas espedicionarias.

En esta guerra de detall, el emperador no habia aun intervenido realmente, pues para ello aguardaba que se hubiese puesto en ejecucion su decreto de un levantamiento jeneral. Cuando el ejército se halló dispuesto y equipado bien ó mal, parte se dirijió hácia el N., donde no tenia lugar ninguna tentativa importante, y parte marchó hácia Rangoun, á las órdenes del mas hábil jeneral del imperio, Maha-Bundoola. Sesenta mil hombres formaban aquel cuerpo que contaba en su seno la guardia del soberano, llamada *los invulnerables*.

Encontrábase Bundoola, á fines de noviembre, ante Rangoun con un artillería numerosa y un cuerpo de caballería de Cassay. A causa de grandes grupos de árboles hechos en la campiña, habíase bloqueado á las tropas de Campbell en un radio bastante estrecho: parecíale al jefe birman que seguirian á este primer suceso otras victorias y que en breve presentaria encadenados, á las doradas plantas del soberano de Ava, á los oficiales del ejército británico.

En esta posicion, las tropas birmanas empezaron el ataque de la plaza: sus juncos atacaron la flota, mientras que numerosos destacamentos iban, á la vista y bajo el fuego de los Ingleses, á construir estacadas que abrigaban en seguida á los tiradores de las tropas sitiadoras. En el espacio de cinco dias de semejantes operaciones, circumvalaron Rangoun, y su ala izquierda empezaba á inquietar las lineas británicas, cuando una salida de 1700 hombres los entró por dos puntos y los forzó á una pronta retirada. Entonces Bundoola redobló sus esfuerzos sobre su centro de ataque en frente de la gran pagoda, y sus trabajos fueron llevados tan allá, que los combatientes estaban separados por una distancia de medio tiro á lo mas. Tal era el estado de los negocios cuando sir Archibald Campbell ordenó un ataque jeneral. A las cuatro de la mañana del 8 de noviembre, fueron dispuestas todas las baterías, por espacio de ocho horas consecutivas tronaron incesantemente, araron en todos sentidos aquellas estacadas improvisadas, y lanzaron balas, metralla, cohetes á la congreve en número tal, que los Birmanes sintieron decrecer su valor. Un ataque, verificado sobre su izquierda por el mayor Sale, los decidió á una pronta retirada, y dejaron el campo de batalla abandonando algunas piezas de artillería y 2.000 cadáveres.

Rangoun se hallaba desbloqueado, pero el campo no estaba libre aun; otros atrincheramientos, otras estacadas ecsistian cinco dias despues á algunas millas de distancia, en un aldea llamada Corkain. Atacados de nuevo en aquel punto, los Birmanes lo abandonaron y se reformaron mas lejos, improvisando siempre sus campos palizados con una rapidez y arte que hubieran honrado ciertamente á los mejores injenieros de la Europa.

Pasóse algun tiempo observándose sin aventurar ningun accion decisiva. Los Ingleses no querian al parecer alejarse demasiado de las costas, y los Birmanes, mas reservados desde entonces, mantuviéronse en el interior de las tierras por la parte de Munnipore. Ocupaban al N. el Assam entero, y al S. parecian haber adoptado un plan de resistencia pasiva que debian estinguir y anular las ventajas obtenidas sobre ellas.

No se desanimó por esto la Compañía, antes continuó con tenacidad en sus planes de guerra hasta contratar un empréstito á 7 y 8 por ciento para conducirlos á un próspero fin. Reformóse el cuerpo de Campbell, y se formó en Chittagong un segundo cuerpo de 10.000 hombres á las órdenes del brigadier Morrison, que debia obrar de concierto con las fuerzas de Rangoun. Un tercer cuerpo, aun mas considerable, debia marchar hácia las provincias septentrionales de Assam y de Katchar. Así que, á principios de enero de 1825, el imperio birman iba á ser atacado por tres puntos á la vez, el mediodía, el centro y el norte.

Rompió las hostilidades el teniente coronel Richards por medio de la toma de la capital del reino de Assam, Rungpore, donde encontró 200 piezas de artillería. A 13 de febrero salia Campbell de Rangoun con algunos miles de combatientes, siguiendo el camino de tierra, mientras el brigadier jeneral Cotton se hacia á la vela con igual número de tropas en el Irrawaddy. No se verificó sin obstáculo ni sin choques esta marcha por el interior; á cada momento se veía ante esas terribles fortalezas volantes de las que era fuerza desalojar al enemigo con el ausilio de mucha jente; era preciso luchar contra la escasez en un país despoblado, vivir de las provisiones procedentes de Rangoun, de donde se encontraban ya á cien millas de distancia, y multiplicarse por medio de la audacia y la táctica para vencer al número. De esta suerte llegó Campbell sucesivamente á Kaing, vengó en Donabew una derrota que acababa de esperimentar allí Cotton, batió á la vista de aquella plaza un numeroso ejército de Birmanes mandado por Maha-Bundoola, y lo persiguió hasta Prome donde, no obstante la llegada de algunos refuerzos, el jeneral birman no osó aguardar al cuerpo británico. Así que, la ciudad de Prome, defendida por alturas, guarnecidas de artillería y con la concurrencia de un ejército considerable bajo sus muros, rindióse sin la menor resistencia, á 25 de abril, á las fuerzas inglesas.

Mientras Campbell conducia las operaciones con tanta prosperidad, Morrison iba tambien ganando terreno. Habia pasado el rio Wabraing á 25 de marzo, conquistando las alturas de Mahatec y de Kheongpela, y dirijídose hácia los montes que ciñen Arrakan, en cada cúspide de los cuales habia una fortaleza guarnecida de artillería y de soldados. A 29 de marzo, tuvo lugar un ataque infructuoso, mas, á 1 de abril, los artilleros pudieron subir á espaldas de elefante una batería sobre un altura que dominaba las demas, y en consecuencia el brigadier jeneral pudo apoderarse á la bayoneta de las piezas que defendian el paso. Esta primera ventaja fué seguida de un movimiento verificado en toda la linea inglesa, por el cual se tomaron las posiciones enemigas, merced á los Cipayos que se condujeron como intrépidos soldados. Esta victoria costó mucha sangre á los vencedores, pero en cambio producia un écsito decisivo; Arrakan les abrió sus puertas.

3. Prise de la Redoute (Stockade) principale.

3 Toma del Reducto principal.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN

Así que, Campbell se hallaba en Prome, Morrison en Arrakan, Richards en Rungpore. Insensiblemente se iba restrinjiendo el cordon invasor alrededor de la capital birmana, y, sin la estacion de las lluvias, en aquella época, los dos cuerpos de Prome y de Arrakan hubieran podido ya ponerse en comunicacion.

A estos progresos de la invasion, opusieron los jenerales birmanes un sistema de temporizacion y de resistencia pasiva. Arruinando los recursos de la comarca, obligaron á los vencedores á procurarse los víveres de lejos y á grandes gastos. En fin, mostráronse fáciles hasta el punto de otorgar á los Ingleses un mes de armisticio para negociar la paz. En el intérvalo, el *Kee-Woungee* (primer ministro) vino á Nembeuzick, pequeña ciudad situada sobre el Irrawaddy, con mil hombres armados, porque el representante del monarca *de doradas plantas* no podia marchar sin escolta. Por su parte, los negociadores ingleses, Campbell, Brisbane y Cotton se dirijieron al propio punto, pero por mas que todas las partes tuviesen deseos de concluir, no pudieron entenderse. El emperador, y en especial la emperatriz que gozaba de un ascendiente sin límites sobre el débil monarca, no podian decidirse á conceder territorio ni gastos de guerra; por cuyo motivo, en vez de terminar con un tratado, aquellas conferencias acabaron con un rompimiento. Llegó al campo de los Birmanes un continjente de treinta mil hombres, y Campbell recibió igualmente algunos refuerzos.

Redujéronse las nuevas hostilidades á una guerra de observacion y de escaramuzas; mantuviéronse en sus líneas los cuerpos combinados ingleses, apesar de algunos pequeños desastres, y aun se preparaban, á mediados de diciembre, para dirijirse en masa contra la capital birmana; cuando los dos primeros ministros del emperador, el Kee-Woungee y el Kelien-Menjee, propusieron continuar las negociaciones. Esta segunda entrevista tuvo lugar en un batel entre Malloon y Patanagoh: discutiéronse y firmáronse los artículos del tratado, despues de algunos dias de debates, por los ministros birmanes de una parte, los jenerales Campbell y Cotton de otra. Este tratado implicaba la cesion formal á la gran Bretaña de las cuatro provincias del Arrakan, Merguy, Tavay é Yeah; estipulaba ademas que el Assam, el Katchar, el Zeatung y el Munnipore serian gobernados por rajahs elejidos por la Compañía; por fin, fijaba á diez millones de rupias (24 millones de francos) los gastos de la guerra que quedaban á cargo del emperador.

Tan duras condiciones no pudieron ser suportadas por este soberano sin resistencia y sin deseo de sacudir su yugo; en consecuencia las partes vinieron á las manos, pero el tratado fué finalmente ratificado en Yandabo, donde se hallaba acampado el ejército inglés, llegado á la sazon á veinte leguas de la capital.

De esta suerte terminó una guerra que habia costado á la Compañia inglesa mas de cien millones y que en cambio le valiera solamente ventajas precarias y contestables. En el decurso de una doble campaña, los Birmanes habian probado ser adversarios tenaces mucho mas atrevidos que los Indos, mas tácticos que los mismos y mas adelantados en el arte de la guerra. Ninguna de las tribus militares que la Compañía redujera sucesivamente, le habia opuesto una serie de esfuerzos tan bien combinados. Este sistema de barricadas y de blockhaus, esta lucha encarnizada, cuya estratejia fué muchas veces feliz; manifestaron á los Ingleses que sus usurpaciones en Asia podian hallar una barrera, y es muy probable que cuando el vencedor ejército se detuvo ante la capital donde se prometiera un rico botin, fuerza es que hubiesen mediado causales de que no hacen mencion los boletines victoriosos.

Sea como fuere, despues del tratado político, pretendió la Compañía hacer una convencion comercial, para cuya mision M. Crawfurd se dirijió á Ava en 1827. Durante su viaje ecsaminó el país, cual lo hiciera el capitan Symes, y rectificó algunas observaciones de su predecesor. En efecto, á él se deben las nociones mas ecsactas y recientes relativamente al interior de la Birmania.

A ciento veinte millas de distancia del mar, las riveras del Irrawaddy, bien que fértiles y pintorescas, no ofrecen el menor vestijio de industria agrícola. De vez en cuando aparece una cabaña, pero miserable y circuída de algunos campos muy estrechos y mal cultivados. Solamente es en Prome donde se mejora algun tanto el aspecto de la comarca, en la cual se cosechan el cáñamo, el sésamo y el arroz. En Renan-Khyaung se encuentran los famosos manantiales de aceite de petrolo que suministran el alumbrado del país y garantizan de insectos las maderas de carpintería. Estos manantiales ocupan juntamente un espacio de diez y seis mil cuadrados, y tienen una profundidad que varía de 200 á 250 pies. El aceite que rebosa por las aberturas, con una temperatura de 90° termómetro de Farenhecio, corre en una bondonada, cuyo fondo, dispuesto en forma de tamiz, deja escapar las partes acuosas, mientras se coagula el petrolo al contacto del aire. A alguna distancia, M. Crawfurd recojió osamentas petrificadas de rinocerontes, de gaviales, mastodontes, hipopótamos y otros mamíferos.

Para remontar el Irrawaddy, sírvense los Birmanes de bateles con velas y remos que na-

vegan con la mayor rapidez. Con un viento fresco tales bateles llegan á Rangoun en cuatro dias, y vuelven en diez siendo la distancia de 450 millas.

Ava no presenta otras curiosidades que el contraste de las chozas de mambú con sus pagodas esplendentes por sus dorados. El palacio del emperador se distingue de los demas edificios por su estension y su órden. Antes de recibir á M. Crawfurd, no hay jénero de etiqueta que no se hubiese proyectado; ora le hacian desalojar porque su casa era casualmente mas alta que el pabellon de S. M. de pies de oro, lo que era una falta de respeto; ora se le negaba toda conferencia con pretesto que la corte de Ava no tenia señor de tan mezquino alodio como el enviado británico; finalmente, despues de largos debates y conferencias aun mas largas, quedó reducido á cuatro artículos un tratado de veinte y cuatro, y fué firmado por el monarca, que se prestó á él sin mucho reparo, porque sus ministros le hicieran creer que M. Crawfurd venia á pedirle perdon de los triunfos de sus compatriotas, restituirle las provincias conquistadas y entregarle el consentido tributo. Algun tiempo despues, hallándose mejor informado, entró en un acceso de furor contra sus consejeros, precipitóse sobre ellos con su lanza, y los hubiera pasado sin duda sino se decidiesen á saltar por el balcon de la audiencia.

Por lo demas, semejantes actos de brutalidad eran de tradicion en la corte de Ava y parecian estar muy en uso con el soberano actual. Mas de una vez se le veía distribuir bofetadas á sus favoritos ó estirarles bruscamente la oreja; uno de ellos, llamado Sarroa, complacíase sobremanera por tales actos hasta llegar á servirle de cabalgadura. Colocábase el emperador sobre él á horcajadas, y le pasaba en la boca, á manera de rienda, un trozo de muselina. En otras ocasiones sus ministros se veían condenados á las mas severas penas; por una neglijencia, por una falta cualquiera, condenábales el emperador al *nefru m'ha l'han the*, es decir, á la esposicion al sol de memoria, al mediodía, y con un peso enorme sobre el pecho.

El emperador recibió á M. Crawfurd en un pabellon de columnas, en cuyo fondo se alzaba el trono á un altura de doce pies. El plafon y las columnatas relucian con el oro mas esplendente: la legacion fué introducida con los pies descalzos, y el monarca entró á su vez al son de estrepitosa música. Llevaba una túnica tejida de oro y cuajada de pedrerías; su diadema consistia en un casco de oro macizo superado de una espiral dispuesta á manera de pagoda bouddhica é incrustada de rubíes y zafiros. Empuñaba un *chowrie* (cola de cabra blanca), emblema del poder soberano. A vista de S. M. B. todos los cortesanos se prosternaron tres veces, pero los Ingleses se contentaron con un profundo saludo europeo. Esta ceremonia debió de empezarse de nuevo á la llegada de la reina que tomó asiento á la derecha del trono, con vestido y diadema embutidos de brillantes pedrerías.

Terminada la fórmula, y declarado por el secretario de estado de la corona birmana que el gobernador inglés de la India se ponia bajo los pies de oro del *escelentísimo y gloriosísimo soberano de la tierra y de los mares, señor de las potestades celestes y de todos los elefantes blancos, etc.*, levantóse la sesion y se procuró á la legacion el espectáculo de una fiesta indíjena. Concurrieron á esta fiesta todas las damas de la corte, con sus vestidos listados de rojo, verde y blanco, y sus vastas y flotantes cabelleras; la esposa del primer ministro en su carro de macizas ruedas, con la caja en bovedilla, arrastrado por dos bueyes bastos y desparpajados (Pl. XXII—1); en fin, una multitud de naturales de ambos secsos que llenaban un espacioso trecho. Largo fué el programa de aquellos regocijos; empezóse por los bailes, juegos de manos, marionnettes; tras estos vinieron corridas de caballos y de elefantes; en fin, iluminaciones y fuegos artificiales compuestos de colosales cohetes.

El reino de Ava es ocupado por siete tribus, cada una de las cuales tiene su lenguaje, sus usos, su culto, sus costumbres; pero todas tienen rasgos comunes á los pueblos situados entre el Indostan y la China. Es una confusa mezcla de las razas mogola, inda, china y malaya: los Birmanes son pequeños, robustos, ájiles y bien formados; su tinte es bronceado, sus cabellos son negros, llanos y lisos. Los hombres en su mayor parte tienen en la piel un signo cabalístico, pues es una mengua no llevarlo. Hombres y mujeres llevan zarcillos, ó clavos dorados; el uso de las sandalias es comun aun entre el pueblo. Las mujeres circulan libremente por todo el imperio; ni la ley relijiosa ni la costumbre les privan de su libertad. Ellas son los únicos operarios del país; lavan, hilan, tejen, tiñen el algodon y fabrican esos tejidos listados ó de jaquelados que se consumen en la comarca.

Aunque los Birmanes saben casi todos leer y escribir, la literatura y las ciencias están entre ellos muy atrasadas; algunos conocimientos astronómicos los han sacado de los Indos, y toda su poesía consiste en himnos relijiosos y crónicas versificadas. Su escritura, sencilla en estremo, se compone de círculos ó arcos susceptibles de combinaciones diversas. Su idioma es una mezcla de pali y de chino, y por lo que hace á su culto, no es mas que el bouddhismo

1. Femme d'un Birman de haut rang.

1 Mujer de un Birman de alta jerarquía

2. Guerrier de Seanlar et son prisonnier.

2 Guerrero de Seanlar y su prisionero

de Sainson del.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

evidentemente mezclado de mitolojía china. Tienen tambien sus anales, y, á lo que parece, algunos historiógrafos oficiales han contado 123 soberanos birmanes desde el año 301 antes de Jesucristo. Por lo demas, puede juzgarse de la imparcialidad de los escritores de la corte de Ava por este resúmen singular de la guerra cuyos pormenores hemos esplicado ya.

«En 1826 y 1827, los blancos del Occidente declararon la guerra al soberano del palacio de oro. Aportaron en Rangoun, apoderáronse de esta plaza, como igualmente de Prome, y se les permitió avanzar hasta á Yandabo, porque el rey, así por relijion como por humanidad, no hizo esfuerzo alguno para resistirles. Esta empresa les costó sumas inmensas, y habian ya agotado enteramente sus recursos cuando llegaron á Yandabo. Dirijieron diestramente una peticion al rey, el cual, siempre clemente y jeneroso, les remitió sumas considerables para indemnizarles de sus gastos y les mandó salir de sus estados.»

El tratado de paz y de comercio, tal como lo obtuvo M. Crawfurd, asegura á la Inglaterra una linea costanera que corre desde el fondo de la bahía de Bengala hasta el estrecho de Malaca y que encierra cierto número de escalas entre el Indostan y la China enlazadas por medio de las islas de Poulo-Penang y Sincapour. Martaban, que forma parte de esta cesion, contiene una vasta y magnífica rada donde podrian permanecer todas las flotas de la Gran Bretaña. En ella desaguan tres rios, el Ataram, el Gain y el Saluen, que forman bajo sus muros un lago cuajado de isletas verdegueantes. El Saluen sirve de linea de demarcacion á las conquistas inglesas y en su curso enclava al Ataram, rio menos anchuroso, pero tan profundo que un navío puede maniobrar en él á velas desplegadas bajo pórticos de verdura. La campiña circumvecina, aunque favorable á toda clase de cultivo, habia permanecido árida hasta entonces; mas, no bien llegó á conocimiento de los naturales que el país era inglés, doscientas familias pasaron el Saluen y se establecieron en él con treinta mil cabezas de ganado. De regreso de su mision de Ava, M. Crawfurd fundó en el cabo que domina la rada de Martaban y en una posicion admirable, la ciudad de Amherst destinada á ser el depósito de toda la Birmania. Los sabios principios de franquicia comercial y proteccion indistinta han sido proclamados por él en la nueva ciudad, del propio modo que lo fueran en Sincapour por sir Stamford-Raffles. En semejante localidad y con tal sistema, la ciudad de Amherst se ha acrecentado y desenvuelto con increíble rapidez. Fundada en 1828 con 1.600 habitantes, cuenta ya en la actualidad 15.000.

Desde la guerra terminada en 1827, incidente alguno ha llamado la atencion sobre la Birmania: la historia natural, la jeografía y la estadística de esta comarca, antiguamente mal conocida, han sido investigadas en algunas escursiones interiores. Así que, en el reino de Ava han podido reconocerse mamíferos, pachydermes, reptiles, comunes con los de los otros países del Asia. La ornitolojía no ha ofrecido hasta el presente mas que una especie, al parecer peculiar á esta rejion, tal es una cotorra, la mas pequeña que se conoce, y á lo mas, gruesa como un gorrion; su plumaje es de un hermoso verde; su pecho, su cuello y su cola de un brillante carmesí, y la parte interior de las alas de un azul lustroso y terso. Esta cotorra ofrece algun analojía con el picotero de Bohemia. Se halla tambien de un escarabajo verde y dorado sumamente esplendoroso, con el cual las mujeres plebeyas se hacen pendientes.

La Birmania tiene, como el Indostan, una especie de hormiga, cuya picadura es muy dolorosa. Abundan igualmente otras hormigas aladas, chinches verdes y miríadas de insectos, que, seis ó siete semanas antes de la estacion de las lluvias, todo lo cubren, mesas, muebles, personas, inundan los aposentos, se meten en cualquiera parte, en el aire que se respira, en los platos que se comen, en el vino que se bebe. Por lo demas, parece que esta estacion solo repugna á los Europeos, pues en vez de evitar las hormigas aladas, los indíjenas se abastecen de ellas por mayor y las preparan en conservas. Para sacar fruto de esta caza no hay mas sino colocar un gran número de platos llenos de agua en torno de una luz. Otro azote de estas comarcas es la raza de las cornejas tan chillonas y pantanosas como las del Indostan, las cuales se llevan nidadas enteras sin que la madre pueda defenderlas. Toda puerta, todo crucero abierto les sirve de paso, roban, á las barbas de los convidados, los huevos, la manteca, el pan que se les destina; todo lo infectan con sus escrementos; verdaderas harpías, parásitas descarados, contra los cuales solo puede defenderse cerrando todas las ventanas.

Aunque la raza de los Birmanes sea sana y robusta, los Europeos no pueden aclimatarse fácilmente á la temperatura húmeda y cálida de esas comarcas. La parte mas salubre del reino es al propio tiempo la mas fecunda; abraza el litoral que se prolonga del N. O. al S. E., y contiene arrozales tan abundantes como los de Bengala. Por la parte del N. el país ofrece un aspecto montuoso y sembrado de vallecillos donde prosperan la caña dulce, el tabaco, el añil, el algodon, etc.; las maderas de teck se producen allí en especies magníficas. El reino de Ava es rico en minerales; cerca de Bancoo se hallan

minas de oro y de plata; asimismo se encuentran minas de rubíes, de zafiros y otras piedras preciosas en Keouz-Meoun y en la montaña de Boloo-Taun, vecina á Kenduen. El hierro, el plomo, el estaño, el antimonio, el arsénico, el azufre se hallan igualmente en muchos puntos, y aun se citan algunos rios que arrastran pépitas de ámbar y de oro. Cerca de Amarapoura ecsisten canteras de mármol que suministran cascajos tan blancos y tan transparentes como los mármoles de Carrara.

Antes del establecimiento de los Ingleses en la costa de Martaban, las principales permutas de la Birmania se practicaban entre su reino del N. y la provincia china de Yunan. Pero en la actualidad la Compañía de las Indias ha variado esta direccion comercial. Los puertos de Rangoun y de Martaban son los verdaderos depósitos del imperio, y á ellos descienden las maderas de carpintería y el palo de teck, que subvienen á las necesidades de Madras, de Calcuta, y aun de Bombay.

Los Birmanes tienen como los Chinos su sistema decimal, al que las monedas no se refieren mucho. La pieza de plata mas usada es el tacal ó tical, cuyo peso es de 10 dineros y 10 granos, y se divide en cuatro mattis, ocho moos ó diez y seis tubeas. Los pesos son: el moo, el tual, el viss y el candy; cien moos hacen un tual, cien tuales hacen un viss, y ciento cincuenta viss un candy. El candy pesa 227 kilógramos: en la feria de Junckseylon tienen curso todo jénero de monedas indianas, no menos que el peso duro de España.

El alfabeto birman tiene treinta y tres caractéres, con algunos signos que ocupan el lugar de los diptongos y de las vocales largas. La escritura va de izquierda á derecha, está interrumpida por algunas pausas y se distingue por su limpieza.

La ciencia cosmográfica de los Birmanes, tal como se encuentra en los libros antiguos, está atestada de sueños fantásticos. El universo ó *Logho*, que se destruye solamente para reproducirse, ha pasado sucesivamente por el fuego, el agua y el viento. La tierra es llana, segun ellos, mas elevada en el centro y orillada de montañas. Su diámetro, su circumferencia, su densidad han sido calculados por los sabios; la mitad de esta masa es terrosa, pero la otra es sólida; el todo es llevado sobre un doble espesor de agua que se apoya en otro espesor de aire; allende ecsiste el vacío. En el centro de la tierra dispuesta en estos términos, los Birmanes colocan á Miemno, la mas colosal de las montañas, sostenida por tres pies de carbunclo; su lado oriental es de plata, el del O. es de vidrio, el del N. es de oro, y el del mediodía de rubí. Al rededor de Miemno desenvuélvense siete cadenas de montañas encajadas la una dentro de otra.

Los libros de los doctores birmanes cuentan noventa y seis clases de enfermedades, con las correspondientes recetas para curar cada una de ellas: estas recetas son transmitidas de jeneracion en jeneracion como preciosa herencia.

Las costumbres de las poblaciones birmanas son bastante dulces, pero sus códigos encierran leyes de hierro: el rigor de los castigos llega hasta la barbarie. Los menos severos son la prision y las cadenas, tras ellas vienen el látigo, la mutilacion, la esclavitud en los templos y por último la muerte, cuya forma varía conforme al capricho del juez; el delincuente puede ser decapitado, descuartizado, anegado, quemado vivo ó abandonado á las bestias. Algunas veces se barrena el pecho del paciente con una estaca aguda, ó bien lo esponen en las riberas del rio enlazado con un poste de suerte que quede anegado á impulsos de la marea. En otras localidades lo crucifican y derraman en su boca hierro fundido. Por lo demas, semejantes suplicios demuestran una firmeza y una flema estoicas. Se ha visto á un desertor comer una banana mientras el verdugo le cortaba las entrañas. Los prisioneros de guerra no son mas bien tratados que los delincuentes; los mismos Ingleses, caídos en poder de los Birmanes durante las últimas hostilidades, no esperimentaron mejor trato que los demas. Algunos carceleros ávidos y crueles los tiranizaban de un modo impío, pero cansados al fin de ecsacciones renovadas sin cesar, negáronse á ellas, bien que se empleó un medio horrible para reducirlos. Los hombres de cada cuarto tenian los pies encadenados en una larga viga enlazada con las paredes de la cárcel por medio de sogas. Cierta noche se dispertaron á impulsos de un sobresalto, y se sintieron suspendidos con la cabeza hácia abajo de la viga izada por uno de sus cabos, formando con el piso un ángulo de 45 grados. Despues de haber permanecido en aquella posicion intolerable por algun tiempo, capitularon con sus verdugos despojándose hasta de su última rupia.

Las ceremonias de los Birmanes participan como sus dogmas de las fórmulas indas y chinas á la vez; una mujer fallecida de parto, es transformada, segun ellos, en mal jenio, y de consiguiente debe ser ecsorcizada, para cuya ceremonia el marido anda á la cabeza del convoy ajitando el aire con sus armas y haciendo contorsiones á manera de un convulsionario. Cuando se ha cerciorado de que la difunta es realmente muerta de parto, se pronuncia el divorcio y se abre el cadáver, del que se estrae el feto; en seguida el marido da por tres veces la vuelta al concurso, regresa á su casa y

se lava cabeza la para no volverse á manifestar mas que en el momento de la combustion.

En los funerales de un *rahan* ó *pounghi* (sacerdote) se empieza por embalsamar el cadáver; en seguida es depositado en un cofre lleno de miel cerrado herméticamente. Durante todo este tiempo se hacen los preparativos para la ceremonia: en un dia dado una muchedumbre inmensa se dirije á una llanura designada ya de antemano, en la cual ecsiste un carro elevado en el cual se hace la hoguera que debe recibir el cuerpo. No bien se ha colocado este en ella, cuando la muchedumbre se divide en dos bandos, el uno que procura hacer adelantar el carro y el otro hacerlo retroceder. Este conflicto no tiene lugar sin fuertes topetones dados ó recibidos, pero por fin la victoria se decide por el partido que debe encender la hoguera. Ordinariamente se coloca el cadáver en una especie de mortero de madera lleno de pólvora y piezas artificiales, y á una señal dada el carro, la hoguera, y los restos del santo sacerdote hacen una esplosion y saltan al aire. Cumplido este piadoso deber, reina el silencio mas profundo que sucede á las aclamaciones mas estrepitosas.

El cuidado de incendiar los cadáveres es confiado á los *sandalas*, los parias de la Birmania, que por lo comun son delincuentes cuya pena se ha conmutado: estos sandalas, así como los leprosos, los mendigos y los fabricantes de féretros, viven bajo la ley inflecsible de un grande del Estado, su gobernador y su dueño, el cual tasa arbitrariamente sus aldeas, vende cartas de permanencia, impone las enfermedades cutaneas, ya en la persona de los jefes de familia, ya en la de los niños.

Otra casta impura es la de los esclavos de los templos, cuya degradacion es igualmente hereditaria; uno no puede menos de ensuciarse cuando se sienta ó cuando come con ellos.

Desde el tratado de Yandabo las antiguas divisiones jeográficas del imperio de los Birmanes han sido profundamente alteradas. Las provincias que yacen sujetas al soberano de Ava son las de Birma, Pegou, Alto-Martaban y algunos países tributarios. Sus ciudades mas notables son: Ava, capital actual, de la cual hemos hablado ya, ciudad grande pero poblada solamente de 40.000 almas á lo mas; Amarapoura, capital bajo el reinado precedente y situada sobre la ribera izquierda del Irrawady: Cox le atribuía, en 1795, 175.000 almas; actualmente apenas contiene 30.000; Saïgaing en frente de Ava, sobre el Irrawaddy, atestada de pagodas arruinadas; las colinas que la flanquean contienen en cada cima un templo dorado que encumbra su torre hácia el cielo; Prome, ciudad de 10.000 habitantes; Pegou, capital del reino de este nombre, cuyo esplendor ha decaído completamente desde la conquista de Alompra. Su templo bonddhista de Choumadou, pirámide de ladrillos y de argamasa sin el menor hueco, tiene forma octógona en su base y remata en espiral, y es una de las construcciones mas notables de toda el Asia. El altura del monumento es de 290 pies y la circumferencia de la base de 1.134; en su cima mas encumbrada contiene una especie de quitasol de hierro dorado de cincuenta y un pies de circumferencia. Los sacerdotes que lo sirven aseguran que este templo cuenta mas de dos mil años de ecsistencia. La última ciudad importante del imperio es Rangoun, punto de desembarque del ejército británico.

La parte que los Ingleses se han arrogado en la Birmania se compone de los reinos de Arrakan y de Assam, de los países de Katchar, de Djinthia, de Garraus, etc., y de los situados al O. del Saluen, tales como Martaban, Yeah, Tavay, Tanasserim. La única ciudad birmana que merezca citarse en esta parte de los conquistadores es Arrakan, muy despoblada y decaída en la actualidad; pero poco importaba á los Ingleses que sus provincias interiores fuesen ricas y florecientes, con tal que pudiesen obtener la cesion de las llaves de todo el reino por medio del sucesivo abandono de los mejores puntos del litoral. Esta costa, erizada de abras seguras y profundas, forma tal contraste con las playas llanas y peligrosas de Coromandel, que tarde ó temprano las embarcaciones que toquen en el golfo de Bengala seguirán el camino de Martaban y de Merguy. Si á tales ventajas se agregan las comodidades que presenta el comercio interior, si el suelo de la Birmania, fecundo y propio para toda clase de cultivo, derramase en las factorías inglesas productos ricos y numerosos; es indudable que la península situada allende del Ganjes no se citase entre el primer rango en el comercio indio.

CAPÍTULO XXII.

SUMATRA.

Calcuta es un país tan bello y tan delicioso, presenta tan sensiblemente el *comfort* de la vida material y regocijos tan dulces de lujo y de bienestar; que nunca puede abandonarse mas que con sentimiento y con llanto.

Hacia ya muchos dias que transcurriera el término fijado por mi itinerario, y aun no me atrevia á confesar que deseara diferir mi partida. Aquella comarca donde encontraba tantos objetos que conocer, aquel culto indíjena que tanto gustaba de estudiar, aquella historia del poderío anglo-indio que todo el mundo conoce mal, los Ingleses á causa de sus preocupa-

siones nosotros por motivo de nuestra ignorancia; aquellas relaciones de lejanas lides puramente orijinales; tantos motivos serios apenas eran suficientes para aconsejarme prolongar una mansion embellecida por los cuidados mas benévolos. Finalmente vino la razon en mi ausilio, y sin prevenir á Wilmot, ajusté mi pasaje con un holandés que se hacia á la vela para Sumatra. Apenas me tomé el tiempo de abrazar á mi amigo, estrechar la mano á su padre y saludar á sus jóvenes hermanas; en seguida ayudado de mi sircar, pasé á bordo con todo mi equipaje. El bordo es un escelente específico contra esos pequeños dolores de la cabeza y del corazon; el bordo es casi un mundo diferente, un mundo flotante donde se olvida el bullicio de este mundo mas estable; es otro elemento, otro horizonte, otra vida; los hombres son diferentes, diversas sus habitudes. Uno tiene que pasar uno ú dos dias combatiendo una congoja interior, un angustia dolorosa, un sentimiento ó un temor; pero pagado ya este tributo, dilátanse los pulmones con el aire del mar, la cabeza se tranquiliza y de lo que huye á lo lejos solo queda un inefable y tierno recuerdo. Entonces es cuando empieza la vida marítima, vida nómada, indolente, monótona, activa solamente por ciertas sofrenadas, y tan deliciosa para los que la practican que todos la aman y persisten en ella. Es muy feliz que nuestra naturaleza esté dotada de semejante índole, porque sin esta, donde podrian encontrarse esos millares de hombres que dejan esposas é hijos, amigos y amigas, para ir á correr los Océanos por 25 francos mensuales?

Apenas habia yo respirado la brisa del golfo, cuando me encontraba ya curado, y curado radicalmente. En vez de la suntuosa mesa de Wilmot, me hallaba reducido al buey salado y á las gallinas macilentas del capitan Grudmann; pero tenia á mi presencia espacio suficiente para desarrollar mis sueños de viajero: aunque la India se me fugaba, vislumbraba ya el archipiélago Malayo, Siam, la Cochinchina, las Filipinas, la China, y aquellas tierras australes tan nuevas aun y tan curiosas.

Despues de algunos dias de navegacion con una fresca brisa del O. S. O., llegámos frente el archipiélago de los Andamanes situado á unas 200 leguas de distancia de las bocas del Ganjes. El nombre de estas islas fué por largo tiempo el terror de los navegantes: poblados de una raza feroz y cruel, perteneciente sin duda alguna á la gran familia malaya, los Andamanes no han sido todavía colonizados. Hace pocos años que se tentó un ensayo en la costa oriental del Grande-Andaman, donde se creó el establecimiento del puerto Cornwallis, escelente surjidero donde se encuentra agua y madera en abundancia; mas la insalubridad del clima y las costumbres insociables de los naturales obligaron en breve á los nuevos colonos á evacuar aquel territorio. El Grande-Andaman tiene 40 leguas de lonjitud sobre 10 de anchura: en su estremidad meridional aparece el Pequeño-Andaman, igualmente elevado y cubierto de bosques, bien que mucho menos estenso. Estos parajes ofrecen peligros de varias naturalezas: algunos escollos hacen difícil su acceso y al propio tiempo son infestados por los piratas. Los naturales acechan desde el seno de sus bosques las embarcaciones sorprendidas por la calma ó violentadas por el temporal, y mas de una vez se han visto algunos de estos buques, débiles y mal armados, sorprendidos y abordados por varias piraguas, la tripulacion descuartizada, y la presa saqueada y sumerjida al abismo. Otras veces, cuando una embarcacion venia á estrellarse en las hondonadas de la isla, era una fiesta y un regalo para los indijenas llamados antropófagos.

Al S. de los Andamanes y á una distancia de 80 leguas con corta diferencia, está situado el archipiélago de Nicobar. En la principal isla del grupo, el Grande-Nicobar, habia antiguamente un pequeño establecimiento danés en el fondo de una bahía espaciosa y segura, pero las fiebres de un país húmedo destruyeron aquella factoría. Observada desde alta mar, Nicobar ofrece un aspecto triste y sombrío: su suelo es montuoso y cubierto de selvas, y su poblacion solo se compone de un corto número de tribus salvajes. Aquellos naturales, en contraposicion de los pueblos de los Andamanes, son dulces, medrosos, hospitalarios, bien que destituídos de toda industria, moribundos de hambre y de miseria. En ella se esperimentan lluvias constantes que duran todo el monzon del S. O., ecsalaciones pantanosas bajo los rayos de un sol ardiente que determinan varias enfermedades que ni respetan siquiera á los individuos aclimatados.

Nicobar es algo estrecha y tiene unas doce leguas de lonjitud. El resto de este archipiélago se compone de islas mas pequeñas, pero que parecen mucho mas sanas. Sus moradores no son al parecer aborijénes como los de Nicobar; cultivan legumbres y frutos, crian alguna volatería, cosechan cocos y venden todos estos productos á las embarcaciones que se hallan de recalo en las abras algo abrigadas de la costa. Las mujeres de este archipiélago son lindas y bien formadas; nada tienen de malayo: diríase que estas tierras son pobladas de indos arrojados á ellas á impulsos de la tempestad ó de la emigracion.

Desde Nicobar á Padang, situada sobre la

costa O. de Sumatra, hay unas 180 leguas, las que hicímos en el espacio de 6 dias, y á 20 de junio de 1830, divisámos el monte Ophir ó Gounong-Pasaman que se eleva á 2.165 toesas sobre el nivel del mar. El monte Ophir, á la manera del monte Cayambé en América, es atravesado literalmente por la linea ecuatorial. Aquella misma tarde fondeámos en la rada de Padang.

Padang es una ciudad de 10.000 habitantes que ha sido dominada sucesivamente por los Portugueses, los Ingleses y los Holandeses, pero por un tratado firmado en 1824 quedó sujeta á los últimos. En esta factoría, uno de los mercados mas activos para el tráfico de la pimienta, se han establecido algunas casas de comercio.

La isla de Sumatra, la mas occidental del grupo, que los antiguos jeógrafos apellidaban las islas de la Sonda, termina al N. O. la porcion de la Oceania á la que aplicarémos el nombre de Malasia. Por mas que se haya querido aplicar todavía á esta isla el nombre de Taprobana atribuído ya sucesivamente á Madagascar y á Ceilan, no parece probable que los antiguos la hayan conocido, y aun menos que la hayan nombrado. Algunos jeógrafos han pretendido encontrar la punta de Achem en el *Jaba-Diu* ó *Jaba-Dir* (isla de la Cebada) de Ptolomeo, mas este dato etimolójico es muy cuestionable. La primera mencion precisa que de ella se ha hecho solo remonta á 1173, en cuya época algunos viajeros árabes la visitaron bajo el nombre de Ramni ó Lamery, ó Saborma. Un siglo despues, el Veneciano Marco Polo citó, en la narracion de sus prodijiosas escursiones, una isla que llama la *Pequeña-Java*, y que es, sin la menor duda, la isla de Sumatra. La designacion adoptada por los indíjenas de las vecinas comarcas es *Andelis*.

Estiéndese Sumatra del N. O. al S. E. en una lonjitud de 380 leguas, y su latitud varía de 20 á 85. Esta isla está entrecortada por una cordillera que corre en el mismo sentido que la isla, es decir, del S. E. al N. O. Del centro se destacan algunas cadenas secundarias que encierran cuatro grandes lagos, de donde sale el agua por medio de rápidos torrentes ó imponentes cascadas. El poco desarrollo de las dos vertientes impide que esas corrientes lleguen á formar anchos y hermosos rios. Entre los cúspides hay algunos que son ignívómas, como el de Berapi de 2.033 toesas de elevacion, y el de Gounong-Dembo, alto de 1877. El Ayer-Raya, volcan aun mas activo, se encuentra en las cadenas secundarias.

Bien que atravesada por la linea equinoccial, Sumatra no tiene que sufrir los calores que abrasan las comarcas mas vecinas de los trópicos. El termómetro centigrado raras veces asciende mas allá de 29 grados 5 minutos, mientras que en Bengala á vezes alcanza los 38.° La temperatura varía en la isla segun las zonas; y no faltan ciertas mesetas interiores en las que los naturales se ven obligados á encender lumbre para resistir al frio matutinal. No obstante esta circunstancia, no ecsiste nieve en Sumatra, ni aun en las cumbres mas elevadas que el pico de Tenerife. La helada y el granizo parecen en ella desconocidos; los únicos incidentes atmosféricos consisten en espesas nieblas llamadas en el país *cabout*, que resisten por espacio de dos horas á los mas ardientes rayos del sol, y las borrascas acompañadas de rayos y de truenos, harto frecuentes durante el monzon del N. E. Los monzones tienen á poca diferencia la misma periodicidad y los mismos caractéres que los del Indostan. El del S. O., ó monzon seco, empieza en mayo y termina en setiembre; el del N. E., ó monzon lluvioso, empieza en diciembre y termina en marzo. Algunas veces sin embargo estas brisas periódicas se amortiguan y son reemplazadas por vientos terrestres que empezando á soplar al ponerse el sol, se prolongan durante toda la noche y parte de la mañana.

No pocas veces se ha ecsajerado la insalubridad del clima de Sumatra: es verdad que la costa oriental no es sana, sino pantanosa é infectada de brumas, y diezma las tripulaciones europeas que van á ella para verificar el tráfico de la pimienta, de suerte que parece justificar su sobrenombre de *Costa de la Peste*; pero todo el litoral que corre al E. desde la punta de Achem hasta las islas de Banca ofrece algunos puntos salubres y deliciosos.

El suelo de Sumatra es en jeneral una tierra encarnadina y cubierta de una capa negra y algunas veces calcinada. En aquella tierra fecunda crecen densos céspedes, malezas y hermosos bosques. Los marjales que abundan en toda la parte occidental la convierten á veces en un vasto lago sembrado de isletas, mientras que hácia el S. ocupan todo el espacio bosques frondosos é impenetrables. En la cadena de altas montañas que forman como una muralla en el centro de la isla se presentan riquezas minerales de todo jénero. El oro, el cobre, el hierro, el estaño, el azufre, el salitre, el carbon de tierra, el napal, especie de roca jabonosa, el cristal de roca, abundan en diversos puntos de la isla; pero su esplotacion es precaria y poco lucrativa.

Las tierras de Sumatra, apesar de su fertilidad aparente, no dan lo que parecen prometer en productos agrícolas. La naturaleza arcillosa de las capas superiores y su poca densi-

dad hacen el suelo ingrato para las simientes que se le confian. Así que, los Europeos y los Malayos se dedican muy poco al agricultura: únicamente los colonos chinos, mas pacientes y laboriosos que todos los demas, logran recojer en aquellas mesetas ingratas, con el ausilio de la poda, algunas cosechas, cuyas principales son las del arroz, del betel, de la pimienta, del jirofle, de los frutos del cocotero y algunas plantas tintoriales.

El arroz que se cultiva en Sumatra es de dos especies, la una procedente de las tierras altas y secas, la otra de las tierras bajas y regadas; el primero es mas blanco, mas grueso y de mejor gusto, el segundo es mas abundante y mas comun. El grano se siembra en la época de las lluvias periódicas, esto es, por el mes de octubre. La cosecha tiene lugar seis meses despues, por el monzon seco.

Despues del arroz, el vejetal mas útil á los moradores de Sumatra es el cocotero. La parte del fruto que mas aprecian es la pulpa de la nuez con que sazonan jeneralmente todos sus platos. De él sacan ademas un aceite propio para el alumbrado y un licor fermentado llamado toddy: la cabeza les da un producto bueno de comer y hacen escobas con sus fibras. El corcho les es inútil para fabricar sogas, pues para este uso prefieren el rotang (junquillo) y el ejoo.

Hay ademas varias plantaciones de betel ó *penang* que suministran no solamente la cantidad necesaria para el consumo del país, sino tambien el de las otras islas malayas que demandan cantidades considerables. El uso del betel es casi una indicacion de oríjen en este archipiélago oceánico poblado de tan distintas razas. Cultívase ademas en Sumatra una multitud de especias para el uso de los Orientales; la pimienta de Cayenne, el cúrcuma, la cilantro, el cardámomo y el jenjibre. El anou, especie de palmera, produce un azúcar que los naturales llaman jaggari; y aunque tienen conocimiento de la caña dulce solamente la usan para mascarla como una friolera. El sésamo, el jarak cuyo grano produce el aceite de ricin (*palma Christi*); el kratou, ó moral enano, el cáñamo, el árbol del sagu, el maíz, las patatas dulces y muchos jéneros de legumbres entran tambien en la lista de los cultivos practicados con feliz écsito en Sumatra. Entre las plantas tintoriales se cuenta el añil, el sapan, el oobar, especie de palo encarnado, y el cassoombo ó carthamus de los Indios. En el número de árboles frutales debe distinguirse el mangustan, esta maravilla de la India, cuyos productos, en sentir de los viajeros, tienen tantas virtudes benéficas; el durion, cuya blanca pulpa tiene el gusto de ajo tostado, y posee, segun aseguran, algunas cualidades afrodisíacas; el jaquero, el árbol de pan, el billingbin, el lansa, el branganero, el limonero, el banano, el ananas, el naranjo, etc. La flora del país presenta igualmente riquezas innúmeras; en él se encuentran todas las variedades del continente asiático á la par de las especies particulares al archipiélago malayo. Las mas notables de estas últimas son el árbol triste, en malayo *Sounda maloune*, que solo florece por la noche, y el *Raflesia* encontrado en Sumatra y en Java por M. Arnold; su flor inmensa, cuyo boton es parecido á un clavo, presenta, estendida, un diámetro de tres pies, pesa 15 libras y su tubo puede contener 12 pintas. Sin contradiccion es la mayor flor que se conozca, puesto que la que pasaba por tal, que era, el *Aristolochia cordiflora*, solo tiene, segun M. Humboldt, 16 pulgadas de diámetro.

Empero de todos los productos de Sumatra, ninguno es mas precioso y mas útil que la pimienta, principal esportacion del país. La planta que produce esta especie es un jénero de enredadera deslizante y de tallo leñoso; sus hojas son de un verde subido, cordiformes y casi insípidas. La flor es blanca, el fruto pende en racimos como los del grosellero, pero mas largas y mas rijidas. Los granos, al principio verdes, toman, al madurarse, un rojo escarlata, y secado en seguida sobre esteras, presentan este aspecto negro bajo el cual lo recibimos. El grano mas bien nutrido conserva mejor su consistencia; en términos de comercio es el que se llama pimienta basta; el que ha padecido por el terreno ó por otro motivo cualquiera, es mas friolento y mas cargado de uva: califícanlo de pimienta lijera. Los pimientos son plantados, como los viñedos de Europa, en lineas uniformes, paralelas y á ángulos rectos. Su fecundidad empieza ordinariamente al tercer año, y dura á veces hasta el vijésimo: cuéntanse dos cosechas, la principal en setiembre y la pequeña en marzo. Lo que se llama pimiento blanco no constituye una especie particular, sino que consiste solamente en granos trillados y desnudos del tegumento esterior.

Cuando el pimiento de los países interiores es apto para el comercio, lo cargan en armadias de mambú que descienden las corrientes con la velocidad del rayo; llegadas á las embocaduras de los riachuelos, estas armadías transbordan sus cargamentos en bateles del país que son los únicos que pueden soportar la resaca de la costa y llevar en alta mar los sacos de pimiento, ora en los buques europeos que los reciben directamente, ora en los costeños malayos á la carga para Padang, Bencoulen ó Tappanouli.

El segundo artículo esencial de Sumatra, es la cánfora, llamada por los Malayos *capour barrous*. En tiempos muy remotos, Borneo y Sumatra fueron ya celebradas en el Oriente por esto producto cuyas virtudes ecsajeraron los Árabes. La cánfora es el resultado de una cristalizacion concreta que se opera en el corazon del cánfaro, árbol tan alto y tan grueso como las mas bellas maderas de carpintería, y que á veces alcanza los quince pies de circumferencia. Por medio del sonido que produce el árbol batido por el baston, conocen los naturales si contiene cánfora. En este caso, lo hienden con cuñas y recojen en el corazon del tronco una materia concreta, pero lijera, friolenta y muy soluble. El precio de la cánfora pura varía segun sus calidades; el mayor consumo de este artículo es en los mercados de la China, donde es preferido á la cánfora del Japon que se volatiliza y ejerce menor resistencia al accion del aire. La sustancia conocida bajo el nombre de aceite de alcanfor, no proviene del mismo árbol que la cánfora concreta, y aunque se le da el nombre de aceite, es mas bien una resina líquida y volátil, destituída de toda cualidad oleajinosa.

El benjuí es tambien un producto abundante en Sumatra, y nace de un árbol comun en el país de los Batas. Esta especie de goma ó de resina es blanca, muelle, odorífera: pura á la primera incision, se deteriora gradualmente y acaba por destilar solamente una cualidad comun. Esta se esporta para el Arabia, que hace de ella un consumo prodijioso; la mejor especie viene á Europa, donde sirve para diferentes usos.

Los demas objetos de esportacion son el *Casia Lignea*, canela comun que como el alcanfor y el benjuí crece sin cultivo en la parte septentrional de la isla; los rotangs ó junquillos, cañas muy consistentes que se esportan por cargamentos á Europa; el árbol del algodon de seda (*bombax*), producto admirable á la vista y al tacto por su lustre, su dulzura y su finura, pero poco conveniente su empleo á causa de su lana corta, frájil y sin nervio: así que, solo sirve para llenar colchones y almohadas. El árbol que lleva este algodon arroja sus ramas de tres en tres horizontalmente, y de tal suerte que forman ángulos iguales á la misma altura. Esta forma regular le ha hecho apellidar el árbol de quitasol, porque efectivamente afecta esta configuracion. Sumatra produce asimismo algunos medianos cafés, ébano, palo de teck, árboles de palo hierro que suministran en Palembang mástiles de 70 pies de lonjitud, y palos de sándalo y aloes.

Sumatra espide igualmente para Canton numerosas pacotillas de esos nidos de golondrinas, tan apreciados de los Chinos: estos nidos, embadurnados de materias mucilajinosas son colocados en la fragosidad de las montañas, como pequeños acetres. Anualmente se recojen de ellos dos cosechas; los naturales, con el ausilio de escalas de mambú, alcanzan las rocas mas escarpadas y recopilan los nidos que las tapizan.

En medio de estas riquezas, la que á primer golpe de vista pareceria la mas envidiable de todas es la que ofrece mas pobres resultados. Las minas de oro de Padang y de Menang-Kabou apenas producen con que pagar sus gastos de esplotacion, pues si bien M. Crawfurd hace ascender á 36.000 onzas la cantidad recojida en toda la isla, con dificultad puede admitirse este número, que otros reducen á 15 y á 12.000. La esplotacion del oro es casi un privilejio otorgado á la raza malaya, con esclusion de los aborijenes de Sumatra. Los Malayos se establecen en cualquier punto en que pueda recojerse algun poco de este metal, como en Lemoun, Batang-Asi, Pucallan é Yambou. El oro recojido es de dos especies, la una procedente de algunas escavaciones, la otra del lavado de las arenas. En ciertas vetas, el oro se presenta en el estado metálico, y muchas veces en pedazos de seis á siete onzas. Otras veces se encuentra en calidad inferior, y puede reconocerse por su color pálido y terroso. Como los Malayos no se dedican á estos trabajos de esplotacion mas que con ignorancia y molicie, los Ingleses y los Holandeses habian pensado sucesivamente sacar partido por sí mismos de las ricas minas de Menang-Kabou; pero despues de sucesivas esperiencias, han renunciado á ello.

Sumatra cuenta muchas especies de animales que le son comunes con el Asia meridional. Sus caballos son pequeños, pero bien formados, briosos y robustos; contiene ademas algunas vacas, ovejas y cabras de mediana corpulencia. Sus selvas sustentan al elefante, al rinoceronte unicornio, mas pequeño que los del mismo jénero del África, con la piel enteramente cubierta de escudos y erizada de pelos cortos y consistentes; el hipopótamo, el tigre real, el oso negro que devora el corazon de los cocoteros, la nutria, el puerco espin, los gamos, los antilopes negros de melena gris, los jabalís, los gatos de algalia y muchas especies de monos, entre los cuales se distinguen el *Simia nemestrina*, mono de barba poblada de pelo que parece ser particular á esta isla.

En estas selvas se encuentran igualmente algunos de esos orangs-outangs (*Pyhecus Satyrus*) que parecen ser mas bien el análogo del pongo de Wurm que del champanzea africano. En tiempos mas remotos, esta singular especie parece que era muy abundante en Sumatra; mas

en el actualidad es en ella muy rara. Uno de los mas bellos individuos de este jénero que se hayan visto, es el que menciona el doctor Abel Clarke en el tomo décimoquinto de las *Investigaciones asiáticas de* 1826. «La tripulacion de una canoa, puesta bajo las órdenes de MM. Craggyman padre é hijo, oficiales del brick *Mary-Ann-Sophia*, dice la narracion inglesa, acababa de desembarcar en Ramboun cerca de Touraman en el N. O. de Sumatra, cuando en medio de una plantacion de árboles no muy apiñados, percibió un orang-outang de jigantesca talle. A vista de los recien desembarcados, el animal descendió del árbol en que estaba empingorotado; pero no bien columbró que iban á atacarlo, cuando se encaramó á otro tronco. En su fuga ofrecia el aspecto de un hombre de alta estatura, cubierto de cabellos lustrosos y negruscos, pero cuya marcha hubiera tenido de vez en cuando necesidad de un apoyo que encontraba ora en sus manos apoyadas en el suelo, ora en las ramas que pendian en el camino. Cuando se hubo encaramado de nuevo á otro árbol, desplegóse enteramente su ajilidad, pues saltaba de una rama á otra y de un tronco á otro con la misma destreza que las mas pequeñas y hábiles especies de monos. Vana hubiera sido la caza en un bosque frondoso y denso, supuesto que en su aerea carrera, el orang-outang iba mas veloz que un caballo á galope. Su movilidad y ajilidad eran tan grandes, que no se hubiera podido llegar á apuntarle. Solo con una especie de táctica y despues de haber cortado muchos árboles pudo aislarlo, en cuyo caso fué herido sucesivamente de muchas balas, una de las cuales tocó indudablemente sus pulmones, puesto que al instante vomitó casi toda su sangre. Creíamosle moribundo y ecsalando ya el último suspiro en medio de su retirada desastrosa, cuando con gran sorpresa de los cazadores, se le vió saltar de nuevo y correr en direccion de otros árboles. En consecuencia lanzóse hacia él, fué acometido, pero lejos de ceder al número se levantó el valeroso orang-outang, y tomó el actitud de un hombre resuelto á defenderse hasta el último suspiro. Como la tripulacion lo hostigaba á picazos, cojió una y la rompió en dos como si fuera una zanahoria, dice la relacion injenua de los marinos presentes. Despues de este esfuerzo sintióse estenuado el animal y tomó la espresion de postracion dolorosa, tocó sus heridas y las manifestó de un modo tan piadoso, que los Ingleses que habian proseguido esta caza con la mayor decision, sintiéronse conmovidos. Apenas hubo muerto, cuando fué un objeto de admiracion para los naturales mismos que jamas presenciaran semejante especie en la comarca. Tendido en el suelo, el orang parecia tener 6 pies de altura, y hubiera escedido de toda la cabeza al hombre mas elevado de toda la tripulacion. El cuerpo era muy proporcionado; su talle ancho y cuadrado; la parte inferior delgada; los ojos grandes aunque pequeños, comparados con los nuestros; la nariz parecia mas saliente que la de las demas especies de monos, y su boca era muy hendida. Los labios y las mejillas estaban adornadas de una barba rizada, color de avellana, y de tres pulgadas de lonjitud, y mas bien parecia un ornamento del semblante que su desagradable apéndice; los brazos eran mucho mas largos que los miembros posteriores. La belleza de los dientes, de todos los cuales se hallaba dotado sin esceptuar uno siquiera, indicaba que el animal no era viejo; el pelo que cubria todo el cuerpo era terso, dulce y reluciente; lo que mas sorprendia á los concurrentes era la tenacidad de la vida que resistiera á tantos golpes. La fuerza muscular no podia menos de haber sido grande, puesto que se manifestó de nuevo la irritabilidad de la fibra, cuando el cadáver se trasladó á bordo y se izó para ser despellejado. En esta operacion verificada mucho tiempo despues de la muerte, el accion del cuchillo determinó un movimiento terrorífico de contraccion en las partes carnosas. Esta especie de vida galvánica fué tan admirable que cuando se llegó á las rejiones dorsales, el capitan del *Mary-Ann-Sophia* mandó suspender la diseccion hasta que se hubiese cortado la cabeza.

«Este animal, estraño sin duda á aquel país, debia de haber viajado por espacio de cierto tiempo antes de llegar al sitio donde fué sorprendido, puesto que habia cieno hasta las rodillas. Sin duda que habia salido por azar de unos bosques impenetrables que comenzaban á algunas leguas de allí, y en los que habitante alguno hubiera osado aventurarse. Los aldeanos que concurrieron á esta caza atribuyeron entonces á aquel animal los gritos que estaban oyendo hacia algunos dias, y que no pertenecian á ninguno de los animales feroces de la comarca.

«Disecada la piel de este orang-outang, tenia todavía cinco pies, cuatro pulgadas de altura, desde la espalda al tovillo; el cuello tenia tres pulgadas, y la cara ocho. El semblante era completamente desnudo, á no ser la barba y la parte inferior de las mejillas donde empezaba el pelo de aquella; los cabellos de un negro ceniciento caían por los lados y por las sienes; los párpados estaban guarnecidos de pestañas; los labios parecian delgados; las orejas aplicadas contra la cabeza tenian una pulgada y media de arriba abajo; y los brazos eran muy estendidos.»

En el propio año, 1826, embarcóse en el buque *el Octavio* otro individuo de esta especie,

cojido vivo en las islas Malayas. Aquel orang guardaba algun analojía con un negro por su hocico prolongado y por el color de su piel; á escepcion de los labios, del borde de los ojos, de las manos y de los pies, el resto de esta piel era tersa y unida; el animal caminaba ora sobre sus dos pies, ora apoyándose en sus miembros anteriores que eran mas largos que las piernas. Sus ojos brunos eran hundidos en sus órbitas; la nariz era corta, los labios prominentes, las espaldas anchas y aplastadas; las ancas medio desnudas, pero distintas. Los marinos del *Octavio* bautizaron con el nombre de Jorje á aquel animal que vivia familiarmente con ellos. Servia el café en la mesa, prestaba muchos servicios á bordo, limpiaba el puente, sacaba agua, cuidaba los vestidos de los oficiales cual lo hiciera un ayuda de cámara, y, correjido por alguna falta, manifestaba arrepentirse de ello como un niño que llora. El alimento favorito de Jorje era el arroz, pero tambien gustaba de los frutos, bebia té, café y vino blanco; cuando caía enfermo, se dejaba tomar el pulso y medicinar.

Hasta ahora ha sido imposible observar las costumbres de los orang-outangs en las islas malayas, cual se ha podido verificar con los orangs negros ó champanzeas en el país de Angola y en el Congo. No se sabe si viven aislados ó en cuadrillas. Elías Hesse es el único que habla del peligro que corre una mujer al atravesar las selvas que habitan. Sin embargo, como se trata de una especie casi idéntica, las habitudes del champanzea deben de ofrecer grandes analojías con las del orang malayo ú orang rojo, cuya relacion completará ciertamente la histora natural del orang.

El champanzea ú orang negro tiene la cara negra como la del mulato con sus correspondientes patillas en ambos lados; los ojos son pequeños y cercanos uno á otro, pero vivos y con cierta espresion de inquietud que no carece absolutamente de dulzura. El cuerpo bastante bien conformado tiene pelos no muy espesos, negruscos, ásperos, mas largos en las espaldas, mas raros en el vientre ancho y liso, en el pecho y en la parte interior de los muslos. Las ancas son pronunciadas y sin callosidades; los brazos, robustos y bastante bien formados, apenas llegan á las rodillas; las manos son fuertes sin ser largas y pardazcas con su pulgar un poco apartado; el pulgar del pie es menos separado y menos opuesto en la raza de los orangs malayos. El talle de los champanzeas es el de los negros, y no pocas veces lo escede, les cuentan una vértebra lumbal de mas que en el hombre. Por mas que se haya dicho, no son sanguinarios ni provocadores; solamente se reunen en manadas, y organizan especies de campamentos atrincherados, donde se defienden contra todas las bestias feroces, inclusos el mismo leon, y el elefante, á los que desconciertan y fatigan con su ajilidad. Sumamente zelosos de su libertad, desconfían de los negros é inmolan á los que amagan á su vida ó su tranquilidad. Para caracterizar este instinto de conservacion, el abate Prevost, y despues Labarpe, en su *Biblioteca jeneral de los viajes* nada han encontrado mejor que lo siguiente: « Este animal es tan feroz que se defiende cuando se atenta á su vida.... »

Purches, que los ha observado en el estado de naturaleza en las selvas del reino de Loango, refirió á Battel que el orang negro anda derecho sin apoyar sus manos sobre el suelo; que vive en los bosques y se encarama á algunos árboles, en medio de los cuales ha dispuesto una especie de techo que le pone al abrigo de la lluvia. Se nutre de nueces silvestres, pero jamas de carne; y cuando los naturales, durante la noche, han encendido fuego en sus bivaques, los champanzeas vienen á reemplazarlos al rededor de las ascuas y parecen calentarse con cierto placer. Estos animales lanzan piedras y construyen cabañas. « Nunca pudimos cojer los mayores de ellos, dice Battel, porque son tan robustos, que diez hombres no serian suficientes para detenerlos; pero los negros, despues de haber muerto la madre, cojen un gran número de sus hijos. Cuando muere uno de estos animales, los otros dan muestras de tristeza y cubren su cuerpo con follaje. Cierto orang, añade este viajero, se apoderó de uno de mis negrillos, que vivió muchas semanas entre aquellos animales sin que le hiciesen ningun daño. » Un tal Labrosse, citado por Buffon, dice todavía mas: « Habia este, dice nuestro naturalista, conocido en Loango una negra que, arrebatado por grandes monos, vivió tres años con ellos en los bosques, donde la habian alojado en una choza de follaje: aquella negra estaba muy contenta del buen trato que recibió. »

Las hembras de los champanzeas aman apasionadamente á sus hijuelos, y parece que solo llevan uno de ellos á la vez por espacio de 7 á 9 meses. La educacion dura, segun dicen, uno ó dos años. Por lo que hace á la duracion de la vida, en el estado salvaje, nada puede adelantarse con ecsactitud. Naturalmente omnívoros, estos animales cojen toda clase de frutos, buscan en los árboles y en las maleras los huevos de los pájaros, dan caza á las ranas, de las que gustan mucho, y tambien se alimentan de caracoles, de moluscos y de ostras.

En el estado de servidumbre, los orangs son dóciles, imitadores, intelijentes y afectuo-

sos para con aquellos que les cuidan. Su humor es dulce y grave; sus habitudes son aseadas y sociables. Los que han podido observarse tenian los mismos caracterés; comian con mucho gusto de todo lo que comemos nosotros, leche, legumbres, golosinas, y aun carne; el uno era muy inclinado al vino de Málaga, el otro destapaba una botella y se mondaba los dientes. Todos preferian beber en un vaso á beber á lengüetadas; lavábanse y se enjugaban las manos con una servilleta, hacian sus camas, tendian al sol sus almohadas y sus sábanas; complacíanse en descansar sobre colchones y cojines; servian á la mesa, llevaban agua con la mayor docilidad, y obedecian con puntualidad las órdenes de su amo. La especie de orang rojo no es la única que se encuentra en Sumatra; en ella se ve tambien el simiang (*Hilobates Sindactilus*) que Alfredo Duvaucel reconoció y describió con ecsactitud. Este animal, segun aquel naturalista, vive allí en numerosas manadas, que parecen gobernadas por algunos individuos mas fuertes y ájiles que los demas. Un grito terrorífico, al salir y al ponerse el sol, descubre el campo de estos animales, que son una especie dejenerada de los orangs, raza mazorral y estúpida, resignada como el perro y como el esclavo.

Otro animal particular á Sumatra es el búfalo ó *carbou*, el cual se distingue por una multitud de trabajos domésticos. El búfalo tiene en el cuello y en las espaldas esa protuberancia carnosa que caracteriza el zebú; sus piernas son mas cortas que las del buey: sus pezuñas, mas grandes; sus astas son colocadas en la frente; la cola pequeña se termina con un manojo de sedas. La hembra lleva su hijuelo nueve meses, y cuando ha de pasar un rio profundo, lo carga sobre su espalda. El macho, en el estado silvestre, se defiende contra todos los animales feroces y aun contra el mismo tigre. Como los búfalos andan en cuadrillas, su defensa en el momento del peligro es colectiva: se forman en batalla contra el enemigo, le presentan un muro de cabezas y de astas, y lo despanzurran si persiste en el ataque. A veces en un movimiento regular de retirada, rompen el galope y van á reformarse á alguna distancia hasta llegar al bosque que los abriga. Ninguna evolucion militar es en este caso mas bien combinada y precisa que la suya. El placer favorito del búfalo es solazarse en un estanque cenagoso, donde se cubre de una capa arcillosa que, endurecida, lo hace insensible á la picadura de los insectos. El búfalo doméstico sirve para el acarreo y la labranza: trabaja con lentitud pero con paciencia; no obstante su fuerza aparente, no resiste á una fatiga ecsajerada; la menor enfermedad lo postra y lo abate. La leche de la hembra es escelente, y suministra la única manteca usitada en la comarca.

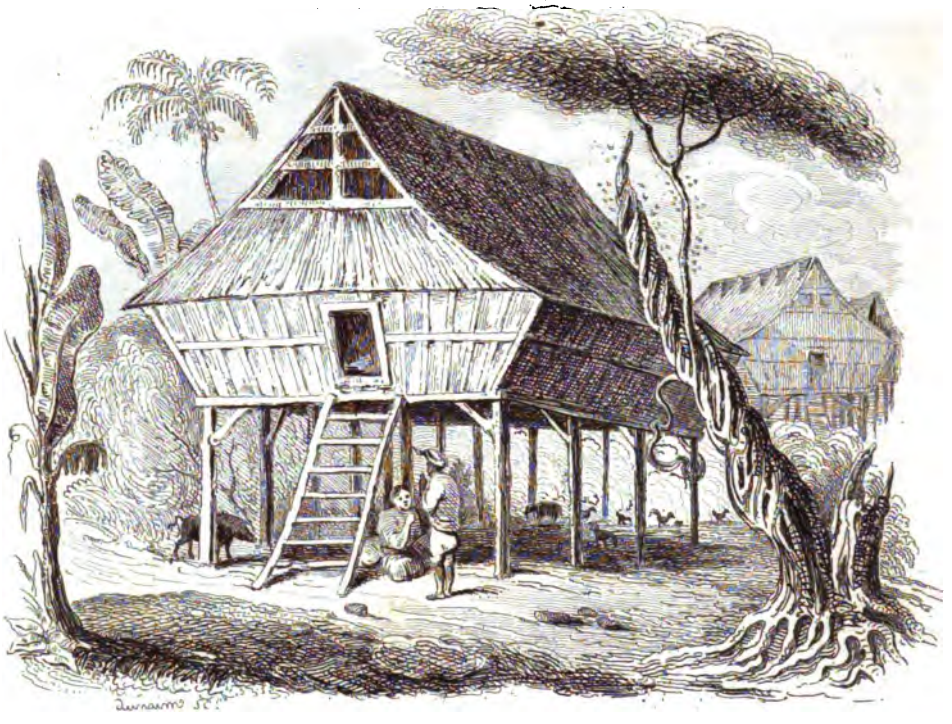
El catálago de las aves que moran en las selvas de Sumatra es sobrado largo para citado: en ellas se reproducen las variedades mas brillantes y hermosas. Su faisan es de la mas rara belleza, mas corpulento que el faisan ordinario, y de un plumaje mas vistoso y mas rico. Abundan asimismo los pavos de India, en el mediodía de la isla llegan á un altura estraordinaria como las de Bantam. En el reino de Palembang se encuentra el *Ardea argala* de Bengala: el angang ó pájaro-rinoceronte, así llamado de una especie de asta que tiene en la cabeza, no parece todavía bien clasificado por los naturalistas; pero por sus caractéres parece pertenecer á la familia de los casobares. Las demas especies de aves son las del continente indiano.

Los reptiles pululan en Sumatra, desde el grande cocodrilo de los rios que devora los hombres, hasta los mismos lagartos que infestan las casas y corren por el techo de los edificios. El camaleon y el lagarto volador se muestran asimismo en las malezas. En parte alguna son mas numerosos é importunos los insectos que en esta isla. En ella se encuentran hormigas de todo jénero, con especialidad esa hormiga blanca que todo lo devasta, casas, bosques, muebles, víveres, verdadero azote de estas comarcas orientales; azote contra el cual parece que el aceite de petrolo es el único preservativo.

La poblacion de Sumatra es un amalgama de pueblos diferentes y razas distintas que seria difícil reducir á clasificaciones jenerales. Algunos jeógrafos han imajinado la vaga division de idólatras y de mahometanos, otros han concebido la idea de una nomenclatura en la que los aborijenes serian distintos de los naturales establecidos mas recientemente en la comarca. El sabio Marsden, cuyos trabajos todavía hacen autoridad, ha subordinado la clasificacion de las razas á las de limitaciones jeográficas. Así que, ha reconocido á los Malayos en el reinu de Menang-Kabou, los Achinayos, los Batas, los Rejans, los Lampungs en las provincias que llevan estos nombres. Sin embargo, este juicioso observador es de parecer que el pueblo aborijene de la isla era mas bien el pueblo rejang que cualquier otro; su posicion central que lo defendia mejor contra las innovaciones estranjeras, su idioma, su alfabeto distintos parecen autorizar y justificar esta hipótesis.

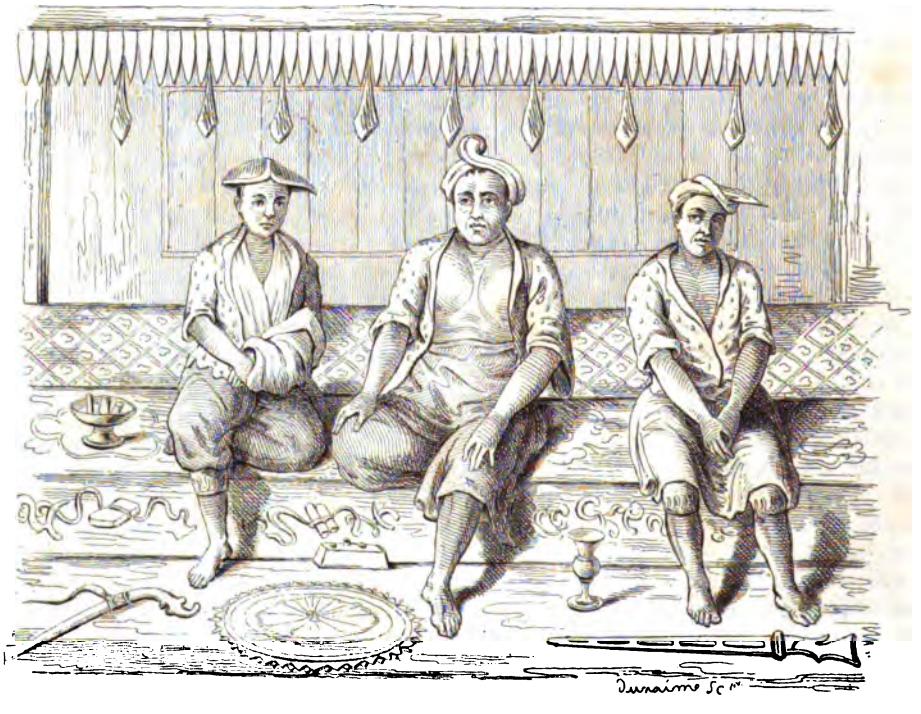
La talle de los Rejangs escede un poco de la mediana, sus miembros son pequeños pero bien proporcionados: las mujeres tienen la cos-

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY



3. Cases de Sumatra.

3. Casas de Sumatrá.



4. Chef de Batou-bara & ses Enfans.

4. Jefe de Batu-bara y sus hijos.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1. *Femmes de Sumatra.*

1 Mujeres de Sumatrá

2. *Port de Malacca.*

2 Puerto de Malaca

de Sumatra del.

VOYAGE
VIAJE

tumbre de amasar la cabeza de los recien nacidos, conforme se acostumbra hacer en algunas islas de la Oceania, y de la misma suerte aplastan su nariz, comprimen su cráneo, y estiran sus orejas de tal modo que permanezcan derechas escediendo el nivel de la cabeza. Los ojos de los Rejangs son negros y vivaces, algunas veces oblicuos como los de los Chinos; sus cabellos son densos, negros y tan sumamente largos en las mujeres que no pocas veces llegan al suelo. Los hombres se queman el pelo con chunan, especie de cal viva.

Por lo demas, á primera vista se observa que no es este el tipo del continente indiano. La fisonomía regular, el óvalo de sus contornos, el armoniosa disposicion de las facciones, todo ha desaparecido para ser reemplazado por los carrillos prominentes, las mejillas hundidas, el ojo pequeño, la nariz aplastada, los labios gruesos y desagradables. Este es el tipo malayo, templado en el interior, sea por antiguas é inapreciables alianzas, sea por esta vida de montañas que conserva siempre mejor las formas y el color de la piel. El Malayo, y en jeneral todos los naturales de la isla, participan de este carácter fisonómico que les es comun con los Rejangs, esceptuando algunas pequeñas diferencias.

El traje orijinario de los habitantes de Sumatra difiere muy poco del de los de Taiti. Componíase de una casaca, calzones y sombrero, todo hecho de corteza de árbol flecsible como una piel de cabrito. En el actualidad casi toda la isla ha adoptado el traje malayo, que consiste en una chupa estrecha, sin mangas, con un cuello semejante al de nuestras camisas, y botones que entre los ricos son de filigrana de oro. Sobre esta chupa se impone el badjou, especie de vestido de cámara de cotonada azul, algunas veces tambien de tela de persia, ó entre los grandes de tejido de seda floreada. Ordinariamente se ponen encima el *cayan sarong*, inmensa pieza de tejido pintado en parte, de 6 á 8 pies de lonjitud sobre 3 ó 4 de anchura, formando como una especie de saco sin fondo. Algunas veces se lo alzan y lo dejan colgar de la espalda: otras veces lo rollan y lo ponen en medio del cuerpo y sobre las nalgas; ó, cuando se visten completamente, lo retienen con el cinto del *cris* ó puñal, que es de seda carmesí y da muchas vueltas al cuerpo: su calzon, ordinariamente de tafetan encarnado ó amarillo, no escede de medio muslo; sus piernas y sus pies son desnudos, y alrededor de su cabeza hay un pañuelo de tejido de color que ponen en forma de venda, de suerte que la parte superior quede descubierta (Pl. XXII. — 4).

El traje de las mujeres consiste en una especie de corsé ó chupa corta que les cubre el seno y desciende hasta mas abajo de las caderas. En seguida viene el cayan sarong ya descrito, con el cual se envuelven desde el sobaco hasta los pies, y por lo comun retienen por medio de un cinto de tejido bordado ó con un pan de oro. El vestido, *badjou*, difiere muy poco del de los hombres; una pieza de algodon casi diáfano, *salendang*, les sirve de velo ó de rebozillo. Las mujeres se cubren con una cofia que no carece de cierta elegancia, sea que agrupen sus cabellos á lo chino sobre la coronilla ó detras de la cabeza, sea que los arreglen en pequeños copetes, contenidos por un peine de concha de tortuga (Pl. XXIII. — 1). En la zona meridional de la isla, las mozas traen una pequeña plancha de oro ó de plata que circunda sus cabellos como una venda. Esta venda es el atributo de la virjinidad, designada todavía por unos anillos ó brazaletes de oro ó de plata que rodean el puño.

Entre los moradores de Sumatra ecsiste la costumbre misma que entre los Malgaches y algunos isleños de la Oceania, de limarse los dientes, que naturalmente tienen hermosos y blancos, sirviéndose para esto, en vez de lima, de una pequeña piedra de amolar. Los pacientes sufren la operacion tendidos de espaldas. En el país de los Lampungs, las mujeres se barnizan los dientes con goma. En otros parajes los grandes los encajan para siempre en una placa de oro; y en algunas islas adyacentes, las mujeres ensanchan la abertura de sus orejas de suerte que pueda con facilidad pasar la mano.

Las poblaciones del país interior habitan en Sumatra unos *dousoms* ó aldeas, situadas por lo comun en la orilla de un rio ó de un lago. Estos *dousoms*, circundados de árboles frutales compónense jeneralmente de un cuadrado de casas entrecortadas por callejuelas ó caminos. En esas construcciones no entran ni la piedra ni el ladrillo, ni el arcilla, pues estos artículos las constituirian macizas y peligrosas en los terremotos frecuentes en Sumatra. La madera hace todos sus gastos; la base de las casas descansa sobre unos postes de siete á ocho pies de altura; un techo de mambú, en forma de cruz descansa sobre aquellas enormes estacas, y encima se alza el cuerpo de la cabaña ó de la choza, cuyos lados, poco elevados, están superados de una techumbre aguda y cubierta de una hoja de palmera que reemplaza nuestro rastrojo. Para llegar á la única abertura de este alojamiento es preciso encaramarse por una escala de mambú. Á media altura de la techumbre se halla una claraboya para orear la choza (Pl. XXII.—3). Todas las tardes, en las habitaciones aisladas, se retira la taramilla esterior. Los muebles de estas casas se componen de una estera que sirve

de lecho, y encima de ella corre una especie ó pabellon construído de tejidos de diferentes colores. En lugar de mesas se encuentran grandes bateas de madera sostenidas sobre pies y cargadas de platos de cobre. Al rededor de esas bateas se acurrucan los naturales, no con las piernas cruzadas como los Turcos, sino con el codo apoyado sobre una de sus rodillas. Los alimentos ordinarios de los habitantes de Sumatra consisten en algunos vejetales, y con especialidad el arroz que preparan en kary; pero no se abstienen de carne como los Indos. El búfalo, la cabra, la volatería figuran no pocas veces asados en sus mesas. Ademas salan los huevos de pescado, y hacen mucho caso de una especie de cabial compuesto de freza de gamuza.

El número de idiomas varía en Sumatra á proporcion del número de razas. Háblanse allí el achinayo, el batta, el rejang, el lampung, al propio tiempo que el malayo, dialecto dominante y oríjen de los demas idiomas. La lengua malaya, cuya cuna no puede determinarse con ecsactitud, es un dialecto fácil y sonoro que se ha difundido por todo este archipiélago oceánico y que ha merecido por su dulzura el renombre de *Italiano del Oriente*. El abundancia de vocales y el corto número de consonantes mudas que contiene, lo constituyen un lenguaje dulce y armonioso. Los Malayos tienen asimismo su correspondiente literatura y su poética, pues tienen sus canciones, baladas y otras composiciones. Hanse deslizado algunas voces árabes en su idioma que se presta fácilmente á semejantes neolojismos. En el actualidad escriben en caractéres árabes, bien que en algunos pueblos del interior se halla una escritura primitiva y orijinal. El rejang y el batta, que son los dialectos mas comunes despues del malayo, difieren menos de este por las palabras que por su sentido atributivo. Es sin duda estraordinario y cínico quizá en la historia del hombre, que dos pueblos que habitan la misma isla, que se creen ambos aboríjenes, llegados á igual civilizacion, y que hablan idiomas de un oríjen comun; tengan alfabetos distintos, no solamente el uno del otro, sino aun de todos los alfabetos conocidos. La diferencia mas radical que ecsiste entre el malayo y los idiomas primitivos consiste en que el primero se escribe como el árabe, esto es, de derecha á izquierda, al paso que los demas, el batta, el rejang y el lampung se escriben de izquierda á derecha. Los caractéres se trazan con tinta sobre hojas de árbol, ó bien con el punzon ó puñal sobre pedazos de mambú.

Los indíjenas de Sumatra no tienen conocimientos muy estensos sobre las ciencias. Sus años son lunares, como los de los Mahometanos; sin embargo saben determinar la revolucion solar por medio de la combinacion de las estaciones y de las cosechas. La division por semanas les es desconocida, y cuentan los dias por la edad de la luna. Saben ademas prever y calcular la periodicidad de las mareas y las fases de la luna. Durante los eclipses, hacen un algazara terrible con el ausilio de instrumentos sonoros, á fin de impedir, segun dicen, que el uno de los astros sea devorado por el otro. Por lo que hace á la cronolojía y á los acontecimientos de la historia, no se encuentra ninguna resolucion entre ellos sobre este punto. La tradicion sola perpetúa algunos recuerdos de los siglos anteriores. La misma ignorancia reina acerca la jeografía, de suerte que ignoran que su país sea una isla. Los marinos achinayos, dedicados á la navegacion costanera, son los únicos que han adquirido de los Árabes y de los Indos algunos conocimientos prácticos de astronomía náutica. La ciencia del cálculo se halla igualmente tan limitada entre ellos, que no tienen término alguno para designar un número superior al de diez mil. Sus medidas son el catti y el pikoul; el pikoul equivale á 133 libras y un tercio: 100 cattis hacen un pikoul.

Su medicina, como la de los Indos, se reduce al conocimiento y empleo de algunos simples, que cualquier anciano, sea hombre ó mujer, es competente para administrar. Ciertas plantas se toman en infusiones, otras se aplican en cataplasmas. Las enfermedades mas horribles de este país son dos especies de lepra, la una que descostra la piel y la hace diforme, pero que no parece mortal ni contajiosa; la otra es la elefancia, que se revela por medio de espantosos síntomas. La piel cae en arrapiezos, los huesos se pudren hasta el meollo, la carne se separa, pende y cae. Es una descomposicion lenta y visible, una ulceracion jeneral y cancerosa, y como este mal es reputado contajioso, los individuos que son atacados de él, son arrojados de sus familias, de sus casas y de sus aldeas. Obligados á habitar las selvas, en cabañas que ellos mismos se construyen, viven en ellas de las provisiones que sus parientes les llevan de vez en cuando.

No se hallan mas adelantadas las artes y la industria manufacturera de los países interiores; pero las ciudades litorales tienen sus fábricas y sus talleres. El reino de Achem poseía antiguamente, segun se dice, algunas fundiciones de cañon, y en nuestros dias el país de Menang-Kabou ha conservado cierta celebridad por su confeccion de armas de fuego y de esos puñales malayos cuyo temple es tan seguro; mas el primer título manufacturero de la isla consiste en sus talleres de filigranas de plata y de oro fino, tan prodigadas en el traje malayo y tan buscadas de toda el Asia. Son productos

de una perfeccion admirable, que los mismos Chinos, no obstante su habilidad y paciencia, no han podido sobrepujar ni aun igualar. Los demas oficios se mantienen en una linea mucho mas secundaria. Las obras de hierro y de carpintería, la mazonería, el tejido, el vidriado, la fabricacion del azúcar y de la pólvora de cañon, únicas industrias que merezcan citarse despues de las de filigranas, no se distinguen ni por su fabricacion, ni por los resultados obtenidos.

La caza no es solamente en estas comarcas un placer y un recurso, sino una guerra y una necesidad contra los tigres mas feroces que ecsistan en todo el orbe. Á menudo se han visto en las provincias del interior aldeas enteras asoladas por ellos. Para combatirlos, los naturales disponen unas redes, unas en forma de jaula donde se coloca una presa para atraer al animal; las otras, ahondadas en forma de un salto de lobo ancho y profundo, que lo entrega á la discrecion del cazador. Aquí se ven fuertes rotangs elásticos que cojen la bestia por los lomos; allí una plancha que hace la váscula y la lanza sobre unas estacas aceradas. No sin alguna repugnancia los habitantes de Sumatra empiezan sus hostilidades contra los tigres, á causa de una preocupacion supersticiosa con que los consideran; de suerte que para decidirles es fuerza que tengan que vengar algunas represalias de familia.

Entre los cinco pueblos distintos que habitan Sumatra, nada se encuentra uniforme, ni costumbres ni leyes. Los Rejangs, tipo el mas diferente de esta poblacion, son de un natural apacible y sufrido, tienen virtudes pasivas é inertes, menos crueles que los Malayos, reservados, graves, intelijentes, poco susceptibles de odio, pero implacables cuando odian. Sobrios en la comida y bebida, nútrense de vejetales, y solo matan una cabra cuando quieren hacer honor á un estranjero. La hospitalidad es entre ellos la única cualidad activa que llega hasta el último límite de sus recursos. En cambio son trapaceros, indolentes, inclinados al juego, y algunas veces bribones, sospechosos y serviles. Sus mujeres son buenas, modestas y castas.

Su gobierno parece haber conservado algunas formas patriarcales mezcladas de algo de feudalismo. El soberano del país, el *Pandgeram*, tiene en una especie de vasallaje á los *Doupattis* ó jefes de aldea. Estos doupattis, segun ha podido cerciorarse, solo tienen una autoridad precaria y condicional. Tanto si son obedecidos como desobedecidos, se consideran únicamente como consejeros y no como amos. El poder del pandgeram modifícase por sí mismo y se desnaturaliza segun las localidades, de modo que al propio tiempo que tendrá derechos absolutos sobre una aldea, solo ejercerá sobre otra derechos limitados y relativos.

El título de pandgeram solo data de un siglo. Por primera vez fué atribuído á Beginda-Sebyam, jefe belicoso, que, en 1719, tomó una parte activa en la espulsion de los Ingleses del fuerte Marlborough. El rey javanés de Bantam, hasta entonces soberano nominal de la costa del mediodía, desprendióse de todos sus derechos en favor de aquel nuevo titular, y sus sucesores continuan invocándolos contra las pretensiones de independencia de los doupattis, jefes de aldea. La dignidad de doupatti es jeneralmente hereditaria.

Al lado del país de los Rejangs, subdividido en cuatro tribus, se halla el gobierno de Passumah, vasta provincia que ofrece las mismas costumbres y se gobierna por las propias leyes. En ella hay asimismo cuatro pandgerams que dependen del sultan de Palembang, cuyo vasallaje data de antigua fecha y remonta hasta los dias de la conquista javanesa; porque en medio de los vagos elementos de que se compone la historia de Sumatra, puede discernirse con facilidad el accion de la doble invasion estranjera, á saber: malaya hácia el N. O., javanesa al S. E. Las leyes, las costumbres, el idioma mismo han recibido la repercusion y han conservado el vestijio de aquellos grandes sacudimientos políticos.

Las costumbres de los Rejangs, principal código de la comarca, han definido la mayor parte de las cuestiones civiles y criminales, y fijado el accion y la distribucion de la justicia. Las leyes de sucesion, la proscripcion paternal, los perjuicios é intereses, el juramento, la atestacion, el arancel de los honorarios, las formalidades del matrimonio, la penalidad contra el hurto y el asesinato, se hallan especificados muy por menor en el código de los Rejangs ó *Addat*. El que es convencido de hurto, paga el valor duplicado del objeto robado con una multa encima; el asesinato se indemniza por medio de un *bangoun*, suma de dinero que varía de 80 pesos á 500, conforme la dignidad, la edad, el rango y el secso de la víctima. El juramento judicial solo se verifica en medio de las mas solemnes formalidades, y muy rara vez da ocasion á un perjurio. El rescate en caso de asesinato, es causa de que la pena capital sea casi absolutamente ignorada en Sumatra; los Europeos son los únicos que la aplican arbitrariamente. Las puniciones corporales son igualmente muy raras. La cárcel de sus criminales consiste en una especie de jaula cuadrada hecha de mambú y asegurada en los cuatro ángulos por medio de fuertes tablones.

El derecho de esclavitud ecsiste en Sumatra

en toda su fuerza, del propio modo que en muchas comarcas del Oriente; pero su uso es raro y muy restrinjido. Los naturales tienen pocos esclavos, y sus servidores viven casi siempre bajo el pie de igualdad con el resto de la familia.

El himeneo es en Sumatra de tres especies, por *joujour*, por *ambel-ana* y por *semoundo*. El joujour es un precio que se da en cambio de la desposada, por cuyo medio se convierte en propiedad del marido. Algunas veces el joujour estipulado se compensa en las familias que tienen que establecer á la vez hijos é hijas; en caso de divorcio ó de repudio, el esposo puede reclamar la cantidad del joujour con solo una rebaja de 25 pesos. El casamiento por ambel-ana determina una posicion inversa: el jóven, por medio de una débil indemnidad pasa á ser el comensal y el huésped del suegro. En este caso su mujer es el jefe de la casa, responde de sus deudas y paga sus multas cuando incurre en ellas: bajo este réjimen el marido vive en un estado neutral entre el de hijo y el de deudor. Lo que él cultiva, no le pertenece; lo que gana es puesto en la caja comun. El casamiento de la tercera especie, el semoundo, es entresacado de la costumbre malaya: es el término medio entre el joujour y el ambel-ana, es el alianza libre, establecida bajo el pie de reciprocidad, y casi idéntica con nuestra comunidad de bienes.

La ceremonia del himeneo es muy sencilla. El jefe del aldea une las manos de los esposos y los declara marido y mujer; en seguida se da una fiesta ó *bimbang*, nombre que se aplica á todas las fiestas indíjenas. Para ellas se consagra un dia entero, cuya mañana es empleada en banquetes ó en combates de gallos, y cuya tarde en bailes. La danza de los habitantes de Sumatra es ejecutada por una sola persona, ó por dos mujeres, ó por dos hombres, ó por un hombre y una mujer. Sus actitudes son lentas y afectadas, sus movimientos lascivos, pero sobrado grotescos. Compónese la orquesta de instrumentos indos, malayos ó chinos; el *calintang*, el *gong*, especie de campana, el *soulen* ó flauta malaya, y el timbal llamado *tinkah*. Las jóvenes danzantes traen en estas ocasiones sus mejores vestidos de seda y sus mas ricos ornamentos de filigrana; sus orejas, sus brazos, sus piernas están cargados de anillos de plata y oro; sus cabellos, perfumados de aceite de benjuí, son esmaltados de odoríferas flores: á la danza sucede el canto; empieza una jóven tímida y dando la espalda á la asamblea, y apenas ha modulado un primer motete, empieza el cantor mas hábil á entonar la réplica. Estas canciones esprimen siempre un pensamiento amoroso, y muchas veces delicado y suave. Para llenar los intermedios, se presenta el bufon del bimbang, quien tiene privilejio para escitar la risa, en la que se pasa la velada y parte de la noche.

Llegada la hora de dejar solos á los esposos, los conducen hácia su casa, y los hacen colocar en seguida sobre elevados cojines, vestidos con sus trajes de lujo y de fiesta y cargados de alhajas de toda la familia. Despues de esta ceremonia, el pobre esposo no se halla aun enteramente libre, puesto que la costumbre del país ecsije que la vírjen se defienda todavía contra la posesion lejítima. Lucha mientras tiene fuerza, y esta lucha, cuyo desenlace está previsto, se prolonga á veces por espacio de muchos dias.

Aunque la poligamia sea tolerada en Sumatra, y prevista por el código de las leyes; es muy raro que los naturales tengan mas de una mujer: los jefes, y aun de estos los mas ricos, son los únicos que usan de esta libertad para contratar muchas alianzas por joujour.

La pasion del juego es, segun se ha dicho, muy habitual á los naturales. Los dados, el juego de balas y los combates de gallos son sus diversiones favoritas. Estos combates de gallos encuentran en ciertas localidades aficionados tan tenaces, que los jefes se ven obligados á no permitirlos mas que bajo ciertas condiciones. Rara vez se halla á un hombre viajando por la comarca sin un gallo debajo del brazo, y si en las cercanías hay algun bimbang, vense cuadrillas de cuarenta á cincuenta naturales, cada uno con su atleta emplumado, en el cual se funda la esperanza de un beneficio considerable, puesto que por cada juego se apuestan fuertes sumas. Estos diestros jugadores llegan á veces hasta á arriesgar sus mujeres, sus hijos y sus madres á los lances del combate. Es el *cock-pit* inglés con todos sus encarnizamientos y todas sus locuras. Hay ciertas apuestas por tal gallo contra tal otro y se permiten igualmente los juegos indirectos. La raza de los gallos malayos goza de cierta reputacion de vigor y de osadía entre los conocedores, y para prevenir todo fraude ó diferencia no se permite combatir juntamente dos gallos del mismo color, sino solamente individuos de diferentes matices, como por ejemplo un gris á un negro, un amarillo á un encarnado. Los Rejangs tienen otras diversiones menos bárbaras; tales son las justas anuales, que reproducen los antiguos juegos pírricos, en los cuales se simula un combate, ora de lanza, ora de puñales malayos, arma encorvada y relucientе que deslumbra y amenaza como una lengua de sierpe.

Como todos los pueblos de oríjen malayo, los naturales de Sumatra, en especial los pueblos del litoral, son ciegamente apasionados al opio, y como el árbol que produce este narcótico no crece en la isla, se estraen de Bengala unas dos-

cientas cajas anuales. El opio se importa en fardos de cinco á seis libras, envueltos en hojas secas. De dos maneras lo emplean los naturales, á saber, tomándolo como sustancia, ó fumándolo. El primero de estos dos empleos es el que prefieren los Turcos y la mayor parte de los Orientales; por el contrario los Malayos son ávidos del segundo, y embriáganse con humo de opio hasta el punto de ponerse frenéticos y locos. Concitados por esos potentes vapores, subitamente salen de sus casas, fuera de sí, con la vista descarriada, levantada la mano para el asesinato, y consumándolo casi siempre á menos que se les prevenga. No es este el momento oportuno para narrar las desastrosas escenas que prohija el abuso del opio en el archipiélago malayo, porque Sumatra es de todas estas islas que la presencia tales catástrofes con menos frecuencia. En efecto, sea que en ella se abuse menos de aquella sustancia, sea que sus costumbres mas dulces hagan menos peligroso el esceso, lo cierto es que hay en ella pocas víctimas que deplorar. En Java es donde hallarémos los mas frecuentes fumadores de opio.

Por lo demas, el uso del betel, menos costoso y mas accesible al pueblo, es entre los naturales el mas jeneral. El tabaco, envuelto en hojas de palmera, cuenta asimismo un gran número de consumidores.

La duracion mayor de la vida en Sumatra escede raras veces de los 60 años. Cuando nace un niño, se le impone un nombre, pero no goza de los honores del sobrenombre hasta mucho tiempo despues. En algunos países rejangs, la costumbre sacada evidentemente de los Árabes, añade á los padres el nombre de su hijo recien nacido. Así es que, por ejemplo, se dice Pongon-Pah-Lindoo (Pongon, padre de Lindoo), del mismo modo que se dice en árabe Mohammed-Abou-Beker (Mahomet, padre de Beker). Por lo demas, el uso ecsije que un habitante de Sumatra no articule jamas su propio nombre, y no apostrofe en primera persona, sino en tercera.

Los funerales se verifican en medio de una vasta plaza comun á toda un aldea, en la que se estiende el cadáver frotado con glúten, á fin de que se conserve por largo tiempo, y de esta suerte lo conducen al cementerio donde lo recibe una hoya de dos pies apenas de profundidad. Algunas mujeres siguen al convoy vociferando y esclamándose, y el tumulto solo cesa cuando la tierra ha cubierto ya los despojos del difunto. Entonces se erizan los bordes de la hoya de pequeñas banderolas, y se planta un arbusto que simboliza el luto.

La transformacion relijiosa que ha operado el mahometismo en la isla de Sumatra, parece no haber respetado tradicion alguna del culto primitivo, puesto que vanamente se han investigado sus huellas. Si por relijion se entiende un sistema completo de dogmas y de liturjía, con los correspondientes sacerdotes para enseñarlos y fieles para adoptarlos, puede muy bien decirse que entre los Rejangs de Sumatra no ecsiste en el actualidad relijion alguna. Es verdad que creen en ciertos seres sobrenaturales é impalpables, dotados de la doble facultad de practicar el bien y el mal, pero entre estos seres pueden igualmente observarse los buenos y malos jenios, los buenos y malos ánjeles, sistema comun á todas las relijiones. Esta verdad es tan auténtica, que las voces de que se sirven para designar estos espíritus superiores derívanse los unos de raíz árabe, los otros de raíz javanesa, ora los llaman *djinns* ora *deways*, alteracion evidente de los *deoutas*, que los Javaneses han sacado de los Indos. Aun hay mas: para espresar Dios, solo hay un término en todos los dialectos de Sumatra: este término es el *Allah* de los mahometanos, muy poco desnaturalizado en los cuatro idiomas de Sumatra.

Los manes de sus mayores son sagrados para los naturales; por ellos juran, y á ellos se dirijen en las épocas calamitosas, en una guerra, en un hambre, en una peste. Bajo este supuesto, es muy estraño que, segun su creencia en la metempsícosis, juzguen que las almas humanas vayan á alojarse en el cuerpo de los tigres. De ahí procede el respeto que profesan á semejantes animales, y las raras veces que los combaten, sea por medio de la fuerza ó del astucia, y solo impelidos por la propia defensa. Pretenden que en el país hay una comarca en que los tigres tienen un gobierno y una corte, y donde habitan ciudades y casas cubiertas con cabellos de mujer. El culto de los tigres es en Sumatra el culto del miedo; por cuya propia causa son adorados los cocodrilos que devoran á los que se bañan. Semejantes usos, leyes y costumbres, que son mas particulares á los Rejangs, reprodúcense, únicamente con algunas lijeras variedades, en el país de los Lampungs que linda con el suyo. Los Lampungs habitan el estremo meridional de la isla desde Palembang hasta la frontera del Passoumah. La porcion de la costa que se estiende al S. O. no es muy populosa, pero el interior del país contiene tribus fuertes é independientes, que, de todos los habitantes de Sumatra, son los mas parecidos á los Chinos por sus ojos pardos y sus semblantes pálidos. Hablan un idioma lleno de sonidos guturales. Bien que gobernados por pandgerams, eran desde tiempo inmemorial súbditos nominales del rey javanés de Bantam, y en el actualidad están sujetos á los Holandeses, á quienes deben remitir toda la cosecha del pimiento. Esta cosecha la cargan en enor-

mes piraguas hechas de un solo árbol ahuecado, y que á veces llevan hasta 100 quintales. Las costumbres de los Lampungs son mas relajadas que las de los Rejangs, son muy inclinados al hurto y al embuste, y solo practican la hospitalidad animados por espíritu de ostentacion. Las mujeres de los Lampungs son las mas lindas y bien formadas de toda la isla.

En el centro de Sumatra estiéndese el reino de Menang-Kabou, de unas cien millas de lonjitud, y poblado de Malayos. Este país, que por una reciente lucha ha caído en poder de los Holandeses, oprime aun á todos los demas por su poder y por su industria. En él es donde ecsisten las minas de oro, las manufacturas de armas y los puñales. Estos puñales, tan usitados entre los Malayos, merecen ciertamente ser descritos; su hoja tiene catorce pulgadas de lonjitud; vetada y afilada, de admirable temple, no es recta ni encorvada, sino accidentada en sus inflecsiones, cuya forma hace sus golpes mas mortíferos. La vayna es comunmente de marfil guarnecido de oro ó de una suerte de crisocalco llamado *soasso*, con una figura en la cima, parecida á la Isis ejipcíaca. El forro es hecho asimismo de una hermosa especie de madera ahuecada, guarnecida en la estremidad inferior con un cabo de rotang hendido, teñido de encarnado. El uso de emponzoñar las armas, que ecsiste en la Malasia en toda su fuerza, no es en el actualidad muy frecuente en Sumatra, pero es probable que tuvo en otro tiempo numerosos secuaces.

Los naturales de Menang-Kabou son todos mahometanos; su país es considerado como santo por los Malayos de la costa y de la península, quienes la hacen objeto de una romería. Varios son los autores que han procurado esplicar el modo como ha podido convertirse tan completamente al islamismo un reino tan central, al paso que las vecinas provincias solo lo adoptaban en parte, ó bien se negaban á aceptarlo. El historiógrafo portugués Juan de Barros coloca á mediados del siglo XIV la invasion del mahometismo en la península y el archipiélago malayo, pero Marco Polo, que poseía vastos conocimientos sobre la India, refiere la fecha de aquel acontecimiento á un siglo despues. Ambos están acordes en espresar que unos mercaderes sarracenos, procedentes de Surate, fueron los instrumentos de aquella predicacion. Sin duda que el proselitismo aportó en Menang-Kabou tras una conquista. Los Malayos de la península, ya mahometanos, impusieron el nuevo culto con la fuerza de las armas y, mezclados en lo sucesivo con los naturales, continuaron celando por el entero cumplimiento de la obra relijiosa. Por otra parte parece probable que en un país en que no habia echado profundas raíces ninguna creencia, y en que no ecsistian intereses de casta ni privilejio sacerdotal, debia penetrar fácilmente en los ánimos cualquiera innovacion de esta naturaleza.

Los estados malayos están rejidos por un rajah, que toma el título de sultan, cuyos delegados son señores ó *dattous* que administran en su nombre. En todas las partes donde se encuentran de esos dattous, puede juzgarse cualquiera en país malayo. En Bencoulen, ciudad holandesa y de consiguiente neutral, hay cuatro dattous que se hallan bajo el autoridad de un pandgeram, para representar los diversos matices de los poderes indíjenas.

Este pueblo malayo fué considerado por largo tiempo como orijinario de la estrecha península de Malaca que ha conservado su nombre. Se sabe actualmente á propósito que no se ha instalado en ella sino en una época bastante reciente. Por otra parte, al ver solamente el espacio que ocupa esta raza de hombres, es imposible admitir que haya tenido este punto de partida. Encuéntrase ademas en todo el archipiélago que apellidamos Malasia, aun sin tener en cuenta las similitudes de tipos y las semejanzas de costumbres que se observan allende este límite. Pero, de qué punto central ha partido en esas diversas direcciones? Donde está la cuna de este pueblo malayo, tan orijinal y tan caracterizado? A esas cuestiones no puede responderse mas que con hipótesis. Algunos etnógrafos han hablado de Borneo; otros de Palembang. Marsden se inclina por Sumatra, Malte-Brun por Java: el uno deduce su conclusion por medio de inducciones filolójicas; el otro invoca la historia de la conquista javanesa y las sorprendentes analojías del dialecto javanés con el sanscrito y el telinga del Indostan. Estas dos opiniones tienen su parte especiosa; igualmente convincentes y admisibles, tienen el único defecto de escluirse y anularse mutuamente.

En apoyo de la última hipótesis se añade que por los años 1160, un gran número de aquellos Malayos abandonaron las cercanías de Palembang, y fundaron Sincapour y despues Malaca hácia 1250. En 1276, esos pueblos eran todavía paganos, cuando un príncipe mahometano, Mohammed-Chah, los convirtió al islamismo. Este monarca reinó por espacio de cerca 60 años sobre una parte muy considerable de la península y las islas adyacentes.

Sea como fuere, esos Malayos, cuya especie domina en todos aquellos parajes, constituyen un asquerosa naturaleza de hombres con miembros abultados y musculosos, pero pequeños y no pocas veces mal conformados. Una piel encarnada, cabellos erizados sobre una

frente baja y deprimida, juanetes prominentes, ojos hundidos y amarillos que despiden la mirada del tigre, una nariz chata, un ancha boca con labios gruesos, de donde se escapa el zumo del betel, á manera de cuajarones de sangre: tal es su conjunto horrible y silvestre, hecho para inspirar cierto disgusto mezclado de terror. Si á esto se añade un carácter el mas falso, el mas cruel, el mas descarado; costumbres de bandidos y piratas, habitudes sucias y borracheras; cierto desprecio de toda ley y de toda fé: se tendrá la idea de los indíjenas de aquel vasto archipiélago malayo. A mas del reino de Menang-Kabou, habitan casi todo el litoral de Sumatra.

Por la parte del N. y los confines del reino de Achem, se halla la nacion de los Battas, la mas curiosa de toda la isla y la mas estravagante por sus tradiciones y por sus costumbres. Estos y los Rejangs son probablemente los dos verdaderos matices de aborijenes. Menos altos que los Malayos, los Battas tienen el tinte mas bello: son activos, animosos y apasionados por los caballos y los juegos de azar. Esta comarca interior, donde ningun Europeo penetró antes de Miller en 1772, y que M. Anderson observó y describió en 1823, ofrece el contraste de una civilizacion muy adelantada y de costumbres atroces. Casi todos los Battas saben leer y escribir, poseen una lengua y un alfabeto especiales, una relijion mas morijerada que ninguna de las relijiones locales, una literatura que aseguran ser bella y rica: son dulces, hospitalarios, honestos, industriosos, y sin embargo, por una estraña anomalía, son antropófagos. Esta antropofajía, hoy dia bien autenticada, no tanto es un vicio de naturaleza entre los Battas, como un respeto hácia las costumbres de sus mayores. Los casos en que puede comerse carne humana están designados en un código de leyes de la mas remota antigüedad. Este código condena á ser devorados vivos: 1° á los que son convencidos de adulterio; 2° á los que cometen un hurto en medio de la noche; 3° á los prisioneros hechos en las guerras importantes; 4° á los que se casan, siendo de la misma tribu, pues estas uniones son prohibidas severamente, á causa de que los contratantes son considerados como descendientes de los mismos padre y madre; 5° á los que atacan traidoramente un aldea, una casa ó una persona. Cualquiera que haya cometido alguno de estos crímenes comparece ante un tribunal competente: oídos los testigos, se pronuncia la sentencia, y en seguida los jueces beben un vaso de licor, cuya ceremonia equivale á firmar y sellar la sentencia. Tras esto, se dejan transcurrir dos ó tres dias paraque el pueblo tenga tiempo de reunirse; en caso de adulterio la sentencia no es ejecutoria hasta que todos los parientes de la mujer se hallen en estado de tomar parte en el festin. Finalmente al dia señalado, conducen al prisionero á un árbol ó á un poste, donde lo atan con las manos cruzadas. El marido, ó la parte querellante, se aprocsima y escoje el pedazo que mas le conviene, bien que en jeneral son las orejas; en seguida los demas convidados vienen á servirse unos tras otros, segun su rango y su gusto. Terminado este banquete, el marido corta la cabeza del delincuente, la lleva á su casa como un trofeo, la coloca á la puerta, y pone con cuidado en un bote la sesada que, segun los naturales, está dotada de virtudes mágicas. Nunca se tocan los intestinos, pero se disputan, como pedazos sabrosos, el corazon, la palma de las manos y la planta de los pies. La carne del criminal se come cruda ó tostada, pero siempre en tierra. Hay ademas limones, sal y pimienta para sazonarla; algunas veces se ve tambien arroz, pero nunca licor ni vino de palmera: únicamente muchos convidados traen mambúes huecos, por cuyo medio aspiran la sangre del reo. Los hombres son los únicos que asisten á esta escena de canibales, supuesto que la carne humana es prohibida á las mujeres, quienes no pueden comer de ella mas que á escondidas.

Aseguran que los Battas prefieren la carne humana á toda la demas, pero apesar de este gusto, no hay ejemplo, segun sir Stamfort Raffles, que procuren satisfacerlo fuera de los casos en que la ley lo permite. Aun hay mas; en estas mismas ocasiones, no proceden por pasion ni por espíritu de venganza, sino con una gravedad, una calma y una sangre fria increíbles. Sin embargo, este aserto es desmentido por la relacion mas reciente de M. Anderson, quien afirma que el rajah de Tanah-Jawa, uno de los mas poderosos jefes de esta comarca, no podia soportar otro alimento que la carne humana, y cuando esta le faltaba, espedia una partida de esclavos, los cuales mataban un hombre al azar y le llevaban su cadáver. Por lo demas, la calma habitual de los Battas es reemplazada por el mas loco frenesí, cuando se trata de comer prisioneros de guerra. Algunas veces llegan hasta desenterrar un cadáver. En otro tiempo ecsijia la costumbre que se comiese á los ancianos cuando llegaban á ser demasiado viejos para trabajar. Estas víctimas, resignadas á su suerte, escojian una rama horizontal y se suspendian de ella tranquilamente por las manos, mientras que sus familias y vecinos danzaban en su derredor cantando: «cuando el fruto estará maduro, caerá!» Semejantes inmolaciones por lo comun tenian lugar en la estacion de los limones, y en la época en que abun-

daba la pimienta y la sal. Cuando las víctimas se dejaban caer, los concurrentes se precipitaban sobre ellas y las devoraban. Esta costumbre ha caído en desuetud, cuya circunstancia es un paso hácia el abolicion gradual del antropofajía, bien que, aun en nuestros dias y en tiempo de paz, los Battas comen anualmente cien desgraciados.

Sir Stamford Raffles cita de ello un ejemplo reciente. «Hace pocos años, dice, cierto hombre, acusado de haber seducido á la mujer de su vecino, fué ejecutado, conforme á la ley, no lejos de Tappanouly. El residente inglés fué invitado á asistir al banquete y lo rehusó, pero su secretario y un oficial europeo lo aceptaron. En el sitio designado encontraron á una muchedumbre considerable y al criminal atado á un árbol con las manos cruzadas. El ministro de justicia, que era un jefe de cierto rango, adelantóse con un gran cuchillo en la mano, que blandió al acercarse á la víctima; iba acompañado de un hombre que llevaba un plato donde habia una preparacion de cocina, salsa compuesta de zumo de limon, pimienta y sal, llamada por los indíjenas *samboul*. Dicho ministro de justicia llamó al marido ultrajado en el honor de su mujer, y le preguntó qué pedazo preferia?—«La oreja derecha,» respondió; y al momento quedó cortada la oreja derecha de un solo golpe; entregáronla al marido, y volviéndose este hácia el hombre del samboul, templóla en la salsa y la devoró; el resto de los concurrentes se precipitaron sobre el cuerpo, y cada uno cortó y comió el pedazo mas de su gusto. Despues de haber descuartizado buena parte del adúltero, otro le sepultó un puñal en el corazon, pero esto fué únicamente por cierta consideracion á los dos estranjeros, puesto que no ecsiste uso alguno de dar semejante golpe.»

Otras singularidades ofrecen las costumbres de los Battas. Antes de contratar un matrimonio, la futura se manifiesta á su prometido enteramente desnuda en un baño, y este discute en seguida el precio de compra ó joujour. Los nuevos esposos gustan juntamente de dos especies de arroz, y el padre de la novia estiende sobre la pareja un pedazo de tela. No son menos estraños los pormenores de sus creencias; tres grandes dioses gobiernan el mundo, el dios del cielo, *Battara-Couson*, el dios de la tierra, *Mangalla-Boulang*, el dios de los aires, *Sorie-Pada*. Un jigante sostiene la tierra sobre su cabeza; mas cierto dia, hallándose fatigado, la sacudió; el océano salió de su lecho, y los continentes se desplomaron. Fué forzoso que el criador lanzase de lo alto una montaña, nucleo de nuevas tierras: una hija celeste vino á habitarla, y de sus tres hijos casados con sus tres hermanas nació otro jénero humano (1).

El traje de los Battas difiere poco del de los Rejangs; consiste en el pantalon listado que cae hasta media pierna, la chupa con mangas cortas ó largas, el rebozillo, el tahalí para retener el puñal, y el pañuelo colocado al rededor de la cabeza (Pl. XXII—2). Los esclavos y los prisioneros de guerra son atados por el cuello á un poste ó á un árbol, con el pie metido en una herradura que les impide dar un solo paso. M. Anderson vió un guerrero de Seanlar que montaba la guardia cabe uno de esos cautivos que debia ser devorado á la fiesta siguiente. (Pl. XXII.—2). El traje de aquel desgraciado, que pertenecia á uno de los distritos circumvecinos, consistia en las bragas solas y en un pedazo de tela echado sobre la espalda. Las mujeres battas, que vió este viajero, llevaban por vestido ordinario dos piezas de cotonada blanca, la primera que caía del medio de los lomos hasta media pierna, y la segunda colocada de suerte que dejaba desnuda una espalda y cubierta la otra. Sentadas sobre esteras cuadradas, estas mujeres matan una gran parte del dia mascando betel. (Pl. XXIII.—1.)

El país de los Battas está dividido en distritos desiguales é independientes, cada uno de los cuales tiene su jefe ó rajah. Estos rajahs se combaten mutuamente no pocas veces, poniendo en campaña algunas milicias armadas del fusil con mecha, lanza de mambú y una especie de sable ó gran cuchillo. Casi siempre divididos, reúnense sin embargo cuando un enemigo comun amaga á su independencia. Los jefes de las aldeas battas distínguense de sus administrados por facciones mas regulares y nobles. El de Batou-Bara tenia, como sus dos hijos, el tinte bastante blanco y la fisonomía intelijente. Recibió al enviado inglés con el ceremonial acostumbrado, y lo hizo sentar en su divan cubierto de esteras muy bien trabajadas. (Pl. XXII.—4).

A mas del país de los Battas y en toda la comarca N. O. de Sumatra; estiéndese el reino de Achem, el único de este país que haya representado cierto papel histórico de alguna importancia. Los anales de este país están atestados de una multitud de puntos de contacto con las victorias portuguesas en la India. Desde 1511, Albuquerque ponia el pie en la costa de Sumatra, apareciendo en seguida sucesivamente Perez de Andrade y Diego Pacheco: este último pereció buscando imajinarias islas de oro. Desde aquella época, comenzó una lucha entre los reyes de

(1) En esta tradicion de los Battas pueden verse palpablemente las verdades de la creacion, del dilnvio universal, y de la rejeneracion del jénero humano por Noé y sus tres hijos. De todos los pormenores que nos da el autor acerca las creencias de todos los países que supone haber viajado, colíjese naturalmente cuán antiguas y difundidas se hallan las verdades de la relijion revelada.

Achem y el poderío portugués que acababa de fundar su metrópoli de Malaca. En 1521, Jorje de Brito atacó á Achem defendida por el rajah Abraham, jefe de la ciudad, y ascendido despues á sultan de toda la comarca. Varios historiadores atribuyen á este Abraham una serie de ataques contra Malaca desde 1528 á 1530, ataques que continuaron con mas vigor bajo el reinado siguiente. El rey de Achem, Siri Al-Radin, sitió esta plaza ora en persona, ora por su jeneral Lacsemansa; en 1537, en 1547, en 1567 con 15.000 hombres y 200 piezas de artillería; en 1573 y en 1574 de concierto con la reina javanesa de Japara, en 1575 con una flota que, en sentir de los contemporaneos, cubria el estrecho de Malaca; por fin, en 1582. Ninguna de sus tentativas, cuyos pormenores nos han transmitido Faria de Sousa, Mendez Pinto, Castanheda, Barros y Diego de Couto, terminó con la conquista de la ciudad amenazada; pero costaron á la corte de Lisboa gastos enormes de hombres y de material, para defender una posesion que cada nuevo sitio hacia vacilar.

El sucesor de Al-Radin, usurpador que se hizo sultan de Achem bajo el nombre de Aladino, dejó á Malaca mas tranquila, y fué quien acojió al capitan inglés Lancastre, fundador de la factoría de Bantam situada sobre la costa de Sumatra.

Las hostilidades no volvieron á empezar hasta el reinado de Peducka-Siri, el mas potente de los reyes de Achem, quien se presentó en persona ante Malaca en 1615 con 500 velas y 60.000 hombres; pero, atacado por la flota portuguesa, se vió precisado á emprender la fuga. En 1628, se verificó una nueva agresion seguida de resultados aun mas desastrosos: doce mil Achinayos, cortados de sus naves, cayeron en poder de sus enemigos; así que, Achem permaneció tranquilo hasta 1640, en cuya época Peducka-Siri la atacó de concierto con los Holandeses, ante los cuales sucumbió por fin aquella metrópoli de la India oriental. Sin embargo, el único fruto que recojieron los Achinayos fué de verla entregada á otros Europeos.

En el mismo año de esta victoria, murió Peducka-Siri, por cuyo acontecimiento la corona achinaya recayó sobre una mujer. Desde 1640 hasta 1700 solo se ven dinastías de mujeres, bajo las cuales van declinando el poder y el esplendor del país. En este intérvalo, los Holandeses pueblan la costa de factorías, y vienen á acampar casi bajo los muros de Achem. Manifiéstanse los Franceses en 1621 bajo las órdenes de Beaulieu, al paso que los Ingleses, deseosos de neutralizar la influencia holandesa, fundan sucesivamente las escalas de Bencoulen, de Indrapour, de Vantal, de Batal, de Tappanouly, y arman el fuerte de Marlborough. Desde entonces han llegado á envidiar los últimos apostaderos holandeses, y la guerra de 1781 les ha servido de pretesto para ocupar Padang y las demas factorías. Los tratados de 1815 y de 1824 son los únicos que han restablecido el poder desposeído en sus derechos primitivos.

La poblacion del país de Achem tiene un carácter muy distinto de las poblaciones que hemos descrito, supuesto que se compone de hombres mas altos, mas gallardos, mas robustos y de un tinte mas moreno: quieren suponer que es una miscelanea de Battas, de Malayos y de Moros indianos. Estos naturales profesan el mahometismo; mas industriosos y mas intelijentes que sus vecinos, hanse creado recursos de que carecen los demas puntos de la isla. Su marina mercante cuenta numerosos bastimentos montados por atrevidos navegantes; sus manufacturas de algodon y de seda, y sus fábricas de armas disfrutan de alguna nombradía en las rejiones malayas. Las monedas son raras en el país, y el principal valor de permuta consiste en el polvo de oro que se mantiene encerrado en algunas vejigas. Uno de los pesos que están en uso es el kuncal que pesa una onza y tres granos.

El suelo de Achem es lijero y fértil; sus productos son los de los cantones mas favorecidos. El gobierno es hereditario; la guardia del sultan, soberano casi absoluto, consiste en un cuerpo de cien Cipayos que saca de la costa de Coromandel. El único poder intermediario entre el sultan y el pueblo es un gran consejo que se reune en las ocasiones solemnes. Cuando llega un buque europeo al puerto de Achem, no se le otorga el autorizacion del desembarco hasta que haya mandado al rey los presentes de costumbre. Si el comandante tiene el título de embajador, desde luego se despachan los elefantes reales que deben trasportarlo no menos á él que á su mensaje. Detiénese la comitiva á algunas toesas de distancia de la sala de audiencia, y desde allí el embajador saluda, se quita los zapatos, entra, y se sienta sobre un tapiz. Hace pocos años que el trono era de marfil y de conchas de tortuga; y cuando lo ocupaban las reinas, habia una cortina de gazas que permitia oirlos sin verlas. Los dias de fiesta solemne, el rey se dirije á la gran mezquita montado sobre un elefante cubierto de alcaparazon, y seguido de sus guardias armados á la europea.

El país de Achem está fraccionado en tres distritos muy populosos; el único tributo anual que los habitantes pagan al rey, consiste en una medida de arroz que cada propietario lleva en persona á la corte; pero aun esto debe

considerarse mas bien como un homenaje que un tributo, puesto que el rey responde siempre con un presente casi de igual valor. Las únicas rentas positivas de la corona achinaya consisten en los derechos de entrada y salida de las mercancías. Esta carga pesa casi solo sobre los buques estranjeros; los costeños telingas pagan hasta el quince por ciento sobre el valor de sus importaciones.

La justicia se ejerce en Achem de un modo muy severo. Los mas pequeños hurtos son castigados como crímenes: ora se suspende al culpable de un árbol con un cañon ó un peso muy enorme en sus pies, ora se le corta un dedo, una mano, una pierna, segun la gravedad del caso. Una multitud de desgraciados circulan por las calles de Achem, ó sirven á bordo de los buques malayos. Los salteadores de camino real son quemados y espuestos en seguida sobre una gruesa estaca puntiaguda. El adulterio es castigado en Achem casi con tanto rigor como entre los Battas. El culpable es entregado á los parientes del ofendido, los cuales forman un círculo cerrado á su alrededor, y le dan un arma con la cual debe procurar abrirse paso al través de sus ejecutores; si sale libre, se halla ya en lo sucesivo al abrigo de toda persecucion, mas por lo comun es descuartizado en el mismo momento, en cuyo caso es sepultado del propio modo que un bisonte, esto es, sin formalidades ni funerales. Con leyes tan rigurosas para los delitos, podria creerse que los Achinayos tienen almenos esta moralidad que prohija el temor del castigo, pero nada de eso, pues nacion alguna tiene costumbres mas relajadas: tan cierto es que nada puede alcanzarse con virtudes impuestas por la ley y dictadas por el miedo.

El territorio de Sumatra, destruído por las invasiones y por la conquista, ha esperimentado muchas vicisitudes acerca sus divisiones secundarias. En el actualidad debe fraccionarse la isla en dos partes, la una independiente, la otra holandesa.

La parte independiente comprende los reinos de Achem y de Siak y el país de los Battas. El reino de Achem, cuyo territorio va retirando mas y mas hácia el estremo septentrional de la isla, tiene por capital á Achem, situada en su punta. Esta ciudad está casi envuelta en una selva de cocoteros, de mambúes, de ananas y de bananos, en medio de la cual corre un riachuelo sembrado de góndolas. En aquella selva se hallan situadas 8.000 casas, ora esparcidas, ora agrupadas en pequeños cuarteles, y el todo encubierto de tal suerte por grandes macizos de árboles, que desde la rada nunca podria sospecharse allí la ecsistencia de una ciudad. Los collados de las cercanías, dispuestos en simétrico anfiteatro, ofrecen muchos millares de fábricas, chozas de mambúes, mezquitas, injenios, que se alzan sobre un fondo de campos cultivados y de plantaciones regulares. El sultan habita un palacio ceñido de un foso y de una muralla armada con algunos gruesos cañones. La poblacion de Achem calcúlase que asciende todavía á 30.000 habitantes. Despues de esta ciudad, únicamente debe mencionarse Telosancaouay, situada sobre la costa N. E., donde reside á veces el sultan, Pedir, célebre en las guerras con los Portugueses, y Moukki, burgo muy notable por su mina de cobre.

El reino de Siak ocupa la parte media de la costa oriental de Sumatra, cruzada por el rio de este nombre. Antes de M. Anderson, que la ha recorrido recientemente, solo se tenian sobre aquella comarca nociones harto débiles. El mismo sabio Marsden, tan buen observador de las demas porciones de la isla, nada determinaba con ecsactitud sobre Siak, Delki, Langkat, Batou-Bara y otras estaciones curiosas é importantes. Sábese actualmente que todo este litoral ofrece bellos terrenos bien regados y cubiertos de ricos cultivos, abras, ancones de una seguridad admirable: hanse encontrado jefes de distritos disputándose sus pequeños dominios, y sucesivamente opresores ú oprimidos; pueblos dedicados á la piratería y lanzando al través del estrecho de Malaca cerca 2000 paros armados, buques mercantes al parecer, pero forvantes en la ocasion. Las ciudades principales de este reino son: Siak, situada sobre este rio y residencia del sultan; Delhi, sobre el rio de este nombre; Campar, puerto comercial, del cual dependen las islas de Roupat y de Pantiour; Langkat, ciudad de comercio que cuenta 200 paros; Batou-Bara, no menos importante por su marina, y residencia de un poderoso rajah.

El país de los Battas linda con el reino de Achem, el antiguo imperio de Menang-Kabou, y el gobierno holandés de Padang: en el interior de las tierras y en la costa occidental se encuentra semidividido. Esta especie de confederacion, formada de una multitud de distritos, no cuenta ciudad alguna principal; el territorio está sembrado de burgos y de aldeas que solo dependen del autoridad local, bien que pueden mencionarse Barous, mercado principal del alcanfor, por cuyo motivo es llamado en todo el Oriente Kafour-Barous, y Tappanouly, pueblo considerable en el que se estiende una bahía inmensa, una de las mas seguras y bellas de cuantas hay en el globo.

En la parte holandesa de Sumatra debe comprenderse el gobierno de Padang y el antiguo imperio de Menang-Kabou, el país de los Lampungs y el reino de Palembang. La capital del gobierno de Padang es la ciudad del propio

nombre, cuya poblacion se compone de 10.000 habitantes; sus demas establecimientos son: Natal, Bencoulen, con 8.000 almas, el fuerte Marlborough y Pontchang-Catchil en la bahía de Tappanonly. Desde las recientes guerras suscitadas entre la Holanda y los Malayos de Menang-Kabou, aquel imperio ha quedado avasallado á esa potencia europea; ocupa á Bangsa donde le han llamado algunas revueltas concitadas por una secta mahometana; y las ciudades de Pandjarraschung y de Menang-Kabou, las mas considerables del país despues de Bangsa.

El reino de Palembang ha sufrido igual suerte; en el actualidad depende de los Holandeses. Su capital Palembang está construída sobre estacas en las riberas del Mousi; su *Dalan*, ó palacio real, y la mezquita son dos edificios notables. Palembang es el punto mas comerciante de toda la isla; mantiene vastas relaciones con todas las islas malayas, la China y el continente indiano; su poblacion se calcula en 25.000 habitantes. Por lo que hace al país de los Lampungs, constituye la parte mas ingrata de Sumatra. En efecto, este país no contiene ciudad alguna digna de mencion, ni menos ningun pormenor á mas de los que preceden; solamente puede ser útil decir que M. de Rienzi asegura haber visto en aquella comarca algunos pigmeos ó individuos que llama gougons ó pyteomorfis, es decir, con formas de monos. Sería sobrado prolijo entrar aquí en la discusion de esta hipótesis antropolójica.

Entre las islas que circundan á Sumatra y que se hallan bajo su dependencia jeográfica, se cuentan Lingam, que reconoce la supremacía holandesa. Dueño enteramente de un territorio mas vasto, el sultan de Lingam ha cedido á un príncipe indíjena los reinos de Djohor y de Pahang situados en la península malaya, y por medio de cierto precio, el islote de Tanjong-Pinang al comercio holandés. En este islote se ha fundado recientemente la ciudad de Riou, ciudad libre como Sincapour, su vecina, y floreciente apesar de su concurrencia. Organizada en 1824 solamente bajo un sistema de franquicia comercial, esta factoría ha gozado en pocos años de una prosperidad que no hubiera podido crear ningun otro réjimen.

La isla de Banca, tan celebrada por sus estaños conocidos en el comercio con el nombre de estaños Banca, se prolonga al E. del reino de Palembang, y corre en la propia direccion que Sumatra. El brazo de mar que separa las dos islas ha tomado el nombre de estrecho de Banca, cuyas costas son poco habitadas, pues los naturales prefieren erijir sus cabañas lejos de los atracaderos y en los valles interiores, donde se hallan al abrigo de los forbanes malayos. La capital de la isla, Mintok, está situada á tres millas en las tierras, y contiene una poblacion de 4 á 5.000 almas entre Chinos y Malayos. Dos mil operarios trabajan sin cesar en los alrededores en la esplotacion de las minas de estaño, las mas ricas que se conocen. Cerca de Banca se ve la isla de Billington que estrae el mismo metal y cuya riqueza consiste en minas de hierro. Sus moradores son mas atrevidos y mas intrépidos que los de Banca, y no titubearian en dedicarse á la piratería sino fuesen contenidos por una pequeña guarnicion holandesa. El baron holandés Van der Capellen, cuya administracion ha sido tan útil en esos parajes, supo sacar partido de aquellos isleños, y, merced á sus providencias, de los astilleros de Billington salieron buenos bastimentos cruceros que tripulados la mitad por Europeos y el resto por indíjenas, constituían la policía de aquellos peligrosos mares.

La última isla mencionable de las que se hallan al rededor de Sumatra es Poulo-Nias, injustamente despreciada por algunas relaciones antiguas. Esta isla es la mayor de las que orillan la costa occidental de Sumatra, y al propio tiempo la mas populosa y bien cultivada: desde el S. E. al N. O. va una distancia de 70 millas; montuosa, sulcada de riachuelos, cuenta muchos escelentes fondeaderos; su aspecto desde alta mar es delicioso, todo indica fertilidad y abundancia: el recuesto de las colinas del lado del mar se cubre de cocoteros y de largas yerbas, pero al tender la vista á mayor distancia, vese en los encumbrados cúspides una vejetacion lozana y vigorosa, y aldeas blanqueantes en medio de grupos de árboles.

Los naturales, cuyo número se evalua en 200.000, son de talle regular, bien formados, robustos y mas gallardos que los Malayos; en él se observan el tipo y el tinte del Indo; las mujeres con especialidad son sin contradiccion las mas hermosas de todo este archipiélago. Algunos jeógrafos, entre los cuales se cuenta Malte-Brun, habian colocado en esta isla una raza cuyas orejas eran escesivas, y cuya piel parecia cubierta de escamas; pero las recientes observaciones han manifestado ser fabuloso este hecho; las afecciones cutaneas y aun las mas benignas, son muy raras entre estos naturales.

El país está dividido en una multitud de tribus gobernadas por cincuenta rajahs, el mas poderoso de los cuales parece ser el de Bauloauro. Estas tribus viven entre sí en un estado de permanente hostilidad; súbitamente rompen el ataque y venden los prisioneros como esclavos. Semejante antagonismo continuo obliga á los indíjenas á ir siempre armados; llevan lanza, espada, escudo oblongo de madera; traen una casaca de cuero y, en caso de necesidad, se

cubren la cabeza con un casco de cuero ecsornado de una flotante cabellera. Algunas veces, para darse un aire mas feroz, adaptan á su rostro una barba y bigotes postizos.

El traje de los isleños no difiere mucho del de los de Sumatra; con todo las mujeres dejan enteramente desnuda la parte superior del cuerpo, y todo su vestido se reduce á una pieza de tela cerrada alrededor del cuerpo por medio de un cinto de mallas de oro ó de cobre, y que desciende hasta un poco mas abajo de la rodilla. Poco cargados de tejidos, prodigan en cambio las alhajas, los collares macizos y gruesas pendelocas hasta el punto de prolongar el lóbulo de la oreja; y cubren su cabeza con placas de oro.

El arroz es la principal esportacion de Nias, espendiéndose anualmente hasta 12.000 sacos. Los naturales consumen muy poco de él, y prefieren las patatas con carne de tocino y la volatería.

Las costumbres y las leyes de estos isleños no difieren mucho de los de Sumatra: los usos del matrimonio y las penas del adulterio y del hurto recuerdan las prácticas de los Rejangs. El modo de inhumacion en ciertos distritos meridionales de Nias parece ser un hecho peculiar al país. En vez de depositar el cadáver en la tierra, lo encierran en un cofre de madera que se coloca sobre cuatro postes, y debajo se ponen algunas plantas rastreras que en breve lo enlazan y sombrean. Despues de haber transcurrido algunos meses, una membrana de verdura tapiza el cofre mortuorio.

El comercio de esclavos no tiene en la India mercado mas activo y provisto que esta pequeña isla de Nias. No obstante los cruceros ingleses y todo el rigor de la vijilancia holandesa, hase propagado y sostenido el uso de vender y de comprar esclavos. Llegó la cosa á un grado tal, que los comisarios ingleses pasaron á aquel punto, hace algunos años, para observar los medios de prevenir tan odioso tráfico, en cuya época se averiguó que el mayor número de esclavos esportábanse de Souambava y de Tello-Delano, situado en la parte meridional de la isla. Anualmente cargábanse unos dos mil para los puertos de Padang y de Batavia.

Este tráfico solo se consuma en Nias, como en África, en medio de desordenadas circunstancias. Los esclavos son entregados con los pies y manos atados á los comerciantes de carne humana, los cuales los conservan agarrotados de esta suerte durante toda la travesía, á causa de haberse manifestado de parte de los cautivos algunos ejemplos de enérjica desesperacion que justifican tan violentas precauciones. No han faltado algunos de estos infortunados que, al verse libres por un momento, abalanzábanse á un cuchillo, á un hacha, á un palo, lo descargaban sobre cuanto se les oponia, mataban, acuchillaban, hasta concluir el drama arrojándose al mar. Por lo demas, el cautiverio es para esos hombres casi una muerte cierta, puesto que, ora por causas físicas, ora á impulsos de un abatimiento moral, de treinta esclavos mueren ordinariamente veinte.

El natural de Nias se defiende contra la esclavitud por medio de los mas heroicos sacrificios. En cierto tiempo de tráfico, algunos guerreros de una tribu meridional bloquearon una casa aislada, donde se hallaba una familia entera que debia ser tomada y entregada á los compradores. No bien el padre de familia comprendió su posicion, y se halló á punto de caer preso; cuando se asiló en su aposento interior, cojió su puñal, degolló su mujer y sus hijos, y en seguida se lo sepultó en el corazon. Dueños del edificio, los sitiadores solo hallaron cadáveres. Por lo demas, la ley de Nias, del propio modo que la de Sumatra, autoriza la venta de un hombre en ciertos casos designados; mas sin el oro de los Europeos, sin la ecsorbitante tasa á que la concurrencia ha hecho ascender la sangre humana, semejante ley solo hubiera encontrado sin duda en aquellos pueblos un aplicacion muy limitada.

CAPÍTULO XXIII.

POULO-PENANG.—MALACA.—SINCAPOUR.

Despues de haber hecho escala en Padang, mi capitan holandés dió la vela para Malaca. A 28 de junio virámos de ancla por la noche, y una deliciosa brisa terrestre nos protejió perfectamente. Al salir el sol del dia 29, cuando reaparecí en el puente, nos hallábamos á algunas leguas de tribordo de las costas de Sumatra, y la goleta iba navegando para doblar la isla por la parte del N. Por espacio de cinco dias, permanecímos á vista de tierra, hasta que la punta de Achem se nos quedó al S. O., en cuyo caso llevámos el rumbo hácia el E. para dar en el estrecho de Malaca. Apenas hubo la goleta montado la grande isla y esperimentado el abrigo de la costa, estendióse ante ella un mar terso y tranquilo, mientras que la brisa, pasando por las tierras altas, llególe mas débil é inconstante. En breve se manifestáron los altos puntos del estrecho, el agua cambió de color, los lechos de mareas embravecieron el mar, y las corrientes elevaron el buque casi perpendicular. A 4 de julio pasámos por Poulo-Bouton, y el 5 se manifestó Poulo-Penang ó isla del príncipe de Gales, que solo parece ser la punta avanzada del reino continental de Quedah; tan estrecho es el canal que los separa. Pou-

lo Penang (isla del arec en malayo) está situada á la entrada del estrecho de Malaca á los 5° 25' lat. N. y á los 98° lonj. E. Vista desde alta mar, se presenta en la forma de un cuadrado y bajo el aspecto de una de esas tierras encantadas, tan comunes en el archipiélago austral. Su costa ofrece bosques de mangles, mientras que sus cimas interiores erizan sus selvas vírjenes enteramente tapizadas de bejugos sarmentosos y densos mambúes. Estos grandes macizos de verdura se prolongan hasta la linea de las aguas mas altas. En el punto culminante de la isla y hácia el N. se alza un pabellon de señales rodeado de habitaciones sembradas de trecho en trecho. Allí es donde van á buscar la salud los enfermos de Bengala y de las factorías inglesas de las Molucas, cuya circunstancia ha valido á Poulo-Penang el sobrenombre de Montpeller de las Indias. Con dificultad pueden concebirse la salubridad, la transparencia y la dulzura del ambiente en esa parte montuosa de la isla, puesto que muy raras veces varía el termómetro de 5° á 6°. Así que, esas altas mesetas son para los Europeos un objeto de romería y un sitio de recreo. Montados en escelentes caballos de Sumatra, los criollos se dirijen á ellas trepando por escabrosos senderos abiertos por el hacha al través de árboles de oquedales cerrados como estacas.

La fundacion de Poulo-Penang tiene un oríjen novelesco. En 1785, el capitan Light, oficial de la marina inglesa, tuvo ocasion de prestar algunos servicios al rey de Quedah, quien, penetrado de reconocimiento, otorgóle la mano de una de sus hijas con la isla de Penang por dote. Consumóse el himeneo conforme á la costumbre del país; el dote fué aceptado, pero, como buen patricio, el capitan ofreció á la Inglaterra el territorio concedido. Merced á sus instancias, sir John Mactherson tomó la iniciativa de una colonizacion; pero como el rey de Quedah parecia amedrentarse por ello, tuvieron que vencerse sus escrúpulos por medio de un tributo anual de 60.000 pesos. Light fué nombrado gobernador del nuevo establecimiento, y en consecuencia tomó posesion de él con todas las formalidades de costumbre, en nombre de la Gran-Bretaña, á 11 de agosto de 1786, aniversario del nacimiento del príncipe de Gales, cuyo nombre recibió la isla. Bajo su imperio, en ocho años de administracion, llegó á un grado increíble de prosperidad, y en 1805 era ya tal su importancia, que fué preciso constituirla en residencia de un gobierno especial y regular.

Poulo-Penang, inculta y silvestre en el momento en que Light desembarcó en ella, se halla actualmente cuajada de los mas bellos cultivos, siendo los mas importantes el arroz y la pimienta. Tras estos dos productos, vienen el betel y el arec, cuyo consumo es inmenso en toda la península. Hemos visto ya lo que es el betel: el arec es un hermoso árbol de ramas cenceñas, de hojas anchas y verdes, de tronco largo y tieso como una saeta. En la mistura del betel interviene la nuez del arec. Las maderas de águila, de aloes, de sándalo, de hierro, betel, crecen en los bosques de Penang. La isla reproduce todas las variedades de los tres reinos que poseen las dos penínsulas indianas, á escepcion de los tigres, los leones y los leopardos, estos terribles huéspedes del continente. Una multitud de aves, sin voz alguna ó almenos muy malos cantores, revolotean de rama en rama ostentando sus alas vivas y diapreadas.

La única ciudad de Poulo-Penang es Georges-Town, que los naturales llaman *Tanjong-Painaigue:* Georges-Town está construída en la parte N. E. de la isla; sus calles, que se cortan á ángulos rectos, son anchas, oreadas y muy bien cuidadas; sus mercados de víveres abundan en comestibles de todo jénero. En progresiva marcha, la ciudad se enriquece todos los dias de nuevos establecimientos. Se han fundado muchos hospitales, un asilo para los huérfanos criollos, y una farmacopea para los naturales, merced á los cuidados de la sociedad misionera de Lóndres que tiene allí una sucursal. Las necesidades intelectuales han sido satisfechas tambien en Georges-Town, puesto que posee un gran número de escuelas, una biblioteca y un boletin político y literario.

El fuerte Cornwallis, que defiende la ciudad, está tan mal construído como mal situado, de modo que un navío de 74 seria suficiente para apagar sus fuegos. La rada, formada por el estrecho que separa la isla del continente, consiste en una immensa bahía que encierra muchas ensenadas escelentes y un puerto interior formado por la punta oriental de la isla y la de Jerajah.

La poblacion de Poulo-Penang no se compuso al principio mas que de Malayos y de dos ó trescientos Chinos atraídos por las promesas del capitan Light. Al cabo de 15 años, este puñado de hombres se habia ya decuplicado: en 1802 se contaban en la isla diez mil habitantes; en 1805, 15.000; en 1821, 35.000; en 1831, 45.000, entre los cuales habia 19.000 Malayos y 8.000 Chinos, y el resto era una miscelanea de Ingleses, de Holandeses, de Portugueses, de Americanos, de Árabes, de Parsis, de Siameses, de Birmanes, de Cochinchinos, etc. Este acrecimiento de poblacion se ha realizado en parte con detrimento de la ciudad de Malaca que ha marchado despues hácia una decadencia gradual. Convertida en un punto de

recalo entre el Bengala y la China, Georges-Town se ha transformado en un vasto depósito, donde cada país vecino ha vertido sus productos, ora contra numerario, ora contra jéneros equivalentes. Como abra militar y como factoría mercantil, Poulo-Penang sirvió con tanto gusto ya desde el principio á los intereses de la Compañía inglesa de las Indias, que procuró suministrarle un apeadero en el continente. Un tratado, firmado en 1802 con el rey de Quedah, estipuló la cesion del distrito marítimo situado enfrente de la isla de Gales, mediante un tributo anual de 10.000 pesos ó dollars. Este podazo de territorio anejo, que comprende una estension de 60 orlongs (medida de tierra) empezando por la orilla del mar, es casi tan fértil como el de Poulo-Penang. Dos productos, desconocidos en la isla, el estaño y los dientes de elefante, hacen mas recomendable la riqueza de esta posesion.

Habíase alejado Poulo-Penang, y ya no se veía en el horizonte mas que un bosquecillo de verdura en medio de un recinto de agua. De muchos centenares de paros costeños que nos cruzaban en todos sentidos, apenas restaban algunas raras embarcaciones singlando á toda vela hácia la costa. Una prolongada serie de islas, las unas habitadas y las otras desiertas, marcaban como otros tantos piquetes la situacion de la península. La noche empezaba ya á tender su manto; la brisa era fresca y protectora, el mar estaba terso, y el cielo centelleaba. Deslizábase muellemente la goleta sobre aquella agua luminosa y diapreada, cuando de repente detúvose su marcha y prosiguió su carrera por sofrenadas. Íbamos navegando por el légamo del estrecho. El capitan Grundmann hizo arrojar la sonda y alcanzó á 8 brazas: habíamos salvado ya el alto fondo y habíamos asimismo doblado la punta. Era efectivamente el paraje en que los canalizos del estrecho empiezan á cerrarse entre los bancos de arena cuyas profundidades son desiguales y caprichosas; habíamos ya pasado el peligro, pero el buque nos habia puesto á flote. Mi pobre capitan holandés no comprendia nada; despues de haber hecho navegar un poco mas sobre babor, descendió á su cámara, abrió todos sus mapas, midió treinta veces las distancias con su compás, y acabó con enérjicos juramentos que podian traducirse por un: « No entiendo nada. »

Allí fué nuestra única fatalidad: al amanecer del dia siguiente marcábamos el monte Parcelar en la península, y las pequeñas islas de Aru bañadas por la derecha del estrecho. El dia 11, la goleta volvia su proa sobre Malaca, y aquella misma tarde fondeábamos á la derecha de la pequeña isla de los Pescadores y en frente de la ciudad. Observada desde aquel punto Malaca, ofrece un aspecto agradable aun en el límite de su inmensa llanura con su cinto de jardines y su horizonte de montañas agrestes. Con facilidad podrá concebirse como tal situacion haya podido atraer á los conquistadores, y como las potencias de Europa se hayan disputado su posesion. Pero al desembarcar en el muelle, no puede menos de dudarse que esta ciudad sea la rival de Goa, esa factoría europea que data de Albuquerque, esa llave de los mares de China que los Portugueses, los Holandeses y los Ingleses se han disputado sucesivamente con tan obstinado encarnizamiento. Un muelle arruinado, un fuerte desmantelado, algunas casas en el segundo plano y un campanario que parece salir de un sotillo de árboles; en el primer plano algunas habitaciones chinas, pintadas de un modo caprichoso y alineadas en la playa: tal es el primer aspecto que ofrecia la ciudad (Pl. XXIII — 3). No lo desmienten los pormenores; un riachuelo estrecho y profundo sirve para abrigar algunos barcos de costeños malayos, bateles con puente semejante á algunos del Océano (Pl. XXIII.— 4). Este riachuelo determina en su embocadura una especie de puerto encajado y poco profundo (Pl. XXIII. — 2), practicable únicamente para los barcos indijenas. Por lo que hace á los buques europeos, fondean en rada á una legua de distancia de tierra.

En pocas horas viéramos todo Malaca; habíamos recorrido su cementerio chino construído en forma de anfiteatro sobre el declivio de una colina, imponente y melancólico con sus monumentos de ladrillos escalonados en medio de sotillos de arbustos; el cuartel malayo y el pequeño nucleo de casas europeas, que en número de doce á lo mas han permanecido fieles á la ciudad en decadencia; habíamos dado un vistazo á la casa del residente inglés, donde alojan los 50 Cipayos que constituyen la única fuerza del país; habíamos hollado los restos de la ciudad antigua, sus arrasadas fortificaciones, y nada nos quedaba ya por visitar al caer la noche.

Malaca, en otro tiempo tan populosa, está reducida actualmente á 5.000 habitantes: consiste en un considerable burgo que los Ingleses han procurado hacerse adjudicar, no tanto porque pudiese serles útil, como por su situacion de tal naturaleza que podia perjudicarles. Como la Holanda poseía, con Batavia, la llave del estrecho de la Sonda, la compañía inglesa ha querido guardar para sí la del estrecho de Malaca en los tres apostaderos de Poulo-Penang, de Malaca y de Sincapour.

Si yo habia esperimentado en Malaca cierta contrariedad de curioso, como especulador y

3. Vue de Malacca.

3. Vista de Malaca.

4. Barques de Pêcheurs Malais.

4. Barcas de Pescador Malayo

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

como marino, no la esperimentara menor mi capitan Grundmann. Encontréle en el muelle pestañeando y jurando: « Maldita tenda! decia con toda la enerjía gutural del acento neerlandés; ni un sueldo puede ganarse aquí; país perdido con sus banianos chinos y sus ladrones malayos! por última vez los dentales de mi ancla hacen su fondeadero en la rada. Diablo de país! » Mientras esto decia, no creía á su lado, cuando al fin me vislumbró: « Ah! señor pasajero, qué concepto habeis formado de la gran ciudad del gran Albuquerque? » Yo meneé la cabeza. « Es una bella situacion para una ciudad, le dije: observad esta vejetacion que la circunda, esa lujosa naturaleza, ese mar tranquilo como un estanque, ese riachuelo que con dos meses de trabajos hubiera podido hacerse navegable. Ninguna circustancia faltaba, capitan, sino la intelijencia en aprovechar tantos recursos. Para fundar colonias prósperas y permanentes, no son suficientes los hombres, los buques, ni las armas, sino que se necesitan ademas buen sentido y lealtad, cosas cierto mas raras de lo que se cree; es preciso un conocimiento juicioso de todos los intereses locales; una fusion de justicia y de humanidad entre los amos por la ley de la fuerza y los posesores de derecho natural. Verémos Sincapour, capitan Grundmann? — Ciertamente lo verémos, mi gentil-hombre, repuso el marino, que solo consideraba lo positivo de mi conclusion. Oh! por cierto, sí, lo verémos, porque ya estoy satisfecho de Malaca: ni un miserable dollar puede ganarse aquí! Si V. quiere, antes de dos horas levamos el ancla. — Ahora mismo si V. gusta, capitan. — Pues bien, » dijo, y al momento llamó á los marineros de servicio. En el tiempo fijado por el puntual Holandés, el pequeño campanario de la iglesia de Malaca se fugaba por la parte del N. O, y dábamos en los canalizos mas angostos del estrecho. Aquel escelente Grundmann habia cambiado en adelante su respeto para conmigo. No era ya el comandante de goleta, entonado, taciturno, cifrando su dignidad en hablar poco, observándose y vijilando sobre sí mismo. Una sola conversacion bastara para provocar una reaccion; habíase convertido en locuaz y comunicativo; perseguíame con sus risotadas, sus anécdotas increíbles y sus groseras chanzas: hubierase dicho que queria á la vez indemnizarse de lo pasado y hacer sus reservas para el porvenir. Era yo víctima de esta intemperancia; debia sufrir la relacion desfigurada de unos acontecimientos que yo sabia de un modo muy diverso, y un diluvio de observaciones al nivel de su intelijencia. Escuchábale resignado; y creyéndome él estasiado, me referia sus aventuras marítimas, sus navegaciones de India á India, esplicábame las cualidades de su buque, sus proezas de astuto velero; hablábame con las lágrimas en los ojos de cierto no sé qué maestre de tripulacion, que la fiebre le habia arrebatado. Los cuidados de la maniobra en un canal estrecho me daban por intérvalos algun plazo; pero siempre que el maldito capitan tenia algunas horas de ocio, venia á mi encuentro con una obstinacion desesperada.

Sin embargo, cierto dia el azar hizo recaer la conversacion sobre un objeto que despertó toda mi atencion. Encontrábamonos á barlovento de las islas Carimon, cuando vímos desembocar de los ancones que las circundan siete á ocho paros malayos, navegando á vela y remo y empujando su bordada hácia la goleta. Estos paros eran unas embarcaciones largas con puente, estrechas, desfilachadas y puntiagudas por los dos estremos. Ninguna cabeza de hombre asomaba á bordo; pues unas anchas esteras formaban una especie de techumbre en el puente y encubrian su tripulacion misteriosa. Así que, al ver aquellos barcos aproesimarse con prodijiosa ajilidad, hubiera podido creerse que un poder sobrenatural los impelia sobre las aguas. Mi capitan Gundmann no consideró sin embargo la cosa bajo su aspecto poético. « Comparezca todo el mundo en el puente! » esclamó, y al momento se colocaron cerca los filaretes los doce marineros de la goleta. Algunas malas picas de abordaje, seis fusiles y ocho sables fueron estraidos del arsenal de la cámara, sacáronse fuera de las portañolas cuatro cañones de madera pintada, con los cuales se simuló una especie de maniobra; dispúsose por fin una especie de zafarrancho de combate. Los paros no dejaban de proseguir su camino, silenciosos, tristes y horrorosos de impasibilidad; el primero de ellos se hallaba á tiro de fusil, y bajo su cimborio de esteras podian distinguirse semblantes morenos, cabezas de una espresion feroz, cubiertas con el turbante, pañuelo rollado, ó sombrero de paja en forma de cono. Escalonábanse de trecho en trecho los demas paros, para sostener en caso de necesidad la cabeza de la escuadrilla: almenos este era el modo como se veían las cosas á bordo de la goleta. El terror subió de punto cuando el paros mas avanzado se halló á medio cabo de distancia. Entonces mi Neerlandés juzgó que era ya tiempo de manifestarse: encaramóse sobre una jaula de gallinas, encaró la mayor cervatana del bordo y con una voz de trueno: « Fuera! dijo en mal malayo, fuera ó sino te echoó á pique! hubiérale sido difícil cumplir con esta amenaza; pero por fanfarrona que fuese, produjo su efecto. El paros pasó por detras de la popa de su goleta, los otros seis imitaron la maniobra, y en breve vímos desfilar

aquellas embarcaciones algunas de las cuales llevaban uno ó dos pedreros. A la sombra de sus tiendas podian distinguirse tripulaciones diez veces mas numerosas de lo que fuera necesario para ejecutar la maniobra. Mi Grundman, siempre derecho sobre la popa, seguia todo esto en el vidrio de su anteojo y yo le oía ecsalar sus temores por un monólogo entrecortado de juramentos: « Perros de sátiros marinos! malditos perseguidores de buques honrados! esclamaba, llegad, llegad, que yo os persigo, que yo os mato, que yo os ahorco á todos en las vergas de mi goleta!... Ah! teneis miedo, os internais en alta mar, os fugais ante Grundmann: con vuestros pedreros emprendeis la fuga ante nuestros cañones de madera, perros de Malayos, miserables Malayos! poltrones Malayos! » y poco á poco el acentuacion del capitan habia llegado á las notas mas estrepitosas; vociferaba, y juntando despues el jesto á las palabras, blandia su anteojo como una espada de arcánjel. En este momento, con su semblante de púrpura, sus ojos fuera de sus órbitas, sus labios espumosos, sus narices que respiraban cólera, era admirable ese buen capitan Grundmann! Yo no pensaba ya en los Malayos, ya no veía mas que á mi heroe permaneciendo en pie sobre su jaula de gallinas, prodijioso de furor y bello de ecsaltacion.

Finalmente, cuando los paros se hallaron fuera del alcance de su voz y de sus jestos, descendió y vino hácia mí. « Ah! mi jentil-hombre, me dijo, heos aquí; Dios me perdone! habia olvidado daros mi mosquete de caza; habriais disparado como los demas, no es verdad? — Sin duda, capitan; pero me parece que V. ha ecsajerado el peligro, pues estas jentes han pasado con harta tranquilidad al lado de la goleta! — Mi pasajero, delante tiene V. un antiguo derrotero de los mares indianos. Estas islas que ve allí, el grande y el pequeño Carimon, son dos guaridas de piratas; en ellos se cuentan cien paros armados para seguir la pista á los buques mercantes. Hace ya algunos años, bajo el administracion de nuestro sabio baron Vander-Capellen, gobernador de Batavia, algunas cañoneras holandesas escobaban esta espuma del mar, pero hoy dia vuelve á manifestarse. Raza infernal de hombres, añadió con un suspiro, me han muerto mi hijo! — Vuestro hijo! — Mi hijo. Habíase embarcado en un sloop mercante y navegaba hácia Palembang, cuando aquí, ante esas malditas rocas, una piragua de Malayos atracó su buque y vendió á la tripulacion algunos frutos y pescado. Estos víveres estaban emponzoñados, y la piragua llevaba espías encargados de apreciar los medios de defensa. Una hora despues de la fatal visita, treinta paros armados salian de las ensenadas del gran Carimon, atracaban al sloop y acababan á puñaladas con todos sus marinos, parte de los cuales estaban ya agonizando á impulsos del veneno, y entre ellos se contaba mi pobre hijo. Un brick de guerra que sobrevino salvó la embarcacion, mas la tripulacion no ecsistia ya. Tal es mi historia: ahora puede V. juzgar si con razon se escita mi ternura al aspecto de estas islas y de sus moradores. — Capitan, puede V. perdonar, pero me parecia imposible que en un mar tan bonancible y bajo un cielo tan puro los hombres fuesen tan malos. Por otra parte, con dificultad podria yo creer que á algunas leguas de Sincapour, de Malaca, de Poulo-Penang y de Batavia, á la vista de dos poderosas naciones interesadas en la seguridad del estrecho, fuese practicable la piratería. — Sobrado lo es, y hoy hemos escapado de ella con bastante fortuna. Nuestra actitud provocadora ha bastado para imponer á esos cobardes bribones. Desde cuatro meses acá, cinco embarcaciones inglesas han sido apresadas por los indíjenas de Carimon, sin que haya podido saberse su suerte. Algunos fardos de sus cargamentos trocados en contrabando en Enang es la única circunstancia que ha revelado una catástrofe: marineros, pasajeros, oficiales, cargamento, casco del buque, todo ha desaparecido: el esqueleto ha sido sumerjido, las mercancías dispersadas, los hombres muertos sin duda tras horríficas torturas. — Son espantosos estos detalles, capitan. Y qué, por algunas baraterías de poca importancia, aventuróse lord Exmouth hasta algunas toesas del muelle de Arjel; y aquí, donde sería suficiente una corbeta de guerra en estacion permanente, la compañía inglesa no puede prestar este ausilio á su pabellon! Deja desbalijar á sus compatriotas en semejante ladronera! — De vez en cuando, caballero, se citan algunas lecciones severas dadas á esos piratas, pero son raras é insuficientes. En 1802, una fragata inglesa, sorprendida por la calma en los canalizos del estrecho, vió llegar hácia sí un centenar de paros de todas dimensiones, que la tomaron por una embarcacion de comercio. Acertó ella el error y quiso aprovecharlo para terribles represalias. Bajáronse las portas, ocultáronse los hombres en los entrepuentes, y solo se dejó en los alcázares el personal aproxsimativo de un *countriship* navegando de India á India. Alucinados por las apariencias, acercáronse los paros á tiro de pistola; ya muchos de ellos atracaran la fragata, cuando esta, á una señal del comandante, descubrió todas sus baterías, y reveló su fuerza por medio de dos formidables andanadas. A tan imprevista sacudida, las embarcaciones quisieron huir, mas el fuego de los Ingleses las echó á pique casi todas. Sesenta velas malayas pere-

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1. *Sincapour.*

1. Sincapur

2 *Partie du Quartier Malais.*

2 Parte del Barrio Malayo

de Quinson del.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

3. Singapour.

3 Sincapur

4. Marchand Chinois, Portefaix Malais.

4 Mercader Chino, Esportilleros Malayos

cieron en este reencuentro: las demas volvieron á alcanzar la costa de Sumatra. Desde aquel dia de represion ejemplar, el audacia de esos forbanes ha guardado mas templanza y circunspeccion; y nadie duda, caballero, que si este digno baron Van-der-Capellen hubiese permanecido siempre en esos parajes para vijilarlos, hubiéramos visto el término de los bandidos de los mares indianos.»

Durante esta conversacion soplaba favorablemente la brisa, y dejábamos detras de nosotros á aquellas tierras peligrosas. En breve se manifestó ante la goleta el estrecho del Gobernador con sus imponentes escenas: vogábamos en una ensenada cuajada de islas, las unas montañosas y cortadas perpendicularmente, las otras terminando en praderas á orillas del agua, y todas de una fertilidad y de un punto de vista encantadores. A lo lejos estos islotes en número de 50 á 60, se encajaban los unos en los otros, de suerte que formaban un semicírculo que por un lado tocaba las grandes cadenas de la isla de Batam, y por otro á los arbolados cúspides de la península. Así que, por todas partes se desplegaba en el horizonte un muro de tierras, y la vista no podia discernir todavía el estrecho paso que ecsiste entre los escollos Rabbid y Coney. Finalmente, dímos en el canal, y despues de haber montado los arrecifes que orillan la isla de Sincapour, fondeámos ante esta ciudad á 12 de julio.

Sincapour tiene dos radas, el antigua y la nueva, la una bastante buena, bien que abierta, y la otra de una seguridad prodijiosa. Escojímos la última, situada al O. de la ciudad, y apenas hubo surjido la goleta, descendímos á Layola, y seis rápidos viradores nos condujeron hácia la embocadura del rio que atraviesa Sincapour y que lleva su nombre. El primer aspecto de aquella factoría no desmintió en ningun término la idea que me habia formado de ella. No bien doblámos la *Punta de la Batería*, cuando ya se nos manifestaba el actividad de la ciudad libre. Veíamos ajitarse á lo lejos algunos confusos grupos con trajes variados y singulares; y cuando la embarcacion hubo andado por espacio de algunos minutos, pudímos detallar el cuadro á nuestro gusto. Ante unas habitaciones altas y espaciosas se prolongaba un muelle de muchos pies de elevacion sobre el nivel del agua, y guarnecido de numerosas escaleras que servian de desembarcadero. De vez en cuando veíanse en el muelle algunos postes ó gruas armadas de poleas, las unas ociosas, y las otras en actividad que servian para descargar los buques amarrados á lo largo de la barbacana. Este muelle, llamado el *muelle comercial*, estaba atestado de hombres; los unos rodaban toneles ó llevaban fardos, los otros inspeccionaban las mercancías ó asistian á su peso. Aquella poblacion, tan activa y azorada, ofrecía el mas estraño contraste. A primera vista era imposible reconocer sus tipos y sus razas, mas podia ya preverse la confusion que reinaba en aquella Babilonia mercantil (Pl. XXIV. — 1). A mayor distancia se ensanchaba el rio, y aquel animado espectáculo era reemplazado por una serie de casas rectas y regulares, hasta que las riberas se estrechasen de nuevo. Entonces fué cuando nos encontrámos en frente de la colina donde ondeaba el pabellon británico, y delante de un puente de madera. Allí fué donde desembarcámos (Pl. XXIV. — 3). En el muelle y en presencia de algunos paros amarrados, habia un coro de esportilleros malayos con sus anchas bragas que descendian hasta las rodillas, su taparabo echado sobre la espalda ó su ancha camisa, y sus sombreros de paja trenzada con forma cónica. A su lado figuraba un grave Chino escoltado por su criado, digno comerciante con barbas de chivo, cabellos pendientes y trenzados, y con el ojo oblicuo y fino. Su cabeza estaba cubierta por un capillo; sobre sus pantalones estrechos y sus mangas harto justas flotaban una camisa y un ancha almilla; su calzado consistia en sandalias que llevaba sobre una suela de madera (Pl. XXIV. — 4).

Sincapour era para mí una morada de predileccion, una especie de país-modelo, do se realizaran en diez años de ecsistencia las maravillas pronosticadas por Adam-Smith y sus continuadores. Yo quise visitar aquel país privilejiado con todos sus pormenores. Mi primera visita fué en la ciudad europea, donde encontré un alojamiento situado sobre la ribera izquierda del rio. En ella observé el palacio del residente, construído de ladrillos blanqueados por la cal, habitacion vasta, pero poco elegante, no obstante su hermosa galería de columnatas. No lejos de allí, observé sucesivamente el audiencia, las cárceles, las aduanas, el jardin botánico, el hospicio y una multitud de vastos depósitos. Cada cuartel atrajo gradualmente mi ecsámen. Al E. del rio, el campo Boughi y el campo Árabe con sus mezquitas; al O. el campo Chino con sus calles llamadas de Macao y de Canton, con sus templos y su curioso cementerio; el campo Choulia poblado de Indos; por fin el campo Malayo situado á mayor distancia del centro mercantil, y agrupado con sus casas mas modestas en el borde de un pequeño rio navegable (Pl. XXIV. — 2). Los naturales que pueblan este cuartel son mas dulces y civilizados que los demas pueblos de la misma raza; del mismo modo que los habitantes de Sumatra, traen la chupa con mangas y el taparabo al rededor del cuerpo. Llevan asimismo el puñal en la cintura, y el pañuelo arro-

llado en torno de la cabeza. En cuanto á las mujeres, su traje habitual consiste todavía en la basquiña de cuadros, el sobretodo y el taparabo de sotuer. Su calzado consiste en una suela de madera elevada por dos sustentáculos sobre el piso; esta suela está prendida en el pie por medio de una simple clavija, que se halla enlazada entre el dedo pulgar y el segundo. Un uso constante de semejante sandalias es la única circunstancia que puede impedir dejarlas por el camino (Pl. XXV.—2).

Los alrededores de Sincapour ofrecen puntos sumamente agradables: en torno de la ciudad se ven calles de árboles y paseos donde todas las tardes, al ponerse el sol, se cruzan los criollos con sus hermosos coches arrastrados por pequeños caballos javaneses, de graciosas formas y de modales desparpajados. Mas lejos y sobre los terrenos inundados cubiertos por casas malayas, empieza un collado cuya rampa es suave y sombreada. En su cumbre se apiñan las habitaciones mas lindas que puedan desearse, *villas* encantadoras, donde los negociantes europeos van á distraerse de las fatigas comerciales y respirar un ambiente mas fresco y saludable que el del litoral. Es admirable la vista que se ofrece de lo alto de aquellos montecillos: al través de macizos de verdura blanquea Sincapour á sus plantas con su serie de calles simétricas y su rio animado de barcos y demas embarcaciones; dibújase mas lejos la entrada del puerto con una batería de algunos cañones; á mayor distancia todavía la rada con su hemiciclo poblado de mástiles; finalmente en el último plan algunas isletas malayas esparcidas, que se absorben en los grandes y altos relieves de Sumatra (Pl. XXV.—1). Las quintas que guarnecen esas cumbres, son casi todas de un solo piso: levantadas sobre estacas, encuéntranse al abrigo de los reptiles y de los insectos tan comunes en aquellos climas cálidos y lluviosos á la vez. Sus muelles interiores son cómodos, ricos y elegantes. Algunos jardines y sotillos de árboles circundan el cuerpo del edificio: tiernos plantíos de canelos y de jirofles tapizan el vertiente interior de las colinas.

Al ecsaminar el terreno donde brotan esos nuevos cultivos, fácilmente puede verse que el trabajo del hombre lo ha conquistado recientemente. Algunos esqueletos de árboles calcinados, enormes raíces que abollan el terreno, atestiguan que el hacha y el fuego han desembarazado la vejetacion primitiva. A algunas toesas de distancia del recinto desmontado, vuelve á manifestarse aquella vejetacion con sus majestuosos troncos y sus copas estendidas y cabelludas. En esas selvas vírjenes aun, la mano del hombre no se manifiesta en ningun punto; en todas partes se encuentra el silencio y la sombra, y como las bestias feroces que siempre huyen de las habitaciones se han retirado gradualmente hácia los desfiladeros centrales de la isla, apenas se encuentran algunos gatos monteses, algunas onzas y otros animales carniceros que turben de cuando en cuando la calma y la seguridad de esta comarca.

Fundada de poco tiempo á esta parte, Sincapour no posee todavía recursos territoriales proporcionados á su desarrollo industrial. Sus colonos, absorvidos en su papel de especuladores y depositarios, no han tenido tiempo todavía ni deseo de sacar partido de un terreno fértil y bien regado, ni de un clima dulce y salubre. Así que, sus provisiones son raras, siempre costosas, y á menudo de calidad inferior. Solamente los Chinos se ocupan de jardinería, y esplotan con considerables productos algunos pedazos de terreno situado en los contornos de la ciudad. Dentro de pocos años, estas primeras tentativas serán reemplazadas probablemente por trabajos ejecutados en una escala mayor. Sincapour no tendrá ya necesidad de demandar á las islas y á los vecinos continentes los víveres necesarios para abastecer sus buques, pues su terruño será suficiente para ello. Esta poblacion mista que afluye en ella habrá aumentado de tal suerte, que se podrá dedicar una parte al progreso agrícola; ecsajerados beneficios atraerán los brazos hácia esta esplotacion, y en breve se encargará la concurrencia de mejorar los productos y de hacer entrar los precios en términos razonables.

La fundacion de Sincapour es un hecho contemporaneo que puede ser referido en pocas palabras. Despues del tratado que devolvió á la Holanda la mayor parte de sus posesiones del archipiélago malayo, el último gobernador inglés de Batavia, sir Stamford Raffles, juzgó útil y político asegurar á la Gran Bretaña un apostadero avanzado en los mares de la China. En su consecuencia visitó los puntos mas favorables, ecsaminó Riou, las islas Carimon, la península de Johore, y acabó por fijar sus miras sobre Sincapour, de la cual tomó posesion con el coronel Farguhar, á 6 de febrero de 1819, autorizado por el gobernador jeneral de Bengala, el marques de Hastings. Por una estraña coincidencia, un siglo antes el rey de Johore habia cedido igualmente Sincapour al capitan inglés Hamilton, cuya relacion ecsajeraba prodijiosamente la fecundidad de la isla. Sin embargo, los modernos colonizadores ignoraban aquel derecho preecsistente, cuando se hicieron ceder por los posesores indíjenas la porcion del litoral donde fundaron su factoría. No se procuró entonces verificar estipulaciones formales y definitivas: solamente, á consecuencia de los progresos del establecimiento, se firmó en 1824 un convenio

1. Rade de Sincapour.

1 Rada de Sincapur.

2. Homme et Femme Malais.

2. Hombre y Mujer Malayos.

de Sanson del.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

entre los hijos desheredados del sultan Mahomet, fallecido en 1810 rey de Johore, y el residente inglés de Sincapour: la propiedad y la soberanía de la isla fueron cedidas al gobierno británico, mediante la suma de 60.000 pesos y un anualidad de 24.000 pesos á cada uno de ellos.

La isla de Sincapour, colocada por este tratado bajo el patronazgo inglés, tiene, en su forma elíptica, 37 millas en su mayor lonj. y 15 en su lat. Está separada de la península de Malaca por un canal estrecho; su frente meridional está situado ante una cadena de islas desiertas en su mayor parte, ó pobladas de razas salvajes. El aspecto jeneral de Sincapour presenta una superficie desigual y undosa; el terreno que circunda la factoría es arenoso, pero fértil. Sus selvas abundan en maderas de construccion; ocultan casi todas cuadrúpedos, huéspedes de la península, monos de varias especies, el gato montés, la nutria, el ardilla, el puerco espin, el gamo y el *moschus pigmeus*, especie de liebre sin orejas, comun en las comarcas tropicales. Las bestias feroces, como el tigre, el leopardo, etc., parecen desconocidas en Sincapour. Las aves son numerosas y variadas; pero las mas comunes son las palmípedas. Los reptiles infestan la isla; M. Crawfurd reconoció, durante su mansion, mas de 40 especies de serpientes, dos de las cuales solamente eran venenosas.

Merced á su temperatura uniforme, y que apenas varía de los 20 grados á 27° centígrado, Sincapour participa con Poulo-Penang de la reputacion de un sitio saludable y propicio á los enfermos. Los Ingleses, arrojados de Bengala ó de la costa de Coromandel á impulsos de las fiebres y la disentería, vienen á buscar en la isla de sir Stamford la cura y la salud. Los productos del suelo contribuyen tanto como el clima á inesperadas curaciones. El naranjo, el mangle, el fruto del mangustan, son de un sabor y de un perfume esquisitos. Todos los legumbres, todas las raíces farinaceas de las zonas ecuatoriales han salido bien; pero nuestras variedades de Europa, el alcachofa, la coliflor y la patata han burlado hasta aquí todas las tentativas.

Con facilidad podrá concebirse que Sincapour, apenas nacida, no puede menos de carecer de industria manufacturera, que siempre es el resultado de una civilizacion lenta y laboriosa. En 1830, toda la lista de los establecimientos industriales se reducia á algunos arsenales de construccion y fábricas de sagu perlado. Pero su comercio de ajiotaje, sus transacciones de depósito, han escedido ya el mas alto grado de las esperanzas concebidas. Merced á algunas franquicias bastante latas, obtenidas de la Compañía privilejiada de las Indias, las embarcaciones europeas, los paros malayos, los barcos de Siam, los juncos de la China, de la Cochinchina y del Japon, los bateles de los Boughis y del archipiélago de las Filipinas, parecen haberse dado actualmente una cita jeneral en esta rada de Sincapour, especie de territorio neutral para todos los pueblos mercantiles y para todo jénero de comercio. Cuéntanse anualmente cien espediciones directas de los puertos ingleses; varios armamentos procedentes de los Estados Unidos, de Francia, de Suecia y de Holanda, de las ciudades Anseáticas, de Génova, de Trieste, de Dantzick, embarcaciones de diversos pabellones y toneladas, que van á buscar la nueva colonia allende el cabo de Buena Esperanza. Esta nomenclatura acrece aun mas en el Océano de las Indias; la Isla de Francia, Ceylan, Madras, Calcuta, Bombay, Batavia, Padang, Poulo-Penang, todos apostaderos europeos, derraman y sacan productos de cien variedades. Canton en China, Quinon, Faifo y Hué en Cochinchina; Saigun, Kangkao en el Cambodge; Banckock en el golfo de Siam; Manila, las Célebes, Borneo, Java, han organizado tambien su comercio y desenvuelto gradualmente sus relaciones. Poco productiva por sí misma, Sincapour llama á sus depósitos los productos del mundo entero; allí la Europa y el Bengala aceptan en retribucion de sus hierros, sus zincs, sus tejidos de algodon y de lana, el nankin, la seda, la laca, el papel de China, el nácar, el alcanfor, el casia, el sangre de drago, la pimienta del archipiélago malayo, el azúcar de Siam, el cobre del Japon, el café, los dientes de elefante, el ruibarbo, los clavos de jirofle, las nueces moscadas, las conchas de tortuga, el musco, el oropimento de diferentes escalas asiáticas, oceánicas ó americanas. Este movimiento comercial, al principio imperceptible, ha acrecido de un modo tan sumamente prodijioso y rápido, que en el actualidad se evalua en mas de ciento cincuenta millones de francos anuales. La misma progresion ha ocurrido en la poblacion; en 1819, ciento cincuenta Malayos, la mitad pescadores y la otra mitad piratas, ocupaban solamente la pequeña ensenada de Sincapour, y cinco años despues, en enero de 1824, un empadronamiento hecho por M. Crawfurd, hacia ascender los habitantes á 10.683 almas; en 1825, á 11.851; en 1826, á 12.905; en 1827, á 13.732. En 1830 se contaban 16.850 individuos, y en 1832, 19.200 compuestos de Chinos, Malayos, Boughis, Indos, Europeos, Javaneses y Siameses.

Entre estos pueblos de diverso orijen, hay dos que por su número son dominantes en Sincapour, tales son los Chinos y los Malayos que constituyen juntamente las cinco sestas partes de la poblacion total. Los Chinos de Sinca-

pour se subdividen en cinco clases, todas comerciantes, pero distintas por sus usos, sus costumbres y su lenguaje. Los mas apreciados de todos son los naturales de Fo-Kien; tras estos vienen los orijinarios de Canton, en seguida los de Macao y de las islas adyacentes; despues, los pescadores de la provincia litoral de Aya; finalmente, los criollos chinos ó la raza mestiza. Todos estos emigrantes son activos, pacientes, laboriosos, intelijentes y astutos en los negocios. Oficio alguno les repugna, con tal que les suministre algun producto; son negociantes por mayor, revendedores, boticarios, ajentes de negocio, comisionarios, agricultores, marinos, etc. Relijiosos observadores de las costumbres natales, los Chinos tienen siempre el cuidado de acomodar su vida á lo estranjero, de suerte que les escite el recuerdo de la patria. Tienen en Sincapour cementerios tan verdes y floridos como en Canton: en cada una de sus habitaciones, decoradas en el esterior con pinturas simétricas, hay un altar, ante el cual queman sin cesar perfumes y papeles dorados. En él se ve á Confucio teniendo cerca al jenio familiar que le habla al oído. Este amor del país es tan intenso y tenaz entre los Chinos, que ninguno de ellos renuncia á volverlo á ver. Cuando han reunido algun peculio, abandonan la colonia estranjera y regresan furtivamente á su provincia natal, donde tendrian que sujetarse á las penas mas rigurosas si se cumpliese literalmente con el contenido de la ley; mas ya de antemano se conoce y estipula la tarifa de una inmunidad. Mediante la entrega de la mitad de la fortuna adquirida, hecha al mandarin, el emigrado puede disfrutar pacíficamente de la otra mitad, y con el silencio del majistrado se halla absuelto de la contravencion.

Los Malayos de Sincapour deben colocarse despues de los Chinos en lo tocante á actividad é intelijencia. Divídense en dos clases; los Malayos de tierra ú *Orang-Darat*, y los Malayos de mar ú *Orang-Laut*. Los primeros son leñadores, ó bien labradores; los otros bateleros, pescadores ó marineros. Todavía se da el título de *Orang-Sallat* á los Malayos que hacen el servicio del pequeño estrecho de Sincapour; la mayor parte son orijinarios de la provincia de Johore. Estas tres especies de naturales difieren poco, en los caractéres jenerales, de las razas malayas ya descritas. Mas adelantados se hallan los Boughis ó Malayos orientales, orijinarios de los Celebes, pueblo industrioso y buen navegante.

Aunque apenas se cuentan en Sincapour unas quince casas de Europeos, en ellas sin embargo se halla el nervio de la naciente colonia. Sin estas casas no habria capital alguno, ni órden, ni confianza, ni negocio. La presencia del residente de la nacion mas poderosa de la India, comunica mayor eficacia á sus medidas de franquicia comercial, manantiales de toda prosperidad. En aquel pequeño punto del globo, donde la sagacidad inglesa ha querido sin disputa realizar una esperiencia, ha sido preciso disponer que los intereses carecicsen de todo temor, y al propio tiempo que no estuviesen sujetos á traba alguna. Así que, al lado del puerto franco, del libre depósito, de derechos de tonaje iguales para todos é insignificantes, hase instituido una justicia y una policía rigurosas que eran las solas que pudiesen asegurar el reinado de una equidad y derecho relativos. Durante los primeros años, el residente hizo veces de juez, y sus decretos eran obedecidos con sumo respeto. Desde entonces, en Sincapour aneja á las residencias de Malaca y de Poulo-Penang, hanse instalado tribunales de justicia, por el estilo de los que rijen las posesiones anglo-indias. La única observacion característica á que haya dado márjen esta instalacion, es que los procesos eran mas numerosos entre los colonos cuya civilizacion era mas adelantada; hase atestado, por ejemplo, que la proporcion de las instancias entre Chinos ó Europeos era diez veces mas considerable que entre los Malayos y los Boughis.

La ciudad de Sincapour divídese naturalmente en tres partes: el barrio de los Chinos, el de los Europeos y el de los Malayos. Los dos últimos están situados en la llanura que se ve frente la rada; el tercero se halla sobre la derecha del rio. La parte mercantil de la ciudad forma una pequeña península que termina en el golfo en forma de lengua; concentrados en aquel punto, los mercados, los depósitos, los almacenes, le dan el aspecto de una feria perpetua. El resto de la ciudad se compone de calles tiradas á ángulos rectos, y orilladas de hermosos edificios.

Bien que el poder inglés es tan respetado en Sincapour como en las demas localidades mas bien guardadas de la India, la fuerza armada puesta á las órdenes del residente, apenas asciende á ciento cincuenta Cipayos, cuya manutencion cuesta algunos millares de pesos anuales. Para hacer frente á los gastos de administracion ha debido de formarse en la colonia un presupuesto cuyas recetas ascendian en 1826, segun M. Crawfurd, á 80.000 pesos. Algunos cortos derechos sobre la venta del opio, una tasa sobre la fabricacion de licores fermentados, otra sobre los juegos, por fin algunos derechos de licencia, de transmisiones de rentas y gastos de los apostaderos, todas cargas lijeras y casi imperceptibles, eran ya suficientes para cubrir los gastos coloniales.

Con el ausilio de semejantes recursos Sincapour, ha renovado en dos años de ecsistencia y

en nuestro mundo comercial, esos prodijios de prosperidad ascendente, que la historia atribuye á Tiro, el mas opulento depósito del antigüedad. Los creadores del factoría moderna han tenido la voluntad y el poder de gobernarla segun la ciencia, y no segun la política. Al propio tiempo que se contentaban con un administracion de simples ruajes, de un asiento de tasaciones fáciles y dulces; defendíanse de todos los errores de los sistemas precedentes, del egoísmo de pabellon, de esa manía de protectorado que se resume siempre en privilejios para los unos, y en esclusiones para los otros; de las tendencias fiscales que proceden por restricciones ó prohibiciones; entraban en una senda ancha y fructuosa que pueden conducir á la moral y la economía sociales; creaban el cosmopolitismo del comercio y de la navegacion, apelando á ellos todos los pueblos del globo por la igualdad de derechos y cargas, completando por la práctica de una tarifa uniforme y morijerada, los principios de tolerancia relijiosa practicados de un siglo á esta parte. Considerada bajo este punto de vista, Sincapour seria un amarga crítica de nuestro sistema europeo, y es de temer que el gobierno de la Gran Bretaña y los monopolistas de la Compañía no se regocijen tarde ó temprano y no contraríen resultados hostiles á sus tendencias administrativas. *A priori* podian tratarse de sueños y de utopias los acsiomas de la ciencia económica; mas, como podrá responderse á una esperiencia? qué es lo que podrá oponerse á la lójica de los números? á una progresion evidente como el flujo del mar? Como combatir un argumento estadístico que se robustece cuanto mas se pesa, que prueba diez veces mas en la actualidad que en 1827, y que en 1840 probará mas aun todavía? Fuerza es resignarse ó jugar astutamente. A buen seguro que no perecerán los monopolistas sin defenderse; hallarán alguna imprevista emboscada contra la colonia chino-malaya; pero de todos modos, y aun cuando se enervase en sus manos su prosperidad, el precedente nos queda adquirido para siempre: la práctica en materia de libertad comercial ha justificado la teoría.

CAPÍTULO XXIV.

REINO DE SIAM.—BANCKOCK.

Empezaba en Sincapour para mi itinerario el capítulo de las eventualidades. A mi vista, en todas direcciones, en cada aria del compas, ofrecíanse países que deseaba y debia ver. Archipiélago ó continente, Malasia ó Asia, Java, Borneo, las Filipinas, la China, el Tonquin, la Cochinchina, Siam; tantas tierras prometidas quedaban á mi eleccion. No me atrevia á decidir, y aun estaba titubeando, cuando el azar tomó la iniciativa, sirviéndome mejor que mi voluntad. Cierto dia que iba á visitar al residente inglés, encontré en su salon á un estranjero en la flor de su edad, pero que en su semblante habia un tinte indecible de misantropía. Cabellos blondos y claros cubrian sus sienes; sus ojos azules tenian cierta finura y brillo cuando se animaban, pero en tiempo de reposo, su espresion era solamente dulce y pensativa; sus facciones manifestaban cierta nobleza y regularidad; su tinte tostado por los viajes tuviera sin duda en otro tiempo la pureza y la blancura de los mas bellos tintes del Norte. A primera vista este conjunto avasallaba sin atraer; el actitud era sardónica y desdeñosa; el sonrís frio, la palabra reservada y altiva, bien que siempre pulida. Nada sentaba sin embargo en él, ni el idiota ni el gran señor; veíase mas bien al hombre libre de lazos comunes, el filósofo de vida llena y atormentada, asaz rico en recuerdos para pasarse con esperiencias nuevas, quizas un segundo Judío errante que, viajando por el globo, procuraba sustraerse á una idea fatal y pertinaz. Todas las circunstancias parecian robustecer este aserto; los surcos profundos y precoces de su frente, los tres pliegues converjentes en el ángulo del ojo, de un ojo que la meditacion parecia haber hundido hasta el cérebro; rasgos que hacian traicion á una vida anterior toda de lujo y de gran tono, maneras elegantes y afectadas, en vez de esa franca estupidez habitual á los marinos y á los viajeros.

Apenas ví á aquel hombre, cuando me sentí inclinado hácia él. Presentámonos mutuamente, y al momento se entabló la conversacion. Al principio fué obligatorio, ceremonioso, insignificante; pero insensiblemente y á medida que tocábamos cuerdas que nos eran comunes, establecíase la union entre nosotros, desaparecia la reserva; el abandono tomaba ascendiente sobre la desconfianza. Con mis modales francos vencí sin mucha dificultad el sistemático sarcasmo del estranjero. Hubiérase dicho que, colocado desde largo tiempo á un punto de vista pesimista, parecíale muy nuevo hallar á un viajero que procedia de un modo contrario, descubriendo algun atractivo en todo lo que veía y buscando el bien aun en el mismo mal. Sea que lo sorprendiese semejante contraste, sea que mi buena fé se hubiese granjeado su amistad; lo cierto es que despues de una conversacion de dos horas, quedó concluída su guerra de observacion. Tendióme la mano: « Perdone V. mis pueriliidades; podrá permitirme contar al baron de Norberg en el número de sus amigos? » Refirióme en seguida el modo co-

mo, siendo un señor muy rico de la corte de Suecia, habia llegado á los cuarenta años, despues de haber padecido muchos contratiempos, al último grado de disgusto. Entonces fué cuando concibió la idea de los viajes como prueba y como remedio. Hacia ya cuatro años que corria el mundo; habia llegado de Suecia á Bengala por tierra, al través de Rusia y Persia, cien veces espuesto á perecer, salvado otras tantas por su estrella. « De Bengala á Sincapour añadió, he hecho veces de costeño, siguiendo toda la costa peninsular; fuerza es que haga otro tanto por el mar de China. » Desvivíame yo por ofrecerme su compañero de viaje: comprendiólo él sin duda y continuó con encantadora coquetería: « Nuevo servicio me presta mi estrella; cierto Chino, dispuesto á partir, tiene aquí su junco bueno y lindo, grueso leño que lleva seis mil pikouls; me he ajustado con él, y nos hacemos á la vela mañana para el golfo de Siam, pasando por Banckock, Poulo-Condor, Kambodje, Cochinchina, las Filipinas, antes de fondear en Macao y en Canton. » A esta enumeracion no titubeé un momento. « Señor de Norberg, hay lugar todavía para un pasajero en su junco chino? — Escuche V., toda la cámara es para mí.... y de consiguiente está á su disposicion, » contestó. Hubiérale yo abrazado con todo el ardor de mi alma; de buen ó mal grado tuvo que aceptar mi continjente en los gastos del pasaje.

Al dia siguiente, 18 de julio de 1830, embarcámonos el baron y yo en una chalupa que debia conducirnos á rada. En breve se nos manifestó, en medio de una multitud de embarcaciones europeas de todo jénero de tamaños, nuestro macizo junco con toda su majestad, con sus bordajes en relieve y su deprimida y mezquina arboladura. Era sin embargo un buque de tres mástiles, bien que el de popa encaramado sobre el castillo solo servia como verga de pabellon, y el de proa solo llevaba un corto trinquete; solamente habia el mástil del medio que llevase una grande vela harto respetable, y un pedazo de tela encima que iba jugueteando. Todas esas velas ora de cotonada, ora de fibras de cocotero, estaban atravesadas por pedazos de lijero mambú que unian los diversos lazos. El puente del junco estaba libre y raso, á escepcion del alcázar donde se agrupaban los alojamientos de los oficiales y de los pasajeros. Estos alojamientos formaban un grupo confuso y piramidal de pequeñas hutas apiñadas unas sobre otras sin gracia ni simetría. La mas alta no alcanzaba á menor altura que la de diez y ocho pies sobre el nivel del puente. Era el puesto de honor, y nosotros debíamos ocuparlo.

El baron Norberg viajaba como nabab. Algunos armarios atestados de libros é instrumentos de matemáticas; provisiones en abundancia tal, que no se sabia donde colocarlas; una servidumbre numerosa, un intérprete que poseia el indo, el malayo, el chino y toda la jerga que deriva de estos; vinos de Francia, tabaco de Turquía, pipas, esencia de rosa, y aun un poco de opio para sus dolores europeos: tal es el aparato con que se presentó á bordo. En cuanto á mí, hallábame mas desembarazado; dos balijas y mi libro de memorias eran ya suficientes para dar mi vuelta al mundo. No obstante tantos embarazos y muebles, todo fué izado á bordo en el espacio de pocos minutos, y se dispuso en nuestra cámara, á escepcion de algunas pipas y botellas de vino que faltaron á la llamada. Habíalas robado un marinero chino, ó almenos no podia dejar de ser así; pero á quien debíamos acusar entre sesenta hombres de tripulacion?

El grave Tsin-fong, comandante del junco, creyó de su deber y de su dignidad hacernos los honores de su bordo. Recibiónos en la puerta de la cámara, y no se retiró hasta despues de habernos instalado en persona. En un espacio de diez pies cuadrados sobre seis de altura, suspendiéronse en el techo dos hamacas: eran nuestros lechos que se columpiaban tan cerca uno de otro que, acostados, podíamos darnos la mano. Nuestros efectos, nuestros víveres tomaron colocacion en los puestos de aquel gabinete. Cuando reaparecímos en el puente en traje de pasajeros, con nuestras chupas de nankin y nuestros anchos sombreros de paja, el cabo O. de la isla de Sincapour nos marcaba ya la rada de la factoría inglesa, con sus casas blancas apiñadas en la playa y sus habitaciones sembradas de trecho en trecho en las alturas. Entrábamos ya en los mares de la China. Dos Europeos perdidos en medio de aquella estraña tripulacion y en aquel transporte de informe casco y de mezquino velámen, hubieran suministrado materia para el cuadro mas sorprendente que pueda imajinarse. Aunque mas habituado que yo á semejantes escenas, el baron no pudo menos de conmoverse. « Quién creyera, dijo, que esas jentes encontrasen antes que nosotros la brújula, la imprenta y la pólvora de cañon? Yo no puedo dar asenso á una sola palabra de este aserto. »

Al dia siguiente, sopló el monzon del S. O. y las últimas cumbres de la península malaya perdiéronse tras de nosotros, apareciendo algunas tierras altas al otro dia por la serviola de estribor. Aprocsimábamonos al archipiélago de los Anambas, islas poco visitadas por los Europeos, y cuyas costas han observado sucesivamente MM. Bougainville y Laplace. Nuestro capitan chino parecióme no tener necesidad de nuestros mapas para evitar los arrecifes que las

circundan. De cabo en cabo llegó hasta una bahía bastante segura, situada en la costa occidental del Djimadja, la isla mas considerable del grupo de los Anambas. Su longitud nos pareció ser de cinco leguas en una superficie desigual y montañosa. Desde el punto en que habíamos fondeado, veíamos huir en todos sentidos laderas cubiertas de plantaciones. La caña dulce y el maíz brotaban al pie del sagutero, que suministra á los isleños su principal alimento. Este árbol, de la familia de las palmeras, prolonga á un altura considerable su tronco lijeramente ensortijado. Para obtener la sustancia blanquecina y glutinosa conocida bajo el nombre de sagú, se corta el árbol por pedazos; se le quita la corteza, aunque espesa y lisa, se escama y se separa para poner de manifiesto un blanco meollo que, secado al sol, se pulveriza, y cocido en seguida al vapor se convierte en grumelosa como la sémola. Menos fino y preparado con menor esmero que el de Java, el sagú de los Anambas es reputado mas sustancial.

Toda esta costa de Djimadja es menos peligrosa que su costa oriental. En ella se encuentran muchas bahías, las unas abrigadas contra el monzon del N. E., y las otras contra el del S. O.

Apenas habíamos echado el áncora ante la ciudad donde reside el rajah de la isla, cuando cubrió la rada una multitud de piraguas que corrieron á lo largo del bordo para ofrecernos provisiones. Cerdos, gallinas, patos, cabritos, nueces de coco, cubrian aquellas esbeltas y graciosas embarcaciones. Nada mas hermoso á primer golpe de vista que aquella escuadrilla de blancos bordajes cubiertos con junquillo y relevados de una banda roja. Un hombre con su pagaia y un niño para asistirle en caso de necesidad, eran suficientes para guiar una piragua en la bahía.

Los isleños de este archipiélago pertenecen á la familia malaya. Sus miembros musculares y robustos, su fisonomía altanera y sospechosa, no previenen mucho en su favor. Así que, por mas deseo que tuviesen de poseernos en tierra, juzgámos mas prudente observarlos de lejos. Por otra parte no teníamos tiempo suficiente, supuesto que el capitan Tsin-fong iba á hacerse á la vela. Antes de la noche, habíamos ya pasado por las islas de Siantang, de Poulo-Mata, de Poulo-Mobour, y muchas otras mas pequeñas que carecen de nombre. Este archipiélago y el de los Natunas, situados á 40 leguas N. E., son tributarios del sultan de Riou.

El resto de nuestra travesía hasta el fondo del golfo de Siam, nada ofrece mencionable; siempre á la vista de las elevadas cordilleras de la península, no nos encontrábamos sin embargo asaz vecinos de la orilla paraque fuese posible observar su jeografía. Apasionado por la ciencia, Norberg llevaba consigo los instrumentos de marina, sumamente perfeccionados, y los mapas mas ecsactos. Cada mediodía ejecutaba lo que en términos de marina se llama su *punto*. Armado con su sextante, seguia el movimiento ascensional del sol hasta que el astro llegaba á su apojeo; en seguida, por medio de un cálculo pronto y seguro determinaba el número ecsacto de la latitud donde se hallaba la embarcacion. Cierto dia que se dedicaba á esa distraccion habitual, acercósele el capitan chino y pareció curioso por saber el significado de semejante trabajo ó instrumento. Esplicóselo Norberg con la mayor claridad posible por conducto del intérprete; hízole acerca las divisiones terrestres y los cálculos marítimos un curso de teoría al que parecia el Chino prestar la mas viva atencion; por fin, creyéndole convencido y semi-instruído, manifestóle el modo como por medio de un reflector y vidrios colorados, se traslada sobre la linea del horizonte el disco solar destituído de rayos. Esta esperiencia física le sorprendió mas que todo lo demas; veía pasearse el astro por el cielo, bañarse en el mar, al grado del tallo de cobre sobre el que se hallaban graduadas sus evoluciones; todo esto le conmovía y le hacia quedar estupefacto. Varias veces quiso asegurarse del hecho por sí mismo, tomó el instrumento, hizo jugar el alidada, y se hizo esplicar de nuevo la utilidad de la máquina. Norberg estaba estasiado; verificaba una conquista; acababa de hacer un prosélito á nuestra superioridad matemática, cuando Tsi-fong sacudió la cabeza con cierto movimiento de incredulidad: «Sí, dijo, tu haces venir el sol al nivel del Océano; sabes de esta suerte el altura á que se halla; todo esto lo comprendo bien; mas si así calculas la elevacion, debes calcular tambien la profundidad. Cuantos pies de agua tenemos bajo el buque?» A esta increíble interpelacion, Norberg debió estrellarse; escapóle el sextante de las manos. «Pues bien! insistió el capitan, no puedes significarme la profundidad del mar! — Oh! Chino, triple Chino, admirable Chino! me decia secretamente el baron, sofocando su risa. — Ya ves por consiguiente que tu ciencia es vana, proseguia Tsi-fong; vosotros, Europeos, no sabeis mas que nosotros.» Desde aquel dia, el digno hombre se compadeció de nuestra teoría náutica; y tuvo á buen seguro, un nuevo motivo para complacerse en los procedimientos de la navegacion china.

Los dos senos interiores del golfo de Siam no están trazados en mapa alguno de un modo ecsacto y completo. En su embajada de 1821, M. John Crawfurd esploró su parte oriental; visitó Poulo-Ubi y la prolongada serie de is-

lotes que la continuan. En cuanto á nosotros, queriendo aprovechar á la vez el monzon y las brisas terrestres, costeámos la península de Malaca hasta Poulo-Lozin; fuímos en seguida á reconocer el cabo Lyant, y, atravesando una multitud de islas desiertas ó habitadas, fondeámos en la rada de Siam á 31 de julio. Sin las elevadas montañas de Bang-Pasoë que dejábamos á la izquierda, hubiéramos podido creer que nos hallábamos todavía engolfados en alta mar: tan sumamente baja y bañada por el agua era la tierra que se estendia en frente.

Al dia siguiente, el junco levó el ancla, y pasó la barra con la marea ascendente. Tres leguas despues, dímos en las bocas del Meinan, rozando de vez en cuando un légamo muelle é inconsistente. A nuestra llegada á Pak-Nam, primera aldea que se encuentra sobre la ribera izquierda del rio y á tres millas de su embocadura, tuvímos que contar con los prepósitos siameses, encargados de la policía de aquella frontera. El baron iba sumamente recomendado en una carta del mismo lord Bentinck que en caso de necesidad le hubiera abierto hasta las puertas del palacio real de Banckock. Así es que el jefe de Pak-Nam nos recibió con el acojida mas halagüeña. Era este un anciano robusto todavía que habia viajado el Asia, visitado Quedah, Penang y el Bengala; hablaba medianamente el malayo, y para manifestarnos que no era estraño á nuestras maneras de Europa, nos tocó la mano á la inglesa sacudiéndola con toda su fuerza.

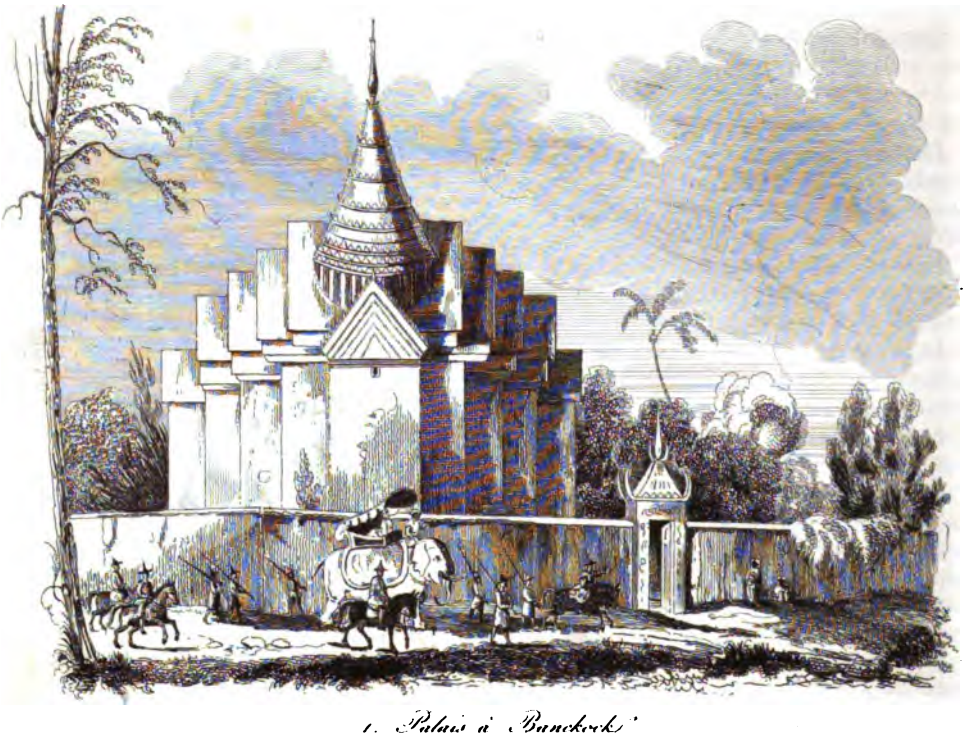
Despues de veinte y cuatro horas de permanencia, el capitan Tsi-fong obtuvo el permiso de remontar el rio, y con el flujo nos hicímos á la vela. Mas allá de Pak-Nam, el Meinan, que hasta entonces conserva cerca una milla de anchura, comienza á estrecharse y ajustarse. A una media jornada mas lejos aparecen, sobre una de sus riberas, los escombros de un fuerte levantado por los Holandeses, hace ya ciento cincuenta años con poca diferencia, en la época en que se hallaba floreciente su comercio con Siam. Estas ruínas, cobijadas actualmente por el agua, constituyen con un banco arenoso los únicos peligros de la navegacion fluvial, pasados los cuales, una embarcacion cualquiera puede cruzar el Meinan en todos sentidos, costear ambas riberas, rozar los árboles con sus vergas sin correr riesgo de encallar. Entre Pak-Nam y Banckock vímos dos fuertes de mampostería, en cuyo derredor se ha agrupado una colonia de Peguanes é indíjenas de Laos, emigrantes llegados allí á consecuencia de las desastrosas guerras suscitadas entre los Birmanes y los Siameses.

Por espacio de unas veinte millas mas allá de las bocas del Meinan, el territorio siamés ofrece el aspecto de una comarca árida é impropia para el cultivo; pero pasado este terreno ingrato empiezan vallecillos fértiles con ricos arrozales y numerosas aldeas. Algunos sotillos de palmeras, verjeles y bosquecillos, varían un paisaje animado por la presencia de los rebaños de búfalos.

A 1.° de agosto, despues de un dia de deliciosa navegacion, apareció Banckock, Banckock la capital actual de Siam, la residencia del rey, desde que Sio-Thya ha sido demolida por la invasion birmana. Situada sobre el Meinan que la circumvala en toda su estension, Banckock nos mostraba en perspectiva los dorados obeliscos de sus pagodas que se remontan por el aire en forma de conos ó pirámides. Veíamos en la ribera sus casas con sus cúpulas de cocoteros y banianos; en el rio y mas cerca de nosotros una multitud de barcos henchidos de naturales, que venian á ofrecernos sus servicios. A lo lejos y para completar el conjunto del cuadro, ostentábase el palacio del soberano bajo su pirámide cónica de trozos de pared que parecian desenvolverse como un abanico (Pl. XXV. — 4). En cada borde del rio fugábase una serie de edificios flotantes, construídos sobre armadías de mambú fijadas en la ribera por medio de fuertes amarras. Eran las tiendas de los mercaderes chinos, aseadas, bien decoradas y conservadas, y cerca de ellas iban á fondear los juncos del comercio. Desde el medio del rio podian oirse esos infatigables revendedores pregonando á voces sus artículos, su tocino fresco, su pescado salado y su rajilla. Nuestro patron chino solo tocaba en Siam para hacer un breve recalo, y habiendo sido prevenidos, decidímos utilizar los pocos dias que se nos otorgaban. En consecuencia, saltámos en el bote del junco, el cual nos condujo á tierra, casi en frente del domicilio del residente portugués, á quien queríamos hacer la primera visita. No fué poca la dificultad de atravesar la multitud benévola, pero curiosa, que se empujaba en nuestro alrededor; hombres y mujeres, niños y ancianos, talapuinos ú oficiales del rey, parecian haber concurrido á ecsaminarnos y analizarnos de pies á cabeza: finalmente abriósenos la puerta de don Silveira, y pudímos ya respirar á entera satisfaccion.

Recibiónos el Portugués del modo mas afable; el té, los almíbares chinos, el betel nos fueron ofrecidos sucesivamente. Nuestro huésped quiso darnos un primer gusto de sus costumbres, á fin de prepararnos mejor para las singularidades del país; hablónos de la corte del monarca actual, de la reciente embajada de M. Crawfurd y del audiencia que le habia concedido S. M. siamesa. «No sin alguna dificultad, díjonos, se decidió á recibir á los In-

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



1. *Palais à Banckock*

1 Palacio en Bankok

2. *Homme et Femme Siamois.*

2 Hombre y Mujer Siameses

de Simon del.

gleses. Algunos Chinos habian persuadido al Prah-Klang (primer ministro) que esos pueblos llegaban siempre con palabras lisonjeras, pedian en seguida fundar una factoría; edificar una muralla y guarnecerla con cañones; que no de otro modo habian procedido en Bengala, y que no observarian diferente conducta en Siam. Despues de muchas órdenes y contraórdenes, se resolvió escucharlos, con tal que fuesen vijilados. A 8 de abril de 1821, M. Crawfurd y sus secretarios de embajada se encaminaron al palacio en hamacas cubiertas de tapices bordados y llevadas por dos hombres del palacio real. Una multitud inmensa cubria las avenidas por qué debian pasar; dos setos de soldados eran impotentes para contener aquellas oleadas de curiosos. A la puerta del palacio descendieron de la litera y se vieron obligados á desprenderse de sus armas: ante la sala de audiencia se ecsijió aun mas todavía; los enviados de S. M. británica tuvieron que descalzarse los zapatos, y al momento fueron saludados por una estrepitosa música compuesta de gongs, tambores y flautas. Apenas habian entrado, cuando compareció el rey. A su vista, aquella multitud de cortesanos saludaron á su amo, levantando por tres veces las manos unidas sobre la cabeza, y prosternándose en seguida por otras tantas, de suerte que la frente estuviese en contacto con el suelo. Sujetáronse los enviados ingleses á la primera parte de este saludo, pero se ahorraron la segunda.

«La sala de audiencia, añadió don Silveira, es un vasto paralelógramo de 80 pies de lonjitud sobre 40 de anchura. Dos órdenes de pilastras de madera conducen desde la entrada principal al trono, el cual se halla sobre un plano mas elevado que el resto. Las paredes y el techo están pintados de encarnado, las cornisas están ecsornadas con bellos dorados, y en el artesonado figuran varias estrellas. El trono, dorado asimismo y medio encubierto por cortinas bordadas de oro, parece un púlpito ó mas bien una capilla de Nuestra Señora. Allí fué donde se sentó el monarca con un cetro de oro en la mano: á su izquierda se hallaban los presentes que el gobernador jeneral de Bengala enviaba á S. M. siamesa. Cuando un secretario hubo leído su lista, empezó entre el rey y los embajadores ingleses una especie de interrogatorio por medio de dos trujamanes. Las preguntas mas importantes fueron de la naturaleza de las siguientes: «Quién os envia? Sabe el rey de Inglaterra que vosotros estais aquí? El gobernador jeneral de Bengala es hermano del rey de Inglaterra? Quién es mas viejo, el rey de Inglaterra ó el gobernador jeneral? Donde ireis al salir de Siam? Ireis acaso á Touranne? ó visitareis á Hue? etc., etc.» Finalmente S. M., despues de haber agotado el catálogo de sus preguntas, concluyó en estos términos: «Soy muy dichoso en hablar con un enviado del gobernador de la India. Todo lo que tengais que participarme, comunicadlo á mi ministro, Suriwung-Kosa. Por lo que hace á nosotros, lo único que puede sernos grato por vuestra parte, es que nos suministreis armas: he aquí todo lo que necesitamos.» Apenas hubo terminado estas palabras, cuando retumbó en la sala de audiencia un choque singular, un susurro áspero y discordante. Corrióse la cortina ante el rey, y los cortesanos se prosternaron de nuevo tocando en tierra con la cara.

«He aqui todo lo que obtuvo la embajada inglesa del potentado siamés. Es cierto que algun tiempo despues, M. Crawfurd consiguió un tratado del ministro de negocios estranjeros; pero toda estipulacion es vana con los jefes del Asia oriental, puesto que el capricho de un dignatario, ó el despotismo de un empleado anulan no pocas veces las convenciones discutidas con sumo trabajo.»

Tras esta conversacion salímos con el residente para esplorar la ciudad. Como el palacio del rey se hallaba casi á la puerta de don Silveira, fuímos á él antes que todo. Junto al muro esterior nos aguardaba un curioso espectáculo. Tal era el Prah-Klang, el primer ministro que montado sobre un magnífico elefante se encaminaba á la residencia real. A su lado, por delante y por detras, iban algunos jinetes é infantes. Estos guardias de corps, con su traje medio europeo y medio asiático, tenian el talante mas grotesco del mundo. Su uniforme consistia en una casaca de mal paño escarlata abotonado por delante, y calzones anchos y flotantes que solo les llegaban á la rodilla: cobijaba su cabeza un estraño sombrero de anchas faldas y terminado en pilon de azúcar, dado de barniz y hecho de cuero de rinoceronte á prueba de sable. Sus armas mas comunes eran prolongadas picas. Sin embargo algunos llevaban fusiles sin bayoneta, y aun á veces sin atacador. Toda esa comitiva se dirijia al palacio que se veía á corta distancia, con sus alas formando como calados de pórticos, y subiendo por hiladas de sillares hasta el pie de un aguja ensortijada. (Pl. XXVI—1).

Despues del palacio fuímos á visitar los templos. El mas notable de estos era el que Krom-Chiat, el príncipe actual, habia hecho construir; magnífica pagoda bouddhica, cuajada de suntuosos santuarios y habitaciones sombreadas por sus talapuinos. Como el culto de Bouddha ó de Fó es comun á los Siameses, á los Birmanes y á los Chinguleses, la forma de los edificios relijiosos, como tambien los usos y los ritos adherentes, son con corta diferencia los mismos en esas diversas localidades. Despues de las

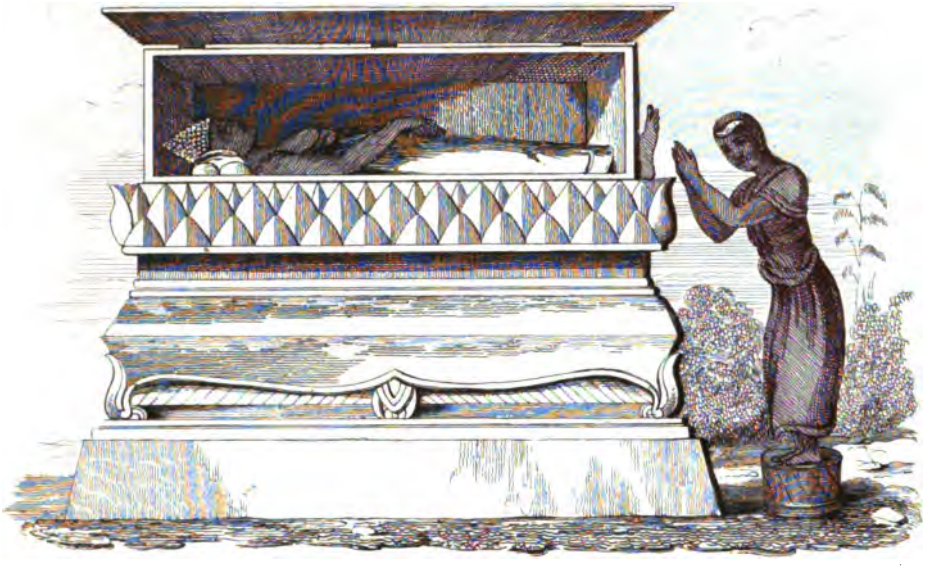
pagodas de Kandy y de Rangoun, restábanme pocas sorpresas que esperimentar de semejante naturaleza; así es que no llamó mi atencion ningun templo de Banckock, á escepcion de una pequeña pagoda aislada y casi solitaria, de un órden y de una simetría perfectas, que tenia en su frontis un dios montado sobre un elefante, y en cada ángulo saliente un atributo característico de los monumentos del bonddhismo y del bracmanismo. A derecha é izquierda y en frente del templo, figuraban algunas capillas votivas ó praws, cuya forma era muy parecida á la de los cimbanillos sarracenos (Pl. XXV.—3). Un poco mas lejos habia un cenotafio dedicado á Goutama, que es el Bonddha actual, que reclamó igualmente un ecsámen atentivo. El monumento era de mármol chino perfectamente esculpido; en una cama practicada en el cúspide y bajo el abrigo de una especie de techo, representábase á Bonddha acostado, mientras que uno de sus discípulos permanecia en adoracion ante el mismo (Pl. XXVI.—3). Esta especie de mausoleo votivo tenia un carácter natural y sencillo, que lo clasificaba separadamente.

Al acercarnos al centro de la ciudad, penetrámos en algunas habitaciones, que eran casi todas construídas de mambú y cubiertas con hojas de palmera, con ventanas enverjadas á fin de tenerlas mas oreadas, y con un pequeño cercado plantado de árboles frutales que les servia ordinariamente de apéndice. En frente de una de aquellas casas vímos una pareja siamesa, hombre y mujer; el hombre iba medio desnudo, pues llevaba solamente una pieza de tela que le envolvia el cuerpo desde la caída de los lomos hasta media pierna (Pl. XXVI.—2). La mujer, sentada sobre un camapé de junquillo, tenia un abanico en la mano; llevaba los cabellos lisos como un hombre; un taparabo listado colocado sobre su espalda le dejaba el pecho medio descubierto; su calzon bastante holgado venia á anudarse debajo la rodilla (Pl. XXVI.—2). La fisonomía de aquella mujer era dulce, graciosa y atractiva; su cabellera lisa y su traje estraño y sencillo encantaron á mi compañero de viaje. En consecuencia quiso penetrar en la casa, y en ella encontrámos al principio alguna desconfianza, en seguida cierto abandono y por fin una cordial hospitalidad.

Las casas de los comerciantes ricos, las de los dignatarios del reino, los templos y los palacios ordinariamente son construídos con materiales mas sólidos y costosos que el mambú y las hojas de palmera. Esas construcciones son de mármol, piedra, ladrillo, mortero y madera de carpintería. La techumbre es muchas veces de tejas encarnadas, y muchas otras de estaño en forma de planchas ó calin que reverbera los rayos del sol.

Fatigados de esta primera correría al través de Banckock, fuímos á las riberas del Meinan, donde nos despedímos del obligatorio Silveira. Al dia siguiente, Norberg me despertó muy de mañana. « Vamos á recorrer de nuevo la ciudad, me dijo, mas esta vez solos y sin otra compañía; hemos de ecsaminar este pueblo de mas cerca que ayer para saber lo que hemos de juzgar de él. Yo no gusto de las esplicaciones demasiado mascadas, ni de las opiniones absolutamente arbitrarias. » Pocos minutos despues atracábamos una de las balsas que bordan la ribera, y en breve nos circundó un populacho oficioso que nos siguió siempre en aumento. A nuestro paso nos sorprendian ora confusa gritería, ora estúpidas preguntas á las cuales nuestro intérprete solo contestaba encojiéndose de hombros. Lo que mas preocupaba á la multitud era el ignorar de que tejido eran nuestros vestidos, y de que servian las pequeñas baratijas del tocador europeo. Escoltados de esta suerte recorrímos los cuarteles mas populosos; vímos el bazar chino enteramente solado de ladrillos, donde se ostentaban una multitud de mercancías de Asia y de Europa; los cendales de China que llevan los Siameses, las telas de Bengala y los paños de Inglaterra; pasámos bajo los muros de la fortaleza, obra sin foso y sin cañones; visitámos la cárcel, la fábrica de pólvora y algunos asilos públicos muy parecidos á las chanderias indas.

Banckock está construída sobre un terreno de aluvion que por todas partes está dotado de solidez y de consistencia. Vense espaciosos canales con una multitud de pequeñas encrucijadas que lo enlazan y transforman en una especie de Venecia. Estos canales están cuajados de bateles mercantes que, cargados de arroz, de algodon, de sal, de aceite y de pescado salado, forman á lo largo del muelle otros tantos almacenes por mayor y menor. De vez en cuando aparecen en aquellas estrechas lagunas algunos puentes informes compuestos de simples troncos de árboles y que proyectan sus arcadas hasta 30 pies de elevacion. Para atravesarlo sin temor es preciso estar dotado de la osadía y de la derechura de un equilibrista. Dos horas habia que andábamos sin que Norberg me hubiese dirigido la palabra. Absorvido en su papel de observador, parecia haberme olvidado enteramente, cuando por fin rompió el silencio.—« Todo esto es harto miserable, dijo; hombres, edificios, industria, costumbres y carácter. Una semicivilizacion ha corrompido esta raza: mejor hubiera sido para ella la barbarie de Mantchou. Cobardía, haraganería, vanidad, bajeza, he aquí lo que llevan escrito esas fisono-

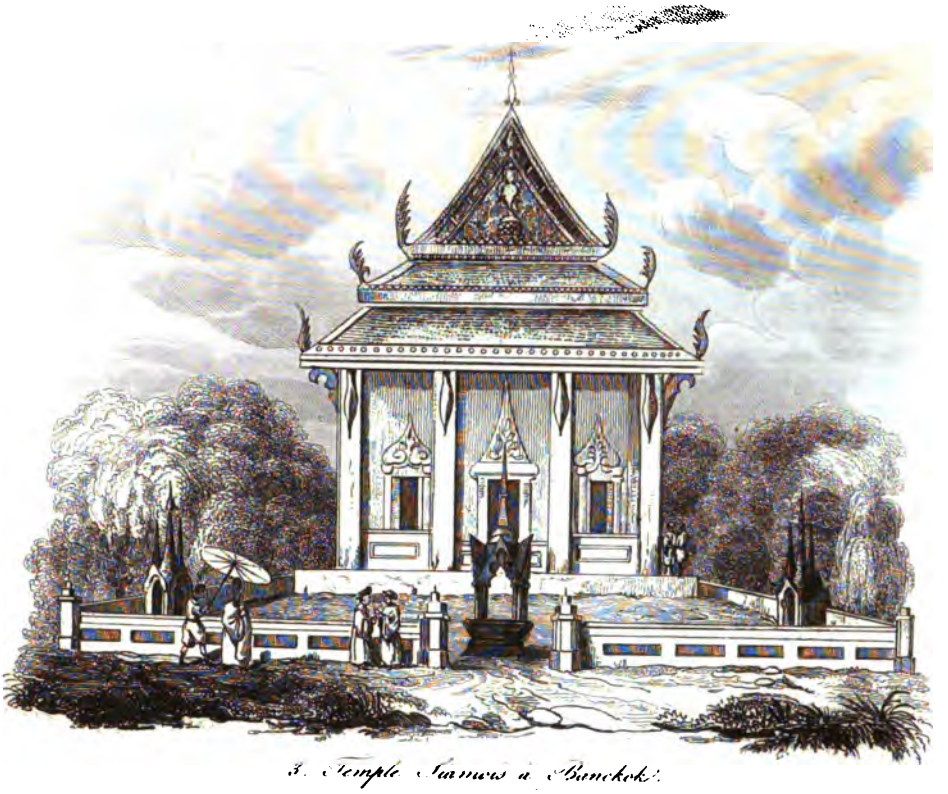


3. *Monument de Goutama.*

3. Sepulcro de Gutama

4. *Vue de Touranne.*

4. Vista de Turana



3. Temple Siamois à Banckok.

3. Templo Siames en Bankok.

4. Vue de Banckok

4 Vista de Bankok

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

mias, y así no debemos estrañar que se encuentren aquí cortesanos que se extiendan en tierra ante un rey.»

Todavía procurábamos abrirnos paso al través de aquel pueblo de ociosos, cuando un natural vino á proponer á nuestro intérprete el conducirnos hácia los elefantes blancos, objetos de tan profunda veneracion en la rejion indochina. Nosotros aceptámos con placer esta proporcion.

El rey de Siam poseía á la sazon seis elefantes blancos, número inaudito en los anales de la comarca y reputado como á auspicio favorable para la prosperidad de su reinado. Nosotros vimos cuatro de ellos, pues los otros dos eran de una naturaleza sobrado caprichosa para ser visitados sin peligro. Aquellos animales tenian la ropa verdaderamente blanca, á escepcion de algunas manchas encarnadas en los puntos en que habia caído el pelo, y ningun indicio de debilidad é imperfeccion atestiguaba que esa blancura fuese una enfermedad. Su talle variaba de seis á nueve pies, y su jenealojía, justificada con todo esmero, hacíalos orijinarios del reino de Laos; ninguno de ellos habia nacido en país siamés ó malayo. La escasez de elefantes blancos es sin disputa el único motivo de la ecsorbitante consideracion de que disfrutan. Los sectarios de Bouddha, en sus ideas de metempsícosis, han debido creer que un animal poco comun, nacido en los países en que se halla la especie análoga perfeccionada en estremo, debia clasificarse en el número de los seres mortales mas puros y mas perfectos. Segun ellos, el cuerpo del elefante blanco aloja un alma superior, á quien la preocupacion popular ha concedido inmediatamente el título y el nombre de rey. Este es el rey puro; el otro el rey terrible; un tercero el rey clemente, y así de los demas.

Cada uno de estos elefantes tiene un pesebre separado con diez guardianes para su servicio. Los colmillos de los machos están guarnecidos de campanillas de oro; la coronilla de la cabeza es cubierta por una cadena de mallas de oro, y en su cerro se halla una pequeña almohada de terciopelo bordado. En la cerca comun de los nobles animales, nuestro guia nos mostró dos monos blancos, de elevada talle y armados con prolongadas colas que, segun decia, eran para conjurar toda enfermedad lejos de los reales pensionistas.

De los elefantes blancos pasámos á los demas elefantes que su color hacia entrar en los límites de la clase ordinaria y dedicaba á los mas penosos servicios. Nada tenian esteriormente que llamase la atencion; su talle era regular, su talante bastante grosero, pero sus cornacs hablaban con entusiasmo de las cualidades intelijentes y preciosas de que estaban dotados. Muchos de ellos estaban remendados de blanco, especialmente en la cabeza.

Al salir de las caballerizas reales, el azar nos procuró el espectáculo de una ceremonia fúnebre que habia atraído un gran concurso de pueblo. La escena pasaba bajo un baniano que estendia su follaje sobre el patio de un templo. Hallábase allí el féretro elevado seis pies sobre el nivel del suelo, revestido de una mortaja blanca, y superado de un dosel adornado de flores de jazmin. Cuando una música estrepitosa de gong y de tambores hubo floreado los funerales, empezó la oracion dirijida por el talapuino. Esta oracion estaba en pali y los concurrentes la leían en hojas de palmera. Algunas mujeres sentadas sobre un azotea, detras del sacerdote llevaban cada una un cirio en la mano.

Despues de las consabidas oraciones, acercáronse los talapuinos, quitaron la mortaja que cubria el féretro y se la repartieron; en seguida entregaron el cuerpo á los servidores, quienes debian lavarlo. Mientras se cumplia con este piadoso deber, pudímos ecsaminar el actitud de los parientes del muerto. Grave y decoroso era su continente, pero ningun síntoma manifestaba en ellos un dolor intenso. Una mujer sola parecia profundamente aflijida. Era la esposa del difunto, apenas de 20 años de edad, que, como signos esteriores de luto, llevaba el pelo rapado y el vestido blanco. Estaba sentada ante el ataud, y la vista de aquel cadáver le arrancaba lágrimas y sollozos.

Componíase la hoguera funeraria de un monton de materias combustibles sobre las cuales se colocó el féretro. El talapuino, despues de una nueva oracion, vino á distribuir entonces á la concurrencia hachones ó pedazos de madera inflamados. Norberg y yo recibímos de ellos del propio modo que los demas, y tambien fué preciso que á nuestro turno pegásemos fuego á los restos del digno Siamés. Al rededor de la hoguera chisporreante, reuniéronse en círculo los parientes, hicieron un paquete con sus equipajes, sacudiéronlos por seis veces, guardándose bien de dejarlos caer; y despues cuando la hoguera no ofreció mas que ascuas y cenizas, retiróse cada uno, despidiéndose de la viuda desconsolada. Este culto tributado á los muertos habia conmovido á mi impasible Norberg. El recojimiento de los talapuinos, el silencioso respeto de la multitud, el dolor de aquella mujer jóven y hermosa, todo esto contribuía á causar su emocion. «Este pueblo tiene con todo algunas buenas circunstancias!» le dije. Sintióse él comprendido. «Bah! bah! respondió, pura comedia! Los niños van á tomar su compensacion ante el arquilla del muerto, y su viuda volverá á casarse en la semana prócsima. —Sois incorrejible.»

Habíamonos puesto de nuevo en marcha en direccion al rio, despues de haber visitado los escombros de los fuertes, el uno holandés, el otro francés, y ya tocábamos al desembarcadero, cuando se nos acercó un hombre. Era visiblemente un Siamés, pero su traje semi-indíjena, semi-europeo, le comunicaba un aspecto tan grotesco, que no sabíamos que concepto formar de él. «Soy un enviado del obispo católico, nos dijo en una jerga incalificable; quieren Vds. seguirme junto á Su Grandeza?» Aunque la forma de la invitacion y la persona del maestro de ceremonias no tenian ningun atractivo, nos complacímos que se ofreciera la ocasion de ver los restos de una mision célebre, y sus modernos titulares. En el espacio de pocos minutos nos encontrámos bajo el techo del obispo, anciano septuajenario, hombre de talento y de jenio, natural de Aviñon, pero residente, hacia ya 40 años, ora en Cochinchina, ora en el reino de Siam. Llamábase M. Sozopolis; era de la órden de los dominicos, y sucesor de esta larga serie de obispos que la corte de Roma mantenia en aquel país desde el año 1659. Estendíase su autoridad sobre todos los católicos del reino siamés y de la península malaya. Tres mil neófitos con corta diferencia formaban el rebaño de aquel digno pastor. La ciudad de Banckock contaba tres iglesias de su inspeccion: Santa Cruz, Santa Ana, y Ntra. Sra. del Asuncion. Esta última era su catedral, y su pobre casa que calificaba con el nombre de obispado le servia de palacio.

La vista de un compatriota causó sobre el buen sacerdote una impresion imposible de describir. «Hable V, caballero, me decia; oh! hable V. por favor! tengo harta necesidad de oir una voz francesa, palabras francesas. En el decurso de mi vida peregrina he permanecido muchas veces 10, 15 años sin que hiriese mis oídos el idioma natal. Ecsiste aun nuestra Aviñon, con su castillo en el altura, sus calles estrechas, sus murallas sin foso? y nuestro Ródano? y nuestra iglesia metropolitana? mucho aprecio mis ovejas, caballero; heles dedicado mi vida, mi saber evanjélico; pero el recuerdo de la patria me es asimismo sumamente grato; por aquellos puedo renunciar á este; olvidarlo seria ecsijir demasiado.» Yo respondí al prelado lo mejor que pude, y lo hize con un calor y entusiasmo que le conmovieron: como conocia mi Aviñon en todas sus partes, entré en pormenores tan verdaderos y tan minuciosos, que vertia lágrimas de ternura; pasando despues del aspecto de las localidades á los acontecimientos políticos enlazados con aquellas, continué como si hablase todavía á un oyente informado. Solamente al cabo de muchos minutos noté una mutacion de fisonomía y de actitud. La emocion habia reemplazado á la sorpresa, y M. Sozopolis me escuchaba cual si le hubiese referido una novela. En efecto, desde que el eclesiástico habia salido de Francia (1787), no habia venido en conocimiento de ninguna de nuestras revoluciones contemporaneas. Misionero en el Tibet, en el Laos, ó en la Cochinchina interior, era muy reciente su descenso á Banckock, y yo era el primer compatriota que veía. Concíbase un hombre, un Francés, un obispo, ignorando hasta el nombre mismo de Napoleon! Creyó al principio Norberg que aquello era una pantomima ó un ausencia de espíritu por parte del sacerdote; pero su lealtad y su candor desarmaron en breve nuestras desconfianzas. Aunque el obispo de Siam habia oído vagamente hablar de conmociones populares y de revoluciones acaecidas en Francia; tales rumores sin embargo, llegados hasta él por las relaciones de los indíjenas, no le habian parecido dignos de absoluto crédito. Cuando yo le referí sumariamente nuestra historia desde 40 años antes, notámos reproducirse sucesivamente en aquel semblante venerable, impresiones de admiracion de terror y de piedad.

Quise yo tambien á mi vez saber su vida aventurera y sus penosas incursiones al corazon del Asia oriental, procurando en medio de la historia de la mision relijiosa para cerciorarme de algunos resultados de observaciones puramente profanas. El obispo tuvo harta franqueza para confesarnos que casi todas sus tentativas de proselitismo habian sido infructuosas. «Los talapuinos gobiernan esas comarcas, decianos con amargura; ellos son los que hacen á los hombres ciegos á la luz y cierran sus oídos á la palabra de Dios. Su moral relajada y fácil se adapta á las habitudes indolentes de los naturales; así que, cuando se les habla de nuestras santas prácticas, responden que es un sendero sobrado áspero y trabajoso para subir al cielo. Por lo demas, los Siameses son altivos y vanos como sus sacerdotes; considéranse como el pueblo por escelencia, créense superiores á todos los demas, no menos en las artes que en las ciencias, y rechazan la predicacion evanjélica no tanto por antipatía como por orgullo nacional. La vanidad de Satan mora en sus corazones.»

Esta larga conversacion con el obispo duró hasta el anochecer; y deseoso de prolongarla todavía mas, invitónos el prelado á participar de una cena bastante frugal, compuesta de volatería, arroz y dulces chinos. Para completar el regalo, M. Sozopolis fué á buscar en persona y misteriosamente una botella, en la cual podia leerse todavía: *Vino de Frontignac*. Era una miserable bebida, enervada por la edad y gastada por el clima. En cambio Norberg mandó al dia siguiente á nuestro escelente huésped

diez botellas de un maravilloso Constancia que sin duda nos ha hecho recordar muchas veces la memoria del buen prelado.

Eran ya las nueve de la noche cuando nos despedímos de él: contra la costumbre ordinaria, la ciudad estaba aun animada y poblada especialmente en los cuarteles ribereños. El aspecto del rio nos resolvió el enigma: los Chinos celebraban un aniversario. A lo largo de las tiendas flotantes que orillan el Meinan, habia varias guirnaldas en linternas de papel aceitoso y pintado que proyectaban en el agua sus reflejos variados y colorados. Los juncos del rio, incluso el nuestro, eran iluminados por el mismo estilo; todo lo largo del filarete, el arboladura, el velámen, todo resplandecia por fuegos charolados; mientras que á derecha é izquierda oíanse estrepitosas orquestas que retumbaban arias nacionales con gran refuerzo de gongs y de tambores. De esta suerte regresámos á nuestro camarote al son de la música y á los reflejos de la iluminacion.

En los dos dias siguientes no salímos del junco. Norberg, un poco sufrido, tenia necesidad de reposo: por mi parte queria tambien recojerme para clasificar lo que habia podido ver y ecsaminar. Deseaba estudiar la jeografía y la historia de la comarca siamesa: su historia, que bajo Luís XIV tomó un color enteramente francés; su jeografía, tan poco conocida que todos los escritores están discordes acerca los verdaderos límites de este imperio.

CAPÍTULO XXV.

BANCKOCK.—HISTORIA Y JEOGRAFÍA DEL REINO DE SIAM.

El nombre de Siam, del propio modo que muchos otros, ha burlado hasta aquí la ciencia de los etimolojistas. Los Siameses se llaman en su lengua *T'hai;* los Birmanes los conocen bajo el nombre de *Shan*, los Chinos y los Malayos bajo el de *Seam*. El antigua capital Sio-Thya parece tener un apelacion de oríjen mitolójico y derivado de *Sri-Ayudhia*, nombre sanscrito del reino del Dios y rey indo Rama, tan célebre en la leyenda siamesa. De ahí proceden sin duda las profundas alteraciones que sufrió ese nombre de capital en diversos mapas donde se le apellida sucesivamente Siam, Yuthia, Odia y Judia. La Loubere divide á los Siameses en dos naciones, los Thaï-Yaï y los Thaï-Noë, ó los grandes y los pequeños; los primeros componen los Siameses propiamente dichos, y conocidos por tales de los Europeos; los segundos forman un pueblo mas antiguo y caracterizados con menos ecsactitud. Este aserto no ha sido todavía bien probado ni destruído; únicamente se sabe que el pueblo de Laos se llama Thaï-Yaï en dialecto siamés.

La historia auténtica de este pueblo no procede de siglos muy remotos. Al indagar mas allá, todo lo que se encuentra, se reduce á que en el año 638 de nuestra era y bajo el reinado del llamado Krek, la relijion de Goutama, el Bouddhismo, fué trasladado de Ceylan á país siamés. Desde aquel período hasta nuestros dias, han gobernado este imperio sesenta príncipes, y en 1187, el trijésimo tercio residia en Lakontai, ciudad situada en las fronteras del Laos, á unos 20° de lat. Desde entonces transfiriróse la capital á Sio-Thya, sobre las riberas del Meinan, hácia el monarca trijésimo séptimo, que reinaba por los años de 1350.

En 1502, á la version local sucede la version europea. Desde aquella fecha se mezcla Siam en los debates indianos; uno de sus reyes aventura una demostracion abortada contra el principado de Malaca, y en 1511 organízanse relaciones entre esa factoría portuguesa y las posesiones siamesas de la península. En seguida transcurren un siglo y medio en revoluciones interiores ó en invasiones estranjeras, y solo á fines del siglo décimo séptimo recobran esos anales alguna vida é interés.

Era aquella la época en que la propaganda relijiosa mantenia á lo lejos intrépidos y fervientes evanjelistas. Apenas se hallaba fundada la sociedad de las Misiones francesas, cuando ya partian para Siam tres eclesiásticos, hombres de talento y de elevada alcurnia, con la idea de concluir allí la obra comenzada por los frailes franciscos y dominicos de Goa. Aquellos tres apóstoles eran Lamothe-Lambert, obispo de Beryta; Pallu, obispo de Heliópolis; Cotolendi, obispo de Metelopolis. Embarcáronse sucesivamente en Marsella, desembarcaron en Siria y arrostraron los peligros de una peregrinacion por tierra, al través del continente asiático. Dos años duró su viaje; atravesaron los desiertos arábigos, la Persia, el Indostan, la península de Malaca, y llegaron á Siam, el primero en 1662, y los demas algun tiempo despues. En aquella época reinaba en ese país el rey quincuajésimo segundo, Tchaou-Naraïa, espíritu novador é intelijente, mas adelantado que sus súbditos y decidido á hacer la esperiencia de nuestra civilizacion europea. Recibió con albagüeña acojida á los obispos misioneros; concedióles un terreno ó *campo*, en el cual fundaron el seminario de san José. Algunos cristianos, emigrados de la Cochinchina á consecuencia de una persecucion relijiosa, vinieron á colocarse bajo su autoridad episcopal, y formaron inmediatamente un nucleo de comunion. Pero este suceso nada fué en comparacion con los que les reservaba el azar.

El azar fué efectivamente el que condujo á la corte de Tchaou-Naraïa un aventurero, llamado Constantino Phalcon, Griego de Cefalonia, llegado jóven á Lóndres, y conducido despues á las Indias por su protector; cometido sucesivamente mercader, soldado en la milicia inglesa, zarracatin, armador y sobrecarga. Tras una serie de viajes mas ó menos felices, arrojólo la tempestad sobre una costa, al propio tiempo que al embajador de Siam en la corte de Persia. Algunos servicios prestados á este dignatario fueron la ocasion de su fortuna.

Regresado con él á Sio-Thya, Phalcon vivió al principio muy pobre y mantenido en el seminario á espensas del obispo de Beryta. Mas, en un audiencia que le concedió el rey, dió tales pruebas de sagacidad, y desplegó planes tan nuevos y ecsactos acerca la política siamesa, que Tchaou-Naraïa se le adhirió al principio en calidad de embajador, y despues como confidente íntimo y primer ministro. Ascendido al poder por los obispos franceses, no los olvidó Phalcon cuando se vió en él. Cristiano griego de nacimiento, habíase hecho protestante en Lóndres; convirtióse católico en Siam, no tanto por cálculo como por conviccion: ambicioso y astuto, protejió los trabajos de los misioneros, obtuvo para ellos de Tchaou-Naraïa algunos privilejios y socorros, y les hizo erijir varias casas é iglesias. Pero su proyecto dominante era mas bien político que relijioso: pretendia llegar desde los obispos franceses al rey de Francia, y crearse un título cabe Luís XIV por medio de antecedentes capaces de conmover á aquel monarca.

Efectivamente, en breve se trató en Paris de una embajada que el rey de Siam enviaba á S. M. francesa, sin que nadie hubiese solicitado semejante medida. Al principio se reputó el hecho una mistificacion; pero los padres Vachet y Pascal, misioneros, vencieron fácilmente todos los escrúpulos. Presentaron las cartas de los obispos franceses que atestiguaban la verdad de la embajada, y el carácter de los dos mandarines siameses, despachados como plenipotenciarios á Luís XIV. Consideróse entonces como un negocio de Estado disponer el ceremonial y la etiqueta del audiencia. Aconsejaron al rey que procurase imponer por medio de la pompa esterior á unos hombres inaccesibles á toda otra influencia; y Luís XIV dejóse cubrir con un vestido tan sumamente cargado de oro y de piedras preciosas, que sucumbió bajo el peso. Los embajadores fueron recibidos en Versalles en medio de una corte esplendorosa de brocados; saludaron al rey á la siamesa, barriendo el suelo con sus gorros puntiagudos circundados de círculos de oro, y asistieron despues á una comida de S. M., al juego de las grandes aguas, á una fiesta que dió Monsieur en Saint-Cloud, y por fin á una magnífica partida de caza organizada en Chantilly por el príncipe de Condé. Durante los dos meses de vida ajitada, que aquellos dos pobres mandarines pasaron en Francia, asistieron á todos los placeres, á todas las ceremonias y á todas las solemnidades. Partieron finalmente arrobados y medio muertos.

Luís XIV no queria permanecer por mucho tiempo ocioso con su hermano el rey de Siam. A 27 de setiembre de 1687, apareció en el rio del Meinan una embajada francesa, compuesta del caballero de Chaumont, de Cerberet y de La Loubère, jefes de la diputacion, de cinco misioneros y de catorce jesuítas, entre los cuales se contaba el padre Tachard que con el título de matemático ocultaba instrucciones secretas, mas estraordinarias que los poderes del embajador. Este hombre iba encargado por madama de Maintenon y el padre La Chaise, para reducir al soberano siamés á una pomposa conversion.

En efecto, desde las primeras audiencias, insistieron los embajadores de Luís XIV sobre el deseo que alimentaba este monarca de ver al poderoso rey de Siam convertido al cristianismo. Con este motivo se le remitieron muchas notas, á las cuales contestó Tchaou-Naraïa, sin desdeñarse de hacerse controversista. En un documento oficial, redactado sin duda por Phalcon, decia: «Un cambio súbito puede arrastrar tras sí una revolucion, y no abandonaré jamas una relijion recibida y observada en mi reino durante una serie no interrumpida de 2229 años. Por lo demas, no puedo menos de quedar sorprendido de la vivacidad con que vuestro monarca sostiene la causa del cielo: parece que el mismo Dios no toma en ello interés alguno, y que deja á nuestra discrecion el culto que se le debe, puesto que en fin, este verdadero Dios que ha creado el cielo y la tierra y todo cuanto respira y ecsiste, que ha constituído la esencia de los seres y les ha inculcado diferentes inclinaciones; por ventura no podia inspirar á los hombres, dándoles almas y cuerpos semejantes, los mismos sentimientos sobre la relijion que debia seguirse, é indicarles con toda claridad el culto que le era mas agradable? Y pues que no lo ha hecho, debe colejirse que es porque no lo ha querido. Es pues mucho mas natural creer que el verdadero Dios lo mismo se complace en verse adorado con diferentes cultos, como el ser glorificado por un prodijioso número de criaturas que lo ensalzan todas á su manera.»

No faltaron argumentos al P. Tachard para combatir la tesis real, pero aquellas controversias teolójicas solo terminaron con un círculo

vicioso de instancias y negativas. Las negociaciones políticas fueron mas fructuosas; obtúvose que ocupasen guarniciones francesas á Banckock y Mergui, los dos baluartes de las provincias siamesas. En todas estas negociaciones, Constantino Phalcon se manifestaba diplomático hábil y consiguiente. Su único apoyo en el reino era el rey; Tchaou-Naraïa defendia á su favorito contra el odio de sus cortesanos y las murmuraciones de su pueblo, y como una conjuracion podia perder á la vez al monarca y al favorito, la contrarió con todas sus fuerzas. Aconsejó el tratado de alianza y el admision de ausiliares franceses, á fin de encontrar, en caso de desgracia ó de sublevacion, una fuerza en que apoyarse y un abrigo para salvar su vida.

El comandante de las tropas desembarcadas, de Farges, recibió entre sus instrucciones secretas la órden de abocarse con Phalcon en las circunstancias esenciales. Concedióse al primer ministro una guardia de 24 Franceses; otros oficiales compatriotas fueron enrejimentados en los batallones siameses; por fin, el jefe de escuadra Forbin, franco y buen marino, observador perspicaz y sospechoso, se conformó en tomar el título de almirante y jeneralísimo de los ejércitos del rey de Siam. Al través del afectado lujo que se ostentara ante la embajada, habia comprendido Forbin la miseria del país; detras de aquellos jirones de oro y plata habia visto algunos andrajos. Así es que solo esperimentó una sorpresa mediana cuando, pocos dias despues, admitido al audiencia del rey, encontrólo sentado sobre una estera de mimbre, y obligado á sacar un pedazo de bujía de su faltriquera para iluminar la sala del consejo. Confiriéronse al jeneralísimo treinta y seis esclavos y dos elefantes, una pequeña casa miserablemente amueblada, con doce sillas, dos copas de plata, cuatro docenas de servilletas y dos bujías de cera amarilla diariamente. « Todo esto no era mas que una mezquindad, añade el marino en sus Memorias, pero lo mas intolerable, era el modo como Tchaou-Naraïa trataba á sus mandarines. A los que no hablaban bastante, les hacia abrir la boca hasta las orejas, y la hacia coser á los que hablaban demasiado; por un accion torpe les hacia cortar un brazo, y una pierna por un tropezon. Sin Phalcon yo no hubiera permanecido veinte y cuatro horas en aquella miserable corte.»

Quedóse pues Forbin, y el caballero de Chaumont partió á fines de 1688 con tres embajadores siameses, portadores de presentes para el rey de Francia, y encargados de pedir en retribucion algunos injenieros y un refuerzo de tropas.

Reinaba todavía Phalcon, y acababa de reprimir con felicidad y valor una sublevacion de emigrados macasares que habia puesto en peligro á la capital siamesa, con lo cual creíase afianzado mas que nunca en su puesto supremo, cuando cayó sobre él una nube borrascosa. El nuevo ministro habia querido marchar con sobrada rapidez en la senda de las reformas. Habia protejido abiertamente á los sacerdotes católicos contra los talapuinos, entregado la conversion del reino al zelo de los misioneros jesuítas, fundado cátedras, edificado iglesias y creado colejios cristianos á espensas de las pagodas y de las instituciones bouddhicas. No podian acomodarse impunemente tantos títulos al odio del sacerdocio indijena: el pueblo, sordamente trabajado, buscaba un pretesto para enarbolar el estandarte de rebelion, y los cortesanos solo se inclinaban ante el favorito actual con la idea de hacerle traicion. Obcecóse Phalcon creyéndose mas fuerte que todas las intrigas. El rey, á la sazon enfermo, no tenia sucesor alguno, y los lances de la herencia soberana se dividian entre dos favoritos, Monpit y Pitrarcha. Phalcon acababa de declararse por el primero, cuando Pitrarcha hizo asesinar á su competidor, y detuvo con mano fuerte al primer ministro en el momento en que se encaminaba al palacio del rey moribundo. En vano quiso de Farges acudir desde Banckock al socorro de Phalcon, pues amedrentado por las relaciones de los misioneros, quedóse á medio camino de Sio-Thya, y consumóse la revolucion. Una especie de capitulacion, firmada con el jefe de las fuerzas francesas, estipuló que el reino de Siam seria evacuado por las guarniciones de Banckock y de Mergui. Los misioneros fueron insultados en la capital del reino, y los obispos pudieron difícilmente sustraerse al ímpetu del movimiento reaccionario.

Phalcon, despues de increíbles tormentos, fué conducido á una selva y decapitado sin la menor ostentacion. Su esposa, que habia escitado la pasion del hijo del nuevo rey, fué al principio violentada por sus negativas, y vendida en seguida como esclava, en cuyo estado vivió mas tranquila sin ser mas feliz. La viuda de Phalcon sirvió en las cocinas del rey, y falleció ama de llaves de palacio. En los primeros momentos de represalias que siguieron á la salida de las tropas francesas, la suerte de los cristianos de Siam fué horrible: el seminario fué saqueado, las jóvenes abandonadas á la brutalidad del soldado, y muchos sacerdotes sujetados al horrible suplicio de la canga. M. de Lamothe-Lambert permaneció por espacio de un dia entero á merced del populacho, que le arrancó uno á uno los pelos de la barba, arrastrólo á la ciudad y lo entregó á los carceleros medio muerto. Una religiosa, procedente de Manila, fué paseada por las calles con un

crucifijo atado bajo sus pies paraque pudiese decirse que habia pisoteado á su Dios.

Amainaron finalmente tales persecuciones, y habian cesado enteramente cuando el P. Tachard volvió á manifestarse en Banckock en 1690, con los dos mandarines que llevaba de Francia como mensajeros de paz. Tuvieron lugar nuevas conferencias, cuyo resultado fué la libertad del obispo, el cual fué entregado á la cabeza del seminario restaurado.

El usurpador Pitrarcha reinó hasta 1700, en cuya época le reemplazó su hijo. Su dinastía, que reinó hasta 1767, tuvo poco que altercar con las potencias europeas, pero en cambio le causaban sus vecinos terribles alarmas. Asolaba el reino una guerra civil, cuando por los años 1759, el aventurero Alompra, el vencedor de los Peguanes y el restaurador de la diadema birmana, proyectó la conquista de las provincias siamesas. Marchó al principio sobre Martaban, ocupó en seguida Merguy y Tanasserim, avanzó hácia Sio-Thya en 1760, asolando, saqueando y pasando á degüello cuanto se hallaba á su paso. Hallábase á tres jornadas de la capital, cuando le sorprendió una enfermedad mortal que limitó aquella primera invasion á algunos asaltos infructuosos.

Permanecieron tranquilos los Birmanes bajo el sucesor de Alompra; mas su segundo hijo, Shembuan, dirijió de nuevo su vista hácia los países siameses. Recobró á Merguy en 1765, y á Tanasserim poco tiempo despues; marchó en seguida contra el ejército siamés, derrotólo, devastó el país del Meinan, y difundió por la comarca el plomo y el fuego, acampando finalmente ante Sio-Thya en el mes de abril de 1767. Esta ciudad fué tomada por asalto, saqueada, incendiada y destruída hasta tal punto que era imposible ver en aquellos escombros la capital de la comarca. Sus templos fueron derruídos hasta en sus cimientos, degollados sus talapuinos, fusilado su rey, deportados sus príncipes, cargados de hierros sus grandes dignitarios, y aniquilada su poblacion. Cuando se retiraron los Birmanes, ni tan solo quisieron tomarse la pena de autenticar su derecho de propiedad sobre aquellos escombros.

Despues de su salida, tuvo lugar una reaccion, de la que se aprovechó un príncipe chino para apoderarse del trono y hacerse proclamar bajo el nombre de Phia-Tak, siendo Banckock la capital del nuevo estado. Phia-Tak pasa por haber sido en sus principios un príncipe cuerdo é intrépido, que reconstituyó el reino desmembrado, y redujo á la obediencia las provincias de Pi-sa-lack y de Ligor; pero en los últimos años de su reinado, este soberano tuvo tales accesos de caprichosa tiranía y de cruel supersticion, que corrió la voz que se habia vuelto loco. Este dato fué esplotado por un jeneral, gran dignatario del reino, llamado Chakri, que sublevó el ejército, atacó al rey en Banckock, lo venció, condenólo á muerte, y se ciñó la diadema, conservándola hasta 1809, en medio de hostilidades sin cesar renacientes por parte de la Birmania. Su sucesor, que reinó hasta 1824, defendió igualmente sus estados con felicidad contra las agresiones de ambiciosos vecinos. Un complot de talapuinos dió márjen por este mismo tiempo al arresto de 700 de ellos. Sin embargo el príncipe limitó el castigo á un solo acto de autoridad; los principales culpables fueron solamente despojados de sus vestidos sacerdotales, y condenados á cortar yerba para los elefantes blancos. Falleció á 20 de julio de 1824: este rey ha dejado el trono á su hijo ilejítimo, cuyo advenimiento no ha encontrado graves obstáculos, que gobierna felizmente en el actualidad las provincias siamesas.

En medio de estas diversas revoluciones políticas, el reino de Siam no ha tenido en ninguna época delimitaciones ecsactas y bien determinadas. Las nociones mas recientes lo colocan entre las provincias chinas de Yun-Nan y de An-Nan por la parte del N. y del E., el mar de China y la península independiente por la del S. y el estrecho de Malaca y las nuevas posesiones inglesas en la Birmania por la del O. Compónese este reino de cuatro partes distintas: la comarca siamesa propiamente dicha, parte del reino de Laos, parte del Kambodje, y los estados malayos tributarios. La superficie total de estas diversas provincias es de unas 190.000 millas cuadradas.

Prescindiendo de algunos ricos terrenos de aluvion, el territorio siamés es montañoso y desigual. Por la parte del N. se estienden elevadas cordilleras, que proyectan sus ramales secundarios en la direccion del S. En medio de semejantes territorios corren los tres grandes rios del país, el Meinan, el Saluen y el rio de Kambodje.

El Meinan, del mismo modo que el Ganjes y el Nilo, se manifiesta en las comarcas que atraviesa por medio de crecidas fecundas y periódicas; misterioso como aquellos rios, oculta igualmente sus manantiales, objeto de fabulosas versiones entre los naturales de esas comarcas. El Meinan solo empieza á ser navegable en las cercanías de Sio-Thya, la capital antigua; pero desde este punto hasta el Océano, es seguro y profundo aun en las partes mas bajas. La inundacion tiene lugar en setiembre; en diciembre se retiran las aguas, en cuyo intérvalo la campiña está cuajada de bateles que van á recojer la cosecha del arroz. Las casas edificadas sobre estacas, se hallan al abrigo del derrubio

que asciende hasta un altura de 18 pies.

Las llanuras del reino de Siam propiamente dicho tienen todas una capa del sedimento que deposita el rio, sedimento que comunica á la vejetacion un actividad y una savia prodijiosas: mas en cambio las montañas son áridas y estériles. Desde Sio-Thya á Banckock, las riberas del Meinan están pobladas, pero mas abajo solo presentan desiertos invadidos por lejiones de monos é infestados de músticos. Segun La Loubere, el invierno propiamente dicho solo dura dos meses en Siam, diciembre y enero, que son los primeros del año siamés; los tres meses siguientes forman su pequeño verano, y su gran verano comprende los otros siete meses. La estacion mas rigurosa equivale á un verano de Francia.

Los bosques de Siam abundan en maderas preciosas; el árbol faang suministra un palo tinte encarnado; la corteza del *tonki* sirve para fabricar papel. El arroz que se cultiva es de tres especies, como en Sumatra, el arroz de las llanuras, el arroz de montaña y el arroz silvestre. Las tierras no inundadas producen trigo en abundancia; las hortalizas y los legumbres son tambien copiosos.

Todas las especies animales de la península indo-china y de la Birmania se hallan asimismo en el reino de Siam. Sus elefantes son célebres por su belleza y su intelijencia: sus caballos son malos, y el ganado en corto número; los javalís y los monos abundan; el *nocto*, ave acosadora que, es mas corpulenta que el avestruz. En el suelo pululan reptiles venenosos que en tiempos de lluvias y de borrascas invaden las habitaciones. Los árboles que orillan el Meinan están cubiertos de moscas fosfóricas, animales singulares que tienen la propiedad de ocultar ó de proyectar su luz con una intermitencia muy notable. Las aguas del rio encubren enormes cocodrilos que algunas veces tienen hasta 40 pies de lonjitud. Todos los viajeros que han visitado la comarca hablan con admiracion de unos hermosos pájaros con garzotas encarnadas y blancas, sin que nadie haya podido hasta el dia determinar su jénero. Igualmente se tiene muy poco conocimiento de las riquezas minerales de la comarca: los metales mas comunes son el estaño, el cobre, el antimonio y el plomo; entre las piedras se han notado hermosos mármoles, imanes, ágatas y záfiros.

La topografía de Siam no es menos obscura que su jeografía. El litoral esplorado recientemente por M. Crawfurd ofrece solamente algunos puntos bien observados; mas el interior, donde no ha penetrado ningun Europeo permanece siempre bajo lo vago de las relaciones indijenas, jeneralmente contradictorias.

La comarca siamesa propiamente dicha, ó el valle del Meinan, desde Pe-Chai hasta el mar, cuenta muchas ciudades importantes. En primer lugar se halla Banckock (*Fon* de los Siameses) situada sobre las dos riberas del rio, pero principalmente sobre la izquierda donde reside el rey. Su poblacion, difícil de determinar, asciende, segun los naturales, á 150.000 habitantes; M. Crawfurd la estima en 50.000, y algunos jeógrafos modernos le atribuyen 90.000. Tras ella viene el antigua capital Sio-Thya, ciudad espléndida y populosa del tiempo de Tchaou-Naraïa, actualmente reducida á un papel secundario é insignificante. Si hemos de creer á los antiguos viajeros, nada es comparable á la magnificencia de Sio-Thya en los dias de su prosperidad. El P. Gervasio y Kœmpfer, refutado sin embargo por La Loubere, nos han transmitido la descripcion de sus templos bouddhicos cuyo número no bajaba de 200, segun los primeros. Distinguíanse aquellos monumentos por sus frontis y sus techos superpuestos, sus frontispicios y sus ídolos de oro, sus agudas pirámides forradas de calin, estaño blanco de esplendorosos reflejos. «Cerca del palacio, dice Kœmpfer, habia un templo en forma de cruz, superado de cinco cimborios cubiertos de calin; alzábase sobre muchas bases que sostenian 44 pirámides de diferentes dimensiones, sobrecargadas de ornamentos y doradas en su cúspide, que terminaban ora en punta, ora en forma de cúpula. La galería que corria en el interior del templo ofrecia mas de 400 estatuas muy bien doradas, todas semejantes y bastante bien trabajadas.» En los alrededores de Siam veíanse otros monumentos: un templo para el uso de los Peguanes con una estatua de Bouddha que, derecha, hubiera tenido 120 pies de altura; el templo de Berklam, distinguido por sus cinceladuras; por fin la pirámide Pouca-Fon erijida en honor de una victoria alcanzada sobre un rey de Pegu, fábrica magnífica aunque maciza, de 120 pies de altura. Por una escalera descubierta se llegaba á la cumbre: el pedestal de la parte superior era octógono y terminaba con un obelisco; varios vuelos, cornisas y columnas con capiteles y globos adornaban aquel hermoso edificio. Actualmente todas aquellas maravillas no ecsisten ya. La invasion birmana ha pasado como un huracan sobre el suelo siamés, arrancando de cuajo aquellos viejos edificios. Apesar de esta decadencia bien justificada, algunos jeógrafos han persistido hasta principios del presente siglo en mantener á Sio-Thya en su esplendor antiguo y en copiar á Lacroix que le atribuia, en 1780, 600.000 habitantes.

A mas de estas dos ciudades, el valle del Meinan cuenta todavía á Pi-sa-lack situada sobre

el rio y circundada de una muralla de ladrillos; Louvo, residencia real de los antiguos reyes de Siam, situada á medio camino entre Sio-Thya y Banckock; á mayor distancia, Pra-bat, que no tanto es una ciudad como un punto de peregrinacion, donde se halla de manifiesto la huella del pie de Bouddha, del mismo modo que sobre el pico de Adam de Ceylan; Chantibon, escelente puerto situado en el golfo, y casi enteramente poblado de mercaderes chinos; Koupengbet, Tchaïnat y Pak-nam, que es la primera estacion que se halla en el Meinan cuando se llega de alta mar.

El pais de Laos, donde se habla el siamés, parece estar dividido entre el rey de Siam, el emperador de la China y el de la Birmania, y se compone de una multitud de pequeños estados, tributarios de una de las tres potencias. Cuatro de ellos dependen de Siam, Chang-Mai, Lan-Chang, Pasak y Luang-Phra-Bang, cuyos jefes son hereditarios. La capital del primero de estos estados, cuyo nombre ha sido alterado en los de Zimai y Jong-Mai, está situada sobre el Meinan y á una distancia de treinta dias de camino de Banckock. Lan-Chang, que es reputada todavía como la capital de Laos, está situada á los 15° 45' lat. N. sobre el ancho rio de Kambodje, tan ancho en este punto como el Meinan en Banckock. Las relaciones de los Siameses hacen á esta ciudad muy poblada de naturales ó de Chinos procedentes de la provincia limítrofe de Yun-Nan. Háblase tambien vagamente de una plaza importante conocida bajo el nombre de Siang-Kouang, situada á quince dias de camino en el N. E. de Lang-Chang.

En el Kambodje, Siam no posee mas que la hermosa provincia Batabang; el resto pertenece á la Cochinchina que conserva en él un rey nominal bajo la vijilancia de un mandarin y de una guarnicion. Los estados malayos dependientes del autoridad siamesa, se componen de los reinos de Ligor, de Quedah, de Patani, de Bondelon, de Kalantan y de Tringanou. A escepcion del de Quedah, estos distritos mas bien pueden considerarse como feudos independientes, aunque tributarios, que territorios directos. La isla de Junk-Ceylon, situada en el golfo de Bengala, es como su apéndice: en otro tiempo floreciente, ha sido arruinada por un agresion de los Birmanes, y actualmente ya no es mas que un punto de mínima importancia.

Diversas razas de hombres habitan ese territorio dividido, entre las cuales se cuentan Siameses, Kambodjienses, Malayos, Loasienses, Kariangs y Lawas, estos dos últimos pueblos nómadas que emigran sucesivamente de la Birmania á los estados siameses, y de los estados siameses á la Birmania; Kas, tribus montañesas y altivas, acampadas entre el Laos y el Kambodje; Changs, nacion industriosa que ocupa mesetas elevadas al E. del golfo de Siam, y Chamangs, raza silvestre y hasta al igual del Negro, errante por las altas rejiones de la península malaya, sin contar un tropel de estranjeros, tales como los Chinos, los Mahometanos, los Indos, los Peguanes y los Portugueses.

Si hemos de dar crédito á la evaluacion de M. Crawfurd, que se apoya sobre hechos ecsactos y bien observados, el número de estos diversos habitantes del reino puede establecerse del modo siguiente: Siameses, 1,260.000; Laos, 840.000; Peguanes, 25.000; Kambodjienses, 25.000; Malayos, 195.000; Chinos, 445.000; naturales de la India occidental, 3.500; Portugueses, 2.000; cuyo total hace ascender la poblacion del reino de Siam á 2,790.500, es decir, á 14 ó 15 habitantes por legua cuadrada.

El Siamés propiamente dicho tiene los caractéres físicos de la raza mogola. Su rostro es ancho y prominente en los carrillos, y se acerca mas al rombo que al óvalo. Sus ojos pequeños y tiernos parecen fugarse hácia las sienes; su pupila es negra, pero el resto en vez de ser blanco, es enteramente amarillo. Los Siameses tienen una boca muy grande, afeada todavía mas por sus labios gruesos y pálidos. Ennegrécense los dientes y los cubren en parte con planchas de oro. Su tinte es aceitunado y mezclado de encarnado. El conjunto de su fisonomía es triste y sombrío; su porte afeminado, muelle y sin gracia. Las ideas de los Siameses en materia de hermosura son diametralmente opuestas á las nuestras, de suerte que las mas lindas mujeres de Europa no producen sobre ellos impresion alguna; en la embajada de 1687, La Loubere enseñó á la corte de Siam los retratos de las damas mas célebres y mas hermosas de la corte de Luis XIV, y refiere que aquellos rostros no escitaron ningun sentimiento de admiracion. En cambio se encontró adaptada á su gusto una enorme moña, y un grave señor, apreciando el mérito del sexo por el estilo siamés, estimó en 5.000 escudos una mujer de aquel porte y de aquel físico.

La lengua monosilábica de los Siameses parece complicada y difícil. Su alfabeto tiene treinta y nueve, ó mas bien, treinta y ocho consonantes: sus vocales y diptongos son numerosos y casi incomprensibles para los Europeos y los Indos, y los caractéres se trazan de izquierda á derecha. Lo que mas distingue esta lengua, como tambien la del Asia Oriental, es una gran sencillez de combinaciones gramaticales: en ella no hay inflecsion, ni nombres, ni verbos, de suerte que el Siamés, para decir: Padre nuestro que estás en los cielos, dice literalmente: *Padre nos estar al cielo.* Los

libros santos están escritos en idioma pali como los de los Birmanes.

Por lo que hace á la literatura siamesa, dista mucho de la de los Persas y de los Indos en cuanto al jenio y la invencion. Dos especies se cuentan de ella, la una en lengua vulgar y la otra en pali. La primera es cadenciosa, y se compone de canciones, romances y poemas sujetos á un metro que varía al infinito. El amor es el grande objeto de estas composiciones, ora cándidas, ora licenciosas. No se citan entre ellos dramas escritos, como entre los Indos: el cuidado de improvisar un diálogo se deja á los actores en las representaciones escénicas. La otra especie de literatura, escrita en pali, se distingue por la perfeccion de la lengua y por la importancia del objeto. Comprende todos los temas sagrados, las canciones dedicadas á los dioses, los himnos de los talapuinos y los versículos sacramentales.

Las costumbres de los Siameses se resienten como las de los Birmanes de su posicion jeográfica entre el Indostan y la China. Vil y rastrero para con los superiores, altanero é insolente hácia los subalternos, cobarde y vano, afeminado, interesado, falso, bribon, ladron, el natural de Siam tiene pocas calidades que puedan compensar tantos defectos. El P. Gervasio, que los observó hace ya mas de un siglo, no ecsajeró gota cuando dijo: «Que como enemigos no son de temer, y que como amigos no se puede contar con ellos;» y en otra parte: «Jeneralmente desprecian á todas las demas naciones, y se persuaden que es la mayor injusticia del mundo disputarles la preeminencia.» Así que, cualquier Europeo llegado á Siam, por considerable que sea el salario que esté dispuesto á ofrecer, tan solo con dificultad puede obtener algunos servicios domésticos de parte de un Siamés. El último aldeano se cree superior á los mas nobles señores de las demas comarcas, por cuyo motivo, la nacion mas pobre y mas atrasada del Asia Oriental es al propio tiempo la mas vana y la mas infatuada de su mérito. La mas bella circunstancia del carácter siamés se reduce á algunas virtudes negativas, la sobriedad, la paciencia y el amor de la paz. En todas las ciudades del reino y en el seno mismo de los campos, no corren peligro alguno un hombre ó un estranjero desarmado; los asesinatos, tan frecuentes en la península y en el archipiélago malayo, son ignorados en Siam.

Las habitudes domésticas de los Siameses son dulces: la mujer no vive aislada, como en otras comarcas del Asia. Las mismas esposas del rey se pasean sin velo en varias góndolas que descienden ó remontan el Meinan. Sin embargo, este privilejio de libertad es el único de que disfrutan las Siamesas, sujetadas á una posicion de inferioridad laboriosa. Todos los mas penosos trabajos recaen sobre ellas: llevan los fardos, labran los campos, suministran remeros á las embarcaciones y rabadanes á los ganados de búfalos; divídense entre sí los cuidados esteriores y los pormenores del menaje, en una palabra conducen la casa y la familia, sin que el hombre tenga en ello trabajo alguno. Este se limita á disfrutar de todo aquello como amo y como superior: come solo, servido por su mujer; esta y los hijos solo comen las sobras. El Siamés nunca admite á su compañera en el batel en que se pasea, y cuando ella participa del lecho conyugal, un almohada mas baja manifiesta que solo está allí como inferior al jefe de la casa. La poligamia, reconocida en Siam en las leyes civiles y relijiosas, casi no es practicada mas que por los ricos, y siempre á proporcion de su fortuna. El rey actual tiene 300 mujeres, y su Prah-Klang cuarenta.

El himeneo es en Siam un lazo puramente civil; los talapuinos solo intervienen en él para ofrecer y vender sus oraciones. Una moza es puesta á precio como una mercancía, y pertenece al hombre que la compra. El divorcio muy comun entre los naturales, se obtiene sin dificultad, puesto que solo se necesita el consentimiento de las partes, las cuales entran cada una en el goce de los bienes que llevara á la comunidad.

El código penal de Siam ofrece mucha analojía con el del imperio chino, especialmente en su lata é indistinta aplicacion de la paliza á todo jénero de delitos. Así es que los pequeños latrocinios son castigados con treinta golpes; los hurtos mas graves con sesenta, ochenta, cien golpes, y de prision proporcional, el todo segun la importancia del caso. El incendio es espiado por la pérdida de la muñeca, el homicidio por la decapitacion, y el criminal de alta traicion es entregado á merced de los elefantes ó de los tigres. El sacrilejio, si hemos de creer á los autores antiguos, era en otro tiempo el objeto de un horrible suplicio. Fijábase la cabeza del paciente á corta distancia de un cúmulo de carbon, y á una señal dada se atizaba aquel combustible por medio de dos fuelles de herrería, y de esta suerte se chamuscaba lentamente la cabeza de la víctima. La bárbara pena de la estaca parece igualmente haber estado en uso en el reino, pero ha caído ya en desuetud. Debemos hacer justicia al código siamés, porque el castigo no hace escepcion de personas. El talapuino y el dignatario del estado están sujetos á las mismas penas que el proletario y el cultivador. La desigualdad de condiciones viene á estrellarse ante la igualdad de los deberes sociales. La ley civil es

en esto menos laudable que la ley criminal: los pleiteantes son á menudo juzgados segun su rango, y casi nunca segun sus derechos. Para los negocios de esta naturaleza no hay jurisdiccion ni tribunales especiales: las autoridades judiciales ó administrativas deciden de todo, y cada nuevo reinado dispone un sistema judicial diferente del que le ha precedido.

El objeto dominante en los países siameses, lo que ecsiste superior á todo ecsámen y á todo derecho, es la dignidad real. Cítanse algunos países en nuestro globo donde, á fin de respetar la divinidad, está vedado articular su nombre; este uso ecsiste en Siam para el jefe del estado. Su nombre permanece ignorado de la multitud; solamente tienen conocimiento de él algunos amigos íntimos, los cuales guardan un relijioso secreto. La nacion no conoce á su amo mas que por sus designaciones atributivas: *El señor de nuestras cabezas; el propietario de todo; el grande, el infinito, el infalible señor.* Todas sus partes son sagradas, los pies, las manos, la cabeza, la boca, la nariz, las orejas.

Este respeto no es solamente el resultado del autoridad terrestre del monarca, sino que toma su oríjen en la preocupacion relijiosa. El cuerpo del rey, segun la creencia vulgar, aloja al alma mas avanzada hácia el estado de bienaventuranza, y prueba los méritos de una vida anterior. Así es que una linea de demarcacion inmensa separa al soberano de los mas distinguidos oficiales de su corte. Su distancia es graduada en el lenguaje de un modo asaz chocarrero. Así que, el rey, para designar un jóven príncipe de la sangre, ó un muy grande señor, tomará como escala de calificacion algunos animales mas ó menos nobles, dándoles un epiteto que jura encontrarse allí. Llamará por ejemplo á este, el noble perro; á aquel, el ilustre raton; al tercero, el magnífico búfalo, designaciones todas muy honoríficas y envidiadas.

Salvo algunas escepciones, no ecsiste rango hereditario en Siam: no se conocen allí ni el aristocracía de bienes, ni el aristocracía de títulos: el absolutismo real pasea su nivel sobre todas las pequeñas desigualdades políticas. El pueblo se halla puesto bajo el capricho del gobierno, al cual debe sus servicios, sea como artífice, sea como soldado cuando aquel lo reclame. La conscripcion militar solo admite escepciones para los talapuinos, los estranjeros y los funcionarios. Todos los demas Siameses están sujetos al reclutamiento, y deben permanecer bajo las banderas por espacio de cuatro meses del año, á menos que se rescaten de esta conscripcion por medio de una suma de dinero ó por una cuota en especie.

La poblacion alistada de esta suerte se divide en dos partes: la una llamada de la mano derecha, la otra de la mano izquierda. Estos dos grandes cuerpos se subdividen en porciones decimales de 1.000, de 100 y de 10, cada una de las cuales tiene su jefe correspondiente. El *nai-sip*, por ejemplo, es el decurion romano; el *nairoe*, el centurion; el *naipam*, el comandante de 1.000 hombres. La primera dignidad del país es la de *Chao*, que pertenece á los hijos y hermanos del rey; tras esta vienen las designaciones gradualmente menores de *Phria*, *Luang-Khun*, *Muan*, etc. etc.

Desde tiempo inmemorial, los dos principales oficiales de estado en Siam eran el Kala-hom y el Chak-ri: el Kala-hom, jefe militar y civil de la mano derecha, presidia tambien á la justicia, el Chak-ri, jefe civil y militar de la mano izquierda, cumulaba estas funciones con las de ministro de hacienda, del comercio y de negocios estranjeros; estaba investido ademas de la superintendencia jeneral de las provincias del S. E. Bajo el Kala-hom figuraban dos grandes oficiales, el Yoma-rat, primer majistrado, y el Tar-ma, gobernador de la capital y gran mariscal de palacio. Bajo el chak-ri se contaban el Phoulat-hesse, administrador fiscal, y el Prah-Klang, encargado de las negociaciones diplomáticas. A este último es á quien se dirijian los embajadores, y á quien los viajeros de los siglos anteriores han desfigurado el nombre en el de *Barcalon*. Los dignatarios provinciales, aunque tomaban los mismos títulos que los de la capital, eran considerados como de un rango inferior; y cuando venian á la corte, estaban obligados á ceder el paso y hacer acto público de deferencia con señores menos adelantados que ellos.

Tal era el antigua constitucion del reino de Siam; mas el rey actual, segun M. Crawfurd, ha reconstituído la jerarquía de su corte. Cuatro nuevos grandes oficiales, llamados superintendentes de palacio, y dotados con el alto título de *Krom*, dominan actualmente esta serie de funcionarios y reasumen en sí los atributos ejecutivos de la dignidad real.

Las rentas del gobierno jamés consisten en algunas cuotas sobre algunos licores, el juego y la pesca: algunos derechos de aduana, el monopolio de ciertos artículos, un impuesto sobre los Chinos, varios tributos aplicados á los estranjeros, algunas corveas, y contribuciones completan esta organizacion fiscal. El rey de Siam es muchas veces monopolista, otras veces es simple comerciante; sin guardar el privilejio esclusivo de un artículo, se reserva una porcion de los beneficios realizados por la venta. El estaño, el marfil, el cardámomo, los nidos de golondrinas, los huevos

de tortuga, dependen del monopolio real, mientras que el azúcar y la pimienta son entregados al comercio, mediante algunas servidumbres aduaneras. El gobierno envia ademas á Java, á China y aun á Bengala varios juncos benchidos de artículos siameses que le pertenecen. Estos armamentos entran y salen francos de todo tributo; pero los transportes del comercio y las embarcaciones estranjeras, procedentes del litoral del Asia ó del archipiélago malayo, están sujetos á un derecho de tonelada ecsorbitante y á una tarifa sobre las mercancías esportadas. En cuanto á las importaciones, solo los Europeos están sujetos á un continjente *ad valorem* sobre el total de las facturas de entrada.

Por medio de estos diversos recursos, el gobierno siamés se crea una renta anual de 16 á 17,000.000; sus gastos ascienden casi á la misma suma, y es muy raro que el tesoro real contenga algun ahorro. Ecsiste constantemente en pie un ejército de 30.000 soldados, que no constituye la menor carga del reino: con todo estas tropas mal armadas y mal equipadas, son harto miserables é impotentes, puesto que, para suplir á la disciplina y á la táctica, carecen igualmente de esa intrepidez instintiva que caracteriza las razas birmanas. Casi todos los cuadros siameses se componen de infantería; el reino de Laos suministra solamente un número insignificante de caballeros. En la bandera de estos cuerpos hay las armas de Siam, que son un elefante blanco en campo rojo. Cítanse en la comarca veinte plazas fuertes, si es que así puedan llamarse ciudades rodeadas de una muralla sin foso. Banckock mismo solo tiene terraplenes desguarnecidos, pues los cañones permanecen en sotechados abrigados, á trueque de que no se gasten, segun dicen los injenieros del país; así que, para asegurar al rey contra toda sorpresa, los buques europeos están obligados á deponer su artillería en tierra antes de remontar el Meinan.

El reino de Siam comercia con la Malaya, el Indostan y la península; mas sus principales permutas tienen lugar en la China, y especialmente con Canton, Emuy, Limpo, Siang-Hai, y con los isleños de Hai-Nam. Este comercio se hace por medio de juncos montados por Chinos que llevan á Banckock vidriado, porcelana, azogue, té, fideos, frutas secas, sedas crudas, satines y otros tejidos manufacturados, nankins, zapatos, abanicos, quitasoles, papel para escribir, papel para los sacrificios, varillas de incienso y otros artículos de menor importancia. Los cargamentos de devolucion consisten en pimienta blanca, azúcar, estaño, cardámomo, palo de sapan, quinquina, algodon, marfil, nueces de arec, pescado salado, cueros de buey, de elefante, de rinoceronte, de tigre, de leopardo, etc., pieles de serpiente, cuernos de búfalo, nidos de golondrinas, palo de sándalo, pieles de raya, etc., etc.

El comercio de Siam parece haber adquirido un desarrollo considerable bajo el imperio del príncipe actual. En tiempo de La Loubere apenas iban dos ó tres juncos chinos á fondear al Meinan, al paso que en el actualidad se cuentan almenos 200 transportes que se dedican á este cabotaje. La poblacion china, que á fines del siglo 17° se estimaba en 4.000 almas, asciende actualmente á 200.000 individuos, es decir, á la duodécima parte con corta diferencia de la poblacion siamesa. Segun los cálculos de M. Crawfurd, el mas ecsacto y reciente esplorador de la comarca, el comercio de Siam con la China puede evaluarse en 24.562 toneladas que, á razon de 20 brazos por cada 100, dan un total de 4.912 marinos. El cabotaje con la Cochinchina, á razon de 16 hombres por 100 toneladas, determina un personal de 4.500 marinos, siendo el total 9.412. Si á este número se agrega el de los marineros que navegan en embarcaciones chinas, se obtiene un total de 11.518 marinos que forman el polo del movimiento comercial del reino.

CAPÍTULO XXVI.

COCHINCHINA.—POULO-CONDOR.—SAIGONG.

Habia llegado ya la hora de partir, y el capitan Tsi-fong, pronto á dar la vela, solo nos habia concedido pocas horas para nuestros despidos. Aprovechámoslas para hacer otra visita al digno obispo de Siam y dar las gracias al escelente don Silveira. Abrazónos M. de Sozopolis derramando las mas abundosas lágrimas. «Ya no volveré á ver á nuestra Francia, me dijo; pero el último suspiro que ecsalaré en este mundo será para ella.» Dióme el nombre de algunos parientes, suplicóme les hiciera una visita cuando aportase en mi patria, entregóme varias cartas para las Misiones del Asia Oriental, y á estas prendas mundanas de afectuoso interés, agregó las mas piadosas bendiciones. Despedímonos finalmente, y fuímonos á casa del residente, donde se encontraba un hombre, cuya amistad era sensible no hubiésemos adquirido mas pronto: llamábase Pascal Ribeiro de Alvergarias; descendia de los primeros cristianos portugueses establecidos en el Kambodje, y habia llegado á ser uno de los mas poderosos dignitarios de la corte de Siam. Inteligente y modesto, aquel hombre supliera, por medio de la reflecsion y el discurso, los recursos de instruccion cuya falta se esperimen-

taba en aquellos países semi-bárbaros. Hablaba y escribia, no solamente los dialectos portugués, kambodjiense y siamés, sino aun el latin. El establecimiento de su familia en aquellas comarcas databa de 1685: el abuelo de su mujer era un negociante inglés, Cárlos Lister que, en 1704, se habia conquistado cierta reputacion en la corte de Kambodje haciéndose su médico.

Mientras que Pascal Ribeiro nos ofrecia el apoyo de su influencia cabe los ministros siameses, entró otro personaje; tal era un sacerdote francés, anciano octojenario que contaba ya cuarenta y ocho años de residencia en Banckock. Este hombre conocia maravillosamente la historia del país, mayormente en lo que concernia á un auditor europeo. Narrónos el episodio de una persecucion que habian sufrido, á fines del siglo pasado, los misioneros cristianos establecidos en el reino. Pia-Metak, ese aventurero de oríjen chino, que se apoderó del trono tras la última retirada de los Birmanes, habia tenido en el último período de su reinado un administracion de demencia y de barbarie. Su locura habia tomado sobre todo el carácter de fanática piedad, y los sacerdotes de Goutama sacaban de él sumas enormes en calidad de ofrendas relijiosas y dádivas votivas. En uno de sus dias de alienacion, llegó á persuadirse que si llevaba aun mas allá la intensidad de su zelo devoto, obtendria la facultad de volar como los pájaros, y de esta suerte podria remontarse hasta el cielo. Poseído de semejante monomanía, mandó y consultó á los talapuinos, quienes se guardaron bien de declarar la imposibilidad del asunto; mas el obispo y el clero francés, creyendo indigno de su dignidad prestarse á semejante locura, combatiéronla seriamente y acometieron la empresa de conducir al príncipe á un sentimiento mas justo de la impotencia humana. Esta resistencia á una pretension real bastó para atraer sobre la iglesia una persecucion ultrajosa: el obispo y sus vicarios fueron condenados á recibir cada uno cien golpes de mambú y salir inmediatamente del reino.

Nuestra visita á don Silveira se habia prolongado en esa curiosa conversacion, y cuando llegámos al puente del junco, habíase zarpado el áncora y la corriente nos impelia ya. Varios oficiales del aduana visitaban todos los escondites del buque, á fin de asegurarse que ningun vasallo de S. M. Siamesa no se esquivaba cual contrabando de sus Estados. Por la tarde del propio dia, 5 de agosto, fondeámos ante el aldea de Kiong-Foe, circundada por un verde cinto de verjeles y de sotillos. Una breve incursion nos inició en los procedimientos del cultivo practicados en el país para aquellos terrenos. Los aldeanos que poblaban aquellos alrededores nos parecieron de un natural dulce y apacible: aunque solos en la campiña, encontrámonos en ella tan seguros como en las comarcas mas civilizadas de Europa. Al dia siguiente, pasámos por delante los fuertes denominados fuertes Peguanes, á causa de la colonia que habita sus cercanías. Con facilidad pueden distinguirse estos emigrados del resto de los Siameses por la cabellera larga y trenzada de las mujeres y los miembros pintados de los hombres. Estos pintados son llevados por los Peguanes hasta la estravagancia; así que, una persona de calidad tiene no solamente las piernas y los muslos charolados de lineas caprichosas, sino que tambien trae en el pecho, en caractéres peguanes ó mons, una inscripcion cuyas letras tienen por lo menos una pulgada de lonjitud cada una.

Algunas horas de rápida navegacion nos condujeron desde allí á Pak-Nam y á las bocas del rio, desde cuyo punto se desarrolló ante nosotros la vista mas animada. El mar que terminaba en ángulo agudo en el fondo del golfo, las altas montañas del E., los páramos pantanosos del O.; esto mezclado con algunas barcas que remontaban ó descendian, varias caravanas que se cruzaban en la ribera, aves terrestres y marinas murmurando en medio de un silencioso paisaje; todo este conjunto de rumores y de calma, de agua y de verdura, regalaba la vista cansada por el aspecto monótono de las comarcas interiores. El único inconveniente de esa estacion eran las lejiones de devoradores músticos que no nos dejaban descansar de dia ni de noche.

El ambiente marítimo arrojó á aquellas miríadas de insectos: anclámos ante las islas Si-Chang, conocidas por los antiguos navegantes con el título de islas holandesas. Estas islas son ocho, la mas estensa de las cuales tiene sobre una milla en su mayor anchura. Sus costas son jeneralmente peñascosas y roqueñas, con pequeñas anconadas arenosas por acá y acullá. A escepcion de algunas peladas cimas, su territorio está cubierto de bosques; la roca de formacion primitiva consiste en granito, mezclado de cascajos de cuarzo y cubiertos de una capa calcarea, sobre la que se halla el suelo vejetal. La montaña presenta en sus hendeduras fantásticas cristalizaciones de estalácticas y de estalacmitas. Los únicos cuadrúpedos que contiene son una grande especie de raton y un pequeña aardilla que á lo mas tiene un pie de lonjitud. La poblacion de las islas Si-Chang se limita á algunas familias de Chinos ó Siameses que cultivan algunos pedazos de terreno litoral. En esta isla hubo un botánico inglés, M. Finlayson, que halló un enorme *yam*, cuyo tallo rastrero, apenas grueso como una pluma,

se alza del medio de los terrenos mas áridos, con sus raíces casi al descubierto, que cubre los árboles con sus ramas y su follaje, y proyecta tales masas de escrecencias tuberculosas, que la una pesaba 440 libras y tenia nueve pies y medio de circumferencia.

Como los vientos periódicos de aquellos mares eran mas bien contrarios que favorables á nuestro derrotero, permanecímos á vista de las costas que nos enviaban su brisa. De esta suerte montámos el cabo Lyant, esperimentando despues un O. S. O. que nos permitió andar mucho. A 9 de agosto, nos vímos en frente de una isla que los Cochinchinos llaman Phu-Kok, los Siameses Koh-Dud, y los Kambodjienses Koh-Trol, sin duda el *Quadrole* de los antiguos mapas. En jeneral ofrece una costa abrupta, terrenos litorales poblados de algunos Cochinchinos, y montañas interiores cubiertas de selvas. Al dia siguiente se manifestó un singular archipiélago compuesto de una isla principal con unos veinte islotes que se escalonan en su derredor. Este es el grupo llamado en los mapas Hon-co-Throu, ó mas correctamente Hon-co-Tre. Finalmente, á 11 de agosto, el patron chino señaló á Poulo-Ubi y el cabo de Kambodje, punta arenosa y baja, ángulo avanzado que con uno de sus lados mira el mar de China, y con otro el golfo de Siam. Poulo-Ubi es una isla escarpada y verdegueante, donde dos ó tres familias de Cochinchinos cultivan campos de maíz, y venden varios plantíos á las embarcaciones que se hallan de recalo en esa ensenada. M. Crawfurd, que tocó en ella en 1821, encontró un templete dedicado á Macho-Po, especie de Anfitrite chino. Poulo-Ubi está circuído de una multitud de pequeños islotes que se enlazan á los grupos que orillan toda la costa occidental del golfo.

Doblada ya la punta de Kambodje, entrámos en el mar de China. El junco pasó casi á la vista de los islotes, ó mas bien de los escollos llamados *los Hermanos*, y amarró el áncora al dia siguiente en la bahía de Poulo-Condor, cuyo aspecto es triste, pero imponente. Por la parte del S. y del O. es terminada por un anfiteatro de roquedos perpendiculares; mas el N. y el E. ofrecen numerosos abrigos tras seis islotes de diversos tamaños. Allí, en una ribera arenosa, se ven todavía los fracmentos de una factoría inglesa, que consisten en fundamentos de fuerte, restos de vidriado y dovelas medio corrompidas, sin embargo de que han pasado ya ciento treinta años sobre el desastroso acontecimiento. Aquel mismo nucleo de colonos, arrojados de Poulo-Condor á impulsos de una guarnicion sublevada de Macasares, fué á fundar en el litoral de Borneo la factoría de Banjermassin, donde fué asesinada en gran parte por los naturales de las Celebes, á sueldo de los Ingleses. No tuvo mas próspero resultado un ensayo de colonizacion, tentado por los Franceses: actualmente la isla solo está poblada de Cochinchinos.

El grupo conocido bajo el nombre de Poulo-Condor se compone de doce islas de magnitudes diversas. Sin embargo, de estas doce islas, las once pueden considerarse mas bien como escollos, de manera que solo merece notarse una, cuya lonjitud es de doce millas sobre cuatro de anchura. La voz *Condor* significa en malayo calabaza, y es muy singular que en los umbrales del Kambodje se encuentre una isla con denominacion malaya. Sin duda que en tiempos mas remotos era una guarida de piratas ó una estacion desde donde los paros del grande archipiélago talaban el litoral indo-chino.

El aspecto jeneral del grupo tiene algo de triste y de bravío. El terreno, entrecortado de precipicios casi en toda su estension, elévase bruscamente á un altura de mil quinientos pies, y está desnudo en cualquier punto en que sople uno ú otro monzon; pero en todos los demas parajes se viste de una vejetacion rica y lasciva.

El aldea situada en el fondo de una estensa bahía cuenta trescientos habitantes con corta diferencia, y es la mayor de las tres que contiene la isla, y cuya poblacion total asciende, segun relacion de los indíjenas, á 800 Cochinchinos. Una visita que hicímos á aquellos naturales, nos permitió rectificar las falsas impresiones que algunos viajes antiguos acreditaron por su cuenta. Sus costumbres nos parecieron dulces, leales y hospitalarias, y no habitan, como se ha dicho, un país pobre, puesto que nada denota sufrimiento ni miseria. Sus habitaciones, construídas al nivel del suelo, se hallan al abrigo de la humedad por la naturaleza seca y arenosa del terreno. El clima, bien que desigual y lluvioso, no parece mal sano, si hemos de juzgar por el aire de sanidad y robustez de los isleños. Los principales cultivos consisten en maíz, legumbres y nuez de coco; mas estos productos territoriales no serian suficientes á los colonos de Poulo-Condor, si estos no lo supliesen por medio de provisiones procedentes de Saigong. Hábiles pescadores, los naturales sacan del continente arroz y telas en cambio de su pescado salado, sus holoturias ó *trepangs*, y sus tortugas. Asimismo estraen resina encarnada, odorífera y combustible, de un hermosísimo árbol muy abundante en las montañosas gargantas de Poulo-Condor. La isla es gobernada por un jefe, cuya autoridad parece ser independiente de la supremacía cochinchina.

Nuestra estacion en la bahía de Poulo-Con-

dor duró apenas algunas horas, al cabo de las cuales el junco se puso de nuevo en movimiento para montar el cabo Santiago. En su punta nos atracó cierto barco que llevaba un mandarin, pequeño anciano, de modales vivos y maneras graciosas y civilizadas. Venia á reconocer el buque y firmarle un pasaporte paraque fuese admitido en la rada de Kandyu. Kandyu es el puerto de mar de Saigong, capital del Kambodje cochinchino ó Cochinchina meridional. Su posicion es lo único que da importancia á esta aldea, donde reside un mandarin superior. No obstante la miseria del lugar, pudímos distinguir á primera vista un país mas civilizado que el reino de Siam. Los empleados del gobierno iban todos vestidos con largos ropajes de seda, lisos ó mosqueteados, con una especie de gorros que afectaban ya la forma china. Eran festivos, habladores, honrados y delicados. Cuando desembarcámos no nos consideraron, como en Banckock, cual animales curiosos. Por el contrario, los naturales rivalizaban en sus consideraciones hácia nuestras personas, y se disputaban quien nos serviria de guia.

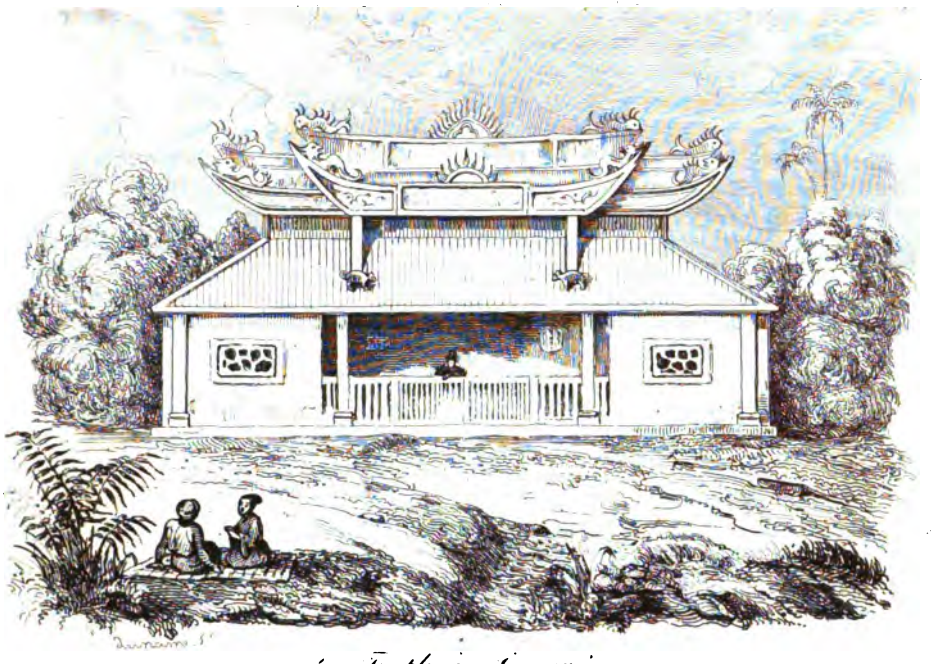
Kandyu es un punto tan sumamente insignificante, que una sola ojeada bastó para verlo todo. Está situado en una ensenada en la confluencia del rio de Saigong. Dos mil habitantes, pescadores en su mayor parte, moran aquel burgo, y los únicos edificios notables son dos templos situados á dos millas de distancia. El mejor de los dos, construído de cal y de ladrillos, tenia una techumbre de tejas encarnadas y llevaba en su cima una configuracion de barcos terminados por monstruosos peces. (Pl. XXVIII.—4.) Componíase aquel edificio de dos cámaras; la primera contenia un altar superado de dos cigüeñas que se miraban mutuamente; y la segunda, que contenia algunas especies de mausoleos, llevaba en sus paredes varias pinturas de tigres, peces, dragones y otros animales fantásticos. Sin embargo, ninguna de aquellas esculturas ó dibujos parecia destinado para objeto de culto. Asegúrase que aquellas salas estaban consagradas por los moradores de Kandyu á los monstruos marinos protectores de su pesca.

De regreso de esta escursion, encontrámos en el camino á tres sacerdotes, que sin duda servian aquellos templos. El que iba al frente, evidentemente superior á los otros dos, llevaba un holgado vestido con mangas pendientes sobre una camisa que descendia hasta el suelo; traía unos pantuflos encorvados en la punta, y un gorro que terminaba en forma de cresta. Sus dos acólitos iban detras de él respetuosamente con el pelo liso, la cabeza desnuda y cubiertos entrambos con largos vestidos. El uno llevaba el libro santo y una vara, y el otro una flor en una especie de tubo de vidrio (Pl. XXVIII. —5).

En aquella pequeña aldea no hubiera hecho mas que perder tiempo sin los recuerdos que dejó en ella la infructuosa, pero sorprendente embajada de M. Crawfurd. El plenipotenciario del gobernador jeneral de Bengala, el representante del poderío británico fué despedido, mas despedido con tanta gracia y rehusado en medio de tantas consideraciones, despues de tantas ceremonias y fiestas, que fué imposible formalizarlo.

En Saigong, donde el embajador habia creído deber hacer escala para ver al gobernador de la Cochinchina meridional, Chao-Kun, uno de los mas influyentes dignitarios del imperio, moviéronse todos los resortes para divertir los ratos ociosos de los enviados ingleses No bien recibió el gobernador la noticia de su llegada á Kandyu, cuando les mandó dos barcos de cuarenta remeros, vestidos con uniformes encarnados de mangas amarillas, y la cabeza cubierta de cascos adornados de plumas. En las cercanías de Saigong encontraron en la ribera cinco elefantes que debian conducirlos á palacio. Allí los recibió el gobernador en audiencia. Era un eunuco, castrado, impotente, pero encanecido en la práctica de los negocios. Despues de muchas conferencias preliminares por medio de mandarines, quedó acordado que la carta de que era portador el enviado venia del gobernador jeneral de la India. Verificada esta concesion, comentó la marcha diplomática bajo todos sus aspectos, y resumió este largo trabajo por un apóstrofe á M. Crawfurd. «Como es posible, dijo, que el gobernador jeneral haya podido dirijir una carta al emperador de Cochinchina? Los reyes solamente escriben á los reyes;» no pudo salir de aquí y persistió en colejir que era una osadía inaudita. Sin embargo, á fuerza de instancias moderó sus rigores y se prestó á que se enviase abierta á Hué, capital del imperio, una copia de la carta del gobernador jeneral, legalizada con todos los requisitos necesarios. Cuando supo al propio tiempo que el objeto principal de la negociacion era de una naturaleza comercial, insinuó que no valia la pena de ir tan lejos por tan poca cosa, puesto que el emperador protejia todos los comercios, y que los buques de todas las naciones podian aportar libremente en los puertos de la Cochinchina.

En medio de estas trabas ceremoniosas y de tan importunas formalidades, los mandarines y el gobernador colmaban á la embajada de homenajes y respetos, inventaban fiestas para recrearla, y la iniciaban en los usos, costumbres y leyes de la comarca. El gobernador recibió á M. Crawfurd en audiencia solemne, y despues qui-



4. Temple à Saigoun.

4. Templo en Saigun.

5. Prêtre de Fo. & Novices.

5 Sacerdote de Fo y Novicios.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

so, de grado ó por fuerza, hacerle asistir al combate de un tigre contra un elefante.

«En una pradera de una media milla cuadrada, dice M. Crawfurd refiriendo este espectáculo, se habian colocado en diferentes líneas de 45 á 50 elefantes, acompañados cada uno de su *mahout* ó cornac. El gobernador, los mandarines y una numerosa comitiva de soldados estaban sentados en un recinto particular, mientras que la multitud de los espectadores ocupaban el lado opuesto. El tigre, atado por medio de una fuerte cuerda al rededor de sus lomos, estaba enlazado con un poste colocado en medio del prado. Pronto reconocimos que el combate seria desigual. Efectivamente, se habian arrancado las garras de aquel animal, y cosido sus labios paraque no pudiese abrir la boca. Cuando se desató la cuerda que le retenia, procuró dar varios saltos para salvar las barreras; mas al ver la inutilidad de sus esfuerzos, se tendió en tierra hasta que el acceso de un elefante que se adelantaba hácia él con sus largos colmillos, le obligó á levantarse para hacer frente al peligro. Su belijera actitud y horribles mujidos amedrentaron al enemigo que emprendió la fuga. Persiguióle el tigre, y aplicándole las patas delanteras sobre el cerro, forzóle á acelerar su retirada. Con todo consiguió el mahout conducir de nuevo al elefante á la carga, y esta vez lo atacó con tanta violencia, que tomó al tigre en medio de sus colmillos y lo arrojó á una distancia de treinta pies. El tigre quedó tendido en el césped cual si hubiese muerto, mas no habia recibido ninguna herida grave, puesto que en un segundo ataque se puso de nuevo en defensa, y habiéndose lanzado á la cabeza del elefante, apoyó sus patas traseras sobre su trompa. Fué herido este tan cruelmente, que ningun amenaza ni escitacion pudieron volverle al combate; superó todos los obstáculos, y se fugó. A vista de este movimiento retrógrado, escandalizóse el concurso; clamó que el mahout no habia llenado bien sus funciones, y el pobre diablo, conducido ante el gobernador, con las manos atadas por la espalda, recibió cien golpes de junquillo para espiar el miedo de su cabalgadura.

Entonces se presentó un segundo elefante, atacó á su vez y fué reemplazado por otros. No obstante, á medida que se renovaban los asaltos, el desgraciado tigre hacia menos resistencia. Sus antagonistas encontraban cada vez el medio de cojerlo y lanzarlo á lo lejos; y cada una de estas sacudidas estenuaban gradualmente la víctima. Finalmente, cuando hubo ecsalado el último suspiro, acercóse un elefante, cojiólo con su trompa, columpiólo varias veces y lo proyectó á una distancia de treinta pasos. Esta fué la última escena de aquel drama.

«Tras este vino un combate de diferente jénero: se quiso manifestarnos la intrepidez con que una línea de elefantes sabe volcar el frente de una tropa enemiga. Para esto habíase practicado un atrincheramiento, delante del cual se hallaban algunas piezas de madera cubiertas de materias combustibles y fuegos artificiales; habia igualmente algunos pequeños cañones; en menos de un instante todo fué inflamado y produjo un fuego considerable. Adelantáronse los elefantes en buen órden, con paso rápido y seguro, mas cuando se vieron cerca de las llamas, pocos se encontraron en disposicion de pasar adelante; la mayor parte emprendió la fuga en desórden y en todas direcciones. Una segunda tentativa, igualmente infructuosa, puso fin á aquellas diversiones.»

Saigong, capital del Kambodje cochinchino, se compone de dos ciudades bien distintas, situadas sobre el Dounaï á tres millas de distancia una de otra. La ciudad nueva, Pingeh, que comprende la fortaleza y el palacio del gobernador, está situada sobre el brazo occidental del rio, y el antigua Saigong sobre el brazo oriental, menos ancho y menos profundo. En este último paraje es donde alojan los comerciantes chinos, aunque los mayores juncos están obligados á ir á fondear ante Pingeh. La ciudadela de Pingeh tiene la forma de un paralelógramo cuyo lado mayor tiene unos tres cuartos de milla de lonjitud. Comenzada bajo la direccion de injenieros europeos, esta inmensa fortificacion tiene un glacis, una esplanada, un foso de una dimension enorme, terraplenes y bastiones regulares. Hállase desguarnecida de cañones, bien que los arsenales contienen de ellos muchos centenares.

La poblacion de estas dos ciudades que parecen lindarse una á otra es aun hipotética; M. White la hace ascender á 180.000 habitantes; otros reducen este número á 100.000, pero M. Crawfurd, el último viajero que las ha visitado, se abstiene de apreciarla. En medio de la ciudad hay un palacio edificado por el rey, quien lo hizo su residencia en la época de las últimas revoluciones cochinchinas. El principal bazar es una calle espaciosa y vasta, donde se esponen para la venta las mercancías estranjeras y los jéneros del país; los principales artículos consisten en sedas manufacturadas, té de calidad inferior, volatería, lechones, etc. El ausencia de los productos europeos harto indica cuan raras y limitadas son las relaciones de Bengala y de la Inglaterra con los países cochinchinos. Algunas botellas y un corto número de piezas de paño, constituyen cuanto puede verse en este jénero. Las mujeres son las que procuran vender los artículos y guardan las tiendas.

Las casas de Saigong, construídas de madera en su mayor parte, están revestidas de un rastrojo de hojas de palmera y paja de arroz: algunas están edificadas con ladrillos y cubiertas con tejas; solamente tienen un alto. Los alojamientos de los Chinos distínguense de los demas por el aseo, la elegancia y el buen órden que en ellos reinan. Cuéntanse en Saigong 4.000 individuos de orijen chino, pero establecidos en esta ciudad desde muchos siglos; hospitalarios, agradables, dotados de intelijencia y de actividad, estos emigrados han sido los instrumentos mas activos de la civilizacion cochinchina.

CAPÍTULO XXVII.

COCHINCHINA.—TOURANNE.—HUÉ.

Habíamos hecho en Kandyu una considerable provision de sabrosos frutos que abundan mucho en el pais. Por algunos pesos, Norberg acababa de obtener muchas cestas de naranjas, bananas, manzanas y enormes canastas henchidas de pescados de todo jénero. Abastecidos y refrescados, nos hicimos á la vela el propio dia. La brisa era vigorosa y favorable, y protejió nuestro derrotero. Costeámos á alguna distancia la orilla montañosa que corria del N. E. al S. O.; pasámos el canal entre la isla de Cow y el escollo de Brito, que lleva el nombre del navegante portugués que se perdió en él, y montámos el cabo Pandaran, no menos borrascoso que el cabo de Buena Esperanza, con el ausilio de las olas que retumban en su alrededor. Este cabo forma en efecto una especie de recodo en el mar de China, y cuando lo hubímos pasado, cambiámos el rumbo dejándonos llevar de lleno hácia el N. A medida que íbamos avanzando en el canal que se prolonga entre la costa cochinchina y los islotes conocidos bajo el nombre de Paracel, la brisa del S. O., amortiguada por los elevados cúspides del continente, solo nos llegaba con desiguales soplos: ora sumida en aquellas gargantas, salia de ellas dirijiéndose hácia el N. O., ora siguiendo la ribera, pasaba casi al S. E. despues de haber hecho la vuelta del compas. En medio de estas incesantes variaciones, pudímos reconocer cómodamente aquella tierra que se estendia en direccion paralela al buque, tierra alta y dentellada, que deja prever numerosas abras en sus profundas recortadas; tierra bien observada por el oficial de marina Dayot, Francés de nacimiento y muerto mandarin del último rey da Cochinchina. De esta suerte pasó el junco sucesivamente ante la bahía de Ya-Trang situade á los 12° 6' lat. N., plaza que fortificó el injeniero francés Ollivier; reconoció Kon-Koë que Dayot da por un abra escelente, los surjidores de Fu-yn y de Quin-hone, la isla de Poulo-Canton, llamada por los naturales Callao-Ray; las de Cham-Calao, escarpadas y estériles; por fin, protejido por el tiempo entró á todas velas en la bahía de Touranne, ensenada tranquila y espaciosa, encajada como un lago al pie de altas montañas que parecen aislarla del mar. Nuestro capitan chino fondeó en ella á una media milla de tierra. Desde aquel surjidero se nos ofrecian los dos tercios del ámbito de la rada cual muro basáltico de 15 á 1.800 pies de altura, tapizado por acá y acullá de árboles robustos y tan antiguos como el mundo. En toda aquella comarca la naturaleza presentaba un aspecto severo y salvaje, cierto aire de vejetacion primitiva y vírjen. Podia comprenderse que aquellas selvas inhospitalarias estaban aun dominadas por las bestias feroces; pero por la parte del S. E. el terreno declinaba y los bosques estaban entrecortados de mesetas verdegueantes. Los arrozales, los campos de maiz y los techados, mostrando sus crestas sobre el follaje, indicaban la presencia y los trabajos del hombre (Pl. XXVII.—1). Por aquella parte estaba situada Fai-fo, ciudad mucho mas importante que Touranne y separada de ella por un pequeño boquete navegable.

Apenas habíamos fondeado, cuando atracaron el junco diez batelos que se disputaron el favor de conducir los pasajeros á la orilla. Yo me embarqué con Norberg en el que parecia mas bien equipado; era una embarcacion esbelta y graciosa, armado en sus lados por largas portañolas que tenian sus velas abiertas en forma de abanico (Pl. XXX. — 4). En menos de media hora nos condujo ante la barra, la que atravesámos en una canoa con remos y sin arboladura (Pl. XXX. — 3). Entonces se nos presentó la boca estrecha de un arroyo que se interna en la bahía de Touranne: allí fué donde desembarcámos, junto á un frájil puente de madera apoyado sobre cuatro estacas. En frente de este desembarcadero se agrupan las casas del aldea, dominada por una especie de fuerte señalado por un asta de bandera (Pl. XXIX. — 1).

Quiso el azar que el dia de nuestro desembarque fuese el de una fiesta solemne en Cochinchina. A medida que íbamos avanzando en el aldea, cruzábanse ante nosotros varios grupos ruidosos. Aquí habia una docena de jóvenes que jugaban al globo aerostático con una vejiga hinchada; allí habia otros que organizaban un combate de gallos; á la izquierda varios niños escitaban una contra otra algunas codornices verdes y hasta langostas; en otras partes se jugaba á los naipes ó á los dados, ó bien se mantenia en el aire una especie de pelota, recibiéndola en la planta de los pies. Al ver aque-

1. Baie de Touranne.

1 Bahía de Turana

2. Cochinchinois de la Haute Classe.

2 Cochinchinés de Alta Clase

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1. Fort de Touranne.

1 Fuerte de Turana.

2. Mandarins Civil & Militaires.

2 Mandarines Civil y Militar.

de Sainson del.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

3. Bateau panier. *4. Bateaux de Pêche.*

3 Barco Canasto 4 Barco de Pesca

5. Marché Cochinchinois.

5 Mercado Cochinchinés

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX AND TILDEN FOUNDATIONS

llos Cochinchinos hacer la prueba en aquel juego con increíble presteza, relacionóme Norberg el anécdota que refiere Barow con este objeto: « Uno de los marineros del *Leon*, navío de la embajada de Marcartney, tuvo un altercado con un natural, y creyó que era preciso terminar aquel negocio segun el método inglés. Decidió dar puñetazos, reunió sus dos puños al altura del ojo, y despues de haber calculado su estocada, disponíase para descargar, cuando su adversario dió algunas volteretas sobre sí mismo, y vuelto de espaldas le descargó gravemente tal puntapie sobre la quijada, que el Inglés tuvo que caer de espaldas.

Touranne es un pueblo bastante mezquino, de suerte que en el espacio de algunos minutos llegámos á la plaza mayor, que al propio tiempo era el sitio del mercado. Allí se empujaba una multitud de hombres y de mujeres, de compradores ó de vendedores pidiendo ú ofreciendo sus jéneros. En aquel paraje habia un pescador con su nasa llena al cabo de un junquillo, y teniendo en la mano algunas bananas; en otras partes habia dos mujeres vestidas con largas ropas, los pies desnudos y la cabeza cobijada con un sombrero de paja en forma de hongo, que vijilaban vidriado, pescados, frutos, tortas de azúcar y dulces chinos colocados con simetría sobre una estera. A mayor distancia habia algunos mercaderes que median su arroz en unos sacos, mientras que otros aldeanos proponian sus lechones y su volatería; á la derecha se vendian telas de algodon y tejidos de seda; á la izquierda porcelanas y betel. Finalmente en todas partes se reproducia aquella escena llena de vida y de estravagancia (Pl. XXX. — 5).

Los naturales que encontrámos en el recinto de aquel bazar, nada ofrecian de uniforme en sus trajes. El tocado, la ropa, el pantalon variaban segun las clases, y aun á veces segun el capricho del individuo. El traje mas jeneral de las mujeres consistia en una camisa de algodon bruna ó azul, que descendia hasta los muslos, y un ancho calzoncillo de nankin negro. Las mujeres de distincion se reconocen por una túnica de seda ó de algodon, con anchas mangas, cruzadas hasta la barba, pantalones que caen hasta el tobillo, turbantes que retienen sus cabellos sobre la cabeza, y los pies calzados con pantuflos encorvados (Pl. XXVII. — 2). El traje de los hombres de la misma clase reproduce fielmente los pormenores del de las mujeres. Algunas veces estas últimas dejan pendientes sus cabelleras en prolongadas trenzas, ó bien las reunen en una enorme abrazadera fijada por un peine en la coronilla de la cabeza. Los cabellos cortos son la señal de un estado ínfimo. En cuanto á los hombres, se cubren la cabeza ora con un pañuelo en forma de turbante, ora con un sombrero ó gorro, cuya forma varía, pero que siempre está combinado de suerte que pone el rostro al abrigo del sol. Con este mismo objeto se sirven de anchurosas plumas ó de quitasoles de papel fuerte, ó de abanicos de palmera ó de latanero. En las clases laboriosas, los trajes son calculados de manera que impiden la libertad de los movimientos. Así que, las mujeres del pueblo que van á la pesca ó que trabajan en los arrozales, tan solo se cubren con un calzon que termina en la rodilla y una tela que les cae en forma de servilleta sobre el seno (Pl. XXVII. — 4). Otras veces se cubren con una especie de túnica con golilla y calzan unas sandalias chatas y levantadas sobre el nivel del suelo, del mismo modo que las del archipiélago malayo. Por fin la camisa corta, el pantalon á media pierna y el pañuelo en forma de turbante, completan las variedades de los diversos atavíos populares (Pl. XXVII. — 4).

Lo que constituía el rasgo mas característico de los naturales que pasaban á nuestra vista, era un desaseo superior á toda descripcion. Sus vestidos en arapos parecian cuajados de insectos ponzoñosos, que los Cochinchinos, no menos los hombres que las mujeres, consideran como una golosina. Gusto tan escandaloso seria suficiente para alejar á cualquier Europeo de una pasion cochinchina, si unos gruesos labios, de los cuales resuda una saliva enrojecida por el betel, y unos dientes ennegrecidos con el ausilio de algunos ácidos, fuesen preservativos impotentes. Sin embargo, el semblante de aquellas mujeres tiene cierta espresion de dulzura, y las formas de su cuerpo no carecen de flecsibilidad ni de gracia. Por lo que hace á los hombres, pequeños y cenceños, con la nariz remachada, y el ojo embridado como los Chinos, el tinte cobrizo y los carrillos salientes, manifiestan en el semblante una espresion de benevolencia, que descuella en las clases inferiores.

Mezclados con aquella multitud tumultuosa y estraña, proseguíamos el estudio de sus costumbres, de sus vestidos y de su lenguaje, cuando la mas estraña apóstrofe nos sustrajo á aquel curioso ecsámen. « Buenos dias, caballeros! » dijo una voz con acento eminentemente gascon. Norberg dió un salto apesar suyo, y con un movimiento irresistible: « En todas partes hay Franceses! esclamó. — Si señor, repuso el interlocutor, y á su disposicion de V. » Era un hombre pequeño, vestido á la cochinchina, y moreno como un moro que fijaba sobre nosotros una vista intelijente y escudriñadora. En breve supímos que, nacido en Burdeos, habia ido á la India muy jóven, y á Touranne hacia ya 15 años. Aquel Bordelés era á la sazon una

autoridad en toda la comarca; ofrecióme sus servicios con tanta lealtad que no pude menos de aceptarlos no solo para mí, sino tambien para Norberg. «Llegan V! con oportunidad, nos dijo, pues hoy se celebra una gran fiesta en el país; nuestros mandarines están de gala, ya los verán!» En vano quisimos escusarnos, pues nos empujó hácia adelante.

El alojamiento de aquellos dignitarios se hallaba á corta distancia del aldea. El camino que conducia á él á lo largo de la bahía estaba sembrado de chozas naturales, consistiendo casi toda en cuatro paredes de tapia, cubiertas con hojas de palmera ó rastrojo. En breve llegámos á un lugarejo, desde donde se descubrian las casas de Touranne apiñadas en su pequeña península, y á mayor distancia los árboles de los juncos que parecian salir de la rada (Pl. XXVI. — 4).

En aquel parajo el camino, volviendo hácia la derecha, dió en un avenida plantada de bellos árboles, que terminaban en dos alojamientos mas espaciosos y bien coordinados que cuantos habíamos visto hasta entonces. Eran la residencia de los dos mandarines, el uno civil, el otro militar. No tardámos en verlos llegar hácia nosotros: el primero llevaba sobre la cabeza el gorro de gran mandarin, especie de casquete negro, adornado por delante con una placa de oro de muchas pulgadas de longitud. En aquella placa figuraba el nombre del emperador en caractéres chinos. El casquete estaba guarnecido en cada lado con un ala de unas nueve pulgadas de altura, mucho mas ancha en su estremidad que en su base y hecha de gasa negra, tendida sobre un hilo de laton. Una ropa de seda verde recamada y con dibujos, un pantalon de seda encarnado y unos babuchas formaban el resto de su traje. En cuanto al mandarin militar, el todo de su traje diferia poco: únicamente el vestido era de seda liso, y el casquete, en vez de alas de molino, llevaba un armamento lateral en hilo de laton que afectaba las formas de un palazon de ciervo, mientras que una especie de apéndice abarquillado elevábase en la coronilla de la cabeza (Pl. XXIX. — 2). Aquellos dos dignitarios no tenian la fisonomia ni bien noble, ni bien regular; mas en cambio podia leerse en ella una espresion de astucia desconfiada en el uno, y cruel en el otro.

Cuando nuestro interlocutor nos hubo anunciado, vímos que aquellos dos semblantes tomaban un tinte de benevolencia ceremoniosa, y solo pudímos comprender, puesto que la conversacion tenia lugar en cochinchino, que obteníamos el favor de asistir al festin que daban aquel dia sus escelencias.

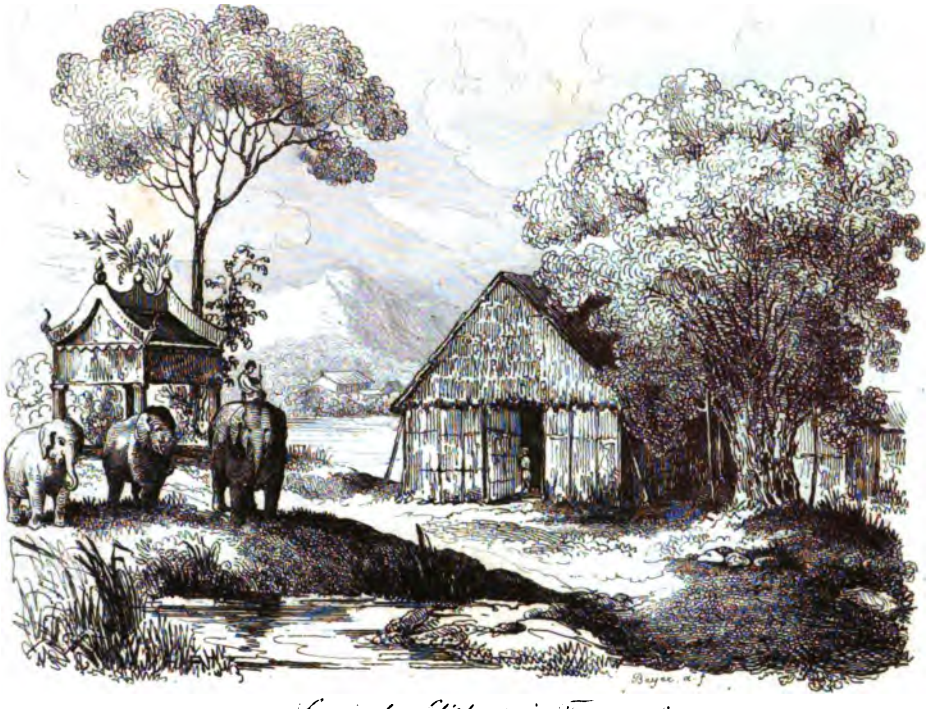
Antes de empezar, nuestro ciceroni quiso hacernos visitar los cuartos del palacio; en primer lugar nos condujo á una especie de cuerpo de guardia donde habia un piquete de tropas indijenas para honor y seguridad de los mandarines. Aquellos milicianos iban armados de fusiles con bayoneta y gatillo ejecutados sobre el marco de los nuestros; llevaban como los Sianeses el sombrero cónico de cuero de rinoceronte, superado de un plumaje encarnado y amarillo. Su uniforme, especie de blusa azul sobre bragas abofelladas, estaba atravesado por una piel de búfalo que sostenia la canana é igualmente el frasco para la pólvora (Pl. XXX. — 2). El traje de los artilleros se distinguia del de los simples milicianos en que el sombrero cónico estaba destituido de plumaje, el vestido mas largo y mas flotante, y que en vez del mosquete tenian la larga pica adornada de algunas sedas amarillas y encarnadas (Pl. XXX — 2).

Del cuerpo de guardia pasámos á una cerca rodeada de setos vivos, en cuyo centro se alzaba una pirámide que terminaba con un capitel cuadrangular (Pl. XXVII. — 3). Era un sepulcro construido de piedras y ladrillos que alojaba el cuerpo del último mandarin, magistrado muy sentido á quien la piedad pública habia erijido aquel monumento.

A poca distancia de allí blanqueaba al través del follaje la cuadra de los elefantes; esta cuadra era un vasto tinglado circundado de gruesas paredes de tapia y cubierto con hojas de banano. Diez compartimientos interiores, separados por fuertes postes, indicaban el número de los pensionarios. Cada uno de los puntos distribuidos de esta suerte formaba un declivé con un volúmen que servia al animal á la vez como almohada y como punto de apoyo para levantarse. Aquella cuadra no nos pareció grande ni bien cuidada; el piso era escabroso y desaseado en el interior, y en el esterior una balsa infecta parecia servir de abrevadero á los elefantes. Los árboles desnudos de follaje, padecientes, desmedrados, mutilados, llevaban el vestijio de una devastacion cotidiana. Un solo monumento habia bastante esbelto que recreaba la vista: era una especie de kiosco donde iban algunas veces á sentarse los mandarines chinos, mientras que los nobles animales tomaban sus holgorios en la llanura (Pl. XXX. — 1).

Nuestro guia nos refirió algunas maravillas concernientes á los elefantes de Cochinchina, quiza los mas hermosos é intelijentes del globo.

«En el estado salvaje, nos decia, estos animales son un terrible azote para estas comarcas; andan errantes por los campos, destruyen las mieses, saquean los planteles y aniquilan en una noche los trabajos de todo el año; pero



1. Écurie des Éléphants à Touranne.

1 Cuadra de los Elefantes en Turana.

2. Gardes de l'Empereur & Artilleur.

2 Guardias del Emperador y Artillero

de Jaunson del

VOYAGE
VIAJE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

3. Tombeau Cochinchinois.

3 Sepulcro Cochinchines

4. Costumes du Peuple.

4 Trajes del Pueblo

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

en el estado doméstico son nuestros ausiliares mas útiles, propios para todo uso, para el transporte de hombres y de mercancías, para la parada y para la guerra. Su talle es de 12, 13 y algunas veces de 14 pies. Su cuerpo es corto, rebecho, sin elegancia, mas cuando quiere dar pruebas de ajilidad y de fuerza, despliega el elefante recursos inauditos. En los bosques no teme al tigre, lo previene, lo ataca, y casi siempre lo tumba.

« Estos, añadia el Bordelés, son de la especie mas baladí; pero para admirar los elefantes de guerra, verdaderas torres móviles que recuerdan las guerras de Alejandro y las poéticas lides del antiguo Oriente, debe irse á Hué-Fou. Actualmente solo se emplean en el transporte de los bagajes y de artillería, pero antes de la introduccion de las armas de fuego, los Cochinchinos se ponian en campaña con sus elefantes, y esas nobles bestias se precipitaban sobre los batallones armados con una intrepidez heroica é irresistible.

« A mas de los diversos métodos practicados en la India y en Ceylan para la caza de los elefantes, los Cochinchinos emplean otros con buen écsito. A veces reconocen por ciertos signos el árbol en que se apoya el animal durante la noche, lo sierran casi enteramente hácia su base, y cuando al anochecer el elefante se dirije á su puesto, pierde el equilibrio bajo aquel tronco que cede, cae y se ve sorprendido por el cazador. En este caso lo atan entre dos hembras que lo doman á trompazos, y camina de grado ó por fuerza hácia la cuadra que debe servirle de prision. Ora caído en una hoya cubierta de hojas y ramas, el pachyderme es domado por el jóven y obedece por debilidad. Entonces empieza para el cautivo una educacion doméstica: un cornac ó *mahout* lo cuida, lo limpia, le lleva la comida, cabalga sobre su ancho cuello, le guia, le alhaga ó le corrije, no le deja un minuto, y observa una conducta tal que pronto se establece entre el maestro y el discípulo cierta comunidad de vida y de voluntades. En el elefante no es el temor su pasion dominante; á vista de su mahout no se limita á una obediencia negativa, puesto que, cuando la ocasion lo ecsije, le da pruebas de simpatía inteligente y activa adhesion. Si el sol es demasiado fuerte, corta con su trompa algunas tiernas ramas copadas, y las presenta á su conductor para que se abrigue con ellas; si este fatigado por el calor llega á adormecerse, el elefante amaina su movimiento para no despertarle, y casi retiene su halito á trueque de que el menor ruido no perturbe el reposo de su amigo. Sin embargo, hay algunas épocas en que estos animales, convertidos súbitamente en rebeldes é indomables entran en prolongados accesos de furor, derriban cuanto se encuentra á su paso, hombres, árboles, casas, y hasta su mismo cornac. Este procura barruntar y prever esos terribles parocsismos: en los primeros síntomas recorre á las hembras, quienes baten al macho pertinaz; pero cuando este medio no es suficiente, para evitar la enorme responsabilidad que pesa sobre él, mata á su cabalgadura sepultándole en el craneo el aguijon de que se sirve comunmente para dirijirle. »

Aunque estos pormenores acerca del elefante no fuesen enteramente nuevos para nosotros que habíamos viajado ya la isla de Ceylan, la India, la Birmania, y algunos países siameses; escuchámos sin embargo á nuestro guia, que de esta suerte nos condujo hácia la sala del festin. Bajo un vasto soportal, construído de mambú y abrigado por un muro de esteras, presentábanse 30 á 40 mesillas cargadas de tal suerte de platos, que puede decirse literalmente que estaban cubiertos de ellos. Estos platos contenian varios guisados de buey, de tocino, de gallina y de pescado. Cortados en pequeños pedazos con legumbres, aquellos guisados formaban una especie de *olla podrida* servida en sopas y en zumo, sazonada de diferentes maneras y mezclada de diversos ingredientes.

Sentados que se hubieron ciento cincuenta ó doscientos notables Cochinchinos, instalámonos con nuestro protector en uno de los ángulos mas retirados de la sala. Sin embargo que todos se hallaban en sus puestos, nadie atacaba los platos que cargaban las mesas. « Qué se aguarda? dije á nuestro compatriota. — Los mandarines, repuso este. Un segundo despues entraron, no para participar de la cena, segun creía yo, sino tan solo para honrarla con su presencia. Los dos funcionarios se tendieron sobre una estera, buscando un punto de apoyo en blandos cojines, fumando sus pipas ó mascando su betel, mientras que cuatro esclavos ajitaban el aire en su derredor, con grandes abanicos de plumas de pavon.

La instalacion de aquellos nobles señores fué la señal de abertura al festin cochinchino. Al momento todos aquellos convidados se arrojaron sobre aquellas salsas, y se llenaron el estómago de tazas de arroz que se daban á mano en vez de pan. El arroz es en aquel país, como casi en todo el Oriente, la base del alimento. En lugar de tenedores y cuchillos solo encontrámos ante nosotros una cuchara de tierra cocida y dos especies de cañas ó pequeños palos de mambú, palo rosa ó de sándalo, semejante al de los Chinos. Como no teníamos bastante fé en aquellos guisados y aquellos macedonios asiáticos, Norberg y yo esperábamos que nos sirviesen algun plato de asado y de cocido, pero fué en vano; puesto que se ha-

bian olvidado de ellos en la lista de los platos del banquete. Procurábamos contenernos engulliendo algunas bolitas de arroz cuando todas las mesas prorumpieron en un grito de alegría que señaló el aparicion de alguna maravilla cocinera. «Ese elefante asado, nos dijo el Bordelés, es un plato reputado santo entre los Cochinchinos, un alimento reservado para las ocasiones solemnes.» Por curiosidad quise probar el elefante, pero con dificultad pude apurar un bocado; tan correosa y nauseabunda era aquella carne.

Nueva fiesta estaba reservada á la concurrencia despues del banquete, puesto que le aguardaba una representacion escénica en un sotechado mas espacioso aun que el comedor. En el momento en que entrámos se verificaba la comedia, la cual consistia en un diálogo aturdidor que se mezclaba con el estruendo de los gongs, tamboriles, tambores, flautas y trompetas. La mejor parte de aquella accion teatral fué una especie de intermedio, ejecutado por tres jóvenes, las primeras de la compañía, que comparecieron en traje de antiguas reinas, mientras que un viejo eunuco cubierto con un vestido grotesco, representaba el papel de una especie de arlequin ó de vejete. En aquella parte de la escena, el diálogo, en vez de afectar el tono monótono y atractivo del recitado chino, pasó súbitamente á vivo y sofrenado, entremezclado de alegres retornelos, y terminado por una copla jeneral; otras veces tomaba la melodía una cadencia melancólica y dulce como una balada escocesa, en cuyo caso la voz de aquellas mujeres elevábase á un falsete tembloroso que no estaba destituído de gracia. Como la música en oriente no marcha nunca sin danza, á cada estrivillo de los coros, las tres actrices cochinchinas formaban pasos con sus pies y sus manos, poníanse de suerte que manifestaban sus talles esbeltos, combinaban grupos, se dejaban, volvian á tomarse, sin que sus movimientos ni una sola vez se apartasen del compas musical.

En Cochinchina, del mismo modo que en China, no se percibe cantidad alguna á la entrada de los teatros; la industria de los actores se esplota de dos maneras; ó por una especie de destajo por una representacion en los domicilios particulares, ó por un espectáculo público cuya entrada es gratuita; en cuyo último caso, el salario de los cómicos se deja á la jenerosidad de los espectadores, quienes arrojan á la escena varias piezas de menudos. Como este método recibió aquel mismo dia su aplicacion, Norberg, admirado de las tres heroínas de la ópera cochinchina, quiso practicarla igualmente como gran señor; lanzó algunos pesos en medio de las comparsas y provocó un tumulto de entre bastidores. El conflicto no se apaciguó mas que por la intervencion de los milicianos de sombrero cónico.

Bastantes fiestas habíamos presenciado en un solo dia. En consecuencia pasámos de nuevo á bordo del junco, decididos á atravesar al dia siguiente el estrecho istmo que se prolonga entre Touranne y Fai-fo. En efecto, apenas rayaba el alba cuando ya nos encontrábamos en un terreno arenoso y bien cultivado. Las aldeas que orillan el camino tenian cierto aspecto de aseo y de comodidad, sin duda procedente de la naturaleza del suelo, mas bien que del actividad de los moradores.

Veíanse varios arrozales y plantíos de alfónsigos y de morales que alternaban con algunos campos mas vastos de maíz. La educacion de los gusanos de seda parecióno ser una de las industrias de la comarca; de vez en cuando se veían en el umbral de algunas puertas varias cestas llenas de capullos. Nuestra incursion, en medio de caminos fatigosos, duró cerca de cinco horas, al cabo de las cuales se manifestó Fai-fo á nuestra derecha, en el fondo de una ensenada poco profunda. Fai-fo es una factoría china que solo tiene una calle, de un cuarto de legua de lonjitud con corta diferencia; su poblacion permanente apenas asciende á 5.000 habitantes; mas en la estacion de los juncos este número se dobla por el afluencia de las tripulaciones estranjeras. El azúcar y el cinámomo son sus dos artículos corrientes de la esportacion cochinchina.

Las casas chinas de Fai-fo construídas con cal y ladrillos y cubiertas de tejas, parecen avergonzar á las miserables cabañas de Touranne. Fai-fo encierra muchos templos, los cuales visitámos: el mejor de ellos está dedicado á la diosa china que preside al comercio y á la navegacion. Hace cosa de un siglo que fué edificado á espensas de un comerciante chino que hizo venir de Canton los materiales y operarios. En el interior del santuario hay un inmenso tazon de hierro, de ocho pies de altura, colocado frente de un altar, mientras que en el seno de una fuente colocada á espaldas de él, viven y juguetean unas treinta tortugas terrestres. Asimismo encontrámos en Fai-fo uno de los mejores templos bouddhistas que ecsisten en la Cochinchina: en él se ve una estatua de Bouddha que por la figura y el traje difiere del Bouddha chingulés, birman y siamés. En esa imájen las facciones tártaras han sido reemplazadas por las facciones indas. Seria quizás esta circunstancia una prueba de que el Asia ha tenido realmente muchos Bouddhas, nombre jenérico aplicado á todos los pontífices lejisladores; ó bien solo debe verse en esto un hecho dependiente del capricho de los fabrican-

3. Rochers de Marbre à Touranne.

3. Peñascos de Mármol en Turana

4. Porte de la Pagode souterraine.

4. Puerta de la Pagoda subterránea.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

tes de ídolos que, siendo Indos, reprodujeron el tipo indo, si Chinos, el tipo tártaro?

Fai-fo no es la capital de la provincia en que se halla situada. El gobernador reside en la plaza fortificada, Fu-Chiam, que se encuentra á algunas millas de distancia. El nombre de la provincia es Cham, que se estiende hasta la linea de montañas que orillan el S. E. de la bahía de Touranne: su poblacion se evalúa en 50.000 almas.

De regreso de esta escursion á Fai-fo, el guia chino que nos acompañaba ofreció conducirnos á una de las maravillas de la comarca, á las *Montañas de Mármol*, nombre sonoro y ambicioso aplicado á algunos peñones situados en el punto en que el istmo se enlaza al continente. Aceptámos la oferta y al mediodía aparecieron á nuestra vista, del seno de una playa arenosa, cinco masas de mármol, parecidas á obeliscos de pirámides sumerjidas. Para llegar al principal de aquellos peñascos debíamos pasar por un terreno árido, cuajado en muchos puntos de un polvo blanco, brillante y duro, que no tenia nada que ver con la porfirizacion de aquellas montañas negras y volcanizadas. Vistas desde su base, aquellas montañas se presentaban como una masa oblonga, de muchos centenares de pies de altura: merced á una rampa trillada en una cavidad circular, subímos el peñon hasta encontrar unos bancos practicados en un ancha hendedura que nos invitaron al descanso. Desde allí estas rocas, esta agua, que huía á lo lejos, estas cuatro moles que levantaban sus agujas negras y dentelladas, esta arena brillante de blancura, estas fábricas, estos árboles cuyas raíces hendian el mármol, estos arbustos, estas plantas que festoneaban el interior de la gruta, estas monas que se columpiaban en los bejucos cual en mecedores; todo reproducia un espectáculo mágico, una decoracion de ópera. (Pl. XXIX.—3).

Despues de una demora bastante larga, penetrámos en un desfiladero esmaltado de jardines suspendidos en la roca. Algunos pequeños edificios relijiosos y varias habitaciones embellecian aquel paisaje que llamaba el atencion por la imprevision y el contraste. De uno de aquellos alojamientos salió un hombre que propuso acompañarnos á una pagoda subterranea, complemento de los milagros de la comarca. Efectivamente, hízonos entrar en una galería estrecha, de unos doscientos pies de lonjitud, y orillada á derecha é izquierda de celdas inhabitadas. Este paso, que viene á salir á la parte septentrional del peñon, es continuado por un sendero cubierto de impenetrable follaje, diversas salidas sinuosas, un pasillo en la roca viva, y una escalera de treinta y siete tramos que conducen enfrente de la misteriosa pagoda (Pl. XXIX.—4). La entrada formaba una especie de portada, flanqueada de pedestales guarnecidos de animales fabulosos, y superada de un frontis con simbólicas astas de vaca. A corta distancia de la puerta empezaba una nueva serie de escalones que terminaban en el interior del templo subterráneo.

Era una escavacion inmensa de cincuenta pies de lonjitud sobre cuarenta de anchura, y unos cuarenta y cinco de elevacion. La luz penetra en él por medio de una cercera natural abierta en la cima de la bóveda: los rayos del sol y el aire esterior hacen visos y parecen juguetear con las guirnaldas de enredaderas que penden aquí verticales, allí redondeadas ó enlazadas en forma de arabescos. Cuando entrámos, los rayos del sol caían casi á plomo sobre aquella roca de brillante grano, y de esplendente cristalizacion. Sus rayos se representaban con tantas lentejuelas de oro y de plata, que nos pareció haber encontrado las cavernas fantásticas de los cuentos orientales.

Al lado de la puerta por la cual acabámos de entrar, se hallaban sentadas dos figuras colosales, teniendo á sus pies varios animales monstruosos; á mayor distancia elevábase el altar mayor con sus candeleros y sus cirios encarnados (Pl. XXVIII.—1). En el altar se ve una estatua de Bouddha, de tres pies de altura, sentado y rodeado de algunos atributos emblemáticos. Su túnica, su casco puntiagudo, sus pies unidos, sus manos estendidas sobre sus muslos, recuerdan el Goutama de los Birmanes y de los Siameses. Veíanse ademas otras pequeñas estatuas que representaban aquí discípulos de Bouddha, allí una mujer sentada, sin duda la divinidad del peñon. Aquellas figuras, aquellos ornamentos votivos, aquellos altares colocados bajo una nave con pórticos de granito, parecian mas realzadas aun por la sombra y la soledad del lugar. Nuestro guia nos refirió que el emperador de la Cochinchina hacia poco tiempo que honrara con su presencia la pagoda santa, y como prueba de tan solemne visita, nos hizo observar en la bóveda, en medio de un círculo negro, un punto amarillo que relucía en la roca: era, segun él, una barra de oro ofrecida por S. M. en el curso de aquella piadosa romería. Nosotros le creímos sobre su palabra.

Desde aquella gruta pasámos á otra situada en el mismo grupo de rocas; era mas pequeña, y tenia tambien su templo con un ídolo de mujer semejante á la de la pagoda subterranea. Para salir de allí tuvímos que atravesar una salida muy angosta, dominada por dos paredes de mármol entalladas en forma de pilastras y coronadas de árboles robustos. Condújonos bajo una bóveda formada por la roca que dejaba ver

á lo lejos las islas de Cham-Kalao al través de un ancha roza, y mas cerca la rada de Touranne que á la sazon se hallaba tranquila y cubierta de barcos pescadores.

Una ojeada natural sobre aquellas moles jigantescas terminó su reconocimiento detallado; eran casi enteramente áridas; mas todos los puntos en que habia podido mantenerse la menor capa de tierra eran tapizados por una vejetacion de plantas arbolescentes. La piedra nos pareció una cristalizacion calcarea ó de mármol, que no tenia ningun apariencia regular de estratificacion. Aquellas masas encumbrábanse en forma de columnas perpendiculares, y una medida ecsacta de su elevacion nos dió para la mas alta 275 pies, y para la mas baja 195.

Aunque la llanura que se estiende al pie de las montañas de Mármol no ofrece mas que un páramo estéril y arenoso, sin embargo agrúpanse en sus alrededores muchas aldeas. Sus habitantes, casi todos pescadores, fabrican, en la mala estacion, varios utensilios de cocina con la piedra estraída de aquellas masas. Habia allí una pequeña habitacion ecsornada de arbustos y de flores, que, segun nuestro guia, habia servido de asilo por mucho tiempo á una hermana del soberano, que observaba una vida de soledad y de recojimiento.

Para volver á bordo del junco, tomámos una piragua que estacionaba en uno de los canales formados por el rio de Touranne. Sentados sobre unas esteras, veíamos desde allí desplegarse á nuestra vista una campiña rica y bien cultivada: aquí se fugaba un campo de cañas dulces, allí una plantacion de maíz, en otra parte un campo de alfónsigos, y á mayor distancia un verde y undoso arrozal. Al rededor de las habitaciones que respiraban por do quiera la comodidad, enlazaban sus flores y sus frutos varios bananos, limones y naranjos: el ananas crecia cerca del árbol que lleva el *lombou*, fruto raro, reservado casi siempre para las mesas reales. El lombou, que tiene el grueso de una nuez, pende en racimos y solo se come fresco: su piel dura y amarilla encierra una sustancia blanca, de un gusto delicioso, comparable al del mangustan. Asegúrase que paraque este fruto esquisito no falte nunca en los postres del soberano, hay encargados algunos mandarines de ir á la cabeza de algunos soldados á señalar los árboles que lo llevan. Desde que se ha marcado la estampilla imperial, el propietario no solamente no tiene derecho alguno á una indemnizacion, sino que se le declara responsable hasta la cosecha.

Los árboles que orillaban los canales que á la sazon recorríamos, nos dejaban ver de vez en cuando en su copa algunos pájaro-moscas con alas de fuego, mientras que varias lejiones de monos escapaban ruidosamente de los sotos para ir á encaramarse mas lejos sobre un aguja de roca. Toda aquella costa parece ser el país de los monos; tanta es su abundancia. La especie mas comun tiene el color gris brillante, y la parte trasera castaño.

A alguna distancia de allí, volvímos á entrar en el rio, y pocas horas despues, la piragua pasaba la barra y se encaminaba hácia nuestro transporte chino. Al costear las dunas de la rada, llamó nuestra atencion una cruz de madera, casi bañada por las olas. Quisímos aprocsimarnos á ella, y leímos un nombre casi borrado que indicaba ser allí la tumba del último capitan jeneral de las Filipinas, Martinez. Víctima de intrigas cortesanas, despues de largos y reales servicios, Martinez habia muerto en la travesía de Manila á Europa, dejando en Touranne sus despojos mortales. Quién sabe si aquel hombre, al través de sus grandes acciones, concibiera una pompa fúnebre y un mausoleo espléndido!

La noche tendiera su negro manto cuando llegámos á bordo del junco, mas en dos dias habíamos visto cuanto ofrecian de curioso el pequeño apostadero cochinchino y la comarca circumvecina.

CAPÍTULO XXVIII.

COCHINCHINA.—HISTORIA Y JEOGRAFÍA.

El orijen de los Cochinchinos, tantas veces discutido en los libros, es todavía un hecho que debe probarse: sin embargo la hipótesis mas razonable es la de Barrow, que hace de ella una colonia de Chinos obligados á espatriarse en la época de la invasion de los Tártaros. En apoyo de este aserto, no invoca la etimolojía viciosa de Cochinchino, *Kotchin-djinna* (China del Oeste), apelacion de raíz japonesa, y transmitida al lenguaje europeo; sino que cita los usos, las costumbres, la escritura, las opiniones relijiosas y las ceremonias de los Cochinchinos; indica los puntos en que convienen y porque en otros puntos se apartan de las prácticas análogas de la China. Igualmente esplica el modo como aquellos pueblos fujitivos pudieron, en el decurso de una vida nómada, perder algunos rasgos orijinarios, sea de resultas de una dejeneracion por su parte, sea por un progreso realizado en su patria primitiva. Así que, sea que las facciones del semblante no tengan el mismo tipo, la lengua el mismo vocabulario en ambos pueblos, sea que las habitudes de aseo chino desdigan de la horrible y sistemática suciedad de Cochinchino, ó bien que haya distancias profundas en los usos domésticos, en el papel de las

mujeres, en las leyes, en las preocupaciones, en las tradiciones; únicamente debe verse en ello, segun Barrow, el resultado inevitable de una emigracion forzada, de una mezcla con las razas malayas, de una ecsistencia salvaje y militante, de un establecimiento penoso en un territorio disputado.

No sin algun combate pudieron efectivamente los fujitivos instalarse en su patria actual, puesto que en ellas encontraron un pueblo negro numeroso y belíjero como el que los Moros han vencido en las Filipinas. Aquellos indijenas, llamados *Moyes*, defendieron con su territorio la enerjía de la desesperacion, lucharon por espacio de muchos años, y cuando estenuados por la guerra, diezmados y derrotados en detall, se vieron obligados á abandonar el litoral á los recien venidos refujiados en inaccesibles cordilleras, y convertidos tan feroces como las bestias que las pueblan, perpetuáronse como un espantajo y un peligro cada dia renacientes. Hace poco tiempo que estas tribus alarmaban todavía á la comarca cochinchina: descendidas en gavillas de sus montañas, asolaban los campos, incendiaban las aldeas y pasaban los habitantes á degüello. En el actualidad, merced á imponentes fuerzas militares, el litoral tiene que temer pocos ataques de esta naturaleza, y los Moyes, batidos hasta en sus montes bravos y sus empinados riscos, suministran á los dueños definitivos del país esclavos para los trabajos mas ínfimos. Estos negros son una raza de hombres robustos y bien proporcionados, y parecen pertenecer por algunas analojías á este pueblo melanesio que se encuentra en Luzon, en el gran continente de la Nueva Holanda y en muchas otras islas vecinas, pueblo que parece mas africano que asiático, no solo por su tipo, sino tambien por sus caractéres. Por lo demas, los Moyes de Cochinchina son una poblacion mas miserable de lo que podia imajinarse, que vive de la cosecha de algunos frutos preciosos que ocultan sus bosques.

No bien la colonia de emigrados hubo conquistado este terreno sobre los negros, fundó en él el reino de An-Nam, nombre indíjena de la Cochinchina. Para tener algun conocimiento de los siglos que siguieron á la conquista, es preciso consultar los anales chinos. Fué aquella, á lo que parece, una época de turbaciones, de anarquía y de confusion. Fatigados los nuevos colonos del yugo de sus vecinos, lo sacudieron varias veces, y acabaron por realizar una independencia completa hácia el año 263 de Jesucristo. En 1280, cuando los Mantchous se hubieron enseñoreado de la China, avanzaron un poco hácia el reino de An-Nam, el que querian reunir á su imperio. Habiendo abortado este ensayo, tuvo lugar una segunda tentativa por los años 1406 contra el Tonquin que fué sometido y despues evacuado contra la satisfaccion de un tributo. En 1471, el Tonquin derrubió á su vez sobre la Cochinchina, y la agregó á su territorio. Así se pasó hasta en 1540 en que, habiendo una nueva invasion china avasallado Tonquin al *imperio celeste*, la Cochinchina se declaró independiente. Por este mismo tiempo y tras sucesivas usurpaciones, un ministro ó jeneral fundó en el Tonquin una organizacion militar que observaba cierta analojía con el estado japonés ó la confederacion marata; organizacion que reconocia dos soberanos, el uno nominal, el otro real; el primero bajo el nombre de *Boua* que ocupaba sin autoridad un trono hereditario, el segundo que sucedia bajo el nombre de *Choua* á todos los poderes de hecho que se arrogara el primer usurpador. Dos siglos duró esta forma de gobierno, y no terminó hasta 1748, en cuya época el Boua, monarca titular, hizo justicia de las usurpaciones consagradas por una larga posesion.

Tras este acto de autoridad, atormentó al Tonquin y la Cochinchina un nuevo período de anarquía, hasta que la revolucion de 1774 cambió el aspecto de la comarca. Los jefes de aquel movimiento eran tres hermanos de la provincia montuosa de Quinhone, bajo el nombre colectivo de *Taysons*. El primojénito era cerrajero; los otros dos, dotados de una intrepidez poco comun, eran cultivadores. Algunas estorsiones cometidas en perjuicio suyo por los oficiales del tesoro, los sedujeron á constituirse jefes de bandidos; y este nuevo oficio les valió la impunidad y la fortuna, contando en breve tiempo bajo sus órdenes cuadrillas aguerridas y numerosas. Entonces fué cuando concibieron la idea de constituirse en partido político; enarbolaron el estandarte de la rebelion, llamaron en su ausilio á los de Tonquin, que de esta suerte, de vasallos y de tributarios pasaban á invasores; derrotaron con su concurso los ejércitos de su monarca, hiciéronlo prisionero, y lo condenaron á muerte no menos que á su hijo primojénito. La reina y su segundo hijo, entonces heredero del trono, solo con dificultad pudieron sustraerse á la persecucion del enemigo. Los restos de la familia real, al mando de un misionero francés Jorje-Pedro-José-Pigneaux de Behaim, franciscano, natural de la diócesis de Laon y mas conocido bajo el nombre de obispo de Adran, pudieron alcanzar el reino de Tsiampa, ó mas bien la parte de la Cochinchina meridional, cuya capital es Saigong. Agregando allí á la causa del príncipe lejítimo los vasallos que le habian permanecido fieles y los cristianos reunidos en la provincia, el obispo hizo proclamar

á su protejido bajo el nombre de Gya-Long, emperador de la Cochinchina. Durante el mismo tiempo, el primojénito de los tres rebeldes, Nhac, consolidaba su poder en la provincia de Quinhone enteramente conquistada, á escepcion del Hué-Fou y su comarca septentrional, caídos en poder de los Tonquineses.

Tal fué el estado de los negocios por espacio de algunos años, y en 1781, el país, estenuado por la guerra civil, se hallaba reducido á un estado de miseria y de abyeccion. En muchas ciudades litorales, el pueblo no se alimentaba mas que de algas marinas, y aun se vió carne humana puesta en venta en el mercado de Hué-Fou. Entonces fué cuando el rey lejítimo quiso aventurar su corona en un combate decisivo.

Algunas embarcaciones portuguesas ancladas en Saigong, se le ofrecieron como ausiliares. Admitióles á su servicio, hízolas armar y equipar, y dió la vela con un monzon favorable con el objeto de ir á sorprender la flota del usurpador en el puerto de Quinhone. Esta empresa, acometida bajo felices auspicios, tuvo el mas fatal desenlace. Batido y puesto en fuga, Gya-Long apenas tuvo tiempo suficiente para alcanzar Saigong, de donde salió apresuradamente con su familia y el obispo de Adran, para buscar un asilo en el estranjero. La isla de Phu-kok ó Quadrol fué el punto de destierro donde aportó la majestad fujitiva, y no, como se ha dicho, Poulo-We, ni Poulo-Ubi. Desde este punto, situado en el golfo de Siam, encaminóse á Banckock, y asistió en sus guerras al soberano de la comarca, esperando por este medio crearse un título á su alianza. Mas en breve estallaron entre el príncipe desterrado y su huésped algunas causas de rompimiento; los unos dicen con ocasion de una nieta de Gya-Long que el monarca siamés pretendia por su concubina y que se le rehusó; ó, insiguiendo otras versiones, á causa de algunas rivalidades palaciegas contra el antiguo y bravo Cochinchino. Sea cual fuere la causa, es positivo que Gya-Long fué advertido de una tempestad dispuesta á descargar sobre él. Para salvar su vida del peligro, vióse obligado á abrirse paso á la cabeza de mil combatientes, al través de toda la guarnicion de Banckock, descendió el Meinan, apoderóse de algunos barcos costeños, y alcanzó su isla de Phu-Kok donde improvisó algunas fortificaciones que le pusieron al abrigo de todo golpe de mano.

Entonces fué cuando el obispo de Adran, desesperado de efectuar aquella restauracion por medio de ausiliares asiáticos, dirijióse hácia una intervencion francesa como el único recurso que restaba á su protejido. Aquella miserable isla de Phu-Kok, donde se hallaban aglomerados mil quinientos proscritos, apenas les ofrecia algunas raíces para nutrirse, por cuyo motivo al fin todos hubieran fallecido desde el primero al último. En consecuencia el obispo de Adran pidió á Gya-Long su hijo primojénito para conducirlo á Francia: partió con él de Phu-Kok, hizo escala en Pondichery, y salió inmediatamente, llegando á Paris con su pupilo hácia 1787: su proyecto de alianza lejana sedujo á los condes de Vergennes y de Monmorin: firmóse un tratado entre S. M. Luis XVI y el rey de Cochinchina, representado por su hijo y el obispo de Adran. Por este acto la Francia se obligaba á suministrar á la Cochinchina veinte navíos de guerra y siete rejimientos, á saber: cinco de Europeos y dos de tropas coloniales, y ademas un millon de pesos, la mitad en numerario y la otra mitad en salitre, cañones, mosquetes y otros armamentos militares. Por su parte, el rey de Cochinchina declaraba ceder á la Francia el territorio de Haa, la bahía de Touranne y las islas adyacentes de Faifo al S. y de Haí-Wen al N., territorio estéril y estrecho, de unas cuarenta millas de lonjitud sobre ocho á diez de anchura. En caso de agresion estranjera sobre los puntos concedidos, 60.000 Cochinchinos debian intervenir en favor de los Franceses, mientras que otros 40.000 se pondrian á su sueldo para el buen ésito de sus guerras de la India. A la par de esas estipulaciones políticas y militares, encontrábanse algunos artículos favorables al comercio y á la navegacion de la Francia.

Mientras que el obispo de Adran y el heredero de Gya-Long preparaban de esta suerte á lo lejos los elementos de una restauracion conquistadora, ocurrian en Cochinchina graves acontecimientos que parecian consolidar mas y mas el reinado de la dinastía usurpadora. El último hermano de los Taysons, Long-Nhung, coronado bajo el nombre de Quangtrung, el mas emprendedor y activo de los tres, no solamente habia avasallado toda la rejion del centro y del N., sino que, á favor de una guerra civil estallada en el Tonquin, habia subyugado aquel reino conservándolo constantemente apesar de todos los esfuerzos del emperador de la China. En 1789 acababa de derrotar en la frontera un ejército enviado contra él.

Con todo, la misma victoria prohijó un motivo de revés. Levantáronse entre los hermanos la rivalidad y los zelos, y una guerra intestina proporcionó la mejor parte al monarca proscrito. Sin aguardar la llegada de su plenipotenciario, quiso Gya-Long aventurar una tentativa, desembarcando en su leal provincia de Tsiampa. Acojido con entusiasmo, remontó el Dou-Nai y fué llevado casi en triunfo hasta Saigong, donde se le reunieron su hijo y el obispo de A-

dran un momento despues de haber desembarcado.

Su mision, evacuada maravillosamente en Europa, habíase estrellado en Asia. El gobernador de Pondichery, Conway, influído, segun se dice, por una mujer enemiga del obispo, no quiso hacerse á la vela hasta haber recibido nuevas instrucciones de la corte de Versalles. Tales instrucciones no debian llegar jamas, porque la revolucion francesa hiciera olvidar aquellos remotos intereses.

Lo único que resultó de aquel tratado firmado entre ambos reyes, fué que unos veinte oficiales, entre los cuales se hallaban MM. Chaigneau, Bayot, Olivier, Vannier y Barisy, llegados con la comitiva del obispo, persistieron en acompañarle en clase de voluntarios. Algunos Ingleses, Irlandeses y aun Daneses, pidieron igualmente correr los riesgos de aquella atrevida empresa. Así que, unos treinta Europeos, todos militares valientes y distinguidos, injenieros, artilleros, marinos, se ofrecieron á Gya-Long para instruir y disciplinar sus ejércitos.

Este nucleo de hombres fué suficiente para cambiar la faz de los negocios. Sus primeros trabajos tuvieron lugar en Saigong que por espacio de algunos años debia servir aun de fortaleza y baluarte á la realeza lejítima. Los injenieros rodearon la ciudad de fortificaciones, coronáronla de artillería é improvisaron arsenales y almacenes.

Mas fuerte por la táctica que por el número, Gya-Long solo pudo recobrar la totalidad de su antiguo reino gradualmente y con el ausilio del tiempo. Doce años apenas le fueron suficientes para esta grande obra. Al ver la paciencia y la táctica con que procedió, fuerza es admirar el tacto y la sagacidad de aquel príncipe; mas al propio tiempo debe colejirse cuan profundas raíces echara en el país el gobierno de los Taysons usurpadores, puesto que hubo tanta dificultad en estirparlo.

Uno de los primeros incidentes que protejieron la causa del monarca de Saigong, fué la muerte del tercer Tayson, Quang-Trung, que falleció en Hué-Fou, siendo reemplazado por su hijo. Habiendo entonces Gya-Long resuelto tomar la ofensiva, atacó en 1792 la flota de Nhac, surta en la ensenada de Quinhone, incendióla casi entera y entró triunfante en el rio de Saigong: en 1796 fué sitiada la misma ciudad de Quinhone. Tomó parte en el sitio el rey en persona, subió al asalto, y se hallaba mezclado con sus soldados y oficiales franceses, cuando fué conquistada. Cincuenta mil hombres habian sido impotentes para defenderla. Cinco años despues, Hué fué atacada á su vez y cayó á impulsos de los ataques del belicoso monarca, completando la sumision del reino una campaña feliz verificada en el Tonquin en 1802. Transcurridos siete años, los estados del nuevo emperador fueron acrecentados por una porcion del Kambodje, la mitad reducida por las armas y la otra mitad por intrigas.

Tal es todo lo que hizo Gya-Long, el aliado de Luis XVI, el amigo del obispo de Adran. Aunque la preocupacion francesa haya ecsaltado su mérito mas allá de su justo valor, es innegable que fué un hombre de valor, de talento y de perseverancia. Una ventaja tuvo sobre los demas asiáticos, y fué, que lejos de confiar en su superioridad, discernió y utilizó sobre la marcha la civilizacion y la ciencia europeas. Nuestros oficiales encontraron en él un juez que supo comprenderlos y un jefe que supo emplearlos. La táctica militar y naval, el uso regular del artillería, la instruccion y la disciplina de las tropas, fueron en breve innovaciones familiares á su ejército y decisivas para sus operaciones. Estableció en Fen-Tan una manufactura de salitre, abrió caminos, instituyó escuelas militares, creó fundiciones de cañones, atarazanas y astilleros para la construccion de buques; hizo construir 300 lanchas cañoneras, cinco lugres y una fragata aparejada á la europea. Intendente de sus puertos y de sus arsenales, habia querido tomar el hacha como el czar Pedro, y ningun trabajo se emprendia sin que hubiese dado su parecer y presidido á su ejecucion.

Estas cualidades activas y fuertes encumbran á Gya-Long al rango de los organizadores mas célebres; mas carecia de tendencias administrativas y de prevision política: en vez de señalar su advenimiento por medio de mejoras reales y reformas agrícolas, tan necesarias en un país devastado, solo pensó en sus tropas de mar y tierra, el uniforme de sus soldados, sus cañones y sus buques de guerra. Los oficiales franceses, todos apasionados al brillo de su profesion, eran los que le impelian en aquella senda, y el obispo de Adran no osaba abocar su influencia contra los gustos favoritos del monarca. Acúsase tambien á Gya-Long de haber desconocido la dignidad de su caracter en la estúpida y bárbara venganza que sacó de los hermanos Taysons. Como habian muerto todos tres, mandó desenterrar sus cadáveres y los hizo decapitar en seguida insultándolos públicamente. Los individuos de sus familias fueron condenados todos por el vencedor á muerte por el suplicio de los elefantes. Hombres, mujeres, niños y ancianos fueron conducidos al circo, y destrozados ó despanzurrados por aquellos animales, y sus miembros fueron espuestos ó dispersados por la comarca.

La organizacion política creada por Gya-

long difiere poco de la que rejia anteriormente la comarca, organizacion indudablemente importada de la China. Dos clases de funcionarios divídense el accion ejecutiva; los mandarines de guerra y los mandarines letrados, mandarines militares ó civiles.

Bajo la inspeccion de los primeros se hallan las milicias, institucion que recuerda de lejos los *landwerhs* alemanes. Todo Cochinchino es soldado; debe diez y seis años de servicio al rey, contra el alimento, una paga insignificante y un uniforme. Este servicio no es solamente militar, sino que á veces dejenera en corveas, en servicios de estafetas, organizados por etapas, en trabajos agrícolos ó domésticos, cuya circunstancia lo distingue de toda asimilacion europea.

Los mandarines letrados no tienen atribuciones menos importantes que los mandarines militares; perciben los derechos de aduana y los impuestos sobre las propiedades; recorren las provincias, á manera de los majistrados ingleses para juzgar los procesos civiles y criminales y representan al emperador siempre que interviene en un asunto como parte interesada.

Gya-Long instituyó ademas un consejo supremo, superior á estos mandarines y compuesto de seis ministros; el ministro de ceremonias y de la relijion, el ministro de los archivos, el ministro de la guerra, el tesorero, el ministro de justicia, y el ministro de aguas y bosques que incluía el departamento de marina en sus atribuciones. Estos ministros eran reemplazados á su vez por tres dignitarios superiores llamados *Kuns*. El uno de esos dignitarios era el virey de Tonquin; el otro, el virey del Kambodje, y el tercero el ministro de los elefantes. Este último puede pasar por el presidente del ministerio cochinchino.

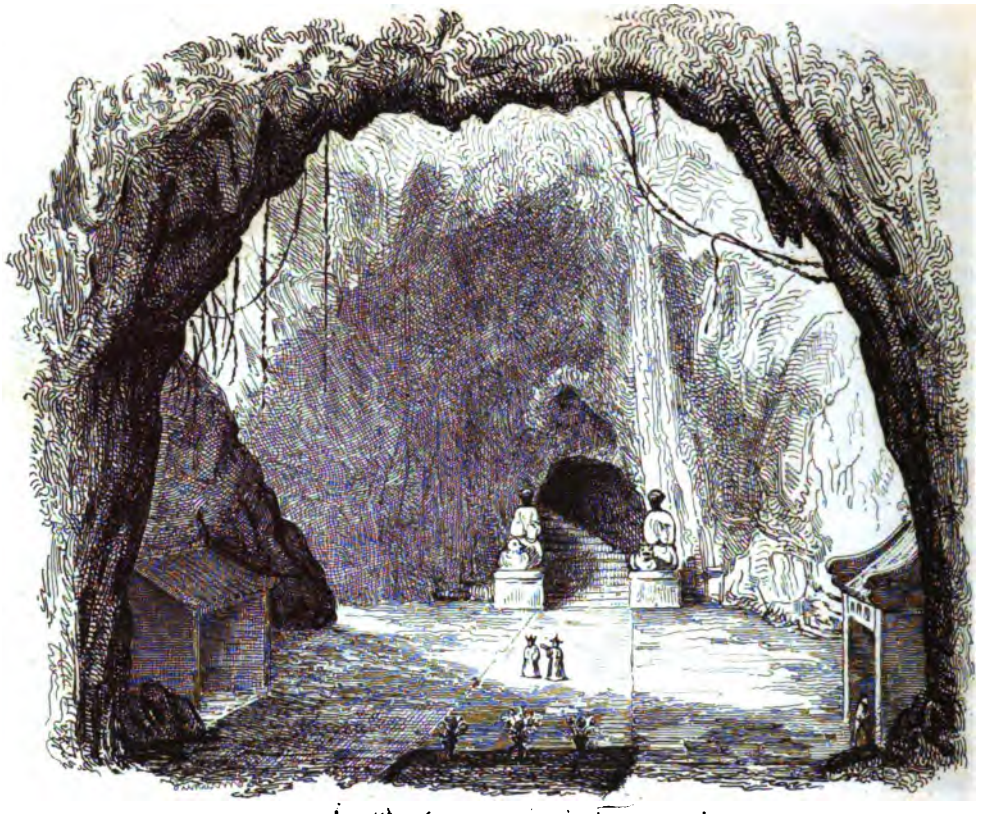
Por lo demas, por elevado que sea el rango de los oficiales de la corona, su autoridad es enteramente nula ante el poder real, absoluto en toda la estension de la palabra. La nobleza nueva y antigua carece de influencia personal é independiente. Revocable á su capricho, solo tiene un relieve momentaneo, que el monarca le atribuye, y que cesa desde que la mano soberana se retira de uno de los titulares.

Estas medidas de organizacion política ocuparon los primeros momentos de Gya-Long cuando se vió restablecido sobre su trono; reconstituyó el imperio anamítico en su fuerza unitaria, y lo hizo tan respetable á los ojos de la China, que esta no ha osado atacarlo mas. Protejido en esto por los oficiales franceses, el emperador no se mostró ingrato hácia ellos. MM. Dayot, Chaigneau y Vannier fueron hechos mandarines de primer órden; en cuanto al obispo de Adran, fué por largos años el alma y el consejo de aquella corte.

Hué-Fou, la capital del imperio, fué el punto de mira principal del soberano, quien sacrificó á la nueva favorita su antigua residencia de Saigong, tan bien dotada hasta entonces. Embarcóse para la provincia del Norte una gran parte del material reunido en la Cochinchina meridional. Fuerte ya por su posicion fluvial, Hué fué circundada de inmensas fortificaciones, y coronada de 1200 piezas de todos calibres. Levantó el rey un castillo jigantesco con fosos y murallas, que formaban una segunda ciudad, cortada de jardines, quintas, parques, estanques, casernas y arsenales, y abrió en breve en el rio de Hué un puerto capaz de contener hasta quinientas galeras. Varios astilleros, ateneos, fundiciones animaron la ciudad restaurada, y una calle entera construída por Gya-Long, especie de hospital de inválidos, sirvió para alojar á los mandarines y los oficiales que habian merecido bien durante la última guerra. Aunque la capital, puesta á la vista del rey, fuese privilejiada en aquellos embellecimientos, no por esto dejó de recibir el país la parte correspondiente, puesto que se abrieron varios caminos y canales, y el cultivo del azúcar, hasta entonces limitado á algunos ensayos, adquirió algun desarrollo y atrajo á los compradores chinos y europeos.

Este período de progresion duró hasta la muerte del obispo de Adran. Este prelado, durante toda la fuerza de su influjo, procuró por todos medios hacer resultar los mejores beneficios á su patria, pero era en un tiempo en que la Francia, absorvida por sus guerras continentales, no tenia voluntad ni poder para ocuparse de tan remotos establecimientos. Despues de recobrada la paz, Luis XVIII encargó á un capitan de comercio una carta y algunos pobres presentes para el emperador de Cochinchina, mas ni los dones, ni el enviado iban acompañados de las circunstancias indispensables para imponer mucho á una corte que solo hacia caso del boato y de la representacion. Sin embargo, en el mes de diciembre de 1817, fondeó en la bahía de Touranne la fragata *la Cibeles* de 40 cañones. Su comandante, M. Aquiles de Kergariou, era esta vez encargado de una mision mas regular y mas lata, puesto que no se trataba nada menos que de volver á las bases establecidas por el tratado de 1787, es decir, á la cesion de Touranne y un fracmento de su litoral. Era ofrecer á un monarca victorioso las mismas condiciones que á un pretendiente. Así es que Gya-Long solo vió en este paso una jactancia pueril, y solo contestó á la Francia en términos muy frios,

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



1. Pagode souterraine à Touranne.

1. Pagoda subterránea en Turana

2. Empereur de Cochinchine. 3. Député de Cambodge.

2. Emperador Cochinchinés 3. Diputado de Cambodge

d. Simon del.

TOME I
VIAJE

cuanto mas que acababa de morir el obispo de Adran.

Gya-Long manifestó con su dolor ser digno de semejante amigo. Erijió al prelado un magnífico mausoleo en la ciudad de Hué-Fou, y este testimonio de luto público solo fué una espresion muy débil de sus lamentos privados. Dos años despues, en 1819, el emperador de Cochinchina siguió al sepulcro al venerable obispo.

Antes de espirar, habia arreglado ya la sucesion al trono. Su hijo lejítimo, el discípulo de Adran, el que habia visitado con él la Francia, y que por sus cuidados fué instruído en la fé católica sucumbiera en 1799 á una cruel enfermedad. Hallándose estinguida por esta muerte toda descendencia en primer grado, Gya-Long quiso hacer reconocer á su hijo ilejítimo, Migues-Man, con esclusion de sus nietos, y realizó este proyecto apesar de la previsora oposicion de algunos mandarines.

Migues-Man subió pues al trono despues de la muerte de su padre. Tenia á la sazon unos treinta años, era pequeño de estatura, carecia casi enteramente de barba y era lijeramente manchado de viruelas (Pl. XXVIII. — 2). Su advenimiento tuvo lugar sin efusion de sangre: el Tonquin, el Tsiampa y las provincias centrales reconocieron sucesivamente su autoridad, y el Kambodje cochinchino creyó tambien de su deber testificar en esta circunstancia sus buenas disposiciones, enviando un diputado especial (Pl. XXVIII. — 3).

Migues-Man no era como su padre de un carecter áspero y belicoso; los literatos lo apreciaban por su erudicion y por su saber. Poseía á fondo la lengua literaria de los Chinos, habia escrito muchos libros en este idioma; y sus gustos, sus preocupaciones, su instinto pacífico, inducíanle á hacer predominar en su corte la influencia china con esclusion de la influencia europea. El primer indicio de este sistema resultó de una escursion que hizo en persona á Tonquin por los años de 1821, para someterse á una ceremonia de investidura que reducia su título de soberano al de simple virey del emperador de China. En esta coyuntura todo fué para él humillacion, hasta las mismas formalidades del ceremonial que atribuyeron á los diputados chinos un rango y un grado iguales á los suyos.

Las consecuencias de esta nueva direccion fué una especie de disfavor para los mandarines franceses, al principio resultado sordo no tanto de los hechos como de las intenciones, pero despues mas abierto, mas manifiesto y mas incómodo. Los cristianos, protejidos por Gya-Long, habian fundado numerosos establecimientos con el ausilio de su largeza; pero Migues-Man no solo retiró de ellos su patronazgo, sino que los persiguió aun con peligrosas vejaciones. Por lo demas, esta repugnancia del nuevo príncipe no solamente se dirijia sobre los Franceses, supuesto que la embajada inglesa que el gobernador jeneral de Bengala envió por esta misma época y que apareció en Hué en los últimos meses de 1821, no encontró obstáculos menos serios, ni antipatías menos vivas.

M. Crawfurd, jefe de esta mision, remontó el rio en el batel del *mandarin de los elefantes*. « La comarca, entrecortada de canales y de riachuelos, ofrecia un punto de vista admirable, dice la relacion; en ninguna parte del mundo habíamos visto un rio, cuyas riberas fuesen tan pintorescas. Las aldeas apiñadas por acá y acullá, las casas elegantes y aseadas, los jardines embalsamados de flores, los verjeles cargados de frutos, el aspecto de los naturales vigorosos y robustos, formaban un cuadro delicioso. »

M. Crawfurd fué recibido en la ribera por una guardia de honor: los mandarines franceses, MM. Vannier y Chaigneau (este último ascendido á la sazon á cónsul de Francia) fueron aquel mismo dia en traje cochinchino en casa del embajador británico. Estableciéronse los términos de las negociaciones que iban á entablarse, y procuróse determinar su naturaleza; mas fácilmente podia verse que la corte de Hué no se prestaba á ello con mucho gusto, y que la forma arrastraría tras sí al fondo. Tres obstáculos, en efecto, dominaron en las conferencias: el primero procedia de la especialidad comercial de la embajada; el segundo de la inferioridad de los poderes de M. Crawfurd que no emanaban directamente del rey de Inglaterra; el tercero de una imprudencia cometida en Saigong donde habia sido abierta la carta del gobernador jeneral; todo lo cual impedia hablar de este negocio á Migues-Man, atendido que el emperador de la Cochinchina no se ocupaba por sí solo de asuntos comerciales; nunca recibia carta alguna sino de parte de los reyes, y jamas las aceptaba abiertas. Merced á tan dirimentes motivos, vióse obligado M. Crawfurd á reembarcarse con sus oficiales, y de volverse con sus presentes europeos, sin haber visto siquiera al soberano cochinchino, y sin haber obtenido una palabra de S. M. Hubiera podido sospecharse que los mandarines franceses habian aconsejado no recibir por ningun estilo ninguna proposicion británica, si dos comandantes de la marina francesa no hubiesen sido despedidos por la corte de Hué, del mismo modo que acababa de serlo M. Crawfurd, y si ya en aquella época el crédito de MM. Chaigneau y Vannier no se encontrase en visible decadencia.

Efectivamente, no bien habian transcurrido dos años cuando su posicion en Hué habia llegado á ser intolerable. En consecuencia se embarcaron en 1823, y regresaron á Francia. Desde aquella época, todas las tentativas de nuestro gobierno para conquistar una perdida influencia, han sido totalmente infructuosas. La espedicion del *San-Miguel*, buque partido de Burdeos en 1830 con M. Chaigneau hijo, nombrado cónsul en Cochinchina, acabó con un naufrajio en los escollos de Paracel; y su tripulacion vejetaba en Touranne, no menos atormentada por la miseria que por las influentes sospechas de las autoridades del país, cuando la corbeta de guerra *la Favorita*, mandada por M. Laplace, puso aquellos infortunados á la sombra de nuestro pavellon. En su estacion en Touranne, M. Laplace no fué mas feliz cabo la corte de Hué de lo que habian sido sus predecesores, M. de Kergariou y en seguida M. de Courson, comandante de *la Cleopatra*. Un solo hecho resultó de tantos avances rechazados, y este fué que el monarca actual no buscaba sus reglas de conducta en los precedentes del otro reinado, y que, á ejemplo de la corte de Pekin, queria hacer su capital inaccesible á la diplomacía europea.

A falta de negociadores regulares, M. Laplace halló en Touranne visitadores curiosos y espías insoportables. Hé aquí un fracmento de su relacion.

«La entrevista, dice, debió terminarse friamente, porque ninguna de las dos partes se hallaba satisfecha; sin embargo, para alejar de mi parte toda sospecha de descontento, acepté los bueyes, los lechones, la volatería, como tambien los jarros de vino del país que se me ofrecieron de parte del rey, y prevenido desde la mañana que el mandarin, conformándose con la etiqueta cochinchina y quizá tambien con las órdenes de su amo, deseaba hacerme una visita á bordo de *la Favorita*, invitéle á ello y precedíle en hacerle los honores.

«Despues de dos horas de espera, vímos por fin salir lentamente del rio de Touranne, una galera movida con mucho trabajo por dos filas de numerosos remeros, todos soldados de la guardia, cuyo uniforme amarillo, y sombreros puntiagudos, superados de penachos amarillos y encarnados, formaban un punto de vista, al que comunicaba un no sé que de singular el enviado de la corte gravemente sentado á la moda turca, en medio de su comitiva y sobre una plataforma que dominaba la popa de la embarcacion. Despues de haber sido saludado á su llegada con nueve cañonazos, el gran mandarin, siempre acompañado de su acólito de la conferencia, descansó algunos instantes en mi cámara donde le hiciera preparar un agasajo, despues del cual visitó el interior de la corbeta, cuya tripulacion se hallaba en los puestos de combate: ni el brillo de las armas, ni el imponente aparato de un buque de guerra dispuesto para un accion, espectáculo enteramente nuevo para ellos, pudieron inmutar el afectada gravedad de su fisonomía. Sin embargo todo lo observaban y aun parecia que contaban los hombres; y como mis dos espías vieron en el entrepuente un número considerable cuyas faenas en aquella parte del buque les eran desconocidas, estoy persuadido que partieron con la conviccion de que la sentina que estaba cerrada, contenia el resto del ejército. En efecto, poco tiempo despues de su regreso á Hué-Fou, la corte espidió nuevas órdenes para restrinjir la poca libertad de que disfrutáramos hasta entonces; nuestros pasos fueron sometidos á una inquisicion mas tiránica todavía, y hasta se nos prohibió el acceso de la mayor parte de las orillas de la bahía.»

El nuevo sistema de Migues-Man, todo de esclusion y de sospecha, no ha permanecido sin reaccion funesta sobre las riquezas del país. Las trabas puestas al comercio estranjero han alejado á las embarcaciones de los puertos cochinchinos, y privada de esportacion y reducida al consumo local, el agricultura ha decaído y retrogradado. En el actualidad han quedado sin cultivo vastas plantaciones de cañas dulces, riqueza principal del país, á falta de consumo, ó bien de una rebaja de precio que ni permite siquiera cubrir el trabajo personal. Migues-Man ha encontrado los medios de empeorar aun mas esta situacion miserable, por medio de una tarifa de derechos ecsajerados que percibe directamente y que amontona en su bolsillo secreto.

Al través de los sufrimientos siempre crecientes de su pueblo, el emperador teme y parece presentir una catástrofe. En el N. los Tonquineses, siempre sediciosos é insumisos; en el S., los pueblos del Tsiampa, donde se ha refujiado la colonia cristiana de la Cochinchina bajo la proteccion del virey; en las rejiones interiores, vasallos estenuados y desgraciados, hé aquí el aspecto inquieto que presenta su vasto imperio. Asaz intelijente para comprender su situacion, Migues-Man no puede menos de amedrentarse, desconfía de sus mandarines y de su guardia de doce mil soldados que constituye la flor de los milicianos; tiembla en el fondo de su palacio, fortaleza bastionada y surta de víveres para dos años; y aun se dice que tiene algunos elefantes siempre dispuestos á partir en caso de agresion. Hase referido que, no hallando bastante prontas y seguras estas precauciones de fuga, habia hecho recientemente venir de Calcuta un caballo in-

glés corredor, cuya velocidad no tenia segundo en el país. Este animal, llegado recientemente á Saigong, ha sido objeto de los cuidados y precauciones mas burlescas. En vez de hacerle venir á jornadas leves y con sus propias piernas, lo aprisionaron en una jaula y colocaron de trecho en trecho algunas paradas de cien hombres que transportaron á hombros hasta Hué-Fou la cabalgadura del rey. Fácilmente puede concebirse el deplorable estado en que se hallaba el animal despues de aquella doble travesía por agua y por tierra.

Mal político y peor soberano, en cambio es Migues-Man un hombre de virtudes privadas; á su reinado no se achaca ninguna de estas crueldades habituales á las majestades asiáticas; antes se cuentan de él algunos rasgos de valor individual que ciertamente le honran. Ateniéndonos á sus títulos de letrado, cultiva todavía, aunque rey, la literatura y las ciencias: muchas obras francesas han sido traducidas para su uso, con especialidad nuestros mejores tratados de jeografía.

Del mismo modo que Gya-Long, no tiene esta sed activa de progreso militar; sin embargo nunca desprecia una feliz innovacion cuando se presenta. Bajo el reinado precedente, la marina cochinchina solo se componia de grandes galeras armadas, y ningun buque de guerra del modelo europeo llevaba en su popa el pabellon cochinchino. Y no es que faltasen materiales ni operarios; sabíase donde encontrar materiales y operarios; sabíase donde encontrar madera, hierro, brazos, maromas; pero no se tenian pesos ni plantilla á la vista. Quiso el azar que una embarcacion bordelesa se fuese á pique en la bahía de Touranne, y este incidente bastó para comunicar cierta vida á las construcciones navales de los Cochinchinos. La quilla fué desmontada y remitida á pedazos á la capital. «En breve, añade M. Laplace, á la vista del rey y bajo la direccion de un maestro carpintero, construyeron los Cochinchinos una hermosa fragata que, aunque no pueda compararse á su modelo por la gracia ni por las instalaciones interiores, tiene sin embargo la misma solidez y posee casi las mismas cualidades. Las minas de Cochinchina y de Tonquin suministraron el hierro y el cobre; los bosques, hermosas maderas de construccion, y el Tsiampa, arboladuras cuyo precio conocian desde largo tiempo los juncos chinos; finalmente una planta indíjena de las provincias del S. sirvió para hacer maromas tan consistentes como las nuestras, pero como no toman brea, la humedad las destruye en poco tiempo. Tan feliz tentativa no podia ser la última; así es que se cuentan actualmente en el puerto de Hué-Fou doce fragatas y veinte bergantines armados con cañones de hierro ó de bronce.»

Tal es el estado de la Cochinchina bajo el punto de vista político. No seria estraño que un imperio, cuyo destino ha sido tan oscilante, dejase de conservar esta unidad que es un hecho contemporaneo, y, quien sabe si el porvenir reserva algun imprevisto desmembramiento á las tres porciones tan sumamente distintas del grande estado de An-Nam, el Kambodje, el Tonquin y la Cochinchina propiamente dicha!

Prescindiendo sin embargo de tales consideraciones, en su organizacion actual este imperio linda al N. con las provincias chinas de Canton, Quang-Si y de Yunan al O., el reino de Siam, el Kambodje y el Laos, y el mar por todas las demas partes. Las dos estremidades de este estado, el Tonquin y el Kambodje, compónense de terrenos de aluvion casi al nivel del mar, al paso que la Cochinchina es por el contrario una rejion montuosa cuyo vertiente oriental ofrece una estrecha y prolongada serie de terrenos fértiles.

Los rios que bañan el Tonquin y el Kambodje son los únicos que tienen alguna importancia, puesto que la Cochinchina propiamente dicha solo tiene riachuelos pobres como el de Hué.

A mas de las tres grandes divisiones territoriales que acaban de indicarse, ecsisten otras mas secundarias que comprenden las provincias de Tsiampa, ocupadas por pueblos independientes y belíjeros; el Laos anamita, cuya capital, segun M. de la Bissachere, es Hanniech; el reino de Bao, tributario del Tonquin; finalmente los territorios independientes y las tribus indómitas de los Moyes y de los Loyes.

La Cochinchina propiamente dicha contiene siete provincias que, empezando por el S, son: Bin-Thuon que confina con el Kambodje, país montañoso y notable por sus bosques de aloes; Nha-Trang, cuya capital del mismo nombre ha sido fortificada por el injeniero francés Ollivier; Phu-Yen, una de las mas fértiles de la Cochinchina, abundante en arroz, maíz y legumbres; Quinhone, por largo tiempo residencia del gobierno de los Taysons, rejion rica y populosa, cuya capital es todavía una buena plaza de armas; Quang-Ai, distrito montuoso, productivo en azúcares, pero espuesta á las escursiones de los Moyes independientes; Quang-Nan ó Han, provincia que contiene la bahía de Touranne; por fin, Hué que tiene en su comarca la capital del imperio. Hué, llamada tambien por los naturales Puchnau, y por los chinos Sun-Wha, está situada en el rio que lleva su nombre y á unas seis millas de distancia del mar. Esta ciudad ocupa una estension de de cuatro millas de lonjitud sobre muy corta latitud, y está flanqueada y defendida por el rio en todos sen-

tidos. En su recinto se ven de cuando en cuando algunas habitaciones de ladrillos, cubiertas de tejas, pero la mayor parte de los alojamientos no son mas que miserables cabañas de bálago y de mambú. Su poblacion, comprendidas las tropas, asciende á 60.000 almas. Hué es particularmente una capital militar: sus graneros, sus almacenes, sus arsenales, sus casernas, construídas en el borde de un canal navegable, son unos edificios que harian honor al arte europeo, segun M. White: 100.000 hombres han trabajado en ellos por espacio de quince años. El foso que circunda la plaza tiene dos leguas de circuito, y ochenta pies de anchura, y los muros tienen de alto cincuenta pies.

El vireinato de Tonquin forma la parte mas populosa y mas importante del reino. Su capital Ketcho está situada sobre el rio del Song-Koi mas no se está acorde sobre la importancia y estension de esta ciudad. Richard, la cree igual á Paris en estension, y M. de la Bissachere solo le concede 40.000 habitantes; pero este doble aserto podria conciliarse por el aislamiento y la difusion de los alojamientos entrecortados de espaciosos jardines. Por su parte Crawfurd asegura que algunos mercaderes chinos que habian hecho algunas veces el viaje de Ketcho, estimaban su poblacion triple de la poblacion de Hué, lo cual hace ascender la primera á 150.000 almas. La misma incertidumbre y variacion reinan acerca las subdivisiones de las provincias; Dampier cuenta ocho; Richard, once; el mandarin Chaigneau nueve, y M. Crawfurd, quince, segun la relacion de un natural: Ketcho, Ten-Long, Wai-Tak, Sang-Sai, King-Pak, Sing-Kivang, Heneg-Wha, Kopeng, Leong-Sang, Ching-Wha, La-Nam primero y La-Nam segundo, Hai-Yong, An-Kwong y Maning-Chao; dos de estas provincias vecinas de la Cochinchina son las únicas que yacen bajo su autoridad inmediata; las demas dependen de un virey, que reside en Ketcho y es vasallo del soberano de Hué.

El Kambodje, comarca poco conocida de los Europeos, no es un país nulo en la historia asiática. Poderoso en el siglo décimo conquistó la Cochinchina; atacado despues por el rey de Siam y salvado por la alianza cochinchina, fué avasallado á su vez; probó varias tentativas y fué anejo á Siam desde 1786 hasta 1809, en cuya época Ta-Koun, el brazo derecho de Gya-Long, lo agregó definitivamente á la corona de Hué-Fou.

El Kambodje es una comarca fértil, que solo contiene dos ciudades principales, Penom-Peng ó Ca-Lompé, la capital moderna, y Pon-tai-Pret, la capital antigua, mas conocida bajo el nombre de Kambodje. Esta última está situada por los 12° lat. N. sobre el rio de este nombre y á unas ochenta leguas del mar. En el actualidad es una ciudad de poca importancia. La capital moderna se halla á quince leguas mas abajo: asegúrase que es bastante considerable y poblada de 30.000 habitantes.

El territorio del Tsiampa que confina con el Kambodje ocupa el espacio que se estiende desde el cabo de Santiago hasta mas allá de la provincia de Phu-Yen. Los naturales parecen distintos de los Cochinchinos no solo por la religion, sino tambien por las costumbres; tienen muchas analojías con los Malayos del archipiélago, y la crónica javanesa cita entre sus reinos una princesa orijinaria del Tsiampa. La reunion de aquella comarca á la corona Cochinchina no parece datar mucho mas allá de 1730 á 1740.

Así que, cuatro razas, enteramente distintas, habitan el imperio anamítico, el Cochinchino propiamente dicho, el Tonquinés, el Kambodjio, y el *Loye* ó natural de Tsiampa sin contar las colonias chinas, malayas, portuguesas, y las tribus salvajes de los Moyes. Cada una de esas razas principales tiene sus rasgos y su carácter. El Cochinchino, aunque intrépido en la guerra, tiene costumbres sociables y dulces, vive con sobriedad é ignora las enfermedades, fruto de la intemperancia; su comida ordinaria consiste en pescado, arroz, batatas y algunos alfónsigos; mas en las fiestas añade carne de tocino y de ánade, pero nunca gallinas ni carne de buey, y mucho menos la de vaca, de cuya leche se abstiene.

La fiesta mas solemne de los Cochinchinos tiene lugar en la época en que empieza su año, es decir, alternativamente despues de la lune duodécima ó décimatercia. En este caso toda la poblacion se pone en movimiento; los parientes y amigos se visitan y se reunen, matan los ánades y los cerdos, beben á grandes vasos un licor espirituoso, obtenido de la fermentacion del arroz; se festejan, se entregan á un júbilo completo, se indemnizan de las fatigas de la víspera, y se preparan contra las miserias del dia siguiente. Los himeneos y los funerales dan tambien márjen á semejantes regocijos.

Por mas que se haya dicho, el carácter de los Cochinchinos de las clases inferiores es mas bien alegre que triste, mas bien espiritual y faramallero que fúnebre y taciturno. Al oirlos parlotear en sus chozas, creeríase que son el pueblo mas feliz y mas libre de la tierra, y sin embargo, es de tal naturaleza el despotismo de su receloso gobierno, que el júbilo y el alegría sobrado manifiestos, son castigados con el mambú!

El viejo capital de los Cochinchinos, el que predomina sobre todos los demas, es el desaseo. Cubiertos de andrajos y asquerosas sabandijas, no se muestran mas delicados en la eleccion de

sus platos, comen carne de cocodrilo, hácense una salsa sabrosa con el zumo de pescados corrompidos, engullen con placer un huevo cobado, se comen los insectos ponzoñosos para libertarse de ellos, y son sucios hasta provocar el disgusto.

Menos neglijentes en sus personas, los grandes del país tienen otros defectos: bellacos, avaros, rapaces y bribones. Vanos como los Siameses, ocultan aun mas el sobrecejo y lo reemplazan por el astucia á vista de un estranjero.

Las costumbres de los Cochinchinos son bastante relajadas, pero la poligamia, aunque se permite lo mismo que en Siam, raras veces la practican. Pagan una ó muchas mujeres, y de esta suerte pasan á ser una propiedad de la cual disponen como les acomoda. Los trabajos mas penosos recaen sobre la esposa que por este medio sostiene la indolencia de su dueño. El marido tiene ademas el derecho de aplicar castigos corporales, y mas de una vez se han visto por las calles algunas pobres infortunadas vueltas de espaldas y despedazadas por el mambú del jefe del menaje. En cuanto á las mozas, disfrutan de completa libertad, y pueden abusar de ella sin escandalizar á nadie, de suerte que una falta no es obstáculo alguno á su matrimonio.

Los naturales de Tsiampa se parecen muy poco á los Cochinchinos. Sus costumbres son una mezcla de usos malayos y asiáticos. Menos indolentes y mas industriosos, tienen asimismo mas limpieza y aseo. Su vecino, el Kambodjio, es robusto y de alta estatura; dedicado al cultivo de un país rico y fértil, habitante de unas llanuras abiertas á la invasion estranjera, es naturalmente pacífico, dulce y bienhechor. Las mismas cualidades se encuentran en el Tonquinés, que constituye un tipo misto entre la China y la Conchinchina. El Tonquinés tiene el rostro chato, ovalado, menos moreno que los demas Indios; sus cabellos son largos, negros y muy espesos, y todo su traje consiste casi únicamente en un ropaje que le desciende hasta el tovillo.

El gobierno del imperio anamítico tiene las formas mas absolutas y despóticas, aunque esteriormente afecta, como el de la China, cuidados paternales y benéficos. Puede decirse que en este país el palo es quien gobierna al estado y la familia. El palo es puesto en accion así por los delitos pequeños como para los mayores crímenes, así para los últimos vasallos como para los mandarines. Ningun Europeo ha visitado un puerto cochinchino sin haber cojido en fragante este grande argumento real. M. Crawfurd lo vió aplicar á unos pobres actores ambulantes que habian disgustado á S. E. el mandarin de los elefantes, en una representacion dada en el patio de su palacio. Los pobres infortunados espiaron en su traje escénico algunas chavacanadas de jestos ó de lenguaje. Administráronse cincuenta golpes al jóven primero, veinte al injenuo, diez al Casandro, todo para satisfaccion del público. Mas feliz fué aun M. Laplace: encontró el medio de hacer apalear á un mandarin que se habia tomado el permiso de acompañar al comandante francés á las montañas de Mármol, y dejarle visitar la pagoda subterranea, sin haber obtenido para estos dos hechos el autorizacion competente de la corte de Hué. El palo, el palo, hé aquí el nervio de la civilizacion cochinchina; con el palo ha construído Gya-Long algunas galeras de guerra, y Migues-Man algunas fragatas; el palo es quien disciplina á los milicianos de plumajes encarnados y amarillos; y el palo es quien todo lo nivela ante S. M. cochinchina, no menos á la nobleza que á los esclavos.

Hay ademas otras penas, tales como la decapitacion, la canga y la prision, que se aplican raras veces, y solamente en los casos de hurto, adulterio, asesinato, traicion y malversacion. En los procesos de esta naturaleza se concede al acusado una completa latitud para su defensa, y aun cuando es condenado, se le abren muchos recursos en apelacion.

La poblacion del imperio anamítico ha sido diversamente estimada por los observadores europeos. En 1812, el cálculo de M. de la Bissachere era de 22,000.000, de los cuales atribuía 18,000.000 al Tonquin, 1,500.000 á la Cochinchina, 1,000.000 al Kambodje, y el resto á las demas subdivisiones del imperio. M. Chaigneau la evalua á 17,500.000, es decir, á 5,500.000 menos. M. Vannier significó á M. Crawfurd que no estimaba en mas de 10,000.000 el número de los habitantes del imperio. Por lo demas, tales evaluaciones solo pueden ser aproesimativas, porque el empadronamiento ecsacto de las provincias es considerado como un secreto de estado en la corte de Hué-Fou. Se sabe únicamente con alguna ecsactitud que la poblacion cristiana escede de 400.000 almas, 300.000 de las cuales habitan el Tonquin, y el resto la Cochinchina y el Kambodje.

La relijion dominante en el imperio anamítico es el bouddhismo ó el culto de Fó. Sin embargo, algunos altos dignitarios y letrados practican ya los dogmas de Confucio; mas el pueblo va á las pagodas á adorar á Bouddha. Estas pagodas están muy lejos de igualar en magnificencia á las del Asia occidental; los sacerdotes son menos respetados y mucho mas raros. Con facilidad puede barruntarse que el culto se aparta de su centro. Entre las clases inferiores hay algunas prácticas estúpidas é indefinibles; adoran jenios buenos y malos, del mismo modo que

en China, y queman en su honor papeles dorados. La única creencia popular que eleva el ánimo es el culto tributado á los manes de los padres, cuya costumbre proteje el gobierno como un elemento de moralizacion y de tranquilidad.

El imperio anamítico comprende cerca 15° de latitud, y su clima varía segun las zonas y sus accidentes. En el Kambodje y el Tonquin, países llanos y despejados, las estaciones siguen la misma regla que las de Bengala; la estacion lluviosa empieza en junio y acaba en setiembre. En la Conchinchina por el contrario; como las montañas corren N. y S., detienen los nublos del monzon de S. O., é invierten el órden de las estaciones; la lluvia comienza en octubre y termina en marzo.

Los productos del suelo se modifican segun las latitudes, pero los mas abundantes y preciosos son el arroz, el maíz, la batata y la nuez de coco. El arec, el betel y el tabaco, cuyo uso es jeneral en la comarca, producen asimismo abundantes cosechas. Los frutos mas apreciados son la naranja y el lichi. La caña dulce, cuyo cultivo ha hecho progresos rápidos suministra 40.000 pikouls para la esportacion. El añil verde ó *dina-xaag*, que por sí solo podria hacer la riqueza de un país, el algodon, la canela, el té, la pimienta negra, el cardámono, el cinámono producen á pedir de boca. Las plantaciones de moreras han desarrollado la educacion de los gusanos de seda y la fabricacion de algunos tejidos inferiores á los de la China. Los naturales sacan un buen alimento de algunas plantas salinas, tales como la salicorna, la bacala marítima y la sablina; igualmente comen algunas fucacas. A mas del pescado que constituye su alimento mas habitual, se procuran diversos moluscos, y en especial las boloturias, conocidas por los Malayos bajo el nombre de *tripans*, y por los Portugueses bajo el de *bitchos do mar*, plato muy estimado de los pueblos malayos. Los nidos de salanganas, este lujo de los Apicies chinos, abundan en toda esta costa fragosa. Las montañas, á mas de algunas minas de hierro, de oro y de plata, tienen hermosas y profundas selvas, riqueza principal del país. En ellas es donde se encuentran el palo de rosa, hierro, ébano, sapan, sándalo, de águila y calambuco. Este último en especial es el mas precioso y mas caro de todos. En el Biuh-Kiang crece el hermoso árbol llamado *Aloexylum verum*, del cual se saca esta concrecion resinosa y aromática llamada calambuco ó en cochinchino *Kinan*. Con la corteza de este árbol se fabrica papel. Los bosques suministran ademas algunas sustancias preciosas, tales como la goma laca, elaborada por hormigas sobre el *Croton lacciferum*, y la goma de sangre de drago, sacada de muchos árboles y con especialidad del *Dracena ferrea*, por fin el árbol de sebo, cuyo aceite espeso y blanco sirve para velas de hermosa apariencia.

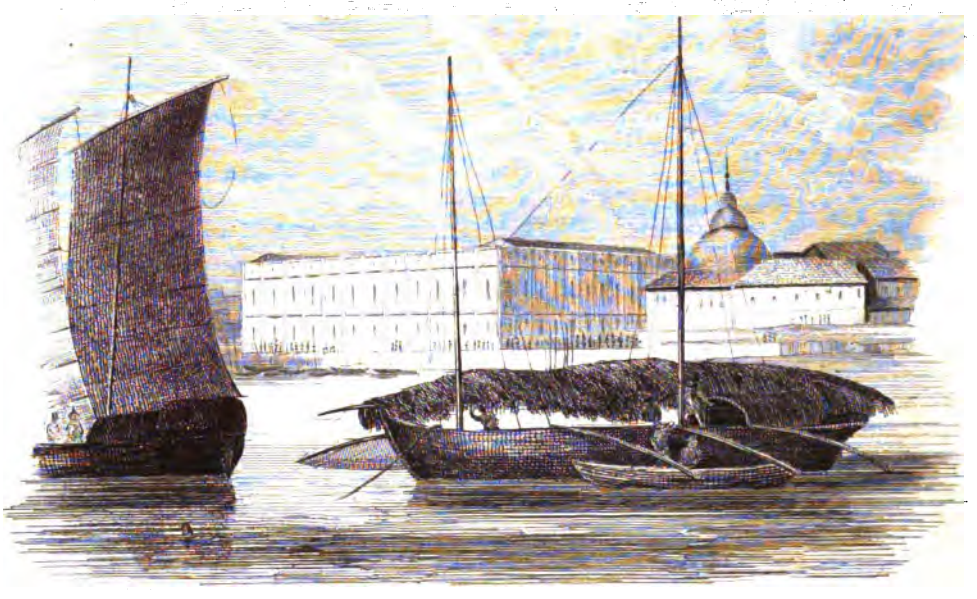
La zoolojía de la Cochinchina cuenta pocas especies que no le sean comunes con los países indios. Los animales silvestres son notables por su fuerza y su belleza. El elefante es de una talle colosal: el tigre es tan peligroso y temible que el rey ha concedido una prima de 15 pesos por cada tigre muerto: el rinoceronte, el leopardo remendado y el ciervo pueblan y dominan aquellos bosques. Estos animales son en jeneral objeto de una profunda veneracion entre los naturales, y aun atribuyen muchas virtudes á sus sustancias. Así que, los huesos de tigre pulverizados inspiran valor, segun ellos; el cérebro de elefante, intelijencia, y la ceniza de la palazon de ciervo, ajilidad. Entre los animales domésticos se cuentan en Cochinchina el buey, el búfalo y el caballo. Los lechones, la volatería, los ánades y las ocas abundan en todos los corrales.

La lengua mas usitada en el imperio anamítico es un idioma monosilábico muy parecido al chino. Árido y desprovisto de inflecsiones, armado de notas guturales, su pronunciacion lo hace inaccesible para un estranjero. Hablando propiamente, no es mas que un patué, porque en el Tonkin, del mismo modo que en la Cochinchina, la lengua literaria es la lengua china.

Algunas líneas sobre el comercio esterior de la Cochinchina completarán este conjunto de hechos y de conjeturas.

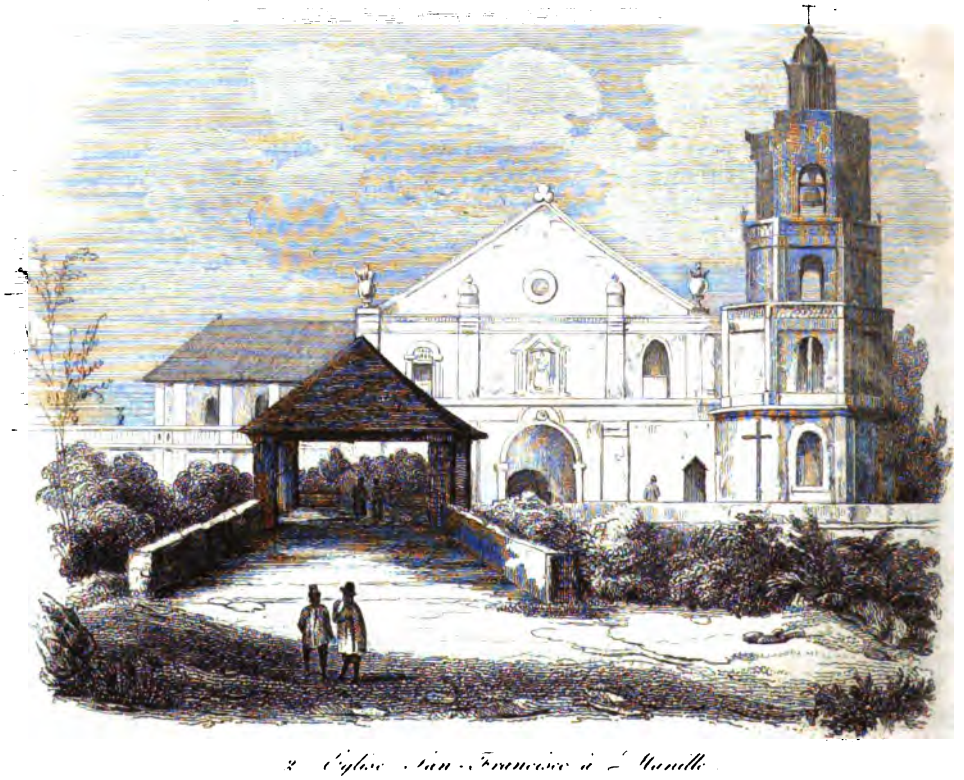
Si Gya-Long hubiese vivido mas largo tiempo, es indudable que se hubiesen establecido numerosas y útiles permutas entre los puertos de su reino y nuestras ciudades marítimas. Empero, la estrecha política de su sucesor, sus pueriles recelos y su ruinoso sistema de fiscalidad, han cerrado el mercado cochinchino á los armadores de Francia, de Inglaterra y de Bengala. Algunas embarcaciones apenas, casi todas de recalo, vienen á echar un pie de ancla en Touranne en su rumbo á Macao. Solamente hay algunos juncos de Chinos que prosiguen sin concurrencia un comercio de pequeña navegacion de Fai-Fo á Sincapour. Otros bastimentos del mismo pabellon han monopolizado el cabotaje que se hace entre los mercados cochinchinos, las Filipinas, los puertos del Imperio Celeste, ó las diversas escalas siamesas. Los artículos de importacion buscados en Cochinchina son el algodon crudo, el estaño, la pimienta, el hierro, el plomo, los paños, las indianas, el opio, el salitre, las armas de fuego; y ademas los de procedencia malaya, como el alcanfor, las holoturias, etc.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



1. Douane de Manille.

1 Aduana de Manilla



2. Église San-Francisco à Manille.

2. Iglesia de San Francisco en Manilla.

de Simon del

Las resacas consisten en seda cruda del Che-Kiang, té verde, nankin del Kiang-Nam, azúcar, cinámomo y plata amonedada. Los pesos que se usan en la comarca son los mismos que encontrarémos en China. El principal es el pikoul que se divide en 100 cattias. El pikoul equivale á 133 ⅓ libras inglesas. La moneda mas corriente es el *sapek*, actualmente de zinc, cuyo valor aproximativo es de 12 á 13 sueldos. Sesenta *sapeks* hacen un *mas*, y 10 *mas* un *kwan*.

CAPÍTULO XXIX.

FILIPINAS.—MANILA.

Aunque Norberg me habia acompañado en mis diversas incursiones en Touranne, Fay-Fo y las Montañas de Mármol, en realidad todo habia tenido que verlo por mí mismo, como tambien juzgar y censurar todo aquel litoral cochinchino. Desde nuestra permanencia en Bancokock mi pobre amigo ya no era el mismo. Habíase visto atacado de una vieja enfermedad de hígado que aflijia su moral no menos que su físico. Con mucho trabajo podia arrancarle de cuando en cuando algunos sarcasmos sobre lo que veíamos, pero tan amargos y tan caracterizados por la hiel enfermiza, que en vez de provocar la risa, anublaban el corazon. Yo no me atrevia á contradecir de frente aquellos arranques de un hipocondríaco; únicamente procuraba no alimentarlos, y guardaba silencio para prevenir efectos estravagantes é irrazonables. Por lo demas, nada habia cambiado en Norberg, en cuanto á los rasgos privados; siempre encontraba en él al amigo bueno y recomendable, al hombre de maneras afables y grandes. En un solo punto deducia conclusiones cesajeradas y absurdas, tal era cuando debia disputar de esta Asia oriental, donde no encontraba nada digno de su atencion, y hablar de estas razas indo-chinas, de costumbres y tipos abyectos, es verdad, pero asaz curiosos para estudiados. Entre nosotros dió márjen á algunos debates acalorados: yo los sufria con paciencia, y solo aguardaba una reaccion que llegó por fin.

A 15 de agosto, habíamos zarpado el ancla de la bahía de Touranne. Al dia siguiente, merced á una brisa favorable de tierra, el junco doblara los escollos de Paracel, y surcaba los mares de China para pasar al S. del banco de Maclesfield. El monzon del S. O., que á la sazon reinaba en toda su fuerza, empujaba nuestro pesado transporte con un vigor que amedrentaba al viejo Tsin-Fong. No sin inquietud contemplaba los mástiles, las vergas, las velas, y sin duda se hubiera tranquilizado algun tanto con una impulsion menos enérjica. En medio de aquellas evoluciones de los vientos y de las aguas, en aquel mar orillado de tierras tan fértiles, veía todos los dias á mi enfermo restituirse á la salud, al júbilo y á su primer humor. Las escenas del bordo, las aves mecidas por las olas, el surco de la embarcacion, los accidentes de la travesía; todos estos objetos, aunque no eran nuevos para él, escitaban y ocupaban su atencion. Lo mejor era visible, yo lo disfrutaba mas que Norberg que sufria, á su pesar quizas, las influencias de una atmósfera mas sana. Cuando, á 23 de agosto, se señalaban al E. las altas montañas de Luzon, la curacion era casi completa: el enfermo se mostró impaciente por saltar en tierra.

Las Filipinas, y Luzon en especial, no tienen nada en el mundo que los iguale en el clima, la belleza del paisaje y la fecundidad del suelo. Luzon es el diamante mas esplendente y puro que hayan encontrado los aventureros españoles. En sus manos ha quedado en bruto; únicamente algunas fascetas han sido bruñidas; pero entregad Luzon al actividad y á la tolerancia inglesas, ó bien á la industria infatigable de los criollos holandeses, y vereis lo que saldrá de tan maravillosa joya.

La bahía de Manila, en la que entrábamos á la sazon, ofrece una escena vasta é imponente. La pequeña isla del Correjidor, armada de baterías y poblada de una fuerte guarnicion, corta su entrada en dos partes casi iguales, y parece colocada allí cual garita ó faro militar de la colonia. A derecha é izquierda de aquel puesto avanzado, se despliega la graciosa curva de la bahía en su ámbito de 45 leguas sobre 15 de diámetro. Cuando nos hallámos en frente del Correjidor, se nos hizo una señal que nos indicó poner el buque al pairo paraque la policía española pudiese reconocernos. Vino á bordo un alcalde, recibió la declaracion del capitan Tsin-Fong, y nos dejó un piloto. Algunas horas despues pasámos á las bocas del Passig, rio de Manila, y al cerrar la noche echábamos el ancla ante el depósito del aduana, edificio espacioso y elevado, donde se depositan todos los cargamentos de entrada (PL. XXXI. —1).

Hasta el dia siguiente no pudímos obtener el permiso de desembarcar. Una chalupa del país nos trasladó al muelle de Manila, donde Norberg halló una casita sobrado sucia y muy mal amueblada, de la cual fuímos inquilinos á razon de cuatro pesos diarios. Improvisando en el espacio de algunas horas su tren y su servidumbre, el baron tuvo un cocinero, un portero, un cochero, un *socatero* ó palafrenero; un birlocho, carruaje del país, y una especie

de palanqueta para las correrías menos largas. Al verle combinar de tal suerte para su uso todas las sutilezas de la vida criolla, hubiérase creído que se instalaba en la colonia para contraer domicilio fijo, mientras que solo debíamos pasar en ella algunos dias. A vista de aquella ciudad semi-europea, y hallándose casi en contacto con el orgullo español, sin duda que el gran-señor sueco habia sentido que se le despertaba el instinto aristocrático, sin querer abdicar su rango ni su fortuna á vista de los hidalgos de Manila.

No bien se habian dispuesto tales preliminares, cuando el baron me empujó hácia nuestro coche. « Vamos á ver la ciudad, me dijo; almenos aquí nos hallamos en país civilizado. » Dió la órden para marchar á paso seguido por las calles, y siempre que se presentaba un objeto digno de curiosidad, nos apeábamos para ecsaminarlo en todos sus pormenores. A primera vista, Manila nos pareció bastante bien edificada; sus calles eran anchas y tiradas á cordel; sus casas regulares, pero de un estilo miserable.

En primer lugar fuímos á visitar las murallas. Formaban un sistema de defensa mas que suficiente para contener á la poblacion indijena, pero incapaz de resistir al cañon europeo. Y no es que desde la toma de la ciudad, en 1762, por una escuadra inglesa, los Españoles no hayan procurado precaverse en lo sucesivo de otro golpe de mano de semejante naturaleza; puesto que con este mismo objeto se han añadido á los antiguos reductos nuevas fortificaciones, se ha abierto un foso al rededor de la ciudadela, se ha ensanchado el arsenal y aumentado la guarnicion española; pero el espíritu estacionario y apático de los colonos descansa, al parecer fatigado de este esfuerzo: basta que se verifique un nuevo desastre, no se hará nada mas. Las tropas blancas de Manila consisten en 1.400 ó 1.500 hombres, y son las únicas que en el actualidad tienen el privilejio de habitar las casernas de la ciudadela. Los batallones indíjenas que cuentan mas de 5.000 hombres sobre las armas, acaban de ser confinados recientemente en las aldeas situadas fuera de la linea de las fortificaciones. De ahí la envidia y el odio.

No lejos de las casernas de la ciudad fortificada álzase el palacio del capitan jeneral, al cual dímos un vistazo. Es un edificio estenso, pero grosero, macizo y bajo. Admitidos á visitar el interior, vímos piezas inmensas casi desamuebladas, salones decorados sin gusto, guarnecidos de baratillos é indignos del primer dignitario de la isla. Nuestro introductor nos dijo que ordinariamente el capitan jeneral Ricca-Forte, enfermo por sus heridas, residia en una casa de campo de los alrededores. Desde entonces ha sido reemplazado en este puesto por D. Enrique.

Observado desde el esterior, aquel palacio formaba el cuarto lado de una espaciosa plaza con la que se enlazaba. En frente se veían las casas consistoriales, edificio de hermosa apariencia, y en cada uno de los otros lados del paralelógramo se estendia una hilera de habitaciones. Todo aquel conjunto era grave, triste, avejentado: diríase ser una personificacion del antigua nobleza española, tan seria y compasada.

Las casas que observámos no tenian mas que un alto: su parte inferior es de piedras que forman un macizo de 20 pies de altura; mas luego empieza un sistema de armadura, de juego libre y elástico, que es el único recurso del país contra los mas horribles terremotos. La entrada de aquellos alojamientos no presenta muy buena apariencia, pero al rededor del piso superior corre una galería parecida á los verandas de la India, kiosco cuadrangular guarnecido de celosías ó suntuosas esteras. A la sombra de aquellos oreados apéndices, van los criollos, hombres y mujeres, despues de la siesta, á estenderse sobre almohadas y olvidar las horas saboreando sus cigarros.

Desde la plaza de palacio, nuestro conductor nos llevó á las iglesias. Era aquella cabalmente la hora del servicio divino, y entrámos en la de san Francisco, que es una de las mas espaciosas. Como arquitectura, aquel edificio es una construccion muy pobre. Una nave larga y estrecha remataba en un edificio terminado en frontis; un campanario por escalones octógonos, superado de una cruz, formaba una de las salas del monumento. En uno de los flancos habia un pórtico destinado sin duda para abrigar á los fieles (Pl. XXXI.—2). En el interior del templo, la multitud (era domingo) se agrupaba al rededor de un púlpito, donde habia un fraile franciscano que predicaba en español. Las mujeres blancas se distinguian fácilmente de las demas por sus mantillas y sus vestidos negros; las mestizas por sus cambayas de color y sus piernas desnudas; las zagalas indíjenas, por el elegante *tapiz* que hace veces de basquiña sobre el cuerpo y dibuja sus formas.

Despues de las iglesias, los conventos son los que dominan en la ciudad europea de Manila. Vastos y sombríos macizos, tales conventos no pertenecen á ningun órden ni á ningun arquitectura. Diríase que el artífice ha elevado, sin plan ni reglamento preparatorio, paredes gruesas y altas, abriendo tronerillas al azar para dar luz y aire á los habitantes de aquellos retiros. Diez iglesias contámos en aquella parte de Manila, cinco conventos de hombres y tres

comunidades de mujeres, entre las cuales se encuentra la de las *Beatrices*, que mas bien puede considerarse como casa de asilo que de secuestro, donde las pensionarias no hacen voto alguno.

Atestada de monumentos públicos, con sus iglesias, sus conventos, sus colejios, sus hospitales, la ciudad europea de Manila no deja en el ánimo mas que una impresion momentanea y triste. Tras un callejeo de dos horas, mi Norberg estaba ya impaciente; todos los beneficios de la travesía estaban á punto de irse á pique; iba ya á prorumpir en quejas, cuando espedí la órden de volver á casa. Una comida mediana, algunos frutos suculentos y sabrosos cigarros lograron divertir su mal humor. « Pues bien! dijo, ya que nos hallamos en país cristiano, quiero ver de cerca las jentes que lo pueblan. Aquí tengo varias cartas, decia hojeando en su cartera; sí, cartas de un comerciante de Calcuta. Veamos las direcciones: D. José Macedo, Antonio Soler, Yago Arellano. Vamos á casa Yago Arellano! Sin duda que voy recomendado con mucho empeño. Podrémos juzgar por nosotros mismos de la hospitalidad española. »

Decidíme á seguir á Norberg en su visita. El coche preparado de nuevo nos condujo ante una casa de elegante esterior, aislada como casi todas las de la ciudad, y rodeada de jardines. « Pardiez! esclamó Norberg, sé escojer con felicidad; á buen seguro que hemos caído sobre uno de los nababs del país. » Abriéronnos la puerta, y nos condujeron por una especie de vestíbulo muy sucio. Cuando Norberg hubo esplicado el objeto de su venida, un momento de vacilacion y embarazo se difundió por todos los individuos de la casa. Fácilmente podia comprenderse que la presencia de dos Europeos producia el efecto de una cosa inusitada: un terremoto, una revolucion, un eclipse de sol no hubieran descompuesto mas aquellos semblantes. En fin, una especie de intendente viejo criollo mestizo, se aventuró á anunciarnos.

Con un poco mas de esperiencia del país hubiéramos sabido que aquella era una hora intempestiva para toda visita. Estorbar á un español en su siesta es una imperdonable violacion de las conveniencias y de las costumbres. Así es que solo fuímos admitidos al principio por el ama de la casa, que fumaba su cigarro en la galería. No! en ninguna manera puedo esplicar la impresion que sentí al ver aquella armoniosa y noble figura, aquellos ojos negros y altivos, aquellos contornos puros manifestársenos al través de un torbellin de humo. Un cigarro en aquellos labios encarnados y tan bien rasgados, era un sacrilejio! Y sin embargo, en aquella atmósfera nebulosa, en aquel cuadro vaporoso, con su desmadejamiento y su coquetería, quizas aquella mujer era mas hermosa, mas orijinal, mas seductora. Almenos puedo asegurar que nos pareció tal.

No bien habíamos tenido tiempo para proferir algunas palabras, cuando compareció el jefe de la casa, Yago Arellano. Saludónos sin articular una palabra siquiera, tomó la carta que le presentó Norberg, leyóla con impasibilidad, y continuó con la misma flema. « Caballeros, cualquiera cosa en que pueda hacer por Vds., soy su mas seguro servidor, lo mismo que el de los señores James Moore y Compañía. Necesitan Vds. un saco de pesos fuertes?— Mil gracias, señor Arellano, por ahora no necesitamos mas que sus consejos, repuso Norberg sumamente ofendido. —Yago, dijo entonces el ama tomando la palabra, estos caballeros no son comerciantes, lo que quieren es visitar nuestra ciudad, y así puedes conducirlos á Bidondo. » Esta benéfica mediacion debiera desarmar á Norberg, pero fué insensible. Escusóse por haber interrumpido al metálico Español en su siesta, saludó á su mujer y me arrastró tras sí. « Viejo caballero de Castilla, murmuraba subiendo al coche, quizá crees derogar tu blason hablando con civilidad á un grande de Suecia! Si no llevas dinero al águila de arena, destruyes sin duda un clavo de jirofle en un campo de azúcar; noble hidalgo! Ahí tienes tus armas de zarracatin enriquecido. » Durante todo el resto del dia la conversacion versó sobre tan singular visita. Pasado ya el primer humor no se habló mas ya del señor Yago, pero sí de su mujer, de aquella armoniosa y esbelta aparicion que el anciano viniera á atravesar bruscamente. Ella nos queria conducir á Bidondo, dije al baron; Bidondo será segun su gusto, puesto que nos lo ha designado: no parece sino que debe de ser la perla de la comarca. Deberíamos ir mañana.

Bidondo es efectivamente la segunda ciudad de Manila, la ciudad del comercio y del bullicio, al contrario de la que habitábamos que es la ciudad de la guerra y del silencio. Manila, residencia de las autoridades superiores, plaza de armas de Luzon, mansion de los nobles españoles, es en Bidondo lo que son la *Cité* y las islas adyacentes con sus ricos y populosos arrabales estendidos sobre las dos riberas del Sena.

Al dia siguiente, despues de haber tomado el chocolate, el chocolate, esta pasion del Español, nos encaminámos á la ciudad plebeya. A medida que nos aprocsimábamos á ella parecia que el aire circulaba mas libre y jugueton, que la verdura era mas fresca y el sol mas luminoso.

Para llegar á Bidondo, tuvímos que atrave-

sar los sombríos puentes levadizos de la ciudad militar, allende de los cuales se estendia un puente de piedra, destruído en el medio, pero construído á la europea, con arcos cimbrados, parapetos y un camino embaldosado para los carruajes. A nuestro paso, ese puente se hallaba atestado de pueblo: Españoles y mestizos, armados con anchos quitasoles, se cruzaban en aquel punto de activa comunicacion. Varios criollos, seguidos de sus criados, aldeanos tagales llegados de los alrededores con sus artículos, comerciantes chinos, trabajadores malayos, comunicaban á la calzada cierto aire de vida y de movimiento (Pl. XXXI.—3). A medida que nos alejábamos, veíamos las encumbradas torres de Manila, los terraplenes perpendiculares, la prolongada serie de conventos y altos edificios agruparse como una sola conjerie volada desde el rio.

Adios, ciudad sombría, donde todo respira el austeridad claustral; adios, ceñudas y displicentes casas de los señores de Luzon; adios, privilejiado recinto que apenas cuenta 8.000 almas entre amos neglijentes y criados oficiosos; ved como desparece el aldea, ved Bidondo con sus 140.000 habitantes. Qué contraste, hileras de casas elegantes y aseadas, un hormiguero de habitantes atareados, un muelle que se estiende hasta perderse de vista, donde se amarran las embarcaciones, donde rechinan las poleas, donde ruedan fardos procedentes de las cuatro partes del mundo! No hay en Bidondo categorías ni esclusiones pueriles; al lado de los almacenes y de la coqueta habitacion del comerciante americano, se ve el alojamiento del trabajador indíjena, del Tagal industrioso, que, aunque pequeño, es dominado por cierto aire de comodidad. Fácilmente puede verse que todo lo ha conquistado el trabajo del propietario: la cabaña es de mambúes cubiertos con hojas de palmera, y no deja de haber cierto gusto en el órden de aquellos materiales tan frájiles y tan comunes. Manifiéstanse en el interior algunos muebles, groseras imájenes de la vírjen y de los santos, un Cristo clavado en una pared, provisiones, utensilios de cocina que indican que el propietario del lugar ha podido disponer ya de algunos aborros, y que los ha empleado segun su gusto ó segun sus necesidades. Nada de lujo manifiestan los vestidos de la pareja que habita tan modesto alojamiento. Con el cigarro favorito en los labios, la Tagala ha puesto en sus cabellos, retenidos por un peine de concha, un capillo que los cubre y flota en seguida sobre sus espaldas: un canesú de tela blanca oculta su seno y deja desnuda una porcion del talle dibujado por la cambaya listada que cae hasta el tovillo. Sobre la cambaya hay el tapete, á veces liso, muchas veces listado, que releva las formas y une todo aquel vestido sobre el cuerpo. Algunas especies de babuchas completan aquel atavío (Pl. XXXI.—4). Poco falta que el Tagal traiga el traje europeo. La camisa que pende en forma de blusa sobre el pantalon de tela, el sombrero de fieltro, los zapatos; todo lo asemeja á un aldeano de nuestras comarcas meridionales.

Aquellos Tagales, cuya raza domina en el aldea de Bidondo donde nos encontrábamos á la sazon, son los indíjenas que encontraron los Españoles en aquella provincia en la época de la conquista. Sin embargo, nunca podrá esplicarse de un modo aislado si su oríjen fué malayo, árabe ó indo, ó si proceden de un cruzamiento de estos pueblos; quizas se sepa esto cuando se tenga la llave de las grandes divisiones de los tipos oceánicos. Estos Tagales reinaban en aquella parte de la isla, cuando apareció Juan de Salcedo en el rio de Passig en 1571. Despues de aquella remota fecha, los usos de estos indíjenas han esperimentado profundamente el contacto de sus nuevos amos. No ecsistian en las Filipinas los obstáculos que ha encontrado una fusion completa en el continente asiático. Los Tagales no tenian como los Indos un culto inflecsible que opusiese una barrera insuperable entre ellos y los invasores. Ningun fanatismo relijioso, ninguna creencia profunda parecian haber fanatizado en ninguna época á aquellos pueblos. El cristianismo se naturalizó en ellos del mismo modo que el mahometismo, esto es, sin violencia, sin persecucion, sin martirio. Aun hay mas: como cada espedicion española contaba en aquella época dos autoridades distintas, la una relijiosa, y la otra política, la que dominaba la época y dominaba en Europa, fué asimismo la mas fuerte, la mas activa y la mas influyente en las Indias. Convirtiéronse y evanjelizáronse los pueblos antes de imponerles en el material de nuestra civilizacion; creáronse curas antes que organizar distritos.

De este sistema resultó que las poblaciones tagales, como casi todas las que habitaban Luzon, semi-españolizáronse porque el accion relijiosa es un hecho que no obra en la superficie, sino que profundiza lentamente y no se borra jamas. Los indíjenas tomaron de sus vencedores la gravedad, la sangre fria, el apatía, la intelijencia, la sobriedad, despues de haber tomado su culto, sus creencias y sus ritos. La misma física se resintió de la conquista, sea de resultas de una mezcla de sangre, ó bien de simples modificaciones hijiénicas. Aunque el Tagal tenga algunos caractéres del tipo malayo, y aunque, como los isleños de Java y de Sumatra, sea desmedrado y nervioso, con

3. Pont de Manilla.

3. Puente de Manilla.

4. Homme et Femme Indiens.

4. Hombre y Muger Indios.

NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

la frente baja, la nariz chata, los carrillos prominentes, la boca grande, los cabellos negros y el tinte cobrizo que distinguen esa raza oceánica; hay en su porte algo de noble y de atrevido, y en su fisonomía un no sé que de atractivo que lo mantiene fuera de toda asimilacion.

La mayor parte de los Tagales que encontrámos llevaban el sombrero de fieltro: mas en algunos pocos observámos el *salacot*, sombrero de anchas faldas hecho de paja trenzada, y terminado en punta cónica de cobre ó de acero. El salacot sirve otras veces para la guerra: guarnecido interiormente de pequeñas planchas de hierro y sujetado bajo la barba por fuertes correas, neutraliza el efecto de las armas afiladas.

Aquella poblacion de naturales diseminada en Bidondo, parecia destinada para algo con su actividad y su riqueza. Aquí á lo largo de los canales navegables, habia algunos bateles remolcados por varios hombres, y pronto sus cargamentos estraídos de la cala amontonábanse en ricos y espaciosos depósitos. Allí, el carpintero tagal manejaba el hacha en medio de un corral ó de una grada, y algunos esqueletos de embarcacion manifestaban cierta habilidad local para las construcciones marítimas. A mayor distancia trabajaba el hierro un cerrajero indíjena, un cestero entretejia el junquillo, un tejedor fabricaba piezas de tela con cortezas filamentosas; en todas partes nuestros oficios de Europa tenian sus imitadores intelijentes y ecsactos.

En todas las casas donde entrámos, fuímos recibidos por la mas cordial acojida. La esbelta y viva Tagala con sus ojos negros, sus cabellos trenzados á su manera, su gracioso semblante, levantábase rápidamente para recibir del mejor modo posible á los huéspedes europeos; dejaba en cualquier parte el arroz, y olvidaba los cuidados domésticos para convidarnos á comer y beber. Cuando la familia se hallaba en la mesa, se nos obligaba á sentarnos y participar del banquete comun. Arroz con pimienta, pescado, legumbres, ánades para los mas ricos; tal era la comida ordinaria de los Tagales. El agua nos pareció ser su única bebida, aunque no dejan de ser apasionados á los licores fuertes. Lo que mas llamó nuestra atencion en aquellas visitas fueron enormes zanahorias de tabaco, usadas por toda la familia y fumadas á su vez por cada uno de los miembros. Habia entre ellas algunas tan prodijiosas, que debian de durar muchas semanas. Tales zanahorias son un ajuar destinado á ocupar el ocio de las mujeres Tagales. Fueron ocasion de una diversion pública que dieron los marineros de una fragata francesa, hace algunos años, á las fumadoras indíjenas. Fabricaron y arreglaron un inmenso cigarro de muchos pies de lonjitud y de proporcionada latitud para esta escena de carnaval. Cuando se halló dispuesto, verificóse en los arrabales una marcha procesional; tres hombres, simulando grandes esfuerzos, llevaban el colosal cigarro encendido de una punta, mientras que en la otra habia un marinero vestido de Tagal que finjia aspirar la máquina, y arremolinaba al aire con torrentes de humo. Riéronse los naturales de la mojiganga, mas sus mujeres se incomodaron, y poco faltó que no sobreviniese una revolucion entre aquellas encolerizadas fumadoras.

Dotado de calidades mas bien indolentes que activas, el Tagal tiene un defecto que las absorve y domina todas, tal es su pasion al juego. Como la civilizacion europea no le ha enseñado todavía sus sutilezas en este jénero, su pasion de jugador se concentra en los combates de gallos que dan lugar á desaforadas apuestas. Hay que ver en semejantes ocasiones el modo como aquellos semblantes tiernos y graves se animan, se descomponen, se encrespan y se ecsaltan. En nuestro rumbo al través de Bidondo, veinte lizas donde se despedazaban los desgraciados gallos, llamaron toda nuestra atencion; mas una de ellas sobre todo nos ofreció un grupo bien característico por sus contrastes de fisonomías. Los dos dueños de los gallos impelian al combate á sus atletas, y en su semblante apasionado é inquieto se reproducian todos los lances aleatorios de la batalla. Cerca de ellos habia cuatro Tagales que se empujaban, apostadores ó simples testigos vivamente impresionados por aquel pequeño drama regado con sangre (Pl. XXXII. — 2). La escena no terminó mas que con la muerte de uno de los dos campeones. El vencido tuvo que pagar su bestia y diez reales, total á que ascendia la apuesta.

En medio de este furor jeneral por semejantes distracciones, un solo gallo puede hacer la fortuna de un Tagal. Merced á su espolon mortífero, la familia vive, la mujer tiene collares de oro y de vidrio, y el hombre tabaco. Así es que el gallo es el hijo mimado de la casa; el Tagal lo prefiere á su mujer, á sus chiquillos y á todo; á cada instante le prodiga sus caricias, y lo lleva siempre bajo el brazo, tanto si va á sus tareas, como á hacer una visita á sus amigos. Su gallo es su tesoro, su compañero, su dueño; á todo tiene derecho mientras vive, y es llorado despues de su muerte.

Esta pasion á los combates de gallos es de tal naturaleza entre los habitantes de Manila, que el gobierno español se ha creado por este medio una renta bastante considerable. Estos juegos han llegado á ser una esplotacion en grande, un arriendo teatral. El primer acto de

intervencion por parte del fisco ha sido de señalar ciertos parajes para los combates de gallos, y de abrir de esta suerte á tales campeones un palenque especial y privilejiado. Abierta la liza, un comisionado percibe un derecho de entrada, no por cada hombre, sino por cada gallo: si estos se baten, pagan tres reales, mas si no, uno solamente. Es muy digno de ver la multitud que se empuja en aquellos circos, el silencio que reina, las enérjicas pasiones que se barruntan en los semblantes. El *toreador* de Sevilla ó de Madrid no provoca en la poblacion española emociones mas palpitantes, angustias mas caracterizadas, alegría mas viva, de las que escita un combate de gallos en un asamblea tagala (1).

Está ya abierto el torneo; silencio! he aquí que se presentan dos campeones, dos heroes de la especie: no de estas razas dejeneradas que se enronquecen con el aire de nuestros corrales, bajás afeminados en el harem, nacidos para el amor y no para la batalla; sino atletas robustos y fuertes, gallos de sangre pura y vírjen, educados desde su infancia para la guerra, destinados para una vida breve y militante. La lid es grave, solemne, atencion! antes de lanzar al uno contra el otro á aquellos adversarios que se miden con la vista, los árbitros, escojidos entre la multitud, los ecsaminan con la mas escrupulosa imparcialidad, pesan sus fuerzas, comparan sus medios de accion, deciden cual jury soberano si la lucha es igual y lícita, ó si ofrece demasiada desigualdad. Cuando los campeones están casi proporcionados, cada propietario arma los pies del suyo con pequeñas planchas de acero, largas, estrechas, afiladas. Durante este preliminar, se distribuyen algunas últimas caricias, algunas palabras aduladoras adecuadas para escitar el entusiasmo marcial de los gladiadores; se hacen las apuestas y se disponen los puntos de manera que puedan seguir con la vista las vicisitudes de la lucha.

Finalmente, dase la señal; lánzanse los campeones al arena, con las plumas erizadas y las crestas purpureas de cólera. La victoria se decide á veces por el mas fuerte, otras veces por el mas hábil. El pico es un arma desdeñada por los atletas desfogados. El mayor recurso está en el acero de los espolones, que, aunque es arma prestada, pero su enerjía es bien comprendida por aquellos animales. Así es que al acometer muestran sus uñas delanteras hasta que hieran á su antagonista, ó sean ellos los que caigan heridos. Las heridas que abren estos espolones postizos son anchas, y muchas veces mortales. Si la lucha dura algun tiempo sin resultado definitivo, se concede una tregua para dejar recobrar aliento á los combatientes; se limpian sus rasguños, se derrama en su gorja vino caliente aromatizado, y los lanzan de nuevo al arena donde acometen con redoblado encarnizamiento. Finalmente, al sucumbir uno de los dos, el dueño del vencedor reune las apuestas y el cuerpo de la víctima. A veces sucede tambien, despues del primer choque, que uno de los dos atletas, reconociendo en su antagonista una fuerza mucho mas superior, se acobarda y huye la batalla. En este caso lo conducen de nuevo á ella, lo reaniman, lo ecsaltan; pero si estos medios son insuficientes, despues de dos ensayos sucesivos, se cierra la liza, y el dueño del gallo que renuncia, pierde la apuesta, mas no pocas veces espia su cobardía bajo el filo de la cuchilla.

Esta pasion para los combates de gallos es el mas vivo tinte del carácter tagal. Todo lo demas es semi-tinte. Hay ademas algunos mestizos, raza cruzada de Españoles é indijenas, de una naturaleza mas neutra aun y mas indecisa. Los mestizos se ocupan en jeneral de agricultura y de comercio. Mas activos y astutos que los criollos, les sobresalen en todas las permutas y en todas las esplotaciones; ellos son los únicos que han llegado á organizar fábricas de azúcar que rivalizan con las de Bengala, han monopolizado el tráfico de los jéneros del interior, y toman parte en el comercio marítimo con los Chinos y algunas casas europeas. Los mestizos son en jeneral bien formados, de una talla que escede un poco á la mediana, y sus facciones son regulares y espresivas. Algunas mujeres de esta raza podrian muy bien parangonarse con las mas seductoras Andaluzas; esbeltas, graciosas, de ojos negros y pies pequeños, su conjunto agrada, y nada pierden en ser ecsaminadas.

Los mestizos, los Españoles comerciantes, algunos Ingleses, Franceses, Portugueses, Americanos y Holandeses constituyen las variedades de habitantes que encierra Bidondo, sin contar los Chinos que son los ajentes mas activos de su industria y una de las bases de su poblacion. Los Chinos de Manila, como en todas las ciudades estranjeras que habitan, tienen su

(1) Al través de estas espresiones del autor puede con facilidad columbrarse una severa crítica de esos bárbaros espectáculos, harto comunes en España, que ofenden la humanidad y la moral pública, y estragan el corazon de la juventud. Tales espectáculos sin embargo, que con razon han sido por largo tiempo objeto de vituperio de parte de los estranjeros, están causando aun en el dia lamentables desastres, y Madrid acaba de presenciar en su plaza la desgracia de dos toreadores, cuya muerte ha conmovido de piedad á las almas sensatas. No obstante, creemos que estos combates de toros, justamente despreciados hasta de las naciones mas atrasadas, y reprobados con tanta fuerza de elocuencia por Jovellanos, desaparecerán finalmente de nuestro suelo, para honor del ilustrado gobierno que nos rije, á impulsos de las fecundas luces que en su imponente y civilizadora marcha derrama nuestro siglo.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR
TILDEN

1 Quartier Chinois à Manille.

1 Cuartel Chino en Manila

2 Combat de Coqs.

2 Combate de Gallos

de Sainson del.

VOYAGE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR
TILDEN

3 Ruines dans un Faubourg de Manille.

3 Ruinas en un Arrabal de Manilla

4 Homme et Femme Flocos.

4 Hombre y Mujer Flocos.

barrio especial, con calles anchas y oreadas, alineadas en las riberas del Passig. Sus casas, construídas la mitad de piedra y el resto de mambú, tienen un techo agudo superado de un ornamento de madera que figura un hierro de alabarda (PL. XXXII.—1). A veces estas habitaciones están adornadas de pinturas en el esterior; otras veces tienen una galería de columnas móviles como las casas de Manila. En el piso bajo de los alojamientos chinos se halla comunmente el almacen, ó mas bien la tienda, donde se hallan distribuídas todas las mercancías de Asia y de Europa con un arte que no cede mucho á nuestras tiendas parisienses. En parte alguna se ofrecen los jéneros con mayor aseo, ni se encuentra mayor coquetería en la disposicion de las muestras, mejor aspecto en casa del mercader, ni mejor atractivo en el aspecto de su tienda.

Entre estos Chinos se cuentan hombres de toda especie de rangos y fortunas, desde el rico armador que despide y recibe anualmente cinco ó seis juncos ó *champans*, que posee almacenes atestados de riquezas, una mesa suntuosa y una elegante casa, hasta el pobre portador de agua que vive de un miserable salario, pasa el dia con un puñado de arroz, y se acuesta en destrozado batel. Todo lo ha invadido el Chino en Manila como en cualquier parte. En otro tiempo, por efecto del mas impolítico de los cálculos, se le prohibiera dedicarse al cultivo de las tierras, bien que prescindiendo de esto, lo hacia todo ó almenos casi todo. Actualmente es agricultor, mercader, artesano, manufacturero. De la propia suerte que todas las castas nómadas y emigradas, los Chinos permanecen fieles á las costumbres nacionales, ausilian á sus compatriotas y son ausiliados de los mismos. Aunque casi siempre célibes, porque las mujeres nunca emigran del territorio chino, alíanse varias veces con Tagalas de clase inferior que superan su repugnancia con estos paganos. Cuando era mas soberana la influencia eclesiástica, no se toleraba la mansion permanente de un Chino en Manila, á menos que se hubiese hecho bautizar. Solo en época muy reciente se ha renunciado á un sistema que hacia mas hipócritas que catecúmenos.

Por lo demas, esta opresion de conciencia parece que en todas épocas no tanto ha oprimido á los Chinos como las ecsijencias fiscales de las autoridades españolas. Hase adoptado un sistema contra este pueblo industrioso y sufrido, sistema de rigores administrativos, que se asemeja bastante á las ecsacciones arbitrarias sacadas á viva fuerza de los judíos de la edad media. La desconfianza, el odio, el avidez han esplotado junta y sucesivamente los infortunados colonos procedentes del litoral asiático. Aun en nuestros dias, cuando el gobernador jeneral ve que la poblacion china ha crecido y prosperado á la sombra de una tolerancia pasajera, decreta sin dilacion un enorme impuesto, una capitacion personal, ó una tasacion jeneral que todos y cada uno deben contribuir á pagar. Los mas ricos vacian sus cofres, los mas pobres son sujetados á la cadena y empleados á públicas corveas. Estos desgraciados, no pudiendo resistir siempre á semejantes pruebas, fallecen ó pretenden evadirse.

Bidondo, la ciudad mercantil, cuenta muy pocos monumentos públicos. Sus iglesias y conventos son mucho mas raros que en la ciudad española. San Sebastian, desde donde los Ingleses acañonearon á Manila en 1762, es la catedral del arrabal. Cerca de ella y sobre las riberas del Passig, observámos escombros que parecian pertenecer á un espacioso y antiguo monumento. Era una serie de arcos bañados por el rio, bajo cuya bóveda habia muchas salas bastante vastas, mientras que el terrado superior revelaba por acá y acullá algunos restos de un edificio mas imponente (PL. XXXII.—3).

Desde aquel punto del arrabal, nuestro coche nos condujo á la manufactura real de cigarros. Los cigarros de Manila tienen en la India y aun en Europa una grande y merecida reputacion. Despues de la Habana, tan popular entre los fumadores, Manila guarda el primer lugar para esta fabricacion. Así que, las demandas se hacen mas considerables todos los años, y los talleres de Bidondo no son suficientes para satisfacerlas. En los espaciosos salones de la manufactura, 1.500 hombres y 3.000 mujeres cortaban y escojian hojas de tabaco. Estas mujeres, casi todas jóvenes Tagalas, lindas por lo comun, se hallaban acurrucadas y alineadas bajo aquellos sotechados. Reunian el tabaco cortado en hojas escojidas mojadas, y concluído el pequeño rollo, lo fijaban en los dos cabos con goma. Cada taller tenia una vijilante que areglaba cada cigarro antes de atarlos en paquetes de treinta y dos, y un embalador que hacia cajas ó semi-cajas de mil ó de quinientos.

Lo que mas nos sorprendió en aquellos talleres semidivididos de oficiales de ambos secsos, es el órden y la decencia que en ellos reinaba. Las mozas y las mujeres se hallaban agrupadas en familias, de donde resultaba una vijilancia de todos los dias y de todos los instantes por parte de las mas viejas para con las mas jóvenes. Estas trabajadoras no son de la última clase del pueblo: algunas veces son Tagalas y mestizas nacidas con cierta comodidad.

Muchas personas teníamos que visitar en Bidondo; mas aquellas escursiones y detenido ec-

sámen al través de tan populosa arrabal, nos retrajeron de ellas de tal suerte, que llegámos al anochecer cuando nosotros pensámos en ellas. Norberg no quiso á la hora de comer, por motivo de hallarnos distantes de nuestro alojamiento, ir á pedir á los Europeos una hospitalidad caballerosa y un puesto en su mesa; prefirió dirijirse, á precio de dinero, á una especie de comerciante chino que nos emponzoñó con lo mejor que tuvo. En mi vida he visto tantos guisados y salsas. El arte cocinero de los Chinos consiste en disfrazar tan bien los alimentos, que sea casi imposible reconocer su naturaleza. Así es que debíamos probar muchas veces el mismo plato para saber si lo que comíamos era carne ó pescado. Sin una enorme pirámide de arroz, hubiéramos quedado en ayunas.

Concluído este banquete, la tarde estaba ya bastante avanzada y la brisa animaba el atmósfera; veíase á corta distancia desplegarse la campiña como un tapiz de varios colores; el verde de los arrozales pasaba á un tinte claro sobre la sombría verdura de los palmeros, de los mangles y de los naranjos. El baron parecia solazarse en aquel espectáculo de una naturaleza fecunda y lasciva: «Pues bien! le dije, vamos á ver esto de cerca.» Por espacio de una hora, andámos en medio de senderos sombreados por un espeso toldo de follaje, atravesámos cabañas tagalas, pobladas de joviales aldeanos y vímos la casa de recreo del capitan jeneral, residencia mezquina y triste como Manila. Lo que mas nos llamó la atencion en nuestro delicioso paseo, fué el no encontrar un solo ciudadano. Sin embargo hallabámonos casi á las puertas de la ciudad; el paisaje era encantador, el atmósfera fresca y embalsamada, el camino admirable. Interrogué con admiracion á nuestro conductor, quien me respondió, «Ah! caballero, se conoce que ha llegado hoy á Manila, que sin esto no hubiera dejado atizar á mis caballos hácia este país perdido. — Y porqué? — Los equipajes no se pasean por aquí, caballero, sino por el glacis. — Y bien! mozo, añadió Norberg, llévanos pues al glacis.» Nuestro impasible cochero torció su direccion, y media hora despues veíamos desarrollarse una larga fila de coches en una esplanada árida y desnuda, terreno descubierto que costea la bahía, y azotada por una lluvia salina en los dias de huracan. Allí van todas las tardes á desplegar el lujo de sus equipajes todos los hidalgos de la ciudad de guerra, los dignitarios procedentes de ultramar, los alcaldes, los criollos, los negociantes europeos, los mestizos y hasta los ricos Tagales y Chinos. Esta esplanada puede considerarse como el *corso* de Manila, la única cita pública, donde los hombres fuman sus cigarros, y las mujeres maldicen ó intrigan. Aunque llegados algo tarde, pudímos contar aun mas de cien coches, en uno de los cuales figuraba la coqueta y risueña doña Arellano que nos saludó graciosamente con el abanico. Su marido ni tan solo nos percibió.

CAPITULO XXX.

LUZON.—ESCURSIONES EN LA ISLA. — PROVINCIA DE ILOCOS. — GRUTA DE SAN MATEO. — LAGO DE LA LAGUNA.

Al dia siguiente, cuando nos encontrámos, el baron tenia un aire de preocupacion que me chocó. Estaba distraído, absorvido: en la hora del desayuno habló poco, y nada dijo del empleo de nuestro dia que ordinariamente disponíamos en comun. Penetré su objeto, y comprendí que tenia sus proyectos y que deseaba ir solo. Entonces me anticipé á su idea, «Amigo, le dije, no puedo menos de ir á ver la casa V.... á la cual voy recomendado. Disimule V. si le dejo algunas horas. — Es muy justo, replicó el baron, á quien hacia aun traicion el modo de apresurarse en contestar; tampoco podemos contar sobre la hospitalidad española, los Franceses nos servirán mejor; cuando habrá V. adquirido su conocimiento, volverémos juntos.» Al momento partí y fuí á ver á los compatriotas de Bidondo, para los cuales Verger me habia dado una escelente carta. Entré en una casa espaciosa y rica, donde hormigueaba una numerosa servidumbre. En los patios, en los almacenes, se desplegaban el órden y la opulencia de los amos; presentíase su mano laboriosa y su intelijente intervencion. Qué contraste presenta aquella ajitada factoría con la indolente casa del negociante español! A buen seguro que dentro de algunos años, toda la fortuna de Manila se hallará entre las manos de unos veinte estranjeros llegados recientemente á la colonia.

MM. V... me acojieron á brazos abiertos; un Francés es una cosa bastante rara en Manila, paraque se tengan en cuenta cuantos por ella pasan. Hablóse de organizar para mí conciertos, bailes y banquetes. Se me hizo ver un piano de Erard, romances de Bruguière y de Panseron, una coleccion de diarios atrasados de algunos meses solamente; en fin objetos enteramente franceses en una casa de Francés. Pues bien! por mas que sea una puerilidad el decirlo, á vista de aquellos objetos que conservaban todavía un perfume de la patria, derramé gruesas lágrimas, y aun hubiera llorado á no temer el ridículo del sentimentalismo ante testigos. MM. V.... quisieron que les acompañase en el desayuno, hiciéronme recorrer sus depó-

sitos, visitar sus barcos costeños ó *pontines* é inspeccionar sus almacenes.

Todo esto me ocupó por espacio de muchas horas, y mi dilatada ausencia fué bastante para dejar á Norberg tiempo suficiente para la ejecucion de sus secretos planes. En efecto, cuando regresé al comun alojamiento, todo estaba ya terminado: halléle de mala catadura. Salióme al encuentro, y me dijo: «Tengo necesidad de verle, amigo, he cometido una necedad, una necedad que á mi edad no deberia permitirse; una niñada. Queriendo aprovechar su ausencia de V., he ido á visitar á doña Arellano; pero tan solo por curiosidad, amigo, nada mas. Pues bien! poco se ha faltado que no causase una revolucion en Manila! Ir á ver una señora cuando el marido no está en casa, á las diez de la mañana! á buen seguro que esta es la primera vez que la comarca ha presenciado semejante escándalo. Cuando llamé á la puerta, era de ver el espanto que se difundió por todos los individuos de la casa. Negáronme la entrada; y á fé mia que antes los hubiera esterminado á todos, que hacerles consentir en introducirme. — Ya lo tenia previsto. Conozco Manila mejor que V. Escuche pues, señor Norberg, semejantes fruslerías nada hubieran sido en otra parte, pero aquí todo es grave. Tsin-Fong no se hallará dispuesto hasta dentro de algunos dias; pero en todo este tiempo viajarémos la isla. Esta tarde sale un pontin de MM. V.... para el país de Ilocos; podrémos embarcarnos en él, si V. no tiene inconveniente.»

Esto es puntualmente lo que se verificó. Al dia siguiente fondeámos en el puerto de Cagnocao, y nos encaminámos á Vigan, capital de la provincia de Ilocos. El aspecto del país en nada desmentia su alta reputacion de fertilidad y de opulencia. La *Cabessera* del Vigan se compone de cinco aldeas, la mas considerable de las cuales, Vigan, es residencia del obispo y del alcalde que gobiernan los Ilocos. En nuestro rumbo hácia aquella capital recorrímos una calzada orillada en ambos lados de magníficos arrozales y planteada de los mas bellos árboles de los trópicos. Todo lo habian ya dispuesto MM. V...; debíamos alojar en casa del alcalde; y como este funcionario á la sazon no estaba en casa, fuímos á encontrarle en Pavoye, situado al N. de Vigan.

En Pavoye, uno de los pueblos mas importantes del país, se improvisó una fiesta indíjena en nuestro honor. Empezó por el aparicion de un rejimiento de 200 mozas de 13 á 14 años de edad, bastante bien vestidas. Organizadas en batallones, aquellas *balasas* ó vírjenes, hacian el ejercicio con fusiles de madera, cuya arma inofensiva manejaban al son del tambor con admirable destreza. No supo decirnos el alcalde cual fuese la utilidad de aquella costumbre, y en que guerra debian servir aquellas nuevas amazonas. «Siempre se ha hecho así,» respondió. Despues de las mozas vinieron algunos jóvenes que á su vez simularon algunas evoluciones blandiendo arcos y arrojando flechas.

Por la tarde se celebró un solemne banquete, comedia y música. Sentámonos á la mesa en número de seis convidados, mientras que al rededor de nosotros circulaban cincuenta criados los unos cargados de platos, los otros echando de beber ó arrojando los insectos incómodos. Seria imposible mencionar cuanto nos sirvieron en ciervo, vaca, cerdo, carnero, gallinas; cien especies de platos almenos, sin temor de ecsajerar, pero todo tan bien sazonado de especies y de pimienta, tan mezclado de ingredientes indos, chinos, malayos y españoles, que por prudencia debíamos abstenernos. Comímos pan, un pan blanco y perfecto, el primero y único pan que haya encontrado en Asia.

Durante el banquete no cesó una orquesta de hacer oir su estrepitosa música. Tras este vino un baile de niños, y en seguida la danza salvaje de los Tanguyanes, pueblo que habita el E. de Luzon. Esta danza salvaje se compone de hombres y mujeres que forman belíjeros pasos con sable en mano. Los primeros van casi desnudos, pero las segundas llevan un traje bastante decente.

Por la noche hubo comedia. La pieza era sin duda obra de algun Molière iloco, puesto que toda la concurrencia reía á carcajadas. En ella figuraba un Chino bastante poltron cortejando á una Tagala; la dama no queria al galan; pero de acuerdo en esto con su marido obraba con maravillosa destreza y agradable coquetería. Colocado entre el amor y el avaricia, el Chino pasaba largo tiempo suministrando materia á algunas escenas cuyo desenlace era complicado y confuso.

El pueblo de Pavoye donde se daba la fiesta, cuenta 18.000 habitantes; en Batac hallámos 24.000. Estos dos puntos son muy ricos en algodon y arroz.

En resúmen, el alcaldía ó gobierno de Ilocos es la mejor de las Filipinas. Su poblacion asciende á 320.000 almas, inclusos 10.000 Tanguyanes, á cuyo pueblo deja la España su independencia política y relijiosa, mediante un lijero tributo.

Bien formados y de interesante figura, los Ilocos visten ordinariamente como los Tagales, y todo su lujo consiste en ponerse los domingos una chupa de seda negra. En el campo vímos algunos que llevaban una especie de manto corto que parecian viajeros. Las mujeres tenian mas sencillo continente: el canesú, el camba-

ya y el tapiz se llevaban como en Manila (Pl. XXXII. — 4). Los Ilocos se cobijan la cabeza con el salacot y andan casi siempre con los pies desnudos.

Los naturales de esta provincia, intelijentes y activos, han establecido manufacturas de seda y de algodon, y fabrican una tela lijera y de color vistoso destinada para las mujeres. El algodon del país es de calidad superior; la China lo prefiere al de Bombay. A mas de las telas finas cuyo tejido ha sido introducido por un cura de Batac, se fabrican tambien telas de magníficas especies.

Los caballos son pequeños en la provincia de Ilocos, pero fuertes, escelentes, y tan numerosos, que en algunas aldeas se cuentan tres por cada natural: así que, los habitantes van todos á caballo. Las casas de los Ilocos están construídas de mambú: mas espaciosas que las de los Tagales, ofrecen asimismo un aspecto de comodidad mas jeneral.

El alcalde de los Ilocos manda á todos los capitanes de aldeas ó *capitanes del pueblo*; él es quien los nombra, quien los destituye, y á él se dirijen los procesos locales, á menos que las partes apelen á la grande audiencia de Manila. Estas ecsorbitantes atribuciones le constituyen un pequeño déspota que de concierto con el dignitario eclesiástico gobierna y oprime á la comarca. Poco pagados por el estado, estos alcaldes hallan el medio de sacar de su empleo sumas enormes, monopolizando el comercio de su provincia. Sea por temor, sea por costumbre, los aldeanos venden sus cosechas á ellos solos, y esto á un precio que deja beneficios enormes sobre la realizacion definitiva.

Despues de esta breve estacion en el país de los Ilocos, regresámos á las playas del mar, y como el pontin habia terminado ya su cargamento, partímos siguiendo la costa. Antes de montar el cabo que cierra por el lado del N. la bahía de Manila, nuestro barco costeó la playa de Marivelle donde Renato de Santa Cruz asegura haber presenciado un fenómeno curioso de fisiolojía.

«Al pie de esta montaña, dice, puede verse la naturaleza humana decrépita casi en su cuna. Los indíjenas de este canton reciben tan precozmente todas las impresiones de la vida, que apenas han alcanzado la época de la juventud, cuando tienen ya todas las formas de la caducidad. Por lo comun se ven jóvenes de diez á once años que son madres, y otras que tienen ya las formas muy gastadas á los diez y ocho. Los hombres no envejecen tan pronto.

«Esta singularidad, continua el autor, solo puede atribuirse á la naturaleza del suelo, á la vivacidad de las aguas que salen de las montañas, al diario calor del clima, al que sucede siempre una gran frescura. Estos habitantes pasan de los 15° á los 33° del termómetro, para caer de nuevo á los 14.° En este rincon del globo llueve regularmente casi todas las tardes, de manera que los sentidos se encuentran en un trabajo continuo, que acaba por estragarlos con mucha rapidez. El cuerpo crece muy temprano, puesto que todos los niños de diez meses caminan y hablan. Lo que hay de singular, es ver en aquel punto de las Filipinas á la raza humana tan decaída, cuando por todas partes es tan bella y tan grande.»

Pasando cerca de Marivelle, se nos ofrecia sin duda la ocasion de verificar un fenómeno para el cual la duda es aun prudencia; pero como la brisa del O. empezó á refrescar, nuestro patron no quiso dejarse encaminar á aquella costa, montó el cabo y singló directamente hácia la bahía. Antes de llegar á Manila, Norberg y yo decidímos continuar nuestras peregrinaciones del interior. Siempre obsequiosos, MM. V.... se encargaron de arreglar nuestro itinerario. Debíamos al principio ir á la *gruta de San Mateo*, una de las maravillas del país; visitar despues á M. La Gironnière, colono francés, propietario de una hermosa hacienda situada á orillas del gran lago interior, denominado la *Laguna*.

Partímos para San Mateo el mismo dia, atravesando el Passig en S. Pedro Maccatti y tomando desde allí al través de fértiles montañas, el camino de May-Bongo. Ibamos montados en caballos del país, pequeños pero vigorosos. Estos caballos no tienen mas que un modo de andar, el paso español, *sobro passo*, especie de marcha tan rápida como dulce. Seguíannos á pie dos guias tagales y dos criados.

La vejetacion de aquellas comarcas montañosas nos pareció rica y lozana, aunque algunas nubes de langostas habian atacado la verdura y hasta el tronco de los árboles.

El primer pueblo que se nos ofreció en el camino fué el de May-Bongo, situado en una posicion deliciosa, en medio de sotillos de frondosos árboles. En seguida se manifestó Maria-Kina á orillas del Nanka, sitio de un efecto májico, pueblo considerable que cuenta 9.000 habitantes, ovejas tranquilas de un cura indíjena; por fin, á una legua mas lejos y en el ribazo del propio rio, se alza San Mateo, donde debíamos pernoctar. S. Mateo solo cuenta 4.000 almas, pero hace con Manila un importante comercio de maderas de construccion. La cualidad preferida para este empleo es el *molavé*, de cuyos árboles se han visto algunos que cortados y empleados dos siglos despues, parecen tan intactos como si el hacha acabase de separarlos del terreno. Para hacerles llegar á Manila, los precipitan al Nanka de donde descien-

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN

1. Rivière de Passit à Manille.

1 Rio de Pasit en Manilla

2. Casa Matta de Pandacon.

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

den atados en armadías, por este afluente del Passig.

La gruta, objeto de nuestro viaje, solo distaba una hora de la aldea. Por medio de un magnífico sendero llegámos hasta su base, y desde allí á la altura subterranea por una rampa corta y perpendicular. Es imposible describir la belleza del cuadro que teníamos á la vista. La serie de las primeras colinas nos encubria el mar; el paisaje tenia un marco estrecho, pero en aquel marco, qué pormenores mas ricos y misteriosos! qué completo vallecillo con su arjentado rio y sus arboladas crestas! qué maravillosa alpe tropical!

Hallábamonos á la entrada de la escavacion y prócsimos á penetrar en ella, cuando se escapó súbitamente una nube de murciélagos. A esta irrupcion era de ver á nuestros pobres Tagales echándose la frente contra tierra, amedrentados y diciendo que los *monos* ó los malos espíritus que habitaban la gruta destacaban contra nosotros lejiones de centinelas. Todas nuestras instancias fueron impotentes para decidir á aquellos pobres diablos que nos acompañasen al interior; quedáronse en los umbrales, rogando por nosotros, y creyendo atreverse ya demasiado con solo estender la mano para procurarnos alguna luz por medio de teas resinosas.

Provistos de antorchas, Norberg y yo nos internámos en la caverna, y recorrímosla en toda su estension sin encontrar un solo reptil que pudiese justificar los temores de los naturales. Tenia la escavacion cerca 2.000 pasos de profundidad, el piso era de roca y de tierra, cortado de cuando en cuando por grandes marismas en las cuales entrámos hasta la cintura. Por lo demas, muy pocos accidentes interiores, y muy pocas petrificaciones contienen aquellos subterraneos, indignos almenos de la gran reputacion de que gozan en Manila. A la vuelta, en vano quisímos edificar á nuestros guias de cuanto habíamos observado; pues apenas nos escuchaban. Cuando les hablábamos de la soledad de la gruta, empezaban á citar todos los malos espíritus que en ella se habian visto; cuando les asegurábamos que apenas tenia 2.000 pasos, sonreíanse con incredulidad, y decian que la montaña se hallaba taladrada, y que aquella entrada cavernosa era el camino de la China. El gran pirata chino Limahon, añadian, ha venido por allí y no siguió diferente camino para volverse.

En las montañas de San Mateo, á tres leguas de Manila, comienza una de las fronteras de las posesiones españolas. El resto de aquella comarca, no descubierta todavía es abandonado á varias tribus salvajes que ocupan los mas encumbrados cúspides de la cordillera. Los Tagales llaman á aquellos pueblos Igorotes ó Negritos. Sumamente diestros en la caza, estos Negritos vienen á San Mateo á permutar su caza contra arroz: van casi desnudos, se cubren las partes naturales con pieles de bananos, y hablan el tagal con bastante facilidad.

Esta corta y atractiva escursion nos habia gustado en estremo, pero la de la Laguna nos reservaba escenas curiosas á cual mas. Partímos de Bidondo en un barco armado de Tagales robustos que luchaban con dificultad contra una rápida corriente. Por primera vez veíamos bien las riberas del Passig. A derecha é izquierda veíamos fugarse las casas de los pueblos que se contemplan en el rio; admirábamos del lado de Bidondo aquellos deliciosos salones de baños domésticos, construídos al nivel de la corriente, para el uso de cada casa y de cada familia. Cuando nos hubímos alejado de Manila, cuando hubieron desaparecido sus murallas, la campiña nos desarrolló sus puntos pintorescos, sus arrozales mecidos al soplo de la brisa, sus sotillos de palmeros y de mambúes, sus chozas indijenas de agudo techo, y de cuerpo suspendido al aire (Pl. XXXIII.—1). En las mismas aguas que nos sostenian, descendian con la corriente ó la remontaban como nosotros, millares de piraguas cargadas ó vacías; á cualquier parte que mirásemos, observábamos movimiento y vida, espacio, luz y aire.

Nuestro primer alto se verificó en Passig, aldea que ha comunicado su nombre al rio de Manila. Passig solo es poblado de pescadores que van á vender en Bidondo el producto de su pesca. Antes de llegar al lago, se encuentran muy bellas habitaciones, propiedades de ricos Españoles (Pl. XXXIII.—2).

Finalmente, desarrollóse la Laguna ante nosotros; la Laguna, este magnífico lago interior que tiene treinta leguas almenos de circumferencia. La Laguna está dividida en dos porciones desiguales por una cadena de islas desiertas, en cuyo derredor, como en todo el lago, se encuentran de 25 á 30 pies de profundidad. Este inmenso reservatorio de agua dulce proviene de la multitud de arroyos y riachuelos que descienden de las mesetas circumvecinas. Quizá tambien la disposicion del suelo determina en este punto la afluencia subterranea de todas las aguas que corren de las altas montañas del interior. Renato de Santa Cruz que ha visitado ecsactamente esta isla, parece estar en la creencia de que el lago tiene comunicaciones con los volcanes que le rodean. «Una de las mas fuertes pruebas que pueden presentarse, dice, es que en 1.800 se vieron durante los calores una gran cantidad de pescados muertos en la superficie del lago, cuyas aguas cesaron de ser potables, y tomaron un olor fétido y corrompido. El gran número de

estos pescados que flotaban hasta Manila, indujeron á temer una peste, ó cuando menos una epidemia. Espidiéronse médicos á las aldeas paraque procurasen indagar si se descubria algun síntoma, y el gobierno publicó un edicto que prohibia á los habitantes comer de tales pescados. Afortunadamente, el miedo y las precauciones que se tomaran, produjeron feliz écsito. Una cosa hay digna de ser notada, y es que un gran número de aquellos pescados no eran enteramente muertos; el cuerpo parecia conservar movimiento y sensibilidad, cuando la cabeza estaba ya en putrefaccion. El lecho del rio estaba atestado de ellos. Conceptuóse que en la comunicacion con el lago se habia esparcido mucho azufre, y que esta era una de las causas principales de aquella mortalidad, puesto que las aguas estaban sumamente impregnadas de él. Nunca me hubiera permitido narrar este hecho, añade Santa Cruz, á no ser atestiguado por todos los habitantes de la colonia y por los procesos verbales que he tenido entre manos. »

Las primeras tierras que vímos al entrar en el lago eran bajas, pero en breve se nos manifestaron costas abruptas, con sus cimas guarnecidas de bosques. A mayor distancia varió la escena; los vertientes eran menos rápidos, y se veían magníficas aldeas donde blanqueaban algunas iglesias y conventos que indicaban un país de opulencia marítima y territorial. Afianzaban este concepto el aspecto de las cultivadas mesetas, la elegancia de las chozas edificadas en la playa, y las miríadas de barcos ó de pequeñas piraguas que animaban las ensenadas y los desembarcaderos. Los ribereños se dedicaban á la pesca y al cabotaje, y los demas á la agricultura, y de esta suerte la poblacion vivia á la vez de su admirable lago y de las tierras fecundas que lo rodean.

La habitacion de M. de La Gironnière estaba situada casi en el fondo de la Laguna. Llegámos á ella por la tarde. En una lengua de tierra frente de Santa Cruz, capital de la provincia, hay una vasta casa construída casi á la europea, cómoda, oreada y con dos altos. Al rededor de la habitacion se apiñan algunos almacenes, una fábrica de azúcar en actividad, otras dependencias menos considerables, y una cabaña tagala (PL. XXXIII. — 3). Todo este conjunto se denomina la Hala-Hala, y es propiedad de un Francés, M. de la Gironnière. La Hala-Hala ha sido creada, organizada, cuidada y bautizada por él. Hace pocos años, que solo se veia allí una selva inculta, una marisma infecta, con algunas cabañas de forbanes; pero actualmente se han convertido en ricas plantaciones, una manufactura próspera, una aldea tranquila y laboriosa. La poblacion de indíjenas, atraída por el bienestar, recibe todos los dias un acrecimiento notable, los terrenos circumvecinos se despojan y se siembran. Así que, uno de nuestros camaradas tendrá la gloria de haber tomado la iniciativa del descuaje de aquella tierra española.

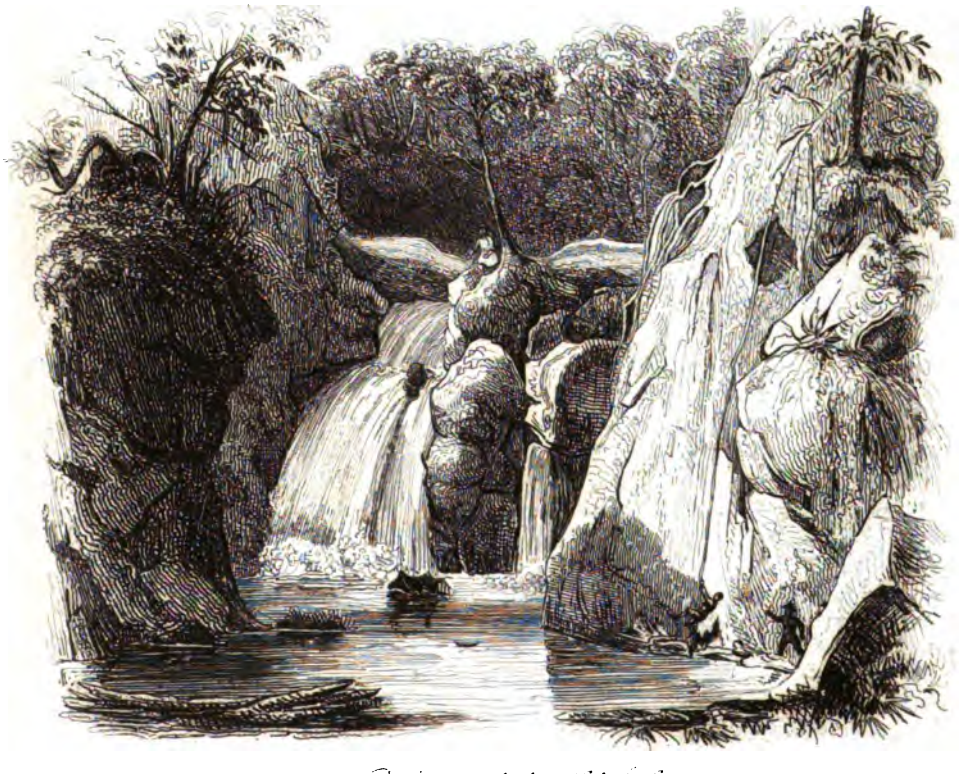
Mas para llegar hasta tal punto, cuantos recelos, cuanta envidia han tenido que vencerse! Habitante de Manila desde 1814, M. de la Gironnière no ha desarmado todas las simpatías locales hasta despues de una dilatada permanencia y por medio de una alianza criolla. Lo que hasta entonces se habia rehusado con obstinacion, aun á los nacionales mismos, otorgóse á un Francés, que tenia la conciencia de su fuerza y de la fecundidad del terruño. Tal ejemplo no dejará de producir sus frutos: un lago interior, navegable en toda su estension, á dos leguas de distancia del mar y enlazado con este por medio de un ancho rio; al rededor del lago un suelo vírjen y activo, dispuesto á dar todo linaje de productos y á variar los cultivos; hé aquí lo que la indolencia española debia utilizar tarde ó temprano, y que solo podia evidenciar una tentativa fructuosa.

Recibímos en la Hala-Hala la mas cordial hospitalidad. El título de Franceses y las recomendaciones de MM. V.... eran suficientes para un hombre escelente y lleno de nobles cualidades. La cena fué divertida, larga, y bien aprovechada. Se habló de la Francia y de Luzon, y se bebió del escelente burdeos, brindando á nuestros futuros viajes y á la prosperidad de la granja-modelo.

Al dia siguiente continuaron nuestras escursiones interiores. Nuestro huésped nos dió chupas y pantalones de tela ordinaria; cubrónos la cabeza con el salacot, tocado útil á la vez contra la lluvia y contra el sol, y fuímos á visitar Santa Cruz, hermosa y pequeña aldea situada á orillas del lago en una llanura cubierta de mieses. Veíanse en las nemorosas montañas el convento, la iglesia y las casas blancas y ascadas que recreaban la vista. Santa Cruz, centro de un activo comercio de vino de Palma y aguardiente de coco, está poblada de Tagales y de Chinos, los unos agricultores, y los otros mercaderes. Desgraciadamente el punto no es saludable: la estacion de las lluvias determina en él algunas inundaciones, tras las cuales vienen la fiebre y el cólera que cobran todos los años su tributo de víctimas.

A mayor distancia que Santa Cruz y en una deliciosa garganta, se encuentra la célebre pequeña aldea de los Baños, la primera que atrajo á los Europeos á la provincia de *Laguna*. Esta aldea, segun indica su nombre, posee algunos baños de agua mineral, cuyas virtudes antiguamente eran muy acreditadas en Manila.

3. La Hala-Hala.



4. Ravin près de la Hala-Hala.

4. Barranca cerca de la Hala-Hala

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

En su apoyo se citaban estraordinarias y frecuentes curaciones, milagros que confundian el arte de los médicos. La montaña en que está recostada esta aldea, es visiblemente un producto volcánico, y el manantial que de ella sale, se halla al mismo grado que el agua hirviendo. Aunque Sonnerat asegura haber visto en ella algunos peces, fuerza es sin embargo poner esta asercion en el número de las fábulas, mancomunado con algunos observadores mas modernos. Renato de Santa Cruz aseveró que en la misma no podia vejetar planta alguna; cualquier animal que se zambulla en ella, es al instante despojado de su piel. Un huevo queda endurecido en el término de cuatro minutos.

Las aguas de los Baños parecen eficaces, mayormente contra las enfermedades de la piel. Hubo un tiempo en que era moda en Manila ir á pasar un mes de la bella estacion en aquel establecimiento termal, pero sin duda que, como en todas las localidades análogas, la salubridad del aire, el ejercicio del cuerpo, la ausencia de toda tarea doméstica ó comercial, la vida arreglada y metódica y el réjimen sano y dulce, influian mas sobre la salud de las personas que las propiedades médicas de las aguas. Sin embargo, hace medio siglo que esta romería hijiénica ha caido en desuetud. La invasion de los Ingleses en 1762, la aparicion de los bandidos en una isla del lago, el elevado precio de los baños y su mal estado han alejado gradualmente á la multitud de la aldea de los Baños. Ningun sitio hay sin embargo en los Pirineos ni en los Alpes mas imponente y pintoresco. Varios enormes cascajos volcánicos, con angulosas formas, agujas, pirámides de roca, alzan en su mas elevada cresta penachos de árboles cuya edad y nombre se ignoran. Tras este primer plan de selvas y de montañas, vienen otras montañas y otras selvas, diversas de aspecto y de carácter; estas, mas encumbradas, ostentan á lo lejos el curso de sus torrentes anchos y profundos; aquellas son abandonadas á los búfalos, á los javalís y á los ciervos, ó á los Negritos, no menos silvestres que los ciervos, los javalís y los búfalos.

Todas estas tierras parecen llevar en su frente el vestijio de un volcan; los picos manifiestan cráteres estinguidos; la piedra ennegrecida testifica erupciones anteriores, y para completar estos índices, de vez en cuando Luzon tiembla en su base, las iglesias, los conventos, las casas de Manila bambolean hasta en sus cimientos. El mas vecino de estos antiguos volcanes está situado á una milla de los Baños. La boca ignívoma está llena actualmente de un agua verde y estancada. En aquel pequeño lago de un cuarto de legua de circumferencia, plácense y prosperan jigantescos caimanes, de los cuales Renato de Santa Cruz observó algunos cuya lonjitud escedia de cincuenta pies.

En nuestra incursion á los Baños, lo que mas llamó nuestra atencion fué el prodijioso número de patos que se solazaban en aquella parte del lago, cuya superficie estaba cubierta de ellos. La causa de aquella afluencia de volátiles de una misma especie, era bien esplicada por el gusto de los Tagales, Malayos y Chinos que los prefieren á las gallinas; pero el medio de llegar á una pululacion tan maravillosa desconcertaba todos nuestros cálculos. Nuestro guia fué el único que descifró el enigma. Para suplir á los hornos usados en China en la puesta artificial, han imajinado los Tagales emplear el calor humano, y entre sus indolentes servidores han encontrado algunos pacientes y asiduos. Para esto se arregla una especie de catre, contenido por lijeros trabazones cubiertos de espesos lienzos: cuando se arriman los huevos estrechados uno contra otro y conservados por cenizas puestas en los intersticios, se iza este aparato hasta á una corta altura del terreno, y el clueco se estiende sobre aquel singular divan; en él bebe, come, fuma, masca su betel, no sin peligrar los huevos frájiles que su calor debe fecundar. La habilidad de estos pacientes es tal, que siguen dia por dia el progreso del embrion, y favorecen su salida en el momento oportuno rompiendo la cáscara. Apenas abierta, el pato corre hácia el lago, se solaza todo el dia y se retira por la tarde á unas jaulas flotantes construidas en la playa. La educacion de los patos es una de las principales industrias de la aldea de los Baños y de Santa Cruz.

Al dia siguiente, que era el postrero de nuestra peregrinacion, M. de la Gironnière quiso arreglar una partida de caza con todas las formalidades. Al amanecer el cuerno nos despertó, y en breve se pusieron en movimiento hácia el bosque perros y picadores, cazadores y ayudas de cámara, coches, caballos y palanquetas. Casi era una caza real.

Comenzó en los nemorosos flancos de una colina, cortados por senderos rápidos y casi impracticables. Apenas habíamos penetrado en ellos, cuando los perros hicieron levantar un ciervo, elegante y noble animal, bien que mas pequeño que nuestras hermosas especies. Pasó cerca de Norberg, que le apuntó y mató. A una milla de distancia, se señaló una nueva presa, un javalí, uno de los mas bellos que jamas se hubiesen visto en los bosques de la Laguna. Esta vez me perteneció el honor de la caza. Desde la cresta de las montañas descendimos en breve á una llanura cortada de bosques y de marismas, asilo habitual de los bú-

falos silvestres, el mas peligroso cuadrúpedo de aquellas comarcas. Tranquilo, obediente y robusto, aun en el estado de domesticidad, el búfalo es sumamente terrible en el estado de naturaleza. La vista del hombre lo pone fuera de sí, sus ojos se animan, sus narices vomitan llamas, y el cazador que yerra el golpe ó que solamente lo hiere, puede considerarse perdido. Ningun caballo al galope llega con mas rapidez sobre su adversario, ningun bruto sanguinario conserva mas rencor y encarnizamiento. A cualquiera que alcanza, lo atraviesa con sus agudos cuernos, lo despedaza con los pies, lo tortura vivo, y lo insulta muerto. Un árbol no es tampoco un seguro abrigo contra sus persecuciones; no pudiendo alcanzar su víctima en sus ramas, el búfalo se constituye su carcelero antes de ser su verdugo; persiste en sus venganzas, y no renuncia á ellas hasta que se halla abatido por el hambre y por la sed. M. Laplace refiere que un Tagal de la Hala-Hala, que trabajaba en la corta del bosque, tuvo la dicha de escapar de un modo muy estraño de un búfalo que le tenia bloqueado en una encumbrada palmera. Impelido por la necesidad, el leñador se sintió con ánimo de combatir cuerpo á cuerpo con su antagonista, descendió, saltó lijeramente á su alrededor, consiguió cojer su cola, encaramóse con la mano derecha y, tomando su cuchillo con la izquierda, acribilló de heridas el flanco del animal. Viéndose atacado de esta suerte, el búfalo parte como un rayo, pero el valiente Tagal no se acobardó; dejóse llevar al través de las rocas, las marismas, y cayó en fin cubierto de sangre junto á su enemigo muerto.

Para domar al búfalo silvestre, los indígenas lo hacen caer en fosos cubiertos de follaje. Cuando sale de allí abatido por el hambre, débil, estenuado, se deja conducir hácia el rebaño, y á imitacion de los demas, toma costumbres de esclavitud. El búfalo nacido en la domesticidad, raramente tiene veleidades de independencia; los naturales dicen que llevan en el cuello la señal del collar de su madre, cuya circunstancia es para los búfalos silvestres un signo de esclusion y de reprobacion.

Nuestra caza tuvo una multitud de incidentes demasiado largos para referirlos. Ora nos ocupaba un animal perseguido, ora una campiña; aquí una cabaña, allí una selva. Pero una cascada cerca de la Hala-Hala fué una de las cosas que nos impresionaron mas vivamente. Para llegar á ella, era preciso marchar por el mismo lecho del barranco en medio de rocas agudas y resbaladizas. Apesar de los peligros y la fragosidad del camino, persistimos en verificarlo, y no fué poca indemnizacion para nosotros el aspecto de aquella cascada inmensa, precipitada entre los flancos de la roca perpendicular, superada de árboles y de enredaderas que se festoneaban en el abismo (Pl. XXXIII. — 4). Habia en aquel conjunto tanta naturaleza bravía y primitiva, un silencio tan notable al lado de tan gran bullicio, que la admiracion y la atencion estaban embargadas. Ningun animal, ni aun pájaro se veía en aquel recinto, donde las aguas solas parecian tener alguna vida: apenas se veía de vez en cuando un murciélago salido de la hendedura de una roca, cernerse en aquella atmósfera impregnada de una lluvia tenue. Para salir del lecho del torrente no habia mas que un camino, el del peñon abierto perpendicularmente. Los Tagales que nos acompañaban se aventuraron á él. Uno de ellos, cojiendo una prolongada enredadera que pendia de la cima hasta el pie de aquel muro de granito, se encaramó cual albañil, y si bien poco habituados á ascensiones de esta naturaleza, nos atrevimos á imitarlo valiéndonos de aquellas enredaderas ausiliadoras, rampa natural del viajero. La enredadera que vimos nos pareció ser la misma que tanto abunda en las vírjenes selvas del América. Su prolongado talle que enlaza los árboles y cae en seguida al azar, está cubierta de una corteza morena y grosera, que, al cortarla, destila un agua límpida sin olor y sin mal gusto.

Despues de la gran caza vino la pequeña; consistió en algunas tortolillas *á puñaladas*, así llamadas á causa de unas plumas sanguineas que tienen en el cuello. De esta suerte matámos dos monos en unos hoyos donde se habian atrincherado, y una gacela perteneciente al jénero de que habla Lapérouse en su viaje.

Así es que en el espacio de dos dias, el uno de paseo y el otro de caza activa y fatigosa, habíamos esplorado la porcion mas grande y rica del territorio de Laguna. Habíamos reconocido una comarca fértil en arroz, pimienta y añil; bosques que suministraban hermosas maderas tintoriales y de construccion; habíamos comprendido, por el ejemplo de un colonista francés, qué admirable partido podria sacarse de aquel suelo, de aquel clima, de aquellas aguas, de toda aquella naturaleza.

Satisfechos de nuestro viaje, despedímonos de nuestros huéspedes, y remontámos en nuestro barco que nos condujo rápidamente á Manila. La primera persona que nos salió al encuentro en el muelle fué uno de MM. V... que parecia aguardarnos con impaciencia. « Su patron chino está ya dispuesto, nos dijo, mañana deben partir, yo he mandado ya acelerar su cargamento. El cólera cunde en Cavite; dentro de algunos dias estará aquí, y por mas deseos que tengamos de poseerlo, en ninguna manera quisiéramos llevar luto de V. — El cólera en

Cavite! dijo Norberg, y aun no he visto Cavite ni el cólera! fuerza es ir allí, puesto que la ocasion es doble.» M. V.... reiteró vanamente sus instancias para disuadirlo, pues resolvímos decididamente la partida. Debíamos ir por tierra y regresar por la bahía.

Con efecto, una hora despues, nuestro coche se hallaba en el arrabal de la ribera izquierda que conduce á Cavite. El camino era ancho, sombreado y bastante bien cuidado: las habitaciones tagalas que lo orillan fueron reemplazadas en breve por campos cultivados donde pacian numerosos ganados de búfalos.

No bien hacia dos horas que salíamos de Manila, cuando se descubrió Cavite. Cavite, segun espresa su denominacion tagala *Cavuit* (ensenada) está situada en un pequeño golfo que forma una lengua que se interna en el mar. En otro tiempo fué mas considerable, pero se ha visto absorvida gradualmente por la importancia sin cesar creciente de Manila, como tambien por los horribles terremotos que han derribado hasta sus mismas fortificaciones. Apesar de esta decadencia, Cavite es siempre el puerto militar de Luzon: contiene ademas un arsenal, almacenes para la marina real y astilleros de construccion. En ella hay una corta guarnicion y un gobernador, que en otro tiempo era nombrado directamente por la España, y se hallaba independiente del capitan jeneral, pero que actualmente es elejido por este dignitario y es su subordinado.

Los astilleros y el arsenal de Cavite eran, aun á principios del presente siglo, célebres y florecientes. En ellos hallaban ocupacion constante seiscientos operarios indijenas que construían y equipaban bricks de guerra, corbetas y aun fragatas. Pero es tal la lentitud de los oficiales tagales en semejante linaje de trabajos, que aquellos buques costaban sumas ecsorbitantes, que no guardaban proporcion alguna con las de Europa. Así que, la última fragata botada al agua no costaba menos de un millon de pesos; un casco de galeon ascendia á 80.000. En nuestros dias, aunque se haya conseguido mayor actividad y economía, la concurrencia es aun imposible por la confeccion de buques de alto bordo. Tambien se limita á establecer en Cavite algunas de estas embarcaciones esbeltas, graciosas y armadas en la proa de un fuerte cañon de bronce, especie de cañoneras destinadas á la vijilancia de la costa y á la policía de esos mares infestados por los forbanes malayos, conocidos bajo el nombre de Moros. Estos activos depredantes no siempre se manifiestan amedrentados de este crucero: atacan á los guardacostas, no solo cuando se hallan aislados, sino tambien cuando van en flotilla, y muchas veces alcanzan las tripulaciones tagalas que los montan.

La historia de la prosperidad de Cavite está enlazada con la del famoso galeon de Acapulco, único intermediario entre las posesiones españolas del Asia y de la América. Ecsistia entonces como complemento del galeon la sociedad de las Obras Pias, gran comendidad usuraria que fundara en Manila la autoridad eclesiástica. El galeon y las Obras Pias fueron por largo tiempo las dos fuentes de la riqueza de Luzon, y con especialidad de Cavite, abra del galeon.

El galeon era un enorme buque de mil doscientas á mil quinientas toneladas, que el rey de España ponia todos los dias á disposicion de los comerciantes de Manila. Cargábanlo de jéneros del continente asiático y de los países malayos, y en cambio se recibia el oro y la cochinila del Méjico, los paños de España y una multitud de pasajeros relijiosos ó seculares que aguardaban, para ir á la India, la ocasion del enorme paquete. La suma de las riquezas amontonadas en su quilla es superior á cuanto pueda imajinarse. Abiertamente ó en contrabando, los galeones recibian á veces de quince á veinte millones de valores. Lanzados en aquellos parajes poco recorridos y montados por inhábiles pilotos, un gran número de ellos naufragaron en los mares del Sur, y de esta suerte sufrió Manila varias veces pérdidas considerables.

El galeon y las Obras Pias han durado casi hasta nosotros; á fines del último siglo pretendióse elevar privilejio contra privilejio por la creacion de la Compañía de las Filipinas, pero este ensayo fué desgraciado y solo terminó en ruina y en monopolio. Actualmente y en presencia de tantas colonias emancipadas, no hay otra salvacion para las demas colonias, que en la libertad comercial. Tan ricas por su territorio, tan favorecidas por su posicion maravillosa, situadas al alcance de tres partes del mundo, el Asia, la Oceania y la América, enlazadas con la Europa por la autoridad metropolitana, las Filipinas por sola la fuerza de su voluntad pueden ser las primeras en seguir una senda de profunda progresion. En sus umbrales tienen maravillosos ejemplos; los aprovecharán?

En el espacio de una media hora visitáramos cuantos objetos encierra Cavite, su puerto bastante bueno, su arsenal, sus obras de defensa, sus iglesias, sus conventos, sus mezquinas casas y su poblacion miserable. Norberg habia tenido ocasion de encontrar ese cólera, que deseaba ver con tanto ahinco, en la persona de un pobre operario que llevaban al hospital militar. Por lo demas, la enfermedad no era intensa en Cavite: en el espacio de ocho dias habian fallecido solamente unos veinte Tagales, y la plaga parecia ya amortiguarse. Para re-

gresar á Cavite tomamos un *panca*, esquife de lijero pasaje, que los remeros hacian volar por el agua con la mayor velocidad. Una techumbre de mambú servia para librarnos del sol. La rada estaba enteramente surcada de semejantes embarcaciones que van y vienen de Cavite á Manila (Pl. XXXIV.—2). En el curso de aquella rápida travesía cautivaban nuestra atencion varias armadías montadas por algunos pescadores. El aparejo de la pesca consistia en una vasta red cuadrangular, cuyos dos ángulos superiores estaban fijados con prolongados mambúes, y los otros dos amarrados á una de las estremidades de la armadía (Pl. XXXIV. —1). Segun lo que pudímos juzgar, este método procuraba una pesca abundante á los que la practicaban.

Era ya casi noche cuando llegámos á Manila. Apenas me quedaban algunas horas para ordenar y completar mis anotaciones. Persuadido que estaria mas tranquilo y mas aislado á bordo de nuestro junco, aquella misma tarde quise acostarme en él, donde Norberg debia venir igualmente al dia siguiente por la mañana.

CAPÍTULO XXXI.

FILIPINAS.—HISTORIA DESDE LA CONQUISTA.

El descubrimiento de las Filipinas se debe á Magallanes, el primero que presintió y encontró el paso de las Indias por el cabo de Hornos. Salido de los puertos españoles á 10 de agosto de 1519 con cinco buques, atravesó á 1.° de noviembre el estrecho que lleva su nombre, y al dia de la fiesta de san Lázaro observó un grupo de islas, que por esta circunstancia denominó el archipiélago de Lázaro. A fines de mayo tocó en Mindanao, donde plantó una cruz como toma de posesion, pasó desde allí á la isla de Zebu donde convirtió é hizo bautizar al rey, á su familia y á su pueblo, desembarcó en seguida en la isla de Mactan, y pereció en ella combatiendo á su príncipe. Despues de Magallanes, el jefe de escuadra, Juan de Serrano, pereció tambien en una emboscada que le armó el rey de Zebu, nuevamente convertido. Desde entonces nació la division entre los tres buques restantes, y Sebastian Cano (1) que mandaba *la Victoria*, tuvo la gloria de manifestarse á 7 de setiembre de 1522, en el Guadalquivir, despues de haber montado el Cabo de Buena Esperanza y dado la vuelta al mundo por primera vez.

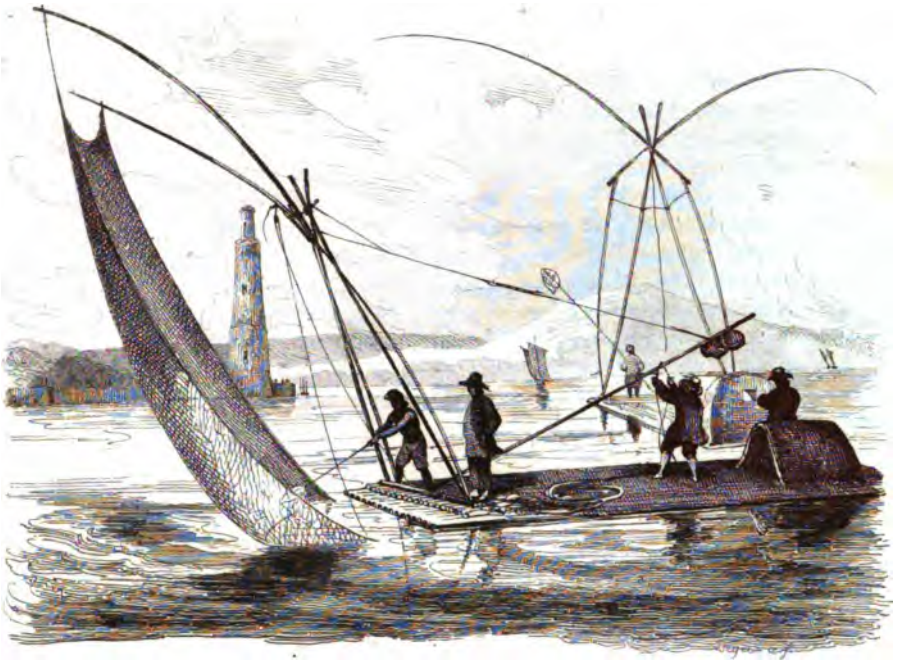
(1) No podemos menos de mencionar que este insigne navegante, que por primera vez dió la vuelta al mundo, en el espacio de tres años y un mes, era Español y natural de Guetaria, para satisfaccion de los que se placen en la prosperidad y en las glorias de su patria.

Habíase encontrado pues un nuevo archipiélago y un nuevo rumbo para dirijirse á él; pero todo esto debia permanecer estéril por largo tiempo. Los años siguientes fueron empleados en disputar á los Portugueses la posesion de las Molucas, y en interpretar á cañonazos un breve sumamente ambiguo del papa Alejandro VI. Algun tiempo despues, Villalobos, que hizo prevalecer el nombre de Filipinas á causa del monarca reinante Felipe II, estrellóse en una espedicion y murió en Amboine. La pequeña escuadra á la que estaba reservada la fundacion del poderío español en estos parajes, no salió hasta noviembre de 1564 del puerto de la Natividad. Esta escuadra iba mandada por Lopez de Legapsi, hombre de un valor á toda prueba. Los dos buques que componian la espedicion descubrieron la isla de los Barbados, tocaron en las islas de los Ladrones á 22 de enero de 1565, y fondearon, á 13 de febrero, en Tandaya y Abuyo, que forman parte del grupo de las Filipinas. Allí fué donde Legapsi quiso procurarse víveres; pero rechazado por los naturales, adelantó en las Bissayas y ancló en Bool, donde solo obtuvo algunas provisiones, bebiendo sangre de un jefe salvaje mezclada con sangre española. Desde Bool singló hácia Zebu, apoderóse de la capital despues de haberla cañoneado, y erijió en ella un fuerte. Este fué el nucleo de una colonia mas estable. Poco á poco se trató con los isleños y su rey, retirados al interior; se sometieron las islas vecinas, se tuvieron víveres procedentes de Panay, de Masbapta ó de Luzon, y finalmente se recibieron de la metrópoli algunos refuerzos de buques y de soldados, en los cuales estaba el punto esencial, sin el que los preliminares de ocupacion hubieran quedado estériles.

En este momento fué cuando Legapsi proyectó mas seriamente la conquista de Luzon. Destacó á su sobrino, Juan de Salcedo, que batió á los indíjenas y fundó á Manila en 1571. En vano quisieron resistir los rajahs del país, pues fueron vencidos y obligados á sucumbir ante un puñado de Españoles que poseían para combatirlos enérjicos y decisivos medios de destruccion. En breve se edificaron murallas al rededor de la ciudad nueva, y Luzon quedó desde aquel dia sujeta á la corte de Madrid.

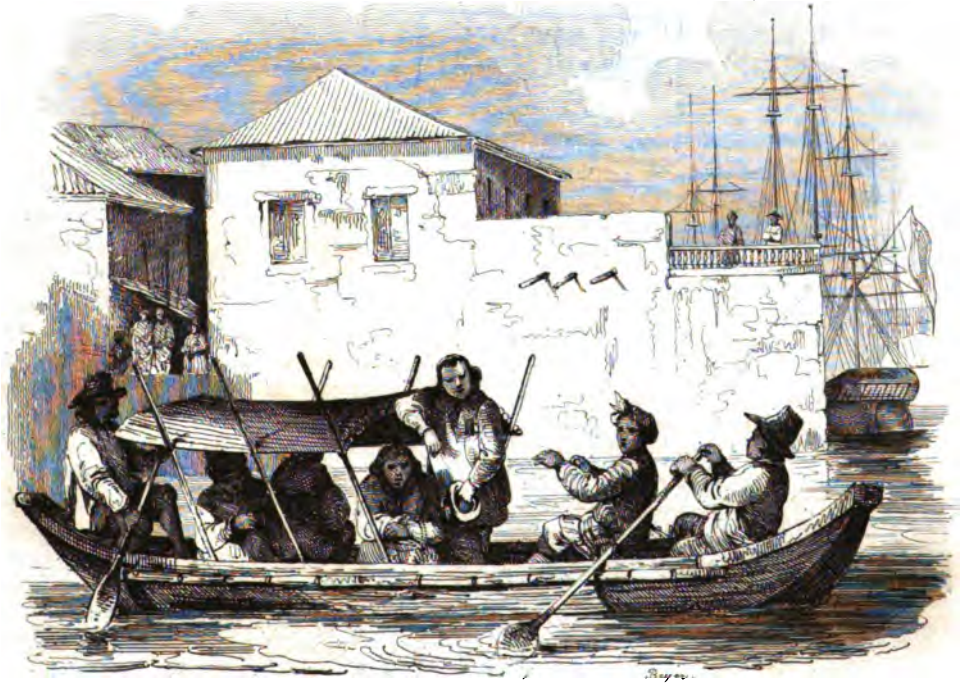
Luzon, la mas considerable de las Filipinas, fué denominada así por los vencedores, de la palabra *Lusong*, dada por los naturales á los pilones colgados á la puerta de cada casa, destinados á amasar el arroz. Esta isla, de 175 leguas de lonjitud de N. á S., y de 75 de anchura, estaba poblada á la sazon de razas diversas y distintas.

Vivian en el litoral algunos pueblos indudablemente de orijen malayo, no obstante algu-



1. Radeaux de Pêche à Manille

1. Balsa de Pesca en Manilla



2. Banka, Bateau de passage.

2. Banka, Barco de Paso.

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

nas lijeras modificaciones. Llamábanles Tagales, Pampangas, Cimbales, Pangasinans, Ilocos y Cagayanes; eran mas bien aceitunados que negros, tenian el pelo liso, las facciones regulares, vivian en sociedad bajo un réjimen de semi-civilizacion, con rajahs por jefes, castas privilejiadas, nobles ó *Bacnans*, proletarios ó *Caliones*; practicaban la herencia en materia civil; hablaban una lengua armoniosa y correcta, poseían sus códigos de leyes criminales, reproducian en muchas de sus costumbres, como en su jerarquía social, hechos comunes á las grandes islas del archipiélago; conocian el himeneo por *joujour*, rogaban á los manes de sus abuelos, y conjuraban los malos jenios; asemejábanse por fin, por una multitud de matices análogos, á los isleños de Borneo, de Java y de Sumatra.

Empero, en las montañas de Luzon, en sus desiertos dezfiladeros, en sus profundos bosques, vejetaba otro pueblo que los Tagales llamaban Œtas ó Aetos, y que los Españoles han llamado Jgorotes, ó mas jenéricamente aun Negritos del monte. Estos Œtas ó Negritos tienen caractéres completamente distintos de los de los habitantes de las llanuras: pequeños de estatura, negros, con la piel aceitosa, el pelo lanoso, la nariz chata, las facciones innobles, los labios gruesos y salientes; viven en el estado salvaje, sin instinto mas avanzado que el del bruto; andan desnudos, huyen los sitios poblados, con dificultad se dejan cojer, y se escapan á la primera ocasion que se les presente para regresar á sus escabrosas montañas. Su único recurso en aquellos retiros es la caza, en la que se muestran sumamente diestros. Cuando desean procurarse algunos jéneros, se aventuran hasta algunas aldeas de la raya española, donde cambian su caza contra el arroz.

Segun todas las tradiciones locales, estos Negritos son mas bien los aborijenes de Luzon que los pueblos aceitunados. A medida que se difundió por las costas y ganó terreno en el interior la raza de pelo liso, los hombres de cabeza lanosa fuéronse retirando hácia las alturas. Al principio sin duda se suscitó alguna lucha, y se derramó sangre por ambas partes, en virtud de esta ley jeneral que hace desaparecer poco á poco los tipos bastos ante los tipos mas nobles, y los salvajes ante los civilizados, los Negritos han sido gradualmente rechazados y circunscritos en una raya mas estrecha; el hambre y la miseria ha pesado sobre ellos; su número ha ido disminuyendo cada siglo, y de esta suerte irán continuando hasta que se estinga su raza y se pierda en la obscuridad.

Por lo demas, la desaparicion sucesiva de las razas negras, absorvida gradualmente por la raza amarilla y por la raza blanca, no debe considerarse como un hecho aislado. Este gran trabajo ha debido establecerse y operarse desde tiempo immemorial, en cuyo caso deberíamos colejir que nuestro globo mas bien se halla en estado de progreso que de decadencia.

La presencia de estos pueblos negros en Luzon ha dado márjen á una multitud de teorías y de hipótesis, bien que ninguna de ellas ha presentado todavía resultados completos y satisfactorios. Únicamente se ha llegado á manifestar que esta misma casta salvaje ocupaba por acá y acullá en la Oceania, en el archipiélago malayo, en el continente asiático, y en el mar de las Indias, localidades de que disfrutaba sola, y que otras veces defendia contra las agresiones de recien venidos. Así que, sin tener en cuenta algunos lijeros matices, resultado inevitable de latitudes, de alimentos, y de climas diferentes, se encuentra el tipo de los Œtas ó Negritos de Luzon en los Moyes de Cochinchina, los isleños de los Andamanes, los Bedhas de Ceylan; en algunas tribus montañesas del archipiélago malayo, países todos situados al N. del ecuador; y aun en el seno de toda la Australia, en la Tasmania, donde no son muy superiores á los animales á quienes disputan el puesto; en las islas Viti y Salomon, como en la tierra de los Papous. Resta ahora saber por qué medios este pueblo tan parecido por algunos caractéres al indíjena del continente de Africa, al negro de Zingüebar, al Cafre, al Mozambique, al Malgache, se ha establecido en estos diversos puntos, tan lejos de su oríjen, y como ha podido mantenerse en ellos? Como, (y este contraste no es el que complica menos el enigma etnográfico), han venido á colonizar unas islas situadas al oriente de las suyas, y diseminadas en una estension de 71° de latitud es decir, desde el 23° N. al 48° S. de las islas Havay en la Nueva Zelanda, otros pueblos visiblemente estranjeros á este oríjen, pueblos bronceados, de cabellos lisos, de mas bella y saludable naturaleza, mas sociables y mas industriosos?

Seria acaso que diversos continentes trasladasen sucesivamente su parte de poblacion á estas tierras oceánicas, quizas últimos cúspides de un mundo sumerjido? Por ventura el Africa envió en una época sin fecha, colonias de Cingües y Malgaches, mientras que al N. en la Arabia y la India, recobrando terreno sobre los negros, hacian lugar en el globo á la raza malaya, indudablemente distinta de cuanto la rodea?

Este dato enteramente hipotético no esplicaria sin embargo por qué medios de navegacion estas distintas razas aportaron á un archipiélago ignorado. Tampoco espresa qué necesidad,

qué deseo, qué azar, qué fuerza los hubiera empujado á esta aventurada emigracion. Algunos sabios distinguidos se ocupan de resolver este problema, en lo cual proceden por una paciente comparacion de las lenguas, de las costumbres, de los caractéres físicos de la familia oceánica, con los de las otras razas humanas. Sin embargo, mucho dudamos que sus útiles trabajos ofrezcan resultados completos. Siempre faltarán á la historia del hombre, en cualquier punto del globo que se observe, pruebas materiales, incontestables, evidentes; porque el hombre nada nos ha manifestado en su estado de infancia, y nunca ha tenido su cronolojía hasta que le han despertado profundamente el sentido de la memoria y el de la comparacion. Seria preciso encontrarse fuera de los hechos de nuestra creacion, y aun superior á ellos, para esplicar tales misterios: Dios solo puede alcanzar á tanto.

Lejos nos han conducido los OEtas de Luzon; volvamos pues de nuevo al suelo que habitan y á la historia de su conquista.

Los Españoles despues de la conquista del litoral y la fundacion de Manila, encontraron en las razas tagales un instrumento propio á su proyecto. Por lo que hace á los OEtas ó Negritos, los vencedores se cuidaron poco de una poblacion pobre. Despues de algunos vanos esfuerzos para convertirlos, habituáronse á no cuidar de ellos mas que de los monos que poblaban aquellos bosques.

El primer período de la ocupacion española fué señalado por algunas querellas entre la autoridad política y la autoridad relijiosa, siempre en guerra en lo tocante á sus atribuciones. Los frailes agustinos que habian acompañado á Legapsi pretendian tener la mejor parte en el gobierno colonial; sobrepusieron su jefe al jefe militar, y aprovecharon las debilidades y las concesiones del poder civil. Sin embargo, si todo se hubiese limitado á esa lucha, hubiera podido arreglarse la paz interior; pero unidos contra los ajentes civiles, los eclesiásticos, frailes ó clérigos, estaban divididos entre sí. Estos debates de preeminencia entre las diferentes órdenes, esta lucha de los agustinos contra los franciscanos, de los dominicos contra los recoletos; esta liga de los frailes contra el clero secular, especialmente contra el arzobispo, todas estas disensiones, no menos desastrosas para la colonia que perjudiciales á la dignidad del sacerdocio, prolongáronse por espacio de muchos siglos, y solo hasta nuestros dias no ha recobrado el clero de Manila la union y la humildad que recomiendan los evanjelios.

Sin embargo, fuerza es confesar, en elojio de los primeros relijiosos desembarcados en Luzon, que su predicacion fué llena de dulzura y de perseverancia. En ella procedieron no con la cuchilla, como en el continente americano, sino con la palabra, convirtieron sin violentar la conciencia y sin intimidar por los suplicios. Los agustinos fueron sobre todo los instrumentos mas activos de esta propaganda. Merced á sus esfuerzos, Luzon fué cristiana al cabo de algunos años; improvisáronse en toda la isla muchos centenares de curas, de iglesias y de conventos, y los naturales, antes de reconocer los poderes del alcalde que invocaba la autoridad del rey de España, se pusieron bajo la ley de su pastor que hablaba en nombre de Dios. Puede achacarse á los frailes, que se dedicaron á este gran trabajo apostólico, el haber empleado algunas veces los medios coercitivos, tales como el látigo, no solo para determinar una conversion, sino para mantener á sus ovejas en la rigurosa observancia de sus deberes relijiosos. Una Tagala que faltase á misa, era azotada á la puerta de la iglesia, y cualquier olvido de las santas prácticas incurria en una dósis mas ó menos grave de la misma pena.

Apenas se habia empezado la organizacion relijiosa y política de Luzon, cuando la isla se vió comprometida por los ataques de los Malayos de Borneo y de Mindanao, impropiamente llamados moros. Estos forbanes, sobrado diestros para aventurarse en una lucha abierta, desembarcaban en un momento imprevisto en un punto del litoral, acuchillaban ó cautivaban á los sacerdotes, y se llevaban á los naturales vendiéndolos en seguida como esclavos.

En 1574, vino á hacer diversion á aquellas irrupciones de forbanes una agresion mucho mas seria. Apareció en aquel año ante Manila un pirata chino llamado el rey Limahon. Por largo tiempo habia hecho frente á las escuadras de su emperador; pero vencido en fin por el número, y obligado á huir, proyectó conquistar Luzon con sesenta y dos champans que llevaban á bordo 2.000 soldados aventureros, sin comprender á los marineros y 1.500 mujeres. Verificóse el desembarque á 29 de noviembre de 1574, en el momento en que Lopez Legapsi acababa de ser reconocido gobernador jeneral de las Filipinas. Los Chinos marcharon sobre la ciudad española contando sorprenderla; pero un pequeño cuerpo de vanguardia, á las órdenes del capitan Velasquez, dió tiempo á la guarnicion para reunirse, y se empeñó una batalla jeneral que acabó con la derrota de los Chinos. En vano procuró Limahon renovar el ataque, pues fué rechazado y obligado á refujiarse en la embocadura del rio de Lingayen, en el Pangasinan, provincia septentrional de Luzon. Bloqueado en este punto pudo evadirse con una parte de sus tropas y alcanzó la isla de Formosa. Los demas Chinos

que habian formado parte de la espedicion se fugaron á las montañas donde, mezclados con los indíjenas independientes, formaron una raza designada actualmente bajo el nombre de mestizos *Sanglayés*, que fácilmente puede reconocerse por sus ojos y por la blancura de su tinte, aun mayor que la de los Tagales y de los Ilocos.

En 1590, un japonés llamado Kicmon, que varias veces habia ido á Manila por motivo de asuntos comerciales, pretendió ponerse como intermediario entre los Españoles y su emperador. Habiendo pedido embajadores, enviáronse con este título cinco PP. Franciscanos; pero tras los mas felices auspicios sobrevino una persecucion en la que fueron asesinados los infelices apóstoles.

Sin embargo, en aquella época consolidábase en las Filipinas el poderío español, y conquistaba el archipiélago vecino. Borneo recibió un soberano elejido por las autoridades de Manila; Desmarina hacia una demostracion atrevida, aunque desgraciada, contra las posesiones portuguesas de las Molucas; Baretto ensayaba la colonizacion de las islas de Salomon, nuevamente descubiertas, y despues de él, su esposa Isabel, ascendida á comandante del navío, lo conducia á la bahía de Manila; en fin Luzon veía completar cada dia su organizacion política, relijiosa y militar. Los naturales eran gradualmente catequizados, sometidos y enrejimentados para el servicio del ejército colonial.

En aquella época de progreso se fraguó súbitamente un complot que amenazó al poder español en aquellos parajes. En 1603, fondeó en la bahía de Manila una singular embajada procedente de la China. Los delegados del emperador venian de su parte, segun se esplicaban, para reconocer si la península de Cavite era de oro. A esta estraña apertura, el gobernador Pedro de Acuña conservó su gravedad, condujo á la península á los dignitarios chinos, les hizo ver el terreno, y les dijo: « Ya lo ven, señores, en estas rocas no hay oro; pero sí, en esta parte, » continuó señalando las plantaciones que vestian la llanura.

Esta embajada hubiera quedado oculta si, algunos meses despues, una sublevacion jeneral de los Chinos, establecidos en Luzon, no hubiese hecho barruntar la secreta accion de los ajentes del emperador al lado de la marcha ostensible. Hacia algun tiempo que la corte de Pekin se quejaba de algunas tentativas de los Españoles contra la isla Formosa, y en consecuencia se vengó á su manera, por la astucia y la perfidia. Los colonos chinos residentes en Manila y dueños de todo el pequeño comercio, gozaban á la sazon de mucha influencia, ya por su número, ya por su patronazgo. El arrabal de Bidondo que habian creado, contenia de ellos mas de 25.000. Allí fué donde se urdió la trama. El plan de los Chinos consistia en verificar unas *Vísperas españolas*; debian pasar á degüello cuanto cayese en su poder, y purgar la isla de Europeos para entregarla á su soberano, dueño del Imperio Celeste. Sin la revelacion de una Tagala casada con un Chino, la guarnicion de Manila, los dignitarios, los comerciantes, los relijiosos todos hubieran sido asesinados. Afortunadamente aquella mujer descubrió todo el complot, la víspera del dia fijado, al cura de Quiapo, que corrió á informar al gobernador.

Preparados á la resistencia, concentraron los Españoles sus fuerzas; pero el ataque fué tan repentino, que no tuvieron tiempo de retirar sus avanzadas de los arrabales, donde fueron acuchillados 150 hombres. La campaña hubiera sido favorable á los Chinos, sino hubiesen abusado prematuramente de la victoria y asesinado á todos los Tagales que cayeron en sus manos. Entonces tuvieron dos enemigos encarnizados, dos enemigos por uno. Los frailes, casi todos antiguos militares encanecidos en las guerras de Flandes, los sacerdotes, los mercaderes, las mujeres, todos tomaron las armas en aquella guerra sin cuartel. A favor de un movimiento estratéjico, concebido y ejecutado por el P. Florez, la insurreccion, cortada en dos, no pudo por ningun término reunirse. Gallinato atacó á los Chinos del Pariam, y Luís á los de Bidondo. Viéndose estos atacados de todas partes, replegáronse sobre S. Pablo del Monte, y de allí sobre la provincia de Batangas. El movimiento terminó y se apaciguó por la muerte del jefe de la rebelion, Engeau, cuya cabeza, fijada en una pica, fué presentada al gobernador de Manila en seual de espiacion.

Menos ajitados fueron los años siguientes. Las depredaciones de los forbanes moros, y la insureccion de las Bissayes, en la que fueron asesinados algunos misioneros, fueron el presajio de una nueva insurreccion de los Chinos verificada en 1639, pero aquella tentativa terminó como la primera, por la dispersion de los rebeldes. Esta dispersion fué tan completa, que en las bravías mesetas de Luzon se fundaron aldeas enteras de Chinos, y aun hace pocos años que una esploracion en el interior dió á conocer á los Españoles admirados pueblos blancos, civilizados y dedicados á los trabajos agrícolas en medio de las gargantas mas inaccesibles y solitarias de la isla. A buen seguro eran aquellos los hijos de los insurjentes de Bidondo, y aun quizá los descendientes de los soldados de Limahon.

En 1645 ocurrió un terremoto que causó mas desgracias en Manila que todas las guerras y los anteriores desastres. Las casas, las iglesias, los monasterios, se desplomaron sobre sus habitantes; algunas montañas desaparecieron, y varias aldeas quedaron arruinadas. En toda la ciudad y sus alrededores no se veían mas que escombros y ruinas.

Un siglo entero transcurrió de esta suerte, en medio de sucesos menos significativos. Algunos ataques de los Moros, una sublevacion de los naturales de la Pampanga y de Pangasinan, el juicio del gobernador Diego de Salcedo, acusado de moderantismo relijioso, las querellas de los jesuítas contra los dominicos, el desembarque de los Holandeses en Formosa y su espulsion de esta isla, la toma de algunos galeones por algunas potencias hostiles á la España; por fin, en 1719, una insurreccion fomentada por el clero contra el gobernador Fernando Bustamante que pereció bajo el filo del puñal de un fraile en el calor de una disputa; he aquí el sumario de aquella historia hasta 1762, en que un ataque de los Ingleses puso á Manila á dos dedos de su pérdida.

El titular que mandaba á la sazon era el arzobispo Don Manuel Roja, elevado á aquel cargo político por el crédito del clero. La escuadra inglesa, compuesta de cuatro buques de guerra, se hallaba al mando del almirante Cornish; las tropas de desembarque obedecian al brigadier jeneral Draper, que habiendo atacado la plaza á 23 de setiembre, con 3.000 hombres blancos, Cipayes y Cafres, intimó la rendicion á las autoridades españolas.

Este acontecimiento ocurria en la época en que la Inglaterra fundaba su omnipotencia en las Indias. Calcuta se acrecentaba todos los dias; la costa de Coromandel estaba sujeta casi entera al almirantazgo ó á la Compañía; Pondichery acababa de ser tomada. En consecuencia Manila tenia que habérselas con el mas terrible enemigo conocido. No obstante, sus murallas circundadas de fosos y coronadas de una formidable artillería, eran importantes: su pequeña guarnicion de 1.000 hombres contaba algunos oficiales valientes y entendidos. Empero faltaba una cabeza organizadora para proseguir la defensa, pues el arzobispo Manuel era un eclesiástico, sin enerjía para la accion, sin firmeza para el consejo. Sorprendido por un ataque inopinado, no tuvo bastante fuerza para combatirlo, ni bastante desinterés para entregar el mando á otros. Por otra parte se habia metido la zizaña entre los funcionarios de la colonia, y la inminencia del peligro, lejos de apagar los resentimientos, los hizo mas violentos y peligrosos.

Sin embargo, no careció de resolucion ni de dignidad la primera palabra que dirijió el arzobispo al jeneral Draper. «No rendiré Manila sino con la vida,» dijo al parlamentario; pero su enerjía no pasó de aquí, al parecer como estenuada.

Comenzó el sitio por el ataque de los arrabales, que fueron ocupados sin resistencia. Atrincheróse Draper, ocupó las iglesias y los conventos que dominaban Manila, y mandó subir artillería hasta en las torres de la catedral. Vanos fueron los esfuerzos de los Españoles para destruir los trabajos del enemigo por medio de salidas frecuentes y vigorosas, pues fueron rechazados y obligados á mantenerse tras de sus muros. El canónigo Anda, el Francés Faller, el oficial Bustos, hombre de una rara intrepidez, y el mismo sobrino del arzobispo, presidian á las operaciones de la defensa. Este último, jóven todavía y digno de mejor suerte, fué hecho prisionero en una salida, y asesinado casi á la vista de su desgraciado tio.

No obstante, ya desde los primeros dias del sitio, partiera Anda de Manila para sublevar contra los Ingleses á todas las poblaciones indíjenas. En el corto espacio de algunos dias, la cruzada habia tocado su objeto, y á 2 de octubre, llegaban bajo sus órdenes 6.000 Tagales fanatizados atacando á los herejes. Este nuevo esfuerzo, combinado con una salida de la guarnicion, amenazó principalmente á las baterías de S. Diego y de S. Andrés, cuyos fuegos batian las fortificaciones de la plaza. En el primer instante pudo creerse que los Ingleses eran rechazados, pues los naturales se precipitaban sobre los cañones con indecible frenesí, los tomaban y los dirijian contra sus antagonistas. Jamas se los habia visto combatir con tanto ardor; el aspecto de las tropas cafres en especial los ecsasperaba; creían haberse encontrado con sus antiguos enemigos, los negros de la montaña. Algunos instantes despues, las líneas del jeneral Draper eran forzadas, y sus tropas no tenian otro recurso que una pronta retirada. Todo lo restableció el valor de un rejimiento europeo que, rechazando el primer choque, dió á las baterías tiempo de reorganizar su fuego, cortó y neutralizó las columnas indisciplinadas de los Tagales, se precipitó sobre las filas de los Españoles, y persiguió á los unos hasta el campo, y á los otros hasta el pie de sus murallas.

Desde entonces la campaña quedó para los sitiadores, de suerte que podia y debia preverse ya el ataque del 5 de octubre que les entregó la ciudad. Sin embargo, eran tales las ilusiones del arzobispo, que en el momento mismo en que los Ingleses se apoderaban de Manila á viva fuerza, discutia con M. Faller y un oidor la oportunidad de una capitulacion. En la

Puerta Real, cien soldados españoles que no habian querido rendirse, sucumbieron con las armas en la mano; otros, perseguidos con la espada en el pecho, se anegaron en el Passig, y el resto se rindió á los Ingleses. Entonces fué cuando empezaron en la plaza tomada por asalto un pillaje y un saqueo horribles de describir; no solamente buscaron en el botin una compensacion á sus fatigas los batallones ingleses, irritados por la resistencia, sino que hasta los Cipayes y los Cafres se abandonaron á toda su natural brutalidad, y para colmo de infortunio, los mismos Tagales, de auxiliares se hicieron aquel dia implacables asesinos y desvergonzados bribones.

Continuaba aun esta escena de horror, cuando entró en el palacio arzobispal un oficial inglés como mensajero de paz y de artículos de capitulacion. El jeneral Draper ofreció á los vencidos la libertad de conciencia, el sosten de los derechos de propiedad y las franquicias comerciales para todos los habitantes, debiendo imponerse á la ciudad una contribucion de guerra. Aceptadas estas cláusulas, restableció-se el órden en Manila, y despues de algunos dias Cavite se rindió á su vez.

La contribucion fijada á 4,000.000 de pesos, aunque aprobada con facilidad, no fué satisfecha tan fácilmente. Las provincias se negaron á pagar su parte, y en consecuencia se secuestraron los ornamentos de las iglesias, el dinero de las obras pias y hasta el anillo pastoral del arzobispo, que apenas formaron la cuarta parte de aquella suma. Contentóse el jeneral Draper, embarcó sus tropas no dejando mas que á los Cipayes, y se hizo á la vela para Madras.

Instalados en Manila, los Ingleses estendieron el círculo de sus armas: con el socorro de los ausiliares chinos, ganaron la batalla de Boulacan, y avasallaron toda la comarca tagala; pero en breve el canónigo Anda y el oficial Bustos sublevaron contra ellos á todo el resto de la isla y los bloquearon en la ciudad fortificada. Es imposible formarse una idea del aspecto que presentaba aquel estraño ejército entusiasmado no tanto por la nacionalidad, como por el zelo relijioso. Cada cura de aldea era jefe de cuerpo, y conducia á sus ovejas ecsaltadas hasta el fuego de las murallas. Diríase que era una de aquellas falanjes que se levantaran un dia á la voz de Pedro el Hermitaño, sin equipar, medio armadas, sin disciplina y sin coherencia, pero ardientes, corriendo á la muerte como á una fiesta, apasionados é intratables. La táctica de los jefes consistió en un principio en una guerra de guerrillas que duró casi dos años; pero despues, cuando los Ingleses se vieron reducidos á permanecer en la defensiva al abrigo de sus muros, reemplazaron aquellas acciones parciales con un sitio y un bloqueo rigurosos. Atacados por todas partes, aquejados del hambre y de las enfermedades, diezmados por los combates, los Ingleses se hallaban al punto de rendirse á discrecion, cuando fondeó ante la ciudad una de sus fragatas anunciando la conclusion de la paz entre la España y la Inglaterra. Siendo la restitucion de Manila una de las cláusulas del tratado, evacuáronla los Cipayes de Madras, y el canónigo Anda entró en ella á la frente del ejército hispano-tagal, á 31 de mayo de 1764.

Sin embargo, este gran cambio político no podia amortiguarse sin una reaccion. No era suficiente haber arrancado los batallones indíjenas del regazo del hogar doméstico; era preciso, al advenimiento de la paz, restituir aquellos soldados á sus campos y á sus yermas provincias; era preciso volverlos á su ecsistencia anterior y á sus costumbres pacíficas. Por desgracia la guerra habia producido sus frutos; la impunidad del pillaje y del asesinato habia escitado en aquellos hombres pasiones desconocidas hasta entonces, por cuyo motivo encontraban aquella ecsistencia mas fácil y mas llena de emociones, y se habian habituado á considerar el territorio como país conquistado. Así que, cuando se habló de licenciamiento y de paz, circuló en aquel ejército cierto espíritu de descontento, desbandóse, devastó los campos, despreció la voz de los sacerdotes á los que habia obedecido, y aun llegó á ponerles la mano encima. Para complicar aun mas tan terrible situacion, habíanse insurreccionado los Chinos y ocupado la ciudad de Nava, de donde no pudieron ser rechazados hasta despues de un sangriento combate. Al propio tiempo enarbolaban el estandarte de la rebelion las provincias de Laguna y de Batangas; Ilocos y Cagayan entronizaban un rey, y Pangasinan arrojaba de su territorio á los colectores españoles.

Tal era el estado en que se hallaba Luzon, cuando el canónigo Anda fué nombrado capitan jeneral. Bajo la administracion de este hombre enérjico é infatigable, se cicatrizaron poco á poco las llagas de la guerra. Anda dió fuerza de ejecucion á las órdenes de licenciamiento, purgó la comarca de los facciosos que la infestaban; restableció las comunicaciones interiores, reprimió ó supo prevenir las turbulencias indíjenas, y dió á los curas de las aldeas todos los medios de consolidar su prometida influencia. Manila fué deudora á este dignitario de su renacimiento y tranquilidad; respiró mas pacíficamente y procuró reparar sus pérdidas.

Su sucesor Basco no se mostró menos hábil ni menos leal. Como el clero estendia todos los dias el círculo de sus usurpaciones, comba-

tió abiertamente aquella autoridad que amenazaba la suya. De esto resultó un complot, en el que tomaron parte los jefes militares y la real hacienda. Habiendo tenido conocimiento de cuanto fraguaba el mayor de la plaza, Basco prendió á los principales culpables y los hacinó en un buque que se hacia á la vela para Europa. Cuando el gobierno de Basco, fondeó en la bahía de Manila nuestro célebre Lapérouse, que recibió de aquel funcionario la mas cordial y distinguida acojida. Tambien debe referirse á esta época el establecimiento de la Compañía de las Filipinas que casi debe reputarse como un aborto.

A Basco sucedió Rafael María de Aguilar, que, llegado á Manila con grandes poderes, marchó en una senda de progreso y de reformas. Fué el primero que se atrevió á abrir á todos los navegantes los puertos de Luzon, de los que escluyera la España hasta entonces á los pabellones estranjeros. Creó una organizacion militar mas respetable, mejoró el estado de la hacienda pública, y hermoseó la colonia con algunos establecimientos.

Empero, en breve vino esta larga serie de guerras marítimas que abandonaron los mares indianos á los Ingleses. Decaída poco á poco de su importancia, desposeída de sus colonias americanas, trabajada hasta lo sumo por las guerras de Napoleon, la España dejó á Manila sin recurso, sin socorro, sin consejos y sin direccion. Luzon permaneció hasta 1814 como aislada de la madre patria, viviendo de sus recursos y declinando diariamente. La paz la despertó sin comunicarle el instinto inmediato del sistema mas útil á su rejeneracion. Entró en la gran lucha comercial que conmovió entonces al globo, con sus viejos errores de esclusion y de monopolio, con su marina encanecida en la bahía, y sus tarifas que databan de dos siglos.

No obstante, por esta misma época llegó una órden de España que obligó al gobernador de Manila á tolerar en este puerto la permanencia y el establecimiento de los comerciantes estranjeros. En él se fijaron algunos Franceses, Ingleses, Americanos y Holandeses; pero al principio, cuantos odios desencadenados contra ellos, qué de zelosas prevenciones, qué de persecuciones abiertas ó sordas, que de calumnias sembradas entre los naturales! hubiérase dicho que aquellos recien venidos solo plantaban sus tiendas en aquel territorio para usurparlo á los frailes que lo habian catequizado y conquistado; porque los frailes fueron los mas encarnizados en declamar contra aquellos intrusos, ortodoxos ó herejes. Aquellos odios sembrados produjeron terribles frutos, frutos tan sumamente terribles que los mismos relijiosos tuvieron que sentirlos. En efecto, cuando en 1820 penetró el cólera en Manila, con todos sus rigores inesplicables, con su séquito de muertes terroríficas, sus ataques súbitos, sus víctimas innumerables; el populacho herido en masa, diezmado, y sin saber qué hacerse, levantóse un dia con la terrible idea de que aquellos estranjeros de los que se decian tantos males, aquellos aventureros, objeto de la cólera celeste, eran quizas la única ocasion y el único motivo de tan implacable azote. No bien hubo pasado de boca en boca la palabra fatal, abultada y emponzoñada, estalló la demencia popular. Habíanse dedicado al estudio y á la curacion de la epidemia algunos médicos europeos que pasaban su vida en los hospitales. Pues bien! todos ellos fueron muertos al principio, como á los mas directos emponzoñadores. A los médicos sucedieron los comerciantes de Bidondo. Atacados en sus casas, muchos de ellos fueron acribillados de puñaladas, arrastrados en seguida por las calles, pisoteados por los caballos é insultados despues de su muerte. Esta escena sin nombre duró dos horas, durante las cuales la autoridad local permaneció impasible y como desinteresada. Únicamente, cuando despues de aquella San Bartolomé de estranjeros, la multitud ya embriagada de sangre quiso beber de otra, y amenazó las casas de los Españoles, el gobernador jeneral creyó de su deber ir á la plaza pública con su estado mayor, y llamar á los frailes y clérigos á fin de que interviniesen para calmar el pueblo, puesto que eran los únicos que podian conseguirlo. Cesó la matanza, pero ninguno de los culpables fué castigado ni arestado.

Sin embargo, estos estranjeros que se abandonaban á merced del pueblo, como las víctimas humanas en los circos de Roma, estos estranjeros habian hecho en Manila mas mejoras en cinco años que sus indolentes posesores en dos siglos. A ellos se debe la connaturalizacion de muchas industrias desconocidas ó poco practicadas hasta entonces. Habian establecido destilatorios de rom, organizado por mayor el cultivo de las cañas, fundado fábricas de azúcar y de añil, manufacturas de tabaco, talleres donde se tejia el cáñamo de la comarca, el abaca procedente del banano; habian atraído embarcaciones de todos los puertos del globo, vivificado aquella moribunda rada, vestido de plantaciones aquellos campos yermos, y multiplicado por la permuta y el movimiento tantos bienes inertes y riquezas adormecidas. Por su medio se veian nuevos cafés; el cacao, el arroz, el trigo, fueron cultivos prósperos y fructuosos. Manila les debia una resurreccion, cuando concitó y presenció tan increíble atentado.

Desde aquella época se ha verificado en la isla una reaccion en favor de los colonistas es-

tranjeros; hase comenzado á sentir cuan ventajosa era su presencia; el gusto de las habitudes europeas, el uso de nuestros objetos de lujo y de nuestros productos de primera necesidad se han difundido y popularizado por el bajo precio; las costumbres mismas se han mejorado y dulcificado. El Español, el mestizo, el Tagal, conocen por esperiencia el perjuicio que les causaba el bloqueo comercial en que la metrópoli ha tenido por largo tiempo á las Filipinas, y comprenden, aunque lentamente, los beneficios de una sociedad mas impregnada de cosmopolitismo. El clero español que ocupa los cargos elevados y domina á los eclesiásticos indíjenas, se siente trabajado por una reforma que propende á modificar su direccion política y civil, sin tocar en lo mas mínimo á la pureza de sus dogmas. En un país donde es todavía tan potente la voz relijiosa, los sacerdotes tendrian que representar un bello papel si se constituyesen en apóstoles sínceros de la civilizacion de los pueblos!

Por lo demas, si desea verse la cuestion desde los tiempos mas remotos, solo se conseguirá con este sistema de fusion que los dueños de las colonias puedan gozar largo tiempo de su poder. En Luzon, como en las Antillas, como en Bengala, como en todos los países donde la sangre europea se ha mezclado con otras, se ha formado una clase poderosa por el número y por las relaciones, activa, industriosa y muchas veces enérjica: esta clase es la de los mestizos. Domina en Bidondo en todo el comercio por mayor y menor; esplota una multitud de granjas, dirije muchas grandes plantaciones, suministra milicias á la guarnicion y pilotos á la marina; hace poco tiempo que ha invadido las filas del clero, que ha arrojado sobre ellos la carga de 2.000 á 3.000 pequeños curas, sobrado insignificantes para necesitar un titular europeo. En todas partes se encuentra; en la iglesia, en el comercio, en el cabotaje, en la agricultura, en la industria; pero si en las vocaciones profanas se ha colocado en el primer rango por su laboriosa sagacidad, ha permanecido en el último en las órdenes por su inmoralidad, su pereza, su ignorancia y sus formas brutales.

La España debe tener presente pues que Luzon encierra una serpiente que la matará, si de antemano no le arrebata su dardo. Desde 1824, un abortado complot ha podido darle ya la medida de lo que le reserva el porvenir. En aquella época, algunos oficiales de la guarnicion y un corto número de comerciantes españoles se reunieron á los hombres de color para proclamar la independencia de Luzon, á impulsos de las ideas que determinaron la revolucion de España y la de las colonias hispano-americanas. En el mes de mayo estalló la insurreccion: los conjurados se apoderaron de una de las puertas de la ciudad, y marchando directamente al palacio del capitan jeneral, sorprendieron á este oficial y le asesinaron. Esta atrevida y decisiva empresa iba á ser seguida de un resultado completo, cuando la lealtad de las tropas y la muerte de uno de los jefes insurjentes cambiaron el aspecto de la revolucion. Vencedores por la mañana, los rebeldes fueron á acostarse por la tarde en las mazmorras de la ciudadela, de donde fueron despachados á Europa poco á poco. La deportacion ó la muerte hicieron justicia de aquella primera tentativa; pero quién se atreverá á decir que no sobrevendrán otras mas formidables y mas felices?

El gobierno de las Filipinas está constituído aun actualmente, como en los dias de la conquista. Un capitan jeneral es nombrado por la España como jefe político de todas las islas, y aunque su cargo no dura mas que seis años, casi siempre es reelejido, y hay muy pocos capitanes jenerales cuyo poder no haya escedido el período secsenal. El sueldo de este funcionario es de 18.000 pesos anuales, 4.000 de los cuales quedan depositados en el tesoro real como garantía contra el peculado. En la época de su reemplazo, todavía debe habitar la colonia por espacio de seis meses como simple particular, ley sabia, previsora, pero casi siempre eludida. El titular actual D. Enrique ocupa su puesto desde 1830.

El capitan jeneral preside el consejo de la colonia, y administra sus rentas con un asesor y un ajente fiscal del rey. El consejo colonial, del cual depende todo, se compone de un rejente y de cuatro oidores. A mas de esos ausiliares para las cosas civiles y políticas, el gobernador tiene tambien para los asuntos militares un segundo, un *alter ego*, el teniente de rey, nombrado directamente por la España, para inspeccionar las tropas y reemplazarlo en caso de necesidad.

Bajo estas autoridades principales se halla una multitud de autoridades secundarias, siendo las mas esenciales los alcaldes de Manila y de las provincias. En esta primera localidad se hallan dos de ellos, y veinte y ocho en las demas, que toman el título de *capitan de guerra*. Bajo los alcaldes hay los *capitanes del pueblo* ó jefes de aldeas tomados entre los mas ricos habitantes y los *cabessas de varangaya*, especie de perceptores indíjenas encargados de proseguir la devolucion de los impuestos por cuenta del gobierno. A mas de estos diversos ajentes, Manila tiene uno que le es especial, el correjidor. El correjidor es el jefe de la policía, y tiene oficinas y calabozos á su disposicion. Sus atribuciones judiciales no pasan de una cierta penalidad; en

todos los demas casos, manda á los culpables ante los oidores.

Tales son los poderes civiles y políticos de Manila. Paralelamente á ellos y en una linea de independencia casi absoluta, deben colocarse las autoridades eclesiásticas. Ninguna porcion de este clero ha tenido y conservado hasta aquí mas influencia que los frailes. Ellos han suministrado casi todos los titulares del arzobispado, y decidido para sus diversas órdenes la posesion de los curatos mas productivos é importantes.

La cabeza de esta iglesia, el arzobispo de Manila, tiene bajo sus órdenes tres obispos y un cabildo de doce canónigos con su dean. Los tres obispos residen en Vigan, en Naga en la provincia de Camarines, y en Zebu en las Bissayas. Despues de los obispos viene el grande inquisidor, jefe de los comisarios del santo oficio. El tribunal relijioso de Manila estaba organizado por el estilo del que tuvo en Europa tan grande y terrible celebridad. En Luzon, como en España, penetraba por medio de sus espías en el séno de las familias, espiaba el zelo de los fieles, castigaba la irrelijion declarada ú oculta, así en los pequeños como en los grandes, proscribia y quemaba los libros, y aun decretaba á veces el san-benito y la hoguera contra aquellos que juzgase culpables.

Las cuatro órdenes relijiosas que dominan en Manila son los Agustinos, los Dominicos, los Recoletos y los Franciscanos, cada uno con su provincial y su capítulo. Los curas de las provincias se elijen del seno de esas cuatro órdenes. Observados en diversas épocas por viajeros imparciales, estos pastores parecen haber llevado un poco lejos la severidad de la disciplina eclesiástica para con sus ovejas, y aun muchos han incurrido á menudo, por motivos de demostraciones supersticiosas, en la censura del arzobispo. Escuchemos con este objeto á un testigo cuya imparcialidad es incontestable, el célebre Lapérouse:

« Este pueblo fué dividido en parroquias y sujetado á las prácticas mas minuciosas y estravagantes: cada falta, cada pecado es castigado todavía á latigazos; la falta á la oracion y á la misa está tarifada, y el castigo es administrado á los hombres y á las mujeres, á la puerta de la iglesia, por órden del cura. Las fiestas, las cofradías, las devociones particulares ocupan un tiempo muy considerable; y como en los climas cálidos las cabezas se ecsaltan aun mas que en los climas templados, he visto durante la semana santa, á varios penitentes enmascarados arrastrar cadenas por las calles, con las piernas envueltas con una cubierta de espinas, recibir de esta suerte en cada estacion, ante la puerta de las iglesias ú oratorios, muchos disciplinazos, y someterse en fin á penitencias tan rigurosas como las de los alfaquíes de la India. Estas prácticas, mas propias para hacer entusiastas que verdaderos devotos, están prohibidas actualmente por el arzobispo; pero es probable que ciertos confesores, sino las ordenan, almenos las aconsejan. »

Renato de Santa Cruz, que visitó Manila veinte años despues, habla de las mismas prácticas esteriores, y asegura haber encontrado por las calles de Bidondo, en la época de la semana santa, algunos Tagales casi desnudos con la cabeza coronada de espinas y haciéndose azotar por una multitud de niños. Otros se contentaban con arrastrar pesadas cadenas. Los mas intolerantes de aquellos curas son indíjenas de costumbres muy relajadas, y cuya ciencia consiste en algunas frases latinas mezcladas de tagal. En cuanto á las órdenes regulares, es preciso hacerlas justicia, pues que ningun cuerpo relijioso observa mas irreprensible conducta.

Así que, el capitan jeneral, los oidores y los alcaldes por una parte, y por otra el arzobispo, los obispos, los canónigos y los curas constituyen los dos poderes que se dividen las Filipinas. Los últimos disponen de toda ó casi toda la influencia moral; los primeros de una guarnicion de 2.000 Europeos y de 4.000 indíjenas, sin contar una organizacion de milicias rurales armadas con picas y cubiertas con el salacot.

Desde el último complot, en que tomaron parte tantos mestizos, las autoridades de Manila han pedido á la metrópoli un refuerro de soldados españoles, á fin de poder oponerlos en caso de necesidad á una insurreccion militar de naturales. Un millar de hombres ha bastado para asegurar el reposo de la colonia. Las milicias de las provincias prestan un servicio puramente de policía. Con una paga insignificante y el alimento, estos guardias de las aldeas cuidan noche y dia de la seguridad de los caminos y del órden entre los aldeanos. En caso de alerta se forman en compañía bajo las órdenes de su capitan, que por lo comun es el hombre mas influyente del país, y se reunen en el pueblo donde reside el alcalde. Así que, en dos dias Luzon podria reunir de 20 á 30.000 combatientes no disciplinados regularmente ni aptos para sostener una campaña, pero escelentes y terribles guerrillas. Merced á esta organizacion interior, podria reducirse á Manila, pero jamas podria someterse Luzon.

A mas de estas fuerzas de tierra, Luzon tenia en otro tiempo una marina, mas en el dia apenas cuenta unas 30 cañoneras, colocadas á las órdenes de un capitan de fragata.

Todos los gastos coloniales, de administra-

cion, de culto, funciones militares y relijiosas, ascienden á mas de 10,000.000 de francos. Para cubrirlos, el gobierno ha establecido desde largo tiempo algunos impuestos cuya naturaleza y suma varían. Estos impuestos consisten en algunas cuotas, tributos personales pagados por los Chinos, tasas sobre los cargamentos de entrada (8 por ciento del valor), impuestos sobre el tabaco, el betel y el arec, los combates de gallos, los vinos de cocos y licores, en fin el timbre sobre las transacciones.

Desde la paz de 1814, los derechos de entrada y salida han seguido una progresion cuya importancia atestan los rejistros de la aduana de Manila. El total ascendia á una suma enorme, cuando la ley promulgada en 1825 por las cámaras francesas redujo la ecsorbitante cuota que imponia á los azúcares de la India la tarifa antigua. Entonces fué cuando Burdeos, Nantes, el Hâvre, Marsella dirijieron sobre Touranne, y mayormente sobre Manila, cargamentos numerosos: nuestro pabellon reapareció en el mar de China, y nuestras manufacturas encontraron allí un consumo inmenso. Organizábase ya un comercio nuevo y fecundo en el momento en que las quejas de una de nuestras colonias provilejiadas, de Borbon que en cambio de la prima dada á sus productos, no tiene ni una rada que ofrecernos, hicieron súbitamente escitar una inspiracion feliz, y detuvieron el movimiento comercial que provocara la baja de la tarifa. Ultrajadas por semejante medida, las autoridades de Manila se entregaron á represalias no menos desastrosas para las Filipinas que para la Francia. Nuestros vinos y nuestros licores esperimentaron derechos prohibitivos, y la falta de conveniencia alejó en lo sucesivo á nuestros armamentos de la rada de Manila. Mas diestros que nosotros y mejor aconsejados en sus intereses, los Ingleses se han mantenido allí con esclusion de nosotros. Un hecho hay muy singular, y es que el intelijente Lapérouse habia presentido, hace ya medio siglo, el sistema mas ventajoso á la colonia española. He aquí lo que escribia en 1787, y que á buen seguro no se desmentirá en el dia:

« Cuando todos los habitantes poseen la cantidad de arroz, de azúcar, de legumbres, necesaria á su subsistencia, el resto no es de ningun valor: en esta circunstancia se ha visto el azúcar vendido á menos de un sueldo la libra y el arroz quedar en la tierra sin ser recojido. Creo que seria difícil á la sociedad mas destituída de luces, imajinar un sistema de gobierno mas absurdo. El puerto de Manila que deberia ser franco y abierto á todas las naciones, ha sido cerrado hasta aquí á los Europeos.... » Y despues: « El añil, el algodon, las cañas dulces nacen sin cultivo bajo los pies del habitante que los desprecia: una absoluta libertad de comercio para todas las naciones aseguraria un consumo que animaria todos los cultivos; un derecho moderado en todas las esportaciones cubriria en pocos años todos los gastos del gobierno; y la libertad de conciencia otorgada á los Chinos con algunos privilejios, atraeria en breve á esta isla 100.000 habitantes de las provincias orientales que la tiranía de los mandarines arroja de ellas. »

A estas palabras de un escelente observador, á este consejo que parece datar de ayer, nada tiene que añadirse ni quitarse. Los grandes talentos de todos los siglos poseen la preciencia del porvenir.

El comercio de las Filipinas se divide en muchos ramos: el cabotaje con las Bissayas y la China, las permutas con la Malasia y la India; por fin las grandes relaciones con la Europa. En el interior no se hace tráfico alguno que no esté en manos del alcalde: este es en efecto, segun hemos visto, quien se hace con los productos de su localidad para revenderlos en Manila. En Manila de manos de los mestizos y de los Chinos pasan á las de los comerciantes españoles, franceses, ingleses ó americanos.

Manila permuta con las Bissayas telas de Bengala contra oro en polvo, cera y nidos de aves; con la costa de Coromandel, cambayas y pañuelos de Madras contra pesos y un poco de madera de Sibucao; con la China, frutos, almíbares, sedas, porcelanas, contra los productos de las Bissayas, los nidos de aves, el *tapa* ó carne de ciervo disecada, los nervios de ciervo, el nácar y el ébano; por fin con la Europa paños, vinos, aguardiente, aceite, quincallería, contra azúcar, añil, café, conchas, polvo de oro recojido en los torrentes de Luzon, cacao, rom, arroz y tabaco.

Una gran parte de estos diversos comercios está en manos de los mestizos: las mujeres mestizas se han apoderado esclusivamente del de las cambayas y telas de Bengala. Mas espertas que los hombres en estos artículos, van al *Pariam*, bazar donde se agrupan los almacenes mas provistos; disponen y se llevan la mercancía, casi siempre sin pagar y aun sin dar la menor seña. Sea cual fuere la duracion del término acordado por el mercader, la mestiza no suscribe recibo alguno, pero se muestra puntual á la cita. En jeneral, mas vale tratar con los mestizos que con los Españoles, muy malos pagadores (1), y con los Chinos, los

(1) Como este pasaje no podrá menos de ofender el ánimo de cualquiera de nuestros compatriotas por la suma parcialidad que manifiesta el autor francés, tratando tan

mas insignes bribones que puedan conocerse.

CAPÍTULO XXXII.

FILIPINAS.—JEOGRAFÍA.

El archipiélago San Lázaro, mas vulgarmente las Filipinas, se compone de un millar de islas ó islotes, de las cuales solo hay algunas que por su importancia y estension merezcan citarse. Están situadas entre los 5° y los 19° lat. N. Contienen algunas cordilleras que las cruzan en todos sentidos, y que presentan algunos picos muy elevados, cuya altura se evalúa de 1.800 á 2.000 toesas, aunque no hay ninguno medido con ecsactitud. Encierra ademas muchos volcanes, entre otros el de Mayon ó Albay en la isla de Luzon, que siempre lleva en su cima un penacho de humo, y los de las islas Mindoro y Sangui que contienen minas inagotables de azufre.

Como en la península indiana, donde las cimas de los Gattes determinan un contraste atmosférico, Luzon cuyas montañas corren en la misma direccion, tiene tambien dos estaciones que se contrarían. En la parte del O., reinan las lluvias durante los meses de junio, julio, agosto y una parte de setiembre; esta es la época de los vientos del O. Entonces es cuando estallan en esta comarca terribles ráfagas denominadas *colla*, el mar es borrascoso, las tierras se cubren de agua, y la campiña se convierte en un lago. Durante los mismos meses, reina el buen tiempo en las parte del E. y del N., pero con el monzon del N. E. llega para esta parte de las Filipinas la estacion de las tempestades y de las lluvias. Así que, los dos vertientes alternan de clima de tal suerte que, pasando de un lado de una isla al otro, podria tenerse una primavera perpetua. En el intérvalo de los dos monzones, y durante la época indecisa en que los vientos se combaten, declárense esos tifones ó *baguyos*, que en el espacio de algunas horas escombran las mieses, arrasan las cabañas, derriban los árboles, y destruyen los buques. Algunos optimistas pretenden que estas grandes perturbaciones no son del todo malas, puesto que cooperan en gran parte á hacer salubre el clima húmedo de las Filipinas.

En el terreno regado de este archipiélago, manifiéstase la vejetacion lozana y vigorosa. Sus praderas, sus campiñas son siempre verdes. El mismo árbol lleva á veces á un propio tiempo flores y frutos; sin embargo los árboles frutales de Europa ó no producen, ó producen muy poco. Los de los trópicos, tales como el naranjo, el limonero, el mangle, el atero dan en cambio productos deliciosos. Todos nuestros legumbres, á escepcion de la patata, han tenido feliz écsito en los jardines de Manila.

La principal riqueza de las Filipinas consiste en el arroz, que constituye la base del alimento. Los Españoles han introducido el trigo, que produce á pedir de boca. A estos objetos de comercio local, deben añadirse los artículos de permuta y de esportacion, el algodon, el café, el azúcar, el añil, el cacao, el *cassia lignea*, el tabaco, el betel, el arec, que se cultivan en cantidades mas ó menos considerables.

Las Filipinas abundan en bueyes, carneros, cabras, cerdos, búfalos y caballos. Muchas bestias feroces andan errantes por las montañas, tales como ciervos, gamos y gacelas. Vense asimismo tortolillas verdes y grises; otras con una mancha encarnada en el pecho; *tabous*, aves que entierran sus huevos en la arena, becasinas, gallos de matorral, etc. El mar y los lagos están cuajados de escelentes pescados. Los rios se hallan infestados de caimanes de un tamaño prodijioso. El contra-almirante Richery cita entre las serpientes una especie denominada por los naturales *damonpalay*, y cuya ponzoña mata al mismo instante. Entre los lagartos se nota el *chakon*, así llamado porque articula este término alzando la primera sílaba y bajando la última, y el *calao*, que canta regularmente á ciertas horas del dia como el gallo.

Algunas minas de oro y de hierro, poco abundantes y mal esplotadas, corrientes auríferas utilizadas por la paciencia china; maderas tintoriales y de construccion, la cera, el azufre, la brea, el ámbar, las perlas, el nácar, los nidos de aves, el balate, el cauris; tales son las demas riquezas de estas islas favorecidas.

El archipiélago de las Filipinas puede dividirse en cinco grupos principales: Luzon, las islas Bissayas, Paragoa, Mindanao y el archipiélago de Soulou.

Luzon cuenta quince alcaldías ó provincias, á saber: Tondo ó Manila, Cavite, Valangas, Bulacan, Laguna, Batangas, Tayambas, Pampanga, Zambales, Pangasinam, Ilocos, Cagayan, Camarines y Albay.

Hemos visto ya lo que eran Tondo, Cavite, la Laguna é Ilocos. La provincia de Valangas es un país tagal, situado al O. de Manila: vasto, pero cubierto de montañas, no contiene poblacion muy numerosa. Manila saca de ella palmeras silvestres, mambúes y algunas made-

agriamente á los Españoles, nos parece muy conveniente el advertir que esta preocupacion es muy comun á todos los estranjeros y que no debe considerarse especial á M. Dumont d'Urville. Ademas, esta frase que suelta está en abierta contradiccion con el adajio español acreditado en todos los países del mundo: tener su palabra ó morir.

ras de construccion. Viene asimismo de Valangas una considerable cantidad de nipas, con que se hacen escelentes techumbres. El alcalde reside en Valangas, puerto de mar en la bahía de Manila.

La provincia de Bulacan es célebre en Luzon por la hermosura de sus mujeres, que pueden considerarse como las Circasianas de las Filipinas. Esta provincia está situada al N. de Manila. Encerrada en estrechos límites, debe á su fertilidad una poblacion prodijiosa. Contiene solamente diez y nueve poblaciones, pero hay algunas tan considerables, que se necesitan muchas horas para atravesarlas. Estos pueblos y aldeas no son semejantes á los de Europa; las casas casi siempre distan unos cien pasos unas de otras; sembradas de esta suerte á ambos lados del camino, están circundadas de hermosos verjeles donde se observan almenos de cincuenta á sesenta variedades de frutos. Los caminos cortan la provincia en todos sentidos; varios canales y rios navegables llevan á Manila las producciones de aquellas admirables llanuras, y los caminos son tan deliciosos, que uno cree pasearse por las calles de un jardin. Los mejores frutos del país son los denominados las lacatanas y las gugulanas.

La provincia de Batangas está situada al S. de la Laguna, ya descrita. Es arbolada y montañosa; desde sus encumbrados picos estiéndese la vista hasta dos mares, el mar de China y el Océano del S. La capital es San Pablo del Monte, cerca de la cual hay algunos lagos de un agua somera y sulfurosa que ocupa antiguos cráteres de volcanes. La profundidad de estos reservatorios es incalculable; hanse arrojado en ellos sondalesa de 200 brazas sin encontrar fondo. Estos lagos son en número de siete, están situados á una media legua unos de otros, son denominados los Siete Hermanos, y alimentan enormes caimanes.

Al S. de las Batangas se halla la provincia de los Tayambas, la última del país tagal y adyacente á la provincia de las Camarines. Su parte litoral es bella y cultivada, pero en el interior el camino es fragoso é impracticable; todos los flancos de las colinas están ocupados por varios árboles y arbustos que imposibilitan el tránsito al través de sus frondosas masas.

Tayambas, situada en parte en el Océano del S., ha visto muchas veces dar fondo en sus ensenadas poco concurridas, al galeon de Acapulco. Cuando la España estaba en guerra con una potencia europea, y un crucero bloqueaba su puerto, hacíase á la entrada del estrecho de San Bernardino una señal que indicaba que el atracadero del O. ofrecia peligro. Entonces la rica embarcacion surjia en la costa oriental, y descargaba su cargamento en la playa, de donde era trasladado á fuerza de brazos hasta el lago de la Laguna, y de allí en bateles hasta Manila.

Al N. de todos los países tagales, se halla el de la Pampanga, cuyos habitantes ofrecen casi las mismas costumbres y el mismo carácter que los primeros. Esta provincia es rica y fértil, abundante en minas de oro, y productiva de escelente tabaco y considerables cantidades de azúcar.

La provincia de los Zambales está situada al N. O. de las Pampangas, desde la punta de los Capones hasta el cabo Bolinao. Estos Zambales, mas pequeños que sus vecinos, son civilizados como ellos, y vestidos de la propia suerte. La provincia contiene un escelente puerto, el de Subech, abrigado contra todos los monzones, con veinte ensenadas y diez brazas de agua contra la misma orilla.

La provincia de Pangasinan está situada al N. de la Pampanga: forma una especie de golfo limitado al E. por pueblos poco conocidos y rebeldes; al N. tiene la provincia de Ilocos, y al O. el mar. Pequeños y bravos, sus moradores comercian con sus vecinos de la Pampanga y de Ilocos, que son altos, fuertes y muy dulces. Quizas este motivo indujo al pirata Limahon á escojer su provincia como el punto mas seguro contra los Españoles.

En las vecinas montañas habitan las tribus mas caracterizadas de los pueblos salvajes llamados Igorotes ó Negritos; venden sus hijos á los Españoles, y se aventuran á venir en las aldeas de los Pangasinans y mayormente de los Tangayans, que no están sujetos á la dependencia directa de los Españoles. En esta zona de Luzon, todo el vertiente oriental está abandonado á aquellos pueblos evidentemente distintos no solo de la parte civilizada que los rodea, sino tambien distintos entre sí. La diferencia no tanto está en los idiomas, como en los tipos y costumbres. Prescindiendo de los negros Oëtas, ecsisten aun en estado de independencia completa, al principio naturales malayos, antiguos indijenas de Luzon arrojados á las montañas por la pereza ó por la rebelion, ó bien forbanes procedentes de las Bissayes y de Mindanao; naturales chinos, restos de la agresion de Limahon y de las insurrecciones comprimidas, y naturales japoneses arrojados á estas costas por los naufrajios; sin tener en cuenta varios cruzamientos de estas diversas razas entre sí y con las tribus clasificadas.

Estos pueblos, independientes de la España, observan una vida de pescadores y de labradores; vestidos de telas que ellos mismos se fabrican y medio desnudos, conocen sin embargo una especie de pacto social, mayormente

en las montañas que dominan las llanuras de Vigan. Distínguense once aldeas considerables, entre las cuales reina mucho órden. Sus mujeres son robustas y bastante bien formadas; su vestido consiste en una especie de camisa que cubre su cuello, y un pedazo de algodon que baja de la cintura hasta las rodillas. Los habitantes de estas aldeas, bien armados, saben repeler la fuerza con la fuerza en caso de necesidad, y la prudencia dicta no aventurarse á ellos como simple curioso, porque desconfian de todo estranjero, y tiemblan sin cesar por su independencia. Su relijion es una mezcla de fábulas y de prácticas supersticiosas. Tienen esposas lejítimas y concubinas; divídense en nobles y en esclavos, y aun tienen reyes, á los que están avasallados. Las guerras que se hacen son crueles y encarnizadas; cuando fallece un jefe, acostumbran vengarlo inmolando víctimas inocentes, y deben matarse en su honor tantas personas cuantos sean los dedos que quedan abiertos en sus manos. Elijen la noche para estas espediciones y se emboscan en los caminos y tras los árboles, armados con arcos y flechas. El azar es quien escoje entonces los sujetos destinados á esta espiacion. Los alojamientos de aquellas tribus consisten en cabañas sumamente bajas, construídas de mambú y cubiertas de bálago ó de yerba.

Los Ollas de aquellos alrededores son los mas afortunados de toda la isla; esplotan minas de oro bastante considerables, y dan pruebas de cierta habilidad en el aumento del producto. Pretenden que ganan sobre este solo objeto cerca de 20.000 pesos anuales. Entre ellos se hallan estos negros casi blancos, conocidos en Manila bajo el nombre de *hijos del sol*. Renato de Santa Cruz vió entre otras una moza de 19 años, alta, bien formada y sumamente blanca, el pelo castaño y la vista bastante buena, en tanto que su padre y madre eran perfectamente negros. Entre algunas tribus se encuentran asimismo algunas especies de hermafróditas, y el caso es bastante comun por haber merecido de parte de los naturales una designacion especial. Los Tagales los llaman *Binabayes*.

La última provincia española situada al N. de Luzon, es la de Cagayan, que sustenta los hombres mas hermosos y mas robustos de las Filipinas, como Bulacan las mujeres mas bellas. Pocos Cagayanes se encuentran de menos de 5 pies y 5 pulgadas; y su fuerza es proporcionada á esta estatura. Cuando viajan, llevan el arco y las flechas, y se cobijan con el salacot para libertarse del sol. Su provincia termina por dos cabos, el de Bojador al O. y el de Engacno al E. Sus únicos terrenos labrantíos están á orillas del mar; el resto consiste en prominencias nemorosas ó inaccesibles, y en mesetas interiores que esplotan tribus independientes.

Al N. de Cagayan y á corta distancia de la costa, se hallan las islas Boguyanes, habitadas por una bella raza de hombres. Estas islas carecen de bosques. En lugar de arroz, los isleños se alimentan de batatas. Los Españoles mantienen en este punto un piquete de soldados y algunos frailes.

Si del N. de Luzon pasamos al S., encontramos la península de los Camarines subdividida en dos provincias, Camarines y Albay. La península de los Camarines se interna en el mar al S. E. de Luzon con la cual está enlazada por un istmo de 4 leguas, enclavado en la provincia de Tayambas. Las costas son habitadas por pueblos tributarios de los Españoles; el interior tiene sus Igorotes, sus Italones, sus Ilongotes, libres ó salvajes. Cuenta muchos volcanes, debiendo colocarse en primer lugar el de Albay, que incesantemente está vomitando llamas. Ninguna provincia de Luzon está mas sujeta á los terremotos. En 1804, el piso tembló por espacio de 15 dias enteros.

Entre las producciones de las Camarines deben distinguirse las telas de *nippas* ó *nippis* y los cables de abaca. El *nippis* se hace con hilo sacado del meollo del caña-corro, especie de banano. Esta tela, que conserva un amarillo pajizo, no tiene las calidades de lino, pues es mas claro que la batista cruda. Los *nippis* sirven á las Filipinas para hacer camisas de hombres y de mujeres para los naturales: los Europeos se hacen á veces con ellas chupas y pantalones para su uso. Estas telas son mas lijeras y frescas que todas las conocidas; pero casi no pueden llevarse por su consistencia desagradable é incómoda.

Los habitantes de las Camarines, altos, fuertes y muy bravos, están constantemente en guerra con los Malayos de las islas vecinas, que hacen algunas agresiones de improviso, y se llevan aldeas enteras, hombres y mujeres, para venderlos á los sultanes de Mindanao, Soulou y Borneo. Es inconcebible que los Españoles, hallándose dueños y protectores de Luzon desde tres siglos, hayan dejado perpetuarse de esta suerte tales costumbres de piratería y merode. Si desde un principio se hubiesen ejecutado ejemplos severos, si hubiesen ido buques europeos á ejercer represalias fuertes contra los forbanes; desde largo tiempo estos isleños hubieran renunciado á unas tentativas sobrado peligrosas, habríanse borrado las tradiciones de la piratería, y actualmente las Filipinas no tendrian que temer ya este azote para sus poblaciones litorales. Las medidas á me-

dias, las disputas de rivalidad interior han ensobervecido á los Malayos, y estos mares, cuya seguridad podria importar tanto á la Europa, todavía son el espantajo de nuestras embarcaciones mercantes.

Al S. de la provincia de las Camarines está situada la de Albay, frente del estrecho de S. Bernardino, paso de las embarcaciones que van de Asia á América y de América al Asia. Los naturales de Albay son, como los de las Camarines, intrépidos y robustos: espuestos á los ataques de los Malayos, tienen para defenderse un veneno muy activo, que es probablemente el mismo que sirve á los habitantes de Sumatra y de Java para hacer mortales sus puñales. Los moradores de Albay templan con él la punta de sus flechas. Sin duda que la composicion de este veneno es un secreto entre algunos jefes, porque de otro modo su uso no seria tan limitado. Este veneno parece estraído de yerbas ponzoñosas. Nadie puede servirse de él, sino se templa de antemano la punta de la flecha en un zumo fresco de cañas dulces, y en seguida en este zumo de yerbas. Entonces es cuando se debe hacer uso de él, porque cuando está seco, no tiene tanta actividad. El morador de Albay lleva este veneno en una especie de reservatorio hecho de mambá, y en otro, pone zumo de caña dulce. Esta composicion ponzoñosa, cuyo efecto es súbito, descompone, segun se dice, y cuaja la sangre. Algunos Europeos han sido testigos de varios esperimentos que se han hecho sobre los animales. Un perro atacado lijeramente por una flecha no vivió tres minutos; una vaca falleció al cabo de seis. Los negros de las montañas procuran hacerse con este veneno para arrojar al búfalo silvestre, y cuando lo han muerto con armas preparadas de esta suerte, lo despedazan y lo comen sin temor. Los jefes de la provincia de Albay suministran á los alcaldes de la península una cantidad de esta sustancia, de la que usan estos segun tienen entendido.

El volcan de Albay, que ha dado su nombre á la provincia, consiste en un empinado cono que se ve desde ambos mares. Siempre en erupcion, únicamente es temible sin embargo despues de la estacion de las lluvias, esto es, en los meses de noviembre y diciembre. Entonces es cuando se verifican los terremotos, comunmente precedidos de una niebla blanquecina, niebla de un carácter particular reconocida por los habitantes; y siempre se anticipa el terremoto de 7 á 8 horas. Si en estas provincias clasificadas y conocidas se agregan todos los vertientes del E. entregados á los pueblos independientes, se tendrá la totalidad del territorio de Luzon.

No es menos rico en subdivisiones el del archipiélago de las Bissayes. Las islas de Samar, de Leyte, de Zebu ó Bohol, de Negros, de Panay, de Mactan, el grupo de las Calamianas, Mindoro, Masbate, Marinduque, Burias, son los puntos mas notables de toda aquella multitud de tierras distintas.

Este archipiélago fué llamado por los Españoles, en los primeros dias del descubrimiento, *islas de los Pintados*, á causa del uso que tenian los naturales de pintarse el semblante y el cuerpo. Pero algun tiempo despues, prevaleció el nombre indíjena de Bissayes. Actualmente habitan estas islas dos razas: los indíjenas que cultivan el litoral bajo el patronazgo de la España, y los Malayos, orijinarios casi todos de Mindanao y de Soulou, que mas bien puede decirse que acampan que no residen en estas costas, y que con el ausilio de una multitud de pequeños paros se precipitan por acá y acullá sobre todas las Filipinas para procurarse á mano armada víveres y esclavos. Estos Malayos reconocen, como los isleños de la Sonda, sultanes ó datous; calculan la riqueza por el número de esclavos y venden á los que no pueden guardar. Sus armas son la lanza, un sable de una forma particular llamado *campilan*, y el puñal malayo. Habituados á vivir de pillaje y de guerra, estos hombres constituyen la parte mas brava y mas feroz de los pueblos malayos. Las tribus industriosas, agrícolas y comerciantes, aunque armadas con fusiles y cañones, les resisten con dificultad. En las Bissayes se encuentran los Aetos ú Ollas de Luzon, retirados en el fondo de las montañas, miserables como en todas las demas Filipinas.

Samar, la mas importante de las Bissayes, tiene 134 leguas de circumferencia. Sus producciones son las mismas que las de la península de las Camarines; entrecortada de magníficas corrientes y cubierta de deliciosas llanuras, esta posesion podria ser muy importante para la España, sino la dejase desarmada contra los Malayos que la despueblan. El único recurso de los habitantes, al acto de una irrupcion, consiste en malas fortificaciones de tapia construídas al rededor de la iglesia y de la rectoría. Allí aguardan al enemigo con algunas piezas de artillería, y una provision de flechas emponzoñadas. Caba-Lunga es la residencia del alcalde, del cual depende asimismo la isla Capul.

Al S. de Samar está situada Leyte, de cuarenta leguas de lonjitud, habitada, espuesta y desierta como su vecina. Sus productos principales consisten en nidos de aves, balaté, ébano, cera y abaca. A mayor distancia se hallan Zebu, de 28 leguas de lonjitud, la primera de las Filipinas que perteneció á los Españoles, y Mactan, donde el ilustre Magallanes murió en una emboscada que le armara el rey del país.

Zebu ó Bool solo es un roquedo fertilizado por la industria de los naturales. Alcaldía bastante considerable, la isla contiene una poblacion de 2.000 almas, un fuerte y un obispado. Todos los años fondea allí un bergantin para cargar con las producciones de la isla que se cambian en Manila. En el interior de Zebu viven algunos Bissayes aborijenes de todo este archipiélago.

La isla Negros ó los Negros, bastante grande, está despoblada, almenos en las costas que son sus únicos puntos conocidos. En ella hay un alcalde que reside en Iloch. Es de creer que en sus 45 leguas de lonjitud sobre 10 de anchura, tiene porciones fértiles y cultivadas. A veinte leguas de distancia en el O., hay dos isletas, que cada una apenas tiene una legua de circumferencia, pero muy celebradas por la pesca de las perlas. Estas islas son denominadas Pequeñas Cagayanes, y su pesca, cuyo privilejio pertenece á los alcaldes de Negros y de Zebu suministra perlas bastante buenas, pero irregulares y mucho menos estimadas que las del golfo de Manar.

Al N. O. de Negros está situada Panay que tiene 25 leguas de N. á S. y 15 del E. al O. Esta isla es la Trinacria de las Bissayes, puesto que forma un triángulo productivo y bastante poblado. Panay es, de todas las Bissayes, la que mas puede defenderse contra los forbanes; porque á sus recursos de poblacion, los Españoles han sabido agregar con acierto un sistema de defensa bastante importante. Una infinidad de pequeños fuertes protejen la costa, donde se refujian los naturales á la primera señal del peligro. Panay tiene tres alcaldías: Capis al N., Iloilo al E., Antigue al S. O. Capis es el granero de las Bissayes, pero aun seria mucho mas rica, si su alcalde no monopolizase todos los jéneros. En ella se encuentran hermosos rebaños de bueyes y de vacas, de cerdos, y con especialidad de carneros. Iloilo cultiva en particular el arroz, del cual cosecha cantidades considerables. Los naturales, bravos y numerosos, hacen rostro á los Malayos cuando desembarcan. Es la parte de la isla mas rica en aves de todo plumaje, y la que suministró á Sonnerat las bellas especies de que hace mencion en su ornitolojía. M. de Rienzi menciona tambien en este distrito los dos puertos de Molo y de Xaro como dos depósitos populosos y ricos. Antigue es una alcaldía menos productiva que las dos procedentes: permuta con Manila algunos balatés, un poco de oro pulverizado, madera de ébano y sibucao contra telas y otros productos.

El grupo de las Calamianas solo tiene tres islas mencionables: Calamiana, Busnagan y Tinacapan. La única alcaldía es la que se halla establecida en Caliong, y del alcalde que reside allí, depende el establecimiento formado en Paragoa, isla oblonga, de sesenta leguas sobre diez, situada al S. O. de Panay. Este establecimiento es el de Taitay, apostadero precario y no pocas veces disputado, en cuyo interior no osan aventurarse los Españoles. Nada absolutamente de ecsacto puede anticiparse sobre los pueblos que lo cultivan, y únicamente se sabe que algunas porciones del litoral dependen del sultan de Soulou.

Al N. E. de Paragoa y al S. de Luzon se halla Mindoro, que depende de las Bissayes, de 40 leguas de lonjitud y 15 de anchura, fértil de un estremo á otro, y susceptible del mas bello cultivo. Tres siglos han transcurrido, en que apenas los Españoles han podido fundar y conservar el pequeño apostadero de Calapan, distrito limitado en la orilla del mar. Sin embargo, hácia la rejion central se alzan algunas montañas coronadas de magníficas selvas, de donde salen fecundos é impouentes rios. Este aspecto habia antiguamente chocado de tal suerte á los navegantes franceses, que, fundado en sus relaciones, el duque de Choiseul quiso colonizar á Mindoro. Con este objeto hizo la correspondiente peticion á la corte de España; pero esta, creyendo que la isla concedida iba á desplegar en breve todas sus riquezas, temió que se convirtiese en una rival poderosa para Luzon, y en consecuencia contestó con una negativa formal. Así es que Mindoro ha quedado inculta é improductiva para todo el mundo; resultado denominado aun actualmente cálculo político, como si el primero y el mejor de los cálculos no fuese de fecundar el suelo, ó dejarlo fecundar, cuando no se siente con fuerzas ni talento para hacerlo.

Los bosques de Mindoro están poblados de ciervos, cuya carne picada, secada y sazonada con pimienta, forma un alimento denominado el *tapa*, usado y comprado por los Chinos. Los rios de Mindoro arrastran pepitas de oro: coséchanse en la isla algodon, cacao, cera, y como en los pueblos hay pocos brazos, algunos de Batangas atraviesan el trecho para sembrar las tierras y recojer sus productos.

Está procsimidad de Mindoro lo constituye un punto de crucero y un depósito de los piratas malayos. Allí es donde desembarcan los prisioneros hechos en sus correrías, allí donde se abastecen y se reunen. Léese en M. Laplace un importante episodio que al interés dramático reune varios pormenores curiosos sobre algunas localidades poco conocidas.

« Ví en Manila, dice, un jóven Francés, que, por la proteccion especial del arzobispo, habia obtenido el permiso de hacer, en el interior de Luzon, el comercio del oro que los naturales recojen en sus torrentes. Con su mezquina

fortuna y el batel con que recorria la costa oriental, habia caído en poder de un pirata atraído á esas costas por la esperanza del pillaje, y que regresó en breve á Mindoro, con el botin reunido en su correría. Nuestro infortunado compatriota se vió cautivo, sin conservar la esperanza de salir de su esclavitud pagando su rescate, puesto que todo lo habia perdido, pero su valor le hizo recobrar la libertad. Toda tentativa era tan atrevida como peligrosa, y aun, segun todas las apariencias, debia ser seguida de la muerte, caso que no la coronase un feliz écsito. El amo del jóven Francés era sultan de una numerosa banda de Moros (malayos) que habitaban, juntamente con sus familias, á bordo de los paros que los trasladaban á menudo de un punto de la costa á otro, ora para escapar del enemigo, ora para buscar una nueva residencia mas agradable y una costa mas abundante de pesca. El jefe mismo habitaba una goleta tomada á los Españoles en una escursion precedente. En aquella estrecha mansion vejetaban los prisioneros, severamente vijilados, y privados absolutamente de toda esperanza de huir, á causa de las orillas vecinas, bajas é inundadas. Sin embargo, nuestro Francés tenia por compañero de esclavitud un Tagal que halló tan zeloso como él de recobrar su libertad. Con los materiales mas necesarios, arrebatados del botin de los piratas, consiguieron hacer una pequeña brújula. No pocos meses necesitaron para terminar tan difícil tarea, y para reunir poco á poco algunas provisiones economizadas con mucha pena sobre la débil cantidad de su racion diaria. Finalmente, cuando todo estuvo dispuesto, y á favor de una noche lluviosa y obscura, los dos cautivos toman la pequeña embarcacion amarrada tras la goleta, bogan hácia alta mar, y se hallan felizmente al amanecer fuera del alcance de sus enemigos, pero sin agua, y perdidas la mayor parte de sus provisiones. Sostenidos por la esperanza, llevan el rumbo hácia el N. para aprocsimarse á Luzon, cuyas montañas columbraban á lo lejos. Apesar de un calor sufocante, remaron todo el dia y la noche siguiente. El tiempo parecia favorecerles, pues estaba sereno y tranquilo. Al amanecer no debia estar muy distante la costa salvadora. Pero, cual fué la admiracion de los dos compañeros de cautividad cuando, á la salida del sol, tuvieron la conviccion de que una fuerte corriente los llevaba todavía en una direccion diametralmente opuesta al rumbo que debian seguir! No obstante, bien que debilitados por la fatiga y la sed, lucharon contra este obstáculo hasta la noche; pero entonces estenuados de necesidad y enteramente desanimados, los dos pobres fujitivos se ocultaron en el fondo de la embarcacion y abandonaron su suerte á la providencia. Esta providencia no les abandonó! Es verdad que al dia siguiente solo se percibian las montañas de Luzon cual sombras lejanas y azuladas; pero por el lado opuesto distinguieron á corta distancia una costa hácia la cual eran arrastrados con rapidez por una corriente. No obstante, la tierra que tanto deseaban en la fuerza de su desperacion, aun con riesgo de volver á caer en poder de un amo irritado, les causaba la mas cruel ansiedad. Quizás les aguardaba la esclavitud y la muerte. Con todo, á medida que se aprocsimaban mas á ella, el Francés reconoció poco á poco una costa en la que habia hecho escala varias veces con los Malayos, y que contenia muchas aldeas, pobladas de isleños cristianos bajo la proteccion de los Españoles, que siempre rechazaran vigorosamente los ataques de los piratas. La esperanza de salvar su vida y su libertad redobla las fuerzas de nuestros fujitivos; bogan hácia tierra, y despues de un dilatado dia de angustias y fatigas, arriban á una grande aldea donde les prodigaron todo jénero de socorros. Despues de algunos meses de espera, una cañonera española, que traía los partes del gobernador de Manila, trasladó felizmente á nuestro compatriota y su compañero en medio de sus amigos, que los creían muertos desde largo tiempo.»

El archipielago de las Bissayes cuenta ademas muchas otras isletas, tales como Masvate, Marinduque, Buries, en las que la España no tiene establecimiento alguno, sea por motivo de su poca importancia, sea á causa de las dificultades de la colonizacion.

Fuera del grupo de las Bissayes, se halla la isla de Mindanao, que forma por sí sola una subdivision de las Filipinas, y cuenta en sus mayores dimensiones 135 leguas de E. á O., y 75 de N. á S. Mindanao se divide en dos partes, la parte española y la parte independiente. La primera tiene tres alcaldías, cuya principal, Samboagan, es al propio tiempo la ciudad militar del establecimiento colonial, y la residencia del gobernador. Las otras dos capitales son Misamis, situada casi en medio de la costa septentrional y en la bahía de Panguil, y Caraga en la costa oriental. Samboagan es, despues de Manila, la plaza mas bien fortificada de todas las Filipinas. Tiene algunas fortificaciones artilladas, casernas, prisiones de estado, un palacio para el gobernador y 1.000 habitantes de poblacion. El gobernador es elejido por la corte de España; mas en caso de fallecimiento, el capitan jeneral de Manila provee á su reemplazo. El empleo, segun dicen, es lucrativo, no tanto por el salario que no deja de ser considerable, como á

causa de un tráfico escandaloso sobre todos los materiales militares.

La alcaldía de Misamis tiene alguna importancia á causa del comercio local; su café es de calidad superior. La de Caraga, primer apostadero español fundado en esta isla, es muy insignificante, pues sus tierras son esterilizadas por los vientos del mar del S.

La parte independiente de Mindanao ocupa el territorio mas vasto y mas apreciable de toda la isla. Mindanao tiene casi 300 leguas de circumferencia: ningun país tiene costas mas escatimadas, pues están enteramente llenas de golfos y promontorios. Varios rios abundantes de pesca la atraviesan en todos sentidos. El arroz, las patatas y el sagú son sus principales cultivos. La canela abunda tambien, aunque mas comun y menos rica en sabor que la de Ceylan. En las rocas del interior se ven espaciosos subterraneos donde se abrigan millares de murciélagos de enorme tamaño.

Mindanao obedece á un sultan que tiene asimismo bajo su dependencia al pequeño grupo de Mengis del archipiélago de las Molucas. La residencia de este jefe es Selangan sobre el Pelandgi, frente de Mindanao, situada á la otra parte de esterio, y actualmente casi desierta. La poblacion total de la nueva y de la antigua capital asciende á unos 10.000 habitantes. Un hermoso lago, cuyo circuito es fértil y populoso, se estiende á algunas leguas de Mindanao. La segunda ciudad de este estado es Pollok, puerto de mar de prodijiosa seguridad y de un comercio bastante dilatado. Al O. de Mindanao se hallan los países que componen la confederacion de los Illanos, en la cual se cuentan 16 pequeños sultanes y 17 jefes, no solo independientes unos de otros, sino tambien del sultan de Mindanao. Sus mayores aldeas son Mahargan, Tapaan y Tagulo, que tienen un puerto cada una. En fin, al O. de la isla divagan varias tribus salvajes y mal conocidas. Hase dicho que pertenecian á la misma familia que los Haraforas, idans y dayache de Borneo, y algunos rasgos de fisonomía, de dialecto y de costumbres, parecen autorizar esta hipótesis.

Los indíjenas del litoral constituyen tambien indudablemente una variedad de la familia malaya; sobre todo conservan muchas relaciones con los isleños de la Sonda; las costumbres, el gobierno y el lenguaje parecen asemejarse estos dos pueblos en todos los puntos esenciales. Aunque su idioma especial, es el bissayo, hablan todos el malayo, y tienen imanes que les predican y profesan el mahometismo. De la propia suerte que en Sumatra, los datous son dominados por un sultan, que cuando se vé amenazado, manda á aquellos que lo socorran con sus esclavos. Por este medio el gran sultan de Mindanao podria poner 100.000 hombres en campaña. Los datous por su parte procuran tener muchos esclavos; pues el número de esclavos es la medida de rango y de la fortuna: así que, la piratería es tan activa en estos mares solo para procurar vasallos. El datou arma algunas veces un *panou* ó paro de campaña, batel con remos muy peligroso, que solo toma hombres por lastre, y se salva en inaccesibles abras cuando se ve perseguido. Estos armamentos cuestan muy poca cosa. Algunas veces se mezclan con ellos varios Españoles, que se embarcan con naturales y participan de los beneficios de este tráfico fraudulento. En otras ocasiones, en lugar de hacer prisioneros, estas tripulaciones desembarcan en campos dispuestos á ser cosechados, repelen á sus propietarios, cortan la cosecha por sí mismos y se la llevan. Cuando se ven perseguidos, se retiran con lentitud dejándose acañonear, y cuando juzgan agotada la pólvora á bordo de los buques que les persiguen, recobran la ofensiva y montan al abordaje. De esta suerte marinan no solamente buques mercantes, sino tambien cañoneras de Cavite y de Manila, montadas por tripulaciones españolas, ó mezcladas de Españoles y de Tagales.

Por lo demas, nada iguala á la barbarie que despliegan hácia sus prisioneros europeos. Como siempre esperan de ellos un fuerte rescate, procuran fatigarlos para acrecentar su deseo de ser rescatados con prontitud. En consecuencia condenan al cautivo á trabajar en los campos, agarrotados con dos sogas, una en el cuello y otra en la pierna, ambas aseguradas por un centinela, así cuando trabajan, como cuando duermen. Los frailes mismos están obligados á sembrar y á cosechar como jornaleros, y su inaptitud para estos trabajos solo sirve para hacerlos tratar mas severamente de parte de sus amos. De esta suerte son maltratados hasta el momento de su libertad. La suerte de las mujeres no es tan lamentable, pues no solamente no les hacen ningun daño, sino que tampoco son consideradas como esclavas. Mientras que por un hombre piden 3.000 pesos (mas de 15.000 francos), por una mujer no piden nada. Atribuir esto á una consideracion para el sexo ó á un sentimiento de humanidad, seria conocer poco á las razas malayas. Estos forbanes no ecsijen rescate de sus prisioneras, porque no suponen que nadie sea jamas bastante necio para ofrecer uno. Para ellos es cosa nula, ó bien una mercancía. Solo la civilizacion ha encontrado el precio de las mujeres; solo ella las ha colocado en su rango correspondiente. Entre aquellos salvajes, la fuerza corporal constituye la mayor de las cua-

lidades, el seeso mas débil, no es nada, ó al menos muy poca cosa. Aun por esclava es despreciada, cuando en otras partes es á menudo señora muy poderosa!

El último grupo dependiente de las Filipinas, del cual aun tenemos que hablar, es el archipiélago de Soulou ó reino de Soulou, cuyo sultan reina tambien sobre el grupo de Cagayan, sobre la estremidad septentrional de Borneo, y sobre una parte considerable de la isla Paragua. Este archipiélago se divide en grupo de Soulou, cuya capital es Bewan, residencia del sultan, puerto de mar que cuenta 6.000 almas; el grupo Taoui-taoui, con la ciudad de este nombre, y el grupo de Basilan, con la isla de Basilan, la mayor del grupo de Soulou.

La isla de Soulou tiene un territorio rico y fértil. Hubo un dia en que los Españoles proyectaron ocuparla, y apenas desembarcados, se apoderaron de la familia real, la mandaron al colejio de Mindanao, la hicieron abjurar el mahometismo, y la convirtieron á la fé cristiana. A nada se opuso el príncipe de Soulou; dejóse catequizar; recibió el bautismo y pareció gustar de la soledad completa en que le hacian permanecer. Para ocupar sus ratos ociosos, habia abusado de su mas prócsima parienta, de la que no habian procurado separarle. No se ahorraron las correcciones de esta grave falta, pues fueron tan severas que el príncipe procuró evadirse. Habiéndolo conseguido, regresó á su isla, arrojó á los Españoles, y mantuvo su independencia contra todos sus esfuerzos. Sin embargo, algun tiempo despues, avasallando su resentimiento á sus intereses políticos, este sultan entró en conferencias con el gobernador, y permitió á los pontines de Mindanao y de Manila, como tambien á los buques ingleses, para venir á comerciar en sus puertos. Soulou pide telas y pañuelos á la costa de Coromandel y á Bengala contra la cera, el oro en polvo, el nácar y nidos de aves. En estas permutas es preciso ser reservado y receloso, porque ningun pueblo mercante es mas fraudulento y bribon que el de Soulou. En 1803, un capitan inglés quiso cambiar en barras de oro, y habiéndolas encontrado á un precio bastante moderado, compró todos los dias cuanto se le presentaba. A medida que subvenia á sus necesidades observaba que los naturales bajaban sus precios, ofreciendo nuevas materias. Llegó al fin á sospechar, analizó sus rieles, y halló que en vez de oro le habian vendido una miserable liga. Se esclamó, amenazó, se quejó; pero todo en vano, pues le respondieron: «Lo hecho, hecho!» Igualmente se portan con la cera que cargan con piedras introducidas en lo interior; y aun fabrican á veces falsas perlas, que imitan tan bien á las verdaderas, que únicamente puede reconocerlas la vista perspicaz de los Chinos.

La poblacion de Soulou, belicosa y emprendedora, no teme al poderío europeo, y muchas veces lo arrostra. En 1804, el sultan mató en persona á un capitan inglés que lo habia ofendido en la audiencia, pero consumado este acto de justicia, dejó al buque acabar su cargamento, y dar la vela para su destino.

El archipielago de Soulou ha sido nombrado el Arjel de la Oceania, á causa de la multitud de barcos piratas que difunde por los mares malayos. Este es el nido mas fecundo de esos forbanes tantas veces citados, que devastan las Filipinas, y que mantienen tributario al mar de China con sus diversos estrechos. En su pequeña circumferencia de 12 leguas, la isla cuenta 40.000 habitantes y 800 hombres de tropa indíjenas con algunos cañones.

Tal es el conjunto jeográfico de las Filipinas. Su poblacion total ha sido evaluada de diversas maneras. Renato de Santa Cruz estima en 2,000.000 de almas las poblaciones sometidas á los Españoles. Legentil no habla mas que de 700.000; Lapérouse de 3,000.000; Raynal de 1,350.000; Balbi de 2,640.000, inclusas las Marianas. De todas estas sumas, la mas ecsacta es sin duda la de Renato, que observó perfectamente sus islas, y que estableció sus cálculos por provincia y por tribu.

Puesto desde largo tiempo bajo la proteccion europea, este archipiélago es aun muy poco conocido. Mientras que los Ingleses nos han dejado, acerca las localidades que ocupan, nociones tan ecsactas y tan minuciosas, la indolencia española (1) no ha publicado hasta aquí un

(1) Bien se puede echar de ver la suma preocupacion con que proceden los estranjeros al acusar de indolente y perezoso á un pueblo ante cuya actividad é intrepidez la Europa entera se hincara un dia de rodillas. La indolencia española es una quimera fraguada por los enemigos de la grandeza y de las prosperidades españolas, abiertamente desmentida por el jenio inconcebible de sus empresas, eternamente consignadas en los perennes monumentos de nuestras glorias. La historia imparcial demuestra las increíbles hazañas del primer adalid de su época, del Cid que, aun despues de muerto, alcanzó sobre los Moros una victoria completa; de Hernan Cortés que depositó para prez y honor de nuestros padres á los pies del trono español el inmenso imperio mejicano; de Pizarro, que con inauditos esfuerzos conquistó la vasta estension del Perú con sus infinitos tesoros; de aquellos esforzados Españoles que en las sangrientas guerras de la revolucion de Flandes vadeaban el Océano y los mas caudalosos ríos sin titubear, de los innumerables heroes que con hechos nunca vistos estendieron los límites del imperio español, poblando con imponentes escuadras la superficie de todos los mares del globo, y haciendo que el sol no se pusiese jamás en sus dominios; de una infinidad de jenios emprendedores que manifiestan hasta el grado mas eminente la enerjía del carácter español. La península está atestada de recuerdos de la encarnizada y heroica lid que los inmortales combatientes de Pelayo suscitaron contra el colosal poder de los Árabes desde las fragosas ca-

solo documento útil á sus posesiones coloniales. La España, que en otro tiempo se halló á la cabeza de la propaganda comercial, la España que tuvo á Colon y á las minas del Perú, la España á quien debemos el descubrimiento de un mundo, se deja desmembrar poco á poco de sus pasadas glorias; no posee ya sus imperios de ultramar, ni sus fabulosos galeones; y si aun actualmente quisiese comparar lo que le cuestan sus colonias y lo que le producen, dudamos que el resultado satisficiese su orgullo y su interés de propietaria.

CAPÍTULO XXXIII.

CHINA. — MACAO.

A 1.° de setiembre, por la mañana, nuestro junco salió de Manila y se dejó drivar hácia el N. El baron habia venido á bordo muy temprano. Con el ausilio de la brisa terrestre, nos hallámos en breve en plena bahía, donde el monzon de S. O. sorprendió al buque haciéndolo orientar felizmente. El capitan Tsin-Fong se quedó en la cubierta hasta que nos hubo visitado el batel del correjidor, y quiso dirijir por sí mismo el timon paraque la embarcacion doblase con felicidad la punta de Marivella, despues de lo cual, viendo el tiempo favorable y el mar tranquilo, entró en su camarote y no salió mas que de vez en cuando.

Cuan monótono es el mar cuando no sobreviene incidente alguno, cuando, especialmente en la fuerza de un monzon regular, no tiene que inquietarse por las variaciones del rumbo, y de la inconstancia del tiempo! Impacienta por cierto andar con tanta felicidad y rapidez. Afortunadamente ocurrió un pequeño drama que vino á distraernos en nuestro camino, y romper aquella desesperante monotonía!

A 4 de setiembre, no veíamos ya tierra alguna y hallábamonos á la altura del cabo Bojador, cuando uno de nuestros marineros señaló un buque en la proa del junco. Habiéndolo percibido Norberg, ecsaminólo con su mejor anteojo. Todos los instantes veíale reemplazar este ecsámen con inquieta preocupacion; parecia que deseaba esplicar alguna estraña circunstancia en aquella lejana aparicion. Finalmente rompió el silencio. « Parece que este buque, me dijo, está envuelto por alguna cosa, no sé si por una niebla ó por un nublo.» En consecuencia tomé el anteojo, y le respondí: no es un nublo, es un torbellino de humo: este buque está ardiendo.» En efecto, á medida que nos aprocsimábamos á él, desarrollábase una escena de luto. Teníamos á la vista un brick europeo medio incendiado, con uno de sus palos destruído, y el otro ya ardiendo. Al través de los remolinos de humo, apenas se distinguia el casco del buque, negro, ya calcinado, abierto como el cráter de un volcan: el último palo cedió ante nosotros y fué precipitado al mar. Cual era aquel brick? Donde estaba su tripulacion? Habian quizás los hombres tenido tiempo de salvarse en las chalupas? Qué pabellon llevaba? De donde venia? A donde iba? Hacíamonos mutuamente estas preguntas, pero sin poder dar con la respuesta; porque el brick no tenia ya nombre; el fuego lo habia devorado; ni muertos ni vivos, no contenia ya hombre alguno.

A un cuarto de legua á barlovento del brick, el capitan Tsin-Fong se preparó. La chalupa y la canoa del junco quedaron en un instante atestadas de jente. Y no era la humanidad ni un apresuramiento curioso quien inspiraba á aquellos marineros y á su comandante. A vista de un cargamento que ardia, el deseo de sustraer al fuego y al agua una parte de su presa, acometiera á la tripulacion. Queria aventurar en provecho suyo una liza contra dos elementos. Desinteresados en la cuestion, quisímos ser espectadores de la escena. Las embarcaciones bogaron, procurando mantenerse á barlovento del buque; pero cuando se encontraron á tiro de pistola, se manifestaron las dificultades de la empresa. Privado de timon, el buque incendiado flotaba al azar; en aquella oscilacion incesante, los dos palos azotaban el agua, de suerte que parecia imposible que una canoa pudiese acercarse al brick en medio de aquel mar proceloso! En una tentativa de esta naturaleza, los peligros eran de muchas especies: quizás el brick tenia pólvora á bordo, en cuyo caso debia arrostrarse á la vez el incendio y la esplosion. Apesar de tantos obstáculos (cuan animosa es la ambicion!), cinco ó seis marineros no titubearon en arrojarse á nado: encamináronse directamente al buque, asieron con las sogas pendientes como de un guia y de una escala, subieron á bordo, no obstante la

vernas de Asturias, y entre muchisimas otras pruebas que no son aquí para citadas, descuella nuestra última guerra de la independencia demostrando al orbe entero el heroismo sin par de nuestra patria, que rechazó de su seno al jigante de los tiempos modernos, mientras se hallaba adormida en medio de los cañones y de las inmortales falanjes de aquel hijo mimado de la victoria. Con efecto, aun cuando la historia estuviese destituida de otras pruebas para confutar un error, harto popularizado en la mayor parte de las naciones que vieron caer con impasibilidad las cabezas de Padilla y Maldonado; esta sola seria suficiente para demostrar hasta la evidencia la emprendedora actividad de la nacion española, y confundir para siempre los denuestos é imputaciones de nuestros enemigos. Creemos habernos esplicado bastante para decir que léjos de ser indolente y perezoso, el pueblo español es eminentemente activo, enérjico y emprendedor.

actividad del fuego, y volvieron con los cabellos y las cejas devoradas, empujando á nado, ante sí, algunos fardos hallados en la cubierta. Eran del *cassia lignea*. Dos de aquellos desgraciados perecieron en la empresa, el uno quemado y el otro anegado, pero esto no fué bastante para intimidar á los otros.

Durante esta escena, podíamos ecsaminar el buque y procurar acertar la catástrofe. La tripulacion lo habia abandonado, y sin duda en aquel momento no estaba muy lejos; amontonada en embarcaciones, flotaba en alta mar, sin saber si la brisa y las olas la llevarian á alguna costa, antes que la diezmasen el hambre y la sed. El casco del buque indicaba una construccion europea. Pero, de qué país? Difícil era determinarlo. Norberg creyó reconocer la forma portuguesa. Todo el alcázar del brick estaba destruído, y sin duda que el fuego se habia pegado en la popa, puesto que la devastacion era mucho mayor en esta parte. El puente ya cubierto daba paso al volcan de la quilla. A cada minuto el incendio mudaba de carácter, segun la naturaleza de los alimentos que encontraba; ora despedia negras columnas de humo, cual chimenea de fragua; ora se manifestaba en llamas caprichosas, desiguales y esplendentes bajo el sol. Si á esto se añaden los movimientos de las chalupas chinas que asistian á aquel espectáculo, la audacia de aquellos hombres que arrostraban tantos peligros por tan corto provecho, y á lo lejos el pesado junco cargado de curiosos, inmóvil y quieto como una roca, se tendrá la idea ecsacta de aquel cuadro, uno de los mas sorprendentes que haya presenciado.

Dos horas nos ocupó este episodio, al cabo de las cuales proseguimos el rumbo. Al caer la noche el navío incendiado desapareció para nosotros en el S. E. cual inflamado metéoro.

A 9 de setiembre por la mañana, creímonos cerca los atracaderos de la China por medio de una multitud prodijiosa de barcos pescadores, que se aventuran hasta 20 y aun á 25 leguas de las costas. Estas embarcaciones chinas, grandes y construídas con solidez, resisten mas ventajosamente al huracan que las embarcaciones mercantes españolas y portuguesas. Su lonjitud es de cincuenta pies y su anchura considerable, y terminan en punta en la proa, con un ojo pintado en cada una de sus serviolas; la popa forma una especie de toldilla. Todo el barco está dado de negro y de blanco. Estos barcos pescadores tienen dos palos; el mayor mas prócsimo á la proa, lleva una gran vela cuadrada, y el otro una vela mediana, mientras que en la estremidad se eleva un pequeño palo con una vela de algodon. Finos veleros, estos barcos son montados ordinariamente por una docena de hombres, casi siempre parientes, nacidos y educados á bordo: el bordo, hé aquí su única propiedad y su sola patria. Nunca saltan en tierra hasta que se han acabado sus víveres ó cuando han completado su pesca. Entonces cambian contra té, arroz, sal y vestidos, la cantidad de pescado salado que han recojido durante la campaña, en seguida vuelven á internarse en alta mar, continuando su vida aventurera y ocupada, y escapando de esta suerte durante algun tiempo á la brutalidad fiscal de los mandarines. Apesar del número considerable de individuos amontonados en estos barcos, casi siempre reina en ellos cierto aire de aseo y de comodidad. Sus tripulaciones parecen robustas, se sustentan de arroz, de pescados y de té, y evitan las enfermedades que ocasionan la intemperancia y el abuso de licores espirituosos. La vida marítima para estos hombres es la vida de menaje: traen consigo sus mujeres y sus hijos, contratan alianzas de un barco á otro, nacen y mueren en el mar, no sienten necesidad alguna de habitar un elemento menos proceloso, se hacen usos y costumbres particulares, placeres y fiestas, y adoran divinidades á las que conceden atributos marinos. Por lo demas, ninguna clase hay en China, país de astucia y de intriga, mas franca ni mas leal que la de estos pescadores; ninguna es mas robusta ni mas intrépida.

Al dia siguiente, 10 de setiembre, nos hallábamos mas cercanos á las montañas de la China: algunas isletas que preceden á las bocas del Tigre, estaban frente de nuestro junco, la primera mas pequeña, las otras mas considerables, pero todas privadas de vejetacion. Estos grupos de escollos han sido por largo tiempo la guarida de piratas chinos, dueños del mar en diversas épocas, y bastante poderosos para equilibrar el poder de su emperador.

Todas estas islas están separadas por canales estrechos, pero profundos y bien conocidos. Los dos pasajes que frecuentan los navíos europeos, se encuentran el uno al S. del archipiélago, y el otro al N.; el primero sirve durante el monzon del S. O., y el otro durante el monzon del N. E.

Así que, reconocímos sucesivamente el escollo de *Piedra Blanca*, la isla de la Grande-Lemma, y costeámos algunas rocas contra las cuales se estrellaban las espumosas olas.

Norberg estaba casi amedrentado cuando encontró el semblante sereno y tranquilo del capitan Tsin-Fong. Este hombre á quien desconcertaba en plena mar una brisa demasiado vigorosa, parecia no inmutarse mucho ante un arrecife. Y es que sabia cuanta agua habia bajo la quilla del junco, y que veía el fondo de los

canalizos de la costa natal tan claro como los peces que lo habitan. Tsing-Fong era un marino práctico del archipiélago de Macao, y aunque otros pilotos pasasen á nuestro lado con sus barcos aseados y bien pintados, y con su pabellon amarillo y azul con tres estrellas blancas, ninguno de ellos dejaria de ofrecer sus servicios al viejo marino, puesto que todos lo reputaban un hábil piloto.

Impelido vivamente en aquel canal sinuoso, en breve se halló el junco en medio de los canalizos que conducen al fondeadero de la Typa, frente de Macao. A medida que adelantábamos hácia la ciudad, veíamos desaparecer á nuestra derecha una costa sombría, amarillenta y orillada de rompientes; en la izquierda aparecia una batería portuguesa que dominaba los roquedos y el mar. Manifestábase á mayor distancia el convento de la Guia, residencia del obispo, que fácilmente podia reconocerse por sus encumbradas murallas y sus copados árboles, únicos que se levantaban en medio de aquel árido paisaje. Allende la Guia se alzaba otro monasterio en la cima del peñon, mientras que, escalonadas á lo largo de la colina, las casas de Macao descendian al mar hasta bañar sus pies en él (Pl. XXXIV.—3).

El fondeadero ó mas bien el puerto de la Typa es formado por muchas islas escarpadas, la mayor de las cuales es la de Negao-Men, ó Macao; rodeado de tierras en todos sentidos, este puerto es mucho mas seguro que la bahía portuguesa, y es el único de esta costa que ofrece un abrigo contra los tifones que devastan la bahía de la factoría europea. Esta ventaja inestimable ha hecho codiciar la Typa por los Chinos y por los Portugueses. Hasta el dia ha sido un fondeadero neutral, pero tarde ó temprano los Chinos con su obstinacion se lo adjudicarán para percibir con mas comodidad sus derechos de anclaje. Toda la orilla situada en frente de este puerto está cubierta ya de haciendas chinas; varios operarios chinos pueblan los arsenales y reparan las embarcaciones; los gondoleros chinos guian, en el canal que conduce á Macao, barcos de pasaje con su techo de paja trenzada y sus pequeños apartamientos dispuestos en la popa. Anclados lo mas cerca posible á la arenosa playa, inmensos bateles toman cargamentos de sal para Canton, mientras que en medio del puerto, una doble hilera de juncos de guerra, con palos cortos y macizos y con banderolas de veinte colores, se reunen en torno del junco almirante, que lleva cruzados en su pabellon amarillo, dos bastones de mandarin. Asimismo hay allí varios champanes procedentes de Emoul y de Nankin, y tripulaciones familiarizadas con los huracanes del Mar Amarillo. Fácilmente pueden distinguirse de los marineros de las costas meridionales por su tinte mas blanco y por sus miembros atléticos.

Apenas habíamos surjido en aquella ensenada tranquila, cuando deseámos pasar á Macao. La cuenta del pasaje fué arreglada con el viejo Tsin, y una gratificacion dada á la tripulacion nos valió una conducta casi real. Descendidos á la chalupa de honor, arribámos en breve á la rada de Macao, observámos el fondeadero de Playa-Pequinina, cerca de la aldea de Fapa, y pudímos analizar aquella colonia portuguesa situada en territorio chino. Este territorio no es mas que un pedazo de suelo ingrato cuya vuelta puede hacerse en el espacio de dos horas; es la punta oriental de la isla de Negao-Men, de diez leguas de lonjitud, y la mayor de este archipiélago que ocupa el golfo donde desagua el Tigre, rio de Canton.

Cuando el emperador chino Khang-Hi, á mediados del siglo XVI, consintió en conceder á los Portugueses un apeadero, en reconocimiento de sus servicios contra los piratas que infestaban aquel mar, quiso tambien combinar las cosas de tal suerte que esta concesion quedase siempre sin ventaja para los colonizadores y sin peligro para el continente vecino. Si hubiese otorgado una isla entera, por estrecha y árida que fuese, habria sido una especie de campo atrincherado para el Portugal; con algunos fuertes en los puntos culminantes y una pequeña escuadra, los recien venidos hubieran dominado los canalizos del Tigre, avasallado á los armadores de Canton y dado la ley á toda la costa meridional. El cañon de Macao hubiera impuesto un tributo á la China. Bajo este supuesto, en vez de una isla, el emperador cedió á aquellos aventureros una fraccion de isla, reservándose tener ojos bastante abiertos en la otra fraccion para velar sobre su política. Partiendo de este principio se trazó una linea de demarcacion en una especie de istmo muy estrecho, y cualquier Portugués que salvase esta barrera, maltrado por la poblacion china y presentado ante los mandarines, solo podia salir á fuerza de dinero, ó sujetándose al suplicio de la canga ó del calabozo. El territorio portugués era por lo contrario libre y accesible á los Chinos, de suerte que el derecho de vijilancia no era recíproco.

Apesar de estas trabas, Macao, fundada en una época en que el jenio portugués tenia un inmenso resorte, llegó á ser en breve rica y floreciente. Procurando sacar el mejor partido posible de una posicion precaria, se edificaron conventos almenados en las alturas y un palacio episcopal artillado. A falta de un apostadero

3. Entrée de Macao.

3. Entrada de Macao.

4. Partie de Macao.

4. Parte de Macao

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

militar, se hizo una buena colonia mercantil, con flotas procedentes de Malaca, de Goa y de Lisboa, las primeras que hubiesen visitado los mercados chinos. Atestáronse aquellos roquedos de opulentas casas, se construyó un muelle en aquellas arenas, y á lo largo de la playa, poco antes desierta, se levantaron algunos almacenes. Durante unos dos siglos, esta prosperidad fué acreciendo gradualmente, pero al fin se vió arruinada por diversas causas.

La primera fué la aparicion de otras potencias europeas en los mares de China. Los Holandeses y los Ingleses, viéndose sucesivamente dominadores de los mares indianos, pretendieron abrirse la entrada de los puertos chinos. Desde que fueron admitidos en Canton, el reinado de Macao tocó á su término. Ni aun pudo Macao ser punto de recalo á los *country-ships* de la Compañía de las Indias, porque su rada no era profunda ni segura. La Typa y la rada de Wampoa, situada en las bocas, sirvieron de surjideros á los buques estranjeros, por cuyo motivo el apostadero portugués fué casi insignificante no solo como depósito, sino tambien como puerto.

A esta causa se agregó otra no menos decisiva. En Macao, como en todas sus posesiones, el Portugal solo tuvo actividad y enerjía en los primeros dias. Sea que el decrecimiento de la influencia metropolitana obrase á lo lejos, sea que la sola vida colonial bastase para dejenerar á unos hombres que se mostraran tan fuertes bajo Vasco de Gama y Albuquerque, los colonos de Macao tomaron con la prosperidad y la paz costumbres indolentes, cobardes y apáticas. Habiendo encontrado en los Chinos operarios activos é intelijentes, ajentes de negocios, intérpretes, abandonaron á su cuidado toda la faena corriente. Los Chinos edificaron Macao, construyeron edificios, muelles, depósitos; organizaron su comercio, y solo contaron con los Portugueses para regularizar sus rapiñas. Tomada esta direccion, vióse concurrir de toda la China la parte mas atarcada y la mas pícara de su poblacion. Canton, sentina del comercio, envió sus jéneros á Macao. Poco á poco aquellos nuevos colonos absorvieron el nucleo de Portugueses, ya modificado por el perpetuo cruzamiento de las razas. Actualmente Macao es mas china que portuguesa. Este resultado, en los umbrales de Canton, no tiene nada de estraño, cuando se ve, en una raya de 100 leguas al rededor de las costas, fundarse colonias enteras de Chinos á despecho de las leyes que prohiben toda emigracion.

Este populacho turbulento, que se introdujera en Macao poco á poco, fué dócil y útil mientras se halló contenido por una guarnicion europea. Aglomerada en la parte esterior de las fortificaciones y bajo el fuego de su artillería, sentíase reprimida y no osaba levantarse. Pero cuando el Portugal, destronado en la India, solo envió á aquel apostadero Cipayes mandados por oficiales mestizos, aquel pueblo, mas numeroso que los criollos de sangre pura ó mezclada, mas activo, mas emprendedor, dió en frecuentes sublevaciones, y consiguió penetrar en la ciudad, y aun domiciliarse en el interior de los fuertes. Entonces los dueños de Macao tuvieron tambien sus dueños; bajo el menor pretesto estallaba una commocion china que arruinaba la factoría y saqueaba las casas de los ricos Europeos. En consecuencia fué preciso invocar contra ellos una justicia indíjena, llamando mandarines á Macao. Desde entonces, han observado una conducta tal, que en el dia el gobernador portugués es el ajente pasivo de las voluntades del mandarin. Una órden de este funcionario asiático podrá cerrar la entrada de la rada; toda mercancía que se embarca le paga un derecho; toda piedra que se remueve para nuevas construcciones no puede ser colocada sino por medio de un *chappe* ó permiso emanado de él. Su influencia, en todos esos asuntos, es algunas veces directa, pero por lo comun indirecta. Así que, sus partes no se dirijen á los Portugueses ó á sus jefes, sino á los Chinos. Cuando pretende cerrar el puerto, prohibe á todos los pilotos salir al encuentro de las embarcaciones que haya en alta mar; si quiere imponer las nuevas construcciones, da órden á los operarios de ecsijir la tasa como suplemento de salario. En vano quisieran los Portugueses oponer la fuerza á tanta perfidia, pues al primer asomo de resistencia, el mandarin cortaria los víveres á Macao, pondria hambrientos á los Europeos, y desencadenaria contra ellos al populacho, prometiéndole la impunidad.

Este sistema de vejaciones y de trabas ha sido llevado recientemente hasta el absurdo; para disgustar sin duda á los habitantes de la mansion de Macao, los mandarines han dado en combatir sus costumbres indolentes y su necesidad de vida muelle y descansada, hasta llegar á prohibirles el uso de las palanquetas. Lo mas estraño es que semejante órden emanase de Pekin: no se queria tolerar que Macao tuviese este privilejio sobre Canton, queriendo significar con esto que la ciudad portuguesa se habia restituído completamente á la *corona celeste*, y que entraba en las condiciones de las ciudades puramente chinas. Mas como dar vigor á esta innovacion? No fué desconcertada por tan poca cosa la astucia china: al dia siguiente se espidió un decreto que pro-

hibia á los portadores de palanquetas, bajo las mas severas penas, continuar sirviendo á los estranjeros: abstuviéronse los portadores, y, apesar de las ofertas de salario escorbitante, no pudieron reemplazarlos por criollos ni por mestizos. Sin embargo, los mandarines esperimentaron un revés cuando quisieron impedir á los Ingleses el pasearse á caballo por el pequeño campo situado entre las murallas de la ciudad y el límite de ambos territorios. Todos los medios se practicaron sin el menor éxito; la amenaza, las cuerdas tendidas, los fosos abiertos durante la noche. La amenaza fué arrostrada, las cuerdas rotas, y los fosos cegados.

Merced á la posicion que se ha conquistado en Macao la autoridad china, ya no hay actualmente seguridad ni garantía para los Europeos de esta residencia. Poco tiempo antes de nuestra llegada, ocurrió un grave acontecimiento que dió la medida del poder que restaba á cada uno, y describió los papeles de todos, administrados y administradores.

Cierto soldado de la guarnicion, atormentado por una úlcera, habia consultado á un camarada, reputado hechicero en el cuerpo. Este, sea por lisonja, sea por venganza, prometióle su curacion si aplicaba en su llaga un pedazo de carne de Chino. Ecsasperado por el dolor, y confiando en el remedio, el soldado escojió su víctima, acometióla con un cuchillo y le hizo una profunda muesca, de cuyas resultas falleció el Chino casi al momento mismo. A los clamores de la víctima, concurrió la multitud furiosa gritando venganza y reclamando al asesino que se habia refujiado en la caserna. Fué precisa la amenaza del cañon para obligarle á esperar hasta el dia del juicio.

El asesino fué condenado á muerte; pero, previendo una sublevacion para el dia del suplicio, el gobernador portugués hizo ir á su lado á los principales de su nacion, y de grado ó por fuerza los encerró con él en el castillo. Era una necesidad para aquel hombre tener á su lado defensores ó compañeros de infortunio. Al dia señalado, el paciente fué conducido á la esplanada de la rada, y decapitado en presencia del mandarin; pero apenas se concluyó la ejecucion, cuando la multitud, juzgando que no se habia administrado suficiente justicia, arrojó de su puesto al majistrado chino, le asesinó, dispersó á la guarnicion de Cipayes formada en batalla, y corrió en seguida hácia las casas de los criollos, pillándolo, violándolo, saqueándolo é incendiándolo todo. La revolucion duró tres ó cuatro dias, durante los cuales los Portugueses presenciaron desde lo alto de la fortaleza sus casas devastadas y sus familias ultrajadas. Así es que en aquella sublevacion, el populacho chino demostró que era el único dueño de Macao. En espiacion del insulto hecho al mandarin, se condenaron á muerte diez y siete culpables; pero este ejemplo no fué muy provechoso para los restantes.

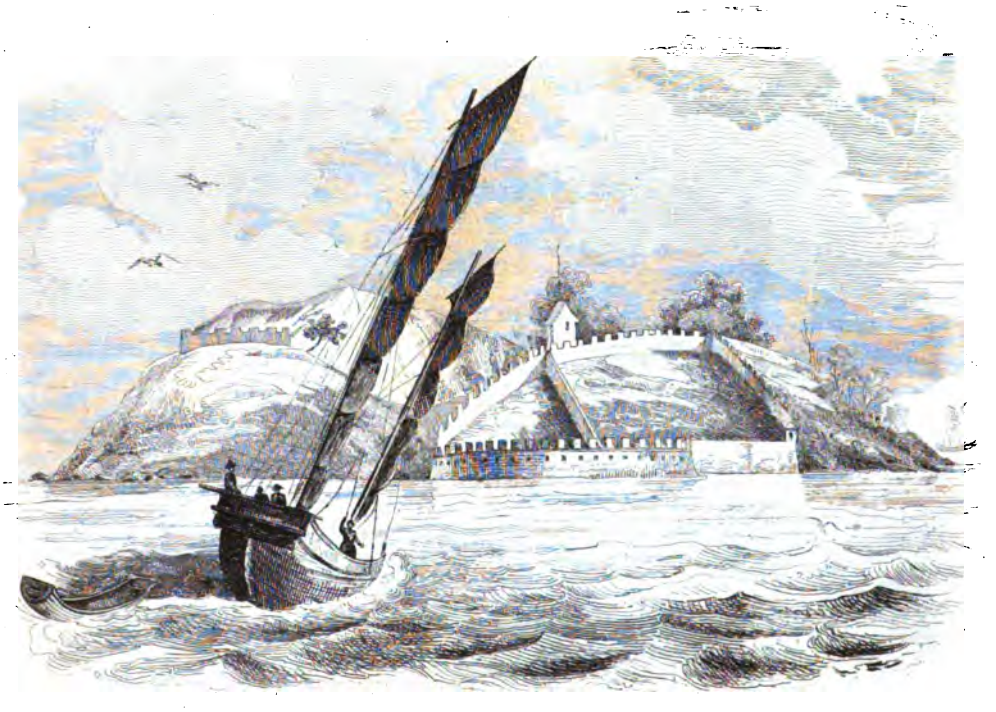
Para aportar á Macao, remontámos el pequeño rio que desemboca en la rada (Pl. XXXV.—3). Hallándonos mas prócsimos, pudimos observar mejor las diversas partes de la ciudad: veíamos las cuatro pequeñas fortalezas que la defienden, el burgo chino de Moa, el bastion de San Francisco, y el de la Reina. La especie de muelle en que desembarcámos dominaba la ciudad baja, cuyos techos se agrupaban confusamente, mientras que á lo lejos algunas casas de bella apariencia y el palacio del gobernador formaban el último plan del cuadro (Pl. XXXIV.—4).

Apenas habíamos desembarcado y pedido asilo á un bravo negociante americano, cuando deseábamos ya visitar Macao. Nuestra primera escursion fué á lo largo de la playa que terminaba la bahía. Caminámos de esta suerte, aprovechando la frescura de la tarde, hasta á una especie de fortificacion situada en el estremo del semicírculo, y desde donde se desplegaban como una linea blanca, la ciudad, sus conventos, su iglesia y sus casas. Dibujábase en la altura el convento de la Guia, palacio episcopal y fortaleza de Macao, y en uno de sus ángulos flotaba un ancho pabellon portugués (Pl. XXXV.—1).

Al dia siguiente, nuestro primer objeto fué visitar el residente inglés, para el cual llevábamos diferentes cartas de recomendacion, así Norberg como yo. El residente no estaba en casa á la sazon; pero uno de sus cancilleres lo suplió de un modo muy afable, poniéndose á nuestra disposicion en cuanto pudiese sernos interesante y útil. «Podrán VV. desayunarse conmigo, dijo, tomaremos té en el jardin.» Con efecto, sirviósenos la cena en un kiosco, colocado como un penacho en la cima de la roca. Este peñon no era macizo, pero taladrado de parte á parte con paredes casi rectas. Desde aquel kiosco se descubria todo Macao, su bahía y una porcion del puerto de la Typa, guarnecido de mástiles y de barcos. Terminado el desayuno en aquel delicioso local, díjonos el Inglés: «Qué les parece á VV. este pabellon? No respiran aquí un perfume de antigua poesía?—Como es esto?—Sí, señores, en la gruta subterranea de este peñon concluyó Camoëns su *Lusiada* (Pl. XXXV.—2).» Al momento nos levantámos por un mismo movimiento de respeto. Descendidos del kiosco, recorrímos aquel recinto con una curiosidad silenciosa; una piedra, un banco, un arbusto, nos parecian dignos de atencion. Camoëns! el poeta semi-latino, semi-

3. Rivière de Macao.

3. Rio de Macao.



4. Forts de l'entrée du Tigre.

4. Fuertes de la entrada del Tigris.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1. C. Macao.

1. Macao

2. Grotte de Camoëns.

2 Gruta de Camoens.

de Fuisson del.

VOYAGE
VIAJE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

católico, que mezcló en su obra la mitolojía y el cristianismo, y tan lleno de fé en su trabajo que cuando naufragó en aquella costa, tenia su *Lusiada* sobre el agua con la mano izquierda, mientras que nadaba con la mano derecha! Allí es donde habia soñado, poetizado, allí, en el mismo punto en que nos hallábamos, en China, en una roca de Macao!

Este incidente ocupó nuestra mañana. Despues de haber dejado al canciller, subímos á las fortalezas, una de las cuales está artillada todavia con 40 piezas. Esta fortaleza tiene una cisterna, dos manantiales de agua viva, varias casamatas y algunos cuarteles para 1.000 hombres. La otra, menos espaciosa, y artillada con 30 piezas, solo puede contener 300 soldados. Estas dos fortificaciones, situadas en los puntos mas elevados de la isla, dominan todo el territorio, pero apesar de esta única posicion, la mala fé y la astucia de los mandarines han hecho casi nula su influencia. Si las piezas del fuerte tirasen, al dia siguiente Macao no tendria ya víveres.

La guarnicion de Macao se compone de 200 Cipayes y 200 hombres de milicia, cuyo servicio consiste en algunas patrullas nocturnas. Los soldados van armados con palos; los oficiales son los únicos que tienen derecho de llevar espada, de la que no pueden hacer uso contra los Chinos. Un ladron de esta nacion, aunque sea sorprendido infraganti, no puede ser encarcelado sino con la mayor precaucion. Si un soldado mata al ladron, sea por accidente, sea adrede, en el mismo instante es preciso entregar el asesino al mandarin, el cual le hace ahorcar en el mercado, en presencia de la guarnicion reunida. Cuando tienen lugar estas ejecuciones, los dignitarios chinos, á su entrada y á su salida de la plaza, deben ser honrados con el saludo de los fuertes. En el caso contrario, es decir, cuando un Chino mata á un Portugués, el culpable es entregado á sus jueces nacionales, quienes acostumbran libertarlo por medio de un rescate que perciben en provecho suyo.

De los fuertes pasámos á las iglesias, situadas algunas veces en un recinto atrincherado. Visitámos la catedral y el convento de la Guia, donde alojan el obispo y los doce canónigos sus vicarios; S. Lorenzo, S. Pablo, S. Antonio, S. Pedro, los conventos de relijiosos de S. Francisco, S. Domingo y S. Agustin; los conventos de monjas, Sta. Clara y la Misericordia; en fin los tres hospitales militares y civiles. En la nave de S. Pablo, nuestro guia nos hizo observar la tumba de la esposa de Beniowski, que, habiendo seguido á este aventurero en su fuga de Siberia, murió estenuada en Macao.

El personal de los eclesiásticos que sirven estas iglesias, procede casi enteramente de Goa. A mas de los sacerdotes portugueses, ese clero comprende todavía los restos de aquellas célebres misiones que honraron tanto á los siglos anteriores. En el obispado vímos uno de esos venerables apóstoles, el P. Amyot, que habitaba la China hacia ya 40 años, y llevaba en Macao el traje chino. Este era el único de todos aquellos sacerdotes que vivió largo tiempo en el interior del país, bajo la proteccion del último emperador. Jefe del rebaño apostólico, hablaba con emocion á los recien venidos de los neófitos que dejara en medio de aquellas populosas ciudades; iniciaba á sus alumnos en los usos y costumbres de aquella rejion, descrita de tan diversos modos, y deseaba morir en ella predicando la fé de Cristo y utilizando los últimos años de su vida. En Macao, el zelo de aquellos apóstoles solo podia ejercitarse sobre la porcion corrompida de la poblacion china. A menudo se presentaban varios malhechores á fin de conquistar la impunidad por medio de una conversion que les colocaba bajo el patronazgo europeo. Otros indíjenas, estimulados por algunas limosnas, abrazaban el culto cristiano, y lo renegaban despues de la ceremonia. Apesar de esto, los buenos eclesiásticos continuaban su obra con una paciencia digna de mejor suerte; iban á buscar en la ciudad á los pobres y á los desgraciados, y si no conquistaban almas á Dios, almenos sustraian familias enteras al demonio de la avaricia y de la necesidad. Macao retumbaba de bendiciones dictadas por nuestros piadosos misioneros.

De los cúspides de la ciudad descendímos hácia la rada, al través de las calles adornadas por hermosas tiendas chinas. De trecho en trecho, en los parajes mas solitarios, se ostentaban pequeños cementerios chinos con sus arcos de flores y sus blancos mausoleos; mientras que á lo lejos una torre cónica, edificada en el último plan del cuadro, parecia colocada allí para presentar al viajero el gusto de la arquitectura china, tan estraña y tan caracterizada.

A medida que nos internábamos de nuevo en el corazon de la ciudad baja, encontrábamos las calles estrechas y tortuosas situadas en los alrededores de la bahía. Antiguamente Macao era aun mas sucia, mas apiñada y mas infecta; pero desde que la han invadido los Chinos, han introducido en ella este espíritu de asco y de órden que los caracteriza. Las casas construídas con piedra y blanqueadas con cal; tienen en jeneral cierto aspecto de regularidad y de conveniencia. Los almacenes, los depósitos de la aduana y los mercados son oreados y cubiertos; en ciertos parajes estas construcciones han sido edificadas sobre la montaña. Los mercados en especial se parecen bastante á los de Canton y de

las ciudades chinas: diríase que el oficio de proveedor y de mercader es innato en el Chino, tanto sobresale en él. Con qué arte maravilloso están dispuestos sus artículos! Cómo los limpia, los dora y los refresca paraque seduzcan la vista! qué de ciencia en sus combinaciones! qué de estudio paraque la muestra recomiende á la mercancía! Hay cierto jenio en todas estas cosas, jenio de dolo y de embuste, llevado á un grado increíble! Comprad esos cerdos, tan gordos y tan brillantes! compradlos, y cuando los tendreis, los hallareis hinchados de agua. Esta agua aun podria por largo tiempo representar gordura, porque todas las vias de secrecion habian sido cerradas cuidadosamente. El catálogo de las bribonerías chinas formaria por cierto un grueso volúmen!

Macao, portuguesa de nombre, está poblada casi enteramente de Chinos, de los cuales se cuentan 25.000 en la ciudad, y 5.000 en los champanes, y como la poblacion total asciende á 34.000 almas, restan solamente 4.000 Portugueses, si así puede llamarse una raza mezclada de sangre europea, inda, china y aun cafre. El primer nucleo de la colonia, llegado de Goa, se alteró por incalculables cruzamientos. Los mestizos, copiando en todas épocas las costumbres portuguesas, se manifestaron valientes en sus guerras de Asia, especialmente en el sitio de Diu, pero despues dejeneraron en muelles, indolentes y afeminados. Entonces esta raza fué declinando y perdiendo palmo á palmo el terreno que conquistara en un dia, incapaz de realzarse jamas, porque toda fatiga le repugnaba; dejándose oprimir, porque la resisistencia era una pena: no hallaba nada mejor, cuando se veía despojada, que refujiarse en lo que se le dejaba: de dueña llegara casi al estado de esclava; en China era reputada como inferior á los Chinos, en la India á los Indos; fiera sin embargo como en los tiempos de su robustez, desdeñosa de ciertos empleos, consideran el trabajo de manos como inferior á su dignidad que no creían derogar tendiendo la mano á la limosna. Hé aquí de qué Portugueses se compone actualmente lo poblacion de las factorías fundadas por Albuquerque y por Andrada.

Estos criollos, tan abatidos en la parte moral, no han decaído tanto en la parte física. Son robustos, bien formados y de una estatura bastante alta; mas ó menos morenos, tienen en jeneral facciones regulares y unos ojos negros espresivos. Con un continente mejor y mas aseado, constituirian por cierto una raza de hombres bastante bella. Su traje es una mezcla de modas europeas, indas y chinas. Las mujeres les son muy inferiores: una piel amarilla, una nariz chata, una boca enorme y gastada por el uso de la pipa, ojos tiernos, una frente deprimida, cabellera crespa, una talle maciza y formas fatigadas, tales son las mestizas de Macao. Mientras que en el Senegal, en la Isla de Francia, en Bengala, en las Antillas, las mujeres de color se han conquistado una reputacion de gracia coqueta y de irresistibles atractivos, las de Macao son unas criaturas repugnantes y mazorrales: solo han tomado los defectos de una raza que tiene algunas cualidades. Apesar de la vida retirada á que están sujetas, encuentran la ocasion de hacer prueba de costumbres muy disolutas. Cuando recorren las calles de Macao, el semblante medio cubierto por la mantilla transparente, con sus pantuflos de marroquin, producen cierto efecto sobre los recien venidos, merced á este traje chocante y contrastable. Las mas lindas de estas mujeres, en especial las mas numerosas, son las nacidas de Chinas y de Europeos llamadas *Chinas portuguesadas*. Los Chinos venden, aun muy jóvenes, sus hijas á los Portugueses, quienes las educan y las casan. Los hijos de estas alianzas solo tienen por lo comun una ecsistencia precaria y desgraciada. Las jóvenes son destinadas casi siempre á un comercio libre con los estranjeros, aunque otras veces casan con Chinos. En Macao gozan de cierta reputacion entre los fumadores de opio, pues aseguran que son las únicas que saben prepararlo en dósis convenientes. Acostados en sus divanes y tendidos muellemente de espaldas, los fumadores no hacen mas que aspirar la sustancia por el corto cañuto que se les presenta. La mestiza tiene el cuidado de redondear el grano de opio, introducirlo con una aguja de plata en el orificio de la nuez, aprocsimar la lumbre á la materia que se consume al instante, y renovarlo de esta suerte grano por grano, hasta absorver la dósis supurativa. Entonces es cuando empieza para el voluptuoso fumador el éstasis del alma y el estupor del cuerpo. Este frio supurativo, que embota los sentidos del hombre, aglomera al propio tiempo las ideas en el cérebro, las ecsalta y las reviste de formas confusas y poéticas. El abuso de este narcótico conduce al espasmo y al embrutecimiento; pero es tal el placer que causa su uso, que cuando se ha gustado una vez de la lasciva calma que procura, de ese lánguido estado que no es sueño ni vijilia, es imposible renunciar á tan inefables sensaciones. El coste de un artículo sumamente caro, la pérdida de la salud y de la razon, nada puede combatir este gusto apasionado: es una borrachera soñolienta de la que no se usa impunemente.

Cierto médico francés, que habitaba Macao, quiso esperimentar personalmente los efectos de este narcótico. Para esto tomó la dósis mas dé-

bil, y refiere sus sensaciones en estos términos: « Algunos instantes despues, se ecsaltaron mis espíritus; la sensacion de placer que esperimenté, parecióme depender de una suerte de espansion jeneral de todo mi ser físico y moral, mis facultades me parecian haber tomado un vuelo inmenso, y todos los objetos aumentados de volúmen: mi imajinacion solo obraba sobre los objetos esteriores para transformarlos en imájenes fantásticas y seductoras. Mi éstasis era la armonía de un sueño dispierto. Apresuréme á regresar á mi domicilio, por temor de cometer alguna estravagancia. Mis pies apenas parecian tocar el suelo; creía deslizarme por las calles, impelido por este ajente invisible, y toda mi sangre parecia haberse transformado en un fluido etereo que la hacia mas lijera que el aire. Apenas entré en mi casa, me tendí en la cama, y durante toda la noche vagaron por mi fantasía las visiones mas estrañas. Al dia siguiente pálido y abatido, solo esperimentaba un violento dolor de cabeza.

Los habitantes de la Cochinchina y de la China consumen el opio, no como los Turcos, mascándolo, sino como los Malayos, fumándolo; el humo únicamente escita entre ellos este furioso frenesí, esta sed de sangre, esta enérjica estenuacion que impelen á los habitantes de Sumatra y de Java á las calles con un puñal en la mano; todo se limita en los primeros á algunos movimientos convulsivos y á una escitacion contemplativa Se ha dicho que era el resultado de una desemejanza de temperamento, pero es mas probable que consiste en la diferencia de las dósis, ó almenos en la combinacion de ambos motivos. El éstasis precede, el frenesí sigue; despues de un abuso mas ó menos prolongado, este último síntoma domina al otro y lo absorve.

El opio es un jugo gomo-resinoso, sólido, estraído de la adormidera soporífera. Crece en muchas comarcas del Asia, pero sobre todo en Bengala, que, segun Blumenbach, suministra mas de 600.000 libras anuales. Este narcótico se prepara de muchas maneras. Para las especies de lujo, se hacen en las cápsulas, todavía verdes, incisiones transversales ó espirales, con un cuchillo armado de muchas hojas. El zumo, que destila blanco, no tarda en ponerse amarillo y formarse en lágrimas semi-concretas, que se recojen, y con ellas se hace el opio mas puro y mas estimado de todos, menos amargo y menos peligroso que el que se entrega al comercio. Este opio no sale del país donde se cosecha, pues sirve á sus mas ricos consumidores. Ecsiste una tercera especie de opio inferior llamado *poust*, y que solo es un estracto de los tallos y de las hojas, obtenido por medio del agua hirviendo. El opio de buena calidad se presenta en masas secas, resinosas y morenas; su olor es desagradable, su sabor amargo y nauseabundo; disuélvese en el alcool, y se inflama en el instante mismo sobre carbones encendidos.

Hace poco que el opio era para Macao el único ramo de comercio importante y lucrativo, y las rentas que producia subvenian á los emolumentos de los ajentes civiles y de los altos funcionarios. Era el recurso final de la colonia. Como este artículo es prohibido en China, los cajones procedentes de Bengala se depositaban en los almacenes portugueses, y de allí desfilaban en contrabando hácia Canton. Este comercio se hacia por medio de ajentes chinos, y aun muchas veces con el ausilio de mandarines y de jefes de aduanas comprados á peso de oro. Estos gastos ecsorbitantes elevaban á un precio enorme el coste de la mercancía. Una caja de opio valia entonces en el interior mas de 2.000 pesos, y siendo este artículo el único que procuraba algunos beneficios á la aduana de Macao, habia tenido esta el cuidado de reservarse su monopolio. Por desgracia un decreto de Pekin ha venido á arrebatarle su último tráfico. El mandarin, actualmente verdadero jefe de la aduana portuguesa, vijila la entrada del opio y su movimiento en la rada. El contrabando se ha hecho difícil y casi imposible en el apostadero portugués, y así es que actualmente se hace en Lintín.

Lo que resta todavía en Macao consiste en un pequeño cabotaje con Touranne, Saigong, Sincapour y las Filipinas; el arec, el marfil, el balaté, los nidos de aves, las nipes, forman parte de sus importaciones. En otro tiempo el gobierno portugués obligaba á sus armadores á dos viajes anuales, el uno para Timor en las Molucas, país ingrato y malsano; el otro para Goa, capital del vireinato de la India, pero factoría insignificante bajo el aspecto comercial. Actualmente estas espediciones han cesado ya.

Merced á este gobierno misto que rije Macao, sus comerciantes gozan del favor de dos aduanas, la una portuguesa, *elephantica*, la otra china, *haupoul*. Esta última depende del mandarin con botones blancos que habita en *Casa-Branca*, pequeña aldea situada en Negao-Men, á una legua y media de Macao. Este hombre vijilante político y comercial, está encargado de castigar las violaciones de territorio y de arreglar la percepcion fiscal. Merced á los afeminados placeres de los Portugueses, esta percepcion ha hallado medio de alcanzarlo todo; fardos de la entrada y salida, construccion de casas, alquileres de tiendas, pesca, venta por menor, todo en fin.

El gobierno portugués de Macao se compo-

ne de un gobernador que toma el título pomposo de capitan jeneral. Su guarnicion consiste en 400 hombres. La eleccion de este funcionario se hace en Goa, donde es nombrado para tres años. El *desembargador*, puesto bajo su dependencia, es enviado de Lisboa, y no es mas que un juez civil que desempeña al propio tiempo las funciones de jefe de la aduana, y administra los bienes vacantes y los fondos legados á los establecimientos piadosos. Despues de esta plaza sumamente lucrativa viene, como á tercer poder, el obispo, jefe del clero y de las misiones. Macao tiene asimismo un senado, compuesto de siete notables escojidos de entre los mas ricos comerciantes de la ciudad. Esta especie de cuerpo municipal, que se intitula fastuosamente el *augusto senado de la ciudad de Macao*, arregla el corto número de negocios concernientes á la ciudad

En medio de las dos autoridades que se disputan Macao, y como poblacion neutra entre los Portugueses y los Chinos, ecsiste un corto número de comerciantes europeos, si bien insignificante, pero que goza de mucho influjo por su posicion y por su nacionalidad. Ingleses, Americanos, Franceses ú Holandeses, la China conoce perfectamente que no los ultrajaria sin correr algun riesgo, y aunque es verdad que no les profesa afecto alguno, almenos los respeta. Estos comerciantes tienen mas bien la residencia de su comercio en Canton que en Macao, pero como el gobernador de esta primera ciudad no tolera su permanencia despues de la época de la saca del té, establécense comunmente en las factorías portuguesas con sus familias, hácense construir en ellas elegantes domicilios, tanto en el muelle, como en la parte sombreada de la colina. Ricos cuando comercian de su cuenta, bien retribuídos cuando solo son los ajentes de las grandes factorías, estos estranjeros han introducido en Macao el lujo interior y las comunidades domésticas desconocidas á los Portugueses, siendo por lo tanto los únicos que comunican un poco de vida y de buen tono á esta sociedad tétrica y melancólica. Unos tienen kioscos oreados en el mar, otros tienen jardines donde viven la hortensia, el camelia, y el elegante cuamoclit: aquí se ve una pajarera donde se huelgan las aves de la China y del gran archipiélago malayo, el faisan dorado y el arjentado, el gallo de matorral, el pato mandarin con plumaje de arlequin, y el ave del paraíso que, muerta, atraviesa el Océano para encaramarse todavía á la cabeza de nuestras Europeas.

Algunas horas de reconocimiento y una breve conversacion con nuestro escelente huésped, nos habian dado á conocer todo el recinto de Macao. Propúsonos que fuésemos á ecsaminar de cerca á los Chinos, y dar un paseo hasta la Typa, país ocupado solamente por ellos. Al instante nos recibió una esbelta embarcacion, montada por dos robustos barqueros, que nos condujo velozmente á nuestro destino. Era aquel dia festivo en la Typa. Las banderillas adornaban los palos de los juncos, y en todas partes retiñian los gongs. Desembarcados en una lengua de tierra, nos hallámos en frente de una pagoda, abierta en la montaña por los marinos mismos y, merced á sus pacientes trabajos, adornada de jardines suspendidos en la roca viva. Una multitud de pequeñas capillas sembradas en los bordes de una arenosa calle de árboles, servian de piquetes hasta el templo principal, desde donde se descubria el puerto y el mar. En el interior habia varios altares cargados de presentes y de flores, cuadros, estatuas que representaban mozas sentadas, inscripciones votivas que mencionaban las ofrendas y el nombre de los donatarios. Al pie de la roca, habia una pared á lo largo del muelle que llevaba en su lado esterior una serie de inscripciones en relieve sobre mármol ó sobre piedra blanca. Un poco en el interior y hácia la derecha de esta entrada principal, se apiñaban muchas construcciones precedidas de varios arbustos plantados en grandes tiestos de porcelana blanca ó azul. Las salas de aquellos edificios están consagradas á ceremonias relijiosas, de las que forman gran parte los festines. Las banderas, los cirios, los faroles de papel pintado concurren á la fantasmagoría del lugar y estimulan el entusiasmo de los fieles.

Mientras procedíamos á este ecsámen, llegó al pie de la pagoda una banda de marinos para hacer sus adoraciones. Cuatro de ellos abrian la marcha, llevando en el estremo de un largo palo dos grandes faroles apagados y dos banderas amarillas y encarnadas; en seguida venian los músicos que llenaban el aire de sonidos aturdidores y de los redobles de sus gongs y de sus tam-tams. Tras esta vanguardia iban seis pequeños altares pintados de encarnado, ricamente hermoseados, y cargados de flores y de frutos. Terminaban la comitiva varios individuos en diversos trajes, especie de sacerdotes, jefes de la ceremonia, que en medio de aquella alegría y de aquel tumulto conservaban una actitud grave y recojida. Este órden procesional fué conservado hasta la entrada de la pagoda decorada con linternas de papel pintado. Deseábamos seguirla, pero nuestro guia se opuso á esta imprudencia.

Descendidos de nuevo á la playa, hallámos en ella un hormiguero de marinos, unos acurrucados en la arena y fumando sus pipas, otros yendo y viniendo de sus chalupas á las habitaciones. En medio de aquella multitud, llamó

nuestra atencion un grupo compuesto de hombres que parecian de una raza estranjera por la empresa que manifestaban en su porte, mayor enerjía en su alta estatura y mas ferocidad en sus semblantes. Su traje mismo no copiaba ecsactamente al de los demas Chinos. Un ancho pantalon, en cuyo cinto relucia un puñal, un capote pardo con mangas; y en su cabeza rasurada el gorro negro, del cual salia una cola que llegaba á media pierna; he aquí los accesorios característicos de aquellas fisonomías orijinales. A su vista nos detuvímos. Comian en la playa arroz y carne, rociada con vino y aguardiente, contra la costumbre ordinaria de los Chinos. «Seguramente serán marinos, pregunté á nuestro guia. —Venga V., continuemos nuestro camino, y le referiré su historia.» Cuando nos ballámos á alguna distancia, el comerciante americano se volvió con una especie de inquietud, y viéndose solo con nosotros: «Estos pájaros, nos dijo, me parecen lo mismo que piratas; jamás he visto en esta costa cataduras mas bárbaras. Sin embargo, en el dia este azote ya casi no es nada; pero á fines del último siglo y á principios del presente, dominaba el mar: hasta hicieron capitular Pekin.» Bien teníamos noticia, Norberg y yo, de aquellos forbantes chinos, mas temibles y mas bien organizados que los Malayos; pero esta historia, llegada á Europa por fracmentos, era tan sumamente estraña que parecia fabulosa, de suerte que para creerla necesitábamos oirla con sus pormenores en el teatro mismo de los hechos. Mientras regresábamos á Macao, el escelente Americano nos hizo esta relacion, cuyas impresiones deseo reproducir. Nada me ha parecido mas dramático y mas estraño que la vida y los actos de estos forbantes.

Su poder alcanza á tiempos bastante remotos; ya en 1574, su rey Limahon luchaba contra el emperador de la China, y en indemnizacion de un revés, deseaba, segun hemos visto, la conquista de Luzon. Algun tiempo despues, en 1660, otro jefe de la misma estraccion, Cong-Sang, arrebataba Formosa á los Holandeses, y desde aquel punto intimaba al gobernador de Manila á reconocer su soberanía y pagarle tributo. Empero, la época mas decisiva para estas realezas aventureras data de fines del último siglo.

Un mandarin de la corte de Pekin, Ching-Yih, desgraciado y condenado á muerte, fué entonces su organizador y su jefe. Habiendo conseguido, no sin dificultad, sustraerse á los esbirros del emperador, retiróse entre los piratas de las islas de Haynan, situadas al O. de Macao, realzó su fortuna, reclutó entre ellas á todas las poblaciones meridionales, y en breve contó bajo sus órdenes mas de 40.000 bandidos ó malcontentos; estos culpables condenados á la canga ó al tcha, aquellos arruinados y oprimidos por los mandarines.

Apenas se halló reunido semejante número de rebeldes animosos, cuando el jefe les dió algunas leyes, y arregló entre ellos algunas condiciones de jerarquía: prohibióse abandonar el bordo donde cada marinero tuvo una cámara de algunos pies cuadrados para él y su familia. El alojamiento del capitan ocupaba la popa. Costa alguna era mas propia para su carrera de piratas que la que se prolonga desde las islas de Haynan á Macao. Sembrado de pequeñas islas desiertas, ó almenos destituídas de guarnicion, aquel mar ofrecia seguros abrigos en caso de perrecucion, y ensenadas para espiar las embarcaciones mercantes.

Merced á tantas proporciones para hacer el mal, en breve los piratas de Haynan lo practicaron impunemente por mayor. Limpiaron aquellos parajes, engrosaron su flota con todos los juncos que arrebataron al emperador, atacaron los buques europeos, llevaron la audacia hasta venir á Macao á comprar balas y cañones á los Portugueses, quienes cometieron la infamia de vendérselos, y, llegados á ser mas insolentes y mas fuertes, hicieron algunas agresiones, tomaron aldeas y ciudades, incendiaron, pillaron, ultrajaron y devastaron cuanto cayó en su poder. Armados con prolongados mambúes terminados por una hoja de sable, montaban al abordaje de los champanes de guerra, combatian tripulaciones tres veces mas fuertes, y rara vez salian chasqueados en tan atrevidas tentativas. En aquella época llegaron á apresar algunos buques de la Compañía de las Indias, y en 1806, un oficial inglés fué su esclavo por espacio de cuatro meses.

Conducido á una isla situada á 20 leguas de Macao, este oficial pudo cerciorarse de las fuerzas de aquellos barrederos. Consistian entonces en 500 champanes, formados por divisiones de 50, bajo las órdenes de un jefe de escuadra. El jeneralísimo, el grande almirante, el rey Ching-Yih, *soberano de los mares*, como se apellidaba á sí mismo, raras veces atacaba en persona; por lo comun se quedaba en la capital, embriagándose de opio desde la mañana hasta la noche. Este hombre habia conseguido introducir cierta disciplina entre sus forbantes. Aunque sus costumbres eran siempre horribles y depravadas, con todo se habian resignado á practicar la probidad en la reparticion de un botin. Ay de un jefe de escuadra que hubiese pretendido aprovecharse de la menor bagatela! Muerto á golpes de mambú con las mas refinadas torturas, era despedazado en seguida en cuatro partes. El mismo suplicio se aplicaba á todo enemigo caído en poder de los piratas.

Ching-Yih hacia ondear en todos sus champanes ora el pabellon encarnado, ora el pabellon negro: este último signo indicaba que era preciso ser inecsorable y no dar cuartel á nadie. Hecho prisionero bajo el emblema de clemencia, el oficial inglés obtuvo su libertad por un rescate de 3.000 pesos y 3 cajas de opio. Durante su detencion, le daban á comer arroz.

Tal era el estado de los negocios en 1807; la China meridional se hallaba entregada á merced de los piratas, y el acceso de las costas no ofrecia ya seguridad para nadie. Entonces el emperador creyó de su deber intervenir con la fuerza, para lo cual mandó su taytog, ó jefe de la marina, á Macao, adonde le habia precedido el sontog, ó gobernador de la provincia de Canton, con unos veinte mandarines de diversos grados. Allí, en vez de obrar vivamente contra los piratas con 350 champanes de guerra anclados en la Typa, se perdió el tiempo en discusiones de ceremonias. El sontog, mandarin de botones azul claro, al cual se debe hablar de rodillas, se vió obligado á ir delante del taytog, que le era superior no menos por el boton que por el empleo. Llenada esta formalidad, se complacieron en supliciar en las reglas á algunos prisioneros. Los culpables ordinarios, atados y agarrotados, se hincaron de rodillas ante el mandarin de la provincia, y fueron decapitados de un solo golpe, pero el jefe estaba destinado á otro jénero de muerte. Aplicado en una cruz, vió venir hácia sí un verdugo con un haz de instrumentos afilados, destinado cada uno á cortar un solo miembro, sin poder tocar á los demas: así que, el uno era para el pie, el otro para el brazo, este para la pierna, aquel para el vientre. Cuando el verdugo habia tocado uno de ellos, estaba obligado á servirse de él para el miembro designado, y era un lance aleatorio para el paciente hallar una muerte pronta ó soportar una sangrienta agonía. En nuestro caso la víctima fué favorecida; el instrumento del corazon fué el primero que cayó en manos del ejecutor, y de consiguiente murió de un solo golpe.

Despues de este grave acontecimiento, hubo consejo de mandarines presidido por el taytog. Decidióse la guerra; pero al primer encuentro el almirante chino fué completamente derrotado, perdiendo trece champanes de guerra. Mas felices fueron algunos pescadores que se habian alistado como ausiliares del almirante, pues tomaron cuatro barcos á los rebeldes. Se portaron con tanta injusticia para con los apresadores, que dejaron á los mandarines vaciar por sí mismos su querella. Entonces estos se ofendieron; compusieron una escuadra selecta, sorprendieron una division de barcos de Ching-Yih en una isla de las cercanías, arrebatáronle ocho champanes, dos de los cuales llevaban 26 cañones á bordo, mataron 700 hombres y se llevaron 300 cautivos, y recojieron un botin de 20.000 pesos y oro en polvo y en barras.

Pero esto era un pequeño revés que en breve debia reparar el jenio de Ching-Yih. En un nuevo encuentro donde asistió él mismo, cayeron en su poder 28 juncos de guerra, y el resto de la flota imperial se vió obligado á salvarse á toda vela. Viéndose entonces el pirata dueño del imperio, proyectó destronar al poder tártaro y fundar una nueva dinastía. En efecto, sonreíale la fortuna: jefe de 70.000 aventureros, dueño de 800 buques y de 1.000 embarcaciones, habia organizado en 1809, seis escuadras en vez de dos. A los pabellones encarnado y negro, habia añadido el verde, el azul, el blanco y el amarillo. Sus flotas cubrian literalmente el mar. Sus atrevidas tripulaciones, terror de toda la China, eran conocidas en el país bajo el nombre de *avispones del mar*. Ningun obstáculo parecia oponerse á los jigantescos proyectos de Ching-Yih, y hablaba de remontar el Pei-Ho é ir á poner sitio á Pekin, cuando murió en una tempestad.

Hubiera quedado disuelta la poderosa organizacion que creara, si su viuda no hubiese recojido su herencia y manifestado todas las cualidades de un hombre superior. Hízose reconocer al instante como jeneralísimo, y delegó parte de la autoridad á un teniente de su marido, á Paou su favorito, el mas intrépido y el mas leal de los jefes piratas.

Bajo la viuda de Ching-Yih, no abandonó la fortuna á los sublevados: la hábil y valiente amazona logró hacer reinar mas órden y mas moral entre aquellas indisciplinadas tripulaciones. Formóles un código nuevo en el cual se leía: «Todo individuo que desembarcará sin permiso ó será culpable de insubordinacion, tendrá por primera vez las orejas cortadas ante la flota; en caso de reincidencia será decapitado. Cuanto cayese en poder de las flotas reunidas será inscrito en rejistros, y ningun artículo, por pequeño que sea su valor, podrá ser estraído bajo pena de muerte. A cada captura, todos los hombres de la tripulacion levantarán la mano y jurarán que no hay nada robado.» Despues de estos artículos que caracterizaban la intelijencia y la probidad del jefe, debemos citar otra que testifica el reservado carácter de la mujer. «Está absolutamente prohibido conducir á bordo mujeres prisioneras; todo individuo que usare de violencia hácia una mujer ó casare con ella sin la autorizacion competente, sufrirá la pena de muerte.»

Para limitar el número de sus enemigos y crearse algunos recursos de abastecimiento, la

viuda de Ching-Yih prohibió á sus tripulaciones bajo pena de muerte, tomar víveres á los aldeanos sin pagar altamente su valor. El vino, el arroz, los legumbres y el té eran pagados con ecsactitud. La buena fé presidia á todas estas transacciones, la disciplina reinaba á bordo de los buques, y los aldeanos, que de esta suerte vendian sus jéneros á buenos precios, eran mas bien para los piratas contra los mandarines, que para los mandarines contra los piratas. No se limitaban en el comercio inmediato y directo, sino que compraban para revender, telas, armas, pólvora y municiones.

Así que, merced al jenio activo y previsor de la heroina que las mandaba, los forbantes quedaron dueños de aquellos parajes, apesar de las fuerzas navales del emperador. Varias veces se enviaron contra ellos mandarines que gozaban de cierta reputacion militar, pero fueron batidos y no pudieron sostenerse en el mar. Solamente una vez, el grande almirante Tsuen-Mow-Sem los atacó á la frente de cien navíos, consiguió pegar fuego á las velas y á las jarcias de los piratas, quienes emprendieron la fuga por primera vez, como dice el historiógrafo de la corte que refiere esta brillante accion. Arrebatáronse muchos champanes de la reina y se le hicieron cerca 4.000 prisioneros.

Pero no tardó en venir la compensacion. Orgulloso por su victoria, el mismo almirante se presentó de nuevo ante la flota rebelde, surta en la bahía de Kouang-Chow, y en la que se hallaba la viuda de Ching-Yih. Separó esta sus champanes en dos divisiones, hizo avanzar la una bajo las órdenes de Paou que empeñó el combate con los juncos enemigos, y ella los atacó por el flanco y por la retaguardia. La derrota de los Chinos fué completa.

No fué mas feliz un nuevo almirante, Ting-Kouei; dejóse sorprender por el vijilante Paou, para quien los pescadores y los aldeanos hacian el oficio de espías. En vano el jefe de la marina china encontró su sangre fria y su intrepidez al acceso del peligro; en vano perdieron los piratas al principio de la accion á uno de sus mas valientes jefes, al que llamaban *el diamante de la flota;* nada pudo resistir á la enérjica osadía de Paou, que subió en persona al abordaje del navío almirante. Atacado vivamente, Ting-Kouei desesperó de la accion y se suicidó. Entonces sobrevino una horrible carnicería de los vencidos, una matanza en que 2.000 Chinos enrojecieron el mar con su sangre. Veinte y cinco juncos cayeron en poder del vencedor.

Tras este irreparable desastre, el emperador renunció á una abierta represion; hizo entrar sus flotas en los puertos y resolvió no hacer á sus terribles antagonistas mas que una guerra de inercia. En consecuencia se puso á todas las embarcaciones mercantes un embargo jeneral, ninguno pudo en adelante salir del puerto, y los que se hallaban en alta mar recibieron la órden de regresar á él. Así que, quedaba prohibido á los sublevados todo socorro en víveres y municiones, del mismo modo que todo refuerzo de hombres y de artillería. Era preciso que viviesen y que se defendiesen con sus recursos actuales.

En efecto, la medida era decisiva; en un término mas ó menos prolongado, debia producir el aniquilamiento ó la sumision de los piratas. Pero aquellos hombres de hierro no consintieron en este suicidio: cuando vieron que les habian cerrado los puertos y los rios del imperio, decidieron hacérselos abrir á cañonazos; remontaron el Tigre por sus cuatro bocas, saqueando y arruinando todas las ciudades, todas las poblaciones y aldeas situadas en sus riberas, penetrando hasta el corazon del país, admirado de tanta osadía, y amedrentado de aquellas sangrientas escursiones.

En aquella época, si hubiese continuado entre los piratas la union conservada hasta entonces, debíase retemblar por el trono de Pekin. Pero, aunque era invencible cuando se veía atacada, la coalicion de los piratas se estrelló contra sí misma cuando no tuvo nada que combatir. La guerra intestina favoreció mas al emperador que los sucesivos ataques de sus flotas.

El brazo derecho de la reina, Paou, habia incurrido desde largo tiempo en los resentimientos y escitado la emulacion de otro jefe llamado O-po-Taë. La disciplina y el respeto para la viuda de Ching-Yih eran los únicos obstáculos que hasta entonces habian impedido un rompimiento. Cierto dia Paou, en un encuentro naval, bloqueado de todas partes por los juncos del emperador, hizo una señal á O-po-Taë paraque acudiese á su ausilio. Rehusólo O-po-Taë y aun resistió á las órdenes de su soberana, por lo que el bravo Paou tuvo que pasar sobre el cuerpo de toda la escuadra enemiga para escapar de la muerte ó de la prision.

Concluída la accion en favor suyo, marchó furioso á encontrar á O-po-Taë. «A que fin no has querido socorrerme? le dijo. — Porque no tenia bastantes champanes, repuso el otro, y ademas no tengo que recibir órdenes de tí. — Quieres acaso separarte de nosotros? — No es este mi deseo. — Pues, porque querias presenciar mi derrota? Escucha; he jurado vengarme de tí; prepárate á combatirme.»

Con efecto, despues de algunas nuevas amenazas, los dos rivales vinieron á las manos, arrastrando cada uno su escuadra en su partido. Paou, inferior en fuerzas por el momen-

to, perdió diez y seis champanes con sus tripulaciones, que fueron pasadas á cuchillo. Empero temiendo que sobreviniesen terribles represalias cuando la reina y Paou hubiesen reunido sus fuerzas, O-po-Taë, compró sus marineros, hablóles de amnistía y de recompensas, si rendian las armas y si se abandonaban á la jenerosidad del emperador.

Tras estas sujestiones, los piratas redactaron en comun una esposicion en estos términos: «Soy de parecer, decia O-po-Taë, que todos los salteadores que se han hecho temibles al gobierno, tienen títulos á su induljencia y á su perdon. Leang-Shan, que saqueó por tres veces la ciudad de Canton, obtuvo sin embargo su gracia, y algun tiempo despues ascendió á ministro de estado. Wakang, que militó tan largo tiempo contra su país, fué igualmente perdonado, y no le juzgaron indigno de una de las mas altas funciones del gobierno. Jou-Ning perdonó siete veces á Mouang-Houo, y Kouang-Kung, concedió cuatro veces la libertad á Tsaou-Tsaou; Yo-Fei no hizo perecer á dos facciosos que se le sometieron. Nosotros vivimos en un país en estremo poblado: algunos de nuestros camaradas, despues de haber apurado todos los medios para procurarse una honrosa subsistencia, sin poder conseguirlo, fueron arrastrados al crímen. Algunos otros viéndose arruinados por naufrajios ó por incendios, se entregaron al saqueo para no morir de hambre. Solo la necesidad indujo á violar las leyes del imperio; pero en la actualidad estamos dispuestos á volver al seno de la sociedad, á abandonar á nuestros camaradas y hacer nuestra sumision. La potestad del gobierno no tiene límites; estiéndese á las islas mas remotas del mar, y á su imájen cada uno de nosotros queda aterrorizado é implora el perdon del emperador. Nuestros crímenes merecen el castigo mas terrible; pero suplicamos al poderoso Hijo del Cielo que estienda su misericordia sobre tan grandes culpables, cuyas esperanzas descansan únicamente en su humanidad.»

Sobrado débil para castigar, el gobierno tuvo la dicha de poder aparentar esteriormente clemencia. O-po-Taë, amnistiado con toda su flota, cambió su nombre en el de Heo-Been, que significa lustre de instruccion, y fué elevado al rango de oficial del imperio.

Apesar de esta infame defeccion, la viuda de Ching-Yih y su favorito Paou no cesaron de talar las costas y batir las flotas del emperador. Hubiérase dicho que la traicion no les habia hecho perder un solo buque; tan fiel les permaneció la fortuna. Pero en breve se formaron entre los jefes nuevos partidos. Seducidos por el ejemplo de O-po-Taë, hubo algunos que pesaron las consecuencias de una segunda desercion. Instruida la reina de tales sucesos, decidió prevenirlos, á fin de no quedar aislada y abandonada á merced del emperador.

Informada de semejantes disposiciones, la corte de Pekin deseó penetrar la idea de los piratas. A este objeto despachó un médico, llamado Chow, bien conocido de ellos, y no aguardando ningun mal trato. Hé aquí como un historiador chino da cuenta de esta entrevista y de sus resultados. La version es sencilla y perderia infinitamente en su alteracion.

«Cuando Fei-Hung-Chow se vió cerca de Paou, le dijo: Amigo Paou, sabes el objeto de mi venida?

«Paou. A buen seguro habrás cometido algun crímen, y ahora vienes á buscar un asilo entre nosotros.

«Chow. Gracias al cielo, no tengo nada de que acusarme.

«Paou. Pues entonces, vendrás á informarte si los rumores que corren á nuestra próxima sumision tienen algun fundamento.

«Chow. Precisamente. Vengo á declararteque si tu, tu soberana y toda su flota, consienten en dejar las armas, el emperador os reserva las mayores recompensas; todo lo conseguireis de su clemencia y jenerosidad. Vuestro poder es muy superior al de O-po-Taë, y de consiguiente cuando este jefe ha sido creado oficial del gobierno, podeis aspirar á los mas encumbrados empleos. Obrareis pues con prudencia si os someteis, porque es el único medio de asegurar vuestra tranquilidad y vuestra dicha, y de salvar la vida á todos vuestros camaradas.

«A estas palabras, Chang-Paou permaneció inmóvil cual estatua, y Fei-Hung-Chow continuó: — Os recomiendo que os ocupeis de este negocio y que no aguardeis hasta el último momento. No seria estraño que O-po-Taë, juntando sus tropas á las del gobierno, viniese á atacaros, y antes que esto suceda, apresuraos á seguir mis consejos.»

Despues de esta conversacion, el doctor se retiró. Paou lo consultó con su soberana, y quedó acordado el conferenciar con las autoridades chinas. La flota de los piratas fué á fondear en Hou-Mun, una de las bocas del Tigre, cubriendo un espacio de dos leguas. Presentáronse al principio dos mandarines con la proclama de amnistía, y algunos dias despues compareció el mismo gobernador de la provincia.

A la aparicion de aquel alto dignatario, subió de punto el entusiasmo de los piratas. Deseando darle una acojida á su gusto, empavesaron sus buques, tocaron todos los ruidosos gongs que tenian á bordo, saludaron con numerosas salvas de artillería, y causaron un estruendo de tanta consideracion, que el pueblo

que habia concurrido para ver una fiesta pacífica, juzgó haberse declarado la guerra, y se desbandó en todas direcciones. Amedrentado, el mismo gobernador se alarmó, y ya empezaba á retroceder, cuando la viuda de Ching-Yih se puso á su presencia apoyada sobre Paou, y seguida de los otros tres jefes de la flota. Llegados en presencia del representante del emperador, se hincaron de rodillas, vertieron abundosas lágrimas, tocaron el suelo con sus frentes é imploraron la mansedumbre imperial. Despues de este acto de arrepentimiento, prometieron dar la lista de sus buques. Sin embargo, aun medió alguna dilacion, pues varios juncos de guerra y embarcaciones portuguesas se manifestaron en los alrededores de Hou-Nun, y los piratas, recelando algun lazo, se hicieron mar adentro y permanecieron en la defensiva.

Como este estado de indecision se iba prolongando, la viuda de Ching-Yih resolvió ponerle un término. « Si el gobernador jeneral, dijo la heroica amazona, confia en nosotros, porque no he de ir yo, que soy una débil mujer, á encontrar los oficiales del emperador? Si hay algun peligro en este paso, el peligro recaerá enteramente sobre mi cabeza. Prohibo absolutamente que nadie me siga. He tomado mi partido: iré á Canton. » Paou dijo: « Si la viuda de Ching-Yih se entrega en manos de sus enemigos, debemos fijar un término á su regreso. Si no se presenta pasado este término, reunimos nuestras fuerzas é irémos ante Canton. Esta es mi opinion, camaradas; estais conformes? » Los piratas, admirados de la intrepidez de su soberana, se opusieron á aquel acto de lealtad, y no permitieron en ningun término que abandonase la flota. Afortunadamente, se presentaron aquel mismo dia los dos mandarines, protestando de la buena fé de las autoridades, y anunciando á la viuda de Ching-Yih, que el gobernador la estaba aguardando para arreglar y firmar las condiciones de la amnistía. Esta vez, prescindió de todo rumor, partió con algunas de sus camaristas, llegó á Canton y se dirijió á casa del representante del emperador.

Las promesas hechas fueron cumplidas. Los piratas salvaron su vida y sus bienes fueron respetados. A medida que los champanes iban entrando en el puerto, cada individuo recibia provisiones de todo jénero, y en lugar de una parte en especie en los apresamientos de la flota, se le contaba una fuerte suma de dinero. Entre aquellos bandidos, hubo algunos que se obligaron á servir en las flotas imperiales; otros prefirieron retirarse de esta vida aventurera y disfrutar en tierra de las riquezas que habian amontonado.

El valiente Paou consintió en entrar al servicio del emperador: ni aun repugnó en marchar contra algunos antiguos camaradas, que, arrostrando en corto número las órdenes soberanas y despreciando la ofrecida amnistía, continuaban bizarramente en su antigua profesion. Empeñáronse todavía sangrientos combates, pero la victoria fué siempre fiel á Paou, que llegó á hacer prisionero á un jefe temible, apellidado Shih-Url; otro jefe, denominado el *azote del mar de Oriente*, cayó tambien bajo sus golpes, y las costas de la China fueron emancipadas. « Así que, dice nuestro historiador, desde entonces reina la calma en los rios y en los cuatro mares; los pueblos viven en la alegría y en la abundancia de todo linaje de artículos, el país ha comenzado á tomar un nuevo aspecto, los hombres han vendido sus armas, han comprado bueyes, y han vuelto á dedicarse de nuevo á los trabajos de la agricultura: el gobernador de la provincia, cuyas disposiciones produjeron la sumision de los piratas y la pacificacion de los mares, en consideracion de sus servicios fué elevado por un edicto del Hijo del Cielo, á la dignidad de gran mandarin, siendo autorizado para adornar su gorro con plumas de gallo. »

Desde aquella época, si bien algunos forbantes han persistido en sus primeras costumbres, almenos no constituyen una fuerza capaz de resistir á los ejércitos del emperador, y un espantajo incesante para la comarca. Algunas veces sin embargo, los juncos mercantes hacen oficio de piratas, segun lo manifiesta una catástrofe que no data mas que de 1829.

Obligada á abandonar su nave en Touranne, una tripulacion francesa se habia embarcado en un buque chino que se hacia á la vela para Macao. Hasta á los atracaderos, no hubo circunstancia alguna que indujese á barruntar una traicion, pero enfrente de las costas de la provincia de Fo-Kien, empezó una horrible carnicería; los Franceses dormidos fueron muertos con el puñal ó el hacha, y el capitan, despues de haberse defendido heroicamente en su camarote, sucumbió á su vez asaltado por veinte asesinos. Un marinero, hallándose solo, y armado con un hierro, resistió, aunque herido en la cabeza, hasta alcanzar el puente, donde, merced á la proteccion de un viejo marino chino, pudo hacer su retirada hasta la defensa, desde donde se precipitó al mar. Creyéronle muerto ó anegado; pero su enerjía lo sostuvo; nadó hácia unos barcos pescadores que cruzaban aquellas cercanías, consiguió que le recibiesen á bordo, y llegó al fin debilitado y herido á la playa de Macao. Acojido por los misioneros, narró la catástrofe, y al instante se llevó el negocio hasta el

cónsul de Francia hombre de talento y energía. El gobernador de Canton se apoderó de él y dispuso una sumaria. En breve los asesinos, arrestados en sus juncos y metidos en jaulas de hierro, fueron enviados hácia sus jueces. Entre los 80 acusados se halló el anciano que habia socorrido al marinero escapado por milagro: y habiendo sido confrontado con él, fué reconocido y libertado. En cuanto á los demas, solamente 17 condenados á muerte tuvieron cortada la cabeza; el jefe fué el único descuartizado. Las cabezas de los culpables fijadas sobre picas, á lo largo de la orilla, manifestaron que los mandarines sabian hacer justicia aun en favor de los Europeos. Abrióse una suscripcion en la factoría portuguesa, y los 15.000 francos que produjo se distribuyeron entre el marinero francés y el viejo Chino que le habia protejido.

Esta larga historia de bandidos y piratas nos condujo hasta Macao. Era de noche cuando arribámos al muelle; la luz de la luna semi-oculta comunicaba á aquellos peñascos, á aquellos fuertes, á aquellas casas blancas, un color fantástico y escuálido. Los últimos murmullos de la bahía iban amortiguándose gradualmente; únicamente se columbraban á lo lejos algunos barcos por medio del fósforo de sus sulcos; las raras luces de la ciudad se distinguian una á una: Macao estaba entregada al sueño. « Qué noche tan deliciosa! me dijo el baron: si fuésemos á pasear par la playa? — Precisamente eso es lo que queria proponerle á Vd. » Dejámos en su puerta á nuestro nuevo amigo, que nos recomendó no prolongar aquella incursion ni demasiado tarde ni demasiado lejos. Absorvido por algun espacio de tiempo en el recuerdo de lo que habíamos visto, no nos dijímos palabra. El baron fué quien rompió el silencio. « Esto es mas digno de ecsámen que cuantos objetos hemos observado juntos. Hasta aquí hemos visto una multitud de pueblos, ora raquíticos, ora modificados por el enjerto; tenemos pues por fin un tronco; tenemos una nacion que resiste á las usurpaciones esteriores que da al estranjero; una raza estacionaria si V. quiere, pero almenos orijinal, caracterizada por sus facciones ni mas ni menos que por sus costumbres, infatuada de sí misma y ante este orgullo una endeble nacionalidad. Si fuese posible provocar un congreso en que las grandes razas de la Europa debiesen discutir entre sí una precedencia, veria V. á la raza china colocarse por sí misma en el primer rango, á causa de la fé que tiene en su superioridad. Esta confianza en su saber, este desprecio de la civilizacion estranjera sin duda han tenido su lado vituperable; pero pese V. tambien todas sus ventajas! A cada período de progreso, no ve V. como se conmueve en Europa todo el órden social! llegados á la edad madura, es preciso rechazar todo lo de nuestra adolescencia, violentar nuestras antiguas preocupaciones, habituarnos á las nuevas ideas; envejecidos, debemos empezar de nuevo; se nos ridiculiza si nuestras piernas no son tan lijeras, si nuestro hálito no es tan prolongado como el de la juventud. A cada una de estas épocas críticas, debemos empezar por toda una educacion; se han roto los ídolos adorados hasta entonces, á veces sin inaugurar nada en su lugar; se ha cambiado tan completamente el valor de los hechos y de las palabras en política, en moral, en literatura, en filosofía, que no se sabe donde encontrar las nociones de lo bello, de lo verdadero y de lo justo. Como no me atrevo á dudar de la providencia, digo con todo el mundo: esto es progreso! Pero para el descargo de mi conciencia y de mi razon, añado: esto es anarquía.

« Por el contrario, observe V. ese pueblo, continuó Norberg. Las bases elementales de su ciencia son las mismas desde mas de 20 siglos. Si es que haya habido progreso entre él, este progreso ha debido de ser tan lento que á nadie ha destronado. Cuando un Chino ha llegado á descifrar ecsactamente su espinoso alfabeto, y cuando ha conquistado difícilmente sus grados de letrado; su educacion es una propiedad que no se pierde, y es tambien tan duradera como lo era en los dias de nuestra feudalidad una corona de conde ganada con la daga en el puño. Pocas cosas se discuten en este imperio, porque tal vez se comprende que no teniendo ninguna un valor absoluto, una vez se ha entrado en la controversia, debe indagarse lo mejor despues de haber hallado el bien, y vivir de esta suerte constantemente entre la reforma hecha y la reforma por hacer. En sus estados representativos, por ejemplo, cual es el ciudadano que podrá responder, aun con la mayor buena fé, que sabe siempre la ley del país? Cada año, cada mes, cada dia, la alteran, la modifican, la destruyen. Aquí todos los artículos del código son inmutables. »

Esta salida del baron, proferida con calor, me dió el secreto de una de las fases de su vida que hasta entonces habia permanecido en la sombra. Sin embargo, como no tenia deseo ni tiempo de entabiar una discusion política, solo comprendí sus argumentos en lo tocante á la historia de la civilizacion. « Habla V. de inmutabilidad, le dije; y quien le asegura á V., que este pueblo haya caminado siempre por esta senda? Este arte local, por atrasado que esté, estas manufacturas de telas, de laca, de porcelana, estos consumos, tales como el té,

este culto de las letras, colocado fuera de las necesidades primitivas de la vida, todo esto no manifiesta un trabajo, una marcha, desde el dia en que esta raza comia los animales que mataba y se cubria con sus pieles? La civilizacion ha progresado por consiguiente aquí lo mismo que en otras partes; es verdad que con lentitud en los siglos en que hemos podido seguirla, pero sin duda con rapidez antes de aquella época, á menos que, calculando de lo conocido á lo desconocido, y suponiendo siempre la misma medida de progresos seculares, no se refiera á una fecha immemorial el orijen de este pueblo. En cuanto á mí, me obstino en creer que este país ha tenido su época de progreso rápido, y que entonces marchando con velocidad y reformando mucho, ha tejido la seda y el algodon, formulado leyes, resuelto su idioma y edificado tantas encumbradas torres. Que el lejislador, una vez introducidas estas reformas, haya querido, para el interés de la comarca, limitar el progreso; que haya impedido la emigracion, acotado las clases y categorizado los talentos; que de esta suerte haya llegado á comprimir el movimiento de una nacion, quizás sobrado adelantada á la sazon, es no solamente posible, sino tambien probable. Los hechos nos manifiestan que la China de los padres Premare y Dubalde es con corta diferencia la China actual. Infiérese pues que ha habido tiempo en que se ha detenido; pero tambien ha habido movimiento anterior. Ahora, para ventilar el otro lado de la cuestion, para discutir con V. si esto es un bien ó es un mal, no me siento con bastantes fuerzas ni con suficientes luces. Como todas las cosas de este mundo, el progreso indefinido tiene sus penas y sus placeres, sus beneficios y sus trabacuentas. Una vida de accion en que sus músculos toman resorte y se sujetan á esperiencias siempre mayores, es una vida noble para los pueblos; pero tambien es una vida inquieta, bulliciosa, querellosa, procediendo hasta aquí por sofrenadas y por contrastes. En mi esperanza íntima, no es para la raza humana mas que una fase de transicion, que es preciso atravesar para llegar á mejor estado.»

Tales eran las ideas graves y filosóficas que alimentaron nuestra conversacion nocturna por la playa de Macao. Cuando la luna se ocultó dejándonos en tinieblas, regresámos al techo hospitalario donde nos aguardaban con alguna inquietud. En el intérvalo, el digno comerciante lo habia dispuesto todo para nuestra partida que debia tener lugar al dia siguiente. La goleta americana que servia de paquebote entre Macao y Canton, estaba puesta á nuestras órdenes.

CAPÍTULO XXXIV.

CHINA. — CAMINO DE MACAO A CANTON.

A las diez del dia siguiente entrábamos á bordo del paquebote que dió la vela al instante. La brisa era buena y favorable, y nos condujo rápidamente fuera de la bahía de Macao. Entrámos en el brazo del rio, en aquel punto de mas de tres leguas de anchura, entrecortado acá y acullá de islas fragosas y peladas. Lintin, que es la única poblada, contiene la raza mas mala de todos aquellos parajes, mas enérjica que los Chinos, y que pasa su vida en el concontrabando del opio. Aunque el uso de este narcótico es jeneral en todo el imperio, las leyes lo prohiben bajo las mas severas penas. El código penal aplica á cualquiera que venda ó que consuma de él, castigos que empiezan por la paliza para acabar en la estrangulacion. Pero estas leyes han caído en desuetud por la indulgencia de los mandarines. Estos funcionarios no se muestran menos tolerantes para con los introductores que acostumbran comprar su impunidad por medio de fuertes sumas. Los ajentes superiores del gobierno no se desdeñan tampoco de entrar en estos pequeños mercados secretos. Establecido antiguamente en Macao, el tráfico del opio fué trasladado en seguida á Wampoa, fondeadero de Canton, y despues á Lintin hácia 1821. Bengala construyó al efecto varias embarcaciones para esta especie de tráfico. Finas veleras, bien equipadas y bien armadas, marchan á contra-monzon, y vienen á surjir en Lintin. Allí se juntan con los barcos de los contrabandistas, que, aunque lijeros y muy prolongados, carecen de velas, y sin embargó se deslizan rápidamente por el agua con sus veinte remeros en cada costado. Los armadores ingleses solo venden á estos hombres al contado. Desde el momento en que es saldada la factura, cargan el opio, lo retiran de las cajas y lo vacían en sacos, á fin de ocultarlo mejor. Concluido el cargamento, estos barcos, montados por cincuenta hombres, remontan la mas rápida corriente, procuran evitar el crucero de los juncos imperiales, defiéndense contra ellos en caso de necesidad con piedras y picas, y van á desembarcar su cargamento en ensenadas aisladas, y aun á veces en Canton. Desembarcado que es, se pulveriza el opio, y lo encierran en pequeños vasos de fácil transporte; por lo comun se hace en bolas que se ocultan en los vestidos y en las mangas. Á favor de estas precauciones, circula por todo el imperio y hasta en el palacio del soberano. En ciertas épocas del año, se mandan desde Canton diversos presentes al emperador, y en cambio se obtienen

algunas licencias que ponen las embarcaciones al abrigo de todas las pesquisas. Sin embargo, para manifestar que la policía aduanera se hace con una severa ecsactitud, cada semestre, en una época fija y conocida de antemano, llega de Canton á Lintin un mandarin en un magnífico junco; cerciórase que las leyes del estado son ejecutadas, que no ecsiste en aquellas islas ningun defraudador de opio, y que no ha anclado en ella ningun buque europeo. Prevenidos anticipadamente, los bricks ingleses se han salido, y los contrabandistas han puesto al abrigo sus fardos. Todo se limita á un simulacro de visita y á ricos presentes que desarman sin dificultad los escrúpulos del mandarin. Evalúase en 45,000.000 de francos la suma anual de las importaciones de opio en China. Esta sustancia es allí buscada con tanto ahinco, que las cenizas que se recojen de la primera pipa, se sujetan á una segunda purificacion, y el residuo es vendido á un precio inferior.

La goleta pasó bastante cerca de Lintin para poder distinguir una multitud de buques europeos surtos en la rada, apesar de los edictos imperiales. Los unos trasladaban cajas de opio en pontones, almacenes de pasaje y de verificacion comunes á los compradores y vendedores. Los otros cargaban arroz procedente de Java y de Manila por costeños, á fin de gozar del beneficio de la ley imperial que descarga de los dos tercios de los derechos de navegacion por el Tigre, á las embarcaciones portadoras de este artículo. Esta afluencia de buques, esta actividad, este cambio de mercancías, hacen de Lintin un apostadero favorecido. Sus habitantes serian ricos sin las ecsorbitantes vejaciones de los mandarines; pero lejos de conocer á los Europeos que les hacen vivir, son muy insolentes hácia ellos, y sumamente peligrosos cuando los arroja el naufrajio hácia las costas. El fondeadero mas frecuentado durante el monzon del N. E. es el que está situado en la costa occidental; su acceso es fácil y el fondo bastante seguro.

Habíase alejado ya Lintin, y seguíamos ya una costa árida, desierta y montañosa; en la línea estrema de los collados se mostraban árboles raros y delgados; aparecian en la playa ora páramos incultos, ora llanuras pantanosas; acá y acullá algunos grupos de casas, asilos de miserables pescadores. A mayor distancia cesó aquella naturaleza; el anchuroso rio se encajaba entre dos muros de roquedos, en medio de los cuales blanqueaban por acá y acullá graciosas aldeas circundadas de verjeles y de jardines. Cubrian el rio y se cruzaban en todos sentidos varios juncos mercantes y militares y champanes de todas formas y tonajes, mientras que una multitud de bateles sostenidos y divididos por latas, pasaban de una orilla á otra cargados de ganados, de frutos, legumbres y otros artículos.

Despues de algunas horas de navegacion, nos hallámos en frente del estrecho llamado por los Portugueses *Bocca de Tigris* (Boca del Tigre). A esta altura, el Tigre ó Tchu-Kiang de su nombre indígena, estrechándose mas y mas, está reducido todavía á un canalizo bastante estrecho por una isla alta y redonda que ocupa el medio. De los dos brazos que forman sus aguas, el único navegable es el de la derecha batido por algunas informes fortificaciones, construidas en parte en el continente. Nada es mas miserable y compasible que este sistema de defensa. A la entrada del canal se presenta una especie de castillo arruinado, artillado con muchas piezas, y en el punto mas estrecho del canalizo, en frente de la isla orillada de atrincheramientos, se prolonga una batería dentelada, armada con unos veinte cañones en sus troneras. Un vasto muro almenado corre desde las estremidades de la batería encaramándose á una colina bastante rápida y formando de este suerte una gran cerca abierta al fuego de las embarcaciones que pretendiesen forzar el paso (Pl. XXXV.—4). En noviembre de 1816 se presentó la ocasion de esperimentar el poder de aquellas murallas y la enerjía de sus defensores. El capitan Maxwell, de la fragata *el Alceste*, habia recibido órden de aguardar en Canton al embajador inglés, lord Amherst, desembarcado en las bocas del Pei-Ho en el Mar Amarillo. Habiéndole negado la entrada del Tigre, procuró forzarla; pero la narracion de este episodio es sobrado interesante para omitida.

«Las fortificaciones de este canalizo, hace poco que han sido reparadas. Hase construido una nueva batería de 40 cañones, y 110 piezas de diferentes calibres componen el material de todas aquellas fortificaciones, inclusas las de la isla Wang-Ton, situada en frente. Todas tres están colocadas á medio tiro de cañon unas de otras, y entonces tenian una guarnicion de 1.200 hombres.

«Chumpi, que se halla un poco mas lejos, tiene 12 ó 14 cañones; pero se puede permanecer fuera de su alcance. Mientras que íbamos adelantando, formábanse en línea de batalla algunos juncos de guerra, llevando unos con otros 6 cañones y 60 hombres; en breve se manifestaron 17 ó 18. En este momento fué cuando vino de parte del mandarin un intérprete mandando dar fondo bajo pena de ser echado á pique; el mensaje iba acompañado de los mas importantes accesorios. «Pasaré allende las baterías, dijo Maxwell, y en seguida os haré ahorcar en el palo mayor por

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1. *Village au bord du Tigre.*

1. Pueblo á la orilla del Tigris

2. *Vieux Bateaux servant d'Habitations.*

2. Barcos viejos que sirven de Habitacion

de Chinson del.

haber osado hablar en estos términos á los Ingleses.» Con efecto, el cable de la barca que habia conducido á aquel hombre, fué cortado, y fué guardado como prisionero á bordo.

«En este momento los juncos tiraron al aire y se les contestó del mismo modo afectando considerar este suceso como un saludo. Así quedaron los negocios hasta que *el Alceste* se halló bajo Chumpi, donde empezó el fuego de los Chinos á hacer silvar algunas balas en las vergas. Habiéndose apaciguado el viento, no se le pudo contestar por entonces, siendo forzoso fondear. Hácia las nueve de la noche empezó de nuevo seriamente el negocio. *El Alceste* volvió á aparejar, muchos juncos tiraron cohetes de alarma, y el fuerte se iluminó en todo su circuito. En cada parapeto habia una enorme linterna, gruesa como un globo aerostático, que suministraba escelentes puntos de mira. Habiendo partido de ambos fuertes un fuego vivo, pero mal dirijido, contestámos nosotros con un fuego lento y regular, tanto como podian soportarlo los cañones, sin retardar la marcha del navío, que iba avanzando constantemente.

«El viento era casi nulo, y el cañoneo cooperó tambien á abatirlo por cuyo motivo trascurrió algun tiempo antes que llegásemos en frente de la batería principal. Finalmente, cuando nos hallámos á tiro de pistola de ella, y antes que hubiesen podido asestar todos sus cañones, les despedímos una andanada completa bien dirijida, que hizo silvar en sus oídos un granizo de metralla, acompañado de tres *hourrahs*, que partieron del navío sucesivamente.

«Esta descarga fué decisiva. Los faroles se apagaron y las baterías cesaron su fuego. Continuó sin embargo el fuego de la isla opuesta; pero sus balas, pasando sobre nuestras cabezas, iban á batir sus propios reductos en la costa situada en frente.

«Despues de haber ganado aquel punto, *el Alceste* mostró en breve la popa á sus bravos adversarios. Aunque habíamos pasado una hora en salvar aquel paso, no habíamos perdido un solo hombre; el navío no habia sido alcanzado mas que por dos balas, y los aparejos estaban intactos. Algunas cañoneras europeas, con la misma ventaja de posicion, hubieran sido suficientes para hacer saltar la fragata fuera del rio.

«Algunos dias despues, el capitan Maxwell se dirijió á Canton para pedir satisfaccion del insulto hecho á la Inglaterra por la iniciativa de hostilidades hácia un navío del reino. A estas reclamaciones se contestó, no directamente, sino por circumloquios, que en la remision del permiso habia tenido lugar un error, y que los mandarines que mandaban los fuertes no estaban informados de él, viéndose por consiguiente obligados á obrar segun sus instrucciones. Tras esta palinodia, amortiguaron el asunto, diciendo que todo esto no era mas que una cuestion de saludos mutuos.»

Delante de la boca del Tigre estaciona ordinariamente la flota imperial, que vela por la seguridad de Canton y por la policía de los mares meridionales. Contámos unos treinta juncos situados detras de una multitud de pequeños cruceros que guardan los alojamientos del capitan y de los oficiales. En medio del puente se hallan colocadas en batería algunas piezas de diversos calibres, mostrando en el esterior su portañola chafarrinada de encarnado. Todo este conjunto no nos pareció elegante ni formidable: la vista ni tan solo encontraba en aquella marina militar el aspecto de aseo que distingue á los champanes mercantes.

Puede decirse que el verdadero territorio chino solo empieza en *Bocca de Tigris*. Antes de esta barrera, el suelo montuoso, áspero y estéril, es abandonado á los contrabandistas ó á los pescadores. En ningun punto se ven cultivos vastos y continuados. Empero, allende los fuertes empieza una campiña llena de vida y de riqueza, ora terminando en llanura á lo largo del rio, ora ondulando en colinas y en vallecillos, y ofreciendo á cada minuto una aldea, una ciudad, una cabaña que se oculta á medida que se va abriendo su cortina de verdes árboles.

De vez en cuando aparecia una aldea en la ribera misma, con algunas escaleras que formaban un desembarcadero. Allí iba á fondear cada champan ante la puerta de su capitan. Las casas alineadas en la ribera no carecian de elegancia: algunas llevaban sobre un peristilo, sostenido por columnatas de madera, una galería esterior cuya rampa ofrecia en relieve varios ornamentos de arquitectura. Sobre sus techos se manifestaban algunos de estos apéndices que representan una cola de pescado, ó astas de vaca, emblemas mas desagradables que elegantes, objetos de supersticion y no de utilidad (Pl. XXXVI.— 1). En prolongados trechos se manifestaban en la cima de las colinas algunos *Tas* impropiamente llamados pagodas por los Europeos. Consisten en edificios de 5, 7 ó 9 altos, con otros tantos techos avanzados. Hase creído por largo tiempo que esos edificios tenian un destino relijioso, pero su situacion aislada y su forma alta y estrecha, desmienten esta opinion. Serian acaso monumentos dedicatorios en honor de algun acontecimiento ó de algun hombre? son quizás atalayas públicas ó particulares? No puede determinarse á punto fijo. Lo que hay de positivo es, que todas las construcciones de esta naturaleza pertenecen á una fecha muy remota, y que actualmente no se empieza ninguna semejante.

Todas las riberas del Tigre, desde los fuertes

hasta Canton, están cubiertas de una poblacion innumerable. Cuando no se reune en aldeas, se difunde por cada una de las riberas, ora en pequeñas cabañas bastante aseadas, otras veces en viejos bateles amarrados, que, cubiertos de bálago, son transformados en habitaciones. (PL. XXXVI.—2).

A medida que íbamos remontando el Tigre, sus canalizos eran mas difíciles y mas llenos de altos fondos. De esta suerte pasámos la segunda barra, distante cinco leguas de los fuertes, y contra la cual acostumbran estrellarse los buques de mayor porte. En fin, despues de una hora ó dos de navegacion en medio de una llanura entrecortada de canales y cubierta de arrozales, llegámos á Wampoa, tercera barra del rio que nunca pasan los buques europeos, y que puede ser considerada como la rada de Canton. Cuando nosotros pasámos por Wampoa, habia surtos unos 15 buques de la Compañía inglesa de Bengala; los unos á punto de partir, los otros que acababan de llegar; estos aguardando su té, aquellos descargando enormes balas de algodon. Cada nacion marítima tenia en aquella rada su representante, la Inglaterra, los Estados-Unidos, la Holanda, la España, la Francia, la Dinamarca y hasta el Portugal.

En Wampoa, el Tigre (Tchu-Kiang) se divide en dos brazos estrechos y poco profundos, que se reunen cinco leguas mas arriba y bajo los muros mismos de Canton. El rio denominado de los Juncos es el mas frecuentado. Todos los alrededores de aquella rada pululan en aldeas, tan cercanas unas á otras, que parecen constituir una populosa ciudad. Con todo, los habitantes de aquellas llanuras han quedado insociables, apesar de la constante afluencia de los Europeos. Todo lo necesario al abastecimiento de los buques se hace venir de Canton; y, sea que las leyes imperiales lo tengan así dispuesto, sea que el carácter de los naturales repugne al contacto de los estranjeros, no han podido hasta el presente establecerse relaciones entre la campiña y los buques anclados. Aun á veces hay peligro para los individuos de la tripulacion aventurarse en las tierras. Un curioso, un botánico, un proveedor europeos solo vuelven por lo comun con los vestidos rotos y despues de haber esperimentado todo jénero de maltratos. Cobardes con fuerzas iguales, los Chinos se sienten con entusiasmo cuando son veinte contra uno, concurren armados con muy prolongados mambúes, forman un círculo al rededor de su víctima y la hacen sucumbir sin que tan solo pueda defenderse.

Desde Wampoa á Canton, el rio se va animando gradualmente y haciendo presentir la gran ciudad. Varios bateles variados en sus formas descendian á miriadas, deslizándose por el agua como una saeta, cargados de legumbres, pescados, carne y frutos; cruzábanse y se adelantaban mutuamente sin tocarse, á causa de la suma destreza con que sus conductores manejan la godilla que les sirve de timon. La fisonomía de aquellos barqueros, apellidados por los Chinos hombres acuátiles, es risueña, á veces son impertinentes, pero joviales é inofensivos. Su traje consiste en un ancho pantalon y una camisa blanca, de tela de algodon grosero y de color subido; el todo cubierto de una especie de blusa que llega á las rodillas y cuya abertura, en vez de ser delante, muestra su hilera de botones en el lado derecho del pecho. Finalmente la prolongada cola que flota en los lomos, y el ancho sombrero de paja puntiagudo, constituyen los accesorios de este traje orijinal.

A una legua de Canton se nos señaló una aldea famosa en el país por sus criaderos en que se plantan las especies mas raras de árboles y plantas. Norberg quiso aprovechar la ocasion para estudiar la flora del país. Vímos efectivamente jardines magníficos, verjeles y huertas admirablemente cuidadas. Entre las plantas escojidas, observámos la gran peonia de especies blancas, encarnadas y mistas, el elegante limodoro, y una planta singular que debe su nombre á la propiedad que tiene de vejetar sin el socorro de la tierra ni del agua, el camelia del Japon, flor doble y mezclada, la grande alcea, el amaranto escarlata y el hermoso moco de pavo, el laurel-rosa y el *yulan*, especie de magnolia, cuyas flores se manifiestan antes que las hojas salgan de los botones.

Las flores odoríferas mas apreciables son los jazmines dobles y el basilico dulce. Vímos ademas la planta denominada negrina, á la que los Chinos dan el nombre de *Chu-lan*, cuyas hojas mezclan algunas veces con el té á fin de comunicarle un perfume particular; el olivo odorífero, el rosal de la China, el mas precioso de todos los rosales; la tuberosa y la gardena de anchas flores y de olor tan intenso.

Las especies de frutos nos parecieron sumamente multiplicados. Entre ellos se notaba una gran variedad de higos y de moras, la pesca, la almendra, el ananas, la manzana rosa, el litchi, del cual los Chinos hacen mucho caso, la naranja, la banana, el *ou-long-chou* y el carámbolo axilar. No era menos numerosa la familia de los legumbres. Entre ellos encontrámos el guisante, el polistagulos, cuyas flores forman tan hermosos pimpollos escarlatas; el citiso de Indias, simiente que suministra la famosa leche de haba que el emperador de China ofrece á los embajadores en las audiencias solemnes, gruesos reponches dulces, cebollas,

ajos, pimienta, patatas dulces, jenjibre y el clavo oriental, del que se esprime un aceite bueno para la mesa. Veíanse tambien en aquella cerca dos especies de tabaco, el azafran, el arbusto del barniz, el cártamo, la centinoria, el rapia en forma de abanico que sirve á las jentes del pueblo, la ortiga blanca, en fin muchas plantas medicinales, el ruibarbo, la artemisia y la china.

Esta pequeña escursion botánica no pudo prolongarse tan largo tiempo como hubiéramos deseado, á causa de la susceptibilidad de un mal pequeño mandarin. Decíanos este que carecíamos de un *chap* para desembarcar en aquella tierra, y como una resistencia á las órdenes del déspota lugareño hubiera desencadenado contra nosotros á la poblacion ya tumultuada, nos batimos en retirada hácia nuestra chalupa. Nos escapámos con solo algunas injurias que no comprendíamos, y por algunos jestos muy imprudentes y mucho mas intelijibles.

El aspecto de los arrabales de Canton vino á hacer diversion á aquellas escenas. Nuestra vista, al aprocsimarse á la gran ciudad, observó en primer lugar grandes arsenales de construccion; en seguida se desarrolló en cada parte del rio una prolongada serie de casas de madera edificadas sobre estacas y haciendo vuelo en la corriente; en otra parte los alojamientos de los aldeanos no tocaban la tierra; usurpaban sobre el Tigre algun espacio y formaban calles flotantes en una estension de muchas millas. Cuanto mas íbamos penetrando en el estrecho canal que hay libre entre aquellas embarcaciones de puesto fijo, menos fácil era observar lo que desaparecia ante nosotros. Aturdido por el estrépito de los gongs, por cuyo medio los mercaderes llaman á los parroquianos, alucinado por aquella multitud de objetos que se movian á derecha é izquierda, por delante y por detrás, me hallaba en este inefable estado de éstasis, en este mundo de ideas vagas, que tiene suspendida la razon y que aun parece burlarse de los sentidos atestándolos de imájenes fantásticas. Era una camorra tal, tal concierto de instrumentos y vociferaciones, un movimiento tan confuso y tan rápido de hombres y de bateles, y un aspecto tan estraño de casas con sus banderillas y de tiendas con sus enseñas, que con dificultad podian acostumbrarse á estas impresiones mis ojos y mis oídos.

Aun no habia cesado el tumulto cuando llegámos ante el muelle de la orilla izquierda donde se apiñan las factorías europeas. Allí nos hallábamos ya en territorio nuestro; plantados en la cima de agradables desembarcaderos, los pavellones inglés, americano y holandés, parecian retar á la insolencia china, indicando un campo neutral donde el estranjero habia establecido sus tiendas. Los alojamientos y los depósitos de las diversas factorías componen un conjunto de muy bellas construcciones, edificadas por los indíjenas, á quienes pertenecen, porque ellos solos pueden poseer bienes raíces en país chino. Empero, fácilmente se observa que en la direccion de los trabajos ha precedido un gusto avanzado. Ya no es la arquitectura china, mezquina, fantástica y toda de piezas reportadas; sino por lo contrario una hermosa serie de casas con magníficos terrados y galerías cubiertas, frescas durante el estío, cálidas durante el invierno; estas galerías, echadas como arcos de puente desde el primer piso, rematan al nivel de la calle. Entre esta calle y la orilla se alza una pared que forma el lado de grandes y arenosas cercas donde se desembarcan las mercancías.

La goleta nos desembarcó ante la factoría inglesa, donde ya nos estaban aguardando. Varias cartas de Macao y una recomendacion directa del gobernador jeneral de Calcuta en favor de Norberg, nos valieron la acojida mas cordial y fastuosa. Desde las oficinas de la factoría, el residente inglés nos condujo á una larga calle lindante, adornada de magníficos edificios, donde habitaban casi todos los estranjeros. El residente alojaba en una de ellas, la mas rica de todas, el cual nos instaló en las piezas de honor. Una ojeada sobre aquel palacio fué suficiente para darnos á conocer todas sus partes. En dos ó tres salones del piso bajo habia algunos escritores, intérpretes chinos que arreglaban facturas, jugaban, rotulaban letras, y contaban pesos dispuestos por montones. Pero aquella parte de la casa era la única que manifestaba las ocupaciones del locatario: en todas las demas partes, veíanse suntuosos muebles, admirables espejos, relojes de sobremesa, estatuas eneas, maravillosos tapices que indicaban costumbres delicadas y opulentas. A su aspecto, se ensanchó el ánimo del baron; á su pesar tomó inmediatamente maneras en armonía con el lugar. Y no es que fuese orgulloso y vano; pero habia sido gran señor, y nacido en medio de semejante lujo, y de consiguiente se sentia arrastrado por la naturaleza.

Por la noche, cuando nos llamaron para la cena, habia hecho gastos de estraordinaria etiqueta; su continente tenia un no sé que de sencillo y afectado á la vez: combinacion que no puede estudiarse ni definirse, pero cuyo secreto es dado solamente á ciertos hombres. Merced á él, nuestra entrada produjo cierto efecto en aquella sociedad de notabilidades inglesas. Nos rodearon, nos festejaron y nos abrumaron á preguntas espresivas y delicadas. En la mesa, nos colocaron al lado del residente. No, en

ninguna manera puedo espresar el lujo de aquella cena, la profusion de vajilla, la variedad de platos, la eleccion de vinos, la elegancia de los postres! La vanidad y la riqueza inglesas, unidas á la sutileza criolla, en un país en que la mesa es el único placer posible, puede juzgarse el resultado de semejantes móviles! El sujeto que tenia á la izquierda, uno de estos hombres buenos y oficiosos como Verger, como Wilmot, amigos leales que debia encontrar y dejar á mi camino, sir Enrique Morton, ajente de la Compañía, no pudo menos de notar mi admiracion. « Seguramente nos creerá V. felices, dijo con un suspiro. — Almenos parecen manifestarlo. — Si; se rocía la melancolía con el champagne; pero esto impide que el cáncer le roa á V. el corazon? Nosotros usamos de la mesa como los orientales del opio, para engordar la vida presente y alimentarnos de ilusiones. Cual es el resultado? El esplin ó el embrutecimiento. Caballero, aquí, lo que falta á los Europeos, lo único que consuela y acompaña la vida, la presencia de las mujeres. — Tiene V. razon, que no veo ninguna. — No se toleran aquí. — Esos estúpidos Chinos las temen: un decreto imperial prohibe á las mujeres estranjeras el habitar las factorías. — Y esto porqué? — Porqué? Vaya V. á preguntarlo á este invisible Mamarracho que habita en Yuen-Ming-Yuen, á este sátrapa medio manchou, medio Chino, que solo se complace en el absurdo. Teme acaso que nuestras mujeres afeminen á sus vasallas, que no les enseñen á vivir libres y no muradas, á no alojar mas sus pies en un torno? O bien pretende que continuemos en considerar este país como un territorio de tránsito, una tierra de privaciones, un clima donde no nos es permitido arraigarnos? Vaya V. á preguntarlo á este imperial Chino, porque él solo lo sabe! » Despues, como me observó un poco admirado del calor con que articulaba estas palabras: « Disimule V., caballero, porque estoy sobrecojido de dolor. Dentro de poco van á cumplir dos años que dejé en Madras á mi esposa y mi hija, mujer de 20 años, y un hijo de 18 meses. No podia absolutamente dejarles fortuna, y como tenia que hacerles alguna, he decidido sacrificarme. Llevar conmigo á mi familia, con el peligro de verla insultada, ó dejarla en Macao á merced de una revolucion de indíjenas, era sobrado arriesgado en un objeto de egoismo. Veinte y siete meses han transcurrido sin que haya podido verla. — Y no podria V. arrostrar esta ridícula consigna y luchar contra ella, aunque fuese á viva fuerza? — Así lo hemos verificado: en 1828, muchos de nuestros ajentes hicieron venir á sus mujeres y las instalaron en las factorías. En vez de oponerse, los habitantes de la ciudad concurrieron todos á ver esas beldades estranjeras, y la impresion que produjeron les fué propicia hasta lo sumo. Pero esta breve aprobacion precipitó la reaccion diplomática. Algunos dias despues de nuestra llegada, el virey espidió un chap ó decreto, en el que mandaba á nuestras Inglesas que saliesen inmediatamente del territorio imperial. Puede V. imajinar cuantos amores propios puso en revolucion aquella nota ofensiva é imperativa. Hubo resistencia; hízose intervenir la dignidad y el interés de la Compañía, las señoras se quedaron, y en su honor hasta se hicieron venir 1.500 hombres de las tripulaciones para guardar los almacenes. Las permutas fueron suspendidas, los navíos de la Compañía no pasaron ya las bocas del Tigre; por fin la revolucion parecia completa, cuando los principales jefes de la factoría fueron reemplazados. Los recien venidos no tenian un orgullo que les impeliese en las hostilidades, antes su interés les aconsejaba cerrarlas. Transijieron y sacrificaron á nuestras pobres Inglesas, que ciertamente se habian mostrado heroicas en todo aquel debate. Hasta se hubieran batido mejor que los mismos hombres. Hé aquí porque, añadió Enrique Morton, en la actualidad somos viudos; he aquí porque esta mesa cargada de platos y de vinos, iluminada de bujías y dorada de porcelanas, carece de júbilo y de poesía; hé aquí porque el mar del país nos acomete á todos apesar de nuestra vida atareada. Acaso se ha creado un paraíso sin mujeres? — Y cuanto tiempo dura este destierro que encarece V. con tanta suntuosidad? — Tres, cinco, diez, veinte, treinta años, eso depende del capricho de la Compañía y de la ambicion del empleado. Nuestros salarios ascienden con rapidez: 300 libras esterlinas al primer año, 400 al segundo, 500 al tercero, 1.000 al quinto, 3.000 al décimo; los jefes de comité tienen 5.000 libras. Con esto es preciso economizar un capital. — Pero V. tendrá pocos gastos que hacer. — Enormes, caballero, enormes! Se rivaliza á quien desplegará mas lujo, á quien gastará con mas velocidad su sueldo! Esto aun es pasajero en lo tocante á los jefes que se hallan en alguna representacion; pero los factores subalternos deberian observar algun órden y alguna medida. Pues bien, no! Estos son los mas pródigos de todos. Llamados por la Compañía, por lo comun se van como vinieron, con las manos vacías. — Al menos V. para compensar todo esto, disfruta de algunos placeres privados: vosotros siendo tan poco numerosos, debeis estar unidos. — Se aborrecen aqui lo mismo que en otras partes y aun mas, porque los intereses estan contrapuestos. No solamente hay rivalidad entre la factoría in-

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

3. *Une Rue de Canton.*

3. Una Calle de Canton.

4. *Barbier.*

4. Barbero.

5. *Habitans de Canton.*

5. Vecinos de Canton.

glesa y las demas factorías, sino que tambien hay concurrencia directa entre Ingleses. La Compañía está fundada sobre el monopolio; tiene contra sí á todo el comercio libre, al cual enerva y absorve. Ajentes de esta casa colosal, nos hallamos casi siempre como los comerciantes que negocian por su propia cuenta. Mas ricos que ellos, mas conocidos y aun mejor servidos, nosotros solo les dejamos los desperdicios de los negocios. Por lo demas, el gran mercado inglés está abierto para nosotros y cerrado para ellos. Ya sabe V. que hasta 1834 tenemos el privilejio del abastecimiento de la Gran Bretaña: quien podrá hacer frente á esta inmensa ventaja? — Si, pero esto no durará siempre (y hablando de esta suerte no creia esplicarme con tanto acierto). — Pues bien! En este caso negociaremos de nuestra cuenta. La máquina está montada; los capitales abundan; comprarémos el mejor té de la comarca, y si la estampilla de la Compañía no conserva su privilejio legal, guardará su renombre en casa del consumidor; este negocio quizás es mejor y mas duradero. La concurrencia solo es temida por los débiles, pues los fuertes la aprecian y aun la piden.»

Esta conversacion duró hasta el fin de la cena. Cuando tuvo lugar, hace ya cuatro años, no dudaba por cierto que á 1.° de abril de 1834, el mercado de Canton ofreceria á todas las embarcaciones inglesas tratos mas justos y mas iguales. La abolicion del privilejio de la Compañía pertenecia entonces al porvenir, del mismo modo que en la actualidad los resultados que debe tener este acontecimiento.

CAPÍTULO XXXV.

CHINA. — CANTON. — LAS TRES CIUDADES.

Enrique Morton, habiéndose avistado conmigo, fué igualmente en breve amigo de Norberg. Al dia siguiente éramos ya inseparables. Despues del desayuno que fuímos á tomar en su casa, tratóse de ir á visitar la ciudad. «Por la misma ocasion la veré, dijo Enrique, los señores Chinos tienen unos modales tan amables para con nosotros, que hasta el presente me habia dispensado visitarles.» Despues llamando á su criado: «Vé á buscar los quitasoles, Miou, tu nos guiarás á Canton.» Pocos minutos despues, emprendímos la marcha, dejando las factorías á la derecha y el rio detras de nosotros, y entrámos en algunas calles tortuosas y hermoseadas con edificios. Los dos principales, que han recibido denominaciones inglesas *New-China-Street* y *China-Street*, podrian figurar con honor en una capital europea. Son prolongadas, limpias y admirablemente aseadas. Las casas, construídas de madera, tienen en su mayor parte una galería cubierta en su primer piso, con un techo que forma un vuelo esterior. Toda la fachada está dada de pinturas brillantes, especialmente en los alojamientos que tienen tiendas en el piso bajo. En vez de la confusion que reina en la distribucion de nuestros almacenes de Europa, Canton los clasifica por cuerpos de oficio: aquí se apiñan los mercaderes de porcelana, allí los de té; en este arrabal se venden los tejidos de seda, en otro los de algodon. Sin embargo, en medio de esta diversidad de industrias, domina un hecho comun á todas, el de un arte prodijioso en la ostentacion, de una gracia, de un órden y de un aseo admirables. Nada mas atractivo para la vista que esta disposicion de los productos manufacturados. Cuán bellos son esos muebles de laca con sus dibujos de oro sobre un barniz luciente! Cuanta delicadeza paciente en estos abanicos de marfil, en estos quitasoles adornados! Cuanto lujo en esta porcelana! Y estos nankins que aun se imitan tan mal en nuestros países! Y esos crespones de mil colores, tejidos consistentes á la vez y flecsibles! Esos satines lustrosos y fuertes! Esos tejidos de seda recamados! Esas tapicerías! Qué cosas tan maravillosas!

En el centro de las calles, donde se hallaban estos almacenes, circulaba una multitud presurosa y atareada. Varios banistas en palanquetas, mercaderes ambulantes que llevaban sus jéneros en una especie de balanza de dos platos, Chinos de todas condiciones y de todos oficios llenaban el estrecho paso que habia libre entre las calles. (Pl. XXXVI. — 3). En los puntos en que la calle engrandecida formaba una especie de encrucijada, instalábase comunmente, con su tienda portátil y con su campanil amonótona, un barbero al aire libre que, apesar del tumulto y del movimiento, pasaba su navaja triangular por la cabeza de algun parroquiano, y le peinaba las cejas (Pl. XXXVI. — 4). Cerca de él habia á veces el mercader de comestibles, con su cocina nómada, la revendedora, industriales ambulantes que se manifestaban al público por medio de un brillo estraño y distinto. Despues venia el ciudadano de Canton, tanto mas digno y grave, cuanto era de un rango mas distinguido, que podia reconocerse por su chupa con botones de metal, por su túnica larga y flotante, por su cabeza rasurada con su cola prodijiosa, por sus zapatos de tela y por su quitasol de tronco de mambú (Pl. XXXVI. — 4). En otras condiciones, la túnica solo alcanza hasta medio muslo, y el pantalon, ancho por la parte superior, se ajusta un poco mas arriba del tovillo. A veces tambien, en vez de sombrilla, los indíjenas llevan simplemente un abanico. Los mandarines y las personas ricas nunca van

sin un criado que las escolta y las abriga bajo el quitasol.

El traje del pueblo nos pareció bastante uniforme: unas bragas, una camisa azul y un gran sombrero de paja terminado en forma de cono. Los hombres de fuerza tenian un aire de robustez y salud que daba gusto verlos. Pobres, pero vestidos con aseo, no manifestaban en su semblante moreno ninguna espresion de brutalidad, sino de lo serio junto á una completa resignacion. Menos tumultuosos de lo que son, aun en los países civilizados, los individuos que se dedican á trabajos penosos, tenian el aire de vivir juntamente en buena armonía é irreprensible conducta.

En medio de este torbellino de individuos, aun no habíamos visto en Canton los carros ni caballos de tiro; los perros mismos eran sumamente raros. En cuanto á las mujeres, apenas habia algunas de la última clase que osasen mezclarse con esa multitud de hombres. Hallabámonos todavía en la calle New-China-Street, en medio de alojamientos de techos bajos, entre dos setos de enseñas salientes y perpendiculares, donde se veían algunas letras de oro sobre un fondo encarnado que espresaban el nombre del mercader y la naturaleza de su comercio. Enrique Morton nos hizo entrar en algunas tiendas cuyos dueños conocia; todas nuestras preguntas fueron satisfechas; enseñáronnos mercancías de todo jénero, y no sabíamos ciertamente que admirar mas, si la materia ó el trabajo. Los mercaderes hablaban una jerga inglesa á la que comunicaba un carácter singular su acento nasal. Uno de ellos nos hizo ver, en aquel bazar, varios objetos de lujo copiados sobre modelos llevados de Paris y de Lóndres, y bastante bien imitados para alucinar una vista comun. Pacientes, diestros, intelijentes, los oficiales chinos han llegado á contrahacer nuestras formas mas corrientes de platería y de placa, y como su trabajo personal es mucho menos caro que el nuestro, en vez de pedir á Europa semejantes objetos, la China esporta actualmente de ellos para Bengala é Inglaterra.

Allende esas calles mercantiles que están situadas cerca las factorías, comienzan otra ciudad y otro pueblo. En China-Street, aun se encuentra uno en tierra neutral; en una atmósfera medio inglesa y medio china, una catadura estranjera es bien recibida; con ella se conversa y se rie, el interés domina la preocupacion y la antipatía nacional. Empero, apenas salvada esta barrera industrial, las fisonomías varían y los semblantes se ofuscan. Los mismos mercaderes que le acojen en su tienda, vuelven la espalda en el recinto donde tienen su alojamiento y el de sus familias. Preguntad por vuestro camino, y una risa insultante y grosera es la única respuesta que se os dirije. Ay de vosotros si cuando viene la palanqueta de una mujer de distincion no os retirais hasta la pared para evitar el choque de los portadores; derribado y pisoteado, difícilmente podriais proseguir una calle menos inhospitalaria.

El comercio por mayor y menor reina aun en esos cuarteles puramente chinos: varios almacenes absorven todo el piso bajo de las casas; el comedor está en la trastienda, y las salas superiores sirven para alojar á la vez las mercancías y los cometidos. Durante el dia, el mercader se halla en su puerta, fumando su pipa y aguardando la llegada de los chalanes. Cuando llega un aficionado, lo dirije á sus empleados, quienes muestran el artículo y discuten el precio. El jefe solo interviene raras veces, y aun para proferir una sola palabra en el mercado.

Como todos esos mercaderes tienen dos casas, una para su comercio y otra para su vivienda, no puede evaluarse la poblacion de Canton con harta ecsactitud por la superficie del terreno que ocupa, por cuyo motivo se han anticipado cálculos ecsajerados. El misionero Lecomte ha hablado de 1,500.000 habitantes; Duhalde de 1,000.000; otros aun la han elevado á un número mayor. Por lo contrario, Sonnerat, Cook y Malte-Brun se han quedado muy atrás de la verdad en sus estimaciones de 100.000 á 250.000 habitantes. El número que parece mas auténtico varía de 5 á 600.000 (1).

Deseosos de llevar nuestro primer paseo tan lejos como fuese posible, aventurámonos hasta la entrada de la ciudad tártara ó china, prohibida á los Europeos. Observámos una puerta pequeña, baja, bastante mal guardada, y una pared que fácilmente podria salvarse con una escala. En aquella parte de Canton residen el virey y los dignitarios puestos bajo sus órdenes. En la misma puerta podíamos distinguir una casa de mandarin, construida de piedra, sin ornamento y de un solo alto; rodeábanla por todas partes espaciosos patios, y los macizos de la entrada parecian mas bien para cárceles que para palacios. Morton nos refirió que esta puerta servia algunas veces de teatro para singulares espediciones. Cuando los Europeos han dirijido una peticion al virey por medio de los mandarines, y no les hacen justicia con prontitud, juzgan que su súplica ha quedado estraviada en las oficinas de los dignitarios inferiores, y que es forzoso obrar mas eficazmente á fin de que siga su curso. Entonces, formados en cuadrillas de 20 ó 30, y provistos de enormes palos, única arma tolerada

(1) El jesuita Feller solo le atribuye 30 ó 40.000 habitantes.

en China, caen de improviso sobre las primeras tiendas de la ciudad cerrada, precipítanse contra los muros y contra los habitantes mismos, y causan tal estruendo, que el mandarin encargado de la policía del arrabal se decide á manifestarse en el campo combatido. Los agresores le rodean y le obligan á aceptar una nueva copia de la peticion, destinada de esta suerte por este escándalo á mas estensa publicidad. Con todo, ocurren algunos casos en que esas espediciones terminan á costa de los agresores: cuando los Chinos están instruídos de antemano, se emboscan en las calles vecinas y hacen jugar á su vez el palo sobre las espaldas de los peticionarios. Tal es el modo como se tratan los negocios en un país donde se mantienen á grandes gastos varios cónsules y factorías opulentas.

Sobrado habíamos ecsaminado Canton para poder formarnos una idea de su aspecto. Habíamos cruzado en su lonjitud una de sus ciudades, y entrevisto la otra. La primera consistia casi en una factoría europea, fundada al rededor de otras y enriquecida por esta vecindad. La otra era la ciudad verdaderamente china, residencia de los funcionarios y del gobernador.

En la primera de estas dos ciudades, habia tenido lugar, á 1.° de noviembre de 1823, ese terrible incendio que devoró 10.000 casas. A vista de las paredes ennegrecidas que se encontraban por acá y acullá, con facilidad podia formarse idea de aquel desastre, que aun subsiste en la memoria de los habitantes. El fuego se pegó por la noche en el seno de un populoso arrabal, y como era atizado por una violenta brisa del N., estendióse á derecha é izquierda, penetró en esos ricos almacenes atestados de objetos combustibles, pasó por las calles con metales fundidos, saltó de casa en casa, de calle en calle, de isla en isla, hasta que la ciudad entera fué convertida en una ardiente hoguera. Concíbanse, en medio de la inmensidad de las llamas, 100.000 Chinos impelidos fuera de sus casas, emprendiendo la fuga hácia el rio, implorando vanamente la piedad de la ciudad flotante que se habia fugado hácia la otra orilla, esas mujeres, esos niños medio desnudos en el invierno, esos Europeos bloqueados en sus factorías y obligados á abandonarlas; descríbanse, si es posible, esos barcos henchidos de fujitivos y deslizándose por el Tigre; represéntese aquella escena llena de clamores penetrantes, angustias y lágrimas; esos mil episodios donde no fueron los únicos enemigos el agua y el fuego; noche de desórden que hizo orijinar ideas de pillaje y de sangre, en que se entronizaron 5.000 bandidos sobre ruínas humeantes, saqueando todas las casas que quedaban, destruyendo cuanto habia podido sustraerse á la voracidad de las llamas, y enseñoreándose de Canton reducido á cenizas, hasta que 30.000 hombres de tropas vinieron á limpiar el terreno donde alzaran su pasajera autoridad. Entonces fué cuando pudo apreciarse el desastre; contáronse los niños, los viejos, los hombres, las mujeres que habian sucumbido entre los escombros; familias enteras habian desaparecido, y casi todas las demas contaban algunas pérdidas. Quién creyera, despues de este relato, que al cabo de dos años aquella gran calamidad seria reparada! La ciudad incendiada, reedificada como por encanto, es mas hermosa actualmente, mas vasta y mas grandiosa que antes; las construcciones actuales de la factoría, tan elegantes y sencillas, sus muelles anchos y sólidos, sus almacenes, sus calles laterales, datan de esta época.

Al lado de esos dos Canton, el uno chino, el otro europeo, ecsiste una tercera ciudad que habíamos ya percibido al llegar, tal es la ciudad flotante, compuesta de champanes ó lojes que, anclados en muchas filas, orillan una y otra ribera en una estension de muchas leguas. Cada familia ocupa su batel ascado, elegante, cobijado de esteras. Es el arrabal de los pobres que, aunque despreciados de las demas clases, viven contentos, tranquilos y laboriosos. Las mujeres son barqueras, de suerte que conducen y utilizan su embarcacion, cuya mitad sirve de morada á la familia, y la otra mitad al transporte de los pasajeros. Por su parte, los hombres son comisionarios, ganapanes ó jornaleros.

No ecsiste en el globo espectáculo mas animado que el de esta ciudad acuátil, tan pronto unida y compacta, como deshecha en piezas, que segun la fuerza de la corriente pone tiesas sus amarras ó les permite juego; que cambia de polo cada cuatro horas, y se equilibra á cada marea. Lo mas precioso es contemplar cuando esta flota verifica su movimiento de conversion, el órden y regularidad con que cada batel se retira y se encaja de nuevo en su puesto. Nada puede darse aun mas curioso que ese pueblo que nace y muere en aquellas barcas sin salir de ellas, sin buscar techo alguno en la tierra firme, sin envidiar la suerte de los que se abrigan entre muros de piedra. Con efecto, raras veces acontece que las mujeres y los niños se alejen del rio, siquiera por un minuto. La vijilancia y la manutencion del batel ecsijen su presencia asidua. Tostadas por los rayos del sol y por los reflejos del agua, aquellas Chinas tienen facciones agradables y dulces, contornos flecsibles, una talle elegante, miembros delicados y bien formados. Su vestido, hecho segun la moda del país, es de tela parda y

grosera, y cubre una camisa de tela blanca que cae sobre un ancho pantalon. Sus cabellos son peinados y reunidos en la coronilla de la cabeza.

Esta ciudad acuátil no se compone enteramente de bateles habitados por el pueblo; al lado de sus pequeños champanes, se ven de trecho en trecho embarcaciones inmensas de muchos puentes bastante parecidos á esos baños que se ven en el Sena; pintadas, doradas, cargadas de tiestos de flores y adornadas interiormente de bustos elegantes y muebles suntuosos. Estas embarcaciones ora sirven para mesones, ora para fiestas públicas, y aun muchas veces para serrallos muy poco edificantes. Al ponerse el sol, cuando el soplo de brisa viene á mecer el rio, los moradores de Canton se dirijen en tropel hácia la ciudad flotante, la ciudad del descanso y de los placeres. Estos afluyen entre los restauradores, aquellos en los salones de música: para los unos se ha preparado una iluminacion, para los otros una fiesta mas solemne todavía. Entonces se ilumina el Tigre; se cubre de faroles de papel aceitoso y colorado, resplandece de fuegos verdes, encarnados, azules y violados: cada barquilla tiene su fanal que parece deslizarse por el rio, mientras que la prolongada serie de luces fijas parece contemplarse en el agua y multiplicarse por sus reflejos. Esta es la hora de la música, la hora del júbilo y de las fiestas: todos se empujan mutuamente hácia las tan celebradas cocinas para saborear la famosa sopa de nidos de aves y las alas de tiburon.

Empero, de todas estas fiestas, ninguna es mas bella para el rio que la del dia de luna nueva. Entonces es cuando el entusiasmo sube de punto; el Tigre resplandece enteramente de fuego; los cohetes y las piezas de artificio silvan, serpentean, estallan en todos sentidos: los gongs rompen sus enérjicos redobles, no menos imponentes que el trueno; la multitud vocifera, las orquestas resuenan, los bateles se cruzan, y aquella fiesta aturdidora se prolonga hasta la mañana.

Así que, ya desde el primer dia habíamos observado Canton en globo, de suerte que únicamente faltaba recojer sus pormenores. Recobrámos el camino de la factoría, precedidos por el alerta Miou, el mas intelijente gallo de todo el Celeste Imperio. Con su ausilio habíamos terminado esta larga campaña sin esperimentar ningun insulto. Habiendo embarazado nuestro camino en la parte mas aislada algunas cataduras de mal agüero, habia conseguido dispersarlas solamente por medio de algunas palabras, cuyo sentido pregunté á Morton. «No puedo decírselo, me respondió. No se aprende el chino tan fácilmente como puede imajinarse V.; la única lengua de que hacemos uso con estas jentes, consiste en una miserable jerga compuesta de malayo, de portugués, de inglés y de chino. Por lo demás, mi bribon de Miou sin duda ha amenazado como mandarin á esos hombres mal intencionados, y en esto debe de estar todo el secreto de sus diferentes marchas. Estos criados chinos que nos destinan, no carecen de autoridad entre sus compatriotas, puesto que forman una corporacion que se sostiene con el apoyo de una clase de criados mas encumbrada, apellidada de los *compradores*, que á su vez dependen de los mandarines. Este *comprador*, intendente de todas nuestras casas, nombrado y vijilado por el mandarin, está encargado de nuestras compras y de nuestros suministros (Pl. XXXVII. — 3). Él solo es el proveedor de nuestras mesas y el ecónomo de nuestras casas; él es quien compra y presenta en seguida memorias que no pueden discutirse, porque en semejantes contestaciones los mandarines son jueces y cómplices. El globo está constituído en tres grados, de un modo legal y público. El mandarin llama al comprador y este elije los criados subalternos. Estos ayudan al otro á imponer tributos á las casas europeas, y la mayor suma de los beneficios remonta el oríjen de toda astucia y de toda bribonería, á los mandarines y al virrey. La cosa es tan visible para nosotros, que nos ha parecido mejor partido mirarlo por la parte de lo ridículo. Ultimamente el residente holandés recibió un solo tonel de deliciosa constancia. Repetidas veces insistia de tal suerte sobre la dificultad de poseer semejante vino, que al fin uno de nuestros factores impacientado ofreció hacerle beber otro tan bueno como aquel. La oferta fué aceptada para el dia siguiente, y apesar de las precauciones que tomó el Holandés, por la noche desaparecieron de su despensa diez botellas de su precioso néctar para guarnecer el bufete de su criado.» Y VV. conservan semejantes criados? — Sí, pero por fuerza. Son los únicos que pueden tenerse, y esto aun vale mas que desempeñar sus faenas par sí mismo. Nos roban, nos espían; pero al fin nos sirven, y nos sirven sumamente bien. No hay facilidad en Europa para encontrar hombres tan sóbrios, activos, intelijentes, dóciles y diestros. Acaso ha encontrado V. en alguna parte criados que reunan todas las circunstancias?»

CAPÍTULO XXXVI.

CHINA. — CANTON. — EL HOUPOU. — LOS HANISTAS.

Nuestra vivienda que daba al muelle nos facilitaba el ocsámen de todo el movimiento co-

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

4. Porte de Ville.

4. Puerta de Ciudad.

3. Soldat en armes tenue.

5 Soldado pertrechado

6. Tigre de guerre.

6 Tigre de Guerra

mercial de la factoría. Desde allí observaba los buques que cargaban y descargaban, y los esportilleros chinos manejando los fardos mas pesados. El traslado y el peso de las mercancías, los esfuerzos y la vijilancia de los aduaneros que, vestidos como los demas naturales, se participaban sucesivamente las órdenes; las riñas empeñadas entre ellos y los marineros europeos; la intervencion de empleados superiores que concurrian para pleitear la causa del fisco imperial, todo interesaba nuestras miradas y cautivaba nuestra atencion. Sin embargo, mientras no tuviésemos la llave de aquella organizacion aduanera y comercial, todo aquello no era mas que un placer infantil. Nadie mejor que Morton podia darnos mejores informes. Prestóse á nuestra curiosidad con una perfecta gracia, y toda su narracion puede reducirse á estos términos.

Cuando se trató de permitir que los Tsiang-Jyin (hombres de Occidente) penetrasen en China, ocuparon al gobierno dos ideas distintas: la una de organizar un comercio que le era fructuoso; la otra de defenderse contra las usurpaciones de los recien venidos. Tolerarlos, pero al propio tiempo vejarlos sin cesar, é impedir su influencia inmediata sobre los naturales, coartar sus derechos sin disgustarlos demasiado, tal era el objeto que debia llenarse. Bajo este supuesto se tomaron una multitud de medidas, tales como la prohibicion á los estranjeros de conducir sus mujeres, de viajar por el interior del país, de adquirir bienes raíces; y la prohibicion á los Chinos de frecuentar los estranjeros, de enseñarles la lengua del país y de conversar con ellos de otros objetos que de sus negocios.

Establecidas todas aquellas restricciones, se abrió un ángulo de Canton á los Europeos. Esto hecho, el gobierno no quiso entablar relaciones directas con ellos: opúsose á conciliar el interés indíjena con el interés de los recien venidos, á fin de desollarlos por trámites mediatos: así que, otorgóse á una compañía, compuesta de los mas ricos comerciantes de Canton, un privilejio esclusivo del comercio estranjero. Pero este privilejio, fructuoso para ellos, tiene cargas equivalentes. Esta compañía se denomina el kong-hang, y sus miembros en número de doce, son apellidados hanistas. Cuando fondea en Wampoa una embarcacion europea, está obligada á escojer entre ellos un *fiador*, ó garante que responde al emperador, no solo de los derechos de entrada y salida, sino tambien de las acciones y jestos de toda la tripulación. En cambio, el fiador está encargado de todas las compras y de todas las ventas que haga el buque.

El ajente fiscal, de quien dependen los hanistas, es el houpou, ó jefe de las aduanas, nombrado por el emperador, y habita un palacio situado cerca de la factoría. En su puerta figuran como escudos de armas cuatro planchas con cabeza de dragon, y con atributos de cadenas y de látigos para manifestar que tiene el derecho de administrar justicia. Bajo este houpou hay tres *linguas* ó intérpretes, y un ejército de aduaneros.

Cuando un buque ha escojido su hanista, el houpou acostumbra dirijirse á bordo, escoltado de una multitud de empleados. El pretesto es de medir el buque que está sujeto á un derecho de anclaje; pero el verdadero motivo es hacerse dar un rico presente en numerario ó en especie. Esta visita no se hace sin algunas ceremonias: se sirve al jefe de la aduana un almuerzo al que no acostumbra tocar siquiera, y cuando ha partido, el buque no pertenece ya á su tripulacion, sino á los ajentes del fisco montados á bordo con su jefe. Su papel de vijilancia dejenera en caso de necesidad en actos de robo. Una pieza de vajilla olvidada, ó una alhaja, todo es considerado como lejítima presa. Para desembarazarse de ellos, se cargan las mercancías en los barcos que deben llevarlas ante las factorías. Esta operacion se hace bajo la inspeccion de 10 á 12 comisionados de la aduana, quienes toman nota de cuanto se embarca: varios marineros europeos los escoltan hasta el muelle para vijilar las manos y faltriqueras de los prepósitos chinos. En los depósitos europeos comienza otra operacion: nuevos comisionados, enviados por el houpou, ecsaminan, clasifican y tarifan la mercancía, á medida que va llegando y desembalándose. Durante esta operacion, la bribonería de los naturales ejerce varias de las suyas. Para forzar el total de los derechos, el comisionado desnaturaliza la especificacion de los objetos; llama paños á las sábanas, espejos á cualquier objeto de vidrio, ágatas á las piedras de fusil; triplica y cuadriplica las canas de las telas, todo esto sin contestaciones y sin resistencia, porque en primer lugar los Europeos presentes no comprenden nada, ni de lo dicho ni de lo escrito, y en segundo lugar, los hanistas responsables no son escuchados aunque reclamen. Las mismas bribonerías se verifican con los cargamentos de salida: únicamente, como la calidad, la medida y el peso de los objetos son entonces mas conocidos y mas fácilmente apreciables, la arbitrariedad de la tarifa tiene menos márjen y espacio.

No consiste todo en esto: el buque ha realizado sus fardos procedentes de Europa; cargado de té, de cúrcuma y otros artículos chinos, quiere hacerse á la vela. Entonces viene el reglamento de cuenta definitiva: hasta que

el hanista responsable no haya vertido en las cajas del fisco la suma entera de las tasas en que ha incurrido, no se concede el *chop* de salida, de suerte que el buque anclado en el rio consume sus beneficios durante toda su permanencia en él.

Síguese de aquí un sistema maravilloso paraque los Europeos no se apasionen á la China, tanto que permanezcan siempre sujetos á algunas avenidas humillantes ú onerosas. Raras veces ocurre que el jefe de la aduana se decida á rozar directamente las factorías; pero se dirije contra sus hanistas, contra sus compradores y contra los empleados subalternos. Si el intérprete del buque nombrado oficialmente por el houpou, descuida la mas pequeña formalidad, tiene que sufrir los mas humillantes castigos corporales. Si algun Europeo comete el menor delito, el hanista está obligado á terminar el negocio á fuerza de dinero, bien que muchas veces no puede ecsimirse tampoco con sacrificios pecuniarios. Un pobre hanista, condenado á prision porque uno de los buques puestos bajo su garantía desembarcara en contrabando un cajon de pedernales, no pudo libertarse sino hasta el cabo de un mes y por medio de un rescate de 20.000 pesos. Tal es la causa porque los hanistas, víctimas de los aduaneros que los desollan á enormes sumas, procuran arreglarse con los Europeos provocando altas y bajas repentinas en el precio de las mercancías. Por su parte, los Europeos procuran defenderse, lo cual establece un conflicto de astucias y de intrigas en las permutas que se operan en las factorías. Los hanistas son pues lo que quiere el houpou, y sus sustitutos descansan mas en su posicion que en su carácter personal. Espuestos á un sistema de intolerables concusiones, cargados mas y mas de avenidas ecsorbitantes, obligados á presentes muy costosos, á cada mutacion de jefe fiscal ó de virey, tienen que legar á la Compañía entera el pago de sus deudas; porque la corte de Pekin no puede ni quiere perder. Bajo el imperio de tan opresoras condiciones, fácilmente se concibe que la lealtad es para aquellos infortunados una virtud imposible. Si roban, es porque son indignamente robados, porque no les queda recurso alguno, porque les es imposible toda instancia á la justicia del emperador. Una queja, una amenaza contra el houpou incurre en la confiscacion de los bienes y el destierro á Tartaria. Esclavos dóciles, estos pobres hanistas están obligados ademas á ir á cada luna nueva á esperimentar los desprecios del ajente imperial que los desolla de un modo tan provocador. No pocas veces sucede que el orgulloso colector los hace apretar por sus secretarios. Apesar de esta vida de insultos, se halla todavía entre sus hanistas cierta probidad que se les debe tener en cuenta. Así que, un depósito de dinero en sus manos está puesto en seguridad. Ademas, cuando algunas cajas de té, vendidas por ellos, ofrecen á su traslado á Europa algunas trazas de fraude, no tienen dificultad alguna en compensar el daño.

Bueno como instrumento comercial, el kong-hang ó cuerpo de hanistas, no sirve menos á la corte de Pekin como instrumento político. Con su ausilio jamas interviene de un modo directo en las relaciones con los estranjeros, y tanto si sobreviene un acontecimiento, como si los Europeos levantan las mas vivas quejas, el gobierno chino puede hasta el último momento finjir una completa ignorancia. Si la reclamacion es mas viva, hace recaer toda la falta sobre los hanistas, por cuyo motivo estos pobres diablos titubean entre las ecsijencias de los mandarines y las quejas de los estranjeros. De nadie son estimados; todos los acusan y les sospechan, de suerte que si á estas humillaciones hubiese alguna compensacion en dinero, no podria llamarse mas que justicia.

La clientela de los hanistas en Canton se compone de la Compañía inglesa, de la factoría holandesa y del comercio americano, por fin de los armamentos menos frecuentes que aparecen en el Tigre con los pabellones francés, español, portugués, sueco y danés.

Fuerza es confesar que la Francia está muy atrasada en este comercio respecto á las demas naciones marítimas. Apenas se ven 5 ó 6 embarcaciones que desplegnen todos los años nuestros colores nacionales en la rada de Macao ó en la de Wampoa. Es acaso de parte de nuestros armadores impotencia ó cálculo? Por ventura ignoran los recursos del comercio chino, ó si los conocen, se juzgan incapaces de luchar en Canton contra la concurrencia inglesa? Todas estas circunstancias cooperan á motivar su ausencia de este mercado. Sin embargo, la primera y principal es independiente de toda combinacion individual; se enlaza con la gran cuestion de la tarifa de las aduanas francesas, con este sistema llamado protector que es la causa de la ruína de un número de industrias mayor del de las que proteje.

Con efecto, en cualquier parte del globo á donde se dirijan nuestras embarcaciones, tropiezan con nuestras leyes fiscales, armadas con todas sus imposibilidades. Antes de llenar su cala, un capitan necesita hacer varias veces la parte del tributo aduanero, que devora la mejor sustancia de los cargamentos. Esta preocupacion lo acompaña por todas partes; pero en ningun punto es mas amenazadora que en los puertos de la China. Efectivamente, la China es contra quien ha aguzado sus armas prohi-

bitivas nuestro código tarifador; la China es contra quien se ha dirijido principalmente el *veto*. Todo tejido de seda china es considerado como contrabando en nuestros puertos franceses, y rechazado para defender á Lyon, que no tiene necesidad alguna de ser defendido y que pierde muchísimo por tales medios de defensa. Todos los artículos de lujo, las lacas, los abanicos, las sombrillas, los muebles inferiores, están sujetos á derechos de tal naturaleza, que su precio los tiene clasificados en Francia fuera del consumo ordinario. Aun se prohiben el nankin, que nadie lleva ya, y la porcelana tan perfeccionada en el dia, que en vez de pedirla á la China podríamos suministrársela.

Pero no es esto aun lo mas grave: en una época en que el comercio francés probó una campaña hácia la China, la tarifa, sintiéndose asaltada de remordimientos, quiso cooperar al movimiento, para lo cual moderó los derechos sobre los azúcares de procedencia asiática. Esta concesion insignificante dió márjen á cierto movimiento. Era un objeto de resaca para nuestras embarcaciones que no podian sobrecargarse de té, cuyo consumo es tan limitado en Francia, de sederías, que igualmente están prohibidas, y de nankins que no son apreciados; habíase hallado una mercancía pesada para lastre, y que dirijida á nuestros depósitos se realizaba sin pérdida. Es preciso acordarse que fué una especie de reconocimiento para el comercio de mas allá del Cabo. Construyéronse en Burdeos, en el Hâvre, en Nantes, en Marsella, magníficas fragatas á manera de los *country-ships* ingleses, por cuyo medio nos llegaron de Canton, de Touranne y de Manila enormes cantidades de azúcar. Empero este impulso fué poco duradero; nuestras colonias privilejiadas hicieron resonar sus quejas, y tal vez tenian algun derecho en hacerlo, porque si les imponemos los productos de nuestras manufacturas, ellas son fundadas para imponernos los artículos de su suelo. Sus quejas fueron escuchadas; restableciéronse los antiguos derechos; suspendiéronse nuestros armamentos para la China, y abortó la reforma comercial. Un falso sistema no es mas que un círculo vicioso, que con dificultad se destruye y se modifica.

Por otra parte, nuestras relaciones jamas habian podido establecerse en China sobre el mismo pie que las de las factorías inglesas y holandesas. En un país de refinada astucia, solo habia una actitud eficaz, la de la probidad. En todos tiempos fué empleada por las dos compañías rivales, quienes sellaban los fardos que vendian y obligaban al manufacturero á encerrar en cada uno de ellos su nombre, el catálogo de los objetos contenidos y la factura. Tan multiplicadas garantías escitaban la confianza del comprador, de la que se procuró no abusar. En el dia los fardos de los Ingleses y Holandeses no son abiertos para los Chinos, como se verificaba antiguamente con los objetos de procedencia francesa; empero, engañados repetidas veces por capitanes y sobrecargas, especuladores aislados que no comprendian la utilidad de una buena reputacion nacional, los banistas desconfiaron de nuestros productos, los ecsaminaron, los sospecharon y al fin los compraron. En el dia cuando tratan con nosotros parecen prescindir de sus habitudes; y esta preocupacion, que pesa sobre el mercado, lo hace oneroso á nuestros armadores.

Los Ingleses, constituídos en Compañía, ejercen sobre sus transacciones con la China un derecho de vijilancia jeneral, y como se hallan dueños de los pormenores como del conjunto jeneral, nada tienen que temer de la confluencia francesa, libre y esclava á la vez, libre del monopolio, pero esclava de ecsajeradas tarifas. Tal es en efecto el daño causado por las restricciones y las prohibiciones, que el privilejio, constituído al grado mas eminente, con razon declama contra ellas. Pero, para conceder la razon á los principios económicos, para procurar un hecho nuevo al apoyo de irrecusables teorías, obsérvense los Americanos, que, apesar de formar una nacion nueva en China, se hallan á la cabeza de ese mercado. Ningun monopolio se halla entre ellos que imprima una direccion unitaria á las permutas, ni menos cargas jenerales é improductivas, estado mayor de factores ni negocios onerosos y obligatorios. Si son de resaca, ninguna tarifa hay que los domine, que sospeche su cala, y que haga observar á hombres y á embarcaciones. Cada objeto tiene su entrada y su venta, mediante una tasa insignificante. Libres en el esterior y entre sí, en estado de soportar mejor la fiscalidad estranjera, porque no conocen ninguna nacional, fiados al jenio individual para la eleccion y la naturaleza de las espediciones; yendo á donde y cuando les conviene; comprando en Manchester y en Birmingham productos ingleses para sostener en Canton la concurrencia con la compañía inglesa; operando la baja en los precios porque han hecho mejor compra; ganando cuando la Compañía pierde; dueños de cambiar de rumbo y de mercado, componiendo su cargamento sobre las impresiones mas recientes, y no temiendo la carga de compras anteriores envejecidas en los almacenes; los Americanos han batido poco á poco en China al monopolio británico, cual tiradores emboscados que se arrojan sobre un destacamento espuesto en la llanura. Ignórase de donde vengan los tiros; pero lo cierto es que todos dan en el blanco. Es un espectáculo maravilloso que ofrece al observador el resor-

te que adquiere el espíritu de especulaciones privadas, aislado, atrevido y pronto á transformarse en presencia de intereses viejos y robustos, entorpecidos por el tiempo y por las costumbres.

En los años precedentes, los Americanos cubrieron el Tigre con sus embarcaciones, pero si todos aquellos armamentos no fueron afortunados, aquí debe considerarse no tanto el resultado como la tendencia, el nervio de este naciente comercio, la libertad comercial que avasalla á la vez al monopolio y á las tarifas; la gran cuestion del siglo que se ventila en los mares, en los puertos y en el fondo de los depósitos; la práctica que escede las previsiones especulativas.

Sin embargo, este año los Americanos hallarán en China otros rivales. Las dos grandes naciones marítimas van á luchar con fuerzas iguales. La franquicia del comercio de los tés y la aniquilacion del privilejio de la Compañía crearán é inaugurarán en China el comercio libre inglés. El resultado de este conflicto será una nueva organizacion para las factorías. La Compañía inglesa está resuelta á luchar contra la especulacion particular, pero sin reformas no lo conseguirá. Llegará á esta navegacion económica que los Americanos han inventado, que los Holandeses practican de lejos, que los Ingleses barruntan y que los Franceses no sospechan siquiera. Renunciará á esos fastuosos bastimentos, á estos enormes salarios, á estas gordas prebendas, á este sistema de corrupcion que le daba entrada á los Lords y á los Comunes. Es muy posible que desee todo esto; pero es muy dudoso que tenga bastante fuerza y medios de ejecutarlo. Ademas, no tendrá que combatir solamente rivales estranjeros; pues todos los Ingleses disfrutarán de los mismos derechos y de los mismos mercados abiertos. Lo que sobrevendrá es difícil de presentir; pero la Compañía inglesa sin privilejio no es ya la Compañía, sino una asociacion libre de factores. Estos hombres tendrán para sí la esperiencia de los negocios, las relaciones creadas, el dinero, el crédito; pero tambien tendrán contra sí la tristeza habitual á los ricos, la obstinacion y la rutina.

Si el personal del comercio chino está amenazado de una transformacion, nada es mas inmutable por lo contrario que las mercancías. La principal, la mas rica, la que pertenece á la China, es el té. El té es un arbusto mas ó menos cultivado en las diversas provincias del imperio; sin embargo, su territorio mas favorecido es entre los 25° y 33° de latitud, en las rejiones montuosas y en los recuestos de las colinas. Este arbusto no se desarrolla completamente hasta al cabo de 6 ú 8 años, en cuyo caso llega á 4 ó 5 pies de altura. Los botánicos europeos habian colejido por largo tiempo de la variedad que se observa en las especies de té, que ecsistian en China muchas especies de arbustos portadores de esas hojas. En la actualidad es positivo y un hecho indudable que el árbol del té no es mas que de una sola especie, y que la diferencia en las calidades proviene del estado de desarrollo en que se hallan las hojas recojidas, de su preparacion, de la naturaleza del terreno, de las impresiones del clima y de la esposicion de las planchas. Las cualidades de té que se observan en China son como las cualidades de vino que se hallan en Europa, que varían, no solamente de una provincia á otra, sino tambien de un terreno á otro.

La cosecha empieza á recojerse despues de tres ó cuatro años de plantacion, en cuyo tiempo tiene lugar dos veces, en la primavera y en el mes de setiembre. Las hojas de la primera dan un té mas estimado y mas fino. Cuando se han reunido y escojido estas hojas, las meten en agua hirviendo por espacio de medio minuto, las retiran, las gustan y las arrojan en placas de hierro grandes y bajas que se colocan sobre un hornillo. En estas sartenes, calentadas hasta lo sumo, se remueven vivamente las hojas que se estienden en seguida sobre mesas cubiertas de esteras. Entonces vienen otros operarios que las arrollan con la palma de la mano, y esta operacion, que se hace antes que se enfrien las hojas, tiene por accesorio indispensable el juego de un grande abanico que refresca el ambiente. Para los tés ordinarios se arrollan muchas hojas á la vez, pero para los tés finos se procede una á una, y no se omite ningun jénero de precauciones á fin de conservar á las distintas cualidades todo su perfume y su sabor. Si hemos de dar crédito á ciertas relaciones, el té que se consume en el palacio del emperador, plantado en un terreno particular, como arbustos escojidos, exije en su colecta y en su preparacion cuidados minuciosos hasta la estravagancia. Únicamente pueden arrancarlo del arbusto algunos niños ó adolescentes, y aun con las manos calzadas con guantes, paraque el contacto de la piel no caliente la hoja. El resto del trabajo corresponde á semejantes cuidados. Por lo demás, este té no acostumbra llegar con mucha frecuencia á Europa: solamente hay algunos cajones que, esportados por caravanas, llegan á S. Petersburgo, en cuyo punto valen hasta veinte rublos (1) la libra.

(1) Los rublos de Rusia se dividen en rublos de 100 kopecks de 1750 y en rublos de id. desde 1763 á 1807. Los primeros equivalen á 17 rs. 16 mrs. y los segundos á 15 rs. 6 mrs. El autor alude probablemente á los últi-

Las dos grandes variedades de té, se clasifican en té verde y en té negro, que se subdividen hasta el infinito en otras cualidades subalternas. Las primeras tienen un color verde ó gris; son mas acres y mas aromáticas que las segundas, cuyo color es mas ó menos pardo, y que, jeneralmente mas dulces, producen una infusion menos obscura. El té verde que se consume en Rusia, en los Estados Unidos, en Calcuta y en algunas ciudades de Europa, procede de las provincias de Kiang-Nan, Kiang-Si y Ché-Kiang. El té negro, que se esporta á Inglaterra, proviene de la de Fo-Kien, á escepcion de un tercero perteneciente á la calidad denominada por los Ingleses té boë, que desciende del N. de la provincia de Canton, de un distrito llamado Woping. Se hace té verde en las provincias que suministran el té negro, y *vice-versa*. Entre los tés verdes, deben citarse el té hyson ó hyswin, una de las especies mas comunes, de un verde azulado, de prolongadas hojas y de un perfume muy fuerte; el té perlado, mas arrollado que el precedente, casi globuloso, mas pardo, mas agradable al olfato, compuesto de hojas mas tiernas y mas delgadas; otro té escojido entre las dos especies precedentes, de forma aun mas redonda, suave al gusto y al olfato, sumamente apreciado y costoso; en fin, el té schulan, mas suave que el hyson y raro en el comercio. Los tés negros consisten en el té souchon, de un pardo negruzco, menos raro y menos fuerte que las especies verdes, formado de hojas mas tiernas y menos arrolladas; y el té peko, llamado en Francia té de puntas blancas, procedente de tiernos retoños, mas suave, mas odorífero que el souchon, el menos fatigoso de todos para los nerviosos irritables. Preparados esos diversos tés, se colocan en cajones de madera lijera bajo una delgada capa de plomo que los envuelve y conserva su perfume.

La cantidad de té esportada á Europa y á América, tanto por la Rusia como por Canton, asciende á unos 65,000.000 de libras, de las que corresponden á la Rusia 26,000.000, á la Inglaterra y sus colonias 28,000.000, á los Estados Unidos 6,000.000, á la Holanda 3,000.000, y 2,000.000 al resto del continente. Esta cantidad representa en Canton un valor de 3,600.000 libras esterlinas (77,500.000 francos). El resto de las esportaciones se compone de seda basta y trabajada, de algodon y de telas, de azúcar, de vermellon, de cochinilla, de alcanfor, de ruibarbo, de porcelana, de conchas de tortuga, de papel de China, de granos de vidrio, de otros objetos de laca, de mambúes, de esteras, etc. El té comprado por los Ingleses tiene un valor igual al de los demás artículos que sacan de la China. Antiguamente de una gran importancia proporcional, el comercio de la Rusia con las provincias septentrionales del imperio va declinando gradualmente todos los dias. Quieren suponer que el té llegado á Europa por este conducto, es mas perfecto y mas aromatizado que aquel cuyo perfume han absorvido los calores de la Linea; pero la verdad de este hecho no está demostrada, y aun se puede negar sin tomarse la pena de indagar su causa. Sea como fuere, si el té se conserva mejor en su viaje al través de las estepas del Alta Asia, esta ventaja queda compensada con el precio sumamente alto á que asciende al llegar á los puntos de consumo: así que, los Rusos han dejado estos espantosos viajes, emprendidos aun de vez en cuando por caravanas de Chinos. En cambio del té, de la porcelana y del nankin, esos mercaderes nómadas traen metales, forros y armas.

Los objetos que importa la Europa á la China no serian suficientes para contrabalancear las esportaciones, si no hubiese venido el opio de Bengala á restablecer el equilibrio. Desde 1818 á 1834, la progresion de este artículo ha sido de 5.000 á 15.000 cajas. Actualmente se introduce en China un valor de 80,000.000 de francos en opio con una facilidad de contrabando estraordinaria. Si se calcula la poblacion total del imperio chino en 140,000.000 de habitantes, número el mas razonable y el mas probable, resulta el enorme consumo de una libra de opio por cada 66 individuos. La importacion de este veneno por embarcaciones inglesas reproduce con ecsactitud el total de sus esportaciones de té. Los demas articulos de entrada consisten en las telas de lana y de algodon, el acero, el hierro trabajado y las provisiones para la marina. Merced al concurso del opio y de esos productos menos importantes, no hay tanta necesidad como antes de llevar pesos á Canton para comprar los cargamentos de salida. Este resultado, feliz para todos, utiliza constantemente las embarcaciones y abaja las pretensiones de ambos lados, dividiendo y multiplicando sus beneficios. Allí tan solo se halla el progreso, y no en la supuesta ventaja de no llevar oro ó plata á un pueblo contra sus mercancías. Es inconcebible por cierto que haya injenios eminentes que puedan en nuestros tiempos articular semejantes niñadas. Escitaria la risa de los demás cualquiera que estimase la fortuna de un hombre sobre el dinero reunido en su faltriquera, y que considerase como insensato el comprar por su medio algun mueble ó algun vestido, ó bien le emplease para algun gusto ó necesidad. Mas admirables son

mos: así que, veinte rublos formarán una cantidad igual á 15 pesos fuertes, 12 rs. y 18 mrs.

aun los graves economistas que se preocupan con el movimiento del dinero. Desde el tiempo que siguen con la vista lo que poéticamente denominan el precioso metal, parece que debieran estar seguros: ningun pueblo, que sepamos, lo ha devorado ni aniquilado; antes lo ha usado para sus placeres y pasiones; cuando este pueblo poseía ya lo necesario, se procuró lo superfluo; hizo como los segundos hijos de familia que lo malgastan, ó como los hombres de familia que lo utilizan. Nadie ha encontrado todavía que haya conveniencia alguna en amontonar, únicamente por amontonar. Bajo este supuesto, parece probable que en China solo ha popularizado el gusto del opio el beneficio realizado sobre el té, porque el gusto solo sigue á la costumbre, y nunca ha precedido la costumbre á los medios de procurarse los objetos.

En la actualidad está trillada ya la senda, las costumbres se han arraigado, nadie puede interponer su voto sin los mas graves resultados. Por grandes que sean los temores de la corte de Pekin al ver formarse entre la Europa y la China relaciones indisolubles, tiene que resignarse á un mal que le aprovecha y que tal vez no podria tampoco impedir. Todos los dias se habituan mas los Chinos á unas permutas que ofrecen á su poblacion ecsuberante un elemento de actividad y de riquezas. La emigracion practicada apesar de leyes severas, el contrabando ejercido públicamente, la mudanza de tono y de conducta para con los estranjeros, todo presajia en el vasto imperio una revolucion, si no prócsima, al menos inevitable. Quizás por primera vez serán quebrantadas en este país las leyes estacionarias, y tal vez el progreso comercial comunique un vigoroso impulso al progreso político.

Tales son las ideas que me comunicó Morton que he escrito confusamente y sin órden, segun me las escitaban mis recuerdos. No bien hubo nuestro amigo terminado esta seria revista del comercio chino: «El saber como se tratan los negocios en Cantoa no constituye todo el sistema del comercio; quiero que V. sepa con qué clase de hombres se trata. El hanista de la factoría da actualmente un banquete á los principales ajentes, y de consiguiente nos hemos convenido en que V. vendria conmigo.»

Efectivamente, á las cuatro emprendimos la marcha para la morada de Pan-ke-Koua, miembro del hong. Este mercader no habitaba precisamente una casa, sino una serie de edificios aislados, entre los cuales se veían parterres y vasos de agua en los que flotaban varios iris. Al recorrer aquel laberinto de aposentos y pasadizos, hallámos á menudo arcadas en forma de cruz, tales como las que se ven en las pinturas de la porcelana china. Penetrámos finalmente en el comedor, pieza bastante mezquina, ecsornada únicamente de faroles de papel pintado, en cuyo centro se veía la mesa rodeada de sillas de mambú trenzado.

Componíase el primer servicio de una sopa de nidos de salanganas, que nos ofrecieron en pequeños platos de porcelana, de bastante buen gusto. Hallábanse ademas algunos platos afrodisíacos, pescado salado, cuero de Japon macerado en el agua, en fin soya, licor que se estrae de una haba. Mientras que nos complacíamos en oir nombrar aquellos diversos ingredientes, circulaban por la mesa una multitud de salsas. La caza, los faisanes, las perdices, cortadas con delicadeza, se nos ofrecian en pequeños platos; pero como en vez de cuchillos y de tenedores, no teníamos mas que dos palitos de marfil redondos y guarnecidos de plata, no sabíamos como llevar los manjares á nuestra boca. Norberg parecia haberse resignado á soportar el hambre, pero yo iba con mis palitos á la pesca de algunas tajadas de carne, cuando llegó Morton en nuestro ausilio. Bien ó mal, consiguió iniciarnos en el uso de los palos chinos, y aunque espuestos á no poder dijerirlos, gustámos de todas aquellas diabólicas salsas; tiburon, gusanos, holoturías, y otras mil cosas sin nombre, pero no sin olor ni sin gusto. Habia un combate entre Norberg y yo; luchábamos á quien se emponzoñaria mejor, quien se benchiria mas el estómago de aquellas carnes nauseabundas. A cada minuto, para anegar aquel espantoso salmis, apurábamos grandes vasos de sei-hing ó camchou, especie de bebida cálida semejante al vino blanco. El camchou se toma en pequeñas tazas de metal en forma de copa antigua. Hay destinados algunos criados, que, cargados de enormes cafetines de plata, tienen constantemente esas tazas llenas. Cuando la cena hubo calentado los cascos, se hicieron algunos brindis; bebióse al emperador de la China, á la Compañía inglesa, á los miembros del hong y á los estranjeros huéspedes del hanista. Cada brindis se hacia tomando la taza con ambas manos y haciendo *tchin-tchin*, es decir, tocando la cabeza durante algunos minutos; despues de lo cual se bebia y se enseñaba el fondo de la taza para probar que estaba vacía.

Al primer servicio sucedió el segundo, compuesto de pastelerias y de azúcares. Al fin vinieron los postres con sus cestas de flores, sus platos guarnecidos, la naranja, la banana, el litchi, las nueces, las manzanas, las uvas, las peras; los unos procedentes de la rejion tropical y los otros del N. de la China.

Cuando nos levantámos de la mesa, sentímos cuanto pesaba un banquete chino. Afortunadamente el uso prescribia que se acudiese al ausilio del aparato gastronómico con algunas

tazas de té. Pero que té! Un té preparado en Canton, en casa de un banista! Fuerza es renunciar á beberlo. Es un aroma, un sabor, una accion astrinjente, una muelle enerjia que no puede definirse. A fin de que no se perdiese nada de aquella maravillosa bebida, la presentaban en una taza cubierta, y en vano se hubiera pedido azúcar para templar el gusto, porque el mozo chino se hubiera negado á esta profanacion. El viejo Pan-ke-Koua, no entendia gota sobre el artículo; era como muchos que no sufren que se disgusten sus vinos de otro modo que con un método relijioso. Reputado en todo Canton como el primero y el mejor apreciador de tés, Pan-ke-Koua nos presentaba aquel dia el mejor té del imperio, y en verdad no podia en conciencia hacer menos. Despues del veneno, el antídoto. No salimos de casa de nuestro huésped hasta la noche, y acompañados de algunos criados armados con faroles de papel pintado, regresámos á la factoría.

Entrados en la senda de las fiestas y de los banquetes, no nos detuvímos para nada. Al dia siguiente, zelosos sin duda del honor que habíamos hecho á su cólega, otro miembro del hong, Tchoun-Koua, nos dió á su vez un gran festin á la inglesa, pero seguido de un espectáculo chino. El teatro, construido en el jardin al aire libre, era formado de lienzos y de planchas pintadas; la escena (1), de 20 pies de anchura sobre 15 de altura, se acrecentaba aun mas por la perspectiva. Íbamos á ver una de las compañías mas célebres de la China que, llegada la víspera de Pekin, debia permanecer muy pocas semanas en Canton.

Comenzó la representacion con una espantosa batahola de címbalos, de trompetas y de tam-tams mezclada de arpas y tambores. Despues de esta aturdidora abertura vino una gran pantomima histórica en que se vieron cinco reyes entronizados y destronados sucesivamente. Esta lucha de testas coronadas y de dinastías rivales no se verificaba sin efusion de sangre. Durante cosa de una hora, hubo combates encarnizados: varios guerreros ricamente vestidos y cargados de cintas de todos colores, se lanzaban uno contra otro con arcos, clavas, broqueles y hachas bélicas. Jiraban en diversos sentidos con la mayor rapidez, y vibraban sus armas por todas partes sin alcanzarse jamas, por prócsimos que estuviesen unos á otros. La música, animando aquellas maniobras, seguia en su movimiento los peligros de los competidores, y dejeneraba en terrible cacofonía, cuando tras la muerte de cuatro emperadores, el lejítimo soberano terminaba por su advenimiento aquella serie de guerras civiles.

Despues de aquellos mimos, comparecieron los primeros actores en uno de los dramas mas apreciados de los intelijentes chinos. Colocado entre Morton y Norberg, procuraba yo comprender y hacerme esplicar la accion, que entre todos tres descifrámos de esta suerte. Una mujer ha formado el proyecto de asesinar á su marido: para ello se aprovecha de su sueño, se dirije á paso lento á la escena, armada de una pequeña hacha, le da en la frente y huye. Herido de gravedad, el esposo se levanta con una ancha llaga sobre los ojos; bambolea por algun tiempo, canta y deplora su destino á manera de los moribundos de nuestras óperas cómicas; despues de lo cual, cae estenuado y fallece. La mujer es acusada, presentada ante el juez, y condenada á ser desollada viva. Ejecútase la sentencia, y en el acto siguiente la mujer se manifiesta de nuevo no solamente desnuda sino tambien desollada. Como la escena es prohibida al otro secso, desempeña el papel de la esposa un eunuco ó un jóven imberbe. Desollada de esta suerte, la desgraciada tiene aun fuerza para cantar ó jemir por espacio de media hora; pero como aquel espectáculo era tan horrible y obsceno, nuestro gusto europeo se resintió de él. Los convidados chinos al contrario, espresaban su entusiasmo por medio de estrepitosas aclamaciones.

El repertorio chino abunda en piezas de esta naturaleza. En ninguna parte es llevada tan lejos como en su teatro la aridez de los cuadros y el grosero atrevimiento del diálogo. La ausencia de las mujeres que tienen que permanecer lejos de los juegos escénicos ha debido de contribuir á honrar esa literatura (1).

Los dramas históricos son de dos especies; los unos que tratan de la época anterior á la invasion tártara, y los otros que le son posteriores. Los primeros de estos dramas en que los actores visten los antiguos trajes del país, son los mejores y los mas apreciados. En unos y otros, la declaracion del actor es una especie de recitacion monótona; el personaje alza ó baja la voz segun quiere espresar la cólera ó el dolor. A cada final de coplas rompe una música de instrumentos de viento cuya intension afecta reproducir ó

(1) Es sabido que el teatro de los antiguos se dividia en tres partes: escena, orquesta y anfiteatro. La escena era la fachada con tres puertas, una principal y dos á los lados, por donde salian á representar. La orquesta era un semicírculo que habia al pie de la escena; y anfiteatro era la gradería que en forma de semicírculo seguia desde la orquesta.

(1) En las costumbres griegas la virtud de las mujeres era de no darse á conocer, y así tampoco podian figurarse en el teatro trájico, sino suponiéndolas de otras costumbres, que de la moderacion y de la honestidad convenientes á su secso. *La Poética de Aristóteles, traducida del griego al castellano por D. Alonso Ordoñes; Madrid* 1778.

pintar la situacion. El papel de la orquesta en estos melodramas corresponde con bastante ecsactitud al de las flautas de los Chinos en sus escenas históricas. Las pausas entre los interlocutores determinan un intermedio musical, y en los grandes efectos de la pieza, los tam-tams y los gongs contribuyen á dar mayor enerjía á las impresiones. Por lo comun sucede á este fracaso una cancion jovial ó triste, llena de alegría ó de desesperacion.

El teatro chino está arreglado todavía á los preceptos de Aristóteles. En él se observa rigurosamente la unidad de accion (1), y cuando hay necesidad de mudanza de lugar, debe suponerse que se verifica. Así que, si un jeneral se ve obligado á partir para una lejana espedicion, al instante monta á caballo sobre un palo, toma un látigo, corre tres veces al rededor del teatro, como si se hallase en el camino real, canta un aria para amenizar su marcha, y cuando le parece haber espresado bastante que la correría es larga y que su caballo está fatigado, se detiene, salta de su palo, y dice: «Mi viaje está concluído;» despues de lo cual empieza una nueva recitacion. El negocio es de moneda corriente: el concurso comprende á la legua que el héroe ha salvado la supuesta distancia.

Cuando faltan las decoraciones, se suplen á veces por medio de una singular combinacion. En nuestra retórica damos intelijencia á las cosas materiales, haciendo hablar los monumentos, los árboles, el cielo, el mar; el drama chino ha tenido por mas conveniente materializar los individuos. Así que, para pintar la toma de una fortaleza, se improvisa una muralla con hombres alineados y estrechados unos contra otros. Los agresores pisotearán á los pobres que forman la muralla, y estos permanecerán impasibles como piedras, porque el papel no permite un solo movimiento. Esto recuerda las torres de Nick Botton. «Es preciso que alguno represente la muralla; cúbrase pues de mortero y de tapia, y tendrá el aire de una muralla.»

Cuando el espectáculo tiene lugar al aire libre, las preparaciones escénicas son aun menos largas. Construyese apresuradamente un soportal de madera cubierto de hojas de mambú, y dividido en dos partes, la escena y los bastidores. Antes de empezar la accion, llega el director con un cartel en que se ve el nombre de la pieza que se va á representar, y en el decurso de los actos lleva sucesivamente sillas, mesas, paravientos, que figuran lo que se quiere, fuertes, montañas, ciudades, casas. El actor está obligado á nombrar cada cosa, y así dice: «Esto es una puerta (sin que la puerta ecsista); voy á abrirla.» Y hace el ademan correspondiente. Desde entonces el espectador debe imajinarse que en el punto designado hay una puerta.

Pero si semejantes licencias comprometen la ilusion teatral, en cambio se procura no complicar la cabeza de los concurrentes acerca los personajes que entran, porque estos vienen á decir como en el antiguo teatro griego: «Yo soy Edipo ó bien Agamemnon.» El drama chino encuentra su audacia habitual por el tiempo de la accion. Cítanse algunas piezas que abrazan un siglo entero, entre las cuales se halla el *Huérfano de la casa de Tchao*, que, mal traducido por el Sr. Prèmare, ha suministrado á Voltaire la accion del *Huérfano de la China*. Este drama chino forma parte de una coleccion de cien composiciones de la misma naturaleza, que han sido recojidas como modelos. Aun parece que desde el siglo en que se hizo esta nomenclatura, el arte mas bien ha dejenerado que progresado; el teatro es actualmente abandonado á las farsas y á las obscenidades.

Los comediantes en las funciones que se celebraron en casa de Tchou-Koua no nos hicieron gracia de una parada de este jénero. Terminada la pieza principal, empezó el vaudeville, verdadero vaudeville, atestado de coplas, aguzado de juegos de palabras y provocando la risa del auditorio. Este vaudeville, que el Francés, nacido maligno, creía haber creado, es lo que se encuentra en China con todos sus pormenores y todos sus caractéres. Entre los actores habia un personaje visiblemente encargado del papel de bufon, el Perlet, el Potier, el Odri de la compañía, que no podia hacer un jesto ó una monada, abrir la boca ó marchar, sin escitar el júbilo de todo el concurso y determinar un entusiasmo frenético. Los papeles de mujeres eran desempeñados por eunucos bastante bien hechos y bien vestidos. En una de las escenas se representaba el interior de un harem chino; y seis damas, cantando en coro arias bastante dulces, bordaban un uniforme ó devanaban seda.

Habíamos presenciado por consiguiente el drama histórico, la comedia y el vaudeville, y creíamonos ya enterados, cuando comparecieron algunos barqueros haciendo ejercicios jimnásticos que manifestaban fuerza y ajilidad. Uno de ellos, atleta de formas colosales presentó su pecho á sus camaradas, los cuales saltaban desde él sobre sus espaldas. En seguida colocaron una mesa muy alta en medio del teatro, y treinta

(1) Tres especies de unidad enseña Aristóteles que deben observarse en los dramas: unidad de accion, unidad de lugar y unidad de tiempo. La primera unidad, que es la mas importante, consiste en que se proponga un solo hecho, y se divide en actos que se subdividen en escenas. La unidad de lugar ecsije que la accion suceda en un mismo sitio; y la de tiempo que no pase de veinte y cuatro horas: pero estas dos últimas casi nunca han sido observadas con todo rigor.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1. Faubourg d'une Ville Chinoise.
1 Arrabal de una Ciudad China.

2. Mandarin Civil.
2 Mandarin Civil

3. Pourvoyeur.
3 Proveedor

de Jansen del.

VOYAGE
VIAJE

hombres la saltaron juntamente dando una vuelta aerea. En fin, como término de aquel juego homérico, el colosal personaje reunió en su alrededor tres de sus cólegas, y en seguida otros seis que lo enlazaban con sus brazos reunidos, y de esta suerte se levantó con un collar de tres, y de seis suspendidos al rededor de su cuello. Para terminar la fiesta, vino un último saltador á piramidar su cabeza.

No queriendo permanecer atrás, el hanista de la factoría inglesa nos dió, pocos dias despues una fiesta particular mucho mas atractiva que todo esto. Merced á una autorizacion tácita del virey, debíamos ir en tierra puramente china, en la porcion de los arrabales que se estiende sobre la otra ribera del Tigre, en frente de las factorías. Allí se hallaba el jardin de nuestro huésped, sumamente satisfecho por hablarnos en su casa lugareña. Mandarin con botones de oro, tenia alguna influencia en su cuartel, y todo se habia dispuesto paraque no fuésemos insultados por el populacho. Una especie de factotum que nos escoltaba, traía constantemente en la boca algunas palabras sacramentales que nunca dejaban de producir su efecto sobre los pasajeros.

A medida que nos acercábamos, se iba dibujando el arrabal que ponia de manifiesto sus encumbradas torres, sus puertas con sus arcadas y sus techumbres encorvadas en los ángulos (Pl. XXXVII. — 1). Cuando hubimos tomado la direccion de la derecha, se desplegó ante nosotros la entrada de aquel arrabal (Pl. XXXVII. — 4). A medida que íbamos adelantando, tanto mas nos parecia risueño y jovial, cortado de canales, orillado de muelles y de almacenes donde venian á parar grandes bateles henchidos de mercancías. Una multitud de calles estrechas, pero oreadas, mostraban en cada uno de sus lados edificios construídos con solidez, y de trecho en trecho espaciosas cercas ceñidas de murallas. Estas cercas indicaban el domicilio de mandarines. Despues de un cuarto de hora de marcha, se detuvo nuestro guia ante una puerta baja y de muy poca apariencia, que se abrió á una señal. Era la de Pan-ke-Koua. Esta puerta abovedada daba en un subterraneo obscuro que conducia á una sala baja, donde se presentaban en todos sentidos varias calles de árboles y patios formando una especie de laberinto.

El hanista nos aguardaba en la pieza principal, en el seno de la pieza de honor. Apenas habíamos tenido tiempo para contestar á su urbanidad china por nuestra civilidad europea, cuando nos sirvieron té y dulces. Los muebles de aquella pieza eran ricos, pero poco elegantes. Componíanse de una amalgama de suntuosidades indíjenas y ecsóticas. Cubrian las paredes varios espejos franceses, y cargaban todas las cantoneras varios relojes. De los cuatro lados de la sala, los tres parecian enteramente cerrados; el cuarto que daba al jardin era abierto; pero en el invierno le cerraban por medio de una celosía de mambú, cuyos intérvalos eran llenados de ostras de tortugas, que dejaban pasar un poco de luz, pero que no eran bastante garantía contra el frio. El fondo del aposento era ocupado por una mesa alta, pero estrecha, en forma de altar, en la cual se veía la imájen de una divinidad con algunas flores y frutos alineados ante ella; delante de esta mesa se estendia un canapé con un escalon de madera labrada, adornada de espejos: habia tambien un taburete y varias almohadas colocadas sobre el canapé que servian, la una para poner el libro ó la taza de té, la otra para apoyar el codo. En aquel canapé solo habia puesto para dos personas, porque acontece raras veces que tengan que hallarse juntas tres personas todas del mismo rango; los Chinos se sientan en él á manera de los Turcos, con las piernas cruzadas. A nosotros se nos hiciera el honor de sillas y de canapés. Habia ademas varias puertas que conducian á los aposentos interiores. En cada ángulo de la pieza habia un velador de variadas formas, guarnecido de algunos objetos preciosos, relojes, flores, instrumentos de música, y en una de las paredes se veía un haz de pipas largas y delgadas. Colgaban del plafon por acá y acullá varias lámparas ó faroles que solo se iluminaban en los dias de aparato; los unos eran de cuernos transparentes, los otros de gasa pintada en forma octógona; otras de vidrio ó de papel, todos adornados de franjas y granos de cristal. Toda la tapicería consistia en pinturas barnizadas con varias letras de oro que formaban inscripciones y sentencias morales. En los dias de fiestas relijiosas, los Chinos decoran aquella pieza con un lujo maravilloso, la cubren de tapices de oro y de seda, y queman por espacio de prolongadas horas algunas varillas de madera odorífera en su pequeño altar doméstico.

Las demas piezas que el hanista nos hizo visitar sucesivamente, ofrecian los mismos pormenores y los mismos muebles. En lugar de sentencias, veíanse á veces en las paredes cuadros bastante groseros, espejos ó una capa de pintura lisa. La biblioteca era la única que diferia un poco de aspecto. Veíanse en varios estantes una multitud de manuscritos colocados con una especie de órden y de simetría. Aunque los Chinos conocen y practican la imprenta, no tienen libro alguno, y suplen á la tipografía por medio de manuscritos trabajados con la mayor limpieza. Para escribir, se sirven de esta tinta solidificada, conocida de nuestros pintores bajo

el nombre de tinta china. A mas de la especie de papel de China que conocemos, ecsiste otro papel cuya composicion parece mas esmerada y menos apreciable. Su blancura es perfecta, y su tejido tan compacto que puede doblarse sin romperlo. Este es el papel que sirve para las pinturas chinas, el cual da á los pájaros y flores un colorido que aun no hemos llegado á imitar.

El tintero, ó mas bien la piedra de escribir del hanista era una ágata montada de oro. Hablónos de él como de un ajuar doméstico; su padre lo habia usado para escribir numerosos manuscritos, y debia legarlo á sus hijos para que en él encontrasen las inspiraciones hereditarias.

En otras mesitas, colocadas en frente de la biblioteca, figuraban una multitud de objetos de historia natural: maderas fósiles, petrificaciones, cascajos de piedras preciosas, cornerinas, ágatas, amatistas, pequeñas estatuas de bronce, y un monetario donde se habian reunido todas las piezas de oro corrientes en el globo, provistas de etiquetas chinas. Entre ellas vímos cequines (1), *sobereings*, luíses (2), napoleones, etc. A mayor distancia habia algunos objetos preciosos del país, piezas de laca y de porcelana admirables, objetos del Japon muy apreciados en China por la viveza de los colores y la solidez del barniz.

Del piso bajo pasámos á las piezas superiores, destinadas con mas especialidad á los quehaceres domésticos. Componíanse de una serie de aposentos todos provistos de chimeneas contra la estacion rigurosa. Tenia cada una su cama, y todo inducia á creer que eran ocupadas habitualmente. Morton, conocido desde largo tiempo del hanista y muy familiarizado con él, deseaba que nos condujese al alojamiento de sus mujeres; pero por entonces sus instancias y las nuestras fueron inútiles. Todo cuanto pudímos alcanzar, fué visitar su cuarto de ceremonia, donde eran desplegados con gran pompa sus vestidos de mandarin y los de la mandarina su lejítima esposa.

El traje de mandarin consistia en un vestido verde muy holgado que llegaba hasta mas abajo de la rodilla, con mangas anchas y flotantes. Este vestido era de seda recamada, consistente, espesa, de colores vivos y dibujos estraños; en medio del pecho llevaba dos zarpas, signo distintivo del grado, y todo el resto era cuajado de figuras estrañas y fantásticas. El vestido abierto por delante ponia de manifiesto un ancho pantalon de seda que llegaba hasta unas botas de punta encorvada, hechas de cuero negro, con zuelas de una pulgada de espesor; y caía sobre el vestido un collar de ágata ó de coral. El sombrero, parte la mas distintiva del traje, era redondo, de fieltro azul-violado, guarnecido de terciopelo negro y superado de una bola azul (Pl. XXXVII.—2). Esta bola es la parte mas característica del rango de los mandarines. La primera clase tiene el derecho de llevarla rosada, la segunda roja, y la tercera azul. El conjunto de aquel traje no carece de pompa ni de dignidad. Pan-ke-Koua lo vistió delante de nosotros, y en realidad realzaba su fisonomía seria y fria. Para completar sus atributos, fué á buscar el baston de mando que recibiera directamente del emperador. Este baston era de madera preciosa con incrustaciones de oro, y su lonjitud era de algunas pulgadas. Cerca de aquel traje de ceremonia, habia las alhajas y los adornos de la mandarina. Jamás salieron de los talleres de Europa mas ricos vestidos. Brillaban en ellos las perlas, los diamantes de muchos quilates, los rubíes y las ágatas, formando surtidos variados y casi inestimables. Casi no podian evaluarse á menos de 200.000 francos.

De los aposentos del hanista pasámos á los jardines. Montecillos, arroyos, peñascos, todo era facticio y procuraba parodiar en un pequeño cuadro las inmensas bellezas de la naturaleza. No habia ninguna calle de árboles que describiese una linea recta; el artista no habia economizado perspectiva ni grandes efectos de óptica. Cada objeto parecia colocado como para causar una sorpresa: á este fin se habia variado el terreno, multiplicado los kioscos de formas grotescas, apiñado las rocas, ahondado los torrentes, echado los puentes, cortado los árboles y matizado los parterres. En un espacio muy estrecho, se habian reducido todas las magnificencias de la campiña. Esta disposicion recreaba á las pobres cautivas, á quienes se habia prohibido el aire libre y el aspecto de los bosques. Incapaces de largas incursiones, podian disfrutar allí en pequeño de aquel simulacro de vejetacion esterior: durante el invierno, cuando las arenosas calles de árboles se embebian de lluvia, varios terrados de ladrillos barnizados les ofrecian un paseo al abrigo de la humedad.

Lo que mas llamó nuestra atencion en aquellos jardines, no fué la disposicion de las balumbas de rocas, ni los laberintos, ni el atrevimiento de los puentes rústicos, ni los kioscos de vidrios colorados; sino el brillo, la belleza y el perfume de mil flores abiertas á nuestra vista. El hanista nos las hizo ver con orgullo

(1) Hay cequines de Génova, de Parma, de Saboya, de Iys, de Zermahbud y de Selim III. El primero equivale á 45 rs. 20 mrs.; el segundo á 45 rs. 10 mrs.; el tercero á 43 rs. 20 mrs.; el cuarto á 45 rs. 20 mrs. como el de Génova; el cuarto á 33 rs. 1 mrs. y el último á 27 rs. 24 mrs.

(2) Moneda francesa equivalente á 89 rs. 14 mrs.

una á una. «Los seis jardines de Tati, nos dijo, los mas deliciosos de todo Canton, son menos ricos que el mio en variedades de camelias.» Efectivamente, hubiera sido imposible nombrarlas, pues habia una calle entera guarnecida de ellos. Veíanse además una multitud de árboles enanos, que de vez en cuando crecian sobre el cerro de un búfalo de porcelana, sobre la cabeza de un pájaro ó sobre la cola de un perro. En tan grotescas combinaciones, cuanto peor gusto manifiesta la idea, mayor privilejio tiene de seducir á los Chinos. No es la simetría, sino la irregularidad, no las proporciones armoniosas, sino el capricho lo que en su concepto constituye la última espresion del arte. Hacer raquítica á la naturaleza, comunicarle un aspecto envejecido y contrahecho, detener su sustancia, de suerte que simule una vejetacion raquítica, hé aquí el objeto á que propende el trabajo de sus horticultores. Acaso han pretendido en esto presentarnos el emblema de su civilizacion cáduca, estéril y sin embargo orgullosa?

Este ecsámen minucioso de una casa china, esta larga incursion por sus jardines, nos habian dispuesto para hacer honor al banquete de nuestro huésped. Este banquete fué alegre, copioso y mezclado de cocina inglesa. En vez de camchou, el banista hizo venir para postres delicioso champaña. Norberg lo acojió como un antiguo amigo, y yo como á mi gran compatriota. Ambos bebímos de él holgadamente; Morton no lo economizó mucho, y el buen Panke-Koua hizo lo mismo. Escitado de esta suerte, ya no parecia el mismo; decia y hacia locuras, y aun quiso que viésemos á una de sus esposas que se paseaba por el jardin. Ocultos detras de una persiana, la percibímos en efecto conduciendo á su hijuelo por la mano y escoltada de su criada. Su largo vestido de seda ricamente bordado, abierto solamente por debajo, dejaba traslucir bajo un segundo vestido anchos guardapies de tafetan. Sus coturnos, anchos en el tovillo y estrechos en el pie, manifestaban un trabajo esquisito. Jóven y hermosa, aquella mujer llevaba el pelo reunido en la coronilla de la cabeza y alisado con aceite. En su frente caía una especie de *sevigné* con un diamante en medio, y á derecha é izquierda de su tocado se apiñaban flores artificiales. Completaban sus adornos unos pendientes y cordones perfumados. El semblante de un tinte blanco y rosado, manifestaba el uso de los cosméticos; el arco de las cejas era trazado visiblemente con una pintura negra, y en el labio inferior se dibujara con el ausilio del pincel una linea de un encarnado muy vivo (Pl. XXXVIII.—2). El niño y la criada tenian pocos caractéres notables.

Desde la primera ojeada, observámos que aquella mujer era casi privada del uso de sus pies, de suerte que no caminaba, sino que se arrastraba. Su marcha era vacilante, y casi parecia cojuela. Todas las Chinas de distincion se ven reducidas á este estado, merced á la absurda mutilacion á que las condenan desde la infancia. Como la nobleza de las clases se mide por la pequeñez de los pies, desde la mas tierna edad las ponen en la tortura, sujetándolas en fuertes vendajes; los cuatro dedos son jirados bajo la planta de los pies y comprimidos con fuerza (Pl. XXXVIII. — 4). A causa de esta cruel operacion, el pie de una jóven raras veces escede las cinco pulgadas y media.

Despues de habernos procurado de esta suerte un placer prohibido á los Europeos, el banista nos hizo entrar en el salon donde se hallaban reunidos sus hijos y nietos, formando una familia de diez individuos de diversas edades, puestos bajo la vijilancia de un preceptor, verdadera cabeza de mamarracho, de todo punto igual al que nos representa la China. Como venian á jugar con nosotros á manera de chicos traviesos, el pedagogo se desgargantaba en consejos y amenazas. Aquellos niños eran joviales, vivos, blancos y rosados, bien que caracterizados por el tipo indíjena. Desde la edad de cinco años hasta la de diez y seis proseguian sus estudios bajo la direccion de aquel letrado, palideciendo incesantemente á impulsos del silabario vulgar, y en seguida empezaban á ser iniciados en el confuso dialecto de los mandarines.

Eran las cuatro de la tarde cuando salímos. Ninguna circunstancia del domicilio de nuestro huésped habia podido sustraerse á nuestras observaciones, y en verdad que empezaba ya á fastidiarnos; su naturaleza facticia y su atmósfera cálida inducíannos á descar el aire esterior, el ambiente del campo y el despejo de un dilatado horizonte. Despedímonos pues, sumidos en las mayores efusiones de ternura, y cuando nos hallámos fuera, pareciónos impropio regresar á las factorías sin haber hecho antes alguna escursion en territorio chino. Es verdad que Morton nos aseguraba que aquella parte del arrabal no ofrecia harta seguridad para los estranjeros; pero los ardientes deseos que traíamos todos tres, impidieron que prevaleciese la idea mas prudente. Decidímos por unanimidad la arriesgada tentativa, y, á favor de dos piezas de oro que pusímos en su mano, el faralte del banista consintió en dirijirnos, esponiéndose á la instabilidad de las continjencias. Así que, en lugar de marchar hácia las factorías, nos internámos en el corazon del arrabal tomando la direccion de los llanos cultivados que lo circundan.

No bien habíamos andado unos cien pasos, cuando tropezámos ya con la recompensa de tantos afanes. Las costumbres verdaderamente chinas, los trajes y los hábitos indíjenas, que inútilmente deseáramos encontrar en el interior de Canton, se nos manifestaban allí en toda propiedad, llenando de esta suerte el vacío que no pudímos menos de observar en nuestras incursiones por aquella ciudad semi-europea. En una encrucijada nos hallámos en frente de un desgraciado que sufria la pena de la canga. Un comisionado de policía, armado con un látigo, le conducia con una cadena de hierro (Pl. XXXVIII. — 3). Los Europeos han llamado canga al suplicio que los Chinos denominan *tcha*. El instrumento de esta tortura consiste en dos piezas de madera, con una escotadura semi-circular en medio de cada una. Sujetado el cuello del paciente en aquella máquina, se reunen fuertemente las dos partes, y el sello del mandarin, puesto sobre la yuntura, y en una ancha barra de papel donde se halla escrita la sentencia, sirve para guardar al ejecutor contra veleidades de piedad ó tentativas de corrupcion. Hay ademas otros dos agujeros, practicados de la misma suerte en los ángulos de la máquina, que sirven para alojar las manos.

El peso de esos tchas varía de 60 á 200 libras, segun la gravedad del crímen y el tenor de la sentencia. El juez ha designado ya de que manera debe ser llevado el instrumento, y cuanto tiempo debe pesar sobre las espaldas del culpable. Esto dura uno, dos, tres, y hasta cuatro meses sin interrupcion. Todas las mañanas, varios encargados de policía van á buscar á aquellos pacientes que desean salir de la cárcel para distraerse de sus sufrimientos, y los conducen con una cadena á las plazas públicas ó á las puertas de la ciudad. Allí es donde les permiten algunas veces aliviarles en parte de la carga penal, apoyándola contra una pared ó contra un árbol (Pl. XXXVIII. — 5). Cuando el guardian conceptúa que el desgraciado ha descansado bastante, lo avisa á latigazos y le obliga á pasear de nuevo su enorme argolla. En todo el decurso del camino, implora el condenado la piedad pública; moribundo de hambre y de sed, solo se alimenta de lo que le ponen en la boca, pero de mil pasajeros que le cubren de vayas, apenas se halla uno que le haga limosna de algunos puñados de arroz.

El que pasó á nuestra vista tenia bajo su pesada máquina cierto aire indolente y deliberado; cuando nos vió, nos dirijió algunas palabras á las que respondímos con el don de dos ó tres pesos que parecieron alijerar su carga.

Caminando de esta suerte, habíamos llegado al límite del arrabal, donde se veía una guardia de tropas tártaras, que guardaba aquella parte de la ciudad. Los soldados que la componian eran de dos especies; los unos pertenecian á la milicia ordinaria, y los otros hacian parte de un cuerpo selecto, recientemente llegado del interior. El uniforme de los primeros es grosero, incómodo y sobrecargado de inutilidades. Aquella doble túnica que desciende hasta media pierna, aquellas cotas de malla de nankin adornadas con placas de metal, aquel casco de hierro con una cabellera colorada en lo alto de una punta de pica, aquel carcaj tras la espalda, aquella caja, especie de canana que pende en la derecha, donde se depositan las cuerdas de arco y las puntas de repuesto; todo aquel conjunto, considerado aisladamente, no tiene carácter marcial ni elegante (Pl. XXXVII. — 5). Pero, cuanto mas cómodo é imponente nos pareció el uniforme de las tropas escojidas que los misioneros denominan tambien *tigres de guerra!* Compónese de un pantalon y de un sobretodo enteramente listados, y superados de un capuchon del mismo tejido, terminado en la cabeza por dos escrecencias que representan con bastante exactitud orejas de animal. De este amenazador apéndice les ha provenido el nombre de *tigres de guerra* (Pl. XXXVII. — 6). La armadura de aquellos hombres consiste en una cimitarra bastante mal templada y un broquel de mimbre ó de fuertes mambúes, tan sólidamente entretejido, que amortigua y anula los mas fuertes sablazos. En aquella arma defensiva se ven varios dibujos que representan signos cabalísticos, una quimera ó algun otro animal monstruoso.

La guardia nos dejó pasar sin decir palabra y al momento alcanzámos el campo. Todo el país se componia de vastos arrozales, que alternaban con cuadros de cebada y de legumbres. Cruzábanse en todos sentidos canales atestados de juncos que comunicaban á la llanura cierto aire de actividad y de riqueza. A medida que nos apartábamos de la ciudad, las fisonomías tomaban un carácter mas sospechoso, y nadie duda que si en vez de encontrar individuos aislados, hubiésemos hallado algun grupo de hombres, no nos hubiese acontecido alguna aventura no muy satisfactoria.

En un ángulo de la llanura hicimos alto para ecsaminar una familia de aldeanos; la madre se hallaba en pie con la pipa en la boca, y llevaba pendiente en su espalda, en una especie de saco, su último hijo aun de tetas. El padre, sentado en el borde del camino, jugaba con otra hija, mientras que la tercera, teniendo ante sí su hortera de arroz y sus palitos en la mano, se apresuraba á comer (Pl. XL. — 4). El traje del hombre no diferia mucho del de

3. La Canguel.

3. La Changa.

4. Pieds des Dames.

4. Pies de las Senoras.

5. Le Tcha.

5. El Cha

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

la plebe ciudadana. Llevaba en su cintura una bolsa de tabaco, un estuche de cuchillo, una piedra de fusil y un eslabon. La mujer, vestida de nankin de color, solo afectaba coquetería en su tocado. Sus cabellos estaban tan bien peinados como los de una señora de Canton, y tan embadurnados de aceite que parecian barnizados. Tras la cabeza habia una presilla de cuero y el todo se reunia por medio de pequeñas brocas de concha ó de marfil.

A mayor distancia vímos otra cosa mas singular todavía. Era un proveedor de los alrededores que corria hácia la ciudad con un carreton de vela. Una tela tendida sobre dos palos y colocada en el estremo de este carro, impelia la tienda ambulante y aliviaba los músculos del hombre (Pl. XXXIX.—2). Veíanse en aquel carro varios vejetales, una caja de té y una cesta de frutas. Con dificultad puede formarse idea del impulso que comunicaba el viento á aquella vela de jirones.

Hubiéramos llegado mas allá sin las instancias de nuestro guia chino. Pareciónos tan verdadero su temor que accedímos á su demanda, pero con condicion que al regreso nos haria visitar una pagoda. Efectivamente, transcurridos veinte minutos de marcha, nos hallámos en frente de la puerta de un templo chino, que daba entrada á un patio circuido de altas paredes, desde el cual se llegaba á la sala interior por medio de una prolongada bóveda. Todo el monumento era macizo, sin elegancia y perteneciente mas bien al gusto indio que al estilo orijinal de los *Tas*. En el interior veíanse cuatro estatuas de madera que, aunque sentadas y bastante bien proporcionadas, tenian cerca de veinte pies de altura. Colocadas en los ángulos del templo, ofrecian cada una un carácter de figura particular. Las de un lado representaban los dos jenios del bien, y las del otro los dos jenios del mal. Las primeras tenian las figuras mas horribles que puedan concebirse: el hombre pintado de encarnado, con cabellos de Gorgona, un bigote negro, ojos sanguinolentos, una boca armada con colmillos de javalí, empuñaba un sable jigantesco con el cual amenazaba á cualquiera que se le acercase; la mujer, tan fea y colosal como el hombre, tenia la misma catadura y ademanes de la hechicera mas malvada que jamas hubiese cabalgado en el sábado en una escoba. Las dos figuras, colocadas en frente, contrastaban con las primeras. Representaban dos ancianos, hombre y mujer, con los ojos clavados en tierra, y la mano sobre las rodillas; su traje verde y su actitud benéfica y tranquila indicaban divinidades dulces y propicias.

La pagoda principal, especie de tinglado rectangular, se halla en el fondo del recinto interior. Cuando penetrámos en aquel edificio, estaba desierto, y aunque con menos magnificencia, recordaba las pagodas de Pondichery y de Madras. Un altar principal, con candelabros de cobre, guarnecidos de cirios pintados, algunos vasos llenos de flores artificiales, encima una estatua dorada que representaba un hombre sentado y de talle natural; he aquí lo que llamaba la atencion en todo aquel recinto. La estatua era la de Fô, el Bouddha chino, adorado en el país por todas las clases inferiores, mientras que las personas de distincion siguen los dogmas de Confucio.

Las grandes ceremonias de este culto tienen lugar en todas las lunas nuevas, en cuya época el bonzo ó sacerdote, revestido de una estola, viene á cantar oraciones que los concurrentes repiten en coro y de hinojos.

Quiso el azar que en la hora misma en que nos hallábamos en la pagoda, entrasen en ella sus bonzos para proceder á una iniciacion de novicios. Colocáronse cada uno en una estera redonda, á tres pies de distancia uno de otro, formando una especie de círculo cuyo centro era su jefe. Este jefe llevaba una ancha manga violada, al paso que los otros la llevaban amarilla. De pie, con las manos unidas y fijadas sobre el pecho, de cuando en cuando caian de hinojos, se golpeaban muchas veces la cabeza contra el suelo y se levantaban en seguida.

A la oracion sucedió una procesion donde figuraban 42 bonzos y los dos recipiendarios que no habian dejado todavía el hábito secular. Hasta despues de las últimas fórmulas no fueron los dos jóvenes postulantes á tomar, pieza por pieza, los vestidos relijiosos que estaban en el altar, y entonces volvieron á manifestarse revestidos con el traje de los demas sacerdotes, con el vestido gris con mangas y la cabeza enteramente rasurada.

Terminada la ceremonia, vino una especie de fraile limosnero á solicitar nuestras limosnas. Apenas habíamos echado algunas piezas de plata en su escarcela, invitónos á visitar la casa destinada á los servidores de la pagoda. Consistia en prolongados bastimentos, sencillos, poco elevados, blanqueados esteriormente y divididos en el interior en pequeñas celdas de ocho pies cuadrados. Estas celdas eran cloacas infectas, destituídas de aire y de luz, guarnecidas de un ídolo y de imájenes iluminadas. La cocina y la panadería, vijiladas por bonzos, tenian un aspecto menos asqueroso; algunos utensilios groseros, vasos de tierra cocida, y sobre todo una inmensa caldera de hierro construída sobre un hornillo, componian todo el material de aquellas dos piezas. El refectorio estaba mas ecsornado. Un altar ocupaba su fondo, y algunas pinturas decoraban sus paredes. La pieza estaba

guarnecida por mesas y bancos, y en cada silla se leía el nombre del bonzo al cual estaba destinada. El alimento habitual de aquellos relijiosos se compone de arroz y de legumbres; la carne les está prohibida, y su órden les obliga tambien al voto de castidad. Por lo dicho se ve que su organizacion guarda alguna analojía con la de los conventos de los frailes, y la similitud en los trajes parece robustecer mas y mas esta semejanza.

Estos bonzos no gozan de influencia alguna en China mas que entre las clases inferiores. Astrólogos y quiromancistas, tienen tiendas de suertes buenas ó malas, presiden á los dias fastos ó nefastos, amenazan ó prometen, aconsejan ó mandan en nombre de un ser superior. A ellos es á quienes se debe este pequeño culto de divinidades domésticas, ídolos chafarrinados de encarnado, ora únicos ora trinitarios, que colocados en la tienda del mercader, en el ateneo del operario, en la cabaña del aldeano, gozan el privilejio de tener una lámpara que arde noche y dia á sus pies.

A mas de estos conventos de bonzos, ecsisten tambien, segun dicen, claustros de bonzas; mas aun no ha sido posible manifestar hasta que punto es ecsacta semejante asercion. Las costumbres de aquellas sacerdotisas, su papel relijioso, su influencia, su organizacion serian por otra parte siempre inapreciables.

Antes de salir del templo, el bonzo que nos guiaba quiso absolutamente hacernos ver los cerdos sagrados que mantenia la piedad de los fieles.

Aquellos bienaventurados animales encorvados bajo el peso de su gordura, estaban destinados á vivir y morir en el templo, y hacian honor á las copiosas ofrendas depuestas á sus plantas. Por otra parte, nunca perecian bajo el cuchillo del sacrificio; porque el uso de la carne está prohibido á los bonzos, y esta prohibicion es respetada relijiosamente: morian pues, de replecion ó de vejez.

Cuando hubímos ecsaminado toda la pagoda, templo y habitaciones, recobrámos el camino de las factorías. Era ya bastante tarde, y los Chinos del arrabal parecian escandalizados de ver á tres Europeos pasearse por su territorio, observando con tanto afan á las mujeres que pasaban por la calle. En una encrucijada, nuestra presencia llegó á escitar un principio de revolucion. Habiéndose Norberg aprocsimado á una tienda, bajo pretesto de comprar algunas frutas, pero con el objeto real de ecsaminar de cerca el semblante encantador de una moza, enojóse el padre, vociferó, pidió socorro, y pronto concurrieron, armados con largos mambúes, los vecinos y los pasajeros. Habia llegado el momento de vernos obligados á hacer uso de nuestras armas y de salir de allí, bien ó mal, traídos sin duda al redopelo, magullados y robados; cuando afortunadamente pasó en palanqueta el mandarin encargado de la policía del cuartel, acompañado de sus cuatro portadores (PL. XXXIX. — 4). Descendió, mezclóse en el negocio y lo arregló amistosamente mediante unos veinte pesos, porque en China nada se termina sin abrir la bolsa. Libertados ya, nos encaminámos á nuestro alojamiento. La jornada habia sido fatigosa y aventurada, pero interesante y bien cumplida.

CAPÍTULO XXXVII.

CHINA. — SUS RELACIONES CON LOS EUROPEOS. — MISIONEROS. — EMBAJADAS. — NEUHOFF, MACARTNEY, TSINTSING Y VAN-BRAAM, M. LINDSAY Y EL REVERENDO M. GUTZLAFF.

La historia de las primeras edades de la China seria sobrado larga para escrita; historia de hipótesis y no de hechos precisos, campo de controversia, donde se combaten desde largo tiempo la tradicion relijiosa y la duda filosófica. En la fuerza de su zelo mal ilustrado, algunos misioneros, en la época de su influencia, ecsajeraron el poder, la civilizacion y la antigüedad del país que acababan de someter al evanjelio, y algun tiempo despues los sabios y los críticos los han combatido con las armas que forjaran ellos mismos. Desde entonces no ha tenido la lucha visos de lealtad y buena fé; antes se ha cambiado en guerra de sistema y de táctica.

Lo que hay de positivo es, que los analistas griegos y romanos no han transmitido noticia alguna acerca los países chinos. Ni Homero ni Herodoto citan este imperio. Hase pretendido que la Roma imperial habia mantenido relaciones con él, y que era designado bajo la denominacion de *Sérica* (país de la seda): al objeto se invoca un pasaje de Floro que, escribiendo cien años despues de Augusto, menciona una embajada de Seres admitida por aquel emperador; embajada de que no habla ninguno de los autores contemporaneos de Augusto.

Pueden citarse estas opiniones sin declararse en pro ni en contra. La misma reserva debe observarse acerca las pruebas de antigüedad sacadas de los libros chinos, sospechosos de ecsajeracion, ó de las teorías astronómicas, plagadas de inecsactitudes. Los reinados de Fou-Hi y de Hang-Ti, que se hacen remontar á 4.000 años antes de la era cristiana, la dominacion de Iao, aun mas reciente y gloriosa, no son hechos establecidos con bastante ecsactitud para referidos y garantizados. Este desórden termina en la época en que Confucio, primer historiador y moralista de la China, fija un

órden dinástico y una cronolojía regular.

Lo único que puede barruntarse es que cerca de dos mil años antes de J. C., la corona era hereditaria en China; mas la descendencia lejítima no estaba, segun se ha creído por largo tiempo, tranquila ni ecsenta de luchas. Desde la era moderna, en que los anales de estas comarcas son mas auténticos, se han contado en el espacio de 18 siglos, 18 diuastías que se han sucedido una á otra, entre las cuales ninguna ha cesado de reinar por falta de posteridad; todas han sido destronadas á viva fuerza, estas por la traicion de un ministro, aquellas por la rebelion de un jeneral. Estas mudanzas que asolaban la comarca, contrastan con la fijeza de las leyes, costumbres, lenguaje y hábito de este pueblo. Si de este hecho jeneral se pasa al ecsámen de los pormenores, encontraránse indudablemente en la prolongada serie de emperadores citados en los anales chinos, algunos príncipes benéficos, justos, virtuosos, ilustrados; pero, cuanto mayor es el número de los déspotas sin freno y sin fé, de los padres que condenaron á sus hijos á muerte, y de los hijos que conspiraron contra sus padres! Esta historia, mas que otra cualquiera, está atestada de rebeliones populares ó aristocráticas, suplicios, ejecuciones sangrientas, proscripciones y guerras civiles.

Las relaciones de la China con los Occidentales no datan mas allá de tres siglos, bien que ya antes de este tiempo hubo varios atrevidos viajeros que se aventuraron aisladamente en este imperio. El primero parece ser un relijioso, llamado por los Chinos O-lo-Pen, y cuya nacionalidad y verdadero nombre no han podido absolutamente averiguarse. Algunas indicaciones inducen á creer que era Sirio y monofisita. Llegó á Si-an-Fou, el año 9.° tching-kouan (535), bajo el reinado del grande emperador Thaï-Tsoung, el verdadero fundador de la dinastía de los Thang. El emperador, dice la crónica china, envió sus oficiales á presencia de O-lo-Pen, hasta el arrabal occidental, lo hizo introducir en su palacio, y mandó traducir los libros santos que habia llevado. Una inscripcion hallada en Si-an-Fou, y que menciona la fecha de 781, da cuenta de los resultados de aquella mision. Habiendo O-lo-Pen espuesto su doctrina, los sabios del país la juzgaron favorablemente, y el emperador mismo la adoptó diciendo que todas las relijiones eran buenas segun los tiempos y climas. Erijióse una iglesia con 21 sacerdotes para servirla, y escribióse en el monumento de Si-an-Fou que la ley de la verdad, eclipsada en la China en tiempo de la dinastía de Tcheou, y llevada al Occidente por Lao-Tseu, parecia retroceder á su primitivo oríjen, para renovar el esplendor de la gran dinastía Thang, á la sazon reinante. La iglesia de O-lo-Pen, ó la *Cristiandad*, para usar de la calificacion creada algun tiempo despues por los misioneros, fué pues la primera que echó raíces en el imperio chino. Se está acorde en pensar que seguia los ritos nestorianos. Su duracion fué de unos dos siglos, transcurridos los cuales, sea de resultas de un cambio de dinastía, ó de medida política, fueron aniquilados por el destierro ó por el hierro.

A principios del siglo XIII, llegaron á China una multitud de cristianos griegos tras los victoriosos ejércitos de Gengis-Khan. Los emperadores mogoles favorecieron sus trabajos, y cuando Koblai-Khan, el Chi-Tsou de los Chinos, fundó la ciudad de Pekin, otorgó á los frailes católicos en el recinto de sus muros el solar necesario para edificar una iglesia. La política de los Mogoles les aconsejaba en efecto neutralizar por una nueva influencia la influencia de los antiguos usos y ritos del país. Por otra parte, los Mogoles no estaban en aquella época tan atrasados como han pretendido ciertos analistas. Los sabios de Balk y de Samarkan, que habian seguido al ejército tártaro, comunicaron á los Chinos los primeros conocimientos de astronomía sacados de los Árabes; hicieron venir á grandes gastos los instrumentos de precision mas perfeccionados, observaron los cuerpos celestes y reformaron el calendario indíjena. Al propio tiempo se comunicaban por medio de un canal, abierto con el concurso de muchos brazos, las dos partes del imperio separadas hasta entonces, y se creaba un sistema de navegacion interior, del que no ecsiste análogo en el dia.

Por esta época apareció en China el célebre Marco-Polo, este atrevido viajero, que, de regreso á Venecia su país natal, fué tratado de visionario y de ecsajerador. Marco-Polo, llegado jóven con su padre á la corte de Koblai-Khan, habia llegado á ser el favorito de este emperador; habia aprendido los idiomas tártaro y chino, y recorriendo sucesivamente, en calidad de embajador de la corte soberana, la Tartaria, la China, el Katai, las islas de la Sonda, los países birmanes y siameses, fué el primer Europeo que se formara una idea ecsacta de esta Asia oriental cuyas riquezas no se sospechaban en parte alguna. De regreso á su patria, despues de 17 años de viajes, narraba á sus compatriotas todo lo que habia visto, pero nadie le daba crédito. Los que le escuchaban se encojian de hombros; y como siempre hablaba por millones, solo le designaban con la denominacion de *il signor Marco millione*. Felizmente Polo, aprovechando sus remotas escursiones, se habia enriquecido, y esto le consolaba. No pudiendo convencer á sus contem-

temporaneos, deseó al menos transmitir á la posteridad el recuerdo de su vida nómada, y en consecuencia escribió su libro: *Delle maraviglie del mondo*, donde se hallan, mezclados con errores y fábulas, preciosos conocimientos de estadística y de jeografía, observaciones de usos y costumbres, que han servido desde entonces para la historia de las comarcas asiáticas.

En el decurso de los doce meses que los Mogoles conservaron su conquista, algunos Árabes musulmanes penetraron en el interior de la China. Discípulos de un culto jóven y ferviente, y sujetos todavía bajo el imperio del mas entusiasta proselitismo, aquellos hombres procuraron llevar el islamismo á aquella tierra, abierta á todas las influencias relijiosas; compraron hijos de padres pobres para circuncidarlos y educarlos en la fé de Mahomet, mas aquellos esfuerzos aislados no tuvieron muy largo retintin. Las distancias anularon poco á poco todas las relaciones que ecsistian entre los sectarios del Coran y los adoradores de Fó ó de Confucio.

El culto cristiano fué mas perseverante y feliz. No solamente se mantenian todavía con un cuerpo de fieles á fines del siglo XIII algunos nestorianos, restos de la mision de O-lo-Pen, sino que tambien un relijioso de la órden de los frailes menores, Juan de Monte-Corvino, llegaba á Khan-Balikh (Pekin), y apesar de las intrigas de los cristianos griegos, inauguraba una iglesia para el rito romano, con un campanario para llamar á los neófitos á la oracion. Aunque solo, realizó inmediatamente numerosas conversiones, bautizó á 6.000 Chinos, y lo propio hubiera verificado con 30.000 sin las intrigas de los disidentes. Muchos príncipes mogoles creyeron en la palabra de Juan, y entre ellos se hallaba un jefe de la tribu de los keraites.

No obstante las reiteradas demandas, Roma permaneció largo tiempo sin mandar ausilio alguno á aquel activo sacerdote para sus trabajos apostólicos. Al cabo de once años se le reunió un franciscano de Colonia, Arnold, y en 1314, el papa Clemente V envió á Pekin á Andrés de Pérouse y algunos otros, despues de haber creado la sede arzobispal de Khan-Balikh.

Despues de Juan de Monte-Corvino, no ocurrió ninguna nueva interrupcion en las relaciones de Europa con los países chinos. Perdiéronse sus vestijios hasta 1521, en cuya época el viajero Tomas Pirez llega á Pekin encargado de una mision de Fernan Perez de Andrada, jefe de escuadra portugués. Encargado de entregar al emperador una carta del rey Emanuel, fué despedido como un aventurero á causa de los términos poco ceremoniosos de la misiva, obligado á huir hácia Canton, y al fin encarcelado. La suerte ulterior de este Portugués es muy incierta: unos dicen que sucumbió á la tortura con sus compañeros; otros, que, soltado algun tiempo despues, contrajo matrimonio en el país y convirtió su esposa al cristianismo.

Despues de este vinieron aquellos misioneros últimamente tan célebres. El primero, que no pasó mucho de las fronteras de la China, era el jesuíta Francisco Javier, muerto en 1552 en San-Chian, despues de haber caminado, segun las suposiciones de sus cólegas, en sus misiones apostólicas 30.000 leguas á pie, á través de las montañas, las estepas, los bosques y los ardientes arenales. En seguida se manifestaron juntamente los PP. Valignan, Roger, Pasio, y el sabio Mateo Ricci, verdadero fundador de la mision de China.

Habiendo conseguido, en 1583, establecerse con sus cólegas en Tchao-king-Fou, Ricci comprendió que su papel relijioso seria mucho mas fácil y provechoso, si se manifestaban desde el principio hombres de progreso y de saber. Como buen jeógrafo, trazó para los Chinos un mapa-mundi en el que colocó la China en el centro, conformándose en esto con una tradicion y creencia profundamente arraigadas en el país.

Sin embargo, solo despues de largas y penosas peregrinaciones, y en 1600, fué cuando Mateo Ricci pudo encaminarse á Pekin revestido del traje de letrado chino. Acojióle el emperador con benevolencia, y se mostró muy satisfecho de muchos de sus presentes, especialmente de un reloj y un juego de campanas, que eran dos objetos á la saron enteramente nuevos para la China.

El favor imperial allanó desde entonces el camino á los misioneros, cuya presencia fué marcada en la capital no menos por sorprendentes conversiones que por trabajos científicos. Cuando falleció en 1610 el padre Ricci, estaba ya la obra bastante adelantada, y por otra parte debia sucederle el P. Adam Schall, no menos distinguido que él. Schall continuó la senda trazada por su predecesor como evanjelista y como sabio. Bajo el reinado del primer príncipe mantchou, llamado por los Europeos Chun-Tchi, fué nombrado consejero-director del despacho de *negocios celestes*, con el título particular de *maestro de las doctrinas sutiles*. Aseguran que el emperador tenia una gran consideracion personal al P. Schall, que anualmente iba cuatro veces á conversar familiarmente con el misionero, sentarse en su gabinete y comer frutas de su jardin. Bajo este reinado, de 1650 á 1664, los misioneros

tuvieron que bautizar á mas de 100.000 Chinos.

Despues de la muerte de Chun-Tchi, y durante la minoría de Khang-Hi, el P. Adam Schall se vió perseguido con encarnizamiento. Cargado de hierros con tres de sus compañeros, arrastrado por espacio de nueve meses de tribunal en tribunal, condenado á ser dividido en diez mil pedazos, debió alguna tregua al terror causado en el país por un eclipse de luna. Algun tiempo despues, se mandaron nuevos rigores, y el misionero sufrió el terrible suplicio de la canga, espirando de fatiga y de dolor á 15 de agosto de 1669.

El calendario astronómico, creacion de los misioneros, cayó á la muerte del P. Schall en manos de un Chino ignorante; pero los errores que se siguieron, obligaron á las autoridades de Pekin á restituir á los Jesuítas su obra científica, y el P. Verbiest fué el continuador del P. Schall.

Por esta época (1690), llegó á China el primer núcleo de aquella mision francesa compuesta, bien que bajo un objeto diferente, por Colbert y el P. La Chaise. Reinaba á la sazon el emperador Khang-Hi, que se habia declarado el protector de aquellos sabios estranjeros, no tanto seguramente por la fé que predicaban, como por los conocimientos útiles que propagaban por sus Estados. Los miembros de aquella mision procuraron responder á la benevolencia imperial con trabajos que sorprendieron á los Chinos. Jeógrafos, filólogos, naturalistas, físicos, astrónomos, matemáticos, habian llegado á hacerse indispensables á los establecimientos científicos fundados en la capital. Por cierto fué una época gloriosa para la Órden, aquella en que se abrió á su influencia relijiosa ó profana tan brillante teatro. Sucediéronse los misioneros que formaron parte de la embajada de 1684, y los que llegaron algun tiempo despues; Tachard, Fontaney, Lecomte, Noël, Bouvet, Fouquet, Visdelon, Cibot, Parennin, Gerbillon, Amyot, Regis, y especialmente Premare y Gaubil. Los últimos citados entre aquellos Europeos se iniciaron de tal suerte en los secretos de la lengua china, que escribieron varios libros en este idioma que, como los de los PP. Ricci y Verbiest, tuvieron el honor de ser comprendidos en la coleccion de las mejores obras chinas, en 160.000 volúmenes cuyo catálogo fué dirijido por órden de Kian-Loung. Los PP. Premare y Gaubil interpretaron y tradujeron la coleccion de los *King*, uno de los mas antiguos monumentos de la literatura china, comprendido solamente por un corto número de letrados del país antes de nuestros misioneros.

Felices, tranquilos y honrados bajo Kang-Hi, los misioneros comprometieron su posicion por querellas de Órden á Órden. Los Jesuítas, mas ilustrados que los demas relijiosos, habian creído al principio deber cerrar los ojos sobre algunas prácticas paganas que mas bien tenian un sentir moral y un objeto político que una tendencia idólatra. Así que, como no pudieron destruir el culto de los antepasados, y el homenaje esterior tributado á sus manes, decidieron tolerarlos provocando de esta suerte una guerra. Zelosos de la gloria de la Órden rival, los dominicos y los franciscanos clamaron contra aquellas muelles condescendencias, invocaron la pureza del dogma y empeñaron á la corte de Roma á intervenir en aquella cuestion de ortodoxia. Por su parte, los Jesuítas robustecidos por el apoyo del emperador, y medio justificados por la prosperidad del écsito, defendieron su causa cabe el soberano pontífice, invocando las mas poderosas amistades. De esta suerte lucharon largo tiempo, embajadores contra embajadores, bulas contra bulas. Ora la órden acababa de imponer á los catecúmenos el olvido de sus antiguas supersticiones y admitir solamente en la iglesia á los ortodoxos sin condicion; ora, adoptando un sistema menos absoluto, se autorizaron algunas infracciones insignificantes y la tolerancia de algunas viejas preocupaciones. La guerra de las cátedras y de los libros puso en commocion á las autoridades chinas. De todas las provincias llegaron al emperador violentas reclamaciones. Las órdenes que contrariaban las preferencias de Kang-Hi, no temieron, á trueque de perder á sus rivales, comprometer el porvenir del cristianismo en el imperio chino. Predicaron contra los majistrados, contra los funcionarios indíjenas, y contra el soberano mismo y su sucesor.

Sin embargo, el resultado de tan fatales discusiones no se hizo sentir hasta la muerte de Kang-Hi. Su hijo Yon-Tching, apenas subió al trono, cuando se declaró contra los apóstoles cristianos. Decretó la espulsion de los misioneros, y únicamente se vieron ecsentos de la proscripcion jeneral los sabios ocupados en los establecimientos de Pekin. Los términos del decreto no eran al principio rigurosos ni ofensivos; pero como muchos de aquellos apóstoles pretendieron organizar una resistencia activa ó pasiva, concitaron por su conducto persecuciones y víctimas. Algunos fueron encarcelados, otros perecieron par el arco, ó tuvieron que sujetarse al suplicio de la canga. Yon-Tching, antes de espulsar á los Jesuítas de Pekin, les mandó presentarse, y, segun el P. Parennin, les dirijió el siguiente raciocinio: «Vuestros Europeos querian destruir nuestras leyes y meter la discordia en estos pueblos, y de consiguiente he debido precaver este desórden. Qué diriais

vosotros si yo mandase á vuestro país una compañía de bonzos y de lamas á predicar su ley? De qué modo los recibiriais? Vosotros quereis que los Chinos se hagan cristianos; pero en este caso, que seria de nosotros? Seríamos los vasallos de vuestros reyes. Los cristianos solo creen en vosotros; en tiempos turbulentos no escucharian otra voz que la vuestra. Yo bien sé que actualmente no hay nada que temer; pero cuando vengan los navíos por mil y por diez mil, entonces podrá sobrevenir un desórden.

Desde aquella época (1723-1724), la China fué perdida para la propaganda cristiana. Habíanse suicidado las misiones sin que pensasen en realzarse jamas, pues aunque se quedaron en Pekin algunos pocos Jesuítas, no en calidad de misioneros, sino de sabios. Otros apóstoles se ocultaron para predicar secretamente su fé; pero, aunque se cerrasen los ojos sobre aquella violacion del edicto soberano, sus progresos fueron nulos en un país en que la política ha dominado en todos tiempos á la relijion. El sucesor de Yon-Tching, Kian-Loung, continuó la ley de su predecesor y aun hizo encarcelar á muchos sacerdotes presos en las provincias. De esta suerte se fué estinguiendo en China la iglesia cristiana, de manera que en la actualidad no ecsiste ya.

Las tentativas de la diplomacía y del comercio han sido por largo tiempo mas infructuosas aun, que los esfuerzos del proselitismo relijioso. En diversas épocas se mandaron á Pekin á grandes gastos varias embajadas, que solo esperimentaron humillaciones y disgustos.

La primera embajada data al parecer de 1656. Salieron de Batavia dos navíos holandeses que llevaban á bordo, en calidad de plenipotenciarios de la corte bátava, á los Sres. Pedro de Goyer y Diego de Keyser. Desembarcados en Canton, alcanzaron la autorizacion de dirijirse á Pekin para rendir sus homenajes al emperador. La narracion de aquel viaje con sus incidentes nos ha sido transmitida minuciosamente por el Sr. Juan de Neuhoff, cuyo libro, traducido del francés por órden de Colbert, á espensas del estado, contiene pormenores sencillos y comunmente curiosos.

Despues de una larga travesía por los rios y canales interiores de la China, despues de haber visitado las provincias de Kiang-Si y de Nankin, llegaron los embajadores á Pekin á 17 de julio de 1656, y fueron alojados en una casa dependiente del dominio imperial. Al dia siguiente vinieron á visitarles algunos mandarines para informarse de su salud, y, en nombre del soberano, visitar los presentes para dar cuenta de ellos. « Nos preguntaron ademas, añade Neuhoff, si los Holandeses nacian en el mar, si vivian en el agua, y si tenian algun país en tierra firme, como era llamado y gobernado, y en qué parte del mundo estaba situado. Los embajadores contestaron á todas aquellas preguntas, pero no pudieron menos de quedar sorprendidos de la primera, porque debia de ser sujerida por las maliciosas informaciones de los Portugueses, que habian inducido á creer al emperador que el mar era nuestra cuna y nuestra patria. En consecuencia declararon que tenian un país llamado y conocido bajo el nombre de Holanda. Empero, como todas aquellas respuestas no eran bastante fuertes para desengañar á los mandarines y aniquilar las imputaciones de nuestros enemigos, los embajadores le desplegaron un mapa-mundi y les hicieron tocar con el dedo la situacion de la Holanda. Lleváronse aquel mapa para informar mas claramente á S. M.»

Fácilmente se concebirá el jiro que tomaron los negocios por tan dudosos preludios. Los mandarines preguntaron tambien á Pedro de Goyer y á Diego de Keyser cual era la forma de gobierno de su país; si ellos eran miembros de la familia del príncipe reinante; de donde procedian sus presentes, que venia á ser Batavia; por fin llevaron sus preguntas hasta la arrogancia mas obstinada y mas minuciosa. Neuhoff, que refiere estas escenas, achaca buena parte de ellas á la influencia oculta del P. Adam Schall que efectivamente se hallaba entonces en la corte de Pekin en la fuerza de su favor, y no seria estraño que se hubiese opuesto á la prosperidad de una embajada llegada de un país hereje.

Los embajadores fueron pues, por mucho tiempo colmados de promesas y sujetos á humillantes formalidades. Como el emperador cambiaba á la sazon de residencia, viéronse obligados á ir á hacer el *kotou*, ceremonia de prosternacion ante el trono desierto. « Lleváronnos, dice Neuhoff, en medio de la llanura en frente de una alta entrada, donde solo vímos un pequeño trono antiguo. Delante de aquel hermoso retrato nos vímos obligados á arrodillarnos por tres veces, é inclinar nuestras frentes y nuestras espaldas hasta el suelo, á la voz del heraldo.»

En fin, despues de innumerables dilaciones, conferencias diplomáticas y vejaciones directas ó indirectas, el emperador acordó una audiencia á los embajadores holandeses, ó mas bien una semi-audiencia, porque tambien habia algunos enviados mogoles que debian participarla con ellos. No pueden menos de reproducirse las mismas palabras de Neuhoff:

« Desde aquel recinto nos condujeron á la corte interior; donde habia el trono, y donde SS. MM. hacian su residencia. Al acercarnos, vímos 22 jóvenes señores con quitasoles ama-

rillos, tejidos y fabricados; otros 10 con círculos dorados en forma de soles, y cerca de estos se hallaban alineados otros 6 con círculos que representaban medias lunas y crecientes. Cerca de aquellos porta-lunas habia alineados otros 16 personajes, con una gruesa caña en la mano, cuya punta estaba adornada de una madeja de seda abigarrada de todo linaje de colores. Junto á estos habia otros 36 que llevaban banderas con escudos de armas, distinguidas con dragones de oro que forman las armas del emperador. En seguida vimos otros 4 personajes en trajes sobervios, con una maza dorada cada uno, única arma del grande Hércules, despues cuatro alabarderos, y algunos otros gastadores, símbolos de los sacrificios sangrientos y del poder de un soberano.

« Tal era el rango de los que se hallaban al lado derecho del trono; el izquierdo estaba guarnecido de la misma suerte, y ambos se hallaban ceñidos de una infinidad de cortesanos, cuyos vestidos, todos de la misma forma, solo estaban tejidos y diapreados de oro, de plata y de pedrerías.

« En frente de la puerta del medio del trono imperial se veían veinte piedras alineadas, en las que habia encajadas pequeñas planchas de cobre marcadas de caractéres y de guarismos chinos, donde estaban representados los puntos y circunstancias que deben observarse al comparecer en presencia del trono. El virey Tu-Tang hizo una seña á nuestros embajadores paraque se detuviesen á la décima piedra, y entonces el heraldo esclamó en alta voz: « Id y presentaos ante el trono; » á cuyo grito nos adelantámos. En seguida prosiguió: « Tomad vuestro puesto, » y lo hicimos puntualmente. Entonces dijo: « Inclináos por tres veces, » y habiéndolo hecho, continuó: « Levantáos; » y finalmente, despues que hubo esclamado: « Volveos á vuestros puestos, » lo verificámos al momento.

« En seguida dirijieron á nuestros embajadores y al del gran Mogol hácia un teatro elevado en el que habia una pequeña plaza de 15 ó 16 pies de altura, en la que se guardaba el trono, al que se subia por diversos escalones y tabiques de alabastro trabajados primorosamente. Aquí nos vimos obligados de nuevo á echarnos de hinojos é inclinar la cabeza.

« Concluídas estas ceremonias, nos hicieron sentar, y nos presentaron en pequeñas tacillas de madera té de Tartaria mezclado con leche. Apenas nos hubimos retirado, muchos grandes señores se nos aprocsimaron y nos cargaron de este té. Durante estas entrevistas, oimos el sonido de una campanilla, y al instante se hincaron todos de rodillas, dirijiendo la vista hácia el trono.

« No tuvimos la dicha de ver perfectamente á aquel gran monarca en su trono de gloria, á causa de la gran multitud de príncipes que le rodeaban.

« Por lo demas, estaba sentado en un trono resplandeciente de oro, diamantes, carbunclos, rubíes, amatistas, esmeraldas, zafires, ópalos, crisopatras, crisólitas, sardónicas, perlas y otras piedras preciosas de muy alto precio. Los apoyos de aquel trono, que representaban dos grandes dragones, cubrianlo de tal suerte que los embajadores no pudieron conocer de lleno su semblante. A sus lados tenia los vireyes, los príncipes de la sangre, y los principales de su imperio, que apuraban tambien el té con tazas de madera. Me es imposible describir con ecsactitud el traje de aquellos señores á causa de su escesivo fausto; conténtese V. solamente con saber que todos llevaban vestidos de seda azul, cuajados de serpientes, recamados de oro, y guarnecidos de diamantes y de perlas. Cada uno llevaba un distintivo particular, que daba á conocer su estado, su dignidad y su empleo. Cuarenta arqueros sin librea, pero ricamente vestidos, guardaban los lados de su trono.

« Apenas habia transcurrido un cuarto de hora que el emperador se hallaba en su trono, cuando se levantó y se retiró seguido de todos sus príncipes. Mientras descendian nuestros embajadores, el señor Diego de Keyser, á quien el emperador observaba bastante fijo, notó que estaba gordo, su rostro jóven, su tinte blanco, su estatura mediana, sus ojos brillantes como dos pequeños astros, su cuerpo robusto, y su porte lleno de majestad. Su vestido de arriba abajo no parecia tejido mas que de oro y de diamantes.

« Al principio no pudimos menos de estrañar que dejase salir á los embajadores, sin hablarles, ó almenos sin darles personalmente alguna muestra de afeccion; mas nuestros trujamanes nos dijeron que la mayor parte de los emperadores ó reyes de Oriente raras veces se manifestaban á sus súbditos, y mucho menos á los estranjeros, cuya costumbre se observaba escrupulosamente.

« Cuando los embajadores fueron paseados de esta suerte de ceremonial en ceremonial, cuando se hubieron despellejado bastante la frente hiriéndola contra el suelo ante el emperador Chunt-Chi; les dieron por despedida tres festines, en los cuales, antes de sentarse á la mesa, tuvieron que prosternarse hácia el occidente, en cuya direccion se hallaba el comedor donde habia el soberano que comia solo. No salieron de allí hasta despues de haber engullido mucho camchou, y con las faltriqueras llenas de manjares que no pudieron comer.

En resúmen, nada habia obtenido la embajada mas que algunas afrentas. Enviáronla de nuevo con algunos presentes para el jéneral holandés que á la sazon gobernaba á Batavia, Juan Maatzuiker, y una carta que decia: « Me habeis pedido permiso para traficar en mi imperio, transportar vuestros jéneros, y hacer permutas para la comun conveniencia y provecho de nuestros súbditos. Sin embargo, como nuestras rejiones son tan distantes, los vientos impetuosos hacen estrellar varias veces las embarcaciones contra los rompientes, y las nieves, los granizos y los hielos cierran á menudo nuestros rios y nuestras ensenadas; sentiria en estremo la noticia de cualquier desgracia que fácilmente pudiera ocurrir á las que despachaseis. Si no teneis inconveniente en esponerlas á estas calamidades, os aconsejo que no las envieis mas que una vez cada ocho años, hasta el número de 100 cabezas, 20 de las cuales podrán penetrar hasta aquí, etc. » Así que, podian ir á Pekin cada ocho años veinte Holandeses, favor insigne obtenido al cabo de noventa y un dias de solicitaciones. La carta que contenia esta concesion imperial fué considerada como una preciosa caza. « Sus bordes eran dorados, dice Neuhoff, el respaldo estaba sembrado de pepitas de oro y de plata, y el contorno estaba pintado de dragones de oro. Cuando nuestros embajadores fueron informados de su contenido, el consejero la arrolló y envolvió en un tejido ó pieza de paño de seda amarilla, y la puso en una caña, cubierta con una tela amarilla; entrególa á nuestros embajadores, quienes la recibieron hincados de rodillas é inclinada la cabeza; despues volvióla á tomar y la ató en la espalda de uno de nuestros trujamanes que marchó de esta suerte hasta la puerta de la corte, la cual se abrió á la noticia de la carta imperial. »

Esta primera embajada holandesa fué seguida de otra que entró en Pekin á 20 de junio de 1667, y salió á 5 de agosto. Esta segunda embajada no era mas que la consecuencia de la primera, y no produjo novedad alguna.

Poco tiempo despues, la Rusia quiso entablar relaciones con las comarcas chinas, enviando su primera embajada en 1693, y la segunda bajo Pedro el Grande en 1720. El enviado del czar era un capitan de su guardia, llamado Ismaïloff, y el Dr. Bell que lo acompañaba nos ha dejado la relacion de aquel curioso viaje. La embajada, salida de Moscou á 9 de setiembre de 1719, no llegó á Pekin hasta el 18 de diciembre de 1720, donde hizo su entrada solemne en medio de una inmensa multitud de curiosos. Alojados en un edificio denominado la *casa rusa*, los enviados perdieron, como los Holandeses, los primeros meses en entrevistas relativas al ceremonial. Finalmente, decidióse que los Rusos se conformasen en Pekin al traje chino, con la condicion de que los Chinos vestirian el traje ruso cuando se presentasen á la corte de S. Petersburgo. Los misioneros que se hallaban á la sazon en la capital, y entre otros los PP. Parennin y Fridelli, interpusieron su mediacion para morijerar las condiciones del postramiento. Veráse hasta que punto consiguieron su objeto. La audiencia imperial tuvo lugar á 28 de diciembre en Tchan-chu-Yang, en una residencia situada á algunas millas de Pekin.

« Despues de un cuarto de hora de antesala, dice el Dr. Bell, entró el emperador en la sala por una puerta de detrás y se sentó en el trono. Súbitamente se levantaron todos. El maestro de ceremonias invitó al embajador á entrar en la sala, y lo condujo por una mano, teniendo en la otra sus cartas credenciales. Dejáronse las cartas sobre una mesa, y á una señal del emperador, Ismaïloff se dirijió al trono, arrodillóse, puso las cartas ante el monarca que las tocó con la mano y preguntó por la salud del czar.

« Durante esta parte de la ceremonia, la comitiva del embajador permaneció en pie fuera de la sala. Nosotros estuvímos en la creencia de que, presentadas las cartas, estaba ya todo concluído; mas el maestro de ceremonias presentó al embajador y mandó á todos los concurrentes que se arrodillasen y rindiesen homenaje por nueve veces á la majestad imperial. Cada tres veces nos levantábamos y nos arrodillábamos de nuevo. El maestro de ceremonias nos decia en tártaro: *Morgu* y *bos*, es decir, inclináos y levantáos, dos palabras que cierto no olvidaré en toda mi vida. Concluídas las humillaciones, el maestro de ceremonias condujo á la sala al embajador con seis nobles de su comitiva y un intérprete; entonces nos hicieron sentar sobre almohadas y en una sola hilera, á la derecha del trono y á unas seis pérticas de distancia, é immediatamente, detrás de nosotros, se hallaban sentados tres misioneros vestidos á la china, que acompañaban siempre á la corte; en esta ocasion, servian tambien de intérpretes. »

Sin embargo, el emperador, entonces reinante, Kang-Hi, príncipe ilustrado y civilizador, no manifestó tan ridículas ecsijencias acerca la etiqueta como su predecesor Chunt-Chi. Conversó familiarmente con los enviados de Europa, hablóles del czar Pedro que, segun él, no debia esponer tan á menudo su persona, especialmente al arrastrar las olas contra las cuales nada puede el valor, y sirvió por sí mismo á Ismaïloff una copa de tarasum ó cam-

chon caliente, especie de licor fermentado hecho con diversas especies de granos.

« A la izquierda del trono se hallaban sentados cinco príncipes, continúa Bell, como tambien los ministros y los grandes de la corte, y poco despues entraban en la sala ocho ó diez nietos del emperador. Estos eran gallardos é iban vestidos con mucha sencillez, sin ninguna señal que los distinguiese de los demas, mas que el dragon de cinco zarpas, bordado en su ropaje esterior, y la túnica de raso amarillo, adornada del mismo emblema. Llevaban pequeños gorros guarnecidos por delante de cebellina. El emperador estaba sentado en su trono con las piernas cruzadas. Llevaba un vestido de cebellina muy corto, con el forro al esterior y guarnecido interiormente de pieles de cordero bajo el cual habia una larga túnica de seda amarilla, con bordados que representaban el dragon de cinco zarpas. Este dragon no puede ser llevado mas que por la familia imperial. Su cabeza estaba cubierta con un pequeño gorro redondo, guarnecido por delante de una piel de zorro negro. En su cúspide observé una perla grande y hermosa en forma de pera, con una bellota de seda encarnada enlazada bajo la perla. Este era el único ornato de aquel poderoso monarca. El trono, sencillo como todo lo demas, era de madera, pero trabajado primorosamente; era elevado de cinco tramos encima del piso, y abierto del lado en que nos hallábamos; mas en los otros dos lados habia dos grandes biombos del Japon que le garantizaban de la circulacion del aire.

« El maestro de ceremonias y algunos otros dignitarios llevaban su traje de estado, con tejidos de oro ó de plata, y con grandes dragones bordados en la espalda y en el pecho. Muchos ministros iban vestidos del modo mas sencillo, sin ornamento alguno: solamente habia algunos que llevaban gruesos rubíes, zafires y esmeraldas. »

A la recepcion sucedió el festin amenizado por una música tártara; el emperador envió algunos faisanes de su mesa. Los preliminares habituales para la ofrenda de los presentes, las visitas de los mandarines, los espectáculos, los banquetes, las fiestas de todo jénero ocuparon el ocio de la embajada durante los tres meses que permaneció aun en Pekin. El emperador, los grandes oficiales de la corona, y los misioneros, entonces muy influyentes, manifestaron una estrema cortesanía y bondad en lo que á cada uno concernia. Quísose ademas solemnizar el paso de la legacion por medio de estraordinarias diversiones. Tales fueron entre otras un magnífico fuego artificial y una caza en que tomó parte el mismo Kang-Hi, no obstante los setenta y ocho años de su edad. La narracion de estas fiestas es sobrado curiosa para omitida.

« Al dia siguiente, volvieron á empezar los placeres. Sin embargo, nosotros no fuímos á la corte hasta al anochecer, porque los fuegos de artificio debian tener lugar despues de la puesta del sol, esto es, sobre las cinco de la tarde. Dióse la señal despidiendo un cohete de la galería donde estaba sentado el emperador, y dentro de algunos minutos se vieron ascendidos muchos millares de faroles de papel de diferentes colores, encarnado, azul, verde y amarillo, y suspendidos de unos postes de seis pies de altura, esparcidos en todo el jardin, lo cual producia un golpe de vista muy agradable. Dióse otra señal para despedir los cohetes voladores que, remontándose á una altura prodijiosa, caían en forma de estrellas. Estos cohetes iban acompañados de petardos que tronaban cual cañones y por intérvalos, al paso que ofrecian fuegos matizados de todo linaje de colores.

« En frente de la galería donde estaba sentado el emperador, colgaba un gran navío redondo de unos veinte pies de diámetro, entre los postes de treinta pies de elevacion. Partió de la galería un cohete que encendió una mecha que pendia del navío, lo cual hizo desprender el fondo con grande estruendo. Al momento se vió caer una especie de celosía de fuego que permaneció suspendida entre el navío y el suelo, consumiéndose en fuegos colorados que duraron diez minutos. Apenas se hubo estinguido esta celosía encendida como por encanto, cuando se vió una mecha encendida flotando en medio del navío, y ardiendo hasta su altura. Apenas el fuego alcanzó el navío, salieron de él treinta hermosos faroles de papel de diferentes colores, que quedaron suspendidos en linea recta, uno bajo del otro, entre el navío y el suelo. En seguida se encendieron por sí mismos y formaron una hermosa columna bien proporcionada de fuego de color. Tras esto se vieron caer diez ó doce columnas de la misma forma que se iluminaban cuando habian caído enteramente. Esta escena continuó hasta que hubieron salido del navío mil faroles que disminuían de magnitud á medida que iban apareciendo, de suerte que el último era muy pequeño. Todo esto formaba un espectáculo encantador. »

Los fuegos de artificio fueron variados, en honor de los enviados rusos, con hechicera coquetería. Ora tenian que admirar una montaña de la que salian fuegos azules y blancos, que imitaban una cascada hasta el punto de hacer ilusion; ora les presentaban elefantes, caballos ó tigres corriendo en medio de una campiña ou-

bierta de viñedos. Los mismos racimos eran imitados por llamas blancas, encarnadas y azules.

La caza imperial ofreció un espectáculo mas curioso todavía y mas dramático. «A 21 de febrero, dice el Dr. Bell, dia señalado para esta cacería, enviáronse caballos á la una de la mañana para el embajador y los que debian acompañarle. Al instante subimos á caballo, y, despues de haber hecho seis millas al S. O. de la ciudad, llegámos al amanecer á las puertas del palacio llamado Chai-Za, donde fuímos recibidos por un oficial y conducidos al través de la selva á una casa de campo distante sobre una milla de la puerta. En la noche precedente el emperador se habia acostado en aquella casa. Apenas hubímos entrado, cuando el buen anciano, que se habia levantado mucho antes de nuestra llegada, mandó uno de sus eunucos á saludar al embajador y dispuso que nos sirviesen té y otros platos. Despues del desayuno, el monarca, que era sumamente aficionado á las armas, deseó ver el fusil de caza del capitan Ismaïloff, y nos envió muchas de las suyas para ecsaminarlas, que tenian todas llave con mecha. Los Chinos dijeron que las piedras en sus climas están impregnadas de una humedad que les impide hacer fuego; mas yo no observé que el clima hiciese este efecto en las nuestras.

«Entonces se dió la señal de la llegada del emperador. Al momento se alinearon todos los grandes, en pie, armados con arcos y flechas y en traje de caza. Este traje es el mismo que el de los oficiales de caballería en campaña. Señalósenos un puesto: cuando S. M. pasó delante nosotros, respondió á nuestros saludos con la mas graciosa sonrisa, y nos hizo señal paraque le siguiésemos. Este príncipe estaba sentado, con las piernas cruzadas en una palanqueta abierta, llevada por cuatro hombres, por medio de varas, sobre sus espaldas. Tenia delante un fusil de caza, un arco y un haz de flechas. Hacia ya algunos años que adoptara esta suerte de cazar, porque no subia ya á caballo.

«Al momento que hubo pasado el emperador, cada uno de nosotros montó á caballo y le siguió á alguna distancia. No nos detuvímos hasta en medio de unos bosques claros, donde se formó un semicírculo en cuyo centro se colocó el emperador. Entonces se lanzaron muchas liebres en la direccion del augusto cazador que mató muchas de ellas á flechazos, y hacia señal á los príncipes paraque persiguiesen á las que se le habian escapado, los cuales mataron igualmente muchas, sin que nadie tuviese libertad para tirar ó salir de la linea.

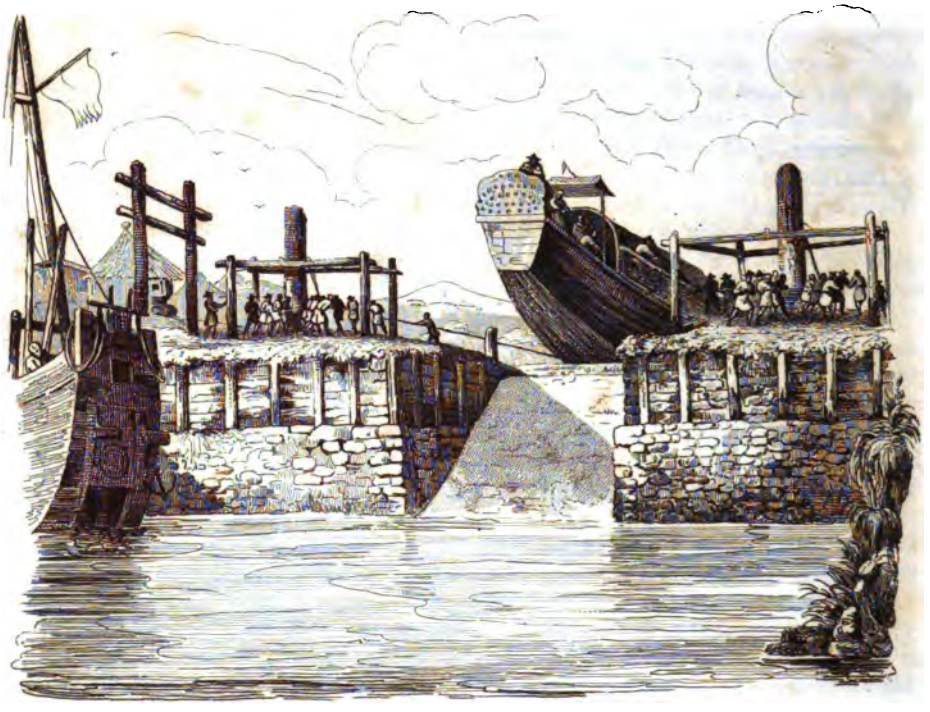
«Desde la llanura, continuámos la marcha en direccion al O., hácia un paraje cubierto de malezas y cañaverales, desde donde hicimos levantar muchos faisanes, perdices y codornices. Entonces S. M. dejó su arco y sus flechas, tomó un halcon en su brazo y lo soltaba siempre que se presentaba ocasion. Ordinariamente el halcon erraba los faisanes que volaban; mas si la caza alcanzaba los cañaverales ó las malezas, al instante se apoderaba de ella.

«Despues de haber continuado adelantando dos ó tres millas en la selva, llegámos á un bosque muy grande, donde hallámos muchas especies de bestias. Los jóvenes cazadores entraron en el bosque y lo batieron mientras que los demás vijilaban las avenidas. Aunque se vió pasar mucha caza, nadie tiró con el arco, hasta que el emperador hubo muerto un ciervo, lo cual verificó con mucha destreza. Despues de él, los príncipes tuvieron permiso para matar algunos gamos, entre los cuales se halló la especie que lleva el almizcle. Esta especie de almizcle es llamada *kaberda* en Siberia.

«Habíamos ya caminado seis horas á caballo y recorrido, segun mi cuenta, quince millas, y sin embargo aun no veíamos el fin del bosque. Entonces fué cuando lo dejámos, revolviendo hácia el mediodia, hasta que, al llegar á unas lagunas cubiertas de altas cañas, hicimos levantar un gran número de javalíes; mas como no era estacion de matarlos, escaparon todos. La caza de los javalíes es considerada como la mas peligrosa despues de la de los leones y de los tigres; así que, todos procuraban evitarlos. No obstante, algunos de aquellos animales se lanzaron con furor hácia los parajes donde habia mas caballos. El emperador tuvo la prudencia de hacer guardar su palanqueta por una compañía de hombres armados con lanzas.

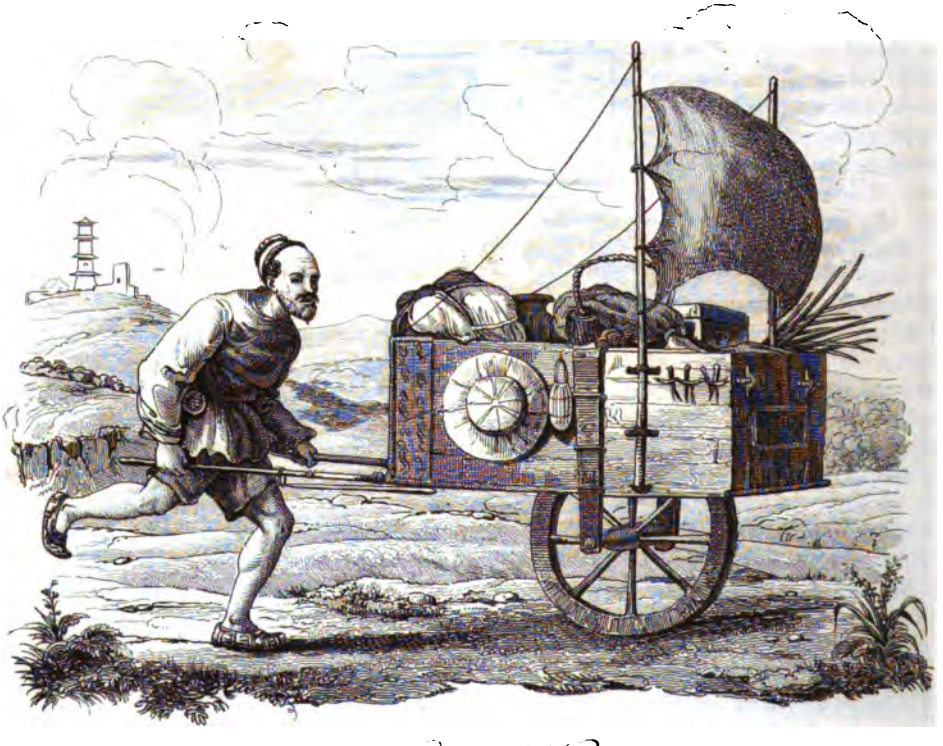
«Despues de comer, Kang-Hi envió á dos de sus principales eunucos para cumplimentar al embajador y manifestarle que deseaba hacerle ver una caza de tres tigres, que habian sido guardados durante algun tiempo encerrados en una jaula de hierro. La tienda del emperador se hallaba sobre una eminencia circundada de muchas filas de guardias armados con prolongadas lanzas. Colocóse otra guardia ante la tienda del embajador para asegurarles á él y á su comitiva contra el furor de aquellas bestias feroces. El primer tigre fué puesto en libertad por un hombre que, montado en lijero corcel, abrió de lejos con una cuerda la puerta de su jaula. Salió el tigre, mas al principio solo pensó en el placer de hallar algun espacio, solazóse en la yerba, saltó, rujió de alegría, lo cual dió tiempo al caballero de huir á rienda suelta. Despues de algunos minutos de bolgorio, el tigre se levantó, miró en su derredor, manifestó cierta inquietud por ver aquella selva de

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY



Bateau glissant sur un plan incliné.

Barco resbalando sobre un plano inclinado.



2. Brouette à Voile.

2 Carreton de Vela.

de Jaunson del.

VOYAGE
VIAJE

hombres y de lanzas, refunfuñó y empezó á caminar.

«El emperador tiró tres veces con bala sobre él, mas como la distancia era considerable, erró el tiro, aunque habia apuntado bien su arma. Entonces mandó decir al embajador que probase su fusil sobre el animal. El capitan Ismaïloff lo cargó con una sola bala, marchó hácia el tigre, acompañado de diez hombres armados con lanzas para prevenir cualquier accidente, y juzgándose llegado á una distancia conveniente, lo apuntó y lo estendió yerto cadáver.

«El segundo tigre fué libertado de la misma suerte; mas el caballero, despues de haberle dejado solazar por un instante sobre la yerba, vino á la carga y le disparó una flecha embotada. Escitado por esta herida, el animal saltó de furor, corrió en su persecucion, y llegó á tanta procsimidad que apenas tuvo tiempo de escapar abrigándose tras el muro de lanzas. Llegado ante aquel obstáculo, el tigre procuró salvarlo; mas, lanzándose varias veces sobre el hierro de los soldados, murió finalmente acribillado de heridas.

«Apenas se vió libre el tercer tigre, corrió directamente á la tienda del emperador, y fué muerto casi á su vista. El cazador debe ir bien montado y armado para cazar estos animales en los bosques, puesto que en ellos deben de ser mas fuertes y astutos que los que vímos. En efecto, con facilidad se concibe que una larga permanencia en una jaula estrecha y la falta de ejercicio no podian menos de entorpecer los miembros de aquellas bestias feroces.

«La caza de los tigres terminó aquella partida. Cuando hubímos cenado, vino un oficial de parte de S. M. á llevar al embajador la piel del tigre que habia muerto, diciéndole que le pertenecia conforme á las leyes de la caza.»

En medio de todos aquellos placeres y de todas aquellas fiestas, el capitan Ismaïloff no olvidaba el objeto serio de su mision, y reiteraba sus instancias á los ministros imperiales acerca la transaccion comercial que solicitaba. Sus esfuerzos fueron mas felices que los de la embajada holandesa. Concluyóse un tratado para regularizar las permutas que hacia desde largo tiempo la China septentrional con la Rusia por conducto de sus caravanas, y se fijó en Yatcha el depósito jeneral de aquellas permutas.

Despues de esta embajada rusa, llegó á Pekin, en 1721, la embajada enviada por el papa, y en seguida la de los Portugueses en 1753, entrambas estériles en resultados políticos.

Finalmente, decidiéronse los Ingleses á probar los lances de una embajada comercial. Partido de Spithead en 1792 con el *Leon*, navío de linea de 74, y el *Indostan*, navío de la Compañía de 1.200 toneladas de porte, lord Macartney, encargado de los poderes de la corte de San James, quiso arreglar su itinerario de tal suerte que pudiese visitar algunas provincias que ningun embajador habia atravesado antes de él. Con este objeto, en vez de dirijirse sobre Macao y Canton, resolvió aparecer en el Mar Amarillo y en las costas orientales de la China. Habiendo pasado sucesivamente por Java y Cochinchina, la escuadrilla salvó el estrecho de Formosa, llevó el rumbo hácia el N., siguió la costa en la cual fondeó varias veces distante de tierra, tanto que no podia alcanzarla la vista, á causa de la poca profundidad del mar, y llegó finalmente, en el mes de agosto de 1793, á las bocas del Pei-Ho, término de su viaje. Embarcóse el lord con su comitiva en un yacht chino que debia conducirlo á Pekin.

Provista de naturalistas, de físicos y de dibujantes, aquella embajada debia ser mucho mas fructífera para la ciencia que todas las que le habian precedido. En todo lo largo del camino, Alejandro bosquejó con su lapiz injenioso y natural todas las curiosidades del país, mientras que Barrow y Jorje Staunton procedian al ecsámen analítico de las cosas y de los hombres.

Sorprendida de ver aquellos estranjeros, la poblacion de la provincia del Pe-tchi-Li cubria las riberas del rio. A cada hora, á cada momento variaba la escena; ora, cuando los yachts de la embajada, para abreviar el camino, penetraban en los canales interiores, veían de vez en cuando redondearse á su presencia aquellos puentes elegantes de una sola arcada, sobre la cual aparecia un arco de triunfo (Pl. XXXVIII.—1): ora, cuando el terreno se elevaba bruscamente, manifestábase á nuestros viajeros el sistema de canalizacion que reemplaza el juego de nuestras esclusas. No habiendo encontrado el medio de cambiar el nivel de las aguas, los Chinos transportaban el barco de un caz á otro. El fondeo se practicaba en un glasis de mazonería oblicua, formando un ángulo de unos 40°. Los barcos, tirados por cabrestantes, llegaban poco á poco hasta el glasis, y cuando bamboleaban eran sostenidos por unos cables que se tenian de reten hasta que hubiesen alcanzado el nivel del agua superior, y preservados del peligro de inmersion por anchos abanicos de mimbre colocados delante (Pl. XXXIX.—1).

En Tong-tchou-Fou, la embajada dejó el Pei-iHo para tomar el camino de tierra: 3.000 esportilleros debian cargar en sus espaldas hasta Pekin los bagajes de la embajada y los presentes destinados al emperador. Despues de algunas horas de marcha por un camino ates-

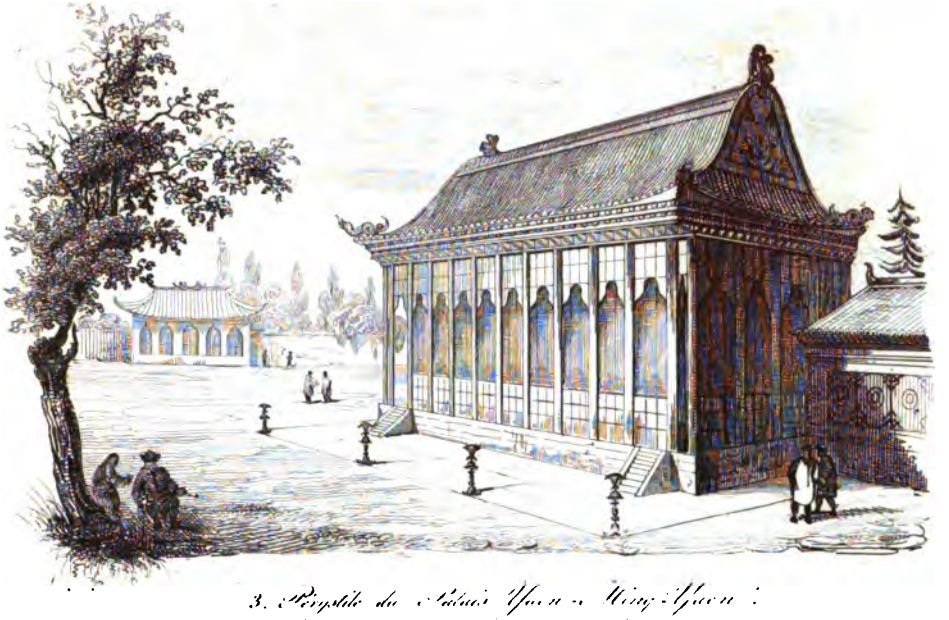
tado de granito y en medio de innumerable concurso, la embajada percibió de lejos las murallas de Pekin. Flanqueadas de torres cuadradas y rodeadas de un foso, aquellas murallas tienen 25 pies de espesor en su base y 12 en su parte superior; su altura es de 25 á 30 pies. El macizo está lleno de tierra, y solamente los bordes son de mampostería.

Insiguiendo la linea de las murallas, lord Macardney llegó á una de las puertas de la ciudad, que se hallaba situada allende de un puente echado sobre el foso y tomaba su entrada á la izquierda de un terraplen semicircular (Pl. XXXIX.—3). Las nueve puertas de Pekin ofrecen una construccion casi semejante; únicamente el vuelo formado por la muralla es cuadrado en unas y redondo en otras.

Pasada esta puerta abovedada, desarrollóse Pekin ante la embajada. Calles de 20 á 30 toesas de anchura con su lonjitud proporcionada, tiradas á cordel y bien limpias; casas de un solo alto, ecsornadas con frontispicios pintados, tiendas admirables con sus enseñas doradas y sus banderolas flotantes; he aquí lo que á primera vista ofreció la capital china á los enviados británicos. Precisados á atravesarla de un estremo á otro para dirijirse al palacio de Yuen-Ming-Yuen, situado á la otra parte de los muros, pudieron observar todas sus magnificencias. Lo que mas les llamaba la atencion era uno de estos arcos de triunfo, ó *Pai-Sang*, erijidos en honor de un gran personaje, monumento de madera esculpida y pintada, con tres puertas y superada de ornamentos en forma de techumbre que representaban cuellos de cisne, ó afectaban formas mas estravagantes y llenas de asperezas (Pl. XL.—2). A veces al mismo lado de estas construcciones votivas, se alzaba una fortaleza con el pabellon imperial en su muralla, y dejando ver su centinela armado de una pica. En otra parte, pero fuera del recinto de los muros, se levantaba uno de esos *tas* ó *tais*, cuyo mejor modelo ecsiste en Seou-Tchou, edificio estraño, con sus diez techumbres de conchas octógonas, revestidas de porcelana y ruidosas campanillas (Pl. XLI.—1).

Despues de haber atravesado la ciudad en toda su lonjitud, en medio de un polvo sufocante y apesar de las oleadas de pueblo cuya curiosidad no llegaba á desconcertar el mambú, lord Macardney llegó finalmente al palacio de Yuen-Ming-Yuen, donde el emperador, á la sazon en Tartaria, habia destinado un alojamiento para el embajador y su comitiva. Mr. Barrow y el Dr. Dwyenddye fueron los únicos que se instalaron en él, pues los demás Ingleses espresaron con instancia sus deseos de ser conducidos de nuevo á Pekin. En cuanto al lord, debia partir al mismo dia siguiente para la residencia imperial de Je-Ho. Yuen-Ming-Yuen, es decir, el jardin redondo y esplendoroso, es una de las maravillas de la China septentrional. El palacio se compuesto de un gran número de edificios, dispuestos con una grandiosa simetría y separados por patios, jardines y parterres. Las fachadas de sus construcciones resplandecen de oro, barniz y pinturas. La China, el Japon y la Europa han entrado á escote para ecsornar el interior. Todos los presentes de las embajadas, todos los artículos de lujo indijena se muestran confusamente en la sala principal de audiencia. Esta sala está construida sobre un macizo de piedra que la mantiene elevada sobre el nivel del suelo, y sus techos, trazados singularmente, están sostenidos por columnas de madera que separan algunos cruceros de forma gótica (Pl. XL. — 3). Los jardines de este palacio son aun mas admirables que sus construcciones. En una estension de 60.000 acres, la mano del hombre ha creado montañas lagos y rios. Es una naturaleza casi facticia, pero trabajada tan en grande, que sobrecoje de admiracion. Esas montañas están cubiertas de árboles floridos; esos rios, cortados por tantos puentes singulares, llevan barcos elegantes y suntuosos; esos lagos pululan en verdegueantes islotes. Acá y acullá, en medio de aquella naturaleza florida ú hojada, manifiéstanse abiertos en las rocas transportadas á grandes gastos, kioscos, atalayas, torres de porcelana y arcos de triunfo á millares. Cada vallecillo tiene su quinta, ó mas bien su palacio; de suerte que hay doscientos palacios. Cada palacio tiene su frontispicio con columnata, su armadura dorada, pintada y barnizada, sus techos cubiertos de ladrillos encarnados, amarillos, azules, verdes y violados, que representan dibujos mas estraños que graciosos. En estos edificios se han empleado sucesivamente el mármol, el ladrillo y el cedro. El mas hermoso de todos, situado en medio de un lago artificial de una media legua de diámetro, está construído sobre una isla de rocas. Es un palacio admirable que contiene cien piezas lujosamente adornadas; y su ejecucion es tan bella que el mismo gusto europeo se ve forzado á admirarla.

Sin embargo, lord Macardney habia partido á 2 de setiembre para Je-Ho, actual residencia del emperador situada en Tartaria, y cuatro dias despues, se hallaba al pie de la célebre gran muralla, antiguo límite del imperio chino. Este baluarte, una de las construcciones mas jigantescas y sorprendentes que haya prohijado la mano del hombre, este baluarte que ha atravesado veinte siglos, cuenta mas de 1.300 millas de lonjitud desde la estremidad occidental del Chen-Si, hasta la estremidad oriental del Pe-Tchi-Li. Trepa



3. Péristyle du Palais Yuen-Ming-Yuen.

3 Peristilo del Palacio Yuen-Ming-Yuen

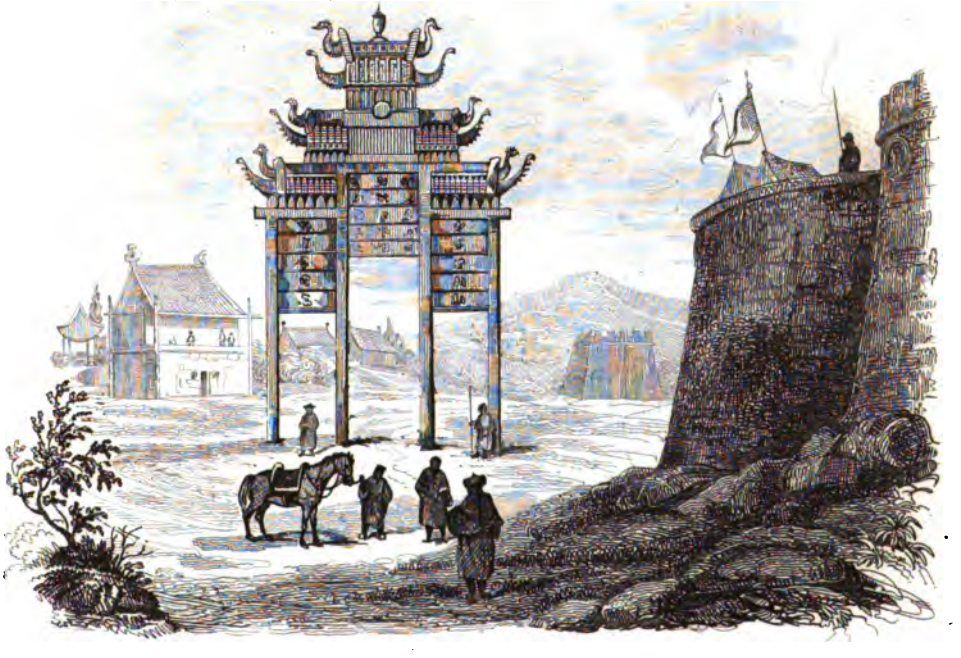
4 Famille de Paysans.

4 Familia de Aldeanos.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1. Grande Muraille.

1 Gran Muralla



2. Forteresse et Arc de Triomphe.

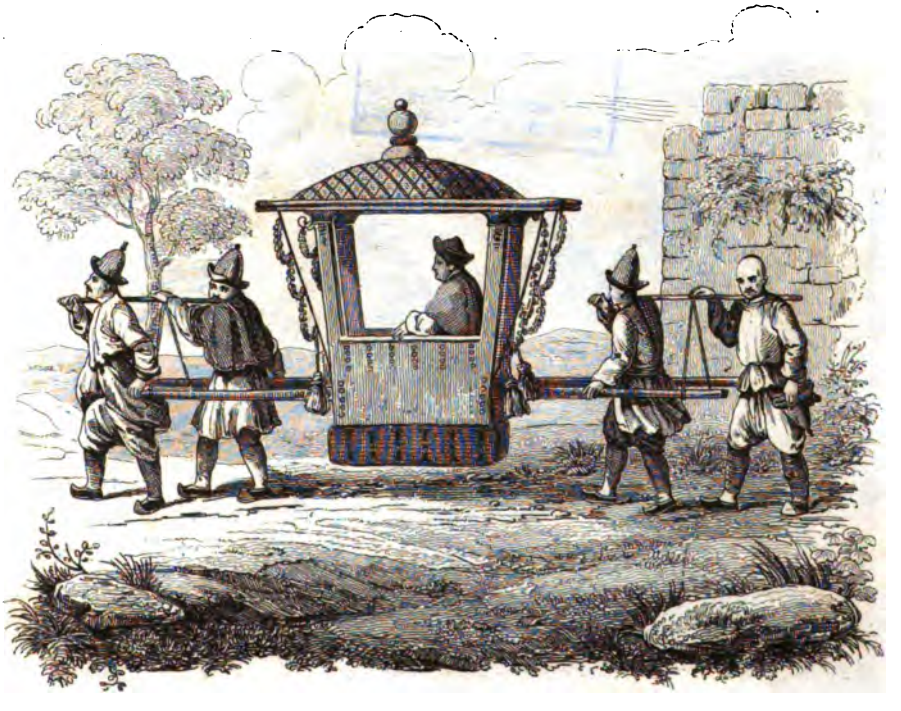
2. Fortaleza y Arco de Triunfo

de Saisset del.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

3. Une Porte de Péking.

3 Una Puerta de Pekin.



4. Mandarin en Chaise à Porteurs.

4. Mandarin en Silla de Manos.

PUBLIC LIBRARY

1. Pont dans une Ville Chinoise.

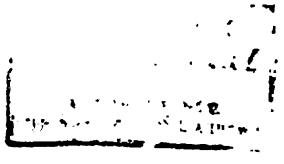
1. Puente dentro de una Ciudad China.

2. Dame Chinoise & son Enfant.

2 Senora China y su Niño.

Simon del.

VOYAGE
VIAJE



por los mas encumbrados riscos, atraviesa profundos desfiladeros, cruza los torrentes y no se detiene ante los rios. Es compuesto de muros paralelos, cuyo intérvalo está lleno de tierra y de casquijos; sus cimientos consisten en enormes piedras; el resto del macizo de mampostería está compuesto de ladrillos. La elevacion de la gran muralla es de 24 pies, y su anchura de unos 13. A cada cien pasos hay una torre artillada con piezas de bronce. Barrow, en la relacion del viaje de la embajada inglesa, estableció los siguientes cálculos, quizá mas injeniosos que ecsactos. « Esta muralla es tan enorme, dice, que admitiendo lo que, segun creo, jamas ha sido negado, que tiene una lonjitud de 1.500 millas, y dimensiones casi iguales en todas partes á las de los puntos por donde la atravesó lord Macartney, los materiales de todas las casas de Inglaterra y de Escocia, ascendidas al número de un millon, y estimadas unas con otras en 2.000 pies cúbicos de mazonería cada una, no forman el equivalente de su masa. En este cálculo no comprendo aun las grandes torres salientes que se hallan en la gran muralla. Estas torres solas, suponiendo que las hay en toda la estension de la muralla, á tiro de arco una de otra, contienen tanta mampostería de ladrillo ó de piedra como contiene tal vez toda la ciudad de Lóndres. Para dar una idea de la masa de la gran muralla, solamente diré que sus materiales serian mas que suficientes para edificar un muro que diese dos veces la vuelta al globo, con seis pies de altura y dos de espesor. »

Este monumento se atribuye á Tsin-chi-Hoang que reinaba dos siglos antes de nuestra era. Para defenderse contra las incursiones de los belicosos nómadas que derrubiaban del Asia central, ordenó esta obra inmensa y la ejecutó, segun se dice, en el término de cinco años, poniendo en requisicion un hombre por cada seis de toda la poblacion china. Terminada que fué esta muralla, la denominó *Van-ly-Tching* (10.000 lis). Apesar de esta muralla, la China fué conquistada dos veces, la primera por los Mogoles, la segunda por los Mantchus.

En el punto en que la embajada salvó esta antigua barrera del imperio, la muralla estaba continuada por un segundo recinto cerrado, y terminado en otra puerta. Un cuerpo de guardia de tropas tártaras acampaba en medio de aquel vasto cercado que enlazaba las dos salidas, y allende se prolongaba en una estrecha garganta el camino que conduce á Je-Ho (Pl. XL. — 1). Sin embargo, hermosa era la comarca, no obstante su aspecto silvestre; algunos rebaños vacunos y pequeñas casitas, ora apiñadas, ora aisladas, indicaban un país de poblacion menos compacta, pero tambien mas acomodada.

A 12 de setiembre, llegó la embajada á Je-Ho, y á 14 fué recibida en audiencia por el emperador Kiang-Long. Los dos mandarines Van-ta-Gin y Chon-ta-Gin, maestros de ceremonias de la embajada desde su entrada en el Pei-Ho, acompañaban al lord Macartney que halló una tienda preparada para recibirlo, contigua á la del emperador. En lugar del ko-tou, prosternacion acostumbrada, para la cual, dice el capitan Maxvell, seria preciso tener el craneo tan denso como el de un búfalo, lord Macartney puso una rodilla en tierra cuando el emperador pasó para subir á su trono. Esta fué la única concesion que hizo la dignidad británica á la gravedad china.

Apenas acababa de sentarse el emperador, cuando lord Macartney se presentó á la entrada de su tienda y se encaminó directamente al trono, llevando en una caja de oro, guarnecida de diamantes, la carta del rey de Inglaterra. Recibióla el emperador dando en cambio, como *euchy* ó símbolo de paz, un ágata ó una serpentina, destinada al rey de Inglaterra. Otros dos euchys de valor inferior fueron ofrecidos, el uno al mismo embajador, y el otro á sir Jorje Staunton, ministro plenipotenciario de la Gran Bretaña junto al emperador de la China. Segun costumbre, sucedió á la audiencia un banquete en el que el mismo emperador sirvió el camchou al embajador.

Dióse otra fiesta en Je-Ho para el aniversario del nacimiento del emperador, y lord Macartney recibió la invitacion de ir á él. Los grandes mandarines, á quienes escandalizara su actitud caballeresca en la última audiencia, esperaban que esta ceremonia les prestaria proporcion para un desquite. Sin embargo, nada de eso: el embajador dejó á los vasallos chinos hacer uso de sus rodillas y de sus frentes ante S. M. I., invisible aquel dia y oculta tras una cortina. En estas fiestas el lord buscaba con especial la ocasion de hablar de los intereses comerciales de la Inglaterra, objeto de su mision, mas el emperador le daba contestaciones evasivas, ó cerraba la boca al embajador dándole un nuevo presente, ora una piedra preciosa ó un librito pintado de su puño, ora bolsillos para poner nueces de arec, ora una cajita de vieja porcelana del Japon, en la que habia incrustadas algunas piedras preciosas. Esta caja, que Kiang-Loung enviaba al rey de la Gran Bretaña, se habia transmitido, segun significó el donatario, en la familia imperial, en una serie de 800 años.

Seria sobrado prolijo entrar en los pormenores de las diversiones que señalaron la permanencia de la embajada en Je-Ho. Incesantemen-

te habia banquetes, fuegos artificiales y comedias, como para las precedentes embajadas. Hé aquí un solo fracmento de aquella relacion, relativa al espectáculo de la corte, que fué un verdadero ensayo de espectáculo náutico.

«La última pieza, dice lord Macartney, era una gran pantomima que, segun los numerosos aplausos que recibió, debia de ser á los ojos de los Chinos un modelo de invencion y de talento. Este espectáculo alegórico me pareció, segun pude comprender, que representaba el casamiento del Océano y de la Tierra. La Tierra ofrecia la variedad de sus producciones y de sus habitantes, dragones, elefantes, tigres, águilas, avestruces, robles, pinos y toda especie de árboles. El Océano no permaneció inferior: difundió por el teatro las riquezas de su imperio bajo la forma de ballenas, marsoplas y otros monstruos marinos. Mostró asimismo navíos, peñascos, mariscos, esponjas y corales. Todo esto estaba representado por actores disfrazados que desempeñaban su papel de un modo admirable.

«Despues de haberse paseado por largo tiempo estos dos rejimientos de tierra y de mar, cada uno separadamente, formando un círculo aparte, reuniéronse y avanzaron juntamente hácia la parte delantera del teatro donde, despues de algunas evoluciones, se abrieron á derecha é izquierda para hacer lugar á la ballena que parecia mandar á todos. Adelantóse esta culebreando hasta el borde del teatro y frente el palco del emperador; abrió la boca y lanzó al patio una gran cantidad de agua que hubiera podido llenar muchos toneles, pero que desapareció prontamente por los agujéros que habia en el suelo para hacerla derramar. Este golpe de teatro fué aplaudido en estremo, y dos ó tres grandes del estado que tenia á mi lado me suplicaron que pusiese en él una atencion particular. Al propio tiempo repetian: *Hao! koung hao!* (bravo! delicioso!)»

Los parques y jardines de Je-Ho pasaban por una de las magnificencias del imperio. El mismo lord Macartney no pudo menos de admirarlos. Su nombre chino es Van-chou-Yuen, (el paraíso de 10.000 árboles), y el emperador no concede sino muy raras veces el permiso de visitarlos. Los parques se componen de dos partes enteramente diversas de aspecto; la una tiene una superficie desigual y undosa en cuyo centro se estiende un lago inmenso sembrado de islas en su centro, é interrumpido en los bordes por promontorios y ancones. En muchos puntos se elevan fábricas enteramente análogas al jénero de belleza que afecta la naturaleza: en el seno de un bosque áustero, una pagoda; en el centro de un elegante quincunce, un palacio; en la salida de un sendero tortuoso, un kiosco. La otra porcion del parque tiene bellezas mas grandiosas y mas infinitas, tales son selvas inmensas y seculares, con rocas silvestres y fragosas, pobladas de gamos y de ciervos. Ora salen de la cresta de la roca algunos pinos, encinas, alerces y castaños que se remontan hácia el cielo; ora, asegurados en los flancos del monte, bañan su cabellera en la espumosa cascada de un torrente. Este lado del parque está sembrado de quintas de recreo y de caza, templetes recojidos y monasterios silenciosos. No se manifiesta allí camino alguno, ni ninguna arenosa calle de árboles, sino la roca sola, la roca viva. Solo trepándola con dificultad, llegó lord Macartney á un pabellon situado en el cúspide de la colina. «Desde aquel punto, dice, el horizonte tenia una estension de 20 millas almenos; jamás he presenciado en el mundo espectáculo mas rico, mas variado, mas sublime. Todo lo distinguia cual en mapa iluminado; veía pagodas, palacios, ciudades, aldeas, granjas, llanuras, valles regados por innumerables arroyos, montañas sombreadas por undosos bosques, praderas cubiertas de ganado. Parecíame que todos aquellos objetos se hallaban á mis plantas y que tan solo debia dar un paso para alcanzarlos.» De lo alto de aquella eminencia, lord Macartney pudo percibir igualmente, edificado en el vertiente del monte Marbouri, uno de los mas bellos monumentos del Lamaïsmo, el convento de Botala, ó Po-ta-La, donde veraneaba el Dalaï-Lama, príncipe de los sacerdotes de la relijion tibetana. Este templo, considerado como el mas bello de todo el Tibet, tiene 312 pies de altura: su techo es enteramente dorado. Los edificios circumvecinos contienen mas de 10.000 celdas, cada una de las cuales tiene su entrada en uno de los lados de la fachada. Allí se hallan prodigados en proporcion análoga las torres y obeliscos revestidos de oro y plata, y las preciosas estatuas de Bouddha.

Despues de ocho dias de fiestas, la embajada partió para Pekin adonde llegó á 26 de setiembre. Durante la ausencia de lord Macartney, Barrow y el doctor Dwinddie habian tenido mucho que sufrir de los caprichos de los eunucos, que las noticias de Je-Ho ecsasperaban contra los Ingleses. Haber mirado de frente al emperador, haberse dispensado de macearse la frente á su vista! No pudiendo concebir semejante escándalo, aquellos ayudas del harem quisieron vengarse, por medio de algunas bastardías, de aquel crímen de lesa majestad. La llegada de lord Macartney y del emperador, que tuvo lugar cuatro dias despues, fué lo único que puso tregua á aquellos baturrillos de la servidumbre imperial.

Las conferencias diplomáticas empezaron de

nuevo en Pekin con motivo de la forma del saludo y de la etiqueta de la humillacion. Resistióse el embajador y, apesar de las instancias de los mandarines, todo se limitó á la jenuflecion habitual. Verificóse la audiencia para la entrega de los presentes, é inmediatamente despues, el lord recibió el aviso de que su permanencia no debia prolongarse mas allá del 7 de octubre. Los miembros de la embajada aprovecharon el tiempo que les quedaba para visitar con mas ecsactitud la capital china.

Compónese Pekin de dos ciudades enteramente distintas; la del N. denominada Kiag-Tching ó la ciudad mantchua, que forma casi un cuadrado perfecto, y la ciudad del S. llamada Lao-Tching, ó Ciudad-Vieja, ó bien Waïlo-Tching, que tiene la forma de un cuadrado prolongado. La primera es habitada por los Mantchus, la segunda por los Chinos. La ciudad mantchua es sin contradiccion muy superior á la otra; sus casas son mas hermosas en el esterior y mas adornadas en el interior. A mas de estas dos ciudades, Pekin contiene doce arrabales de unas dos millas de lonjitud cada uno. Así es que la capital cubre un espacio inmenso, y su poblacion ha sido ecsajerada en todos tiempos. Timkowski y el P. Gaubil hablan de 2,000.000 de almas, pero reduciendo este número al de 1,400.000 se estará mucho mas cerca de la verdad (1).

Las grandes divisiones de la ciudad se subdividen en cuarteles que constituyen otras tantas ciudades. En la ciudad mantchua se cuentan tres, cada uno con su recinto particular. En la una hay el palacio imperial Tsu-kin-Tching, la mas vasta residencia real de cuantas ecsisten en el orbe. Su circumferencia es de unas 2.000 toesas. Está circundado de murallas almenadas, construídas de ladrillos y cubiertas de tejas amarillas. El interior del palacio consiste en un ringle de patios rodeados de columnatas y palacios amueblados con la mayor magnificencia. El mas bello de estos edificios es la tercera portada, Tonan-Men; en seguida vienen los dos templos Taï-Miao donde son honrados los libritos de los emperadores mantchus, y el Che-tsu-Than, erijido en honor del espíritu que fecunda la campiña; despues el soberbio salon Taï-ho-Tian (de la grande unidad), donde el emperador recibe á los mandarines del imperio y á los embajadores estranjeros; finalmente, el cuarto particular del emperador, pieza cuyo nombre corresponde á *la morada del cielo sereno*. Este es el mas alto, el mas ricamente amueblado y el mas fastuoso de todos. En otra parte del palacio, el Houang-Tching que forma el segundo recinto, se ven el hermoso templo de Fó con una estatua de este dios de bronce dorado, estatua que tiene cien brazos y sesenta pies de altura; y el vasto templo mogol de Soung-tchou-Szu, que habita el koutoukou, el primero de los tres grandes sacerdotes de la relijion lamaica residente en Pekin, y cerca del cual se halla la imprenta para los libros en lengua tibetana. En el Houang-Tching se hallan igualmente los coliseos construídos por Kian-Loung, y las cinco colinas artificiales. En el King-Chan, ó la montaña resplandeciente, la mas elevada de todas, es donde Hoai-Tsoung, último emperador de la dinastía de los Ming, despues de haber muerto á su hija, se ahorcó en un árbol para no caer vivo en manos del rebelde Li-tsu-Tcing. A mas de los edificios citados, el Houang-Tching contiene muchas otras construcciones notables, tribunales, templos, palacios, y aun tiendas concedidas á algunos mercaderes privilejiados. En el segundo recinto se alza un palacio rodeado de un vasto canal que se atraviesa por medio de un puente de jaspe negro, de estraña y atrevida construccion. Si debemos dar crédito al P. Magalhaens, este puente representa un dragon cuyos pies forman los machones, mientras que el cuerpo se redondea para formar los arcos.

La ciudad china, aunque menos rica que la ciudad mantchua, ostenta tambien sus bellezas monumentales. El templo del cielo, ó Thian-Than, no tiene igual en todo el imperio así por su órden como por su decoracion. En este templo es adonde se dirije el emperador todos los años por el solsticio de invierno, para ofrecer un sacrificio á la divinidad. En este templo hay una pieza, el Tchaï-Koung (palacio de retiro y de penitencia), que sirve para alojar al emperador en los tres dias de ayuno que observa para prepararse al sacrificio. La sala principal de aquel monumento consiste en una pieza circular que representa el cielo, adornada con ochenta y dos columnas, pintada de oro y de azul, y que proyecta á una altura majestuosa los tres pisos con sus techos, el uno azul, el otro amarillo y el último verde. Hay además 500 músicos adictos al servicio de este edificio, en el cual tienen sus correspondientes habitaciones. No lejos de allí hay otro templo dedicado al inventor de la agricultura, donde va el emperador cada primavera para manejar la reja de un arado y trazar un surco, costumbre santa y

(1) En todos tiempos se ha ecsajerado la poblacion total del inmenso imperio de la China. Sin embargo, parece indudable que debe de ser superior á cuanto pueda imajinarse, atendido que, apesar de la fertilidad de su territorio y los bárbaros recursos que se ponen en práctica para disminuir la poblacion, sus habitantes no recojen aun la cosecha suficiente para su alimento. Tal es la causa que indujo á creer al inmortal y profundo Montesquieu en su *Espíritu de las Leyes* que el hábito del lujo seria mas perjudicial á la China que á ninguna otra nacion del globo.

política que acaso no fué en su orijen una formalidad pueril.

Seria demasiado prolijo citar aquí los innumerables edificios que contiene esta inmensa ciudad de Pekin. Los dos únicos bien característicos como monumentos relijiosos é históricos, son el templo de Tiwang-Miao y el de Con-fu-Tzée. En el seno del primero se encuentran los libritos de memorias de los mas ilustres emperadores, desde Fou-Hi, hasta la dinastía Tsing. El mismo Fou-Hi está en él representado con sus escrecencias á ambos lados de la cabeza, su verdugcillo en la mano y sus libritos sacramentales (Pl. XLI.—2). A su lado figura una divinidad que se cree ser el Júpiter chino, dios fantástico, con pies de grifo, pico de pájaro y alas desplegadas: colocado en medio de un círculo guarnecido de pequeños taratanes, empuña en su mano un palillo para batirlos (Pl. XLI.—3). El otro templo, el de Con-Fu-Tzee, está situado en el colejio imperial. A este sabio se le ofrecen, en nombre de todo el imperio, homenajes y sacrificios sangrientos. La sala se halla en el fondo del edificio, y en ella se ven al lado de la tablilla del filósofo, las de Meng-Tzée y de dos ó tres otros sabios de segundo órden; finalmente las de otros 97 personajes cuya ciencia está clasificada al tercer rango.

Este culto tributado á las letras desde tiempo inmemorial ha multiplicado en Pekin los establecimientos útiles á su propagacion. Entre estos se cita el tribunal de la historia y de la literatura china, especie de universidad encargada de la educacion de la familia imperial y del cuidado de recojer los anales del país; el colejio imperial, el observatorio imperial, construído en 1279, y restaurado por el zelo del P. Verbiest cuando era presidente del tribunal de matemáticas; la imprenta, el tribunal de medicina, el hospital de espósitos, el establecimiento para la inoculacion de la vacuna, las escuelas públicas, los gabinetes de historia natural, y en fin la biblioteca imperial que, segun Abel Remusat, contiene almenos 300.000 volúmenes.

Nuestras capitales de Europa, por pobladas é industriosas que sean, solo dan una idea imperfecta del ruído, del movimiento y del bullicio que reinan en Pekin. Cada piso bajo tiene su tienda, cada tienda tiene su percha adornada de banderolas encarnadas, verdes, azules, blancas, de suerte que llaman la atencion; cada percha lleva su enseña, donde no solamente figura el nombre del mercader, sino tambien su jenealojía comercial, su apolojía y los títulos especiales que le recomiendan á los compradores, al lado de la enumeracion de los artículos principales que vende. Merced á esta confusion de mástiles banderolas y enseñas, cada calle de Pekin es instante parecida á una rada cubierta de embarcaciones empavesadas.

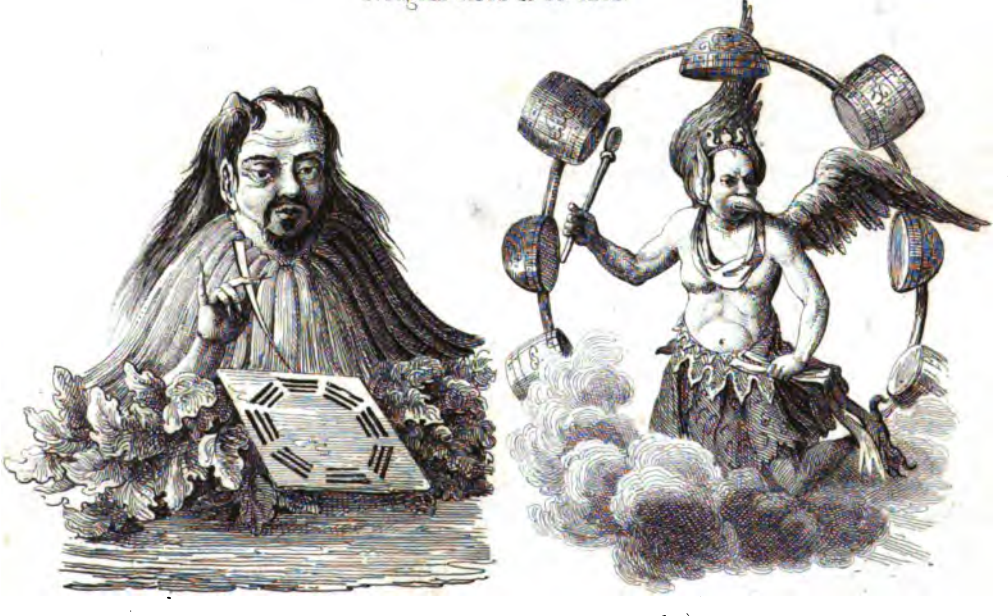
Las calles están atestadas de un inmenso número de tiendas portátiles, barberos, caldereros ambulantes, zapateros de viejo y cerrajeros. Al lado de estos industriales que circulan, hay otros que estacionan y venden en sus paradas té, frutos, arroz cocido y otros comestibles, de suerte que, apesar de la anchura de las calles de Pekin, apenas hay en el medio espacio suficiente para los transeuntes. Ademas, hormiguean á millares soldados y oficiales mantchus, mandarines de todos rangos y de todos botones, ajentes de policía, acompañados unos y otros de una multitud de criados que llevan quitasoles, banderas, faroles pintados y diversas otras señales características de su dignidad; allí se aglomeran tambien y se empujan los convoyes fúnebres seguidos de su enlutada comitiva, y las joviales nupcias, con el acompañamiento de tamtams, y la prolongada serie de convidados, dos cosas que se encuentran en Pekin casi en cada esquina, contraste de reproduccion y de muerte; muerte y casamiento, estas dos grandes fases de la vida humana. Allí se ven tambien interminables filas de dromedarios procedentes de Tartaria, cargados de carbon, y miríadas de carros con las caballerías uncidas, carretones llenos de yerba y otros jéneros procedentes de la campiña circumvecina. Este populacho en reposo ó ajitado, gritando, latiendo, prorumpiendo á carcajadas ó en acres disputas; estos sonidos confusos, este estraño retintin por cuyo medio cada vendedor anuncia su jénero; la señal de los barberos que hacen resonar sus pinzas: todo esto mas bien fatiga que interesa, y en lugar de cautivar la vista ensordece los oídos.

Por las calles de Pekin se ven muchas mujeres. Las de raza china solo salen raras veces y van á pie, las de raza tártara montan á caballo casi todos los dias. Estas últimas llevan largos vestidos de seda que les caen hasta el tovillo, y fácilmente pueden reconocerse por la lonjitud de sus pies, tan desmedidos como pequeños y cortos los de las Chinas. Las mujeres tártaras se cubren la cabeza como las Chinas; y aunque su semblante es cubierto de encarnado y blanco, fácilmente se ve que tienen el tinte naturalmente mas bello que estas últimas.

No hay en el mundo policía mas bien arreglada que la de Pekin. En cada esquina, y muchas veces escalonadas en las calles largas, hay algunas barreras con una garita y un centinela, sin contar una multitud de cuerpos de guardia diseminados en todos los puntos.

1. Pagode près de Sou-tchéou.

1 Pagoda cerca de Su-Cheú.



2. Fou-hi.

2 Fu-hi.

3. Divinité Chinoise.

3 Deidad China.

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

A mas de estos vijilantes especiales, ecsiste un servicio inapercibido, que tiene la vecindad interesada en la conservacion del órden público. Por cada diez casas hay un jefe de familia obligado á vijilar por la seguridad y la policía de un cuartel. Si en las diez casas colocadas bajo su vijilancia sobreviene el menor alboroto, el decenario está obligado á irlo á avisar al cuerpo de guardia, y la fuerza armada interviene en el asunto. El servicio nocturno se hace por medio de *Watchmen* que en lugar de anunciar las horas baten por intérvalos sobre un tubo de mambú que produce un sonido áspero y agudo.

A 7 de octubre partió de Pekin lord Macartney, sin haber recojido de su mision todos los resultados comerciales y diplomáticos que esperaba. En cambio de los 2,000.000 y medio que costaba á la Compañía inglesa, llevaba la embajada algunos presentes del emperador y una carta concebida en términos poco significativos. Embarcóse á 8 de octubre en el Pei-Ho, y en todo lo largo del rio pudo observar las miserables cabañas y la pobre poblacion que circundaban á la capital china. Desde el Pei-Ho pasó al Eu-Ho, y de allí al célebre canal imperial.

Este canal es sin contradiccion una de las obras mas hermosas y útiles que hay en el globo. El Dr. Johnson decia de él que seria muy satisfactorio para un hombre, por elevada que sea su dignidad, poder decir: « Mi abuelo ha visto el canal imperial de la China. »

Comparadas á este immenso rio durmiente, nuestras vias de agua son trabajos mezquinos y sin estension. Los Chinos y los Mantchous se disputan la gloria de haberlo procreado. Los primeros dicen que es anterior á la gran muralla; los otros pretenden que solo data del siglo XIII. Sea como fuere, esta obra manifiesta mucha mas ciencia y jenio del que poseen actualmente los dos pueblos que habitan la China. Para hacer pasear este canal en un espacio de seiscientas millas de lonjitud, ha sido preciso poner en contribucion todos los mejores rios del imperio, sin debilitarlos ni desmembrar su lecho. Así es que se han hecho pequeñas presas en el Eu-Ho, en el rio amarillo y en el Yang-Tze-Kiang, de suerte que el nivel del canal permaneciese siempre á la misma altura, sin que lo modificasen la sequedad ni las inundaciones. Sin embargo, en una estension tan considerable de terreno, el agua no permanece siempre estancada, sino que tiene tambien algunas corrientes que provienen de un juego de esclusas groseras que de trecho en trecho cortan el canal.

Cuando se tuvo que ejecutar este jigantesco trabajo, debieron de presentarse grandes obstáculos para acomodar el nivel jeneral con los diferentes niveles de las demas aguas. En ciertos puntos, el terreno ha sido ahondado hasta setenta pies de profundidad; en otros se han construido en medio de estanques profundos, y en el seno de marismas inmensas y movedizas. Algunos lagos mismos han sido atravesados en un diámetro de muchas millas, en cuyo caso el agua del canal domina de tal suerte á la del lago, que casi constituye una navegacion de dos altos. De cuando en cuando aparecen en el canal imperial puentes diversos en forma y en materiales. Los unos tienen arcos góticos, otros arcos semicirculares, otros en fin arcos en forma de herradura. Algunos hay cuyos machones son tan elevados, que algunas embarcaciones de doscientas toneladas pasan bajo los arcos sin arriar sus masteleros.

Esta porcion de la China central, por donde viajaba entonces el embajador, es muy abundante de lagos, en cuyas orillas viven familias de pescadores. Su pesca se hace con *Leu-Tzes*, ó filocróeoras pescadores (*pelicanus sinesis*). Por la mañana se toman diez á doce de estos leu-tzes cuando están en ayunas, y los colocan sobre una armadía de mambú; cuando llega al punto conveniente, el pescador deja zambullir una ó dos de estas aves, y les quita el pescado del pico, cuando se manifiestan á flor de agua. Estos leu-tzes, cuyo volúmen no escede al de un ánade, cojen á menudo pescados que pesan tanto como ellos. Cuando los leu-tzes son fatigados, se les da á comer el pescado menudo como recompensa, y se mandan otros dos en busca de peces. Los lagos en que se practica esta pesca, están cubiertos de millares de góndolas y armadías.

A la otra parte de los lagos empieza la mas bella zona de la rejion china, atestada de templos, de aldeas, de ciudades y de monumentos. En la campiña todo estaba cubierto de trigo y de algodon; sus collados mismos estaban cultivados hasta su cima, terminada por bosquecillos de árboles. Cada casa tenia su jardin y su huerta, con todo linaje de flores y de frutos.

Aprocsimábase la embajada al rio amarillo, y, cual para preparar la vista á sus dimensiones, abríase el canal imperial en una anchura de mil pies, orillado de malecones y muelles de mampostería de mármol y de granito. Antes de atravesar la rápida corriente del rio, los marineros chinos quisieron hacer su sacrificio habitual al jenio de sus aguas, desollando volatería, cerdos y ánades á bordo de los yachts de la embajada, y colocando las víctimas en el castillo de proa, al lado de al-

gunas copas y platos cargados de varios manjares. A una señal dada por los gongs, el capitan tomó las copas, las vació una tras otra en el rio, é hizo traer los platos á la cocina de la tripulacion. Algunos cohetes y petardos anunciaron la consumacion del sacrificio.

Los yachts, entrados sin obstáculo en el canal, atravesaron sucesivamente Saupon, Yang-Tchou y Seou-Tcheou, situadas todas tres en el Yang-Tze-Kiang. Esta última es la ciudad del gusto y de la moda, que suministra á los serrallos de los opulentos Chinos las mujeres mas seductoras y mejor educadas.

Despues del Yang-Tze-Kiang, la embajada recorrió el Che-Kiang cuya capital Hang-Tcheou está situada sobre las orillas del lago Si-Hou. Esta es el célebre Kinsai de Marco Polo, la capital de la China de los Song ó China meridional. Allende esta ciudad, mostróse la campiña menos descubierta y despejada; las ciudades eran mas raras, pero una multitud de burgos, de aldeas y de cabañas guarnecian las alturas. En breve el árbol de té, que hasta entonces no observara la embajada en plantacion, fué menos raro de dia en dia, y de hora en hora.

Dos ó tres veces fué preciso salvar una parte de la distancia por tierra, para lo cual se suministraron caballos ó sillas de mambú. De esta suerte se llegó, ora por agua, ora por tierra, á la rejion bañada por el lago Poyan, la mas triste, la mas desierta, la mas desolada de toda la China. Era en realidad un infierno; mas á sus puertas habia el paraíso. En breve se desarrolló ante los viajeros el Kiang-Si con su campiña poblada como una ciudad, sus innumerables manufacturas, sus templos, sus casas de recreo y sus palacios. Tras ella venia la provincia de Canton, cuyo límite se halla en el cúspide de la montaña de Melin.

Hasta entonces la embajada habia sido tratada con respetuosa civilidad por todas las clases de los Chinos; mas al entrar en la provincia de Canton, tuvo que sufrir las injurias de los aldeanos que salian espresamente de sus chozas para insultarla. En vano se interpusieron los mandarines encargados de escoltar al lord Macartney para impedir semejantes escenas, puesto que redoblaron su violencia á medida que fueron aproximándose á la ciudad de Canton. «Diablos de estranjeros! Demonios de estranjeros!» gritaban por todo el camino. Los Ingleses tuvieron que conformarse.

Entonces navegaban por el Tigre, y en cada lado se les manifestaban nuevos puntos de vista; aquí un peñasco de 700 pies de altura que parecia desplomarse al rio; allí un templo dedicado á la diosa Pousa y poblado de anacoretas. A derecha é izquierda sucedíanse bellas plantaciones de arroz, de azúcar y de tabaco.

Finalmente, á 11 de diciembre, despues de 63 dias de camino al través del vasto imperio, lord Macartney hizo su entrada en Canton en medio de muchos yachts de recreo que enviara la factoría ante él. El virey de la provincia lo recibió el propio dia en audiencia solemne. Esta embajada habia sido en todo el camino costeada por el emperador, y, segun la misma cuenta de los mandarines que la escoltaban, debia hacer salir del tesoro imperial cerca 4,000.000 de francos.

La embajada inglesa escitó la rivalidad de la Holanda, que igualmente quiso probar fortuna en Pekin, enviando al año siguiente, 1794, dos embajadores, Isaac Tsiatsing y Van-Braam. Estos delegados atravesaron toda la China para dirijirse á la capital, adonde llegaron estenuados, á causa del ningun preparativo que se hiciera para suavizarles el camino. Allí, sea que se empezase á esperimentar la demasiada frecuencia ó coste de las visitas de esta naturaleza, sea que la nacion holandesa no pareciese tan útil como la Inglaterra, el emperador no hizo grandes gastos de representacion para los recien venidos. Alojóseles bastante mal, alimentóseles con poco cuidado y pocas miras, y al llegar el dia de la audiencia, tuvieron que espiar con reiteradas prosternaciones la irrespetuosa pertinacia de los Ingleses. Cierto dia se llegó á hacerles arrodillar y tocar nueve veces la tierra con sus frentes ante unos víveres que les ofrecia el emperador procedentes de su mesa; otras veces se repitió la misma reverencia ante un paquete de uvas secas y ante un poco de pastelería, que salia de las cocinas imperiales. A las tres de la mañana, con un frio muy intenso, cuando el emperador se dirijia al templo, despertaban á aquellos pobres diablos paraque formasen parte de la comitiva y se prosternasen de nuevo. Finalmente, la vida de aquellos delegados de Holanda no fué en Pekin mas que un estudio de ko-tous ó adoraciones. En el decurso de los 36 dias que pasaran en la capital, habian hecho tales progresos, que el emperador les cumplimentó por ello. Iba esto de buena fé ó por ironía? Por lo demas, esta embajada, destinada enteramente á entablar tratados comerciales, no dejó á los delegados una sola ocasion de hablar de este asunto; tan fácilmente sabian divertirlos con ceremoniales y etiqueta. El emperador publicó que venian de Batavia para felicitarle y rendirle homenaje, y esto fué todo lo que sacó la Holanda de sus dilijencias.

Debemos decir sin embargo que no fueron mas felices los Ingleses en 1814, cuando lord Amherst remontó el Pei-Ho. Este embajador británico, no habiendo querido someterse á la

ceremonia del ko-tou, no quisieron recibirlo siquiera en audiencia solemne, y algunas horas despues de su llegada le espidieron la órden de partir.

Desde entonces, ninguna mision diplomática ha tenido permiso para penetrar en la capital china. Amedrentado mas y mas de la posicion comercial que tomaban los Europeos en Canton, el emperador no ha querido que la influencia obrase á la vez en el centro y en la circumferencia, por cuyo motivo ha cerrado su capital á las embajadas estranjeras. La única escursion interesante que se haya verificado tiene una data muy reciente. En 1832, un buque de la Compañía de las Indias, el *lord Amherst*, que llevaba á su bordo á M. Lindsai y al Rdo. M. Gutzlaff, esploró los puertos de la China septentrional. El *lord Amherst* fondeó en Canton, y en seguida en Emouy en la provincia de Fo-Kien, donde desembarcaron MM. Lindsai y Gutzlaff, apesar de la resistencia de las autoridades indijenas. Como entrambos poseian el chino, iniciáronse completamente en los usos y costumbres del país.

Habiendo continuado su rumbo, surjieron ante una isla denominada Ki-Tan, donde residia el almirante chino, Tsung-Ping, ó Wan-Tahin. Hé aquí como Mr. Lindsai da cuenta de su entrevista con ese dignitario. «El almirante fué recibido á bordo del *lord Amherst* con los respetos debidos á su rango, y saludado con tres cañonazos; mas parece que las ideas que habia podido adquirir sobre el carácter de los pueblos estranjeros no le daban la opinion necesaria de mucha civilidad con nosotros. «De donde venís? Cual es vuestro país? Cual es vuestro objeto? Salid inmediatamente, etc.» Tales fueron sus primeras palabras, proferidas sin interrupcion. Empezaba yo á responder, cuando S. E. se dirijió vivamente hácia M. Gutzlaff, y le dijo: «Sois Chinos?» M. Gutzlaff hizo una respuesta negativa y le suplicó que se quitase el gorro para ver si llevaba cola. Verificado esto, repuso: «No, ya veo que sois Portugueses.» Declaréle que la embarcacion era inglesa, aserto que acojió con la incredulidad mas completa, diciendo: «He vivido en Macao y conozco á los bárbaros. Vuestro buque es de Macao.» Yo repliqué que era muy estraño que S. E. me acusase de tal impostura, siendo así que éramos muy Ingleses, como tambien el buque, apesar de lo que podia haber conocido y aprendido en Macao.» Entonces tomé un lapiz y escribí en un pedazo de papel: *Ta-Ying-Kawo* (la Gran Bretaña) es mi país, y se lo puse en la mano. Al recibirlo echó una desdeñosa carcajada y esclamó: «Qué absurdo tan solemne! la gran nacion inglesa! la pequeña nacion es lo que debeis decir! vosotros me vendeis embustes.» Hasta aquel momento, permaneciera perfectamente dueño de mí mismo, contestando civilmente á sus observaciones injuriosas; mas debo confesar que la tosquedad de estas últimas espresiones triunfó enteramente de mis disposiciones pacíficas. Arranquéle de las manos el papel que continuamente escitaba su diversion, y tomándole del brazo, le dije: «Ya que solo habeis venido á bordo de mi buque para insultar á mi nacion (*Ta-Ying-Kawo*) y á mí mismo, insisto en que salgais inmediatamente.» En seguida, añadiendo la accion á las palabras, iba á impelerle para hacerle salir del camarote. Entonces vió S. E. que habia dicho demasiado, y empezó á justificarse. «Os suplico que disimuleis; mi intencion no era de ofenderos; sabeis muy bien que ecsiste el *Ta-Se-Ying*, y el *Leaon-Se-Yang* (la primera de estas denominaciones se aplica al Portugal y la segunda á Goa); yo pensaba que habia tambien el *Ta-Ying-Kwo* y el *Leaon-Yang-Kwo;* reconozco mi falta, y os suplico que la disimuleis.» Esta injeniosa apolojía fué acompañada de muchas reverencias y demostraciones tan humildes como insolentes fueran antes. Permaneció largo tiempo á bordo; pero sus maneras y su conducta fueron tan estrañas, que nos dieron á sospechar que su juicio no era perfectamente sano, sospecha en que nos confirmaron los oficiales de su comitiva.

Desde la isla de Ki-Tan, donde nuestros viajeros entablaron algunas relaciones con los naturales, el *lord Amherst* remontó la costa hasta la altura de Fou-cho-Fou, donde residia el gobernador jeneral de la provincia de Che-Kiang. Apesar de todos los obstáculos y de todas las negativas, los dos intrépidos Ingleses llegaron hasta á aquella ciudad, y preguntaron por el virey. Fundados en indicaciones bastante precisas, se encaminaron á su palacio, pero en vano pidieron que les presentasen. Llegaban aun á quererles obligar que fuesen á dormir en un batel, mansion habitual de los Chinos de la ínfima clase, cuando la firmeza y enerjía de MM. Lindsai y Gutzlaff les hicieron cambiar de tono. Parece que es este uno de los rasgos distintivos del carácter indijena. «Es muy digno de notar, dice M. Lindsai, que desde el momento en que despreciámos su autoridad, la actitud de la mayor parte de los mandarines que se manifestaban al principio indiferentes, pasó á ser mas amigable, y el tono del mismo Wanhang, antes tan insultante y desdeñoso, tomó la forma del raciocinio y de la persuasion. Es este un hecho tan singular y tan contrario á los principios jenerales de la naturaleza humana, que su realidad solo puede ser demostrada por la esperiencia; pero en todos los casos en que se trata de negocios mas ó menos importantes, muy po-

co ó nada se obtiene del gobierno chino ó de sus oficiales, por medio de súplicas humildes y razones conciliadoras; al paso que, si se muda de tono, al momento se obtiene el objeto de su demanda, y lo que es aun mas estraño, es que parece manifestar desde entonces mejores deseos y cordialidad.»

Desde el primero hasta el último dia de su estacion en el Fou-chou-Fou, fué preciso que el *lord Amherst* estuviese en vijilancia contra los Rusos activos ó la bellaquería dilatoria de los mercaderes de la ciudad. Cierto dia se vió obligado el buque á dejar su puesto en la rada para venir al puerto á imponer á los aduaneros del virey. La acojida que se le hizo en Ninj-Ho fué mas ceremoniosa y mas cortés; pero se reprodujeron en las transacciones las mismas imposibilidades. Vanamente M. Lindsai y Gutzlaff ponderaron ante la multitud las ventajas que debian resultar de comunicaciones mas frecuentes y mas fáciles; los mandarines objetaron las leyes fundamentales del imperio y la formal prohibicion del emperador. En Shang-He, en el Kiang-Sou, las autoridades opusieron tal resistencia que para obtener justicia y proteccion, los Ingleses se vieron obligados á derribar las puertas del palacio del gobernador. Finalmente, despues de una escala sobre las costas de la Corea, el *lord Amherst* regresó á Macao á fines de 1832. Los atrevidos viajeros que dirijian esta empresa colijen de sus diversas tentativas que la antigua antipatía del pueblo chino para con los estranjeros, ó mas bien *los bárbaros*, segun la significacion ecsacta del nombre que se les da, comienza á ser reemplazada, aun en las provincias mas atrasadas, por el deseo y la necesidad de entablar entre sí relaciones comerciales provechosas á los intereses nacionales. La política de los emperadores es el único obstáculo que se opone al desarrollo de semejantes relaciones; pero es imposible que esta política pueda sostener por largo tiempo el choque del espíritu civilizador y del progreso industrial que rejeneran gradualmente las sociedades humanas.

CAPÍTULO XXXVIII.

CHINA. — RESÚMEN. — HISTORIA NATURAL, GOBIERNO, RELIJION, USOS, COSTUMBRES, LEYES, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

La jeografía de la China es un trabajo tan vago por la contradiccion de los datos, y tan jigantesco por sus proporciones, que apenas serian suficientes muchos volúmenes para discutirla y establecerla. Como puede reconocerse efectivamente en medio de 1.572 ciudades, 2.796 templos, 3.158 puentes, 10.809 edificios, ó bien entre 765 lagos y 14.605 montañas nombradas por los autores chinos? Su historia natural, determinada en algunos hechos, no es menos dudosa en otros, y en jeneral muy incompleta.

En una estension que se prolonga entre los 69° y los 141° lonj. E. y los 18° y los 51° lat. N., en medio de todos los accidentes de terreno imajinables, con comarcas montuosas y valles inundados, estepas y marismas, llanuras fecundas y collados productivos, rebosando de brazos, surcada de canales, la China debe producir cuanto se quiera, y pocas deben de ser las variedades de árboles y de plantas que escapen á su vasta nomenclatura.

La agricultura es honrada en China desde tiempo immemorial, y en cierta época del año se celebra una fiesta en la que el emperador dirije un arado y traza un surco por sí mismo. Algunos testigos oculares nos han transmitido una poética descripcion de esta solemnidad. El dia 15 de la primera luna, el emperador se dirije con los príncipes de su familia y los principales dignitarios del estado al campo designado para la ceremonia, en cuyo rededor se hallan agrupados los labradores de la provincia que concurren á la fiesta. Entrado el emperador en el campo, se prosterna y apoya nueve veces la cabeza contra tierra para adorar *el Tien*, el dios del cielo; profiere en alta voz una súplica, é immola un buey que ofrece al soberano de todos los bienes. Entonces se presenta el arado con una magnífica yunta de bueyes. El soberano coje su estera, aguija los bueyes y abre su surco; los príncipes continuan haciendo lugar á los mandarines, y estos dejan á los labradores el cuidado de terminar la faena. En todo el imperio y en el propio dia, los vireyes ejecutan la misma ceremonia en nombre del emperador. Las sementeras se celebran con la misma pompa, los mismos actores y los mismos testigos. Sin embargo, debemos añadir que otros viajeros han visto las cosas bajo un aspecto menos risueño. Segun estos, la agricultura china está mucho mas atrasada de lo que se cree en Europa. De ahí sin duda proceden estas hambres que de tiempo en tiempo diezman la poblacion del imperio. En un país que desprecia el auxilio de los graneros estranjeros, fácilmente se concibe cuan terribles resultados debe producir una trabacuenta en las cosechas.

A mas de todos los animales domésticos de Europa, se halla en China el camello, que es pequeño y dejenerado. En sus selvas se hallan el elefante, el rinoceronte unicornio, el leon sin melena, el tigre, los monos y el piteca, que imita los jestos y hasta la sonrisa del hombre, el ciervo, el javalí, el zorro y una multitud de

otros animales. Abunda la volatería, especialmente los ánades. Entre las aves se distinguen el faisan dorado y arjentado, la cerceta y el pájaro pescador. El dorado chino, ornamento de las ensenadas del país, ha sido transportado á Europa, donde sirve para el mismo uso.

La China contiene minas de plata, poco esplotadas. El oro se estrae de las arenas que arrastran algunos rios. El *toutenaque* es un metal que pertenece esclusivamente á la China con cuya sustancia blanquecina los naturales hacen vasos y candelabros. El cobre amarillo sirve para fabricar la pequeña moneda que tiene curso en el imperio. Tambien se encuentran en abundancia el mercurio y el arsénico sulfurado. Entre las piedras preciosas se distinguen el lapis lazoli, el jaspe, el cristal de roca, el jade ñefrítico, el iman, el granito, el pórfido y diferentes mármoles, entre los cuales hay un mármol negro muy sonoro al que los viajeros han aplicado el nombre de *piedra musical*. Las tres sustancias que entran en la composicion de la porcelana de China son el *pe-tun-tse*, un feldespato laminar blanquecino; el *kao-lin*, un feldespato greniforme, y el *che-kao*, ó la barita sulfatada.

El gobierno chino es una especie de absolutismo templado por el derecho de representacion otorgado á ciertas clases de majistrados. El poder supremo es ejercido esclusivamente por el emperador que toma el título de Hijo del Cielo. La corona es hereditaria y la sucesion fijada desde largo tiempo en la línea masculina; mas no se observa siempre el órden de primojenitura. La aristocracía no se conoce en China, si por este nombre se entiende una nobleza continuada por via hereditaria, perpetuando los empleos y los honores dentro un número limitado de familias patricias. Con todo, ecsiste una aristocracía flotante, compuesta, no como se ha creído hasta aquí, conforme al capricho imperial, sino segun reglas fijas y una respetada jerarquía. Tal es la aristocracía de los mandarines letrados que se recluta por medio de los ecsámenes y de los concursos. Los jóvenes de todas condiciones son admitidos indistintamente á presentarse para el tercer grado literario. Los que han podido obtenerlo dispútanse entre sí el segundo grado, que da entrada á las funciones públicas. Desde el grado segundo se puede, con un talento superior, elevarse al primero, y de allí á los cargos mas elevados. Esta institucion de los letrados remonta hasta el siglo séptimo, desde cuya época ha logrado perpetuarse apesar de la invasion y de la conquista. A fuerza de neutralizar el espíritu guerrero, tal vez ha abierto la China á los Tártaros nomadas; pero tambien se le debe la civilizacion de los vencedores y haberlos dominado al espíritu local en vez de sufrir el suyo; se le debe igualmente esta prolongada sucesion de siglos tranquilos, este órden interior, este respeto de las masas al órden de cosas establecido, esta profunda obediencia á las antiguas leyes. El privilejio concedido al mérito y no al nacimiento, constituye la base del gobierno chino. En aquel país no hay ningun título hereditario mas que para los príncipes de la familia imperial y para los descendientes de Confucio, de Mencio y de Lao-Kium.

La jerarquía militar, que produce los mandarines de guerra, es asimismo el resultado de un concurso, en el cual, en lugar de dar pruebas de una capacidad intelectual, debe manifestarse aptitud guerrera, fuerza y destreza en los ejercicios del cuerpo. Los grados militares son por lo demás muy inferiores á los grados letrados. Los mandarines letrados llegan á 14.000 en toda la estension del imperio, desde el primero hasta el último órden, todos caracterizados por los botones del vestido. Los respetos del pueblo y los favores del soberano son para ellos. Los mandarines de guerra, de los cuales se cuentan hasta 20.000, son dignitarios subalternos, obedecidos de sus soldados, pero con menor influencia directa sobre los demas habitantes.

La administracion de las provincias chinas está dividida entre muchos oficiales que deben dirijir á la corte los asuntos pendientes entre sí. El gobernador jeneral, que los Europeos llaman virey, tiene casi siempre dos provincias bajo su dependencia. Hay además un intendente de provincia, un superintendente del despacho, un director de hacienda, un juez criminal y dos intendentes, el uno para las salinas y el otro para los graneros públicos. El departamento, el distrito, la comarca tienen cada uno majistrados particulares que acumulan funciones administrativas y judiciales. El emperador nombra para todos estos empleos, sobre una lista de candidatos en número triple de la de los vacantes. Los partes y los decretos oficiales del soberano son impresos en la *Gaceta de Pekin*, y repetidos en seguida por las gacetas provinciales. Cuando estos decretos tocan algunos intereses ó escitan algunas oposiciones, el emperador entra en una polémica oficial acerca los motivos que han determinado su resolucion. La cosa va á veces tan lejos, que en tiempo de plaga, como hambre, peste, terremoto, el jefe del estado se constituye responsable de ello ante sus súbditos; se acusa de haber irritado al cielo con el desprecio de sus deberes, y anuncia que va á conjurarlo con ayunos, retiros y rogativas estraordinarias.

El emperador es el jefe supremo de la admi-

nistracion y del ejército. Las fuerzas militares de que puede disponer han sido objeto de diversos cálculos. Barrow habla de 2,000.000 de soldados; los misioneros, de 1,400.000; Malte-Brun, de 500.000; mas el mas verdadero de todos estos cálculos parece ser el del viajero ruso Timkowski que divide las tropas regladas en cuatro cuerpos: el primero, fuerte de 67.000 hombres y compuesto de Mantchous, la flor del ejército, que disfruta de enormes privilejios; el segundo, compuesto de 15.000 Mogoles; el tercero, de 27.000 Chinos; finalmente, el cuarto y el mas numeroso, de 500.000 hombres, igualmente Chinos. La diferencia que ecsiste entre estos dos últimos cuerpos, es que los projenitores de los primeros se juntaron á los Mantchous desde los primeros dias de su invasion y los ayudaron en la conquista, mientras que los segundos se batieron por su nacionalidad. Los batallones escojidos se hallan comunmente en la capital ó en los alrededores; los demas son diseminados en el seno de las 2.000 plazas fortificadas del imperio. Con las milicias móviles, cuyo número se eleva á 125.000 hombres, la fuerza total del ejército asciende á 740.000 soldados, entre los cuales hay 175.000 jinetes. Ecsiste ademas, como ausiliar independiente, una caballería mogola, cuya organizacion recuerda la de los Cosacos del Don y del Oural. Su número se calcula en 500.000 hombres.

Casi todos los soldados chinos son casados, y sus hijos, que están inscritos desde el dia de su nacimiento en los cuadros de los cuerpos, sirven tambien para ser reclutados. A mas de sus armas, un caballo, una casa y cierta porcion de arroz, cada soldado de los tres primeros cuerpos goza un sueldo mensual de 3 ó 4 lanes (24 á 32 francos). Con este dinero debe vestirse, y como lo hace á su guisa y á sus espensas, resulta que los cuerpos no ofrecen en el traje la menor uniformidad. Los unos traen casacas azules bordadas de encarnado, ó negras bordadas de amarillo; los otros, grandes pantalones, ó calzones con botas: aquí se ven arqueros con sus largos vestidos de algodon guarnecidos de pequeñas borlas y retenidos en el medio con un talabarte; allí fusileros con su casco de carton ó de cuero, cuyos lados caen sobre las mejillas y los hombros (Pl. XXXVII. — 5).

El cuarto cuerpo, el de 500.000 hombres, recibe algunas porciones de terreno que cultiva. Como ofrece un recurso contra el hambre, su reclutamiento se hace del modo mas fácil, y los desgraciados solicitan con ahinco el favor de ser inscritos en sus cuadros.

De todos los batallones chinos, casi no hay mas que la caballería que desplegue fuerza y continente. La infantería, armada con malos fusiles de mecha, carece de enerjía y de disciplina; la artillería, que todavía se halla en su infancia, casi tiene miedo á sus propios cañones. La manutencion del ejército asciende, segun Timkowski, á 87,400.000 lanes, equivalentes á 699,300.000 francos.

Se ha hablado mucho de las leyes chinas y de su estabilidad. Sea cual fuere la opinion que pueda tenerse bajo el punto de vista filosófico, es innegable que están apropiadas maravillosamente á la política del país y al temperamento indíjena. Hay buenos reglamentos de policía, dice Malte-Brun, acompañados de buenos reglamentos de moral. El emperador respeta estas leyes, porque son un escelente instrumento de despotismo directo ó indirecto. Los mandarines no tienen interés alguno en cambiarlas; porque por su medio esplotan la obediencia popular, contando con el emperador. Sin embargo, hay algunos tribunales adonde, en cuanto á la forma, pueden dirijirse quejas contra un superior. Pero tambien se tiene la certidumbre de que este atrevimiento será castigado. Entre los gobernantes no hay desunion alguna, porque el látigo imperial es quien nivela las pretensiones y comprime las disensiones; no hay resistencia en el pueblo, porque es no menos astuto que cobarde, y con la astucia domina casi á todos sus amos. Es verdad que lo roban, pero tambien se le permite robar, como efectivamente lo hace de mil maneras. Se administra mal la justicia; pero solamente hácia aquellos que son bastante ridículos para no pagarla. Así que, el rico está contento, y el pobre está contenido. Los desgraciados que se hallan en vísperas de morir de hambre, se hacen bandidos ó piratas. Si no son bastante fuertes y se dejan cojer, los ahorcan; pero si resisten y hacen frente al emperador, se entablan relaciones con ellos y los atraen á la causa del órden con empleos de mandarines. Asimismo se verifica, bien que únicamente con funciones subalternas, en los países de nuestra Europa donde la policía recluta sus ajentes entre los forzados.

Por otra parte la educacion, las costumbres y el ceremonial de la vida ordinaria acostumbran desde su tierna edad al Chino á la obediencia, y no da un solo paso sin hacer alguna reverencia, cumplimiento ó servidumbre cualquiera. El orgullo natural es anulado por el roce social. Otro secreto de la política china, una de las causas mas influyentes de su inmutabilidad es, apenas creíble, su sistema pasigráfico, que prohibe á la lengua escrita reproducir por grupos alfabéticos las consonancias de la lengua hablada. «Colocad las ideas fundamentales, ó jeneralmente necesarias, dice Malte-Brun, en un órden cualquiera; clasificad bajo estas ideas-madres todas las demás ideas

que os suministre la lengua vulgar ó que se presenten á vuestro juicio; dad á cada idea-madre un solo signo representativo, pero que este signo sea arbitrario ó informe; que estos signos, como otras tantas llaves verdaderas de vuestra lengua, sean la base constante de los signos igualmente abstractos y arbitrarios que denoten las ideas subordinadas, y tendreis formada enteramente la lengua sabia de la China. Sus llaves, en número de 214, y sus otros signos derivados, en número de mas de 80.000, no denotan palabras, sino ideas; solo se dirijen á la vista y á la memoria: la imajinacion no es escitada por estos signos arbitrarios, y la voz no puede esprimir su centésima parte. La belleza de un poema chino consiste en no poder ser espresado por la declamacion; y los grandes sabios del país disputan entre sí trazando al aire con sus abanicos carácteres que no corresponden á ningun término de la lengua hablada.»

La lengua china hablada se compone de monosílabos, y apenas contiene 350 voces diferentes para un oido europeo; pero con el ausilio de algunas inflecsiones de voz, los Chinos distinguen un número infinitamente mayor. Así que, segun las entonaciones, la palabra *tchoun* puede significar amo, cerdo, cocina, columna, liberal, preparar, mujer vieja, esclavo, prisionero. Otras veces el sonido es semejante, pero espresa muchas ideas; *pe* breve, por ejemplo, quiere decir norte, blanco, ciprés, ciento, y muchas otras cosas. La sintaxis es ademas una indijencia verdaderamente bárbara: como carece de declinaciones y conjugaciones, reemplaza á unas y otras por medio de circumlocuciones pueriles. La lengua sabia, despreciando tales socorros, acumula voces, suponiendo sus relaciones. Para espresar que el mar no tiene límites, escribe: *mar ningun límite*. Seca, obscura, atrasada, esta lengua tiene un carácter evidente de antigüedad, y parece ser el tronco del tibetano y del anamítico.

La influencia de esta pasigrafía sobre la política de la comarca es mayor de lo que pudiera creerse, puesto que perpetúa la infancia de los pueblos, y hace á las ideas de un órden elevado superiores á su ecsámen. La lengua hablada, puesta en un estado de inferioridad, no participa de los progresos que se hacen en otra esfera; y la lengua escrita, limitada en sus signos convencionales, con dificultad encuentra fórmulas para ideas é impresiones nuevas.

Tambien se ha ecsajerado siempre la suma de los conocimientos literarios y científicos de los Chinos. Antes de penetrar los Europeos en su territorio, ignoraban completamente las ciencias matemáticas y las artes que de ellas dependen. Sus observaciones astronómicas carecian de ecsactitud y de precision, y solo por medio de mas seguros procedimientos y tras una serie de esperiencias, consiguieron nuestros misioneros fundarse en el país cierta importancia como astrónomos y físicos. Desde entonces, encargados de todos los trabajos de esta naturaleza, elevaron la ciencia china casi al nivel de la de Europa. Este progreso fué tan verdaderamente el resultado de una importacion estranjera, que la proscripcion de los relijiosos arrastró una decadencia completa de los conocimientos alquiridos. Cuando pasó á Pekin la embajada inglesa, el presidente chino del tribunal de matemáticas suplicó á Barrow y al Dr. Dwinddie que le ausiliasen en los cálculos astronómicos del almanaque nacional. Hasta entonces se habia servido del *Conocimiento de los tiempos* que le enviaron de Paris; pero como la revolucion francesa suspendiera toda comunicacion, habia tenido que suplirse con las simples fórmulas locales, que esponian los resultados á los lances del azar. En consecuencia el presidente aceptó con mucha satisfaccion una coleccion de almanaques náuticos pertenecientes al Dr. Dwinddie, y calculados para el meridiano de Greenwich hasta el año 1800.

No están mas adelantadas en China las demas ciencias. El estado de las artes en aquel imperio puede juzgarse aun en Europa: lo estraño es lo agradable; arquitectura, pintura, escultura, todo es fantástico y monstruoso. Dos solos descubrimientos, aunque imperfectos, parecen pertenecerles; la de la impresion sobre planchas grabadas, bien que no móviles, y el de la brújula. La polaridad del iman era efectivamente conocida de los Chinos del tiempo de Marco Polo, y, quien sabe si este viajero lo reveló á algun compatriota, no siendo el inventor europeo mas que un plajiaro!

La navegacion es sumamente miserable y atrasada. Los buques consisten en máquinas enormes, algunas de las cuales llevan hasta 1.000 toneladas. Los dos castillos, sumamente elevados, sirven para retardar su marcha. Incapaces de elevarse de una costa donde el viento los aterra, sus juncos naufragan con frecuencia. De 100 buques, los 50 perecen en las travesías. Sus áncoras son de madera. Ignorando nuestros instrumentos de precision, dirijense los pilotos por las alturas de tierras, y por la posicion de los astros cuando han perdido de vista la costa. De todas sus embarcaciones los champanes son las mas lindas, las mas graciosas y las mas aseadas. Las pintan con un hermoso barniz amarillo, y fabrican sus velas con esteras muy apreciables.

Las cuerdas de alaje son de corteza de mambú. Las artes mecánicas son las únicas que han alcanzado en el imperio una importancia y una perfeccion relativas. Las manufacturas de tejidos, de porcelana, de laca, y las demas industrias sedentarias, manifiestan en los naturales la paciencia mas injeniosa.

Hemos visto en que consistian los monumentos de los Chinos. Su literatura es muy poco apreciable, aun en la actualidad en que circulan por Europa traducciones de obras chinas. Tienen libros impresos, especialmente en Pekin, donde hormiguean las bibliotecas imperiales, y en las provincias, sea en el seno de los establecimientos públicos, sea entre los letrados. Entre otras obras, posee la China una enciclopedia en 64 tomos, redactada por Vang-hong-Chan, escritor distinguido que vivia por los años de 1600, casi á la misma época en que llegaron á China los misioneros En este trabajo Vang-hong-Chan habia sido ayudado por su hijo. En medio de las singularidades que contiene este libro, se nota una citacion acerca los mosquetes europeos. La clasificacion de materias, muy estraña del principio al fin, no tiene tanta analojía como se cree con la nomenclatura de d'Alembert y de Diderot. Hé aquí el método que observó el sabio chino: 1° Astronomía; 2° Jeografía; 3° Retratos de los personajes notables y de las diferentes tribus de cada rejion; 4° Misterio del gran ciclo y del Pa-Koua; 5° Arquitectura; 6° Muebles é instrumentos de guerra, de agricultura, de jardinería y de pesca; 7° Anatomía; 8° Trajes; 9° Juego de ajedrez y otros juegos; 10 Antiguos caractéres chinos; 11 Botánica ó historia natural de las diferentes comarcas; 12 Arte de esgrima y de hacer armas; 13 Arte del leñador; 14 Danza; 15 Diversos medios de conservar la salud y de prolongar la vida; 16 Combates de gallos y de toros; 17 Monedas y piezas de plata grabadas.

La poesía es el gran recreo de los letrados, y muchos grandes emperadores han hecho sus estudios en este jénero. Kiang-Loung ha sido clasificado en el número de los primeros versificadores de su imperio. Su retazo mas popular consiste en una oda sobre el té que ha sido pintada en todas las teteras del reino. He aquí como empieza esta melopea china: « En un fuego lento, colocad un vaso con un trípode; llenadlo de agua de nieve bien clara; hacedla hervir tan largo tiempo como fuera preciso para hacer blanco el pescado y encarnados los cangrejos. »

Sin embargo las obras de filosofía son mas estimadas que las elocubraciones poéticas. Los preceptos de Confucio, filosofía de los Chinos, están formulados en sentencias breves, imperativas, obscuras en el dogma, pero claras en la parte moral y destituídas de toda duda acerca de la naturaleza de los deberes civiles y relijiosos, como por ejemplo la siguiente: « Hay tres virtudes radicales: la prudencia para discernir; la benevolencia universal para ser útil; el valor para sostener. »

Estos códigos de Confucio parecen constituir la relijion de las clases ilustradas de la China. Antes de aquel filósofo, el culto indíjena era una especie de panteísmo filosófico. Créese que en antigüedad muy remota, la ecsistencia de un Dios remunerador no estaba escluída de ella, y diversos pasajes de Confucio inducen á creer que este sabio admitia igualmente este dogma. Pero el sentido vago y obscuro de sus definiciones y sus principios de moral natural y de armonía jeneral, lo han constituído despues en un verdadero espinosismo, mezclado de materialismo y de ateísmo. El culto puramente civil tributado al cielo, á los jenios de la tierra, de los astros, de las montañas y de los rios, como tambien á las almas de los antepasados, es en su concepto una institucion social sin consecuencia. Este culto no tiene imájenes ni sacerdotes; cada majistrado lo practica en la esfera de sus funciones, y el emperador mismo es su patriarca. Confucio es figurado en estos templos por un simple retablo, ante el cual se queman perfumes, incienzos, antorchas de palo de sándalo y papel dorado. La secta de los Tao-Tzee admite ideas y prácticas que se aproximan al epicureísmo. Los fundadores de este partido gustan de la vida contemplativa, pero admiten la astrolojía y la majia.

Cuéntanse en China 1.500 templos consagrados á Confucio, y se calcula que en todos los sacrificios que se le dirijen en la primavera y hácia el otoño, se inmolan 27.000 cerdos, 2.800 carneros, 2.800 gamos y 27.000 conejos. Los presentes consisten en 27.000 piezas de seda.

El culto de Confucio y el de los Tao-Tzee, sobrado abstractos para el pueblo, nunca penetrará en sus filas. En cambio, la multitud adoptó bajo el nombre de culto de Fô, el bouddhismo indiano desde el momento en que se manifestó en China. Hemos visto ya en que consiste esta relijion actualmente esparcida por toda la comarca.

Lo que resta que decir sobre los indíjenas del vasto imperio chino, se limita á algunos olvidados rasgos y algunos pormenores de costumbres domésticas.

La vida retirada de las mujeres no se estiende hasta las aldeanas que á menudo dirijen el arado y se dedican á los trabajos mas mecánicos; pero se observa con todo rigor en las clases elevadas donde reinan la etiqueta cere-

monioso y una especie de jerarquía de familia. La única virtud que en todos tiempos ha servido de tema á los ecsajerados admiradores de la civilizacion china, consiste en un respeto filial que llega hasta el absurdo. En China, como antiguamente en Roma (1), un padre puede vender á su hijo como esclavo, y, sea por capricho, sea por indijencia, usan con bastante frecuencia de este derecho. Las mozas en especial son casi siempre objeto de un mercado entre los padres y el novio. Lo mas singular es que este último compra sin ver. No es libre de reclamar el negocio mas que en el momento decisivo. Cuando el coche que conduce á la desposada en casa de su marido llega ante el domicilio de este último, le dan la llave de la portecilla y la vuelven á casa de sus padres. Unicamente los presentes y el precio del mercado en este caso no son restituídos al novio.

La comitiva de las desposadas chinas, acompañada de música y de cantos joviales, es bastante parecida á lo que se practicaba entre los Griegos, cuando la jóven esposa se paseaba por la ciudad sentada sobre un carro magnífico. La única diferencia está en que la esposa china es invisible para la multitud, al paso que la esposa griega era el blanco de miradas ávidas y curiosas.

La poligamia está autorizada en China como en todos los países donde se consideran las mujeres como una mercancía; pero para la parte de los naturales, que apenas tienen de que alimentar una sola mujer y los hijos que de ella nacen, esta tolerancia nunca dejenera en abuso. Los grandes oficiales del estado son los únicos que tienen harems poblados de seis, ocho ó diez mujeres cada uno, segun sus gastos ó recursos. El serrallo del emperador está surtido magníficamente; cada tres años, el gracioso soberano pasa revista de todas las hijas de los oficiales tártaros y de las personas de distincion que han llegado á la edad de doce años; y entre aquellas familias, de las cuales es reputado padre comun, escoje sus mujeres y sus concubinas. Las que no son designadas á la tercera revista, se hallan ecsentas desde entonces de tan humillante corvea. Las mujeres de servicio del palacio, que son en número de unas 5.000, son tomadas entre las terceras tribus. Cuando dan nacimiento á un hijo, tienen derecho de entrar en palacio y toman rango entre las esposas.

Los Chinos solo tienen un gusto bien penetrante, tal es el del juego. Raras veces sale un natural de su casa sin llevar en su faltriquera un juego de dados ó de naipes; á falta de estos, se sirven de sus dedos solos y juegan al *tsoïmoï*, especie de *morra* conocida en Francia, y para la cual están sumamente apasionados los Napolitanos. Conocen igualmente el ajedrez, los combates de gallos, de codornices, de langostas y de grillos.

La lejislacion despótica que rije la China no hubiera sobrevenido sin duda á una civilizacion material bastante avanzada, si el carácter indíjena no se hubiese prestado á todos los abusos del poder. A esta tendencia debe atribuirse el frecuente uso del mambú que sirve á la policía de todo el reino. La menor falta, el menor delito incurren en una dósis mas ó menos fuerte de esta pena, dejada por lo comun á la discrecion del mandarin.

El mambú y la miseria constituyen los dos elementos de degradacion del carácter chino. La humanidad, el amor paternal, la caridad, son virtudes ignoradas entre ellos. Si un hombre cae en la calle acometido de apoplejía, lo dejan morir sin el menor ausilio. Un proletario veria espirar á su lado á un camarada por enfermedad ó por accidente, sin pensar solamente en preguntarle lo que tiene. Si un junco zozobra en el rio, los habitantes concurrirán mas bien para salvar al barco que á la tripulacion. Lo propio se verifica en un incendio: cada uno procura salvar su techo, curándose muy poco del de su vecino.

A este egoísmo y embrutecimiento debe atribuirse sin duda el enorme número de infanticidios que presencia este país todos los años. Lejos de promulgar leyes contra este crímen atroz, el gobierno lo tolera y casi lo autoriza. Una de las ocupaciones de la policía de Pekin consiste en recojer cada mañana los niños que se han lanzado durante la noche. Acumúlanse las víctimas, vivas ó muertas, en algunas carretas y las condpcen á un muladar situado á estramuros de la ciudad. Algunos autores hacen ascender á 30.000 el número de los infanticidios cometidos en un solo año; otros lo han reducido á 10.000. Aquellos naturales que habitan en los rios, los abandonan á la corriente, despues de haber atado á su cuello una calabaza que les mantiene la cabeza fuera del agua. Así que, no es raro de ver flotar cadáveres de niños, á los que no

(1) En la antígua Roma un hijo no era considerado como persona, sino como cosa, por cuyo motivo pertenecia á su padre lo mismo que cualquier otro mueble, del cual podia disponer á su guisa, sin la menor restriccion, teniendo sobre él un absoluto derecho de vida y muerte, y pudiendo venderlo hasta tres veces. Las leyes romanas se diferenciaban en esto de las de los Griegos que hacian enteramente nulo el poder paterno entregando los hijos á la discrecion de la república, y abandonando á esta su educacion que, por un efecto de su constitucion y de la naturaleza de sus leyes, era enteramente militar. Sin embargo, varios autores juiciosos creen que, apesar de la despótica autoridad de que disfrutan los padres en la China, no abusan de ella con tanta frecuencia como los ciudadanos de la república romana.

prestan las góndolas mas atencion que á un perro muerto.

A la par de esta calculada crueldad, que no pueden escusar ni la miseria, ni una ecsuberante poblacion, el Chino posee cualidades que lo hacen muy propio para la vida social, la urbanidad, las costumbres tranquilas y el amor al trabajo. La civilidad, sea entre iguales, sea de inferior á superior, es no solamente un hábito, sino tambien una ley política. Las riñas son muy raras, aun entre los hombres de clase inferior. Ensoberbecidos y rastreros, vanos pero cobardes, los Chinos poseen esta audacia que acrece siempre ante las concesiones y que se detiene y se humilla ante la resistencia y la amenaza. Cuando les tratan con dulzura, insultan; pero cuando uno se engríe, sucumben. Una espada, un sable, una pistola les hacen caer en síncope.

CAPÍTULO XXXIX.

SALIDA DE CANTON. — FORMOSA. — LIOU-TCHEOU.

Nada me detenia ya en China. Habia visto ya cuanto era posible ver en Canton, y recojido sobre las provincias interiores las nociones mas recientes y mas ecsactas. Por deseos que tuviese de prolongar mi mansion entre Norberg y Morton, era preciso partir, porque me estaban aguardando otras tierras: Liou-Tcheou y el Japon, complemento de mi itinerario asiático, y la Oceania, ese inmenso archipiélago que desde largo tiempo estraviaba mi atrevida fantasía, ese país de razas nuevas y salvajes, ese teatro de descubrimientos, esa tumba de los dos grandes navegantes del siglo pasado, Cook y Lapérouse.

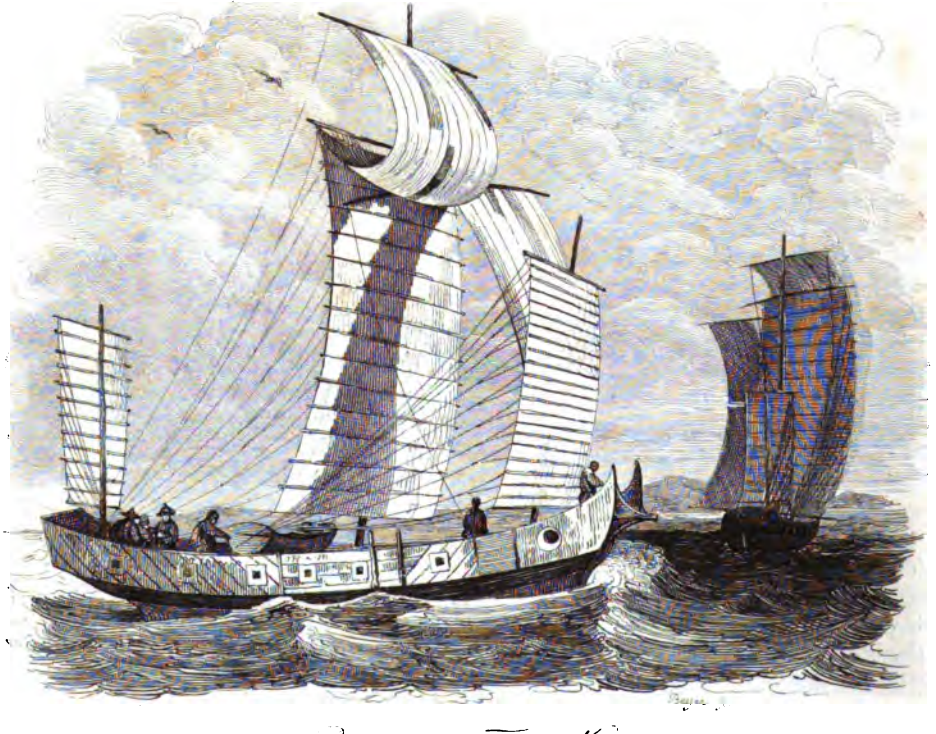
Iban transcurriendo los dias, y, entregado en cuerpo y alma á su nueva amistad, Norberg no me hablaba todavía de nuestra partida. La China por otra parte le gustaba: esa manía, cuyos primeros fuegos esperimentara yo en las playas de Macao, se habia acrecentado en Canton; y sino merecia todo su admiracion, almenos habia muchos objetos que le gustaban. Los mas pequeños pormenores le interesaban y cautivaban su ánimo. Norberg, hasta entonces tan pesimista, tan fastidiado de su papel de viajero y tan poco cuidadoso de los objetos esteriores, Norberg, el señor Sueco, habia tomado gusto en la China. Era acaso esto una reaccion física ó un simple incidente de organizacion; una curacion ó una jenialidad? Esto es lo que no he podido saber, porque nos despedimos completamente, segun vamos á ver.

Era el dia sesto de nuestra llegada á Canton. Por la tarde entré con mi tema hecho en la habitacion de Norberg. « Y bien! le dije, está V. decidido á visitar Liou-Tcheou? — Sin duda amigo, pero las ocasiones son raras. — Tengo una para pasado mañana. Se hace á la vela para Yedo un junco, que hará escala en las islas que vamos á visitar. Ya no se trata pues mas que de hablar al capitan. — Dios mio! cuán precipitado va V! No le parece que la vida es aquí dulce, y que un mandarin con botones de granata es un personaje muy feliz? — Sin duda, pero nosotros no somos mandarines; y en cuanto á mí, prefiero el papel de viajero á todo lo demas. Escuche Vd., señor Baron, sigamos cada uno nuestro gusto y no nos incomodemos uno á otro. Vd. me acojió en Sincapour con un candor y lealtad que tendré presentes en toda la carrera de mi vida. Nuestro viaje por los mares de la China me ha incitado mas y mas á apreciarle y conocerle; no quiero abusar pues de su amistad. Déjeme Vd. partir solo. — Con cuanta premura se decide Vd.! por una palabra.... — Tarde ó temprano, no tendria Vd. bastante buenas piernas para seguirme, señor baron, ignora con que infatigable aventurero tiene que habérselas. Despidámonos, se lo repito. Vd. gusta mas de Canton; yo ya estoy aquí con impaciencia; me conviene mas esplorar. Vea Vd.; el Asia es un teatro comun para los viajeros de descubrimientos; yo la he visitado, únicamente porque se hallaba á mi paso; yo me he detenido aquí cual peregrino de la Meca que se detiene en Antioquía, en Dámaso; pero mi objeto era mas distante. Las impresiones personales están dominadas aquí por una lectura anterior; en los países acerca los cuales se ha escrito poco, al contrario, la opinion del individuo tiene el campo libre, se cierne sobre cualquier puente. Entonces la mision es mas bella, puesto que eleva y acrecienta las ideas. El menor alto sobre este continente me parece una usurpacion á las tierras que me aguardan; Liou-Tcheou, el Japon á los umbrales de la China, pero mucho mas curiosos y menos visitados que ella; á mayor distancia mi Oceania, que quiero visitar isla por isla, cabo por cabo; mi Oceania, á la que quiero interrogar como jeógrafo, como naturalista, como historiador, como filólogo, como filósofo y como poeta. — Es mucho para un solo hombre. — Qué quiere Vd. que le diga? Esta idea me ecsalta y me siento con bastante enerjía para realizarla. Nadie habrá visto la Oceania con tanta perfeccion como yo. En ella permaneceré largo tiempo si es preciso; en caso de necesidad, me haré salvaje á fin de conocer bien á mis salvajes; iré en piragua, beberé el *kawa*, encontraré el medio de hacerme *tapou*. Tal es mi idea dominante, baron: no dejaré la Oceania hasta que haya chupado toda su sustancia. — Pues bien! esto supuesto, puede Vd. partir, pues tiene sobrada razon en

THE NEW
PUBLIC
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS

4. *Bateau à Canards.*

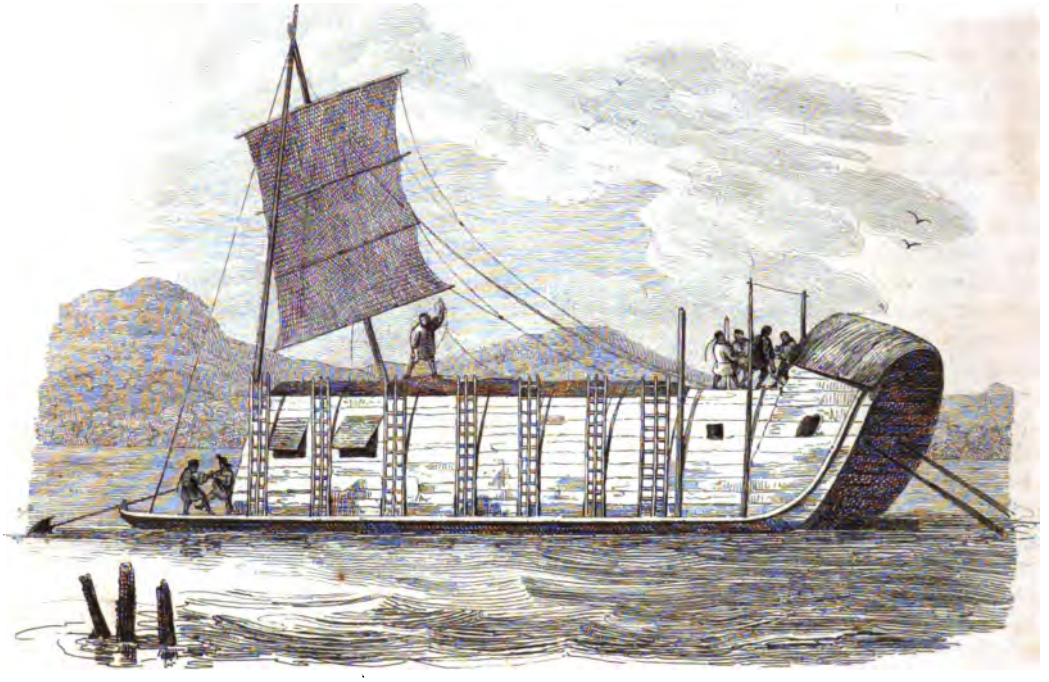
4. Barco de Patos.



5. *Bateaux de Tchéou-Kiao.*

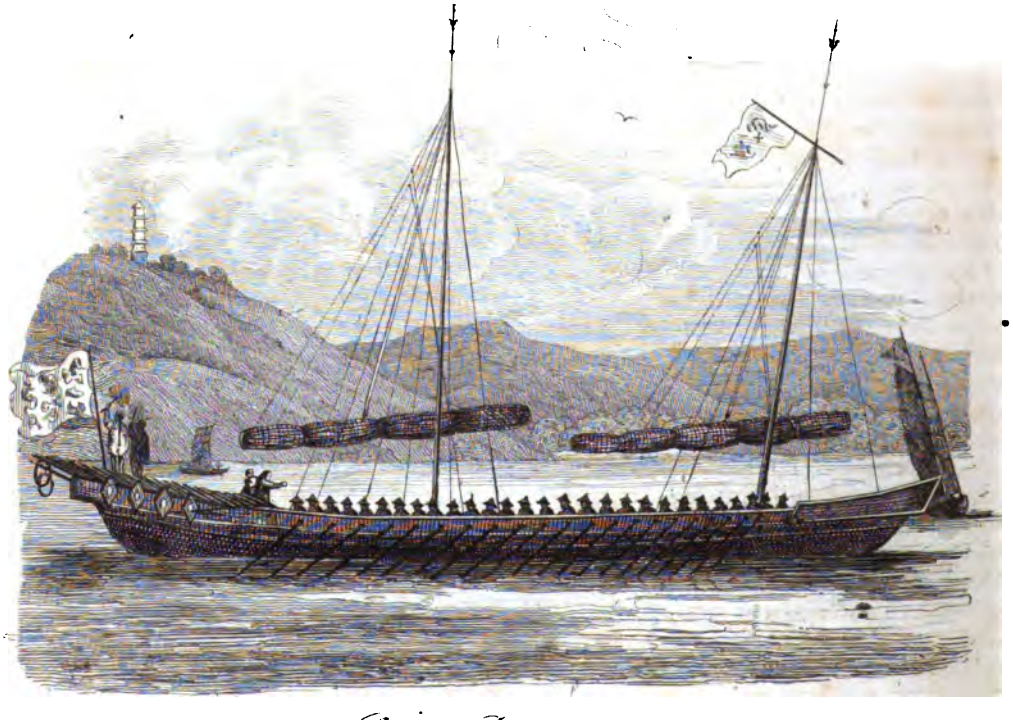
5. Barcos de Cheú-Kiao.

THE
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



1. Bateau de transport de Canton.

1. Barco transporte de Canton.



2. Grande Piniche de guerre.

2. Gran Penique de guerra

de Sainson del.

VOYAGE
TOME

desconfiar de mi valor. Vd. alimenta todavía la mas halagüeña de las ilusiones, la de ser útil á los hombres; mas yo ya la he perdido. Los hombres no valen tanto que uno se esponga y se atormente por ellos. Parta Vd., amigo, mis votos le seguirán.»

Aquí terminó nuestra conversacion, y salí para hacer mis preparativos de partida. Esta prueba me dió la medida del carácter del baron y disminuyó mi sentimiento. Norberg me habia tomado en su viaje para distraccion; sin duda que me dejaba por Morton y por sus nuevos conocidos de la factoría. Amor, amistad, odio, placeres, todo debia pasar por aquel hombre cuyo ánimo habia sido estenuado por antecedentes dolores. La confidencia de estos dolores, no habia podido arrancársela; y á buen seguro que nadie debia conseguirlo. Lo que él deseaba en aquellos episodios de viaje, en aquellos enlaces aceptados y rotos, era una diversion, mas no un consuelo, y apenas sospeché esta direccion de ideas, me prometí tomarle por la mano. Hase visto ya como lo verifiqué.

Sin embargo, al dia siguiente, cuando nos separámos, el baron se hallaba sobrecojido de emocion; varias veces me abrazó casi vertiendo lágrimas.

En cuanto á Enrique, fué de una bondad admirable; subvino á las menores necesidades de mi travesía, y me colmó de presentes de todo jénero, objetos chinos, jéneros y provisiones.

A 22 de setiembre de 1830 embarquéme en el barco de pasaje que debia transportarme á Lintin donde me aguardaba un junco con destino á Liou-Tcheou y á Yedo. Como tenia ya conocimiento de los contornos de Canton, del aspecto del rio y de la campiña, les presté muy poca atencion en las primeras horas de aquella rápida navegacion. Pero en breve se calmaron las impresiones de la escena de despedida, y llamaron mis miradas una multitud de objetos nuevos. Aquí se deslizaban por el Tigre esos barcos de ánades, flanqueados de jaulas inmensas, de cuyo bordo se abate un doble puente cuando se atraca la tierra. Al amanecer la volatería alcanza las praderas, y por la tarde regresa á su cárcel flotante, bajo la conducta de viejos ánades que se hallan al frente de la cuadrilla (Pl. XLI.—4). A cada minuto, veíamos desfilar á nuestra vista alguno de aquellos barcos á los que hacian traicion los chillidos de sus cargamentos. Esta multitud de ánades, cuyo consumo es tan considerable en China, procede de una estacion artificial verificada en algunos hornos.

A medida que nos aproesimábamos al mar, animábase mas el rio. A los pequeños bateles de Canton sucedian gradualmente las gruesas embarcaciones de transporte con una sola vela, pero de un prodijioso continente, merced á un vasto almacen con alcázar en cuya cúpula permanecen los marineros (Pl. XLII.—1). En las bocas del Tigre, llamó mi atencion un barco de otra especie. Era un pequeño buque de Tcheou-Kiao, elegante, bien aparejado, cubierto de velas, de construccion rasa y ostentando sus dos serviolas con espolon; surcaba el agua con la rapidez del rayo (Pl. XLI.—5).

A mayor distancia se veía un peniche de guerra, armado con veinte viradores en cada lado, llevando en la popa y en el palo de proa el pabellon imperial (Pl. XLII.—2).

Cuando llegué á Lintin á 25 de setiembre, el junco en que debia embarcarme habia zarpado el ancla una hora antes, de suerte que para alcanzarle tuvo que recurrirse al mejor peniche que se hallaba en aquella rada. A fuerza de señales hicimos comprender al junco de ponerse en facha, y en breve lo alcanzámos. Llevaba para el capitan Tchaou-Tsing cartas del banista de la Compañía inglesa, Pan-ke-Koua, cuyo contenido, almenos tanto como el dinero de mi pasaje, me valió por su parte la mas graciosa acojida. Articuló algunas palabras en inglés, y estuve cierto almenos de ser comprendido cuando tuviese necesidad de alguna cosa.

El junco que mandaba mi patron chino era menos macizo que el de Tsin-Fong. Destinado á la navegacion de los mares del Norte, tenia formas despejadas aunque sólidas, y parecia mas propio para resistir al mal tiempo que ninguno de los que ecsaminara hasta entonces. El mismo Tchaou-Tsing tenia el jenio mas atrevido, mas intelijente y mas fuerte que nuestro antiguo capitan. Desde sus primeras maniobras, comprendí que debia estudiarse mas. Grave, pero benévolo, parecia ser una escepcion de los demás marinos, por sus habitudes semi-indíjenas y semi-europeas. En breve tuve la contraseña de este enigma. Tchaou-Tsing habia seguido por espacio de veinte años el comercio de Bengala; habia conducido su junco hasta la Isla de Francia, y de esta suerte se habia despojado poco á poco de su corteza primordial. No era ya un Chino esclusivo é ignorante; sin duda debia á mi buena estrella hallar en mi rumbo un hombre de aquella naturaleza que fué escelente conmigo desde el primer dia hasta el último.

Acababa de desaparecer la costa de la provincia de Canton, y descubríamos ya la de Fo-Kien, cuando una linea de montañas que se mostraban en la proa del junco nos reveló Formosa. Formosa, cuyo nombre chino es Taï-Ouan (bahía de elevadas cimas), no fué bien conocida de los Chinos hasta en 1430: los Ja-

poneses se apoderaron de ella en 1621, y la dejaron algun tiempo despues á los Holandeses que desde 1674 construyeran el fuerte Zelandia. La ocupacion bátava duró hasta en 1661, en cuya época el pirata chino Tching-tching-Koung se enseñoreó de la isla; y el pirata se retiró á su vez en 1683 ante las fuerzas chinas que se presentaron para conquistarla.

El gobierno chino de Formosa solo comprende aun actualmente las llanuras situadas en la parte O. de la isla; al E. hay una cadena de montañas que sirve de barrera entre las partes subyugadas y la rejion habitada por los salvajes ó por los antiguos naturales.

Las llanuras son pequeñas, pero fecundas y bien regadas; su aire es sano y el terreno abundante en arroz y en azúcar. Formosa envia ademas á la China flores de jazmin silvestre, el *san-you-houa*, que sirve para dar al té un olor suave. Casi todos los frutos de las Indias se hallan igualmente en Formosa; las naranjas, las bananas, las ananas, los guayavos, los melones, los cocos, la nuez de arec y el escelente fruto del jaquero. Cultívanse felizmente muchos frutos de Europa, entre los cuales se hallan los melocotones, los albaricoques, los higos, los racimos, las castañas, etc. Igualmente se ve el sian, árbol del fruto reniforme. El tabaco, la pimienta, el jenjibre, el aloes, el alcanfor, hacen tambien parte de las esportaciones de Formosa. Abundan asimismo la sal y el azufre.

Formosa sustenta búfalos y bueyes que se dedican á los trabajos agrícolas; caballos, perros, asnos y cabras, pero pocos carneros. Los cerdos, tan bellos y numerosos en China, no salen bien en Formosa; pero las gallinas, las ocas y los patos son muy comunes. En medio de tantas riquezas ecsiste un inconveniente que las anula casi todas: Formosa solo presenta aguas mal sanas y á veces mortales para el estranjero. La capital es el único punto que contiene un poco de agua potable. Esta singularidad procede sin duda de la elevacion de las montañas nevosas de las que desciende el agua, ó mas bien de la naturaleza de los terrenos que atraviesa.

La parte oriental es poco conocida. Sábese únicamente que contiene abundancia de oro y plata, y que los isleños de Liou-Tcheou van á permutar estos dos metales contra los productos de su suelo. La costa occidental, sometida á los Chinos, cuenta muchos puertos: el de la capital Thay-ouan-Fou es el mas seguro y espacioso; pero su entrada, que solamente tiene diez pies de profundidad, escluye las embarcaciones de mayor porte. No obstante esta dificultad, todos los meses van á fondear en él mas de cien juncos chinos.

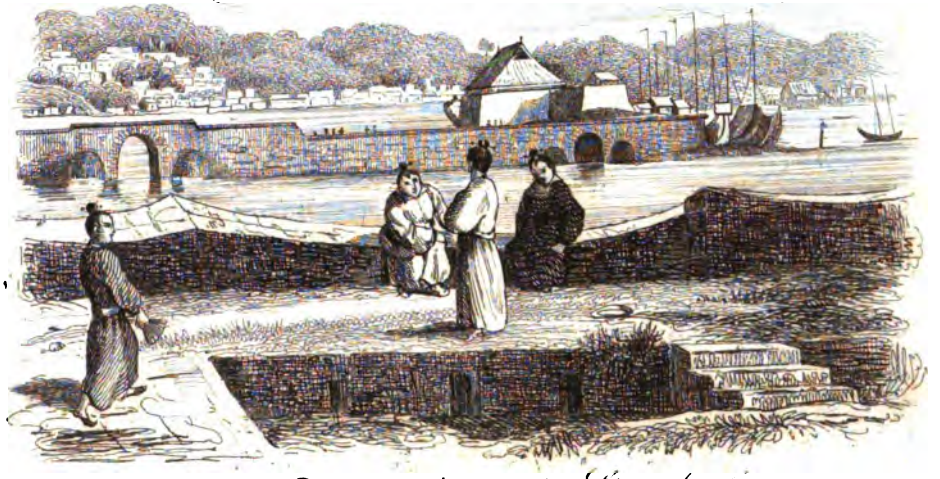
Los aborijenes de Formosa parecen una raza cruzada de Chinos, Malayos y Japoneses. Se dice que cada una de estas tribus habla un dialecto particular. Las de la parte septentrional habitan en casas edificadas á lo chino; las del S. solo tienen cabañas de madera y de tapia, sin sillas, ni mesas, ni muebles de ningun jénero. En el medio hay el hogar, ó una suerte de horno de dos pies de altura sobre el nivel del suelo, que les sirve para preparar su alimento, que consiste en arroz, en trigo y en caza. Aseguran que son tan diestros en la caza, que corren tanto como el ciervo y lo alcanzan vivo. Para esplicar esta estrema velocidad, los Chinos pretenden que los habitantes de Formosa se estrechan las rodillas y las caderas hasta la edad de quince años. Sus armas ordinarias son el venablo, que arrojan á una distancia de ochenta pasos, y arcos y flechas, de los que se sirven con una destreza no menos sorprendente. Naturalmente desaseados, engullen los manjares semi-crudos con sus propias manos.

Los jefes políticos de los habitantes de Formosa son ancianos que gobiernan las aldeas de un modo patriarcal: conceden recompensas á los cazadores diestros ó veloces, y son los únicos que pueden autorizar el pintarroteo del cuerpo, que caracteriza el rango y el mérito del individuo.

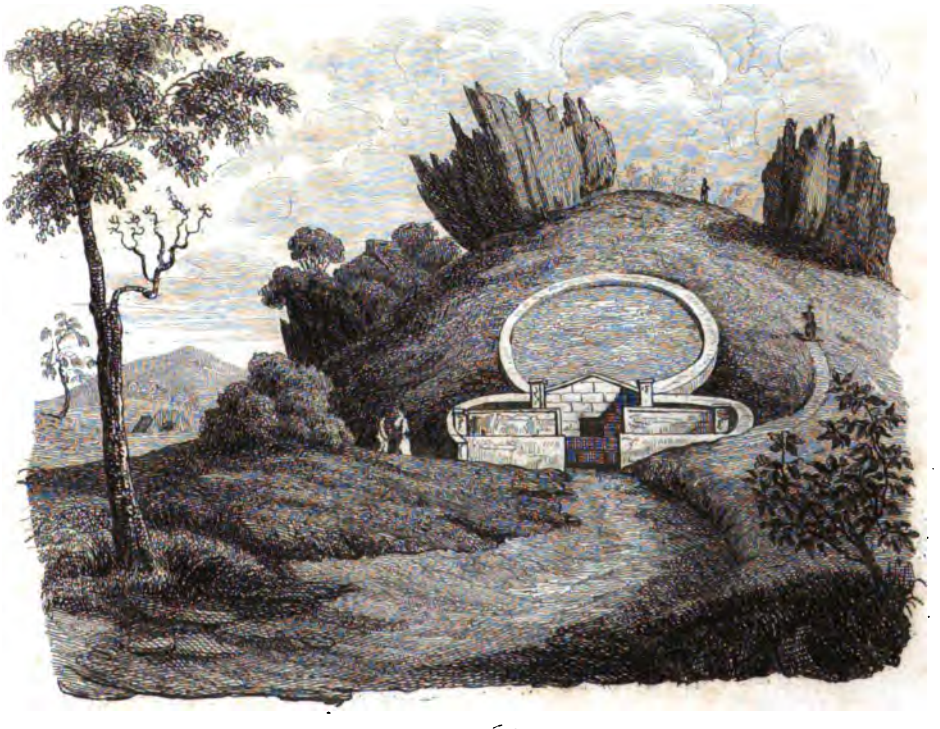
Los Formosanos del S. van desnudos, á escepcion de un ceñidor que les cae desde los riñones á media pierna. Los del N., colocados en una zona mas templada, llevan vestidos de piel de ciervo sin mangas. Su cabeza está cubierta con un gorro puntiagudo, tejido de hojas de palmera rodeado de muchas trenzas, y superado de un copete de plumas de gallo ó de faisan. Los Chinos les acusan de ser antropófagos, y aseguran que los viejos, los huérfanos y los enfermos son comidos muy á menudo por los Formosanos en solemnes banquetes.

La porcion de Formosa sometida á la China es contenida por un ejército de 16.000 hombres. La capital es Thay-ouan-Fou, edificada cerca del solar del antiguo fuerte holandés.

Protejido por un favorable monzon, el capitan del junco no quiso fondear en Formosa, singló derechamente hácia Liou-Tcheou, y despues de algunos dias de navegacion favorable, percibimos al N. E. las montañas de aquella isla. Al llegar cerca de tierra, se nos aprocsimaron una multitud de lanchas pescadoras, y aun algunas vinieron á permutar pescado fresco contra tabaco y otros artículos de China. Familiarizados despues gradualmente, aquellos isleños subieron al puente y nos saludaron al estilo de los Japoneses, inclinándose hasta tierra y cruzando los brazos sobre el pecho. Muchos de aquellos pescadores iban semi-desnudos; los demas llevaban vestidos de



3. Napa-Kiang, Capitale de Liou-tcheou.



4. Tombeau à Liou-tcheou.

4 Sepulcro en Liu-Cheu

Pl. XLII.

[illegible]
[illegible]
[illegible]

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1. Komi, Chef de Liu-tcheou, et sa Femme.

1. Komi, Jefe de Liu-cheú y su Mujer.

2. Prêtre et Chef de Liu-tcheou.

2. Sacerdote y Jefe de Liu-cheú

de Saunson del.

IMAGE

grosero algodon con anchurosas mangas. Lo que mas me chocó á primer golpe de vista, fué la corta estatura de aquellos isleños, supuesto que los menos desgraciados bajo este respeto no tenian mucho mas de cinco pies.

Acompañados de aquellos visitadores, llevámos el rumbo hácia Napa-Kiang, capital de Lion-Tcheou, donde anclámos en la noche del 2 de octubre á tiro de pistola de una gran calzada que se interna en el puerto (Pl. XLII. — 3). Observada desde aquel surjidero, la isla manifestaba sus bellezas sosegadas y vigorosas.

En todas partes se manifestaba un cultivo activo é inteligente; campos labrados, norias en movimiento que señalaban un país civilizado y populoso. Por acá y acullá, cortando la monotonía del campo, aparecia en las hendeduras del monte uno de estos sepulcros liou-tcheouanos que consisten en una doble pared de mampostería, destinada á murar la gruta subterránea, con una estrecha ventana en el centro (Pl. XLII. — 4). En todo aquel paisaje descuella el monte Samar, el mas elevado pico de la isla, desde el cual se descubre toda su circumferencia. Casi en el cúspide de aquel monte hay una ciudad denominada Schoui ó Schoudi, que parece tener tanta importancia almenos como Napa-Kiang. Todo lo que me fué posible distinguir desde lejos acerca esta ciudad interior me pareció reducirse á un muro que le rodeaba, y aun creí percibir numerosos pabellones que flotaban en lo alto de los mástiles á lo largo de sus terraplenes, y aunque las habitaciones se hallaban ocultas en parte por vastos macizos de árboles, fácilmente podia comprenderse que eran numerosas. La mas elevada de todas, la mas vasta y la mas majestuosa, sin duda servia de residencia al rey de Liou-Tcheou. Una magnífica alfombra de verdura separaba la silenciosa Schoui recostada al parecer á la sombra de su elevada colina, de la bulliciosa Napa-Kiang que á la sazon teniamos á la vista. Esta última, que se hallaba mas cerca de mí, era tambien mas distinta. Podia percibir sus techos de bordes abarquillados como los de los alojamientos chinos, su vasto recinto de altas fortificaciones, su calzada adelantada á cuyo abrigo estacionaban seis juncos de guerra. Los naturales, hombres y mujeres, mostrábanse agavillados en el parapeto de la muralla; y cuando se hubo difundido por la ciudad la noticia de nuestra llegada, engrosóse su número de tal suerte que todo el recinto estaba guarnecido de cabezas humanas. Aquella afluencia de jente en la orilla, el movimiento de los barcos que se cruzaban en el puerto, los cantos dulces y lentos de los marinos, el juego de todas las banderolas que flotaban en los juncos ó en la ciudad, todo recreaba la vista y ocupaba la imajinacion.

Hallábame acodado en la popa del buque, en una posicion meditabunda, cuando Tchaou-Tsing me tocó la espalda para proponerme que fuese á desembarcar. Puede juzgarse con qué celeridad acepté la propuesta. Visitar á aquellos buenos habitantes de Liou-Tcheou, este pueblo hospitalario del que tenia conocimiento por el hermoso romance del capitan Basil Hall, y la narracion auténtica del capitan Beechey; encontrar en aquellas playas personajes con los cuales todo Europeo puede estar ya familiarizado; vivir festejado y mantenido en aquel último refujio de la vida patriarcal, era sobrado halagüeño para que no saltase en el barco que debia conducirnos.

Impelidos por nuestros remeros, en breve llegámos á la embocadura del rio que atraviesa la ciudad, rio ancho y profundo donde podrian penetrar los navíos del mayor porte. Habia en el muelle una inmensa multitud y algunos jefes que concurrieran para recibirnos; porque los pescadores habian sabido ya en Napa-Kiang que iba á bordo del junco un blanco de Occidente ó un Europeo. Cuando desembarqué, se rivalizaban para quien me tocaria la mano, quien me conduciria á su casa y quien se constituiria mi huésped. Finalmente uno de ellos, aun mas urjente que los demás, pareció imponerles con algunas palabras pronunciadas con autoridad, y dirijiéndose en seguida hácia mí: « Venid, me dijo, chapurreando el inglés de tal modo que tuve todas las penas del mundo para comprenderlo, venid señor *Enguelés*; Komi sabe el *enguelés*, habla el *enguelés*; estos no saber el *enguelés*. » El escelente hombre no sabia mucho mas que ellos; pero me suplicaba con tanta instancia, y me impelia hácia su domicilio con tan visible ansiedad causada por el temor de perderme, que estaba commovido hasta derramar lágrimas. De esta suerte llegámos hasta su casa, donde le aguardaba su mujer á la puerta, feliz, como él, de verme y de acojerme.

Komi, uno de los jefes de Napa-Kiang, tenia unos 40 años y su mujer 20. Los cabellos del marido, lisos y untados con una sustancia negra y oleajinosa, se levantaban segun el uso de los isleños, á ambos lados de la cabeza, y formaban en la coronilla una especie de cerviguillo. Sobre los cordones que los tenian enlazados, figuraban dos anillos, llamados *camesachi* y *usisachi*: Komi los llevaba de oro, con el camesachi superado de una pequeña estrella y de dos espitas transversales, tambien de oro (Pl. XLIII. — 1). Pero el cobre y la

plata son de un empleo mas comun y sirven para caracterizar el rango y la fortuna. El bigote y la barba del jefe estaban tambien untados con una sustancia negra y reluciente. Su traje consistia en un vestido de seda con dibujos colorados como la piel de una serpiente. La mujer de mi huésped llevaba un vestido aun mas sencillo. Sus cabellos, retenidos con un corto alfiler, caian por las mejillas con desaliño; una camisa con anchas mangas, contenida por un cinturon, la envolvia enteramente de pies á cabeza. El semblante de Komi tenia una espresion de fineza bienechora. Sus ojos eran espirituales y dulces; su boca y su nariz tenian felices proporciones. Su mujer era linda, no solamente para aquel clima, sino aun para nuestros países. Sus ojos encantadores salian bajo el arco de las pestañas, y su tinte moreno tenia el color vigoroso de nuestras beldades meridionales. Sus manos eran pintorreadas lijeramente, y esto me pareció mas bien una distincion nobiliaria que un ornato.

Aunque deseoso de poseerme, Komi quiso inmediatamente mostrarse buen príncipe para con sus camaradas, los demas jefes de Liou-Tcheou. Apenas habia tenido tiempo de apurar un vaso de *chazzi*, especie de licor fermentado bastante parecido al camchou de los Chinos, cuando me ofreció que fuese á visitar las autoridades del país. En consecuencia partimos al momento.

Rodeados de una multitud de curiosos, llegámos ante el jardin del jefe Oukama, una de las autoridades mas respetadas de toda la isla. Este venerable anciano, sentado en su jardin, tenia á sus lados dos niños, y detrás un criado con un ancho quitasol desplegado sobre su cabeza (Pl. XLIII. — 3). No tengo presente haber visto en mi vida un grupo mas interesante y mas sencillo. Tenia el anciano una barba larga, sedosa y blanca, que caía sobre su pecho. Cubierta su cabeza de una especie de sombrero que formaba como una venda en su frente, llevaba un holgado vestido de seda retenido por un cinto. El vestido del criado era de algodon, pero los de los dos niños me parecieron hechos con una especie de brocado cuajado de dibujos. El semblante del jefe espresaba benevolencia y serenidad; los de sus dos lindos niños, la admiracion mezclada de intelijente travesura. Yo los hubiera abrazado sin temor de parecer importuno ó ridículo.

Apenas acababa de sentarme junto á Oukoma, cuando anunciaron á un bodeze, ó sacerdote de Liou-Tcheou, y otro jefe de la ciudad, ambos deseosos de ofrecerme sus servicios. Levantámonos y salimos á su encuentro.

El sacerdote podia reconocerse fácilmente por su cabeza rasurada, por sus pies desnudos cuando todos los demás naturales llevaban sandalias, su vestido sencillo y neglijente, una ancha venda de tejido, especie de cordon azul que le atravesaba el pecho, por fin su actitud grave, recojida y taciturna (Pl. XLIII. — 2). El otro jefe llevaba casi el mismo tocado y los mismos modales que mi huésped Komi.

Oukoma acojió amistosamente á los visitadores y los condujo á la sombra de un hermoso macizo de árboles: desde aquel momento fué completa la asamblea, y nos sirvieron té con una especie de tortas de azúcar salpimentadas de harina y de arroz. Despues del té, cada uno tomó una pipa y empezó la conversacion en un lenguaje, al que es imposible aplicar nombre alguno, puesto que era el inglés, el chino y el japonés mezclados con el dialecto de Liou-Tcheou. «Cual es el objeto que os ha conducido á Napa-Kiang? — El deseo de visitar la ciudad, y partir en seguida para Yedo. — Cual es vuestro país? — La Francia. — Francia, Francia, no es *Enguelés?* — No sin duda, pero Francés..» Y como no sabian comprenderme, añadí tan claramente como me fué posible: «La Francia y la Inglaterra son, como la China y el Japon, dos países vecinos, pero diferentes.» Parecieron acertar mi idea. «No *Enguelés*, repetian, *Francés*, *Francés*. — Y que quiere el Francés en Liou-Tcheou? — Ya os lo he dicho; visitar la isla, como los capitanes Maxwell y Hall y el capitan Beechey.»

Apenas hube articulado estos nombres, cuando produjeron sobre la concurrencia un efecto májico. Mis buenos isleños echaron á reir y á saltar de alegría en sus puestos; vinieron á mi encuentro y me tocaron de nuevo la mano: *chourassa*, *chourassa*, decian (bien! bien! supongo). Hubiérase dicho que acababa de escitar en ellos recuerdos omnipotentes: Hall y Beechey hacian autoridad en Liou-Tcheou; y el paso de los Ingleses formaba época en la historia de la isla.

Como para responder al pensamiento de nuestra conversacion, el azar ó la curiosidad llevó en este momento en casa de Oukoma á los dos personajes de Liou-Tcheou que la relacion de aquellos dos capitanes ha hecho los mas célebres, Madera-Cosyong y An-Nyah. Uno y otro habian conservado como preciosa herencia los pocos conocimientos de inglés que habian podido recojer, llevando aun la precaucion hasta formar un vocabulario escrito que consultaban de cuando en cuando.

La presencia de Madera y de An-Nyah dió mas vivacidad y abandono á esta entrevista. «Seguramente tendrá V. la esposa á bordo del junco, me dijo Madera. — No, le contesté, pues no tengo esposa, ni aun en Europa. — Ah! repuso, hermosa mujer, hermosa á bordo de los

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

3. Serviteurs du Chef de Liou-tcheou.

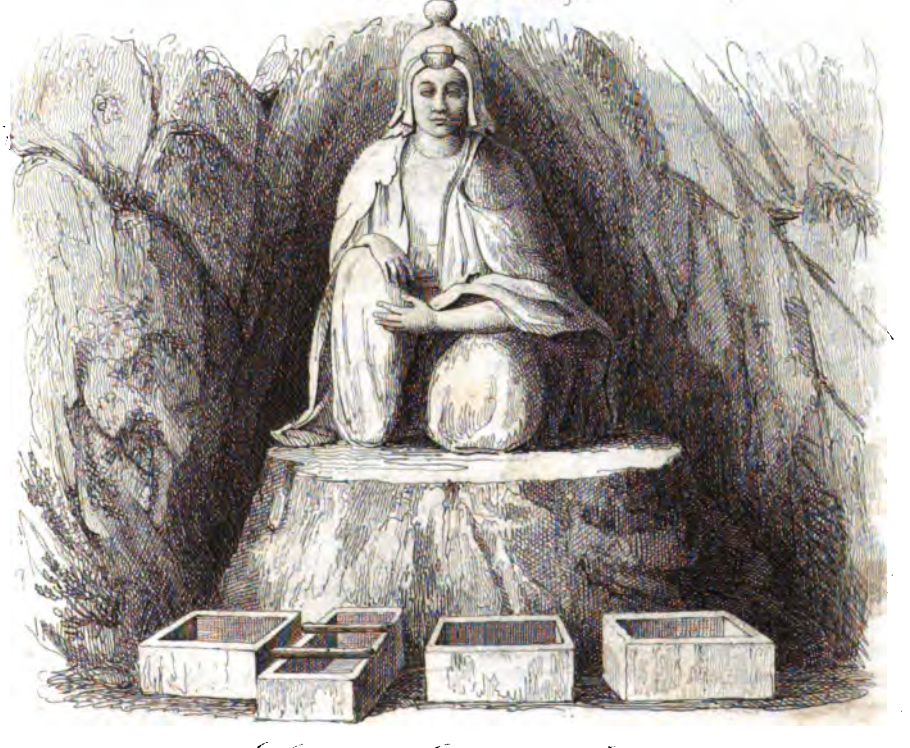
3 Criados del Jefe de Liu-cheú.

4. Chef Coréen et sa Suite.

4. Jefe Coreo y su Comitiva.

3. Un Chef & ses deux Fils.

2. Un Cabo y sus dos hijos



4. Kouang-yong, Déesse du Pardon.

4 Kuang yong Diosa del Perdon

PITTORESQUE.

PINTORESCO

No. XLIII.

NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

Enguelés.» Con efecto, acordéme que la mujer del contramaestre del *Alceste*, madama Loy, habia producido en la isla, en 1816, una especie de revolucion. No solamente se le habia prodigado toda especie de consideraciones y homenajes durante sus escursiones terrestres, sino que al momento de partir le hicieron con reiteradas instancias una proposicion por el principal señor de la isla, con una magnificencia de ofrecimientos que inducia á sospechar que partian del mismo rey. Una casa ricamente adornada, cien criados, todos los regocijos del lujo isleño: hé aquí lo que le presentaron en perspectiva, mientras se preparaban otras influencias sobre su marido, á fin de que consintiese en ceder á su esposa.

Madama Loy fundara pues en Liou-Tcheou la reputacion del bello secso europeo, y Madera, en el número de sus recuerdos, parecia haber distinguido este. Ni las pacientes lecciones del capitan Hall, ni las lágrimas de los isleños á la salida del *Alceste*, ni el solemne banquete dado á bordo por el capitan Maxwell, nada habia dejado profunda impresion; la mujer del *Enguelés* es la única que habia quedado grabada en su memoria. Viejo á la sazon y de cincuenta y cinco años de edad, aquella fresca aparicion conservaba solamente el poder de rejuvenecerla.

Despues de dos horas de conversacion, mezclada de reminiscencias, levantóse el sacerdote, y me hizo instar por Komi, mi protector y mi huésped, paraque fuese á visitar su habitacion y su templo. Al espresar mi consentimiento, todos dejaron su asiento, y el mismo Oukoma suplicó le dejásemos seguir. Toda la casa del jefe se puso en ajitacion para andar á su lado. Los dos primeros criados, el uno armado con el paraguas y el otro con el abanico; este cubierto con un vestido zebrado, aquel con una ropa lisa; el niño con la bolsa; el anciano doméstico inválido, y hasta la mujer del jardinero (Pl. XLIV.—3); todo se puso en movimiento dirijiéndose al domicilio de los sacerdotes.

Era un espacioso recinto plantado por acá y acullá con algunos árboles semejantes á nuestros álamos, y sembrado de pequeños pabellones donde cada sacerdote hacia menaje separado (Pl. XLIV.—2). Cuando *el Alceste* fondeó en la rada de Napa-Kiang, estos mismos *bodezes* habian cedido sus alojamientos á los Ingleses. Estableciéronse en el jardin cordeleros y cerrajeros para trabajar en los objetos necesarios para reparar el buque; y lejos de formalizarse por todo esto, los buenos habitantes y los dignos sacerdotes venian á ayudar á los estranjeros en sus faenas. Llevaban provisiones y agua dulce á los enfermos, y leña á los carpinteros. Cuando les ofrecian un salario, se incomodaban.

A mayor distancia habia una tumba que me recordó un suceso mas singular todavía. Leíase en inglés sobre una piedra: *Aquí yace William Harris, marino del Alceste, fallecido á* 15 *de octubre de* 1816, *á los* 21 *años de edad. Este monumento le fué erijido por el rey y por los habitantes de esta isla hospitalaria.* Harris, atacado desde largo tiempo de una enfermedad incurable, habia fallecido en la isla. Al dia siguiente á su muerte, cuando se presentó la tripulacion inglesa para sepultarlo, no pudo menos de quedar sorprendida al encontrar cerca del lecho del difunto á los jefes y á los notables de Napa-Kiang, con vestidos blancos y cíngulos negros, que entre ellos son los señales de luto. Aquella tropa de isleños escoltó al comboy, y tributó al cuerpo los honores fúnebres al estilo del país.

Cuanto mas observaba á ese buen pueblo de Liou-Tcheou, mas aficion le cobraba. Haciendo el bien sin ostentacion, lleno de una dulzura y cortesanía naturales, no se notaba en él la menor intencion interesada: servia para servir, daba para dar, sin segunda idea, sin desconfianza, sin esperanza de devolucion. Los Ingleses que sucesivamente habian hecho escala en el puerto, se vieron tratados como hermanos; los bueyes, los búfalos, los cerdos, la volatería, el arroz, enviados por el rey ó por los jefes, se veían á bordo en abundancia todos los dias, y con dificultad les hicieran aceptar en retribucion de aquellos artículos algunos paños ú otros objetos de ropa. Traficar con la hospitalidad les parecia absolutamente indigno de su carácter.

Yo era un huésped menos costoso para mis buenos habitantes de Liou-Tcheou, que tripulaciones enteras. Así que, no pudiendo hacer la prueba entera de su jenerosidad, disputábanse entre sí mi posesion. Hubiera sido preciso tener cien estómagos para complacer á todos. Despues de la refaccion de Oukoma me ví precisado á aceptar una merienda en casa de los sacerdotes, y todo el lujo de la gastronomía local en confituras y pastelería fué agotado en aquella ocasion, de suerte que, sin copiosas tazas de té, hubiera llegado á sufocarme.

Tras este regalo, los sacerdotes quisieron darme el espectáculo de su templo y admitirme al favor aun mayor de contemplar su divinidad; encaminámonos á una escavacion natural, donde se nos manifestó una imájen de grosera labor. Era Kouan-Yong, la diosa del perdon, la patrona de Napa-Kiang. Habia ante la diosa muchas palanganas de piedra, unas cuadradas, otras en forma de paralelógramo con pequeños palos colocados por el ancho

(Pl. XLIII. — 4) Las palanganas eran destinadas á recibir las ofrendas; los palos, en mí concepto, como los de los bonzos, servian para sacar suertes; los tiraban al aire, y un número marcado en uno de los lados suministraba un guarismo que hallaba un sentido determinado en el libro del sacerdote.

Como la ocasion me colocaba en presencia del clero de Liou-Tcheou, quise ilustrar la cuestion de las creencias admitidas en la isla, á lo cual procedí por una especie de interrogatorio. « Cuantas relijiones teneis en Liou-Tcheou? — Tres. — Cuales son estas relijiones? — Jou, Shib y Taou: Shib es el mismo que el Fó de la China. — Tiene muchos secuaces la relijion de Jou? — Muchos. — De Fó? — Menos. — De Taou? — Pocos. — La secta de Jou da culto á las imájenes? — Algunas veces se prosterna ante el cielo, otras veces se dirije al templo, otras suplica tan solo de corazon. — Jou, Shib y Taou enseñan en su culto que el bien será recompensado y el mal castigado? — Si. »

Segun comprendí, el sacerdocio me pareció que disfrutaba en Liou-Tcheou de una consideracion tan limitada como en China, aunque tambien lo consultan sobre cosas de majia y de adivinacion. Así que, esta clase no se muestra intolerante ni vanidosa. Es imposible esplicar de cuantas consideraciones fuí objeto durante mi breve permanencia en el jardin de los sacerdotes.

Cuando me retiré con mi huésped, la noche habia tendido ya su negro manto, y reinaba en Napa-Kiang el silencio mas profundo. La mujer de Komi, inquieta al ver mi tardanza, acababa de enviar á uno de sus criados en busca de nosotros. El arroz, el estofado de carnero, solemnemente preparados para el estranjero, perdian algo en esta demora, y la buena patrona esperimentaba por ello la mas viva inquietud, pues no queria darme ya el primer dia prevenciones contra la cocina indíjena. Finalmente para sacarla de embarazos llegámos, y sacó la cena sobre una mesa preparada con mucho aseo: algunos taburetillos de mambú trenzado nos servian de sillas. Con qué ansiedad seguia mi buena huéspeda mis menores movimientos! Con cuanta ecsactitud procuraba barruntar por mi semblante si encontraba buenos sus huevos, sus ánades, sus guisados! Al menor jesto de satisfaccion, veía ensancharse su rostro, ecsalaba una sonrisa, palmoteaba é iba con mayor velocidad para llevar otro plato. No estaba Komi menos admirado de tenerme á su lado; parloteaba sin escuchar mis respuestas; desembuchaba un *enguelés* de su guisa que el chazzi acabó por hacer enteramente inintelijible. Entonces redoblaron sus efusiones sin ser por eso mas fatigosas; decíame que almenos era tan feliz como Madera y An-Nyah; que ellos habian tenido por amigos á dos *Enguelés*, pero que él, Komi, tenia un *Francés*. En seguida me hizo infinidad de preguntas sobre la Francia y las costumbres de sus habitantes, preguntas discretas y sencillas, hechas con un comedimiento tan esquisito y con tono tan natural, que hubiérase creído tratar con el Europeo mas civilizado.

Respondí á Komi, y le pregunté á mi vez. Los dos puntos que tenia que ilustrar mas, eran los dos asertos del capitan Hall que tendian á dar á los indíjenas de Liou-Tcheou un carácter y costumbres dignas de la fabulosa edad de oro. El uno era la no ecsistencia de armas ofensivas, y el otro el del numerario. Bajo el novelesco punto de vista en que se habia colocado el marino inglés, concíbese en efecto cuan poéticos y sorprendentes efectos debian arrastrar tras sí esas dos condiciones de vida primitiva y patriarcal. Un pueblo desarmado cuando el resto del globo está sobre el *quien vive*, siempre entre la guerra pasada y la guerra porvenir! Un pueblo que se pasa sin dinero, cuando en todas partes domina la sed del oro! Este descubrimiento valia un Potosí. El capitan Hall iba á arreglar la mas graciosa fabulilla que pueda imajinarse; al pasar por Santa Elena, podia divertir con aquella relacion el cautiverio de Napoleon, y completando despues el cuadro, podia bosquejar en Lóndres una Liou-Tcheou fantástica para responder á este primer dato.

Todo esto no era mas que un ensueño, y Komi, de acuerdo en este punto con Beechey, destruyó una novela compuesta á tanta distancia. Los isleños tenian armas y moneda corriente. Las armas estaban ocultas en las fortalezas, en cuyas troneras no se veían tampoco los cañones; porque en sus costumbres pacíficas no comprendian como se hiciese del estado de guerra una demostracion y una amenaza constante, pero por fin tenian fusiles y piezas de artillería para defenderse en caso de necesidad. El uso de la moneda era muy frecuente entre el pueblo que por lo comun lleva en un bolsillo suspendido del lado pequeñas piezas chinas llamadas *cashes*. El oro y la plata no están acuñados en piezas, sino que se permutan en barras. Cuando de esta suerte hubimos confabulado familiarmente, fumando largas pipas y apurando algunas tazas de té, tuvimos que pensar en separarnos para tomar algun reposo. Habíasemo dispuesto en un pabellon del jardin una cama casi europea; y mi huéspeda la habia arreglado de tal suerte, que un viajero mas difícil que yo se hubiera contenta-

do. Fatigado de mis pequeñas escursiones, me sumerjí en un profundo sueño.

Cuando me disperté, Komi y su mujer se hallaban en pie ante la puerta de mi pabellon aguardándome con un vaso de chazzi, licor al que atribuyen cualidades aperitivas. Despues de una lijera refaccion, declaré á mi huésped que por aquel dia queria hacer tregua con las visitas de ceremonia para correr el campo. A esta demanda, realmente imprevista, obscurecióse la frente de mi huésped; quiso tartamudear algunas palabras, y súbitamente escapó confuso saliendo de casa. Permanecí una media hora sin saber la causa de aquella brusca partida, cuando al fin lo ví volver, saltando, riendo y dando palmadas. «*Francés*, *Francés*, vamos á Schoui, á Schoui, á ver la campiña; Oukoma lo permite, y el rey tambien.» Con esto comprendí que se me otorgaba un gran favor, y que lo debia á la influencia ó á las importunidades de Komi.

En breve se puso en movimiento toda la casa, criados con quitasoles, niños con cajas llenas de carne y otras provisiones. An-Nyah llegó á tiempo para el viaje, pero Madera, siendo viejo y enfermizo, manifestó su sentimiento de no poder acompañarnos.

Al principio nos encaminámos hácia las tumbas que se percibian desde la rada, que he descrito ya. La curiosidad me impelió en el interior de uno de aquellos hipojeos, donde descubrí un cuerpo humano semi-carcomido, y cubierto de una mala estera. Delante del cadáver habia algunas copas y un gran jarro de té, á fin de que el espíritu pudiese beber á su gusto. Por lo demas, no habia víveres, porque, segun los Liou-Tcheouanos, los espíritus beben y no comen. Esta manera de dejar corromper los restos de los muertos proviene de la costumbre que observan los indijenas de no recojer en los cementerios mas que sus huesos. Interinamente los depositan en aquellas bóvedas, hasta que, despojado de sus carnes, el esqueleto pueda ser recojido y trasladado al punto de su inhumacion definitiva.

La montaña que entonces subíamos estaba sembrada enteramente de monumentos funerarios, y aunque procuré penetrar en alguno de ellos, todos estaban murados, á escepcion de uno solo cuya puerta consistia en un lamedal de ladrillos encarnados, con pequeñas aberturas que apenas tenian una pulgada de diámetro. Allende esta entrada habia unas veinte cubas de hermoso vidriado encarnado, cubiertas de albardillas que parecian bonetes de mandarin. Como yo deseaba descubrir algunas de aquellas cubas, á fin de ver lo que contenian, Komi y An-Nyah me detuvieron con un jesto de terror. Eran los huesos de sus padres, cuyo último asilo respeté, porque su violacion hubiera sido un sacrilejio.

Esta incursion nos habia conducido insensiblemente al cúspide de una colina desde donde se descubria una gran parte de la ensenada de Napa-Kiang y de Schoui. Habia observado en el camino muchas especies de cultivos, la patata, el mijo, el candeal, el maíz, las batatas, la cebada, la caña dulce, el arbusto de té, el guisante, el arroz, el tabaco, los cohombros, los cocos, las zanahorias, las lechugas, los granados, las cebollas y los naranjos. Al lado de los terrenos fecundados por estas ricas plantaciones, levantábanse por acá y acullá pequeñas eminencias en cuyas cimas asomaba un sotillo de pinos silvestres. Aquellas cimas roqueñas, como tambien la base de la isla, estaban compuestas de una piedra calcarea esponjosa, que cedia fácilmente bajo el escoplo.

Aquella ensenada, mezclada de bellezas naturales y de creaciones humanas, ofrecia un aspecto grave y armonioso. A un lado se veian algunas islas escalonadas en una vasta cascada tan transparente y tan límpida, que de la colina misma la vista penetraba en el mar y seguia la direccion de los arrecifes; al mediodía, la ciudad de Na-Fou; en el puerto las embarcaciones ancladas, los juncos con sus banderolas, los champanes japoneses que llegan empavesados de Oushimar y de Yedo; en el terreno que va declinando del collado á la ciudad, cabañas semi-ocultas bajo frondosos árboles, mostrando por acá y acullá algunas blancas habitaciones, bañadas en su base por pequeños rios. En toda aquella ensenada reina la mas rica vejetacion que abrasa las casas, culebrea al rededor de los muros, forma arabescos y estiende á veces sus usurpaciones hasta la playa del mar, donde se suspende para contemplarse en él.

Al dirijirse hácia Schoui desde Napa-Kiang, la ciudad interior, la King-Ching del capitan Maxwell, el aspecto del país ofrece aun mas variados atractivos. Las casas de Schoui, mas elegantes y espaciosas que las de la ciudad litoral, parecen otros tantos escalones desde la base á la cima de la colina. Algunos grupos de árboles sirven de transicion de un escalon á otro. La misma llanura parece formar un vasto pueblo; tan numerosas y apiñadas se hallan sus habitaciones. Por el lado del N. hay unas selvas vastas y primitivas que encajan aquella parte de la isla y la abrigan contra los vientos frios que soplan de aquella direccion.

Habia llegado á la sazon á una parte de la isla donde ningun Europeo habia puesto el pie. Teníamos á la vista las primeras casas de los arrabales de Schoui, y estaba percibiendo una vejetacion tan lozana y apiñada, que me creía en

el centro de un bosquecillo. En breve me encontré en un laberinto de senderos sombreados en los cuales no percibia salida alguna. Unicamente aparecian de vez en cuando algunas puertas de mimbre. Burlándose Komi de mi embarazo, decidióse á abrir una. Era el domicilio de un cultivador, con un corral de ánades, cerdos y otros animales domésticos. El bosque hormigueaba en semejantes cortijos, que descansaban en silencio bajo su sombra. Algunos de aquellos aldeanos se nos aprocsimaron: admirados de verme entre dos de sus compatriotas, no ahorraron preguntas á cuenta mia, hiciéronse esplicar tanto como les fué posible, quien era, de donde venia, adonde iba, y cual era el objeto que me conducia á Liou-Tcheou. Al propio tiempo me observaban de pies á cabeza con una curiosidad bienhechora, admiraban todas las partes de mi traje, pantalon, chupa, sombrero, esclamando á cada momento: *chourassa* (bonito! bueno!).

En cada una de aquellas granjas nos ofrecieron huevos, lacticinio, carne, chazzi, té, y cuando yo no hacia la demostracion de aceptar, los escelentes isleños se incomodaban y casi se encolerizaban. Cierto dia concebí la idea de hacerles un presente en retribucion de sus artículos, de algunos menudos de moneda china; mas presintiendo mi intencion, Komi me detuvo y me forzó á volver mi bolsa en la faltriquera. Las costumbres de este pueblo le hacen ver un insulto en el ofrecimiento de un salario.

Como me hallaba á la sazon al pie de Schoui, quise continuar mi incursion al través de la ciudad, y aun manifesté á mis guias el deseo de ir á visitar al rey en su palacio. A estas palabras se manifestó en las facciones de Komi un terror que no puedo definir; por el mismo movimiento se precipitaron delante de mí, y Komi se tendió en el suelo de parte á parte para patentizarme que antes de realizar aquella osada tentativa tendria que pasar sobre su cuerpo. «Rey Liou-Tcheou ver nadie, clamaba con un acento de desesperacion indecible; no ver Komi, no ver Oukoma, no ver los *Enguelés*, no ver á nadie.» Y el pobre muchacho revolcaba su cabeza por la arena, mientras que An-Nyah, hallándose en pie delante de mí, parecia disponerse á una resistencia aun mas eficaz. «*Francés*, me decia, el rey cortar la cabeza á nosotros, si vos marchar mas lejos.» No queriendo amedrentar mas á mis dos bravos camaradas, me desdecí. «Pues bien! volvamos á Napa-Kiang,» dije. A esta palabra, á este movimiento, los dos isleños dieron brincos de alegría. Komi levantándose vino á besarme las manos, las rodillas y los bordes de mi vestido y me prodigaba todos los nombres de amistad que le suministraba su monserga semi-inglesa, semi-liou-tcheouana. De esta suerte alcanzámos la ciudad litoral, tomando otros senderos diferentes de los que habíamos recorrido, atravesando prolongadas y estrechas calles cubiertas de hojas, sembradas de casas que no podian verse, é impenetrables al sol. Al rededor de los setos de junquillo que orillaban los senderos entrelazábanse plantas rastreras y flores de todo jénero. Bajo aquel clima abrasador, nada hay mas fresco, mas oreado ni mas sano que aquellas deliciosas habitaciones.

En aquellos senderos poblados de indijenas, corrian de vez en cuando pequeñas bandas de niños salidos de los cortijos para cazar mariposas ó cojer flores. Apenas habian encontrado una de hermosa, cuando venian á presentármela, saludándome á lo chino y fugándose despues de esta pequeña travesura risueños y joviales. No sabian comprender como uno pudiese dejar de hacer caso de objetos tan comunes. Tan raras veces y tan poco comprendidas son las pasiones de los naturalistas fuera del mundo civilizado!

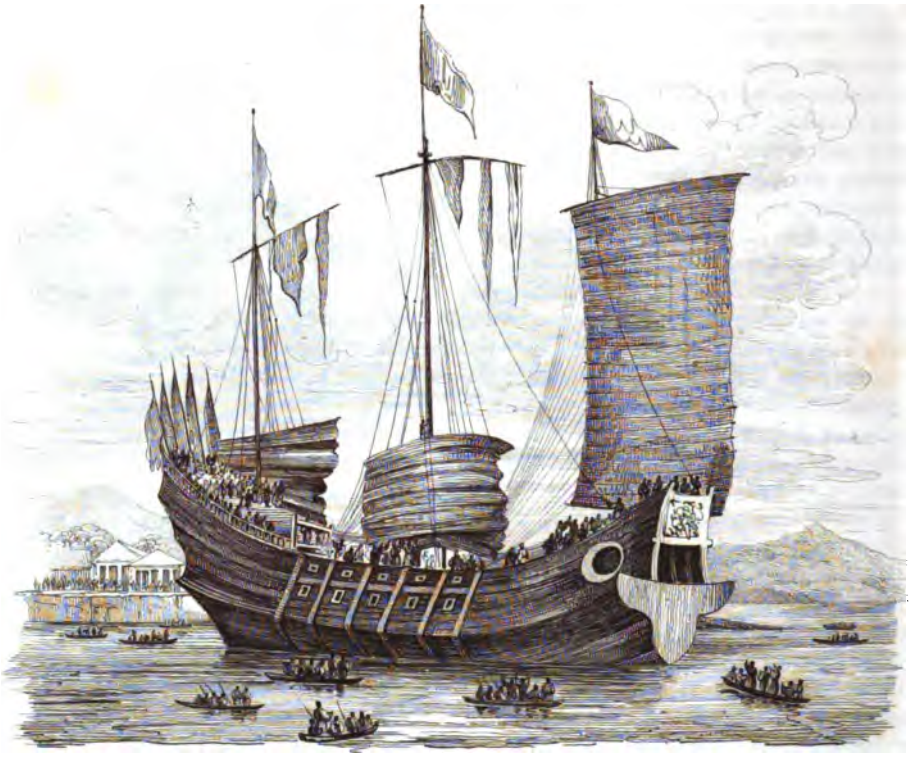
A mayor distancia hallé dos asnos cargados de cestas con sus correspondientes bastos. Eran las primeras bestias de carga que encontrara hasta entonces, y como no ví ningun carril en los senderos, juzgué que no ecsistian en Liou-Tcheou carros, coches ni carruaje alguno. Aunque á la sazon vibraba el sol sus rayos en toda su fuerza, los cultivadores trabajaban en los campos con sus mujeres. El traje, las facciones, los usos y costumbres de aquella clase parecen no diferir mucho de los de los ciudadanos. Algunas mujeres tenian los brazos pintorreados lijeramente.

Llegados á la pequeña eminencia que domina Napa-Kiang, acercóseme Komi y tocándome lijeramente la espalda, me dijo: «Mirad, mirad,» señalándome el puerto. Volví los ojos hácia aquel lado, y ví efectivamente que desde nuestra llegada habia venido á fondear en medio del abra un inmenso junco en cuyo derredor circulaban muchos centenares de barcos procedentes de todas direcciones que parecian sumamente cargados. «Pues bien, dije, qué significan este junco, este movimiento, este concurso?»

Tuvo alguna dificultad en responderme, porque seguramente era una circunstancia que no habia previsto su vocabulario inglés, compilado con tanto trabajo. Finalmente, con el ausilio de muchos jestos y palabras, dióme á comprender que el junco fondeado en medio del puerto venia á recojer en aquel dia la cantidad á que ascendia el tributo que pagaba todos los años Napa-Kian al emperador de la China, y que al dia siguiente se haria á la vela para Pekin.

Al dia siguiente al amanecer, Napa-Kiang

NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



1. Jonque de Liou-cheou portant le Tribut.

1 Jonco de Liu-cheú llevando el Tributo.

2. Jardin des Prêtres à Liou-cheou.

2 Jardin de los Sacerdotes en Liu-cheu

de Laisson del.

VOYAGE
VIAJE

celebraba con mucho júbilo la salida del junco oficial. Debia presidir la ceremonia una especie de mandarin llegado de Schoui. Komi me previno que era un gran personaje mas grande que cuantos habitaban en el puerto de mar, y que probablemente preguntaria por mí. En efecto, apenas me hallaba en pie, cuando recibí un billete escrito elegantemente en carácteres cuyo contenido era el siguiente. « Oung-Chou, mandarin de Schoui, se prosterna hasta el suelo ante el estranjero, y desea verlo. » Al espresar mi consentimiento, salió un criado para ir á prevenir al gran señor liou-tcheouano, y pocos minutos despues, entró en la casa de Komi con una comitiva de veinte hombres.

Mayor que los demás isleños, Oung-Chou tenia asimismo las facciones mas europeas. Llevaba un vestido de seda violado, y su gorro de un color algo menos subido era cuajado de flores amarillas, su semblante y su continente, espresaban una noble sencillez; nada de altivo ni orgulloso habia en él; distinguíase de sus subalternos por sus maneras dulces y afables. Al atravesar la multitud reunida ante la casa, todos lo saludaron hincándose de hinojos con las manos cruzadas sobre el pecho.

El recien venido no poseía una sola palabra inglesa; pero Komi le sirvió de intérprete. Tuve que responder de nuevo á cuantas preguntas se me hicieron sobre mi país, sobre el objeto de mi viaje y sobre mis proyectos futuros. A mi vez, hícele tambien algunas preguntas sobre Schoui y sobre el interior de Liou-Tcheou, y se manifestó dispuesto á entrar en los mas pequeños pormenores. Desgraciadamente no teníamos para comunicar nuestras ideas mas que un trujaman que las traducia mal y á veces ni las traducia siquiera; de suerte que despues de un largo trueque de demandas y de réplicas, ninguno de los dos se hallaba muy adelantado. Lo único que entrambos comprendíamos, era que ya nos profesábamos mucha amistad, y esta simpática intimidad se hallaba tan bien establecida que quise hacerle un singular presente. De cuando en cuando salia de mi faltriquera un pañuelo para sonarme las narices, y observó que este movimiento inquietaba al mandarin de Schoui. Para provocar una esplicacion, finjí servirme de aquel pequeño mueble de faltriquera, y entonces ví que mi visitador sacaba levemente de su bolsa cinco ó seis cuadrados de papel que me hizo entregar por un criado. Al propio tiempo sacó otro para sí, sonóse las narices y lo arrojó á lo lejos. Entonces comprendí que el sistema de aseo de los Liou-Ttheouanos diferia del nuestro, y para no hacerme inferior á Oung-Chou, fuí á escojer para él en mi maleta un hermoso pañuelo que aceptó con gusto. Sin embargo, no juzgándose satisfecho, un cuarto de hora despues de haberme dejado, mandóme una magnífica pieza de tela y una caja de té.

Apenas terminaba esta visita cuando llamaron nuestra atencion los gritos de la multitud. Aparejábase ya el junco del gobierno: levada estaba ya el ancla; flotaban las banderolas en cada palo, veíase la cubierta atestada de cabezas, y al rededor del buque cruzábanse á centenares barcos henchidos de naturales que iban de proa á popa saludando al pesado transporte con aclamaciones joviales y redobles de gongs (Pl. XLIV. — 1). No, jamás el arca de la creacion, jamás casco de Argonauta tuvo formas mas macizas é inelegantes que el gran junco de Liou-Tcheou. Y sin embargo tenia su tipo y su orijinalidad, con sus serviolas que pretendian representar dos ojos de pescado; sus palos flecsibles como cañas; sus velas de corteza de cocotero sostenidas de trecho en trecho por mambúes transversales. Además, habia tres estandartes flotantes; en el palo mayor el de Liou-Tcheou, pavellon triangular encarnado y amarillo, con una bola blanca en el medio en prenda de vasallaje; en el palo de trinquete, el estandarte del emperador de la China, sin contar una multitud de banderolas alineadas en la popa y atestiguando cada una la presencia de un mandarin. Apenas dieron los gongs la señal de la marcha, izáronse las velas en medio de mil gritos, y en breve remolcado allende el banco de los arrecifes que ciñen el puerto, tomó el junco la direccion del N. O. para ir á llenar su mision fiscal.

Hallábame apenas de regreso en casa de Komi, cuando recibí de parte del gran mandarin de Schoui una solemne invitacion á comer. El banquete era de rigor todos los años cuando la salida del junco; los jefes de Napa-Kiang, Oukoma, Komi, Madera, An-Nyah y muchos otros debian asistir á él; pero la ocasion de realzar aquella solemnidad con la presencia de un Europeo era sobrado atractiva paraque el mandarin dejase de aprovecharla.

Para llegar á su domicilio, tuvímos que atravesar varias calles tan atestadas de curiosos, que con dificultad podíamos abrirnos paso. Sin embargo, el entusiasmo de aquel pueblo nada tenia de desmedido ni desapacible. Como el sol era bastante fuerte en los parajes por donde yo transitaba, todos los quitasoles se desplegaban á porfía, disputándose quien me prestaria su sombra. De esta suerte llegué al palacio del mandarin que me estaba aguardando en el comedor. La mesa, llegada del Japon y magníficamente barnizada con laca, llevaba caractéres dorados en sus esquinas y al rededor de sus pies, que indicaban el punto donde habia sido trabajado

aquel mueble, la fecha de su fabricacion y el nombre del artista. Aquella mesa estaba cubierta de platos de carne ó de dulces, y de dos especies de licores espirituosos, el chazzi y el mourousacou, uno y otro formando una bebida acre-dulce á la cual se habitúa con dificultad. Sentéme en la mesa en la silla de honor al lado del mandarin, al paso que el resto de los convidados se colocaron en banquetas mas bajas y á alguna distancia de nosotros. Cada uno tenia ante sí una pequeña píldora acompañada con pequeños palitos á la china y una salvilla. Las carnes, como tambien los guisados y las salsas me parecieron tener mucha analojía con los que habia gustado en Macao; mas lo que me pareció pertenecer á la cocina indíjena, fué una increíble cantidad de tortas y pastelería, de las que conté mas de veinte especies, y gusté mas de diez. A estos platos azucarados sucedieron, segun costumbre, cerdo asado, volatería picada y una especie de poudding en forma de fideos; despues enormes platos de arroz que formaban la base del banquete. Para desleir todo esto, era preciso apurar á cada minuto un vaso de chazzi, y manifestar, volviendo el vaso sobre la mesa, que no se dejaba en él ni una sola gota. Terminóse la fiesta con canciones repetidas en coro por los convidados, y con danzas caprichosas y poco graciosas. Los bailarines saltaban con una sola pierna, teniendo la otra al aire; alternaban despues, hacian contorsiones, palmoteaban y cantaban sobre un ritmo lento, conservando siempre el compás. Del comedor pasámos al jardin donde se terminó la velada con té y pipas.

CAPÍTULO XL.

LIOU-TCHEOU. — HISTORIA, JEOGRAFÍA. — COSTUMBRES.

Ningun pueblo es mas zeloso de su antigüedad que los isleños de Liou-Tcheou. Insiguiendo su tradicion, un hombre y una mujer sacados del caos fueron sus primeros padres, llamados Omo-Mey-Keiou, y de su union tuvieron tres hijos y una hija. Uno de los hijos se llamaba Tien-Sun ó nieto del cielo, que fué el primer rey de Liou-Tcheou. Desde su advenimiento al de Chum-Tien, que reinaba el año 1187 de nuestra era, los naturales no cuentan menos de 17.802 años.

Tras la tradicion fabulosa viene la historia positiva, que apenas data del año 605 de nuestra era, en cuya época el emperador de la China Soui, habiendo oido decir que al E. de su reino ecsistian islas deliciosas y fecundas, envió una espedicion para reconocerlas. Algunos isleños fueron conducidos á Sin-ga-Fou, entonces capital del imperio, donde los Japoneses hablaron de ellos como bárbaros. Algun tiempo despues, Yang-Ti, habiendo resuelto agregar aquel pequeño archipiélago á su imperio, envió algunos letrados para empeñar á los naturales á sometérsele y pagarle tributo, pero como esta demanda tuvo una negativa formal, salió de los puertos de Fo-Kien una flota con 10.000 soldados á bordo, á fin de reducir con la fuerza de las armas un país que resistia á las proposiciones diplomáticas. En vano quisieron los habitantes de Liou-Tcheou oponerse á aquella invasion; en vano el mismo rey se puso á la cabeza de los isleños para repeler la fuerza con la fuerza, pues la fortuna se decidió por el número, el rey fué muerto y 5.000 vencidos fueron trasladados en esclavitud al continente.

Desde aquella época, establecióse entre las costas de la China y las islas de Liou-Tcheou un comercio de trueques que continuó durante las cinco dinastías siguientes. Este fué por el momento el único resultado de la conquista; porque los reyes de Liou-Tcheou rehusaron pagar tributo al emperador, y recobraron en breve el aire de independencia. Bajo el reinado de Chun-Tien, uno de los soberanos mas célebres de este archipiélago, algunos sabios Japoneses introdujeron el arte de leer y escribir, ignorado hasta entonces de aquellos isleños.

La historia del país no ofrece ningun acontecimiento notable hasta el año 1372. Sucédense los reyes en Liou-Tcheou, unos aborrecidos, otros apreciados, estos fuertes y victoriosos, aquellos débiles y vacilantes, ora engrandecidos por medio de la guerra y de las conquistas, ora despojados por la guerra civil.

Pero la fecha citada es memorable por las medidas del emperador de la China Kong-Ou, que quiso poner á Liou-Tcheou bajo un patronazgo directo y oneroso. Estaba entonces dividido el archipiélago en tres soberanías, la mas considerable de las cuales obedecia al rey Tsay-Tou, al cual despachó el emperador una embajada de mandarines. Estos enviados se manejaron con tal destreza, que el príncipe de Liou-Tcheou aceptó las condiciones ofrecidas y espontaneamente se reconoció tributario, cuyo ejemplo fué imitado por los otros reyes de la comarca.

Entonces comenzó entre las autoridades de los dos países un combate de gratitud y de demostraciones afectuosas. El emperador recibió de Liou-Tcheou caballos, maderas odoríferas, azufre, cobre y estaño, á lo cual respondió con presentes, todavía mas ricos, de hierro, porcelanas y otros artículos apenas conocidos en el archipiélago. Un sello de oro para la reina, completaba aquella serie de ricos presentes.

Tras aquellas diferentes embajadas, los hijos de los grandes de Liou-Tcheou fueron enviados á Nankin para ser educados á espensas del emperador; y 36 familias de emigrados de Fo-Kien propagaron por uno de los distritos de la gran Liou-Tcheou los procedimientos de la agricultura china. Asimismo importaron y enseñaron á los isleños la escritura usada en el imperio, los libros y el culto de Confucio.

Las relaciones del archipiélago tributario con la metrópoli se mantuvieron desde entonces sobre el pie mas amistoso. Bajo Chang-pa-Chi, reuniéronse los tres reinos en una sola mano, y por este medio el rey de Liou-Tcheou pasó á ser un personaje importante, y su mediacion fué algunas veces invocada en las guerras que tuvieron lugar entre el Japon y la China. Esta época fué igualmente para el país una era de prosperidad comercial: Liou-Tcheou empezaba á emprender viajes largos, sus juncos llegaban á Formosa, la costa de Bungo, de Fionga, de Satzuma, de Corea, á las bocas del Pei-Ho, y aun hasta Malaca.

Cuando el famoso Tay-Cosama, emperador del Japon, quiso sorprender y conquistar la China, uno de sus medios preliminares fué enviar un ajente junto á Chang-Ning, entonces rey de Liou-Tcheou, para empeñarlo á romper el edicto que publicara contra el Imperio celeste y sustituir el patronato chino al patronato japonés. Con todo, no solamente resistió Chang-Ning á semejantes insinuaciones, sino que, deseando permanecer fiel á la fé jurada, hizo prevenir secretamente á la corte de Pekin del ataque que se meditaba.

Tan noble conducta atrajo sobre Liou-Tcheou el mas terrible huracan. Tay-Cosama resolvió subyugar aquellas islas, pero la muerte hizo suspender sus proyectos, cuya realizacion legó á su sucesor. En efecto, algun tiempo despues invadió Liou-Tcheou una flota equipada en Satzuma; y apesar de su resistencia, los isleños fueron todos aniquilados ó vencidos; el padre del rey, muerto; y Chang-Ning conducido prisionero y retenido cautivo por espacio de dos años, no habiendo podido desarmar á sus carceleros mas que por su inflecsible constancia y su magnánima lealtad en cumplir sus primeros juramentos. Habiéndole dado libertad, lo enviaron á sus estados, y su primer acto de autoridad, apenas puso el pie en su territorio, consistió en enviar una embajada al emperador de la China.

La conquista mantchua causó muy poca variacion en las relaciones que ecsistian entre Liou-Tcheou y la metrópoli, y únicamente se decidió que el archipiélago no enviase diputados á Pekin sino cada dos años. El célebre emperador Kang-Hi, príncipe tan ilustrado y tan justo prestó mas atencion sobre Liou-Tcheou que ninguno de sus predecesores. Lejos de omitir medio alguno para su prosperidad, difundió sobre ella actos tan benéficos, que la tradicion local ha perpetuado su recuerdo de familia en familia. Hizo construir en Schoui un palacio en honor de Confucio, y creó una jerarquía de letrados, liou-tcheouanos análoga á la que rejia á la China. La naturaleza del tributo fué mas bien apropiada á los recursos de la comarca; y en ciertos años en que estas desgraciadas poblaciones se vieron arruinadas por incendios y huracanes, el sabio emperador, en vez de aniquilar el país con ecsijencias de tributo, ausilióla con provisiones que indemnizaron aquellos desastres.

Desde el reinado de aquel emperador, Liou-Tcheou no ha esperimentado un solo incidente en su vida pacífica y tranquila. Un doctor chino, Supao-Koang, observador juicioso que la visitó en 1719, nos la describe dormida y floreciente en un período de paz, y desde entonces, fundados en las narraciones de los Europeos que han tocado en Napa-Kiang, puede y debe creerse que aquella era de calma y sencillez no ha sido atravesada por ninguna tempestad política.

El primero de los visitadores modernos es el aventurero Beniowski, cuya version debe citarse sinsalir garante de ella. Desembarcó Beniowski en una isla del archipiélago de Liou-Tcheou, denominada Usmay-Ligon, cuyos naturales, convertidos por un misionero, profesaban el cristianismo en su mayor parte, si hemos de darle crédito, fué recibido en aquella tierra con una hospitalidad sin reserva. Diferentes en este punto de todos los pueblos del Asia oriental, los isleños ofrecieron al conde y á sus compañeros sus hijas y mujeres, á fin de establecerlos entre ellos por medio de alianzas. Admirada de semejante recibo, parte de la tripulacion de Beniowski se estableció en la isla, y el resto, antes de partir, prometió formalmente á los buenos naturales que volveria algun tiempo despues para fundar un establecimiento en aquel territorio. Beniowski asegura que entre ellos se usaban las armas de fuego, y que para aumentar sus medios de defensa dejóles algunos mosquetes, picas, espadas, pólvora y balas.

Despues de Beniowski, aparecieron sucesivamente en Napa-Kiang el capitan inglés Broughton en 1796, y el buque de Calcuta *el Federico*, con objeto de entablar relaciones comerciales entre la India y Liou-Tcheou. Ambas estrellaron en este proyecto, pues aunque se concedió á las tripulaciones la mas jenerosa hospitalidad, opusiéronse á la entrada de las mercancías. Guiados por una idea enteramente

diversa, los capitanes Maxwell y Hall en 1817, y el capitan Beechey en 1827, esperimentaron muy buena acojida de los indíjenas. El capitan Maxwell obtuvo de ellos el permiso de desembarcar una parte de su tripulacion atacada de enfermedad, recibiendo todos los dias gratuitamente los víveres frescos que necesitaban para su consumo, y todo el tiempo de su recalo fué señalado por fiestas cordiales y brillantes. Cuando partió, toda la poblacion, aglomerada en el muelle, siguió con la vista las chalupas que contenian á sus nuevos amigos; saludó su embarcacion con la voz y el jesto, con abanicos y quitasoles desplegados, al rimbombo de los gongs, en medio de las banderolas ajitadas; y permaneció en la plaza mientras pudo distinguir el grupo de oficiales que respondia desde el *Alceste* á aquellos signos afectuosos. Aunque el capitan Beechey no halló acojida tan novelesca, almenos pudo confirmar bajo muchos aspectos todas las narraciones anteriores. El candor y lealtad de los habitantes, sus maneras hospitalarias, su urbanidad siempre atentiva y respetuosa, su jenerosidad desinteresada, su tolerancia, su confianza en los estranjeros, su perfecta lealtad, todo está probado en la actualidad por una serie de observaciones contradictorias y sucesivas.

A quien debe este afortunado archipiélago su candor y su pureza primitiva? Cuando las islas y los vecinos continentes no reproducen en ningun término ese tipo ni esas costumbres; cuando la China es un país de vuelo organizado, cuando el Japon es una tierra de civilizacion orgullosa; cuando Formosa y las Filipinas contienen pueblos salvajes al lado de sus conquistadores y dueños; de donde procede que, perdidas en alta mar, estas islas encierren un pueblo cándido, orijinal, no menos distante de la civilizacion que de la barbarie, únicamente accesible á las impresiones dulces, incapaz de aborrecer, y siempre dispuesto á obsequiar? De donde proceden estos hombres? Quién los ha arrojado allí, tan distintos de cuanto les rodea?

Para responder á semejantes preguntas, puede decirse que Liou-Tcheou fué en su oríjen poblado de Japoneses, á los cuales se parecen los Liou-Tcheouanos por las facciones físicas; y viéndose aislados de toda tierra, conservaron aquellos emigrados los antiguos usos del Japon, modificados actualmente en este imperio. Este dato es suficiente para esplicar á la vez las analojías y las diferencias. Es de suponer igualmente que desde el dia en que los emperadores chinos forzaron este archipiélago á reconocer su patronato; la influencia de la metrópoli, las relaciones con la tierra firme, la doble fusion que resultaba del envio de jóvenes liou-tcheouanos á Nankin y de chinos á Liou-Tcheou, ha hecho prevalecer algunas costumbres civiles y relijiosas y algunos usos chinos, entre los usos y costumbres tradicionales de los isleños. El resultado es que estos indíjenas forman una raza mucho mas preferible á aquellos de quienes puede suponerse que son oriundos. Tienen la urbanidad, la afabilidad, el ceremonial de los Chinos (1) con mas discrecion y franqueza y la dignidad y la gravedad japonesa, con menos crueldad y desconfianza. Su carácter en jeneral es dulce, pero afeminado; sociable pero meticuloso. La tripulacion de un navío de guerra europeo seria suficiente para subyugar la isla: quizás en vez de saludar á los conquistadores con fuego y balas, los naturales se presentarian ante ellos con las manos desarmadas para conjurar la guerra por medio de agasajos y presentes.

Nunca podrá encomiarse bastante el carácter hospitalario de los naturales, al paso que siempre serán pocos cuantos pormenores se manifiesten para probarlo. Los niños y los hombres de la última clase respetan al estranjero desembarcado en sus playas. Su repugnancia para recibir un salario en compensacion de un servicio es llevada hasta una increíble delicadeza, y en este punto puede asegurarse que los capitanes Broughton y Hall no han dicho mas que la verdad. Un buque que iba á la pesca de la ballena en 1826 hizo escala en Napa-Kiang, donde se abasteció, y en retribucion de dos docenas de bueyes y otras provisiones, apenas pudo hacer aceptar á los isleños un gran mapa-mundi.

El dialecto de los naturales, en otro tiempo japonés, se ha mezclado insensiblemente de voces chinas. Aun entre los plebeyos es dulce, sonoro y rico, sin que ofrezca dificultades á la pronunciacion. Los mandarines usan entre sí el idioma chino. En lo tocante á los caractéres escritos, los habitantes de Liou-Tcheou no tienen ninguno que les pertenezca esclusivamente, puesto que los caractéres de que se sirven son chinos, y muchos libros escritos en este idioma parecen destinados á la instruccion elementar de los naturales. Sin embargo, las órdenes y los estatutos del gobierno se publican en idioma del país ó del Japon.

Por lo demas, la ley parece ejercer poco influjo en esas islas favorecidas. El código penal es con corta diferencia el mismo que en China; pero el buen natural de esos pueblos ba-

(1) La afabilidad y civilidad de los Chinos es atribuida por muchos filósofos, entre ellos el sabio Virey, á todas las naciones añejas. Sin embargo, este ceremonial, lejos de mejorar á los pueblos, los plaga con todos los vicios que caracterizan á los cortesanos. *Historia natural del jenero humano, tom.* 3, *sec.* 2, *art.* 5.

ce su aplicacion muy limitada y sumamente rara. Beechey les interrogó sobre este punto, y su curioso interrogatorio, sin añadir ni quitar palabra, fué el siguiente: « Están en uso en Liou-Tcheou la tortura y el látigo? — Si. — Se hace intervenir la tortura en los interrogatorios? — Si. — Se aplica este medio violento á los mandarines? — No. — La tortura causa algunas veces la muerte? — Con respeto á grandes culpables, sí. — En que pena incurre el asesino? — En la de muerte. — Qué muerte? — La suspension ó la estrangulacion. — Como se castiga el hurto? — Con la misma pena. — Y el adulterio? — Con el destierro. » Los menores delitos eran espiados por el mambú, y aunque este código no carecia de severidad, merced á la buena índole de este pueblo, el arma legal no se usaba casi nunca.

El gobierno de Liou-Tcheou consiste en una monarquía hereditaria cuyos poderes casi no son limitados mas que por la remota supremacía del emperador de la China. Despues del rey hay los grandes oficiales ó mandarines, de los cuales se cuentan nueve clases caracterizadas por sus bonetes. El que llevan los miembros de la familia real es violado, adornado de flores amarillas; despues viene el color purpureo, y en seguida el encarnado.

El filósofo chino Supoa-Kong nos ha transmitido los pormenores de la instalacion de un rey de Liou-Tcheou, ceremonia de un carácter cándido y narrado con la misma candidez.

« Cuando fallece un rey, dice, su heredero envia una embajada al emperador de la China para pedirle la investidura, y en el interregno la rejencia pertenece de derecho al titular putativo. El emperador prevenido escoje en el tribunal de las ceremonias una persona digna de representarlo en Liou-Tcheou. Se arma un buque en el Fo-King, se elijen un capitan, oficiales, marineros, soldados y pilotos, en número de unos 300, y en seguida el embajador se hace pomposamente á la vela para Napa-Kiang.

« Llegado á este punto, el enviado del Hijo del Cielo es recibido con honores sin fin. El príncipe y los grandes lo trasladan á bordo en un barco hermoseado de un modo magnífico, y lo escoltan hasta su palacio. La comitiva del embajador desembarca á su vez con una multitud de pequeñas pacotillas de las cuales se saca un producto considerable.

« Apenas se halla descansado de sus fatigas, el enviado sube á un estrado magnífico erijido en el salon del palacio. Las diversas clases de indijenas ejecutan sucesivamente á su presencia las nueve prosternaciones en honor del emperador, y en seguida empiezan las fiestas jenerales en la ciudad, en las aldeas y en la rada á bordo de cada buque.

« En los dias siguientes tienen lugar otras formalidades, que solo son el preludio de la gran ceremonia de instalacion. Cuando todo se halla dispuesto, el embajador se dirije al palacio en medio de una doble fila de señores y de mandarines, donde es recibido por los príncipes de la familia real en la sala del trono. La orquesta mas armoniosa de toda la isla es puesta en requisicion, y sus acentos gradúan los diversos actos de la investidura. El rey y la reina se sientan en una banqueta, mientras que el embajador ocupa un estrado mas alto. Cuando despliega el diploma imperial, toda la concurrencia se levanta. Al momento empieza su lectura; profiere algunas voces de oracion fúnebre á la memoria del soberano difunto, y anuncia que S. M. el emperador de la China, su augusto amo, reconoce por soberanos de las islas de Liou-Tcheou al príncipe hereditario y la princesa su esposa. Esta declaracion es seguida de consejos al nuevo rey, y ecsortaciones á los habitantes de las 36 islas á fin de que no le permanezcan menos fieles que á su predecesor. Verificada esta lectura, se presenta la patente imperial al rey quien la entrega al ministro paraque la conserve en los archivos de la corona. Entonces es cuando empiezan de nuevo las prosternaciones en honor del emperador de la China, á las cuales responde el enviado con algunos cumplimientos y con la ofrenda de varios presentes destinados al rey y á la reina.

« La visita de los nuevos soberanos al embajador da márjen á un fausto mas estraordinario todavía. El camino está hermoseado con arcos de triunfo, y de trecho en trecho se colocan algunas tiendas que contienen frutos, flores y perfumes. Al rededor del trono del rey, se ven siete jóvenes á pie que llevan banderas y quitasoles. Los príncipes, los ministros y los grandes á caballo aprovechan esta ocasion para rivalizar entre sí en lujo y magnificencia.

« El embajador recibe á la puerta del palacio á S. M. liou-tcheouana, que le ofrece y le sirve en persona vino y té. El embajador se niega á aceptarlo, devuelve la copa, toma otra, y no la vacía hasta que el rey haya vaciado la suya. Concluída esta ceremonia, el rey regresa á palacio con su comitiva.

« Desde aquel dia hasta el momento de partir el embajador, no hay fiesta que no se invente, y que no se imajine en su honor: fiestas en el agua, fiestas en el campo, conciertos, espectáculos, bailes, iluminaciones y fuegos de artificio. »

Aunque se permite la poligamia en Liou-

Tcheou, sin embargo raras veces se practica. El mismo rey no abusa de este derecho, y escoje una esposa en las tres grandes familias del estado. Una cuarta familia, quizás mas distinguida, es escluída de este favor; porque la jenealojía no establece con harta claridad que no pertenece á la rama real. Las altas funciones son á veces hereditarias en estas casas principales, pero otras veces solo se llega á ellas con el ausilio del mérito.

Las rentas del rey de Liou-Tcheou provienen de los dominios de la corona y de los impuestos sobre la sal, el azufre, el cobre, el estaño, etc. Con estas rentas, se debe cooperar á los gastos del estado y á los sueldos de los grandes oficiales. La medida de estos sueldos es en sacos de arroz, cuyo valor se convierte en otros artículos, como tejidos de seda para vestir y víveres para comer.

El comercio de Liou-Tcheou se circunscribe en tres puntos, la China, el Japon Formosa. En China, sus juncos llegan hasta la provincia de Fo-Kien y á veces hasta Pekin. El archipiélago de Liou-Tcheou mantiene un comercio seguido con el Japon por medio de numerosos bastimentos procedentes de aquel imperio. El Japon suministra al archipiélago alcanfor, hierro, cobre, objetos de laca, y en cambio saca de él, sal, granos, tabaco y arroz. Los propios productos indíjenas se permutan en China contra diversas especies de porcelana, vasos, medicamentos, plata, hierro, sedas, clavos y té de superior calidad. Formosa casi no esporta sobre Liou-Tcheou mas que conchas de tortuga y nácar de perla. Por otra parte, este pueblo no parece muy animado del deseo de dar á su comercio mayor estension y actividad. La única resistencia que hayan esperimentado los Ingleses en el país se ha manifestado al tratar de asuntos comerciales.

Situadas bajo los 27° lat. N. y los 125° lonj. E., las treinta y seis islas de Liou-Tcheou disfrutan de la temperatura mas suave y uniforme. Todo sale bien en su territorio, y las riquezas locales son suficientes á un pueblo sencillo, sobrio y contento de lo que posee. Pocos cultivos hay que no puedan naturalizarse en esta zona. En ella se encuentran todos los árboles frutales de los trópicos, el banano, la higuera, el naranjo; todos los vejetales de Europa prosperan en su terruño. Entre los animales, se ven bueyes y búfalos corriendo á manadas por los campos. Sus caballos, los asnos, los cerdos, las cabras y gatos no difieren mucho de los del continente asiático; únicamente parece que todos estos animales, en Liou-Tcheou, son de una talle mas pequeña; un buey jóven no pesa mucho mas de cien libras, y los caballos son tan pequeños, que un Europeo que monte uno de ellos toca el suelo con sus pies. La volatería es asimismo muy rara, aunque muy sabrosa. El sabio Klaproth asegura que en estas islas ecsisten osos, chacales y serpientes ponzoñosas. El capitan Beechey solo encontró lagartos, ratones y ranas. Los insectos mas comunes son las langostas, las mariposas, las abejas, los músticos de gran dimension y las arañas particulares á esta isla. Las aves son muy raras, y solamente se observan algunos alondras, arvelas, palomas zoritas, pardales y garzas reales. Los naturales aseguran que, ni aun en el interior ecsisten perdices, apesar de ser bastante comunes en los archipiélagos de Asia.

El pescado es sumamente abundante en Liou-Tcheou, y en toda la costa hormiguean varias especies bastante buenas para la mesa. La tortuga es mucho mas rara.

Como el interior de estas islas es poco conocido, no se saben á punto fijo las especies de árboles que contienen las estensas florestas que se perciben desde la costa. Únicamente se dice que Tatao y Ki-Kai, situados en el N. E., producen una especie de cedro denominado *kien-raiou* por los Chinos, y *jseki* por los habitantes. Añádese que su madera es incorruptible, y se corta en forma de columnas destinadas á adornar los palacios de los grandes.

Los juncos de Liou-Tcheou, segun lo indica ya la lámina, son de la misma costa que los de los Chinos. Materiales de construccion, aparejos, velas, todo es semejante. Los isleños tienen además piraguas hechas con un tronco de árbol ahuecado y capaces de contener seis, ocho y aun diez personas. Los transportes mas considerables se verifican con el ausilio de bateles chatos, construídos con solidez.

De toda esta costa, el abra y las cercanías de Napa-Kiang son la parte mas bien esplorada por el capitan Beechey. Aquella abra, aunque abierta á los vientos del N., se halla abrigada por el lado del O. y del S. O. por un banco de coral. En el surjidero esterior, se hace sentir la marejada en alta mar, y la brisa de O. fatiga algunas veces á las embarcaciones. Hay dos canalizos que conducen al puerto interior, el uno en el N., el otro en el E., siendo este último estrecho y menos seguro que el primero.

Los descubrimientos mas ecsactos de este archipiélago pertenecen á la espedicion del capitan Maxwell, y especialmente al corto viaje que hizo al rededor de las costas el capitan Basil Hall, comandante de *la Lira*. Este viaje de siete dias sirvió para autenticar muchas situaciones jeográficas. La primera tierra que descubrió el capitan fué una isleta muy bien cultivada, que denominó el *Pan de azúcar*, en cuyas playas se desarrollaba una ciudad de

hermosa apariencia que se perdia por el monte en un anfiteatro de verdura.

A diez millas al E. de Liou-Tcheou apareció otra isla llamada por Hall la isla de Herbert. Para reconocerla con mayor seguridad, armáronse las chalupas y se penetró en un canal estrecho, pero profundo, que conducia á un admirable puerto que no tiene otro análogo que Mahon. Estaba formado por un brazo de mar protejido por escarpados roquedos, cubiertos de plantas y flores silvestres. Este pueblo que Basil Hall bautizó con el nombre de *Melville* tenia además una segunda comunicacion con el mar. El surjidero, la estacion, el fondo arenisco, todo parecia reunirse para recomendar á los navegantes tan admirable ensenada.

El capitan Hall desembarcó en la isla, y en un valle que se estendia á la derecha, entre dos puntas peñascosas, descubrió algunos pueblecitos harto bien situados, cuyos moradores se manifestaron tan afables y comedidos como los de Napa-Kiang. Al N. E. de las islas Liou-Tcheou, descubrió terrenos mas arbolados, pero menos ricos y populosos que los del lado del S. O. ó del Cheouli. Aquella parte del archipiélago pareció abundante en escelentes fondeaderos.

Los grupos de islas que se descubren desde Napa-Kiang, al O. de Liou-Tcheou, son denominados por los naturales Kirrama y Agou-Gni. El grupo de Kirrama se compone de cuatro islas: Zammanie, Accar, Ghirouma y Toucatschi; todas sumamente insignificantes, á escepcion de la última.

Agou-Gni consiste en dos isletas, Aghi y Homar. Uno y otro grupo dependen de Liou-Tcheou. Kirrama tiene cuatro mandarines, uno del mas alto rango, y tres de un grado inferior: otros dos de este último órden gobiernan Agou-Gni. Estas islas no son muy pobladas; Toucatschi, que es la mas considerable, apenas contiene quinientas casas.

Al N. de Liou-Tcheou hay dos islas que pueden considerarse como las sucursales de este archipiélago; Oushima, tributaria del rey de Liou-Tcheou, y Yacou-Chima, colonia japonesa. La primera abunda en arroz, y como en los años de escasez Liou-Tcheou carece de este artículo, los juncos de Yacou-Chima van á cargar en este granero para desembarcar sus cargamentos en Napa-Kiang.

CAPITULO XLI.

JAPON. — NANGASAKI.

Érame tan sumamente gustosa la permanencia en el domicilio de mi huésped, que hubiera recibido con júbilo la noticia de alguna ocurrencia imprevista para diferir mi partida de Liou-Tcheou. Komi y su mujer me prodigaron á manos llenas sus agasajos, sus respetos y cuantas atenciones pueden concebir la delicadeza y el candor de la amistad; así que, podia muy bien considerarme como el hijo de la casa, y aun mas, si se atiende al supremo predominio que en aquel país ejerce el estranjero sobre toda la familia.

Por desgracia el junco iba á hacerse á la vela, y Tchaou-Tsing queria aparejar aquel mismo dia. Cuando un marinero chino vino á reclamarme, cuando hubo notificado á mis nuevos amigos que dentro algunas horas iba á dejarles; se pintó en sus semblantes un dolor tal, que no pude menos de esperimentar una profunda emocion. «Ya volvereis; volvereis!» me decia Komi con un acento que penetraba hasta el fondo del corazon. Y su mujer me seguia con la vista, inquieta, sufocada, dispuesta á llorar si hubiese osado. Actualmente que me hallo mas tranquilo, no sé persuadirme como tan breve permanencia habia podido enjendrar tal sentimiento; mas cuando tuvo lugar aquella escena, no procuraba ciertamente analizar semejantes impresiones, porque dominaban mi espíritu. Hallábame bajo el imperio de aquella afectuosa bondad que me habia acojido en el muelle de Napa-Kiang, y que despues no me habia abandonado un solo momento. «Pobre viajero! parecian decirme, en ninguna parte hallarás nuestros risueños semblantes! Quédate almenos algunos dias, algunos meses mas en este oasis hospitalario! Nada te falta, ni buena acojida ni buena mesa! Nuestra hospitalidad es franca, desinteresada, no la dejarémos vender á precio de oro! Porque nos abandonas tan pronto? A qué fin esta premura? Es acaso para ir á morir bajo las flechas de isleños menos sociables? Temes acaso llegar sobrado tarde á la cocina de los canibales? Quédate en Liou-Tcheou, imprudente, en esta isla donde todo es bondad, candor, afeccion y felicidad! Quédate; la isla contiene aun bastante arroz para alimentarte y bastante té para satisfacerte! Quédate; los mares son procelosos é ingratas las tierras! Cuando se pone el pie en un suelo de paz, es locura pretender ir mas lejos!»

Hé aquí los poéticos sentimientos que leía en las miradas de mi huésped y de su mujer que deseaban sinceramente retenerme consigo. Por mi parte procuraba responderles con la espresion de mis quejas y de mi reconocimiento. Sin embargo, otros cuidados é imperiosos deseos me llamaban á otro punto. Habiendo circulado en breve por la ciudad la noticia de mi partida, ví llegar en casa de Komi todos mis conocidos de Napa-Kiang, Oukoma, Madera,

An-Nyah, y hasta el mandarin Oung-Chou. Antes de descender hácia el puerto no pude menos de confabular con ellos y apurar muchos vasos de chazzi, brindando á la felicidad de mi viaje.

Con todo, acercábase la hora de partir, y el mismo patron del junco, Tchaou-Tsing, vino á advertírmelo. Apenas se presentó, cuando Komi se apoderó de él y le dió á beber. Pero, hubiérase dicho que pretendia aturdirlo y hacerle olvidar su papel de Mentor; pero el chazzi, el té, las pipas, nada absolutamente pudieron sobre el viejo marino, que permaneció inflecsible y dió la señal de retirada.

Entonces fué cuando comenzó la escena de despedida. Aprocsimóseme llorosa mi huéspeda, y presentó un *camesachi* de oro, la aguja que llevaba de costumbre en sus cabellos, rogándome que la conservase en memoria de mis amigos de Liou-Tcheou. Aceptéla, pero ecsijí que en cambio recibiese un pequeño reloj con su cadena; y cuando le pasé este presente al rededor del cuello, juzgué que se volveria loca de contento. Hice ademas algunos pequeños presentes á todos los convidados, quienes por su parte me dieron una multitud de bagatelas. Komi fué el único que nada quiso; el pobre muchacho estaba espasmado.

Cuando salimos de su casa, hallábase aglomerada en el muelle una inmensa multitud; y los espectadores se agrupaban á nuestro paso con un órden tal, que parecian asistir á una revista. Manifestábanse en primera fila los niños casi todos de hinojos; componíase la segunda de jóvenes acurrucados y mujeres casi del mismo talle, en la tercera venian los hombres, unos inclinando un poco la cabeza, otros levantándose de puntitas; y la última fila se habia izado sobre piedras y eminencias, de suerte que sin confusion, sin trastornos y sin querellas, todos pudieron verme. Reinaba en aquel concurso el silencio mas profundo; únicamente cuando pasé, los isleños se despedian de mí prodigándome los mas afectuosos jestos.

Sobrado bien conocia á Napa-Kiang para admirarme de aquel espectáculo. Respondí á los saludos con saludos, á los adioses con adioses. Una sola cosa llamó mi atencion en medio de aquella afluencia; tal fué un grupo inmóvil en medio de tantos grupos ajitados, un grupo cuyo traje diferia enteramente del de los isleños de Liou-Tcheou. Componíase de unos veinte hombres que parecian como acampados en la playa. «Cuales son aquellas jentes? pregunté á Komi.—No son vecinos de Liou-Tcheou, me dijo, sino de Corea: estranjeros, estranjeros, añadió.» Aquellos marineros coreos pertenecian sin duda á algun junco que estacionaba á la sazon en el puerto de Napa-Kiang. Uno de ellos que parecia el capitan, sentado en el suelo sobre una estera, gustaba en aquel momento una taza de té. Consistia su traje en un vestido azul celeste con anchas mangas, retenido al rededor del cuerpo por medio de un cinturon de piel de búfalo. Llevaba en la cabeza un gran sombrero que no tenia menos de cinco á seis pies de circumferencia y que estaba hecho de alguna materia bastante parecida á la crin barnizada. Su calzado era encorvado en las puntas como el de los Turcos, y empuñaba un palo negro rodeado de un cordon de seda. Este traje singular producia cierto contraste, cuanto mas que el que lo llevaba tenia un semblante venerable y grave, con una barba de admirable blancura, cuyos pelos relucientes y peinados le llegaban hasta el pecho (Pl. XLIV.—4). De las personas de su comitiva unas parecian ser marinos, otras militares; porque el junco anclado en el puerto era un junco de guerra. Uno de los oficiales tenia sobre la cabeza de su jefe un quitasol ecsornado de cintas flotantes. Los simples soldados se reconocian por el sombrero puntiagudo y por un traje que puede compararse al disfraz de nuestros files (Pl. XLIV.—4).

Sentí mucho que el tiempo y la ocasion no me permitiesen contraer amistad con aquel pueblo coreo, que no es el menos curioso ni el menos orijinal de aquellos parajes. Llegado cerca de nuestras chalupas, la multitud me llevaba en hombros, por decirlo así, hasta la playa; pero los amigos que me escoltaban, mis huéspedes de Liou-Tcheou, eran los únicos que ocupaban toda mi atencion. Cuanto mas se acercaba la hora de la separacion, mas activos se manifestaban sus testimonios de amistad; temian dejarme partir sin que hubiese comprendido perfectamente toda la intensidad de sus sentimientos.

Llegámos por fin al embarcadero; y despues de las mas tiernas efusiones, descendia una piragua para alcanzar al junco que se habia hecho ya á la vela. Cuando nos hubimos internado en el mar, la multitud, apiñada en los puntos de donde podia descubrirse la rada, nos saludó con la mano y el abanico, mientras que inmóviles en la punta del muelle, Komi, Madera y los otros jefes, no apartaban la vista del buque que nos llevaba.

Allende los bancos de coral que circundan el abra, llevámos el rumbo hácia el O., y en breve un elevado promontorio nos encubrió Napa-Kiang. «Adios, adios Liou-Tcheou, tierra de sencillez primitiva, adios Komi, adios Madera, adios mis amigos todos de Liou-Tcheou.»

Hallábame pues de nuevo reducido á la compañía de mi capitan Tchaou-Tsing, y el digno hombre, á imitacion de los isleños, redobló hácia mi sus atenciones y respetos.

Tres dias despues me veía distante de toda costa, y, segun mi cálculo, nos hallábamos con corta diferencia á igual distancia de Liou-Tcheou y del Japon, es decir, á los 29° lat. N. Era á 9 de octubre de 1830, cuya fecha ha quedado bien marcada en mi cabeza. Por la mañana el sol pareció salir de un lienzo de púrpura; reinaba aun la brisa del S. E., muelle, incierta, soplando á sofrenadas; el cielo estaba sereno y azul por aquel lado. Por la parte del E., al contrario, festoneábanse poco á poco sobre el azul celeste masas grises, negras, arjentadas, cual una de esas telas de ópera descendidas al silvido del maquinista. Atravesaban aquellos cuerpos flotantes súbitos y estraños resplandores; combinaban sus diversos elementos, aglomeraban toda su fuerza, é iban á buscar por acá y acullá en la estension de la atmósfera todos los átomos sulfurosos y eléctricos que debian estallar en trueno, y todos los vapores que debian condensarse en lluvia. No podia sustraerse enteramente al análisis humano la obra del grande alquimista, el trabajo aereo del alambique celeste.

No carecia la inminente catástrofe de presentimientos físicos. Los pilotos prácticos de aquellos parajes, los marinos en quienes escita tantas revelaciones respecto del cielo y de las aguas; los pasajeros mismos á los cuales son casi siempre familiares las impresiones del huracan, hallaban sin duda en sus recuerdos la analojía de aquellos síntomas meteóricos.

No se engañó Tchaou-Tsing; comprendió que se trataba de nuestra vida, el viejo piloto! « Taï-foung! » esclamó con una voz que yo no conocia. La voz era acentuada de un modo tan estraño, que ni un solo marinero del junco se engañó. Oyéronla en toda la cubierta; oyéronla en las cámaras, en las cocinas, y hasta en el fondo de la quilla. Nadie faltó á su llamamiento; en cinco minutos fué cubierto el puente en toda su estension. « Taï-foung! » repitió el capitan, y todas aquellas cabezas dirijidas al lado de que venia el huracan, ajitáronse maquinalmente, y todos aquellos labios pálidos de horror se abrieron para murmurar: Taï-foung! Taï-foung, esto es, tempestad, huracan (de las dos palabras chinas taï grande, y foung viento).

Soplaba el tay-foung con violencia, precedido de un rimbombo vago é inquieto, de un ruído sordo resultante ni del viento ni de las olas; ora acariciaba aquellas velas que en seguida queria devorar por arrapiezos; ora llegaba con un porvenir desconocido en sus potentes alas.

En semejantes peligros, puede concebirse lo que es un jefe de embarcacion, un capitan, este amo despues de Dios. A él se permite, cuando tiene gustos indolentes y voluptuosos, dejarse mecer en una hamaca, durante las horas favorables, con tal que el navío se deslice por un mar tranquilo, con sus velas bien orientadas y el rumbo decidido. Mas cuando se trata de dar la gran batalla á los elementos, fuerza es que se considere el jeneral de ejército, que prevenga al enemigo, que lo combata y que lo venza. De pie en la popa, con la frente desnuda, la bocina en la mano, iluminado de relámpagos, amarrado cerca del timon cuando las olas amagan desplomarse sobre el buque, levantándose cuando ha pasado la oleada para ordenar una maniobra, responsable de la vida de todos aquellos hombres, del porvenir de las familias que los aguardan; un capitan de barco debe engrandecerse entonces con toda la majestad de su papel; es preciso que tenga algo de heroico, almenos durante la borrasca; es preciso que sea el mas bravo en medio de una multitud de bravos, pues si se acobarda, todo está perdido, supuesto que el valor, como el miedo, tiene su magnetismo. Quién osará temblar ante un capitan que se manifiesta con altiva frente? Quién desconfiará cuando el capitan tiene esperanza? Quién podrá desesperar cuando el capitan espera aun?

Tchaou-Tsing, segun he dicho, era un buen marino; pero el huracan me descubrió en él alguna cosa mejor: un alma de acero, de un temple heroico. El terror fué el primer movimiento de su tripulacion, y algunos de sus marineros se tendieron en la cubierta. Entonces corrió hácia ellos con el látigo en la mano, y designando la cresta de los palos á los mas tímidos, forzóles á subir para quitar las velas. Sus órdenes breves y precisas fueron ejecutadas á la mayor brevedad con el mas profundo silencio.

En breve estalló el taï-foung con terrorífica violencia. Aquella cortina de nubes, que al principio formara una linea amenazadora al horizonte, habíase redondeado poco á poco, y el viento fijado al S. E. silvaba en las vergas y en los cables. Raras veces acontece que los peligros que se han corrido personalmente no parezcan de una naturaleza mas decisiva que ninguno de los que solamente se relatan. Sin embargo, sin la menor ecsajeracion creo poder asegurar que nunca ocurrió una tempestad igual en aquellos parajes, los mas procelosos del globo, y aun cuando viviese cien años, siempre tendria su idea tan presente como el dia en que aconteció. Ennegrecióse el cielo como carbon, tanto que estrañaba como cayesen gotas límpidas: los nublos pasaban tan cerca, que cubrian de bruma la cresta de los palos, arremolinábanse con tanta rapidez, y formaban sobre nuestras cabezas un mar sus-

pendido, tan retumbante, confuso y ajitado, que mi cabeza se perdia, y aturdido y fuera de mí no sabia darme cuenta del sitio en que me hallaba, ni de los objetos que me rodeaban. Por otra parte el pensamiento no tenia mucho resorte ni juego, cuando toda la fuerza física se dedicaba necesariamente á los cuidados del cuerpo; cuando á cada oleada bramadora debia tenderme en el suelo, asegurarme á un anillo de hierro, á una maroma ó á un madero del bastimento.

Una hora despues de las primeras ráfagas del taï-foung, el junco chino ofreció un espectáculo de inmensa riza y desolacion. Los dos palos se habian roto á impulsos del viento; y el único que quedaba, un pequeño palo de pabellon, colocado en la popa, acababa de ser cortado por órden del capitan. A cada minuto, el mar venia á estrellarse cual guerrero contra una muralla, para destruir los costados y echar el buque á pique. A un momento dado precipitóse el mar á plomo sobre este pequeño apéndice, arrancóle cual con tenazas, y lo lanzó medio despedazado en medio del torbellino. Hallábanse en su interior dos grumetes y cinco pasajeros; y yo me apoyaba en él, cuando cedió y desapareció. Una maroma sola me salvó.

Qué situacion! A impulsos de la tempestad mas horrífica, no tener bajo sus pies mas que el piso de un junco, embarcacion débil é informe, medio vencida y dispuesta á abrirse! Morir lejos de los suyos sin poder estrechar una mano amiga, sin poder despedirse de nadie en el momento del gran viaje; perecer ignorado, sobre un trasporte chino, por el cual nadie se inquietará; dejar una familia en Europa, entre la angustia de una muerte y la esperanza de un regreso, oh! era para mí una horrible y dolorosa perspectiva! En este momento, en este solemne minuto, temí.

Miré en mi derredor, mas nada se habia inmutado, siempre el mismo mar, blanco en la superficie, alto, largo, incompasible, descargando cuando le imploraban; azotando al pobre buque, jugueteando con él cual fuerte que se burla de la agonía del débil; siempre los mismos nublos, sordos, sombríos, undosos, de cien colores; siempre el mismo viento tumultuoso, discordante, rápido, desencadenado; siempre la misma lluvia furiosa, la misma espuma salobre, los mismos relámpagos, el mismo trueno. Tendíme en la cubierta, veía allá en lo alto signos estraños y odiosos; letras de Baltasar renovadas incesantemente en las nubes; una muerte inevitable, escrita en aquel aspecto inflecsible y tierno del cielo y del agua.

Quiso el azar que en medio de aquellas visiones opresoras dirijiese mi vista hácia la popa donde se hallaba Tchaou-Tsing. Su vista me reanimó; parecióme su semblante tan tranquilo y tan grave en medio de aquel peligro, que no pude menos de compadecer mis debilidades. Acaso no peligraba su vida como la mia? Aquel hombre tenia tambien una familia que lo aguardaba en el puerto; padres, amigos que contaban los dias de su ausencia; una esposa é hijos cuya subsistencia de él dependia! Apenas tuvieron acceso en mi cérebro semejantes ideas, vencí mi terror, y me resigné. Era el cielo quien me ausiliaba, pues aun no habian terminado nuestras desgracias.

Hacia ya nueve horas que soplaba el huracan siempre mas furioso y mas intenso. Del S. E. el viento pasara poco á poco al S. empujando á un Océano embravecido: diríase que sus aguas querían pasear por el espacio, atendida la total destruccion del equilibrio, y las espumosas asperidades que dirijia al cielo aquel mar fuera de su nivel. En esta perpetua sucesion de montañas y de valles, ora parecia que el junco se dormia cual alcion en la cima de las olas; ora, precipitado en el espacio abierto entre dos olas: hubiérase dicho que iba á abismarse y perderse.

Nada empeoraba sin embargo, lo cual era ya mucho. Sin palos ni velas, huíamos ante aquel desórden de los elementos, y, quién sabe, á fuerza de empujarnos con tanta rapidez si íbamos á ponernos fuera de su alcance; si dentro una, dos, tres horas, íbamos á ponernos bajo cielos mas serenos y encontrar aguas menos encrespadas! Tales eran mis ensueños cuando salió un grito del fondo del buque, y aunque no comprendí el valor ecsacto de la esclamacion sin embargo comprendí su sentido, cuyo significado, sin temor de engañarme, era este: «Estamos perdidos!» Efectivamente, cinco ó seis marineros en breve se izaron al través de una estrecha abertura, lanzáronse hácia el castillo de popa, y hablaron vivamente á Tchaou-Tsing. Esta vez atravesó su apacible semblante cierta especie de terror; pero fué negocio de un segundo, pues en seguida se calmó y se puso mas admirable que nunca. Aprocsimándose hácia mí, en bastante buen inglés me dijo: «Caballero, si gusta Vd. trabajar, ahora es ocasion. Nunca hay brazos inútiles á bordo cuando se trata de poner las bombas en movimiento.»

Estas palabras me hicieron comprender todo el horror de nuestra posicion. Oh! qué enerjía se desplegó en aquel momento entre aquellos hombres, mudos hasta entonces, observando el mar con los brazos cruzados, y aguardando que hubiese tomado partido contra ellos ó por ellos! Estableciose en la cubierta una prolongada cadena de marinos, y con el ausilio de malas bombas procuraron sacar el agua que se precipitaba en la quilla por los bordajes abiertos.

En parte hacia una increíble faena, de la propia suerte que los demas, procurando absorverme en ella y fatigar mi cuerpo para impedir que obrase la imajinacion. De cuanta fuerza y vigor estaba dotado! Verdaderamente se ignora cuanto pueden los músculos de un hombre en semejantes ocasiones!

De esta suerte trabajámos toda la noche, hasta que al amanecer empezaron á debilitarse nuestros brazos. Ocho horas de incesante jimnástica, ocho horas sin sueño, eran ciertamente mas de lo que se necesitaba para nuestra tripulacion. Lejos de adelantar en la via de agua, adelantaba esta sobre nosotros, si bien muy poco, pero lo suficiente paraque pudiésemos calcular que á una hora dada el buque se hundiria y nos hundiria consigo. No debíamos ya pensar en nuestras chalupas con aquel viento y aquel mar, porque el mar y el viento las hubieran sumerjido inmediatamente.

Presintieron pues los marinos llegada ya su última hora. El capitan decia todavía que debian trabajar en las bombas; mas ellos no le escucharon; enojóse el capitan, precipitóse sobre la proa con un fuerte látigo, pero en vez de obedecer segun costumbre, los marineros murmuraron y tomaron un aire tan amenazador, que Tchaou-Tsing no persistió mas. Volvióse hácia la popa, triste, silencioso, menos inquieto de la suerte que le aguardaba, que de aquella inobediencia inusitada. Sin embargo, los marineros abandonados se apiñaron al rededor de un pequeño ídolo, colocado en la proa del junco, una especie de Amphitrite china (1), patrona de los marinos. Apenas se hubieron hincado de hinojos, uno de ellos empezó una especie de súplica que entrecortaban los otros con alguna respuesta; y habiendo quemado bajo las narices de la diosa dos ó tres paquetes de papeles dorados, mataron un ave en su honor, arrojando al agua sus entrañas, su cabeza y sus patas.

Mientras se verificaba este sacrificio en el castillo de proa, observé que declinaba insensiblemente la via del agua. Cuanto mas cargada, estaba, con menos rapidez iba; cuando se abatia sobre el flanco, la masa de agua pesaba sobre un solo lado, y teníamos mucha dificultad en ponernos á plomo. De este modo estábamos falleciendo á fuego lento: llenos de vida, de salud y de juventud, veíamos declararse sucesivamente todos los síntomas de un prócsimo fin, y seguíamos los lentos progresos de nuestra propia agonía.

Era á 10 de octubre al mediodía. La espesa niebla que hasta entonces nos habia rodeado, se disipó súbitamente á impulsos de la accion del sol. Una radiosa luz, desprendida del fondo de una arjentada nube, iluminó el horizonte, y su efecto fué tan sumamente májico como si á nuestra vista se hubiese descorrido una cortina. Allí, á algunas leguas de distancia, ecsistia una tierra que no habíamos visto, una tierra bastante baja, habitada sin duda, segun las señales de cultivo que columbrábamos.

O Providencia! Cuán grandes y fecundos son tus recursos! Cuán inesperados consuelos reservas á los desgraciados! Cinco horas despues, ni uno solo de nosotros hubiera quedado vivo; de aquel junco poblado y ruidoso no hubiera quedado ningun recuerdo ni vestijio. El junco hubiese acrecentado su curso en el Océano, hasta que el Océano se lo hubiese engullido. Todo acababa ya para él; ni un epitafio siquiera tenia sobre el abismo; nada que indicase el paraje donde dejaba sus miembros dispersados.

Empero, no era suficiente percibir la tierra. Medio abismados, sin velas, sin palos, sin timon, como podíamos atracar la costa y buscar un puerto abrigado! Sobrecojido por estas ideas me dirijí á mi intrépido capitan. Todo lo habia observado Tchaou-Tsing; todo lo habia pesado como yo, la tierra y el modo de llegar á ella sano y salvo. A los primeros rayos de esperanza, la tripulacion se habia encaminado de nuevo hácia las bombas, y las ajitaba con frenético vigor. Habiendo calmado el mar y el viento, nos hallábamos con cuatro pies de bordaje fuera del agua. Impelidos directamente hácia la costa, distinguíamos sus bosques aun frondosos, sus casas esparcidas y sus caletas pobladas de barcos pescadores. Con el ausilio de algunos tablones enlazados entre sí, Tchaou-Tsing, habia podido organizar un timon volante. A media legua de distancia se ofrecia entonces una ensenada silenciosa, recojida y defendida contra la marejada por un prolongado promontorio; íbamos por fin á tocarla, á abrazar la tierra que creíamos perdida, prosternar nuestras frentes sobre la arena de la costa. Cruel ironía del destino! Hé aquí que retiñó un estruendo horrible en nuestros oídos, en nuestras entrañas, en la medula de nuestros huesos; ruído sordo y prolongado; nueva sentencia de muerte en el momento en que renacíamos á la vida.

El junco acababa de perderse en un banco de coral, á una milla de la costa. Aquel leño ya fatigado iba ya á ser destruído por el mar furioso que se estrellaba contra aquel escollo. Era preciso apresurar la balsa. De todas las chalupas solo quedaba una, pues las demas habian sido arrebatadas por la tempestad. Procurámos levantarla para ponerla á flote, pero apenas em-

(1) Los mitólogos de la antigüedad finjian á Amphitrite mujer de Neptuno dios de las aguas, de la cual tuvo este muchas ninfas, como tambien á Triton, que de la cintura arriba era hombre y de allí abajo pescado, con los dos pies delenteros de caballo y la cola partida.

pezaba á moverse, cuando la embarcacion se ladeó y arrastró consigo hombres, aparejos y balsa.

Entonces cada uno procuró su salvacion personal. Algunos marineros chinos cabalgaron sobre los restos del buque, haciendo señales á los barcos pescadores; otros se arriesgaban sin titubear á salvar á nado la distancia que nos separaba de tierra. Como yo era bastante buen nadador, tomé este último partido, y como aquel escollo era batido por las olas, no tuve harta facilidad en libertarme de la fragosidad de la roca, tan pronto cubierta como dejada en seco. En el momento en que creía poderme sostener sobre el agua, fatigábame el mar y caía sobre aquellas puntas de coral que me maltrataban el pecho. En fin, nadando y caminando logré salir del arrecife y emprendí mi direccion hácia la orilla. Por desgracia habia gastado ya mis fuerzas en aquella primera lucha; mis brazos, mis pies, mi cuerpo estaban estenuados de fatiga, y el agua salobre hacia escocer mis heridas. Sin embargo fuí avanzando y ganando terreno; 50 toesas despues toqué la playa. Pero este largo drama hubiera tenido un desenlace demasiado sencillo. Quiso mi estrella que en el momento de aportar, uno de nuestros marineros que nadaba á mi lado, no sintiéndose con fuerzas suficientes para sostenerse, asió con una de mis piernas y me arrastró al fondo del agua. Terrible fué ciertamente el instante, pues aunque tenia bastante sangre fria para comprender el peligro, carecia del vigor necesario para combatirlo. Sobrecojido súbitamente de una resignacion pasiva, dejéme colar con el obstinado Chino, sin esperimentar la voluntad ni traslucir la posibilidad de defenderme. Lo que ocurrió despues de aquel indecible momento hasta la hora en que volví en mí sobre la playa, jadeando y salvado de la asfixia; esta angustia, este silvido en los oídos, ese aniquilamiento que empieza cuando laten todavía las arterías; ese largo dormir sin ensueño; todo esto forma una serie de impresiones que en vano pretenderian espresarse por medio de imájenes ó palabras. En aquel momento creo que llegué tan cerca de la muerte como es posible.

Cuando recobré el uso de mis potencias, se hallaban á mi lado muchos marineros sobre la playa: Tchaou-Tsing, salvado y en pie, parecia haber tomado de nuevo el mando de los náufragos. Los cuidados que se me prodigaban entonces, nacian sin duda alguna de su intervencion benéfica. Habíanme desnudado y me ponian en movimiento todos los miembros para escitar en la piel algun calor. A medida que la vida iba fluyendo de nuevo en mí, sentia circular por mis venas un bienestar inefable. Sensaciones físicas, confusas al principio, pero mas distintas; ideas vagas, pero mejor determinadas; una progresion gradual é inefable hácia la percepcion y el pensamiento: hé aquí lo que esperimenté en aquel doble tránsito de la vida á la muerte, y de la muerte á la vida.

A vista de nuestro infortunio, habian concurrido varios pescadores y cultivadores de aquellos contornos. Ni tan solo sabíamos en que paraje nos hallábamos: Tchaou-Tsing era el único que se creía positivamente en la isla de Kiousou. No se engañó en su cálculo. Los naturales nos dijeron que apenas nos hallábamos á seis leguas de Nangasaki: así que, la tempestad soplando del S. nos habia impelido en rumbo directo, y si la niebla disipada repentinamente nos hubiese permitido columbrar las elevadas montañas que dominan la factoría holandesa, hubiéramos podido dirijir mejor el junco é ir á amarrarlo en su rada. Pero el cielo lo habia dispuesto de otro modo.

Mientras habia permanecido desmayado, otro incidente habia tenido lugar en el peñascoso banco, sepulcro de nuestro pobre buque. Los pescadores, pilotos familiares de aquellos parajes, habian podido atracar el escollo por un punto defendido contra la marejada, y empezaban á construir una especie de armadía de mercancías con el ausilio de un vaiven. El primer batel cargado transportó una gran porcion de los bagajes dejados en la cámara, y no fué poca mi satisfacción cuando reconocí dos maletas de efectos que me pertenecian, en especial una cajita que contenia mis papeles, mis cartas y una multitud de objetos preciosos. No solamente encerraba todos mis recuerdos de Francia, sino tambien los medios de continuar mi peregrinacion. Era hallar una felicidad en la desdicha. El capitan, habiendo reconocido mis efectos, mandó que me los entregasen, y lo primero que hice fué sacar de la cajita algunas piezas de oro que los patronos de la barca japonesa aceptaron tras reiterados saludos. Terminé mi jenerosidad por los marineros que me habian cuidado. Vestido con ropa enjuta y recobrado de la sacudida del naufrajio, sentíme aun con bastantes fuerzas para dirijirme á Nangasaki aquel mismo dia.

Ocupado Tchaou-Tsing de recojer los restos del buque naufragado, no pudo seguir mis pasos. Abrazóme derramando lágrimas y me dirijió á un comerciante chino, su consignatario, á fin de que le informase de la catástrofe ocurrida. A las dos horas emprendí la marcha, siguiendo la costa, y escoltado de cuatro hombres que llevaban mis maletas y me servian de guias. Su medio de transporte consistia en un fuerte mambú colocado sobre el hombro y equilibrado por los fardos que pendian de cada estremo. Al primer alto alquilé un caballo que me condujo en pocas horas á la ciudad.

ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

1. Corps de Garde Japonnais.

1 Cuerpo de guardia Japonés.

2. Rencontre de Personnages distingués.

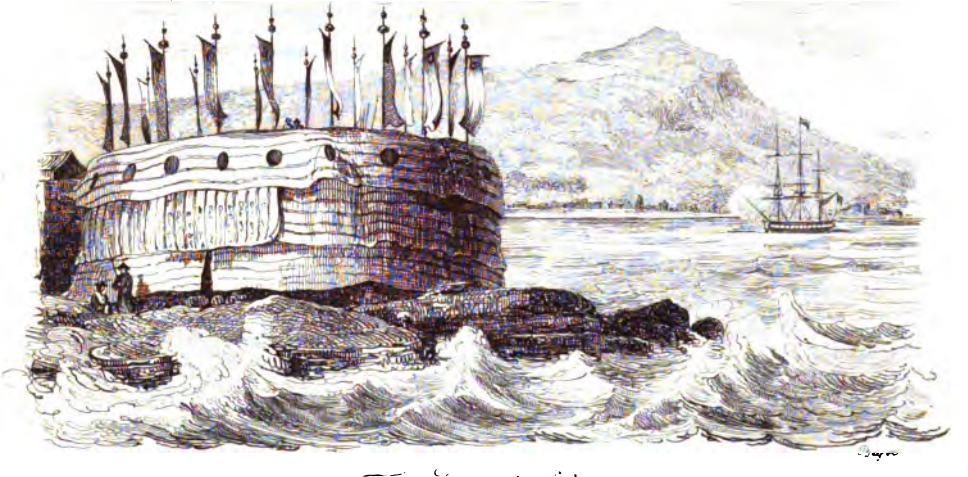
2 Encuentro de Personages de distinción

de Sainson del.

VOYAGE

VIAJE

THE NEW
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



3. Fort Japonnais Pavoisé.

3 Fuerte Japonés empavesado

4 Soldats Japonnais.

4 Soldados Japoneses

Lo que mas llamó mi atencion, fué el aspecto de desolacion que ofrecia la campiña. El taï-foung de la víspera, aunque amortiguado en esta latitud, habia talado los árboles vecinos á la playa y derribado el techo de muchas habitaciones. A medida que me iba aproxsimando á la ciudad, se borraban los vestijios de aquel desastre, mostrándose todos los nuevos caractéres de la comarca japonesa. En el promontorio que forma uno de los lados de la bahía de Nangasaki, observé un fuerte empavesado para saludar la salida de una fragata holandesa. Este fuerte consistia en una simple conjerie de piedras, escatimada á distancias iguales por troncras redondas, por medio de las cuales pasaban en tiempo de guerra las bocas de los cañones. Habia aquel dia una multitud de mástiles con una larga banderilla fijada en toda su lonjitud (Pl. XLV.—3). Pendian igualmente sobre el muro varios lienzos listados, cual esas tiendas de aparato que tapizan las casas en los dias en que las procesiones recorren nuestras ciudades mercantiles.

Al rededor de aquel fuerte, cuyos pies bañaba el mar, encontré por primera vez personajes de distincion. Hasta entonces solo viera algunos pescadores y marinos por acá y acullá que no me habian ofrecido una idea harto maravillosa de la belleza de la sangre y del traje indíjenas. El nuevo encuentro no me escitó mucho aquella idea. Eran dos grupos de Japoneses que, establecidos sin duda en una habitacion de las cercanías, se cruzaban en el camino, y se saludaban con su cabeza medio rasurada, su frente inclinada y sus brazos pendientes hasta el suelo. Aquellos nobles personajes formaban el mas curioso cuadro que pueda imajinarse (Pl. XLV.—2).

El tipo de aquellos hombres parecióme conservar una marcada analojía con el de los Chinos. Eran sin duda alguna seres oriundos de una propia fuente, modificados solamente por la diferencia de los climas. Siempre eran sus ojos hundi- una niña negra y la ceja muy alta; su cabeza dos, congrande estaba colocada sobre un cuello muy corto; el pelo era negro, el tinte moreno y la talla robusta, pero poco elegante.

El traje era casi uniforme entre aquellos individuos. Componíase de largos ropajes, de seda los de los amos, y de algodon los de los criados. Una de aquellas ropas interiores llegaba hasta mas abajo de la rodilla y era contenida por un cinto ancho como la mano. El cuello era desnudo. A mas de aquella ropa que toca á la carne, los ricos traen pantalones de tela delgada, y encima del todo llevan otra ropa de ceremonia, flotante, abierta, parda ó negra, que se quita al entrar en un salon.

La vista de un estranjero en aquel camino pareció admirar á la noble compañía japonesa; pero cuando me vió continuar pacíficamente mi camino hácia Nangasaki, saludóme sin decir nada. Ningun otro incidente ocurrió hasta la entrada de los arrabales, donde encontré dos centinelas avanzados, infante y jinete. Este llevaba el sombrero cónico con penacho, la prolongada pica en la mano derecha, los dos sables al lado izquierdo, y el arco y la aljaba á la espalda. Su vestido flotante en la parte superior, caía sobre un ancho pantalon. El caballo que montaba me pareció de muy buena raza y de formas elegantes (Pl. XLV.—4). El infante llevaba tambien un doble vestido de tela de algodon, el uno mas corto que el otro; su sombrero era de cuero barnizado y se redondeaba en forma de cúpula que le comunicaba cierta gracia. Sus armas consistian en dos sables y un fusil con mecha.

Apenas me hubieron percibido los centinelas, cuando me hicieron un grito de amenaza. Adelantóse uno de mis guias, y sin duda refirió al oficial que sobrevino la catástrofe de que iba á ser víctima. Aquella relacion cambió la actitud y las disposiciones de los soldados. Aproxsimáronse á mí, contemplándome con interés y bondad, y me invitaron con toda la urbanidad posible á dirijirme al cuerpo de guardia mas vecino donde debia terminarse mi interrogatorio. Aquel cuerpo de guardia estaba situado en la misma puerta de Nangasaki. Componíase de un soportal cuadrado, flanqueado por una parte de un gran farol para la noche, y por otra del estandarte imperial. Delante de una especie de peristilo abierto veíanse dos faccionarios, que se reconocian por el traje denominado *kamisimo*, y por los dos sables que únicamente pueden llevar los militares, y armados el uno con la lanza, el otro con el fusil de mecha (Pl. XLV.—1). Bajo el mismo peristilo habia una reunion de fusiles guardados por dos soldados ociosos, sentados en el suelo. Allende una especie de arco habia la pieza interior donde alojaba el oficial ó *banjo*.

En aquella sala me retuvieron prisionero hasta que vino un intérprete de la factoría holandesa á establecer algunos puntos de contacto entre mí y la autoridad militar. Llegó al fin este intérprete, pobre Japonés, que apenas poseía algunas frases de mal neerlandés, sin que me comprendiese mas de lo que yo le comprendia, y tan perfecto pícaro, que nos vímos obligados á crearnos un lenguaje por medio de jestos, á manera de los sordo-mudos. Comprendí que se me ecsijian dos cosas: la una era dejar visitar mis maletas para asegurarse que no contenian nada prohibido ni sujeto á la tarifa; la segunda designar un comerciante de la factoría que se declarase responsable de mis

hechos y de mis jestos, mientras permaneciese allí. Satisfice al primer punto entregando las llaves de mis cofres; y contesté al segundo por el nombre de M. Nidbolt, que la prevision de Wilmot me hiciera inscribir en mi librito de memorias.

Este nombre produjo un grande efecto, porque M. Nidbolt era á la sazon uno de los comerciantes mas ricos de la factoría de Nangasaki. Cerráronse las maletas, guardando sin embargo dos Biblias que se hallaban en una de ellas, y despues se me dieron cuatro soldados cual escolta de honor, para conducirme á casa de M. Nidbolt. Habitaba en la pequeña isla de Desima que los emperadores del Japon han abandonado enteramente al establecimiento europeo. Una chalupa nos condujo á ella. La habitacion del comerciante estaba situada á la orilla, y cuando desembarcámos, se hallaba él mismo ante su puerta. Resuelto á entablar francamente la conversacion, no quise hablar holandés, pues apenas poseía de él algunas palabras. Fué una grande satisfaccion para mí el ver que me contestaba en inglés y que esta lengua le era familiar. Así que, la curiosidad de los intérpretes era frustrada, y ya me hallaba en libertad de decirlo todo aun delante de aquellos testigos.

Narré pues á M. Nidbolt mi naufrajio con su milagroso término. Añadí que mi amigo Wilmot de Calcuta me habia entregado una lista de nombres para todas las escalas asiáticas, y que al lado de la factoría de Nangasaki habia escrito el nombre de Nidbolt. No se necesitó mas paraque el buen comerciante me tendiese la mano: «el viejo Wilmot ha sido mi compañero de viaje, dijo, mi inseparable en Batavia, en Malaca, en Madras, en todos los puntos donde pasaba mi juventud como marino y como sobrecarga. V. es el camarada de su hijo; pues no necesito mas, caballero. En lo sucesivo será V. considerado como de los nuestros. Tengo un hijo que será su guia y su piloto. Entremos.» Despues de estas palabras cordiales, despidió á mi intérprete y á los banjos que me habian acompañado, y subímos la escalera que conducia á su casa.

«Pablo, dijo á un jóven blondo y gallardo; Pablo, he aquí un estranjero, un recomendado de Wilmot, naufragado esta mañana en el junco chino que habia señalado. Es nuestro huésped, Pablo, y de consiguiente prodígale todos los cuidados.» El leal caballero no tenia necesidad de las órdenes paternas; pues me apreciaba ya. Un Europeo, un náufrago, es un tesoro, cuando tiene 22 años y vive refujiado en una pequeña isla japonesa. Pablo me salió al encuentro, y me sacudió la mano de un modo mas apreciable que veinte frases de urbanidad. Lanzábase con el candor juvenil, con esa injenua lealtad que no admite arrepentimiento.

Como á la sazon era tarde, cenámos y reservámos para el dia siguiente nuestras correrías y observaciones. En efecto, al rayar del alba me hallaba ya en pie, decidido á llamar á la puerta de mi jóven amigo. Pero Pablo me habia prevenido y me estaba aguardando en la sala comun con un vaso de *sakki*, licor estraído del arroz fermentado, y que cambia de nombre segun los países, camchou ó sig-ching en China, chazzi en Liou-Tcheou y sakki en el Japon.

Tratábamonos ya como antiguos conocidos: tan leal y comunicativa es la juventud! «Y bien le dije, que hacemos? Vamos á recorrer la ciudad ó á visitar las cercanías?—No vaya V, aprisa, señor Francés; no vaya V. aprisa. Es V. demasiado vivo para este país. Ignora acaso qué es un emperador del Japon? Ignora quienes son sus ajentes subalternos? Aquí la ciudad pertenece á los *tomosamas* (alcaldes), y á los *ottonas* (comisarios de policía). Ni un paso se da mas que á su gusto. Cuando V. levanta la mano de un modo que la ley imperial no ha previsto, las autoridades despiden en pos de V. una nube de *banjos* (oficiales militares) que le recuerdan las condiciones de su mansion. La isla de Desima es nuestra cárcel: las autoridades locales hacen construir en ella alojamientos, y ecsijen en seguida su alquiler. Este es todo el terreno que nos es permitido correr, 200 pasos de lonjitud sobre 100 de anchura. Un recinto de madera nos impide tambien la vista del mar: una cerca en planchas ciñe toda la isla. En las dos puertas que le sirven de abertura, la una en la playa, la otra en la parte de la ciudad, vijilan noche y dia varios faccionarios japoneses que impiden el contrabando de hombres por una parte, y por otra el contrabando de jéneros. Vamos, es muy horrible la vida que pasamos aquí, de suerte que sino tuviésemos la esperanza de ir á reunirnos con nuestras familias en Batavia dentro de pocos años, no podríamos permanecer en este apostadero un solo dia.—Y á qué vienen todos esos rigores y todas esas trabas?—Son la consecuencia de un sistema político y comercial. Desde la horrible persecucion que tuvo lugar en estas islas contra los neófitos cristianos, el emperador espiritual del Japon, el Kairi, espidió en todo el territorio sometido á su poder las órdenes mas severas contra la introduccion de los estranjeros. Dos naciones solo han escapado á esa proscripcion jeneral, los Holandeses y los Chinos. Pero ya ve V. que se han dispuesto las cosas de tal suerte que no pueden abusar mucho de la tolerancia imperial. Cien pasos cuadrados de tier-

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX AND TILDEN FOUNDATIONS

1. Une Rue de Nangasaki.

1 Una Calle de Nangasaki.

2. Dames Japonaises à la Promenade.

2 Señoras Japonesas en el Paseo

de Saisson del.

ra japonesa, con la diaria vijilancia de los banjos. »

Yo no llegaba á creer lo que oía. Sobre todo no llegaba á comprender como habia podido resignarse á semejantes cláusulas ningun pueblo, ni como podian los hombres sufrir aquella vida claustrada, aquella actitud eternamente sospechosa por parte de los naturales, aquella tristeza, aquel perpetuo quien vive. Yo ignoraba completamente los pacientes recursos que inspira la sed de la ganancia, y la fuerza de inercia que presta á los que están atormentados de ella. Por otra parte, los Holandeses, establecidos en Nangasaki, sorprendian poco á poco á las autoridades locales, arrancándoles la posesion que les negaba la fé. Su actividad, astucia y perseverancia les inducian á insistir con tanta oportunidad, que casi siempre no se podia menos de cedérselo. De esta suerte consiguieron gradualmente salvar los límites de la isla para ir á visitar Nangasaki, y, merced á sus obstinadas usurpaciones, esta tolerancia habia pasado casi á ser un derecho lejítimo.

Pablo me enteró de aquellos pequeños manejos. « Asegúrese V, añadió; nosotros procurarémos no dejarlo perecer de enojo; es preciso que la tierra del Japon no le sea mas funesta que los profundos abismos del mar. » Proferidas estas palabras, salímos y empezámos nuestra revista de las localidades.

Mi primera ojeada se dirijió á aquella pequeña isla de Desima que á lo mas compone una calle de Nangasaki. Cuando la marea baja, Desima es separada de la tierra firme por un solo foso. Sus almacenes de la Compañía, su hospital, las casas de los factores de dos altos, con el depósito en el piso bajo y los alojamientos en el primero, constituyen todo el establecimiento. Todas aquellas construcciones son de madera y de tapia: su techo es cubierto de tejas; las ventanas tienen rejas de papel y el suelo está sembrado de esteras. Hace poco tiempo que se han hecho venir de Batavia algunos pequeños compartimientos para guarnecer los cruceros. En el estremo de aquellas construcciones se ve un jardin de recreo con una atalaya de dos pisos. A mayor distancia se halla el colejio de los intérpretes, edificio espacioso que sirve para alojar á los Japoneses revestidos de esas funciones. Cuando los navíos de la Compañía están en rada, habitan en ellos en número bastante considerable; pero cuando la escuadra mercante se ha hecho á la vela, únicamente se quedan en aquel apostadero uno ó dos trujamanes. Desima contiene ademas un edificio para los *ottonas*, especie de comisarios de policía encargados de vijilar lo que pasa en la isla ó instruir de ello al gobernador. Estos *ottonas* mandan la guardia y los apostaderos, y dan la consigna á los centinelas.

Pablo me condujo al alojamiento de aquellos *ottonas*, á fin de obtener el permiso de ir á Nangasaki. Hallámos á aquellos oficiales fumando y bebiendo té. Cuando entró el jóven holandés, se levantaron para saludarlo amistosamente, y en seguida nos ofrecieron una pipa, una taza de té y el vaso de sakki. De una ojeada ví que nada negarian á Pablo Nidbelt, y que todo lo que pidiésemos se nos concederia. Entablóse la conversacion sin que yo pudiese decir una palabra: algunos minutos despues, entraron á una señal dada algunos *banjos*, jefes del vecino cuerpo de guardia con la órden de escoltarnos hasta la ciudad. El centinela nos saludó al pasar, y pronto nos encontrámos en medio de las calles de Nangasaki.

Era la hora de los negocios matinales, en que los vecinos arrabales de Desima estaban atestados de pueblo. A lo lejos se percibian sus templos en la altura, mientras que se cruzaban en todos sentidos algunas calles cortas, cada una con una puerta en sus dos estremos, de manera que formaban un cuartel distinto. Por la noche se cierran aquellas puertas, y de dias cada cuartel es vijilado por un oficial que en él habita.

A la bajada del primer puente que conduce á Nangasaki, pudímos observar ya la diversidad de trajes, de fisonomías, de tipos y de costumbres que caracterizan aquella poblacion. Aquí se empujaban varios soldados con sus dos sables; allí se daban el brazo dos mujeres abrigándose bajo el mismo quitasol; allá corrian varios mercaderes ambulantes indicando su comercio por medio de algunos signos esteriores ó de un grito particular; acullá caminaban con gravedad algunas personas enlutadas, que fácilmente podian reconocerse por una especie de cesta que les cubria la cabeza hasta los ojos (PL. XLVI. — 1). Toda aquella multitud andaba atrafagada cruzándose en diversas direcciones estrepitosa sin desórden, curiosa sin impertinencia. En medio de aquellos adornados techos, de aquellas casas pintadas, de aquellas plazas planteadas de árboles, aquel movimiento popular era harto curioso para observado.

« Salgamos de estos arrabales tumultuosos, me dijo Pablo, quiero hacerle ver á V. los Campos Eliseos de Nangasaki. » Y guiándome al través de calles tranquilas, llegámos á un vasto jardin, admirablemente plantado, todavía verde en aquella estacion, cortado de agua, de florestas, de bosques y de prados. « Aquí tiene V., añadió, el punto de reunion de las damas japonesas. Paseémonos un instante, no tardará V. en ver algunas. » Efectivamente, en

breve oímos los pasos de una mujer. Aquella Japonesa llevaba un vestido de seda de dibujos, que llegaba hasta el suelo, y en su mano, muy linda y delicada, tenia una flor. Por el momento, no nos fué posible ver mas, porque á fin de no arriesgar al sol la frescura de su tinte, se habia hecho acompañar por un criado medio desnudo, que llevaba, suspendido en la estremidad de un flecsible mambú, no una sombrilla, sino una ancha vela (Pl. XLVI. — 2). Esta vela, de una tela muy fina, estaba guarnecida de una gasa muy clara, en el punto que correspondia á los ojos.

Aquel semi-misterio acababa de escitar mas vivamente mi curiosidad, cuando se presentó otra Japonesa con la cabeza desnuda, y oponiendo solamente á los rayos del sol cierto objeto de laca dorada (Pl. XLVI. — 2). Aquella era hermosa, de una espresion de semblante regular y dulce, los ojos pequeños, en suma llena de sencilla elegancia y de coqueta modestia. Sus cabellos realzados de ambos lados de la cabeza y frotados con una sustancia oleosa, se dividian en mechones casi iguales, mientras que en el medio se reunia uno muy largo en forma de bucle contenido por un peine de concha. La ropa era de magnífica seda recamada.

Aquel jardin era verdaderamente las Tullerías de Nangasaki. No bien habia transcurrido una media hora que nos hallábamos en él, cuando habian ya desfilado á nuestra vista una multitud de beldades japonesas; Pablo que parecia conocerlas me habia nombrado muchas. La una, segun él, era la esposa del *tomosama* ó gobernador; la otra la del *ninban* ó majistrado de justicia; esta pertenecia al *ottona* que nos habia dado un permiso de entrada; aquella al *nenguiosi* ú oficial anual. De esta suerte todas las autoridades de la ciudad tenian su representante en aquel jardin.

Este paseo tan atractivo fué interrumpido bruscamente. Presentósenos un intérprete de los ottonas para significarnos que ya era tiempo de volvernos á Desima, y como M. Nidbolt hubiera podido estar ansioso, recobrâmos el camino de la isla donde nos aguardaban con una mesa ricamente servida. Yo habia contado con Pablo para guiarme en mis escursiones aventureras; pero en lo serio de mi ecsámen necesitaba otras noticias á mas de las del jóven. El respetable M. Nidbolt previno mi pensamiento, poniéndome al corriente de la organizacion comercial de la factoría holandesa y su narracion fué la siguiente.

« Aquí hemos sucedido á los Portugueses. Llegados en 1542 al Japon, aquellos Europeos se mantuvieron en él con grandes ventajas por espacio de 60 años, segun ciertos historiadores, y durante un siglo, segun otros. Desde 1641, y á consecuencia de un tratado concluído con el emperador de Yedo, somos los únicos factores estranjeros, y en verdad el apostadero no es sobrado brillante para envidiado.

« Al principio teníamos algunos privilejios y libertades. Podíamos enviar hasta 10 navíos al puerto de Firando con tanta cantidad de oro, de plata y de mercancías como aconsejase el interés de los espectadores. Poco á poco se fué reduciendo este número; despues se cerró la rada de Firando á los buques bátavos, y al fin se circunscribió á los factores en esta pequeña isla de Desima, donde nos ve Vd. en la actualidad. Aqui de traba en traba, de restriccion en restriccion, de tasa en tasa, han llegado á limitar nuestro comercio al envío de dos navíos portadores entre ambos de un valor de 2,000.000 de florines.

« Desde entonces los emperadores japoneses únicamente se nos han manifestado por medio de vejaciones intolerables. No solamente han percibido los derechos de entrada, ó *fanagin*, á 15 por ciento sobre el valor de los objetos, si que tambien han aumentado para los Holandeses solos el valor numeral de su moneda, admitiendo de esta suerte dos pesos y dos medidas. Así que, el kobang, que solo tiene curso en el reino para 60 mas, nos pasa en cuenta por 68.

« Estas cargas pecuniarias son imperceptibles, parangonadas con su sistema de vijilancia aduanera. Apenas ha entrado una embarcacion, ya no pertenece á su tripulacion ni á su consignatario, sino que es la presa y el dominio de los banjos japoneses. Estos banjos siempre tienen la vista sobre él, se instalan á bordo y lo rodean de un cordon de barcos encargados de observarlo dia y noche. Ningun marino puede desembarcar sin un pasaporte del banjo instalado á bordo, y sin abandonar sus faltriqueras á la inspeccion de los que hacen centinela en el muelle. No contentos con estas precauciones fiscales, toman otras enteramente políticas. Una embarcacion no puede contener armas, ni pólvora, ni balas, ni libros; todos estos objetos se desembarcan para ser embarcados de nuevo la víspera de la salida. Antiguamente llegaban hasta arrebatar las velas, el timon y los cañones. Empero los embarazos y gastos que ocasionaba este transporte, los han hecho en este particular mas morijerados. La que verifican todos los dias, es una revista de la tripulacion que mañana y tarde está obligada á desfilar ante un ottona. Una incursion á tierra es casi como un viaje á Europa, pues para hacerla se necesita un pasaporte.

« Cuando se desembarcan cajones, los aduaneros no solamente ecsijen que sean abiertos y vaciados, sino que tambien sondean las planchas

que sospechan poder estar huecas, é internan barras de hierro en los vasos de dulces; hacen un agujero cuadrado en los quesos y en seguida los agujerean en todos sentidos, á veces han llevado la prevision hasta quebrantar los huevos para cerciorarse de que no contenian nada prohibido. Creeria Vd. que apesar de tantos obstaculos, á veces los Holandeses han encontrado medios de hacer el contrabando?

« No obstante este réjimen opresor, la isla de Desima ha tenido sus dias de prosperidad; la pequeña factoría ha conocido épocas brillantes y propicias. Hubo un siglo en que el empleo de factor en jefe solo se otorgaba por medio de poderosas recomendaciones; dos viajes eran suficientes al que lo obtenia para adquirir una fortuna inmensa. Actualmente un jefe puede hacer diez ó doce veces el viaje del Japon sin que por esto llegue á ser mas rico.

« Hé aquí como se tratan los negocios en el momento actual. Batavia no nos envia ya mas que dos embarcaciones anuales. Estas embarcaciones nos traen azúcar, dientes de elefantes, palo tinte, estaño, plomo, hierro, indianas finas, paño, raso, tejidos de seda, conchas de tortuga, alcanfor, junquillos, abalorios, azafran, etc; en cambio esportan cobre del Japon, que constituye la base de este comercio, alcanfor en bruto, objetos de laca, sederías, arroz y sakki. El artículo mas importante es el cobre, que en este país es mas fino que en ninguna otra comarca del globo, y contiene ademas mucho oro. Lo funden en barras largas y gruesas apenas como el dedo, redondas por una parte y llanas por otra. Estas barras son distribuídas por cajones de un pikoul, ó 120 libras.

« Ningun mercado de Europa puede darle la idea del modo como se tratan los negocios en Nangasaki. Cuando se ha depositado en los almacenes todo el cargamento de entrada, se participa á los comerciantes del interior, que vienen de diversas partes para hacer sus ofertas. Las muestras de los artículos se depositan en casa del gobernador, donde debe irse para verlas y para hacer su sumision por la cantidad que desea y el precio que se ofrece. En seguida se obtiene un permiso para venir á la isla de Desima y ecsaminar con mas ecsactitud la mercancía. Concluídos estos preliminares, se ofrece una cantidad, pero tan baja y tan irrazonable, que se está seguro de no ser aceptada. Poco á poco se va ascendiendo hasta que los factores hayan dicho su precio. Raramente sucede que no se arregle el negocio despues de ocho ó diez dias de diplomacía. Cuando las ofertas se quedan á un precio demasiado mínimo, en vez de crear un antecedente peligroso, preferimos volver los fardos á Batavia.

« En esto consiste nuestro comercio, caballero; tal es nuestra posicion política. Es verdad que lo pagamos un poco caro, pues es un monopolio que no produce nada, ó almenos muy poca cosa. Añada V. á esto que en los meses en que nos hallamos actualmente, el clima, aunque sano durante todo el resto del año, determina un gran número de enfermedades. Ademas el enojo y abandono en que nos dejan durante ocho meses del año nos ponen muy melancólicos, pues cuando los navíos de Batavia se han hecho á la vela, apenas quedan aquí doce Holandeses.

« Vivimos pues completamente aislados en nuestro pequeño cuadrado de tierra, sin noticias de Europa, sin libros, sin distracciones, sin placeres esteriores. Una pipa, un saco de tabaco, algunas tazas de té, un poco de lujo en los festines, algunas monótonas conversaciones sobre los asuntos comerciales de la próxima estacion, ó sobre los resultados de la escion pasada; hé aquí en que pasamos la vida, caballero, vida monótona, ingrata, estéril. Así es que solo esperimentamos un poco de dicha el dia en que nuestros navíos nos llevan lejos de este maldito suelo. Siendo jóvenes, aun nos distraemos un poco; los regocijos de la mesa, las cortesanas japonesas, el abuso del sakki, la pasion del juego, todo esto mata, si se quiere, las horas de ocio; pero cuando ha hablado la edad, cuando la razon y la esperiencia han hecho justicia de estas locuras, entonces es cuando se siente todo el peso de los dias, de los meses, de los años, en un país que no es la patria, en una casa que no puede tenerse la familia. Nuestras Holandesas jamás vienen aquí.

—« Pues esto es como en China, le dije, las Holandesas de Nangasaki no son mas favorecidas que las Inglesas de Canton. »

De esta suerte continuó la conversacion durante muchas horas, sin que yo le interrumpiese; al paso que se esplicaba con una gracia y una bondad capaces de satisfacer á cualquiera. En seguida hablé de mis proyectos de viaje, y del plan que habia formado de ir hasta Yedo. « Actualmente es muy fácil, me respondió M. Nidbolt; pues no se necesita para esto ningun embajador ni ajente de negocios, por lo que algunos simples comerciantes de Nangasaki han emprendido muchas veces este viaje.... pero ah! ya me acuerdo, pasado mañana marchan dos Holandeses llegados con la *Cornelia Augusta*, el uno médico, y el otro naturalista, con un permiso del tomosama de Nangasaki; tal vez podrá V. hacerse comprender en el pasaporte de estos viajeros. — M. Nidbolt, en eso me haria V. un gran favor. » No necesité ya mas paraque el escelente jóven tomase al instante su sombrero y se saliese. « Pierda V. cuidado, dijo

Pablo, ya arreglaré el negocio como V. gusta.» Sin embargo, pasaron muchas horas sin que el comerciante volviese: sin duda que encontraba grandes dificultades de parte de las autoridades japonesas ó de los Holandeses que debian admitirme en su viaje. Pero al fin llegó. «Está ya concluído, me dijo, pero no sin dificultad; en fin nos hemos convenido y arreglado. El tomosama le autoriza á V. para ver Yedo; MM. Blockvius y Frayser están muy contentos de tener á un Francés por compañero de viaje. V. podrá satisfacer la tercera parte de los gastos; yo le daré dos de mis criados, y si necesita dinero, mi bolsillo está á su disposicion de V.— Muchas gracias, respondí.—Así pues solo tiene V. veinte y cuatro horas para conversar con mi Pablo. Mátelas V. todas en distracciones, en correrías por Nangasaki; no se inquiete por nada mas; yo me encargo de todo, nada le faltará á V.—¡Ah M. Nidbolt!—No me dé V. gracias, no, porque es tiempo perdido, y tenemos muy poco.

CAPÍTULO XLII.

JAPON. — YEDO.

A 15 de octubre partimos en nuestros *norimones*. Los norimones consisten en una especie de carrozas, hechas de cañas de mambú con ventanas en la delantera y á ambos lados. A poca diferencia es como la palanqueta de la India. Uno puede sentarse con toda comodidad y aun acostarse. El interior está forrado de preciosos tejidos de seda y de terciopelo, y guarnecido de un colchon y de una sábana igualmente de terciopelo. Algunas almohadas para los codos, mesas para escribir, esteras y cortinas de seda completan el sistema de los muebles. Es una cámara portátil, cómoda y muelle. El número de portadores es proporcionado al rango del viajero; seis almenos y doce á lo mas. Como teníamos que hacer largas jornadas, teníamos ocho que se relevaban.

A 15 de octubre de 1830 embarquéme en uno de aquellos cofres ambulantes. Al lado del mio se hallaban otros dos norimones, el uno para el Dr. Frayser, el otro para el naturalista Blockvius. Llegada la hora de partir se halló reunida toda nuestra servidumbre ante la casa de M. Nidbolt; entre todos conté unas cuarenta personas.

Arreglóme lo mejor que pude en mi pequeña jaula. Estaban ya dispuestos mis negocios con M. Nidbolt; habíame despedido ya del padre y del hijo, y de consiguiente partimos. En el decurso del viaje observé hasta que punto habia llevado la prevision el bravo Holandés. El temor de que me pudiese faltar algo en el camino, le habia hecho llevar las precauciones hasta el esceso. Es pues el caso, que en mi norimon hallé debajo de mis pies, una cajita oblonga, de laca dorada que contenia varias hileras de botellas de vino y de cerveza, manteca y té de diversas cualidades. Esta pequeña reserva de boca era independiente de las grandes provisiones de que iban cargados otros caballos. Tenia además una cama completa, sábanas, colchon y almohadas. Viajaba con un lujo de nabab, apesar mio, sin que hubiese podido preverlo é impedirlo. No juzgaba que M. Nidbolt se hubiese creído obligado por una palabra á una fujitiva promesa. «Nada tema V., no le faltará nada, dijera el escelente jóven.» Y no solamente no me faltaba nada, sino que aun me hallaba embarazado de todas mis riquezas.

Los Japoneses que iban junto á nosotros, los unos para servirnos ó conducirnos, los otros para vijilarnos, llevaban todos el sombrero de forma cónica, un abanico, un quitasol, y algunas veces una holgada capa de papel aceitoso.

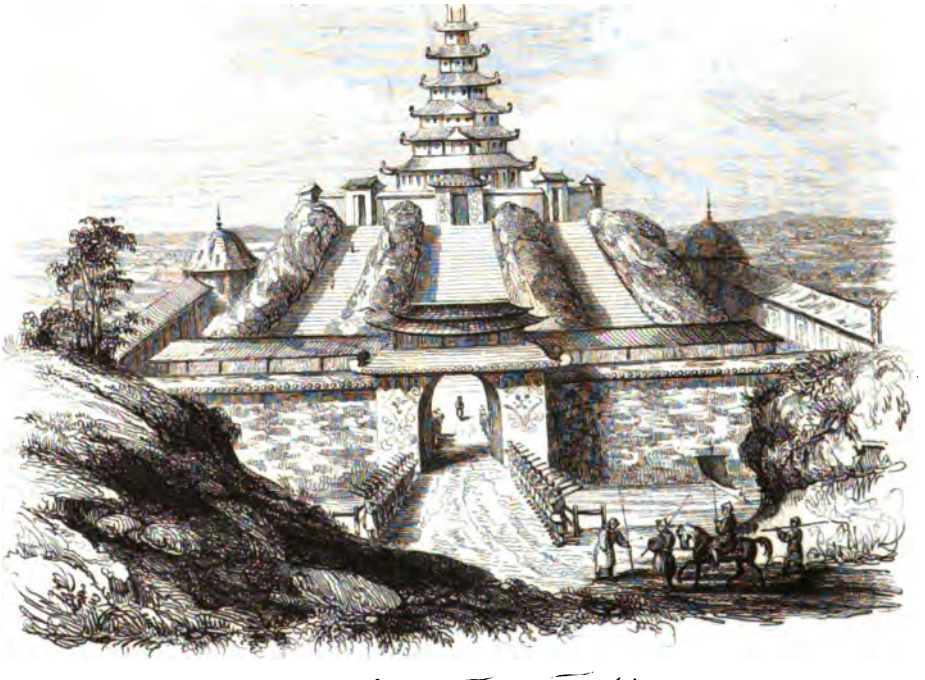
Este viaje terrestre seria sobrado largo para referido. Pasámos á Honnai, notable por su palacio situado casi en la cresta de un peñon, con una bandera puesta en la roca viva (Pl. XLVI—3). Este palacio de Honnai se compone de un largo cuerpo de edificio superado por cuatro construcciones en forma de atalayas, colocadas unas sobre otras. En frente del edificio figura una especie de arco triunfal situado á media altura del patio. Los jardines del palacio de Honnai son muy celebrados en el Japon por su magnificencia.

En Firando, donde antiguamente habia la factoría holandesa, nuestros guias nos hicieron admirar el palacio fortificado, una de las maravillas del imperio. Este palacio consiste en un monumento situado en el peñon (Pl. XLVI—4). Un ancho foso y una muralla ciñen aquella construccion que parece constituir un punto militar bastante importante en el país. Contiene algunas casernas que en caso de necesidad podrian contener una guarnicion de un millar de hombres. Se sube al fuerte por medio de graderías practicadas en la roca. Estas graderías se dividen en tres rampas separadas por tramos graníticos. El edificio superior está rodeado de un muro con doce puertas (Pl. XLVI.—4).

Los arrabales y aldeas que hallámos en el camino de Nangasaki á Firando, no tenian mas que una calle, pero á veces tan larga, que se necesitaba una hora para recorrerla toda. Las casas alineadas á ambos lados del camino, en jeneral son espaciosas; pero no tienen mas que dos pisos, de los cuales solo el bajo es habitado, pues el resto sirve de granero. Al verlas tan regulares y tan aseadas en el esterior, pa-

3. Palais à Onnay.

3 Palacio en Onay



4. Château Fort de Tirando.

4 Castillo de Tirando

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

recen construídas de piedra, á causa de la industriosa disposicion de los pedazos de mambú que forman el cuerpo del edificio. Mas de una vez se improvisaron para nosotros varias distribuciones en el momento en que llegábamos á los mesones. Los Japoneses ignoran el uso de las camas, de suerte que habitualmente dormíamos en colchones colocados sobre esteras. El doctor Frayser se habia procurado una hamaca; pero como no podia suspenderla, raras veces se servia de ella.

En Firando dejámos los norimones para tomar un transporte japonés, que debia hacer escala en Osakka, y desde allí dirijirse á Yedo. Despedidos y pagados, nuestros portadores se volvieron á Nangasaki. En cuanto á los banjos, no nos abandonaron, pues estaban como atados con nuestras personas. Nuestro yacht, si es que pueda darse este nombre á aquel pesado y desagradable junco, tenia proporciones y formas muy estrañas para Europeos, habituados á la armonía y elegancia de nuestras construcciones navales. Su lonjitud era de 60 pies, en la popa tenia 25 de anchura, y parecia hueco prodijiosamente en el medio. Estas embarcaciones de cedro son mucho menos fuertes que las nuestras. Solo tienen un palo, pero en caso de necesidad pueden armar una doble hilera de viradores. Una enorme cámara ocuparia toda la popa: como en los navíos chinos, esta cámara se eleva á una grande altura sobre el puente y algunas veces lo escede en anchura, lo cual produce un efecto muy desagradable.

Este transporte debia conducirnos hasta Yedo. El Dr. Frayser y yo nos embarcámos sin dificultad; pero no sucedió lo mismo con el pobre M. Blockvius que hasta entonces habia hecho casi todo el camino á pie, con gran satisfaccion de sus portadores, muy contento por haber enriquecido su coleccion con algunos cascajos.

Qué disgusto para él! Habia reconocido ya en globo la rica flora del país; habia encontrado la bella gardena de anchas flores, la traconta polifila, de olor cadavérico y propiedades infantidicias; el macre que crece en los arrozales, la azalea de las Indias con sus ondulosos penachos; la coseta de flores dobles; el trebol febrino, el nelumbo, el canang y muchas otras plantas. Cada arbusto, cada árbol llamaba la atencion del naturalista; los robles, las ideas, los viornos, los arces, el lindera, el galo; pero especialmente el mas bello de los árboles de esta familia, el incomparable tuya del Japon, de talle recto y alto, de hojas verdes por una parte y arjentadas por otra. Cuando el sabio habia encontrado algun hermoso plantel de esta última especie, comunmente venia hácia nuestros norimones, y nos obligaba á admirar su descubrimiento.

Júzguese el sentimiento de M. Blockvius, cuando tuvímos que renunciar á aquel modo de viajar. En lo sucesivo, en vez de todas aquellas riquezas vejetales, qué es lo que le quedaba? Algunos raros pescados al rededor del junco inaccesibles y comunes á todas las comarcas, algunas observaciones atmosféricas, algunos fenómenos de fosforescencia! Compensacion miserable á todos los placeres que perdia! Así es que cuando subió á bordo de la embarcacion japonesa, se immutó su semblante; su peluca siempre tan recta y regular, se inclinaba sensiblemente á la izquierda; sus pequeños ojos gris flechaban el mal humor; en fin comió poco, y esta era la última y mas viva espresion de una borrasca interior.

Mas jóven que el sabio, sonreíase el Dr. de aquella estraña catadura. En la mesa me señalaba con la vista aquellos paroxismos de pesares que se revelaban por los profundos pliegues de las arrugas de la frente. Sin embargo, enternecido aventuró al fin algunas palabras de consolacion. Quizás en Osakka, en los alrededores de Yedo, decia, podrémos seguir de nuevo el camino de tierra. Estas pocas palabras fueron suficientes para serenar el semblante del naturalista; para olvidar los dias malos, le bastaba esperar mejores dias.

El viento soplaba en una direccion favorable, y de consiguiente nos embarcámos para emprender una navegacion larga y trabajosa en medio de las islas japonesas. Despues de doce dias de travesía mortal, arribámos á Osakka, donde, segun los términos de nuestro pasaporte solo podíamos permanecer 24 horas. Osakka es una de las ciudades imperiales del Japon, que dependen directamente del *Koubo*, ó el emperador civil: las otras cuatro son Nangasaki, Yedo, Sacay y Niako: forman el *Gokosi*, ó reunion de las ciudades marítimas y mercantes.

Osakka es gobernada casi como Nangasaki, por dos gobernadores que alternan en su empleo. Situado á orillas del mar, y á cuatro leguas de Niako, residencia del daïri; Osakki es una ciudad importante, rica en comestibles, poblada de comerciantes activos, ó de indolentes voluptuosos. Los señores del imperio quieren tener todos un apeadero en Osakka llamado en japonés, el *Teatro del placer*. Por medio del rio de Yodo-Gava que la atraviesa y de numerosos canales practicados en la llanura circumvecina, esta ciudad de 150.000 habitantes reune en efecto todos los placeres creados por la actividad humana á las maravillas de la naturaleza y de la vejetacion. Osak-

ka es la ciudad de los poetas, la ciudad de los artistas, la ciudad de los sibaritas.

Su policía sin embargo no es menos cómoda que en otras partes. Apenas habíamos puesto el pie en el mejor meson de la ciudad, cuando uno de los oficiales del tomosama vino á significar la órden de comparecer ante los majistrados encargados de la vijilancia de los estranjeros. Fatigados ó descansados, contentos ó mal contentos, tuvímos que obedecer, teniendo que sufrir el interrogatorio de aquella especie de tribunal. Los Japoneses revestidos de estas funciones, residian en un sotechado bastante espacioso, elevado sobre el muelle y rodeado de una galería descubierta. Ocupaban en aquel salon un alto estrado desde donde administraban justicia con una admirable seriedad. Nosotros tuvímos que haberlas con tres de ellos, cada uno de una figura tan caracterizada, que no pude menos de dibujarlos mientras interrogaban á mis compañeros de viaje. Nada habíamos visto aun tan japonés como aquellas tres criaturas. En sus labios salientes y gruesos, en sus ojos oblicuos y tiernos, en el aspecto de su frente podian leerse á la vez la delicadeza y la desconfianza unidas á alguna bondad instintiva (Pl. XLVII.—1). Despues de algunas preguntas hechas á cada uno de nosotros, ecsaminaron con atencion nuestros pasaportes, nos hicieron servir té y dulces, y en seguida nos despidieron.

Despues de volvernos á nuestro meson, llegámos hasta la ciudadela de Osakka, la mas fuerte é importante del imperio, despues de los palacios fortificados de Miako y de Yedo. Es una construccion que tiene una milla en cuadro. Un foso lleno de agua y una doble muralla forman todo su sistema de defensa. Unicamente se veían en el glasis interior muy pocos cañones, y el número limitado de las troneras indicaba que el número de piezas en batería nunca fuera muy considerable. En el decurso de aquel largo paseo, solo habíamos encontrado hasta entonces mujeres plebeyas bastante indolentes y desaseadas, y en verdad no pude menos de estrañar el no haber visto una sola de aquellas célebres beldades que pueblan Osakka, Ossakka la Milo japonesa, la Circasia del Asia oriental. Al bajar un puente echado sobre un canal interior, varió la fortuna. Adelantábase hácia nosotros una Lais del país, sentada sobre un carro de dos ruedas y arrastrado por una criada. El semblante de aquella mujer era gracioso y seductor; sus cabellos reunidos en forma de anillo en la coronilla de la cabeza, se esmaltaban por acá y acullá de flores naturales, y jugando con el abanico desplegaba todas sus gracias y todos sus atractivos (Pl. XLVII.—2). El carro en que iba no carecia de elegancia ni de suntuosidad. Era una simple carroza de ruedas macizas con los rayos y el centro esculpidos minuciosamente; pero encima del tren se alzaba una especie de cimborio. En suma, aquel pequeño carro era un modelo de delicadeza y de lujo coqueto, en el cual figuraba nuestra Japonesa con un semblante risueño que cuadraba muy bien en aquel bufete ambulante.

Vueltos á nuestro meson, encontrámos á nuestros banjos ya muy inquietos de nuestra ausencia. Para calmar su mal humor, les brindámos á participar de un pequeño almuerzo compuesto de té y de regustos de harina de arroz, blancos y verdes, pastelería muy estimada en Osakka y en Miako. Esta última ciudad solo distaba cinco leguas, y hubiéramos deseado romper la rigurosa consigna de las autoridades japonesas para ir á visitar la capital relijiosa de la comarca, pero nos era absolutamente imposible. A falta de observaciones personales, tuvímos que limitarnos á recojer algunas noticias.

Miako (capital) llamada igualmente *Kio* (residencia) está situada en una ensenada circuída de un anfiteatro de colinas. Kamo-Gava, afluyente del Yodo-Gava, baña su parte oriental. Ninguna ciudad del Japon es mas rica en monumentos que esta residencia de su soberano espiritual. Contiene el palacio de este otro emperador, del daïri, espacioso recinto terminado por todas partes de murallas y de fosos. En el centro hay una inmensa torre cuadrada, de donde parten en todas direcciones trece calles habitadas por los grandes dignitarios. El Kouby, ó seongoun, emperador temporal del Japon, y dueño de hecho de todo el poder ejecutivo, tiene igualmente su palacio en Miako, palacio construído de piedra labrada y rodeado de dos fosos, el uno seco y el otro lleno de agua. Pero el monumento mas prodijioso de Miako es el templo de Fokosi, célebre en Asia por su imájen colosal del *Daibouts*, ó gran Bouddha, apellidado *Rousiana* (el esplendente). Esta estatua representa á Daibouts agachado á la manera indiana, sobre una flor de lotus. Antiguamente era de bronce dorado; pero como el terremoto de 1662 la derribó enteramente, reemplazáronla en 1667 por una estatua de madera, cubierta de papel dorado. La altura total del coloso es de 80 pies, de los cuales los 70 son de la estatua y los 10 de la flor de lotus. El interior del templo, cuyo pavimento es de mármol blanco, está adornado de 96 columnas de madera de cedro. A poca distancia del centro se halla suspendida la mayor campana que he visto en el globo; su altura es de 17 pies, y su peso de 1,700.000 libras japonesas, equivalente á 2,000.000 de libras holandesas. Despues de este

1. Portraits de Japonnais.

1. Retratos de Japoneses

2. Dame Japonnaise en Char.

2. Señora Japonesa en Carro.

de Jansson del.

gran templo, el mejor es el de Wanwou, que contiene una estatua jigantesca con 36 manos, y al rededor de esta otros seis colosos de héroes, y miríadas de dioses subalternos cuyo talle se gradúa de tal suerte, que las cabezas forman un plano inclinado, por cuyo medio se ven todas de una sola ojeada. Si hemos de dar crédito á los Japoneses, su número asciende á 333.333!

Miako no es solamente la ciudad religiosa del Japon, si que tambien una de las ciudades mas ricas y mas industriosas del imperio. Es á la vez una Roma y una Génova, una Benares y una Calcuta. En ella se afina el mejor cobre conocido, se fabrica la mejor porcelana del imperio, se teje la seda, y se templa el acero. Toda la moneda que tiene curso en las islas sale de las zecas de Miako. La mayor parte de los libros elementares se fabrican aquí mismo, y la corte del daïri es una academia donde se perpetúan las tradiciones de la literatura, de las ciencias y de las bellas artes. En ellas se redactan los anales del imperio y un almanaque oficial, compuesto por los principales sabios de Miako, que no se imprime mas que en la provincia de Izé, país santo del Japon, tierra de peregrinacion, que contiene sus principales templos. Aseguran que Miako encierra 500 templos y 600.000 habitantes.

Al dia siguiente, salímos de Osakka y pasámos á bordo de nuestro buque japonés. La travesía hasta Yedo fué triste, pero mucho mas rápida de lo que esperaba. Para alucinar la monotonía del bordo, teníamos á M. Blockvius, hombre tan orijinal como sabio, de una ignorancia sencilla para todo lo que era estraño á sus estudios favoritos. Era un naturalista de los que aun se ven, demasiado inclinados á los pormenores, ecsaminando las formas, distinguiendo los caractéres, investigando las menores diferencias; hombre de clasificacion y nomenclatura, educado en la escuela de Lineo y siguiéndola en todas sus nociones positivas y materiales. Nadie hubiera hecho un jardin mejor que él; nadie hubiera articulado con mas rapidez el nombre de una planta. Empero, fuera de esta terminolojía y de esta facultad de discernimiento visual, no podia preguntársele nada. Todo lo analizaba sin procurar formarse una síntesis; ecsaminaba hasta los últimos hechos de historia natural y nunca se remontaba hasta los mas altos. La percepcion filosófica, el sentimiento moral, el instinto de comparacion y de crítica, el espíritu luminoso, todo esto le faltaba sin que estuviese comprendido en la esfera de sus alcances. Tenia sus cualidades, y los defectos de estas mismas.

Nosotros le hacíamos hablar y charlar sin fin á este bueno de M. Blockvius sobre disputas de escuela y sobre una clasificacion de cascajos de que le habian encargado las sociedades sabias de Batavia. Otras veces, cuando la brisa arrojaba hácia nosotros un vuelo de los bellos patos de la China, procurábamos matar alguno para ofrecérselo y compensar de esta suerte su conversacion.

En medio de estas distracciones, entrámos en el golfo de Yedo á 27 de octubre de 1820. Como el rio que atraviesa la ciudad, el Toniag, deposita en su embocadura un fango que ciega el puerto, las embarcaciones deben fondear á cierta distancia de la orilla. Nosotros echámos el ancla á unas cinco millas de distancia, y resolvímos ir por tierra hasta Yedo.

En efecto, una hora despues, el bote del junco nos desembarcaba en una aldea considerable, donde se hallaban algunos portadores y norimones. Es imposible formarse idea de la fecundidad y riqueza de la campiña, pues no solamente está cultivada toda la estension de la llanura, si que tambien las mismas colinas se ven cubiertas de plantaciones hasta en las cercanías de su cumbre. El sistema que preside á las propiedades secunda y activa al parecer este gran desarrollo agrícola. Prescindiendo de un tributo pagado en especie, el arrendatario no tiene que pagar ninguna de estas cargas opresoras que se percibian en Europa, en todos los países gobernados por el feudalismo, así en provecho de los señores como del clero. No se conocen allí esos terrenos comunales, harto multiplicados aun en nuestros dias, que pueden considerarse como unos verdaderos barbechos pertenecientes á todos y enteramente inútiles. Un cultivador que descuida beneficiar sus tierras en su totalidad ó en parte, está ecsonerado de su propiedad y la adjudican á otro. Todas las tierras son cultivadas ó empanadas, porque no se conoce prado alguno. Lo que caracteriza mas particularmente el método de cultivo de los naturales, es la prodigalidad de los pastos. En cada aldea se recoje la orina en vasos soterrados al nivel del suelo, y de ella se sirven para fecundar los terrenos.

Los cultivos que se nos presentaban con mas frecuencia, eran el arroz en primer lugar, y despues el trigo rubion, el centeno y la cebada. Los campos en que se ven estos grandes cultivos son escardados con no menos esmero que nuestras huertas de Europa, y con dificultad se descubria en ellos una planta parásita. El arroz se siembra en abril y se cosecha en noviembre, y en esta última época se siembra el trigo y la cebada para recojerlos en mayo y en junio.

A la par de aquellos campos de cereales, se nos manifestaban á veces cultivos parciales de azúcar, de algodon y de añil; cuando subía-

mos por alguna colina, nuestro compañero de viaje, M. Blockvius, nos señalaba en sus flancos, ora algun grupo de cánforas, de laureles indios, ó bien algun *rhus verniz* aislado que destila una goma que algunos pretenden ser el principio del barniz negro, tan usitado en China y en el Japon. A mayor distancia, al lado del naranjo dulce, nos hacia observar el *citrus japonica*, especie silvestre que parece ser peculiar al país. Cuando hallábamos en el camino alguna huerta, nos daba márjen á observaciones y descubrimientos. La pera de kaki, el banano, el coco, y una multitud de otros productos no menos sabrosos, nos dieron una idea ecsacta de las riquezas que encierra el Japon en este jénero. Pocos países ecsisten en el globo mas favorecidos que este. Los Japoneses hacen ademas aceite para comer y quemar, sésamo, *orbresin*, *driandrios*, zumaques, *ef-jingko*, alcanfor, cinamomo y cocotero. El observador que se pasea por los setos vivos que orillan aquellos campos, recrea su vista con su color subido y su vejetacion activa. Veíanse ensortijados juntamente el naranjo de tres hojas, el zafarraya, el tuya y el espriceo. Cerca de la orilla del mar crecian el cocotero, el cicas y la mimosa arborescente.

Dos horas habia que caminábamos, y aun no descubriéramos objeto alguno que nos revelase una ciudad cuya poblacion se calcula en 1,400.000 habitantes. No se veía cúpula alguna, torres, campanarios, cimborios, ni menos ninguno de esos edificios que anuncian á lo lejos á las capitales de Europa y Asia: catedrales, minaretes, pagodas, tas, faros, atalayas ó ciudadelas. Nada absolutamente se percibia, á no ser las monótonas copas de los cedros y de los limoneros. La única circunstancia que manifestaba el distrito de una capital, era una multitud de hombres y de mujeres, de niños y de ancianos, de artesanos, de lugareños, de soldados, de bonzos y de señores que hormigueaban por el camino en número tan considerable, que no parecia sino que la poblacion entera habia salido para gozar la belleza de las cercanías. Delicioso era por cierto el camino, como todos los del imperio, ancho y orillado de encumbrados castaños. En cualquier parte del Japon por donde se viaje, se encuentran magníficos senderos hasta en los flancos de las mas escarpadas montañas.

De vez en cuando se dibujaba en el punto culminante de un collado, medio cubierto por un sotillo de árboles, un templo de rica y elegante arquitectura, con una avenida de cipreses y alerces que llegaban hasta el camino. De ordinario era orillado de una familia mendiga que solicitaba la caridad de los viajeros y de los devotos. Desde nuestro desembarco nos vímos asaltados sin cesar por aquellos demandadores, hombres y mujeres, frailes ó seculares. Algunos se encaramaban á nuestros norimones, y nos seguian por espacio de una milla, aun despues de haber recibido una limosna. Aun se mostraron mas obstinadas tres relijiosas vestidas con bastante aseo y decencia y de agradable semblante. El intérprete nos dijo que eran las hijas de los sacerdotes de la montaña, *komano bikouni*, que tenian privilejio para ejercer este oficio, mediante un tributo anual que pagan al templo de Yzé. A mayor distancia, en el fondo de un árido desfiladero, se manifestaron otros grupos solicitando nuestra piedad. A su frente habia una mujer del pueblo, cubierta de andrajos, con una cesta colgando de su lado y una especie de coloquíntida vacío. En su seno asia una criatura, y otro niño estropeado la precedia caminando con el ausilio de unas muletas. La pobre madre pedia limosna tendiendo una gamella de madera (Pl. XLVII. — 3). Tras aquella desgraciada venia otro grupo no menos singular. Era una familia que el emperador habia proscrito en espiacion de algun crimen. Los ancianos, los niños y las mujeres se empujaban acurrucados en grandes cestos de mimbre, colocados sobre el cerro de un robusto buey. Los hombres sanos de la familia iban á pie, apoyándose sobre el palo de peregrino: el jefe leía y cantaba un poema japonés, ó bien algun himno popular de la comarca, despues de lo cual sacaba su gamella de la faltriquera y hacia la questa. (Pl. XLVII. — 3).

A medida que íbamos adelantando hácia la ciudad, la multitud era mas considerable y curiosa. A lo largo del camino hacian alinear sus norimones las esposas de señores, á fin de observarnos mejor, y parecian muy mal contentas cuando creíamos prudente correr nuestras cortinas de resorte. Aquellos norimones formaban como una calle de aldea, que desaparecia á medida que la íbamos atravesando.

De esta suerte llegámos á los arrabales Sinagava y Takanava, que, propiamente hablando, solo constituyen una prolongada avenida. Allende esos arrabales se estiende la ciudad, que fácilmente puede reconocerse por el mayor número de cuerpos de guardia que en ella se encuentran. El puente de Niphombas, que sirve de punto de comparacion, de meridiano y de medida comun para calcular todas las distancias del imperio, está situado cerca del arrabal Takanava. Despues de haberlo pasado y caminado una media hora al través de una calle interminable, llegámos al palacio ordinario de la legacion holandesa. Este palacio era un alojamiento bastante mezquino, pues solo consistia en tres piezas poco espaciosas, ape-

3. Famille de Mendiants Japonnais.

3 Familia de Mendigos Japoneses

4. Lutteurs Japonnais.

4 Luchadores Japoneses

nas muebladas, algunas esteras para camas, y para sillas una especie de divan casi al nivel del suelo.

Apenas habíamos llegado, cuando recibimos la visita de un intérprete que en lo sucesivo fué reconocido camarada de todas nuestras correrías y mediador de todas nuestras conversaciones. Esta visita fué seguida por la de cuatro sabios de la ciudad, dos astrónomos y dos médicos, que habian obtenido permiso para vernos é interrogarnos. Seria sobrado prolijo y pueril consignar aquí todas las preguntas que nos dirijieron, preguntas precisas algunas veces, pero absurdas en su mayor parte. El Dr. Frayser en especial no era suficiente para satisfacer al interrogatorio combinado de ambos médicos: este le consultaba sobre las fracturaciones, aquel sobre los apostemas, despues sobre las hemorrajias, en seguida sobre los males de dientes. Todas estas preguntas ecsijian respuestas acomodadas al alcance de sus conocimientos médicos, precisas, detalladas y claras. Fuerza es hacer justicia al Dr. confesándole una paciencia anjélica, y una conciencia aun mas laudables. Los doctores japoneses se reconocen fácilmente, por su cabellera. En vez de conservar solamente, como los demas naturales, un mechon de pelo en la coronilla de la cabeza, conservan todos sus cabellos ó se rasuran enteramente. Los demas se conforman al uso ordinario, pues solo llevan el pequeño copete.

La primera escursion que hicimos al dia siguiente nos llevó al palacio donde reside el *koubo* ó *seoungoun;* emperador ó mas bien jeneral de los ejércitos, en la acepcion literal de la palabra. Como este palacio está situado en un cuartel muy distante del nuestro, tuvimos que ir á él en norimones. Aquel inmenso edificio tiene cinco millas de circumferencia y forma una especie de ciudad rodeada de murallas y de fosos llenos de agua, con varios puentes levadizos. A mas del palacio del emperador, se halla en el propio recinto el del príncipe hereditario, que tiene tambien su línea interior de terraplenes y de fortificaciones. La ciudadela, grande, espaciosa y fuerte, contiene muchas casas adornadas de edificios donde habitan los príncipes del país, los senadores y las familias de los ajentes provinciales guardadas en calidad de rehenes. Al lado de cada puerta hay cuerpos de guardia de mil hombres cada uno.

El palacio mismo se desplega sobre una altura en una estension considerable y escede á todas las demas construcciones, aunque no tiene mas que un solo piso. Está superado de una torre cuadrada de techos muy preciosos y ricos. Esta torre es una señal de preeminencia que solo se concede en el Japon á aquel cuya autoridad domina en cada localidad. Asi es que solo el seongoun poseo en Yedo el derecho de tener su torre; pero cada señor goza de la misma prerogativa en sus dominios. En una palabra el que es primero en cualquier parte puede construir esta torre.

El palacio del emperador presenta en suma un aspecto esterior que no carece de gracia ni de majestad. Pero la decoracion interior no corresponde á la belleza del esterior, pues no contiene otros muebles que immensas esteras tendidas sobre el pavimento. El salon principal es denominado el salon de las cien esteras (*sen-sio-siki*). Allí se reunen, en las grandes solemnidades, los SS. del reino, los senadores y los príncipes; y en los dias de audiencias solemnes puede contener hasta 1.000 personas.

Del palacio regresámos á la ciudad que recorrimos como curiosos. Yedo es una ciudad immensa, asentada sobre las riberas de un rio que la atraviesa, dividido en muchos brazos. Estos caminos naturales de comunicacion, y una multitud de canales que corren por el interior del país, facilitan todos los transportes y proporcionan los jéneros á tan bajo precio, que puede vivirse con mucha comodidad á razon de seis sueldos diarios. A mas de su poblacion fija, esta capital contiene una gran poblacion flotante, compuesta de Japoneses que afluyen á ella de todos los ángulos del imperio. Las casas tienen dos pisos á lo mas, y cada familia tiene la suya. La parte delantera está ocupada por los talleres ó las tiendas, ante las cuales se tiende una especie de cortina para impedir á los pasajeros el mirar y distraer á los trabajadores. Cada tienda tiene sus piezas y sus muestras arregladas con tanto arte como las de los mercaderes chinos. Las calles y las plazas son muy hermosas y tan sumamente aseadas, que con dificultad puede creerse que estén atestadas de pueblo desde la mañana hasta la noche. El gobierno de la ciudad se compone de dos tomosamas como Nangasaki, con sus ottonas, sus banjos y todo el acostumbrado personal de oficiales militares y civiles. Divídese en cuarteles que se subdividen en calles orilladas de galerías cubiertas ocupadas por trabajadores de la misma profesion. Así que, los carpinteros ocupan una calle, los sastres otra, y así de los demás. Lo propio se verifica con los comerciantes; cada ramo de negocios tiene su hilera de casas, de la misma suerte que tiene su mercado cada jénero de artículos. La pescadería es en estremo espaciosa y aseada, y surta de variadas especies de agua dulce y agua marina, frescas ó saladas. Los mesones figuran juntamente con las casas donde se alquilan caballos y norimones con sus portadores; idea de comodidad que une

de esta suerte los dos estremos de la vida del viajero, la llegada y la partida, el reposo y el movimiento.

Los nobles y los personajes eminentes habitan una parte de la ciudad que les está destinada en especial. Cada casa lleva esculpidos, dorados ó pintados en la fachada, los escudos de armas de su propietario, no menos zelosos de su blason que un Londonderry ó un Northumberland. Este arrabal, como los demas de Yedo, tienen sus correspondientes puertas en el estremo de cada calle. Estas puertas se cierran al anochecer, y ademas están guardadas por cuerpos de guardia, por cuyo medio al menor rumor de un delito cometido, se cierran las avenidas, y de esta suerte el culpable es cojido casi infraganti.

Los reglamentos de policía usados en Yedo y en todo el imperio son concisos en su testo, concebidos con el objeto de utilidad jeneral, y conocidos y respetados de todos los ciudadanos. Por otra parte la menor infraccion es castigada con mucho rigor. Las calles son tiradas á cordel, y cada nuevo edificio debe estar construído conforme á esta ley de alineamiento. Las casas solo deben tener dos pisos, y solamente los fuertes y los palacios gozan el privilejio de remontarse á mayor altura. Cada propietario está obligado á mantener á sus espensas y en buen estado el andito de piedra labrada que se halla delante de su casa. Todo el piso de la ciudad está cubierto de fracmentos de guijarros batidos hasta lo sumo para formar una masa sólida. El esterior de las casas ofrece en jeneral muy poco ornato, porque los Japoneses alojan á sus criados en la parte de la calle, y ellos habitan con preferencia la parte interior de las habitaciones donde la vista da á unos jardines frescos y espaciosos. Las habitaciones particulares son bien cerradas, y la parte inferior de las ventanas lo es por lo comun de celosías de madera. Delante de la casa hay una especie de patio rodeado de un muro que lo separa de la calle. Este patio, embaldosado de guijarros, sirve para recibir el séquito de los grandes funcionarios cuando entran en una casa en calidad de visitadores.

Yedo cuenta á centenares los grandes y hermosos edificios conocidos en el Japon bajo el nombre de *tsiaya* ó casa de té. No hay aldea ni ciudad en todo el imperio que no contenga su *tsiaya*, casa de placeres fáciles, cuyo interior ofrece todas las diversiones mas sutiles y mas costosas. El recreo favorito de los Japoneses consiste en pasar allí sus veladas en compañía de las mozas, denominadas *teekakie*. En ella hay tambien *gheeko* ó tocadoras de *samsie*, guitarra de tres cuerdas. Estas músicas son bellas, instruídas y bien educadas, y por medio de la música y del baile atraen á los aficionados á los tsiayas. Aceptan el sakki y los víveres que les ofrecen. Los tsiayas ó casas de té son tan numerosas que forman en Yedo calles enteras, y es tan jeneral la costumbre de ir á ellos por la tarde, que no solamente las mujeres no se lo ocultan entre sí, sino que mas de una vez se llevan consigo á sus criadas, á fin de hacerles oir los conciertos de las tocadoras de samsie. La crónica japonesa dice que estas casas datan del reinado del seougoun Yoritomo. Este guerrero teniendo que entrar en campaña á la frente de un ejército formidable, otorgó varios privilejios á los que abriesen semejantes casas en todos los caminos por donde pasasen los soldados, pero desde entonces han dejenerado en mesones para los viajeros, y en seguida fueron trasladadas á las ciudades donde se convirtieron en centro de reuniones menos inocentes.

Despues de haber reconocido de esta suerte el aspecto jeneral de la ciudad japonesa, estábamos indecisos sobre el modo como deberíamos emplear las horas restantes, cuando nuestro intérprete nos propuso asistir al espectáculo de una lucha que atrajo aquel dia toda la poblacion de Yedo. Dos célebres atletas, llegados de los estremos opuestos del imperio, debian encontrarse en el mismo terreno, á vista de 5 ó 6.000 jueces ó espectadores. Aceptámos la invitacion, como ya puede juzgarse, no obstante que M. Blockvius se hallaba un poco fatigado de berborizar por los guijarros de la ciudad, y habia cobrado cierto odio contra todos los objetos que veía.

El punto donde debia verificarse el famoso duelo era en uno de los arrabales de Yedo, sobre la ribera izquierda del Tonyak. Llegados á la puerta, vímos una especie de portero que nos hizo una señal comun á todos los países y á todas las lenguas, de cuyas resultas sacámos de nuestra faltriquera algunos *seni*, pequeña moneda de cobre, por cuyo medio se nos abrió la puerta para presenciar á dos luchadores.

Todo el recinto estaba atestado ya de curiosos. En torno de la arena rodeada por una barrera de madera, habia unas gradas en forma de anfiteatro que contenian una multitud vestida caprichosamente, tumultuosa, escitando á los antagonistas y llamándoles con la voz y con el jesto: verdadero pueblo de los circos romanos. En una especie de atalaya mas alta se veían algunos distinguidos oficiales de policía, encargados de contener y de vijilar aquella multitud, ó de intervenir en el conflicto atlético en clase de heraldos de campo.

A una señal dada, entraron en la liza los

combatientes. Iban medio desnudos, con la cabeza rodeada de una venda que dejaba escapar el copete de sus cabellos. Desnudos hasta la cintura, llevaban unos anchos calzones sostenidos por una cuerda, y su talabarte consistia en una ancha placa de cobre con las armas del emperador. La parte delantera de sus piernas y la palma de sus manos estaban guarnecidas tambien por placas cobrizas (PL. XLVII. —4). Los dos atletas parecian dotados de una prodijiosa fuerza muscular. Cuadrados, con los miembros cortos y robustos, veíanse en sus hombros y en sus brazos todas las condiciones de una lucha herculea. Empero los combatientes economizaron los golpes, segun es de costumbre en este linaje de juegos, y mas bien procuraron desarrollar sus formas y tomar el aspecto de grupos académicos. Fatigados en fin de este manejo, rompieron el ataque y se enlazaron con mas viveza, hasta que uno de ellos dejó en la arena el vestijio de sus hombros. Los jueces del pabellon entregaron al vencedor la pieza de oro destinada para premio del combate; pero el vencido se habia manifestado en el asalto sobrado buen camarada para no tener su parte en la prima remuneratoria.

Este espectáculo nos ocupó tan solo una media hora; despues de la cual fuímos tras la multitud que abandonaba poco á poco aquel recinto. Hallábamonos á punto de recobrar el camino de nuestra vivienda, cuando un señor que acababa de asistir á esta lucha con su familia, mandó uno de sus criados hácia nuestro intérprete. « Korisouki-Dofa invita á los nobles estranjeros á descansar en su palacio y participar de su té. » El intérprete nos tradujo esta invitacion, añadiendo que Korisouki-Dofa era uno de los primeros oficiales del imperio, propietario de muchos palacios, y gobernador de cuatro provincias.

Aceptámos la invitacion del grande oficial del imperio, y en breve nos encontrámos ante la puerta de uno de sus palacios. Era un edificio admirable, mucho mas elegante, mas bello y mas precioso que la residencia del emperador. Las tejas que cubrian los techos tenian dos dedos de espesor; su fondo era negro, pero esmaltado de dibujos que, segun nuestro intérprete, hacia mas de cincuenta años que conservaban su esplendor. Los cuartos eran forrados de madera de cedro que ecsalaba un olor suave. Los balcones, hechos de una sola pieza y esculpidos de un modo admirable, las paredes tapizadas de bajos relieves y de graciosos pedestales; las columnas, los arquitrabes, los troncos, revestidos de un cobre dorado con delicadas cinceladuras, los muros cubiertos de ricas pinturas, donde revivia la historia japonesa en sus mas hermosas y brillantes pájinas; tales fueron los objetos que se nos presentaron sucesivamente en la morada señorial de Korisouki-Dofa, el favorito del seougoun actual. Del interior del palacio pasámos al jardin, que consiste en una espaciosa cerca plantada de cedros, de cipreses, de pinos y de manzanos. Cruzábalo en toda su anchura un arroyo que alimentaba muchos estanques, puentes y cascadas. Veíanse varios puentes suspendidos, atalayas abiertas en la roca, kioskos, grutas subterraneas, accidentes de terreno de un efecto calculado, que demostraban el sumo esmero consagrado por el propietario á aquella alhaja de su palacio.

Cuando Korisouki-Dofa hubo disfrutado del efecto que causaban sobre nuestros sentidos las maravillas de su domicilio, condújonos en persona y con la mayor urbanidad á la sala donde se servia el té. Varios dulces raros y pastelerías esquisitas cargaban una grande hortera sostenida á cierta altura del piso por medio de algunos trébedes. Agachámonos en torno de este elegante servicio sobre esteras dispuestas para los convidados. Despues de la refaccion, Korisouki-Dofa, insiguiendo el uso japonés, se complació en enseñarnos los vasos de porcelana y de hierro que servian á su familia desde tiempo inmemorial para la preparacion y conservacion del té. El primero de aquellos utensilios consistia en un vaso de porcelana estimado por su propietario en 200.000 francos almenos. Habia sido fabricado, segun él mismo, en la isla de Maory, isla del antiguo Japon, sumerjida antiguamente á impulsos de un espantoso terremoto, y perdida para siempre. De vez en cuando, añadia, los buzos sacan del fondo del agua algunos de estos vasos y los venden á precios ecsorbitantes. El que teníamos á la vista no era de una forma elegante, pues figuraba un pequeño cubeto con un cuello estrecho, y su materia me pareció muy delgada y de un color blanco verdoso. Parece que la estrañeza y monstruosidad de la forma acrecientan el valor de aquellos objetos, por la antigüedad que manifiestan. A mas de aquel vaso principal, Korisouki-Dofa nos manifestó otros objetos de porcelana, tazas, cucharas, un embudo, un caldero y un trípode de hierro. El trípode resoldado en muchos puntos, hubiera pasado en Europa por un hierro viejo, pero el propietario lo estimaba en 10.000 francos, en 20.000 el caldero y en 3, 4, 5, 6.000 francos cada uno de los demas objetos. Estos surtidos constituyen las alhajas domésticas de los Japoneses y su gabinete de antigüedades, de suerte que cada utensilio está envuelto con todo esmero en un pedazo de seda, y encerrado en varios cofrecitos de madera preciosa.

Era tiempo ya de retirarse; habíamos visto hasta en sus mas pequeños escondites un palacio japonés, admirado la distribucion móvil de seis cuartos que lo convierten en una especie de teatro; habíamos ecsaminado como curiosos aficionados aquellos pequeños muebles de laca, cuyo barniz es tan hermoso y tan puro; aquellos cojinetes de tapicerías pintadas ó doradas; habíamos tenido á la vista los mas bellos cascajos de esta porcelana antigua, que la misma China envia al Japon; en un solo dia y casi de una ojeada, observáramos el aspecto de la capital, tanto en su conjunto como en sus detalles; residencia del seougoun, aspecto de las calles y de los arrabales, tipo de los naturales, circos populares, plazas, mercados, almacenes, talleres, monumentos, ciudadelas, domicilio de la alta clase y de las clases inferiores: todo lo teníamos ya tan presente y familiar cual si hubiésemos habitado aquel imperio desde largo tiempo. Por su parte, el doctor Frayser habia visitado todos los médicos del país, y M. Blocvius habia pedido y alcanzado el permiso de instalarse desde la mañana hasta la noche en los jardines reales. Por lo que á mí hace, solo debia recojer mis impresiones ausiliándolas con una sumaria minuciosa y no interrumpida, completando por medio de un trabajo descansado y metódico lo que siempre falta á una observacion rápida y jeneral; y ayudando la vista con la reflecsion, y la apreciacion personal con las noticias sacadas de oríjen local. Hasta entonces me habia conducido de esta suerte mientras el tiempo y la ocasion me lo permitieran. En Yedo, el azar me servia tanto mejor, cuanto nuestro intérprete era uno de los sabios mas distinguidos de la capital, por cuyo motivo solo tuve que escribir bajo su dictado.

CAPÍTULO XLIII.

JAPON. — RELACIONES DE LOS EUROPEOS CON ESTE IMPERIO. — MISIONEROS. — CRISTIANISMO EN EL JAPON. — EMBAJADAS HOLANDESAS: SPEX; INDJIK; WAGNAER; KOEMPFER, THUNBERG; TITSING. — EMBAJADA RUSA; GOLOWNIN, RICORD.

Hemos visto que los navegantes portugueses aportaron en el Japon á mediados del siglo XVI. Acojidos en todos los puertos del imperio con una tolerancia admirable, emprendieron inmediatamente la obra de la propaganda católica. El pueblo estaba dispuesto á recibir la nueva fé, y, sea que la opresion de los grandes le inclinase naturalmente al dogma cristiano tan consolador para los que padecen, sea que la ley relijiosa anterior conservase algunas analojías de soberano espiritual y de soberano temporal, de cánticos en los templos, de vida retirada, de austeridades y de ayunos, sea en fin que el ejemplo de algunos príncipes del país hubiera arrastrado á muchos millares de naturales puestos bajo su dependencia; lo cierto es que á fines del siglo XVI, contábanse en el imperio muchas provincias agregadas á la iglesia romana, con sus parroquias y sus pastores, sus templos y sus fieles.

En 1549 llegó á la comarca japonesa de Bungo el célebre misionero Francisco Javier, y en breve pidieron el bautismo los príncipes de Arima y de Omoura. A la muerte de este misionero, acaecida en 1598, contábanse en el Japon cerca 1,000.000 y medio de cristianos. Antes de aquella fecha y desde 1582, vino á Roma una embajada japonesa á prosternarse á las plantas del papa Gregorio XIII, cuyos dos principales miembros eran Manio-Ito, primo del gobernador de Fironga, y Miguel Cinga, pariente de los príncipes de Arima y de Omoura.

Sin embargo, la política imperial en breve se disgustó de aquellos milagrosos progresos. Observó con mas ecsactitud á quienes otorgara tan franca hospitalidad, averiguó sus antecedentes, su marcha y su conducta en otros países, y en breve se vió con abundantes noticias. En Miako se supo que los Portugueses, dueños de muchas factorías del Asia, conquistadores de Goa, de Malaca, de Macao, pretendian fundar en aquella parte del globo un poderoso vireinato, y que á la par de los asuntos relijiosos ecsistia un objeto político que amenazaba al poder temporal de los emperadores.

Al momento se decretó el ostracismo contra los hombres y contra las doctrinas. En 1589, Tayco-Sama hizo promulgar una ley que condenaba á muerte á todos los cristianos, á menos que abjurasen su nueva creencia. Este edicto imperial fué ejecutado con tanto rigor, que al año siguiente se contaron hasta 20.000 mártires. Lejos de sucumbir á aquellas violencias, el cristianismo pareció adquirir aun mayor resorte y actividad. Las conversiones, en 1591 y 1592, ascendieron á mas de 12.000; por este mismo tiempo fué bautizado el koubo ó seougoun con todo su ejército.

En 1597, empezó de nuevo la persecucion bajo el imperio de Daïfou-Sama con un encarnizamiento y una serie de crueldades inauditas. Cuarenta años duró la persecucion, en la que perecieron víctimas, segun se asegura, cerca de 50.000 cristianos. En algunas provincias fueron chamuscados á fuego lento; en otras crucificados; aquí los mataban derramando por todo su cuerpo agua hirviendo; allí les aplicaban hierros incandescentes hasta desnudar enteramente los huesos; ora los azotaban hasta hacerles derramar sangre, para es-

poner en seguida al sol del mediodía sus carnes despedazadas; otras veces los encerraban en tinajas llenas de serpientes ponzoñosas. Finalmente, si hemos de dar crédito á las relaciones de aquel tiempo, bajo el reinado de Cambo-Sama, estas atrocidades tomaron un carácter tan espantosamente odioso, que no hay espresiones bastantes para pintarlas y describirlas.

Este sistema de rigores, seguido por tres emperadores y practicado por espacio de cuarenta años, apenas fué suficiente para estirpar el cristianismo en el Japon, á causa de las profundas raíces que en él echara. Los últimos mártires de esta fé, desterrados de todos los puntos del imperio, habíanse refujiado en número de 30.000, segun los historiadores contemporaneos, en la fortaleza de Simabara. Sitiados por los ejércitos del emperador, y moribundos de hambre y de sed, tuvieron que esperimentar los desastres de un asalto, en el cual fueron pasados á cuchillo todos hasta el último en un mismo dia. Al caer la noche, los vencedores tenian sangre hasta media pierna en toda la estension de la ciudadela.

Estos asesinatos aniquilaron al cristianismo en el Japon. En 1630, ya no habia allí un solo fiel, puesto que de los neófitos de Francisco Javier, unos habian sido muertos, y otros habian abjurado su doctrina. No se limitó la proscripcion á los ajentes relijiosos, sino que fué jeneral para aquellos que introdujeran el nuevo culto. Ninguna embarcacion portuguesa pudo fondear en lo sucesivo en las radas del imperio, ni ningun súbdito de aquella nacion pudo hollar su territorio.

Por esta misma época se presentaron los Holandeses para recojer la sucesion portuguesa. Es de creer que solo obtuvieron este favor abjurando repetidas veces sus creencias cristianas, y repeliendo cuantas asimilaciones relijiosas con los Europeos acababan de proscribir los emperadores del Japon. Cualesquiera que fuesen las garantías que les precisasen á dar, es positivo que reportó ventajas á su causa, supuesto que siendo tolerados, al principio en Firando, y despues en la isla de Desima; dividiéronse en adelante con los Chinos el monopolio del comercio marítimo en los puertos del Japon. Su primera embajada remonta á 1611, en cuyo año se encontraban en Yedo en rivalidad con una legacion española, legacion fastuosa y altanera, vestida de brocado y de terciopelo, que por sus pretensiones, sus demasías y su actitud, provocó su destierro de la capital japonesa.

En 1637 se verificó una nueva embajada de la Holanda, á cuya frente se hallaba Wangnaer. Este enviado, por un concurso de circunstancias á cual mas estraña, solo llegó á Yedo para presenciar un incendio que devoró aquella ciudad, y consumó hasta el palacio mismo del emperador. El embajador Indjik pasó allí en 1661, con un casobar por presente. « Guardad vuestra ave, le dijeron, porque come mas de lo que en sí vale. »

Desde aquella embajada llegamos á la de Kœmpfer, que tuvo lugar en 1690. Kœmpfer es uno de los hombres que han prestado mas servicios á la ciencia jeográfica, servicios inestimables en una época en que la ignorancia y el fanatismo desnaturalizaban todas las nociones recojidas en remotos países. Compuso una obra acerca del Japon que, aunque incompleta bajo muchos aspectos, es sin embargo el documento mas especificado, el mas ecsacto y el mas juicioso de cuantos poseemos sobre aquel delicioso archipiélago.

La relacion de su embajada, escrita por él mismo, tiene toda la naturalidad y todo el atractivo de un libro de notas trazadas bajo la impresion del momento. La ceremonia con que fué recibido en audiencia por el secougoun, es relatada en los siguientes términos:

« El mismo emperador se hallaba en un sitio tan obscuro, que con dificultad hubiéramos podido percibirlo, si su voz no nos lo hubiese manifestado, no obstante que hablaba tan bajo que no parecia sino que queria guardar el incógnito. Teníamos delante las princesas de la sangre y las damas de la corte.

« Makino-Bingo, conductor de la embajada, estaba sentado solo en una estera elevada, en un sitio descubierto, á nuestra derecha, es decir, al lado del emperador. A nuestra izquierda, los consejeros de estado del primero y segundo órden. La galería que se hallaba tras de nosotros estaba repleta de los principales oficiales de la córte y de los jentil-hombres de la cámara imperial. Los hijos de los príncipes, los pajes de S. M., y algunos sacerdotes que se encubrian el rostro para observarnos, ocupaban otra galería que conducia al cuarto del emperador. Tal era la disposicion del teatro donde debíamos representar nuestro papel.

« Nuestro primer intérprete sentóse algo mas alto que nosotros, á fin de oir con mas facilidad las preguntas y las respuestas; y nosotros tomámos asiento á su izquierda, despues de habernos adelantado prosternándonos del lado de las celosías del emperador.

« Entonces Bingo nos dijo de parte del monarca que nos veía con gusto. El intérprete que nos repitió el cumplimiento, dió tambien la respuesta de nuestro embajador, que consistia en dar humildes gracias al emperador por su bondad en concedernos la libertad del comercio. Prosternábase el intérprete á cada es-

plicacion, y hablaba bastante recio para ser oído del emperador; pero cuanto salia de la boca del monarca pasaba por la de Bingo, como si sus palabras hubiesen sido demasiado preciosas y sagradas para ser recibidas inmediatamente por los oficiales inferiores.

« Despues de los primeros cumplimientos, el acto consiguiente á aquel ceremonial fué una verdadera comedia.

« Se nos hicieron mil preguntas ridículas; pidióse la edad y el nombre de cada uno de nosotros y nos hicieron escribir las respuestas en un pedazo de papel, que fué pasado al emperador por una abertura de la celosía. Sujetóse al embajador á un interrogatorio político y jeográfico á la vez; y á mí á un interrogatorio médico.

« Concluída esta ceremonia, el príncipe, que hasta entonces habia permanecido á bastante distancia de nosotros, se acercó á nuestra derecha, y se sentó detrás de las celosías tan cerca como le fué posible. Entonces imajinaron dar una nueva diversion haciéndonos marchar, detener, sentar y levantarnos ante él, cual se hiciera con un caballo que se enseña. No bastó aun esto, pues para complacer á S. M. Japonesa tuvímos que cumplimentarnos mutuamente, saltar, remedar á los ebrios, chapurrear la lengua del país, leer en holandés, pintar, ponernos y quitarnos las capas. Lo último de aquella escena consistió en obligarnos á bailar y cantar. Con mucho gusto me presté á ello, añade Kœmpfer; eché á pernear entonando una cancion erótica alemana, segun creo acordarme (PL. XLVIII. — 4). El emperador debia retirarse satisfecho de mí. »

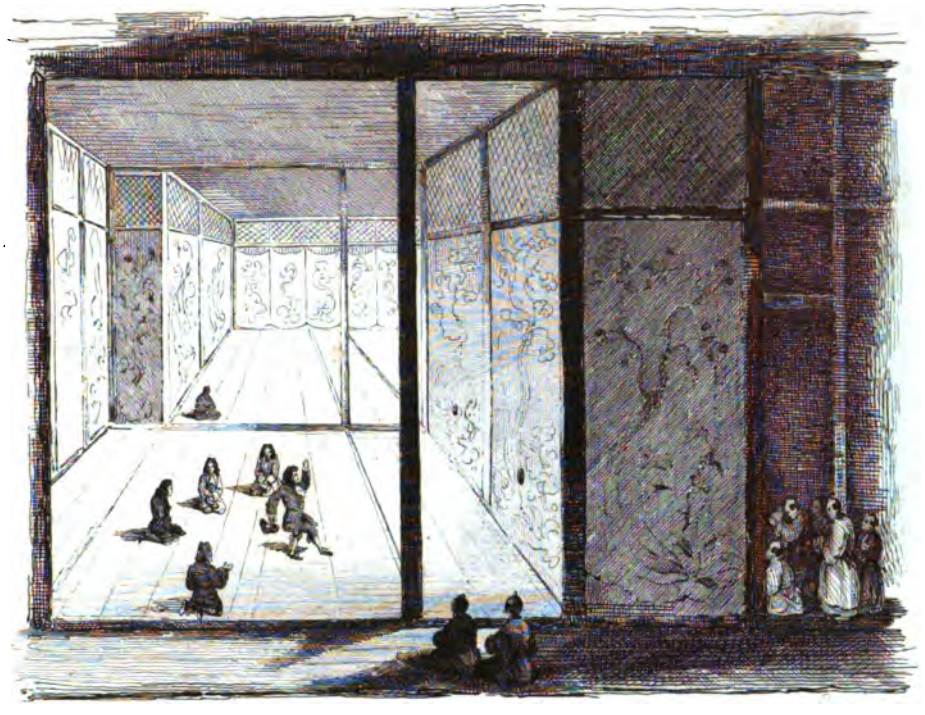
Eran de tal naturaleza las pruebas que debian sujetarse los pobres Holandeses que formaban parte del séquito del embajador, que se consideraban dichosos cuando almenos este último no tenia que sufrir aquellos injuriosos caprichos. Esta vez únicamente se obligó al enviado á quitarse la capa para hacer el ejercicio. Empero, cuando al año siguiente llegó á Yedo el mismo personal de legacion, el emperador, lleno todavía de los recuerdos jimnásticos que habian dejado, quiso que á su llegada los Holandeses, aun polvoreados, se quitasen las capas sin la menor dilacion, se mantuviesen en pie, diesen vueltas sobre sí mismos, cantasen, bailasen, hiciesen jestos de disputa ó se desgañitasen con felicitaciones, pues todo esto le complacia en estremo. Ademas, quiso saber lo que se prescribia en Holanda para convidar á alguno á comer; conversar un padre con su hijo, un marido con su mujer. Para variar sus diversiones, se dieron á los Bátavos algunos niños, que debian hacer saltar, llevar sobre sus hombros ó pasear en sus brazos; é hiciéronles quitar sus pelucas, sacudir el polvo que contenian. A todo se prestaban los buenos Holandeses, porque estaban bien convencidos de que el emperador no intentaba humillarlos. Los mas altos señores japoneses hubieran deseado en su lugar, que el seougoun los hallase propios para distraer de esta suerte sus horas ociosas.

En retribucion de tanta complacencia, S. M. dió á los estranjeros un festin admirable segun la moda japonesa. Cada convidado tenia delante una mesita, guarnecida de diferentes platos y palillos de marfil que hacian veces de cucharas y tenedores. Cada uno tenia dos panecillos, un pedazo de azúcar blanco canelado, y cinco caynotis almibarados, especie de almendras. El último plato era un enorme mangle hervido y repleto de harina mezclada con azúcar. Tal era el primer servicio. En el segundo se vió pescado al parecer hervido con una escelente salsa, ostras cocidas con vinagre, ocas asadas, pescado frito y huevos. La única bebida del banquete era delicioso sakki.

Desde la embajada de que hacia parte Kœmpfer á la otra, cuya relacion nos ha transmitido Thunberg, nada hay harto notable para citado. El mismo Thunberg, uno de los observadores mas minuciosos de la comarca japonesa, ha hablado muy poco relativamente á su mansion en Yedo y á los sucesos ocurridos en la corte imperial. Mas ocupado de medicina y de ciencia natural que de etiqueta y de diplomacía, ni aun llegó á ser admitido en la sala de audiencia donde penetró solamente el embajador Feith. Este enviado penetró por una puerta que se desplegaba como un quitasol. La sala estaba formada de tres partes elevadas cada una de un tramo sobre otro, formando juntamente una lonjitud de cuarenta y cinco pies.

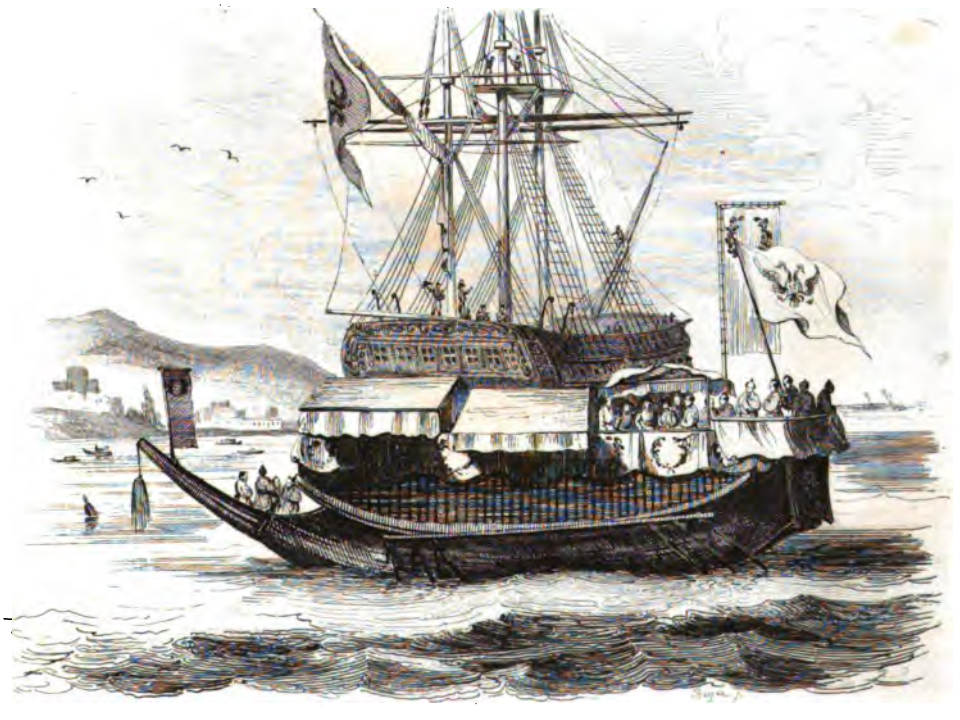
El emperador estaba en el fondo de la sala, teniendo á su derecha al príncipe hereditario; y, segun el ceremonial prescrito, el embajador permaneció en el estremo opuesto. Prolongábase á la izquierda una inmensa pieza, que sin duda era la que se nos designó bajo el nombre de cuarto de las cien esteras (*sen-sio-siki*), en el cual estaban los grandes dignatarios del imperio, y los *camis* ó consejeros de estado, todos segun sus calidades y sus rangos.

No fué larga la audiencia. Cuando hubo entrado el embajador, anunciáronlo tres oficiales japoneses gritando: *Holanda capitana!* palabras sacadas de la jerga portuguesa y que significaban sin duda: Hay el capitan holandés! A esta señal, el embajador vióse obligado á arrodillarse, estendiendo su mano derecha sobre una estera y la frente contra el suelo. Verificado esto, levantóse y se fué como se vino, sin proferir una sola palabra.



4. Audience de l'Ambassade Hollandaise en 1776.

4 Audiencia de la Embajada Holandesa en 1776.

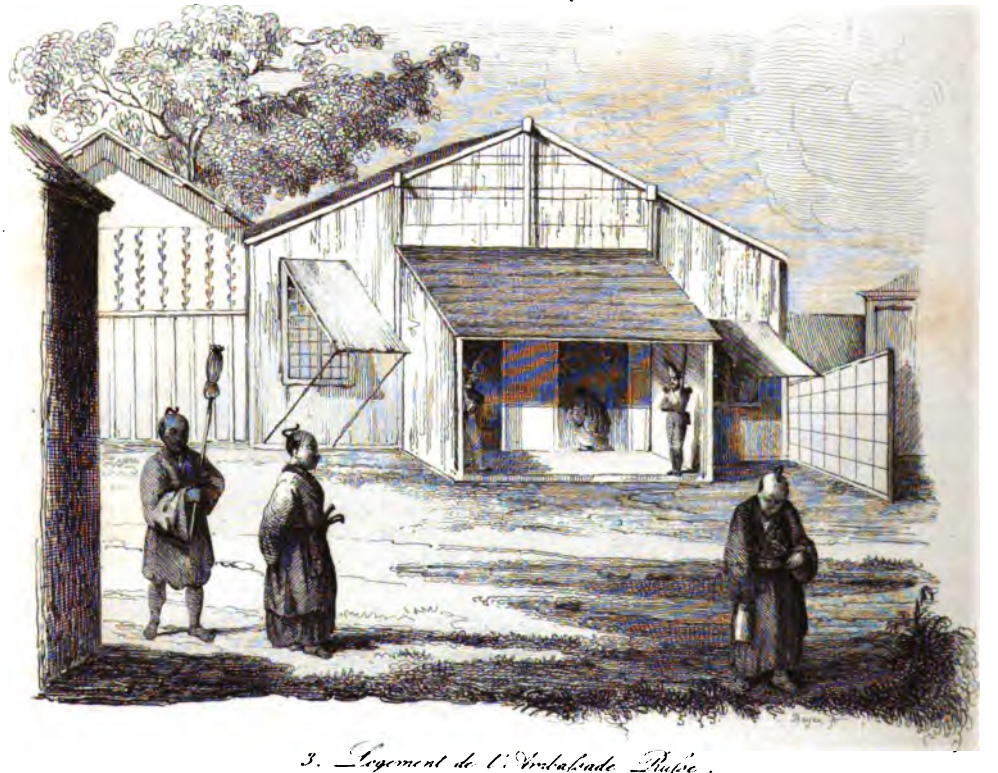


1. L'Embarquement des Russes.

1 Desembarco de los Rusos.

2. Marche de l'Ambassade Russe.

2 Acompañamiento de la Embajada Rusa



3. Logement de l'Ambassade Russe.

3 Morada de la Embajada Rusa

de Sainson del.

Tales son los pormenores que nos han transmitido Kœmpfer y Thunberg sobre las relaciones que ecsistian entre la Holanda y la corte de Yedo. Sin duda que las demas embajadas no se apartaron mucho de este programa, y la historia de una sola embajada es suficiente para darnos la llave de todas las demas.

Las tentativas de la Rusia tienen partes mas nuevas y desconocidas. Por primera vez apareció en las bahías japonesas, en 1804, una espedicion oficial autorizada por el czar. El navío estaba á las órdenes del célebre Krusenstern, y el embajador era M. Resanoff. Omitimos á propósito el capitan Laxman, cuya mision anterior habia tenido menos importancia.

Llegado á Nangasaki, el navío ruso vióse en el mismo instante secuestrado, sin que ninguno de los oficiales ni el embajador mismo pudiesen desembarcar. Unicamente despues de las mas reiteradas instancias, hallándose enfermo y teniendo necesidad de paseo, M. Resanoff consiguió ser desembarcado con su comitiva en la pequeña isla de Mégasaki, apostadero bien fortificado y situado á corta distancia de la factoría holandesa.

Fijado el dia del desembarco, el príncipe de Fisen, gobernador de la provincia, mandó su propia barca para trasladar al embajador. Era una embarcacion de 120 pies de lonjitud, cortada en tres divisiones. En el centro habia el cuarto principal, subdividido en pequeñas piezas destinadas para paños de seda del príncipe de Fisen. Las paredes, enriquecidas con alhajas ofrecian los mismos escudos de armas enclavadas en un mosaico de oro. Una tienda de hermosísimos tapices y un parque barnizado y cubierto de esteras, completaban la pequeña cámara en la que se sentó el embajador con sus principales oficiales. Maravilloso espectáculo fué por cierto el que ofreció aquella magnífica barca cuando se desprendió del navío, y cuando los cañones de bordo saludaron al embajador (Pl. XLVIII.—1).

A su llegada á la playa, M. Resanoff tomó posesion del alojamiento que le estaba destinado. La casa, situada á medio tiro de fusil del mar y construída de madera, componíase de nueve piezas bastante pequeñas y miserablemente amuebladas. Su esterior apariencia era la de un sotechado de madera, edificado al azar y destituído de toda simetría. Un pequeño pórtico abierto servia para abrigar los dos faccionarios que guardaban la puerta del embajador (Pl. XLVIII.—3). En el interior, los parques estaban cubiertos de esteras nuevas; mas no contenian otros muebles que anchos braseros de cobre destinados á servir de hogar.

Allí fué donde se alojó la embajada, en un cercado ceñido de palizadas prolongadas hasta el mar, y de tal suerte que las chalupas navegaban en medio de un doble seto de mambúes. La entrada estaba cerrada á los que venian del mar por medio de una puerta, y nadie podia entrar ni salir sino con el permiso de los banjos que tenian su llave.

Encarcelado en aquel miserable paraje bajo la mas intolerable vijilancia, M. Resanoff se vió obligado á esperar una contestacion á las demandas que se hicieron al emperador de Yedo. Finalmente, despues de cinco meses de espera, llegó á Nangasaki uno de los mas notables señores de la corte de Yedo, con la mision formal de recibir al embajador ruso en audiencia, y con plenos poderes para tratar del objeto que llevaba.

A 4 de abril, dia fijado para aquella entrevista, M. de Resanoff partió de Mégasaki en la barca del príncipe de Fisen, y fué á aportar en el muelle de Nangasaki donde le aguardaba una soberbia comitiva. La etiqueta fué discutida por largo tiempo de antemano, y al fin arreglada bien ó mal. Rehusando positivamente otro saludo que el europeo, M. Resanoff tuvo que consentir en dejar su espada y en descalzarse á la puerta de la sala de audiencia.

Cuando desembarcaron los Rusos, todas las casas estaban cubiertas de tapices con las armas imperiales, de un modo tan completo que era imposible percibir ni los edificios ni los habitantes. Unicamente asomaban algunas cabezas fuera de las tiendas oficiales.

La comitiva desfiló en el siguiente órden: Veíanse á la cabeza cuarenta personas de diferentes condiciones, entre las cuales habia muchos banjos, seguidos cada uno de un criado; tras estos venian los soldados indijenas sin fusiles y armados solamente con palos; en seguida el norimon del embajador llevado por ocho hombres, y detras el porta-estrandarte, los caballeros de la embajada, una multitud de majistrados civiles, otros banjos é intérpretes; en fin para terminar la marcha, de 16 á 20 soldados japoneses mandados por un oficial á caballo, y despues de ellos un gran número de oficiales inferiores con sus ayudas de cámara (Pl. XLVIII.—2).

El embajador, despues de haberse descalzado, entró con su comitiva por un largo corredor á un cuarto cuyas paredes estaban adornadas con muy bellos paisajes. Veíase en medio de la pieza el material necesario á los fumadores, la pipa, la caja de tabaco y el brasero encendido. Cuando se habia acabado de fumar, venia un criado á ofrecer una taza de té.

Despues de una media hora de descanso, el embajador pasó á la sala de audiencia con dos caballeros solamente. El delegado del emperador se hallaba en medio del inmenso cuarto, acurrucado sobre una estera. Empezó por una

multitud de preguntas casi siempre impertinentes, á las cuales contestó el embajador del mejor modo que le fué posible; y despues de esto, entregó las esplicaciones detalladas á una segunda audiencia que tuvo lugar al dia siguiente.

«En los tiempos antiguos, venian libremente al Japon las naves de todas las naciones, y los Japoneses tenian tambien facultad de visitar los países estranjeros. Sin embargo, hace 150 años, que un emperador prescribió á sus sucesores que no permitiesen á sus vasallos salir del imperio, y no concediesen la entrada mas que á los Chinos, á los Holandeses, á los Coreos y á los habitantes de la isla Rinkin. Hace algunos años que se interrumpió el comercio con los últimos, y las relaciones solo han continuado con los Chinos y los Holandeses. Desde aquella época, muchas naciones estranjeras han pretendido varias veces establecer lazos de amistad y de comercio con el Japon, pero siempre han sido rechazadas en virtud de la prohibicion antiguamente dispuesta, y por los peligros que ofrece el establecer con una potencia desconocida relaciones amistosas que no pueden fundarse sobre bases de igualdad.

«Con efecto, la amistad es como una cadena, que para alcanzar un objeto particular debe componerse de muchos eslabones. Si una parte de la cadena es sólida y el resto débil, pronto se verán romper los mas frájiles eslabones. Porque la cadena de la amistad debe ser desventajosa á las partes mas débiles.

«Trece años hace que arribó al Japon un navío ruso mandado por el teniente Laxman; y acaba de llegar un segundo con un embajador del grande emperador de Rusia. El primero fué recibido con alguna desconfianza, el segundo con amistad. El soberano del Japon ha hecho con mucho gusto lo que estaba en su poder y de acuerdo con las leyes del imperio, y complácese en considerar la llegada de un segundo navío ruso como una prueba de la acendrada amistad que le profesa el soberano de Rusia.

«Este poderoso monarca le ha enviado un embajador y una multitud de magníficos presentes. Si los acepta, el emperador del Japon debe enviar una embajada al emperador de Rusia, segun las costumbres del país consideradas como leyes, con presentes de igual valor. Sin embargo, está prohibido formalmente á todo habitante y á toda embarcacion alejarse del imperio, y por otra parte, el Japon es tan sumamente pobre, que no puede suministrar el equivalente de objetos tan preciosos. El emperador no debe por consiguiente recibir en ningun término al embajador ni sus presentes.

«El Japon no tiene grandes necesidades, y las producciones estranjeras son para él de muy poca utilidad. Si su territorio le ha negado un corto número de objetos de utilidad real, si la costumbre le ha hecho contraer algunas otras necesidades; su comercio con los Holandeses y con los Chinos le procura con abundancia estos objetos, y el lujo no debe ser protejido. Sería muy dificil establecer aquí un negocio estendido, porque la ley prohibe severamente toda comunicacion entre el comun del pueblo y los marinos estranjeros.»

Esta pieza dilatoria fué el ultimatum de los emperadores de Yedo con los Rusos. Apesar de los esfuerzos que hizo M. Resanoff, nada pudo obtener de los dignitarios japoneses, que se apartase de la letra de semejantes instrucciones. En consecuencia se embarcó de nuevo en el mes de abril de 1805, muy descontento del resultado de su embajada, y animado de cierto rencor contra los Japoneses, ó contra los Holandeses que sin duda le habian perjudicado en este asunto.

La fragata *la Nadeschda*, navío de la legacion mandada por Krusenstern, partió de Megasaki y llegó en breve á Petropawlawsk, en el Kamtschatka. Krusenstern dejó al embajador en aquel puerto y partió para Europa con sus dos buques. Entonces fué cuando M. Resanoff, hallando en aquel punto á dos oficiales de la marina rusa, MM. Chwostoff y Davidoff, empeñóles á invadir á mano armada la isla de Sackalin, dependiente del archipielago japonés. Aquellos dos marinos ejecutaron una órden que en boca de un embajador tenia un valor casi oficial, armaron dos naves, vinieron á desembarcar en las Kouriles, hicieron en muchos puntos actos ridículos de toma de posesion, y aun llegaron á hostilizar cuando se les reusaron víveres. Este crucero, ejecutado sin resistencia de parte de los naturales, y casi sin objeto por parte de los Rusos, arrastró tras sí lamentables represalías y la cautividad del capitan Golownin.

Por el mes de abril de 1811, es decir, cuatro años despues, el gobierno ruso encargó á Golownin que descubriese la posicion de las islas Kouriles y visitase la costa de Tartaria. Mandaba el sloop *la Diana* de la marina imperial.

Despues de haber reconocido algunos grupos, el capitan Golownin llegó á Kunaschir, la 21 de las Kouriles, donde encontró entre las autoridades locales, disposiciones hostiles y sospechosas. Creyendo ver en ellas el resultado de un objeto mal entendido, desembarcó en persona para abocarse con el gobernador; pero al fin de la audiencia, sitiado por algunos soldados y separado de su embarcacion, cuyas amarras se habian cortado, el capitán quedó prisionero y enviado á Madsmay para sufrir una larga y penosa cautividad.

En este caso se vió obligada *la Diana* á levar el ancla sin su comandante, sin embargo que no lo verificó hasta despues de haber

agotado todas las reclamaciones, y acañoneado vigorosamente el fuerte. Por otra parte una agresion, aunque fuese feliz, hubiera sido solamente en perjuicio, porque los prisioneros habian ya salido de Kunaschir, y estaban en camino para Matsmaï. El segundo comandante del buque, M. Ricord, juró antes de abandonar aquella rada inhospitalaria, que pondria en libertad á su capitan, y en efecto, desde aquel dia ocupóse incesantemente en combinar y asegurar los medios para verificarlo.

En agosto del año siguiente se hallaba ya de nuevo ante Kunaschir con *la Diana*, pero con poderes mas estensos, y con fuerzas mas considerables á su disposicion su proyecto no era ni podia ser el de atacar y libertar al capitan Golownin á mano armada; pero esperaba que se le ofreciese una ocasion para consumar la libertad del infortunado prisionero. Despues de algunos dias de recalo en la bahía de Kunaschir, viendo que las autoridades locales resistian á todas sus instancias, mandó á una de sus chalupas que se apoderase de un buque japonés cargado de sesenta hombres de tripulacion. El capitan de aquella embarcacion, llamado Kachi, y algunos marinos conducidos como rehenes al Kamtialka, debian responder de la seguridad de M. Golownin y de sus compañeros de infortunio.

Sin embargo, el negocio no pudo arreglarse hasta á un tercer viaje y despues de largas conferencias. En 1813 volvió á aparecer *la Diana* en los parajes de Matsmaï; abocóse con el gobernador de la isla por el intermediario de Kachi, mandóse á Yedo espreso sobre espreso, y se negoció de un modo tan urjente y tan fuerte, que al fin llegó de la capital japonesa la órden de poner en libertad á los prisioneros. A 6 de octubre de 1814, despues de dos años y medio de cautiverio, el capitan Golownin recobró su libertad, merced á su amigo y segundo el capitan Ricord, y á la lealtad de Kachi, ese Japonés cautivo de los Rusos que observó una conducta admirable en todo este asunto.

Con todo, aunque este desenlace fué seguido de una acojida favorable é innumerables protestas, aunque el capitan obtuvo una audiencia del gobernador de la provincia con la concesion immensa é inaudita de no estar obligado á marchar á pie descalzo; los Rusos no sacaron el menor provecho de aquella iniciativa de relaciones. El Japon les fué cerrado de nuevo, y aquella aventura novelesca quedó como un incidente aislado entre ambos imperios.

De todos los pueblos europeos, los Holandeses son los únicos que están en posesion del privilejio comercial con el Japon. A ellos debemos las noticias mas positivas sobre este archipiélago, pues la obra del mismo capitan Golownin que al través de los portazgos de Kakodade, en la isla de Matsmaï, no pudo observar la comarca ni escaminar sus usos y costumbres con harta minuciosidad, no parece sino que es el resultado de narraciones completadas por una compilacion. Desde aquella época, han llegado á Europa nuevos documentos con M. Titsing, por largo tiempo gobernador de la factoría de Nangasaki; y aun hace muy poco que el Dr. Siebold que hizo varias veces el viaje de Yedo, prestó la sabia pluma de M. Klaproth para entregar á la curiosidad pública el resultado de sus largas y juiciosas observaciones.

CAPÍTULO XLIV.

RESÚMEN JENERAL. — JEOGRAFÍA. — HISTORIA. — ESTADO PRESENTE DEL PAÍS. — FORMA DE GOBIERNO. — LEYES, USOS, COSTUMBRES, CARACTER, CIENCIAS, ARTES, INDUSTRIA Y COMERCIO. — RELIJION.

El Japon, comprendido entre los 29° y 41° lat. N. y entre los 127° y 141° lonj. E. del meridiano de Paris, es un archipiélago cuyas islas principales son las de Niphon, de Kiousiou y de Sikokf. Podria clasificarse separadamente el gobierno de Madsmaï que forma la parte septentrional del imperio, y depende de las Kouriles; aunque rigurosamente hablando, esta comarca está enclavada en la provincia de Monts, ó O-Siou, del Tosando. El imperio propiamente dicho está dividido en diez rejiones, ó *do*, muy desiguales por la estension y por la poblacion. Esceptuando á dos de ellas que se componen de las pequeñas islas Iki y Tsou-Tsima, las otras ocho están subdivididas en muchas provincias, ó *korf* y estas últimas se subdividen aun en distritos ó *kori*. El Gokinaï, que es la primera rejion, se compone de cinco provincias que forman el dominio del daïri; al paso que el Gokosio constituye el dominio del Seougoun. La grande isla Niphon comprende por sí sola el Gokinaï, el Tokairo, el Tosando, el Fokourokoudo, el Sanindo, el Sanyodo, y casi la mitad del Nankaïdo. La isla Iki, la isla Tsou-Sima y el gobierno de Matsmaï con sus subdivisiones de tierra de Yesso, de Kouriles meridionales y de la isla de Takakaï, completan esta nomenclatura, la mas reciente y la mas ecsacta que pueda darse. Situado de esta suerte entre el grande Oceano y el mar del Japon, este imperio se halla separado al O. de la Corea por medio del estrecho de Tsou-Sima, y al Norte, de la isla de Yesso por el estrecho de Tsou-

Gar, el Sangar de los Europeos.

La palabra Japon es pronunciada Niphon en el país. Es de orijen chino, y se deriva de la palabra *Jyphon*, nacimiento del sol. El célebre Marco Polo denomina esta comarca *Zipangu*, y no Zipangri, segun se lee en muchas ediciones. Es la palabra china *Jy-Pen-Koue* (reino del orijen del sol). Una de las mas antiguas denominaciones del país es *Ouo*, ó *Yamato*, en chino *Ho*, que es aun mas antigua que la del Japon. El fundador de la monarquía japonesa, insiguiendo la tradicion de los moradores, llamó la grande isla *Aki-Tsou-Tsima* (isla de la Señorita), á causa de su pretendida semejanza con este insecto.

Las tres islas principales del archipiélago japonés, en especial la de Niphon, se hallan cubiertas jeneralmente de encumbradas montañas volcánicas. Niphon, en su lonjitud de 300 leguas del N. O. al S. O., es atravesada por una cordillera cuyos cúspides, casi todos sobre el mismo nivel, están interrumpidos de trecho en trecho por riscos cargados de perpetua nieve. Esta cordillera separa los rios que corren en direccion al E. y al S. del grande Océano, de los que riegan la zona septentrional para arrojarse al mar del Japon. No obstante, la mas alta montaña del imperio no pertenece á esta cordillera. La mas encumbrada es el Fousi-No-Yama, enorme pirámide cuajada de nieve y de ventisqueros que resisten á la accion del sol en los mas cálidos veranos. Esta montaña está situada en la provincia de Sourou-Ya, en los confines de la de Kay. En su cresta se abre un volcan, que es el principal y el mas activo de todo el sistema.

Compuesto de islas solamente, este imperio no puede tener rios dilatados y caudalosos. Los mas importantes se ven en Niphon y en la parte occidental de la isla cuya vertiente es mas pronunciada. Allí es donde corren el Yodo-Gava, que nace del lago interior Viva-No-Mitsou-Oumi, y que se arroja al golfo de Osakka; el Kiso-Gava, el Tenrio-Gava (rio del dragon celeste), que desemboca al mar por tres puntos, el Kamanafi, cortado en dos brazos hasta su orijen, que no se unen en todo su curso; el Ara-Gava, que tiene un brazo que pasa por Yedo bajo el célebre puente de Nifonbas; el Oukami-Gava, el Figami-Gava, el Kasaba-Gava, y el Mogami, el mayor de la provincia de Deva, reunion de muchos rios que descienden de las nevosas montañas de los Motits.

De todos los lagos del archipiélago, el mas considerable y profundo es el consabido Viva-No-Mit-Sou-Oumi, que figura en nuestros mapas bajo el nombre de Lago de Oitz. Este lago debe su ecsistencia á un fenómeno volcánico, cuyas circunstancias y fecha nos ha conservado la crónica japonesa. « En el año 285 antes de J. C., dice, un movimiento prodijioso del terreno formó en una sola noche este vasto lago de agua dulce. En aquella misma noche y á la misma hora, salió de las entrañas de la tierra el Fousi-No-Yama, la mas elevada montaña del Japon, situada en la provincia de Sourou-Ya. En el año 82 antes de J. C., salió del fondo del lago la grande isla Tsi-Kou-Ho-Sima que aun ecsiste. El lago tiene 72 millas y media inglesas de lonjitud, y 22 y media en su mayor anchura. »

Situado en toda su estension en una zona templada, el imperio del Japon no goza de un clima tan dulce como podria creerse al inspeccionar el mapa. Bajo paralelos que corresponden á los de España, de Italia y de Sicilia, el Japon está lejos de tener la misma dulzura en los inviernos, y la misma serenidad en el verano. Situado sobre un Océano llamado el mar de las nieblas, sin estar defendido por los Pirineos como la España ni por los Alpes como la Italia, y abierto á los vientos helados que soplan de los países tártaros, el archipiélago tiene que suportar muchos dias glaciales en los meses de enero, febrero y marzo, espantosos huracanes en las épocas de equinoccio, y tempestuosos chubascos en junio, julio y agosto.

Los indíjenas que habitan este archipiélago parecen oriundos, por algunos caractéres análogos, de las razas que pueblan la China y la Tartaria. Sin embargo, tanto si es efecto de un largo aislamiento como de otra causa desconocida, lo cierto es que ecsiste entre estos isleños y las poblaciones del continente algunas desemejanzas que es imposible no reconocer. Continuamos la esplicacion de un observador, cuya autoridad es de mucho peso, M. Klaproth.

« Esta raza de hombres, dice, se parece á primera vista mucho á los Chinos por el semblante y el esterior; pero al ecsaminar con esmero sus rasgos característicos comparándolos con los de este pueblo, percíbese fácilmente alguna diferencia; yo mismo he hecho este ensayo en la frontera de los imperios ruso y chino donde al propio tiempo he encontrado individuos de ambas naciones. Los ojos de los Japoneses, aunque situados casi tan oblicuamente como los de los Chinos, son sin embargo mas anchos cerca de la nariz, y el párpado parece estar como levantado, cuando está abierto. El cabello de los Japoneses no es uniformemente negro, sino mas bien de un tinte moreno muy subido. En los niños de menos de 12 años, ofrece todos los matices, y hasta el del lino, y aun se hallan personas que tienen

los cabellos enteramente negros y casi lanosos con los ojos oblicuos y la piel sumamente negra. A cierta distancia, el tinte de las jentes de la clase inferior parece amarillo, casi como el color del queso: el de los habitantes de las ciudades varía segun su modo de vivir, y en los palacios de los grandes, se ven á menudo mujeres que lo tienen tan blanco y con las mejillas tan rosadas como las Europeas. Por otra parte, los vagabundos del camino real tienen un tinte que puede considerarse medio entre el cobrizo y la tierra negra. Este es el tinte jeneral de los aldeanos japoneses, mayormente de las partes mas espuestas á la accion del sol.

El oríjen distinto de los Chinos y de los Japoneses está completamente establecido por la lengua de los últimos, cuyas raíces difieren totalmente de las de todos los pueblos vecinos al Japon. Es verdad que ha adoptado un número considerable de voces chinas, pero estas voces no forman una parte radicalmente integrante del idioma, y solo han sido introducidas por colonias chinas, con especialidad por la literatura china, que ha servido de base á la del Japon. Los radicales japoneses son muy poco parecidos á los del coreo, é igualmente estranjeros á los de la lengua de los Aindos ó Kouriles, que habitan el Yesso. Finalmente el japonés no tiene afinidad alguna con la lengua de los Mantchous ó de los Tongouses, que ocupan la parte del continente asiático opuesta al Japon.»

Tal es el sentimiento de M. Klaprot, como tambien el de Malte-Brun, que igualmente ve en los Japoneses *aborijenes* ó pueblos cuyo oríjen remonta mas allá del nacimiento de la historia. «Si vinieron del continente, dice, precisamente debieron de abandonarlo antes de la formacion de las lenguas.» Otros han combatido la opinion de estos dos sabios; en algunos rasgos comunes, en la cabeza rasurada, en sus ojos oblongos, en el mechon de la coronilla de la cabeza, en una multitud de costumbres análogas, en una civilizacion casi igual é idéntica, en una industria paralela, y versando sobre los mismos artículos, sea de lujo, sea de necesidad; en todo esto, en todos estos matices, han visto un oríjen comun á ambos pueblos. Las desemejanzas de tipos, las esplicaban por medio de oposiciones de hijiene y de temperatura; las diferencias en el lenguaje encontraban su llave en la lengua primitiva, perdida para los unos y conservada para los otros; en la invasion mantchua; en un patués que constituyera poco á poco una lengua mejorada, como si una colonia de aldeanos bretones fuese actualmente á poblar un archipiélago, se civilizase y ennoblecíese su jerga en la actualidad menos francesa que china, y tal vez menos análoga con él por sus radicales. A estas críticas, ha parecido que desmembrar indefinidamente las razas, á causa de algunos matices que las separan, era marchar á una nueva confusion en esta ciencia etnográfica ya tan complicada. De todo esto y de otras pruebas mas minuciosas, han colejido que en esta familia china, derivacion evidente de otras fuentes, tenia sus conjenerados de tipo á su alrededor en esta zona que parte del Japon, pasa por la Corea para atravesar la China, y lanza sus matices dejenerados en el Tonkin, la Cochinchina y hasta el país siamés. Para ellos era una raza con todas sus alteraciones y sus modificaciones, una raza cortada en medio de otras razas distintas, como el Indo, el Mantchou y el Malayo que no tiene ningun punto de union con los Chinos ni de cerca ni de lejos. Por lo demas bien pueden establecerse semejantes debates, sin creerse obligado á tomar un partido en pro ni en contra.

De la propia suerte que cualquier país del globo, el Japon tiene su historia fabulosa. Suponen los libros del país que este archipiélago fué gobernado al principio por siete espíritus celestes, ó dioses que se sucedieron. Los tres primeros de estos dioses nacieron por su propio capricho; los otros cuatro tenian esposas. Los siete espíritus celestes fueron seguidos de cinco jenios terrestres, el primero de los cuales era la hija del sol, llamada *Ten-sio-dai-sin*, ó el grande espíritu de la claridad. Esta es la divinidad principal que se adora en el Japon y especialmente en Yzé, donde pretenden que reside. Los Japoneses creen que sus daïris, ó emperadores espirituales, descienden de Ten-sio-dai-sin, y que por consiguiente su familia no es de oríjen humano. La dinastía de aquellos emperadores fué fundada en el año 660 antes de nuestra era por Pin-Mou (el guerrero espiritual); llegado de la estremidad occidental de aquel imperio, lo conquistó enteramente á escepcion de la parte septentrional, que aun mucho tiempo despues, quedó ocupada por los aborijenes denominados Yebis.

La historia cronolójica de la comarca comienza en Zin-Mou, acerca del cual todos están acordes en creer que era de oríjen chino. Este soberano civilizó el país é hizo retroceder poco á poco las razas bárbaras que lo habitaban ante el progreso agrícolo é industrial. Aquellas emigraciones de Chinos al archipiélago japonés tuvieron lugar en diversas épocas. Refieren los anales chinos que por el año 1195 antes de Jesucristo, los habitantes de la China oriental, oprimidos por el emperador Wouy, se embarcaron en gran número, hombres, mujeres y niños, y alcanzaron las islas vecinas, donde fundaron colonias. En seguida sobrevino Zin-Mou,

sin duda á la cabeza de un ejército considerable de aventureros, supuesto que con dificultad podria esplicarse como hubiese podido por sí solo conquistar el país. Despues de Zin-Mou, llegaron otros colonos, entre otros 300 parejas de ambos secsos, que, segun una narracion evidentemente alegórica, fueron enviados por el emperador Tsin-chi-houang-Ti, bajo la direccion de Ziko-Fouk (Sin-Fou), médico hábil, hácia la isla imajinaria de Fo-raï-Sun, para buscar en ella el brebaje de inmortalidad. Añade la crónica que despues de haber buscado vanamente la isla y su tesoro, aquella reunion de Chinos aportó al Japon el año 209 antes de Jesucristo. El conductor de aquellos emigrados murió en el monte Fousi-no-Yama, y como importó al país artes y ciencias que le eran desconocidas, fué endiosado despues de su muerte.

Suprimiendo de esta historia la parte fabulosa, restan que sacar dos conclusiones: la primera es que los habitantes actuales del Japon, por mas que diga Malte Brun, no son sus aborijenes, ó que almenos la raza que ecsistia ha sido modificada y fundida por la comunicacion china. Aquel Zin-Mou, aquellas 300 parejas, aquellos emigrados de otras épocas, solo han podido prevalecer en estas islas manifestándose en gran número, y ha acontecido lo que acontece en todas partes, esto es, que las razas civilizadas han absorvido las razas bárbaras. La segunda conclusion que debe sacarse de los hechos, es la comunidad de oríjen entre los isleños actuales del Japon y los pueblos del continente chino. Apesar de los asertos contrarios, este hecho es una consecuencia casi incontestable de la filiacion histórica. Si los anales japoneses dicen la verdad con respecto á la conquista de Zin-Mou, la cuestion de oríjen está ya averiguada.

Sea como fuere, parece que Zin-Mou es el fundador de aquella dinastía japonesa cuyos descendientes han conservado hasta entonces la supremacía espiritual. Al principio, aquellos soberanos reunian todas las atribuciones civiles, políticas, relijiosas y militares; eran á la vez jenerales de ejército y pontífices, lejisladores y patriarcas. La constitucion japonesa parece haber sido feudal, y esta forma estaba tan afianzada en las leyes, que ha llegado á perpetuarse hasta nuestros dias. El Japon estaba dividido entre una multitud de pequeños príncipes, vasallos del emperador, pero independientes unos de otros.

De esta suerte se mantuvieron los descendientes de Zin-Mou hasta fines del siglo XII soberanos casi absolutos del Japon. Empero, enervados poco á poco por una posesion pacífica, dejaron reinar bajo su nombre á los *Koubos* ó seougouns, jefes de su milicia, encargados al propio tiempo del mando del ejército. En breve tales seougouns se enseñorearon del palacio bajo tan indolentes reyes. Así que, cuando hácia 1190 el seougoun Yoritomo de la familia de los Ghensi, hubo salvado al daïri reinante, despues de una larga guerra civil, de las ambiciosas tramas de la familia de los Feike, el jefe vencedor fué nombrado generalísimo y fijó su residencia en Kama Koura.

De esta victoria datan las usurpaciones de los seougouns. Estas usurpaciones no se llevaron á cabo hasta el siglo XVI, en cuya época hubo un soberano nominal, que era el daïri, y un soberano real que era el seougoun. La descendencia de los daïris es para los Japoneses objeto de un culto piadoso, consagrado por los siglos. El daïri que reinaba en 1822 era el 121° sucesor de Zin-Mou. Quizá no es esto mas que una impostura; quizá el nombre de daïri, que significa *el interior del palacio*, y la prohibicion hecha de designar al emperador de otra suerte, achacan alguna trama á esta descendencia inmemorial. Los seougouns no son ya desde largo tiempo de la rama de Yoritomo. La familia que reina en la actualidad data desde 1585, y la misma es la que ha trasladado su capital á Yedo.

El daïri no deja su residencia de Myako, que para él es una verdadera prision de estado. Una guarnicion mantenida á espensas del seougoun custodia su persona y no le deja salir mas que para ir al templo en los dias de festividades solemnes. Como no entra en las cajas del daïri ninguna de las rentas públicas, el emperador secular suministra noblemente lo necesario para la manutencion de su palacio. A mas de una fuerte subvencion, el jefe espiritual tiene otros recursos. Las prebendas eclesiásticas están á su arbitrio, y en lugar de darlas, las vende. Asimismo vende cargos de honor á una nobleza vanidosa, y algunas veces al mismo seougoun, que con algun objeto político se presta á las pequeñas fantasías de su cólega. Dinero, títulos y prerrogativas nobiliarias son prodigadas al pontífice espiritual; pero en cambio le secuestran cuidadosamente de todo negocio político y de toda influencia ejecutiva. El único bien que ha podido conservar es Myako con sus dependencias.

Para llenar sus instancias, distraerlo de ideas de ocupacion, hase procurado hacerle una vida enteramente ocupada de ceremonial y de minuciosa etiqueta. El daïri no solamente es santo para los demas, sino que debe ser santo á sus propios ojos, sin que les sea permitido creerse de una naturaleza perecible y mortal. Es preciso que tenga fé en sí, que se crea dios, que hable y obre como á tal, no solo ante el pueblo, sino tambien en el interior de su palacio, en presencia de sus allegados y aun solo, por cuya causa, sino llega á la demencia, no puede sustraerse á la monomanía. Creyéndose dios, no se inquieta ya

de las miserables ámbiciones de esta tierra, antes llega á despreciar las grandezas y dejar tranquilo al seougoun. Esto es precisamente lo que se queria.

Pero la divinidad no es muy fácil de suportar, puesto que todos los dias, todas las horas y todos los instantes cuestan una pena al daïri. Le está prohibido tocar el suelo con los pies: cuando desea ir á alguna parte, varios criados escojidos lo llevan sobre sus hombros ó en literas, ó bien camina sobre sandalias que tienen doce dedos de altura. Estále prohibida igualmente la grande atmósfera, y hace demasiado poco caso de un sol que luce sobre todo el mundo, para esponerse á uno solo de sus rayos.

El cuerpo del daïri es santo no menos para él que para los demás; nunca se corta el cabello, la barba ni las uñas. Estos cuidados son desempeñados por algunos criados durante la noche, cuando se halla sumerjido en un profundo sueño, y aun si llega á despertar, entra en un acceso de furor al ver que se ha desmembrado una parte de su sagrada persona: si conociese á los culpables, los haria castigar.

Antiguamente se obligaba al daïri á permanecer sentado sobre su trono durante toda la mañana, con una pesada tiara sobre la cabeza, immóvil, serio, fijo, y si tan solo llegaba á mover los párpados, se juzgaba de un fatal agüero que amenazaba turbar la paz del imperio; si algun estornudo le hacia sacudir la cabeza, todo estaba perdido, el Japon iba á perecer, el archipiélago debia ser abismado. Sin embargo, esta costumbre, sobrado fatigosa, ha caído finalmente en desuetud.

El traje del daïri consiste en una túnica de seda negra bajo un vestido encarnado; encima del todo flota un chaleco de seda de estrema finura. Su sombrero ó gorro es de forma cónica, como el del gran Lama, con el cual tiene por otra parte otros puntos de semejanza. Este gorro está guarnecido de borlas semejantes á las de una mitra ó de una tiara. Su frente está pintarajada de blanco y de encarnado.

El servicio de su mesa es magnífico. Todos los dias se le prepara una cena suntuosa en doce cuartos del palacio, y cuando ha designado el que prefiere, se reune todo aquel aparato en una misma mesa. La cena va acompañada de una estrepitosa música; su vajilla, toda de greda, se quiebra á medida que se va sacando de la mesa, la misma servidumbre está convencida que si algun otro que el daïri, ó un miembro de la familia imperial tocase tan solo los desperdicios de la cena, la boca y la garganta del culpable se hincharian en el mismo instante, y pereceria ahogado.

La sucesion del daïri está arreglada por un tribunal eclesiástico que llama á aquel trono nominal al mas prócsimo pariente del difunto, mayor ó menor, su hijo, su hija y algunas veces su viuda. Estas variaciones son ignoradas de la multitud: « El daïri ha muerto, viva el daïri! » en parte alguna es mas cierta que en el Japon la fórmula de eternidad en el poder temporal.

Los cortesanos que rodean al daïri son sagrados como él, y solo se ocupan de asuntos de órden espiritual. Del mismo modo que nuestros prelados de antaño, poseen beneficios donde se retiran durante muchos meses del año. El daïri tiene doce mujeres lejítimas, que se cubren de holgados vestidos de seda de una anchura tan singular, que casi les es imposible andar en traje de ceremonia.

Siendo el daïri el jefe espiritual del imperia, ocupa en el órden jerárquico un rango mas distinguido que el seougoun, su mas poderoso oficial. Aunque en el fondo todo el poder pertenece á este último, con todo se guardan muy bien de disputar los privilejios de pura forma que constituyen la garantía de su propia usurpacion. Así que, en los negocios importantes concernientes á la política del país, por una innovacion lejislativa ó por una cuestion diplomática, el seougoun no se descuida de enviar un embajador á su cólega, á fin de obtener su consentimiento. Estas medidas consultativas se verifican con una gran pompa oficial, á fin de que el pueblo se sienta conmovido y se convenza de la buena armonía que reina entre ambos emperadores. El daïri por su parte mantiene constantemente en Yedo algunos dignitarios eclesiásticos, encargados de observar la conducta del seougoun en órden á las cosas de relijion. Hay ademas algunas damas de honor venidas de Myako que tienen el singular cuidado de inspeccionar el menaje imperial y observar las infidelidades cometidas. Todo esto se ejecuta con acuerdo, como cosa convenida de un emperador y otro. Al año siguiente, el seougoun manda ricos presentes al daïri, y el uso ecsije que entre estos presentes haya una grulla blanca de cabeza negra, que el emperador debe haber tomado en persona en una caza del halcon. Esta caza y esta grulla son absolutamente de rigor.

Sin embargo, á mas de este trueque constante de buenas relaciones, raramente acontece que una vez cada cinco años no venga en persona el seougoun á visitar al daïri en su residencia de Myako. El lujo y el ceremonial que en tales ocasiones se despliegan son de tal naturaleza, que necesitan almenos ocho meses para los preparativos. Montano nos ha descrito una de estas solemnidades con todas sus pompas y magnificencias. Por la mañana las

calles de Myako habian sido cubiertas con talco pulverizado, con lo cual relucia el suelo cual si hubiese sido embaldosado de plata. Al amanecer empezó á desfilar la comitiva con sus cajas barnizadas, donde se hallaban amontonados los mas ricos presentes, con sus damas de la corte, sus oficiales, sus dignitarios á caballo, y todo el preciso accesorio de criados para tener las riendas ó escoltar con quitasoles. Despues de aquella vanguardia venian tres carrozas arrastradas por dos grandes toros negros cubiertos de seda carmesí. Estas carrozas ostentaban un lujo y un arte prodijiosos, y cada uno era estimado almenos en 400.000 francos. Los círculos de las ruedas eran de plata dorada, y los rayos estaban cubiertos de oro esmaltado. Estos tres carruajes llevaban á las tres favoritas del seougoun, tras las cuales se adelantaban en norimones las otras concubinas. La riqueza de las carrozas del seougoun y del daïri, que seguian á corta distancia, es superior á toda descripcion. El oro, la plata, la seda, las pinturas mas delicadas, los barnices mas brillantes, las esculturas, la elegancia de las formas, todo se hallaba reunido en aquellos modelos de la industria japonesa. Fácilmente puede concebirse el efecto que debia esto producir en medio de una comitiva compuesta de muchos millares de jóvenes señores con vestidos de seda y oro, montados en los mejores corceles del imperio. La flor de los batallones del ejército, infantería y caballería, aumentaba el séquito de ambos emperadores.

Despues de la marcha procesional, abriéronse en Myako las conferencias entre el daïri y el seougoun, que duraron una semana, y terminaron la ceremonia con el trueque de los presentes. Asegura Montano que el emperador secular hizo llevar á casa del emperador espiritual 3.000 barras de plata, dos sables con hoja de oro macizo, 200 damascos de figuras, 300 piezas de satin, piezas de seda cruda en número de 12.000, grandes vasos de plata y 10 soberbios caballos. Bien puede ser que este inventario, como tambien los pormenores precedentes, hayan sido ecsajerados por el viajero del siglo XVII; mas aun cuando se rebajase la mitad, quedaba todavía lo suciente para ofuscar la vista mas indiferente.

Tales son las relaciones del seougoun y del daïri. Por lo dicho se ve que el primero, jefe real del gobierno, prodiga con gusto al otro los consuelos de la ostensible preeminencia, aunque en el fondo el verdader soberano del Japon es el seougoun, y la verdadera corte del imperio está en Yedo. A Yedo es á donde se dirijen los *damios*, príncipes feudatarios que poseen casi todo el país. El seougoun solo tiene en propiedad cinco provincias que forman el *Gokosio*, gobernadas en su nombre por gobernadores llamados *obanjos*. El resto se divide entre 200 damios, vasallos y tributarios del emperador. Con todo la independencia de estos pequeños monarcas va debilitándose todos los dias. El sistema del seougoun es de arruinar poco á poco estas grandes influencias aristocráticas, tanto mas vivaces cuanto son hereditarias. Sobre los 200 damios, ó príncipes de los kokfs, en otro tiempo todos dueños entre sí, solo hay los de Katya, de Satsouma y de Sendaï, que puedan considerarse como libres de la autoridad superior; los demas no son mas que simples gobernadores de distritos, sujetos á la revocacion del soberano y obligados á dejar en la corte sus familias como rehenes y garantía de su obediencia. De todos estos damios, el de Sendaï es el primero y el mas influyente. Cuando viene á Yedo, es acompañado por 30.000 hombres, y su séquito es el de un rey. Sus visitas al palacio imperial son pompas magníficas. Delante de él flotan algunos estandartes adornados con sus escudos de armas; despues vienen, llevadas sobre almohadas, varias alabardas, lanzas, fusiles, pistolas, penachos, colas de caballo blancas, arcos y flechas contenidos en ricos carcajes. En seguida se manifiestan caballos ensillados, perros y halcones de caza, una orquesta completa de músicos, norimones y palanquetas á centenares, en fin cofres barnizados admirablemente, que contienen la coraza y el casco del príncipe. Toda aquella procesion de señores, de oficiales, de soldados, de empleados y de ayudas de cámara, camina con un órden y una simetría previstos; cada uno sabe ya su puesto señalado, segun una ley de etiqueta practicada ya desde la infancia, y la observa con gravedad y con decencia, sin atreverse á contravenirla, é incapaz sobre todo de desconocer la dignidad y el poder de un superior.

Estos damios, personajes los mas influyentes del estado, suportan cargos equivalentes á sus privilejios. Obligados á sufragar todos los gastos de las localidades que gobiernan, deben igualmente economizar una suma que ha de enviarse á Yedo como tributo, de poner en planta una fuerza militar á la disposicion del seougoun, de mantener en sus residencias una corte fastuosa, y de partir segun una órden del dia anterior para el dia siguiente, á fin de rendir sus homenajes al soberano de Yedo. Así es que á escepcion de los cinco ó seis príncipes que hemos citado, los damios son sumamente pobres, mientras que el seougoun ha llegado á crearse una renta de 6 á 800,000.000 anuales.

El poder del emperador, en medio de este feudalismo organizado, se halla limitado por precision en sus atribuciones. Los principales damios forman parte de un consejo, revocable segun capricho, pero que goza de una autoridad casi decisiva. Este consejo es denominado *Tsin-djo-no-sio*, ó consejo-central-jeneral, subdividido en *Sik-bou-no-sio*, consejo de lejislacion y de la instruccion pública; *Dzi-bon-no-sio*, consejo jeneral del interior; *Min-bou-no-sio*, consejo de los negocios del pueblo ó de la policía jeneral; *Fio-bou-no-sio*, consejo jeneral de la guerra; *Ghio-bou-no sio*, consejo de los asuntos criminales; *Oïko-ouro-sio*, consejo de hacienda; *Kou-naï-no-sio*; ministerio del palacio del emperador. El imperio está dividido en ocho grandes comarcas ó rejiones, llamadas *dos* ó caminos. Estos *dos* se subdividen en 68 *kokfs* ó provincias, y estas contienen 622 *koris* ó distritos.

El ejército que suministran los damios al seougoun es siempre relativo al estado tranquilo ó ajitado de la comarca. En tiempo de Kœmpfer, ascendia á 138.000 hombres de infantería y 38.000 de caballería. A mas de estas levas mantenidas por los diversos príncipes, el seougoun tenia á su propio sueldo 100.000 hombres de infantería y 20.000 caballos, que formaban las guarniciones de las fortalezas imperiales, su casa militar y sus guardias. La infantería y la caballería se dividen en destacamentos. Cinco soldados tienen un hombre que los manda, llamado el comisario del arroz, porque es efectivamente quien va á buscar las raciones en los almacenes públicos. Cinco de estas partidas son mandadas por una especie de subteniente. Trescientos cincuenta hombres tienen un capitan y dos tenientes. Ecsisten tambien grados correspondientes á los de jefe de batallon y de coronel. La paga se satisface casi siempre en especie. Estas tropas no llevan uniforme; los soldados traen trajes abigarrados, y los oficiales se visten segun su fortuna y segun su gusto. En las grados superiores tienen corazas ó cotas de malla, y se cobijan la cabeza con cascos adornados de soles, de crecientes ó de cualquier otro emblema.

Aunque en el ejército se emplean mosquetes, especialmente los de mecha, puede decirse que el sable es el arma favorita de los Japoneses. Los naturales llevan en su talabarte uno de cerca tres pies de lonjitud, y algo encorvado. Las clases nobles ó militares, llevan dos, que arreglan de la misma suerte. El temple de estos sables es escelente; cuando son viejos, son preferibles á los mejores damas, y los Japoneses pretenden que con una hoja escojida se partiria un hombre en dos desde la cabeza á los pies.

La carrera de las armas es muy honrada en el Japon. Cuando un paisano dirije la palabra á un soldado, lo apellida *Sama* (señor ó caballero), y el traje de los militares, que es de seda recamada de oro y plata, ha hecho caer á los Europeos en singular desprecio. Veían en los simples soldados grandes personajes, y se recomendaban á los que estaban destinados á su guardia como á dignitarios imperiales.

La organizacion de la justicia es no menos sencilla que regular en todo el imperio. Sus códigos son poco prolijos, porque á cada siglo se procura no sobrecargarlos de cláusulas condicionales. Los Japoneses comparan el libro en que están escritas sus leyes á una columna de bronce que permanece inalterable contra los tiempos y las borrascas. No ignoran que estas leyes, formuladas para otros tiempos, á veces son demasiado severas y seria preciso dulcificarlas; pero la idea de que su sola antigüedad constituye su fuerza, los detiene en la senda de las reformas. Para templar su rigor, limítanse á una clemente interpretacion y á una aplicacion sumamente reducida.

Por otra parte la policía, empleada como medio de prevencion, disminuye el número de los delitos. En ninguna parte se halla mejor servida por la vijilancia y el espionaje. Muchas veces se observa que cuando un asunto, por grave que sea ante la ley, tiene circunstancias de órden moral que lo atenuan, amainan las persecuciones y sofocan la sumaria. Esta suerte de operar se llama *naiboun*, y la contraria *omité mouki*. Entonces se reducen causas relativas á verdaderos atentados, en cuyo caso los acusados son juzgados públicamente sin que tengan otra defensa que la ley escrita. En los estados cometidos inmediatamente al seougoun, como en Nangasaki, hay un comité de jueces de instruccion presidido por el gobernador, que firma sentencias de que este último es responsable, por cuyo motivo los majistrados que lo componen no omiten penas, dilaciones ni pesquisas para indagar la verdad. Raras veces acontece que los debates no produzcan una completa manifestacion, en cuyo caso los jueces pronuncian la sentencia. Si lo ecsijiese el caso, podrian ordenar el tormento, pero la humanidad indíjena repugna á semejante medio, y solo lo emplea con los grandes criminales.

En Yedo, delante del palacio del seougoun, como tambien en todas las residencias de los gobernadores de provincia, se han colocado unas cajitas cuadradas de dos pies de lonjitud con objeto de recibir las quejas que se depongan contra los oficiales del gobierno. Todo Japonés coartado en sus derechos puede depositar allí una peticion. Cerca de la cajita hay dos oficiales subalternos cuya mision es vijilar á los individuos que se aprocsiman para depositar un

escrito. Este escrito debe ser sellado por el demandante y firmado con la indicacion de su domicilio. Los escritos que van acompañados de todas estas circunstancias, son remitidos á Yedo; los demás son quemados, á menos que se presente la misma súplica sin firma por tercera vez, en cuyo caso es remitida con las peticiones regulares. Todas estas piezas son abiertas en la capital en ciertos dias fijos, y leidas por el mismo seougoun. Cuando hay quejas formuladas, se procede inmediatamente á precisas informaciones. Si estas quejas son justas, se forma sumaria al oficial, al banjo, al ottona acusados; pero si el demandante ha articulado hechos inecsactos, lo castigan á él. Precedido de un estandarte de papel de enormes dimensiones donde están inscritos su nombre, su edad y su delito, es paseado á caballo por toda la ciudad. En cada plaza y en cada encrucijada se lee la sentencia pronunciada contra el calumniador, y le cortan la cabeza en el sitio ordinario de las ejecuciones.

En los dominios del estado, el gobernador imperial no puede condenar á la pena capital sin ser autorizado por su soberano. En esta parte los príncipes feudatarios son mucho mas independientes, pero jamás abusan de su derecho de vida y muerte, atendido que el suplicio de un hombre es reputado una mengua para el país: así que, prefieren esponerse á incurrir en las imputaciones del seougoun que achacar á los príncipes las depravaciones de sus vasallos. Por lo demas, es mas ventajoso vivir bajo el réjimen de los feudatarios que bajo la ley directa del emperador, no solo bajo el punto de vista judicial, si que tambien bajo el punto de vista civil, puesto que en los pequeños estados la administracion es mas paternal y los impuestos menos gravosos. Ecsisten ademas relaciones mas íntimas entre el pueblo y sus amos en los principados en que se nombran empleados vitalicios que transmiten su empleo por via de herencia, que en las provincias oprimidas cada año por nuevos procónsules, que no tanto se inquietan por las quejas de sus contribuyentes como por un reproche del emperador.

La mayor parte de los grandes crímenes son castigados con la pena capital; el homicidio, el contrabando, el incendio y el robo incurren en esta pena. Si el culpable es noble, solicita el favor de no perecer por mano del verdugo, abriéndose el vientre por sí mismo. Si logra obtenerlo, se adorna con sus mejores vestidos, hace venir su familia, se despide de ella, se descubre el vientre y se hace dos incisiones en forma de cruz. Este género de muerte espia el crímen.

Semejante modo de abrirse el vientre es un hecho tan comun en el Japon, que todo señor lleva encima, á todas horas, el instrumento necesario para consumar legalmente este sacrificio. En una palabra, por la menor querella, el Japonés corta el vientre. Esta costumbre es muy comun; y cuando se cita un suicidio, nadie se admira, y todo lo mas que se hace es indagar el motivo que lo ha causado. Los hijos de la familia se ejercitan en su juventud con gracia y con destreza, tomando lecciones para morir bien, á fin de que el acto final les haga honor; y se aplican á este juego con tanto ardor como nuestros jóvenes á los ejercicios jimnásticos. Esta direccion de ideas les inspira desde la mas tierna edad un profundo desprecio de la muerte, por cuyo motivo desean prevenirla por algun suceso pomposo procediendo á ella por el mas lijero insulto. Así es que el pundonor ha llegado á ser uno de los rasgos mas notables del carácter nacional, conservándole este temple enérjico que se hubiera morijerado en prolongados años de paz. La misma ley ha previsto el suicidio y arreglado sus circunstancias, segun las cuales es preciso que la víctima lleve vestido blanco y su traje especial sin escudos de armas y sin ornamento alguno. Cuando el noble se ha revestido ya, se guarnece el esterior de la casa con tapices blancos, á fin de ocultar los escudos colorados en que están bordadas sus armas; y en seguida, á vista de la familia reunida se abre el vientre con un puñal. Los oficiales civiles y militares se prestan á este incidente de tal modo, que á mas de su traje ordinario, llevan siempre consigo, y aun viajando, el aparato necesario para el suicidio legal.

Cierto dia, dos señores empleados en el palacio del seougoun se encontraron en la escalera, el uno bajando con un vaso vacío, y el otro subiendo con un plato destinado á la mesa imperial. Quiso el azar que sus sables se tocasen, y aunque era esto un incidente harto miserable para llamar la atencion, el que bajaba se ofendió. Escusóse el otro, diciendo que el mal era pequeño y que al fin y al cabo solo eran dos sables que se habian tocado, y que el uno valia el otro. «El uno vale el otro, replicó el ofendido; pues Vd. va á ver que no.» Y sacando su arma, abrióse el vientre. Sin decir este ni moste, el segundo continua subiendo la escalera, corre á poner su plato en la mesa del emperador, y volviendo hácia su adversario que estaba agonizando: «Sin el servicio del príncipe, dijo vociferando, hubiera llegado con mas prontitud. Un sable vale el otro,» añadió despues de haberse cortado el vientre.

Semejantes episodios se reproducen muy á menudo. En 1808 el *Phaeton*, navío de guerra inglés, entró en la bahía de Nangasaki por un canal reputado tan peligroso que ni siquiera se habia procurado guardarlo. No se observó la

entrada del buque hasta que se halló cerca del fondeadero delante del Papenberg, distante una legua corta de Nangasaki. Las autoridades japonesas lo tomaron al principio por un buque holandés, y lo dejaron acercar; pero cuando vieron desplegarse en su pabellon los colores británicos, hubo en toda la ciudad una leva de broqueles. El gobierno llamó las tropas acampadas en las cercanías, improvisó preparativos en todos sentidos; muchos centenares de cañoneras japonesas dieron vela hácia la entrada de la bahía para cortar la retirada al osado estranjero, y se desplegaron en la playa 11.000 hombres dispuestos á hacer pagar cara á los Ingleses aquella inútil fanfarronada. Afortunadamente el *Phaeton* observó todo aquel movimiento, y en consecuencia salió de la bahía de Nangasaki en la baja marea, antes que se hubiesen reunido todos sus enemigos.

Segun nuestras costumbres europeas, y nuestro modo de juzgar la responsabilidad de un funcionario, cual seria el resultado de aquel acontecimiento? El gobernador japonés era culpable? Hubiera sido condenado por un consejo de guerra? No sin duda; pero el indígena no era de un temperamento tan dulce; ningun medio ecsistia de justificar á los ojos del emperador esa neglijencia revelada por un acontecimiento imprevisto. Así es que el gobernador prefirió prevenir la sentencia, y despues de haberlo consultado con su gokaro, ó primer adjunto, despues de haber tomado bien todas sus medidas, salió del palacio imperial, encerróse en un pabellon del jardin, apuró, segun costumbre, su último vaso de sakki, y se abrió el vientre con el filo de un sable. Un amigo íntimo que le asistiera en sus últimos momentos le sepultó un pequeño cuchillo en la garganta para ayudarle á morir con mas prontitud. Como la bahía de Nangasaki es confiada igualmente á la guardia del príncipe de Fisen, quedaba este responsable de la neglijencia cometida; pero, mitigado por el sacrificio consumado, el castigo del príncipe quedó reducido á cien dias de arresto en su palacio, y á una renta anual de 1.000 kobangs (28.000 francos) que debia pagar á la mujer y á los hijos del gobernador despanzurrado.

No ecsisten solamente en las clases nobles este profundo desprecio de la muerte y esta frecuencia del suicidio; pues no faltan en el pueblo semejantes atentados, bien que mas obscuros y menos notables. El resultado de esta manía es una especie de vanidoso coraje y una energía de amor propio que no pertenecen á la bravura natural. Quieren decir que, no obstante su prontitud en destruirse individualmente, los Japoneses son en masa muy malos soldados, aunque debemos añadir que otros escritores no les disputan la intrepidez guerrera.

Ademas, están dotados de otros defectos; son libertinos, desarreglados en su vida doméstica, supersticiosos, altaneros, desconfiados, vengativos como los Corsos, y se transmiten su odio de una jeneracion á otra. Sin embargo, tales vicios son compensados por numerosas cualidades: injeniosos, intelijentes, industriosos, propios para recibir todas las ideas civilizadas, dotados de jenerosidad y de nobleza de alma, sensibles al mérito y á la belleza, los Japoneses, harto vituperados ó elojiados constituyen una nacion mas digna de encomios que de vituperio, un pueblo grave, ilustrado y uno de los mas avanzados del Asia. Dotados de buen sentido y de perseverancia, saben persistir en las empresas acometidas y realizarlas con el ausilio de pacientes trabajos. La sumision feudal en que viven no escluye ciertas ideas de independencia y de dignidad populares. La supremacía nobiliaria solo es tolerada porque puede suportarse sin grande incomodidad. Los señores y los príncipes tienen mas firmes apoyos de sus poderes y de su autoridad en la justicia con que administran que en su título hereditario. Por otra parte cada clase tiene sus derechos y sus cargas, su parte de libertad y de vasallaje.

La poblacion se subdivide en ocho categorías, á saber: los *damios*, cuyos bienes y rango son transmisibles; los *chadamodos*, segunda clase de nobles, que se reparte con la primera el monopolio de las funciones del estado; los miembros del clero sometidos al daïri; los soldados que por sus largos servicios ganan el grado de *dossines*; los comerciantes, muy numerosos y ricos en el Japon, pero muy poco apreciados, aunque ponen sus servicios de dinero á la discrecion de los príncipes; los artesanos, los cultivadores, y en fin, un corto número de esclavos chinos ó coreos. La clase de los aldeanos es la menos acomodada de todas. Raras veces se ve que el aldeano posea la tierra que cultiva, pues pertenece á un propietario al cual da en cambio las tres quintas partes del producto, lo que constituye la mayor porcion de la cosecha. Los proletarios viven ordinariamente en miserables cabañas que se construyen ellos mismos. La profesion considerada como la mas abyecta es la de los carniceros, que están obligados á servir de verdugos y de carceleros, y forman una especie de corporacion que goza el derecho de ir á mendigar en ciertos dias fijos del primero y del último mes del año.

A causa de esta jerarquía social, cada uno no traspasa la esfera de sus atribuciones y de sus deberes; lo cual crea una independencia relativa que es la mas fructífera de todas. El trabajador activo goza de tanta estimacion pública como el noble. Por otra parte, bajo el influjo

de un clima suave y de un territorio fértil, este pueblo tiene pocas miserias y necesidades. Tratado con respeto por sus superiores, observador de sus leyes, y bien persuadido de que nadie es superior á ellas, vive contento con su posicion y únicamente procura mejorarla en su esfera. En ningun país del globo tiene mas garantías la seguridad de las propiedades y de las personas. Un hombre que sigue prudentemente su camino, nada tiene que temer de sus superiores ni de sus subordinados. La confianza en la ley, la fé en la estabilidad jeneral y el contento individual mantienen el equilibrio en la desigualdad y la armonía en medio de las discordias.

Semejante constitucion con instituciones sabias y costumbres que no lo son menos, pueden causar cierta orijinalidad y color nacional en los usos del pueblo, sin ofrecer ninguno de esos matices estraños ó atroces que caracterizan al Indostan ó á la Malasia. El mas respetable de todos, el que eleva el ánimo por los medios mas venerados, es el culto tributado á los cadáveres. Las clases inferiores se limitan á inhumarlos en los cementerios, para lo cual depositan el cadáver en una tumba, y plantan árboles y flores en la tierra que lo cobija. Los hijos, como á parientes mas prócsimos del difunto, cuidan del monumento funerario, almenos por espacio de muchos años, y á veces durante toda su vida, cultivando y embelleciendo aquel jardin y acabando por descansar en él con su familia.

En cuanto á los ricos, no les inhuman, sino que los queman con un ceremonial suntuoso y un inmenso concurso de testigos. Una hora antes que salga el convoy de la casa de difunto, una multitud de parientes adornados con sus mas ricos vestidos, se dirijen al punto donde debe ser quemado el cuerpo: las mujeres, así parientas como amigas de la familia, van vestidas de blanco, porque el blanco es el color de luto, y ademas echan sobre su cabeza un velo abigarrado. Llega por fin el superior de la secta á que pertenecia el muerto. Llevado en una gran litera, manifiéstase esplendoroso de oro y de seda, rodeado de sus sacerdotes vestidos de sobrepelliz y de un manto de gasa ó de crespon negro. Tras él va un hombre vestido de gris, con una tea inflamada, seguido de otros criados que entonan las alabanzas de su dios. Desfilan en seguida en dos hileras otros acólitos empuñando picas, en cuya punta hay suspendidas varias cestas de carton llenas de rosas y otras flores de papel que sacuden de cuando en cuando; despues se escalona la comitiva con hombres que llevan linternas encerradas con gasa diáfana, y otros con la cabeza cubierta de sombrerillos de cuero negro barnizado, de forma triangular, con un billete en que hay escrito el nombre del difunto en caractéres de molde. Esta escolta procesional, entremezclada de banderas y de norimones, de bonzos y de amigos, de seculares y de relijiosos, se desarrolla, sube y serpentea por la cuesta en cuya cima se ha encendido la hoguera (Pl. XLIX. — 1). El número de los concurrentes asciende á veces hasta 500 ó 600 individuos: toda la estension de la colina está cubierta ya cuando el cuerpo del difunto no ha salido aun de su morada terrenal. Llega por fin el norimon que lo lleva; trasladan el cuerpo en su litera, vestido de blanco, en la posicion de un hombre que suplica, con la cabeza inclinada y las manos juntas, y con una ropa de papel encima de su vestido en la que se ven escritas varias sentencias de los libros santos. En torno la litera del difunto, sostenida por seis portadores, se alinean seis niños vestidos magníficamente, el mas jóven de los cuales empuña una tea destinada á pegar fuego á la hoguera.

Cuando el norimon del difunto ha llegado al sitio en que debe ser quemado el cuerpo, la comitiva, apiñada en el recinto funerario, prorumpe en horríficos clamores, acrecentados por las vibraciones de treinta tam-tams. La hoguera consiste en una pirámide de madera muy seca, cubierta de una magnífica tela: á ambos lados se ven algunas mesas guarnecidas de luces, de frutos y de pasteles, una de las cuales sostiene una cazuela llena de carbones ardientes y un plato con madera de aloes. El superior de los bonzos entona el himno de los difuntos, y la concurrencia lo continúa; en seguida, despues de haber paseado por tres veces su tea sobre la cabeza del difunto, el oficiante la entrega al hijo menor de la familia, quien enciende la hoguera por el lado de la cabeza del cadáver. Entonces es cuando todos se apresuran á competencia en difundir por aquella madera aceite, perfumes, palo de aloes, y muchas otras sustancias inflamables y odoríferas, y en seguida se retiran con recojimiento y silencio dejando á los pobres el banquete preparado. Al dia siguiente, los parientes y amigos del difunto vienen á recojer sus cenizas, sus huesos y dientes en una urna de porcelana: la cubren con un velo muy rico y la guardan por espacio de siete dias en la casa, al cabo de los cuales la transportan al sitio en que deben sepultarla. Estas ceremonias son muy costosas: para los hombres de cualidad ascienden á 12.000 francos, cuya mayor parte tocan al oficiante y sus acólitos.

A mas de este servicio por cada fallecimiento, ecsiste una conmemoracion anual de todos los difuntos, que denominan *Bon*. En este dia se en-

1. Funérailles d'un Riche Japonais.

1 Funerales de un rico Japones.

cienden linternas en todas las puertas, y el pueblo sale en tropel de la ciudad para ir á presentarse ante los manes. Llegado al sitio en que cree encontrarles, cada uno los saluda, les hace un cumplimiento, y les invita á descansar, á comer dulces y beber té. En seguida se depositan sobre las tumbas de los cementerios una multitud de platos cargados de delicados manjares. La supersticion popular asegura que los muertos se levantan de nuevo en medio de la noche para comer lo que se les ha ofrecido.

Por espacio de dos años se observa un luto riguroso, durante el que se abstienen de toda especie de placeres. El vestido de luto, segun aseguran, es de color blanco, lo mismo que en China. El tocado consiste en una venda cuadrada con un largo crespon flotante por detras. Los vestidos son anchos y cerrados en el estómago, con un cinto que da dos vueltas. El pantalon es una especie de saco de tela cruda como el resto del vestido.

El nacimiento de un niño no causa tanto retintin como la muerte de un jefe de familia. Ni parece que haya obligacion de hacerlo constar legalmente, puesto que no ecsiste rejistro alguno de estado civil. Sin duda es una consecuencia de la ley japonesa que deja los hijos á la libre disposicion de los padres, otorgando á estos últimos el derecho de vida y muerte; por cuyo motivo el infantidicio es bastante frecuente, pero castigado muy rara vez.

Los hijos son tratados muy severamente hasta la edad de la adolescencia. Empero una vez adultos, cambian de nombre, y desde entonces se ven libres de la tutela de sus padres. Entonces es cuando tratan de casarlos, si es que por razones de familia no lo hayan sido ya desde su mas tierna edad. La ceremonia de las nupcias se verifica por lo comun en despoblado, bajo una tienda improvisada, al pie de un altar donde figura una divinidad con cabeza de perro, símbolo de la fidelidad. Los esposos se dirijen á ella mientras el sacerdote lee la fórmula, y en un instante dado la jóven toma una tea, la enciende en el altar y la presenta al jóven que igualmente enciende la suya. Cuando arden las dos teas, el concurso prorumpe en un grito de alegría y el himeneo está consumado. Para último acto de esta fiesta, se arrojan al fuego los vestidos que llevaba la desposada en su infancia, y que de nada pueden servirle ya en lo sucesivo.

Por una costumbre chocante é inesplicable, que hemos señalado ya en otra parte, una jóven japonesa debe desfigurarse el dia en que empieza á gozar de los derechos de mujer. Sus dientes blancos debe ennegrecerlos con un tinte corrosivo, compuesto de orina y sakki; debe rapar sus hermosas cejas bien arqueadas, teñirse los labios de verde y pintorrearse el semblante de blanco. El uso lo ecsije imperiosamente; toda mujer de distincion debe ser pintarajada de esta suerte, pues es el signo distintivo por cuyo medio se reconocen las casadas.

Los deberes domésticos no son observados de un modo uniforme por ambos secsos. Cuanto mas fieles, sedentarias y buenas madres de familia son las mujeres, tanto mas se entregan los hombres á la disipacion y al libertinaje. Segun la ley japonesa, los hombres pueden tener á mas de la esposa lejítima, una ó dos concubinas, y cuando son bastante ricos para usar de este derecho, rara vez dejan de ejercerlo. Sin embargo, apesar de este desarreglo y de esta rivalidad doméstica, las Japonesas guardan con sus maridos la fé jurada, viviendo por lo comun en buena intelijencia con las concubinas y tratándolas como hermanas. El marido por su parte compensa la irregularidad de su conducta en consideraciones, deferencias y afectuosos cuidados con su mujer. La esposa lejítima tiene la superioridad sobre todas sus rivales; es el ama de la casa, y cuando lo desea, las demas están obligadas á servirla. Las concubinas no se rapan las cejas, pero se ennegrecen los dientes. Nunca se sientan en la mesa del jefe de la familia, pues la esposa es la única que disfruta de este derecho. Lejos de vivir encerradas como en casi todo el Oriente, las mujeres pueden manifestarse en el Japon, paseándose por cualquier parte á rostro descubierto. Van por las calles, por las casas y por los baños públicos. El uso de estos baños, muy difundido y sobrado frecuente, debe de contribuir sin duda á perjudicar muy temprano las formas japonesas.

El divorcio está permitido por las leyes del imperio que tratan con mucho rigor á las mujeres repudiadas. Si no nacen hijos de un matrimonio, el esposo lo hace anular con la mayor facilidad, sin que por esto esté obligado á asegurar la subsistencia á la esposa abandonada. En jeneral puede decirse que el código ha hecho muy poco para el secso mas débil. Una muger nunca es admitida como testigo, y en cualquiera clase á que pertenezca, depende siempre de sus padres. Por lo contrario en la vida social, la mujer está casi en la misma posicion que en Europa, con la sola diferencia que en el Japon participa menos de los placeres de su marido que de sus penas y de su trabajo.

Hemos visto ya que la manera ordinaria de viajar en norimones no es penosa ni costosa, y si únicamente larga. Los correos son estableci-

mientos públicos, severamente vijilados, y mantenidos en cada localidad á espensas del seougoun, ó de los príncipes feudatarios. Las escalas distan de una hora y media á cuatro horas segun la naturaleza de los caminos. En cada escala hay portadores para los norimones y caballos que se mudan para el transporte de los bagajes. Tambien se acostumbra encontrar un meson donde los Japoneses gustan descansar entre un vaso de sakki y lindas servidoras. Cuando un señor va acompañado de un séquito numeroso, destaca de antemano varios correos que hacen preparar el número requerido de portadores y de caballos. A lo largo de las costas y de los lagos, se dejan á veces los norimones para tomar paquebotes cargados de viajeros y de mercancías. Estos buques, cómodos y seguros, están organizados de suerte que pueden ser arrastrados en caso de calma ó de brisa contraria. El servicio de correos se hace por medio de mensajeros que llevan en la espalda una percha en que hay atada la caja de las cartas. De esta suerte corren uno tras otro acompañados de un empleado del correo que, llegado á un punto de escala, entrega la balija á otro que se halla dispuesto ya partir; y de esta suerte las cartas recorren hasta 25 leguas diarias. Un pabellon con las armas imperiales, colocado en la balija, ó bien algunas campanillas cuyo sonido se hace oir á lo lejos, anuncian al viajero el correo imperial y le dan tiempo de despejar el camino.

Cuéntanse en el Japon tres relijiones principales, subdivididas en una multitud de sectas. Los antiguos viajeros solo nos habian dejado en lo tocante á esto noticias confusas, cuya rectificacion é ilustracion debemos á M. Klaproth. Estas tres relijiones madres son el Sinto ó Sin-Siou, el Bouddhismo, y el Sucdo ó relijion de Confucio.

La primitiva creencia del imperio es la relijion del Sinto, la mas antigua de todas, cimentada sobre el culto de los espíritus ó de las divinidades invisibles que presiden á todos los sucesos. El daïri, cuya familia es de orijen celeste, fué antiguamente el jefe de esta relijion. Ante todo invoca á la diosa *Ten-sio-daï-sin* (el grande espíritu de la luz), de quien salió el daïri. El templo principal de esta diosa es el Naï-Kou (templo esterior), situado cerca de Ouza, en la provincia de Yzé, que fué fundado por el undécimo daïri, cuatro años antes de la era cristiana. Este edificio es muy sencillo, y rodeado de otros siete templos dedicados á diferentes dioses y jenios. No lejos de allí, en el monte Nouki-Nouko-Yama, se hallan otras 24 capillas, que forman un Ghe-Khou (templo esterior) consagrado á los jenios tutelares. En él se invoca al dios Toyo-ke-o-daï-sin, considerado como el criador del cielo y de la tierra. Este dios es el patron del daïri y adorado por este muy á menudo. A cada entronizacion, se mide con un palo de mambú la estatura del nuevo pontífice, y este palo se conserva hasta la muerte del soberano, en cuya época lo envian al naï-kou con 12 ó 13 pedazos de papel, que contienen el nombre y la noticia biográfica del difunto. Todos estos mambúes de los daïris fallecidos son venerados como otros tantos *kami* (jenios). A mas del mambú, se guarda tambien en el ghe-kou un sombrero de paja y una capa para preservar de la lluvia, que son los emblemas de la agricultura, cuya profesion ocupa en el Japon el primer rango, despues de la carrera de las armas. El ghe-kou, como los otros templos, fué edificado el año 4 antes de J. C., y está rodeado de otros tantos monumentos relijiosos consagrados á la Tierra, á la Luna, al Viento, etc. En las cercanías hay 16 santuarios y capillas, con su afectacion particular, y otros 8 á mayor distancia. En jeneral toda esta tierra de Yzé está llena de templos y de sitios destinados para sacrificios: es la tierra santa del Japon. Segun la crónica relijiosa, la diosa Ten-sio-daï-sin tuvo un hermano llamado Fatsman, cuyo templo principal fué edificado el año 570 antes de J. C., en Ouza, en la provincia de Bounzen. Fatsman es el dios de la guerra que vela por la integridad del territorio, por cuyo motivo los emperadores le mandan embajadas cuando se presenta un caso de hostilidades.

En el culto del Sinto, la diosa Ten-sio-daï-sin, fundadora del imperio y madre de los daïris, es la primera de todas sus divinidades. De ella dimana el respeto que se profesa á los jefes espirituales del Japon, y el pueblo está plenamente convencido de que cuando el daïri no tiene hijos, Ten-sio-daï-sin le envia uno. Así es que en este caso se procura deponer á la puerta del palacio, debajo de un árbol, un vástago de familia ilustre; y el pueblo al verlo, lo atribuye á milagro. El alma del daïri es reputada inmortal, pero esto no es una escepcion, porque el culto sintoista reconoce para todos los hombres que el alma sobrevive á la materia. Todas las almas comparecen ante jueces celestes, quienes pronuncian la sentencia; las almas de los hombres virtuosos son admitidas en el paraíso, *tabi amacawara* (la plataforma elevada del cielo), donde pasan á ser kamis, jenios bienechores; las de los malvados son precipitados al infierno, *ne-no-kounji* (reino de las raíces). En honor de los kamis erijen *mia*, templos de madera, en cuyo centro se coloca el símbolo de la divinidad. Este símbolo consiste en retazos de papel atados con baquetas de madera de finoki (*thuya japonica*), y de ellas se encuentran en las casas del país, que tienen ca-

si todas su pequeño mia. Los lados de estas capillas están guarnecidos de ramas verdes de sakari, de mirto y de pino. Tambien se colocan en ellas dos lámparas, una taza de té y muchos vasos llenos de sakki. Añádense ademas, como material destinado al culto ó como símbolos, una campana, algunas flores, un tambor y otros instrumentos músicos, y un espejo, emblema de la pureza de alma.

Los mias, aunque de una construccion sencilla, forman, con las habitaciones de los sacerdotes, edificios bastante vastos, precedidos de pórticos honorarios. Delante de aquellos templos figuran de ordinario los dos perros, Koma-inu, y delante del santuario de Ten-sio-daï-sin, sus dos compañeros Fino-O (el rey del fuego) y Mitza-O (el rey del agua) que acompañaron á la diosa en su viaje de Fiouga á Idzumia. Las imájenes de estos dos personajes son llevadas igualmente en las procesiones que se hacen en honor de Ten-sio-daï-sin.

En ciertos dias y tiempos, los mias retumban en súplicas en honor de la diosa que fundó el imperio de los buenos daïris y de todos aquellos cuyas almas han pasado á ser kamis. Nadie se dirije directamente á Ten-sio-daï-sin, porque la oracion no seria eficaz; sino que se implora por el intermediario de los Singo-Zin, ó divinidades tutelares y guardianas. Los otros kamis se hallan todos en esta clase, y no solamente los hombres, sino tambien los animales, como el zorro. El zorro es kami, especialmente el gris que es el mas intelijente de todos; le consultan en las dudas espinosas; le erijen un pequeño templo doméstico en el interior de la casa, y le ofrecen sacrificios de arroz encarnado. En opinion del Japonés, el écsito de un asunto depende de la aceptacion que tiene esta oferta: si los alimentos han desaparecido, el zorro se los ha comido, almenos se cree así; el écsito será próspero; pero si se hallan intactos, el resultado será contrario á sus votos.

Actualmente los sacrificios hechos á los kamis se reducen á diversos platos de arroz ó de pescado; pero parece que en tiempos mas remotos caian bajo la cuchilla de los sacerdotes algunos holocaustos humanos. Así es que para conjurar divinidades malhechoras como Kiou-Sin-rio, el dragon de nueve cabezas del monte Toka-kousi, y otros kamis no menos terribles del Yamato, les inmolaban los miembros mas caros de una familia, hijas jóvenes y lindas, y mozos en quienes estaban fundadas las mas bellas esperanzas.

Los sacerdotes de la relijion de Sinto se dejan crecer el pelo como los legos, y pueden casarse. Los féretros de los sintoistas afectan esteriormente la forma de un cuerpo humano. En otro tiempo, cuando moria un gran personaje, le sepultaban con cierto número de sus amigos y de sus criados vivos: mas adelante no los sepultaron, pues se despanzurraban ellos mismos. Esta costumbre, abolida bajo el daïri 33°, el año 3 antes de J. C., sobrevivió á aquella prohibicion hasta fines del siglo XV, y desde entonces se substituyeron á los hombres vivos estatuas de greda.

Cada distrito tiene sus divinidades tutelares, á las que imploran los pasajeros y los viajantes. Todo desfiladero peligroso, todo promontorio batido por la tempestad, tiene su patron especial á quien se ofrecen varios alimentos para implorar sus favores. Los marinos que navegan entre las islas de Niphon y de Sikokf no olvidan jamas presentar pescados de agua dulce, ajos y cebollas, á Konfira, considerado como el Tengou (perro celeste de este país). Estos Tengous son representados por lo comun en forma humana con alas de murciélago y pico de pájaro.

La segunda relijion del Japon, la mas difundida en la actualidad y la mas popularizada, es el bouddhismo. Nacido antes de nuestra era, este culto se propagó rápidamente por toda la estension del Asia central, alcanzó la China y penetró hasta Corea. Desde aquí pasó al archipiélago japonés el año 552 de J. C., en cuya época, segun los anales indíjenes, uno de los príncipes de Corea mandó un embajador al daïri Kin-mei-ten-o. Este personaje era portador de una imájen de Boudda Sâkya y de algunos libros clásicos de su relijion. « Probad este nuevo rito, dijo uno de los ministros del daïri. —No, repuso el otro ministro, porque nuestro reino tiene ya bastantes dioses que adorar; y si dirijimos nuestro culto á los de los países estranjeros, los nuestros serán despreciados. » Se tomó un término medio, no se declaró en pro ni en contra de las doctrinas bouddhicas; antes prevalecieron y se convirtieron en conquistadoras. En un principio la relijion estranjera penetró en los palacios de los grandes, y de allí se jeneralizó entre las masas, las que preferian sus pomposas y sombrías frases al rito sencillo y puro del culto de Sinto. La agresion dejenerada en contajiosa, provocó conversiones innumerables: no solamente se pidieron sacerdotes bouddhistas á la Corea y á la China, sí que tambien se encaminaron á los monasterios del continente una multitud de Japoneses para estudiar la creencia y predicarla en seguida en su país natal. Llegó la cosa á tal punto que muchos daïris, salidos de los dioses del Sinto, siguieron secretamente la ley bouddhica, y varios príncipes de su familia se rasuraron la cabeza haciéndose bonzos sin temer á la apostasía. En

805, el quincuajésimo daïri recibió el bautismo completo; entró en el sitio sombrío donde debia verificarse el misterio, recibió sobre la cabeza el agua consagrada como los demas neófitos, colocó en el palacio imperial imájenes bouddhicas, y se hizo esplicar los libros canónicos de aquella fé.

Cuando el bouddhismo pasó de esta suerte á ser el culto dominante y popular, los emperadores lo hicieron reconocer como la relijion del estado. Este acto político se verificó sin violencia y sin persecucion, de lo cual resultó un hecho singular, y fué que los mismos sintoistas adoptaron el bouddhismo sin creer en una abjuracion, y que poco á poco se confundieron ambos cultos á los ojos vulgares. En nuestros dias figuran á menudo en los templos de Sinto los ídolos bouddhicos, mientras que los kamis ocupan los templos bouddhicos. Tal es el estado en que se halla la cosa, sea por un efecto de tolerancia ó de confusion.

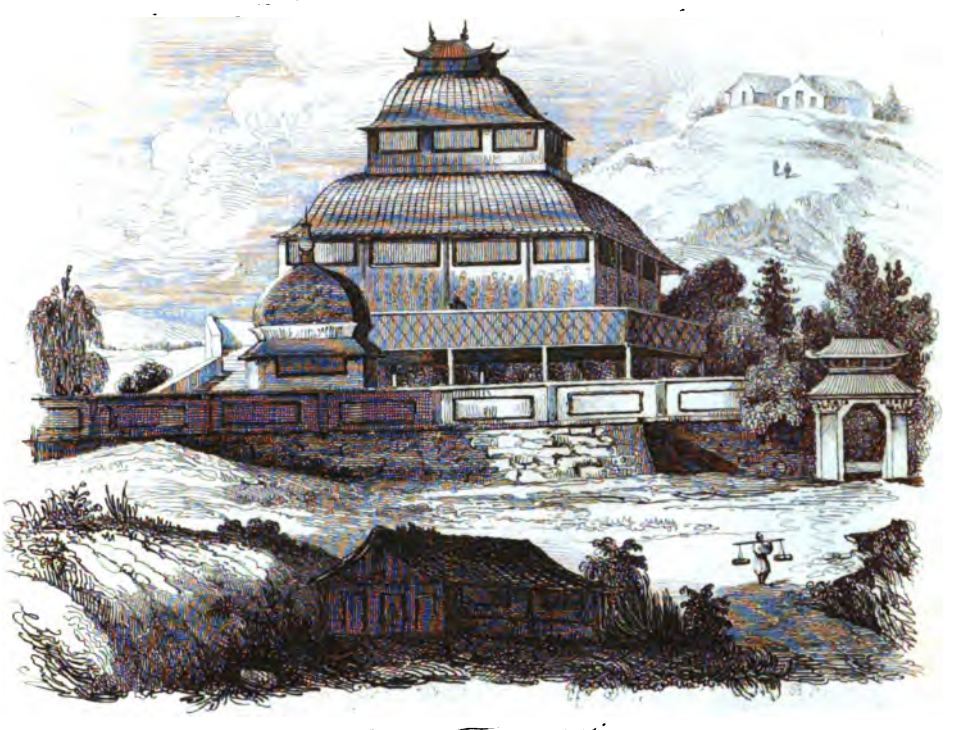
Cuéntanse en el Japon ocho sectas principales de bouddhistas, cuya nomenclatura larga y fastidiosa solo ofrece interés al sabio y al filólogo. La sola diferencia que ecsiste entre ellas consiste en el libro especial que cada una sigue, y el nombre del doctor que la dió á conocer. Una multitud de otros matices relijiosos dividen tambien esta Iglesia. El único que envuelve algunos pormenores es el Ikko-Sio (la verdadera observancia), secta fundada por Sin-ran, discípulo de Ghen-Ko. Los sacerdotes que la siguen, forman el principal colejio relijioso, pasan por ser parientes del daïri, llevan la cabeza guarnecida de pelo, traen dos sables, y se visten el traje de viaje como los nobles Japoneses. Sus norimones son parecidos á los de las clases medias; pero sus caballos van enjaezados con tanta magnificencia como los de los príncipes. Comen carne y pescado, y se enlazan en himeneo con las mas poderosas familias del país. La órden es rica, poderosa, respetada, y trata con el seougoun casi de igual á igual. Al advenimiento de uno de estos soberanos, los sacerdotes de las demas órdenes reciben de él una patente, sellada con un sello de plata sobredorada; pero los sacerdotes de Itski, al contrario, le presentan un escrito cuyo sello está teñido con su sangre, por el cual se obligan á asistirle en los peligros.

Hay ademas otra secta mas singular denominada de los *Jammabos* (hombres que duermen en las montañas). Sus individuos son una especie de anacoretas, á quienes atribuye el pueblo una ciencia sobrenatural y el don de majia, y difieren de los demas sacerdotes bouddhistas en la facultad que tienen de casarse y comer carne. Su vida se pasa en peregrinaciones á los lugares reputados santos. Andan con los pies desnudos, pero se cubren de holgados vestidos. Su ancho tocado, sus mangas desmedidamente largas, y una larga peluca que se ata tras la espalda, les dan un aspecto estraño y caprichoso. (Pl. L.—2). Los trajes de los demas bonzos tienen formas mas elegantes. Los unos van con la cabeza rasurada, pero los otros tienen el privilejio de conservar el pequeño mechon de cabellos. Todos van cubiertos con el holgado vestido que caracteriza á todos los sacerdotes bouddhistas del continente.

El Japon está cubierto literalmente de templos bouddhicos llamados *zi*. El mas espacioso y bello es el Fo-ko-zi, del cual hemos hablado al tratar de Myako, y en donde se halla la estatua colosal del gran Bouddha el esplendente. A poca distancia de aquel edificio se eleva la capilla llamada *Mimi-tsouka* (la tumba de las orejas). En este sitio están sepultadas las narices y las orejas de los Coreos muertos en una batalla contra Tayko. Despues de la batalla, aquel príncipe las hizo salar y remitir al Japon dentro de algunos barriles.

Las divinidades bouddhicas adoradas en el Japon, son, á mas de Bouddha considerado como simple profeta, el dios Amida ó Xaca, y su hijo Canon. Almenos estas son las apelaciones, por otra parte bastante sospechosas, que se leen en los antiguos libros de viajes. Amida, adorado bajo muchas formas, lo es principalmente bajo la de un hombre con cabeza de perro que tiene un círculo en las manos, y cabalga un caballo de siete cabezas (Pl. XLIX—2). Se le ofrecen alimentos en todos sus templos, y los postres sin duda llegan á los sacerdotes. De todos los ídolos de su hijo Canon, ó mas correctamente Kang-Won, el mejor se halla en campo raso, en un árido y desierto desfiladero, situado cerca de Myako. De todas partes salen peregrinaciones destinadas á adorar la estatua de Canon, que consiste en una figura jigantesca con 20 brazos armados de 20 flechas, y 7 cabezas de niño dibujadas en el pecho. La cabeza del dios, su talante y sus atributos son muy semejantes á los monumentos bouddhicos de la India (Pl. XLIX—3.). Cerca de Osakka ecsiste otro templo de Canon, harto notable para citado; monumento gracioso, adornado de esculturas esteriores, y rodeado de magníficos jardines. Este templo es servido por 200 sacerdotes, que tienen su morada contigua al templo (Pl. L—1).

El bouddhismo del Japon parece haber copiado en sus prácticas una porcion de las estravagancias del culto bracmánico. Encuéntranse entre los indíjenas las mismas preocupaciones feroces y la monomanía del suicidio relijioso que



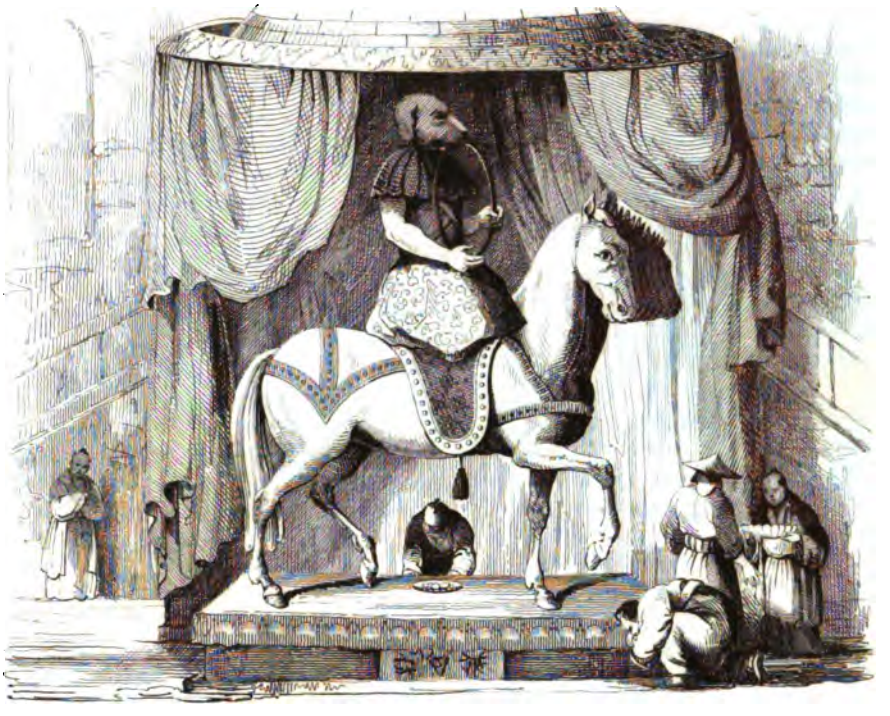
1. L'Un des Temples de Canon.

1 Uno de los Templos de Canon.

2. Bonzes de diverses Sectes.

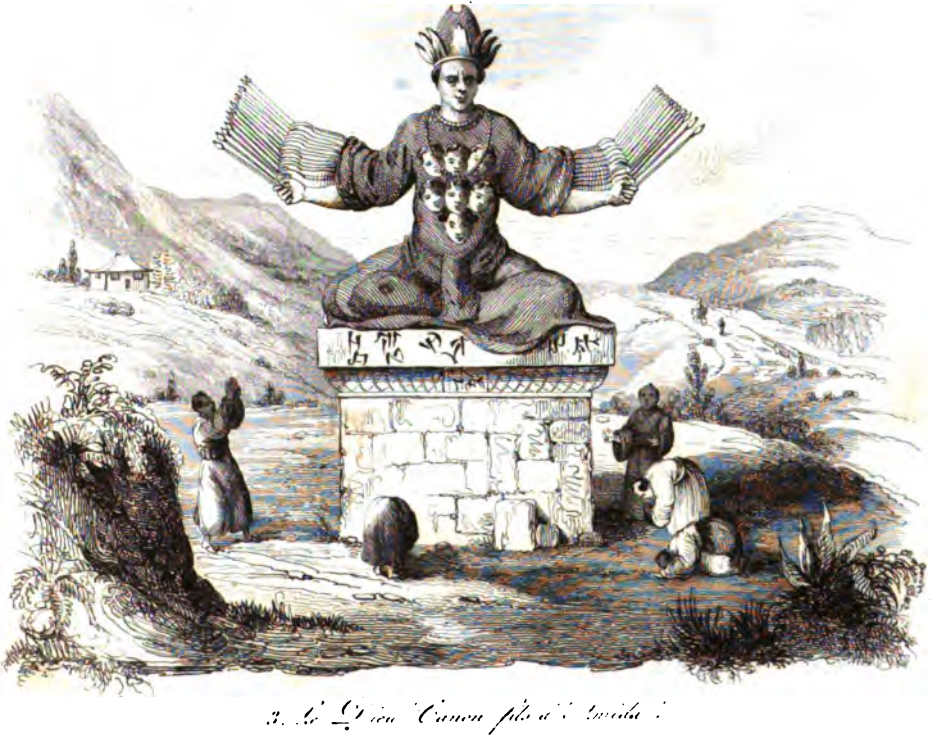
2 Bonzos de Sectas diversas.

Pl. 1.



2. Le Dieu Amida.

2 El Dios Amida



3. Le Dieu Canon fils d'Amida.

3 El Dios Canon hijo de Amida

hemos hallado en Benares, en Jaggernaut, en Madrás, en Pondichery y en todo el Indostan. Varios fanáticos se ahogan espontaneamente, se queman y se hacen despedazar en honor del dios. Algunos hay que mueren de hambre, sellados en la roca; otros que emprenden á pie descalzo y la cabeza descubierta las mas largas peregrinaciones. El Japon tiene sus joghis como la India, especie de frailes que practican las mayores austeridades. Estos joghis son los guias habituales de los peregrinos en la gran ceremonia de las balanzas, que consiste en lo siguiente.

Despues de una grande incursion, verificada al través de las rocas, los Japoneses peregrinos llegan á un peñon encumbrado hasta las nubes, en cuyo cúspide los joghis han trazado una máquina que sostiene una ancha balanza. Allí, en un plato suspendido sobre el abismo, se colocan sucesivamente los peregrinos, al paso que en el otro plato se pone un peso equivalente para equilibrarlos. En esta posicion, cada uno de ellos debe hacer una confesion entera, y si los bonzos llegan á barruntar la menor reticencia, precipitan al desgraciado de una altura de 500 toesas. Tan espantoso espectáculo debe ser presenciado por los demas peregrinos.

La tercera creencia que se halla en boga en el Japon es el Sucdo, ó doctrina de Confucio. Hasta el año 284 de J. C, y bajo el reinado del daïri Ozin-Teno, no llegaron de Corea algunos sujetos versados en la relijion de los letrados chinos. Estos sabios llevaron á Myako el kongo, libro de Confucio, lo presentaron al daïri, y lo enseñaron á uno de sus hijos. El célebre Wo-Nin, que era el jefe de esta mision literaria y relijiosa, prestó tales servicios al país, que se le tributaron honores divinos. Por esta época se difundió en el Japon la escritura china.

Desde Ozin-Teno hasta nuestros dias, los signos ideográficos de los Chinos, como tambien su idioma, han continuado usándose en el Japon. Principalmente son empleados en los libros científicos; pero esto no impide que no sean jeneralmente conocidos en el imperio. «No obstante, dice M. Klaprot, como la estructura de la lengua japonesa difiere sensiblemente de la estructura de la lengua china, y como los caractéres chinos tienen muchas veces varias significaciones, fácilmente se reconoció la necesidad de un espediente para obviar esta dificultad. En consecuencia, en los primeros años del siglo VIII se inventaron los sistemas silábicos, denominados *kata-kana* y *firokana*, que se adaptan completamente al idioma del país. El uso de esta especie de escritura es actualmente tan universal en el Japon, que muy raras veces se encuentra alguno que no sepa leerlo.

«Desde el momento en que los Japoneses tuvieron una lengua, añade el mismo autor, tan competente en estas materias, su literatura hizo de siglo en siglo rápidos progresos. Por desgracia apenas es conocida en Europa, pero si hemos de juzgar por el corto número de libros japoneses que poseemos, es evidente que aquella nacion tiene obras de todo jénero, especialmente composiciones históricas, y una literatura muy vasta.»

El uso del papel en el Japon data del siglo VII; la imprenta á lo chino, es decir, esculpiendo los caractéres como en nuestras láminas grabadas sobre boj, fué introducida en el archipiélago en 1205, 250 años antes que se encontrase este arte en Europa.

El gusto que profesan los Japoneses al estudio de la literatura y de las ciencias no es menos pronunciado que el de los Chinos. Su pasion á las lenguas estranjeras es tal, que mataban á preguntas á los Holandeses de las embajadas. Su aficion á los libros europeos es inconcebible. Thumberg refiere que sus intérpretes no le dejaban un momento en reposo, y lo mismo se verifica con los soldados que se encuentran siempre con un libro en la mano. Estos libros contienen la historia antigua del país, ó bien algunas poesías en honor de los dioses, idilios descriptivos, ó romances eróticos.

El teatro japonés se parece en algo al teatro chino, sobre el cual nos hemos estendido ya. Tiene sus trájicos, sus cómicos, sus bailarines y su maquinista. Sus decoraciones son numerosas y esmeradas. Vense sucesivamente casas, puentes, jardines, fuentes, montañas, y algunas veces la ilusion es completa. A menudo cambia la escena súbitamente: en cada pieza se cuentan una docena de actores, entre hombres y mujeres; estas son cortesanas, y los primeros son hijos de familia aficionados, escojidos en el vecindario. Las piezas consisten en aventuras amorosas de los tiempos heroicos, ó en dramas que se desenlazan por el asesinato y el veneno; pero comunmente el argumento es sacado de los antiguos anales del país. En los dramas mas sérios y en el momento en que el auditorio está sobrecojido de la mas viva emocion, aparece casi siempre un personaje bufon, como el arlequin de los Italianos; lanza algunos *lazzi*, y entonces reemplaza á las lágrimas una risa contajiosa. Ordinariamente el baile precede y termina las representaciones escénicas.

Los conocimientos científicos del Japon se hallan á poca diferencia en el mismo estado que los de la China. Los principales señores poseen mapas jeográficos, pero informes y disparatados. Únicamente ecsiste en Yedo un pequeño comité de astronomía, análogo al tribunal de matemáticas de Pekin, encargado como este últi-

mo, de dirijir el almanaque del imperio y de calcular sus eclipses. Golownin habla de un tal Mamia-Rinzo, que se le habia presentado durante su cautiverio para perfeccionarse en la astronomía. Este Japonés pasaba por un prodijio de ciencia entre los suyos, y sin embargo venia á consultar al prisionero ruso sobre el modo como debia usar del sextante, de la brújula y del barómetro.

La medicina está menos atrasada en el Japon que la astronomía; y aun debemos decir que la Europa debe á esta comarca el uso de algunos medicamentos mas ó menos comunes. Conocen en el Japon la acupuntura, de la que ha abusado tanto un charlatanismo reciente. Para curar el cólico, internan en el bajo vientre del enfermo alfileres de oro ó de plata bien acerados. El moxa, cuyo empleo es mas jeneral y el efecto menos contestado, nos viene tambien del archipiélago japonés. De él se usa y se abusa en el Japon. Los naturales se lo aplican muchas veces como preservativo una vez al mes, y los médicos de Nangasaki lo prescriben como un remedio contra todos los males, especialmente contra la gota. Por lo comun lo aplican en los riñones, de lo cual resulta que las espaldas de los hombres y las mujeres mismas llevan numerosas señales de cauterizacion. Por lo demas los doctores japoneses son muy ignorantes en la anatomía. La sangría y la dieta les parecen dos medios de curacion sumamente dudosos. Por lo contrario, animan al enfermo á comer y á beber infusiones de té.

La industria manufacturera de los Japoneses iguala á la de los Chinos y de los Indos. Tienen operarios que trabajan admirablemente el hierro, el cobre y el acero. Sus sables no son inferiores á los de Damasco y del Khorasan. Las sederías y los tejidos de algodon, la porcelana, el papel, los muebles de laca, la vidriería y muchos otros objetos han llegado entre ellos á un grado muy alto de perfeccion. Hállanse tambien bastante adelantados en instrumentos de precision para poder construir un reloj. Los principales mercados del imperio son Osakka, Nangasaki y Kasi-no-Mata.

Antiguamente las flotas japonesas llegaban hasta Bengala; pero desde la guerra de esterminio que se suscitó contra los cristianos, y el edicto de 1585, el estado no posee un solo junco de guerra, y la marina mercante solo construye embarcaciones para el cabotaje. La emigracion está proscrita con tanta severidad, que su contravencion no es justificada siquiera por la tempestad ni el naufrajio.

El único puerto abierto á los estranjeros es Nangasaki, pero únicamente pueden aportar á él los Holandeses, los Chinos y los Coreos, y aun el número de las embarcaciones que pueden admitirse es circunscrito y determinado. Sin embargo, aunque el comercio esterior del Japon esté tan limitado, los trueques interiores se hallan en un estado próspero y floreciente. Ningun impuesto ni aduana pesan sobre las transacciones, favorecidas por el magnífico estado de los caminos, y por un inmenso desarrollo de costas. Los puertos del imperio rebosan de buques nacionales; sus mercados, sus tiendas y sus ferias anuales abundan en jéneros territoriales y productos manufacturados.

El peso del país es el pikoul; las medidas de superficie se evaluan por *esteras*. La moneda nominal es el thail, que corresponde casi al rixdaler de Holanda, y se subdivide en diez mas. Los negocios con los Holandeses no se arreglan en numerario, sino en mercancías equivalentes. La esportacion del oro está prohibida. Las principales monedas efectivas son, en oro, el kobang, que es la mas fuerte de todas; en plata, el kodama. El kobang se parece en mucho á una medalla cuadrada, lisa, un poco redondeada en los ángulos, muy delgada y marcada con las armas del daïri. El kodama, moneda de plata, es la mas variable por su forma, su tamaño y su impreso. Las piezas son oblongas, circulares, esféricas, convexas ó llanas. En ellas se observa con bastante frecuencia la efijie de Daïkokf, el Pluto japonés, sentado sobre dos toneles de arroz y empuñando un martillo con la derecha y un saco con la izquierda.

CAPÍTULO XLV.

TRAVESÍA DEL JAPON A LAS ISLAS HAWAII (VULGARMENTE SANDWICH).

A 5 de noviembre de 1830 me hallaba ya en disposicion de salir de Yedo, y aun veía, no sin alguna impaciencia, que MM. Frayser y Blockvius se disponian para permanecer allí un mes. El naturalista habia jurado no salir de aquel país sin haber estudiado completamente las principales familias de árboles, arbustos y plantas particulares al país, considerándolo como un honor á los ojos de las academias de Batavia y de Calcuta de que era miembro directo ó corresponsal; y aun estoy cierto que mas bien hubiera dejado todas sus pelucas que dejar de realizar su plan favorito. El doctor tenia ya una clientela en Yedo. Una operacion quirúrjica, practicada con buen éxito al dia siguiente de nuestra llegada, lo habia puesto en boga en la ciudad, y solo dependia de él el nombramiento de primer médico de la corte. Al rayar del alba llamaban ya á su puerta de parte de nobles enfermos, condenados por los

Esculapios del país. Mis dos compañeros de viaje estaban pues sobrado ocupados para partir inmediatamente.

En consecuencia me arreglé sin ellos. Mi intérprete se encaminó á la policía para pedir un pasaporte nuevo, y previno al capitan de un junco que debia hacer escala en Nangasaki y continuar hasta Corea. El precio del pasaje y el dia de la partida fueron discutidos y fijados sin que nada supiesen MM. Blockvius y Frayser. Únicamente se lo participé al despedirnos, y en honor de la verdad debo decir que el doctor se sintió con deseos de seguirme. M. Blockvius se hallaba absorvido en la flor de un *thuya japonica*, y por consiguiente apenas observó mi salida.

Hicimonos á la vela el 7 de noviembre por la mañana. Esta vez no debíamos seguir la costa y pasar el estrecho de Sikokf, sino engolfarnos en alta mar para doblar Kiousiou por la parte del S. El viento era del N. N. E, el mar hermoso y el cielo sereno. Por espacio de cuatro dias andámos sin novedad, descubriendo por acá y acullá algunas isletas. Debo confesar que yo estaba inquieto y bien distante de mi itinerario. Cual viajero novicio, me habia dejado llevar al Japon, donde hubiera podido palidecer tres, cuatro, cinco meses sin hallar proporcion para una factoría europea, ó para mi soñado destino, el Océano Pacífico. Habíame sobrecojido una seria melancolía, que no me permitía un instante de reposo ni de sueño, á causa del mismo círculo de imposibilidades en que rodaba mi fantasía.

Este estado duraba aun el 12 hácia el mediodía, cuando señalaron una vela que corria hácia nosotros. Esta noticia me causó la misma impresion que un rayo que atraviesa mis proyectos confusos, una revelacion, una idea bajada del cielo. Sin la menor demora fuí á encontrar al capitan del junco, y le pagué el importe de mi pasaje, de suerte que me hice comprender bien ó mal: « Yo paso á bordo de este buque, le dije; es el de mi hermano; es fuerza que yo me junte con él para llevar igual rumbo. Vd. echará su bote al mar, y le dejaré. » El Océano estaba tranquilo como un lago, la yola del junco pendia de la popa, nada se oponia á este traslado. Él mismo consintió en ello, corrió hacia el buque, y armó la embarcacion á la que descendí despues de haber trasladado mis bagajes.

Sin embargo, el schooner habia seguido nuestra pequeña maniobra. Desconfiando al principio, pero viendo en seguida un esquife henchido de cinco hombres remando con fuerza hácia él, resolvió aguardarnos. Es imposible formarse idea de mis inquietudes. Me aceptarán ó no? Cuáles son esas jentes? Holandeses, Ingleses, Portugueses? A dónde van? Cuando llegué á la escalera, estaba sumido en la misma incertidumbre. Habia resuelto dirijirme directamente hácia el objeto, pues la franqueza es muy buena, especialmente en el mar. — «Qué se le ofrece á Vd? me preguntó en inglés el oficial. — El capitan, » respondí. Y apenas me hallaba en el puente cuando apareció el capitan.

Era un tipo de marino del cual no habia visto aun semejante. Su tinte debiera de ser bastante blanco; pero sus manos y su semblante habian llegado al bronce claro, á escepcion de la frente en medio de la cual habia una larga barra que indicaba el límite donde terminaba el sombrero, y que separaba dos epidermis distintos. Hubiérase dicho ser una de aquellas barras singulares que se manifiestan en los afluyentes, uno de estos contrastes tan caracterizados entre el agua dulce y el agua salada. Aquel semblante tan fuertemente tostado por el sol hubiera podido li ertarse de él por la inmensa sombra de sus negras patillas y de sus pobladas cejas erizadas hasta lo sumo, ojos vivos, aunque encubiertos bajo el hueso frontal, una talla herculea, una voz de Stentor. Tal era el hombre, tal era el capitan Pendleton, del schooner americano *Oceánico*.

« Capitan, vengo á pedirle á Vd. pasaje. — Oh! pasaje; pasaje para el cabo del diablo, si acaso. — Para el cabo del diablo si tal es su destino de Vd. — Bien! bien! — Escuche Vd., capitan, vamos al caso. Yo voy en un junco japonés que me conduce á donde yo no quiero ir; así que, mas me convendrá su rumbo de V., cualquiera que sea. Ahora toca á Vd. decirme si me quiere ó no me quiere por pasajero. El precio será arreglado por Vd., á su discrecion; por dia, por mes, por travesía, como Vd. guste. Vamos pues, dígame Vd. si acepta la oferta. — Vivo, petulante como un Francés! Escuche Vd. Mi *Oceánico* no un es buque mercante ordinario; es un pez de mas en el mar; es el judío errante de los buques; es preciso que siempre esté en movimiento. Hace cuatro años que salió de Boston, adonde no volverá hasta de aquí á dos años. Somos aventureros que visitamos todos los paises y hacemos todo linaje de tráficos; tres meses atrás cruzábamos la Mancha de Tartaria, comprando peleterías; hace 23 dias que nos hallábamos en un puerto del Mar Amarillo, ahora llevamos el rumbo hácia Hawaiï; de aquí á dos meses fondearémos allí; pero quién nos dice dónde nos encontrarémos dentro de seis ú ocho meses, ó en el término de un año? — Vd, va á Hawaii, en las islas Sandwich? — Sí, á las islas Hawaii, que este es su verdadero nombre. — Pues bien! capitan, soy de los

suyos; quiere Vd. cien pesos? — Corriente. »

Y me sacudió vigorosamente la mano. Terminado este contrato, varió de tono, y dando á sus miradas una espresion de benevolencia atractiva: « Tranquilícese Vd., añadió en inglés armonioso y correcto, su estrella le ha protejido, pues somos menos diablos de lo que á primera vista parece; le aseguro que no se arrepentirá de haber pasado á nuestro bordo. » Escelente Pendleton! verémos si cumplió su palabra.

Embarquéme en *el Oceánico* á los 30° de lat. Un pequeño camarote muy aseado, la mesa del capitan y dos grumetes dispuestos á servirme, hacian mi dicha mas completa de lo que esperaba. Arregléme con prontitud y alegría, mientras que el schooner orientaba sus velas, y emprendia la marcha.

Debiamos tocar en las islas Bonin-Sima para hacer aguada y pescar algunas tortugas. Segun mis estudios jeográficos hechos en Paris, Bonin-Sima era un recalo delicioso. Alucinado por las relaciones japonesas, el mismo sinologo Remusat nos representara aquellas islas como cubiertas de ciudades, de aldeas y de templos. Segun él, debia de ser una colonia japonesa como Liou-Tcheou, con un pueblo no menos dulce y hospitalario. Sin embargo, cuando espresé esta opinion al capitan Pendleton, se echó á reir. « Aldeas, ciudades en Bonin-Sima! Japoneses en Bonin-Sima! A menos que las hadas hayan edificado algunas desde algunos meses acá; á menos que la tempestad haya arrojado algunos colonos recientemente, no encontrará nada de esto, caballero. Quizás en otro tiempo los Japoneses tuvieron en este punto algunos emigrados, pero en nuestros dias no se ha encontrado ninguno. No obstante, cuando yo fondeé allí, hace dos años, habia tres séres vivientes, tres Ingleses escapados del naufrajio, único resto de una tripulacion salvada por un buque que se dedicaba á la pesca de la ballena. Estos tres hombrazos vivian felices como reyes! Solo les faltaban mujeres! »

Forzoso era rebajar algo de mis ensueños! Tenia que habérmelas con un antiguo vecino de aquellos parajes, y por otra parte se acercaba la hora en que debíamos averiguar la verdad. Los vientos, comunmente débiles y variables en el verano, soplaban de N. O., direccion bastante habitual en la estacion de invierno en que entrábamos. El 14 de noviembre por la tarde, Pendleton me sorprendió mirando el horizonte con un anteojo: « Hasta mañana no podrá Vd. ver la tierra. Mañana aparecerá la pequeña isla Rosario, escollo de una media milla de lonjitud del N. O. al S. E., casi siempre inaccesible, á causa de la marejada. Descubierto por un Español, sin que se sepa quién, encontrado en 1801 por el capitan Bishop del *Nautilus*, que lo apellidó *Dessapointement*, y despues por la fragata española *la Fidelidad* el 25 de setiembre de 1813, Rosario fué reconocido con mas ecsactitud á 18 de abril de 1823, por el capitan ruso Lütke. Sí, por Lütke, añadió Pendleton tomando un libro y procurando determinar sus hechos; por Lütke que la coloca á los 27° 26' lat. N. y los 138° 42' lonj. E. Mañana al amanecer indagarémos este dato. »

Al dia siguiente, Rosario se manifestó en la proa del buque, en frente y casi en el N. O; las corrientes nos habian inclinado al S. E. Al salir el sol del dia 15, se desplegaron á dos ó tres leguas delante de nosotros, las tres islas centrales del grupo de Bonin-Sima, mientras que las otras, situadas en el N. N. E, parecian á lo lejos balumbas peñascosas sembradas en el Océano. Al mediodía, anclábamos en el puerto Lloyd, en la costa occidental de la isla Peel. Esta ensenada se descubre por un encumbrado promontorio y por un gran peñon volcánico de forma cónica, situado al lado opuesto.

En cuanto hubo *el Oceánico* echado su bote al mar, pasé á él para visitar aquella isla. En esa estacion avanzada manifestaba árboles todavía verdes, y bosques enteros apiñados y confusos como las hermosas selvas vírjenes de ambas Américas. Despues de haber desembarcado, reconocí que aquel terreno admirable se prestaria en caso de necesidad á todo jénero de cultivos. Por todas partes se veían vejetales de las zonas templadas creciendo al lado de las especies pertenecientes á las zonas ecuatoriales. Entre ellas encontré el *corypha* con hojas de abanico, el *pandanus* cuyos frutos son de un encarnado brillante y lustroso, el *carophillum*, de hojas marcadas de fibras, y algunas especies de laureles, *terminalia*, *dodonea* y *eleocarpus* (PL. L — 3.).

La playa de la isla Peel estaba desierta, de suerte que aunque la recorrímos en todos sentidos gritando con todas nuestras fuerzas, no pudímos descubrir un sér viviente, y ninguna voz nos respondió. Únicamente vímos en la parte meridional de la ensenada algunos restos de cabañas que argüían el paraje donde acamparan los Ingleses. El alojamiento estaba circundado por un muro de jardin, pero la mayor parte de las plantas útiles, cultivadas con buen écsito durante la mansion de los náufragos, no ecsistian ya, pues fueran totalmente destruídas por algunos lechones que habian dejado en la isla, y que habian dejenerado en silvestres y numerosos. A mayor distancia llamó mi atencion una placa de cobre clavada en un árbol. Era el sello del Inglés Beechey que manifestaba

3. Forêt sur la Plage de l'Ile Peel. (Iles Bonin-Sima)

3 Selva en la Orilla de la Isla Peel.

la toma de posesion de Peel en nombre de su soberano, formalidad pueril, renovada de los antiguos navegantes á quienes bastaba una cruz de madera para bautizar una tierra, y un estàndarte para conquistarla! Cuántos continentes y archipiélagos han sido sucesivamente de esta suerte portugueses, españoles, franceses, ingleses, holandeses, el último destronador de los demás y destructor del postrer rival para inaugurar su propiedad! Manía de celebridad que atormenta á los hombres de todos los países y de todos los tiempos! en el siglo XIX, Beechey hubiera podido dispensarse de tan ridícula investidura, tanto mas cuanto que no era el primer descubridor del grupo de Bonin-Sima. Un título mas honorífico para él, menos contestable y mas glorioso, es el haber ilustrado su hidrografía.

No se habia detenido Pendleton en la ensenada de Lloyd para contemplar las bellezas pintorescas de Peel. Como empezaban á faltarle el agua y los víveres frescos, procuró hacer su provison de tortugas. Cada mañana la chalupa nos llevaba á la playa de la ensenada *Ten fathoms hole*, y allí nos dedicábamos á aquella pesca por los medios acostumbrados. Todos los dias recojíamos y conducíamos á bordo de 10 á 12 tortugas, algunas de las cuales pesaban hasta 300 libras. Nuestros concurrentes en aquella pesca eran enormes tiburones que parecian disputarnos aquella presa: seguíanla mientras la izábamos, y se arrojaban sobre las tortugas que querian salvarse. Hicimos algunas mutilaciones en las nadaderas y por este medio colejímos que algunas veces el animal habia sido alcanzado por los voraces escuales. Por otra parte para ellos no podia menos de ser un opíparo banquete, porque nosotros jamas volvíamos á bordo sin ir escoltados por treinta ó cuarenta.

Aunque situado bajo una latitud templada, el grupo de Bonin-Sima es atacado durante el invierno por los frios y tempestuosos vientos del N. O. En el mes de enero de 1826, se levantó en él un huracan tan terrible, con un terremoto tan espantoso y una irrupcion de agua tan estraordinaria, que los Ingleses que á la sazon lo habitaban temieron un inminente cataclismo y se refujiaron en las cimas mas elevadas. La isla Peel es enteramente un producto volcánico, y el resto del grupo debe tener probablemente el mismo carácter jeolójico. En muchos puntos del puerto Lloyd ecsisten columnas de basalto. A la entrada de un riachuelo que desemboca en la ensenada, se observa tambien un espacio que parece ser la parte superior de un sistema de columnas basálticas, cuyo aspecto jeneral reproduce en pequeña escala ciertos efectos de la célebre calzada de los jigantes. Muchas de aquellas rocas consisten en una piedra de un tinte gris ó verdoso, mezclado de partes de calcedonia ó de cornalina.

Al rededor de la mayor parte de las abras, los pólipos han elevado cintos de corales, que ocupan toda la parte superior de la ensenada á escepcion del *Ten fathoms hole*: este último punto ha quedado libre por la accion de los torrentes que descargan en él. Por lo demas no es la primera vez que se ha hecho notar un incidente semejante, pues casi por todas partes la presencia de las corrientes de agua dulce se opone á las usurpaciones de los pólipos; en todas las islas erizadas de bancos de corales se verifica que las únicas porciones accesibles á las embarcaciones, son aquellas en que los rios y los torrentes desagüan en el mar.

Las colinas de Peel están vestidas de vejetacion desde la base á la cima. Entre los árboles que abundan, hay muchos que serian convenientes para la construccion de chalupas, pero hay pocos que puedan servir para grandes embarcaciones. Los únicos mamíferos indíjenas son al parecer unos murciélagos de gran corpulencia, que tienen hasta tres pies de anchura con las alas estendidas y un cuerpo de siete á ocho pulgadas de lonjitud. Estos animales revoloteau algunas veces, pero por lo comun se suspenden por medio de sus zarpas de las ramas de los árboles. Las hembras sostienen á sus hijuelos, cubriéndolos con la membrana que tapiza sus alas. De cuando en cuando se ven en los bosques de la isla varios cuervos negros ordinarios. El mar abunda en pescados, algunos de los cuales son matizados de los mas vivos colores. En el agua dulce habitan anguilas que pesan hasta veinte libras.

Nadie duda que las islas de Bonin-Sima son idénticas con las islas del Arzobispo, que se observan en los antiguos mapas españoles. Empero habíase conocido con mucha vaguedad su posicion jeográfica hasta en 1823, en cuya época el capitan Coffin fondeó en el grupo meridional. En 1827, Beechey las reconoció todas y les aplicó nombres; en fin, en abril de 1828 Lütke trazó su mapa. Segun este último, el archipiélago de Bonin-Sima está comprendido entre los 26° 35' y los 27° 45' lat. N., y entre los 140° 30' y los 140° 39' lonj. E. Estas diversas islas, dispuestas casi en el mismo meridiano, se dividen en cuatro grupos distintos; el del N., llamado Parri, compuesto de dos pequeñas islas de 304 millas de circuito, y algunos escollos: el que sigue en el S. á una distancia de ocho millas, formado de un islote, al rededor del cual despuntan algunas peñas; el grupo del medio, el mas considerable de todos, que comprende las tres islas Stapleton, Buckland y Peel, que tienen de nueve á diez millas de circuito cada una, y que están rodea-

das por algunos escollos ó islotes: en fin, á 26 millas S. E., el último grupo, denominado el grupo Baily, acerca del cual no poseemos todavía ninguna noticia ecsacta.

Resta saber ahora si este archipiélago es el que los Japoneses conocian bajo el nombre de Bonin-Sima, ó mas bien Mounin-Sima (islas sin hombres) ó el que cita Kœmpfer segun los libros que consultó en Yedo. Nada vemos capaz de satisfacer esta opinion. Sin embargo, tal vez la hipótesis establecida por Remusat, segun los testos japoneses referidos por Titsing, es la menos admisible y probable, atendido que la narracion de aquel sabio habla de colonia reciente, de monumentos, de ciudades, de aldeas, de lo que no se encuentra al parecer vestijio alguno en nuestros tiempos. Con todo, al meditar sobre la accion destructiva de una vejetacion potente que cubre y aniquila en este suelo vírjen todos los trabajos de los hombres, puede creerse efectivamente en la ecsistencia de anteriores establecimientos derruídos desde muchos siglos, y cuyos restos deben de haber desaparecido completamente. Las distancias, las dimensiones, la disposicion de las islas, tales como se hallan indicadas en el testo japonés, concuerdan de un modo bastante satisfactorio para admitir la verdad de este aserto.

Habíamos esplorado ya la isla Peel y hecho nuestra provision de agua y de tortugas, y nada nos retenia ya en el abra de Lloyd. En consecuencia, *el Oceánico* se hizo á la vela el 15 de noviembre, costeando de cerca las rocas que terminan la isla Peel por la parte del S., y que se elevan en forma de pirámides la una al lado de la otra. Nos enmarámos y llevámos el rumbo hácia el O., pues Pendleton tenia que reconocer un grupo de isletas señaladas en 1773 por el capitan Magie del buque *Margaret*, por los 27° 20' lat. N. y 143° 25' lonj. E. No obstante, en vano procuró bordear por los indicados meridianos, pues se interpuso una bruma que no permitia descubrir objeto alguno á una gran distancia. Por otra parte era sobrado eventual verificar una observacion hecha sesenta años atras, para insistir en ella por largo tiempo. A buen seguro que las pretendidas islas *Margaret* solo eran uno de los grupos de Bonin-Sima bajo diferente denominacion.

Estas esploraciones hidrográficas eran para Pendleton un trabajo incesante. Siendo un simple capitan mercante, y desinteresado en aquellas observaciones de islotes poco conocidos, se lanzaba en ellas con una obstinacion tan apasionada y una curiosidad tan minuciosa, que su segundo, M. Philips, prorumpia sin cesar en prolongados *goddam* dificilmente sufocados. Este M. Philips era un muchacho bueno y jovial, cuya edad frisaba con los 40 años, grueso, con ojo gris claro, con las mejillas matizadas de encarnado y con la nariz sospechosa de intemperancia; por otra parte escelente operario embarcado desde la edad de 12 años, y deseoso de morir á bordo. El capitan Pendleton y *el Oceánico* eran su único objeto pero caprichoso é intermitente. Cuando veía que el capitan declinaba de su rumbo para ir á buscar islas imajinarias, dejaba el puente é iba á consolarse con el *gin*. Nunca se atrevió á quejarse de nadie, y mucho menos de su jefe, así por respeto á la jerarquía como por lealtad y adhesion; pero no por esto dejaba de pestañear y jurar en su interior. Apenas me vió á bordo, se arrojó sobre mí cual sobre el confidente ocioso de sus pequeños pesares. La esplosion tuvo lugar con motivo del grupo *Margaret*. En vez de dejar eminararse, *el Oceánico* acababa de acercarse á la costa, y mi Philips con los brazos cruzados y la vista abatida, parecia contar las millas que perdíamos. Yo lo comprendia ya: «Busca tu *Margaret*, busca, busca. La semana última se sepultó bajo del agua. Un tiburon se lo ha engullido, á tu *Margaret*. Los Ingleses han hecho de él un fardo y se lo han llevado á Bengala, á tu *Margaret*. Un mal cascajo de roca! Porque Harper está aguardando en Nueva Yorck para dar á luz tus descubrimientos, debemos sufrir nosotros, que preferiríamos llegar á Hawaï 10 dias mas pronto! Tu nombre se hallará en el Anuario marítimo, gran Pendleton! al lado de Morrell, de King, de Beechey, de Ross! » Este monólogo se acentuaba poco á poco hasta la cólera, y probablemente hubiera encontrado otras fórmulas el furor interno, cuando yo interrumpí su mas violento parocsismo: « Parece que está Vmd. muy triste, señor Philips, le dije. — Ah! caballero, el rumbo al N. E; el cabo hácia la China. Pendleton está loco. — No se enoje Vd. por esto, señor Philips, en breve recobrarémos el rumbo; esto no durará mas que una hora ó dos. — Una hora aquí, una hora allí; un arrecife á sotavento, una isla á barlovento. Hábleme del otro Océano. Pendleton está loco. Pardiez! Nosotros, pobres mercaderes, lo pagamos; pues tenemos que hacer la faena de las corbetas del estado. La Union me parece que tiene mas fragatas para enviarlas aquí. Y cuando Pendleton se habrá roto los cascos contra un banco de corales, cuando habrémos ido, cual pequeños Jonas, á ver si hace calor en el vientre de los tiburones, quién sustentará nuestras mujeres en Nueva Yorck y continuará la educacion de nuestros hijos? Goddam! cada uno su oficio. »

Concluída esta apertura, M. Philips no se apartó de mí. Perseguíame con los pormenores de sus penas, sintiéndose aliviado con te-

ner á quien confiarlas. Era de ver su humor cuando Pendleton me llamó á la cubierta, ocho dias despues, al amanecer, para gozar del mas estraño espectáculo. Pasábamos al lado de un muro de rocas de mas de 300 pies de elevacion, pero tan cerca de la base, que no parecia sino que la masa basáltica iba á desplomarse sobre nosotros. Apenas nos hallábamos á 20 toesas de distancia, y hubo un momento en que creí que los palos iban á penetrar en las hendeduras del peñon. « Encalla, pues! murmuraba Philips, paraque vamos á cenar en este nido de gavilanes! » Pendleton, habituado á las quejas de su segundo, no hacia ningun caso de ellas. « Este peñon, me decia, es la *Mujer de Loth*, que deseaba ver con toda comodidad. Los mapas españoles le aplican el fastuoso nombre de *Roca de oro;* pero ya ve Vd. que la especie de oro que promete son piedras de lava. Meares fué el primero que la denominó en 1789, *la Mujer de Loth*, pues parece efectivamente una estatua de piedra que sale del agua. Los jeógrafos acostumbran colocarla á los 29° 51' lat. N., y á los 157° 4' lonj. E. — Qué lástima, añadió que no podamos llegar á los 32° 46' lat. N. y 167° 50' lonj. E., para ir á reconocer el *Crespo*, del nombre de un capitan español que visitó esta roca en 1801, y que se cree ser la *Roca de Plata* de los antiguos mapas! — Ya, pero esto, murmuraba Philips, se halla á 200 leguas fuera de nuestro rumbo! » Y no pudiendo contenerse, se salió de la cubierta. Sin embargo, esta vez Pendleton lo amenazó, pues no queria pasar de los 30° de lat. Con la vista clavada sobre un escelente mapa que tenia desplegado todo el dia, media las distancias con el compás, y deducia la situacion de las tierras con las indicaciones de los navegantes mas célebres, ora meneando la cabeza con una espresion de duda, ora inclinándola en señal de aprobacion. « Qué contraste, decia para sus adentros, entre lo que se ha olvidado y lo que se ha puesto sobrado, entre los errores y los dobles empleos! Qué contraste forman nuestros antiguos mapas! No hay duda que los navegantes del servicio real prefieren habérselas con hombres que con piedras. Mas quieren perder dos meses en Taïti y en Hawaii en audiencias con los reyes de Polinesia, que dilucidar los puntos mas importantes de la jeografía. A buen seguro que no se parecen en nada á los Robinsones, estos nobles señores, puesto que no aprecian en nada á las islas desiertas. » Durante estas murmuraciones de Pendleton, seguia su compás que daba vueltas sobre el mapa. « Como, dije interrumpiéndole; todas esas islas son desiertas? — Todas, caballero, todas hasta Hawaii; y ninguna, á escepcion de Bonin-Sima, parece susceptible de cultivo. En la parte septentrional de la ensenada oceánica, el archipiélago de Hawaii es el único país poblado, pues por do quiera, allende el paralelo 15, no se manifiesta ya hombre alguno. Diríase que los volcanes subterraneos han dispersado por acá y acullá sobre el nivel del Océano algunos roquedos basálticos, condenados á una perenne esterilidad. » Admirado de esta revelacion, no sabia yo que responder, cuando sobrevino Pendleton diciéndome: « Consuélese V., camarada, pues hallará una compensacion equivalente en la zona intertropical, supuesto que en ella hormiguean los archipiélagos poblados. »

Los dias siguientes, fuimos en pos de la pequeña isla de Colonas, cuya latitud está indicada por los 28° 53' N; pero nuestros esfuerzos fueron vanos, puesto que nunca la encontrámos. Sin embargo, no han faltado navegantes que ya la señalaron como dudosa.

En consecuencia singlámos directamente hácia Hawaii, de suerte que el semblante de mi pobre Philips palidecia gradualmente. Con mucho gusto hubiera hecho la cuanta parte del viaje por el placer de ver desfilar al *Oceánico* en derrotero directo. Yo participaba de sus penas, y él no quiso dejarme estraño á sus satisfacciones. Mil pequeñas atenciones indirectas venian de su parte á llamarme á la cámara por medio de los grumetes. Ora se veia una ballena despidiendo agua, como los tritones del parque de Versalles; ora alguna foca ó algun petrel que venia á refugiarse en nuestras vergas. Este período de pequeños regocijos fué interrumpido cierto dia, el 12 de diciembre, por un grito: *Tierra!* Entonces Pendleton reinó de nuevo. « Donde? dijo lacónicamente el capitan. — En el S. O, replicó el vijia de lo alto del perroquete. — Diablo! seria preciso pasar tres dias para reconocerla. Y por cierto que tres dias es demasiado! » Deseando almenos procurarse como compensacion el placer de verla, se encaramó á las vergas del perroquete. Cuando bajó, tomó su mapa con cierto aire de preocupacion. « Nada, dijo, nada, era una isla que podia nombrarse la isla de Pendleton; por fin encontraba una que me pertenecia. » No se dudaba ya que hácia la misma latitud se habia visto y nombrado una isla á 12 de julio de 1825, que hubiera figurado bajo el nombre de Morrell en el mapa de M. d'Urville, antes de tomar el de Pendleton. Con efecto, Morrell, aventurero americano como él, habia reconocido ya en estos parajes una isla sumamente deliciosa, si hemos de creer á su relacion, sospechosa de alguna jactancia. Esta isla tiene cuatro millas de circuito, pero si hemos de darle crédito

dito, está circundada de un inmenso arrecife que se estiende al O. hasta 15 millas, y á 30 del lado del S. S. E. Estos escollos, formados de corales, ofrecen un buen fondeadero por la parte del S. O. Morrell añade que la isla estaba cubierta de aves marinas, que la playa abundaba en elefantes marinos, y la bahía en magníficas tortugas. Esta tierra, segun sus cálculos, está situada á los 29° 57' lat. N y á los 174° 31' lonj. E.

A mediados de diciembre entrámos en los parajes que debian añadir mas de un capítulo á las tribulaciones de Philips. Dejámos al S. la pequeña isla *Patrocinio*, descubierta en 1799 por el español Zipiani, capitan de *la Señora del Pilar*, que le asignó 3 millas de estension del N. N. E. al S. S. O, y encontrada despues por unos Americanos que la denominaron Byers, aunque Morrell coloca Byers á los 28° 32' y 174° 44' E, es decir, á unas 30 leguas O. N. O. de la posicion que atribuye Cipiani á *Patrocinio*; pero tuvímos que llevar el rumbo hácia los escollos de Pearl y Hermés, para renovar nuestra provision de tortugas. En efecto, á 30 diciembre por la tarde, fondeámos á la parte occidental de aquellos rompientes; y aunque el arrecife invisible se prolongase de N. á S. á una considerable distancia, únicamente distinguímos sobre el nivel del agua algunos islotes arenosos y roqueños.

Estos escollos fueron descubiertos en 1822 por los buques *Pearl* y *Hermés* que, navegando de conserva, encallaron ambos casi en el mismo instante, apesar de que distaban dos millas uno de otro. Ambas tripulaciones alcanzaron la tierra donde construyeron con los restos de sus buques una pequeña embarcacion de 30 toneladas adonde trasladaron los objetos mas preciosos que pudieron salvar; y al cabo de seis semanas se hicieron á la vela para las islas Hawaii, adonde llegaron felizmente.

Como estos islotes están destituídos de vejetacion y circundados de un cinto submarino de arrecifes, probablemente serán el resultado de algun accidente volcánico, mas vasto pero bastante análogo al que un dia lanzó la isla Julia ó Nerita á flor de agua, sobre las costas sicilianas. En el intérvalo que gastaron los sabios para reconocerla, la isla del Mediterraneo habia desaparecido enteramente. Empero la ecsistencia de los escollos Pearl y Hermés no es al parecer tan efímera, supuesto que la lava que se encuentra en toda la isla, ya resfriada y coagulada como granito, data sin duda de muchos siglos, y mas bien tendrá que estenderse antes que desaparecer. Los rompientes se prolongan desde los 27° 31' á los 28° 22' N, y su lonjitud media se halla á los 179° O. Con todo, aunque tienen 25 leguas de estension del E. al N. O, no ofrecen en todas partes la misma profundidad; de 35 brazas se cae súbitamente á 120, sin que se encuentre fondo un instante despues.

Estos escollos Pearl y Hermés abundan en peces y en tortugas. Despues de la pesca mas feliz, nos hicimos de nuevo á la vela para prevenir los vientos de O. que comunmente reinan en esta época avanzada del invierno. A 4 de enero por la mañana, nos hallábamos á 4 ó 5 leguas de distancia de la isleta Lisianski, descubierta en 1805 por el capitan ruso de este nombre, bajo los 26° 3' lat. N. y los 176° 2' lonj. O. Este islote solo tiene unas seis millas de circuito con algunos rastros de vejetacion. En 1825, Morrell lo halló cubierto literalmente de aves marinas de todo jénero, tales como albatros, petrelos y faetontes. En sus playas pululan las focas y las tortugas. No lejos de la isla hay dos arrecifes, el uno á cuatro millas N. O, y el otro á siete millas S. E, que hace muy peligroso su acceso. Probablemente la isla Lassion de ciertos navegantes no es otra que la isla Lisianski.

Prosiguiendo nuestro derrotero, no pudímos observar el escollo encontrado en 1820 por el capitan Allen, que le aplicó el nombre de su buque *Maro*, y que debia estar á los 25° 28' lat. N. y á los 172° 40' lonj. O; pero á 8 de enero costeámos el islote Gardner situado á una media milla de distancia. El islote Gardner consiste en una peña volcánica de 200 toesas de circumferencia y de 200 pies de altura. Uno de los lados del escollo es abrupto; pero el otro tiene una rampa bastante suave paraque las focas puedan subir la roca. Cuando pasámos por allí, las cumbres del islote estaban guarnecidas de aquellos monstruos marinos que nos observaban con cierto aire apático sin perturbarse ni temer á aquella masa flotante que se deslizaba á sus plantas. Por lo demas, ni una yerba, ni una planta ni un matorral, ni un árbol animan aquella rejion de buitres que levanta hácia el cielo tres agujas distintas, la mas encumbrada de las cuales es la del medio. Cada uno de aquellos picos tiene su base enteramente blanqueada por el estiércol de las aves. Estas aves, únicos habitantes del escollo, se atemorizaron á nuestro acceso y se levantaron en forma de nubes, que formaban sobre el cielo una vasta tela negra.

El islote Gardner, hallado y bautizado en 1820 por el capitan Allen, fué reconocido de nuevo en 1826 por el Americano Paulding, del buque *Delfin*, que fijó su situacion á los 25° 2' lat. N. y á los 170° 10' lonj. O. Esta isla es la misma que se halla en los mapas con el título de Ballard ó Pollard, orijinado sin duda del

nombre de de un descubridor mas antiguo. Aseguran que al S. S. O. de Gardner ecsiste otro escollo donde se estrelló un buque denominado *los Dos Hermanos*. Por lo demás, parece que todo este espacio no es mas que una prolongacion del sistema de montañas que ha formado las islas Hawaii, donde se encuentran probablemente otros peligros dignos de las mas detenidas observaciones.

Al dejar Gardner, proseguímos nuestro derrotero para dirijirnos sobre Hawaii. Yo creía, de mancomun con el pobre Philips, fatigado ya de islas, de islotes y de escollos, que por esta vez no tendríamos que ver mas tierras que las del archipiélago buscado desde tan largo tiempo. Pero Pendleton me habia preparado una sorpresa. Hácia el mediodía, el vijia señaló algunos rompientes. «Ya los tenemos, dijo el capitan frotándose las manos.—Ya lo he dicho, dijo Philips, que no estará contento hasta que las puntas de los corales hayan destruído este pobre *Oceánico*.— Ve Vd. esa linea de espuma, continuaba Pendleton; pues bien! allí es donde debió de perderse su mas célebre navegante. Lapérouse pasó aquí en 1786. Acababa de reconocer la pequeña isla Necker, escollo situado en el E. S. E. á los 23° 24' lat. N., y á los 166° 52' lonj. O., roca desierta coronada de un tapiz de yerbas, rodeado de una circumferencia de diez millas de altos fondos donde varía la sonda de 25 á 50 brazas; acababa de reconocer el islote Necker, y continuaba su rumbo hácia el O., cuando á la una de la mañana distinguió una prolongada serie de arrecifes á un cable de distancia de sus dos fragatas: por manera que si en el mismo instante no se hubiesen dirijido á barlovento, se hubieran perdido sin remedio.»

Efectivamente, al ecsaminar el aspecto de aquellos peligrosos parajes, reconocímos un dilatado arrecife situado á flor de agua, de dos ó tres leguas de diámetro, sin otro punto saliente que una roca á la que Lapérouse aplicara el nombre de Pico. Por acá y acullá se veían algunos espacios cubiertos de arena ó de guijarros que se elevaban á 3 ó 4 pies del nivel del mar. Sin la advertencia de las dos fragatas de Lapérouse, este peligro hubiera causado sin duda muchos desastres, y, quién sabe si nosotros hubiéramos dejado en la punta de aquellas peñas nuestro *Oceánico* á pedazos! Antes de ir á perecer desgraciadamente en las rocas de Vanikoro, el navegante francés habia descubierto ya este arrecife y fijado su posicion á los 23° 45' lat. N. y á los 168° 10' lonj. O.

Finalmente, íbamos acercándonos por grados y á visitar Hawaii. Acabábamos de dejar al N. la isla Modou-Manou, situada á los 23° 6' lat. N. y á los 164° 12' lonj. O., Modou-Manou, la *Bird* de los Ingleses, conocida por los naturales de Hawaii, que vienen á cojer en ella el ave de los trópicos, el faeton, para arrebatarle sus brillantes plumas; Modou-Manou, observada, segun se dice, por primera vez en 1789 por el capitan Douglas, de *la Ifijenia*, en seguida por Broughton y Vancouver, y en 1826 por el capitan Percival, del *Delfin*, que perdió su chalupa en la resaca de la playa. Acabábamos de dejar á bastante distancia esta roca inculta y pelada, elevada sobre el mar con sus tres millas de circumferencia, cuando divisámos en el horizonte las cumbres de Tauai, que fueron señaladas por Philips. Cuatro horas despues se encaramó á los altos palos, y cuando bajó de su observatorio, estaba radioso. «Al fin la hemos alcanzado, ya la tenemos; esta es la buena.» La brisa era favorable, y en breve se dibujó de un modo saliente la linea de montañas. Despues de Tauai, apareció Niihau; y por la noche nos encontrábamos á quince leguas de distancia de ambas islas. Orientando su rumbo, Pendleton dejó correr el buque toda la noche, de suerte que al amanecer habíamos pasado Niihau, y se elevaban á pocas millas de distancia los picos de Oahou con toda la fuerza de su majestad. A las once de la mañana nos hallábamos delante del abra de Hono-Rourou, y al mediodía, merced al embate de la marea y á algunas chalupas remolcantes, *el Oceánico* se hallaba en un buen fondo de légamo, á menos de doscientas toesas del fuerte. Dímos el saludo y nos correspondieron á la europea por igual número de cañonazos. Salvas de artillería en un país de salvajes!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS

DEL TOMO PRIMERO.

Páginas.

INTRODUCCION. 1

CAPÍTULO I.

Tolon. — Islas Baleares. 1

CAPÍTULO II.

Costa de España. — Gibraltar. 7

CAPÍTULO III.

Tarifa. — Tánger. — Madera. 12

CAPÍTULO IV.

Islas Canarias. 16

CAPÍTULO V.

Senegambia y Senegal. 27

CAPÍTULO VI.

Islas del Cabo Verde. — Paso de la Linea. — Rocas de Martin-Vaz. — Islas de la Trinidad. 35

CAPÍTULO VII.

Rio Janeiro. — Isla de Tristan d'Acunha. 38

CAPÍTULO VIII.

Cabo de Buena Esperanza. 50

CAPÍTULO IX.

Isla de Francia. 56

CAPÍTULO X.

Isla Borbon. 66

CAPÍTULO XI.

Isla de Madagascar. 71

CAPÍTULO XII.

Archipiélago de las Seychelas. — Islas Maldivas. 84

CAPÍTULO XIII.

Isla de Ceylan. 88

CAPÍTULO XIV.

Península de la India. — Pondichery. 98

Páginas.

CAPÍTULO XV.

Posesiones inglesas. — Madras. 119

CAPÍTULO XVI.

Coringui. — Yanaoun. — Jaggernaut. 124

CAPÍTULO XVII.

Calcuta. 129

CAPÍTULO XVIII.

Calcuta. — Rejion indiana. 138

CAPÍTULO XIX.

Calcuta. — Historia del Indostan. — Compañía inglesa de las Indias. 150

CAPÍTULO XX.

Calcuta. — Jeografía, estadística, historia natural del Indostan. 158

CAPÍTULO XXI.

Calcuta. — Guerra de los Ingleses contra los Birmanes. — Imperio de los Birmanes. 164

CAPÍTULO XXII.

Sumatra. 173

CAPÍTULO XXIII.

Poulo-Penang. — Malaca. — Sincapour. 192

CAPÍTULO XXIV.

Reino de Siam. — Banckock. 201

CAPÍTULO XXV.

Banckock. — Historia y jeografía del reino de Siam. 209

CAPÍTULO XXVI.

Cochinchina. — Poulo-Condor. — Saigong. 217

CAPÍTULO XXVII.

Cochinchina. — Touranne. — Hué. 222

CAPÍTULO XXVIII.

Cochinchina. — Historia y jeografía 22

CAPÍTULO XXIX.

Filipinas. — Manila. 239

CAPÍTULO XXX.

Luzon. — Escursiones en la isla. — Provincia de Ilocos. — Gruta de San Mateo. — Lago de la Laguna. 246

CAPÍTULO XXXI.

Filipinas. — Historia desde la conquista. 254

CAPÍTULO XXXII.

Filipinas. — Jeografía. 264

CAPÍTULO XXXIII.

China. — Macao. 272

CAPÍTULO XXXIV.

China. — Camino de Macao á Canton. 287

CAPÍTULO XXXV.

China. — Canton. — Las tres ciudades. 293

CAPÍTULO XXXVI.

China. — Canton. — El Houpou. — Los Hanistas. 296

CAPÍTULO XXXVII.

China. — Sus relaciones con los Europeos. — Misioneros. — Embajadas. — Neuhoff, Macartney, Tsintsing y Van-Braam, M. Lindsay y el reverendo M. Gutzlaff. 310

CAPÍTULO XXXVIII.

China. — Resúmen. — Historia natural, gobierno, relijion, usos, costumbres, leyes, literatura, ciencias y artes. 328

CAPÍTULO XXXIX.

Salida de Canton. — Formosa. — Liou-Tcheou. 334

CAPÍTULO XL.

Liou-Tcheou. — Historia, jeografía. — Costumbres. 344

CAPÍTULO XLI.

Japon. — Nangasaki. 349

CAPÍTULO XLII.

Japon. — Yedo. 360

CAPÍTULO XLIII.

Japon. — Relaciones de los Europeos con este imperio. — Misioneros. — Cristianismo en el Japon. — Embajadas holandesas; Spex; Indjik; Wagnaer; Kœmpfer; Thunberg; Titsing. — Embajada rusa; Golownin, Ricord. 368

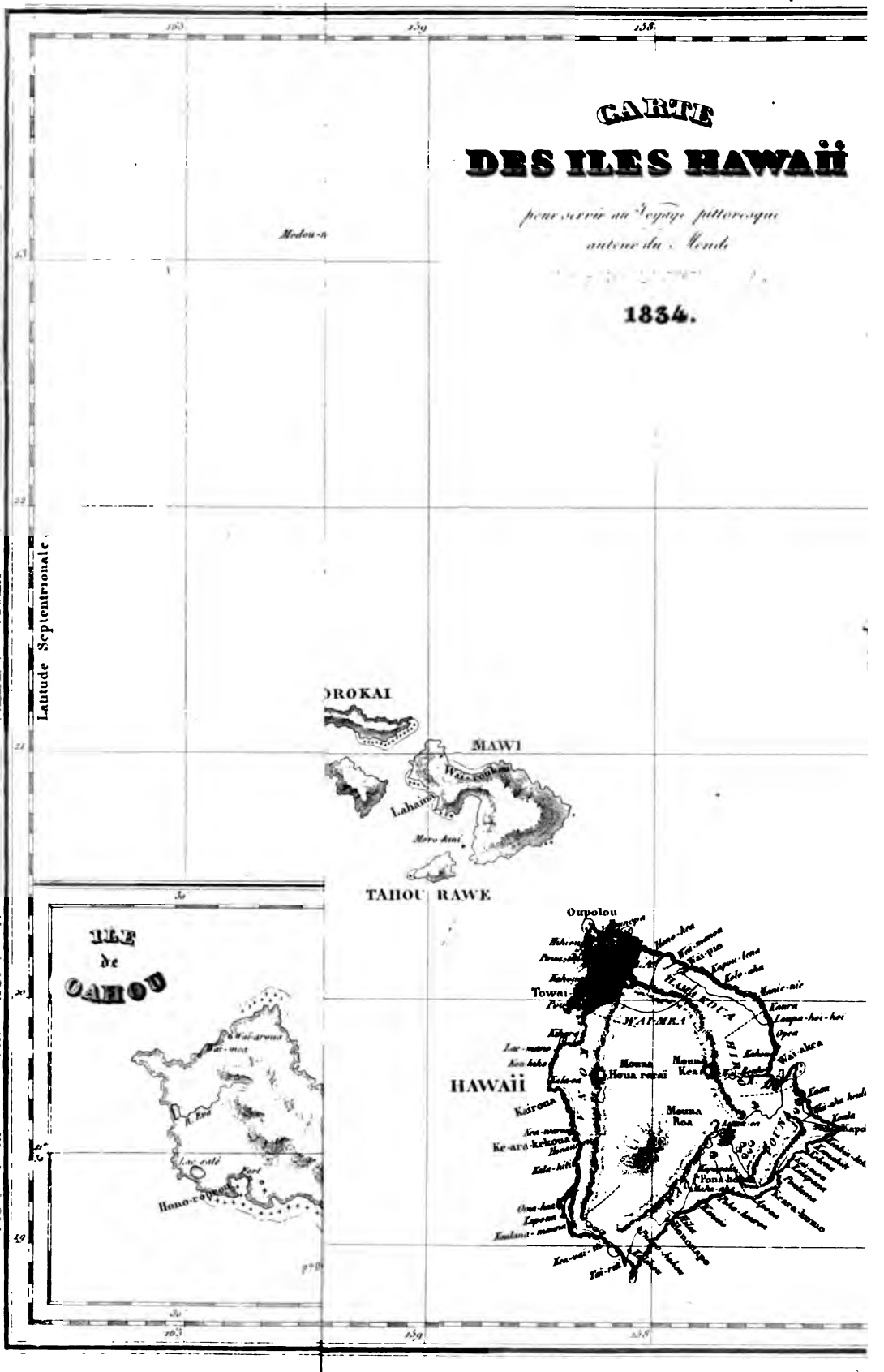
CAPÍTULO XLIV.

Resúmen jeneral. — Jeografía. — Historia. — Estado presente del país. — Forma de gobierno. — Leyes, usos, costumbres, carácter, ciencias, artes, industria, y comercio. — Relijion. 373

CAPÍTULO XLV.

Travesía del Japon á las islas Hawaii (vulgarmente Sandwich). 388

FIN DEL ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO PRIMERO.


CARTE
DES ILES HAWAÏI
pour servir au Voyage pittoresque autour du Monde
1834.
Latitude Septentrionale
OROKAI
MAWI
Lahaina
Mero Auni
TAHOU RAWE
ILE de OAHOU
Oupolou
Towai
HAWAÏI
Mouna Houa rorai
Mouna Kea
Mouna Roa
Kairoua
Ke-ara-kekoua
Pona hala
Kaloa
Kapo
Kaloa-hoa
Kaloa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa
Kaloa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-hoa-ho

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
REFERENCE DEPARTMENT

This book is under no circumstances to be taken from the Building

form 410